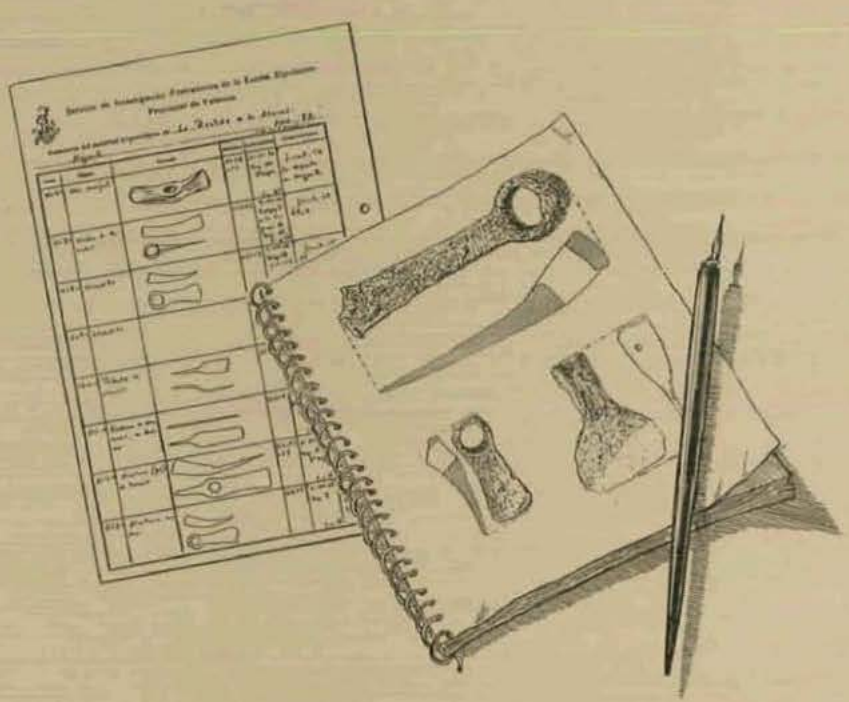
SERVICIO DE INVESTIGACIÓN PREHISTÓRICA
SERIE DE TRABAJOS VARIOS
Núm. 89

ESTUDIOS DE
ARQUEOLOGÍA IBÉRICA Y ROMANA
HOMENAJE A ENRIQUE PLA BALLESTER



DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALENCIA
1992

SERVICIO DE INVESTIGACIÓN PREHISTÓRICA
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALENCIA
SERIE DE TRABAJOS VARIOS
Núm. 89

ESTUDIOS DE
ARQUEOLOGÍA IBÉRICA Y ROMANA
HOMENAJE A ENRIQUE PLA BALLESTER

VALENCIA
1992



ENRIQUE PLA BALLESTER

Ontinyent, 1922 - Valencia, 1988

Subdirector del S.I.P. 1950-1982

Director del S.I.P. 1982-1987

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALENCIA

SERVICIO DE INVESTIGACIÓN PREHISTÓRICA

SERIE DE TRABAJOS VARIOS

Núm. 89

Coordinación: JOAQUIM JUAN CABANILLES
Portada: FRANCESC CHINER VIVES

Depósito Legal: V-3036-1992
I.S.B.N.: 84-7795-952-8
Imprime: GRAFICUATRE, S.L.

ENRIQUE PLA BALLESTER Y LA ARQUEOLOGÍA VALENCIANA

Quedaron recogidas en el volumen XX de nuestra revista **Archivo de Prehistoria Levantina** *las intenciones y los actos de homenaje a ENRIQUE PLA BALLESTER, organizados por el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia y su Museo de Prehistoria, con motivo de su nombramiento como Director Honorario. Con breves líneas intentamos entonces aproximarnos a su rica personalidad y glosar las principales aportaciones de sus estudios y trabajos, además de publicar su extensa bibliografía. Hemos de considerar manifiestas, pues, las razones y los sentimientos que impulsan la dedicatoria de este libro de la serie de Trabajos Varios en el que se recogen aquellos artículos que se ocupan de los problemas de la Cultura Ibérica y de la época romana, y con el que concluyen las manifestaciones más externas de nuestro homenaje.*

Rememorar la figura y la obra de ENRIQUE PLA BALLESTER con el fondo de los trabajos que aquí se recogen es una ocasión apropiada para la reflexión sobre la importancia y proyección de su labor en el desarrollo de la arqueología valenciana, más allá del papel fundamental que le correspondió en el seno de la institución que enmarcó toda su actividad. Desde su temprana participación de adolescente en las excursiones científicas de su tío, Isidro Ballester Tormo, de las que nos quedan los dibujos realizados en el Castellet del Porquet antes de 1937 y publicados en el primer número de esta misma serie de monografías que ahora acoge su homenaje, denominada por entonces Sèrie de Treballs Solts, *la relación de ENRIQUE PLA BALLESTER y el S.I.P. será cada vez más intensa. Con frecuencia los números posteriores de esta misma colección llevarán incluido su nombre entre los autores, al igual que sucede en los índices de los volúmenes del anuario Archivo de Prehistoria Levantina, asociado a un numeroso conjunto de yacimientos arqueológicos que constituyen los peldaños sobre los que ha ido ascendiendo el conocimiento de nuestro pasado. De modo que no hace falta insistir en el destacado papel de*

ENRIQUE PLA BALLESTER en la actividad del S.I.P. ni, por lo mismo, llamar la atención sobre la parte de su contribución a la institución que lo identificaba. Porque así fue realmente, y así fue sentido por los propios protagonistas y por quienes luego tuvimos ocasión de participar con ellos en esa misma actividad.

Paulatinamente nuestros estudios de Arqueología han alcanzado una fructífera diversidad institucional, de la que ENRIQUE PLA BALLESTER fue esperanzado testigo e impulsor, con enotable crecimiento experimentado por los departamentos universitarios y por las instituciones museísticas relacionadas con la administración local. Es momento, por tanto, para volver a examinar y valorar en su circunstancia contribuciones personales como la suya, que impregnan y se confunden con la institución que durante una larga época aglutinó los esfuerzos de un amplio equipo humano por salvaguardar y profundizar en el estudio del patrimonio arqueológico valenciano, cual fue el caso del propio S.I.P. Ni aquella identificación, ni la tendencia actual a un conocimiento más y más segmentado, que conduce a descomponer y desconectar las distintas partes del trabajo de un autor, deben impedirnos valorar la multiplicidad de facetas, la erudición y la profundidad investigadora de ENRIQUE PLA BALLESTER. Como hemos destacado en otras ocasiones, estamos ante una aportación decisiva a lo que es el estado de la cuestión de nuestra Prehistoria reciente, la Cultura Ibérica y la romanización. También ante un extraordinario legado de documentación arqueológica, de noticias precisas y descripciones de los trabajos de campo, de esfuerzos encaminados a la conservación de un patrimonio crecientemente amenazado, de atención constante a su puesta en valor, de asesoramiento a los museos locales. Desde aquel primer dibujo en el Castellet del Porquet, los nombres de la Cova de les Meravelles, Cova de Ribera, Muntanyeta de Cabrera, Bastida de les Alcuses, Tossal de Sant Miquel, Ereta del Pedregal, Los Villares, Punta de l'Illa, etc., se entrelazan profundamente con su biografía. Y ahora, cuando es el recuerdo quien va seleccionando los rasgos, se perfila con nitidez el hombre generoso que todo lo comparte, el maestro cuya orientación se busca, el espíritu abierto que comprende y acepta, que nos permite avanzar a todos.

Bernat Martí Oliver

ÍNDICE

M. S. Hernández Pérez; J. A. López Mira: *Bronce final en el medio Vinalopó. A propósito de dos conjuntos cerámicos del Tabaià (Aspe, Alicante)* 1
A. González Prats; E. Ruiz Segura: *Un poblado fortificado del Bronce final en el Bajo Vinalopó* 17
A. Oliver Foix: *Aproximación al poblamiento del Hierro antiguo en Castellón* 29
M. Gil-Mascarell; M. Enrique Tejedo: *La metalurgia del Bronce final-Hierro antiguo del yacimiento de la Mola d'Agres (Agres, Alicante)* 39
J. M.ª Soler García: *El poblado ibérico del Puntal de Salinas (Alicante)* 51
M. Alfaro Arregui; S. Broncano: *El sistema defensivo de la puerta de entrada a la ciudad ibérica del Castellar de Meca (Ayora, Valencia)* 73
E. Cortell Pérez; J. Juan Moltó; E. A. Llobregat Conesa; C. Reig Seguí; F. Sala Sellés; J. M.ª Segura Martí: *La necrópolis ibérica de la Serreta: resumen de la campaña de 1987* 83
C. Mata Parreño; H. Bonet Rosado: *La cerámica ibérica: ensayo de tipología* 117
R. Ramos Fernández: *La crátera iberorromana de la Alcudia* 175
J. Barberá Farrás: *El tráfico comercial de la vajilla fina de importación en la Layetania* 191
F. Cisneros Fraile: *Fíbulas anulares de la Casa del Monte (Valdeganga, Albacete)* 199
R. Pérez Mínguez: *Acicates ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia* 215
E. Cuadrado: *Dos nuevos vasos rituales de bronce de El Cigarralejo* 221
L. Abad Casal: *Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar* 225
F. Gusi i Jener: *Nuevas perspectivas en el conocimiento de los enterramientos infantiles de época ibérica* 239
J. V. Martínez Perona: *El santuario ibérico de la Cueva Merinel (Bugarra). En torno a la función del vaso caliciforme* 261
F. Blay García: *Cueva Merinel (Bugarra). Análisis de la fauna* 283
J. Pérez Ballester: *El abrigo de Reiná (Alcalá del Júcar). Ensayo sobre un nuevo modelo de lugar de culto en época ibérica* 289
D. Fletcher Valls: *Comentarios sobre escritura y lengua ibéricas* 301
H. Guiter: *Ibère et minoen* 313
C. Aranegui Gascó: *Una falcata decorada con inscripción ibérica. Juegos gladiatorios y* venationes 319
J. de Hoz: *Estudio epigráfico* 330
J. Velaza: *Sobre el esgrafiado ibérico de Barchín del Hoyo* 345
M.ª A. Mezquíriz Irujo: *Inscripción ibérica en Andelos (Mendigorría, Navarra)* 347
L. Pérez Vilatela: *Ibérico «Egiar» en un epígrafe de Caminreal (Teruel)* 351

F. Mateu y Llopis: *Toponimia ibérica en la* nomina civitatum ispanie sedes episcopalium. *Comentario* 361
L. Silgo Gauche: *Los límites étnicos de la turdetania* 365
C. Alfaro Giner: Sagum Hispanum. *Morfología de una prenda ibérica* 373
F. J. Fernández Nieto: *Una institución jurídica del mundo celtibérico* 381
C. Gómez Bellard: *La isla de Ibiza en la época de las Guerras Púnicas* 385
J. M.ª Blázquez; M.ª P. García-Gelabert: *Secuencia histórica de Castulo (Linares, Jaén)* 391
P. P. Ripollès: *Las balsas romanas de Benifaraig (Alberic, Valencia)* 397
G. Martín: *Materiales romanos de las colecciones del Museo de Prehistoria de Valencia. (Antiguos fondos, I)* 411
V. Escrivá Torres; C. Marín Jordá; A. Ribera i Lacomba: *Unas producciones minoritarias de barniz negro en Valentia durante el S. II a. J.C.* 443
J. Montesinos i Martínez: *Terra sigillata en Valentia: productos hispánicos* 469
J. L. Jiménez Salvador: *El monumento funerario romano situado en el centro escolar «José Romeu» de Sagunto* 539
J. J. Seguí Marco: *Paullo Aemilio Regillo, patrono de Saguntum* 555
F. Arasa: *Una* Officina *lapidària en la comarca de l'Alt Palància (Castelló)* 567
J. Corell: *Inscripciones romanas de Iniesta y Sisante (Cuenca) y la Iglesuela del Cid (Teruel)* 583
F. Esteve Gálvez: *La vía romana per les Coves de Vinromà i Vilanova d'Alcolea (Castelló)* 597
V. M. Rosselló i Verger: *Les vies romanes al País Valencià. Il·lusions i certeses* 619
I. García Villanueva; M. Rosselló Mesquida: *Las ánforas tardorromanas de Punta de l'Illa de Cullera* 639
E. A. Llobregat: *Las cruces de la Punta de l'Illa (Cullera)* 663
J. Mateu: *La erosión: un debate mediterráneo* 671

Mauro S. Hernández Pérez* y José Antonio López Mira*

BRONCE FINAL EN EL MEDIO VINALOPÓ. A PROPÓSITO DE DOS CONJUNTOS CERÁMICOS DEL TABAIÀ (ASPE, ALICANTE)

Preocupación constante en el quehacer científico de E. Pla Ballester era precisar los orígenes de la cultura ibérica y sus relaciones con las culturas precedentes. Su comunicación al V Congreso Nacional de Arqueología incidía por vez primera en el País Valenciano (Pla Ballester, 1959) sobre el vacío cultural de un medio milenio existente entre los momentos finales del llamado Bronce Valenciano y la aparición de la Cultura ibérica, que le permitían sugerir la existencia de una cultura preibérica en la que se podrían incluir las llamadas «cerámicas arcaizantes» (Ballester Tormo, 1947), con paralelos en el Bajo Aragón y Pirineo catalán. Sobre estas cuestiones incidieron posteriormente M. Tarradell (1962), E. Llobregat (1975), O. Arteaga (1976), O. Arteaga y M.ª R. Serna (1979/80) y A. González Prats (1979). Estos siglos, realmente oscuros, de nuestra prehistoria reciente serían periodizados a inicios de la pasada década por M. Gil-Mascarell (1981a). Las aportaciones posteriores de A. González Prats, en base a sus excavaciones en la Sierra de Crevillente, y la publicación de diversos materiales, unos depositados en museos y otros de recientes excavaciones, permiten paliar «muchas de las carencias» en la investigación que el propio E. Pla señalara para estos momentos con ocasión las I.as Jornadas de Arqueología organizadas en Elche por la Universidad de Alicante (Pla Ballester, 1985).

Parece lógico que nuestra contribución a este homenaje al maestro D. Enrique Pla tratara sobre una problemática que tantas veces señalara y de un área geográfica sobre la que tuvimos ocasión de intercambiar opiniones desde el momento inicial de nuestros contactos.

BRONCE FINAL EN EL MEDIO VINALOPÓ

En la primera síntesis sobre el Bronce Final del País Valenciano que realizara hace una década M. Gil-Mascarell sólo se señalan para el Medio Vinalopó algunos fragmentos cerámicos con decoración incisa del poblado de El Monastil (Elda, Alicante) «que podrían ser clasificados en el Bronce Final» (Gil-Mascarell, 1981: 38), materiales «que hacen pensar (para este yacimiento) en una fase del Bronce Final que llegaría hasta el 650/600 a.C.» (Poveda, 1988: 40).

* Universidad de Alicante.



Fig. 1.— Yacimientos del Vinalopó Medio citados. 1: El Monastil (Elda). 2: La Esparraguera (Novelda). 3: El Portixol (Monforte del Cid). 4: Tàbaià (Aspe)

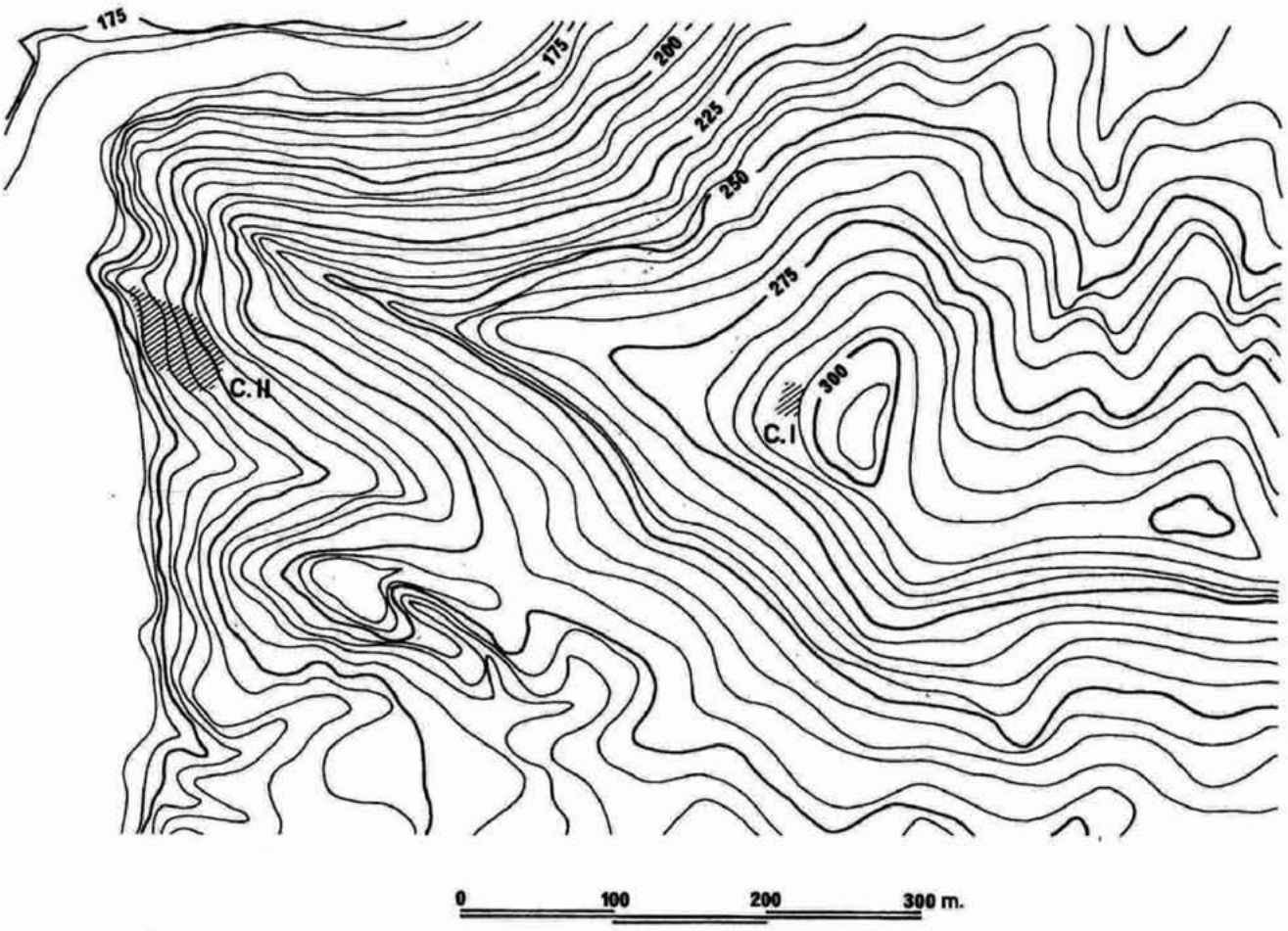


Fig. 2

Por otro lado, en su estudio sobre la Edad del Bronce en esta zona J.F. Navarro Mederos registra cerámicas del Bronce Final en los poblados de El Portixol (Navarro Mederos, 1982: 38-40) y Tabaià. En este último yacimiento señala la presencia de materiales característicos del Bronce Final y de los Campos de Urnas (Navarro Mederos, 1982: 57-64). Recoge este mismo autor la noticia acerca de dos construcciones tumulares, una de ellas violada, donde fueron hallados materiales del Bronce Final o de los inicios del Hierro (Navarro Mederos, 1982: 57). Los estudios posteriores incluyen al Tabaià como poblado de la Edad del Bronce con una problemática similar a la Mola d'Agres (Gil-Mascarell, 1985: 149) y con la presencia de algunos materiales cerámicos del Horizonte Peña Negra I (González Prats, 1983: 103).

En el Medio Vinalopó el Bronce Final sólo se ha constatado (fig. 1) hasta estos momentos por la presencia de algunas cerámicas en los yacimientos de El Monastil, El Portixol y Tabaià, a las que se une del poblado de La Esparraguera, en Novelda, un pequeño vaso (Navarro Mederos, 1982: fig. 26) del Tipo B4 de Peña Negra (González Prats, 1985: 159).

CERÁMICAS DEL TABAIÀ

El yacimiento arqueológico del Tabaià (Aspe, Alicante) se extiende por la parte superior de un elevado cerro, de 250-300 m. de altitud sobre el nivel del mar y 150 m. sobre el cauce de río que forma una cresta alargada en el extremo de la Sierra del mismo nombre que perpendicular a la margen izquierda del Vinalopó separa sus cuencas media y baja. Coordenadas geográficas: 38° 19' 59'' de lat. N y 0° 43' 20'' de Long. W del Meridiano de Greenwich.

En este yacimiento, conocido desde antiguo (Jiménez de Cisneros, 1925: 72-73), hemos realizado cinco campañas de excavaciones arqueológicas, confirmando una ocupación continua a lo largo del II milenio a. C. y una importante presencia argárica (Hernández Pérez, 1983 y 1990).

En la I.ª Campaña de estas excavaciones, realizada en el mes de Agosto de 1987, se descubrió un excepcional conjunto cerámico del Bronce Final, que presenta notables diferencias con otro, también del Bronce Final, recogido por D. Manuel Romero Iñesta, a quien agradecemos la información y las facilidades dadas

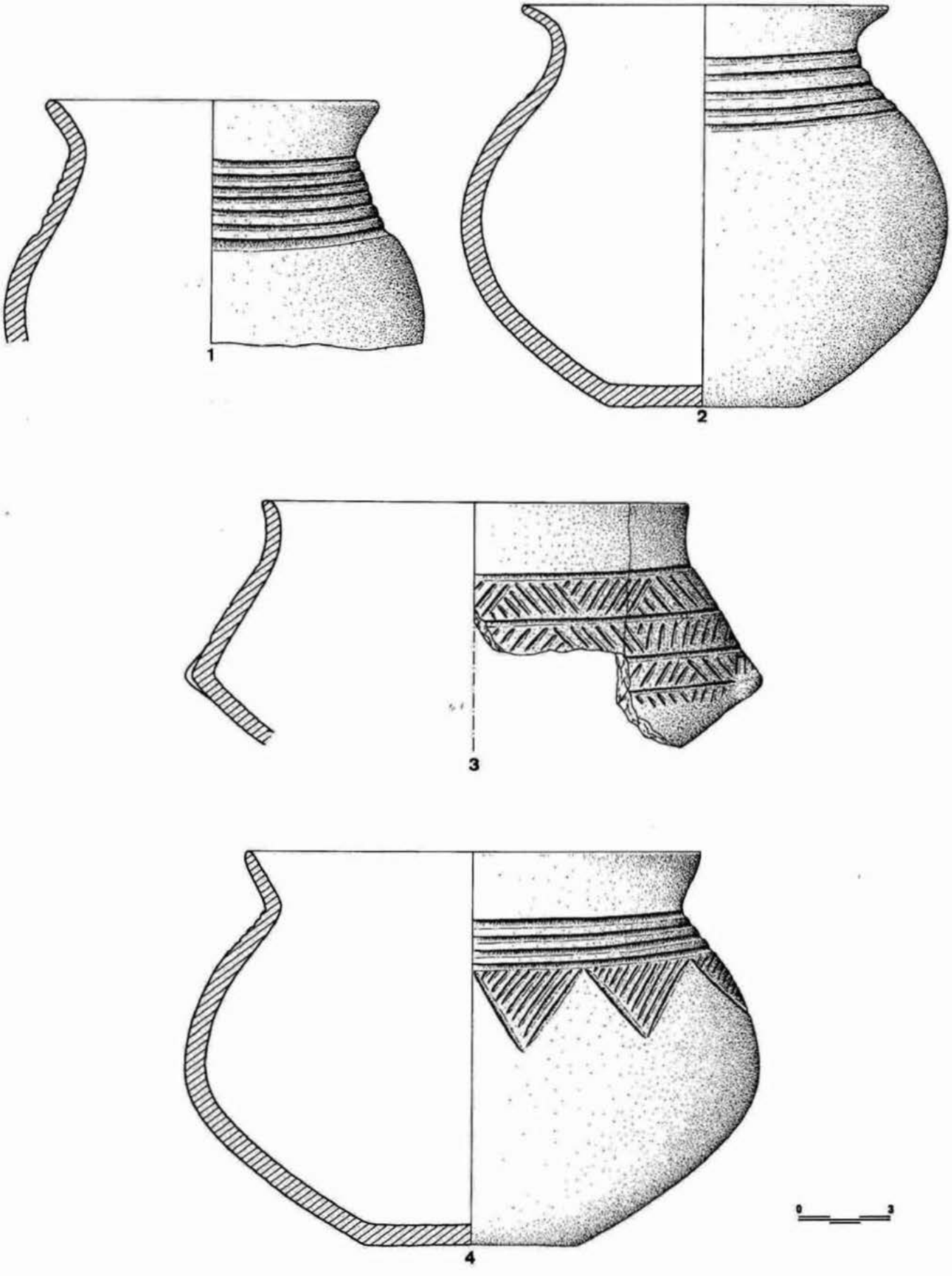


Fig. 3

para el estudio de estos materiales, parte del cual fue publicado por J.F. Navarro Mederos.

CONJUNTO 1

La ocupación prehistórica del Tabaià se constata en diversos puntos. Interesa destacar aquí la ladera superior ubicada entre la cota de 304 m. y las crestas más agudas de la Sierra que caen prácticamente en vertical sobre el río (fig. 2). En esta ladera, de acusada pendiente y desigual anchura, la ocupación prehistórica es intensa, observándose la presencia de plataformas artificiales para la ubicación de las viviendas prehistóricas. La máxima potencia se registra en la plataforma inferior, donde hemos concentrado nuestras excavaciones (lám. I).

En la Campaña de 1987, sin embargo, con objeto de obtener una visión global de la ocupación de todo el yacimiento se realizaron actuaciones arqueológicas en diversos puntos de esta ladera. En la cresta superior se ubicaron varios cortes, aprovechando los lugares menos afectados por las actividades clandestinas. En ninguno de ellos se alcanzó los 0'40 m. de potencia. La erosión, favorecida por la pendiente, había demudado parte de este sector de la ladera, donde no se observaron significativas estructuras de construcción.

En el ángulo SE del Corte 4, cuya excavación corrió a cargo de Cristina Huesca, José María Ferrándiz y Eulalia García, se localizó una alineación rectilínea de cinco piedras de regulares dimensiones que parecían proteger a cinco vasijas, fragmentadas por la presión de la tierra y de las raíces pero fácilmente reconstruibles (láms. II y III). Esta protección se ve favorecida por la presencia de fragmentos de barro con improntas de ramajes colocadas sobre las vasijas. Por desgracia, durante nuestras excavaciones este Corte fue asaltado por los clandestinos, quienes levantaron las piedras, dispersaron los fragmentos de una vasija (lám. IV), haciendo imposible reconstruir su forma, que se encontraba sobre un piso endurecido de cenizas y tierras al mismo nivel que las cerámicas antes citadas, y destrozaron el resto del Corte y de sus perfiles.

Cuatro de las cerámicas se encontraban alineadas bajo las piedras, que parecían protegerlas, mientras la quinta se encontraba bajo una de ellas.

Descripción de las cerámicas

—Vasija de cuerpo de tendencia globular o elipsoide vertical, cuello hiperbólico invertido y labio redondeado. No ha sido posible reconstruir en su totalidad la vasija, que por algunos fragmentos recuperados parece ser de base plana. Decoración en el cuello a base de siete acanaladuras horizontales (fig. 3.1). Superficies externa e interna alisadas y desgrasantes pequeños.

—Vasija de cuerpo globular, base plana, cuello hiperbólico y labio curvo. Decoración en el hombro a base de cinco acanaladuras horizontales (fig. 3.2). Superficie externa bruñida, interna alisada y desgrasantes pequeños.

—Vasija de cuerpo bitroncónico con cuello de tendencia hiperbólico y labio plano. Dos engrosamientos a modo de apéndices poco pronunciados se sitúan en la línea de carena. Decoración en la parte superior del cuerpo a base de tres bandas horizontales, delimitadas por acanaladuras horizontales y rellenas de acanaladuras inclinadas en diversas posiciones. Bajo la última acanaladura horizontal, que coincide con la línea de carena, se realizan pequeños trazos acanalados en posición inclinada (fig. 3.3). Superficies externa e interna alisadas y desgrasantes pequeños.

—Vasija de cuerpo de tendencia elipsoide horizontal, fondo plano, cuello troncocónico invertido y labio apuntado. Decoración en el hombro a base de cuatro acanaladuras horizontales, colgando de la inferior triángulos rellenos de acanaladuras oblícuas (fig. 3.4). Superficies externa e interna alisadas y desgrasantes pequeños.

—Vasija de cuerpo de tendencia elipsoide horizontal con cuello troncocónico invertido, labio apuntado y base anular. Asa de cinta vertical entre el hombro y el borde (fig. 4.1). Superficies externa e interna bruñidas y desgrasantes pequeños.

En este mismo Corte y nivel se recogió, entre otros fragmentos, los pertenecientes a una vasija elipsoide horizontal con carena marcada en la línea ideal de la semielipsoide con cuello troncocónico invertido y labio redondeado (fig. 4.2), un fragmento decorado con acanaladuras (fig. 4.4) y otros dos con decoración incisa (figs. 4.3 y 4.5).

En este mismo sector del yacimiento y en la limpieza superficial del Corte 5 se recogió un fragmento de una vasija de cuerpo de tendencia bitroncocónico, cuello troncocónico invertido y labio curvo. Destaca por su decoración incisa en la parte superior del cuerpo, formada por tres incisiones horizontales que delimitan por su parte superior a dos campos decorativos, uno con motivos en espiga y el otro ajedrezado (fig. 4.6).

CONJUNTO II

El extremo S de la Sierra del Tabaià constituye una cresta rocosa con laderas de acusadas pendientes que desciende hacia el río Vinalopó. En la parte baja de la ladera SE y en las proximidades del río D. Manuel Romero Iñesta recogió, hace ya una veintena de años, un excepcional conjunto de cerámicas. En la actualidad este lugar se encuentra muy demudado por la erosión y cubierto por vegetación de carácter xerófilo, no observándose restos de construcciones (fig. 2 y lám. I).

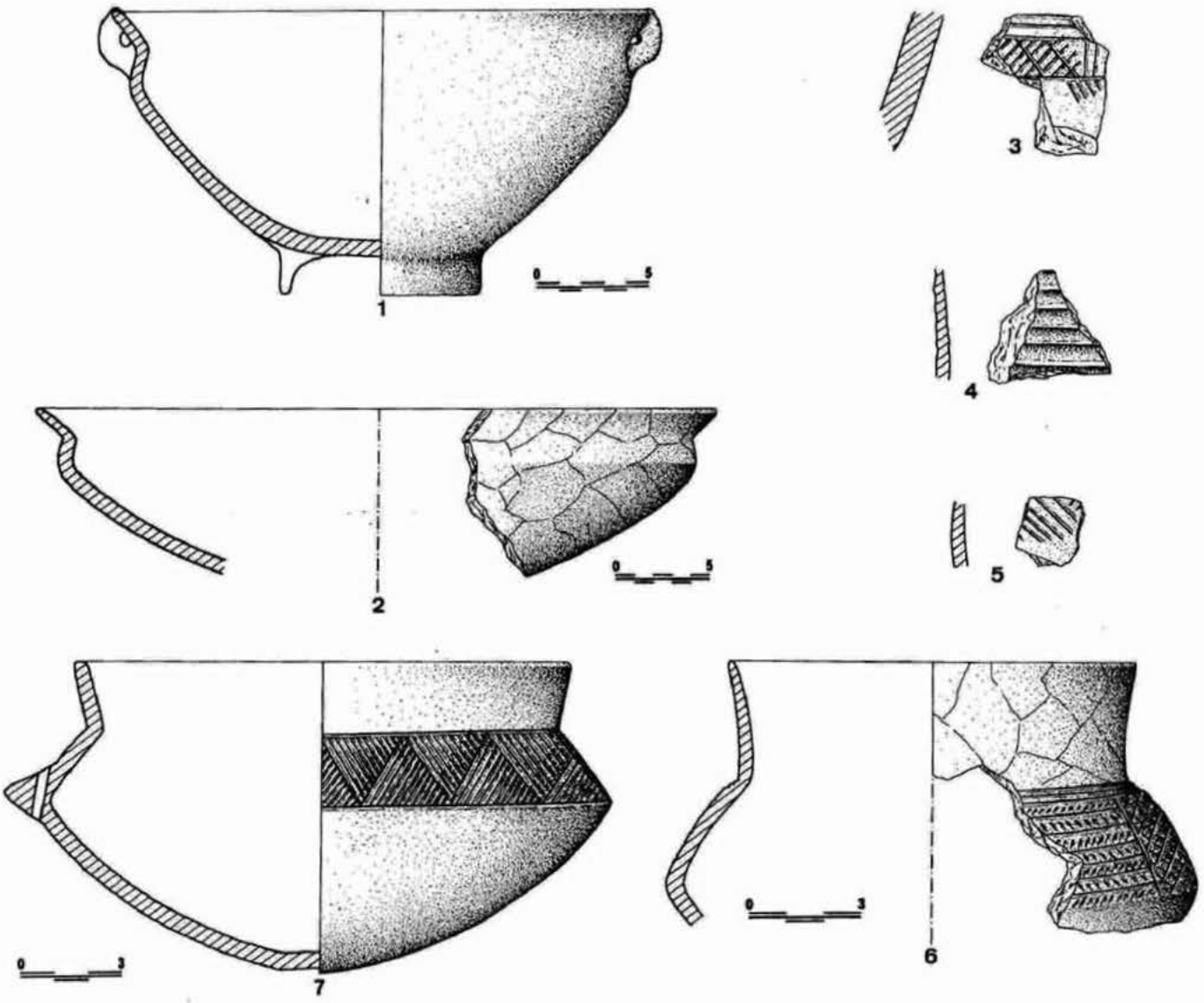


Fig. 4

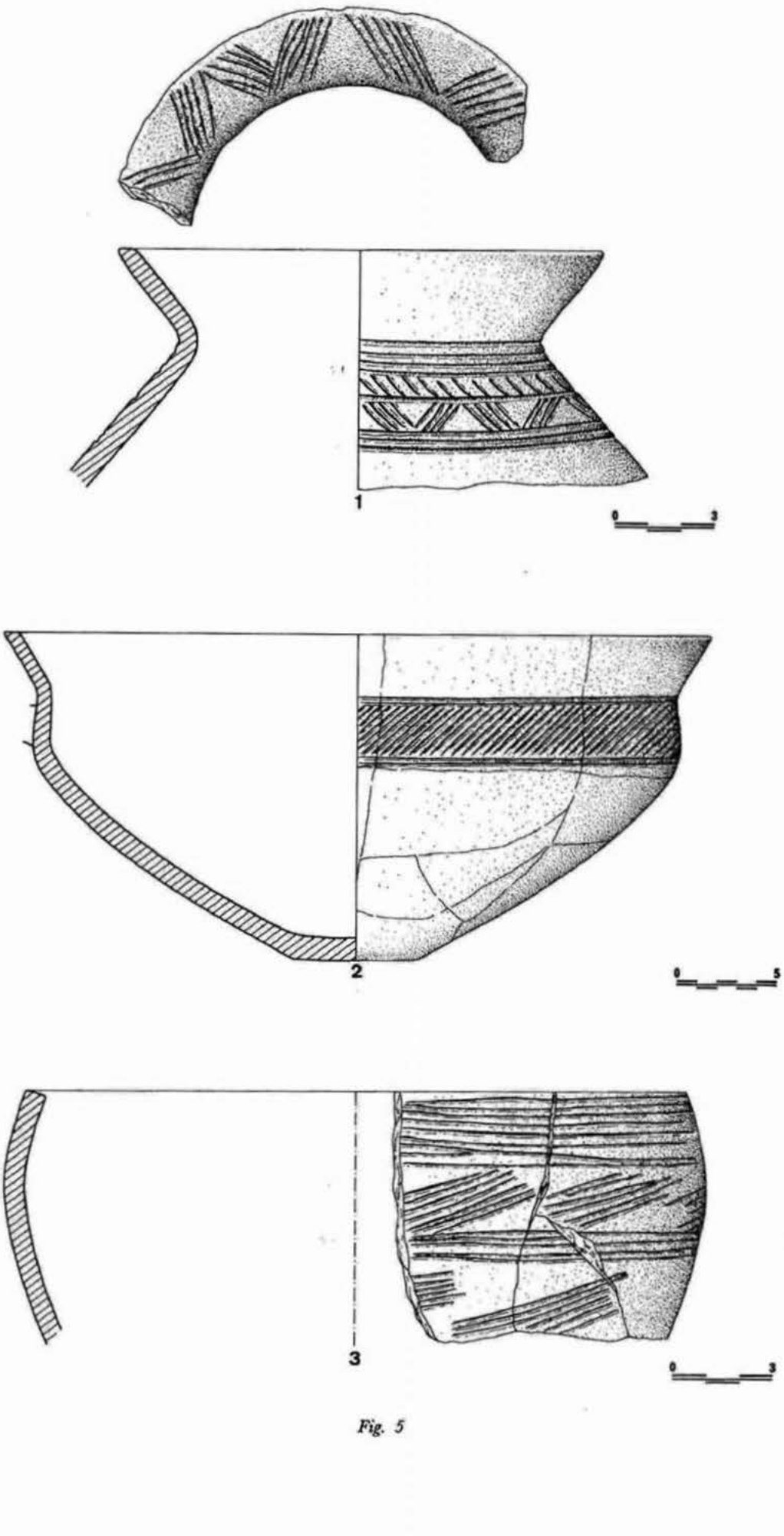


Fig. 5

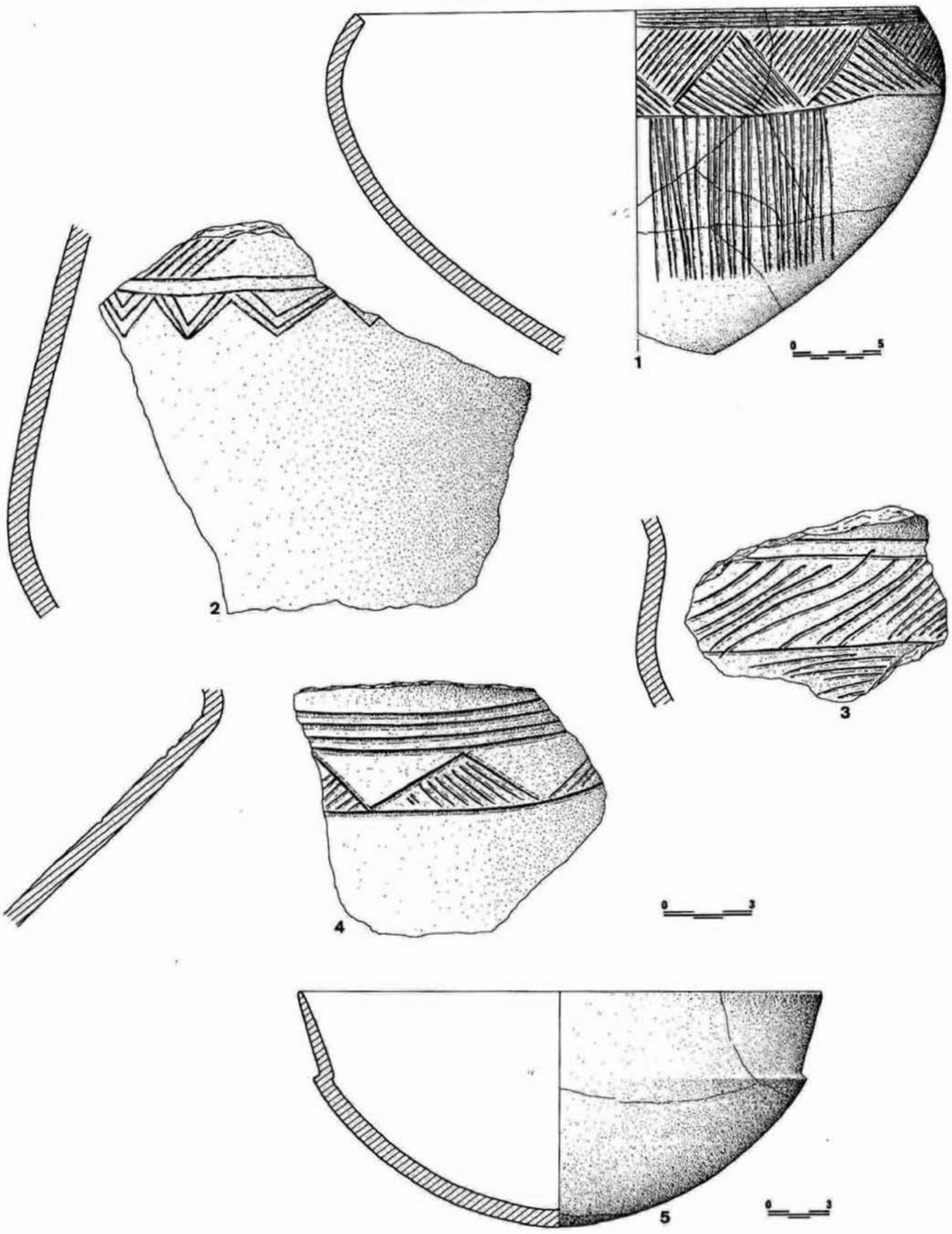


Fig. 6

Descripción de las cerámicas

—Vasija con la parte inferior del cuerpo en forma de casquete esférico, con ónfalo en la base, y la superior troncocónica, cuello troncocónico invertido y labio curvo. Presencia en la línea de carena de asa de cinta alargada con perforación vertical. Decoración en la parte superior del cuerpo de triángulos rellenos de trazos oblícuos realizados mediante incisión, rellena de pasta blanca en algunos puntos (fig. 4.7). Superficies externa e interna bruñidas y desgrasantes pequeños.

—Vasija de tendencia elipsoide vertical con base umbilicada y labio plano inclinado hacia el interior. Decoración a base de cuatro incisiones paralelas junto al borde que desciende para rodear los pequeños mamelones alargados. De la incisión inferior cuelgan triángulos, más pequeños los que rodean los apéndices, rellenos de líneas oblícuas, también realizados mediante incisión. Restos de pasta blanca (fig. 4.8). Superficies externa e interna alisadas y desgrasantes pequeños.

—Fragmento de vasija de la que se conserva la parte superior del cuerpo y el cuello troncocónico invertido con el extremo plano horizontal. Decoración en el hombro y en la parte interior del cuello a base de incisiones no muy profundas. Motivo: en el interior del cuello, bandas de zig-zags formados por conjuntos de 3 a 6 líneas, y en el hombro bandas horizontales de líneas paralelas —4 en la parte superior y 3 en la inferior— que delimitan otras dos, separadas por una incisión horizontal, rellenas la superior por trazos inclinados y la inferior de líneas en zig-zag, en número de cuatro (fig. 5.1). Superficies externa e interna alisadas y desgrasantes pequeños.

—Vasija de cuerpo elipsoide horizontal, base plana, cuello troncocónico invertido y extremo plano horizontal. Resto del arranque de un asa de cinta vertical a la altura del hombro. Decoración a la altura del hombro a base de incisiones superficiales rellenas de pasta blanca. Motivos: banda horizontal formada por trazos inclinados delimitados por una doble línea de incisiones paralelas (fig. 5.2). Superficie externa bruñida, interna alisada y desgrasantes pequeños.

—Vasija de cuerpo de tendencia elipsoide horizontal con el labio plano inclinado hacia el interior. Decoración realizada mediante incisiones superficiales rellenas de pasta blanca a base de bandas horizontales, en las que alternan las formadas por trazos horizontales con los inclinados, separados estos últimos por zonas lisas (fig. 5.3). Superficies externa e interna alisadas y desgrasantes pequeños.

—Vasija con cuerpo elipsoide horizontal, base, incompleta, de tendencia cónica, posiblemente umbilicada, y extremo plano inclinado hacia el interior. Decoración a base de incisiones poco profundas rellenas parcialmente de pasta blanca. Motivos: dos bandas horizontales, la primera constituida por cuatro líneas paralelas y la segunda por triángulos rellenos de trazos inclinados. De la línea que delimita por la parte inferior esta segunda banda cuelgan de modo discontínuo bandas verticales de líneas incisas (fig. 6.1). Superficies externa e interna alisadas y desgrasantes pequeños.

—Vasija con carena muy marcada con la parte inferior de casquete esférico y la parte superior troncocónica invertida con la línea de carena que separa ambas partes muy marcada (fig. 6.5). Superficie externa bruñida, interna alisada y desgrasantes pequeños.

—Vasija carenada con la parte superior troncocónica invertida y la inferior de casquete de elipsoide horizontal (fig. 7.1). Superficie externa bruñida, interna alisada y desgrasantes pequeños.

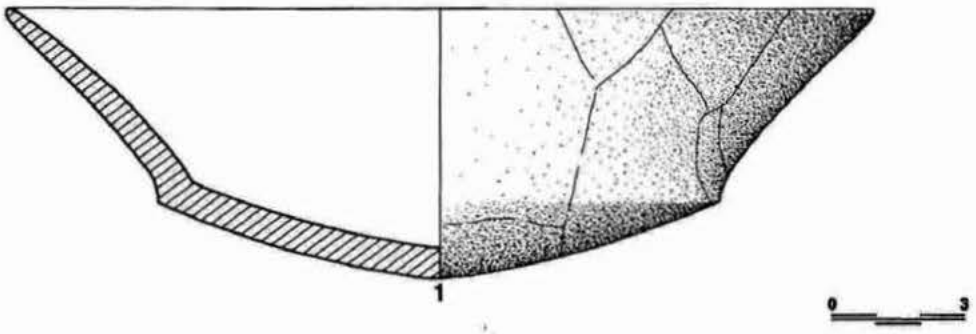
—Vasija troncocónica invertida con fondo plano y pie indicado. Impronta de esterilla de esparto entrelazada con la técnica de cosido en espiral (fig. 7.2). Acabado grosero y desgrasantes medianos.

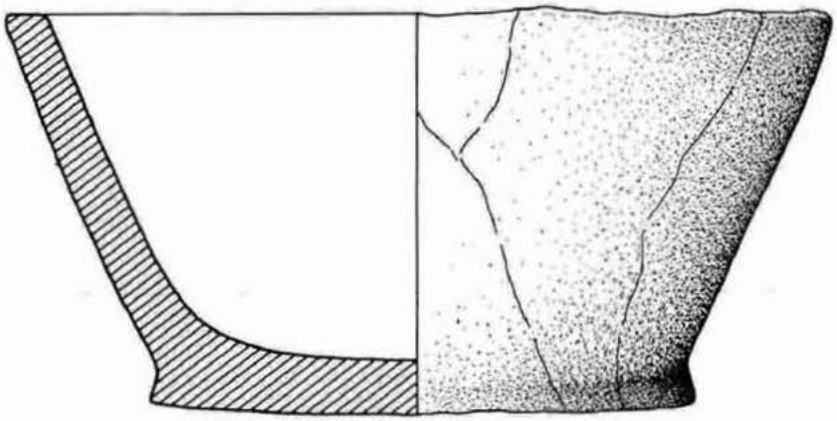
En este lugar se recogieron otros muchos fragmentos cerámicos, algunos de los cuales (fig. 6.2-4) se encuentran decorados con finas incisiones repitiendo los motivos presentes en las vasijas antes citadas —bandas horizontales de líneas paralelas horizontales, inclinadas y triángulos—.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL BRONCE FINAL EN EL MEDIO VINALOPÓ

Toda aproximación al estudio del Bronce Final en el río Vinalopó necesariamente debe tener presente el conjunto de la vajilla de oro y plata, los adornos de oro y los objetos de hierro y ámbar que constituyen el Tesoro de Villena, localizado en el interior de una vasija en la Rambla del Panadero, en el curso alto de este río. Una y otra vez se insiste sobre la procedencia y origen de este excepcional conjunto de orfebrería prehistórica, hasta el punto de disponer en la actualidad de una detallada información sobre los paralelos formales y decorativos de cada uno de los objetos (Soler García, 1965 y 1969; Maluquer de Motes, 1970; Almagro Gorbea, 1974; Schule, 1976; Ruiz-Gálvez, 1989; Perea, 1991). No es este el momento de incidir sobre la procedencia directa o indirecta de este Tesoro, tema que necesariamente debe ser revisado a la luz de los resultados de nuestras recientes excavaciones en el Cabezo Redondo y Laderas del Castillo de Sax, ante el hallazgo de cerámicas formalmente próximas a los recipientes de oro y plata y de adornos de oro semejantes a otros del Tesorillo del Cabezo Redondo, en este mismo yacimiento, ahora perfectamente estratificados.

Cuestiones de extraordinario interés y, sin embargo, apenas abordadas son todas aquellas relacionadas con las implicaciones sociopolíticas de este hallazgo. En efecto, desde el mismo momento del descubrimiento se insiste en su carácter de «tesoro real» y en su «ocultación» ante un peligro, sin prestarse la debida atención sobre el significado de ambos conceptos. La existencia de un jefe con la capacidad de encargar, adquirir o recibir como presente este tesoro necesaria-





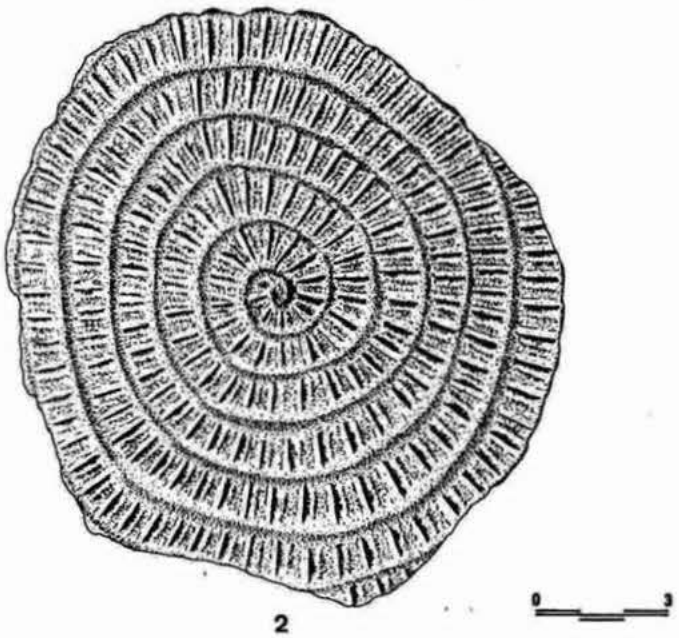


Fig. 7

mente debe ir pareja a la presencia de grupos humanos con una economía próspera. En el registro arqueológico actual el único yacimiento de Villena en el que se ha señalado la presencia de cerámicas del Bronce Final es el Cabezo Redondo. Estas se reducen a algunas decoraciones incisas y excisas, que por otro lado también han sido consideradas del Bronce Tardío (Molina y Arteaga, 1976: 189) y algunas formas cerámicas, en un poblado que, tal como señalara en 1978 F. Molina y confirman nuestras excavaciones, los niveles más importantes corresponden al Bronce Medio y, en especial, al Bronce Tardío.

El registro de yacimientos anteriores a la aparición del mundo ibérico en el Alto Vinalopó se completa con la necrópolis de incineración del Peñón del Rey (Villena), de la que no se conoce el poblado, fechada entre finales del siglo VI y principios del V a.C. (Hernández Alcaraz, 1990).

Para el Medio Vinalopó el registro se reduce a los ya citados fragmentos de El Monastil, de los que algunos de ellos, en especial los decorados con técnica de Boquique, podrían encuadrarse en el Bronce Tardío, al igual que un fragmento decorado de El Portixol, y a los citados recipientes cerámicos, señalados por A. González Prats, de La Esparraguera (Novelda) y El Portixol (Monforte del Cid), además de los procedentes del Tabaià.

En este yacimiento, además de los dos conjuntos cerámicos que ahora presentamos, hemos inventariado en colecciones municipales y privadas y en nuestras propias excavaciones cerámicas con decoración incisa correspondiente al Bronce Final, cuyo estudio se incluye en la Memoria de excavaciones correspondiente.

Estos dos conjuntos cerámicos del Tabaià nos permiten llamar la atención sobre una serie de cuestiones de la Prehistoria reciente de las comarcas meridionales valencianas y en especial en la cuenca del Vinalopó. Sobre el eje de este río ha girado una vieja polémica que ha ocupado a todos quienes se han dedicado al estudio del II milenio en el País Valenciano. En estos momentos carece de sentido plantearse si este río es una frontera entre los Bronces Argárico y Valenciano o es un camino por donde las influencias del primero penetran en el segundo. Lo prioritario es definir, tal como uno de nosotros (M.S. Hernández Pérez) ha señalado en ocasiones anteriores, la «comarcalización» de la Edad del Bronce para todo el País Valenciano, teniendo en cuenta en cada zona el desarrollo cultural anterior, sus recursos naturales y las relaciones externas. Sólo de este modo podríamos explicar los diversos «Bronces» presentes en el País Valenciano.

En las comarcas meridionales valencianas hemos podido delimitar varias de estas «facies». La mejor conocida es, sin duda, la correspondiente al Alto y Medio Vinalopo, en cuyas tierras se suceden varios valles a modo de cubetas, rodeadas de montañas y cruzadas por el río, que en el llamado Bajo Vinalopó da lugar a un paisaje muy diferente, de tierras llanas apenas separadas por pequeñas elevaciones de la Vega Baja del Segura, delimitadas ambas por el mar y en el interior por una serie de alineaciones montañosas entre las que se encuentra la Sierra del Tabaià, que marca la línea divisoria entre el Medio y Bajo Vinalopó.

De esta facies comarcal de la Edad del Bronce interesa destacar aquí las modificaciones que se producen en relación con los patrones de asentamiento en los momentos finales del II milenio. Se reestructura el espacio habitado con una concentración en dos poblados ocupados con anterioridad —Cabezo Redondo y Tabaià—, con al menos otro intermedio posiblemente de menores dimensiones —Laderas del Castillo de Sax—, al que se debe unir una ocupación esporádica en El Monastil y El Portixol. El Bronce Tardío se nos perfila así como un excepcional período, claramente diferenciado del Bronce Antiguo y Medio, ahora ya no sólo por sus materiales, como hasta ahora se había supuesto.

Desde esta nueva perspectiva los hallazgos del Tabaià adquieren una especial significación en el marco de la sistematización del Bronce Final en el País Valenciano. Dos yacimientos alicantinos se utilizan como paradigmas de este período. La Mola, en Agres, representaría a los yacimientos con una ocupación anterior, y Peña Negra, en Crevillente, los nuevos asentamientos. Sobre el primero de los yacimientos conviene recordar que la ocupación del Bronce Final se localiza en pequeñas terrazas de las laderas, alejadas de la zona alta del cerro donde se constata una ocupación del Bronce Antiguo y Medio (Gil-Mascarell, 1981b). En esta terraza, los materiales aparecen revueltos, sin registrarse restos de ocupación permanente, con la excepción de una capa de adobes muy descompuestos a unos 2 m. de profundidad (Gil-Mascarell y Peña Sánchez, 1989: 25). En Peña Negra, por el contrario, los materiales se encuentran totalmente contextualizados y se conocen perfectamente los lugares de habitación y necrópolis (González Prats, 1985).

En este Conjunto II de cerámicas del Tabaià, evidentemente selectivo como es habitual en este tipo de recogida y colecciones, destaca el alto porcentaje de cerámicas decoradas o de superficie externa cuidada junto a un único recipiente de superficie y pasta grosera. Este último, de forma troncocónica invertida y fondo plano con pie indicado, se corresponde con el Tipo AB2 de Peña Negra I (González Prats, 1983). Nuestro ejemplar, al igual que ocurre con otros del yacimiento crevillentino (González Prats, 1981: 42) conserva en su base la impronta de esterilla de esparto, presente también en muchos de los ejemplares del Puig d'Alcoi (Barrachina Ibáñez, 1987: fig. 10).

Entre las cerámicas decoradas conviene señalar la presencia, junto a las clásicas incisiones finas y profundas del Bronce Final, otras mucho más finas y poco profundas, repitiéndose, en cambio, algunos de los te-

mas decorativos y la ubicación de éstos en la vasija. Los paralelos más próximos para estas cerámicas se encuentran en la Mola d'Agres (Centre D'estudis Contestans, 1978; Gil-Mascarell y Peña Sánchez, 1989), donde hemos podido comprobar, entre los materiales recuperados por el Centre d'Estudis Contestans y nos ha corroborado M. Gil-Mascarell para los procedentes de sus excavaciones, un mismo tipo de pasta y cocción, la presencia en algunos fragmentos del relleno de pasta blanca y la repetición de formas, técnicas, motivos y ubicación de la decoración. Sobre algunas decoraciones incisas, que en Mola d'Agres han sido consideradas del grupo más antiguo de las especies incisas valencianas y fechadas en torno a los siglos VIII-VII a.C. (Ruiz Zapatero, 1985: 795), ha realizado A. González Prats un detenido análisis, señalando su distribución peninsular, cronología y posibles orígenes. En la línea de su argumentación, basada en los ejemplares de Peña Negra y de otros yacimientos alicantinos (González Prats, 1988 y 1991), destacaremos la presencia de muchos de estos motivos en Cogotas I y algunos de ellos —líneas paralelas, retículas, triángulos rellenos de puntos...— en los niveles del Bronce Antiguo del Tabaià, anteriores a la ocupación argárica del mismo yacimiento.

De este mismo conjunto forman parte dos recipientes de pasta de gran calidad y superficie bruñida. Uno de ellos (fig. 6.5) se corresponde con el Tipo B7 de Peña Negra I, tal como ha sido señalado (González Prats, 1991: 60), mientras para el otro (fig. 7.1) los paralelos más próximos se encuentran en Los Saladares, en el grupo de fuentes carenadas de boca ancha y base concoidal (Arteaga y Serna, 1979/80: fig. 23.4), aunque nuestro ejemplar carece de apéndices, presentes en el ejemplar oriolano publicado. En las vitrinas del Museo Municipal de Novelda esta última vasija del Tabaià contiene cereales carbonizados (Navarro Mederos, 1982: 58) que, según indicación de D. Manuel Romero, se añadieron en el momento de su exposición, por lo que no deben relacionarse con esta vasija, salvo por su procedencia del Tabaià.

Estas cerámicas del Tabaià se recogieron en una zona de fuerte pendiente, en la que no hemos observado la presencia de construcciones con la excepción de restos de paredes que podrían pertenecer a los abancalamientos de antiguos cultivos, hoy totalmente abandonados, o a construcciones del Bronce Final para ubicar en estas plataformas artificiales las casas, que en este caso serían de pequeñas dimensiones, por lo reducido del espacio disponible, y de estructura frágil a juzgar por los restos de barro con improntas de ramajes recogidos en este lugar. Por el tipo de emplazamiento y la ausencia de estructuras consistentes cabría pensar en un tipo de hábitat diferente al existente en Peña Negra y relacionable con las plataformas de las laderas de Mola d'Agres, cuyo depósito arqueológico se creía «producto de un desplazamiento, posiblemente caído desde la parte superior del cerro» (Gil-Mascarell, 1981 b: 77) y que la presencia de adobes descompuestos (Gil-Mascarell y Peña Sánchez, 1989: 125) y estos hallazgos del Tabaià permiten interpretarlos de otro modo. Nos encontraríamos, pues, ante un nuevo tipo de hábitat para el Bronce Final que por el momento sólo conocemos por su ubicación en las partes bajas de las laderas de cerros ocupados con anterioridad.

En el mismo Tabaià, sin embargo, nos encontramos con una ocupación del Bronce Final en la parte superior del cerro, cuya extensión por el momento no podemos precisar. A esta ocupación pertenece el Conjunto I de cerámicas que ahora damos a conocer, en el que destacan los tres vasos con decoración acanalada en el hombro e inicio del cuello, asociada en uno de ellos con triángulos colgantes rellenos de trazos oblícuos. Al mismo conjunto, en este caso sin duda coetáneo, pertenece otra vasija decorada con incisiones y una cazuela sin decorar con base anular, a la que se debe asociar otro recipiente del mismo nivel del que no se conserva el fondo.

En el marco de la discusión sobre el Bronce Final del País Valenciano la presencia de estas vasijas aporta novedosa y significativa información. Sobre unos relativamente escasos fragmentos cerámicos, pertenecientes a cuellos u hombros de vasijas, decorados con acanaladuras paralelas, se han hecho llegar a las tierras alicantinas las influencias de los Campos de Urnas. En Peña Negra I se citan dos fragmentos (González Prats, 1985 b: fig. 71: 2695; y 1991: 85), el primero de los cuales se relaciona con otros fragmentos de la Mola d'Agres y Pic dels Corbs de Sagunto. El fragmento de este último yacimiento ha sido fechado (Almagro Gorbea, 1977: 127) en el siglo IX a.C. en la transición del Período III al IV en la sistematización propuesta por M. Almagro Gorbea. En la Mola d'Agres estos fragmentos son abundantes y en ocasiones las acanaladuras se asocian, como ocurre con uno de nuestros ejemplares, con los triángulos rellenos de trazos oblícuos, que son fechados sobre los siglos X-IX a.C. Uno de los ejemplares de Peña Negra I, que en base a los ejemplares del Tabaià podríamos reconstruir de modo diferente al propuesto (González Prats, 1983, cuadro tipológico) fue hallado en el Estrato IIc del Corte C en el nivel más antiguo de este yacimiento (González Prats, 1985: 81 y fig. 71: 2695).

Este conjunto del Tabaià nos permite disponer por vez primera de formas completas, que no aparecen registradas en las tipologías de los Campos de Urnas (Ruiz Zapatero, 1985: 715-747).

En base a nuestros ejemplares podemos replantearnos desde nuevas perspectivas, tanto las reconstrucciones propuestas para algunos de los fragmentos de Mola d'Agres y Peña Negra, como la propia presencia de los Campos de Urnas en las tierras meridionales valencianas, señalada en los yacimientos alicantinos de Mola d'Agres, Puig d'Alcoi (Barrachina, 1987: 138),

Peña Negra I (González Prats, 1981: 85) y Los Saladares (Arteaga y Serna, 1979-80: 118). En los dos últimos yacimientos esta presencia se considera poco significativa, al tiempo que se insiste en los contactos meridionales y en la pervivencia de los sustratos en la formación del Bronce Final en esta zona. La Mola d'Agres, en cambio, se utiliza como yacimiento paradigmático de los Campos de Urnas en Alicante, fechándose su presencia en base a cerámicas decoradas, introducidas por pequeños grupos humanos, quizás familiares, procedentes del Centro y Sur de Cataluña, que se infiltran hacia el País Valenciano hacia el siglo x a.C. dentro de la dinámica general de los desplazamientos de los Campos de Urnas del SW de Europa. Una segunda fase se detecta en este yacimiento —Agres II—, ahora con influencias de los Campos de Urnas bajoaragoneses (Ruiz Zapatero, 1985: 702).

Si bien parecen evidentes los paralelos cerámicos aducidos, al igual que otros con posterioridad (Enrique, 1991), y a la espera de la publicación de los resultados de las excavaciones realizadas por M. Gil-Mascarell en las laderas de la Mola d'Agres, debemos llamar la atención sobre la posible coetaneidad de todas estas cerámicas, la no constatación, al menos por el momento, de incineraciones y el hallazgo de una fíbula «ad occhio» que reflejan «relaciones comerciales de las gentes que habitaron el yacimiento de la Mola d'Agres con el mediterráneo anteriores a la colonización púnica» (Gil-Mascarell y Peña Sánchez, 1989: 142), relaciones con el Mediterráneo que podemos observar en otros elementos culturales del Bronce Final de estos lugares, incluso en el propio Tesoro de Villena (Ruiz-Gálvez, 1989: 53-54).

En el Tabaià las cerámicas presentes en la Mola d'Agres se encuentran distribuidas en los dos conjuntos aquí presentados, que en nuestro yacimiento se encuentran claramente diferenciados. Proceden, tal como hemos afirmado, de dos zonas del yacimiento con características diferentes, siendo imposible precisar si ambas ocupaciones son coetáneas. Sin poder negar que algunas de las decoraciones cerámicas de estos conjuntos del Tabaià recuerdan los motivos y las técnicas decorativas de las cerámicas de los Campos de Urnas, no así sus formas, debemos señalar que tampoco en el Tabaià se conoce el rito de la incineración y que en el Corte 5, contiguo al Corte 4 del que procede el Conjunto I, se excavaron los restos de una inhumación infantil, apenas cubierta por la tierra vegetal y en parte arrasada por la erosión, carente de ajuar y sin aparente protección y que estratigráficamente parece ser contemporánea a las cerámicas del Conjunto I y la vasija decorada con incisiones del mismo Corte 5 (fig. 4.6).

Sobre la base de este registro arqueológico resulta aventurado señalar la presencia en las comarcas meridionales valencianas de los Campos de Urnas y sobre el propio origen del Bronce Final. Las recientes excavaciones en varios yacimientos del Vinalopó, en especial en el Tabaià y Cabezo Redondo, ofrecen una excepcional información sobre el Bronce Tardío, en el que encontramos algunas de las formas cerámicas —cazuelas, bases anulares...— y técnicas y motivos decorativos presentes en estas cerámicas del Bronce Final.

Sobre la ocupación del Tabaià durante el Bronce Final, que será analizada en extenso en la Memoria de excavaciones que se ultima en estos momentos, debemos señalar que aparece dispersa por diversos puntos del yacimiento. Frente a lo que ocurre en las etapas anteriores, no se ha constatado para este momento estructuras arquitectónicas sólidas, similares a las de Peña Negra I o a los momentos más antiguos de Los Saladares, pese a su proximidad, al menos con el primero de los yacimientos. Cabría pensar en dos tipos de asentamientos para los momentos iniciales del Bronce Final, uno de ellos representado por el Tabaià, al que podríamos unir Mola d'Agres, con las construcciones de hábitat dispersas, y el otro por Peña Negra I y los momentos más antiguos de Los Saladares, prolongándose en este segundo grupo la ocupación en el siguiente período, que por el momento no se encuentra presente en los yacimientos del primer grupo. Sin embargo, no podríamos descartar que tanto Mola d'Agres como Tabaià se correspondan con un momento inicial del Bronce Final, previo a la ocupación de Peña Negra I. Las investigaciones actualmente en curso en el Alto y Medio Vinalopó aportarán, sin duda, una información más precisa para resolver algunas de las cuestiones aquí planteadas sobre la formación y desarrollo del Bronce Final, de las que depende la cronología y el propio significado del Tesoro de Villena.

BIBLIOGRAFÍA

Almagro Gorbea, M. (1974): «Orfebrería del Bronce Final en la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 31, Madrid, págs. 39-100.

Almagro Gorbea, M. (1977): «El Pic del Corbs, de Sagunto, y los campos de urnas del NE. de la Península Ibérica». *Saguntum*, 12, Valencia, págs. 89-141.

Arteaga, O. (1976): «La panorámica protohistórica peninsular y el estado actual de su conocimiento en el Levante Peninsular (Castellón de la Plana)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 3, Castellón, págs. 173-194.

Arteaga, O.; Serna, M.R. (1979/80): «Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela, Alicante). Una contribución al estudio del Bronce Final en la Península Ibérica (Estudio crítico 1)». *Ampurias*, 41-42, Barcelona, págs. 65-137.

Ballester Tormo, I. (1947): «Las cerámicas ibéricas arcaizantes valencianas». *Serie de Trabajos Varios del S.I.P.*, 10, Valencia, págs. 47-56.

BARRACHINA IBÁÑEZ, E. (1987): «El Bronze Final al poblat del Puig d'Alcoi». *Fonaments*, 6, Barcelona, págs. 131-155.

BARRACHINA IBÁÑEZ, E. (1989): «Breve avance sobre el estudio del poblado del Pic dels Corbs». *Homenatge A. Chabret 1888-1988*, Valencia, págs. 31-42.

CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS (1978): «La Mola d'Agres». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XV, Valencia, págs. 99-112.

ENRIQUE TEJEDO, M. (1991): «Anotaciones al conocimiento de una forma cerámica de los Campos de Urnas del N.E. de la Península Ibérica». *Saguntum*, 24, Valencia, págs. 145-155.

GIL-MASCARELL, M. (1981 a): «Bronce Tardío y Bronce Final en el País Valenciano». *Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 1, Valencia, págs. 9-39.

GIL-MASCARELL, M. (1981 b): «El poblado de la Mola d'Agres. Dos cortes estratigráficos». *Saguntum*, 16, Valencia, págs. 75-90.

GIL-MASCARELL, M. (1985): «El final de la Edad del Bronce». *Arqueología en el País Valenciano: panorama y perspectivas*, Alicante, págs. 141-152.

GIL-MASCARELL, M.; PEÑA SÁNCHEZ, J.L. (1989): «La fíbula "ad occhio" del yacimiento de la Mola d'Agres». *Saguntum*, 22, Valencia, págs. 125-146.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1979): «Excavaciones en el yacimiento protohistórico de la Peña Negra, Crevillente (Alicante)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 99, Madrid.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Alicante.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1985 a): «Los nuevos asentamientos del final de la Edad del Bronce. Problemática cultural y cronológica». *Arqueología en el País Valenciano: panorama y perspectivas*, Alicante, págs. 153-184.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1985 b): «La Peña Negra, II-III. Campañas de 1978 y 1979». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 21, Madrid, págs. 7-155.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1988): «Sobre unos diseños decorativos de Cogotas I». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, Valencia, págs. 279-286.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1991): *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*. Alicante.

HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. (1990): *La necrópolis protohistórica del Peñón del Rey (Villena, Alicante)*. Memoria de Licenciatura inédita, Universidad de Alicante.

HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (1983): «La metalurgia prehistórica en el Valle Medio del río Vinalopó (Alicante)». *Lucentum*, II, Alicante, págs. 17-42.

HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (1990): «Un enterramiento argárico en Alicante». *Homenaje a Jerónimo Molina García*, Murcia, págs. 87-94.

JIMÉNEZ DE CISNEROS, D. (1925): «Indicación de algunos yacimientos prehistóricos y noticias acerca de otros». *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XXV, Madrid, págs. 71-81.

LLOBREGAT, E. (1975): «Nuevos enfoques para el estudio del período del Neolítico al Hierro en la Región Valenciana». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11, Valencia, págs. 119-140.

MALUQUER DE MOTES, J. (1970): «Desarrollo de la orfebrería prerromana en la Península Ibérica». *Pyrenae*, 6, Barcelona, págs. 79-110.

MOLINA, F. (1978): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el SE. de la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, Granada, págs. 159-232.

MOLINA, F.; ARTEAGA, O. (1976): «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, Granada, págs. 175-214.

NAVARRO MEDEROS, J.F. (1982): «Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante)». *Lucentum*, I, Alicante, págs. 19-70.

PEREA, A. (1991): *Orfebrería Prerromana. Arqueología del oro*. Madrid.

PLA BALLESTER, E. (1959): «El problema del tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro en la Región Valenciana». *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza, 1957)*, Zaragoza, págs. 128-133.

PLA BALLESTER, E. (1985): «La iberización en tierras valencianas». *Arqueología en el País Valenciano: panorama y perspectivas*, Alicante, págs. 257-271.

PLA BALLESTER, E.; GIL-MASCARELL, M. (1978): «Un interesante vaso de Los Villares (Caudete de las Fuentes)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XV, Valencia, págs. 137-146.

POVEDA, A. (1988): *El poblado ibero-romano de «El Monastil» (Elda, Alicante). Introducción Histórico-Arqueológica*. Elda.

RUIZ ZAPATERO, G. (1978): «Las penetraciones de los Campos de Urnas en el País Valenciano». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 5, Castellón, págs. 243-255.

RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*. Madrid.

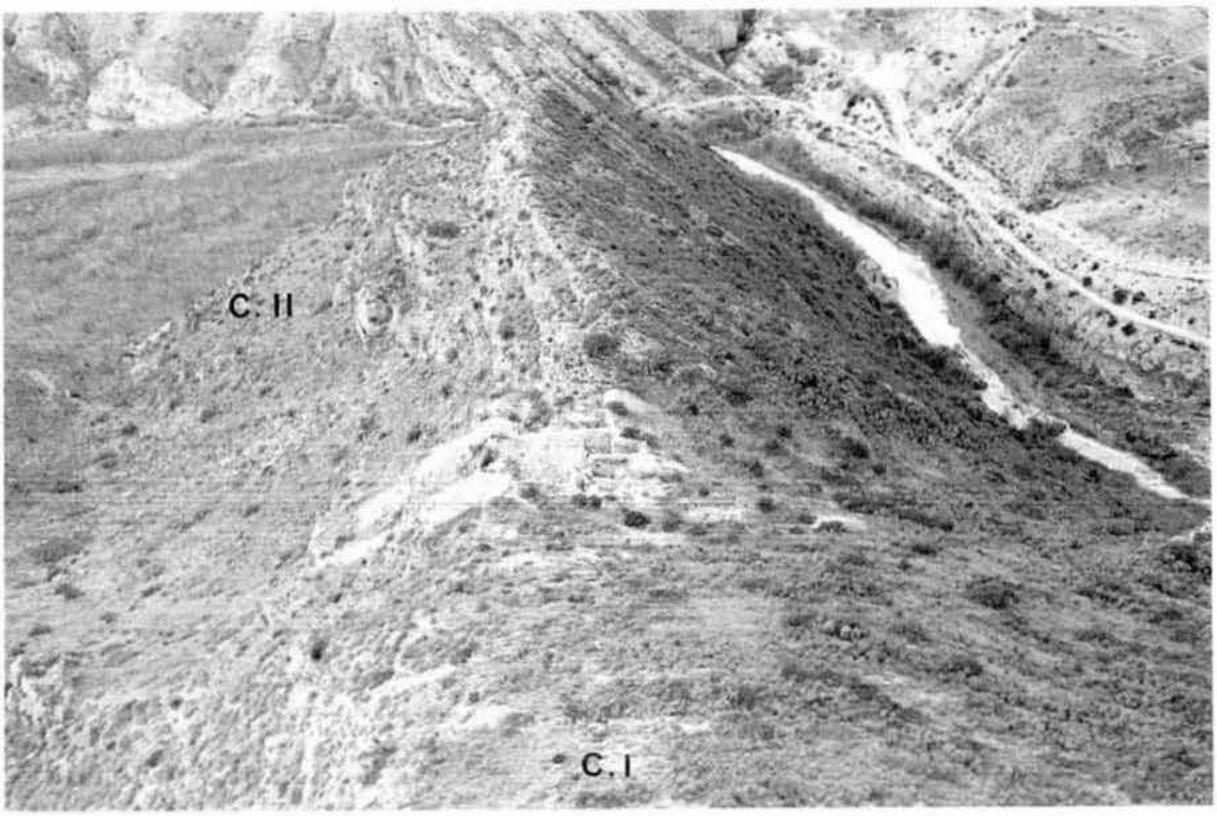
RUIZ-GÁLVEZ, M. (1989): «La orfebrería del Bronce Final. El poder y su ostentación». *El oro en la España Prerromana*, Madrid, págs. 46-57.

SCHÜLE, W. (1976): «Der Bronzezeitliche Schatzzfund von Villena. (Prov. Alicante)». *Madrider Mitteilungen*, 17, Heidelgerg, págs. 142-179.

SOLER GARCÍA, J.M. (1965): «El Tesoro de Villena». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 36, Madrid.

SOLER GARCÍA, J.M. (1969): «El oro de los tesoros de Villena». *Serie de Trabajos Varios del S.I.P.*, 36, Valencia.

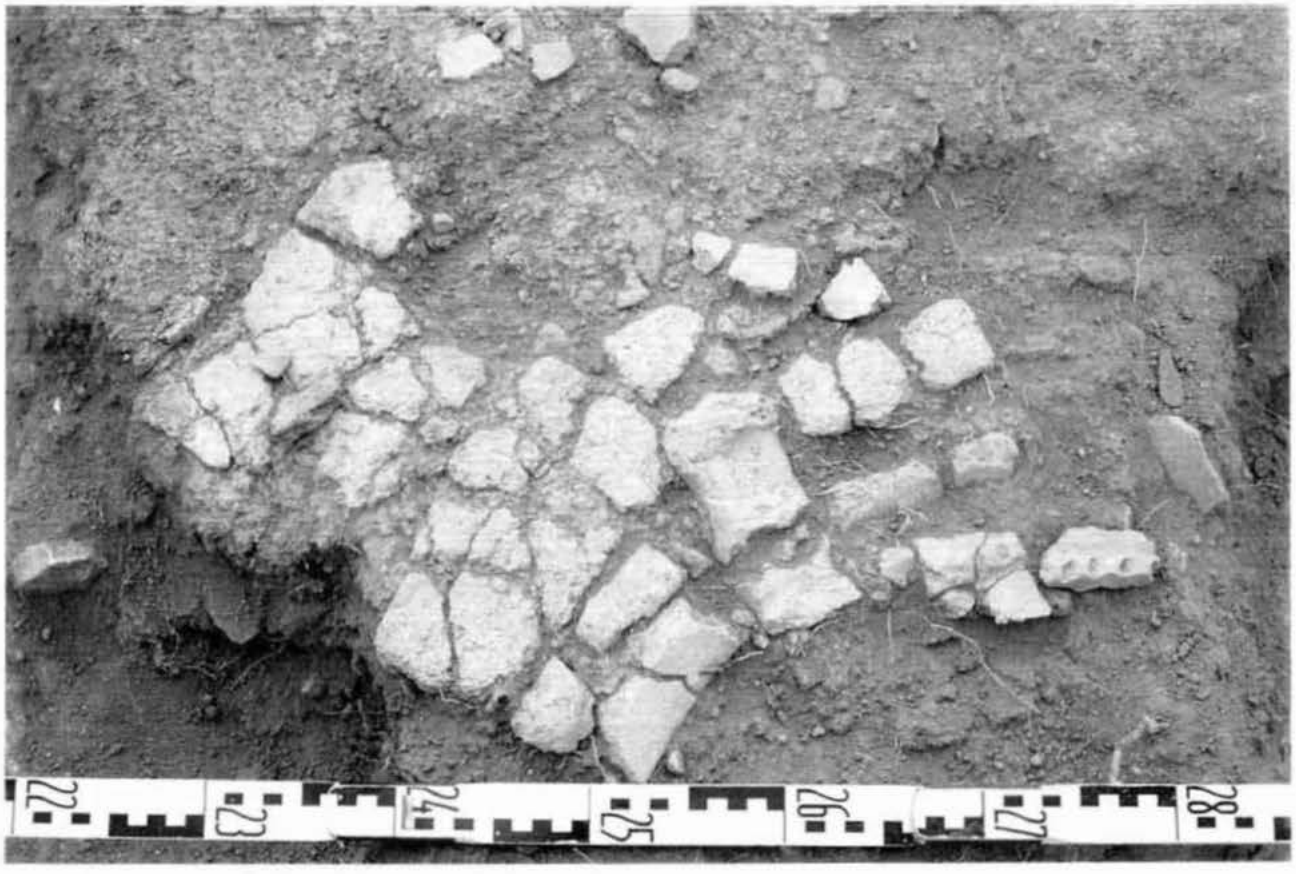
TARRADELL, M. (1962): *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización*. Anales de la Universidad de Valencia, Valencia.





Láms. I y II





Láms. III y IV

Alfredo González Prats* y Elisa Ruiz Segura*

UN POBLADO FORTIFICADO DEL BRONCE FINAL EN EL BAJO VINALOPÓ

En el mes de Octubre de 1988 se llevaron a cabo trabajos arqueológicos en el tramo de la Autovía Alicante-Murcia situado a su paso por el río Vinalopó, a unos 2 km. al norte de la ciudad de Elche.

La actuación arqueológica vino determinada por la existencia de un poblado protohistórico en el lugar, conocido como Caramoro II, en donde las máquinas habían procedido a realizar las primeras tareas de explanación. Solicitada la correspondiente autorización, se comenzó una campaña de urgencia en la fecha indicada, bajo la dirección de los doctores González Prats y Ramos Fernández y actuando como técnicas Dª. Ana Ruiz y Dª. Elisa Ruiz.

El yacimiento ocupa una lengua amesetada al norte del río Vinalopó cuyo lado occidental vierte de forma abrupta sobre el propio cauce, mientras los otros lados lo hacen de forma más atenuada sobre dos ramblas que se dirigen al río.

Hemos denominado el yacimiento como Caramoro II para diferenciarlo del poblado prehistórico de Caramoro, objeto de una campaña de urgencia anterior por el doctor Ramos Fernández y en donde los autores efectuaron una nueva campaña de salvamento ante el mismo peligro por las obras de la Autovía.

En la superficie del yacimiento pudimos recoger diversos fragmentos de cerámica a torno entre los que cabe destacar aquellos pertenecientes a vasijas fenicias (ánforas A1), ibéricas, de barniz negro y medievales. Su carácter rodado nos induce a pensar que, ya antes de la explanación de las máquinas, los posibles niveles más recientes al que es objeto de estas líneas estuvieran desmantelados por la erosión, dado el afloramiento de la roca en gran parte del yacimiento. En la actualidad, el centro del poblado ha sido rebajado para facilitar el trazado del puente sobre el río.

LOS TRABAJOS

Las áreas adecuadas para la realización de las excavaciones eran aquellas que se habían conservado por la existencia de la antigua línea de muralla, que en algún punto llegaba a aflorar y fue parcialmente afectada por las obras de la Autovía.

Se planteó un total de seis cortes a lo largo del recinto defensivo de modo que obtuviéramos un muestreo significativo para su posterior reconstrucción.

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Alicante.

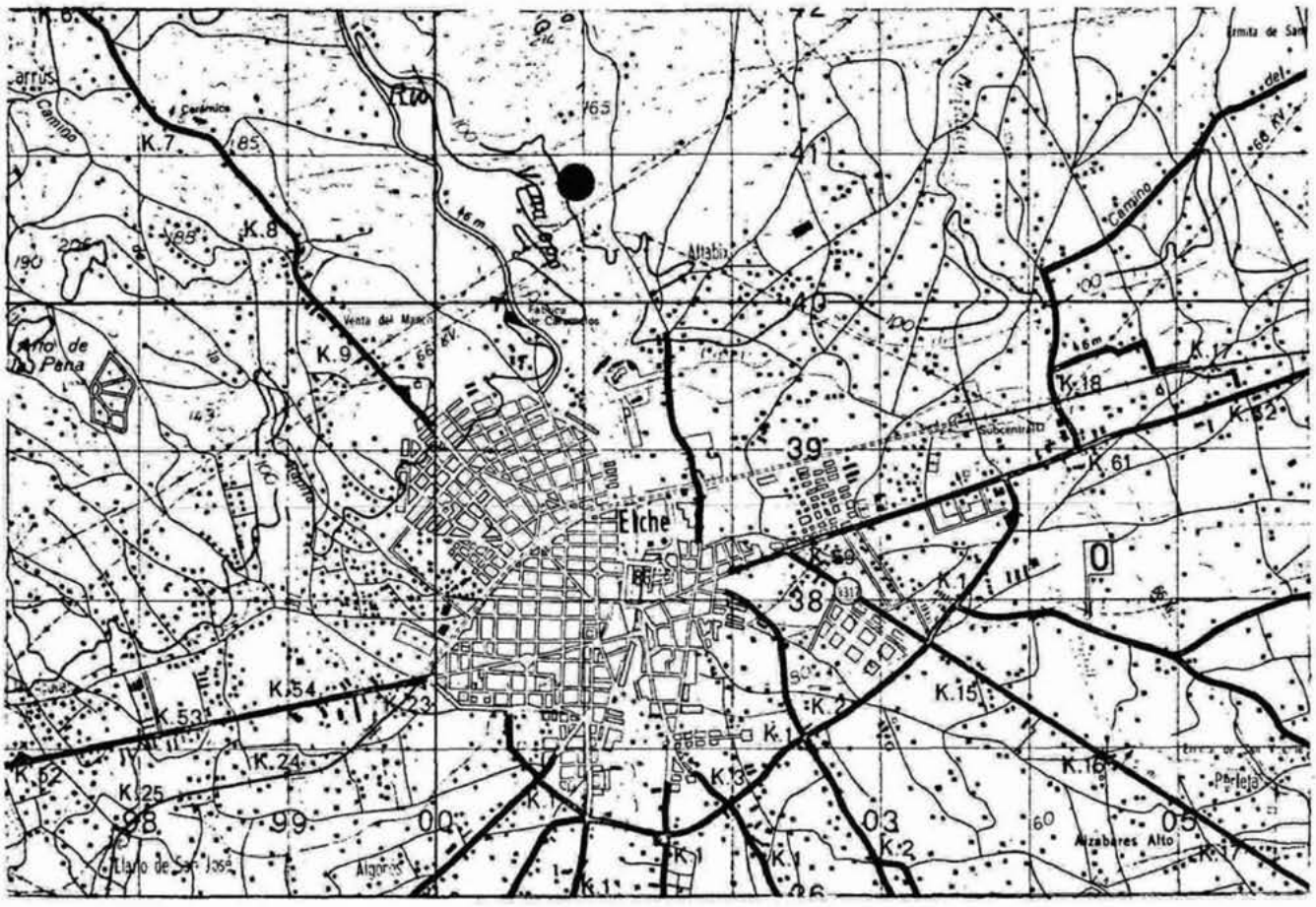


Fig. 1.— Situación del poblado de Caramoro II

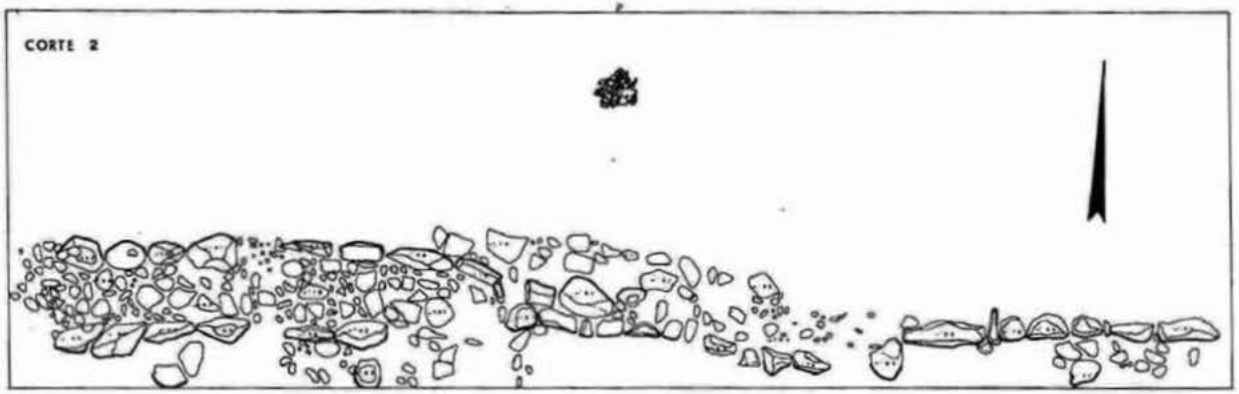
El corte 1 ofrecía unas dimensiones de 17'5 por 8 metros y en su interior aparecían, ya antes de excavar, los restos de la muralla que, en el lado norte, fue parcialmente destruida por la maquinaria. Esta línea defensiva se sitúa en torno a la cota de 130 m., como ocurrirá con el resto del encintado, iniciándose aquí el incremento de la pendiente de la meseta. Presenta una orientación norte-sur y se pierde en la zona meridional del corte debido a la erosión, razón por la que se conserva un tramo de unos 13 m. de longitud.

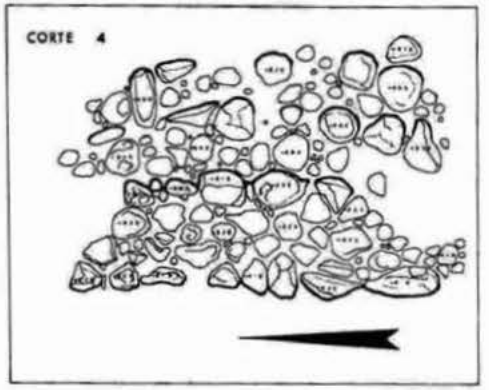
La solución técnica de esta obra se consigue mediante la construcción de un núcleo central de aproximadamente 2 m. de ancho, realizado con dos líneas de piedras, hincadas en su mayoría, dejando un espacio central que se rellena de modo heterogéneo: con piedras de tamaño medio trabadas con barro oscuro en su mitad septentrional y por acumulación de pequeños guijarros amalgamados con tierra amarillenta. A este cuerpo se añaden dos nuevas alineaciones de piedras hincadas —una a cada lado— que proporcionan a la muralla una anchura total de entre 3 y 4 m., rellenándose también con piedras los espacios surgidos de esta anexión. Estas diferencias técnicas no conducen a establecer fases de construcción en el tiempo ya que los materiales, localizados mayoritariamente en el interior del recinto, presentan una homogeneidad cronológico-cultural.

En el área intramuros no se han hallado restos claros de suelos u hogares, así como de estructura alguna, excepción hecha de algunos fragmentos de enlucido de barro que aún conservan improntas de cañas y ramaje provenientes de una gran bolsada de ceniza gris ubicada en la zona sur del corte y que constituirían el único vestigio de viviendas recuperado.

El **corte 2**, de 17 por 4 m., se planteó al otro lado de una pequeña vaguada situada al norte del corte 1, presentando aquí la muralla una dirección oeste-este. Parte de los restos afloraban también en superficie, aunque aquí conservamos tan sólo el cuerpo central, compuesto por dos alineaciones de piedras hincadas con su correspondiente relleno, y los restos de una tercera hilera exterior que conformarían un ancho de 1'6 m. por 12'8 m. de longitud.

A diferencia del corte anterior, aquí sí fue posible recuperar los restos de una estructura en el interior del recinto pertenecientes a un suelo de hogar, si bien son inexistentes otros elementos de vivienda. Mención aparte merece, por su abundancia, el material exhumado en este corte.





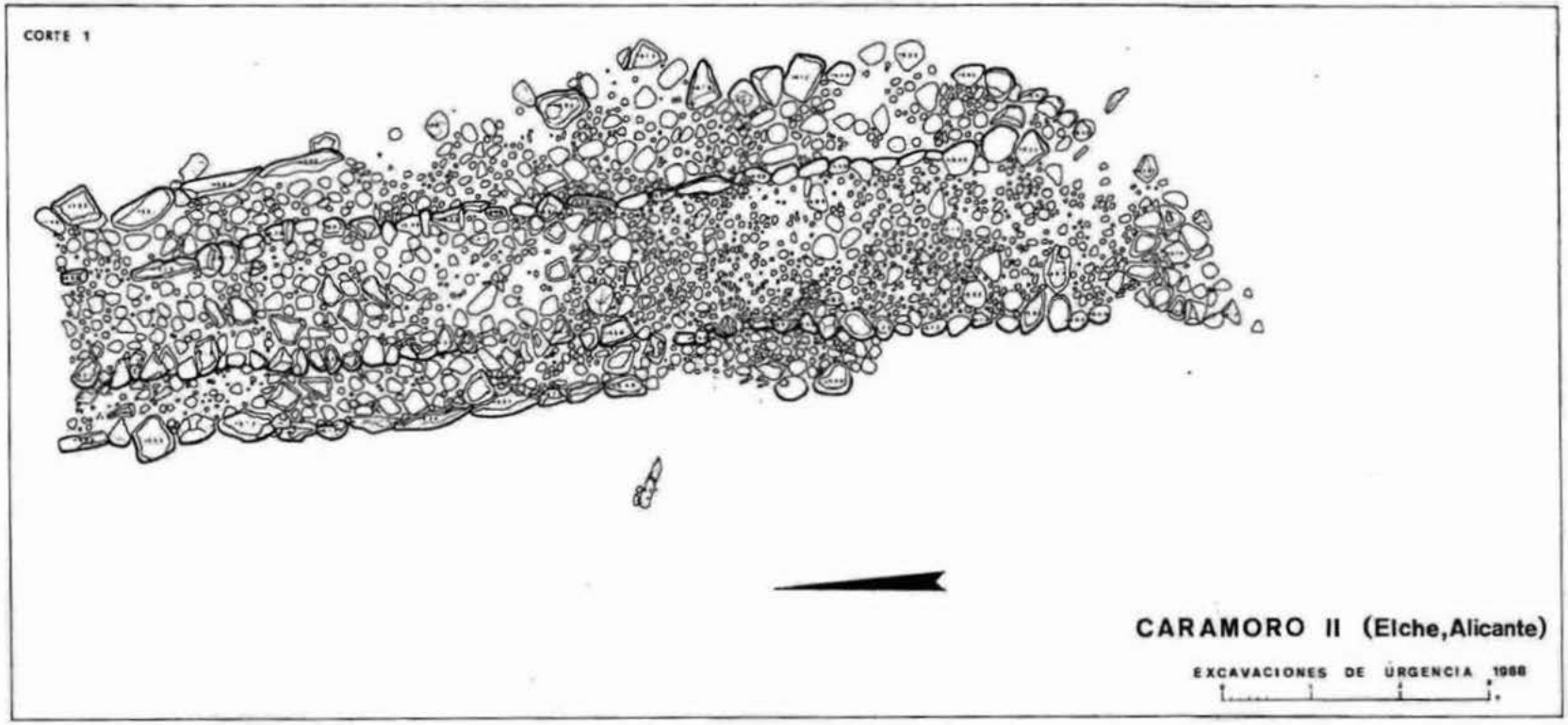


Fig. 2.— Planimetría de los cortes 1, 2 y 4

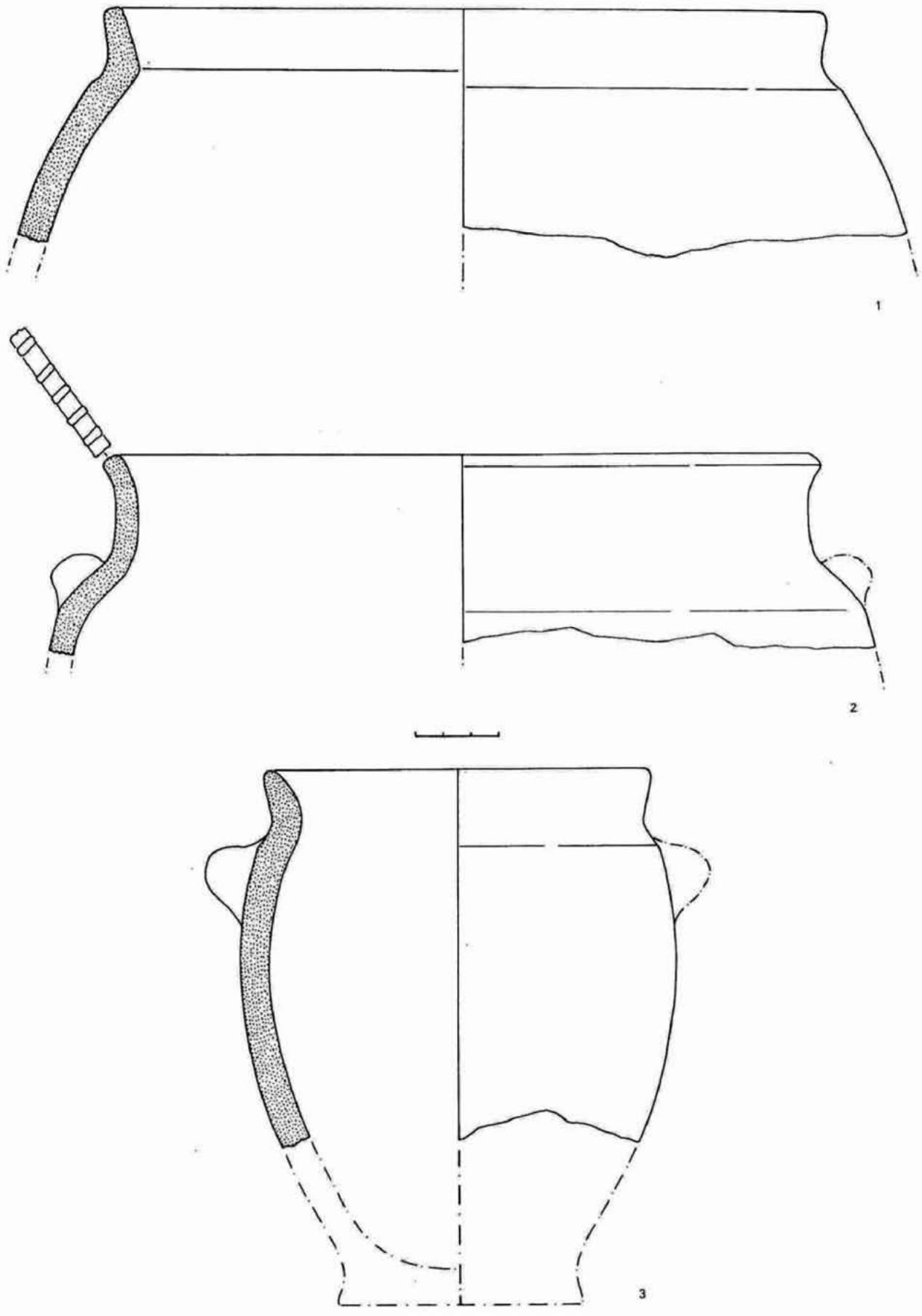


Fig. 3.— Formas de cerámicas groseras de Caramoro II

El **corte 3**, de 5 por 4 m., se estableció al sur del corte 1 pero fuera de la cota de 130 m. ya que la tierra mostraba en ese lugar un fuerte espesor induciéndonos a pensar en la existencia de relleno arqueológico. Sin embargo, apenas proporcionó restos materiales ni se detectó estructura alguna.

El **corte 4** se planteó por ello retomando de nuevo la cota de 130 m., al sur del anterior y con unas dimensiones de 4 por 5 m. Nuevamente apareció la línea defensiva que, muy deteriorada, alcanza 4'2 m. de longitud. Su construcción se realiza siguiendo un trazado norte-sur, con un núcleo de 1'2 m. de ancho formado por dos hileras de piedras hincadas y su correspondiente relleno al que se añaden desde fuera dos alineaciones más, separadas entre sí y colmatadas con piedras para formar una anchura total de 2'6 m. El material es muy escaso y, aparte de la muralla, no encontramos estructura alguna.

A partir de aquí, la meseta hace una inflexión y la dirección predominante pasa de ser norte-sur a oeste-este, para luego volver a encaminarse ligeramente hacia el norte, yendo a morir en el cortado sobre el río Vinalopó. Asentamos en esta zona dos cortes.

El **corte 5**, de 8 por 4 m. y dirección oeste-este, se ubicó en base a una afloración de piedras que, tras su excavación, mostraron un comportamiento algo alejado de los patrones constructivos anteriores, aunque bien pudieran corresponder a uno de los rellenos realizados entre dos alineaciones de piedras hincadas, observándose en una cota más baja más restos siguiendo la inclinación de la ladera.

El **corte 6**, de 4 por 4 m., se abrió desde el límite de la meseta sobre el cortado, apareciendo restos de la muralla que poco a poco descendía hacia la ladera y que enlazaría con la alineación del corte anterior. Se recuperaron aquí al menos dos cuerpos distintos de características similares a los descritos para el corte 1.

El material en estos dos últimos cortes es muy escaso pero hemos de tener en cuenta, además de la erosión natural del cerro, la destrucción llevada a cabo por las máquinas que construían la Autovía.

El análisis de los restos constructivos permite la reconstrucción del trazado hipotético de, al menos, unos doscientos metros del perímetro amurallado, que discurriría por el borde de la meseta, antes de iniciarse las pendientes de ladera y aprovechándolas en algunas ocasiones. La muralla tendría una anchura media de 3'8 m. y un esquema constructivo de al menos cuatro alineaciones de piedras generalmente hincadas que marcarían distintos cuerpos rellenos por piedras o guijarros.

LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

CERÁMICA

Los restos más abundantes recuperados en estos trabajos corresponden a cerámicas, dentro de las cuales se establecen dos grandes grupos que se diferencian técnica y morfológicamente. Por un lado, una cerámica de paredes gruesas que ofrece superficies generalmente descuidadas y sin ningún tipo de acabado, traduciéndose en un tacto áspero. Su pasta, por lo común de colores claros y medios (ocres, amarillentos, anaranjados y gris claro), incluye numerosos desengrasantes minerales de tamaño medio, presentando en muchos casos un núcleo oscuro. Sus formas tienden a ofrecernos perfiles ovoides, globulares o subcilíndricos con cortos cuellos diferenciados verticales o ligeramente exvasados, cuyos labios suelen decorarse con digitaciones o trazos incisos y que finalizan en bases planas, algunas con impresión de esterilla.

Por otro lado, existe una producción de cerámicas más finas que se caracterizan por presentar unas pastas más depuradas, con desengrasantes finos y color generalmente gris, cuyas superficies se han bruñido con mayor o menor esmero. Son recipientes de menor tamaño, insistiendo en cuencos y vasos carenados así como algunas vasijas de mayor porte. Entre los primeros cabe destacar los cuencos que presentan una clara y marcada inflexión por el interior del borde (fig. 5, números 1-4) y aquellos otros de carena alta sin ningún tipo de inflexión por el interior (fig. 5, números 5 y 7).

Más significativos resultan, por un lado el pequeño vaso ovoide con hombro marcado y borde evertido que presenta incrustación de botones de cobre o bronce en el tercio inferior (fig. 5, n.° 6) y por otro los fragmentos de vasos con decoración de acanalados y bordes ligeramente convexos (fig. 5, números 8-10).

OBJETOS DE PIEDRA

No habiendo aparecido ningún utensilio metálico, los restos que completan el conjunto material recuperado se traducen en varios molinos de mano realizados sobre piedras oscuras pórfido-gábricas y algunos dientes de hoz de sílex de considerables dimensiones.

CONSIDERACIONES GENERALES

Como veremos a continuación, la documentación arqueológica obtenida en este poblado fortificado apunta hacia un ambiente mixtificado de influencias culturales fruto de la ubicación estratégica del yacimiento.

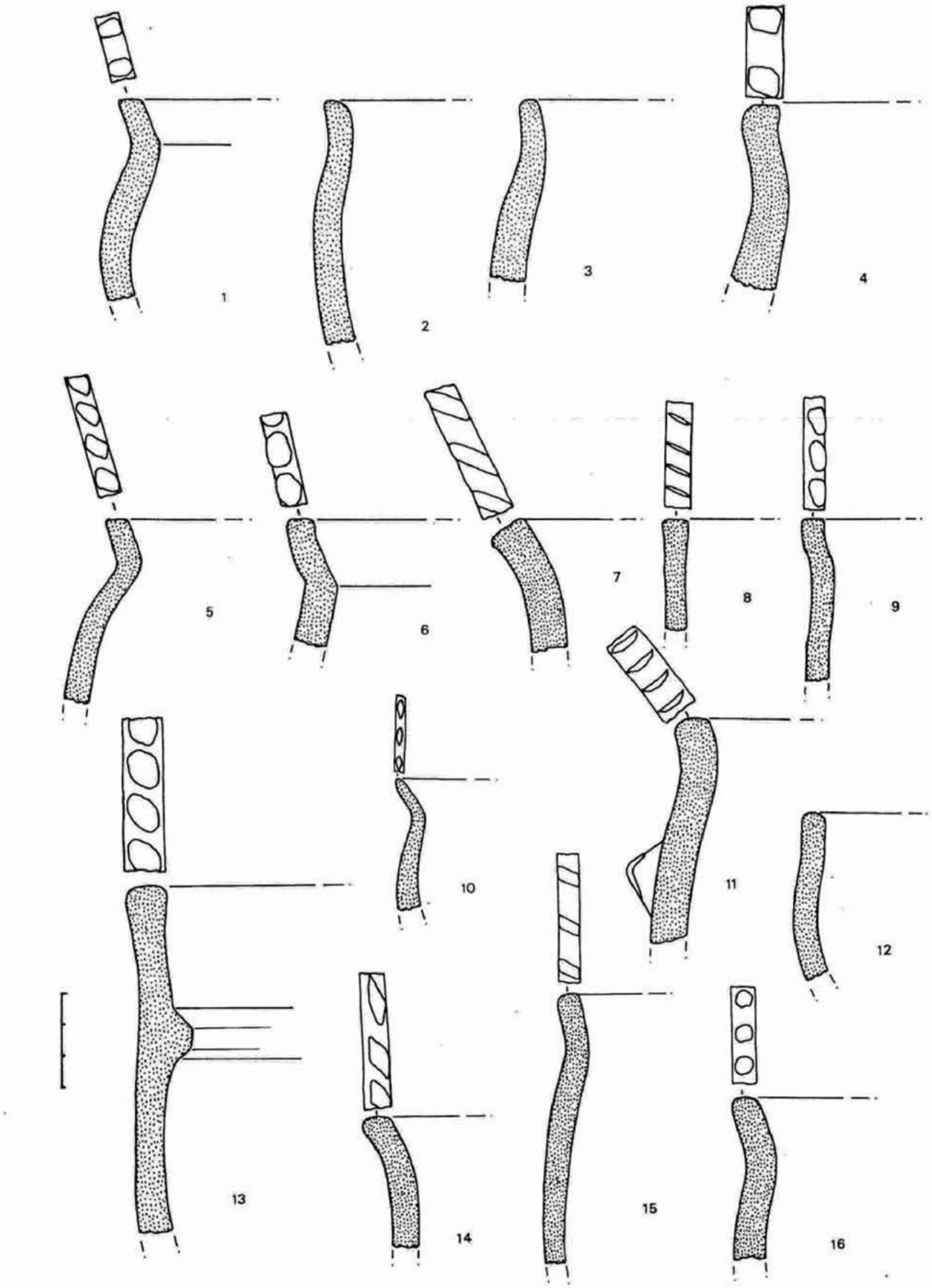


Fig. 4.— Bordes más representativos de las cerámicas groseras de Caramoro II

La técnica constructiva del lienzo defensivo que rodeó el yacimiento se inscribe en la tónica de un determinado horizonte cronológico del Sudeste y Andalucía oriental. La composición de muros, ya sea de viviendas o defensivos, a base de alineaciones de piedras hincadas con los espacios resultantes rellenos de piedras menores y cascajo la encontramos en el poblado del Bronce Final del Cerro de Cabezuelos en Úbeda (Jaén), en donde tanto las espaciosas viviendas como los tramos de muralla localizados son buenos representantes de semejante sistema (Molina-De la Torre-Nájera-Aguayo-Sáez, 1978 y 1979).

Igualmente, en Monachil (Granada) se ha señalado la existencia de una vivienda inédita procedente de la meseta inferior del yacimiento con zócalos formados por doble hilera de piedras hincadas (Contreras, 1982: 318).

Otro poblado característico del Bronce Final del Sudeste como es el Peñón de la Reina en Alboloduy (Almería), ha deparado varias viviendas con zócalos formados por alineaciones de piedras hincadas al estilo de la muralla de Úbeda y Caramoro II (Martínez-Botella, 1980).

Las excavaciones de 1983-85 practicadas en el cercano poblado del Bronce Final de La Peña Negra (Crevillente, Alicante) proporcionaron una vivienda construida con zócalos de piedras hincadas (González Prats, 1990: 34 y 38), si bien se desconoce lienzo defensivo alguno correspondiente a este horizonte.

Por tanto, el sistema de construcción de las murallas de Caramoro II encuentra absoluta correspondencia con un sistema que se utilizaba en el Sudeste en un preciso momento del Bronce Final. Para su cronología, los datos de Úbeda y Alboloduy han llevado a sus excavadores a situar estas construcciones en el siglo VIII a.C. Una fecha idéntica arroja la vivienda metalúrgica de Peña Negra que hemos datado hacia la segunda mitad del VIII a.C.

Por lo que respecta a la cultura material, algunas piezas cerámicas se adscriben igualmente a la misma filiación meridional del Bronce Final de Andalucía y Sudeste. Se trata de los cuencos de carena alta de los que se han seleccionado dos ejemplares en la fig. 5 (números 5 y 7), cuya forma podemos rastrear en estos ambientes meridionales desde el Bronce Tardío o Argar C para alcanzar su máximo desarrollo durante todo el Bronce Final, perdurando algunos ejemplares en el Hierro Antiguo (Schubart, 1971; López Roa, 1978; Molina, 1978; Tejera, 1978; González Prats, 1983 a y 1983 b). Su cronología dentro del mismo Bronce Final es amplia y no disponemos para el Sudeste de indicadores morfológicos, dada su variabilidad, que permitan precisar dataciones específicas.

El resto del material cerámico nos alerta sobre otras conexiones e influencias culturales que se dieron cita en este poblado de estratégica posición en el Sudeste. Así el vasito ovoide con hombrera carenada (fig. 5, n.º 6) conlleva una decoración de botones metálicos incrustados en la pasta que lo relacionan con otros hallazgos peninsulares los cuales, situados en ambientes meridionales, se han referido a procedencias de la Meseta y, en última instancia, del mundo centroeuropeo. Entre los vasos con esta decoración se hallaría el ejemplar de Medellín (Amo, 1973: 380, fig. 4, 1). El del Cerro de la Encina (Monachil, Granada), procedente del estrato IIb del corte 3, asociado a cerámica a mano pintada bícroma, que se data entre los siglos x y VIII a.C. (Arribas et al., 1974: 88, fig. 68). Las excavaciones practicadas en el Túmulo A de Setefilla (Lora del Río, Sevilla) proporcionaron el hallazgo de una urna con decoración de remaches de bronce (Aubet, 1975: 121, fig. 48, 2).

Con posterioridad han aparecido cerámicas con incrustación metálica en el Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada) en la fase datada entre 900 y 750 a.C. (Pachón et al., 1979: 317, fig. 14; Molina et al., 1983: fig. 2h); en la Colina de los Quemados (Córdoba) (Pellicer, 1989: 177); y en el Cerro de la Miel (Granada) (Carrasco et al., 1987: 28, fig. 30).

Las dataciones que arrojan los contextos de estos hallazgos sitúan este tipo de decoración entre los siglos x y VIII a.C., utilizándolo Molina como uno de los elementos característicos de la fase II del Bronce Final del Sudeste (Molina 1977: 219) aunque admite su posible perduración —contemplando la datación del ejemplar del Túmulo A de Setefilla— en el s. VII a.C.

La significación y procedencia de esta decoración tan singular en nuestra protohistoria resulta controvertida pues si para Aubet y Pellicer habría que relacionarla con la Meseta y con centroeuropa (Aubet, 1975: 139; Pellicer, 1989: 179), para Molina su origen debería buscarse en el Mediterráneo (Molina, 1977: 219). Lo que parece evidente —dada la ausencia de esta decoración en ambientes contemporáneos del Sudeste con el Bronce Final de la Meseta— es que su área de dispersión es básicamente meridional. Esto, como ya señalaran los excavadores del Cerro de la Miel (Carrasco et al., 1978: 66), avalaría la hipótesis de una procedencia desde las costas mediterráneas, aunque quizás oriundo de culturas norteitálicas del Bronce Final (Villanoviano).

Por otro lado dispondríamos de claros elementos conectados con los ambientes de Campos de Urnas de la Península Ibérica. Es el caso de los fragmentos representativos de vasos decorados con acanaladuras que, por presentar el borde ligeramente convexo, se sitúan con facilidad en contextos correspondientes a los Campos de Urnas Antiguos, si bien perduran en los Recientes (Almagro, 1977: 94 ss; Ruiz Zapatero, 1985: fig. 216), obteniéndose una cronología terminal en torno al tránsito del siglo IX al VIII a.C.

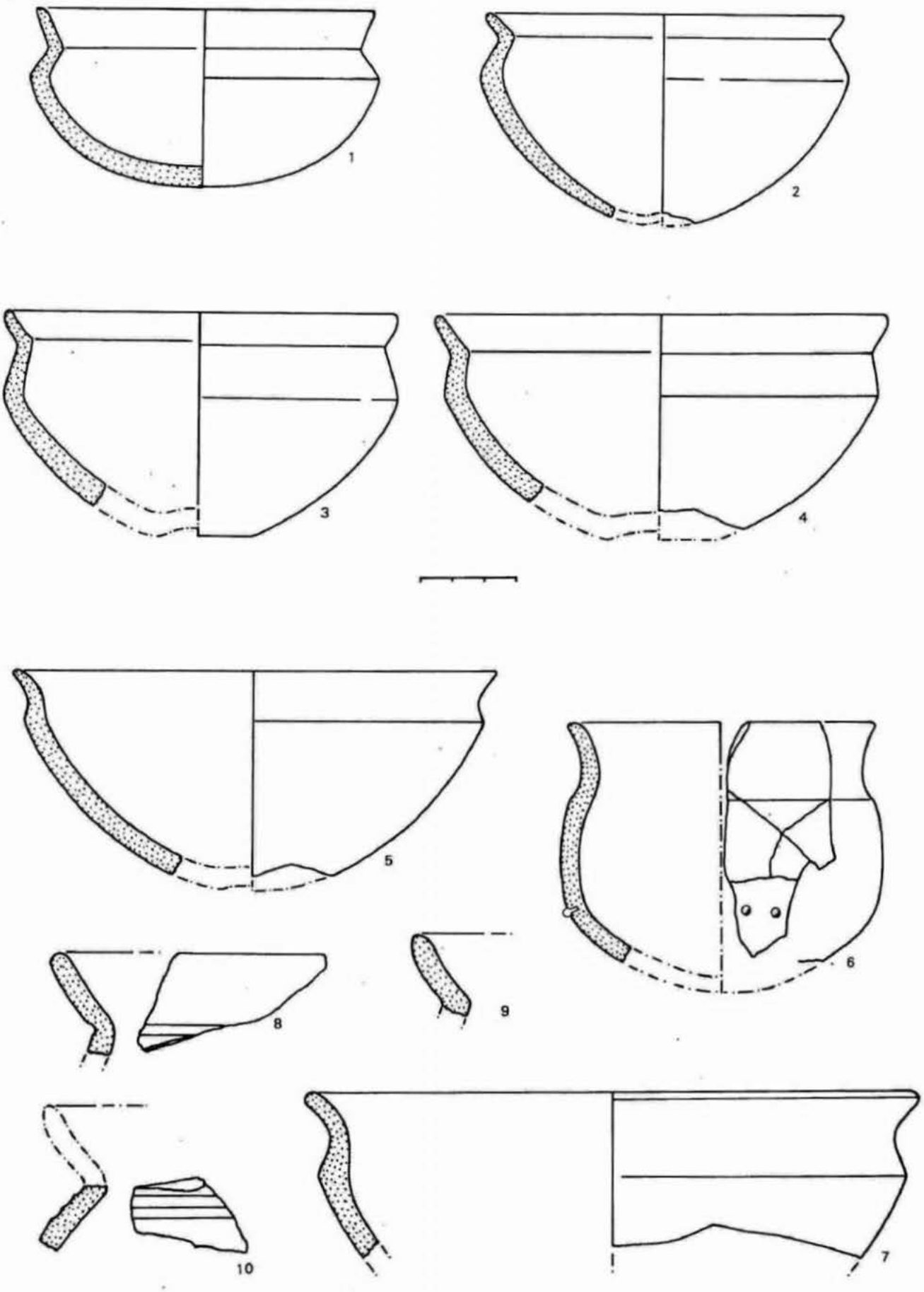


Fig. 5.— Selección de cerámicas cuidadas de Caramoro II

A su lado se sitúan otras formas de idéntica filiación. Nos referimos a los vasitos carenados con inflexión interna marcada por el final del borde. Es una forma característica de los Campos de Urnas del Ebro, originarios de tipos más anchos en los Campos de Urnas Antiguos (Ruiz Zapatero, 1985: fig. 213, n.° 6) y que perduran hasta el siglo VIII con estos ejemplares de menor tamaño (*Ibidem*, figs. 216, 9 y 222, 1). Estos vasos se prodigan en el Alto y Medio Ebro, como lo demuestran los ejemplares de Sansol (Muru Astrain) (Castiella, 1977: fig. 16, 1) y, sobre todo, los numerosos del castro de Portelapeña (El Redal, Logroño) que se presentan lisos, cordados, con acanalados o con los característicos diseños excisos (Blasco, 1974; Castiella, 1977: fig. 115 ss). En el trabajo de Castiella quedaron individualizados como su Forma 1 de la cerámica cuidada.

Resulta ilustrativa la asociación de vasitos de este tipo a urnas decoradas con acanalados y bordes ligeramente convexos en una de las más importantes y significativas necrópolis del Ebro medio: Los Castellets de Mequinenza (Royo-Ferreruela, 1985: 400, fig. 8), con una cronología que va del 1.000 al 700 a.C. Al ocuparse del vasito de ofrendas del túmulo 10N, los excavadores advirtieron su semejanza con otros vasitos similares del Cabezo de Monleón en Caspe, para cuyos inicios se dieron fechas entre los años 900 y 800 a.C. (*Ibidem*, p. 407).

Finalmente, la presencia de elementos dentados de sílex en Caramoro II obedece a lo que viene siendo usual en poblados de Andalucía Oriental (Cerro de la Mora, Cerro de la Encina) de este período, siendo una clara herencia del II milenio a.C. Ya indicamos que su ausencia en la cercana ciudad de Peña Negra se debió sin duda a la utilización allí de hoces metálicas (González Prats, 1985: 177), extremo que ha venido confirmado por el hallazgo de moldes para fundir tales piezas.

CONCLUSIONES PRELIMINARES

Nos hallamos ante un poblado de dimensiones respetables perteneciente al Bronce Final II del Sudeste en el que destaca su sistema defensivo acorde con unas técnicas constructivas propias de este círculo cultural.

La doble tendencia de influencias que permite deducir el análisis de los materiales cerámicos, es decir, formas tradicionales del ámbito meridional desde el Bronce Tardío y otros tipos claramente vinculados a los ámbitos peninsulares de Campos de Urnas —concretamente del área del Valle del Ebro—, debe tener una explicación. Sería tanto la situación estratégica del poblado sobre el antiguo eje de penetración comercial y cultural que supuso el río Vinalopó en nuestra Pre y Protohistoria como el propio carácter de frontera de esta cuenca fluvial, manifestado desde la Edad del Cobre, como lo demostraría la presencia de poblados con cultura propia del Cobre andaluz: Figuera Reona en Elche, Les Moreres en Crevillente (González Prats, 1985b: 94 ss). Esta frontera vuelve a manifestarse en época campaniforme, en donde el importante yacimiento de El Promontori de l'Aigua Dolça i Salá (Elche) permite vincular los diseños ornamentales de sus cerámicas con el grupo de Andalucía oriental (Ruiz Segura, 1990). Para la Edad del Bronce, la frontera del Argar que Tarradell estableció en un principio en el río Segura (Tarradell, 1962) fue subida al Vinalopó posteriormente (Tarradell, 1965), hipótesis a la que nos adherimos al publicar el poblado del Bronce Antiguo del Pic de les Moreres (González Prats, 1986: 200). Esta realidad fronteriza será la que en el Bronce Pleno avanzado confiera esa característica peculiaridad de los poblados situados en el Valle del Vinalopó, que poseen una evidente semblanza con la facies argárica, característica que inicialmente fue utilizada para definir una facies comarcal autónoma en la cuenca de este río (Hernández Pérez, 1986: 348), si bien en la actualidad ha sido correctamente valorada (Hernández Pérez, 1990: 87 y 94).

El funcionamiento de dicha línea de frontera seguía en vigor en el I milenio a.C., tanto en el Bronce Final (González Prats, 1985a: 153) como en el Hierro Antiguo, lo que permitió la existencia al sur del Vinalopó de un floreciente período orientalizante dentro de la órbita de Tartessos que no se produjo al norte del río.

Por eso no resulta extraña la presencia, en un poblado de tan favorecida situación y cuyo propio carácter defensivo puede deberse a su actuación como centro vigía en el Bronce Final en el inicio de tan importante ruta de penetración, de elementos de Campos de Urnas que vienen a completar los hallazgos similares realizados en el cercano poblado del Tabaiá en Aspe (Navarro Mederos, 1982: 57 ss) o en el más lejano de la Mola d'Agres (C.E.C., 1978).

Resulta sintomática la relativa abundancia de estos elementos de Campos de Urnas siempre en yacimientos situados en el margen septentrional del Vinalopó o más al norte. Realidad que contrasta con los escasísimos fragmentos propios de estos ámbitos indoeuropeos que hallamos al sur del río (Saladares, Peña Negra), donde la fuerza de la dinámica cultural de Tartessos frenó o mediatizó las influencias septentrionales.

Los datos cronológicos que aportan tanto los sistemas de construcción de las murallas como las cerámicas permiten situar el desarrollo de este nuevo poblado del Bronce Final entre los siglos IX y VIII a.C.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO GORBEA, M. (1977): «El Pic dels Corbs de Sagunto y los Campos de Urnas del Noreste de la Península Ibérica». *Saguntum*, 12, Valencia, pp. 89-141.

AMO Y DE LA HERA, M. del (1973): «Cerámica de "retícula bruñida" en Medellín». *XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971)*, Zaragoza, pp. 375-388.

ARRIBAS, A.; PAREJA, E.; MOLINA, F.; ARTEAGA, O.; MOLINA FAJARDO, F. (1974): *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina» Monachil (Granada)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 81. Madrid.

AUBET SEMMLER, M.E. (1975): *La Necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*. Barcelona.

BLASCO BOSQUED, M.C. (1974): «Notas sobre la cerámica de "El Redal" (Logroño)». *Miscelánea Arqueológica*, I, Barcelona, pp. 175-186.

CARRASCO, J.; PACHÓN, J.A.; PASTOR, M.; GAMIZ, J. (1987): *La espada del Cerro de la Mora y su contexto arqueológico*. Moraleda de Zafayona.

CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Pamplona.

CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS (1978): «La Mola d'Agres». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XV, Valencia, pp. 99-112.

CONTRERAS, F. (1982): «Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de los Cabezuelos (Úbeda, Jaén)». *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, 7, Granada, pp. 307-330.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1983 a): *Estudio arqueológico del poblamiento Antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Alicante.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1983 b): «Ensayo de un método de análisis de variabilidad formal aplicado al tipo B7 del Horizonte del Bronce Final de Peña Negra (850-675 a.C.)». *Lucentum*, II, Alicante, pp. 91-114.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1985 a): «Los nuevos asentamientos del Final de la Edad del Bronce. Problemática cultural y cronológica». *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, Alicante, pp. 153-184.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1985 b): «El poblado calcolítico de Les Moreres en la Sierra de Crevillente, Alicante». *El Eneolítico en el País Valenciano*, Alicante, pp. 89-99.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1986): «La Peña Negra V. Excavaciones en el poblado del Bronce Antiguo y en el recinto fortificado ibérico (Campaña de 1982). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27, Madrid, pp. 143-263.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1990): *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*. Alicante.

HERNÁNDEZ PÉREZ, M. (1986): «La cultura del Argar en Alicante. Relaciones temporales y espaciales con el mundo del Bronce Valenciano». *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla, pp. 341-350.

HERNÁNDEZ PÉREZ, M. (1990): «Un enterramiento argárico en Alicante». *Homenaje a Jerónimo Molina*, Murcia, pp. 87-94.

LÓPEZ ROA, C. (1978): «Las cerámicas alisadas con decoración bruñida». *Huelva Arqueológica*, IV, Huelva, pp. 181-196.

MARTÍNEZ, C.; BOTELLA, M.C. (1980): «El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 112, Madrid.

MOLINA GONZÁLEZ, F. (1978): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, 3, Granada, pp. 159-232.

MOLINA, F.; DE LA TORRE, F.; NÁJERA, T.; AGUAYO, P.; SÁEZ, L. (1978): «La Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir. Excavaciones en Úbeda». *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, XCV, Jaén, pp. 3-21.

MOLINA, F.; MENDOZA, A.; SÁEZ, L.; ARTEAGA, O.; AGUAYO, P.; ROCA, M. (1983): «Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la Cultura Ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes». *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 1982)*, Zaragoza.

NAVARRO MEDEROS, J.F. (1982): «Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle medio del Vinalopó (Alicante)». *Lucentum*, I, Alicante, pp. 19-70.

PACHÓN, J.A.; CARRASCO, J.; PASTOR, M. (1979): «Protohistoria de la Cuenca Alta del río Genil». *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, IV, Granada, pp. 259-340.

PELLICER, M. (1989): «El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental». *Tartessos, arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, pp. 147-187.

ROYO, J.I.; FERRERUELA, A. (1985): «El poblado y necrópolis tumular de "Los Castellets" (Mequinenza, Zaragoza). Estudio preliminar de los materiales depositados en el Museo Provincial de Zaragoza». *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Logroño, 1983)*, Zaragoza, pp. 393-418.

RUIZ SEGURA, E. (1990): *El fenómeno campaniforme en la provincia de Alicante*. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante.

RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del Noreste de la Península*. Madrid.

SCHUBART, H. (1971): «Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el sur y oeste peninsular». *Trabajos de Prehistoria*, 28, Madrid, pp. 153-182.

TARRADELL, M. (1962): *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*. Valencia.

TARRADELL, M. (1965): «El problema de las diversas áreas culturales en la Península Ibérica durante la Edad del Bronce», *Miscelánea Henri Breuil*, II, Barcelona, pp. 423-430.

TEJERA GASPAR, A. (1978): «El Bronce Final del Bajo Guadalquivir y su problemática». *Huelva Arqueológica*, IV, Huelva, pp. 181-196.





Lám. I.— Dos aspectos de la muralla que circunda el poblado perteneciente al Corte 1

Arturo Oliver Foix*

APROXIMACIÓN AL POBLAMIENTO DEL HIERRO ANTIGUO EN CASTELLÓN

D. Enrique Pla Ballester fue de los primeros investigadores que se planteó la problemática de uno de los períodos menos debatido, peor conocido, y sin embargo, clave de la historiografía arqueológica valenciana, período que ha permanecido oscuro hasta hace relativamente escasos años en lo que a Valencia se refiere; éste es el paso de la Edad del Bronce a la Ibérica, el cual representa un contundente cambio en la cultura material y técnica, motivado por una compleja interrelación cultural y evolución autóctona a la vez. Ello lo planteaba ya de forma concisa pero magistral en 1957, cuando la investigación con respecto a este momento, estaba completamente en mantillas. E. Pla indicó la importancia de los pueblos colonizadores para el futuro desarrollo de la cultura ibérica en un momento en que estos planteamientos estaban lejos de realizarse (Pla, 1959). Consideramos oportuno pues, unirnos al merecido homenaje tributado al insigne arqueólogo valenciano, recordando precisamente esta interesante comunicación y plantear de nuevo el estado de la cuestión del tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro en tierras valencianas.

* Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques. Diputació de Castelló.

Este período cultural en Castellón, siempre se ha considerado dentro de los estudios generales de los Campos de Urnas del noreste peninsular, relacionándolo con el área de Aragón y Cataluña (Almagro, 1977; Ruiz, 1985; Pelliger, 1984), ya que los datos que teníamos de él se limitaban a hallazgos sueltos y esporádicos fuera de todo contexto que nos pudiera aportar una verdadera valoración sobre la auténtica importancia del Bronce final-Hierro en la zona (Bosch, 1915-1920; Colominas, 1915-1920; Esteve, 1944; Martínez, 1942).

Debemos indicar primeramente que consideramos oportuno denominar este período bajo el epígrafe de Hierro antiguo, puesto que por primera vez en la historia, encontramos este material en la zona; como veremos posteriormente, hay explotaciones de yacimientos de mineral férrico, también hallamos utensilios de este metal, como el cuchillo de hierro exhumado en el estrato K del yacimiento de Vinarragell de Burriana, sobre el cual M. Pellicer llamó la atención de su importancia, ya que apenas se le había considerado (Pelliger, 1982: 226). Sin embargo, indiquemos que el estado de la cuestión en que se encuentra la investigación no nos permite saber si estamos ante un predominio del instrumental férreo sobre el de bronce, lo que sería nece-

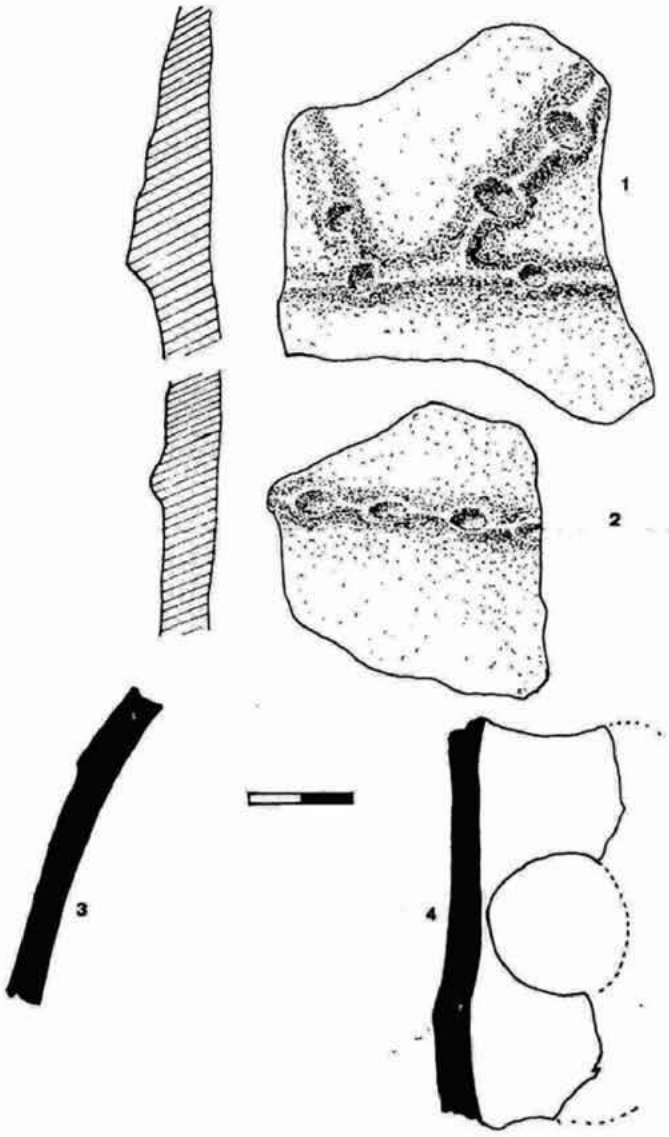


Fig. 1.— Polpis, Santa Madalena. 1-2, cerámica no torneada. 3-4, ánfora Vuillemot R.1.

sario conocer según A. Snodgrass para encuadrar con exactitud este período dentro de la Edad del Hierro (Snodgrass, 1980).

Consideramos oportuna esta denominación ya que este período se diferencia del Bronce final al estar separado de él por un momento historiográficamente oscuro, pues, los yacimientos de la provincia no nos ofrecen prácticamente datos desde las fechaciones del Bronce medio avanzado de Orpesa la Vella en Oropesa del Mar, una fase previa del Bronce tardío en el Torrelló de Onda (Arteaga, 1976: 194; Gusi, 1974), la fase final de la Cueva del Mas d'Abad de Cuevas de Vinromá (Gusi, 1975), o la fechación del Abric de les Cinc de Almenara (Junyent *et alii*, 1982-1983). Es el período oscuro que ya indicaba E. Pla en su comunicación de 1957 (Pla, 1959).

El período que continúa, el ibérico, no tiene prácticamente ninguna relación, ya que presenta un cambio total en su cultura material, patrón de asentamiento, bases económicas, etc., por ello no consideramos oportuno el empleo de la denominación de paleoibérico aplicado también para este período (Maluquer, 1982), y los yacimientos pertenecientes a él (Maluquer, 1987). Tampoco creemos oportuna la denominación de celta y hallstático empleada en la bibliografía de hace unas décadas y actualmente y con buen criterio, ya en desuso. Además como período diferenciado podemos indicar que es la verdadera protohistoria de la zona, ya que concurren en él culturas ágrafas, como son las indígenas, con culturas que tienen sistemas escripturarios, como la fenicia.

El adjetivo de Antiguo nos lo diferencia de lo que sería el pleno período del Hierro, que en nuestra zona recibe el nombre de Cultura Ibérica, la cual representaría los posteriores estadios tecnológicos de A. Snodgrass (Snodgrass, 1980). Este adjetivo sería equivalente a Primera Edad del Hierro, Hierro I o Hierro inicial que usan algunos autores, para diferenciarlo del momento ibérico.

La nomenclatura de Edad del Hierro es empleada por otros autores que tratan este período, como J.L. Maya (Maya, 1990), E. Pons (Pons, 1984), M. Pellicer (Pellicer, 1984), se ha usado incluso con cierta reivindicación (Lucas, 1987). Otros autores como M. Almagro y G. Ruiz (Almagro, 1977; Ruiz, 1985), siguiendo la nomenclatura de W. Kimmig (Kimmig, 1954), utilizan el término de Campos de Urnas, aunque esta terminología indudablemente puede ser apropiada para otras áreas del noreste, preferimos no hacer uso de ella, ya que hoy por hoy no tenemos muestras de necrópolis de incineración en la zona, y el sustrato indígena del Bronce Valenciano tiene aún un fuerte arraigo.

Somos conscientes de la problemática que representa esta denominación de Edad del Hierro, la cual queda bien clara en los interrogantes de los títulos en los trabajos de J.L. Maya y R. Lucas (Maya, 1990; Lucas, 1987).

En resumen, consideramos un período cultural que por varios motivos podemos diferenciar del anterior, el Bronce final y del posterior, el ibérico, y que cronológicamente se correspondería con los Campos de Urnas IV (Kimmig, 1954), el Hallstatt D (Müller-Karpe, 1959), el período III (Louis, Taffanel, 1960), el Hallstatt medio (Hatt, 1961), el período III-IV (Vilaseca *et alii*, 1963), la primera fase de los Campos de Urnas del Hierro (Almagro, 1977), el Bronce final II (Gil-Mascarell, 1981), la tercera etapa (Pons, 1984), los Campos de Urnas del Hierro (Ruiz, 1985).

El siglo VII a. de J.C. había sido en las comarcas castellonenses un segmento cronológico del que apenas teníamos noticias, ya que los hallazgos arqueológicos eran pocos, tan solo el caso de las urnas de Els Esple-

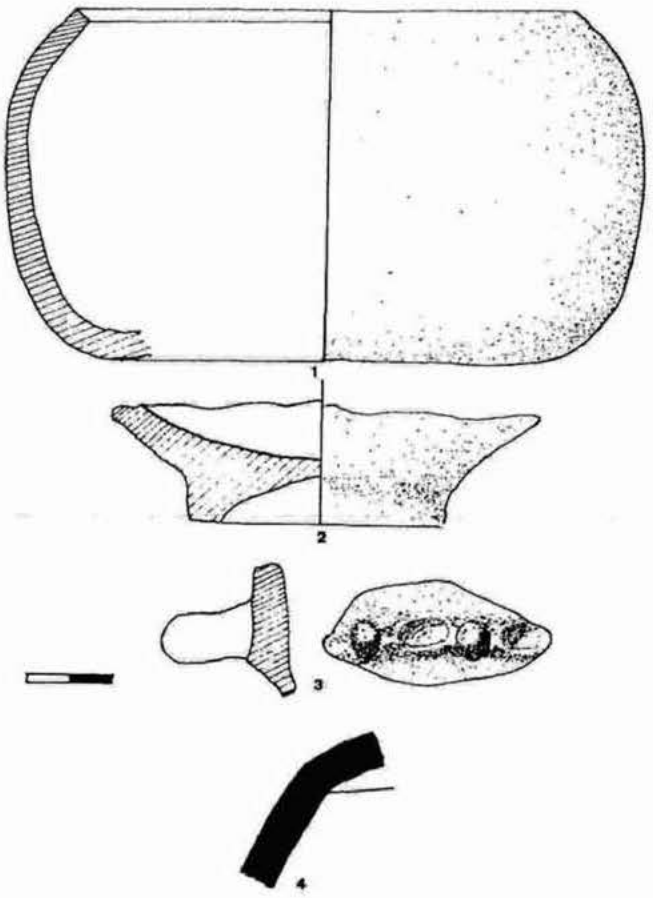


Fig. 2.— Els Castellets, La Jana. 1-2, cerámica no torneada. 3-4, ánfora Vuillemot R.1.

ters de Salsadella (Colominas, 1915-1920), o las escasas noticias de las urnas de Torre de la Sal de Cabanes (Bosch, 1953), ello, juntamente con otros elementos aislados de fechas anteriores, permitían hablar de una penetración de las influencias de los Campos de Urnas al sur de las bocas del río Ebro, aunque siempre con poca entidad, y por tanto de un hábitat pobre en este momento preibérico.

En los últimos años y gracias al programa de investigación protohistórica desarrollado desde el S.I.A.P. de Castellón, se han descubierto una serie de yacimientos fechados en la segunda mitad del siglo VII a. de J.C., e inicios de la centuria siguiente, los cuales se han identificado sobre todo en la comarca del Maestrazgo en donde se ha centrado más la prospección.

Estos yacimientos se caracterizan por ser asentamientos de una superficie reducida, ya que su extensión va desde los 300 m^2 del Polsegué de Rosell, a los 2.000 m^2 de la Mola Llarga de Chert. Debemos indicar no obtante, que en algunas ocasiones, los asentamientos posteriores que se han superpuesto destruyeron los niveles de esta fase, por lo que no conocemos la totalidad de la superficie, esto es el caso del Puig de la Nau de Benicarló, el Puig de la Misericordia de Vinarós y el Solaig de Bechí (Fletcher, Mesado, 1967). En otros casos la destrucción del yacimiento por acción antrópica, como vemos en el Hostal Nou de Ares (González, 1974), el Coll del Moro de Rosell, les Ferreries de Fredes, o por acción natural como les Serretes de Chert o la Ferrisa de Alcora, no nos permite muchas deducciones. Señalemos también la existencia de algunos hallazgos aislados que nos dan material de esta época, pero pocos datos sobre el asentamiento, es el caso de Mas Bosqueds, Mas Martí y Mas d'en Peraire en Albocácer. Mención aparte merece el aún poco conocido hábitat cavernícola situado en el valle del río Palancia y del Mijares, lo que vemos en la Cueva del Murciélago de Altura (Palomar, 1986), la Cueva Honda de Cirat (Gil-Mascarell, 1981), en el Abric de les Cinc de Almenara (Junyent *et alii*, 1982-1983) y posiblemente en Cueva Cerdaña de Pina de Montalgrao (Palomar, Oliver, 1986).

Dentro del conjunto de estos yacimientos el que sobresale por su extensión y por sus características en cuanto al material de importación, sobre lo que volveremos más adelante, es el de la Torrasa de la Vall de Uxó (Oliver *et alii*, 1984), posiblemente relacionado con el de Vinarragell de Burriana.

Próximos geográficamente, podemos señalar los yacimientos de la vecina provincia de Tarragona, como es el caso de la Moleta del Remei de Alcanar (Gracia, Munilla, Pallarés, 1986-1987), la Ferradura de Ulldecona (Maluquer, 1987), la Cogulla de Ulldecona y Sant Jaume de Alcanar.

A este poblamiento debemos unir los enterramientos de la Montalbana de Ares (González, 1975), els Cubs de Benasal (González, 1979), Torre de la Sal de Cabanes (Bosch, 1953) y Els Espleters de Salsadella (Colominas, 1915-1920), desgraciadamente todo hallazgos fortuitos y en su mayor parte destruidos por la transformación de las fincas de labor en donde se ubicaban.

La situación orográfica de estos asentamientos es variada, ya que se asientan sobre colinas aisladas, en el caso del Puig de la Nau y de la Misericordia, o en cabezos de sierras que sobresalen hacia un llano o corredor, como Polpis en Santa Madalena, el Polsegué de Rosell, les Carrasquetes en el mismo término municipal, els Castellets de La Jana, les Serretes de Chert, la Torrasa de Vall d'Uxó, les Ferreries de Fredes, se situan también en llano como Vinarragell de Burriana, el Torrelló de Almazora, Mas de Vito de Rosell (Rosas, 1980) o en muelas, la Mola Llarga de Chert (Meseguer, Giner, 1983).

La fortificación de estos asentamientos en ocasiones es una muralla que se realiza con piedra en seco, la cual puede circundar todo el hábitat, como es el caso de les Carrasquetes de Rosell, Polpis de Santa Madalena, els Castellets de La Jana, o proteger con un lienzo

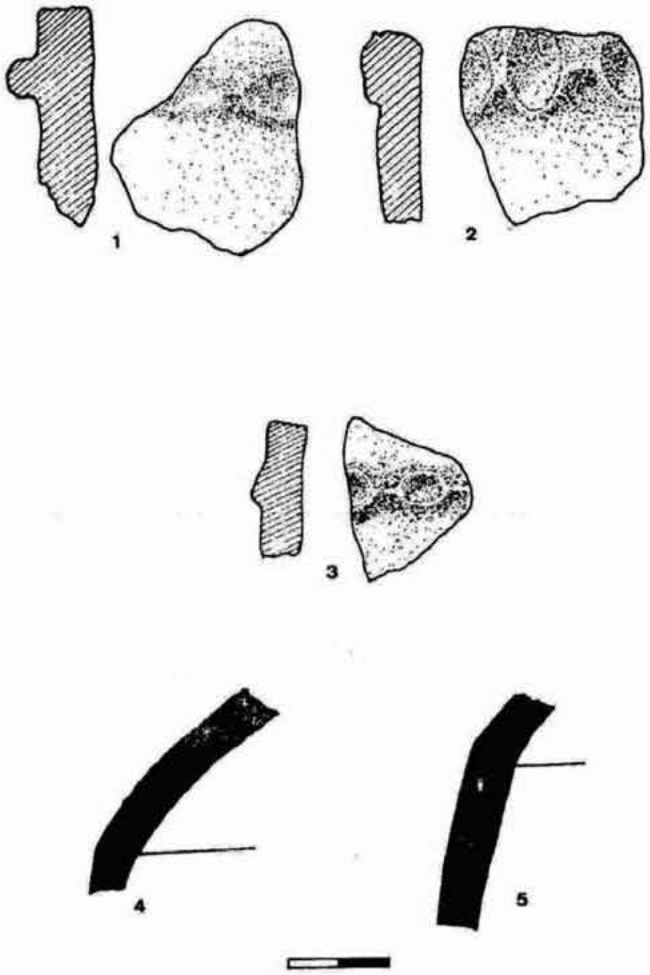


Fig. 3.— El Coll del Moro, Rosell. 1-3, cerámica no torneada. 4-5, ánfora Vuillemot R.1.

de muralla la parte más vulnerable, lo que vemos en el Polsegué de Rosell. La construcción poliorcética está realizada con piedra caliza del lugar, la cual tan sólo se ha trabajado en una cara, que es la que da a las superficies del muro.

El lienzo en cuestión puede cerrar el asentamiento formando ángulos, les Carrasquetes de Rosell y els Castellets de La Jana, o de forma redonda, lo que encontramos en Polpis de Santa Madalena.

Este tipo de construcciones tienen su paralelo en la fortificación del Alt de Benimaquia de Denia (Alicante) (Schubart *et alii*, 1963).

La estructuración interna del asentamiento la desconocemos, ya que no se han excavado en extensión. Tan sólo podemos apreciar la de la Mola Llarga de Chert, la cual es una manzana orientada al sur, por lo que tiene sus paralelos en les Escodines Baixes de Mazaleón (Teruel) y en la Ferradura de Ulldecona (Tarragona).

Los escasos restos que conocemos nos indican la existencia de unas plantas de vivienda rectangular, realizadas con un zócalo de piedra que puede ser hecho de dos maneras diferentes, o bien con unas losas hincadas formando dos líneas paralelas, cuyo intersticio será rellenado con piedras de pequeño tamaño y tierra; o bien con sillarejos más o menos trabajados que forman un zócalo macizo, sobre el cual se levantará una pared de tapial o adobe. Hemos constatado la existencia de enlucidos y pavimentos.

La cultura material de estos asentamientos está estrechamente relacionada con el sustrato indígena, ya que presenta unas cerámicas hechas sin torno, con pasta grosera y decoradas con cordones digitados. Las formas más corrientes son las vasijas ovoides con base llana o de talón, e incluso de pie cilíndrico. El cuello se encuentra muy marcado y resaltado por un cordón plástico digitado, el borde es recto, de forma troncocónica, con labio llano o redondeado. Por otra parte tenemos un componente de esta cultura material, que nos relaciona esta alfarería con los Campos de Urnas del noreste peninsular, es el caso de las decoraciones acanaladas y las incisiones, realizadas sobre vasijas de superficie bruñida y ejecutadas con pasta depurada, que podríamos considerar como cerámica de lujo.

Lo más destacado del material cerámico que nos ofrecen estos yacimientos es la presencia de las primeras importaciones provenientes del mundo colonial, concretamente las ánforas Vuillemot R.1, que se dan en todos ellos. En menor medida tenemos las vasijas denominadas *pithoi*, caracterizadas por las cuatro asas que surgen del borde, y también los platos trípodes. Señalemos que en el cercano yacimiento de la Moleta del Remei de Alcanar, junto a este material indígena y de importación, se encuentra *buchero nero* etrusco, concretamente la forma del cántaro (Gracia, Munilla, Pallarés, 1986-1987).

Este poblamiento es el primero que recibe las influencias coloniales y puede ser este factor el que desencadena el surgimiento de poblados después de un pasado oscuro, del que como hemos indicado, no tenemos prácticamente datos.

El material de importación, será el que nos dará la cronología inicial de los asentamientos, ya que las ánforas Vuillemot R.1, y el material fenicio en general, datan su momento de expansión por la costa oriental de la Península Ibérica hacia mediados del siglo VII a. de J.C. (Arteaga, Padró, Sanmartí, 1986; Aubet, 1987), coincidiendo con la fundación de Ibiza, punto clave para la navegación a las costas levantinas desde el sur peninsular y el norte de Africa. El momento *ante quem* nos lo indica la falta del material ibérico en los asentamientos o en las fases correspondientes a este período, material que en la zona está datado por las cerámicas del hinterland griego a partir del 575/550 a. de J.C. Así pues, tendríamos un segmento temporal para este poblamiento que abarcaría desde el 650 al 575/550 a. de J.C., momento a partir del cual vemos que cambia el

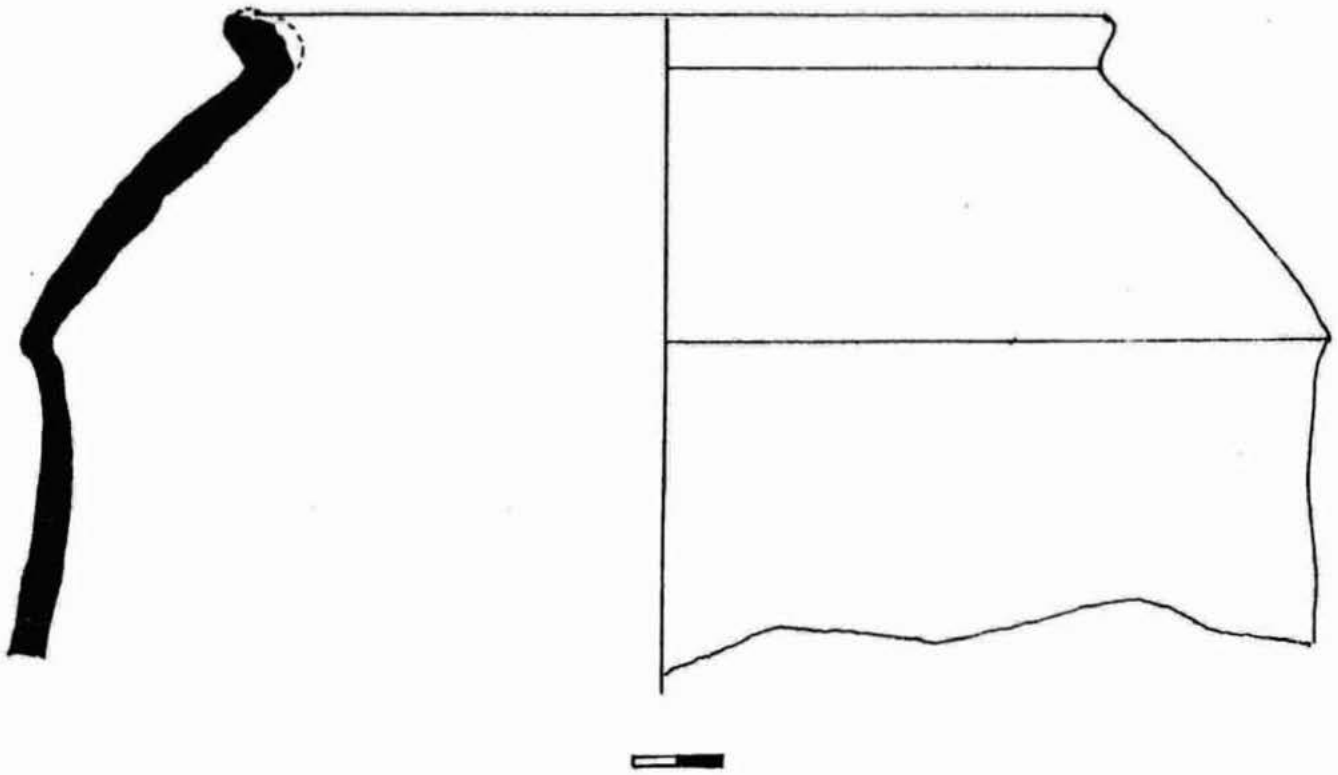


Fig. 4.— El Polsegué, Rosell. Anfora Vuillemot R.1.

patrón de asentamiento y el material arqueológico, desarrollándose la Cultura Ibérica.

El final de estos yacimientos, segundo cuarto del siglo VI a. de J.C., coincide con la denominada «crisis» fenicia de occidente, momento que parece mostrarse conflictivo para el pueblo semita tanto en la zona oriental del Mediterráneo, por la caída de la metrópoli, como en la occidental (ARTEAGA, 1976-1978; FERNÁNDEZ, 1987; RUIZ MATA, 1987), ya que según parece hay una tirantez entre las colonias fenicias del sur y Tartesos. Ello indudablemente influiría en las relaciones económicas que mantenían las colonias con los asentamientos indígenas que dependían en gran parte de ella. Así pues, en el segundo cuarto del siglo VI a. de J.C., asentamientos como la Torrasa, Vinarragell, el Solaig, les Carrasquetes, Coll del Moro, els Castellets, Polpis, els Espleters, Hostal Nou, Mas Nou, Mola Llarga, les Serretes, la Ferrisa, son abandonados.

Los poblados de esta época económicamente se basan por una parte en la explotación de los yacimientos de mineral de hierro, como vemos en los que están situados en el término municipal de Rosell, junto a las explotaciones mineras férricas, lo mismo sucederá con los del término de Ulldecona (Tarragona), Mas Bosqueds de Albocácer, Les Ferreries de Fredes y la Ferrisa de Alcora. La venta del mineral a los fenicios, ya que hoy por hoy no tenemos constancia de la fundición de hierro en la zona, será el sustento económico de esta parte de los poblados del siglo VII a. de J.C.

El otro principal medio económico de subsistencia sería el agropecuario, en especial el ganadero, como vemos en el valle del río Palancia, cuyo poblamiento está relacionado con las vías de trashumancia (PALOMAR, 1986). Otros yacimientos se relacionarían con el comercio, como es el caso de Vinarragell, junto al mar y en una zona de desembarco, y la Torrasa, que por su abundante cerámica de importación, la situación geográfica, su extensión y el mineral de hierro que hay, ya apuntamos en su día, que podría ser un asentamiento con función de distribución del material foráneo, el cual sería el principal bien de prestigio (OLIVER *et alii*, 1986). Ello lo vemos en otro asentamiento situado en el valle del río Ebro, que presenta la misma cronología, es el caso de Aldovesta en Benifallet (Tarragona) (MASCORT, SANMARTÍ, SANTACANA, 1986-1987).

La superficie que presentan yacimientos como el Torrelló de Almazora o el Polsegué de Rosell, prácticamente mínima, así como su ubicación geográfica, podría indicarnos asentamientos con una función militar o de vigilancia, ya sea sobre una vía de comunicación, como es el caso del río Mijares en lo referente al Torrelló de Almazora, o dedicados a la custodia de una población o de unas riquezas naturales, lo que ocurriría

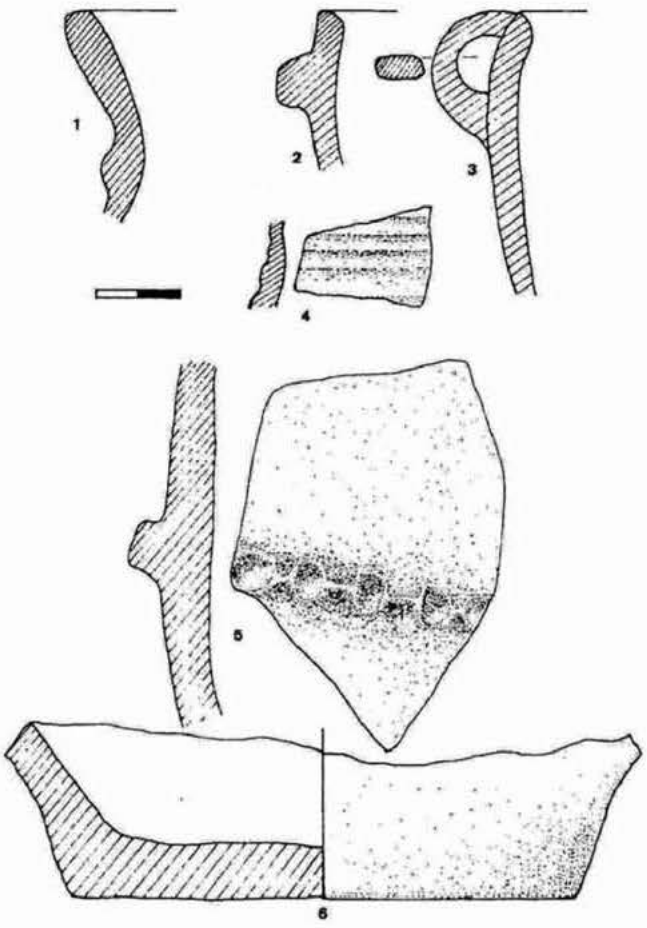


Fig. 5.— Les Carrasquetes, Rosell. 1-3, cerámica no torneada. 4, cerámica no torneada con decoración acanalada. 5-6, cerámica no torneada.

en el Polsegué de Rosell en relación al asentamiento del Coll del Moro y a las minas de hierro de su entorno. El río Mijares es el paso hacia tierras turolenses, y junto a él como hemos dicho, está el asentamiento del Torrelló de Almazora; a través del río Senia y Servol, junto a los cuales está el Polsegué, se pasa al valle del río Matarranya y Bajo Aragón.

Estos asentamientos nos denuncian un poblamiento relacionado con los Campos de Urnas recientes del noreste peninsular, que se encuentra perfectamente establecido en la zona y no son meras penetraciones como se había supuesto hasta ahora a raíz del estado de la cuestión en que se encontraba este período histórico. Por otra parte es un poblamiento perfectamente organizado en cuanto al control del territorio, de las fuentes de riqueza naturales y sobre todo en relación al comercio con el mundo fenicio, que será el factor que potencia esta explosión de asentamientos a mediados del siglo VII a. de J.C.

Falta constatar otros puntos en los que hoy por hoy, tan sólo tenemos pequeños indicios para atribuirlos como asentamientos de esta cronología, así como el conocimiento de la estructuración y funcionamiento intrínseco de los poblados.

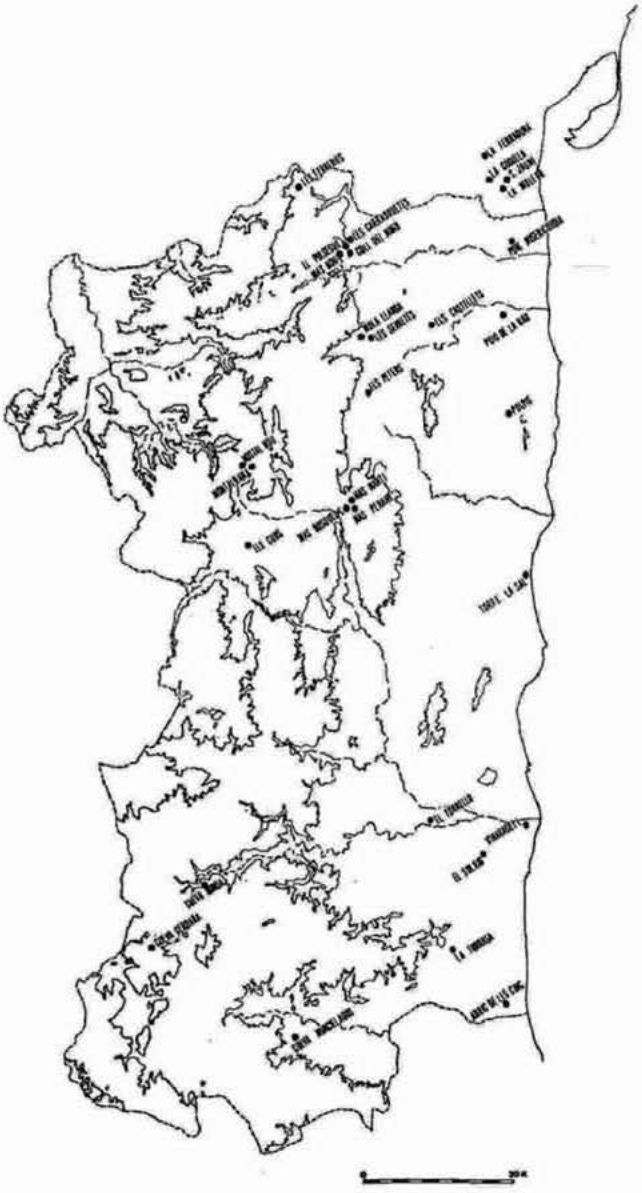


Fig. 6.— Distribución geográfica de los yacimientos citados en el texto.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO GORBEA, M. (1977): «El Pic dels Corbs de Sagunto y los campos de urnas del N.E de la Península Ibérica». *Saguntum*, 12, Valencia, pp. 89-144.

ARTEAGA, O. (1976): «La panorámica protohistórica peninsular y el estado de su conocimiento en el Levante septentrional (Castellón de la Plana)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 3, Castellón, pp. 173-194.

ARTEAGA, O. (1976-1978): «Problemática de la iberización en Andalucía oriental y en el sudeste de la Península». *Ampurias*, 38-40, Barcelona, pp. 23-60.

ARTEAGA, O.; PADRÓ, J.; SANMARTÍ, E. (1986): «La expansión fenicia por las costas de Cataluña y del Languedoc». *Los fenicios en la Península Ibérica*, vol. II, Ed. Ausa, Sabadell, pp. 303-314.

AUBET, M.E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de occidente*. Barcelona.

BOSCH GIMPERA, P. (1915-1920): «L'estat actual del coneixement de la civilització ibèrica del Regne de València». *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, Valencia, p. 625.

BOSCH GIMPERA, P. (1953): «Las urnas del Boverot (Almazora, Castellón) y las infiltraciones célticas en tierras valencianas». *Archivo de Prehistoria Levantina*, IV, Valencia, pp. 187-194.

COLOMINAS, J. (1915-1920): «Els enterraments ibèrics dels Espleters a Salzadella». *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, Barcelona, p. 617.

ESTEVE GÁLVEZ, F. (1944): «Un poblado de la primera Edad del Hierro en la Plana de Castellón». *Ampurias*, VI, Barcelona, pp. 141 y ss.

FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): «El poblamiento ibérico en Huelva». *Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico (Jaén, 1985)*, Jaén, pp. 315-326.

FLETCHER, D.; MESADO, N. (1967): *El poblado ibérico de El Solaig (Bechí, Castellón)*. Trabajos Varios del S.I.P., 33, Valencia.

GIL-MASCARELL, M. (1981): «Bronce tardío y Bronce final». *El Bronce final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*. Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 1, Valencia, pp. 9-39.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1974): «Un yacimiento del Hierro I en el Hostal Nou (Ares del Maestre, Castellón)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 1, Castellón, pp. 109-114.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1975): «El campo de urnas de la Montalbana (Ares del Maestre, Castellón de la Plana)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIV, Valencia, pp. 113-122.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1979): *Carta arqueológica del Alto Maestrazgo*. Serie de Trabajos Varios del S.I.P., 63, Valencia.

GRÀCIA I ALONSO, F.; MUNILLA I CABRILLANA, G.; PALLARÈS I COMAS, R. (1987-1988): «Les darreres campanyes d'excavacions al poblat ibèric de la Moleta del Remei (Alcanar, Montsià): 1985-1987». *Tribuna d'Arqueologia, 1987-88*, Barcelona, pp. 145-152.

GUSI JENER, F. (1974): «Excavación del recinto fortificado del Torrelló de Onda (Castellón)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 1, Castellón, pp. 19-62.

GUSI JENER, F. (1975): «Las dataciones de C-14 de la Cueva del Mas d'Abad (Coves de Vinromá), campaña 1975. Ensayo cronológico para la periodización del Bronce Valenciano». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 2, Castellón, pp. 75-80.

HATT, J.J. (1961): «Chronique de protohistoire V. Une nouvelle chronologie de l'âge du Bronze final. Expose critique du systéme chronologique de H. Müller-Karpe». *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LVIII, Paris, pp. 184-195.

JUNYENT, E.; OLARIA, C.; GUSI, F.; AGUILÓ, P.; ROMÁN, I.; SESER, R. (1982-1983): «El Abric de les Cinc (Almenara, Castellón), 2.ª campaña de excavación 1977». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 9, Castellón, p. 55-122.

KIMMIG, W. (1954): «Zur urnenfelder in südwesteuropa». *Festschrift für Peter Goessler. Tübinger Beiträgezur Vor- und Frühgesch*, Stuggard, pp. 41-98.

LOUIS, M.; TAFFANEL, O. J. (1960): *Le premier âge du fer languedocien III. Les tumulus, conclusions*. Bordighera-Montpellier.

LUCAS PELLICER, M.R. (1987): «¿Dónde está la primera edad del hierro?». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 23, Madrid, pp. 40-52.

MALUQUER DE MOTES, J. (1982): «Problemática histórica de la cultura Ibérica». *Ponencias del XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Murcia, pp. 29-49.

MALUQUER DE MOTES I NICOLAU, J. (1987): *Catalunya: Baix Ebre*. Barcelona.

MARTÍNEZ SANTAOLALLA, J. (1942): «Escondrijo de la Edad del Bronce atlántico en Huerta de Arriba (Burgos)». *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XVII, Madrid, p. 159.

MASCORT I ROCA, M.; SANMARTÍ I GREGÓ, J.; SANTACANA I MESTRE, J. (1987-1988): «L'establiment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet, Baix Ebre). Un punt clau del comerç fenici a la Catalunya meridional». *Tribuna d'Arqueologia 1987-1988*, Barcelona, pp. 69-78.

MAYA, J.L. (1990): «¿Bronce final o Primera Edad del Hierro? La problemática en el marco de la Depresión Prelitoral». *Limes*, 0, Cerdanyola, pp. 30-43.

MESADO OLIVER, N. (1974): *Vinarragell (Burriana, Castellón)*. Serie de Trabajos Varios del S.I.P., 46, Valencia.

MESEGUER, V.; GINER, V. (1983): «Arqueología y prehistoria del Maestrat. La Mola Llarga de Xert». *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, 3, Benicarló, pp. 9-22.

MÜLLER-KARPE, H. (1959): *Beiträge zur chronologie der urnenfelderzeit nörldich und südlich der Alpen*. Berlín.

OLIVER FOIX, A.; BLASCO ARASANZ, M.; FREIXA FOZ, A.; RODRÍGUEZ BARBERÁ, P. (1984): «El proceso de iberización en la plana litoral del sur de Castellón». *Cua-*

dernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses, 10, Castellón, pp. 47-62.

Palomar Macián, V. (1986): «La cueva del murciélago (Altura, Castellón), 1.ª y 2.ª campaña de excavaciones». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 12, Castellón, pp. 45-98.

Palomar Macián, V.; Oliver Foix, A. (1985): «La Cueva de Cerdaña (Pina de Montalgrao, Castellón)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castelloneses*, 11, Castellón, pp. 141-155.

Pelliger Catalán, M. (1982): «La influencia orientalizante en el Bronce Final-Hierro del nordeste hispano». *Habis*, 13, Sevilla, pp. 211-238.

Pelliger Catalán, M. (1984): «Elementos ultrapirenaicos y hallstattizantes en el horizonte del Bronce Final-Hierro del noreste hispano». *Habis*, 15, Sevilla, pp. 309-344.

Pla Ballester, E. (1959): «El problema del tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro en la región valenciana». *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza, 1957)*, Zaragoza, 128-133.

Pons i Brun, E. (1984): *L'Empordà de l'Edat del Bronze a l'Edat del Ferro*. Girona.

Rosas Artola, M. (1980): «Un nou jaciment del Ferro I: Mas de Vito (Rosell)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 7, Castellón, pp. 291-294

Ruiz Mata, D. (1987): «La formación de la cultura turdetana en la bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca». *Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico (Jaén, 1985)*, Jaén, pp. 299-314.

Ruiz Zapatero, G. (1985): *Los campos de urnas del N.E. de la Península Ibérica*. Madrid.

Schubart, H.; Fletcher Valls, D.; Oliver y de Cárdenas, J. (1962): *Excavaciones en las fortificaciones del Montgó cerca de Denia*. Excavaciones Arqueológicas en España, 13, Madrid.

Snodgrass, A.M. (1980): «Iron and early metallurgy in the Mediterranean». En Ertime y Muhly, J.D.: *The Coming of the Age Iron*. Yale, pp. 335-374.

Vilaseca, S.; Solé, J.M.; Mañé, R. (1963): *La necrópolis de Can Canyís (Banyeres, Tarragona)*. Trabajos de Prehistoria, VIII, Madrid.





Lám. I.— Santa Madalena de Polpis





Lám. II.— Els Castellets de La Jana

Milagro GIL-MASCARELL* y Manuel ENRIQUE TEJEDO*

LA METALURGIA DEL BRONCE FINAL-HIERRO ANTIGUO DEL YACIMIENTO DE LA MOLA D'AGRES (AGRES, ALICANTE)

Contamos con la perspectiva suficiente, después de los estudios realizados de estratos y materiales de las sucesivas campañas de excavaciones, para poder afirmar que la Mola d'Agres tuvo un papel relevante durante el final de la Edad del Bronce en el País Valenciano. Ya en anteriores publicaciones se han descrito materiales que por su carácter singular representaban aportaciones de interrelaciones culturales o evidenciaban innovaciones tecnológicas (GIL-MASCARELL, 1981: 17; GIL-MASCARELL y PEÑA, 1989: 125).

Estos, hasta ahora, se concentran en pequeñas terrazas, siendo particularmente abundantes los encontrados en la terraza sudoriental del cerro, que es la que denominamos Sector V (lám. I). Los estratos hallados están formados por uno superficial (Estrato I) de gran potencia que por sus características podría tratarse de una especie de escombrera, llevados o caídos hasta allí y donde se acumula la mayor parte del material (GIL-MASCARELL y PEÑA, 1989: 125) seguido por otros tres, que podrían estar «in situ», pero cuyos materiales son de las mismas características que los encontrados en superficie.

Al Sur del Sector V, en otra pequeña terraza, se realizaron dos sondeos en los que se encontraron también materiales pertenecientes al Bronce Final-Hierro Antiguo, muy similares a los hallados anteriormente, y todo ello en el contexto de una estratigrafía muy poco fiable. Esta zona es la que denominados Sector VII.

A estas alturas de la investigación, se nos manifiesta en Agres tres claras influencias culturales, alguna de las cuales ha sido reseñada en publicaciones anteriores (GIL-MASCARELL, 1981).

Por su abundancia, riqueza y variedad destaca en primer lugar, la de la Cultura de los Campos de Urnas del NE, constituyéndose la Mola d'Agres, al menos hasta la fecha presente, en el yacimiento más rico y representantivo de esta cultura dentro del País Valenciano. Resulta a este respecto muy significativa y evidencia la complejidad de este período, la comparación con otros situados más al Sur, como Peña Negra, que, con una ubicación relativamente próxima a la Mola, manifiesta, sin embargo, una dinámica cultural claramente distinta, a pesar de la posible relación entre ambos.

Sin duda, es la influencia andaluza, el segundo vector cultural que encontramos en Agres. Diversas formas cerámicas y un fragmento decorado con incrus-

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Universitat de València.

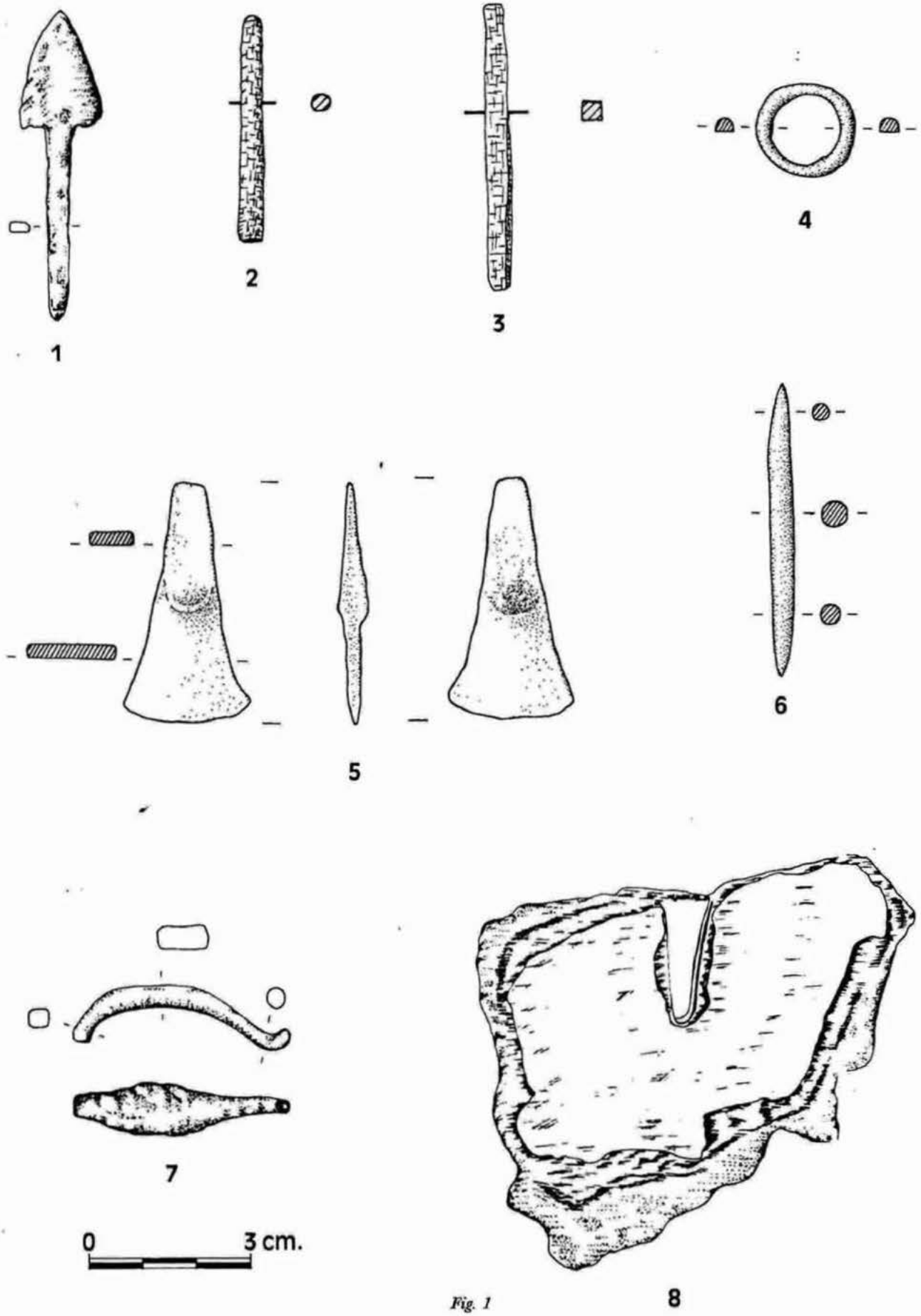


Fig. 1

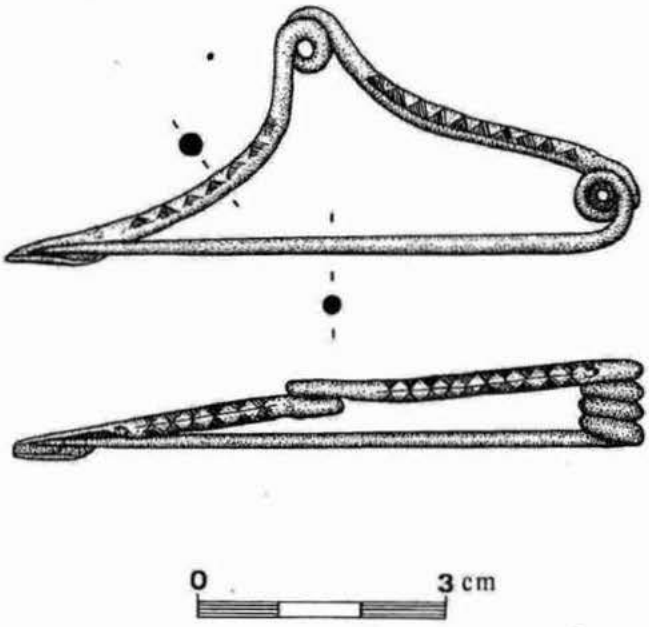


Fig. 2

tación de metal, al parecer encontrado recientemente, así lo atestigua.

Finalmente se han hallado formas y decoraciones que relacionan la Mola con la Meseta, en particular con los momentos finales de la cultura de Cogotas I.

Estos tres vectores culturales que concurren en Agres, tienen sin lugar a dudas, módulos muy diferentes, destacando por su intensidad el correspondiente a los Campos de Urnas que es el que realmente caracteriza al yacimiento.

Aunque la esquematización es obligada para el análisis singularizado de un yacimiento, la complejidad de las relaciones culturales escapa siempre al mismo. Y significativo a este respecto, resulta en Agres tanto la fíbula *ad occhio* (Gil-Mascarell y Peña, 1989: 125) como los objetos de marfil encontrados a los que tenemos que añadir el molde de fundición de un hacha de talón de una anilla, que por su interés analizaremos posteriormente.

Ha sido, y es, la ubicación geográfica uno de los factores determinantes de la nuclearización de las influencias culturales, por ello no debe extrañarnos que la Mola d'Agres desempeñase un papel relevante al estar situada entre dos comarcas de gran dinamismo durante la Prehistoria, pero particularmente en la Edad del Bronce, como son la cuenca del Vinalopó y la comarca del Alcoià-Comtat.

Y es precisamente esta ubicación, la que puede explicar la presencia de los moldes de fundición y de algunos objetos de metal que a continuación vamos a analizar.

LA METALURGIA

A. DESCRIPCIÓN*

1. *Objetos de metal*

MA 1975/CEC. Punta de bronce de pedúnculo y aletas, cabeza triangular y larga espiga. Dimensiones: long. total 59 mm.; long. de la cabeza 22 mm.; long. pedúnculo 37 mm.; anchura de la cabeza 16 mm.; anchura del pedúnculo 4 mm. y espesor del pedúnculo 2 mm. (C.E.C., 1978: Fig. 8, núm. 14) (Fig. 1, n.º 1).

MA 1978/Sector V/Estrt. I. Fragmento de barrita o varilla de sección circular fracturada por ambos extremos. Long. conservada 42 mm. (Fig. 1, n.º 2).

MA 1978/Sector V/Estrt. I. Fragmento de barrita de sección cuadrada fracturada en ambos extremos. Longitud conservada 53 mm. (Fig. 1, n.º 3).

MA 1981/Sector V/Estrt. I. Anillo de sección semicircular y en buen estado de conservación. Su diámetro externo oscila entre 19 y 17 mm. y el interno entre 13 y 13'5 mm. Anchura de la sección 4 mm. (Fig. 1, n.º 4).

MA 1981/Sector V/Estrt. I. Fíbula de codo *ad occhio* sobre soporte de bronce y en perfecto estado de conservación. Consta de un alfiler rectilíneo de 72 mm. de longitud, de sección circular con diámetro medio de 2 mm. El arco se divide en dos brazos a través de una cabeza constituida por un bucle de doble espiral, siendo la longitud del derecho de 42 mm. y del izquierdo de 44 mm., la sección de ambos es circular con un diámetro de 3 mm. La inserción del arco con el alfiler se realiza mediante un muelle de cuatro espirales. La altura de la fíbula es de 28 mm. Ambos brazos estan decorados con incisiones que forman triángulos rellenos de líneas paralelas. (Gil-Mascarell y Peña, 1989: Fig. 3, Lám. II) (Fig. 2).

MA 1981/Sector V/Estr. I. Pequeña y delgada lámina en forma de hacha plana. Posee el talón cónico y la garganta es de sección rectangular con tope de tendencia hemiesférica, la hoja es también de sección rectangular. Sus superficies están muy alteradas. Dimensiones: longitud total 45 mm.; longitud del extremo proximal o garganta 22'5 mm.; longitud del filo 24 mm.; máxima anchura en el extremo proximal 5'5 mm. y 23'5 en el distal. Anchura absoluta de la sección 6 mm. (Fig. 1, n.º 5).

MA 1981/Sector V/Estr. I. Punzón biapuntado y de sección circular. Longitud 53 mm. (Fig. 1, n.º 6).

MA 1982/Sector VII/Cata B/Estr. II. Fragmento de fíbula de bronce, posiblemente de pie levantado. Sólo se conserva el arco de forma aproximadamente trapezoidal y sección rectangular. Longitud de 40 mm. (Fig. 1, n.º 7).

* La descripción de cada pieza va precedida por las siglas correspondientes al yacimiento (MA), seguidas del año en que fueron exhumadas y el Sector y Estrato. En el caso que su hallazgo corresponda al sondeo realizado por el Centre d'Estudis Contestans se indica mediante la abreviatura CEC.

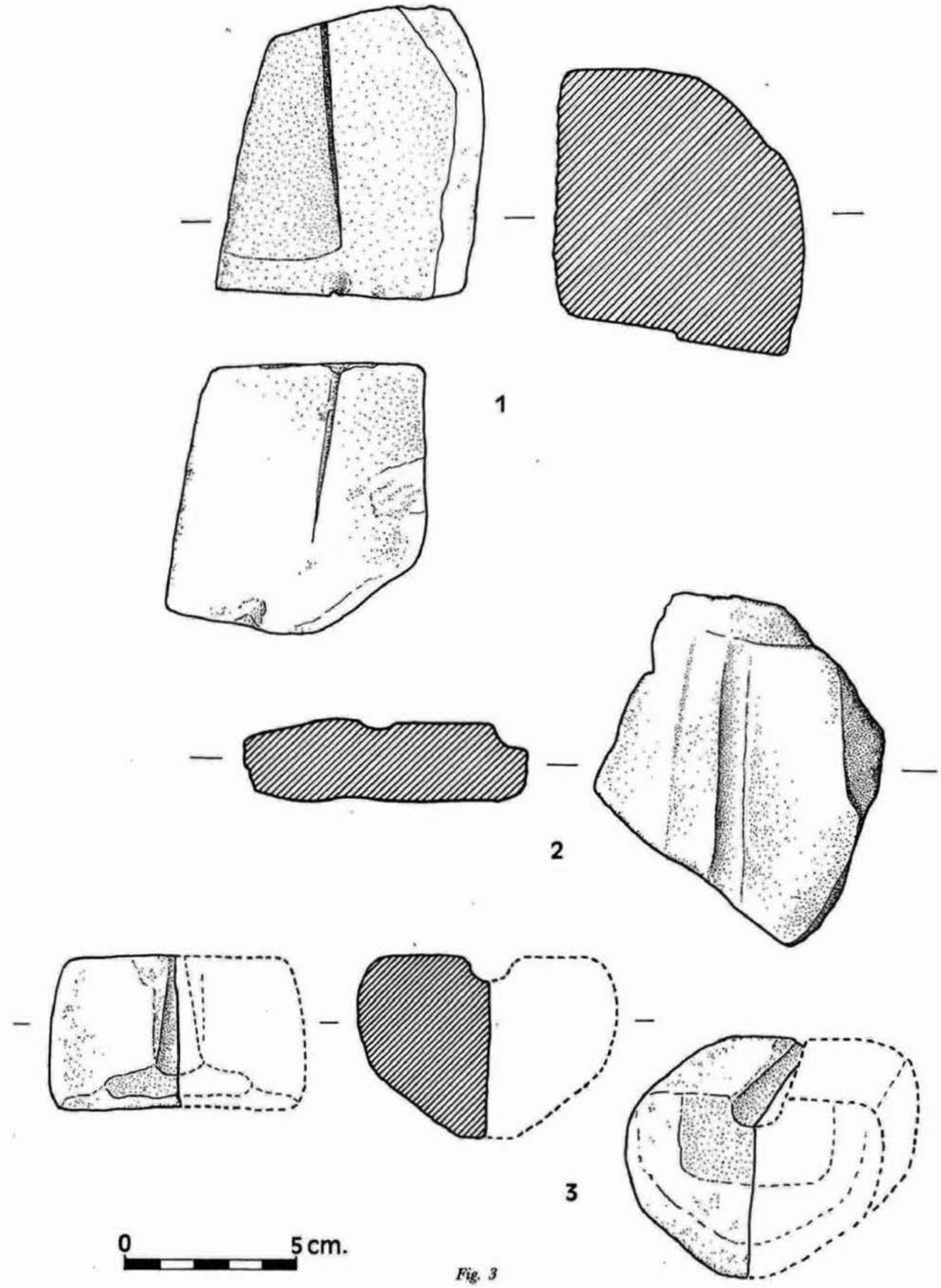


Fig. 3

2. *Moldes*

MA 1975/CEC. Fragmento de molde para fundir objetos de tipología imprecisa que conserva únicamente uno de los extremos de la valva. El soporte, de arenisca, es de sección rectangular y los rebordes de la superficie superior muy irregulares. (C.E.C., 1978: Fig. 8, núm. 8) (Fig. 1, n.º 8).

MA 1982/Sector V/Estr. II. Fragmento de un molde de fundición de hachas. El soporte es de caliza blanda de color beige, sección de tendencia hemiesférica conseguida por varios planos. Su altura máxima es de 80 mm. y su anchura de 61 mm. La parte superior, lisa, está ligeramente ennegrecida debido a su utilización.

La valva muestra únicamente la parte distal de la hoja. Conserva 57 mm. de longitud y 33 mm. de anchura máxima en su filo, estando ambos fragmentados. El máximo espesor de la hoja es de 4 mm. en su extremo proximal (Fig. 3. n.º 1).

MA 1982/Sector V/Estr. III. Fragmento de la parte proximal de un molde de fundición de posible hacha de talón. El soporte es de caliza blanda, de tendencia hemiesférica, conservándose aproximadamente 1/4 de circunferencia. Su color es amarillo-beige, con tonalidades negruzcas por efecto de la cocción. Dimensiones: máxima altura del molde 44 mm.; anchura extremo proximal 33 mm.; anchura del extremo distal 44 mm.; longitud conservada del molde 40 mm.

La valva posee un cono de deyección cónico, así como la parte más proximal del objeto a fundir, que si atendemos a la reconstrucción propuesta, tendría una sección rectangular y maciza. Todo ello se encuentra ennegrecido por efecto de la colada metálica. Dimensiones: longitud del cono de deyección 6 mm., anchura del mismo 6 mm. y dimensiones de la valva de 21 por 21 mm. (Fig. 3, n.º 3).

MA 1982/Sector V/Estr. III. Fragmento de tapadera de un molde de fundición de sección hemiesférica realizada sobre un soporte de caliza blanda. Su estado de conservación es bueno pero fragmentado y su superficie superior posee una coloración negruzca debido a su utilización. Dimensiones: máxima altura conservada 36 mm., anchura 60 mm. y longitud 70 mm. (Fig. 4, n.º 1).

MA 1982/Sector V/Estr. IV. Fragmento de molde para fundir posiblemente varillas. El soporte es de arenisca, de sección rectangular y su estado de conservación es malo. Posee los rebordes irregulares y su superficie superior está ennegrecida. La valva posee una sección hemiesférica. Dimensiones: longitud de la valva 69 mm.; anchura 10 mm. y altura 2'5 mm. (Fig. 3, n.º 2).

MA 1982/Sector VII/Sondeo B/Estr. II. Fragmento de un molde de fundición de hachas de talón de una anilla. El soporte es de caliza blanda, muy agrietada por efecto de la temperatura a que fue sometido. Posee una sección de tendencia hemiesférica lograda por diversos planos, siendo el de apoyo en horizontal el de mayor amplitud. En uno de los laterales del molde, el opuesto a la anilla, tiene una amplia ranura que recorre longitudinalmente el molde y que puede interpretarse como agarradera. La máxima altura conservada del mismo es de 75 mm. y su máxima anchura es de 95 mm. en su parte proximal y de 100 mm. en la distal.

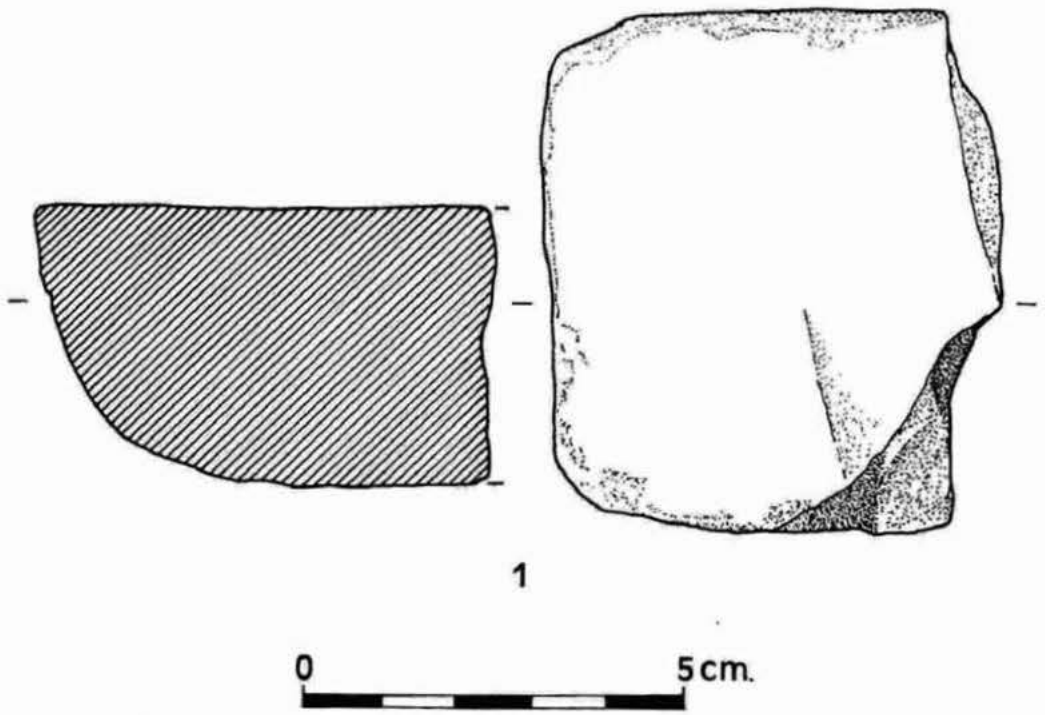
La valva corresponde a un hacha de talón con una anilla, no pudiéndose indicar si sería uni o bifacial, con un corto nervio central de 29 mm., sin tope y garganta curva. Dimensiones: la máxima anchura de la parte proximal o comienzo de la garganta es de 30 mm., la longitud del nervio central de 29 mm.; la longitud conservada de la hoja es de 69 mm. la cual es de sección trapezoidal, más estrecha en el fondo, 36 mm. que en la superficie superior horizontal, 47 mm. El asa es de sección hemiesférica (Fig. 4, n.º 2).

B. ESTUDIO COMPARATIVO

La fragmentación en que se encuentran las *barritas de sección cuadrada y circular* no nos permite determinar si pertenecieron a vástagos de punzón o son simples objetos, más manejables a la hora de ser modelados. En el caso de encontrarnos ante esta segunda hipótesis, conviene señalar que «aunque poco o nada significativa, cronológica y culturalmente» (Ruiz Zapatero, 1985: 979), «constituyen un testimonio incuestionable de la existencia de una metalurgia local... y la presencia de artesanos con capacidad creativa para preparar pequeños objetos de adorno, piezas sin importancia pero indudablemente útiles» (Rauret, 1976: 116). Y en este sentido hay que resaltar la abudancia tanto de objetos como de moldes para su fabricación que encontramos en las comarcas del Alcoià-Comtat y en la del Vinalopó en yacimientos del Bronce Antiguo y Medio.

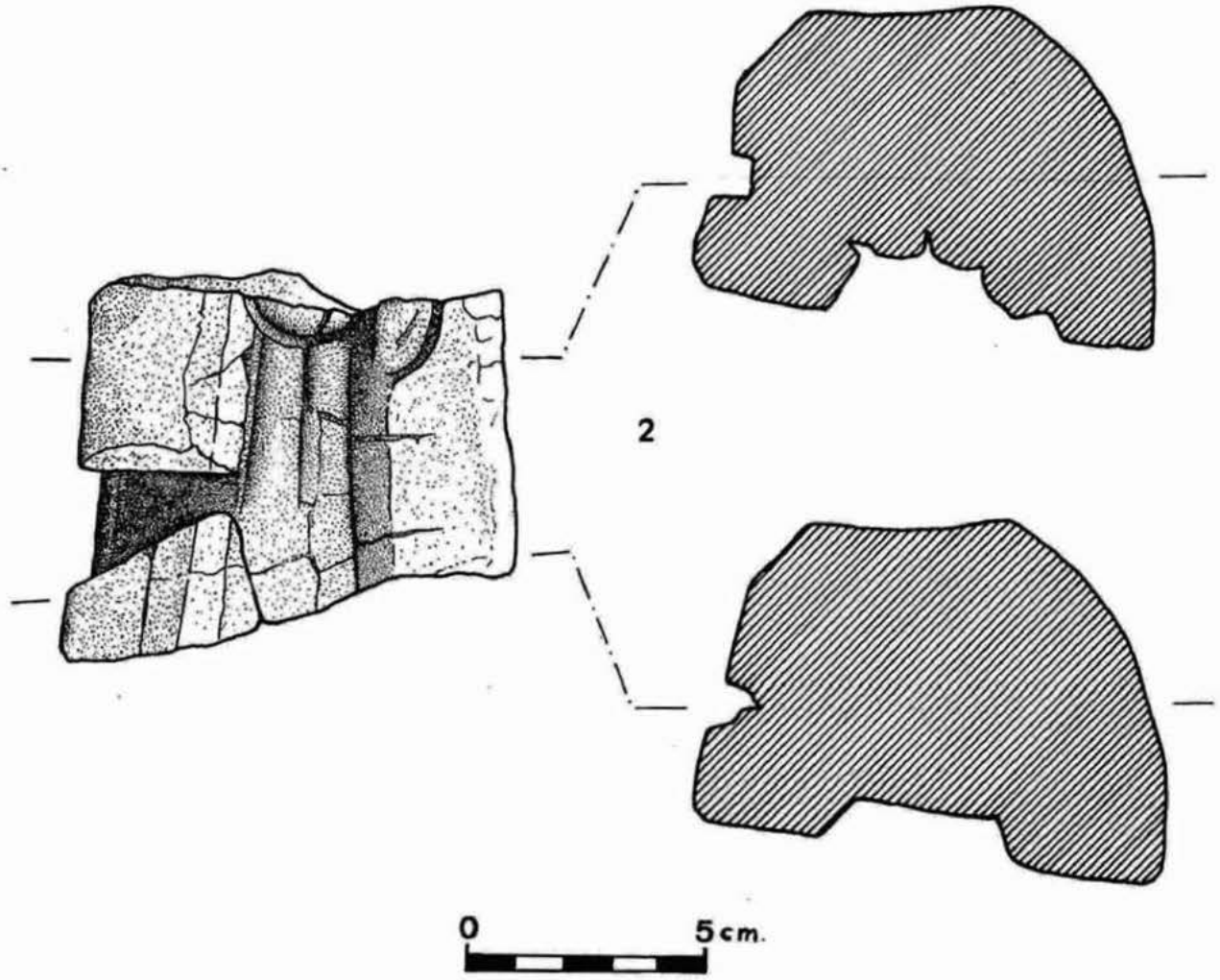
Por el contrario, si consideramos estos fragmentos encontrados en la Mola d'Agres como pertenecientes a *punzones*, también es el «útil metálico más abudante en las culturas prehistóricas del País Valenciano» (Hernández, 1983: 35). En este ámbito geográfico están documentados desde el Eneolítico en enterramientos colectivos (Lerma, 1981: 123), siendo mayoritarios los de sección cuadrada y únicamente de sección circular se han recuperado en Casa Colorá (Hernández, 1983: 35-36). Para la Edad del Bronce, contamos con ejemplos cercanos de sección cuadrada en Tabaiá (*Ibidem*, Fig. 7, 2, 3 y 4), Cueva del Hacha (*Ibidem*, Fig. 3, 5) y Cabezo Redondo (Soler, 1987: Fig. 50), y de sección circular en este último yacimiento (*Ibidem*), Pont de la Jaud (Navarro Mederos, 1982: 56), Puntal de Bartolo (*Ibidem*, p. 41) y la Pedrera (*Ibidem*, p. 38). El único punzón claramente reconocible hallado en la Mola d'Agres es biapuntado y de sección circular.

La *punta de flecha* encontrada en nuestro yacimiento que Ruiz Zaparero señala como perteneciente al Bronce Valenciano y por tanto, intrusiva en el conjunto (Ruiz Zapatero, 1985: 694), creemos que podría relacionarse con las puntas de largo pedúnculo localizadas en contextos meridionales del Bronce Final como el Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona, Granada)



1

0 5 cm.



2

0 5 cm.

Fig. 4

(Carrasco *et al.*, 1985: Lám. 5, b), depósito de la Ría de Huelva (Almagro Basch, 1940 y 1958) o la Alcudia de Elche (Ramos Folqués, 1989: 30, Lám. LII, 4) puntas que Coffyn incluye en su Bronce Atlántico III (900-700 a.C.) (Coffyn, 1985: 208, Fig. 31, 7), aunque no puede negarse cronologías anteriores si atendemos a los hallazgos granadinos o la punta de los estratos inferiores del Cabezo Redondo (Soler, 1987: Fig. 49, 12).

El *anillo* recuperado en el estrato Superficial o I del Sector V encontraría un paralelo exacto en el cercano yacimiento de Tabaiá (Aspe), también de sección semicircular e idéntico diámetro (Hernández, 1983: Fig. 17, 1). En este sentido hay que recordar que este último se fecha entre el Bronce Final y el medievo (*Ibidem*, p. 27 y 40). Anillos se han recuperado también en el Cabezo Redondo de Villena, aunque aquí de sección circular o elíptica (Soler, 1987: 126, Fig. 50).

El *hacha o hachuela* de reducidas dimensiones, puede relacionarse con otras de similar tamaño recuperadas en el Tabaiá, aquí fragmentada en el inicio de su hoja (Fernández, 1983: Fig. 7, 5) y en el yacimiento de Lleus (Benissa) también fragmentada (Ronda, 1990: Fig. 21, 1), como éstas, la de la Mola puede incluirse en principio en el tipo KI de B. Blance, aunque la presencia de la garganta tal vez nos indique un momento evolucionado de la Edad del Bronce.

Sobre la *fíbula de codo de tipo ad occhio* poco podemos añadir a lo dicho recientemente (Gil-Mascarell y Peña, 1989), tan sólo insistiremos en su inspiración sícula y en un período de difusión amplio que varía según autores pero que abarca «grosso modo» el primer cuarto del último milenio precristiano. Tipológicamente se encontraría entre las que poseen un codo en una espiral (Casal do Meio) y las fíbulas de doble resorte (*Ibidem*, p. 135). Por su composición del metal (Rovira, 1989: 143) se ha relacionado con la recuperada en Perales del Río (Getafe, Madrid) (Blasco, 1987).

Especial atención merece el *molde de fundición de hachas de talón de una anilla* por ser hasta el presente, el hallazgo más meridional de este tipo de moldes en la Península Ibérica. En el estudio de las hachas de talón se hace de obligatoria referencia el reciente trabajo de Díaz Andreu (1989). Según la clasificación de esta autora, y si atendemos a que no es posible determinar si nuestro molde es univalvo o bivalvo, podría quedar incluido bien en su tipo 1.3. o 1.6. Estos tipos de Díaz Andreu agrupan respectivamente los tipos 36B y 36C y 30A, 30F, 31A, 31B, 31C, 32A, 32B, 32C, 34A, 37A y 37B de la clasificación de Monteagudo (1977).

Respecto al tipo 1.3., su área de dispersión abarcaría el centro y norte de Portugal (Díaz Andreu, 1989: mapa 4) y se apunta una funcionalidad muy concreta con el trabajo de la madera (Monteagudo, 1977: 21; Kalb, 1980: 34). Aun así, si buscamos dentro del grupo los paralelos más estrechos, podría quedar relacionada con el tipo 36C de Monteagudo (tipo Carracedo), de dispersión más septentrional, por poseer una anilla centrada en la intersección de garganta y hoja (*Ibidem*, núm. 1353-1361, Fig. 140), lo que en cierto modo las diferenciaria de su tipo 36B (tipo Beira Litoral), más meridionales, con una anilla siempre situada en la garganta (*Ibidem*, núm. 1342-1352). Coffyn (1985) fecha este tipo de hachas en el BFIII (900-700 a. de C.), mientras que Ruiz Gálvez las sitúa con posterioridad a la metalurgia tipo Ría de Huelva.

En cuanto al tipo 1.6. de Díaz Andreu, su dispersión es básicamente septentrional, Meseta Norte, Valle del Ebro y NE peninsular. Visto el peso de los aportes transpirenaicos en nuestro yacimiento, conviene señalar que el molde de Agres aún perteneciendo al mismo tipo, difiere ligeramente de las hachas localizadas en Cataluña y alto Ebro a las que hay que añadir el molde de Siriguarach (Alcañiz, Teruel) (Ruiz Zapatero, 1982: Fig. 17, 2). Por el contrario, los paralelos más cercanos para nuestro molde lo encontramos en el hacha de Arroyo Molinos (Jaén), tipo 30A de Monteagudo (1977: núm. 1134) que presenta diferencias morfológicas con las del resto de la península, por lo que posiblemente se trataría de una producción local. Este tipo de hachas son de amplia cronología, ocupando los primeros siglos del último milenio pre-cristiano (Harrison *et al.* 1981: 144), pudiendo concretar que las halladas en el NE no pueden remontarse más allá del siglo IX a. de C. (Martí Jusmet, 1969-70: 150-151; Pellicer, 1984: 325; Ruiz Zapatero, 1985: 912).

Junto a los moldes y objetos comentados, otro molde de hacha de tipología imprecisa, una tapadera y un molde posiblemente de varilla, completan el conjunto.

Comentario aparte merece el fragmento de *fíbula de pie levantado con posible botón terminal* recuperado en el Estrato II del Sector VII por cuanto debe interpretarse como intrusiva si atendemos al contexto en que aparece. Efectivamente, teniendo en cuenta que este tipo de fíbulas se fechan en momentos no anteriores a los inicios del siglo VI a.C. (Cuadrado, 1963; Navarro, 1970; Argente Oliver, 1974; Pons-Vila, 1977; González Prats, 1983), posiblemente haya que relacionarla con los escasos fragmentos a torno de factura ibérica que han aparecido en estos estratos. Ello podría significar esporádicas ocupaciones de la Mola en momentos posteriores, máxime si tenemos en cuenta la proximidad del poblado ibérico de Covalta.

Por su reducido tamaño podría relacionarse con las denominadas por Cuadrado como «Golfo de León» (Cuadrado, 1963) y por su ancho arco redondeado con la recuperada en el nivel II de la Cayla de Mailhac, piezas que en estas regiones del sur de Francia se fechan entre el 550-475 a.C. (*Ibidem*, p. 35, Fig. 8).

C. CONSIDERACIONES FINALES

La presencia de la práctica de la metalurgia en la Mola d'Agres, no debe extrañarnos, si tenemos en cuenta que, como dijimos, controla el paso entre las comarcas del Alcoià-Comtat y el Vinalopó, comarcas que han sido consideradas durante el Bronce Antiguo y Medio como importantes focos metalúrgicos.

Si analizamos un mapa de la distribución de los objetos de metal en el País Valenciano, se observa claramente que es precisamente en estas comarcas donde se concentran la mayor cantidad de hallazgos, los cuales van disminuyendo a medida que nos alejamos hacia el norte (Lerma, 1981: mapa 4). Pero también a nivel cualitativo encontramos matices diferenciales. Es en estas zonas donde se da una mayor variedad tipológica: las alabardas, los puñales de remaches, las puntas de flecha con aletas y pedúnculo y las hachas planas, tienen en estas áreas, junto con la de la Vega Baja del Segura, su mayor y a veces exclusiva representación (Hernández, 1983: 32).

Los escasos análisis metalográficos existentes hasta ahora, nos indican una gran variedad respecto a la composición de las aleaciones, que van desde piezas puras de cobre como el hacha plana y los puñales de remaches de Mas de Menente, un hacha plana de Tabaiá, un cincel de Cabezo Redondo, a otras con una baja proporción de estaño, algunas piezas de Mola Alta de Serelles, Tabaiá y Cabezo Redondo, para finalmente encontrarnos excelentes bronces con más de un 10% de estaño en la aleación (Hernández, 1983: 38; Soler, 1987: 122).

También es en estas comarcas donde se concentran la mayor cantidad de restos que nos indican la práctica de la metalurgia durante el Bronce Antiguo y Medio. Sin pretender ser exhaustivos, en la comarca del Alcoià-Comtat existen en el yacimiento de la Mola Alta de Serelles nueve moldes de fundición realizados en piedra arenisca, bivalvos y preparados para la fundición de varillas, hachas y puñales o alabardas (Trelis, 1984: 46). También conocemos la existencia de moldes en Ull del Moro, Mas del Corral (*Ibidem*) y Cabeço de Mariola (Enguix, 1980: 165), yacimiento este último de gran interés para nosotros por encontrarse muy próximo a la Mola d'Agres. En el Medio y Alto Vinalopó, contamos con moldes para fundir varillas en La Pedrera (Navarro Mederos, 1982: Fig. 10e) y en el Murón (Trelis, 1984: 47), un posible lingote de cobre o bronce de forma almendrada en el Puntal de Bartolo y escorias en el Tabaiá (Navarro Mederos, 1982: 40 y 57). Es, sin embargo, el yacimiento de Cabezo Redondo el que resulta para nosotros más significativo en relación con el desarrollo de la metalurgia en la Mola d'Agres por encontrarse a treinta kilómetros por carretera, mucha menor distancia por senda o camino de herradura y contar con una metalurgia desarrollada. En Cabezo Redondo se han encontrado ciento cincuenta piezas de metal, ocho moldes de arenisca, uno de piedra pizarrosa, así como escorias y posibles crisoles (Soler, 1987: 122).

Independientemente de la posible reutilización de las piezas metálicas ya existentes, el más probable abastecimiento de materias primas, bien en lingotes o en mineral puro, estaría localizado en la región murciana para el estaño y el cobre y en la de Crevillente y Bajo Segura para este último (Hernández, 1983: 37).

Podemos pues afirmar que tanto en la cuenca del Vinalopó como en la comarca del Alcoià-Comtat, la práctica de la metalurgia era una actividad extendida y generalizada, con industria de carácter local y dispersa.

Sin embargo, parece ser que hacia el Bronce Final esta dispersión se reduce, lo que no obstante, dado los escasos conocimientos que aún tenemos de esta etapa, debe ser considerado con gran cautela, ya que el análisis de los nuevos materiales que van apareciendo pueden arrojarnos nueva luz sobre este periodo. A nivel de los conocimientos que actualmente poseemos, sí podemos afirmar que tan sólo existen en esta zona dos yacimientos con actividad metalúrgica, Peña Negra y la Mola d'Agres.

Peña Negra, yacimiento muy importante por su alta significación dentro del Bronce Final, está ubicado en la cuenca baja del Vinalopó, con fácil comunicación con la Mola d'Agres. En él se han encontrado entre otros objetos, dos fíbulas de codo (González Prats, 1989: 47) y lo que es más importante, se ha exhumado una zona de fundición de útiles y armas de cobre y bronce con cerca de cuatrocientos moldes. De éstos, un bajo porcentaje son de arenisca y la mayoría están hechos de arcilla, lo que implica una importante evolución tecnológica (González Prats y Ruiz Gálvez, 1989: 370). El análisis metalográfico ha puesto de manifiesto una gran hetorogeneidad en la composición de las piezas que van desde el cobre puro a aleaciones de carácter binario y ternario (*Ibidem*).

Las manufacturas metálicas elaboradas son principalmente, lanzas, agujas, hachas de apéndice y tal vez espadas del Monte Sa Idda, piezas que por su tipología evidencian la existencia en el Sureste de un taller metalúrgico que produce útiles del denominado Bronce Atlántico (*Ibidem*).

La tradición metalúrgica existente tanto en el Vinalopó como en la comarca del Alcoià-Comtat, durante el Bronce Antiguo y Medio, junto a la ubicación de la Mola d'Agres, impide que no resulte extraño la existencia de un centro de actividad metalúrgica en el Bronce Final en la Mola. La tipología de las piezas halladas: varillas, punzones, hachas, así como sus moldes de arenisca enlazan directamente con la tradición metalúrgica de la comarca. Sin embargo, conviene resaltar que, en todos los casos, las piezas son de bronce tí-

Prov.	Localidad	Yacimiento	Tipo de pieza	Crono-logía	Número de inventario	Número de análisis	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Au	Pb	Bi	Notas
A	Agres	Mola d'Agres	Anillo	BF	Sect. V-Lado W	MA-ANILLO	0'146	0'219	84'87	nd	nd	0'116	14'10	nd	—	0'475	nd	
A	Agres	Mola d'Agres	Fíbula codo «ad occhio»	BF	Sect. V-Lado W	PA2215A	0'200	tr	71'45	nd	0'235	0'029	27'14	0'057	nd	0'204	nd	Con pátina
A	Agres	Mola d'Agres	Fíbula codo «ad occhio»	BF	Sect. V-Lado W	PA2215B	0'242	nd	81'39	nd	0'357	0'025	17'74	0'049	—	0'156	nd	Zona limpia
A	Agres	Mola d'Agres	Fíbula codo «ad occhio»	BF	Sect. V-Lado W	PA2215C	0'450	nd	73'87	nd	0'356	0'025	24'27	0'073	nd	0'117	nd	Zona pulido
A	Agres	Mola d'Agres	Fíbula (frag. puente)	BF	Sect. VII-Cata B	MA-FIB	0'490	0'167	80'11	nd	nd	nd	18'86	0'046	—	0'243	nd	
A	Agres	Mola d'Agres	Hacha pequeña	BF	Sect. V-Zona W	MA-HACHITA	0'079	0'021	86'90	nd	nd	0'009	12'88	0'015	—	nd	nd	
A	Agres	Mola d'Agres	Varilla (frag.)	BF	Sect. V-Cata A	MA-VAR	0'119	0'186	80'40	nd	nd	0'153	18'30	0'641	—	0'114	nd	
A	Agres	Mola d'Agres	Varilla (frag.)	BF	Sect. V-Cata A	MA-VAR	0'447	0'184	80'98	nd	nd	0'019	18'19	0'090	—	nd	nd	

Resultado de los análisis (% en peso). Espectrometría por fluorescencia de rayos-X (análisis de la superficie). Espectrómetro KEVEX Mod. 7000 del I.C.R.B.C. (Madrid). Según S. Rovira Llorens.

pico, así como la singularidad de los moldes de caliza blanda y en particular el correspondiente al hacha de talon de una anilla.

Este tipo de hachas se encuadran claramente en el conjunto de las pertenecientes al Bronce Atlántico cuyo máximo desarrollo se encuentra en el NO peninsular. Sin embargo, también las encontramos en otras zonas peninsulares, aunque en todos los casos unidas al comercio atlántico. Así, las halladas en el NE peninsular, según Ruiz Zapatero llegarían a esta zona vía Pirineos occidentales o valle del Garona, donde confluyen con la cultura de los C.U. (Ruiz Zapatero, 1985: 912).

Considerando que el grueso de los materiales de la Mola d'Agres proceden del NE peninsular parece, en principio, lo más lógico pensar que su origen iría ligado a la llegada de la cultura de los C.U. al yacimiento. No obstante, existen otros elementos que conviene valorar convenientemente. En primer lugar, que la tipología del hacha de nuestro molde, difiere morfológicamente, como ya apuntamos, de las halladas en el NE, encontrando su más exacto paralelismo en la provincia de Jaén; en segundo lugar, la presencia de la fíbula *ad occhio* y los objetos de marfil nos indican que durante el Bronce Final-Hierro Antiguo, la Mola d'Agres mantuvo otro tipo de relaciones orientadas bien hacia el mar o hacia zonas meridionales de la peninsula; y finalmente, en Peña Negra se pone de manifiesto una intensa actividad comercial de carácter marítimo, por el que penetraban numerosas piezas relacionadas con el comercio atlántico y mediterráneo.

La singularidad de una piezas, nunca puede hacernos perder de vista los indicadores generales de un yacimiento. En la Mola d'Agres hemos encontrado elementos que evidencian un comercio singular como hemos puesto de manifiesto anteriormente relacionado con el mundo atlántico-mediterráneo, la fíbula *ad occhio* y las piezas de marfil son una prueba de ello. Estos objetos pudieron llegar a la mola directamente desde el mar a través de la Vall de la Gallinera, camino dificultoso pero viable. Sin embargo, la inexistencia en esta ruta de elementos indicativos de estas relaciones la convierten, de momento en problemática. Por lo tanto, en buena lógica, tenemos que relacionar estos hallazgos con el yacimiento de Peña Negra, vía Vinalopó. En este contexto el hacha de talón y una anilla, que es hasta ahora pieza singular, deberemos relacionarla de igual manera, siendo esta hipótesis por la que nos inclinamos.

BIBLIOGRAFÍA

Almagro Basch, M. (1940): «El hallazgo de la Ría de Huelva y el Final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa.» *Ampurias*, II, Barcelona, pp. 85-143.

ALMAGRO BASCH, M. (1958): «El depósito de la Ría de Huelva.» *Inventaria Archaeologica*, fasc. 14, Madrid.

ARGENTE OLIVER, J.L. (1974): «Las fíbulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita.» *Trabajos de Prehistoria*, 31, Madrid, pp. 143-216.

BLASCO BOSQUED, M.C. (1987): «Un ejemplar de fíbula de Codo 'ad occhio' en el valle del Manzanares.» *B.A.E.A.A.*, 23, Madrid, pp. 18-28.

CARRASCO, J. *ET AL.* (1985): «Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. Las espada de lengua de carpa y la fíbula de codo del Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona, Granada).» *C.P.U.G.*, 10, Granada, pp. 265-333.

C.E.C. (CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS) (1978): «La Mola d'Agres.» *A.P.L.*, XV, Valencia, pp. 99-112.

COFFYN, A. (1987): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Madrid.

CUADRADO, E. (1963): *Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica*. Madrid.

DÍAZ ANDREU, M. (1989): «El análisis discriminante en la clasificación tipológica: aplicación a las hachas de talón de la Península Ibérica.» *B.S.A.A.*, IX, 6, Valladolid, pp. 25-64.

ENGUIX ALEMANY, R. (1980): «La Edad del Bronce.» *Nuestra Historia*, Valencia, pp. 151-184.

GIL-MASCARELL, M. (1981): «El Bronce Tardío y Bronce Final en el País Valenciano.» En *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el País Valenciano*. Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, núm. 1, Valencia, pp. 9-39.

GIL-MASCARELL, M. y PEÑA SÁNCHEZ, J.L. (1989): «La fíbula 'ad occhio' del yacimiento de la Mola d'Agres.» *Saguntum*, 22, Valencia, pp. 125-146.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Anejo I de Lucentum, Alicante.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1989): «Ultimas aportaciones de las excavaciones realizadas en la Peña Negra (1983-1987) al Bronce Final y Hierro Antiguo del Sudeste y País Valenciano». *XIX C.N.A.*, Vol. I, Zaragoza, pp. 467-475.

GONZÁLEZ PRATS A. y RUIZ-GÁLVEZ, M. (1989): «La metalurgia de Peña Negra en su contexto del Bronce Final del Occidente Europeo». *XIX C.N.A.*, Vol. I, Zaragoza, pp. 367-376.

HARRISON *ET AL.* (1981): «A Study of the Bronze Age metalwork from the Iberian Peninsula in the British Museum.» *Ampurias*, 43, Barcelona, pp. 113-179.

HERNÁNDEZ, M. (1983): «La metalurgia prehistórica en el valle medio del río Vinalopó (Alicante).» *Lucentum*, II, Alicante, pp. 17-42.

KALB, Ph. (1980): «Zur atlantischen Bronzezeit in Portugal». *Germania*, 58, pp. 25-59.

LERMA ALEGRIA, V. (1981): «Los orígenes de la metalurgia en el País Valenciano». *A.P.L.*, XVI, Valencia, pp. 129-140.

MARTÍ JUSMET, F. (1969-70): «Las hachas de bronce en Cataluña.» *Ampurias*, 31-32, Barcelona, pp. 105-151.

MONTEAGUDO, L. (1977): *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*. P.B.F., IX, 6, Munchen.

NAVARRO, R. (1970): *Las fíbulas en Cataluña*. Inst. de Arqueología y Prehistoria, Publicaciones eventuales núm. 16, Barcelona.

NAVARRO MEDEROS, J.F. (1982): «Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle del Vinalopó (Alicante).» *Lucentum*, I, Alicante, pp. 19-70.

PELLICER, M. (1984): «La influencia orientalizante en el bronce Final-Hierro del Nordeste.» *Habis*, 13, Sevilla, pp. 211-238.

PONS VILA, M.P. (1977): «Nuevos aportes al estudio de la necrópolis de perelada (Gerona).» *XIV C.N.A.*, Zaragoza, pp. 681-694.

RAMOS FOLQUÉS, A. (1989): *El Eneolítico y la Edad del Bronce en la comarca de Elche*. Ayuntamiento de Elche, Serie arqueológica II, Elche.

RAURET, M.A. (1976): *La metalurgia del Bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*. Instituto de Arqueología y Prehistoria, Publicaciones eventuales, núm. 25, Barcelona.

RONDA, A. (1990): *Arqueologia de Benissa*. Alicante.

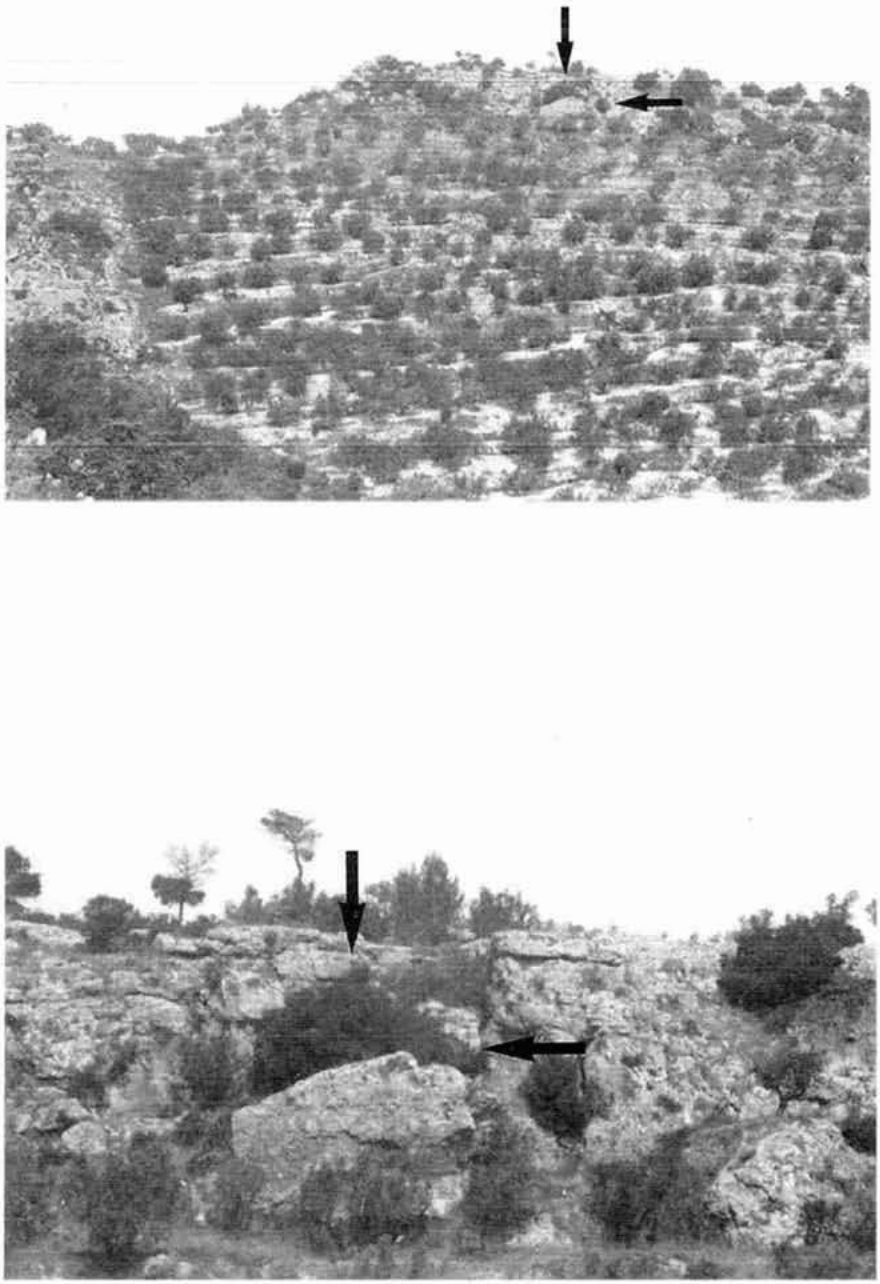
ROVIRA LLORENS, S. (1989): «Estudio arqueometalúrgico de una fíbula 'ad occhio' de la Mola d'Agres (Alicante).» *Saguntum*, 22, Valencia, pp. 143-145.

RUIZ ZAPATERO, G. (1982): «El poblado protohistórico de Siriguarach (Alcañiz-Teruel).» *Teruel*, 67, Teruel, pp. 23-54.

RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*. Madrid.

SOLER, J.M. (1987): *Excavaciones Arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*. Villena.

TRELIS MARTÍ, J. (1984): «El poblado de la Edad del Bronce de la Mola Alta de Serelles (Alcoy-Alicante).» *Lucentum*, III, Alicante, pp. 23-66.



Lám. I.— La Mola d'Agres. Localización del Sector V

José María Soler García*

EL POBLADO IBÉRICO DEL PUNTAL DE SALINAS (ALICANTE)

En julio de 1952, cuando nos hallábamos explorando la necrópolis preibérica del Peñón del Rey, en los Picachos de Cabrera, un pastor, buen conocedor de aquellos parajes, nos informó de que, en la sierra llamada Altos de don Pedro, que desde allí se divisaba, había verdaderos montones de tiestos, muchos de ellos pintados. El 3 de agosto visitamos por primera vez el yacimiento, que ocupa la cima amesetada de aquella sierra y se origina en los llanos de Pinoso, corre un trecho en dirección Sur-Norte, para torcer hacia Oriente y terminar en punta frente al extremo meridional de la Laguna de Salinas, de agua salada, que durante las crecidas ocupa una extensión de más de dos kilómetros y medio de longitud Norte-Sur por uno de anchura máxima, pero que reduce bastante sus límites y llega a desecarse durante el estiaje.

Ocupa esta laguna una depresión rodeada al Norte por la Sierra de Salinas; al Nordeste, por los Picachos de Cabrera; al Sudeste, por la Sierra de la Umbría, y al Oeste, por los altos de don Pedro ya citados. Entre las dos primeras, se abre el Collado de Villena, paso natural sin carretera que lo atraviese, por cuya circunstancia, la comunicación entre Villena y Salinas ha de efectuarse a través de Sax, rodeando por completo el aislado macizo de los Picachos de Cabrera. Por el Este, entre estos últimos y la Umbría, prolongada hacia Oriente por la Sierra de Camara, (no «Cámara», como algunos mapas consignan), unos terrenos ondulados conducen al Vinalopó, entre Sax y Elda, y por el Sur, otro collado, entre la Umbría y los Altos de don Pedro, nos llevan al llano de Pinoso, al que también se accede rodeando estos últimos por el Norte, a través del pequeño valle de Garrincho. El enlace de Salinas con la red general de carreteras se efectúa por un ramal que enlaza con la de Elda a Monóvar en el kilómetro 8, aparte de la de Salinas a Sax ya mencionada.

Entre los kilómetros 6 y 7 de esta carretera local, a 3'5 kilómetros de Salinas, se halla una finca emplazada al pie del Puntal, espolón desprendido de los Altos de don Pedro que avanza hasta la misma carretera en dirección SE-NE. La finca era propiedad de don Eduardo Pérez, de Monóvar, en cuyo encargado encontramos siempre una gran colaboración. Él fue quien nos informó de que el Alcalde de Salinas, en unión del maestro nacional de la población y de algunos otros colaboradores efectuaron numerosas rebuscas en el yacimiento y encontraron abundantes materiales que nunca nos fue dable contemplar.

* Museo Arqueológico de Villena.

Son suficientes ocho o diez minutos de ascensión por los primeros repechos de la sierra para alcanzar una pequeña meseta de aproximadamente 15 metros de longitud por 8 de anchura, meseta utilizada por los habitantes del poblado para el emplazamiento de su necrópolis.

Prosiguiendo la ascensión por el contrafuerte montañoso, a unos 50 metros de la necrópolis, aparecen los primeros vestigios de la muralla, que ya no dejan de observarse en una longitud de unos 140 metros, siempre a lo largo de la arista septentrional del espolón. Termina éste en otro llano más amplio que el de la necrópolis, cortado bruscamente al Oeste por una vaguada y prolongado casi en ángulo recto hacia el Sur unos 50 metros, hasta terminar en un promontorio rocoso sobre un ancho barranco que se interna hacia el corazón de la sierra.

Las viviendas del poblado se agrupan en el interior de este ángulo montañoso, adosadas muchas de ellas a la muralla exterior y construidas otras al amparo de las desigualdades del terreno. En lo que llamamos la acrópolis, al extremo occidental de la llanda superior y en el vértice del ángulo, subsisten los cimientos de un posible torreón con más de 16 metros de longitud. La defensa natural que proporcionaban las rocas del extremo Sur fue reforzada con espesos murallones, según se observa a trechos, y el sistema defensivo se completaba por medio de otros torreones cuadrados, bien visibles a lo largo de la muralla Norte.

Ya percatados de la extraordinaria importancia de aquel desconocido poblado ibérico, solicitamos del Alcalde de Salinas, don Joaquín Calatayud Sanjuán, nos facilitase medios de locomoción para trasladarnos durante algún tiempo desde la estación de Sax hasta el yacimiento, petición que fue denegada por dificultades de orden económico. Y como la comunicación desde Villena era excesivamente costosa para nuestras posibilidades, hubimos de aplazar la exploración del yacimiento en espera de mejor coyuntura, la cual se presentó en febrero de 1955 con la renovación del Ayuntamiento de Villena y el ingreso como Teniente de Alcalde y Presidente de la Comisión de Hacienda de nuestro buen amigo Alfonso Arenas García, a quien ya hemos tenido ocasión de referirnos en diversas ocasiones y al que tanto debe la Arqueología villenense. Inmediatamente puso a nuestra disposición medios sobrados para efectuar la deseada exploración del Puntal de Salinas.

Tan pronto tomó posesión de su cargo indagó cuantos acuerdos había tomado el Ayuntamiento dimitido sobre el tema arqueológico, y se pudo comprobar que el anterior Alcalde, don José Rocher Tallada, se había mostrado siempre bien dispuesto para una entusiasta ayuda, que no fue, sin embargo, todo lo efectiva que pudiera haber sido, porque se dio el caso insólito de que en los presupuestos de los años 1953 y 1954 se habían consignado cantidades importantes para trabajos de excavación, que no pudieron utilizarse porque nadie se tomó la molestia de comunicarnos, en nuestra calidad de Delegado Local del Servicio Nacional de Excavaciones, aquellos acuerdos y aquellas consignaciones. Gracias a las gestiones de Arenas, pudo ya utilizarse la suma consignada para 1955, y así pudimos comenzar, con cierta holgura, las excavaciones en el Puntal iniciadas en 1955 y proseguidas semanalmente hasta el mes de julio de aquel mismo año.

EL POBLADO

Ofrecemos aquí el croquis del poblado en toda su extensión, con las 15 viviendas exploradas en aquella ocasión. Son generalmente rectangulares, con muros de piedra en seco y suelos de tierra apisonada, a veces pavimentados con cantos rodados. No vamos a realizar aquí el estudio detallado de cada vivienda ni de cada sepultura, labor que habrá de ser realizada en otra ocasión. Nos limitaremos a señalar los aspectos más significativos del material recogido y de su encuadramiento cultural, como ligera ampliación de la nota que dedicamos al yacimiento en nuestra «Guía de los yacimientos y del Museo de Villena».

La cerámica es abundantísima, con grandes ánforas de las llamadas de tipo púnico (lám. 6); ollas grises y pardas sin decoración, si descartamos la gran vasija gris del Departamento 12, con grafitos en el cuello (lám. 8); vasijas pintadas con motivos geométricos y en raros casos vegetales (láms. 10, 11 y 12). Es muy abundante la cerámica de importación, entre la que hay que señalar la «campaniense» de las series A y B (lám. 13), y la ática de figuras rojas. Según el dictamen del Dr. Rouillard, hay fragmentos pintados por Fat Boy (lám. 14); por el «pintor Q», o «pintor de Iena» (lám. 15), y por el «pintor de Vienna 0/146» (lám. 15), todos los cuales florecieron en el último tercio del siglo IV a. de J.C. El yacimiento entra, pues, en los poblados ibéricos de época antigua. Como piezas singulares habría que señalar la cantimplora circular con dos departamentos separados (lám. 9); la crátera del Depart. I (lám. 9) la vasija con vertedero del Depart. 8 (lám. 10), y una numerosa colección de ánforas esparcidas por todo el yacimiento; abundan también los pequeños vasos bicónicos y las copas diminutas de pasta gris (lám. 7). Ni en el poblado ni en la necrópolis se encontró un solo tiesto de cerámica «sigillatta», que abunda por las villas romanas de los alrededores.

Como dato curiosos señalaremos que en el Depart. XV había un pequeño taller dedicado a la perforación de caracoles, que se encontraban en dos grupos separados: uno con las cáscaras enteras y el otro con numerosos ejemplares, todos con una perfecta perforación circular cerca del borde (lám. 20).

Abundan también las pesas de telar de barro, troncopiramidales, con uno o dos orificios (lám. 7, C), las fusayolas y los tejos circulares de cerámica, que en una ocasión se presentaron en grupo de nueve ejemplares colocados de mayor a menor. Aparecieron también soportes circulares de vasijas con perforaciones triangulares o rectangulares en las paredes (lám. 7, A).

No podemos omitir que sobre el empedrado del Depart. 12 apareció una punta de bronce tipo «Palmella», que hemos de considerar como intrusión de alguno de los yacimientos eneolíticos de la comarca (lám. 19, 17).

LA NECRÓPOLIS

Es, como ya dijimos, una pequeña meseta de 15 metros de longitud por 8 de anchura, que se alcanza a poco de ascender desde la carretera de Pinoso. Se excavaron 37 sepulturas de incineración, en fosas rectangulares de unos 80 centímetros de longitud por 60 de anchura y 30 de profundidad. Estaban cavadas en la roca y, a veces, reforzadas con lechos y muretes de cantos rodados. Verdaderos túmulos eran las señaladas con los números 21, 24, 29 y 30, algunas de cuyas piedras alcanzaban más de medio metro de longitud y otro medio metro de anchura. Una fosa de 1×0'70×0'30 metros, cavada en la roca y remontada con murete de pequeñas piedras era la señalada con el n.º 33 (lám. 5).

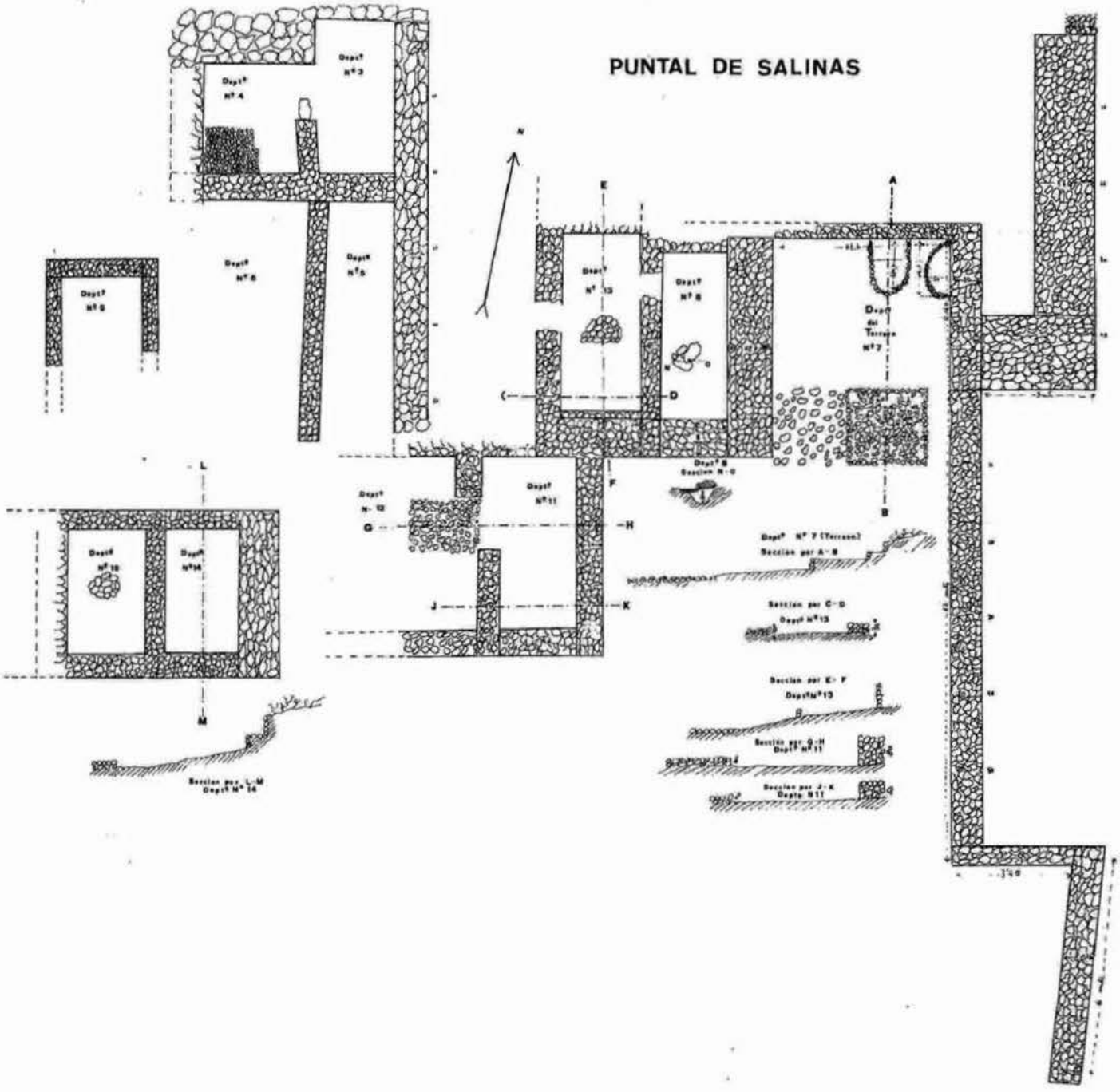
Entre las ofrendas metálicas cabe destacar una pequeña esferilla y dos pendientes de oro «amorcillados» (lám. 20, 1), de los que dimos cuenta detallada, con sus correspondientes análisis, en nuestro trabajo sobre «El oro de los tesoros de Villena» (Valencia, 1969). Como objetos suntuarios podemos considerar también dos chatones de sortijas de bronce, uno de ellos con figurilla humana muy estilizada (lám. 19, 15); una manecilla y un asa de un «braserillo» (lám. 19, 14 y 19); abundantes fíbulas hispánicas (lám. 19, 1 a 9), y una, excepcional, de La Tène (lám. 19, 10). Se recogieron también diversos ponderales con orificio central, anillas (lám. 19, 11 y 13), roblones, placas (lám. 19, 12), brazaletes y unas pinzas de depilar (lám. 19, 17).

De hierro había falcatas, enteras o fraccionadas; manillas de escudos; espadas puntiagudas; regatones de lanzas; soliferreum; cuchillos afalcatados (lám. 18), placas con roblones; y de vidrio, frascos de pasta verde o azulada, algunos con incrustaciones de líneas amarillas (lám. 20, 16 a 24) y cuentas globulares o gallonadas de vidrio azul (lám. 20, 3 a 15).

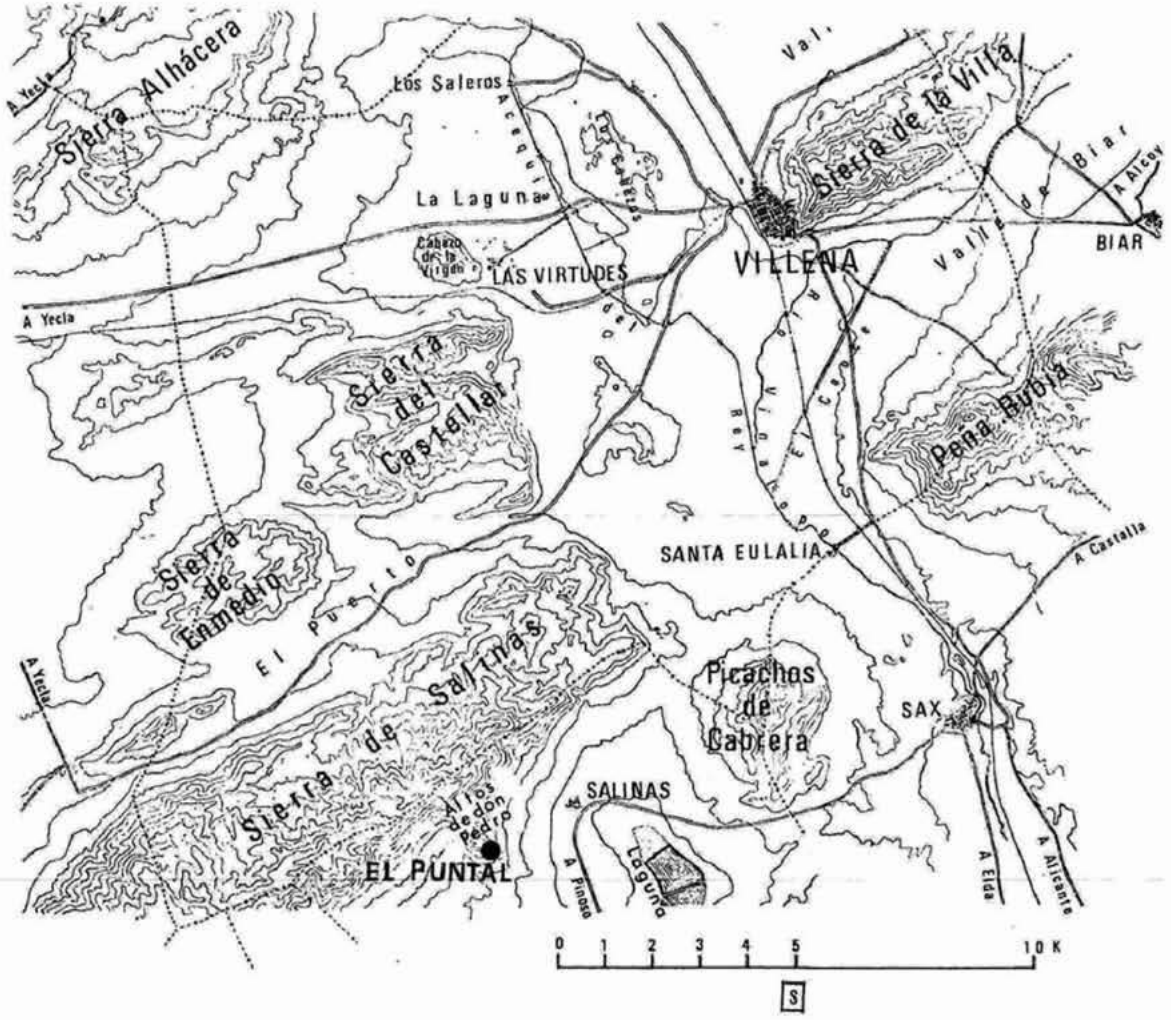
Todo ello, como se ve, normal en yacimientos ibéricos del siglo IV a. de C.

ENVÍO

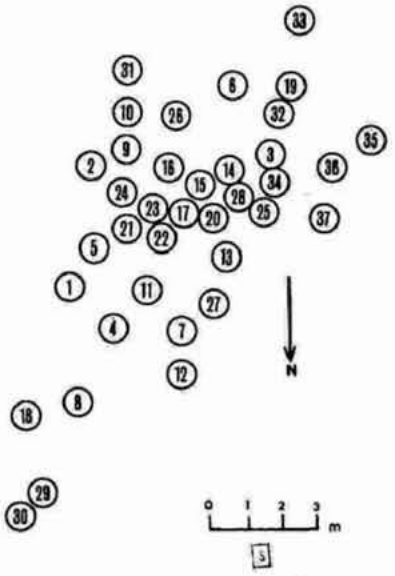
Este trabajo, que, como ya se dijo, no es más que una ampliación de la nota que acerca del Puntal publicamos en la «Guía de los yacimientos y del Museo de Villena», se escribe en memoria de Enrique Pla, antiguo amigo y compañero en las tareas de la Comisión para la Defensa del Patrimonio Artístico y Cultural durante varios años. Los materiales aquí mencionados se conservan en el Museo Arqueológico de Villena desde su creación en 1957, pero Enrique Pla no tuvo la oportunidad de contemplarlos directamente. Considérese, pues, la publicación de estas notas como homenaje al gran iberista que fue Pla, y también como un adelanto más a la publicación detallada de este importante yacimiento que está todavía por realizar.



Lám. 1.— Puntal de Salinas



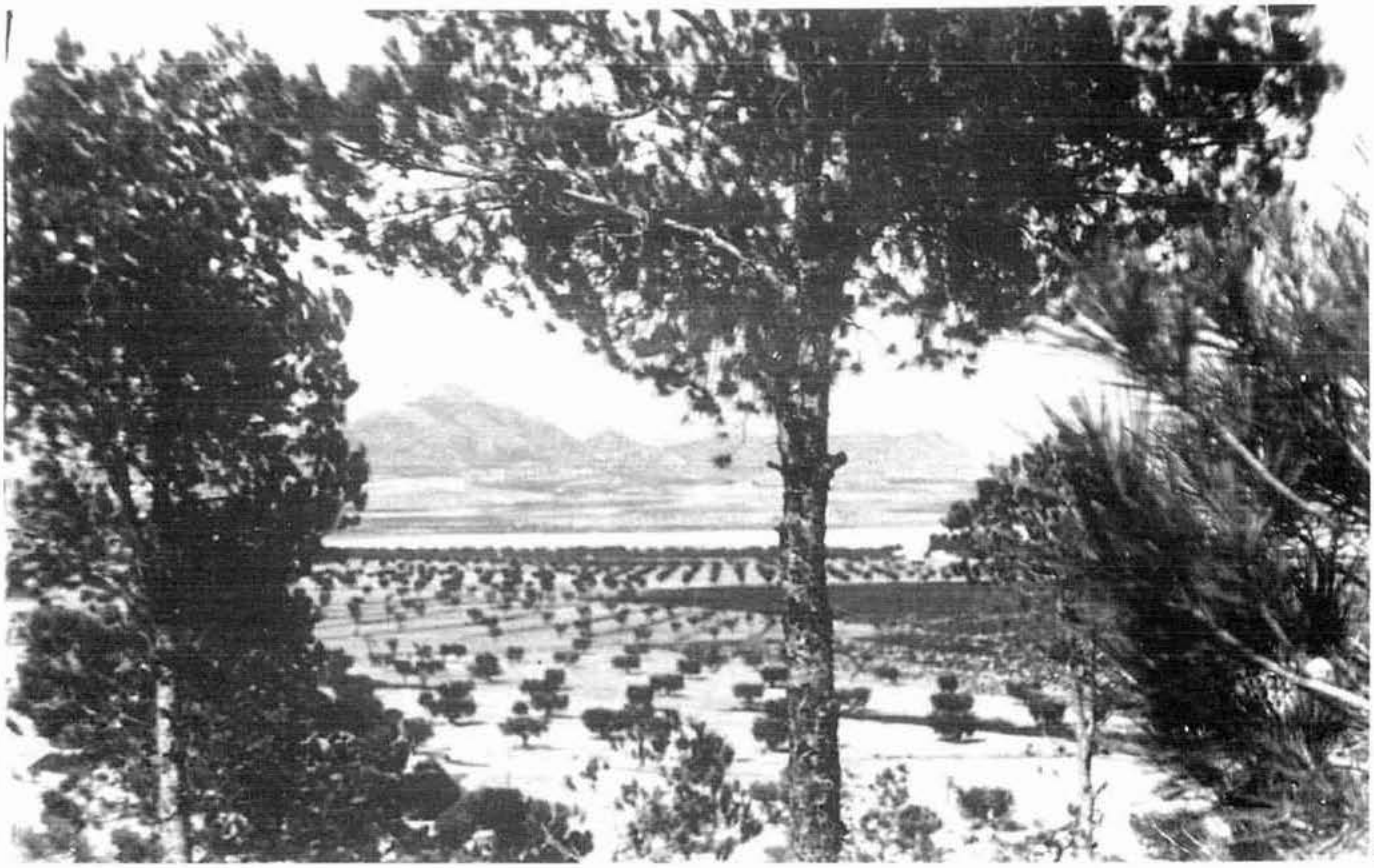
Lám. 2.— Situación del yacimiento



Lám. 3.— Puntal de Salinas. Croquis de la necrópolis



A



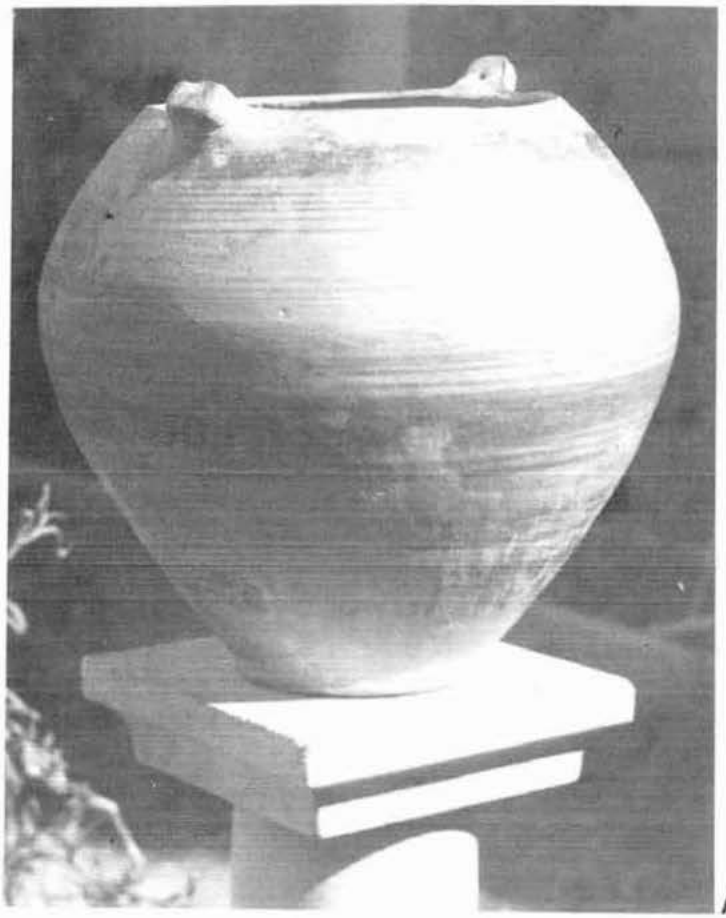
B

Lám. 4.— A: Vista aérea de los Altos de don Pedro y de la Laguna de Salinas. B: Panorámica desde El Puntal. En primer término, la carretera de Pinoso, detrás, la Laguna, y al fondo, los Picachos de Cabrera

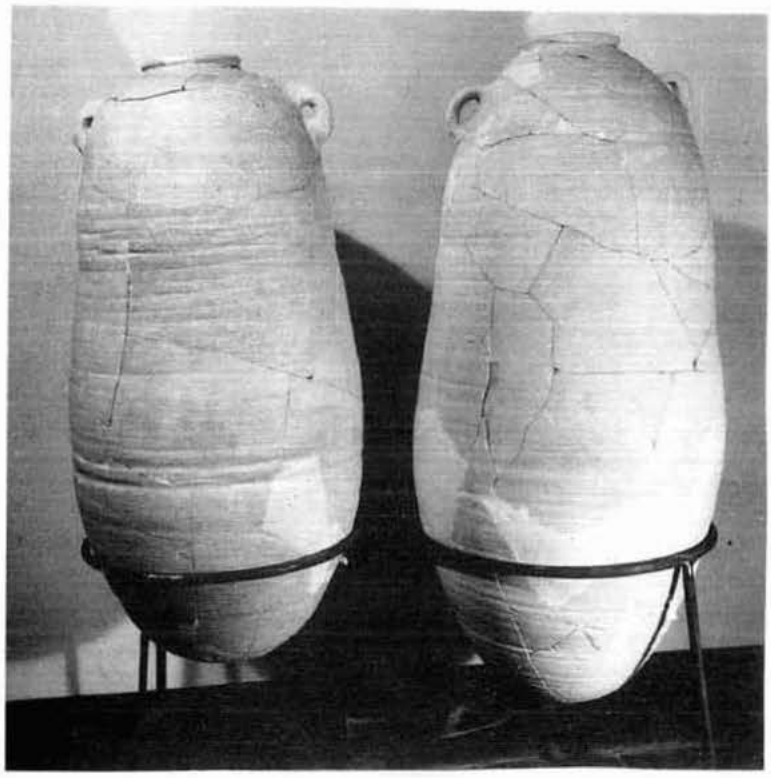




Lám. 5.— Dos de las sepulturas

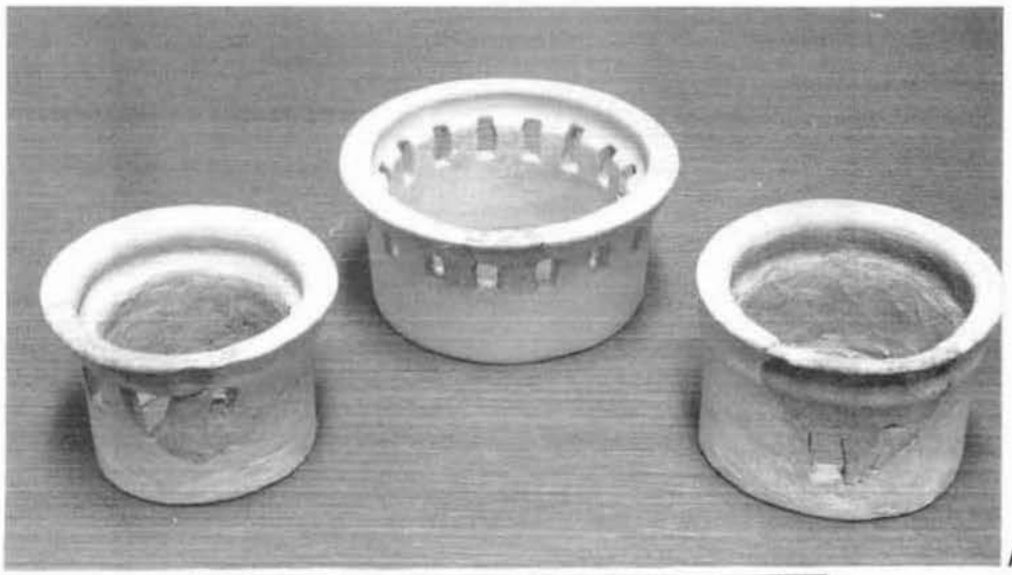


A



B

Lám. 6.— A: Urna del Puntal, de propiedad particular. B: Dos de las grandes tinajas ovoides



A

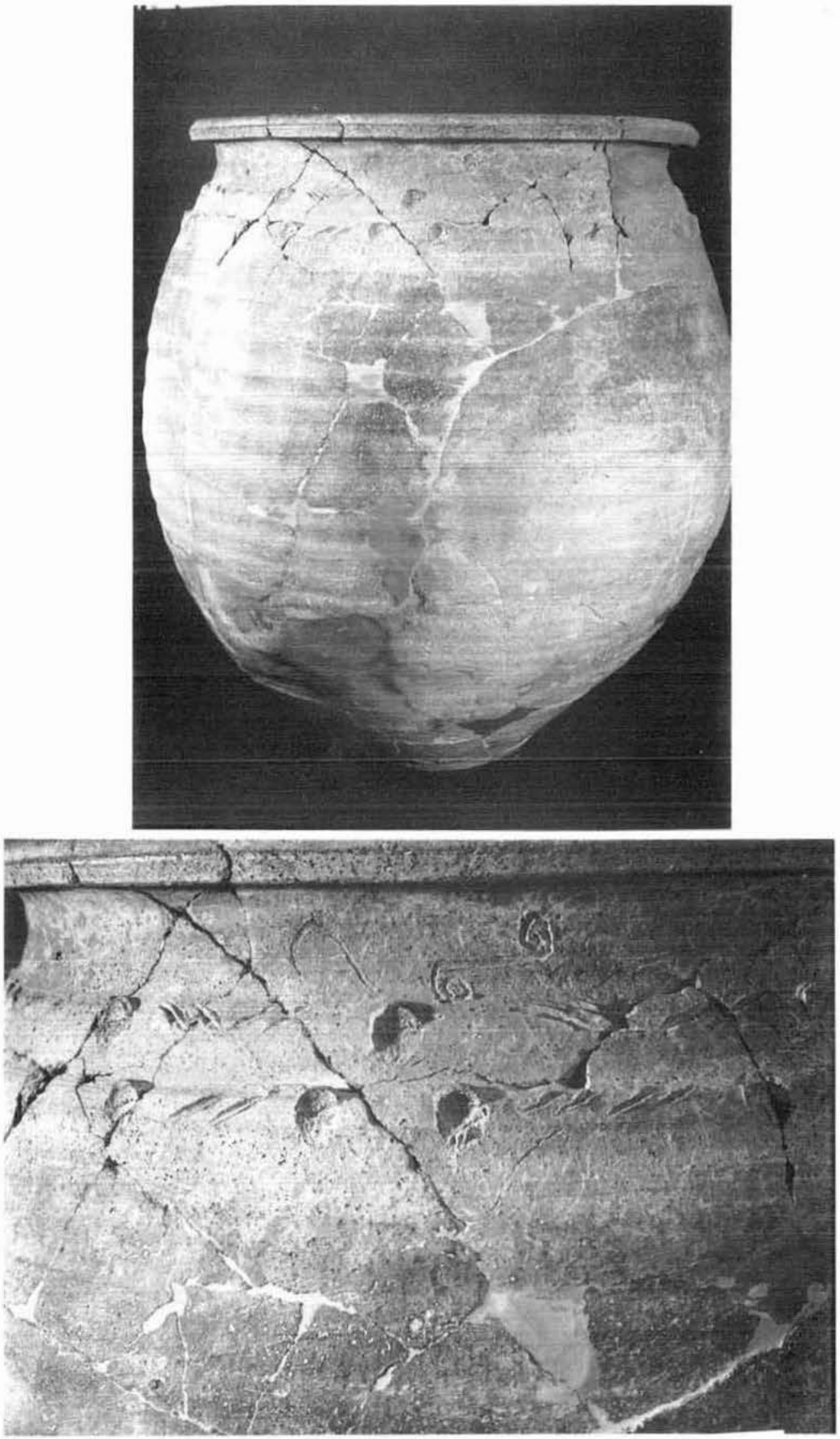


B

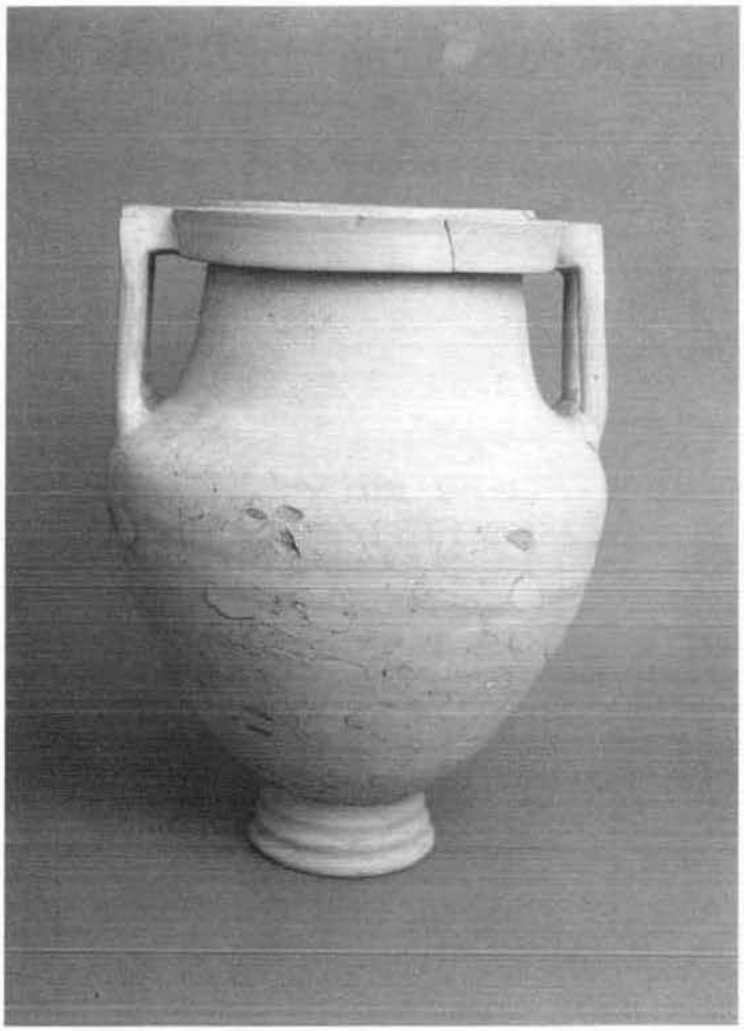


C

Lám. 7.— Cerámicas. A: Soportes calados. B: Urna cineraria. C: Pesa de telar y vasijas menudas



Lám. 8.— Gran tinaja gris con digitaciones, incisiones y grafitos en el cuello

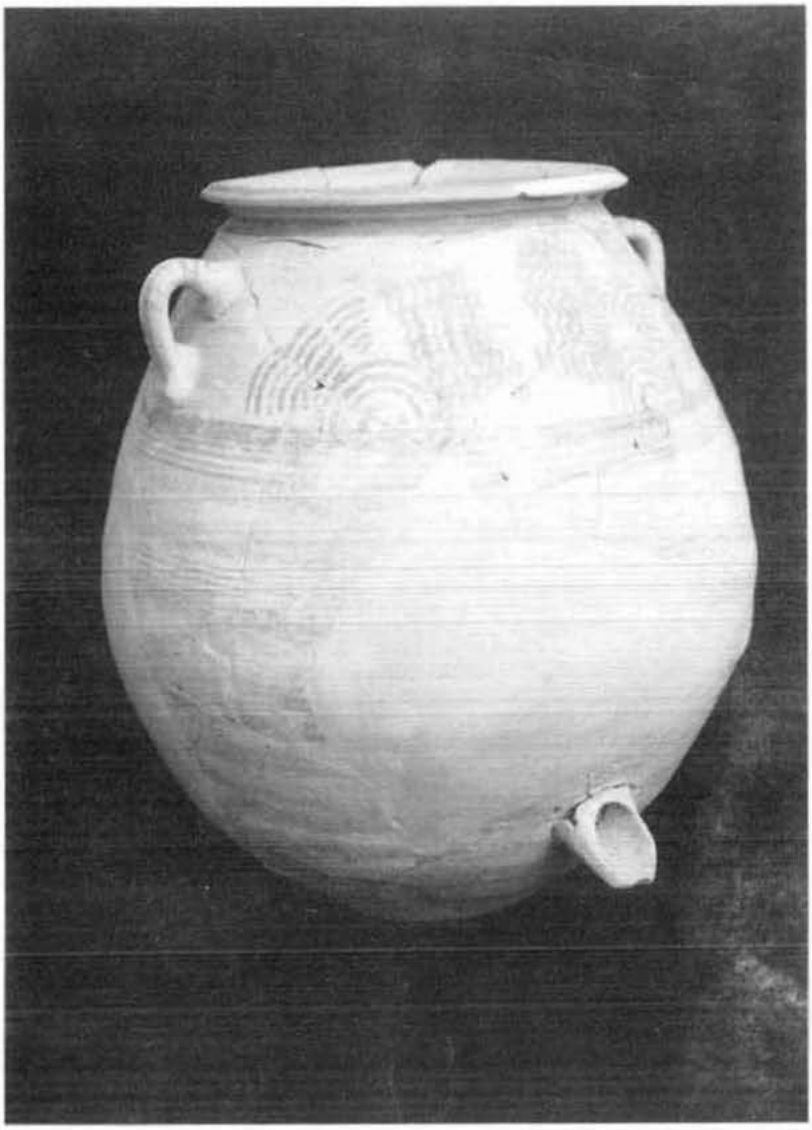


A



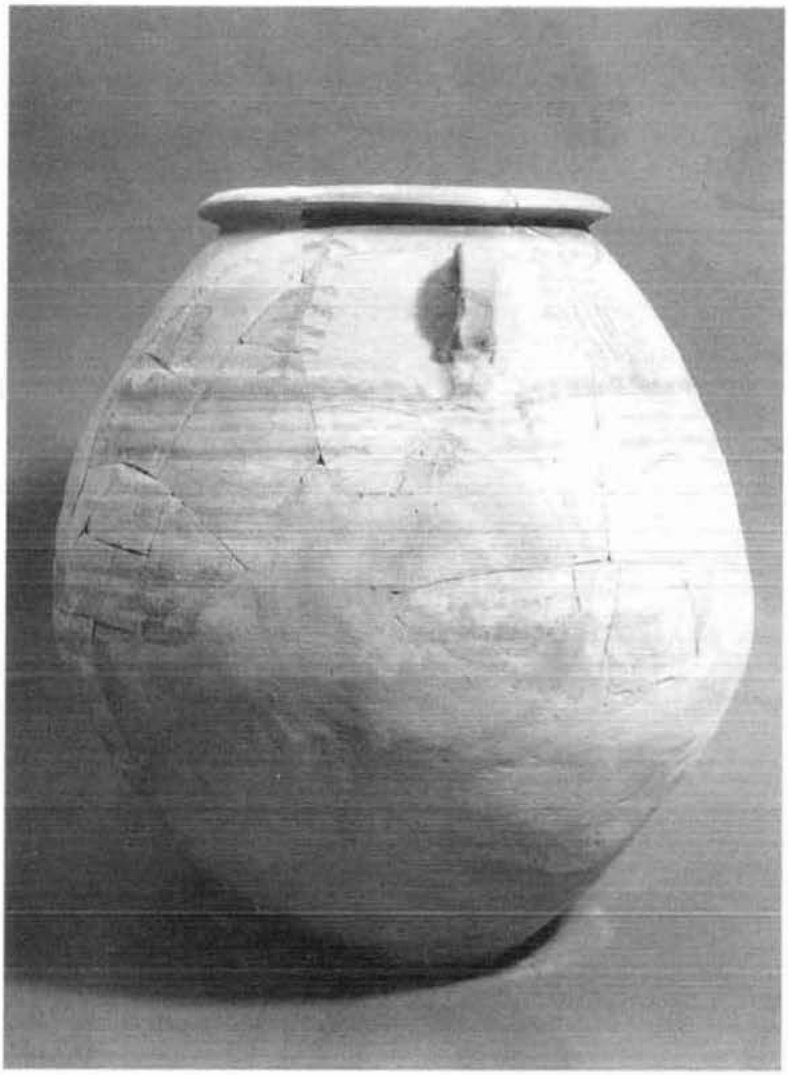
B

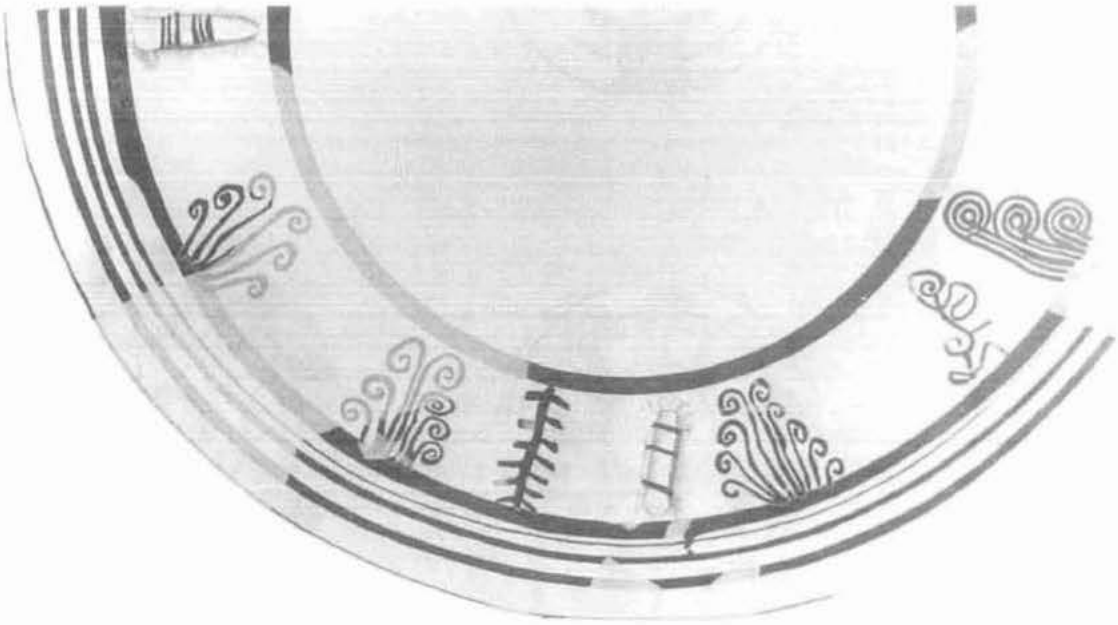
Lám. 9.— A: Crátera. B: Cantimplora doble y botijo





Lám. 10.— Tinaja con vertedero y desarrollo de su decoración pintada





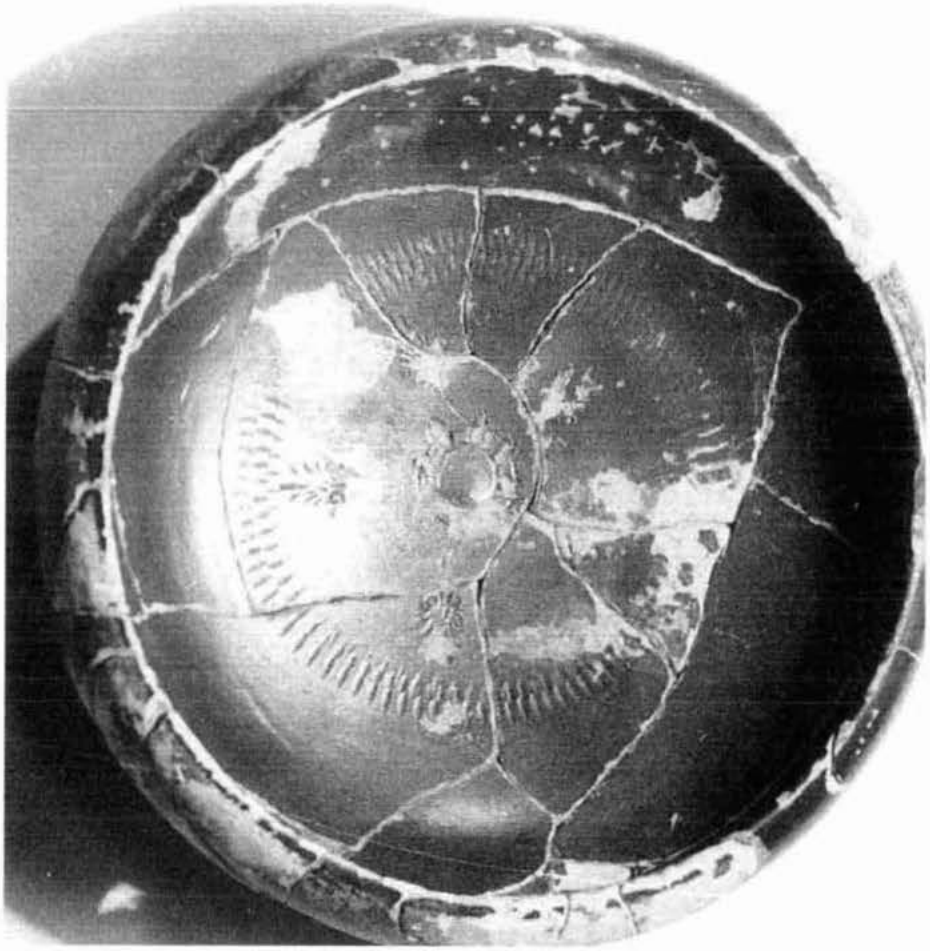
Lám. 11.— Tinaja con asas y desarrollo de su decoración pintada



Lám. 12.— Temas decorativos de la cerámica ibérica



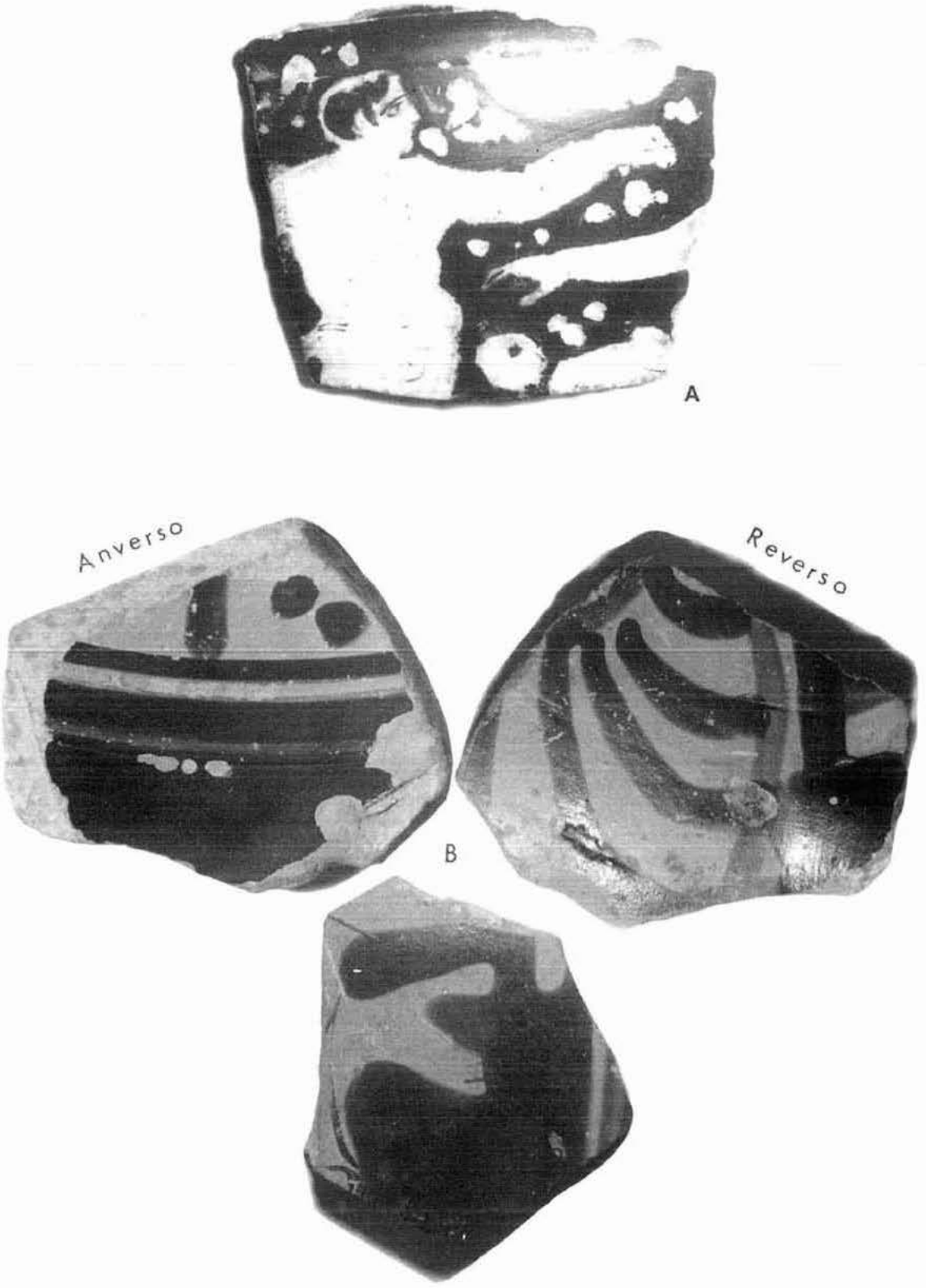




Lám. 13.— Cerámicas de barniz negro



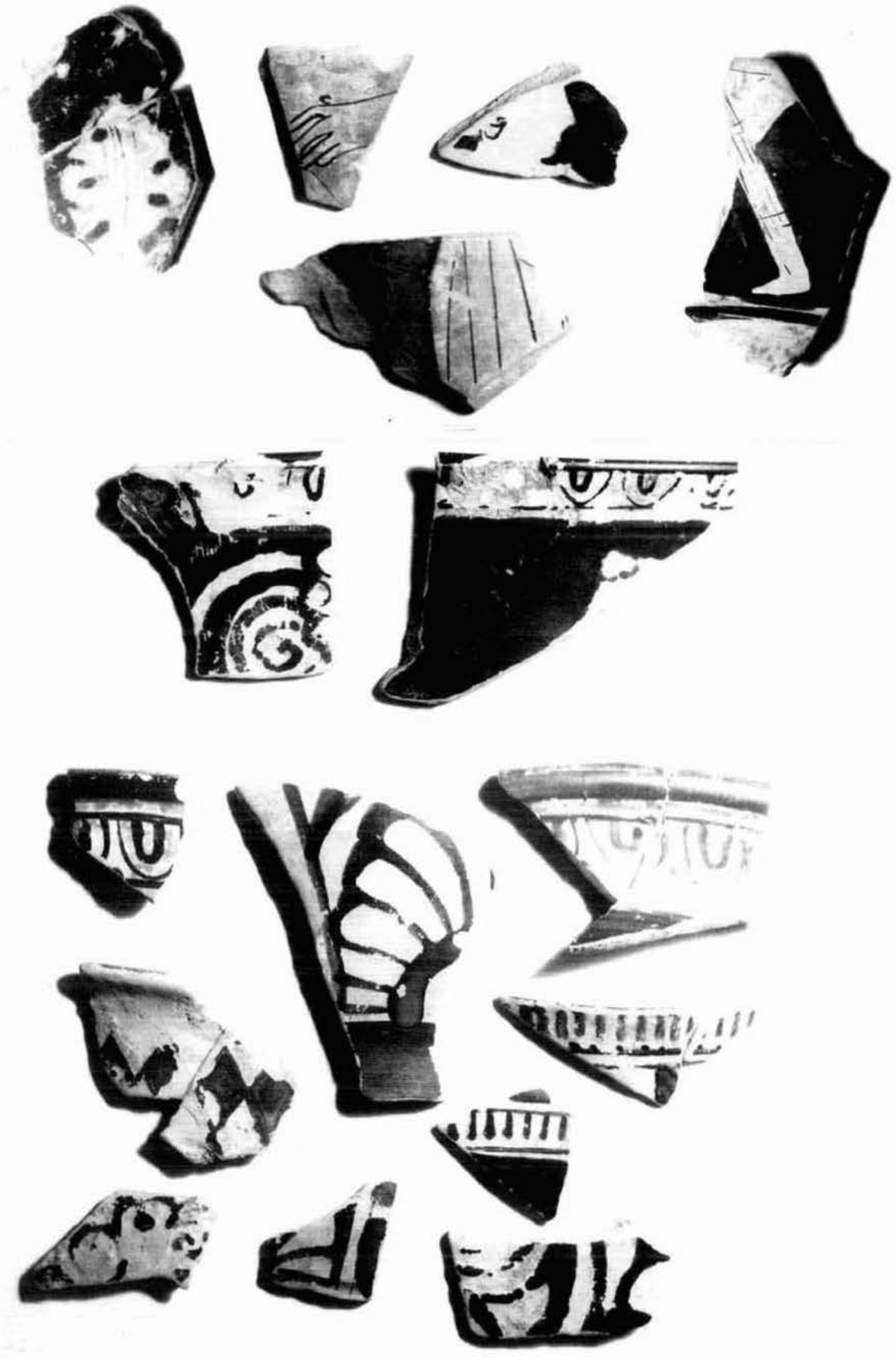
Lám. 14.— Dos vasijas de figuras rojas decoradas por el pintor Fat Boy *(375-350 a.C.)*



Lám. 15.— A: Fragmento de figuras rojas decorado por el pintor Q o pintor de Iena. B: Tres fragmentos de un «kilix» de figuras rojas decorados por el pintor de Vienna 146 (375-350 a.C.)



Lám. 16.— Cerámicas de figuras rojas



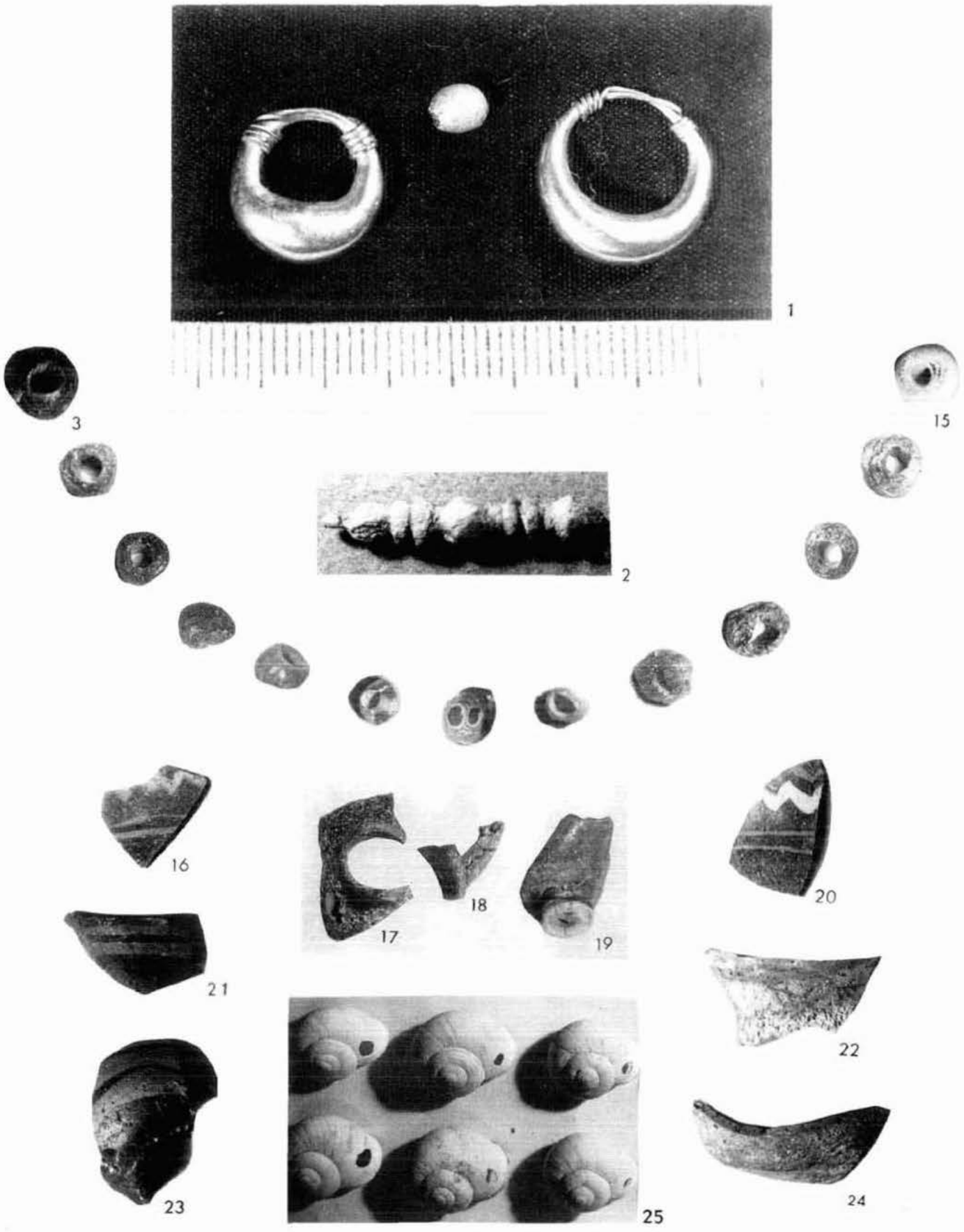
Lám. 17.— Cerámicas de figuras rojas



Lám. 18.— Armas de hierro



Lám. 19.— Objetos de bronce. 1 a 9, fíbulas de arco; 10, fíbula de La Tène; 11 y 13, anillas; 12, placa; 14 y 19, manecilla y asa de braserillo; 15, sortija con chatón grabado; 16, amuleto; 17, pinza de depilar; 18, punta de «Palmella» aparecida en el suelo de una vivienda



Lám. 20.— 1, pendientes y esferilla de oro; 2, hueso labrado; 3 a 15, cuentas de vidrio; 16 a 24, fragmentos de vidrio, algunos policromados; 25 a 30, caracoles perforados

Mar Alfaro Arregui* y Santiago Broncano*

EL SISTEMA DEFENSIVO DE LA PUERTA DE ENTRADA A LA CIUDAD IBÉRICA DE «EL CASTELLAR DE MECA» (AYORA, VALENCIA)

En el año 1986 salía a la luz la primera publicación sobre el yacimiento arqueológico de Meca. En ella nos centramos en hacer una descripción general del mismo y, principalmente, una recopilación de todos los textos conocidos que de él hicieran mención, realizándose un breve estudio sobre el posible nombre de la antigua ciudad y su cronología (Broncano, 1976).

Posteriormente, nos hemos acercado a un tema que, no por desconocido resulta menos importante, sobre todo, teniendo en cuenta que viene a ser uno de los pilares de desarrollo de toda sociedad. Nos referimos a los caminos, vías o calzadas que se hicieron y utilizaron en época prerromana para la circulación rodada, medio indispensable para establecer una relación comercial con otros pueblos que, como hemos podido comprobar, ya existía en Meca en época remota. En nuestro último trabajo (Broncano y Alfaro, 1990) hemos realizado un meticuloso y detallado estudio del impresionante camino de ruedas o de carros que recorre la ciudad, al que nos remitimos para resolver cualquier cuestión que no quede suficientemente aclarada en el presente artículo, así como para obtener una visión general del recorrido del mismo.

No vamos pues a centrarnos en las características de éste, sino en una serie de vestigios arqueológicos que nos han permitido, por un lado, la datación del camino, y por otro, documentar un sistema defensivo de la ciudad realmente interesante, tanto por su complejidad, como por el hecho de no haber encontrado, hasta el momento, ningún otro paralelo de características similares. Nos referimos al sistema de defensa de la puerta de entrada a la ciudad.

Para su reconstrucción nos hemos basado en gran parte, en la interpretación de las señales rupestres que se conservan en este tramo del camino (Broncano y Alfaro, 1990: 170-186), prácticamente los únicos restos conservados de época ibérica.

Tras numerosos análisis hemos podido constatar la existencia de una antigua puerta de entrada situada en el denominado Camino Hondo o Gran Curva (Broncano y Alfaro, 1990: 140-151) que, posteriormente debió trasladarse unos 200 m. más abajo, al lugar donde se encuentra la «actual», debido seguramente al aumento de población y por tanto, a la expansión de la ciudad. Este traslado provocó un cambio del sistema defensivo, ya que anteriormente se debió centrar en

* Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Ministerio de Cultura. Madrid.

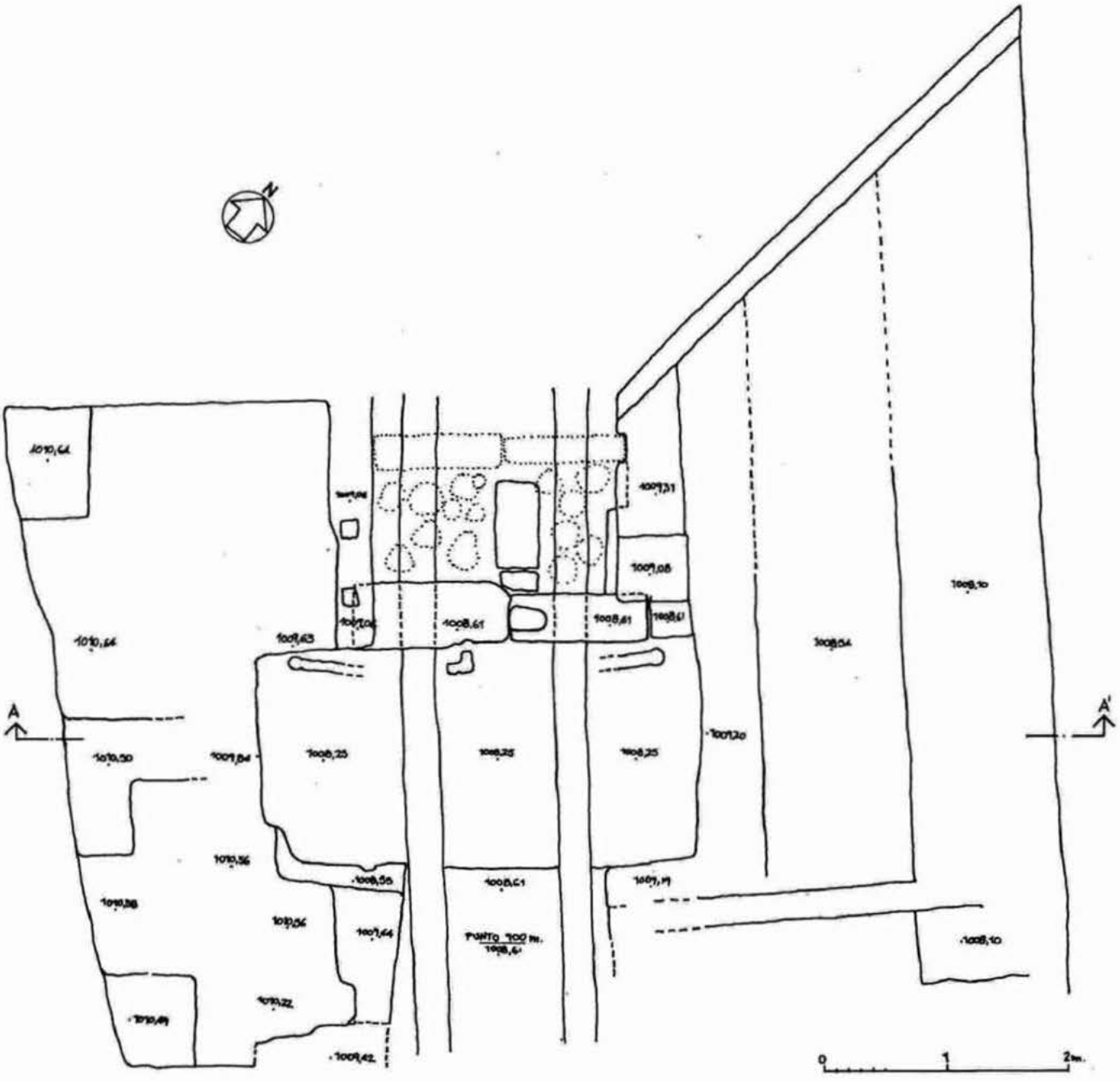


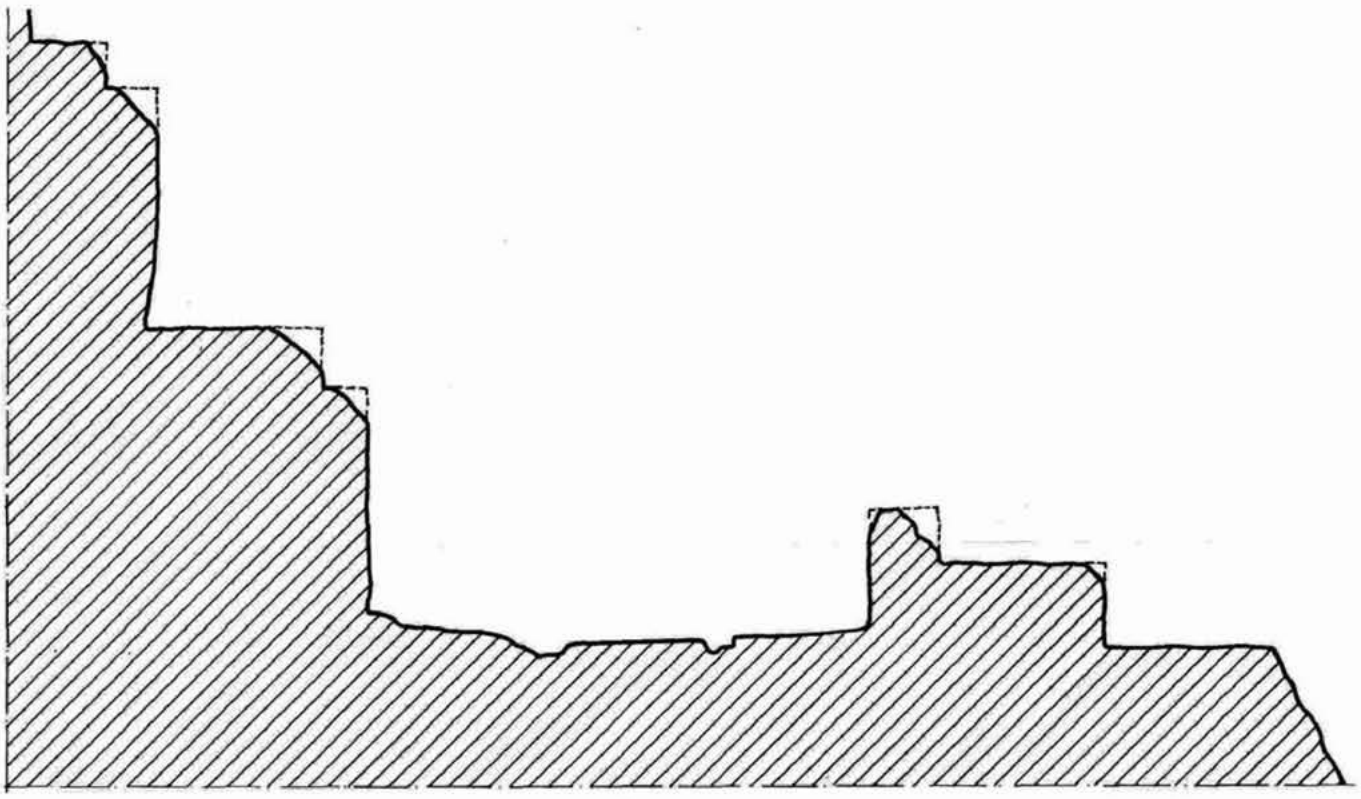
Fig. 1.— Planta de la puerta de entrada a la ciudad y reconstrucción del doble lienzo de muralla

base al camino, excavado en la roca hasta más de cuatro metros de profundidad en algunos tramos, lo que facilitaría su probable uso como foso.

Con la nueva puerta, quedaba fácilmente accesible una zona comprendida entre ésta y el espolón oriental. Para resolverlo, se trazó una línea de muralla realizada con sillares ciclópeos de gran tamaño entre ambos puntos y se dotó al espolón de una torre de la que tan sólo se conserva un lienzo y, desde la que fácilmente se dominaba la zona de entrada (Broncano y Alfaro, 1990: 201-206).

Sin embargo, como es bien sabido, el punto de más débil defensa en caso de ataque es siempre la puerta de acceso. En el caso de Meca, ésto se acentúa ya que el perímetro de la ciudad está, en general, rodeada de grandes cortados rocosos, excepto en el extremo oriental, puerta peatonal fortificada con una impresionante torre (Broncano, 1986: 136-139) y en la zona de entrada del tráfico rodado, la zona más accesible y vulnerable, donde lógicamente se centró el sistema defensivo.

La puerta de entrada estaba defendida por dos torres situadas a ambos lados de ella, así como otra, en



SECCION A-A'

Fig. 2.— Sección de la puerta de entrada a la ciudad

la cima del cerro situada en su vertical, sobre el camino. No se han encontrado restos «in situ» de las dos primeras, razón por la cual han sido las señales rupestres las que nos han dado la pauta para su reconstrucción. Estas señales consisten en las entalladuras realizadas en la roca base para asentar los sillares, sistema constructivo de una gran seguridad y firmeza ya que impide el desplazamiento de éstos en caso de golpes con máquinas de guerra y, al mismo tiempo, evita las obras de zapadores en los cimientos al estar asentados directamente sobre la roca base. Este tipo de construcción destinado en general para la realización de las cimentaciones de obras defensivas, fue recomendado siempre que fuera posible, en tratados escritos en época posterior por expertos en poliorcética como Philón de Bizancio o Vitrubio.

De acuerdo con los restos hallados, la torre de la izquierda, situándose de frente a la puerta, es de planta en forma de trapecio rectángulo. Su lado oblicuo une el lado menor, que queda al borde del camino, con el lado paralelo mayor (fig. 1). A pesar de la blandura de la roca, lo que hace que apenas se aprecien señales, hemos establecido que el lado paralelo menor mediría 4 m., el mayor unos 5'20 m., el oblicuo unos 4'60 m. y el ancho 3 m. Como podemos apreciar en la figura 1, la disposición de esta torre daba lugar a una especie de embudo entre su lienzo frontal y el cortado rocoso situado al otro lado del camino.

La otra torre, situada a la derecha de la puerta (fig. 1) presenta una planta rectangular apoyándose directamente sobre el lateral rocoso, donde se conservan las entalladuras para los sillares. Esto nos ha permitido conocer aproximadamente la altura de esta torre y, consecuentemente de la anterior, ya que la entalladura más alta se halla a unos 4'30 m. por encima de la base del camino y, por tanto sería ésta la altura mínima. Considerando que, muy posiblemente los lienzos de la torre se elevarían un metro más a partir de ésta, estableceríamos en unos 5'30 m. la altura total de ambas torres. Hemos realizado una reconstrucción ideal de lo que sería la puerta de entrada vista desde el interior con las dos torres que la flanquearían (fig. 3).

Pero, además de estas dos torres, se situó otra más pequeña, ya que su situación impedía un ataque directo sobre ella, en la parte alta del cerro, a unos 26 m. por delante de la puerta, de manera que se dominaba perfectamente ésta pudiendo atacarse al enemigo desde su espalda al estar en la vertical del camino, a unos 8 m. de altura sobre él, en el cortado rocoso.

En la figura 4 podemos apreciar perfectamente el sistema constructivo de esta torre, habiéndose realizado como en el resto de las defensas su cimentación a base de entalladuras en la roca. Los liezos, de los que

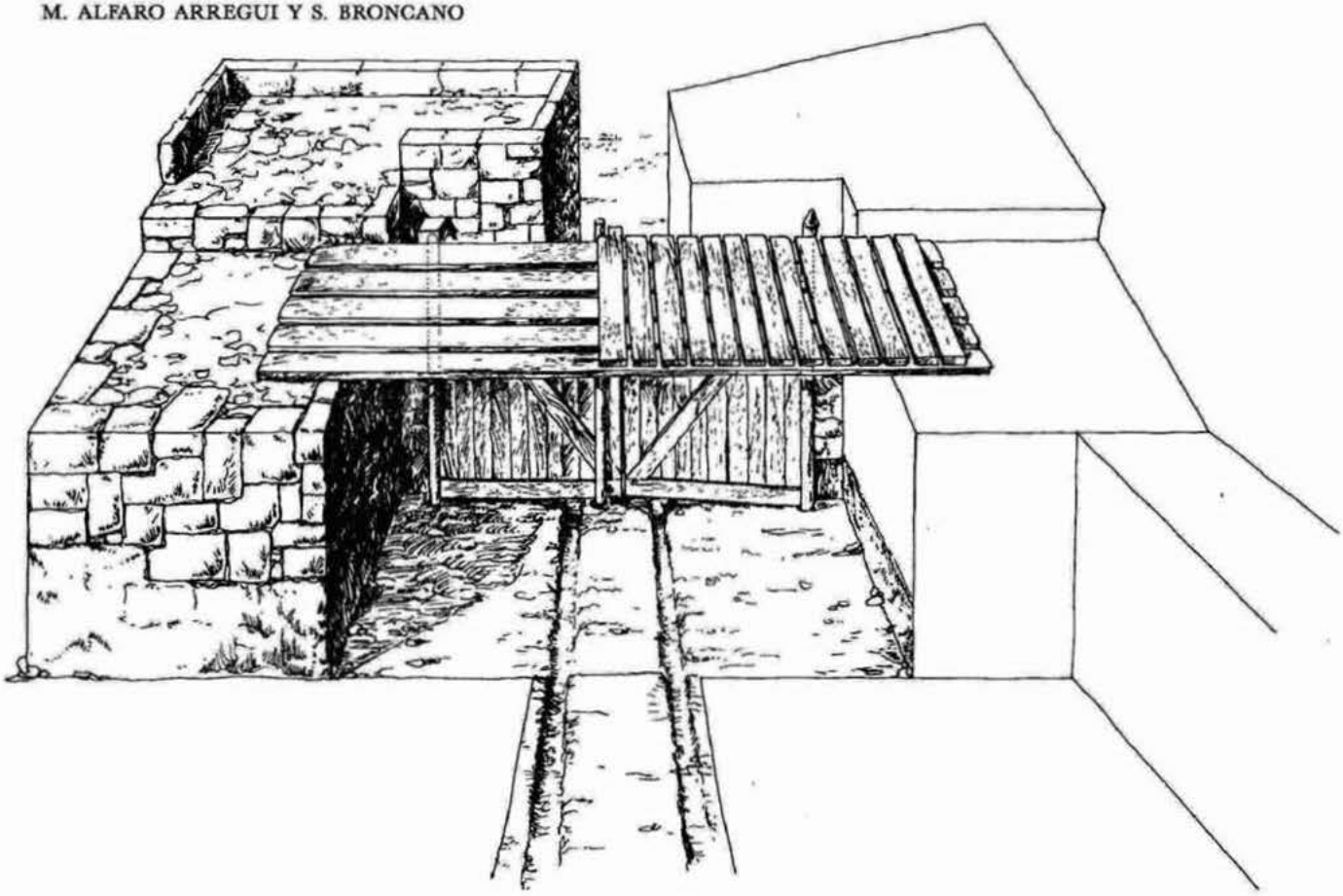


Fig. 3.— Reconstrucción ideal de la puerta de entrada y torres de defensa

se conservan los laterales, están construídos mediante sillares de menor tamaño que los del resto de construcciones, bien escuadrados y tallados, trabados en seco y con alguna que otra cuña de pequeñas piedras para que asentaran perfectamente.

La combinación de esta torre con la situada a la izquierda de la puerta que quedaba de forma oblicua al camino, daba como resultado, un fácil ataque al enemigo ya que éste no tenía posibilidad de resguardarse de los proyectiles lanzados por detrás desde la primera.

Sin embargo, a pesar de la efectividad de este sistema, los habitantes de la ciudad no dudaron, ante un enemigo de gran envergadura como era el romano, en acentuar las defensas hasta el punto de llegar al «amurallamiento» de la propia puerta.

La puerta de entrada para carros estaba situada a unos 900 m. del inicio del camino en el interior de la ciudad. En esta zona, en un tramo de unos 5 m. de largo, se encontraban tanto la puerta propiamente dicha como las torres que la defendían y que anteriormente hemos descrito. Los laterales rocosos fueron trabajados de manera escalonada para poder asentar las torres anteriormente descritas, única evidencia que conservamos de su presencia (figs. 1 y 2). Serán igualmente las señales rupestres, las únicas que nos darán la pauta para poder reconstruir los distintos componentes de dicha entrada ya que no se ha conservado prácticamente ningún elemento de la Puerta.

Como es natural, el camino presenta a lo largo de todo su recorrido, profundas carriladas realizadas por las ruedas de los carros, quedando entre ambas un realce central que, en esta ocasión, fue rebajado hasta dejar el suelo horizontal para poder moverse en la zona con facilidad, quedando un escalón transversal en el punto en que se inició el rebaje. Este escalón, como podemos ver en la figura 1, se realizó a la misma altura que otros rebajes laterales que, dan lugar a una entrada con planta rectangular y que, evidentemente sirvió para encajar en ellos las puertas una vez que se encontraban abiertas y permitir el acceso del tráfico rodado. Las dimensiones medias de sus lados son de 3'52 m. y 1'80 m. Este hueco (fig. 1), cuyo fondo es horizontal y las paredes sensiblemente verticales, está completamente excavado en la roca, llegando los laterales a una altura de 0'75 m. y 1'30 m. para el derecho e izquierdo respectivamente (figs. 1 y 2). Tanto sobre estos laterales como sobre los de los primeros metros del camino que están por delante de donde se situaban las hojas de la puerta, se instalaron las dos torres que la flanqueaban (fig. 3).

La puerta utilizada para cerrar la entrada consistía en un portón de dos hojas o puerta carretera según hemos podido comprobar por las señales rupestres.

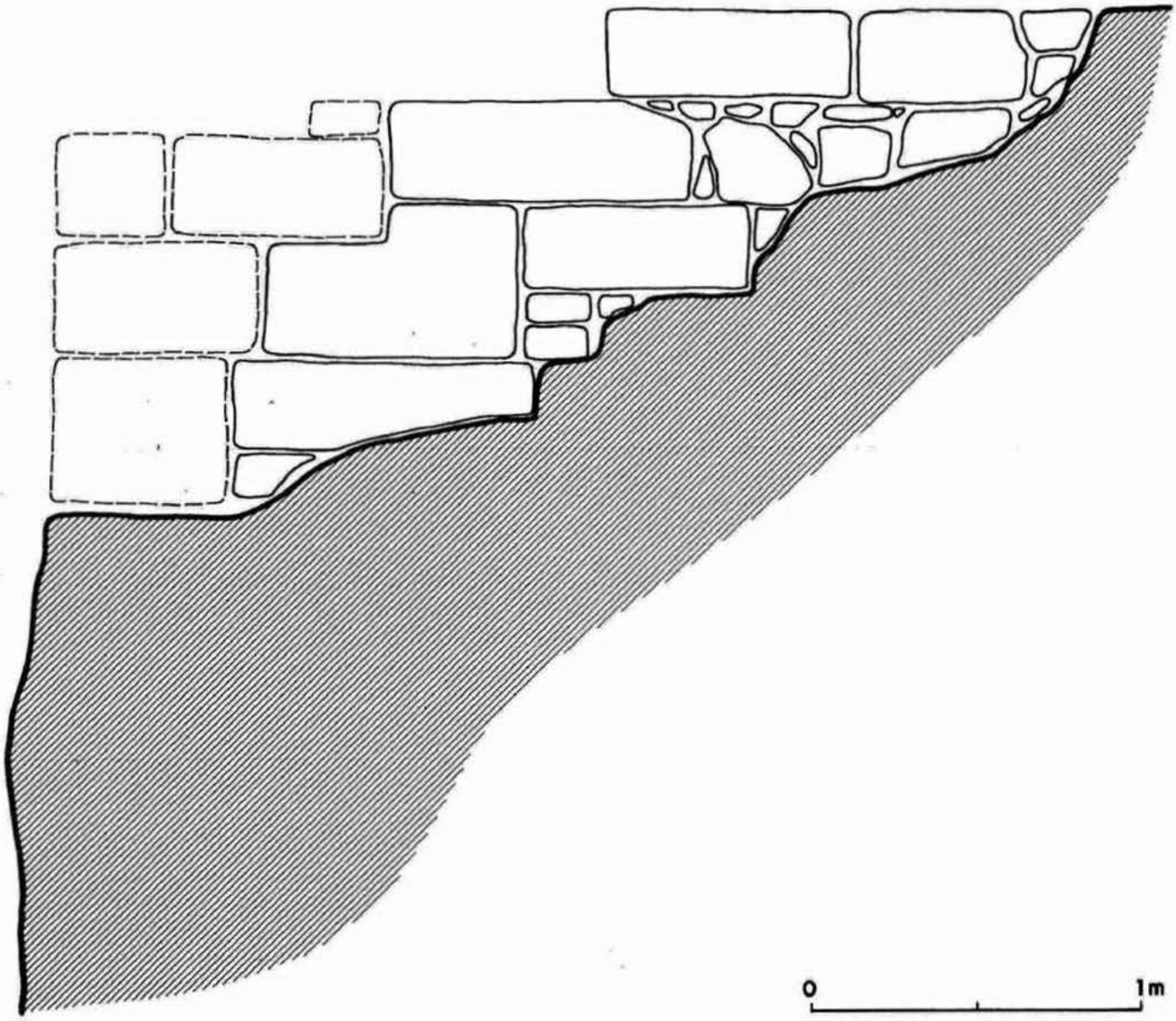


Fig. 4.— Lienzo de la torre situada sobre el camino

Como hemos dicho, estaba formada por dos hojas, cada una de las cuales estaba fijada, formando un único cuerpo, a un fuerte pie derecho giratorio o quicionera que podía rotar dentro de los huecos circulares o botoneras realizados tanto en la base rocosa como en el correspondiente sillar opuesto en su vertical. Como hemos visto en la figura 1, se encontraron en la roca sendos huecos circulares, tanto en la parte izquierda como en la derecha, a unos 0'80 m. y 0'50 m. de las rodadas respectivamente que parecen corresponder a las botoneras en el interior de unas de las cuales pudimos aún constatar la presencia de restos de hierro que facilitarían el giro de las hojas. Por otra parte, sobre la base del camino aparecieron varios grandes sillares caídos que muy posiblemente formarían parte de la arquitectura de la puerta. Uno de ellos, en forma de «L», tenía también un agujero circular que suponemos serviría para encajar en él los goznes metálicos de una de las puertas. Otro sillar (lám. 1) también presentaba una oquedad circular en cuyo interior apareció un bloque prismático cuadrangular bastante plano, de hierro, colocado para que el gozne apoyara en él. El centro de este bloque metálico tenía un leve desgaste circular que sin duda fue realizado por el giro del extremo apuntado de aquél que, seguramente remataría en un pivote metálico.

También poseemos datos para establecer tanto el ancho como el grosor de las hojas de la puerta aunque no su altura.

En la figura 1 podemos observar que en el lugar donse se ubican ambas botoneras y horizontalmente al camino, aparecen unas ranuras que, evidentemente,

sirvieron para encajar ambas hojas cuando la puerta estuviera cerrada y que nos permiten conocer el grosor máximo de ésta que, no sobrepasaba los 0'10 m. Igualmente podemos decir que, los anchos de las hojas no eran exactamente iguales, ya que el derecho oscila alrededor de los 1'50 m. y el izquierdo llegaba a 1'58 m.

Un detalle difícil de establecer es el relativo a la forma de cierre de las puertas aunque se han conservado algunas huellas que nos permiten intuirlo. Es evidente que éste se realizaba mediante un pasador ya que, en la figura 1 podemos observar el hueco realizado en la base rocosa para introducirlo pero, en contra de lo normal, teóricamente éste quedaría en la parte de fuera en lugar de en el interior.

Podemos observar en la misma figura que, si bien tanto la oquedad del pasador como las de las botoneras de las hojas se sitúan en línea recta, los rebajes realizados para que quedaran empotradas éstas en el suelo, son ligeramente divergentes, de forma que, si prolongamos sus trayectorias, el extremo de la hoja derecha llegaría justamente a dar en el hueco del pasador, mientras que el extremo de la izquierda quedaría situado en el interior respecto al pasador.

De acuerdo con el hueco dejado en la roca, el pasador tendría en su extremo inferior una sección en forma de «L» (fig. 1), y debió ser metálico. La barra o eje debió tener un diámetro cercano a los 0'10 m., en el caso de que fuera circular. El gancho de su extremo (si pensamos que su tipología debía ser similar a los actuales cierres por ejemplo, de nuestros balcones), pudo variar entre los 0'13 m. y los 0'18 m.

Más adelante volveremos a tratar sobre el posible sistema de cierre de la puerta y el funcionamiento de dicho pasador ya que se encuentra en relación con otros elementos que pasamos a describir.

Pero el detalle más interesante e importante aportado por la excavación fue el descubrimiento «in situ» de dos grandes sillares colocados horizontalmente y atravesando perpendicularmente el camino justo delante del punto donde se sitúa la puerta (fig. 1, lám. 2). El sillar derecho tiene unas dimensiones de 1'14 m. de largo, por 0'40 m. de ancho y 0'25 m. de alto. El izquierdo mide 1'25 m. de largo, 0'54 m. de ancho y 0'30 m. de alto.

Un dato curioso es el hecho de que en la parte central del primero de ellos se practicó un hueco, de forma que, al introducir en él un pequeño sillar, quedaran ambos trabados por sus extremos adyacentes. Ambos sillares apoyan directamente sobre la parte central y laterales del camino, quedando, obviamente, por encima de la base de las carriladas.

Uno de los extremos del sillar derecho queda embutido en un hueco practicado en el lateral rocoso (fig. 1). La totalidad del extremo izquierdo queda también incrustado en su correspondiente lateral, penetrando 0'16 m. dentro de él, para lo cual se practicó un hueco en la roca que justamente coincidía con el ancho y alto del sillar. La presión ejercida por las tierras ha provocado que los sillares se hallen desplazados unos 0'08 m. en la parte central.

Así mismo, se hallaron también colocados otros dos sillares, dispuestos en línea y en perpendicular a los anteriores (fig. 1, lám. 2). El situado al lado de éstos es de pequeño tamaño, el otro es plano y de dimensiones regulares.

Es evidente que, tanto unos sillares como otros, al estar colocados intencionadamente, impedían el tráfico rodado por el camino ya que es imposible salvar la altura de éstos en relación con las rodadas que, era de casi un metro. Queda pues establecer qué función desarrollaban cuando, aparentemente, era una contradicción con el normal desarrollo de la circulación de la cual dependía la vida en la ciudad.

La única explicación lógica y coherente es que nos encontramos ante el amurallamiento de la propia entrada a la ciudad. Cerramiento que, como es lógico, tan sólo debía realizarse ante un inminente ataque por parte de un poderoso ejército como el romano, difícil de vencer debido al desarrollo de sus técnicas y tácticas bélicas. Aunque pudiera resultar incomprensible el «autoconfinamiento» de los habitantes iberos en su propia ciudad, sometiéndose así voluntariamente a un asedio, hay que tener en cuenta que, la enorme cantidad de algibes y almacenes existentes en el interior de la población permitirían mantener éste durante un tiempo indefinido.

Según los datos obtenidos parece claro que se optó pues por «tapiar» la puerta, enlazando de esta manera con el lienzo de muralla ya existente (Broncano, 1986), protegiendo así junto con las diversas torres, el punto más vulnerable a un ataque.

Se han encontrado dispersos los sillares que formarían la muralla de la puerta. Sin embargo, parece ser que, según los entalles que podemos observar en los laterales rocosos situados a 0'80 m. por delante de los sillares anteriormente descritos, existiría otra línea de sillares que hemos reconstruído hipotéticamente (fig. 1, lám. 2), con lo cual el portón de madera quedó protegido con un doble muro de grandes sillares con un espacio interior posiblemente relleno de piedras. Restos de este relleno pueden ser los citados sillares colocados en el centro del camino perpendicularmente a los dos descritos en primer lugar, aunque nos inclinamos a pensar que corresponderían a la primera hilada de un muro que uniera a los otros dos por su centro para dar a la estructura mayor fortaleza.

Si seguimos observando los sillares atravesados en la puerta, veremos que el izquierdo tiene en el perfil de su lateral interior dos rebajes consecutivos a modo de escalones que se relacionan con el contorno del agujero realizado en la roca para introducir el pasador de la puerta (fig. 1). El contorno del agujero coincidiría

perfectamente con los rebajes del sillar ya que hay que tener en cuenta que, debido a la presión ejercida por las tierras, existe un ligero desplazamiento del muro en su parte central como ya dijimos.

Volviendo pues al sistema de cierre, era obvio pensar que el pasador debía quedar al exterior, ya que no hay espacio para las hojas de la puerta entre él y los sillares. Además, como ya dijimos, las prolongaciones de las ranuras practicadas en la roca para encajar las hojas nos ofrecen la misma solución, especialmente la hoja izquieda.

Es posible que el pasador quedara situado al interior de la puerta, pero, solamente cuando no se realizara el «tapiado» de ella, es decir, en situación normal. El ángulo que presenta el lateral rocoso izquierdo permitiría el deslizamiento de la hoja de la puerta hasta girar justo hasta el punto exacto situado delante del pasador.

Esto nos llevaría a que el pasador no sería tal y como los conocemos actualmente, fijo a una de las hojas, sino una gruesa barra, seguramente de hierro, que desde la zona superior del dintel podría ser bajada hasta encajar en el hueco cuando se cerrara. A esto hay que añadir que, muy seguramente y utilizando el escalón realizado al allanar el realce central en la zona de entrada que describimos con anterioridad así como las diferentes alturas dejadas en una especie de «escalones» que presenta el lateral rocoso izquierdo así como la parte baja del lateral derecho, se apoyarían una serie de trancas de madera que sujetarían ambas hojas reforzando el cierre.

La documentación obtenida es pues realmente interesantísima, ya que se constata la existencia de un sistema defensivo muy complejo. El amurallamiento de la puerta junto con las diversas torres daban lugar a una defensa prácticamente perfecta de la entrada de la ciudad, lo que unido al resto de elementos como es la muralla semicircular, la hacían casi inexpugnable (lám. 3).

Pero, evidentemente, la inexpugnabilidad cedió ante el empuje del impresionante ataque a que debió ser sometida por el ejército romano, finalizando de esta manera el esplendor que durante siglos debió desarrollarse en la ciudad.

Toda actividad de la población quedó mermada posiblemente, debiendo quedar reducidos sus habitantes a una fuerte guarnición militar romana y a unas pocas familias iberas, al producirse el cierre del camino, único medio de supervivencia de la ciudad. Como hemos podido ver, los sillares que quedaron «in situ» lo clausuraron definitivamente. Este dato nos ha permitido confirmar su cronología, pudiendo establecerlo como prácticamente la única vía prerromana conocida hasta el momento, puesto que, tras el amurallamiento de la puerta y, por tanto, destrucción de la ciudad, no volvió a ser utilizado como vía de paso.

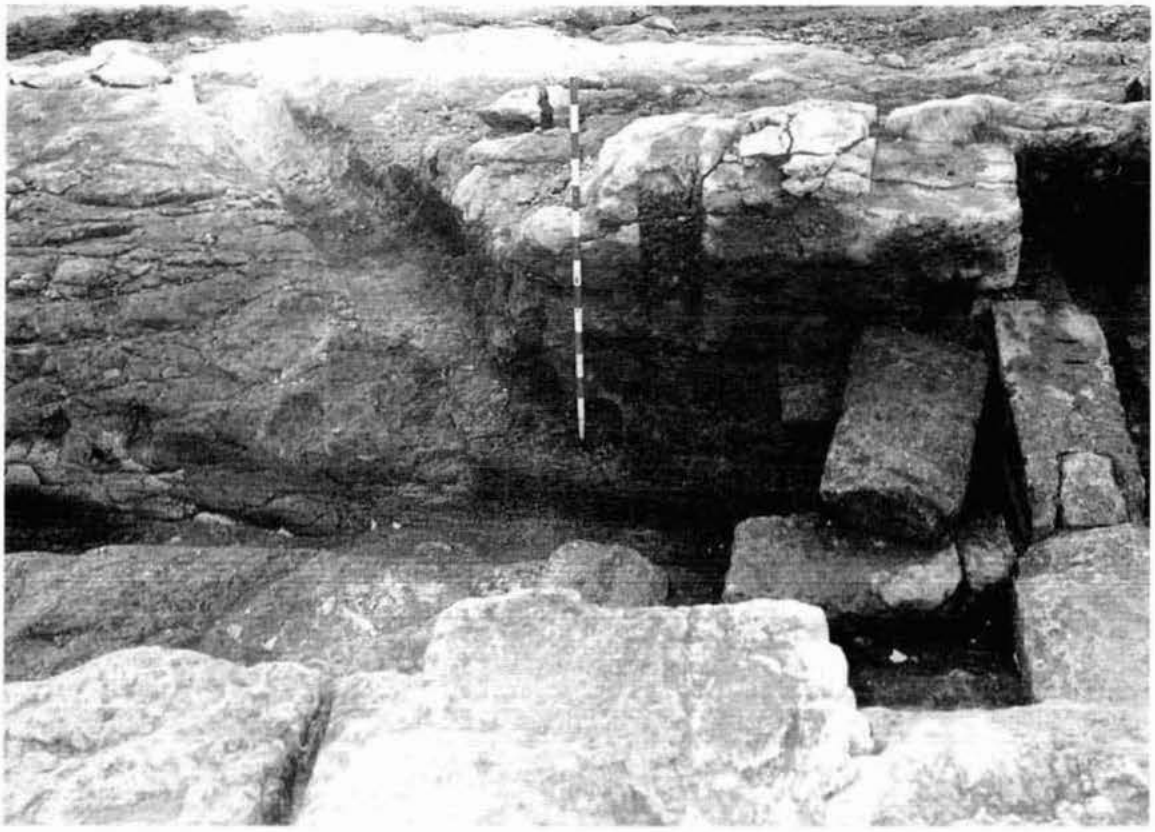
BIBLIOGRAFÍA

BRONCANO, S. (1986): «*El Castellar de Meca, Ayora (Valencia). Textos*». Excavaciones Arqueológicas en España, 147, Madrid.

BRONCANO, S. y ALFARO M. (1990): *Los Caminos de Ruedas de la Ciudad Ibérica de «El Castellar de Meca» (Ayora, Valencia)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 162, Madrid.



Lám. 1.— Sillar con orificio circular y bloque de hierro. Posible elemento de sujeción del gozne de una de las hojas de la puerta



Lám. 2.— Sillares «in situ» pertenecientes al amurallamiento de la puerta



Lám. 3.— Vista general de la puerta de entrada y defensas de la ciudad.

Emilio Cortell Pérez*, Jordi Juan Moltó*,
Enrique A. Llobregat Conesa**, Cristina Reig Seguí*,
Feliciana Sala Sellés* y José M.ª Segura Martí*

LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE LA SERRETA: RESUMEN DE LA CAMPAÑA DE 1987

INTRODUCCIÓN

El yacimiento ibérico de La Serreta viene apareciendo en la bibliografía desde 1921 sin que haya sido todavía objeto de un estudio de conjunto. El benemérito Director del Museo de Alcoy, don Camilo Visedo Moltó publicó tres campañas de excavaciones correspondientes a los años 1921-1923 y proporcionó documentación adicional en un artículo, publicado en 1953, añadiendo algunos datos en su libro *Alcoy, Geología y Prehistoria*, aparecido en 1959. Posteriormente el nuevo Director, don Vicente Pascual Pérez, llevó a cabo, cuando disponía de algunos fondos, diferentes campañas en la Serreta, de las que se conservan los diarios pero que permanecen, por el momento, inéditas. Lo mismo ocurre con la campaña que se llevó a cabo bajo la dirección del profesor M. Tarradell, a la sazón catedrático de Arqueología en la Universidad de Valencia, de las que lo único publicado son los dos planos parciales de la excavación, levantados por E. Llobregat. El traslado del profesor Tarradell a la Universidad de Barcelona, el fallecimiento de don Vicente Pascual, y otros avatares, suspendieron los trabajos, aunque no impidieron investigaciones sobre el yacimiento. Por suerte el Centre Alcoià d'Estudis Històrics i Arqueològics propició la limpieza y desescombro del yacimiento, así como la confección de un plano topográfico completo, el primero realizado de este yacimiento. Tanto la limpieza como el plano fueron un motor para nuevas actividades, contando con el contigente de un grupo de arqueólogos alcoyanos que se habían ido formando en la Universidad de Alicante. Todo esto, y la presunción de la posible existencia de una necrópolis contigua al poblado, algo que siempre se había planteado pero nunca prospectado, al menos en lo que se conoce del yacimiento, condujo al acuerdo entre el Museo de Alcoy y el director del Museo Provincial de Alicante, de solicitar a la Dirección General del Patrimonio, de la Conselleria de Cultura, el reglamentario permiso de excavaciones para intentar hallar la necrópolis. Esto ocurría en 1987 y la cosecha fue lo suficientemente atractiva como para seguir con la tarea a lo largo de los siguientes años hasta 1990, inclusive, que ha traído grandes novedades en lo que se refiere a arquitectura militar y a la topografía de las defensas del poblado. En este estudio trataremos tan sólo de la primera campaña de excavaciones (1987) y las demás campañas

* Museu Arqueològic d'Alcoi.
** Museu Arqueològic Provincial d'Alacant.

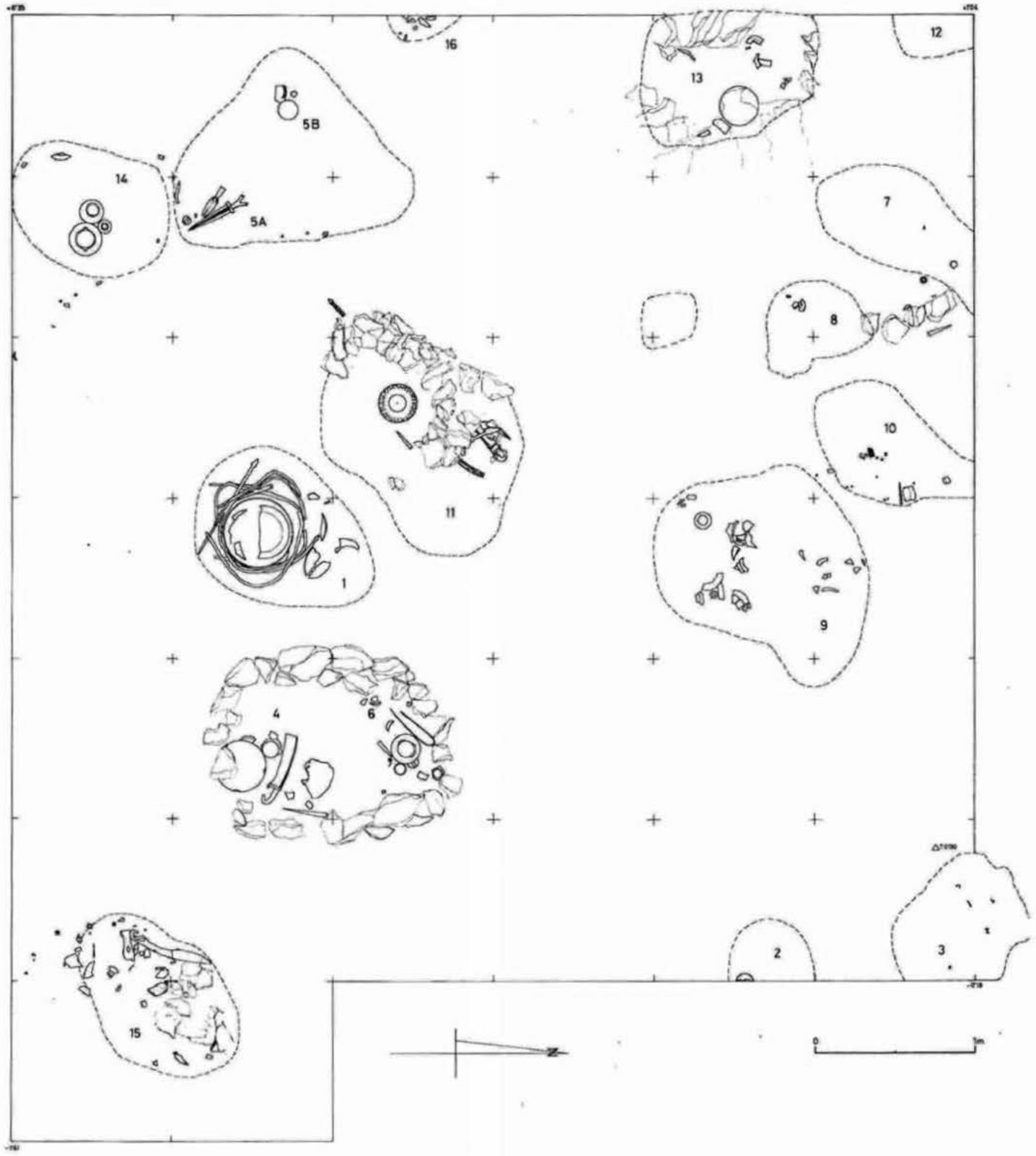


Fig. 1.— Planta del área excavada. Dispersión de sepulturas

quedan a la espera de la reconstrucción total de los ajuares y de todas las tareas propias del caso. La oportunidad del homenaje científico a don Enrique Pla Ballester, Director que fuera del SIP y mentor de todos nosotros, ha hecho surgir este trabajo. Vaya en honor de él, que siempre fue devoto de la arqueología alcoyana.

Los materiales arqueológicos hallados en esta campaña, así como los de las siguientes campañas, han sido despositados en el Museo de Alcoy, donde se ha llevado a cabo la ímproba tarea de limpieza, lavado, consolidación, dibujo y restauración de las piezas de esta primera campaña, y donde se trabaja en las siguientes de forma que en un prudencial plazo de tiempo se pueda poner en las manos del público interesado la riqueza e interés de esta necrópolis. El yacimiento de La Serreta conserva todavía una gran cantidad de incógnitas que poco a poco van a ir siendo desveladas en sucesivas campañas de excavaciones. Lo que por hoy conocemos permite augurar unos resultados espléndidos que ayudarán en gran modo a conocer el mundo ibérico en el área del gran macizo montañoso que se extiende desde el Júcar al Vinalopó y desde el corredor de Montesa al litoral entre Cullera y Guardamar. Un área que aún nos guarda infinitas novedades que ni siquiera podemos sospechar.

CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO

Entre 1985 y 1986, el yacimiento de La Serreta fue objeto de una limpieza en sus diferentes sectores excavados de 1917 a 1969, necesaria para el levantamiento topográfico de todo el poblado.

Dichos trabajos permitieron delimitar la muralla de cierre del poblado por su parte Este, el cual presenta un mejor acceso al mismo, situándose en la cota 993 mts. s/n/m (la cumbre alcanza una altitud de 1.051 mts.).

El conocimiento de la topografía del yacimiento, con abruptos desniveles, así como la delimitación de su extensión, hizo que nos llamara la atención una amplia zona no excavada, extramuros del poblado y de escaso desnivel, que nos sugirió la posibilidad de la ubicación de una necrópolis.

Al objeto de prospectar las áreas circundantes al yacimiento, se proyectó realizar una serie de sondeos cuyo inicio tuvo lugar en el mes de Junio de 1987, escogiendo un pequeño sector de esta zona (situada próxima a la muralla, por la parte Este), que no tardó en revelar la existencia de una sepultura (Lám. I, 1).

Una ampliación del citado sondeo detectó la presencia de otras sepulturas, que reafirmaban la magnitud del hallazgo, y que aconsejaron preparar una posterior campaña de excavaciones durante el mes de Septiembre del mismo año (Lám. I, 2).

LAS SEPULTURAS: DISPERSIÓN Y CARACTERÍSTICAS

Las diecisiete sepulturas exhumadas aparecen próximas entre sí, como lo demuestra la densidad alcanzada en los 38 metros cuadrados excavados en la campaña objeto de este avance (fig. 1).

Dada la escasa potencia del estrato (entre 20 y 40 cms.), por efecto de la erosión que ha afectado constantemente el área de la necrópolis por su proximidad a la carena del monte, algunos hallazgos aparecen casi superficialmente, así como parte de los restos de la cremación, que generalmente se depositan en contacto directo sobre la roca, siendo frencuente que ésta presente deslascados intencionados para el acomodo de los mismos.

Esta circunstancia se da tanto en sepulturas que tienen urna cineraria como en aquellos casos en que no está presente. Hasta el momento no se han detectado superposiciones de sepulturas.

De lo excavado hasta la fecha, se desprende que las cremaciones no se realizan en el mismo lugar en que aparecen depositadas, desconociendo la ubicación del *ustrinum*.

Hemos observado la existencia de cuatro posibles estructuras, asociadas a las Sepulturas 4-6, 11, 14 y 15, formadas por piedras irregulares grandes y de mediano tamaño, que en el caso de las Sepulturas 4-6 llegan a rodear los dos ajuares. En las Sepulturas 11 y 15 protegen los restos de la cremación, dado que las piedras los limitan en parte (Lám. II, 2). Las tres urnas cinerarias de la Sepultura 14 aparecían cubiertas por un amontonamiento de piedras, que no llegaba a aflorar en superficie (Lám. III).

Se observa una gran diversidad en cuanto al contenido de las sepulturas, que inicialmente nos ha permitido distinguir varias categorías de sepulturas:

—Con urna cineraria y ajuar cerámico (Sepulturas 5b, 9, 13 y 14).

—Con urna cineraria, ajuar cerámico y armamento (Sepulturas 1 y 6).

—Con restos óseos acompañados de ajuar cerámico (Sepultura 8).

—Con restos óseos acompañados de armamento y ajuar cerámico (Sepulturas 4 y 15).

—Con restos óseos acompañados de armas (Sepulturas 5a y 11).

Las Sepulturas 2, 3, 7, 10, 12 y 16 no pudieron excavarse en su totalidad, dado que la excavación en estas áreas sufrió una incursión clandestina, con el consiguiente expolio de parte del contenido de los ajuares, que imposibilita el estudio de su conjunto. No obstante, y a juzgar por lo conservado, la Sepultura 7 presentaría armamento (recuperamos restos de herrajes de suspensión de la vaina de una falcata y dos pasadores de bronce del tahalí), y para el resto, su contenido se

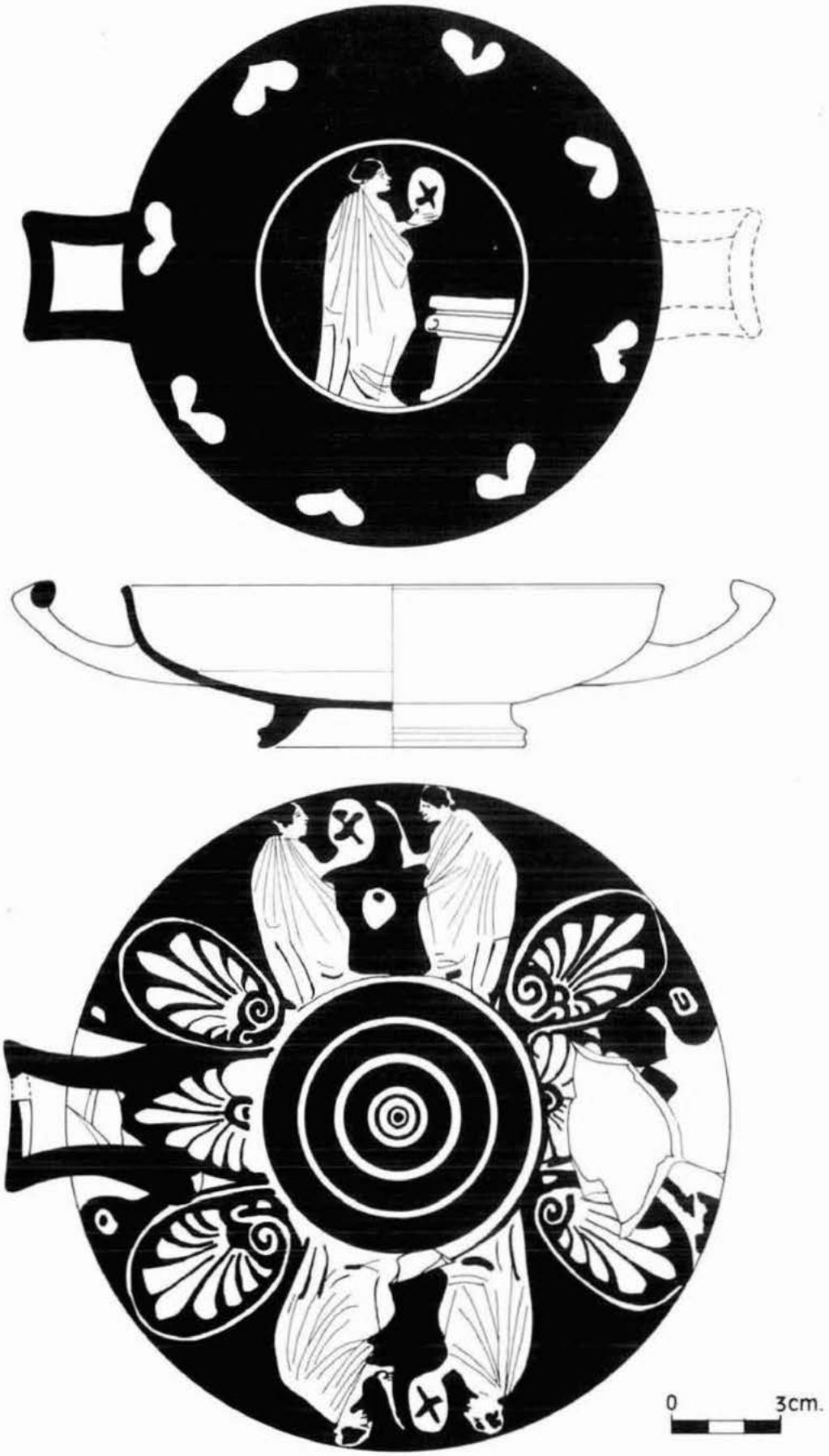


Fig. 2.— Kylix de figuras rojas. Sepultura 6

reduce a un escaso ajuar cerámico que acompaña los restos óseos y cenizas de la cremación.

REGISTRO DE MATERIALES

A. CERÁMICA DE IMPORTACIÓN

El registro formal que ofrece la campaña de 1987, en cuanto a los vasos de importanción se refiere, es representativo de todo el conjunto exhumado durante los trabajos de campo posteriores. Por lo tanto, el resultado de este estudio puede considerarse válido en líneas generales, si bien no descartamos que nuevos hallazgos puedan completar la información que ahora adelantamos. El conjunto se caracteriza por su homogeneidad, por una repetición de formas que hallamos respresentadas en otros poblados y necrópolis de la misma época como veremos más adelante. La necrópolis de La Serreta y su poblado se insertan así en la dinámica cultural y económica del momento Pleno de la Cultura Ibérica.

Lo primero que destacamos de este conjunto es la uniformidad en cuanto a la categoría de los vasos. La gran mayoría es de producción ática, aunque se aprecia en ellos una notable diferencia de calidades. En segundo lugar, documentamos otras producciones representadas por ejemplos únicos: una pequeña pátera de la forma Lamb. 27 adscribible posiblemente a los talleres de Rosas, un cuenco de la forma Lamb. 27 perteneciente a las producciones púnicas de barniz negro, una pátera de la forma Lamb. 26 que por sus rasgos formales y técnicos podemos considerar un producto protocampaniense, un bolsal de la forma Lamb. 42-C procedente de un «taller» no localizado, además de un pequeño número de fragmentos no áticos de difícil clasificación.

Dentro de las áticas, que como vemos poseen una mayor representación, encontramos algunos vasos de estilo de figuras rojas, y, sobre todo, vasos de barniz negro.

De figuras rojas existen un fragmento de borde y un fragmento sin forma y decorado, perteneciente a una *crátera* de campana, y tres *kylikes* de la forma Lamb. 42-A, más unos fragmentos que podrían corresponder a un cuarto *kylix*. Entre ellos destaca el ejemplar hallado en la sepultura 6 (fig. 2); este vaso presenta en el medallón central un joven atleta envuelto en su *himation*, que lleva en la mano derecha un disco, y se encuentra en actitud oferente frente a un altar. En el exterior, dos grupos de dos jóvenes, enfrentados, uno de ellos con un disco y los dos restantes con un *estrygilos*; entre dos jóvenes se ha respresentado un *arybalos*; unas palmetas bajo las asas completan la decoración en el exterior, mientras que en el interior, una orla de hojas enmarca el medallón central. Estos rasgos decorativos definen la variante I de los *kylikes* del Grupo del Pintor de Viena 116, tan abundantes en Andalucía y Sureste durante la primera mitad del s. IV a.C. (Rouillard, 1975). Sin embargo, la excelente factura del ejemplar de La Serreta lo aleja de la tosquedad de acabado que caracteriza a este grupo, y en cambio lo relaciona con algunos *kylikes* de factura algo más cuidada como el lote del taller de Jena aparecido en Archena (Beazley, 1948: 47-48, fig. 2, n.º 6 y 7), los ejemplares de La Bastida y la propia Serreta (Trías, 1967/68: 329-330, n.º 18, lám. CLX, 8; 350, n.º 2 y 3, lám. CLXV, 3 y 4), y otros de Ullastret (Picazo, 1977: 54-56, n.º 137, 142 bis y 145, lám. XIV, 2 y XV, 3).

Por lo que respecta a la cerámica ática de barniz negro, las formas más abundantes son las páteras de la forma Lamb. 21 y los pequeños cuencos de la forma Lamb. 21/25 b.

Completan el registro tipológico dos fragmentos de borde de la forma Lamb. 22, dos *kàntharoi* Lamb. 40 de borde no moldurado, y al menos, tres piezas de la forma Lamb. 42-B, a las que hay que sumar una base de esta forma que Sanmartí llama del «taller» de los *kylikes* de la forma Lamb. 42-C de Covalta (fig. 3, 1) (Sanmartí, 1979: 168-169), y que, según afirma, debió fabricarse en el área mastiena o contestana.

Nos encontramos también con una imitación de barniz negro púnico de la forma Lamb. 27 (fig. 3, 2) perteneciente a la producción de baja calidad Byrsa 401, con un barniz amarronado, fino, mate y dè tacto rugoso (Morel, 1986: 29-30); un bol de la forma Lamb. 27 decorado con una roseta central de siete pétalos con botón central y sendos pistilos entre ellos, procedente quizá de los talleres de Rosas, aunque por hallarse la pieza totalmente alterada por el fuego no podemos afirmarlo con seguridad; y por último, una pátera de la forma Lamb. 26 (fig. 3, 3), decorada con cuatro palmetas radiales inscritas en cinco líneas de ruedecilla, con uña en la superficie de apoyo, que encontramos en Ampurias definida como un producto protocampaniense de la primera mitad del s. III a.C. o muy a finales del s. IV a.C. (Sanmartí, 1979: n.º 159, láms. 103 y 108).

El contexto que nos definen el *kylix* de figuras rojas y los demás vasos áticos de barniz negro permiten fechar la necrópolis de La Serreta en la primera mitad del siglo IV a.C., exceptuando la Sepultura 2 (bolsal Lamb. 42 C), la Sepultura 9 (pátera Lamb. 26 y bol Lamb. 27), y la Sepultura 16 (imitación púnica Lamb. 27), que podemos encuadrar entre fines del s. IV a.C. y la primera mitad del s. III a.C. La Sepultura 13, en la que aparece un *kàntharos* Lamb. 40 de borde no moldurado, se fecharía en la segunda mitad del s. IV a.C. por paralelos en la necrópolis de El Cigarralejo (Cuadrado, 1987: T. 45, T. 95, T. 331).

Por último, es conveniente destacar que la casi totalidad de los vasos se hallan muy alterados por el fue-

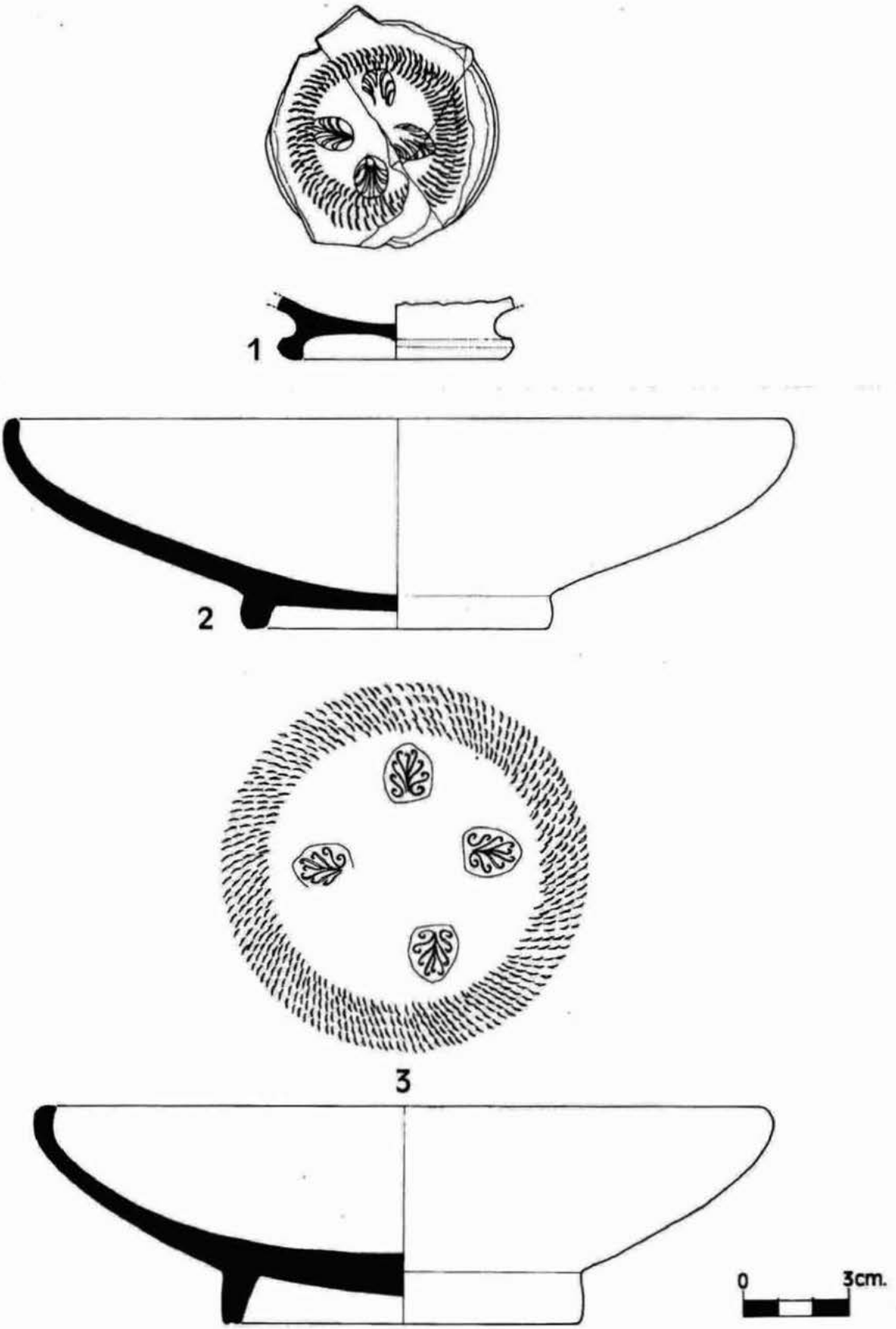


Fig. 3.— 1, Sepultura 2; 2, Sepultura 16; 3, Sepultura 9

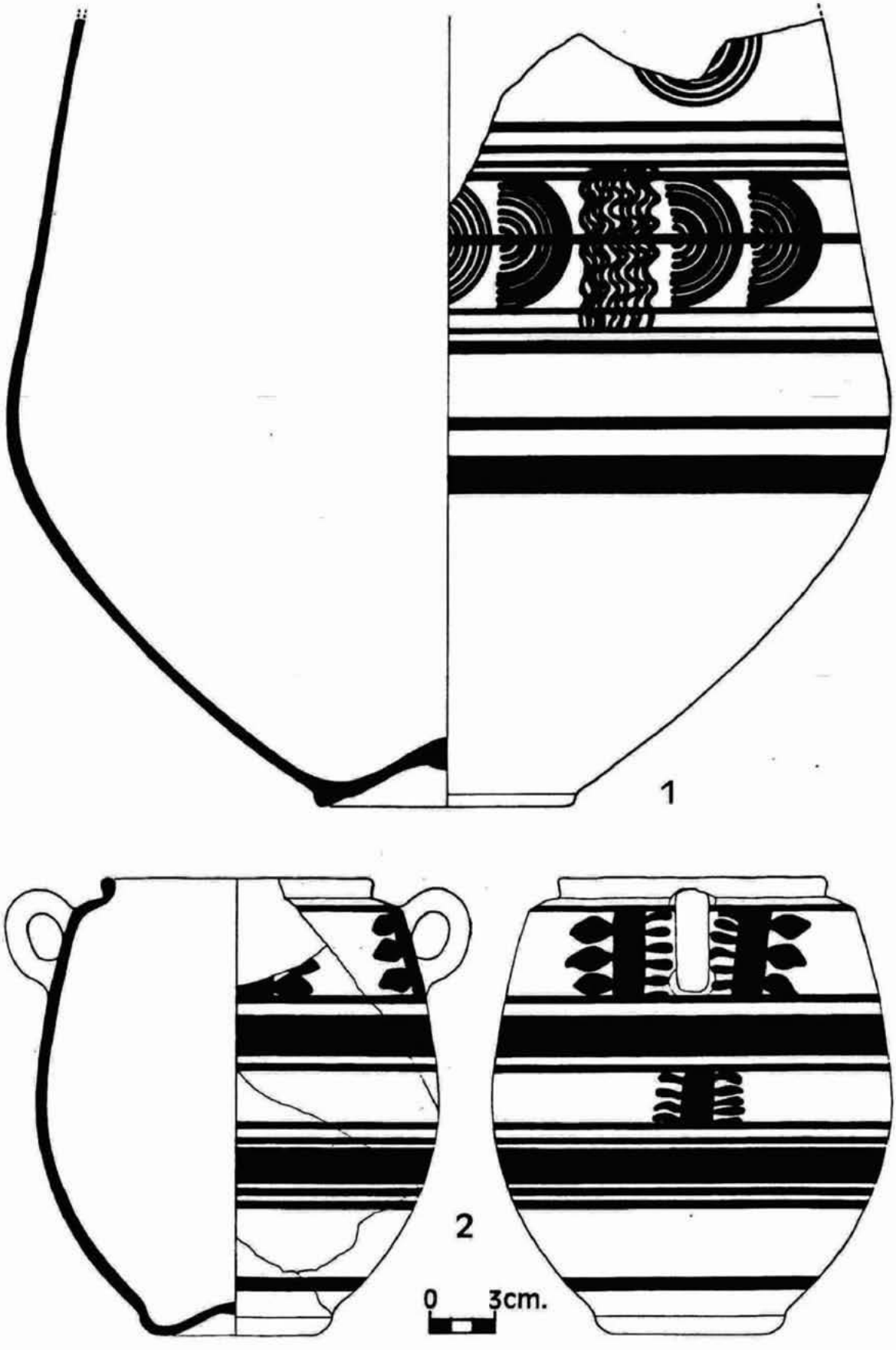


Fig. 4.— 1, Sepultura 1; 2, Sepultura 13

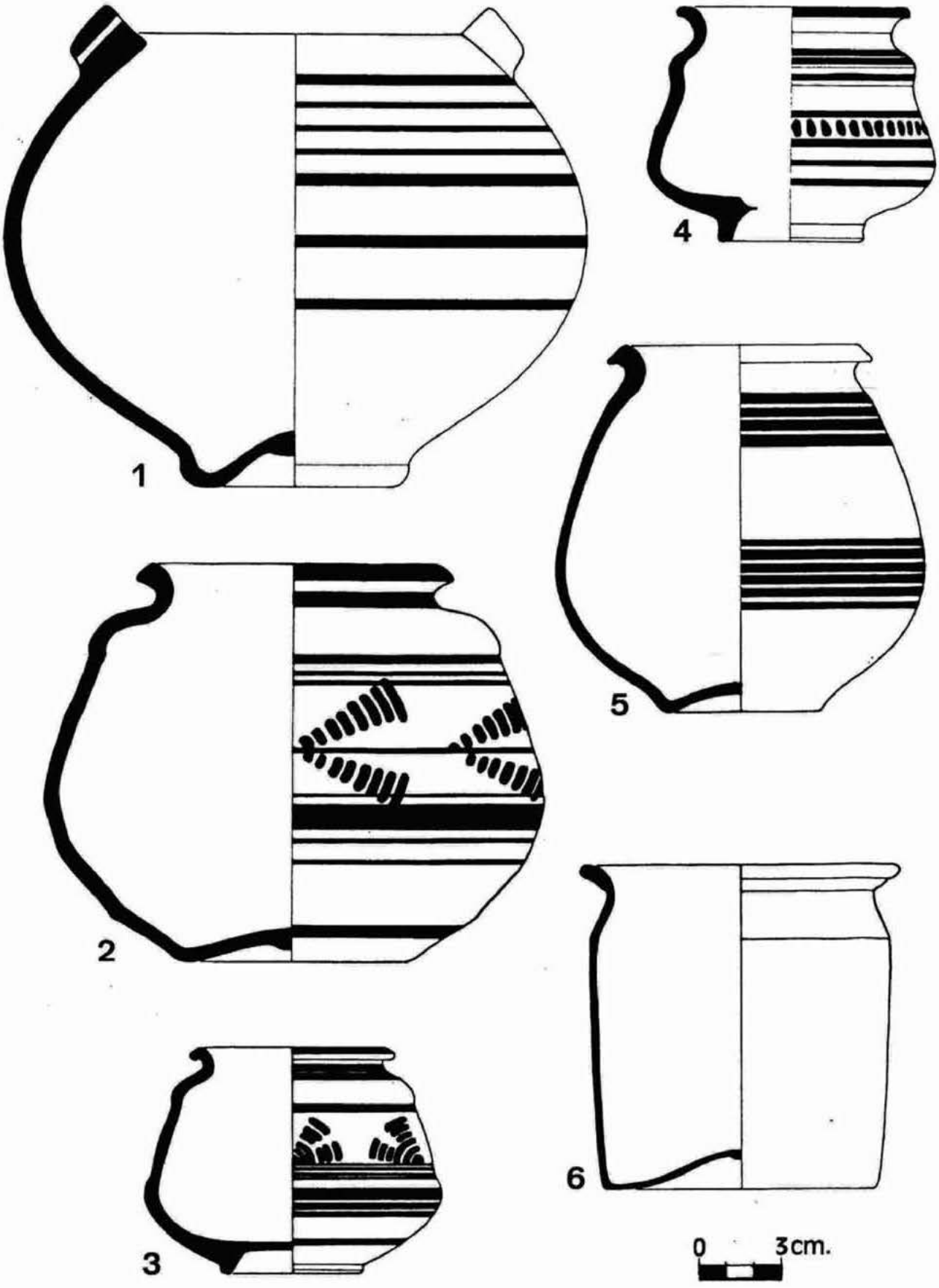


Fig. 5.— 1, 4 y 5, Sepultura 14; 2, Sepultura 6; 3, Sepultura 9; 6, Sepultura 5b

go, factor que dificulta notablemente su identificación; profundizar en este hecho, que se repite en todas las necrópolis, resultaría de gran interés para establecer el proceso ritual del enterramiento.

El tráfico y las rutas comerciales que se infieren de la llegada de estos productos a los poblados ibéricos, y entre ellos La Serreta, es un aspecto importante a tratar que excede del marco de este trabajo. Sin embargo, podemos avanzar que la Serreta participa en la evolución de los contactos comerciales apuntados ya por García Cano para el Sureste (García Cano, 1985: 67-69), que curiosamente son las mismas fases que se establecen para las importaciones áticas de Ibiza (Sánchez Fernández, 1981: 303-309): aumento de las importaciones a partir de la segunda mitad del s. V a.C., aunque es en la primera mitad del s. IV a.C. cuando se alcanza el verdadero apogeo de dichos contactos. En este sentido es obligado hacer referencia al pecio del Sec, que naufragó en el segundo cuarto del s. IV a.C. y cuyo cargamento de cerámicas áticas es el mismo que luego encontramos en los yacimientos ibéricos y en La Serreta (Arribas et alii, 1987).

B. CERÁMICA IBÉRICA

I. *Cerámica Ibérica fina*

La mayor parte de la cerámica procedente de esta primera campaña de excavaciones de La Serreta es, sin duda, la cerámica ibérica fina. Sus formas cerámicas poseen en general, unas pastas bien depuradas, de tonos anaranjados o rojizos. La decoración es siempre de estilo geométrico, sencillo en su mayor parte, a excepción de un recipiente con decoración al parecer vegetal.

Los motivos más frecuentes se reducen a bandas y filetes bien aislados, o bien sirviendo de marco para otros motivos tales como circunferencias, semicircunferencias o segmentos de circunferencias concéntricas, líneas onduladas (cabelleras) y rombos.

Atendiendo a las distintas formas de los vasos, pasaremos a continuación a describirlas.

I.1. *Urnas* (fig. 4 y 5)

La importancia de este tipo de vasos cerámicos radica, efectivamente, en la función a la que han sido destinados. Sirven, casi siempre como recipientes donde se contienen los huesos de la cremación y también, en algunos casos, guardan parte de los ajuares. Sus pastas se caracterizan por hallarse bien depuradas. Presentan, a su vez, una tonalidad anaranjada o tenuamente rojiza. Algunas de ellas poseen restos de un engobe superficial claro sobre el que se aplica la decoración pintada en color rojo vinoso o, en su caso, marrón.

Por lo que se refiere a la decoración, ésta es casi totalmente geométrica, y adopta los clásicos elementos de bandas y filetes, círculos, semicírculos y arcos de círculos concéntricos y líneas onduladas. En un único caso, como decíamos arriba, presenta un motivo vegetal.

Entre las formas más características, predominan las urnas bitroncocónicas, de borde exvasado —a veces de hombro marcado—, y base cóncava. Este mismo tipo se repite en las urnas de menos tamaño o en vasos de ofrendas, que acompañan, en ocasiones en ciertas sepulturas, a las anteriores de mayor tamaño.

Todas ellas aparecen ampliamente recogidas por la bibliografía actual con la denominación *pithiskoi* (Nordström, 1973: 171-173) tinajillas, o vasos de perfil quebrado (Aranegui-Pla, 1980: 81) de cuerpos bitroncocónicos (o, en su caso, tritroncocónicos) con el borde exvasado y la base cóncava con o sin umbo y, a veces, con el pie indicado o anillado.

Este tipo de urna aquí descrito, es una forma que aparece profusamente en el área levantina y sudeste peninsular (forma 19a de Cuadrado) (1972: 131). Algunos de sus modelos más característicos aparecieron en el mismo recinto habitado de La Serreta, cercano al lugar que ahora nos ocupa. Su cronología se enmarcaría entre los siglos V y IV a.C. (Broncano, 1985: 78).

Un segundo tipo de urnas correspondería a la comúnmente conocida como urna de orejetas perforadas, representada aquí por tan sólo un único ejemplar que apareció en el entorno de la Sepultura 14.

Presenta, en su aspecto exterior, un cuerpo esferoide y apareció desprovista de su tapadera característica. En su lugar, fue cubierta por un plato-tapadera, que más adelante pasaremos a describir. Su altura es de 16 cms. y el diámetro de su boca, de 12 cms. Según la tipología expuesta por J.J. Jully (Jully-Nordström, 1966: 99) debería ser adscrita a su tipo C, forma esta similar a otras tantas urnas recogidas en necrópolis tales como La Solivella (Fletcher, 1985: fig. 13, 6), Hoya de Santa Ana, El Molar y Altea la Vella (Jully-Nordström, 1966) con una cronología que empieza en torno al siglo V (Fletcher, 1985: 317).

Por último, en la Sepultura 5b, apareció un *kàlathos* de cuello estrangulado, que sirvió también como urna cineraria.

I.2. *Platos* (fig. 6)

Es, sin duda, este grupo el que aparece con mayor profusión alrededor y en el interior de las sepulturas de esta necrópolis.

Para su estudio hemos tenido en cuenta el trabajo y análisis efectuado por la Dra. Carmen Aranegui,

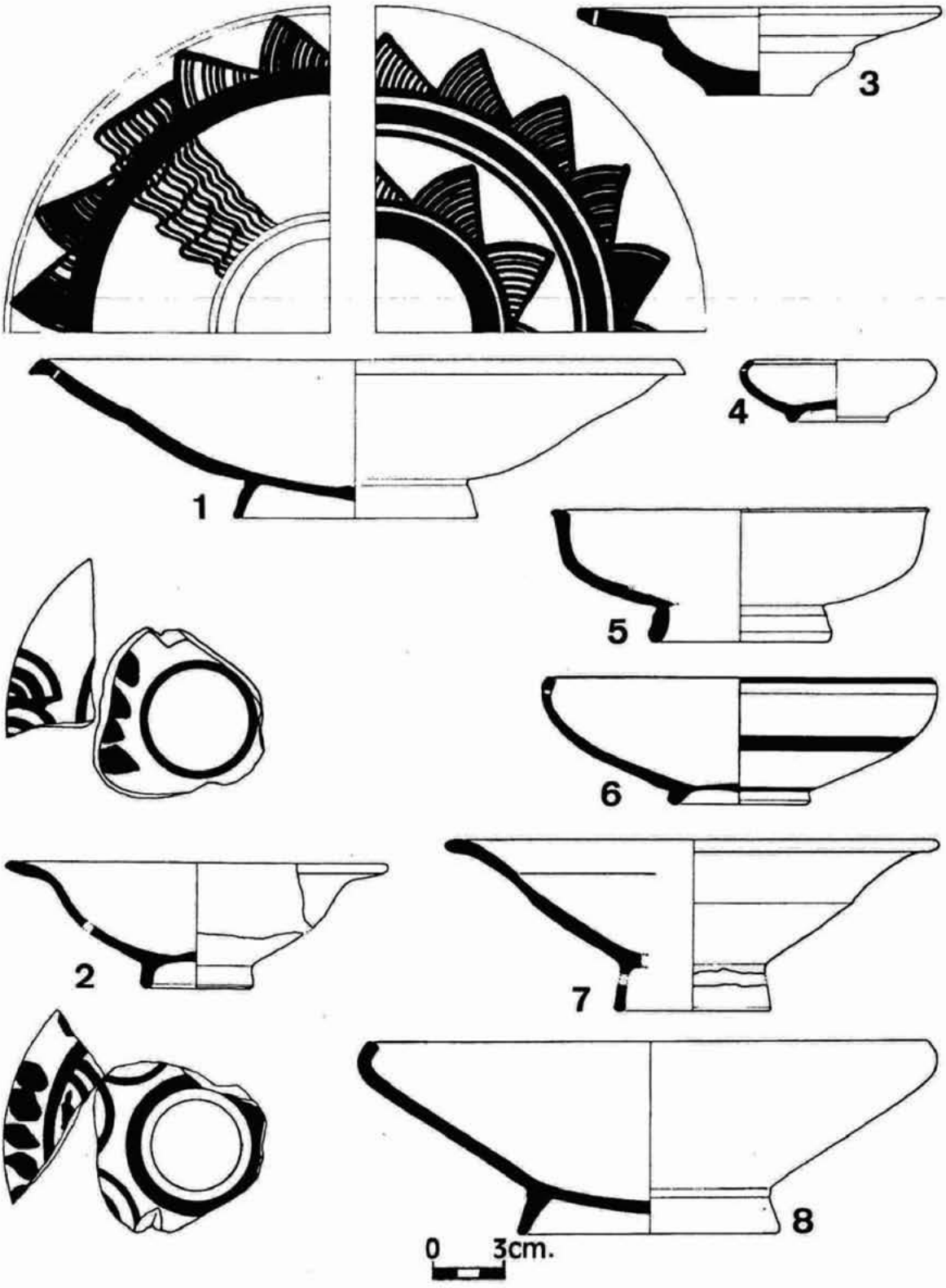


Fig. 6.— 1 y 8, Sepultura 1; 2, Sepultura 6; 3 y 4, Sepultura 14; 5, Sepultura 13; 6, Sepultura 15; 7, Sepultura 9

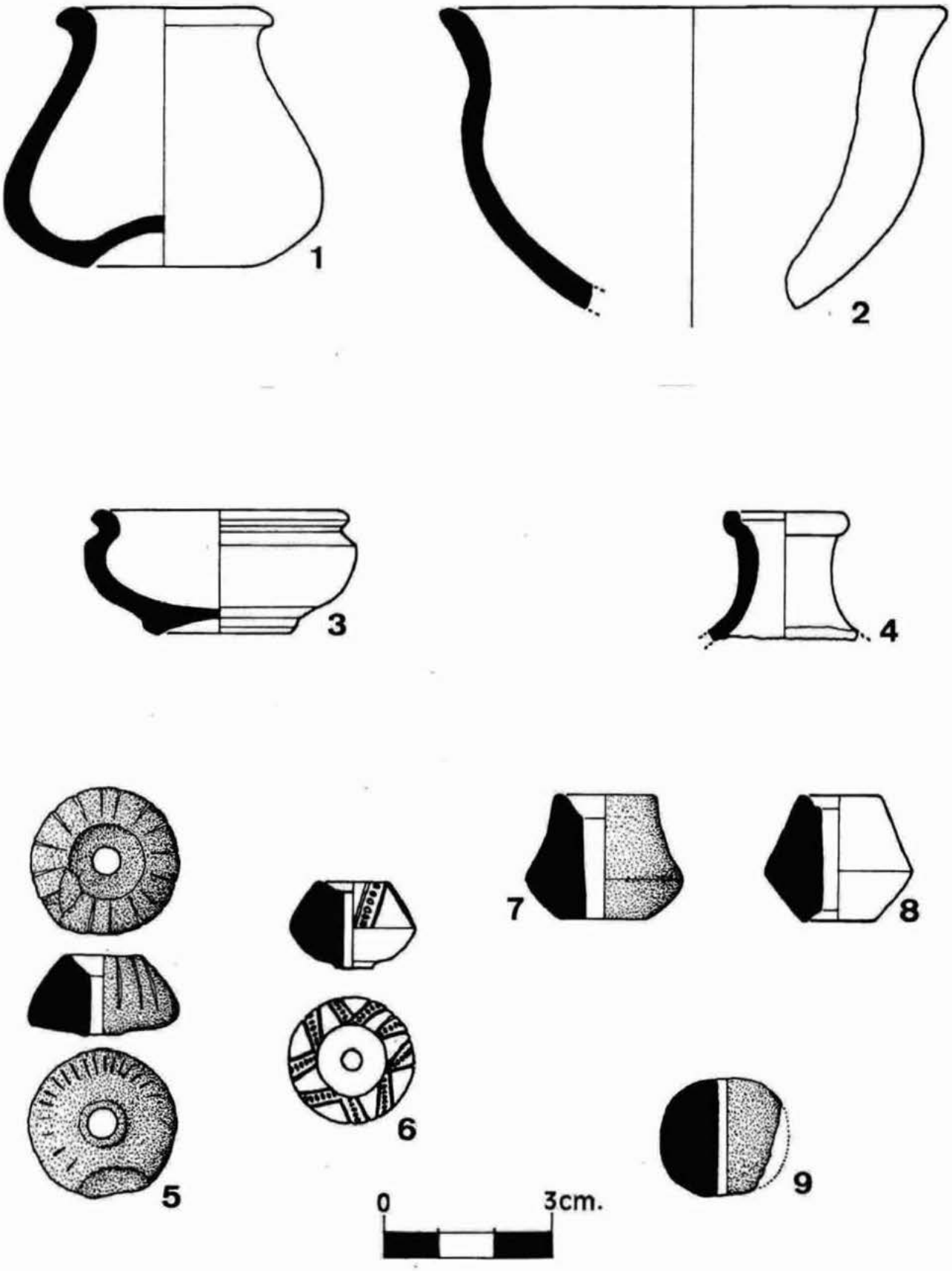


Fig. 7.— 1, Sepultura 5b; 2, Sepultura 2; 3, Sepultura 9; 4, Sepultura 8; 5 y 9, fuera de sepultura; 6, Sepultura 11; 7, Sepultura 12; 8, Sepultura 5a

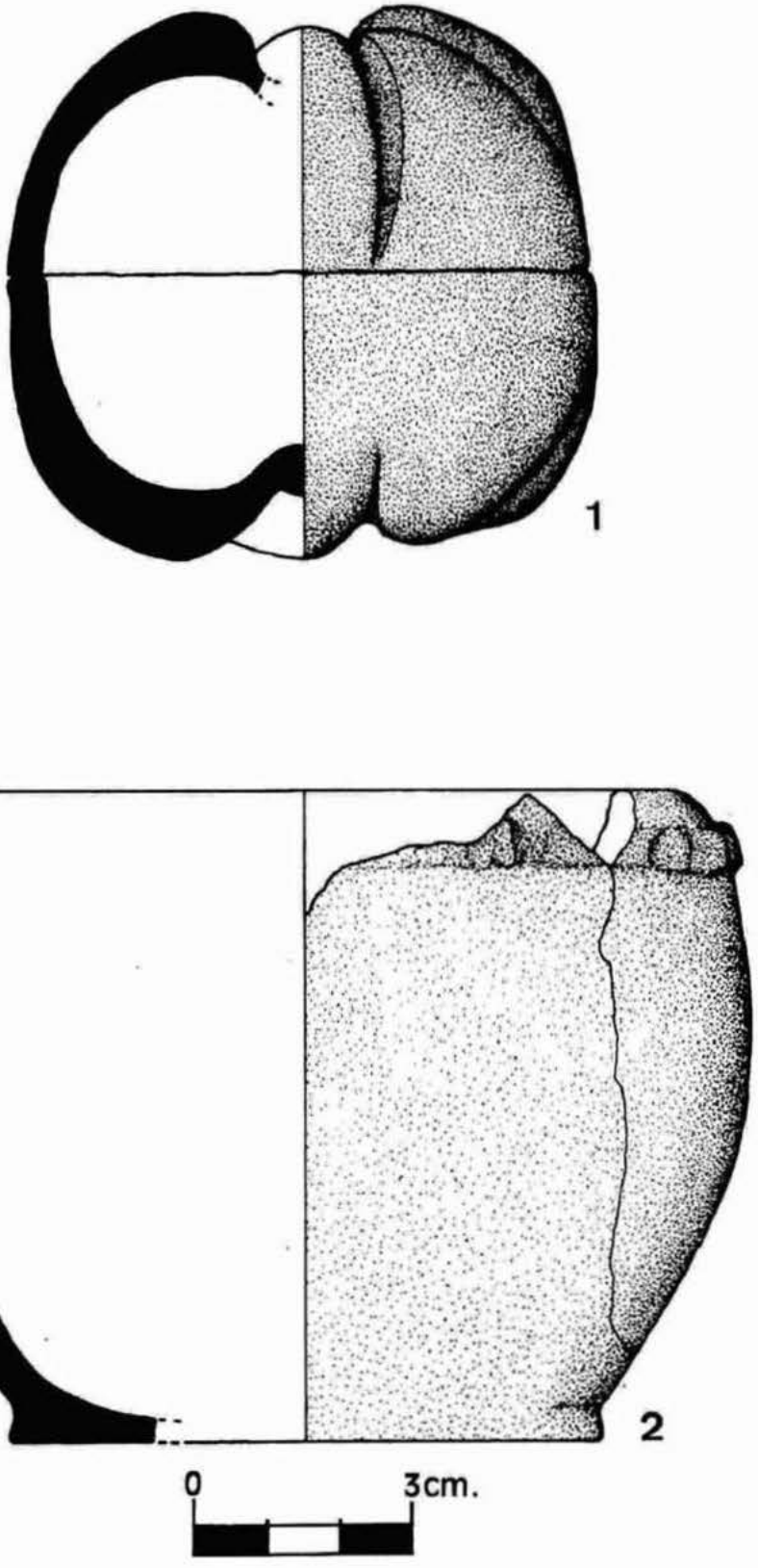


Fig. 8.— 1, Sepultura 8; 2, Sepultura 10

cuando en su día estableció la tipología de los platos del poblado de La Serreta (Aranegui, 1970: 107-121).

Entre todos ellos predominan aquellas formas de perfil curvo y borde reentrante. La deración en éstos, o bien está ausente, o bien se limita a bandas y filetes.

A un segundo tipo, le corresponden los platos de borde exvasado y perfil curvo o carenado. Uno de los ejemplares de este modelo fue utilizado como tapadera de la urna cineraria de la Sepultura 1. La decoración geométrica aquí ya es más variada, abundando las bandas y filetes que, en ocasiones, sirven para encuadrar otros motivos geométricos más complejos: círculos, semicírculos o cuartos de círculos concéntricos, series de rombos, líneas onduladas y verticales.

Una tercera variante parece destacarse en el total de las piezas observadas, al contemplar el ejemplar aparecido en la Sepultura 13. Al parecer se trataría más bien de una especie de cuenco que imita con seguridad a un vaso de importación itálica (forma Lamb. 22). Posee un borde recto con el labio saliente y un pie destacado con estrías.

De igual modo resaltamos del conjunto un plato-tapadera, que por su forma externa y características de la arcilla en la que se ha modelado —tosca y con impurezas— debería ser aceptada como de importación púnica. Lo incluímos en este apartado por las circunstancias en que éste apareció. En efecto, colocado inversamente a lo que su función inicial hubiera previsto, sirvió para cubrir la boca de la urna cineraria de orejetas de la Sepultura 14. El borde de este plato es saliente, ligeramente oblícuo, y su pomo es macizo. Cercano de aquel borde, presenta dos orificios, posiblemente de suspensión.

En cuanto al aspecto cronológico, siempre importante en este tipo de yacimientos, es difícil de determinar con precisión. Esto es debido sobre todo, a la aparente homogeneidad de las formas observadas, por un lado, y por otro, al tipo de decoración, reducida aquí a motivos geométricos que perduran durante un gran lapso de tiempo. Por lo que respecta al análisis de los tipos aparecidos en La Serreta, cabe concluir que son de sobra conocidos en casi toda el área levantina.

I.3. *Otras formas* (fig. 7)

Además de los tipos cerámicos anteriormente descritos, han aparecido fragmentos de otras formas cerámicas que se reducen a los siguientes: borde de un ungüentario al parecer fusiforme; una pequeña botellita piriforme completa de borde exvasado y base cóncava; un vasito de ofrendas de borde igualmente exvasado y base con pie anular indicado; por último, un pequeño vaso decorado, fragmentado en su base.

Constatamos además, la aparición de al menos cinco fusayolas, en el contexto mismo del enterramiento, o en ocasiones, fuera de él. Dos tipos de ellas de la Sepultura 11, otra de la Sepultura 12, y la cuarta, de la Sepultura 5b. La última, que apareció fuera del contexto, posee una forma esférica. Todas las demás presentan un cuerpo bitroncocónico regular. Una de ellas, de pasta anaranjada, muestra una decoración incisa, por su mitad superior, a base de líneas que conforman triángulos rellenos a su vez de puntos. Las otras fusayolas, de pasta clara gris, fueron halladas en un estado de conservación inferior.

II. *Cerámica Ibérica de cocina*

A continuación pasamos a analizar un tipo de cerámica cuya principal característica reside en aglutinar a unos recipientes de aspecto exterior sencillo, de superficies rugosas y ásperas y de arcillas con tonalidades oscuras, marrones o negras. Su pasta, poco depurada, posee unos desgrasantes gruesos, de calcita o de cuarzo y su función principal sería la de cocinar o ser expuestos al fuego.

Todos los restos conservados han aparecido fragmentados y no se conserva ninguna forma completa. Así el ejemplar de la Sepultura 1, configura una base cóncava indicada de una urna de cuerpo globular. El fragmento de la Sepultura 6, corresponde al borde y parte del cuerpo de una olla de borde exvasado. Por último, una serie de fragmentos aislados de bordes exvasados completarían la visión total de este conjunto de cerámica tosca de cocina.

III. *Cerámica a mano* (fig. 8)

Incluimos en este apartado dos formas cerámicas que aparecieron íntegras y que poseen la particularidad de haber sido elaboradas mediante modelado manual.

El primer tipo, representa una pequeña olla de cuerpo globular, borde reentrante y base plana con el talón indicado. Cerca del borde posee aplicado un cordón decorado con digitaciones. Su pasta es parda oscura y su superficie rugosa.

La segunda pieza responde a una forma cerámica difícil de clasificar. Pertenece a una especie de recipiente hueco, de tendencia elipsoidal, que termina por sus extremos en forma agallonada. Aparece compuesta por dos mitades casi simétricas.

IV. *Coroplastia* (fig. 9)

El arte de modelar figuras de arcilla cocida también se encuentra representado en esta exposición de materiales cerámicos más intersantes exhumados en la necrópolis de La Serreta.

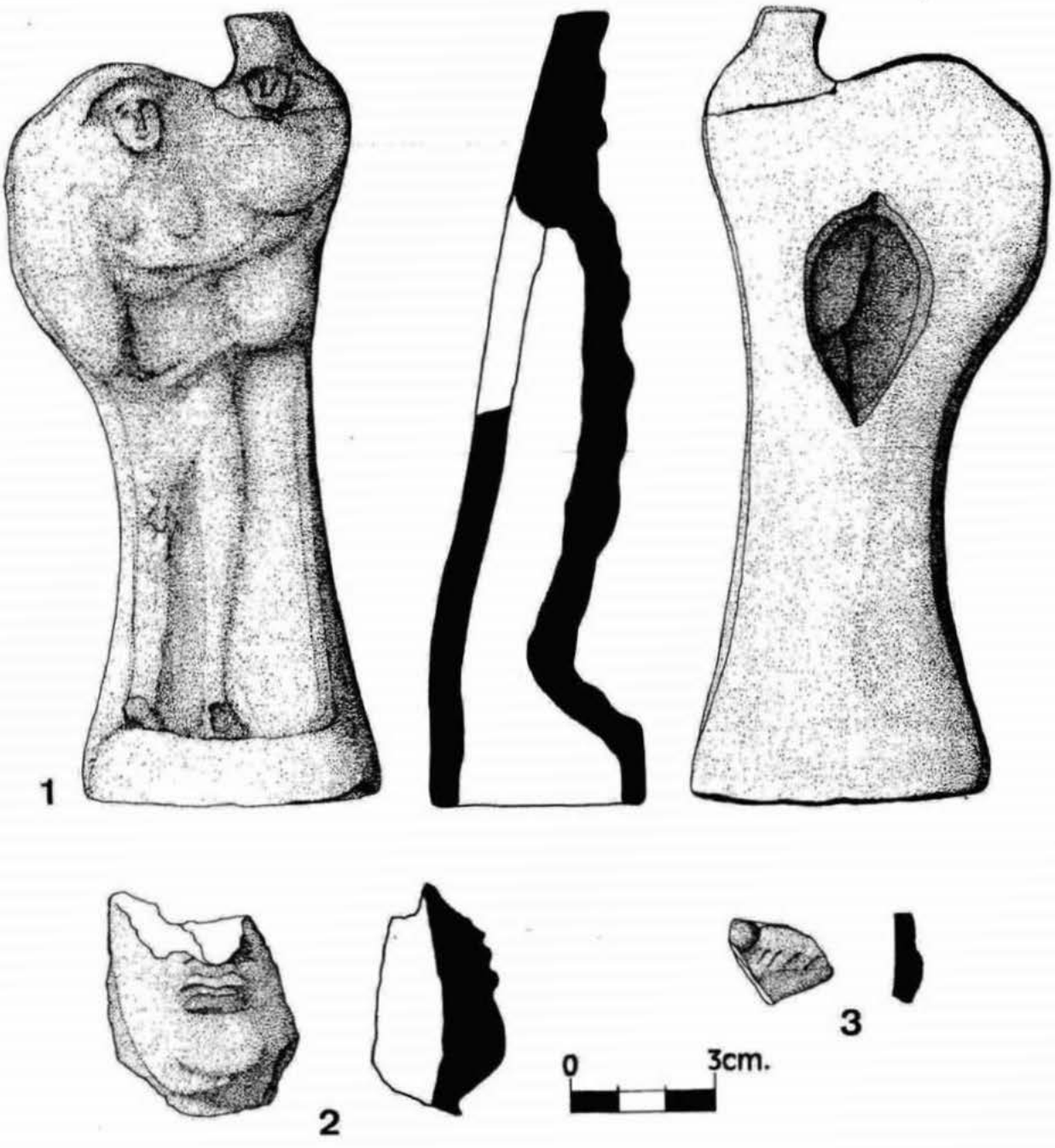


Fig. 9.— 1, 2 y 3, Sepultura 15

Resalta, entre los escasos fragmentos de terracotas aparecidos, una figura femenina de pie, de cuerpo entero, que lleva sobre su hombro izquierdo otra figurilla más pequeña de un niño, la cabeza del cual se halla ataviada con un alto tocado en forma de *kàlatos*. Ambas figuras presentan la cabeza y la espalda cubiertas por un velo que se despliega en forma de concha o alas.

Mide este ejemplar 16'5 cms. de altura. Está fabricada sobre un molde, de perfil semicircular y su arcilla tiene una coloración ocre-amarillenta. Su superficie, en apariencia grosera, se encuentra bastante desgastada y no permite detallar con mayor profundidad los detalles de los rostros y de su conjunto en general. Por su reverso, se abre un orificio vertical de forma lenticular.

El modelo iconográfico aquí observado parece identificar la figura de mayor altura como la diosa Deméter portando, sobre su hombro izquierdo a su hija Koré-Perséfone, señora de los infiernos y del mundo de ultratumba (Almagro Gorbea, 1980: Lám. XIV). Este tipo de imagen aparece bien representado en la cercana isla de Ibiza, a donde apuntan, de idéntica forma algunos de los materiales encontrados en La Serreta. En otros casos aparecidos en la isla, dicha figura femenina se representa portando ofrendas u otros objetos (*Ibid.*, 1980: 53 y ss.). La importancia de este ejemplar resalta más aún, al no haber sido hallada ninguna otra pieza similar dentro del conjunto votivo aparecido en el entorno del Santuario de este yacimiento (Juan Moltó, 1987-88: 295-331).

Un segundo ejemplar de terracota fue localizado, a escasos centímetros del anterior, dentro del contexto de la misma Sepultura 15. Se trata de un fragmento de la parte inferior de un rostro, al parecer femenino, cuya línea de fractura se localiza en la base de su nariz. Sus labios son gruesos y las mejillas y el mentón se hallan bien definidos. La longitud conservada es de 4'4 cms. × 4'5 cms. La pasta es de tonalidad ocre y su superficie se observa oscurecida a causa de la acción posterior del fuego.

Por último, otros dos fragmentos muy pequeños de difícil clasificación —posiblemente partes de otros tantos rostros—, completan este pequeño conjunto coroplástico.

C. ARMAMENTO

De un total de diecisiete sepulturas excavadas durante la campaña, seis proporcionaron armas en su ajuar (las Seps. 1, 4, 5a, 6, 11 y 15).

Analizados en conjunto, los lotes de armas varían desde la completa panoplia que porporciona la Sepultura 1, hasta el más modesto que aparece en la Sepultura 5a.

El caso de la Sepultura 1 es único hasta la fecha en la necrópolis por la cantidad de armas aportadas (Lám. II, 1):

A. ofensiva corta	.....	1 falcata
A. ofensiva larga	arrojadiza ..	2 soliferrea
	..	1 pilum
	empuñada ..	2 lanzas
	..	1 regatón
A. defensiva empuñada	.....	1 manilla de escudo
Elementos de jinete	.....	2 acicates

La falcata es la única con cabeza de caballo en esta campaña, así como la de mayor longitud.

Acompaña a esta falcata, además de los herrajes de suspensión al tahalí, una guarnición decorativa de hierro, formada por una espiga central decorada en sentido longitudinal por dos bandas paralelas de roleos enlazados, de la que parten tres abrazaderas a diferente altura, decoradas con los mismos motivos, que rodean la vaina. La última de ellas, la que corresponde a la zona de la punta, es de menor anchura que las dos anteriores. La longitud total de esta guarnición decorativa es de unos 28 cms. aproximadamente (fig. 11, 2).

Sorprende la cantidad de armas ofensivas largas, que en este caso quedan claramente diferenciadas:

—Las arrojadizas, con un n.º elevado, tres: dos de ellas son *soliferrea*, de 2 mts. aproximadamente, de longitud, que aparecen fragmentados, enrrollados sobre sí mismos alrededor de la urna cineraria. Las puntas son triangulares con aletas y los extremos inferiores apuntados. Aunque no se aprecia una zona definida de posible empuñadura, sí se observa en los distintos fragmentos un aumento del diámetro que podría corresponder a ésta; y un *pilum*, de 36'5 cms. de longitud con la punta pequeña lanceolada y leve arista entre las mesas.

—Las supuestamente empuñadas: dos lanzas de distinta longitud. Junto a éstas se encuentra un regatón, que convierte a una de ellas en un arma posiblemente empuñada. No creemos que la ausencia de un segundo regatón indique que la otra lanza tenga carácter arrojadizo, puesto que esta categoría de armas está suficientemente reprensentada en el ajuar.

La manilla de escudo, de 70 cms. de longitud es de aletas triangulares, con cuatro remaches de sujeción al cuerpo en cada una de ellas, y con sistema de suspensión de gusanillo.

Esta longitud nos proporciona el diámetro real del escudo al que perteneció, pues los vértices de las aletas están doblados hacia la cara exterior, pellizcando el borde del cuerpo.

Los acicates, únicos hasta ahora por sus características, son asimétricos, con el cuerpo rectangular de bronce, con los bordes engrosados y una anilla puente rectangular en cada uno de los extremos por donde pasaría la correa de sujeción. La punta es de hierro, de

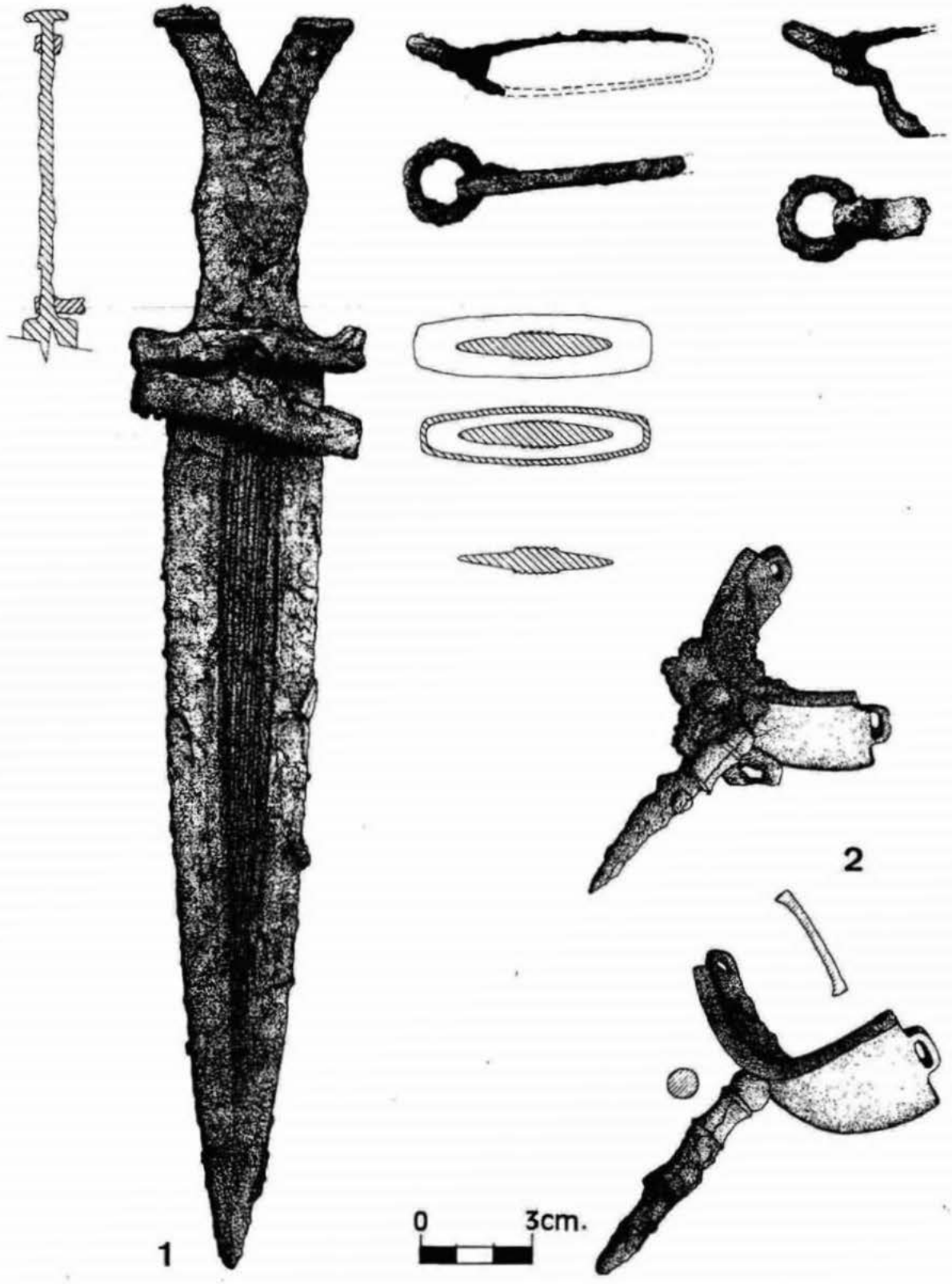


Fig. 10.— 1, Sepultura 5a; 2, Sepultura 1

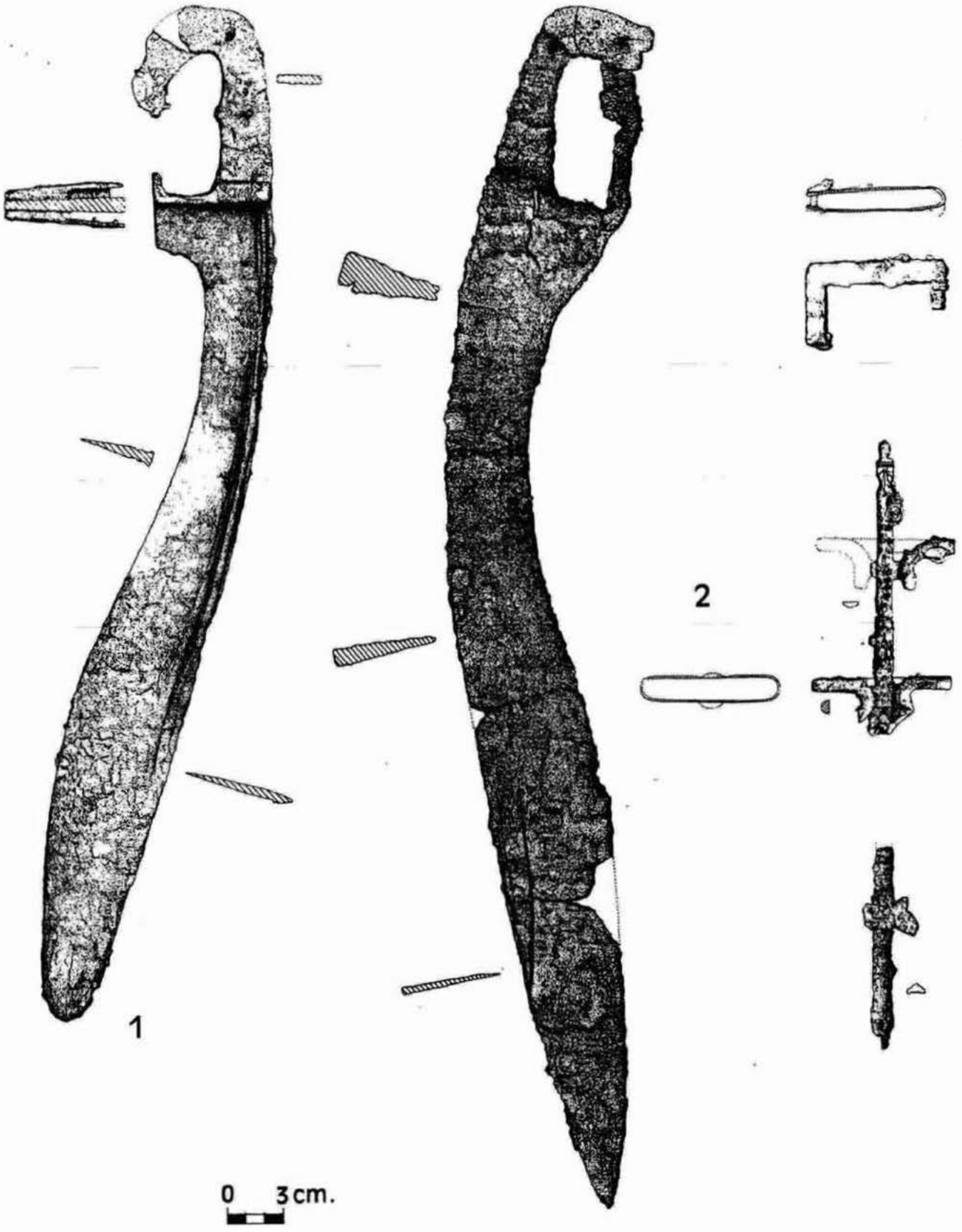


Fig. 11.— 1, Sepultura 11; 2, Sepultura 1

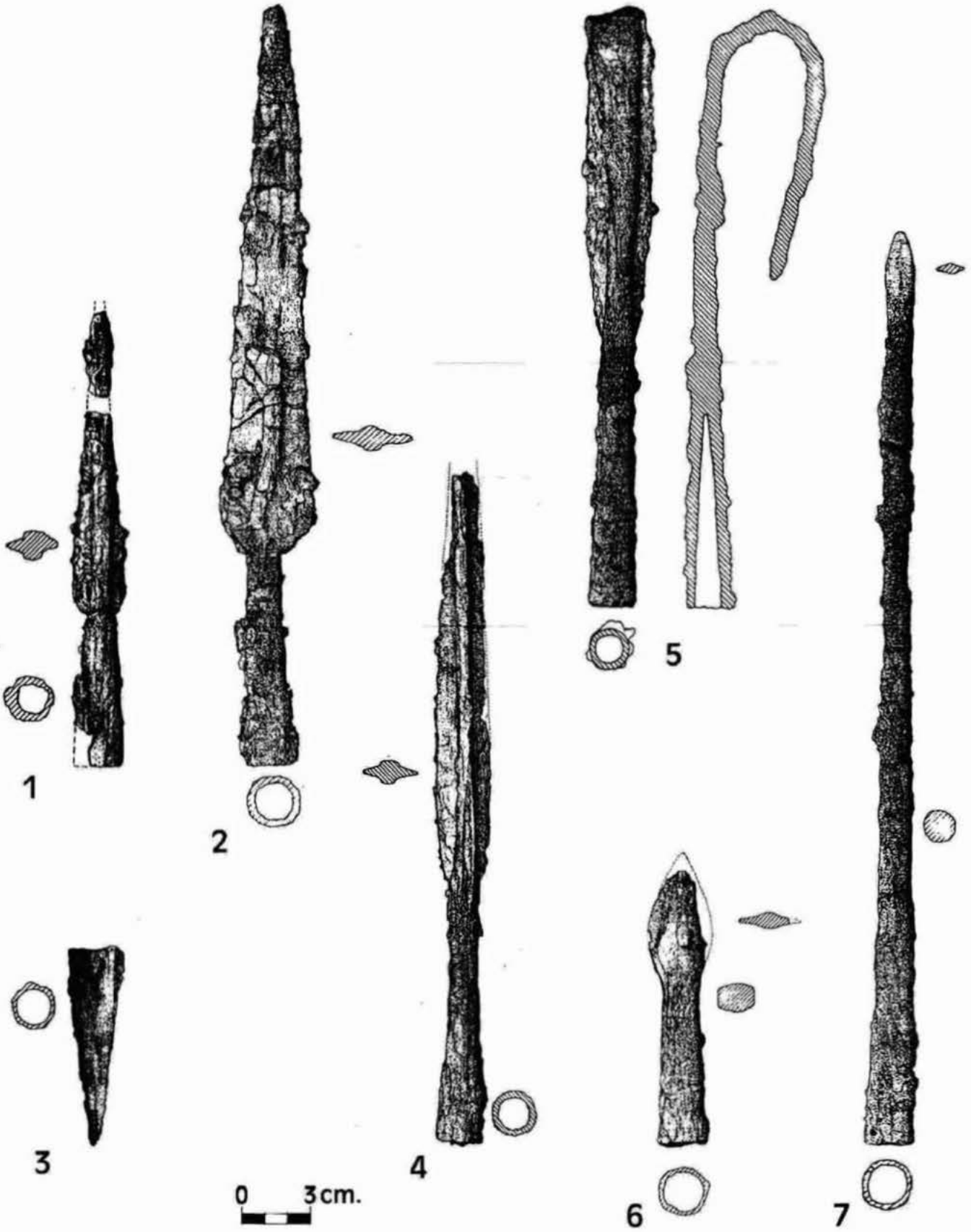


Fig. 12.— 1, 2, 3 y 7, Sepultura 1; 4 y 5, Sepultura 4; 6, Sepultura 6

6'8 cms. de longitud, está moldurado, con sección circular (fig. 10, 2).

La Sepultura 5a proporciona únicamente dos armas: una lanza y un puñal.

Este último, por sus características, hace que esta sepultura, si bien «pobre» en cantidad de armas, destaque por el interés que ofrece el ejemplar en esta zona (fig. 10, 1): se trata de un puñal de hoja triangular estrecha, con un haz central de finas acanaladuras enmarcadas por otras más profundas, paralelas a los bordes del arma. Conserva adherida la embocadura de la vaina, ligeramente desplazada de su correcta posición, con un apéndice convexo que encaja en la muesca en arco practicada en la parte inferior de la base de la empuñadura.

La embocadura tiene un remache transversal en cada extremo interior que ajusta la hoja.

Los gavilanes muestran una ligera muesca.

La empuñadura conserva tres remaches para la sujeción de las cachas. El perfil de ésta se ensancha en la zona central, donde se unen las dos mitades cóncavas, para después abrirse en dos antenas separadas por una escotadura en V. Éstas se rematan en un tope plano.

Reúne las características de los puñales del tipo Alcacer do Sal, que Cabré (Cabré y Morán Cabré, 1979: 763-774) y Cuadrado (1963: 17-27), describen con paralelos en Almedinilla, La Osera y Cigarralejo, respectivamente.

Nuestro puñal tiene el pomo y las antenas divergentes reducidas a un alma laminar, semejante a la empuñadura de la pieza de Almedinilla perteneciente a este tipo.

Se diferencia de la empuñadura del arma del Cigarralejo (aparecida en la T 204 y cuya cronología, según Cuadrado, se remonta a mediados del siglo IV a.C.) y de La Osera, en que éstas son de sección hexagonal. Sin embargo creemos posible que el recubrimiento de la empuñadura de nuestro puñal pudiera conferirle esta sección, sirviendo de remate los topes que a tal efecto conservan las antenas, sin los dos botones del pomo que presenta el arma del Cigarralejo.

Lo acompañan los dos herrajes de suspensión al tahalí.

La longitud total es de 33'5 cm. de los cuales 24 cm. corresponden a la longitud de la hoja y 9'5 a la longitud de la empuñadura.

Descripción de las armas

Armas ofensivas cortas

Falcatas.— Aparecen en cinco de las seis sepulturas y sólo una falcata en cada ajuar. Unicamente en un caso tenemos fragmentos de una posible 2.ª falcata en el mismo ajuar (Sep. 15).

En la única sepultura en que no aparece la falcata (Sep. 5a), queda sustituida esta categoría de armas por el puñal ya descrito.

La mayoría de ellas, tres, son de cabeza de ave; sólo en un caso es de cabeza de caballo, y en otro es indeterminada.

Las acanaladuras de las hojas son paralelas en los cuatro casos en que es posible identificarlas.

La asociación de estas dos circunstancias parece ser indicio de antigüedad dentro del armamento ibérico, pues no se conocen ejemplares que reúnan estas características en Baja Época (Quesada, 1988: 285).

Las longitudes varían desde los 64 cms. (Sep. 1), a los 55 cms. (Sep. 11) (fig. 11, 1).

Armas ofensivas largas

Dentro de éstas podemos señalar como claramente arrojadizas los dos *soliferrea* y el *pilum* ya descritos de la Sepultura 1, y una jabalina que aparecen en la Sepultura 6, que aunque se asocia a un regatón, creemos que es un arma específicamente arrojadiza por su característica punta corta y maciza y su cubo relativamente largo en relación a la hoja.

En cuanto a las lanzas, no siempre es posible determinar su función.

Aparecen en cuatro sepulturas, en dos de las cuales (Seps. 1 y 4) hay 2 ejemplares, siempre una más larga que la otra y asociadas, en ambos casos, a un sólo regatón, lo que parece indicar que una es empuñada y otra arrojadiza.

En las otras sepulturas en cambio, aparece sólo una lanza, en su caso sin regatón y en otro con dos regatones.

Las longitudes varían entre 45 cms. máximo (Sep. 4), y 16 cms. mínimo (Sep. 11) (fig. 12).

Armas defensivas

Hemos comprobado que éstas siempre se asocian a una falcata y su presencia en una sepultura siempre es indicadora de la existencia de una falcata.

No sucede sin embargo la opción contraria: la presencia de una falcata no siempre es garantía de que haya un arma defensiva en el ajuar.

Esto revela la coherencia de los ajuares, que reflejan la realidad del armamento utilizado y reafirma el protagonismo de la falcata como arma a la que se subordinan, en contextos funerarios, las defensivas.

Empuñadas.— Las manillas de escudo aparecen en cuatro sepulturas, y sus longitudes oscilan entre los 70

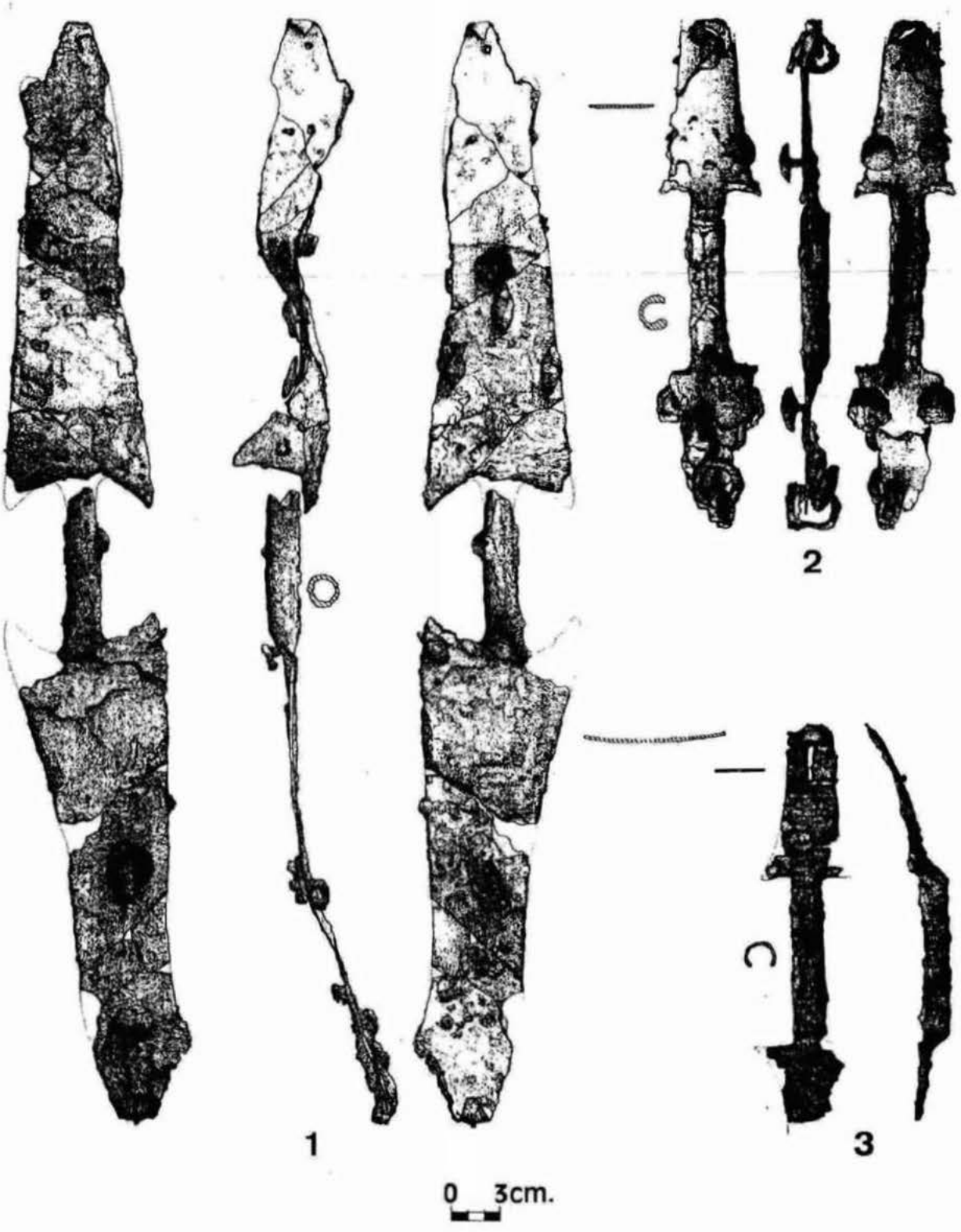


Fig. 13.— 1, Sepultura 1; 2, Sepultura 11; 3, Sepultura 6

cms. de la pieza descrita de la Sepultura 1, y los 31 cms. de la que aparece en la Sepultura 11 que está casi completa (fig. 13).

Todas ellas presentan un perfil plano, salvo la de la Sepultura 6 que es claramente cóncava.

En este apartado es necesario describir uno de los hallazgos más espectaculares de los obtenidos hasta hoy en la necrópolis: se trata de un umbo aparecido en la Sepultura 11 que cubría los restos de la cremación.

Es una pieza de bronce, con casquete central, el cual presenta una perforación centrada en su parte superior.

La decoración está distribuida en franjas concéntricas que se disponen de dentro hacia fuera de la siguiente forma: dos series de aspas o equis incisas alternan con una secuencia de parejas de triángulos incisos unidos por sus vértices, dispuestos sin que lleguen a unirse, de mayor tamaño que los motivos exteriores, dejando dos espacios sin decoración entre las tres franjas; la banda exterior, de 3 cms. de ancho, presenta un calado con motivos de eses enfrentadas y ligadas entre sí, silueteadas por una línea incisa. Alternan con motivos de flor de loto entre palmetas, que aparecen de tres en tres (fig. 14).

En la misma sepultura apareció una manilla de escudo, con los remaches de sujeción en posición original. Cabría pensar que pertenece a la misma pieza que el umbo de no ser porque éste no presenta perforación alguna por la que pudieran pasar los remaches (que quedarían a la altura de la franja sin decoración), ni roturas que indicaran que la manilla y el umbo habían sido separadas. De tratarse de dos partes de la pieza, y puesto que los remaches aparecen en su lugar, ambas, umbo y manilla, hubieran aparecido unidas por éstos. Creemos pues que se trata de dos piezas distintas.

No hemos podido observar huellas de golpes producidos por armas, ni cortantes ni aplastantes, y la perforación cenital no presenta desgaste. (Conversación personal mantenida con Fernando Quesada.)

MEDIDAS
diámetro total: 24'5 cms.
diámetro casquete: 11 cms.
grosor lámina bronce: 0'1 cm.
altura casquete: 4 cms.

Corporales.— Sólo en un caso, Sepultura 4, aparece este tipo de armas defensivas.

En esta sepultura se da la circunstancia de que a una manilla de escudo se asocian 2 discos coraza (fig. 15).

Se trata de 2 discos de bronce, de 25 cms. de diámetro, con un reborde exterior de hierro. En cuatro puntos de éste, el hierro conforma una abrazadera que encierra una anilla, por las que pasaría el correaje de suspensión.

No presenta decoración.

Uno de estos discos cubría los huesos de la cremación, y el otro se encontraba doblado sobre sí mismo y retorcido.

En la sepultura 400 de la Necrópolis Ibérica de «El Cabecico del Tesoro», Murcia, aparecen un par de discos coraza de hierro, con una cronología de la primera mitad del siglo IV a.C., fecha que para Quesada (1989: 23) es algo más tardía que la atribuible a la de las piezas fabricadas en bronce.

Complementos del armamento: cuchillos afalcatados y correajes

Incluimos los cuchillos afalcatados dentro del apartado de complementos del armamento puesto que creemos que ésta es su función, sin las implicaciones militares que tiene el resto de la panoplia, además de su función como utensilio doméstico.

En la necrópolis aparecen en dos sepulturas: mientras en la 5a se asocia a armamento (puñal y lanza), en la 13 no hay nada en el ajuar que indique que se trata de una sepultura de guerrero, por lo que a pesar de la presencia del cuchillo no la hemos incluido entre las sepulturas con armas (fig. 16).

Otro de los complementos sería el tahalí, o las piezas que quedan de él: los pasadores de bronce, que siempre se hallan en las sepulturas en que las armas están representadas. En unos casos aparece un sólo ejemplar (Seps. 5a, 6, 11), mientras que en otros son dos (Seps. 1 y 4).

Aunque no hemos incluído a la Sepultura 7 entre las sepulturas con armas, puesto que apenas proporciona fragmentos de herraje de suspensión, ahora debemos mencionarla al aparecer en ella un pasador y un fragmento de otro.

Los tipos más frecuentes son dos: de cabeza circular plana, o plano-convexa, en algunos casos con apliqué central (Sep. 1), y de cabeza en forma de hoja de hiedra (Sep. 4) (fig. 16).

Aunque las hebillas puedan ser incluidas en la categoría de adorno personal, preferimos mencionarlas en este apartado pues todas ellas han aparecido en sepulturas con armas, lo que nos lleva a plantear que podría tratarse de elementos de correajes de guerrero, por lo menos en los casos que aquí exponemos.

Contamos con ejemplares, tanto en hierro como en bronce, en las siguientes sepulturas:

—La Sepultura 1 proporciona tres de hierro, dos de los cuales son rectangulares grandes y dos de bronce, una de ellas pequeñísima, que por su forma y dimensiones podría tratarse de la hebilla de sujeción de una de las espuelas.

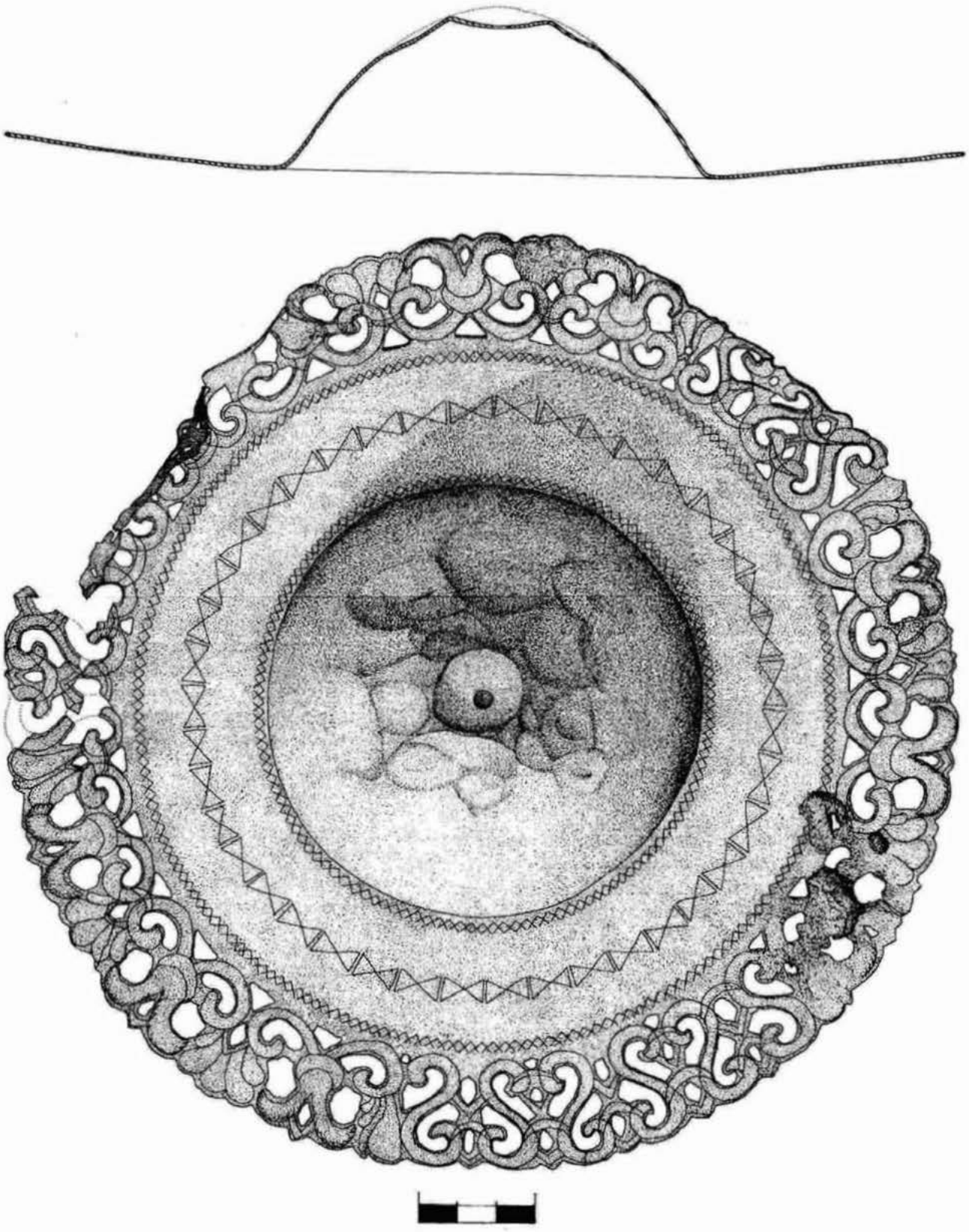


Fig. 14.— Sepultura 11

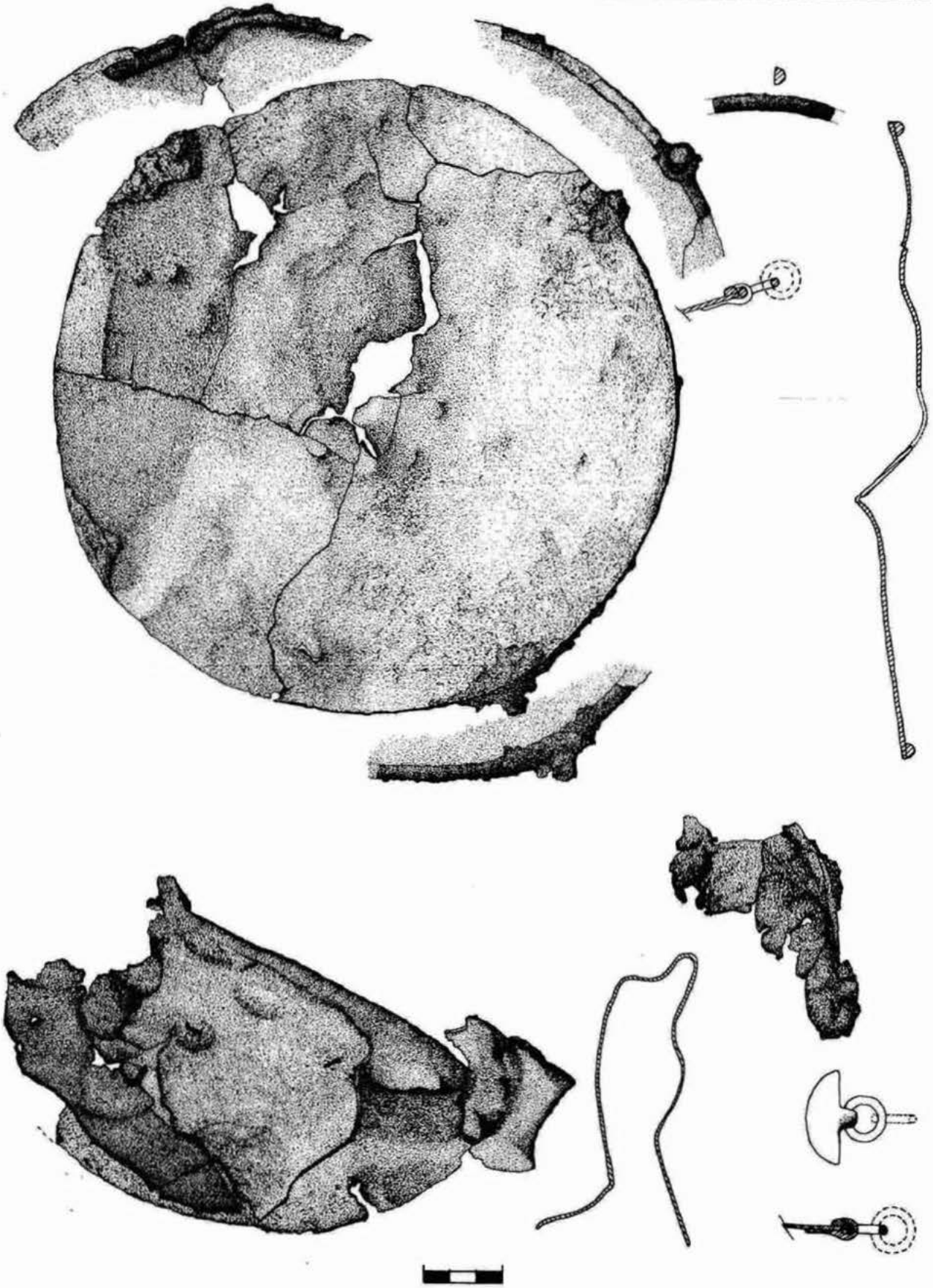


Fig. 15.— Sepultura 4

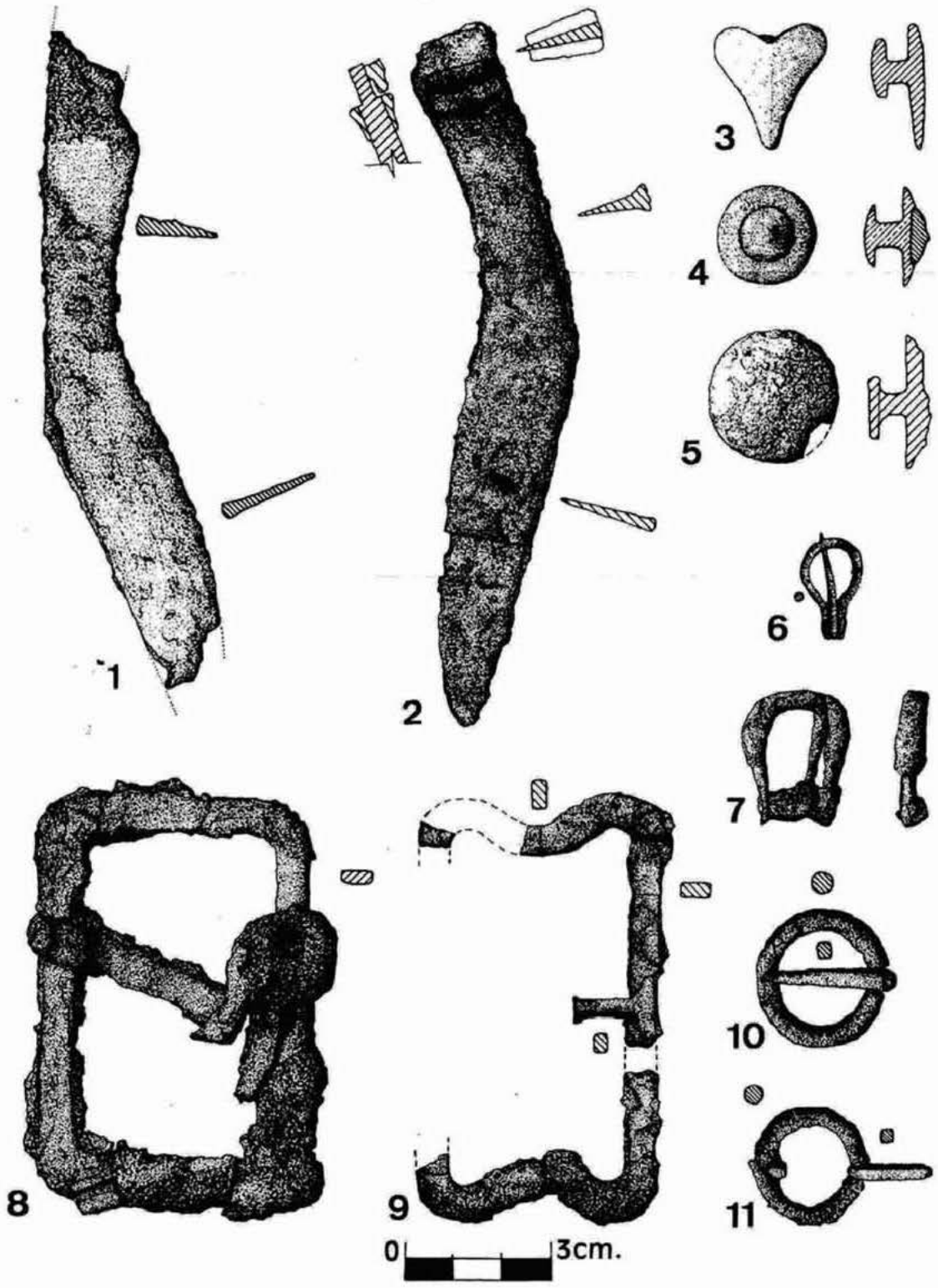


Fig. 16.— 1, Sepultura 13; 2, Sepultura 5a; 3 y 11, Sepultura 4; 4, 6, 7, 8 y 9, Sepultura 1; 5, Sepultura 11; 10, Sepultura 15

—Las Sepulturas 4 y 15 ofrecen una hebilla circular de bronce en cada caso (fig. 16).

Situación de las armas en las sepulturas

En los casos en que existe urna cineraria, las armas se disponen rodeándola, como en la Sepultura 1, o junto a ella, Sepultura 6.

Si no hay urna cineraria, a menudo una de las armas tiene una «posición destacada» respecto a las demás: en el caso de la Sepultura 4 el disco coraza cubre los restos de la cremación, y en el caso de la Sepultura 11, el umbo cumple la misma función, estando el resto de las armas algo separadas de la pieza destacada (fig. 1).

No hemos podido observar una orientación de las armas que sirva de patrón en todas las sepulturas. En cada caso adoptan una orientación particular.

Sí se aprecia, en cambio, una intencionalidad en la deposición de las armas en el espacio de la sepultura, por ejemplo en la 11, en que la manilla del escudo está perpendicular a la falcata, y paralela a ésta la lanza y los regatones. El umbo estaba centrado en el área de la sepultura. Es la única que presenta una clara orientación de sus elementos NE-SW (fig. 1) (Lám. II, 2).

Inutilización de armas

En algunos casos resulta evidente la inutilización de las armas, como por ejemplo en los dos *soliferrea* enrrollados alrededor de la urna, algo que es habitual en este tipo de armas.

Las Sepulturas 4 y 6 presentan sus correspondientes falcatas dobladas sobre sí mismas.

Entre las lanzas, sólo una (Sep. 4), aparece doblada, y es precisamente la más larga de las dos que aparecen en la sepultura.

Entre las manillas de escudo sólo la de la Sepultura 1 aparece retorcida en sentido longitudinal y doblada junto a los *soliferrea*.

Y por último, en la Sepultura 4, ya hemos mencionado que el disco coraza que no cubría los restos óseos, estaba doblado sobre sí mismo.

Salvo en el caso de los *soliferrea*, de gran longitud, no creemos que el motivo de la inutilización sea el espacio disponible, sobre todo tratándose de piezas de corta longitud, habiendo constatado que existía espacio suficiente para la deposición de las armas sin dobleces en el área de las distintas sepulturas.

D. ELEMENTOS DE ADORNO Y USO PERSONAL

Fíbulas

Aparecen en siete sepulturas (3, 4, 5a, 6, 12, 14 y 15), que cuentan con un ejemplar, excepto en las Sepulturas 14 y 15 que registran dos. Todas las fíbulas corresponden al tipo anular hispánico, con diferentes variantes de puente, y dominando el tipo rectangular con extremos lobulados (en las Sepulturas 5a, 6, y una de la 15). Las restantes presentan el puente de cazoleta y romboidal.

Destaca por su gran tamaño la fíbula de la Sepultura 6 (con 8 cms. de diámetro) y el fragmento de anilla de la localizada en la Sepultura 15 (con 12 cms. aproximadamente de diámetro).

Dentro de este apartado haremos mención de las fíbulas sin contexto dentro de las sepulturas: dos fíbulas del tipo La Tène y dos anulares hispánicas, una de ellas con puente rectangular y extremos lobulados, y otra con puente de timbal (fig. 17).

Salvo la fíbula de la Sepultura 3, que es de hierro, los restantes son de bronce.

Colgantes

Se incluyen en esta categoría de elementos de adorno personal las cuentas de collar de pasta vítrea y una serie de apliques, igualmente de pasta, de silueta oval y sección plano-convexa (representados por un sólo ejemplar en las Sepulturas 6, 9 y 10), que en algún caso presentan un canal longitudinal que permitiría la suspensión (mediante hilos) del colgante, como ocurre en cuatro ejemplares: uno de la Sepultura 9 y tres de la 10, uno de los cuales conserva dos finos hilillos de plata (fig. 18).

Otro tipo de cuentas son las esféricas agallonadas, de pasta azul y turquesa (tres de ellas en la Sepultura 10 y tres en la 15) (fig. 18).

Fuera de contexto de las sepulturas aparecen 3 ejemplares de este tipo.

Asimismo contamos con dos ejemplares de cuentas esféricas de las denominadas de «ojos» en las Sepulturas 12 y 15 (fig. 18).

Una variante de este tipo de cuentas, en este caso de silueta anular agallonada, pero que presentan mayor fragilidad, están presentes en las Sepulturas 9, 10 y 15, que registran un sólo ejemplar en cada ajuar (fig. 18).

Otro tipo de colgante que proporciona la necrópolis son los amuletos ibicencos de tipo egipcio, hallados en las Sepulturas 9 y 10 (fig. 18).

El encontrado en la Sepultura 10 representa, posiblemente, un enano pateco panteo (Fernández-Padró,

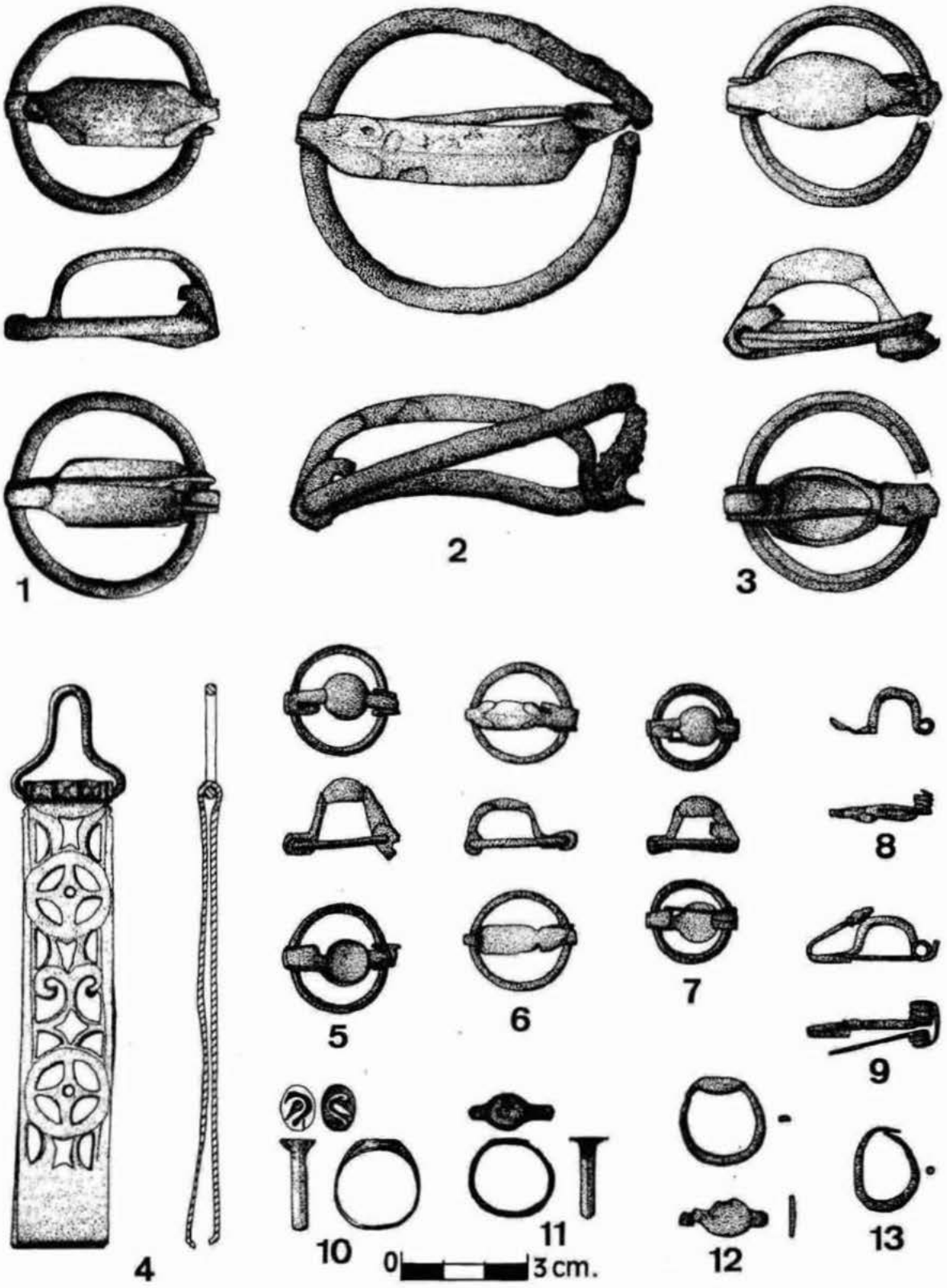


Fig. 17.— 1, Sepultura 5a; 2, Sepultura 6; 3, Sepultura 14; 4 y 10, Sepultura 11; 5, Sepultura 12; 6, 7, 8 y 9, fuera de sepultura; 11, Sepultura 15; 12, Sepultura 9; 13, Sepultura 1

1986: Fig. 1, 5; Láms. I y II). Conservado en su mitad superior, se halla fragmentado a la altura del arranque de ambas piernas.

Los detalles de su rostro y cuerpo, tanto en el anverso como en el reverso, se encuentran en muy malas condiciones de conservación, no obstante, resalta de entre éstos una cabeza enorme y desproporcionada, en cuya base se abre un orificio de suspensión. Por su parte frontal, a la altura del vientre, convergen sus dos brazos doblados. En el dorso aparece representada una figura de perfil con ambos brazos también doblados, que discurren en direcciones opuestas.

El desgaste de la pieza y su fractura, no permiten detallar otros rasgos complementarios. Su longitud conservada es de 27 mm. x19 mm.

El ejemplar que ofrece la Sepultura 9, del mismo tipo que el anterior, de pasta vidriada verde, representa un enano pateco (*Ibid.*, 1986: 15; Fig. 1, 2; Lám I, 1). Conservado íntegro a excepción de la cabeza, presenta un desgaste superior al del ejemplar anterior.

Este tipo de amuletos son conocidos según Fernández y Padró no sólo en Egipto, sino que son muy numerosos en Cartago, así como en Cerdeña. En la Península Ibérica, han aparecido ejemplares en Villaricos, Gorham's Cave, Cádiz y Puente de Noy, Almuñecar, con una cronología dentro de la primera mitad del s. IV a.C. (*Ibid.*, 1986: 17; notas 1-8).

Por último, un colgante de plata, hallado en la Sepultura 1, con silueta oval y una pequeña anilla de suspensión, presenta engarzada en su interior un aplique de materia anacarada (fig. 18).

Pendientes

La orfebrería ibérica, en oro y plata, únicamente aparece representada en las Sepulturas 1, 14 y 15.

Las arracadas de oro muestran diversa tipología:

—De aro torceado y tres granos dispuestos en triángulo invertido (pieza de la Sepultura 1) que incluye una pequeña cuenta de pasta —esférica achatada— atravesada por el aro.

—Arete amorcillado de cordones torceados (ejemplar del ajuar de la Sepultura 1).

—Arete amorcillado de sección hexagonal, con hilo de oro en espiral en ambos lados (pertenece a la Sepultura 14).

—Arete amorcillado de sección plana (proporcionado también en la Sepultura 14) (Lám. IV, 2).

En los dos primeros casos los extremos del aro se presentan cerrados, enrrollado cada extremo sobre el opuesto. Las dos arracadas de la Sepultura 14 mantienen sus extremos sobrepuestos sin arrollar.

Un pendiente de plata de sección circular y extremos apuntados, formaba parte del ajuar de la Sepultura 1 (fig. 17). La Sepultura 15 proporcionó una pareja de pequeños pendientes, igualmente de plata, de forma anular, pero que no conserva los extremos.

Sortijas

Dentro del grupo de anillos de sección plana o plano-convexa, se constata la presencia de este tipo de anillos de bronce en las Sepulturas 3, 6, 12 y 14.

Las sortijas con chatón forman parte de los ajuares de tres sepulturas: una de bronce, con chatón liso, en la 9; una de plata con grabado en hueco de un ave, en la Sepultura 11 (fig. 17); otra más de plata que presenta un motivo indeterminado igualmente grabado en hueco, en la Sepultura 15.

Pulseras

Un único tipo de pulsera, consistente en un delgado hilo de bronce de sección circular o cuadrada, y de diámetro nunca superior al milímetro, se constata en las Sepulturas, 1, 9, 11 y 13, y en todos los casos se reduce a pequeños fragmentos que no permiten conocer la longitud y características de las mismas.

Elementos de hueso

La urna cineraria de orejetas de la Sepultura 14, contenía en su interior, junto con los restos óseos de la cremación, una placa de hueso decorada, de silueta rectangular y sección plano-convexa, que reproduce un motivo en bajorrelieve, en el que se aprecian las siluetas de dos bóvidos postrados sobre sus cuartos delanteros, de manera que uno de ellos se sobrepone al que ocupa el extremo izquierdo de la placa (fig. 18).

El borde aparece ligeramente engrosado, delimitado por una línea sobre la que se disponen unas perforaciones circulares que rodean el motivo, incompleto en su extremo derecho.

La longitud es de 52 mm., la anchura es de 17 mm. y el grosor de la placa de 2 mm.

Al respecto de esta placa, conocemos una pieza semejante del ajuar del *silicernium* de la Tumba 25 de los Villares (Albacete) fechada aproximadamente a mediados del s. V a.C. (Blánquez, 1990; fig. 68, n.º 6540-1).

La Sepultura 15 proporciona un agujón de hueso, incompleto en su parte central, decorado en la zona superior con tres series de líneas incisas, que forman un motivo de dientes de sierra, delimitados por líneas incisas horizontales, que conforman dos bandas intermedias sin decorar (fig. 18).

La longitud conservada, en los dos fragmentos, es de 10 cms. aproximadamente y la sección, circular, máxima es de 6 mm.

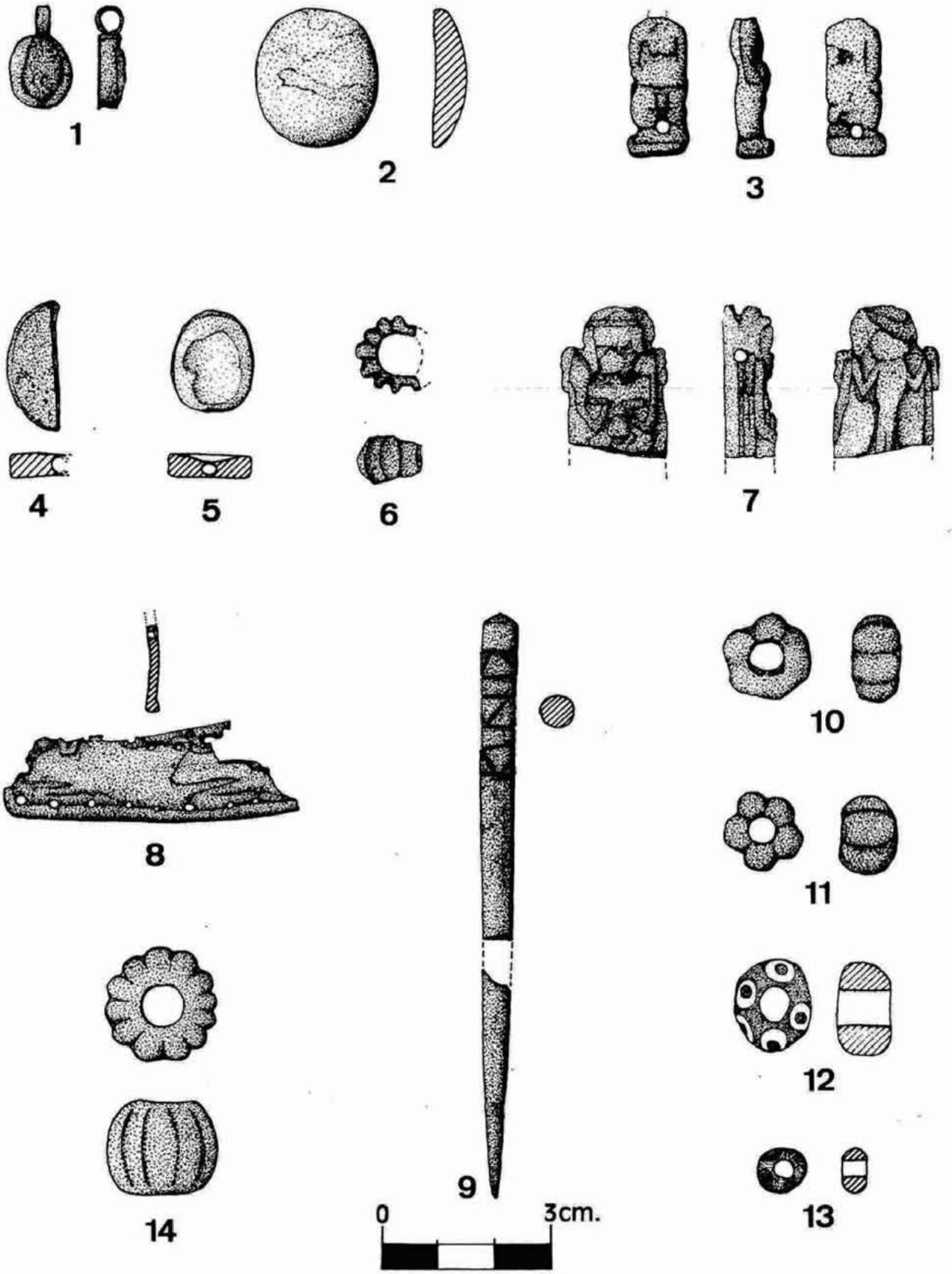


Fig. 18.— 1, Sepultura 1; 2 y 3, Sepultura 9; 4, 5, 6 y 7, Sepultura 10; 8, Sepultura 14; 9, 10, 11 y 13, Sepultura 15; 12, Sepultura 12; 14, fuera de sepultura

Pinzas

Entre el ajuar de la Sepultura 11 aparecen unas pinzas de bronce con los brazos o palas rectangulares, decoradas con motivos calados: círculos con cuatro radios curvados y perforación central, segmentos curvos y dos hojas estilizadas. Estos motivos están silueteados por un puntillado (fig. 17).

La cabeza o puente de unión, que conserva una anilla estrangulada de suspensión, está decorada con tres bandas que inscriben un aspa cada una.

La longitud total es de 11'3 cms. y la anchura de 2'2 cms.

CONCLUSIONES

Este estudio preliminar de la necrópolis confirma, en principio, la cronología general inicialmente atribuida al poblado de La Serreta (Llobregat, 1972: 56). Dicha cronología y el registro documental coincide con los contextos que presentan los poblados de Covalta (Vall de Pla, 1971) y Bastida (Lamboglia, 1954), situados ambos en la misma área geográfica donde se ubica La Serreta.

Viene configurado así un horizonte cultural cuya pauta nos la marca, en primer lugar, las cerámicas áticas. Dichas importaciones podríamos encuadrarlas entre principios del s. IV a.C. y la primera mitad del s. III a.C.

Idéntico margen cronológico viene representado también por la cerámica ibérica, tanto en sus formas —urnas de orejetas, vasos bitroncocónicos—, como en general por los motivos decorativos que se inscriben dentro del estilo geométrico sencillo.

En cuanto al armamento, posiblemente el predominio de las falcatas con cabeza de ave y acanaladuras paralelas, el puñal de antenas del tipo Alcacer do Sal, los discos coraza de bronce y la aparición de fíbulas del tipo La Tène antiguas (Cuadrado, 1987), nos remiten igualmente a una datación antigua.

Es bastante representativo, sin duda, que en tan sólo diecisiete sepulturas excavadas, los límites cronológicos sean más amplios de lo esperado en principio. Seguramente nos encontremos —y futuras campañas nos lo podrán confirmar— ante un ejemplo más de estratigrafía horizontal.

Por lo que respecta al tipo de sepulturas, pocas variantes —cosa lógica por otra parte— hemos podido observar hasta el momento. Y más si tenemos en cuenta la escasa potencia estratigráfica del terreno excavado que nunca excede de los 50 cms. de profundidad. En general, son frencuentes los depósitos cinerarios formados por pequeñas fosas que suelen guardar las cenizas y carbones con restos de los ajuares. En tan sólo cuatro casos los enterramientos presentaban, al parecer, una especie de estructuras de piedras.

En cuanto al rito funerario, únicamente se halla representado el de la cremación del cadáver. Hasta el momento, las manchas de cenizas que se han encontrado no permiten considerarlas, en ningún caso como *ustrinum*. Por otra parte, el lugar de las cremaciones no debió, al parecer, estar muy alejado del sitio donde se depositaban los restos calcinados, si tenemos en cuenta los restos de carbones aparecidos en más de un enterramiento.

La escasa extensión excavada de la necrópolis, así como el corto número de sepulturas exhumadas, no nos permiten, por el momento, señalar otro tipo de conclusiones que esperamos, con el tiempo y el rigor necesario, ir progresivamente aumentando.

BIBLIOGRAFÍA

Almagro Gorbea, M.ª J. (1980): *Catálogo de terracotas de Ibiza*. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.

Aranegui Gascó, C. (1970): «Cerámica ibérica de la Serreta (Alcoy): los platos». *P.L.A.V.* 10, Valencia, pp. 107-121.

Aranegui, C. y Pla, E. (1980): «Cerámica Ibérica». *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*. Mesa Redonda 10° Aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología. Madrid.

Arribas, A. *et alii* (1987): *El barco de El Sec (Calvià, Mallorca)*. Ajuntament de Calvià-Univ. de Les Illes Balears, Mallorca.

Beazley, J.D. (1948): «La cerámica ática del Cabezo del Tío Pío en Archena (Murcia)». *C.H.P.* III, pp. 43-49.

Blánquez Pérez, J.J. (1990): *La formación del mundo ibérico en el sureste de la Meseta. (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*. Instituto de Estudios Albacetenses. C.S.I.C. Serie I. Ensayos Históricos y Científicos, n.° 53. Albacete.

Broncano, S. *et alii* (1985): «La necrópolis ibérica de "El Tesorico", Agramón, Hellín. Albacete». *N.A.H.* 20, pp. 43-183.

Cabré, M.E. (1948): «Los discos coraza en ajuares funerarios de la Edad del Hierro en la Península Ibérica». *C.A.S.E.* IV, Elche, pp. 186-190.

Cabré de Morán, E. y Morán Cabré, J.A. (1979): «Aportación al estudio tipológico de las espadas "Alcácer do Sal". Una nueva serie descubierta en la necrópolis de la Osera (Chamartín de la Sierra, Avila)». *C.N.A.* XV, Lugo, pp. 763-770.

Cuadrado Díaz, E. (1963): «Puñales de antenas en territorio ibérico». *Zephyrus* XIV, Salamanca, pp. 17-27.

Cuadrado Díaz, E. (1972): «Tipología de la cerámica ibérica de El Cigarralejo (Murcia)». *T.P.* 29, Madrid.

CUADRADO DÍAZ, E. (1979): «Espuelas ibéricas». *C.N.A.* XV, Lugo, pp. 735-740.

CUADRADO DÍAZ, E. (1987): *La necrópolis ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)*. B.P.H. vol. XXIII. Madrid.

CUADRADO DÍAZ, E. (1989): *La panoplia ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)*. Editora Regional de Murcia. Colección Documentos Serie Arqueología n.º 3. Murcia.

FERNÁNDEZ, J. y PADRÓ, J. (1979): *Amuletos de tipo egipcio del Museo Arqueológico de Ibiza*. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza. Ibiza.

FLETCHER VALLS, D. (1965): *La necrópolis de La Solivella (Alcalá de Chivert)*. Serie de T.V. del S.I.P. n.º 332. Valencia.

GARCÍA CANO, J.M. (1982): *Cerámicas griegas de la región de Murcia*. Biblioteca Básica Murciana, 6. Diputación Provincial de Murcia.

GARCÍA CANO, J.M. (1985): «Cerámicas áticas de figuras rojas en el sureste peninsular». *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica*. Taula Rodona 75° Aniversari de les excavacions d'Empúries (Empúries, Març 1983). Monografies Emporitanes VII. Barcelona.

JUAN MOLTÓ, J. (1988): «El conjunt de terracotes votives del Santuari ibèric de la Serreta (Alcoi, Concentaina, Penáguila)». *Saguntum* 21, Valencia, pp. 295-329.

JULLY, J.J. y NORDSTRÖM, S. (1966): «Les vases a oreillettes perforées en France et leur similaires en Mediterranée Occidentale». *A.P.L.* XI, Valencia, pp. 99-124.

LAMBOGLIA, N. (1954): «La cerámica «precampana» della Bastida». *A.P.L.* V, Valencia, pp. 105-139.

LLOBREGAT CONESA, E. (1972): *Contestania Ibérica*. I.E.A. Diputación Provincial de Alicante. Alicante.

LLOBREGAT CONESA, E. (1984): «Iberización». *Alcoy. Prehistoria y Arqueología. Cien años de Investigación*. Excmo. Ayuntamiento de Alcoy. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. Alcoy, pp. 231-258.

MARTÍNEZ GARCÍA, J.M. (1989): «La necrópolis ibérica de Las Peñas (Zarra, Valencia). *A.P.L.* XIX, Valencia, pp. 7-76.

MOREL, J.P. (1986): «La céramique à vernis noir de Carthage, sa diffusion, son influence». *Cahiers des Etudes Anciennes*, XVIII. Carthage, VIII. Québec.

NORDSTRÖM, S. (1973): *La céramique peinte ibérique de la province d'Alicante*. I-II. Acta Universitatis Stockholmiensis. Estocolmo.

PICAZO, M. (1977): *La cerámica ática de Ullastret*. Instituto de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona.

QUESADA SANZ, F. (1988): «Las acanaladuras en las hojas de falcatas ibéricas». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid*, 15. Madrid, pp. 275-299.

QUESADA SANZ, F. (1989): *Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de «El Cabecico del Tesoro» (Murcia, España)*. B.A.R. International Series, 502, 2 vols. Oxford.

QUESADA SANZ, F. (1990): «Armamento de supuesta procedencia meseteña en las necrópolis ibéricas de Murcia». *II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis Celtibéricas*. Institución Fernando El Católico. C.S.I.C. Excma. Diputación de Zaragoza. Zaragoza, pp. 231-240.

ROUILLARD, P. (1975): «Les coupes attiques à figures rouges du IV siècle en Andalousie». *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XI, París, pp. 21-51.

SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (1981): «La cerámica ática de Ibiza en el Museo Arqueológico Nacional». *T.P.* 28, pp. 281-316.

SANMARTÍ, E. (1979a): *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode*. Inst. de Prehistoria y Arqueología. Monografies Emporitanes IV, Barcelona.

SANMARTÍ, E. (1979b): «La cerámica de barniz negro y su función delimitadora de los horizontes ibéricos tardíos (s. III-I a.C.)». *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*. Mesa Redonda 10° Aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid, pp. 163-179.

SCHULE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. 2 vols. Berlín.

SEGURA MARTÍ, J.M. y CORTELL PÉREZ, E. (1984): «Cien años de arqueología alcoyana 1884-1984». *Alcoy, Prehistoria y Arqueología. Cien años de investigación*. Excmo. Ayuntamiento de Alcoy. Instituto de Estudios Juan Gil-Albert. Alcoy, pp. 31-131.

TRÍAS, G. (1967/68): *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*. The William L. Bryant Foundation. Publicaciones de Arqueología Hispánica, II, 2 vols. Valencia.

VALL DE PLA, M.A. (1971): *El poblado ibérico de Covalta (Albaida, Valencia). El poblado, las excavaciones y las cerámicas de barniz negro*. Serie de T.V. del S.I.P., 41. Valencia.

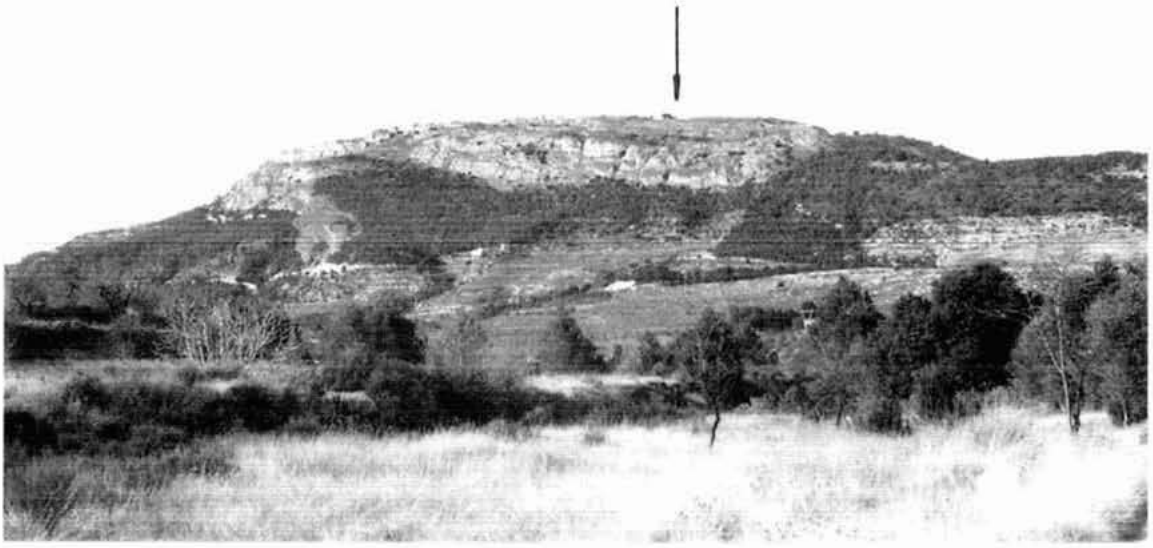
VISEDO MOLTÓ, C. (1921): *Excavaciones en el monte La Serreta, próxima a Alcoy*. M.J.S.E.A., 41. Madrid.

VISEDO MOLTÓ, C. (1922): *Excavaciones en el monte La Serreta, próxima a Alcoy*. M.J.S.E.A., 45. Madrid.

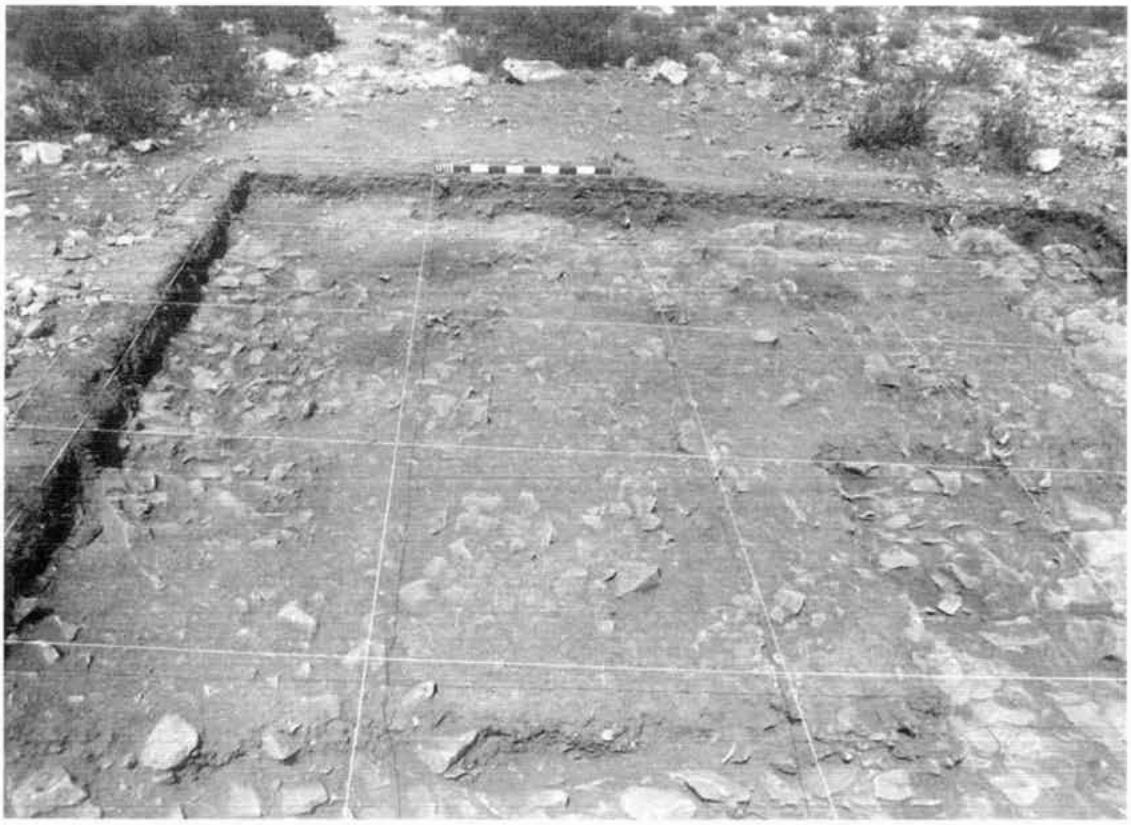
VISEDO MOLTÓ, C. (1923): *Excavaciones en el monte La Serreta, próxima a Alcoy*. M.J.S.E.A., 56. Madrid.

VISEDO MOLTÓ, C. (1953): «La Serreta, Alcoy, Alicante». *N.A.H.* II, pp. 102-106.

VISEDO MOLTÓ, C. (1959): *Alcoy, Geología y Prehistoria*. Alcoy.



1



2

Lám. I.— 1, vista de la cara sur de La Serreta: Situación de la necrópolis; 2, área excavación 1987



1



2

Lám. II.— 1, ajuar Sepultura 1; 2, estructura de la Sepultura 11



Lám. III.— Cubierta de la Sepultura 14



1



2

Lám. IV.— 1, conjunto de urnas de la Sepultura 14; 2, orfebrería: 1-2 Sepultura 1, 3-4 Sepultura 14

Consuelo Mata Parreño* y Helena Bonet Rosado**

LA CERÁMICA IBÉRICA: ENSAYO DE TIPOLOGÍA

Desde que Bosch, en 1915, tratara por primera vez de la cerámica ibérica desde un punto de vista científico, los datos sobre ésta han aumentado considerablemente gracias a las importantes excavaciones que se han realizado desde entonces. En la actualidad, el conocimiento sobre este aspecto de la cultura material ibérica es muy importante y se puede apreciar bastante unanimidad a la hora de tratar temas que fueron polémicos en los inicios, tales como el origen, cronología y evolución. A pesar de ello, son pocos los trabajos de síntesis que se han dedicado a la cerámica, destacando entre ellos el de Tarradell y Sanmartí de 1980 por su voluntad globalizadora y ser el más reciente dedicado a este tema. Otro de los aspectos escasamente tratados es la realización de una sistematización tipológica de la cerámica ibérica en su conjunto, aunque no faltan ensayos basados en un yacimiento (Cuadrado, 1972; González Prats 1983; Pereira Sieso 1979; Ros Sala, 1989b; Vaquerizo, 1988: 200-254), región (Aranegui y Pla, 1981; Belén y Pereira Sieso, 1985; Nordström, 1969 y 1973; Pellicer, 1962; Pereira Sieso, 1988 y 1989), clases y calidades (Aranegui, 1969 y 1975; Ballester, 1947; Cuadrado, 1952; González Prats, 1981) o formas cerámicas (Aranegui, 1970; Conde i Berdós, 1987 y 1990; Fletcher, 1952-1953, 1953, 1957 y 1964; Florido, 1984; Jully y Nordström, 1966 y 1972; Lillo, 1979; Pereira Sieso y Rodero, 1983; Ribera, 1982).

Este ensayo de tipología se ha realizado con una intención globalizadora que permita superar los particularismos de una región o yacimiento y con un criterio abierto que facilite su ratificación, modificación o ampliación a medida que el avance de la investigación así lo requiera. Por otro lado, se ha pretendido hacer un instrumento de trabajo que permita llegar a una comprensión más completa de la Cultura Ibérica, al considerar en las cerámicas, además de los criterios tipológico y cronológico, el funcional. Aunque conscientes de la dificultad que entraña la adopción de este último criterio, el estado actual de los estudios ibéricos reclama avanzar y profundizar en aspectos económicos, políticos, sociales y culturales, a los cuales se pueden hacer aproximaciones tratando el registro arqueológico con criterios diferentes a los tradicionalmente utilizados. En este sentido, este ensayo de tipología no es sino el primer paso para realizar estudios integrales sobre el Mundo Ibérico y acercarse a los usos cotidia-

* Dep. de Prehistòria i Arqueologia. Universitat de València.
** Servicio de Investigación Prehistórica. Diputación de Valencia.

nos tal y como recientemente se ha hecho con la vajilla de Olbia (Bats, 1988).

1. CRITERIOS UTILIZADOS

Los criterios utilizados en la elaboración de la tipología han sido los siguientes:

1.1. TECNOLOGÍA

En primer lugar, se ha tenido en cuenta la tecnología cerámica que, a grandes rasgos, va a determinar su utilidad. Se han diferenciado dos grandes clases: la cerámica fina o clase A y la tosca o clase B.

1.2. MORFOLOGÍA

La morfología de los recipientes se ha utilizado tanto en base a criterios objetivos mensurables (altura, diámetro boca e índices de profundidad y de abertura), como a atributos morfológicos de carácter general (perfil simple o compuesto, presencia/ausencia de pie y elementos de prensión).

1.3. FUNCIONALIDAD

A los datos obtenidos anteriormente, se ha añadido un criterio de funcionalidad, criterio que puede ser discutible, pero que a pesar de ello puede ayudar a interpretar la Cultura Ibérica más allá de una mera seriación y catalogación de los materiales hallados en las excavaciones que, en el estado actual del conocimiento, están abocadas a un callejón sin salida. Este criterio de funcionalidad debe tomarse como punto de partida para avanzar en el conocimiento de las sociedades pre y protohistóricas, nunca como algo definitivamente establecido, excluyente o determinante y constrastarlo siempre que ello sea posible, puesto que el contexto en el que aparece la pieza proporcionará datos de gran importancia en relación a la funcionalidad (Ruiz Rodríguez, Molinos y Hornos, 1986: 58). En este sentido, algunas de las contrastaciones realizadas mediante comparación con el mundo clásico (Bats, 1988; Jones, Graham y Sackett, 1973) y el islámico (Rosselló Bordoy, 1991), el análisis microespacial (Ciolek-Torrello, 1984; Bernabeu, Bonet, Guérin y Mata, 1986) y la comparación etnográfica (Carnero y Redondo, 1986; Gregori, Cucó, Llop y Cabrera, 1985; Juan Doménech, 1990-1991, entre otros) han revelado la utilidad de la funcionalidad a la hora de aproximarse al estudio de la vida cotidiana de las sociedades protohistóricas.

1.4. TERMINOLOGÍA

Los problemas que se han planteado a la hora de abordar el léxico utilizado en este ensayo de tipología se han resuelto del siguiente modo:

—Por un lado, se ha evitado introducir términos nuevos que complicasen más el panorama existente, manteniéndose vocablos ampliamente difundidos en la bibliografía ibérica siempre y cuando no exista un equivalente castellano adecuado. Así, se ha mantenido: kalathos, urna de orejetas, vaso «à chardon», etc.

—Se han evitado vocablos como vaso, vasija o urna, que por demasiado genéricos, no sirven para describir tipos cerámicos, máxime si se tiene en cuenta que, por ejemplo, la palabra urna se utiliza preferentemente en contextos funerarios pero no existe una forma exclusiva para tales fines (urna de orejetas, tinajillas, platos y tapaderas, ollas de cocina, etc.).

—Se utilizan, ante todo, términos de la alfarería actual peninsular (tinaja, olla, cuenco, jarro, etc.), manteniéndose la transcripción griega sólo para aquellos casos que no tienen traducción al castellano o paralelos tipológicos evidentes, por tratarse de formas inexistentes en la actualidad o copiar vasijas griegas (kantharos, krateriskos, skyphos, kylix, etc.). En este sentido, se están haciendo esfuerzos por llegar a una normalización terminológica bien mediante léxicos en diferentes lenguas (Balfet, Fauvet y Monzón, 1988), bien mediante la transcripción desde otras lenguas (Bádenas y Olmos, 1988; Rosselló Bordoy, 1991).

—A pesar de todo, se ha tenido que introducir algún término nuevo preferentemente en castellano (orza, cubilete, tarro, etc.), pero sin descartar la utilización de palabras griegas que definan mucho mejor algún recipiente (lebes, frente a copa de pie bajo, caldero, fuente, olla o palangana, por sólo recoger alguno de los múltiples calificativos utilizados para este tipo tan frecuente en el repertorio ibérico).

—Finalmente, se utiliza una nomenclatura doble: numérica y funcional, con el fin de facilitar su uso en tablas de inventario, registro informático, etc. puesto que son totalmente equivalentes.

1.5. CRONOLOGÍA

El aspecto cronológico no puede olvidarse si se pretende llegar a comprender el nacimiento y evolución de una cultura, y más contando con un conjunto numeroso de yacimientos que cubre, con algunas lagunas, toda la secuencia evolutiva. De este modo la evolución cronológica de los diferentes tipos puede seguirse con relativa facilidad a lo largo del Ibérico Pleno (ss. V-III a.C.), aunque son escasos los yacimientos publicados con niveles del s. V a.C.; el Ibérico Antiguo (s. VI a.C.) empieza a documentarse, sobre todo, en

Andalucía sin que falten yacimientos de esta cronología en otras áreas ibéricas; sin embargo, el Ibérico Final (ss. II-I a.C.) carece de una muestra lo suficientemente extendida como para poder contrastar los datos ofrecidos por los pocos yacimientos conocidos de esta época (Ros Sala, 1989a).

1.6. TIPOLOGÍA ABIERTA

Se ha querido elaborar una tipología abierta, en la que quepan las posibles variantes locales y regionales y que, por lo tanto, superara unos límites geográficos concretos. Para ello, se han tenido en cuenta la mayoría de los repertorios publicados a la hora de contrastar si los tipos propuestos tenían su correspondencia en las distintas regiones ibéricas. Es evidente que una labor exhaustiva en este sentido es difícil, sobre todo porque importantes conjuntos permanecen todavía inéditos. Con el fin de facilitar la contrastación de los tipos propuestos aquí y las diferentes tipologías realizadas hasta el momento, se señalarán también los tipos equivalentes de otros repertorios: Aranegui-Pla, 1981; Cuadrado, 1972; González Prats, 1983; Nordström, 1973; Pereira Sieso, 1988; Ros Sala, 1989b y Vaquerizo, 1988: 200-254, independientemente, de las referencias que se haga a otras tipologías más concretas.

1.7. DOCUMENTACIÓN GRÁFICA

A la hora de ilustrar los diferentes tipos se ha trabajado, sobre todo, con materiales procedentes de yacimientos ibéricos valencianos. Sólo en los casos en que determinados tipos o subtipos no están bien representados o no existen en esta zona, se ha recurrido a ejemplares de otras áreas geográficas.

Evidentemente, abordar una tipología de estas características no está exenta de problemas: funcionalidad real de los recipientes, información desigual, variaciones regionales muchas veces supuestas pero sin posibilidad de comprobación, etc.; a todos ellos, se han intentado darles solución de la manera más razonable y objetiva posible. La aceptación explícita de la importancia de las lagunas y de unas conclusiones, perfectamente, discutibles, permite poner en manos de los iberistas una base sobre la que seguir trabajando para, en el futuro, completarla, enmendarla o confirmarla.

2. ATRIBUTOS UTILIZADOS PARA LA CLASIFICACIÓN TIPOLÓGICA

La clasificación tipológica propuesta se basa en una jerarquización de atributos (tecnológicos, funcionales, métricos y morfológicos), teniendo en cuenta las categorías propuestas por Clarke (1984: 182 y ss.), que se definen a continuación.

2.1. ATRIBUTOS TECNOLÓGICOS

La tecnología con que está elaborada la cerámica, y que a grandes rasgos va a determinar su funcionalidad, ha servido para definir dos clases:

—Clase A o Cerámica Fina

Recoge todas aquellas cerámicas con una serie de características bien definidas tanto a nivel visual como analítico (Antón, 1973 y 1980; Rincón, 1985). Se caracterizan por tener una pasta compacta, dura, de sonido metálico, sin impurezas visibles y tener una sola coloración en la pasta, aunque en ocasiones pueden tener dos o más, constituyendo lo que se ha venido llamando pasta de «sandwich» o de cocción alternante. Son cerámicas cocidas, siempre, a altas temperaturas y con las superficies tratadas con engobes, bruñidos o alisados, que eliminan todas las impurezas. Dentro de esta clase pueden diferenciarse diversas calidades o producciones, aunque estas características se han atribuido tradicionalmente a las cerámicas con decoración pintada (Mata, 1991: cap. III.1.3.). Estas calidades y producciones presentan, en general, unos tipos totalmente asimilables entre sí que impiden tratarlas de manera diferenciada. Existen dos calidades básicas dentro de la cerámica ibérica:

—Cocción oxidante, con decoración o sin ella.

—Cocción reductora, con decoración o sin ella.

—Clase B o Cerámica Tosca

Se caracteriza por su terminación poco cuidada, a pesar de estar hecha a torno, por lo que se conoce en la bibliografía como cerámica tosca o basta, recordando por su aspecto a la cerámica hecha a mano. Las arcillas presentan gran cantidad de desgrasante visible tanto en la pasta como en las superficies, proporcionándole un aspecto poroso. Este grupo contrasta claramente con las cerámicas ibéricas finas. Pero, su calidad tiene una explicación técnica en razón al uso habitual que se daba a estas cerámicas. Análisis de tecnología cerámica han venido a demostrar la existencia de dos grandes clases (Gallart, 1980a: 63-65; 1980b: 167-172; Mata, Millán, Bonet y Alonso, 1990):

—Una con desgrasante visible que, en algunos casos, puede ser añadido voluntariamente, sin decorar y sin tratamiento de las superficies, que la hace apta para ser colocada directamente en el fuego.

—Y otra, con desgrasante poco visible, superficies cuidadas y muchas veces decorada.

A nivel técnico, pues, las cerámicas incluidas aquí corresponden a la primera clase diferenciada, es decir, una serie de vasijas con unas características de fabricación que las hacen válidas, para ser puestas directamente en el fuego, algo imposible de hacer con las cerámicas finas (Clase A).

El resto de elementos peculiares de estas cerámicas no viene sino a confirmar la funcionalidad propuesta:

—Tratamiento simple de las superficies que no llega a impermeabilizarlas.

—Tonos oscuros dominantes (gris y negro).

—Tipos poco variados y con tendencia a la estandarización.

—Decoración escasa y simplificada: líneas incisas, cordones aplicados decorados o lisos.

Ello no es óbice para que, como los demás recipientes, puedan utilizarse para usos diferentes a los que inicialmente estarían asignados. Así, por ejemplo, se conocen ollas (tipo B 1.), utilizadas como urnas para enterramientos infantiles (Guérin y Martínez Valle, 1987-1988).

Estas cerámicas, aunque con un repertorio mucho más reducido y con fuertes influencias formales de la cerámica a mano, pueden encontrarse desde el Ibérico Antiguo conviviendo con la cerámica hecha a mano (Mata, 1991: cap III.2.) o sustituyéndola por completo (Ruiz Rodríguez, Molinos, López Rozas, Crespo, Choclán y Hornos, 1983: 266). Sin embargo, en otras zonas ibéricas la cerámica de cocina sigue elaborándose a mano hasta épocas muy avanzadas (Riera, 1980).

Este conjunto de cerámicas ha sido, tradicionalmente, relegado de los estudios sobre cerámica ibérica, a pesar de los tempranos trabajos realizados, sobre algunas de ellas, por Ballester (1947) y Cuadrado (1952). Recientemente, han sido objeto de un ensayo tipológico por parte de González Prats (1981).

2.2. ATRIBUTOS FUNCIONALES

Una vez definida la cerámica de Clase B como cerámica de cocina, los demás criterios funcionales van a referirse a los recipientes de la Clase A. Cuando se les supone una funcionalidad semejante en base a determinados atributos (métricos, morfológicos o de otro tipo) se clasifican dentro del mismo Grupo. Se ha establecido una excepción con un conjunto de cerámicas que se agruparán como imitaciones de cerámicas importadas. Se han diferenciado los siguientes grupos:

—Grupo I

Incluye los recipientes de mayor tamaño que se pueden encontrar en los yacimientos ibéricos, estando destinados al almacén o transporte.

—Grupo II

Se han incluido dentro de este grupo una serie de recipientes de diferente morfología, cuya funcionalidad es difícil de determinar, pudiéndose tratar en la mayoría de los casos de vasijas multifuncionales, relacionadas con la despensa o diferentes actividades domésticas y artesanales.

—Grupo III

Constituido por todos aquellos recipientes que forman parte de un posible servicio o vajilla de mesa.

—Grupo IV

Recipientes caracterizados, básicamente, por su pequeño tamaño, por lo que también se conocen con el nombre de microvasos. Se trata de un conjunto, posiblemente, relacionado con actividades de aseo personal, religiosas y funerarias, etc.

—Grupo V

Este grupo de la tipología incluye una serie de objetos hechos de cerámica, considerados o bien como auxiliares de algunos recipientes o bien relacionados directamente con tareas domésticas y artesanales bien determinadas.

—Grupo VI

Aquí se recogen piezas que imitan más o menos fielmente otras procedentes de diferentes ámbitos extrapeninsulares. En este grupo no se siguen los criterios de clasificación por tipos y subtipos pues todas las piezas se pueden identificar con las formas elaboradas en sus respectivas tipologías.

2.3. ATRIBUTOS MÉTRICOS Y MORFOLÓGICOS

Dentro de cada grupo, los recipientes se han clasificado teniendo en cuenta una serie de criterios métri-

cos (altura, índice de profundidad —I.P.—, diámetro boca, índice de abertura —I.A.—) y morfológicos (perfil, base, labio), siguiendo el orden jerárquico indicado, dando lugar a diferentes tipos, subtipos y variantes. En los atributos morfológicos no se ha considerado la multiplicidad de variables existentes pues ello hubiera impedido llevar a cabo esta tipología, esta variabilidad deberá tenerse en cuenta en el momento de realizar estudios parciales que o bien desarrollen los diferentes tipos, o bien se circunscriban a un ámbito regional concreto.

—Atributos métricos

Se han considerado los siguientes, sin que el orden de enumeración tenga carácter jerárquico:

—Para determinar el **tamaño** de los recipientes se ha tenido en cuenta:

—la **altura** del recipiente:

Grandes ..... >40 cm.
Medianos ... entre 10 y 40 cm.
Pequeños ..... <10 cm.

si se trata de recipientes profundos, y:

—el **diámetro de la boca**:

Grandes ..... >25 cm.
Medianos ... entre 10 y 25 cm.
Pequeños ..... <10 cm.

si se trata de recipientes de profundidad media.

—El **índice de profundidad (I.P.)** se ha determinado dividiendo la altura por el diámetro de la boca y multiplicando el resultado por 100:

Planos ..... I.P.<50
Medios .... I.P. entre 50 y 100
Profundos ..... I.P. >100

—El **índice de abertura (I.A.)** se ha determinado dividiendo el diámetro del cuello por el diámetro máximo y multiplicando el resultado por 100:

Abiertos ..... I.A.=6 >80
Cerrados ..... I.A. <80-50
Muy cerrados ..... I.A. <50

—Atributos morfológicos

Estos han servido, en algunos casos, para la diferenciación de Subtipos y Variantes y sirven, en todos los casos, para señalar las distintas variables que se puedan encontrar en los Tipos documentados y a cuyo nivel no se ha descendido por quedar fuera del objetivo de esta tipología. Para la denominación utilizada en las diferentes variantes se ha seguido, en parte, la clasificación de Nordström (1973: figs. 12 a y b, 13 y 14):

—**Labio o borde**: parte superior del recipiente:

—**sin diferenciar** o sin ruptura con el cuello o perfil;

—**diferenciado** o con ruptura con respecto al cuello o perfil.

—**Cuello**: zona de unión entre el cuerpo y el labio:

—**sin diferenciar** o sin presentar ruptura en relación con el cuerpo;

—**diferenciado** o presentando ruptura con respecto al galbo:

Indicado
Destacado

—**Base**: zona de apoyo o sustentación de la vasija:

—**sin pie** o base que no representa una ruptura con el perfil del recipiente: Cóncava
Convexa
Indicada
Plana

—**con pie** o base que introduce una ruptura con el perfil del recipiente: Anillado
Alto
Destacado
Pivote

—**Cuerpo o galbo**: parte intermedia de la vasija, entre la base y el cuello:

—**simple** o sin fuertes rupturas de perfil, excepto en el cuello y la base.

—**compuesto** o con fuertes rupturas: hombro, carena, diámetro máximo fuertemente diferenciado.

—**Asa**: parte saliente de la vasija, en algunos casos arqueada, y que sirve como elemento de prensión o suspensión; en algunos casos, esta función puede estar representada por dos pequeños orificios, en el borde o en el pie, hechos antes de la cocción; puede adoptar diferentes posiciones y secciones.

3. CLASIFICACIÓN TIPOLÓGICA

En base a los criterios y atributos ya explicados se propone la siguiente clasificación tipológica:

CLASE A: CERÁMICA FINA

GRUPO I

Tipo 1: Ánfora
  Subtipo 1: Con hombro carenado
  Subtipo 2: Con hombro redondeado
    Variante 1: Sinuosa
    Variante 2: Odriforme
    Variante 3: Fusiforme
    Variante 4: Cilíndrica

Tipo 2: Tinaja
  Subtipo 1: Con hombro
    Variante 1: Bitroncocónica
    Variante 2: Cilíndrica
    Variante 3: Globular u Ovoide

Subtipo 2: Sin hombro
Variante 1: Con cuello indicado
Variante 2: Con cuello destacado
Tipo 3: Tinaja con pitorro vertedor
Subtipo 1: Con hombro
Subtipo 2: Sin hombro
Tipo 4: Tinaja o Urna de orejetas
Tipo 5: Orza

GRUPO II

Tipo 1: Recipiente con resalte
Subtipo 1: Con resalte en el cuello
Subtipo 2: Con resalte en el galbo
Tipo 2: Tinajilla
Subtipo 1: Con hombro
Variante 1: Bitroncocónica
Variante 2: Cilíndrica
Variante 3: Globular u Ovoide
Subtipo 2: Sin hombro
Variante 1: Con cuello indicado
Variante 2: Con cuello destacado
Tipo 3: Tinajilla con pitorro vertedor
Subtipo 1: Con hombro
Subtipo 2: Sin hombro
Tipo 4: Recipiente con cierre hermético
Subtipo 1: Urna de orejetas
Variante 1: Globular
Variante 2: Ovoide
Variante 3: Bitroncocónica o Quebrada
Subtipo 2: Tinajilla o Pyxis de borde dentado
Subtipo 3: Tinajilla de borde biselado simple
Variante 1: Globular
Variante 2: Bitroncocónica o Quebrada
Tipo 5: Orza pequeña
Tipo 6: Lebes
Subtipo 1: Con pie
Variante 1: Grande
Variante 2: Mediano
Subtipo 2: Sin pie
Variante 1: Grande
Variante 2: Mediano
Tipo 7: Kalathos
Subtipo 1: Cilíndrico
Variante 1: Grande
Variante 2: Mediano
Subtipo 2: Troncocónico
Variante 1: Grande
Variante 2: Mediano
Tipo 8: Cantimplora
Subtipo 1: Lenticular
Subtipo 2: Tubular
Tipo 9: Tonel
Subtipo 1: Con boca central
Subtipo 2: Con boca descentrada
Tipo 10: Tarro
Subtipo 1: Cilíndrico
Subtipo 2: Troncocónico
Subtipo 3: Abombado
Tipo 11: Sítula o Cesto

GRUPO III

Tipo 1: Botella
Subtipo 1: Tendencia bitroncocónica, globular u ovoide
Subtipo 2: Tendencia troncocónica o cilíndrica
Tipo 2: Jarro
Subtipo 1: De boca trilobulada u Oinochoe
Variante 1: Cilíndrico
Variante 2: Troncocónico
Variante 3: Piriforme
Variante 4: Globular
Subtipo 2: De boca circular u Olpe
Variante 1: Con labio saliente
Variante 2: Con labio recto
Tipo 3: Jarra
Tipo 4: Caliciforme
Subtipo 1: Cuerpo globular
Variante 1: Grande
Variante 2: Pequeño
Subtipo 2: Perfil en S
Subtipo 3: Carenado
Tipo 5: Vaso «à Chardon»
Tipo 6: Copa
Tipo 7: Taza
Tipo 8: Plato
Subtipo 1: Con borde exvasado
Variante 1: Grande
Variante 2: Pequeño
Subtipo 2: Con borde reentrante o Pátera
Variante 1: Grande
Variante 2: Pequeño
Subtipo 3: Con borde sin diferenciar o Escudilla
Variante 1: En casquete
Variante 2: Carenado
Variante 3: Troncocónico
Tipo 9: Cuenco

GRUPO IV

Tipo 1: Botellita
- Subtipo 1: Perfil de tendencia globular
  - Variante 1: Con cuello destacado
  - Variante 2: Con cuello indicado
- Subtipo 2: Perfil quebrado
  - Variante 1: Con cuello destacado
  - Variante 2: Con cuello indicado

Tipo 2: Ungüentario
- Subtipo 1: Globular
- Subtipo 2: Fusiforme

Tipo 3: Copita

Tipo 4: Cubilete

Tipo 5: Diversos
- Subtipo 1: Vaso Geminado
- Subtipo 2: Tarrito
- Subtipo 3: Miniatura

GRUPO V

Tipo 1: Tapadera
- Subtipo 1: Con pomo discoidal
- Subtipo 2: Con pomo anillado
- Subtipo 3: Con pomo macizo
- Subtipo 4: Con pomo cónico
- Subtipo 5: Con asa en el pomo

Tipo 2: Soporte
- Subtipo 1: Tubular
  - Variante 1: Calado
  - Variante 2: Cilíndrico
- Subtipo 2: Moldurado
- Subtipo 3: Anular
- Subtipo 4: De carrete
- Subtipo 5: Semilunar

Tipo 3: Colmena

Tipo 4: Mortero

Tipo 5: Mano de Mortero
- Subtipo 1: Acodada
- Subtipo 2: Con Dos Apéndices
  - Variante 1: Con Apéndices Cortos
  - Variante 2: Con Apéndices Largos
  - Variante 3: Con Apéndices Astiformes
- Subtipo 3: De Tres Apéndices Radiales

Tipo 6: Diversos
- Subtipo 1: Embudo
- Subtipo 2: Morillo
- Subtipo 3: Tejuelo
- Subtipo 4: Cazo
- Subtipo 5: Caja
- Subtipo 6: Colador
- Subtipo 7: Lucerna
- Subtipo 8: Biberón
- Subtipo 9: Diábolo

Tipo 7: Pondus
- Subtipo 1: Troncopiramidal
- Subtipo 2: Cuadrangular
- Subtipo 3: Paralelepipédico
- Subtipo 4: Discoidal
- Subtipo 5: Piramidal o Cónico

Tipo 8: Fusayola
- Subtipo 1: Acéfala
  - Variante 1: Esférica
  - Variante 2: Discoidal
  - Variante 3: Cilíndrica
  - Variante 4: Troncocónica
  - Variante 5: Bitroncocónica
  - Variante 6: Moldurada
- Subtipo 2: Con Cabeza
  - Variante 1: Hemicéfala
  - Variante 2: Troncocónica
  - Variante 3: Bitroncocónica
  - Variante 4: Moldurada

GRUPO VI

Tipo 1: Kylix

Tipo 2: Kylix-Skyphos

Tipo 3: Skyphos y Skyphoide

Tipo 4: Kantharos y Kantharoide/Krateriskos

Tipo 5: Crátera

Tipo 6: Plato

Tipo 7: Vaso plástico

Tipo 8: Otras imitaciones

CLASE B: CERÁMICA TOSCA

Tipo 1: Olla
- Subtipo 1: Grande
- Subtipo 2: Mediana

Tipo 2: Cazuela

Tipo 3: Braserillo

Tipo 4: Jarra
- Subtipo 1: De boca trilobulada
- Subtipo 2: De boca circular

Tipo 5: Botella

Tipo 6: Tapadera
- Subtipo 1: Con pomo discoidal
- Subtipo 2: Con pomo anillado
- Subtipo 3: Con pomo macizo

Tipo 7: Diversos
- Subtipo 1: Cuenquecito/Escudilla
- Subtipo 2: Taza
- Subtipo 3: Plato/Tapadera

Subtipo 4: Tonel
Subtipo 5: Cubilete
Subtipo 6: Recipiente con resalte
Subtipo 7: Ánfora
Subtipo 8: Tobera

CLASE A: CERÁMICA FINA

GRUPO I

Se incluyen en este grupo los recipientes de mayor tamaño. Los atributos métricos indispensables que debe reunir una vasija para ser incluida en este Grupo I son:

—Altura >40 cm.
—I.P. >100.

Por su gran tamaño, son recipientes que, o bien permanecían inmóviles en algún lugar de la vivienda o poblado, o bien se transportaban en contadas ocasiones. Servirían para el almacenamiento y transporte de líquidos o sólidos. El contenido de ánforas (I.1.) y tinajas (I.2.) podía ser indistinto pues aunque, tradicionalmente, se consideran contenedores de aceite o vino, en muchos lugares de habitación podrían desempeñar la función de silos, y por tanto, para el almacén de sólidos (Bernabeu, Bonet, Guérin y Mata, 1986: 330 y 332, Cuadro 1; Dupré y Renault-Miskovsky, 1981: 184).

Los tipos identificados, hasta el momento, dentro de este grupo son cinco.

Tipo 1: Ánfora

Las ánforas son recipientes profundos, cerrados, sin pie —ni ningún otro tipo de base que permita su estabilidad a no ser con la ayuda de soportes o hincadas en el suelo— y dos asas de sección circular.

La clasificación por subtipos y variantes se ha realizado de acuerdo con las sistematizaciones de Ribera (1982), González Prats (1983) y Florido (1984), indicando al lado de los mismos su correspondencia con dichas clasificaciones. El problema fundamental para la catalogación de las ánforas radica en que la parte más identificable y mejor documentada de las mismas es su boca, pero dada la variedad de bordes es prácticamente imposible atribuirlos, en el estado actual de la cuestión, a un subtipo y variante determinados (Florido, 1985: 490; Ribera, 1982: 12).

Su función como recipiente de almacén y transporte permite suponer que llevasen tapaderas de piedra, cerámica (Bonet y Mata, 1981: 72, 109 y 136) o de cualquier otro material perecedero (corcho, resina, etc.).

Se trata además de un recipiente con algunas variantes de escasa significación cronológica, así como de un dato poco seguro a la hora de establecer líneas comerciales pues se desconoce si cada subtipo o variante corresponde a un producto determinado, así como su lugar de procedencia (no se pueden atribuir a alfares), con pocas excepciones al respecto. Las recientes excavaciones que se están llevando a cabo en L'Alt de Benimàquia (Dénia, Alicante) (Gómez Bellard, Guérin y Díes, 1990; Gómez Bellard y Guérin, 1991) han aportado nuevos datos sobre este tema al asociar ánforas con hombro carenado (I.1.1.) con la producción de vino.

Subtipo 1: Con hombro carenado (Florido I y IV; González Prats A-1 y A-3; Ribera F-1 y F-2).

Su perfil puede ser odriforme y también cilíndrico o globular, aunque existen pocos ejemplares completos como para proponer una clasificación de variantes.

Son ánforas claramente derivadas de las fenicio-occidentales, con las que, en algunos casos, se pueden confundir. Sólo recientemente se ha hecho hincapié en la diferenciación entre los tipos fenicios y locales (González Prats, 1983: 155-156; González Prats y Pina, 1983: 121 y 124), habiéndose localizado hornos en asentamientos indígenas que producían ánforas de este subtipo (Contreras, Carrión y Jabaloy, 1983; Ros Sala 1989b: 362).

Su cronología oscila entre el s. VI hasta el IV a.C., siendo Andalucía la región donde más perdura (Florido, 1984: 424).

Subtipo 2: Con hombro redondeado

Las ánforas de este subtipo son propias del Ibérico Pleno, aunque también pueden encontrarse, tanto de importación como de imitación, en niveles anteriores (Pelliger, 1978: 377, fig. 13, B y C).

Variante 1: Sinuosa (Ribera I-3). Su característico perfil sinuoso viene dado por dos inflexiones en el galbo.

Se trata de ánforas propias de la primera fase del Ibérico Pleno, siendo además la única variante de este horizonte que se encuentra ampliamente en hallazgos submarinos, lo que ha hecho dudar sobre su posible origen ibérico (Ribera, 1982: 105 y 122-123).

Variante 2: Odriforme (Ribera I-6A; Vaquerizo 2.II.B). Se trata de una variante escasamente representada en el Ibérico Pleno (Ribera, 1982: figs. 7, 3; 9, 2, 3 y 5; 13, 4 y 14, 1), pero que hunde claramente sus raíces en el horizonte anterior, pudiendo ser considerada como una derivación de tipos fenicios o del Subtipo 1 (Pelliger, 1978: 377, fig. 13, B y C; Arteaga y Serna, 1975: láms XXXVI, 265 y XXXVII, 271).

Cronología centrada en los ss. VI-V a.C.

Variante 3: Fusiforme (RIBERA I-5; FLORIDO XI). Conocidas también con el nombre de «Ánforas de la costa catalana», aunque según Pellicer también es común en Andalucía Occidental (PELLICER, 1982: 390-392, fig. 12 D-1).

Su cronología es amplia: del finales del s. V al II a.C.

Variante 4: Cilíndrica (RIBERA I-2, I-6, I-7 e I-8; VAQUERIZO 1.X.). Es el ánfora más extendida dentro de la geografía ibérica. Su fondo es redondeado pero existen ejemplares cuya base acaba en pivote (RIBERA I-8), característica que se ha considerado típica de una producción anfórica procedente de Sagunt, extremo éste pendiente de confirmación arqueológica (RIBERA, 1982: 38-39 y 107). Dentro de esta variante se conocen, excepcionalmente, piezas de pequeño tamaño (RIBERA I-7) que, por el momento, carecen de entidad suficiente como para clasificarlas en otro grupo.

Su cronología abarca todo el período ibérico llegando hasta época iberorromana.

Tipo 2: Tinaja

Las tinajas son recipientes profundos y cerrados aunque no tanto como las ánforas, con la base cóncava o indicada: suelen llevar dos asas compuestas (geminadas, trigeminadas, etc.) —sobre todo, los ejemplares más evolucionados— y la mayoría llevan decoración pintada.

Aunque la existencia de una base permite que se mantengan en equilibrio sobre el suelo, su gran tamaño y el escaso diámetro de su base requieren, para ser mucho más estables, el uso de soportes, así como —por razón de su contenido— tapaderas, al igual que sucedía con las ánforas (BERNABEU, BONET, GUÉRIN y MATA, 1986: 329, cuadros 1 y 2).

Su amplia boca las hace más apropiadas para el trasiego y almacenamiento de líquidos o sólidos que para el transporte.

Se han diferenciado los siguientes subtipos y variantes:

Subtipo 1: Con hombro (ROS SALA F.-T.XV)

Se caracteriza por tener una inflexión más o menos marcada en el tercio superior del recipiente.

Variante 1: Bitroncocónica (ARANEGUI-PLA F. 25 —Urnas tritroncocónicas con tapadera—; CUADRADO F. 6; NORDSTRÖM FF 2 B —Pithos bitroncocónico B—). Es la variante de perfil más clásico dentro del Ibérico Pleno, conocida en la bibliografía con el genérico de Pithos. El labio suele ser recto y ligeramente engrosado por el interior, aunque caben otras muchas variables sobre todo en los ejemplares más antiguos; llevan decoración pintada y asas que arrancan del hombro. Muchas de ellas se han conservado con su tapadera de pomo discoidal y perfil troncocónico (Tipo A V.1.1.).

Los paralelos conocidos apuntan hacia una cronología avanzada dentro del Ibérico Pleno (s. III a.C. en adelante).

Variante 2: Cilíndrica (PERREIRA SIESO 11). De características y cronología semejantes a las bitroncocónicas, siempre están decoradas y llevan asas.

Variante 3: Ovoide (ARANEGUI-PLA F. 1 d —Vasija con dos asas—; BELÉN y PERREIRA SIESO, 1985: Tipo II 2.C.b.1.; CUADRADO, F.1a, F.2a y b1, F.4 y F.5; NORDSTRÖM FG. 4 —Pithos cilindroide o con estrangulamiento central—). El labio puede ser recto y engrosado —como en la Variante 1— o saliente y ligeramente moldurado; están decoradas y pueden llevar asas o no. Los ejemplares más antiguos pueden tener un perfil odriforme, imitando a las ánforas de la misma cronología.

La más antiguas se datan a lo largo del s. VI a.C. y perdura durante el Ibérico Pleno.

Subtipo 2: Sin hombro

Suelen tener el perfil de tendencia globular u ovoide, y el labio puede presentar muchas variables según la época y la variante de que se trate. La decoración y las asas son elementos bastante característicos, aunque no por ello deja de haber ejemplos sin uno de estos dos atributos.

Variante 1: Con cuello indicado (ARANEGUI-PLA F. 1a —Vasija de perfil ovoide— y F.23 —Gran vasija de cuerpo globular con borde exvasado y dos asas—; CUADRADO F.3. y F.7.; GONZÁLEZ PRATS E-17; JULLY y NORDSTRÖM, 1972: Tinaja Bitroncocónica; NORDSTRÖM, FF. 2.A —Pithos Bitroncocónico A—). Recipiente de tendencia globular u ovoide con un ligero estrangulamiento que separa el borde del galbo; los labios son variados en el Ibérico Antiguo (salientes, subtriangulares, moldurados), mientras que en el Ibérico Pleno se hacen mayoritariamente moldurados; la decoración y dos asas en el tercio superior suelen ser habituales, aunque las hay documentadas sin uno o dos de estos últimos elementos.

Aparecen en el Ibérico Antiguo y perdura hasta el Horizonte Iberorromano.

Variante 2: Con cuello destacado (ARANEGUI-PLA FF. 18 y 19 —Vasijas bitroncocónicas con cuello y dos asas—; BELÉN y PEREIRA SIESO, 1985: Tipo II.2.B. b. 1 y 2; GONZÁLEZ PRATS E—11 y 13; NORDSTRÖM FF. 12 —ánfora—). Esta Variante se caracteriza por tener un cuello cilíndrico o troncocónico, claramente diferenciado del cuerpo. Los labios suelen ser salientes y subtriangulares; la decoración pintada —monócroma o polícroma— también es habitual. Cuando llevan asas,

éstas, geminadas o simples, parten del labio o de la parte central del cuello y se apoyan sobre el tercio superior de la panza.

Son recipientes que imitan, en sus tipos más antiguos, a las formas fenicias y, por lo tanto, son típicos de niveles protoibéricos o ibéricos antiguos (Aranegui, 1980; Aubet, 1976-1978; Belén y Pereira Sieso, 1985: 313-326; González Prats, 1983; 218-224; Jully, 1975: 31-36; Solier, 1976-1978: 245). En cualquier caso, se trata de una variante poco documentada dentro de este Grupo I, mientras que es más abundante en el Grupo II.

Cronología centrada en el s. VI a.C., con escasas perduraciones en época posterior.

Tipo 3: Tinaja con pitorro vertedor (Aranegui-Pla F.2 —Vasijas con pitorro vertedor—)

El atributo indispensable de este tipo, y que le sirve de rasgo diferenciador con las demás tinajas, es la existencia de un pitorro vertedor en el tercio inferior de la vasija. Los perfiles pueden ser variados desde los más o menos globulares hasta el bitroncocónico, pero el gran tamaño de estas vasijas hace en muchos casos difícil decantarse por una u otra variante; la ausencia de asas y decoración —o una decoración muy sencilla— también son atributos característicos, aunque no indispensables.

Este tipo de recipiente llamó la atención, desde el principio, por su característico pitorro, lo que propició el estudio de su posible funcionalidad. La propuesta de Giró (1958: 21, 22 y 24) como vaso decantador de cerveza ha sido ampliamente aceptado por la bibliografía posterior, pasando a convertirse en uno de los pocos recipientes con funcionalidad específica del Mundo Ibérico. Otras posibles aplicaciones fueron sugeridas en su día por el mismo Giró (1958): decantador de vino; o más recientemente por Lillo (1981: 377): decantador de agua con partículas en suspensión, blanqueado y desinfección de ropas (Juan Doménech, 1990-1991); pero siempre teniendo como punto en común la decantación de líquidos (Conde i Berdós, 1987). Otros usos se documentan por ejemplo en Grecia, donde un recipiente similar se utilizaba para emitir señales entre dos puntos distantes (Ober, 1985: 7, 197-198); o en el norte de África donde, en la actualidad, se utilizan para guardar cereal y el pitorro en la parte inferior permite consumir el grano más viejo (Castel, 1984: 184-149).

Recientemente, han sido objeto de un estudio tipológico que, a grandes rasgos, se recoge aquí, añadiendo las variaciones que se han podido documentar mediante un registro más amplio (Conde i Berdós, 1987).

Subtipo 1: Con hombro

Sólo se conocen ejemplares en el Horizonte Ibérico Pleno de Los Villares (Mata, 1991: fig. 29, 5).

Subtipo 2: Sin hombro

Son las más comunes. Se datan desde finales del s. VI a.C. hasta el Horizonte Iberorromano (Conde i Berdós, 1987: 37-38).

Tipo 4: Tinaja o Urna de orejetas (González Prats E-15; Jully, 1975: Grupo B-II —Megalopyxis con orejetas perforadas—, 56-61; Solier, 1976-1978: Grupo II, 240-244)

Este recipiente profundo se caracteriza por tener dos protuberancias perforadas —«orejetas»— cerca del labio, que es biselado; este labio encaja perfectamente con la tapadera, también provista de orejetas, pues ambas piezas han sido modeladas juntas y separadas cortando el barro antes de la cocción; las orejetas perforadas permiten cerrar el recipiente herméticamente, pasando una cuerda o alambre a través de las perforaciones (Fletcher, 1964: 305). El perfil es ovoide o bitroncocónico.

El hallazgo frecuente de este recipiente en necrópolis ha hecho que se le identifique como urna cineraria, aunque se encuentra cada vez más en lugares de habitación. Por otro lado, el gran tamaño de la tinaja de este grupo no parece que apunte hacia una funcionalidad, estrictamente, cineraria.

Las de gran tamaño son escasas y los ejemplares más completos se conocen en Penya Negra II (González Prats, 1983: tipo E-15).

Tipo 5: Orza (González Prats E-18; Pereira Sieso 5 A I)

Se trata de recipientes profundos y, a diferencia de las tinajas, abiertos (I.A. igual o mayor de 80); cuello indicado; perfil ovoide o bitroncocónico; pueden ir con o sin decoración; labio saliente, engrosado o subtriangular; base cóncava o indicada; algunos llevan asas verticales, desde el labio, u horizontales sobre el diámetro máximo.

Tipo poco abundante, pero con los ejemplares más característicos fechados en el Ibérico Antiguo (s. VI a.C.).

GRUPO II

Se incluyen en este grupo una serie de recipientes de variada morfología, cuya funcionalidad es difícil de precisar, tratándose en la mayoría de los casos de vasijas multifuncionales. De cualquier modo, tienen que estar relacionados con actividades domésticas de despensa, preparación de alimentos o, incluso, de carácter ritual o funerario. Por su tamaño, son fácilmente transportables. Este grupo es el de mayor complejidad, por lo que, en el futuro, puede resultar el que más cambios sufra bien aumentando, bien disminuyendo los tipos incluidos en él, a medida que se definan funcionalidades concretas que permitan su fusión o traslado a otros grupos.

La única característica común que presentan todos ellos es su tamaño:

—entre 40 y 10 cm. de altura para los recipientes profundos y

—entre 40 y 10 cm. de diámetro boca para los recipientes planos o de profundidad media.

Tipo 1: Recipiente con resalte

Recipientes, generalmente profundos; mayores de 10 cm. de altura; de perfiles variados, cuya única característica común es presentar un resalte pronunciado en el cuerpo o cerca del borde, dejando un espacio estrecho pero profundo entre el resalte y el recipiente.

La escasez de ejemplares impide cierta precisión cronológica, ubicándose en el Ibérico Pleno en sentido amplio, con algunos ejemplares fechados en el Ibérico Antiguo.

Se distinguen dos subtipos:

Subtipo 1: Con resalte en el cuello (Nordström FF. 21 —Vasos de doble borde—)

Su cercanía al borde parece indicar que, en muchos casos, serviría de apoyo a una tapadera.

Subtipo 2: Con resalte en el galbo (Aranegui-Pla F.3 —Vasijas con resalte en el cuerpo—)

Este subtipo fue objeto de un estudio por parte de Fletcher (1953: 191) en el cual se hipotetizaba sobre la posible funcionalidad del resalte con fines aislantes o refrigerantes.

Tipo 2: Tinajilla

Al igual que las tinajas del Grupo I (A I.2.), son recipientes profundos, más o menos cerrados, con base cóncava o indicada, con o sin asas y decorados o no. Aunque la altura máxima para este Grupo son los 40 cm., pocas tinajillas superan los 30 cm.

Dado que todos los subtipos y variantes del tipo I.2. se encuentran representados aquí, se seguirá una denominación igual a la utilizada en aquel caso para facilitar su utilización.

Subtipo 1: Con hombro (Pereira Sieso 11 B)

Caracterizadas por una fuerte inflexión, situada en el tercio superior que separa el cuerpo del borde.

Variante 1: Bitroncocónica (Aranegui-Pla F. 6a —Vasos de perfil quebrado con pie indicado— y F. 25 —Urnas tritroncocónicas con tapadera—; Cuadrado F. 1b, F. 2c y d y F. 31; Jully, 1975: Grupo A III —Tinaja tritroncocónica de tipo púnico—, 47-48; Nordström FG. 3 —Pithiskos tritroncocónica con asas verticales—; Ros Sala F.T. XVIa; Vaquerizo 1.I.F, 1.V.A/2 y B/1 y 2.II.A. y C.). Se trata de una forma típica del Ibérico Pleno con características semejantes a las de su homónima en el Grupo I.

Variante 2: Cilíndrica (Aranegui-Pla F.21 —Albarello o Bote de farmacia—; Nordström FF. 30 —Vaso cilíndrico troncocónico de tipo bote de farmacia o albarello—; Pereira Sieso 10). Característica del Ibérico Pleno y con más ejemplares conocidos que en el Grupo I.

Variante 3: Globular u Ovoide (Belén y Pereira Sieso, 1985: Tipo II.2.C.b.1.; Cuadrado F.2 b 2 y 3; González Prats E-12; Nordström FG. 4 —Pithiskos cilindrobitroncocónico con asas verticales; Ros Sala F.T. XVI b). Suelen tener el labio recto o ligeramente saliente y no son demasiado abundantes, aunque su cronología es amplia.

Subtipo 2: Sin hombro

Al igual que en el caso anterior, siguen una evolución semejante a las tinajas sin hombro (A.I.2.2.).

Variante 1: Con cuello indicado (Aranegui-Pla F.1 b —Vasos de perfil en S—; Cuadrado F. 8 b 1, F. 47, F. 48 y F. 49; González Prats E-17; Jully y Nordström 1972: —Tinaja Bitroncocónica—; Nordström FF. 2 —Tinaja pithoide— y FF.3 —Tinaja—; Ros Sala F.T XIX; Vaquerizo 1.I.A.E., 1.V.A/1 y B/2 y 1.VII.). Recipiente de tendencia globular o suavemente bitroncocónico, cerrado; generalmente sin asas, aunque algunos ejemplares presentan unas asitas que parten del labio; su pequeño tamaño permite suponer que se trate más bien de elementos de suspensión que de prensión.

Aparecen desde el Ibérico Antiguo y perduran hasta el Iberorromano.

Variante 2: Con cuello destacado (Aranegui-Pla FF. 18

y 19 —Vasijas bitroncocónicas con cuello y asas—; Belén y Pereira Sieso, 1985: Tipo II.2.B.b.1 y 2.; González Prats E-11 y 13; Nordström, FF. 12 —Ánfora—; Ros Sala F.T VI a; Vaquerizo 1.II.A/1.2y B y 1.V.C.). Tinajillas con asas que salen del labio o desde el cuello. Se conocen más ejemplares de este grupo que del anterior.

Como ya se indicaba con anterioridad (Tipo AI.2.2.2.), se trata de una forma típica del s. VI a.C., con prototipos fenicios.

Tipo 3: Tinajilla con pitorro vertedor (Aranegui-Pla F.2 —Vasijas con pitorro vertedor—)

De idénticas características a las tinajas con pitorro vertedor (Tipo AI.3.), se han separado en razón de su tamaño. La menor capacidad de éstas hace pensar, si no en una funcionalidad distinta (decantación de líquidos u otros), sí en un uso más doméstico o bien para la preparación de algún líquido de carácter especial o de lujo (Giró, 1958: 10); mientras que, las de mayor tamaño tendrían un uso más «industrial».

Como en el caso anterior los perfiles y subtipos siguen las pautas del Tipo AI.3.

Subtipo 1: Con hombro

Como en el Grupo I, se conocen pocos ejemplares.

Subtipo 2: Sin hombro

Son menos abundantes que las del Grupo I.

Tipo 4: Recipiente con cierre hermético (Pereira Sieso 3)

Vasijas profundas que se caracterizan por tener un labio biselado que encaja herméticamente con su correspondiente tapadera. El recipiente y la tapadera se modelan juntos y, antes de la cocción, se separan cortando la arcilla todavía blanda.

Subtipo 1: Urna o Tinajilla con orejetas perforadas (González Prats E-15; Jully, 1975: Grupo B II, 56-61; Solier, 1976-1978: Grupo II, 240-244; Pereira Sieso 3 A)

Ya se han señalado, con anterioridad, las características más importantes de este Subtipo (ver Tipo A I.4.). Es precisamente el pequeño tamaño lo que permite suponer una función más específicamente cineraria para estos recipientes, aunque no son raros los hallazgos en poblados.

Son más abundantes que las anteriores y, por lo tanto, los perfiles documentados permiten una subdivisión en Variantes. Esta clasificación no parece tener, por el momento, una significación cronológica, pues aparecen en yacimientos ibéricos antiguos y perduran con escasos ejemplares hasta los ss. IV-III a.C.

Variante 1: Globular.

Variante 2: Ovoide.

Variante 3: Bitroncocónica o Quebrada.

Subtipo 2: Tinajilla o Pyxis con borde dentado (Aranegui-Pla F.22 a —Píxides de borde dentado—; Nordström FF.18 —Pyxis con borde dentado—; Pereira Sieso 3 B)

Recipiente profundo que se caracteriza por su típico borde dentado, sobre el que se acopla, perfectamente, una tapadera troncocónica. No lleva asas y todos los ejemplares conocidos tienen decoración pintada. Su perfil es de tendencia ovoide aunque no faltan ejemplos bitroncocónicos o cilíndricos.

Su característico borde llamó la atención tempranamente, siendo objeto de un estudio monográfico por parte de Fletcher (1952-1953), cuyas conclusiones siguen siendo válidas en la actualidad.

En cuanto a su cronología, como ya apuntó Fletcher (1952-1953: 8) y los últimos hallazgos confirman, parece ser de finales del s. III e inicios del s. II a.C.

Subtipo 3: Tinajillas con labio biselado simple (Beltrán Lloris, 1976: Vasos Cilíndricos)

Forma característica del valle medio del Ebro. Por su perfil se pueden distinguir dos variantes de cronología similar (ss. II-I a.C.). Tipos semejantes se encuentran en otras zonas con una cronología anterior (Vaquerizo, 1988: 232, fig. 201).

Variante 1: Globular.

Variante 2: Bitroncocónica o Quebrada

Tipo 5: Orza pequeña (Pereira Sieso 5.A.I; Vaquerizo I.VI.A)

Son recipientes profundos, muy abiertos (I.A.=6 >80), con cuello ligeramente indicado; galbo de tendencia ovoide, aunque los escasos ejemplares conocidos no permiten mayores precisiones; base cóncava o indicada; sin asas; pueden llevar decoración o no.

Se conocen ejemplares del Ibérico Pleno.

Tipo 6: Lebes (PEREIRA SIESO 5.A.II; ROS SALA F.-T. IIIa)

El lebes es un recipiente abierto; de profundidad media (I.P. 30-90, con escasos ejemplares que sobrepasen los 90 y que desciendan de 40); perfil de tendencia globular, con labio diferenciado y, en general, sin asas; puede estar decorado o no.

En razón de su tamaño se pueden diferenciar dos variantes en cada subtipo:

—Grande, ∅boca>25 cm. y

—Mediano, ∅boca entre 25 y 10 cm.

Los ejemplares con diámetro de boca superior a 40 cm. son excepcionales, por lo que no se ha considerado oportuno clasificarlos en el Grupo I en base, exclusivamente, a esa excepcionalidad.

Su amplia boca los hace apropiados para el trasiego de líquidos, incluso los de pequeño tamaño cuyo labio impide su uso para beber.

Ha sido difícil la elección de esta denominación para un recipiente de estas características; pero de entre todos los términos empleados para su descripción (copas de pie bajo, cráteras, vasijas, calderos, cazuelas o fuentes) es, hoy por hoy, la más adecuada. En el mundo griego se utiliza la palabra lebes para calderos metálicos cuya descripción se adapta perfectamente a estos recipientes (DAREMBERG y SAGLIO, 1900: T. III, vol. II, 1000; GRIÑÓ, OLMOS y SÁNCHEZ, 1984: 289). El término lebeta (de lebes,-etis) se utiliza para describir el recipiente metálico que servía para recoger el agua que se vertía en las ceremonias sagradas aunque también puede tener otros usos, sobre todo cuando se trata de vasijas cerámicas (AA.VV., 1990: 49; BIANCHI BANDINELLI, 1961: vol. IV, 519-521; ROSSELLÓ BORDOY, 1991: 198).

Subtipo 1: Con pie (ARANEGUI-PLA F.4 —Grandes vasijas de diámetro superior a la altura—; CUADRADO F.18; NORSDTRÖM FF. 13 IV —Crátera sin cuello con o sin asas y base anular— y FF. 14 —Bol con reborde anguloso y base anular—)

Su característica fundamental es tener un pie diferenciado alto; el labio puede ser de ala plana o moldurado, siendo éste último mayoritario en los lebes grandes; suelen estar decorados y no llevar asas.

Son propios del Ibérico Pleno, sobre todo a partir del s. III a.C.

Subtipo 2: Sin pie (ARANEGUI-PLA F. 4 —Ollas bajas y anchas—; CUADRADO F.10 y F.14; GONZÁLEZ PRATS B-7, B-8, E-7, E-8 y E-18; NORDSTRÖM FF.13 IV —Crátera sin cuello, sin asas y con base cóncava—; PEREIRA SIESO 5.A.II; VAQUERIZO 1.I.G. y H. y 1.IX).

Se diferencia del anterior por no tener pie diferenciado, siendo sustituido por una base cóncava o indicada; los labios son muy variados —salientes, en ala plana, subtriangulares y moldurados— aunque, en época avanzada, acaban dominando los moldurados y en ala; pueden llevar decoración o no, aunque abundan más los que carecen de ella o llevan una sencilla decoración de bandas y filetes; los ejemplos más clásicos no suelen llevar asas, aunque algunos ejemplares puedan llevar asas de espuerta (GONZÁLEZ PRATS, 1983: Tipos B y E-7, 196 y 215-216) o pegadas al galbo en posición horizontal.

Su difusión cronológica y geográfica es mucho más amplia que la del Subtipo anterior, por lo que podría suponerse una producción más regional para los lebes con pie (A II.6.1.).

Tipo 7: Kalathos

Recipiente abierto; de profundidad media (I.P. entre 60 y 100; escasos ejemplares superan apenas el I.P. 100, siendo la mayoría de grandes dimensiones); perfil simple; labio moldurado o en ala plana y, en menor medida, saliente y triangular; base cóncava, aunque se conocen algunos ejemplares con pie alto (Puntal dels Llops, inédito, y El Amarejo) (BRONCANO, 1989: fig. 146, 238, lám. CXII); llevan casi siempre decoración pintada, sin asas, excepto una producción específica procedente de Cataluña y algunos ejemplares de gran tamaño (COLOMINAS y PUIG I CADAFALCH, 1923: 605, fig. 385; GUÉRIN, 1987; TARRADELL y SANMARTÍ, 1980: 312).

Se pueden distinguir dos tamaños, constituyendo sendas Variantes en los dos Subtipos diferenciados:

—Grande, ∅boca>25 cm.;

—Mediano, ∅boca<25 cm., siendo muy pocos los menores de 10 cm.

Es uno de los pocos tipos ibéricos que se exporta fuera del ámbito propio de la Cultura Ibérica y, también, uno de los que más perduró después de la conquista romana, lo que ha permitido especular sobre su posible contenido —miel, garum, púrpura, etc.— (ARANEGUI y PLA, 1981: 78-79; GARCÍA Y BELLIDO, 1957: 92; RIBERA, 1983: fig. 12, 1; SANTOS VELASCO, 1982-1983: 147-148). En relación con su posible funcionalidad, existen en Grecia unos recipientes cerámicos de igual forma que los kalathoi, pero sin decorar y con la superficie interior estriada que se utilizaban en apicultura (JONES, GRAHAM y SACKETT, 1973: 397-413, fig. 13); aunque lo más probable es que se trata de un recipiente multifuncional (DAREMBERG y SAGLIO, 1900: t. I, vol. II, 812 y ss.).

Subtipo 1: Cilíndrico (Aranegui-Pla F. 17 a y b —Sombrero de copa típico de cuerpo cilíndrico, con borde pendiente o en ala plana—; Cuadrado F. 13; Nordström FF. 6 —Kalathos cilindroide—; Pereira Sieso 8 D; Ros Sala F.-T. I a y c, II a y b)

Se trata del perfil más común entre los Kalathoi, conociéndose con todas las modalidades de labios apuntadas —moldurado, ala, saliente y triangular—, y en los dos tamaños.

Se datan a partir del s. III a.C.

Subtipo 2: Troncocónico (Aranegui-Pla F. 17 c y d —Sombrero de copa típico de cuerpo troncocónico y borde pendiente o de ala plana—; Nordström FF. 6 —Kalathos Troncocónico—; Ros Sala F.-T. I b, d y e, II c y e)

Subtipo, al parecer, de cronología avanzada —s. II a.C.—, de labio moldurado o en ala.

Tipo 8: Cantimplora

Recipiente profundo, de forma esferoide o lenticular, con cuello estrecho en el eje mayor y boca algo más amplia; puede llevar un par de asas a ambos lados de la boca, así como una acanaladura alrededor del perímetro, para facilitar, mediante una cuerda su transporte y suspensión. No suele llevar decoración.

Se trata de un utensilio personal para el transporte de pequeñas cantidades de líquidos (Lillo, 1979: 26; 1981: 363-365).

Tanto este Tipo como el siguiente (A II.9), tienen una distribución geográfica concentrada en las provincias de Murcia, Albacete y Valencia.

Teniendo en cuenta la clasificación hecha por Lillo (1981: 364), se han diferenciado los siguientes subtipos:

Subtipo 1: Lenticular

Es la más común, fechada en el Ibérico Pleno.

Subtipo 2: Tubular

Sólo se conoce un ejemplar procedente del Tossal de Sant Miquel (Llíria). A modo de curiosidad, simplemente citar una cantimplora semejante procedente de la Galia con una inscripción en la que se especifica que su contenido era la cerveza (Daremberg y Saglio, 1900: t.I, vol. II, fig. 1138).

Tipo 9: Tonel (Nordström FF.32 Toneletes)

Recipiente profundo de forma cilíndrica con el eje de revolución horizontal, cuello estrecho; boca de forma similar a la de las cantimploras (Tipo A II.8.) pero situada en el eje de revolución; algunos ejemplares tienen dos acanaladuras laterales por las que sujetar unas cuerdas que permitirían llevarlos colgando en los flancos de un animal de carga o sobre la espalda. Puede llevar asas o no. No suele estar decorado.

Su función podría ser la de transportar líquidos en mayores cantidades que las cantimploras; aunque en el norte de Africa se utilizan recipientes similares para la elaboración de mantequilla.

Son más abundantes que las cantimploras y tienen una cronología y distribución geográfica similares.

Los toneles han sido objeto de dos estudios que siguen totalmente vigentes y de los que hemos entresacado los subtipos diferenciados (Fletcher, 1957; Lillo, 1979 y 1981: 367-371):

Subtipo 1: Con boca central (Fletcher, Tipos 1-5; Lillo, Tipos 1-4)

Cuando llevan elementos de prensión, éstos pueden ser asas o pestañas, situadas a ambos lados de la boca.

Subtipo 2: Con boca descentrada (Fletcher, Tipo 6; Lillo, Tipo 5)

Los ejemplos conocidos llevan asas.

Tipo 10: Tarro (Aranegui-Pla F.16 —Kalathos de cuello estrangulado—; Cuadrado F.12 a, b y c; Nordström FF. 5 B —Sítula sin asas—; Pereira Sieso 8 A, B y C; Vaquerizo 2.I.)

Recipiente profundo y, con escasas excepciones, con un I.P. entre 70 y 100; perfil de tendencia cilíndrica y cuello estrangulado, con labio saliente; a pesar del estrangulamiento del cuello no llega a ser un recipiente cerrado sino abierto; la base suele ser cóncava; sin asas; puede llevar decoración impresa, pintada o engobe rojo (Presedo, 1982: 291 y 295).

Tradicionalmente, se le ha considerado como un kalathos (Tipo A II.7.) de cronología antigua (Aranegui y Pla, 1981: 77-78). Sin embargo, si bien puede considerarse como precedente del kalathos, existen suficientes datos como para considerarlo un tipo distinto, con una evolución cronológica y difusión geográfica diferentes a la del kalathos; por ejemplo:

—El perfil simple del kalathos sufre aquí una ruptura para convertirse en un perfil compuesto: galbo, hombro, cuello, borde.

—Algunos tarros tienen un cuello bastante marcado y/o destacado, que hace que el recipiente no sea tan abierto como un kalathos.

—El I.P. varía sensiblemente, pues si pocos kalathoi sobrepasan el índice 100, en el caso de los tarros la relación se invierte.

—Los tamaños oscilan entre 10 y 30 cm. de altura, con un diámetro inferior a 25 cm. —sólo un tarro procedente de Toya (Peal de Becerro, Jaén) mide 53 cm. de altura y 40 cm de ∅ (Fernández Mateu, 1985: 382); mientras que los kalathoi muestran una gran variedad de tamaños.

—Al tratarse de un recipiente que aparece en un primer momento del Ibérico Pleno, los ejemplares más tardíos eran considerados como perduraciones; ahora bien, la aparición de conjuntos importantes de tarros conviviendo con los kalathoi (Broncano y Blánquez, 1985: 277-278; Rubio, 1986: figs. 11, NA-5823; 32, NA-5806; 45, NA-5817; 50, NA-5820; 86: 90, NA-5826; 110, NA-5805; 117, NA-5718; 118, NA-5768 y 119, Na-5785), hace imposible seguir manteniendo ese tipo como una perduración.

—Por último, la distribución geográfica de este tipo es bastante homogénea, pues de los tarros recogidos por Fernández Mateu en su estudio (1985: 309-310), cuarenta y tres proceden de Andalucía, catorce de Murcia, tres de Albacete (a los que habría que añadir los encontrados en El Amarejo), veinticuatro de Alicante y cuatro de Valencia.

Aparecen desde mediados del s. VI hasta inicios del s. II a.C.

De acuerdo con el perfil, se conocen los siguientes subtipos:

Subtipo 1: Cilíndrico

Subtipo 2: Troncocónico

Subtipo 3: Abombado

Tipo 11: Sítula o Cesto (Aranegui-Pla F.20 —Vasijas con asa de cesto—; Cuadrado F.10 y F.58; Nordström FF.5.A —Sítula con asa de cesto—; Pereira Sieso 9 E)

Recipiente profundo que se caracteriza, esencialmente, por su asa horizontal que cruza, diametralmente, la boca. Ésta suele ser circular y puede llevar un pitorro vertedor junto a uno de los extremos del asa, con lo que su funcionalidad relacionada con la contención de líquidos parece clara (Page, 1983: 95-100).

La variedad de perfiles que puede adoptar este recipiente, así como su amplia cronología (ss. V-II a.C.), hace que no pueda incluirse con propiedad dentro del grupo de las imitaciones (Grupo VI) (Page, 1984: 95-100).

GRUPO III

A pesar de las dificultades que entraña, incluso en el mundo griego y latino (Daremberg y Saglio, 1900: t.V, 663-664), identificar la funcionalidad concreta de los recipientes, sobre todo teniendo en cuenta su posible multifuncionalidad, se intenta reconstruir aquí un hipotético servicio de mesa. Para ello, es evidente que las referencias al mundo clásico han sido casi obligadas, incluso con el peligro que supone hacer este tipo de extrapolaciones culturales.

Para poder llegar a la identificación de las vasijas que compondrían la vajilla de mesa ibérica, se han tenido en cuenta, básicamente, cuatro criterios:

—Tamaño: dada su función debe tratarse de recipientes de tamaño medio.

—Recipientes para contenido de líquidos y que, a su vez, alguno de ellos sirva para verterlos sin esfuerzo.

—Recipientes aptos para beber.

—Y, recipientes útiles para servir alimentos líquidos o sólidos, así como para consumirlos.

Tipo 1: Botella (Aranegui-Pla F.1 c —Vasija de perfil bitroncocónico con boca de trompeta— y F.5 —Botellas—; Cuadrado F.8 a y b 2, F.9, F.53; González Prats B-13, 14 y 15, y E-9; Nordström FF.16 —Aryballos— y FF.22 —Formas de cuello «fongiforme»—; Vaquerizo, 1.II.A.).

Recipiente profundo y muy cerrado (I.A. < 50); con cuello más o menos destacado; boca, generalmente, más ancha que el cuello; sin asas; pueden llevar decoración o no; el tamaño oscila entre los 10 y 25 cm. de altura. Sus perfiles son muy variados, pero con tendencia bitroncocónica.

Su funcionalidad, teniendo en cuenta su cuello estrecho, está claramente relacionada con los líquidos. Se ha incluido dentro de un hipotético servicio de mesa por las siguientes razones:

—Su tamaño medio las hace manejables y aptas para el contenido de líquidos no de almacenaje sino para consumir en breve tiempo.

—Su boca ancha impide que puedan taparse con el fin de preservar el contenido.

—Su escasa estandarización las hace un recipiente fuera de lo común y, por lo tanto, para no ser usado en tareas domésticas cotidianas, aunque, como ya se ha indicado en repetidas ocasiones, no se puede excluir la multifuncionalidad de éste ni de ningún otro recipiente.

—Finalmente señalar que vasijas semejantes con el nombre de «lagena» eran utilizadas en el mundo antiguo para el servicio de mesa (Daremberg y Saglio, 1900: t.III, vol.II, 907-908).

La cronología es amplia pues aparecen desde el Ibérico Antiguo y perduran hasta el Horizonte Iberorromano.

Al tratarse de una producción poco estandarizada, se hace muy difícil una clasificación. Se puede sugerir la existencia de los siguientes subtipos de acuerdo con el perfil:

Subtipo 1: Tendencia bitroncocónica, globular u ovoide

Subtipo 2: Tendencia troncocónica o cilíndrica

Tipo 2: Jarro

Es un recipiente profundo y muy cerrado (I.A. < 50); con cuello más o menos destacado y un asa desde la boca hasta el diámetro máximo; puede estar decorado o no; la boca es amplia, trilobulada o circular. El tamaño oscila entre 30 y 9 cm. de altura, considerándose grandes aquéllos que tienen más de 15 cm. y pequeños los restantes.

Su función está directamente relacionada con el contenido y consumo de líquidos —vino preferentemente—. El hecho de que aparezcan jarros con contenido diferente a los líquidos (Burillo y de Sus, 1986: 233) se debe a un uso ocasional de los mismos para otras actividades, algo que es válido para todo tipo de recipiente, incluso en la actualidad.

Subtipo 1: Con boca trilobulada u Oinochoe (Ros Sala F.-T. XIII a; Vaquerizo, 1.XIII)

Cuando llevan decoración pintada, pueden presentar los llamados «ojos profilácticos» (Nordström, 1973: 211), que aparecen también en el cerámica púnica (Cintas, 1950: lám. XIII, 170 y 171). Teniendo en cuenta el perfil, se distinguen las siguientes variantes:

Variante 1: Cilíndrico (Aranegui-Pla F.9 c2 —Oinochoe con boca trilobulada; Cuadrado F.27; Nordström FF. 11 —Oenochoe con boca trilobulada). Abarca, básicamente, el Ibérico Pleno y es abundante, sobre todo, en yacimientos de finales del s. III a.C. Siempre están decorados.

Variante 2: Troncocónico (Aranegui-Pla F.9 a, e y f —Oinochoes de cuerpo bitroncocónico, perfil quebrado de tendencia cilíndrica y de tendencia romboidal—; Nordström FF.11 —Oinochoe de perfil bitroncocónico—). Esta variante puede tener el diámetro máximo en el tercio superior o en el medio, pudiéndose considerar también como bitroncocónico. Siempre están decorados y su cronología es similar a la variante anterior.

Variante 3: Piriforme (Aranegui-Pla F.9 d —Oinochoes de perfil piriforme con el diámetro máximo en el tercio inferior—; Cuadrado F. 28; Nordström FF.11 —Oenochoe de perfil ovoide o piriforme—). Se caracterizan por tener el diámetro máximo en el tercio inferior. Se conocen ejemplares del Ibérico Pleno, con o sin decoración, sobre todo de gran tamaño.

Variante 4: Globular (Aranegui-Pla F.9 b —Oinochoe de cuerpo globular—; Cuadrado F.29). Este perfil es el que más se acerca al modelo ático. Variante poco documentada, se encuentra, sobre todo, en yacimientos del s. IV a.C.

Subtipo 2: De boca circular u Olpe (Aranegui-Pla F.9 c 1 y 9 d —Oinochoes de boca circular con cuerpo cilíndrico y con perfil piriforme—; Nordström FF.23 —Oenochoe con boca circular)

Forma menos frecuente que el anterior subtipo, se caracteriza por su amplia boca circular. Todos los ejemplares conocidos tienen perfil de tendencia globular.

Las dos variantes diferenciadas son de cronología similar: Ibérico Pleno con perduraciones en el Iberorromano.

Variante 1: Con labio saliente (Ros Sala F.-T. VI b y XIII b).

Variante 2: Con labio recto.

Tipo 3: Jarra (Cuadrado F.30; Nordström, FF.1 —Oinochoe de boca trilobulada, troncocónico invertido)

Recipiente profundo con cuello indicado, no tan cerrado como el jarro (I.A. 80-50); boca trilobulada o circular; con un asa, generalmente, sobreelevada y sin decoración. Se trata de un tipo poco numeroso, de perfiles y tamaños lo suficientemente variados como para impedir una clasificación por subtipos.

Los ejemplares con asa sobreelevada apuntan dos posibilidades de uso: poderlo sumergir cómodamente en un recipiente mayor y guardarlo colgado o relacionado con actividades cultuales (Bonet, Mata y Guérin, 1990: 191).

La cronología de los ejemplares conocidos abarca todo el Ibérico Pleno.

Tipo 4: Caliciforme

Recipiente abierto, de profundidad media (I.P. entre 50 y 100, con escasas excepciones sobrepasan el ín-

dice 100); caracterizado por un cuello destacado separado del cuerpo, de tendencia globular; el labio más común es el saliente, aunque también se documentan otras variantes (moldurado, triangular, ala plana); diámetro de boca igual o ligeramente superior al de la panza; puede llevar pie diferenciado (anular o alto) o, en contadas ocasiones, no llevar pie; no suele estar decorado, aunque se conocen algunos con decoración pintada, e incluso, impresa y aplicada (Broncano y Blánquez, 1985: 279; Mata, 1991: fig. 15, 1, 4, 7-9, 11, 16 y 17).

De acuerdo con el perfil del cuerpo, se pueden distinguir tres subtipos:

Subtipo 1: Cuerpo Globular (Aranegui-Pla F.8 —Caliciforme con pie anular—; Cuadrado F. 11; Nordström, FF.9 b —Krateriskos sin asas— y FF. 10 —Bol con borde saliente—; Pereira Sieso 12 A; Ros Sala F.T. IV y V; Vaquerizo 1.III).

Se clasifican aquí los vasos conocidos, tradicionalmente, como caliciformes; se caracterizan por un cuello cilíndrico separado claramente del cuerpo por un hombro redondeado, bien marcado. Los tamaños son variados, desde 5 a casi 20 cms. de diámetro de boca. En numerosas ocasiones, se ha venido considerando a este Subtipo como una imitación de recipientes metálicos (Avellá y Rodríguez Rus, 1986: lám. II), de vajilla de barniz negro ática (Page, 1984: 142-144) o, incluso, de «Vasos à chardon»; pero, por su amplia representación en el repertorio ibérico se clasifica aquí y no en el Grupo VI.

Aparecen en el Ibérico Antiguo y perduran hasta época Iberorromana.

Variante 1: Grande. El diámetro de boca oscila entre los 10 y 20 cms., sobrepasando los 20 cm. con escasas excepciones; suelen estar decorados y llevar pie alto. Son comunes en el s. III a.C., aunque también existen en otras épocas.

Variante 2: Pequeño. Son los más abundantes. Su tamaño oscila entre 5 y 10 cm. de diámetro; pie anillado, aunque no faltan con pie alto y base cóncava; cuando llevan decoración, ésta puede ser aplicada, impresa o pintada, pero es bastante habitual encontrarlos sin ningún tipo de decoración, dominando los tonos de pasta oscura, tal vez en relación con los modelos metálicos. Se encuentran desde el s. VI a.C.

Subtipo 2: Perfil en S (Cuadrado F.11 c y F.22)

Se caracterizan por no tener el cuello tan desarrollado como en el subtipo anterior y su ruptura con el cuerpo no es tan clara. Son escasos y de amplia cronología. El actual registro no permite una división en variantes como en el Subtipo 1.

Subtipo 3: Carenado (Cuadrado F.23)

Cuello destacado, separado del cuerpo por una fuerte inflexión en ángulo o carena. Como en el caso anterior, el registro actual no permite una subdivisión en variantes.

Conocidos en la bibliografía francesa como «Gobelets gris carénés» (Giry, Jully, Solier, 1967), parecen propios de un Horizonte Ibérico Antiguo (Martí Bonafé, 1990) aunque también, se conocen ejemplos dentro del Ibérico Pleno.

Tipo 5: Vaso «à chardon» (Belén y Pereira Sieso, 1985: Tipo II.2.B.a.1.; Jully, 1975: 31-36, Grupo A II-1; Solier, 1976-1978: 245, Grupo IV-1; Pereira Sieso 2A).

Vaso de tamaño mediano, profundo; diámetro de la boca igual o mayor al de la panza; cuello destacado de tendencia cilíndrica, con una altura mayor que la del cuerpo; sin asas; suelen estar decorados; pueden llevar pie o tener la base cóncava.

Recipiente que imita formas fenicias y, por lo tanto, propio de un Horizonte Ibérico Antiguo, aunque pueden existir formas evolucionadas durante el Ibérico Pleno.

Tipo 6: Copa (Cuadrado F. 24 y 25; Pereira Sieso 15)

Recipiente abierto de profundidad media, cuya característica esencial es poseer un pie destacado. Perfiles variados, con o sin decoración. No suelen llevar asas.

Pieza poco abundante en el repertorio ibérico, pues su posible función era desempeñada por los caliciformes (Tipo A III.4.), copas de importación y sus imitaciones (Grupo VI).

Se conocen ejemplares del Ibérico Pleno.

Tipo 7: Taza (Nordström FF.29 —Gran taza tipo «pot de chambre»—; Ros Sala F.T.XI y XVIII)

Recipiente abierto, con una o dos asas, de profundidad media; con decoración o sin ella.

Tipo poco frecuente en el repertorio ibérico, con lo que es imposible intentar una clasificación más detallada por el momento, así como una aproximación cronológica fiable.

Tipo 8: Plato (PEREIRA SIESO 17)

Recipiente abierto y plano (I.P. entre 10 y 50); casi siempre lleva decoración interior y/o exterior, sobre todo, en el Ibérico Pleno; el pie puede ser indicado, anillado o alto.

De acuerdo con el borde, se distinguen los siguientes subtipos.

Subtipo 1: Con borde exvasado (ARANEGUI-PLA F.10 c y f —Platos de borde exvasado y hondos—; BELÉN y PEREIRA SIESO, 1985: Tipo I.1.A.1.1.; CUADRADO FF.P1, P2, P4, P11 y P12; GONZÁLEZ PRATS B-1 y 5, D-1 y 3 y E-1, 2 y 5; JULLY, 1975: 29-31, F.A.I.2.; NORDSTRÖM FF.7 —Escudilla con borde convexo— y FF.19 —Plato—; SOLIER, 1976-1978: 246, Grupo VI, F.1; VAQUERIZO 3.I.B/D, 3.VI. y 3.VII.

Su perfil puede variar de acuerdo con el borde, que adoptará diversas formas: abombado, ala, pendiente, sin diferenciar.

Su cronología abarca toda la Cultura Ibérica y se puede precisar combinando los siguientes atributos y sus variables: borde/base/decoración. Una característica habitual, sobre todo en los platos grandes del Ibérico Pleno, es llevar en el borde, y más raramente en el pie, dos orificios hechos antes de la cocción, lo que parece indicar que se guardaban colgados.

Se pueden diferenciar varios tamaños:

Variante 1: Grande. Diámetro de la boca mayor de 15 cm.

Variante 2: Pequeño. Diámetro de la boca entre 9 y 15 cm.

Subtipo 2: Con borde reentrante o Pátera (ARANEGUI-PLA F.10.b —Platos de borde reentrante grandes—; CUADRADO F.P.5.a, c y e, P7, P8 y P14; GONZÁLEZ PRATS Tipo D-2; NORDSTRÖM FF.7 —Escudilla— y FF 34 —Salero—; PEREIRA SIESO 16B; VAQUERIZO 3.IV.)

Se han considerado imitaciones de la vajilla de barniz negro (PAGE, 1984: 103-108 y 117-123), sin embargo existen recipientes semejantes con decoración pintada, barniz rojo o cerámica gris desde el 700 a.C. o antes (PELLICER, 1969: 4 y 8, figs. 1, 869 y 2, 870; SCHUBART, NIEMEYER y PELLICER, 1969: 95, 121, 122 y 146, láms. I, 869, IV, 870 y XIII), con lo que debe considerarse esta doble corriente de influencias a la hora de valorar dicho tipo. En cualquier caso, son formas muy imitadas desde antiguo y su asimilación al repertorio ibérico es completa. Pueden llevar decoración, generalmente muy sencilla, o no llevarla. Aparecen desde el Ibérico Antiguo hasta época Iberorromana, con pocas variables.

Como en los platos de borde exvasado, se pueden distinguir dos tamaños.

Variante 1: Grande.

Variante 2: Pequeño.

Subtipo 3: Con borde sin diferenciar o Escudilla (ARANEGUI-PLA F.10 a —Platos de borde recto—; CUADRADO F.P.3.; GONZÁLEZ PRATS B-4, C-4, D-1 y E-4).

Pueden llevar decoración o no. De acuerdo con el registro arqueológico no se pueden hacer subdivisiones en cuanto al tamaño, pues el diámetro de boca oscila entre 12 y 20 cm., con escasos ejemplares mayores; en cambio sí que existen variantes relacionadas con el perfil:

Variante 1: En casquete (ROS SALA F.T.IX; VAQUERIZO 3.II. y 3.III.). Paredes ligeramente convexas. Es la variante con difusión cronológica más amplia.

Variante 2: Carenado (ROS SALA F.T.X; VAQUERIZO 3.III.A.). Suave ruptura del perfil cerca del borde. Se conocen pocos ejemplares y casi todos fechados en el Ibérico Pleno.

Variante 3: Troncocónico (VAQUERIZO, 3.1.A. y 3.III.). Paredes rectas, divergentes. Se conocen algunos ejemplares fechados en el Ibérico Antiguo, con escasas perduraciones.

Tipo 9: Cuenco (ARANEGUI-PLA F.10 g —Boles o cuencos—; CUADRADO F.P.5.d; PEREIRA SIESO 16.C.III.)

Recipiente de tamaño mediano cuyo I.P. es mayor de 50 y ninguno de los conocidos hasta ahora sobrepasa el índice 75; su borde suele ser sin diferenciar y el perfil es de tendencia hemiesférica o troncocónica.

Existen pocos ejemplares y casi todos ellos de época Ibérica Plena avanzada o del Ibérico Final.

GRUPO IV

Recipientes de formas muy diversas caracterizados, básicamente, por su pequeño tamaño (<10 cm.), por lo que también se conocen con el nombre de microvasos. De forma excepcional, pueden incluirse vasijas algo mayores que, por su forma y posible funcionalidad, se asimilen a este Grupo.

Funcionalmente, se trata de un conjunto relacionado con actividades de aseo personal, religiosas o funerarias (perfumes, ungüentos, colorantes, libaciones,

etc.), servicio de mesa (pequeños recipientes para sal u otras especias), juguetes o exvotos.

Tipo 1: Botellita (Pereira Sieso 13)

Recipiente profundo (I.P. > 100, y cerrado, sin asas; pueden llevar decoración o no. Como las botellas (Tipo A III.1.), presentan formas poco estandarizadas.

Por el momento, no se conoce este tipo en el Ibérico Antiguo.

Se distinguen dos subtipos:

Subtipo 1: Perfil de tendencia globular.

Se incluyen en este subtipo los perfiles piriformes y ovoides.

Variante 1: Con cuello destacado (Vaquerizo 1.VIII.B). Se caracteriza por tener un cuello más o menos destacado, bien por ser alto y estrecho, bien por tener una boca amplia.

Variante 2: Con cuello indicado (Cuadrado F.19.b, F.20.a.3, b, c1, c2, c3 y d, F.34; Nordström FF.16 —Aryballos—). Se caracteriza por tener un cuello simplemente indicado y labio saliente.

Subtipo 2: Perfil quebrado (Aranegui-Pla F.7 a y e —Pequeñas vasijas bitroncocónicas y pequeñas botellas— y F.6.b —Vasos de perfil quebrado con pie anular—; Cuadrado F.12. d, F.19 a y c, F.20 a 1, a 2 y C 4, F.21, F.32, F.33, F.42 y F.45; Nordström FF.16 —Aryballos—, FF.30 —Vaso cilíndrico troncocónico del tipo bote de farmacia o albarello—).

Se incluyen en este Subtipo todas aquellas botellitas que tengan un hombro más o menos marcado y, por lo tanto, el galbo es de tendencia cilíndrica o troncocónica. Pueden recogerse las mismas variantes que en el Subtipo anterior.

Variante 1: Con cuello destacado.

Variante 2: Con cuello indicado.

Tipo 2: Ungüentario

Recipiente profundo y cerrado con cuello destacado y pie macizo, más o menos alto. Puede llevar una sencilla decoración pintada.

En 1953, fueron objeto de una primera clasificación por parte de Almagro Basch (1953: 396-397), simplificada más adelante por Cuadrado (1977-1978: 389-404), y en la cual se basa esta clasificación atendiendo a los tipos que pueden ser considerados propiamente ibéricos.

Los dos subtipos diferenciados son propios del Ibérico Pleno.

Subtipo 1: Globular (Almagro Basch FF. 1-7; Aranegui-Pla F.26a —Ungüentarios bajos y panzudos—; Cuadrado Grupo A).

Subtipo 2: Fusiforme (Almagro Basch FF. 18-35 y 35-40; Aranegui-Pla F.26b —Ungüentarios fusiformes—; Cuadrado Grupo B).

Tipo 3: Copita (Aranegui-Pla F.7 c y d —Copas y platos de pie alto—; Cuadrado FF. 36-38, 50-52 y P 15; Vaquerizo 3.V.)

Recipientes abiertos, con un diámetro de boca menor de 8 cm.; labio sin diferenciar o ligeramente saliente; su característica esencial es tener un pie alto o destacado; no suelen tener asas ni decoración.

Sus variados perfiles hacen difícil una clasificación, aunque podrían agruparse así: hemiesféricos, en casquete y carenados.

Los primeros ejemplares se fechan ya en el Ibérico Antiguo.

Tipo 4: Cubilete (Cuadrado FF.26, 41, 44 y 57; Vaquerizo 1.IV.)

Recipientes profundos y abiertos, con labio saliente y cuello indicado; suelen tener base cóncava o plana; pueden llevar decoración o no. No son muy abundantes y parecen propios del Ibérico Pleno.

Tipo 5: Diversos

Se recogen aquí recipientes poco abundantes o de difícil clasificación, como por ejemplo:

Subtipo 1: Vaso Geminado (Cuadrado F.43).

Recipiente formado por dos pequeños vasitos de tendencia globular y labio saliente, con un asa vertical entre ambos.

Subtipo 2: Tarrito (Cuadrado F.46)

Recipiente de profundidad media (I.P. 50-100); altura inferior a 4 cms.; abierto, labio saliente y cuello indicado; base indicada o pie anillado; perfil de tendencia globular o carenado; sin asas, y generalmente, sin decoración.

Subtipo 3: Miniaturas

Se trata de piezas de pequeño tamaño que reproducen bastante fielmente un recipiente bien definido en grupos anteriores: jarro de boca trilobulada (Tipo A III.2.1.), kalathos (Tipo A II.7.), ánfora (Tipo A I.1.2.), etc.

GRUPO V

Este grupo de la tipología incluye una serie de piezas cerámicas consideradas o bien como auxiliares de los recipientes vistos en los grupos anteriores, o bien relacionadas directamente con tareas domésticas y artesanales diversas.

Tipo 1: Tapadera (Aranegui-Pla F.15 b —Tapaderas diversas—)

Piezas con perfil de tendencia hemiesférica o troncocónica con un asidero o pomo en la parte superior, que puede estar perforado. Pueden llevar decoración pintada o no.

Están destinadas a cubrir algunos recipientes y así, preservar su contenido. Aunque todas ellas pueden tapar cualquier vasija, incluso de cocina, hay algunas realizadas expresamente: tapaderas para recipientes de cierre hermético (Tipo A I.4. ó A II.4.) o las de gran tamaño y perfil bitroncocónico para las tinajas con hombro (Tipo A I.2.1.).

Su cronología viene dada por el tipo de recipiente que tapan. Se distinguen los siguientes subtipos:

Subtipo 1: Con pomo discoidal (Pereira Sieso 14 A.)

El pomo puede estar perforado o no. Cuando son de gran tamaño pueden corresponder a tinajas con hombro (Tipo A I.2.1.).

Subtipo 2: Con pomo anillado (Cuadrado F.P 16)

Son las más comunes.

Subtipo 3: Con pomo macizo (Pereira Sieso 14 B)

Puede estar perforado o no y, generalmente, no llevan decoración.

Subtipo 4: Con pomo cónico

Suelen corresponder a urnas de orejetas (Tipo A II.4.1.).

Subtipo 5: Con asa en el pomo

Suelen pertenecer a grandes recipientes y su perfil es troncocónico.

Tipo 2: Soporte

Se trata de objetos de tendencia cilíndrica, abiertos por los extremos; algunos pueden llevar una sencilla decoración a base de bandas y filetes pintados.

Su función es la de dar estabilidad a recipientes cuya base es muy estrecha o inexistente.

Subtipo 1: Tubular

Suelen ser de grandes dimensiones (altura >20 cm.). Existen dos variantes básicas:

Variante 1: Calado (Aranegui-Pla F.14a) —Soportes de vasijas altos y calados—). Los escasos ejemplares conocidos pertenecen al Ibérico Pleno.

Variante 2: Cilíndrico (Vaquerizo 4.I.C.). Son más comunes que los anteriores y de cronología similar. En esta variante se han incluido, tradicionalmente, las piezas que aquí se han clasificado como colmenas (Tipo A V.3.).

Subtipo 2: Moldurado (Aranegui-Pla F.14 b —Soportes de vasijas bicónicos—; Vaquerizo 4.I.A. y B).

Es el subtipo más común, fechado en el Ibérico Pleno.

Subtipo 3: Anular (González Prats B-18).

De perfil simple, macizo o hueco, aparece ya en el Ibérico Antiguo.

Subtipo 4: De carrete (González Prats B-17).

Formado por dos troncos de cono unidos por el vértice. Propio del Ibérico Antiguo, pero se conoce algún ejemplar del Horizonte Pleno.

Subtipo 5: Semilunar.

Son piezas macizas de forma semilunar y sección triangular, poco conocidos, y por lo tanto, de cronología imprecisa.

Tipo 3: Colmena

Son piezas cilíndricas de gran tamaño (altura >20 cms.), sin decoración y con la superficie interior estriada.

Tradicionalmente se han identificado como soportes, pero el estriado interior les confiere una especificidad que hace pensar en un uso diferente. Piezas cerámicas similares se utilizaban y utilizan como colmenas en el Ática (Jones, Graham y Sackett, 1973: 397-413, pl. 79 d, 80a y 85); también en Mallorca y Andalucía existen ejemplos semejantes con la misma funcionalidad (Martín Morales, 1981: 57, fig. 97; Rosselló Bordoy, 1966: 34 y 74, sala VI). En el País Valenciano se encuentran, con la misma forma, pero de corcho, esparto o madera (Gregori, Cucó, Llop y Cabrera, 1985: 56-59). Las colmenas de cerámica, dispuestas horizontalmente sobre el suelo y apiladas, se tapaban con tapones de corcho.

Es un tipo de amplia difusión en todos los yacimientos del Ibérico Pleno e iberorromanos del Camp de Túria (Valencia).

Tipo 4: Mortero

Recipiente plano y abierto, labio diferenciado y base, generalmente, anillada; lleva el fondo interno reforzado con piedrecillas incrustadas y/o estrías hechas al torno. Tipo de gran amplitud cronológica, pero escasamente documentado en cerámica; aunque podrían existir morteros de piedra (Puntal dels Llops, inédito) o madera.

Su función como recipiente para moler está fuera de toda duda, ya sean alimentos u otros productos destinados a actividades artesanales o rituales (pigmentos, desgrasante, hierbas, etc.). La aparición de morteros con pitorro vertedor los pone en relación con algún tipo de preparado líquido o semilíquido.

Tipo 5: Mano de Mortero

Pieza maciza de arcilla; sección circular o poligonal, con la base más amplia y achatada; cerca del extremo superior puede haber una perforación que permite tenerla colgada; en algunos casos, el vástago central se divide en dos brazos; la base puede llevar piedrecillas incrustadas o líneas incisas. En algunos casos, pueden llevar decoración incisa o impresa. Los tamaños oscilan entre los 5 y 15 cm. de altura.

Ya en 1945, Ballester apuntó su posible uso como machacador para la molturación de alimentos y otros productos artesanales e inició su estudio tipológico. Recientemente, Lillo (1981: 395-396) ha puesto en duda su carácter funcional al relacionarlas con figurillas de diosas. Sin pretender entrar en la polémica de la funcionalidad, creemos que no se puede negar el uso evidente como machacadores de alguna de estas piezas que viene avalado tanto por la aparición de piedrecillas en la base, como por señales de uso en la misma. Por otro lado, sus formas son bastante homogéneas y suelen carecer de decoración, lo que parece apuntar hacia un uso más cotidiano, algo que también se confirma con al aplicación de técnicas microespaciales (Bernabeu, Bonet, Guérin y Mata, 1986: 330, factor 3). Son más abundantes que los morteros (Tipo A V.4.).

Subtipo 1: Acodada.

Se caracterizan por tener la parte superior acodada y adelgazada. En ocasiones, la decoración de estas piezas consiste en una corta incisión longitudinal en el extremo que, junto al orificio de suspensión, le da un aspecto zoomorfo.

Aparecen desde el Ibérico Antiguo.

Subtipo 2: Con dos Apéndices.

Se caracterizan por los dos apéndices que se separan del vástago central en forma de cruz. Como en el caso anterior, los apéndices pueden adoptar, en función de su decoración, aspecto zoomorfo. Son abundantes, sobre todo, las variantes 1 y 2. Se distinguen tres variantes.

Variante 1: Con apéndices cortos.

Variante 2: Con apéndices largos.

Variante 3: Con apéndices astiformes. Los apéndices, originalmente largos, se enrollan en forma de asta. No son muy abundantes.

Subtipo 3: De tres Apéndices Radiales.

Se caracterizan porque los tres apéndices adoptan una posición radial; en este caso, el orificio de suspensión, cuando lo hay, está en el centro.

Son abundantes en el Ibérico Pleno, aunque aparecen ya en el Horizonte Antiguo.

Tipo 6: Diversos

Al igual que en el grupo funcional anterior, se incluyen en este Tipo una serie de objetos escasamente documentados o de difícil clasificación. Tales como:

Subtipo 1: Embudo.

Objeto hueco de forma cónica y rematado por un apéndice estrecho más o menos largo.

Su utilización más común es la de trasvasar líquidos, pero existen algunos relacionados con la apicultura (Molina García, 1989).

Subtipo 2: Morillo.

Pieza en forma de prisma triangular con el vértice, en general, dentado; puede llevar decoración incisa o impresa.

Se le supone una función relacionada con el hogar (Maluquer, 1963: 29 y 32; 1983), aunque, recientemente, ha sido puesto en duda su carácter utilitario dada la escasez de su hallazgo en las viviendas (Ruiz Zapatero, 1981: 61-62).

Se encuentran pocos en época ibérica.

Subtipo 3: Tejuelo.

Piezas discoidales hechas con fragmentos de cerámica recortados intencionadamente, en algunos casos perforadas. Se encuentran sueltas o formando series, con el diámetro en disminución, en casi todos los yacimientos ibéricos desde época antigua.

Se les ha supuesto múltiples usos (Castro Curel, 1978).

Con ellas se podrían relacionar algunas bases de barniz negro o figuras rojas recortadas, también, intencionadamente.

Subtipo 4: Cazo.

Recipiente hemiesférico con un mango largo.

Subtipo 5: Caja.

Conocida también como pyxis, tiene forma paralelepipédica y lleva tapadera; suele llevar cuatro pequeños pies en los extremos y estar decorada.

Subtipo 6: Colador.

Objeto abierto por los dos extremos, uno de los cuales ha sido totalmente perforado antes de la cocción.

Subtipo 7: Lucerna.

Recipiente abierto y plano, con un pico vertedor.

Podrían ser lucernas debido a su pequeño tamaño y presentar zonas quemadas.

Subtipo 8: Biberón.

Recipiente pequeño o mediano, con boca estrecha, caracterizado por la presencia de un pitorro estrecho y alargado. Semejante a la F.8131 b1 de Morel y a algunas formas del repertorio púnico (Cintas, 1950: lám. LXIV, 40).

Subtipo 9: Diábolo.

Pieza formada por dos conos o páteras unidos/as por los vértices/bases, de utilidad desconocida.

Tipo 7: Pondus

Los pondera son objetos macizos de arcilla, más raramente de piedra, con uno o dos orificios de suspensión, secados al sol, aunque también los hay cocidos; algunos pueden llevar decoración impresa o incisa.

Considerados, tradicionalmente, como pesas de telar hasta que, recientemente, ha sido puesta en duda dicha funcionalidad, pero sin que exista un alternativa válida (Castro, Curel, 1978: 188; 1983-1984: 96; 1985a: 138-140; 1985b; 1986: 184). En cualquier caso, se trataría de contrapesos y no debe perderse de vista la posibilidad de su carácter multifuncional, dato que parece confirmarse cuando se tiene la posibilidad de analizar un asentamiento completamente excavado (Bernabeu, Bonet, Guérin y Mata, 1986: 331-332).

A grandes rasgos y siguiendo, en parte, la clasificación hecha por Fatás (1967), se pueden diferenciar los siguientes subtipos.

Subtipo 1: Troncopiramidal.

La cara superior es más pequeña que la inferior. Puede llevar dos orificios en la cara mayor.

Son abundantes desde el Ibérico Antiguo.

Subtipo 2: Cuadrangular.

Las caras inferior y superior son cuadrados del mismo tamaño. Son también abundantes.

Subtipo 3: Paralelepipédico.

Las caras inferior y superior son rectángulos del mismo tamaño. Puede presentar la perforación de suspensión tanto en el lateral ancho como en el estrecho, aunque son más abundantes los primeros que los segundos.

Subtipo 4: Discoidal.

Parece estar relacionado con yacimientos de cronología antigua pero también aparecen algunos en el Ibérico Pleno.

Subtipo 5: Piramidal o Cónico.

De sección circular o cuadrangular, se caracteriza por tener el extremo superior apuntado. No son muy abundantes.

Tipo 8: Fusayola

Pequeños objetos de arcilla con perforación longitudinal utilizados para equilibrar el huso, función exclusiva que también empieza a ser puesta en duda (Burillo y de Sus, 1986: 232). Pueden adoptar multitud de formas y decoraciones, sin que tanta variedad tenga, por el momento, significado cronológico.

Se recogen dentro de la Clase A, aunque recientemente se han encontrado algunas fusayolas hechas de cerámica tosca, lo que a la larga provocará su inclusión también en esta última clase cerámica.

Una primera clasificación de las fusayolas del Tossal de Sant Miquel fue hecha, en 1952, por Vidal y López; tema que no fue retomado hasta 1980 por Castro Curel. Siguiendo a ambos autores, se han distinguido los siguientes subtipos y variantes, independientemente de la multiplicidad de variables que cada uno puede adoptar:

Subtipo 1: Acéfala

Son las más extendidas en todas sus variantes desde el Ibérico Antiguo.

Variante 1: Esférica.

Variante 2: Discoidal.

Variante 3: Cilíndrica.

Variante 4: Troncocónica.

Variante 5: Bitroncocónica. Es la que más variables admite, pues los troncos de cono pueden unirse de diferentes formas y combinar también tamaños distintos.

Variante 6: Moldurada.

Subtipo 2: Fusayola con cabeza.

Se caracteriza por tener una pequeña esfera en uno de los extremos, protegiéndolo de posibles golpes.

Variante 1: Hemicéfala.

Variante 2: Troncocónica.

Variante 3: Bitroncocónica. Su variabilidad es grande por las mismas razones que las bitroncocónicas acéfalas (A V.8.1.5.).

Variante 4: Moldurada.

GRUPO VI

En este grupo se recogen piezas que imitan más o menos fielmente otras procedentes de diferentes ámbitos extrapeninsulares. Aquí no se siguen los criterios de clasificación por tipos y subtipos pues todas las piezas se pueden identificar con las formas elaboradas en sus respectivas tipologías. El número de imitaciones es muy variado por lo que no se recogerán aquí todas las posibilidades sino que se citarán algunas de las formas más imitadas, remitiendo al lector a los repertorios publicados recientemente (Page, 1984; Bonet y Mata, 1988).

Se trata de imitaciones relacionadas, ante todo, con el servicio de mesa por lo que habrá que contar con ellas a la hora de completar la vajilla ibérica.

Se incluyen sólo las imitaciones de cerámicas de barniz negro, ante la dificultad, en el estado actual de la cuestión, para discernir con seguridad entre productos semitas importados, locales y sus imitaciones. Así, dentro del mundo griego se imitan los Kylikes, Skyphoi, Kantharoi, Phialai, Cráteras y platos de diversos tipos; del mundo itálico las cerámicas campanienses; y del ámbito púnico, los vasos plásticos y kernoi.

Por razones prácticas y de homogeneidad, se ha mantenido la denominación por tipos y subtipos, cuya denominación corresponderá a los repertorios de las piezas originales.

Tipo 1: Kylix (Aranegui-Pla F.11b —Copas de pie bajo imitando el Kylix ático—)

Pieza bastante común, con y sin decoración.

Tipo 2: Kylix-Skyphos (ARANEGUI-PLA F.11a —Copas de pie bajo hondas—; CUADRADO F.40)

Copa abundante en el repertorio ibérico; con decoración o sin ella.

Tipo 3: Skyphos y Skyphoide

El Skyphos no es una pieza muy imitada, pero en cambio es más común la que se ha denominado Skyphoide. Se trata de un recipiente abierto; de profundidad media (entre 70 y 100 de I.P., con raras excepciones); perfil en S, cuya característica indispensable es tener un asa horizontal ondulada, sobre el hombro; siempre decorado; la base puede ser cóncava, anillada o destacada; suele medir entre 7 y 12 cm. de diámetro de boca, pero se conocen ejemplares algo mayores, pero siempre inferiores a los 20 cm. Parece tratarse de una imitación tardía de los Skyphoi, pues son típicos de una segunda fase del Ibérico Pleno.

Tipo 4: Kantharos y Krateriskos/Kantharoide (ARANEGUI-PLA F.13 —Cántaros—)

Forma poco imitada pero se puede encontrar tanto en la variante con cuerpo gallonado como liso.

Se incluye aquí una forma de cronología tardía muy común en el valle del Ebro: cuello estrangulado y dos asas que parten del labio.

Tipo 5: Crátera (ARANEGUI-PLA F.12 —Cráteras—; CUADRADO F.16, 17 y 55; PEREIRA SIESO 9A y B; VAQUERIZO 1.VI.B. y 1.X.)

Las cráteras son formas imitadas, ante todo, en Andalucía y Murcia. Casi siempre presentan decoración pintada. En mayor o menor medida, los iberos copian todos los subtipos de cráteras existentes: de cáliz, campana, columnas y volutas. Las imitaciones pueden ser fieles o libres, manteniendo en éste último supuesto los elementos más característicos del original (asas o galbo).

Tipo 6: Plato (ARANEGUI-PLA F.10a —Platos de pescado—; CUADRADO F.P 3 y 6; VAQUERIZO 3.I.E.)

Bajo este epígrafe genérico se recogen todos los platos, tanto áticos como campanienses, imitados fielmente por los alfareros ibéricos. Entre los más frecuentes se encuentran, siguiendo la clasificación de Lamboglia, las formas 5, 6, 22, 23, 28, 36 y 63. Todos ellos pueden aparecer sin decoración o llevarla pintada o impresa.

Tipo 7: Vaso plástico

Vasijas de pequeño tamaño relacionadas con las producciones púnicas de barniz negro. Las imitaciones más abundantes son los kernoi, gutti en forma de pie y palomas.

Tipo 8: Otras imitaciones

Se clasifican aquí las piezas de pequeño tamaño y formas diversas difíciles de agrupar bajo los epígrafes anteriores y que constituyen, en muchos casos, imitaciones casi únicas.

Entre ellas podemos citar las formas de Lamboglia 1/8, 2, 3 y 45; la copa forma 68 de Morel, los gutti (8180 Morel) y las formas de Morel 8114 b 1 y 9321 a1.

CLASE B: CERÁMICA TOSCA

Tipo 1: Olla (GONZÁLEZ PRATS Tipo I —Orza globular con cuello estrangulado y borde vuelto— y tipo V —Escudilla—)

Recipientes con un I.P. entre 70 y 130; con cuello indicado y labio saliente; sin asas y, generalmente, sin pie diferenciado —plano, cóncavo o indicado—; perfil de tendencia globular. Decoración escasa y estandarizada: líneas incisas y baquetones en la base del cuello; a veces, en los ejemplares más antiguos, cordones lisos, incisos o impresos (BALLESTER, 1947; CUADRADO, 1952).

Los primeros ejemplares aparecen en el s. VI a.C., conviviendo con la cerámica tosca hecha a mano, y perduran hasta época Iberorromana. En algunas regiones (Cataluña y valle del Ebro), la cerámica tosca continuó haciéndose a mano hasta su sustitución por la cerámica común romana.

De acuerdo con el tamaño, podemos considerar dos subtipos:

Subtipo 1: Grande.

Mayores de 20 cms. de altura.

Subtipo 2: Mediana.

Inferiores a 20 cms. de altura.

Tipo 2: Cazuela (González Prats Tipo IV —Cazuela de paredes simples rectas o reentrantes—; Vaquerizo 3.VIII.)

Recipiente plano (I.P. menor de 25), generalmente, con labio sin diferenciar y paredes verticales; base aplanada; puede llevar asas horizontales o cualquier otro elemento de prensión, así como pitorro vertedor; oscilan entre 20 y 30 cm. de diámetro de boca.

Los ejemplares conocidos pertenecen al Ibérico Pleno, sobre todo a la primera fase.

Tipo 3: Braserillo

Recipiente con perfil de tendencia globular, cuya característica indispensable es tener, en el cuerpo, una serie de perforaciones geométricas, hechas antes de la cocción; es abierto, con labio saliente; profundidad media (I.P. entre 80 y 100): generalmente, con un asa y pie alto o destacado; los tamaños oscilan entre 10 y 15 cm. de diámetro de boca.

Su función parece que están relacionada con el mantenimiento y transporte de brasas encendidas, sin que se pueda olvidar la posibilidad de asar algún alimento (Carnero y Redondo, 1986: 20, 21, 27 y 29) o mantenerlos calientes durante algún tiempo, puesto que su boca abierta permite el reposo en ella de las ollas.

Aunque no son abundantes, se encuentran presentes en gran número de yacimientos ibéricos. La cronología abarca el Ibérico Pleno, sobre todo, la segunda fase.

Tipo 4: Jarra

Recipiente profundo (I.P. mayor de 100); cuello más o menos estrecho, pero con boca ancha; perfil de tendencia globular; un asa desde el labio hasta la panza.

Los pocos ejemplares que se conocen están fechados en el Ibérico Pleno. Por este mismo motivo no se puede hacer una diferencia de tipos en base al I.A. como se ha hecho en al cerámica fina (A III.2. y A III.3.).

Los paralelos conocidos de ambos subtipos apuntan hacia una cronología del s. III a.C. en adelante.

Se pueden distinguir dos subtipos en relación con la forma de la boca:

Subtipo 1: De boca trilobulada.

Semejante al tipo A II.2.1. —Jarro de boca trilobulada—; suele tener el cuello estrecho. Algunos ejemplares, por su pequeño tamaño, presentan un I.P. inferior a 100.

Subtipo 2: Con boca circular.

Se pueden encontrar tanto con cuello indicado, como con cuello estrecho.

Tipo 5: Botella

Recipiente profundo (I.P. > 100) y cerrado; con cuello estrecho, más o menos diferenciado; puede tener la boca ancha o no; sin asas.

Las pocas piezas que se conocen se fechan en el Ibérico Pleno.

Tipo 6: Tapadera

Objeto de forma aproximadamente troncocónica y asociado, básicamente, al Tipo B 1. Carece de decoración.

Los subtipos diferenciados son:

Subtipo 1: Con pomo discoidal.

Subtipo 2: Con pomo anillado.

Al igual que las de cerámica fina (Tipo A V.1.2.) pueden estar perforadas o no. Son las más abundantes.

Subtipo 3: Con pomo macizo.

Tipo 7: Diversos

Incluimos en este Tipo todas aquellas cerámicas de cocina de las que se conocen pocos ejemplares y, por tanto, difíciles de definir tipológica y funcionalmente. Como por ejemplo:

Subtipo 1: Cuenquecito / Escudilla.

Pequeño recipiente plano, hecho a mano o a torno, con o sin pico vertedor. Algunos ejemplares con el pico vertedor quemado podrían ser lucernas.

Subtipo 2: Taza.

Recipiente abierto y de profundidad media (I.P. entre 50 y 100), con un asa; boca circular.

Subtipo 3: Plato / Tapadera.

Pieza muy plana, con el labio engrosado.

Su funcionalidad es difícil de determinar. Algunos ejemplares con perforación central debieron ser tapaderas, aunque no se descarta la posibilidad de su utilización como soportes.

Subtipo 4: Tonel.

Semejante a los de cerámica fina (Tipo A II.9.).

Subtipo 5: Cubilete.

De características morfométricas semejantes a los de la cerámica fina (Tipo A IV.4.), aunque los tamaños suelen ser mayores.

Subtipo 6: Recipiente con resalte cerca de la boca.

Se conoce un sólo ejemplar de grandes dimensiones que, además, presenta unas orejetas. Atributos ambos poco frecuentes entre la cerámica tosca.

Subtipo 7: Ánfora.

La única diferencia formal que presenta con las ánforas de cerámica fina (Tipo A I.1.2.), es la presencia de un pie indicado.

Subtipo 8: Tobera

Pieza formada por dos tubos cónicos cuyo vértice es común. Se utilizaba para permitir la entrada de aire en los hornos

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. (1990): *Euphronios, génie de la peinture grecque*. Archéologia, hors série 1 H, Paris.

Almagro Basch, M. (1953): *Las necrópolis de Ampurias. I.* Monografías Ampuritanas, II, Barcelona.

Antón, G. (1973): *Análisis por difracción de rayos X de cerámicas ibéricas valencianas*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 45, Valencia.

Antón, G. (1980): «Estudio físico-químico de cerámicas ibéricas valencianas». *I Congreso de Historia del País Valenciano (Valencia, 1971)*, Valencia, págs. 237-247.

Aranegui, C. (1969): «Cerámica gris de los poblados ibéricos valencianos». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 6, Valencia, págs. 113-131.

Aranegui, C. (1970): «Cerámica ibérica de La Serreta (Alcoy): los platos». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10, Valencia, págs. 107-121.

Aranegui, C. (1975): «La cerámica gris monocroma. Puntualizaciones sobre su estudio». *Papeles del Laboratorio de Arqueología*, 11, Valencia, págs. 333-379.

Aranegui, C. (1980): «Contribución al estudio de las urnas tipo Cruz del Negro». *Saguntum, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 15, Valencia, págs. 99-118.

Aranegui, C.; Pla, E. (1981): «La cerámica ibérica». *La Baja Época de la Cultura Ibérica (Madrid, 1979)*, Madrid, págs. 73-114.

Arteaga, O.; Serna, M.R. (1975): «Los Saladares-71». *Noticiario Arqueológico Hispánico, Arqueología*, 3, Madrid, págs. 7-140.

Aubet, M.E. (1976-1978): «La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla).» *Ampurias*, 38-40, Barcelona, págs. 267-287.

Avellá, L.; Rodríguez Rus, P. (1986): «Un tesoro de plata procedente de Chiclana de Segura (Jaén).» *Boletín del Instituto de Estudios Gienenses*, 126, año XXXII, Abril-Junio, Jaén, págs. 23-58.

Bádenas, P.; Olmos, R. (1988): «La nomenclatura de los vasos griegos en castellano. Propuestas de uso y normalización.» *Archivo Español de Arqueología*, 61, núms. 157-158, Madrid, págs. 61-79.

Balfet, H.; Fauvet, M.F.; Monzón, S. (eds.) (1988): *Léxique plurilingue pour la description des poteries*. París.

Ballester, I. (1945): «Las pequeñas manos de mortero ibéricas valencianas». *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, Valencia, págs. 241-256.

Ballester, I. (1947): «Las cerámicas ibéricas arcaizantes valencianas.» *Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 10, Valencia, págs. 47-56.

Bats, M. (1988): *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence (v. 350-v. 50 a.C.). Modèles culturels et catégories céramiques*. Revue Archéologique de Narbonnaise, suppl. 18, París.

Belén, M.; Pereira Sieso, J. (1985): «Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía.» *Huelva Arqueológica*, VII, Huelva, págs. 307-360.

Beltrán Lloris, M. (1976): *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Monografías Arqueológicas, XIX, Zaragoza.

Bernabeu, J.; Bonet, H.; Guérin, P.; Mata, C. (1986): «Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia).» *Arqueología Espacial, 9, Coloquio sobre el Microespacio*, 3, Teruel, págs. 321-337.

BIANCHI BANDINELLI, R. (dir.) (1961): *Enciclopedia dell'Arte Antica Classica e Orientale*. Roma.

BONET, H.; MATA, C. (1981): *El poblado ibérico del Puntal dels Llops (El Colmenar) (Olocau, Valencia)*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 71, Valencia.

BONET, H.; MATA, C. (1988): «Imitaciones de cerámica campaniense en la Edetania y Contestania.» *Archivo Español de Arqueología*, 61, núms. 157-158, Madrid, págs. 5-38.

BONET, H.; MATA, C.; GUÉRIN, P. (1990): «Cabezas votivas y lugares de culto edetanos.» *Homenaje a E. Cuadrado, Verdolay*, 2, Murcia, págs. 185-199.

BOSCH, P. (1915): *El problema de la cerámica ibérica*. Madrid.

BRONCANO, S. (1989): *El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 156, Madrid.

BRONCANO, S.; BLÁNQUEZ, J. (1985): *El Amarejo (Bonete, Albacete)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 139, Madrid.

BURILLO, F.; SUS, M.L. DE (1986): «Estudio microespacial de la casa 2 del poblado de época ibérica Los Castellares de Herrera de los Navarros (Aragón).» *Arqueología Espacial*, 9, *Coloquio sobre el Microespacio*, 3, Teruel, págs. 209-236.

CARNERO, R.M.; REDONDO, V. (1986): «Catálogo de alfarería de Pereruela de Sayago en Zamora». *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 1986, Zamora, págs. 11-37.

CASTEL, G. (1984): «Une habitation rurale egyptienne et ses transformations. Chronique d'une famille.» En *Nomades et sédentaires. Perspectives ethnoarchéologiques*, Editions Recherches sur les Civilisations, 40, París, págs. 123-189.

CASTRO CUREL, Z. (1978): «Piezas discoidales en yacimientos del NE. de Cataluña» *Cypsela*, II, Girona, págs. 173-195.

CASTRO CUREL, Z. (1980): «Fusayolas ibéricas, antecedentes, y empleo.» *Cypsela*, III, Girona, págs. 127-146.

CASTRO CUREL, Z. (1985a): «Piezas toroides de arcilla en yacimientos ibéricos». *Cypsela*, V, Girona, págs. 125-142.

CASTRO CUREL, Z. (1985b): «Pondera. Examen cualitativo, cuantitativo, espacial y su relación con el telar con pesas.» *Empúries*, 47, Barcelona, págs. 230-253.

CASTRO CUREL, Z. (1986): «Avance de estudios cuantitativos y localización de pondera en asentamientos peninsulares». *Arqueología Espacial*, 9, *Coloquio sobre el Microespacio*, 3, Teruel, págs. 169-186.

CASTRO CUREL, Z. (1983-1984): «Notas sobre la problemática del tejido en la Península Ibérica.» *Kalathos*, 3-4, Teruel, págs. 95-110.

CINTAS, P. (1950): *Céramique Punique*. París.

CIOLEK-TORRELLO, R. (1984): «An alternative model of room function from Grasshopper Pueblo, Arizona.» *Intransite spatial in archaeology*, New Directions in Archaeology, Cambridge, págs. 127-153.

CLARKE, D.L. (1984): *Arqueología Analítica*. Ed. Bellaterra, Barcelona.

COLOMINAS, J.; PUIG I CADAFALCH, J. (1923): «El forn ibèric de Fontscaldes.» *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1915-20, Barcelona, págs. 602-605.

CONDE I BERDÓS, M.J. (1987): «Estudi sobre un recipient ibèric: vas amb broc inferior.» *Fonaments*, 6, Ed. Curial, Barcelona, págs. 27-60.

CONDE I BERDÓS, M.J. (1990): «Los Kalathoi "sombrero de copa" de la necrópolis del Cabecico del Tesoro de Verdolay (Murcia)». *Verdolay*, 2, Murcia, págs. 149-160

CONTRERAS, F.; CARRIÓN, E.; JABALOY, E. (1983): «Un horno alfarero protohistórico en el Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada).» *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 1982)*, Zaragoza, págs. 533-537.

CUADRADO, E. (1952): «La cerámica ibérica tosca de collar con impresiones y su origen céltico.» *II Congreso Nacional de Arqueología (Madrid, 1951)*, Zaragoza, págs. 269-280.

CUADRADO, E. (1972): «Tipología de la cerámica ibérica fina de El Cigarralejo. Mula (Murcia).» *Trabajos de Prehistoria*, 29, Madrid, págs. 125-187.

CUADRADO, E. (1977-1978): «Ungüentarios cerámicos en el mundo ibérico. Aportación cronológica.» *Archivo Español de Arqueología*, 50-51, núms. 135-138, Madrid, págs. 389-404.

DAREMBERG, C.; SAGLIO, E. (dirs.) (1900): *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*. París.

DUPRÉ, M.; RENAULT-MISKOVSKY, J. (1981): «Estudio polínico.» *Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 71, Valencia, págs. 181-188.

FATÁS, G. (1967): «La colección de pesas de telar del Museo Arqueológico de Zaragoza.» *Caesaraugusta*, 29-30, Zaragoza, págs. 203-208.

FERNÁNDEZ MATEU, G. (1985): *El sombrero de copa ibérico*. Tesis de Licenciatura, inédita, Valencia.

FLETCHER, D. (1953): «Una nueva forma en la cerámica ibérica de S. Miguel de Liria (Valencia).» *Zephyrus*, IV, Salamanca, págs. 187-191.

FLETCHER, D. (1957): «Toneles cerámicos ibéricos». *Archivo de Prehistoria Levantina*, VI, Valencia, págs. 113-148.

FLETCHER, D. (1964): «Las urnas de orejetas perforadas.» *VIII Congreso Nacional de Arqueología (Sevilla-Málaga, 1963)*, Zaragoza, págs. 305-319.

FLETCHER, D. (1952-1953): «Sobre el origen y cronología de los vasos ibéricos de borde dentado.» *Saitabi*, IX, Valencia, págs. 1-10.

FLORIDO, C. (1984): «Anforas prerromanas sudibéricas.» *Habis*, 15, Sevilla, págs. 419-436.

FLORIDO, C. (1985): «Las ánforas del poblado orientalizante e iberopúnico del Carambolo (Sevilla).» *Habis*, 16, Sevilla, págs. 487-516.

GALLART, M.D. (1980a): «La tecnología de la cerámica neolítica valenciana. Metodología y resultados del estudio ceramológico por medio de microscopía binocular, difractometría de Rayos X y microscopía electrónica.» *Saguntum, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 15, Valencia, págs. 57-91.

GALLART, M.D. (1980b): «La tecnología cerámica.» *Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistória*, 65, Valencia, págs. 165-173.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1957): «Estado actual del problema referente a la expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo.» *Archivo Español de Arqueología*, XXX, n.º 95, 1.er Semestre, Madrid, págs. 90-106.

GIRÓ, P. (1958): *Estudio sobre la probable aplicación de un vaso inédito ibero-romano*. Vilafranca.

GIRY, J.; JULLY, J.J.; SOLIER, Y. (1967): «Les gobelets gris carénés, faits au tour, à l'Age du Fer languedocien.» *Rivista di Studi Liguri*, XXXIII, núms. 1-3, Gennaio-Settembre, Bordighera, págs. 215-244.

GÓMEZ BELLARD, C.; GUÉRIN, P. (1991): «Testimonios de producción vinícola de época arcaica en el asentamiento ibérico del Alt de Benimaquía (Denia, Alicante).» *Simposium Internacional Griegos e Iberos. Ss. VI-IV a.C. (Empúries, 1991)*.

GÓMEZ BELLARD, C.; GUÉRIN, P.; DÍES, E. (1990): «Excavaciones en el Alt de Benimaquía. Avance preliminar.» *Resum de les comunicacions presentades al III Congrés d'Estudis de La Marina Alta (Dénia, 1990)*, Dénia, págs. 14-15.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1981): «En torno a la cerámica de cocina del mundo ibérico. Materiales del Castillo del Río, Aspe (Alicante).» *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 33, Alicante, págs. 7-22.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Anejo I de la Revista Lucentum, Alicante.

GONZÁLEZ PRATS, A.; PINA, J.A. (1983): «Análisis de las pastas cerámicas de vasos hechos a torno de la fase orientalizante de Peña Negra (675-550/35 a.C.).» *Lucentum*, II, Alacant, págs. 115-145.

GREGORI, J.J.; CUCÓ, J.; LLOP, F.; CABRERA, M.R. (1985): *Bosc i muntanya, industria tradicional, comerç i serveis*. Temes d'Etnologia Valenciana, vol. III, Col·lecció Politècnica, 20, València.

GRIÑÓ, B. DE; OLMOS, R.; SÁNCHEZ, C. (1984): «Discusión crítica al libro de Virginia Page: Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia.» *Iberia Graeca, Serie Arqueológica*, 1, Madrid, págs. 259-304.

GUÉRIN, P. (1987): «Le problème de la diffusion des céramiques ibériques peintes dans le Sud de la Gaule au IIème et au Ier siècles avant J.C. L'exemple de Ruscino.» *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 19, París, págs. 31-55.

GUÉRIN, P.; MARTÍNEZ VALLE, R. (1987-1988): «Inhumaciones infantiles en poblados ibéricos del área valenciana.» *Saguntum, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 21, Valencia, págs. 231-265.

JONES, J.E.; GRAHAM, A.J.; SACKETT, L.H. (1973): «An attic country house below the Cave of Pan at Vari.» *British School at Athens*, 68, London, págs. 355-452.

JUAN DOMÉNECH, E. (1990-1991): «Faenes entorn a la neteja de la roba.» *Alba*, 56, Ontinyent, págs. 295-300.

JULLY, J.J. (1975): «Koiné commerciale et culturelle phénico —punique et ibéro— languedocienne en Méditerranée occidentale à l'Age du Fer (Documents de céramique).» *Archivo Español de Arqueología*, 48, núms. 131 y 132, Madrid, págs. 22-119.

JULLY, J.J.; NORDSTRÖM, S. (1966): «Les vases à oreillettes perforées en France et leur similaires en Méditerranée occidentale.» *Archivo de Prehistoria Levantina*, XI, Valencia, págs. 99-124.

JULLY, J.J.; NORDSTRÖM, S. (1972): «Une forme de cerámique ibéro-languedocienne: la jarre bitronconique.» *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII, Valencia, págs. 93-102.

LILLO, P.A. (1979): «Cantimploras y toneles cerámicos ibéricos en el área murciana.» *Murcia*, año, V, n.º 16, Julio/Diciembre, Murcia, págs. 26-29.

LILLO, P.A. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*. Murcia.

MALUQUER, J. (1963): «Sobre el uso de los morillos durante la Edad del Hierro en la cuenca del Ebro.» *Príncipe de Viana*, 90-91, Pamplona, págs. 29-39.

MALUQUER, J. (1983): «Morillos del poblado de Los Molinicos de Moratalla, Murcia.» *Homenaje al Prof. Martín Basch*, II, Madrid, págs. 171-176.

MARTÍ BONAFÉ, M.A. (1990): «Las cuevas del Puntal del Horno Ciego. Villargordo del Cabriel. Valencia.» *Saguntum, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 23, Valencia, págs. 141-182.

MARTÍN, MORALES, C. (coord.) (1981): *Cerámica popular de Andalucía*. Junta de Andalucía.

MATA, C. (1991): *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia): Origen y evolución de la Cultura Ibérica*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 88, Valencia.

MATA, C.; MILLÁN, M.C.; BONET, H.; ALONSO, J. (1990): «Análisis de cerámicas de poblados ibéricos valencianos». *VIII Congrés de Conservació de Béns Culturals*. Valencia, págs. 611-619.

MOLINA GARCÍA, J. (1989): «Nuevo tipo cerámico en el ajuar ibérico para miel (consideraciones arqueológicas-etnográficas).» *Murgetana*, 78, Murcia, págs. 11-18.

NORDSTRÖM, S. (1969, 1973): *La cerámique peinte ibérique de la province d'Alicante, I y II*. Acta Universitatis Stockholmiensis, VI y VIII, Stockholm.

OBER, J. (1985): *Fortress Attica: defense of the athenian land frontier, 404-322 B.C.*. Mnemosyne Suppl., 84, Leiden.

PAGE, V. (1983): «Sítulas ibéricas, con pico vertedor, en la región murcia.» *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 18, Diciembre, Madrid, págs. 38-42.

PAGE, V. (1984): «Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia.» *Iberia Graeca, Serie Arqueológica*, 1. Madrid.

PELLICER, M. (1962): «La cerámica ibérica del Valle del Ebro (síntesis de una tesis doctoral).» *Caesaraugusta*, XIX-XX, Zaragoza, págs, 37-78.

PELLICER, M. (1969): «El yacimiento de Toscanos y su contribución al estudio de las cerámicas pintadas hispanas protohistóricas». *Archivo Español de Arqueología*, 42, núms. 119-120, 1.er y 2.on semestres, Madrid, págs. 3-11.

PELLICER, M. (1978): «Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir, según el Cerro Macareno.» *Habis*, 9, Sevilla, págs. 365-400.

PELLICER, M. (1982): «Las cerámicas del mundo fenicio en el bajo Guadalquivir: evolución y cronología según el Cerro Macareno (Sevilla).» *Symposium Phönizier im Westen (Köln, 1979)*, Madrider Beiträge, band 8, Mainz am Rhein, págs. 371-402.

PEREIRA SIESO, J. (1979): «La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal de Becerro, Jaén) en el Museo Arqueológico Nacional.» *Trabajos de Prehistoria*, 36, Madrid, págs. 289-340.

PEREIRA SIESO, J. (1988): «La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir. I. Propuesta de clasificación.» *Trabajos de Prehistoria*, 45, Madrid, págs. 143-173.

PEREIRA SIESO, J. (1989): «La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir. II. Conclusiones.» *Trabajos de Prehistoria*, 46, Madrid, págs. 149-159.

PEREIRA SIESO, J.; RODERO, A. (1983): «Aportaciones al problema de las urnas de orejetas perforadas.» *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, III, Madrid, págs. 47-56.

PRESEDO, F.J. (1982): *La necrópolis de Baza*. Excavaciones Arqueológicas en España, 119, Madrid.

RIBERA, A. (1982): *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 72, València.

RIBERA, A. (1983): *La arqueología romana en la ciudad de Valentia (Informe preliminar)*. Arqueología, 1, Valencia.

RIERA, C. (1980): «La ceràmica a mà d'Ullastret.» *Cypsela*, III, Girona, págs. 117-126.

RINCÓN, J.M. (1985): «Análisis mineralógico de piezas de cerámica común e ibérica de Cástulo.» *Excavaciones Arqueológicas en España*, 140, Madrid, págs. 329-337.

ROS SALA, M.M. (1989a): *La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica*. La ciudad romana de Carthago Nova. Fuentes y materiales para su estudio, 1, Murcia.

ROS SALA, M.M. (1989b): *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el valle del Guadalentín*. Murcia.

ROSSELLÓ BORDOY, G. (1966): *Museo de Mallorca. Sección Etnológica de Muro*. Guías de los Museos de España, XXVIII, Madrid.

ROSSELLÓ BORDOY, G. (1991): *El nombre de las cosas en Al-Andalus: una propuesta de terminología cerámica*. Palma de Mallorca.

RUBIO, F. (1986): *La necrópolis ibérica de La Albufereta de Alicante (Valencia, España)*. Academia de Cultura Valenciana, Sección de Prehistoria y Arqueología, Serie Arqueológica, 11, Valencia.

RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M.; HORNOS, F. (1986): *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*. Jaén.

RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M.; LÓPEZ ROZAS, J.; CRESPO, J.; CHOCLÁN, C.; HORNOS, F. (1983): «El Horizonte Ibérico Antiguo del Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén). Cortes A y F.» *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 8, Granada, págs. 251-299.

RUIZ ZAPATERO, G. (1981): «Morillos prismáticos de la Edad del Hierro en el valle del Ebro.» *Bajo Aragón, Prehistoria*, III, Zaragoza, págs. 52-62.

SANTOS VELASCO, J.A. (1982-1983): «La difusión de la cerámica ibérica pintada en el Mediterráneo Occidental.» *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 9, Castellón, págs. 135-148.

SCHUBART, H.; NIEMEYER, H.G.; PELLICER CATALÁN, M. (1969): *Toscanos. Factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1964*. Excavaciones Arqueológicas en España, 66, Madrid.

SOLIER, Y. (1976-1978): «La culture ibéro-languedocienne aux VI-Vème. siècles.» *Ampurias*, 38-40, Barcelona, págs. 211-264.

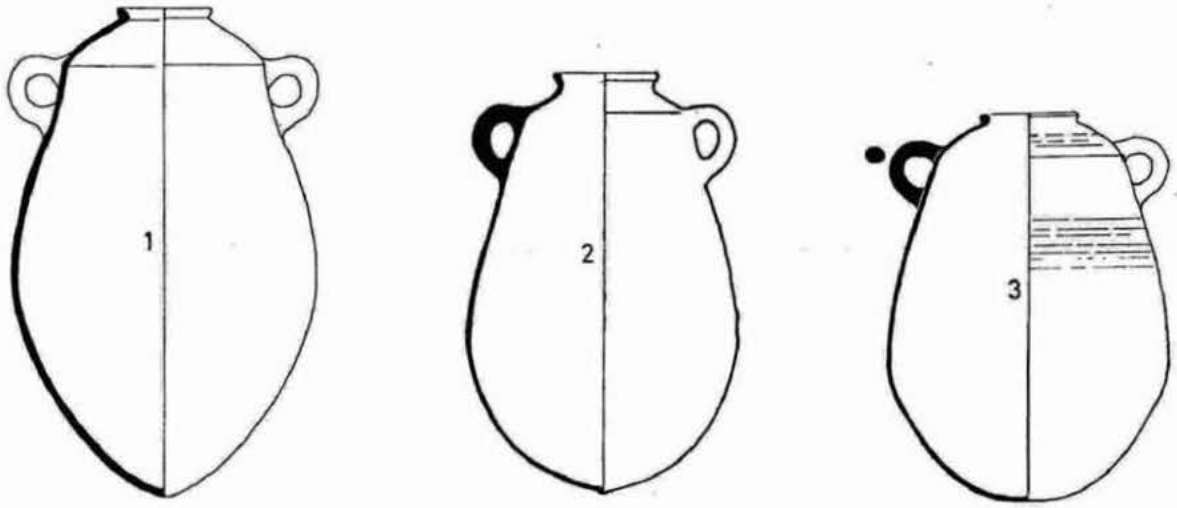
TARRADELL, M.; SANMARTÍ, E. (1980): «L'état actuel des études sur la céramique ibérique.» *Annales Littéraires de l'Université de Bésançon*, París, págs. 303-330.

VAQUERIZO, D. (1988): *Aproximación al fenómeno de la Cultura Ibérica en el SE. de la actual provincia de Córdoba*. Publicación en microficha, 6, Córdoba.

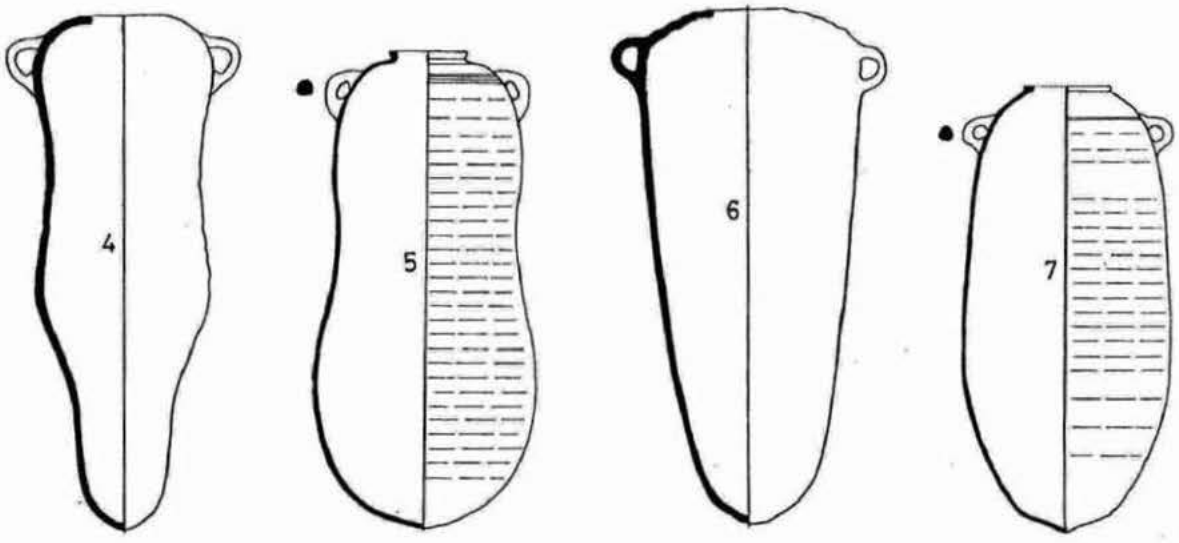
VIDAL Y LÓPEZ, M. (1952): «Tipología de los fusayolos del poblado ibérico del Cerro de San Miguel, de Liria.» *Archivo de Prehistoria Levantina*, III, Valencia, págs. 147-158.

GRUPO I TIPO 1: ANFORA CLASE A

Subtipo 1. 1.: Con hombro carenado



Subtipo 1. 2.: Con hombro redondeado

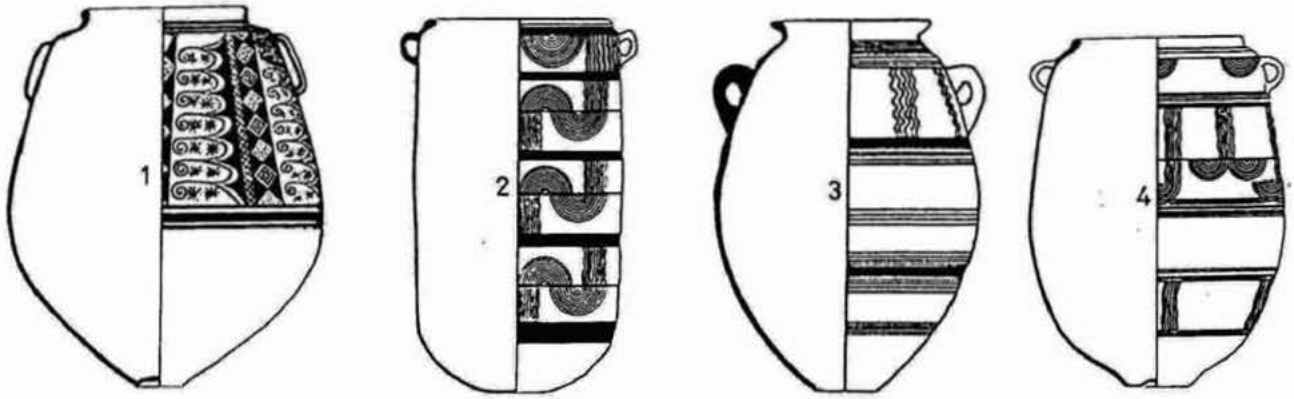


1. 2. 1. 1. 2. 2. 1. 2. 3. 1. 2. 4.

Fig. 1.— 1. Peña Negra; 2. Carambolo; 3. Benimaquía; 4. Bastida; 5. Puntal de Salinas; 6. Ampurias; 7. Serreta.

GRUPO I TIPO 2: TINAJA CLASE A

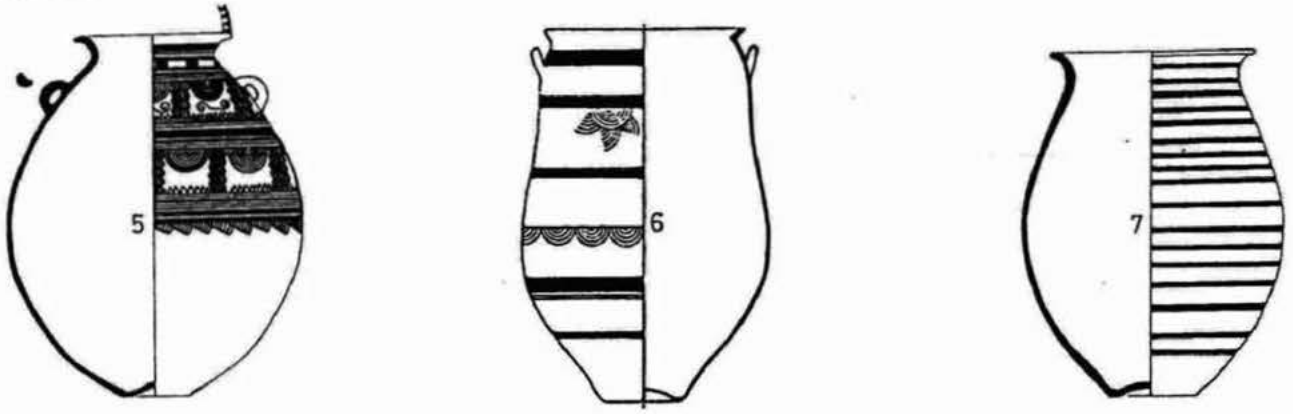
Subtipo 2. 1.: Con hombro



2. 1. 1. 2. 1. 2. 2. 1. 3.

Subtipo 2. 2.: Sin hombro

2. 2. 1.



2. 2. 2.

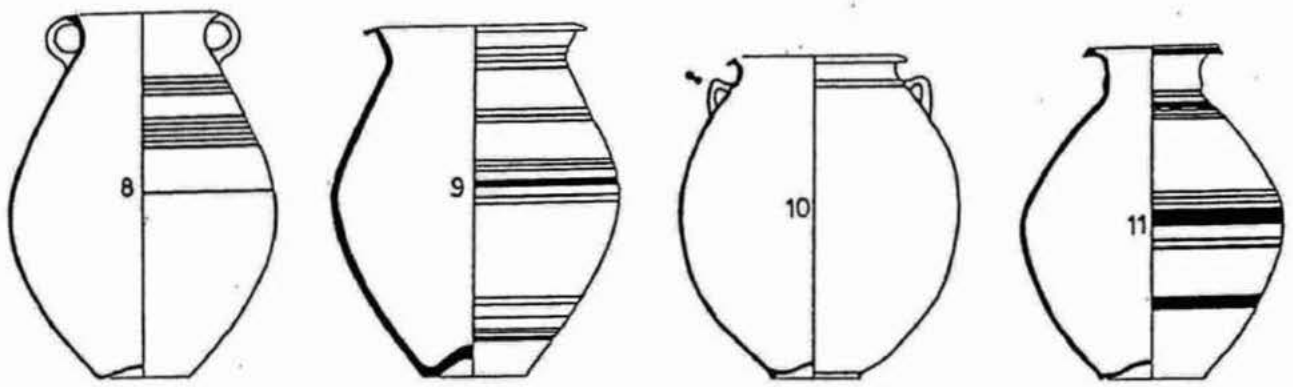
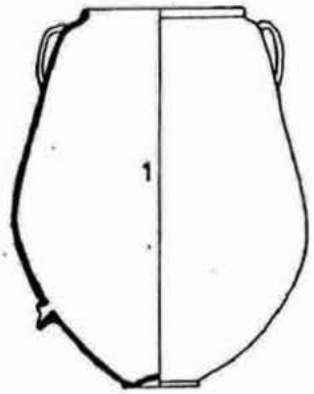
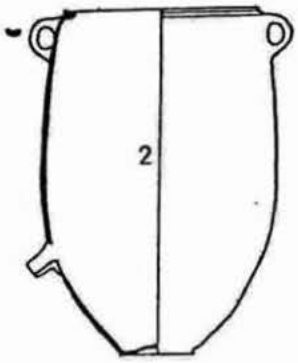


Fig. 2.— 1. El Solaig; 2, 9 y 11. Tòya; 3. Cástulo; 4. Cigarralejo; 5. Amarejo; 6. Castillico de las Peñas; 7. Peña Negra; 8. Solivella; 10. Los Villares.

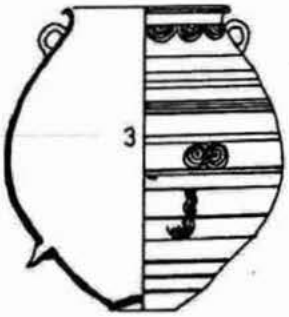
GRUPO I TIPO 3: TINAJA CON PITORRO VERTEDOR CLASE A

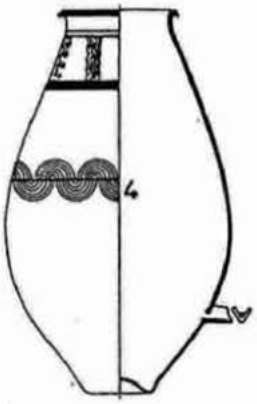
Subtipo 3. 1.: Con hombro



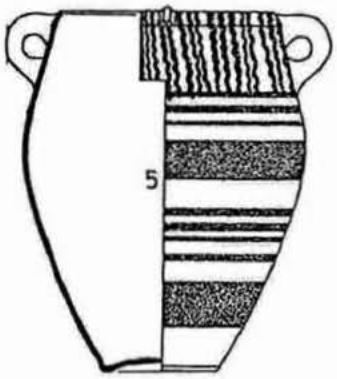


Subtipo 3. 2.: Sin hombro





GRUPO I TIPO 4: URNA DE OREJETAS



GRUPO I TIPO 5: ORZA

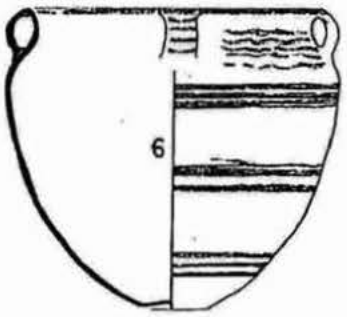
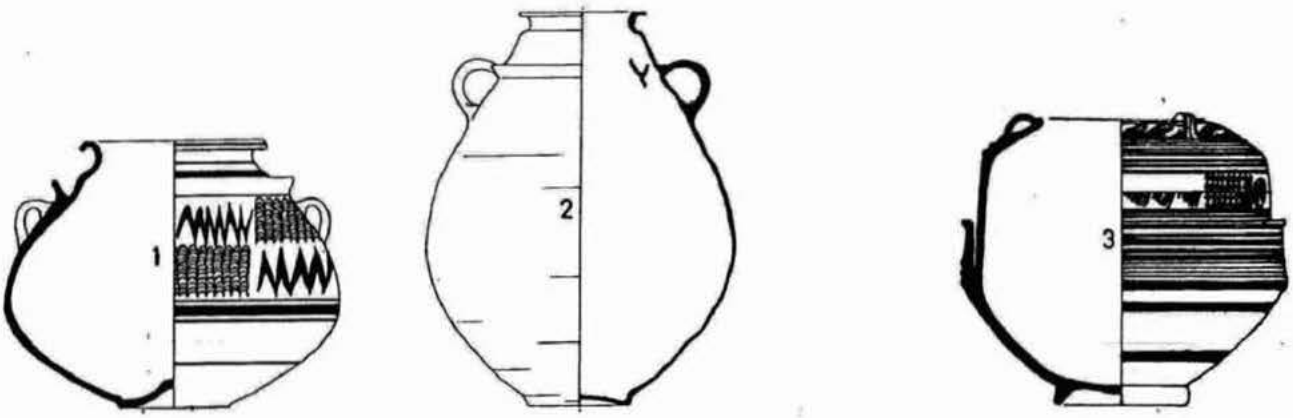


Fig. 3.— 1. Los Villares; 2. Margalef; 3. Bastida; 4. Castillico de las Peñas; 5. Peña Negra; 6. Cazalilla.

GRUPO II TIPO 1: RECIPIENTE CON RESALTE CLASE A

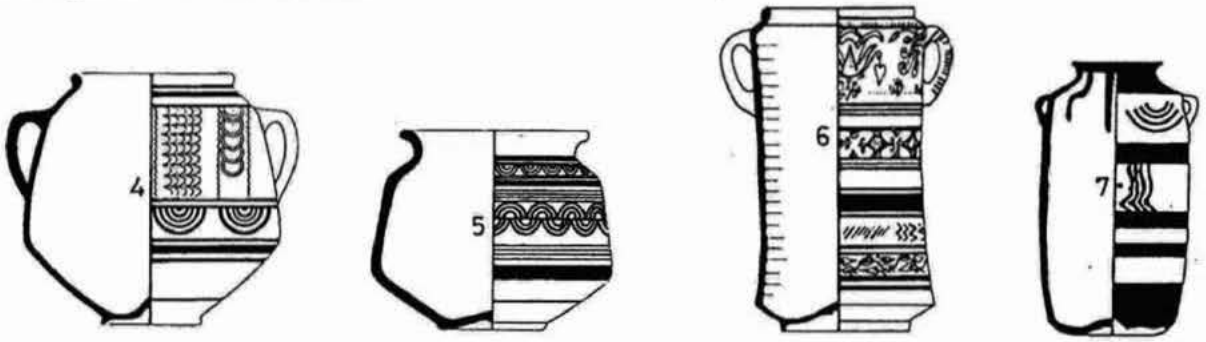
Subtipo 1. 1.: Con resalte en el cuello

Subtipo 1. 2.: Con resalte en el galbo



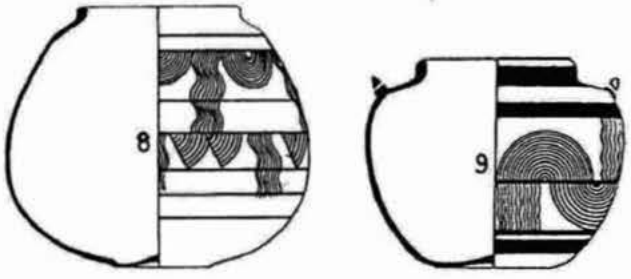
GRUPO II TIPO 2: TINAJILLA

Subtipo 2. 1.: Con hombro



2. 1. 1.

2. 1. 2.



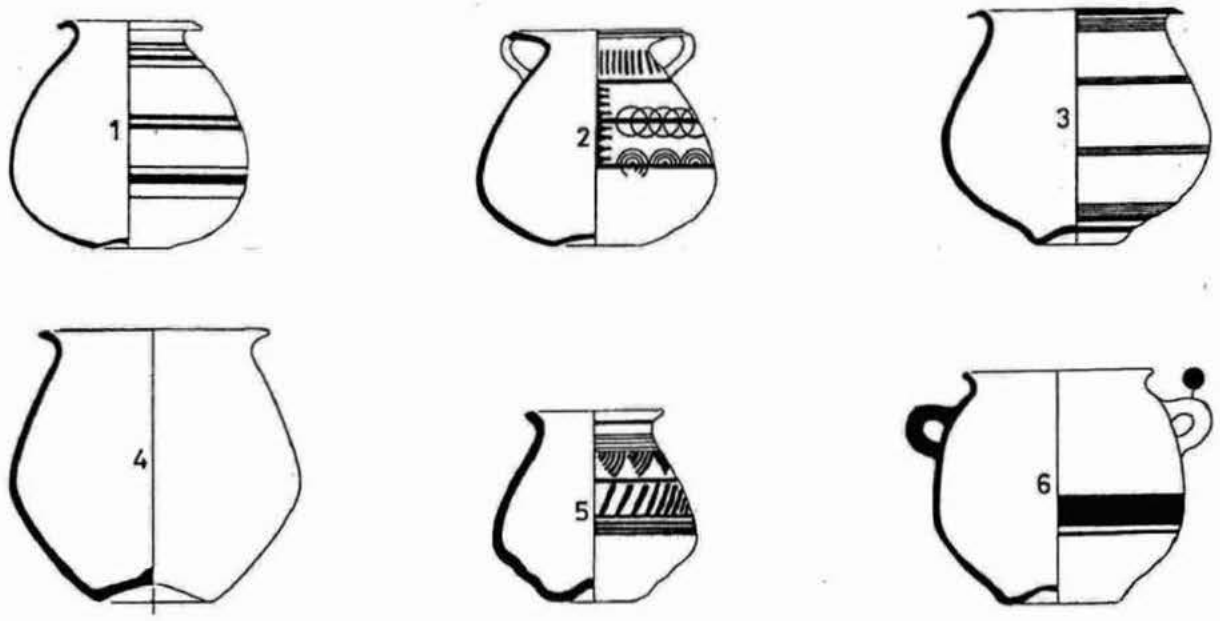
2. 1. 3.

Fig. 4.— 1. Serreta; 2. Bolbax; 3 y 6. Tossal de Sant Miquel; 4. Albufereta; 5. Bastida; 7 y 9. Tòya; 8. Cigarralejo.

GRUPO II TIPO 2: TINAJILLA CLASE A

Subtipo 2. 2.: Sin hombro

2. 2. 1.



2. 2. 2.

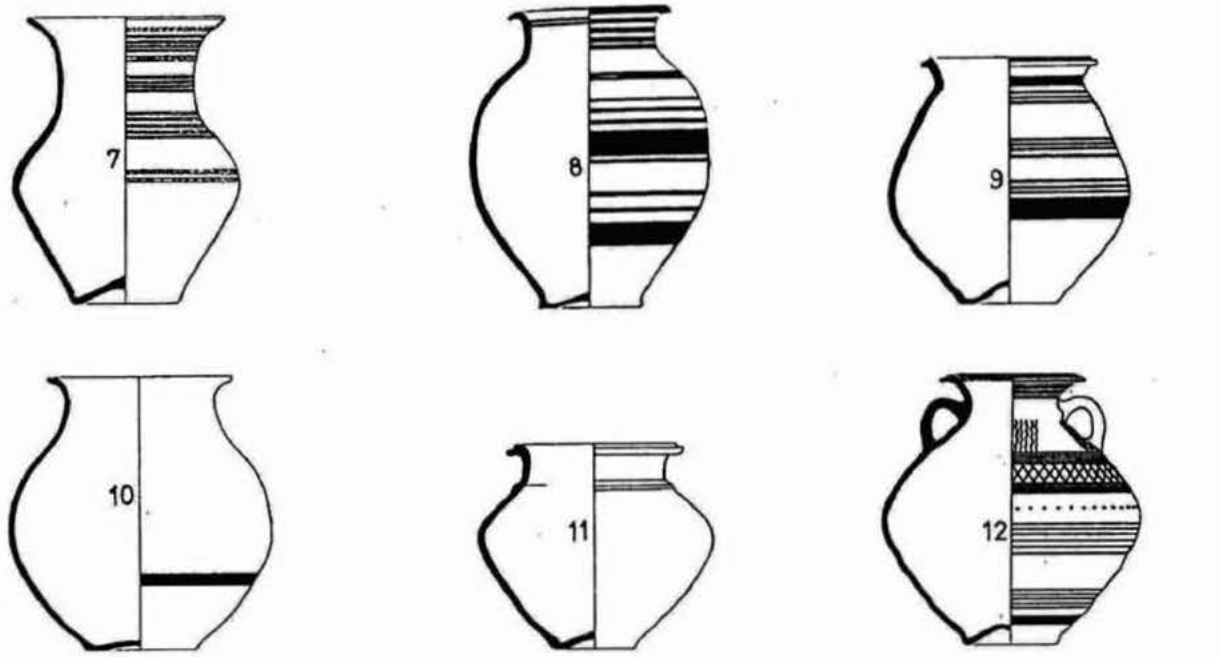
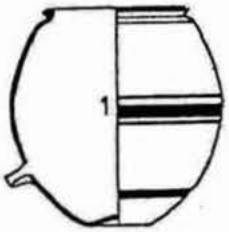


Fig. 5.— 1 y 11. Cigarralejo; 2. Tòssal de Sant Miquel; 3, 4 y 12. Solivella; 5. Bastida; 6 y 10. Las Peñas; 7. Torre de Foios; 8 y 9. Toya.

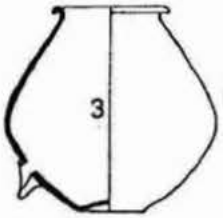
GRUPO II TIPO 3: TINAJILLA CON PITORRO VERTEDOR CLASE A

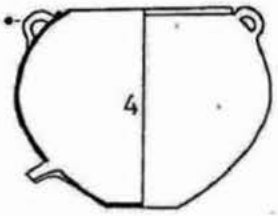
Subtipo 3. 1.: Con hombro



Subtipo 3. 2.: Sin hombro





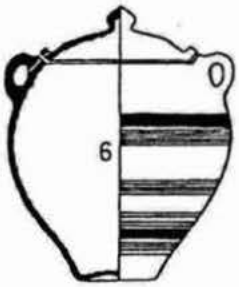


GRUPO II TIPO 4: RECIPIENTE CON CIERRE HERMETICO

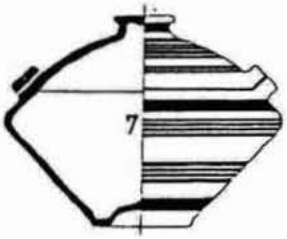
Subtipo 4. 1.: Urna de orejetas



4. 1. 1.

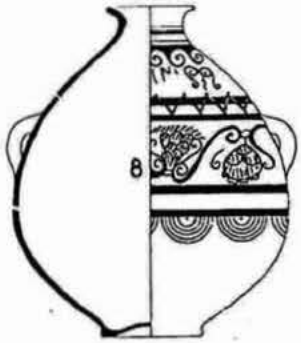


4. 1. 2.



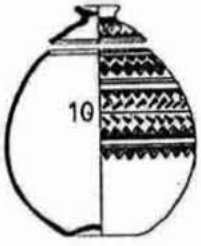
4. 1. 3.

Subtipo 4. 2.: Tinajilla con borde dentado





Subtipo 4. 3.: Tinajilla con borde biselado simple



4. 3. 1.



4. 3. 2.

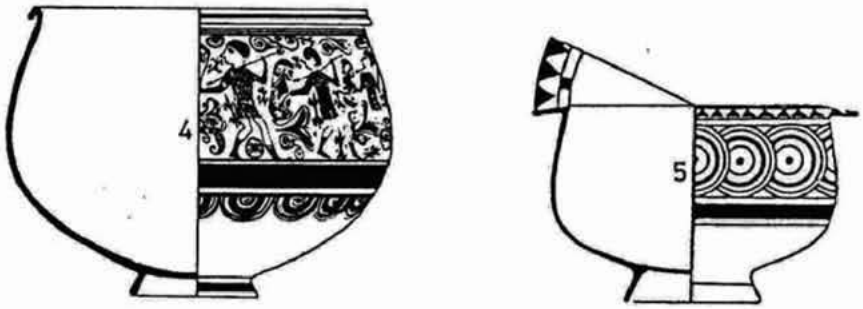
Fig. 6.— 1. Molí d'Espigol; 2. Bastida; 3. Villares; 4. Can Bas; 5. Solivella; 6. El Molar; 7. Mianes; 8. Tossal de Sant Miquel; 9. Escuera; 10. Cigarralejo; 11. Azaila.

GRUPO II TIPO 5: ORZA PEQUEÑA CLASE A



GRUPO II TIPO 6: LEBES

Subtipo 6. 1.: Con pie



6. 1. 1. 6. 1. 2.

Subtipo 6. 2.: Sin pie

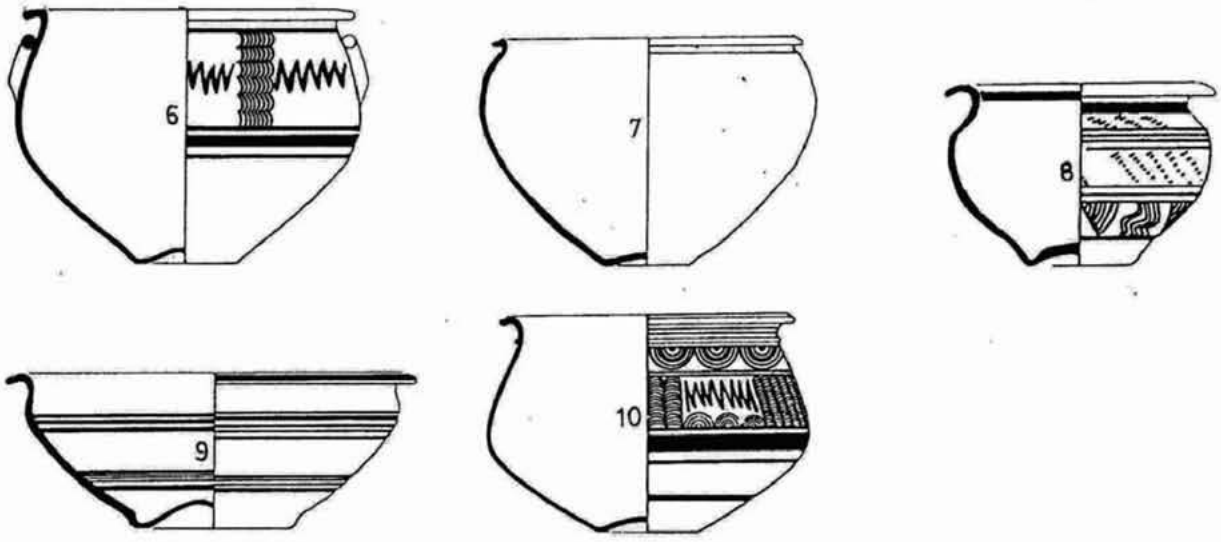
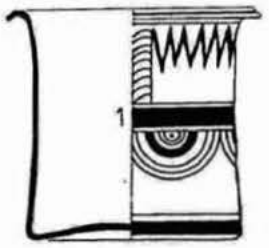


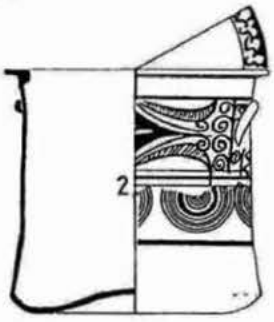
Fig. 7.— 1. Los Villares; 2, 6 y 9. Amarejo; 3. Tòya; 4. Tòssal de Sant Miquel; 5. Puntal dels Llops; 7. Bastida; 8 y 10. Albufereta.

GRUPO II TIPO 7: KALATHOS CLASE A

Subtipo 7. 1.: Cilíndrico

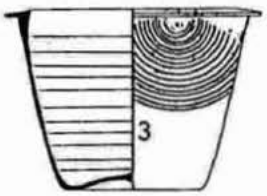


7. 1. 1.



7. 1. 2.

Subtipo 7. 2.: Troncocónico



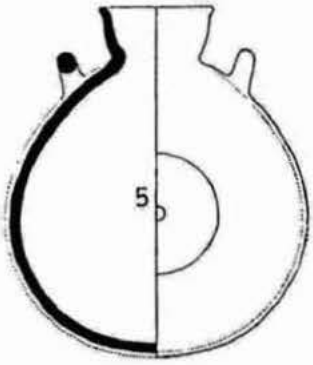
7. 2. 1.



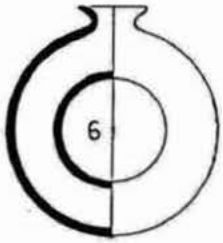
7. 2. 2.

GRUPO II TIPO 8: CANTIMPLORA

Subtipo 8. 1.: Lenticular

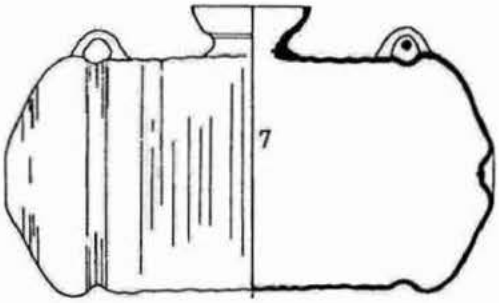


Subtipo 8. 2.: Tubular



GRUPO II TIPO 9: TONEL

Subtipo 9. 1.: Con boca central



Subtipo 9. 2.: Con boca descentrada

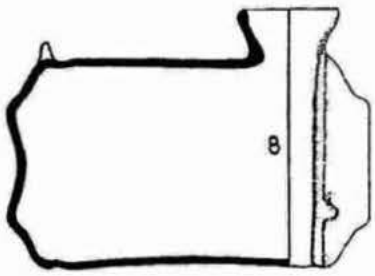
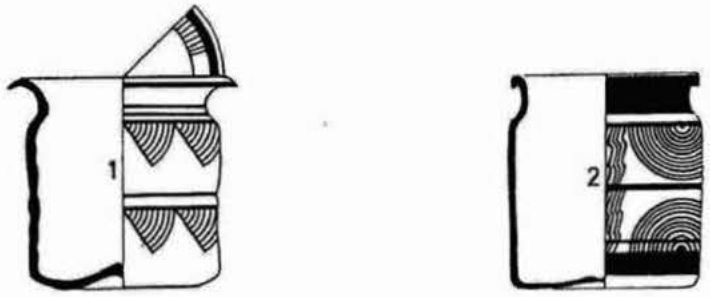


Fig. 8.— 1. Puntal dels Llops; 2. Fontscaldes; 3. Ampurias; 4. Tossal de la Cala; 5. Bastida; 6. Tossal de Sant Miquel; 7. Castillico de las Peñas; 8. Cova Foradada.

GRUPO II TIPO 10: TARRO CLASE A

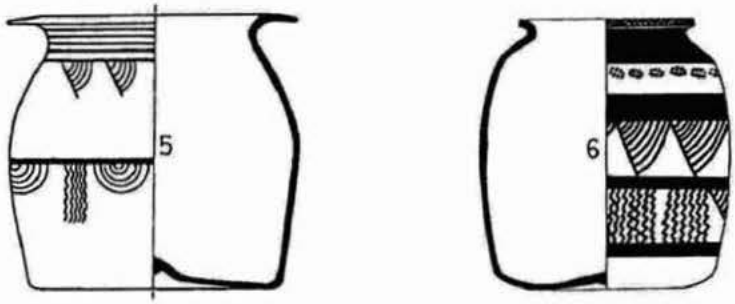
Subtipo 10. 1.: Cilíndrico



Subtipo 10. 2.: Troncocónico



Subtipo 10. 3.: Abombado



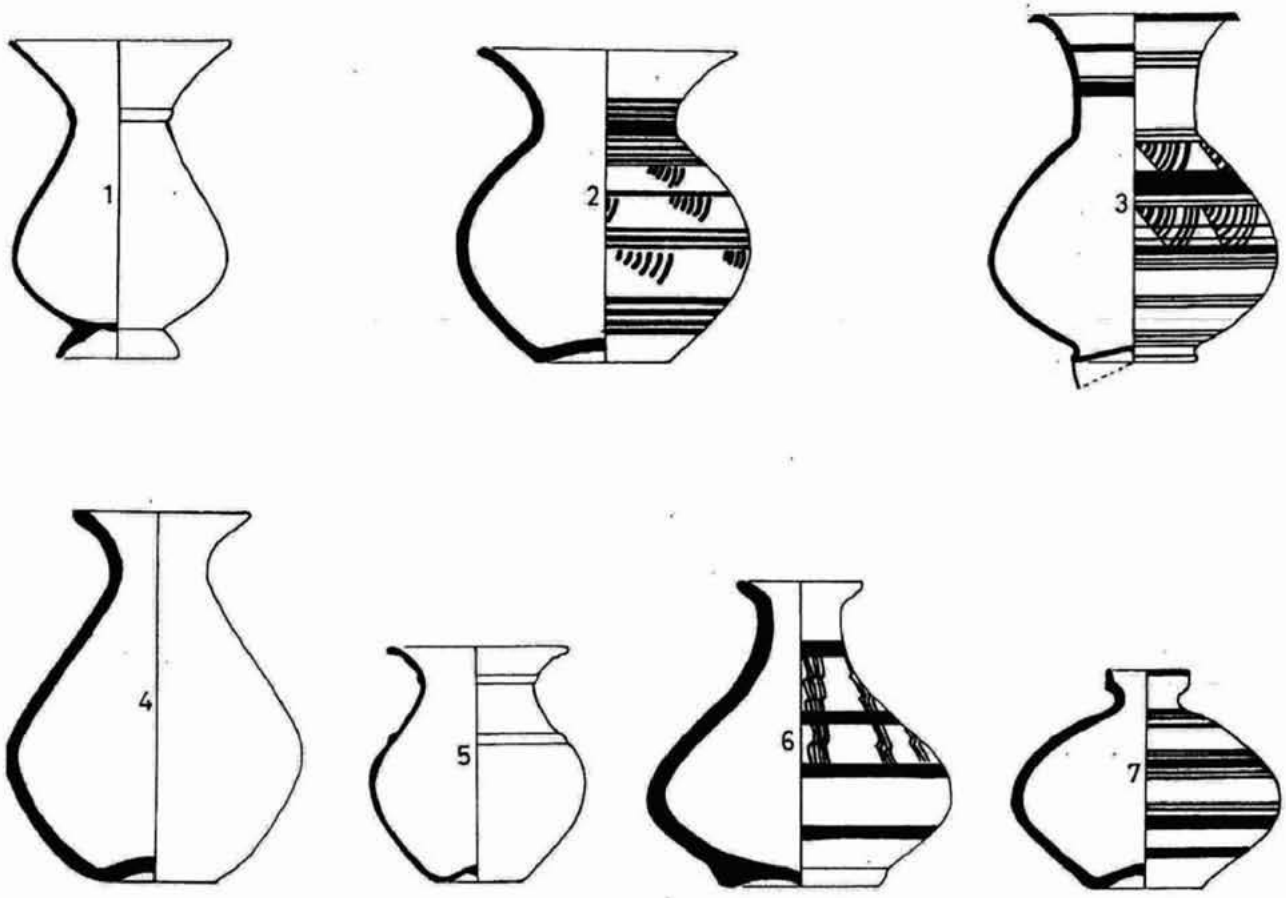
GRUPO II TIPO 11: SITULA



Fig. 9.— 1. Albufereta; 2. Tòya; 3. Amarejo; 4. Bolbax; 5. Las Cabezuelas; 6. Baza; 7. Serreta; 8. Cigarralejo.

GRUPO III TIPO 1: BOTELLA CLASE A

Subtipo 1. 1.: Tendencia bitroncocónica, globular u ovoide



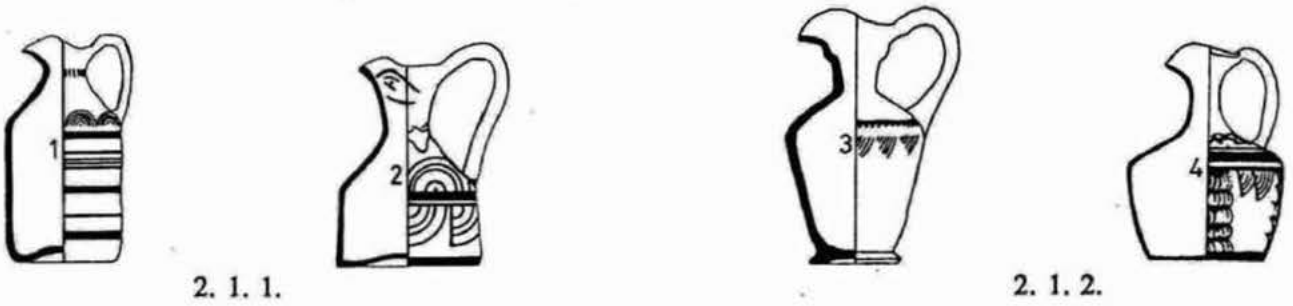
Subtipo 1. 2.: Tendencia troncocónica o cilíndrica



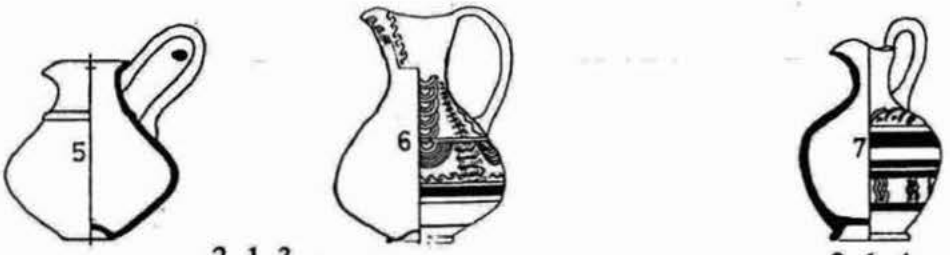
Fig. 10.— 1. Los Villares; 2, 4, 6, 7 y 8. Bastida; 3 y 9. Albufereta; 5. Puntal dels Llops; 10. Escuera.

GRUPO III TIPO 2: JARRO CLASE A

Subtipo 2. 1.: Boca trilobulada u Oinochoe



2. 1. 1. 2. 1. 2.



2. 1. 3. 2. 1. 4.

Subtipo 2. 2.: Boca circular u Olpe



2. 2. 1. 2. 2. 2.

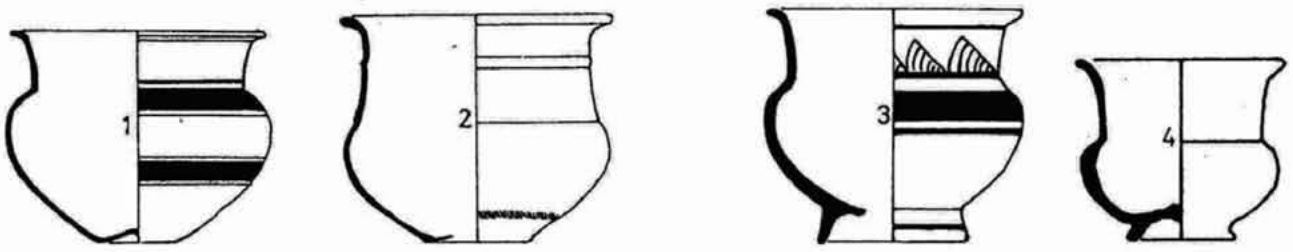
GRUPO III TIPO 3: JARRA



Fig. 11.— 1, 3, 7 y 8. Bastida; 2 y 11. Puntal dels Llops; 4 y 13. Tossal de Sant Miquel; 5. Ascoy; 6. Castellet de Bernabé; 9 y 10. Escuera; 12. Albufereta.

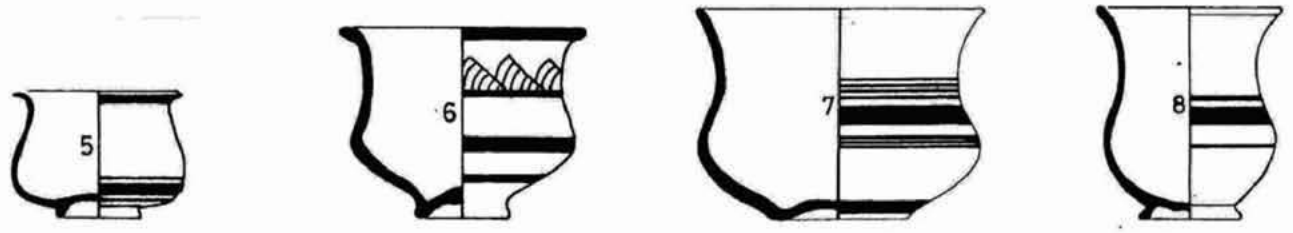
GRUPO III TIPO 4: CALICIFORME CLASE A

Subtipo 4. 1.: Cuerpo globular



4. 1. 1. 4. 1. 2.

Subtipo 4. 2.: Perfil en S



Subtipo 4. 3.: Carenado

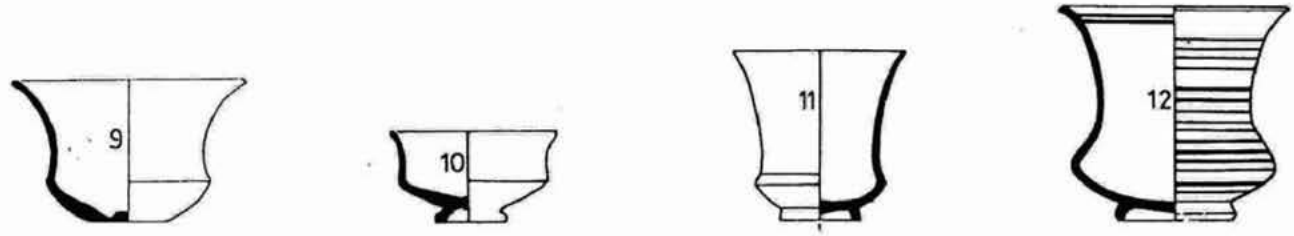
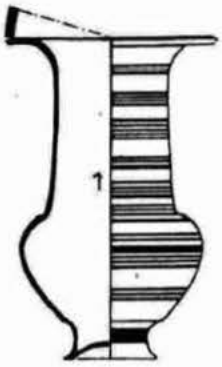
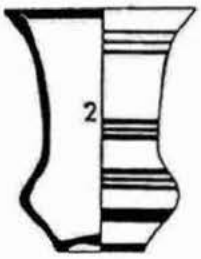


Fig. 12.— 1 y 5. Tossal de San Miquel; 2, 4 y 6. Los Villares; 3. Puntal dels Llops; 7 y 8. Cigarralejo; 9 y 10. Bastida; 11. Castillico de las Peñas; 12. Albufereta.

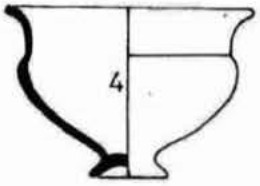
GRUPO III TIPO 5: VASO A CHARDON CLASE A





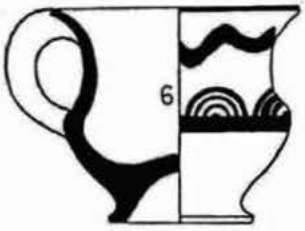
GRUPO III TIPO 6: COPA

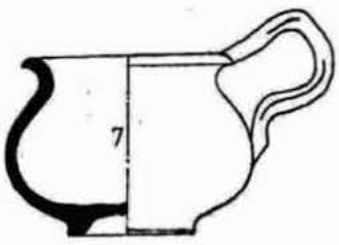






GRUPO III TIPO 7: TAZA





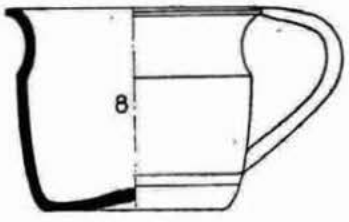
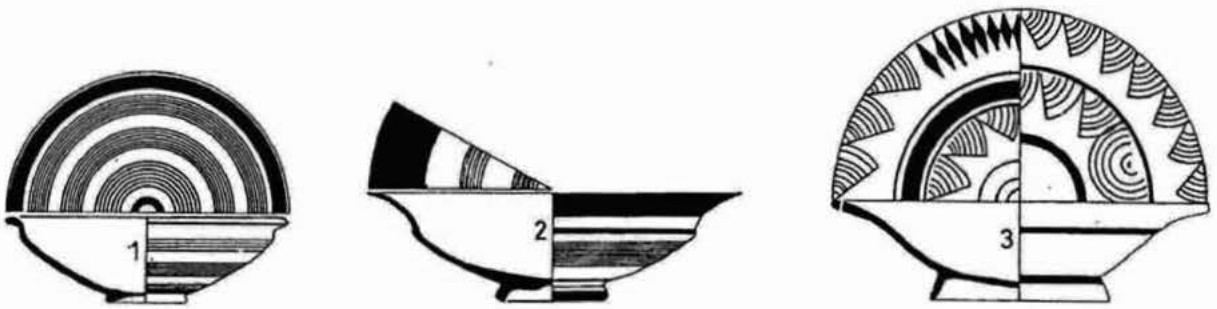


Fig. 13.— 1. Tòya; 2. Puente del Obispo; 3. Puntal dels Llops; 4. Los Villares; 5. Cigarralejo; 6. San Antonio de Calaceite; 7 y 8 Azaila.

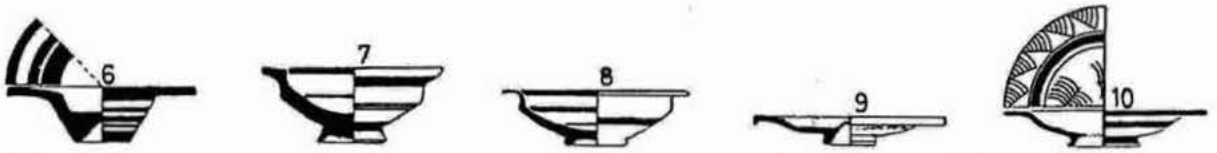
GRUPO III TIPO 8: PLATO CLASE A

Subtipo 8.1.: Con borde exvasado



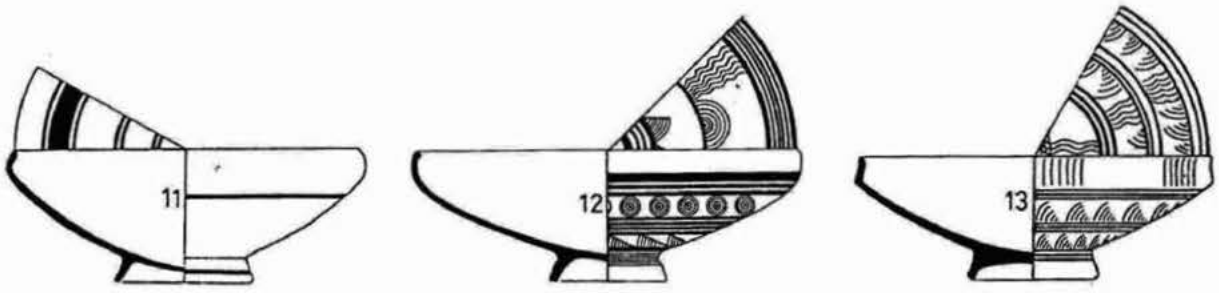


8. 1. 1.

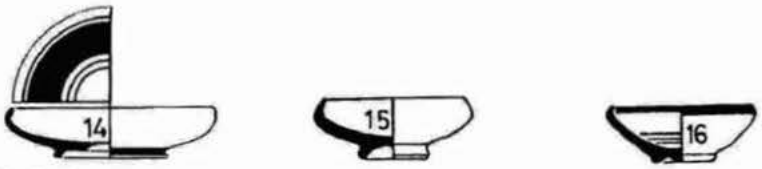


8. 1. 2.

Subtipo 8. 2.: Con borde reentrante o Pátera



8. 2. 1.



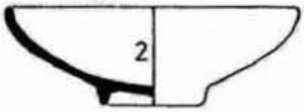
8. 2. 2.

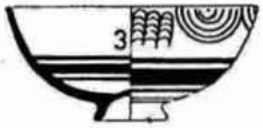
Fig. 14.— 1. Solivella; 2. Castellet de Bernabé; 3, 4, 9, 11, 14 y 15. Puntal dels Llops; 5. Azaila; 6. Martos; 7. Bastida; 8 y 16. Villares; 10. Tossal de Sant Miquel; 12 y 13. Albufereta.

GRUPO III TIPO 8: PLATO CLASE A

Subtipo 8. 3.: Con borde sin diferenciar o Escudilla

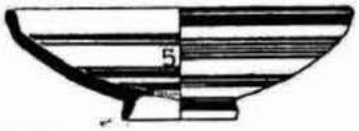






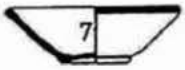


8. 3. 1.



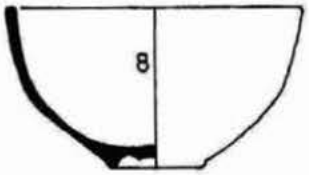


8. 3. 2.



8. 3. 3.

GRUPO III TIPO 9: CUENCO



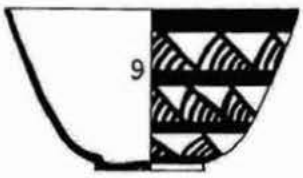


Fig. 15.— 1, 2 y 8. Los Villares; 3. Amarejo; 4. Puntal dels Llops; 5 y 6. Bastida; 7. Cástulo; 9. Baza.

GRUPO IV TIPO 1: BOTELLITA CLASE A

Subtipo 1. 1.: Perfil de tendencia globular



1. 1. 1.



1. 1. 2.

Subtipo 1. 2.: Perfil quebrado



1. 2. 1. 1. 2. 2.

GRUPO IV TIPO 2: UNGÜENTARIO

Subtipo 2. 1.: Globular **Subtipo 2. 2.: Fusiforme**



Fig. 16.— 1, 2, 5, 7, 8 y 9. Bastida; 3. Tossal de Sant Miquel; 4 y 12. Cigarralejo; 6 y 13. Albufereta; 10 y 11. Los Villares; 14. Puntal dels Llops.

GRUPO IV TIPO 3: COPITA CLASE A

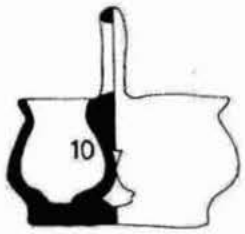


GRUPO IV TIPO 4: CUBILETE

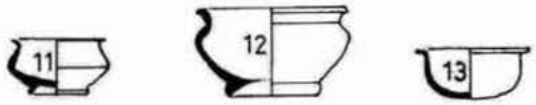


GRUPO IV TIPO 5: DIVERSOS

Subtipo 5. 1.: Vaso geminado



Subtipo 5. 2.: Tarrito



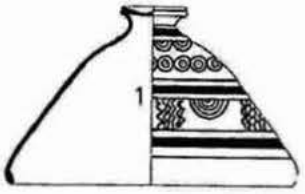
Subtipo 5. 3.: Miniatura

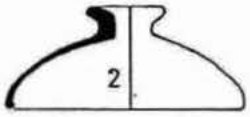


Fig. 17.— 1, 2, 9, 10 y 12. Cigarralejo; 3, 5 y 11. Bastida; 4, 7, 8, 13, 14, 15 y 16. Tossal de Sant Miquel; 6. Los Villares.

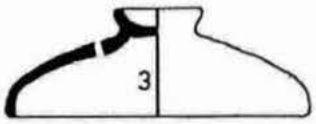
GRUPO V TIPO 1: TAPADERA CLASE A

Subtipo 1. 1.: Con pomo discoidal

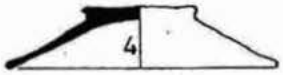


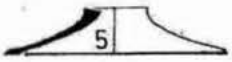


Subtipo 1. 2.: Con pomo anillado



Subtipo 1. 3.: Con pomo macizo

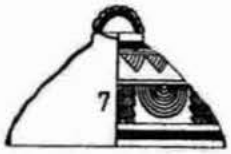




Subtipo 1. 4.: Con pomo cónico

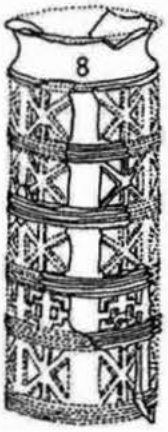


Subtipo 1. 5.: Con asa en el pomo

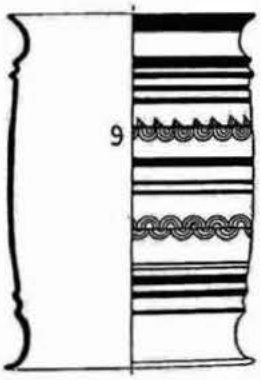


GRUPO V TIPO 2: SOPORTE

Subtipo 2. 1.: Tubular

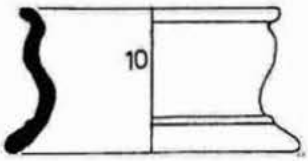


2. 1. 1.

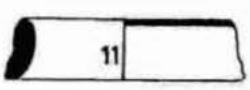


2. 1. 2.

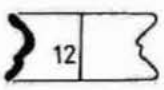
Subtipo 2. 2.: Moldurado



Subtipo 2. 3.: Anular



Subtipo 2. 4.: De carrete

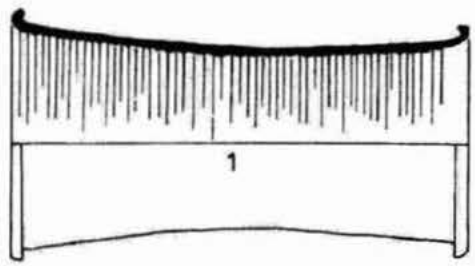


Subtipo 2. 5.: Semilunar

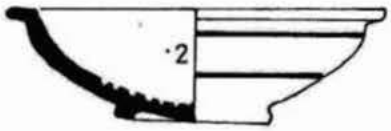


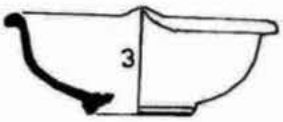
Fig. 18.— 1, 7, 8, 12 y 13. Tossal de Sant Miquel; 2 y 3. Los Villares; 4. Castellet de Bernabé; 5, 10 y 11. Puntal dels Llops; 6. El Molar; 9. Recuesto de Cehegín.

GRUPO V TIPO 3: COLMENA CLASE A



GRUPO V TIPO 4: MORTERO





GRUPO V TIPO 5: MANO DE MORTERO

Subtipo 5. 1.: Acodada



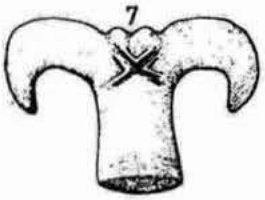
Subtipo 5. 2.: Con dos apéndices



5. 2. 1.



5. 2. 2.



5. 2. 3.

Subtipo 5. 3.: De tres apéndices radiales

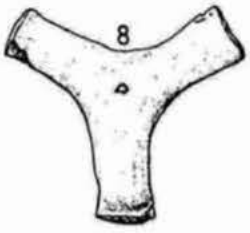
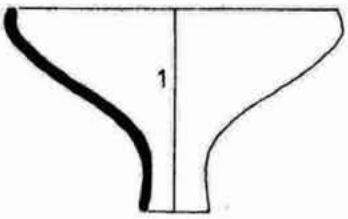


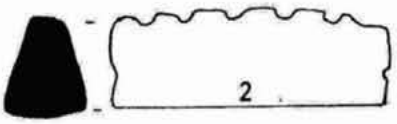
Fig. 19.— 1 y 2. Puntal dels Llops; 3 y 8. Los Villares; 4 al 7. Tossal de Sant Miquel.

GRUPO V TIPO 6: DIVERSOS CLASE A

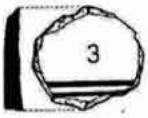
Subtipo 6. 1.: Embudo



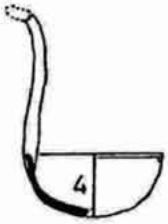
Subtipo 6. 2.: Morillo



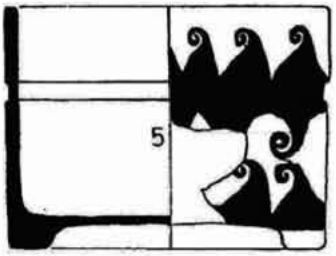
Subtipo 6. 3.: Tejuelo



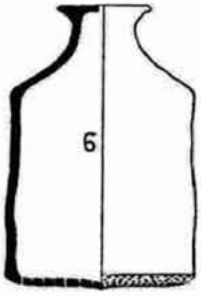
Subtipo 6. 4.: Cazo



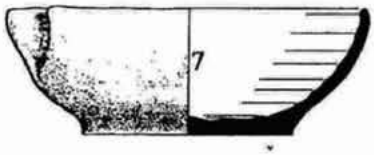
Subtipo 6. 5.: Caja



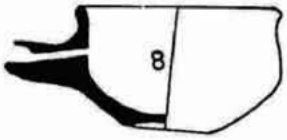
Subtipo 6. 6.: Colador



Subtipo 6. 7.: Lucerna



Subtipo 6. 8.: Biberón



Subtipo 6. 9.: Diábolo

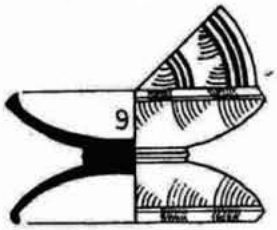
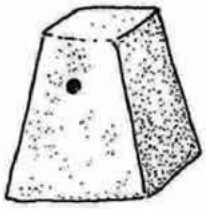


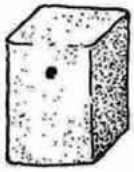
Fig. 20.— 1, 4, 5 y 7. Tossal de Sant Miquel; 2. Bastida; 3 y 6. Amarejo; 8. Puntal dels Llops; 9. Albufereta.

GRUPO V TIPO 7: PONDUS CLASE A

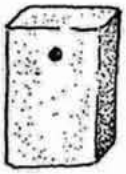
Subtipo 7. 1.: Troncopiramidal



Subtipo 7. 2.: Cuadrangular



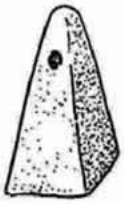
Subtipo 7. 3.: Paralelepipédico



Subtipo 7. 4.: Discoidal



Subtipo 7. 5.: Piramidal o Cónico

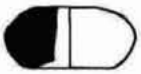


GRUPO V TIPO 8: FUSAYOLA

Subtipo 8. 1.: Acéfala



8. 1. 1.



8. 1. 2.



8. 1. 3.



8. 1. 4.



8. 1. 5.



8. 1. 6.

Subtipo 8. 2.: Con cabeza



8. 2. 1.



8. 2. 2.



8. 2. 3.



8. 2. 4.

Fig. 21.

GRUPO VI

CLASE A

TIPO 1: KYLIX



TIPO 2: KYLIX- SKYPHOS



TIPO 3: SKYPHOS Y SKYPHOIDE



Fig. 22.— 1. Puntal dels Llops; 2 y 4. Bastida; 3. Albufereta; 5. Los Villares; 6. Castellet de Bernabé.

GRUPO VI TIPO 4: KANTHAROS Y CRATERISKOS CLASE A



GRUPO VI TIPO 5: CRATERA

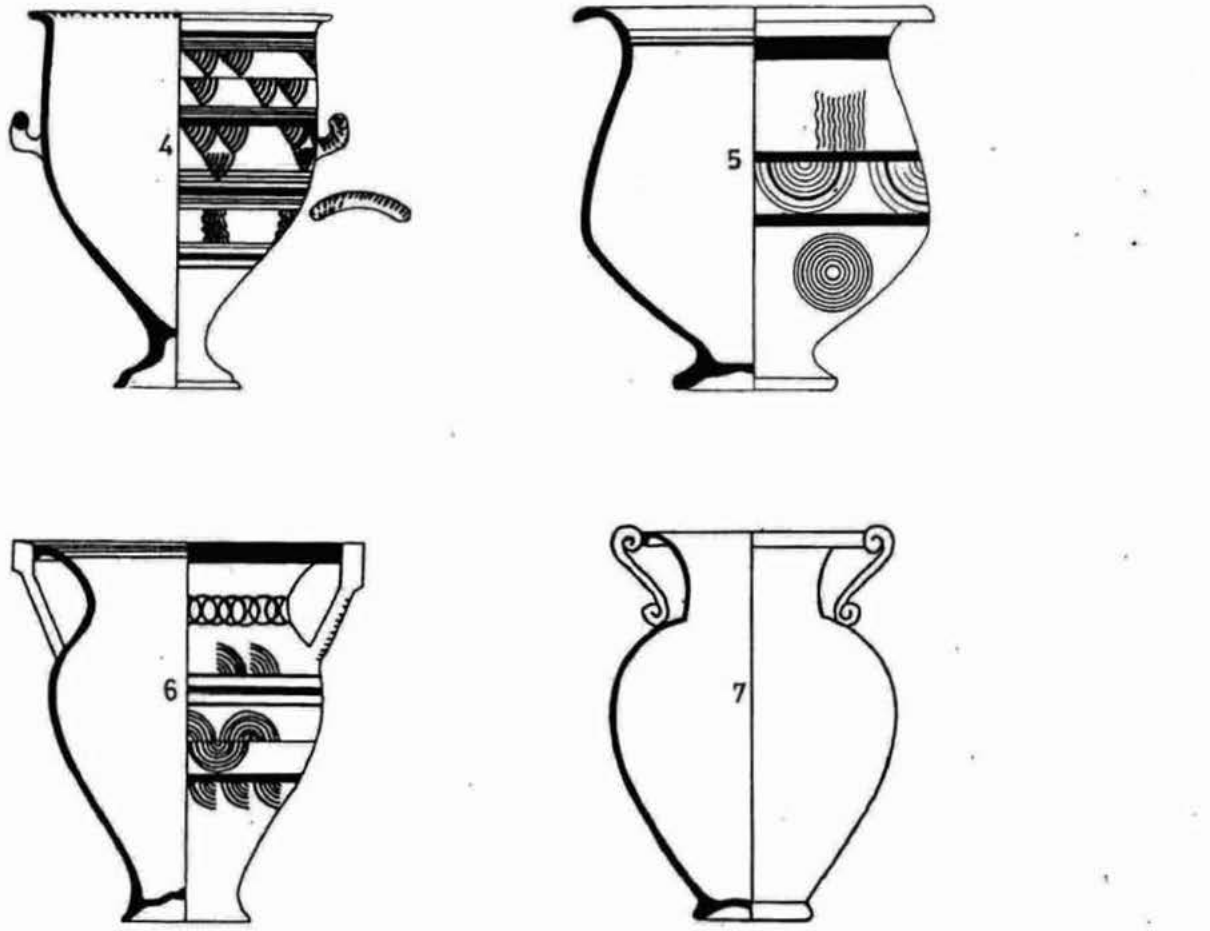


Fig. 23.— 1 y 5. Albufereta; 2. San Antonio de Calaceite; 3. Azaila; 4 y 7. Cigarralejo; 6. Castillico de las Peñas.

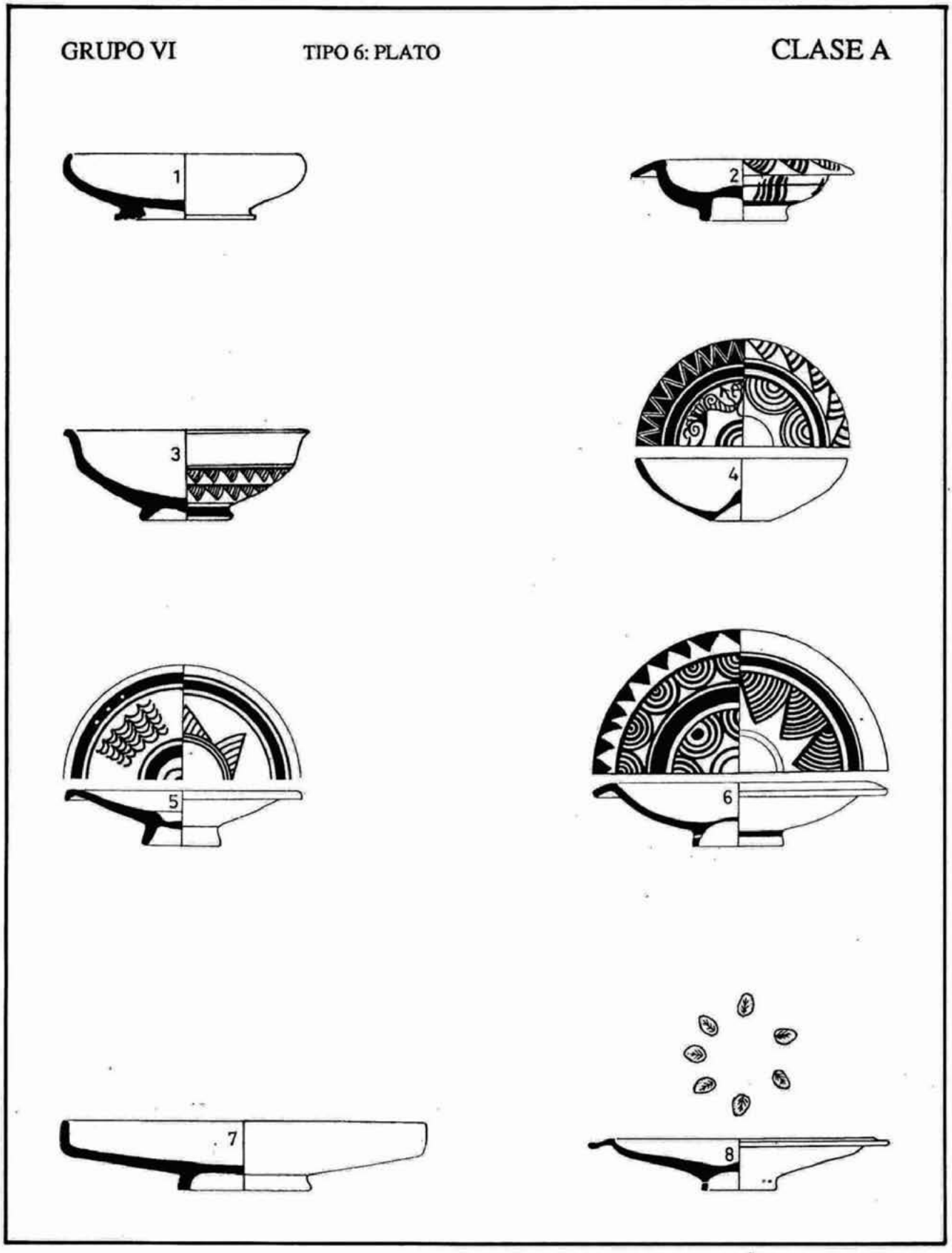
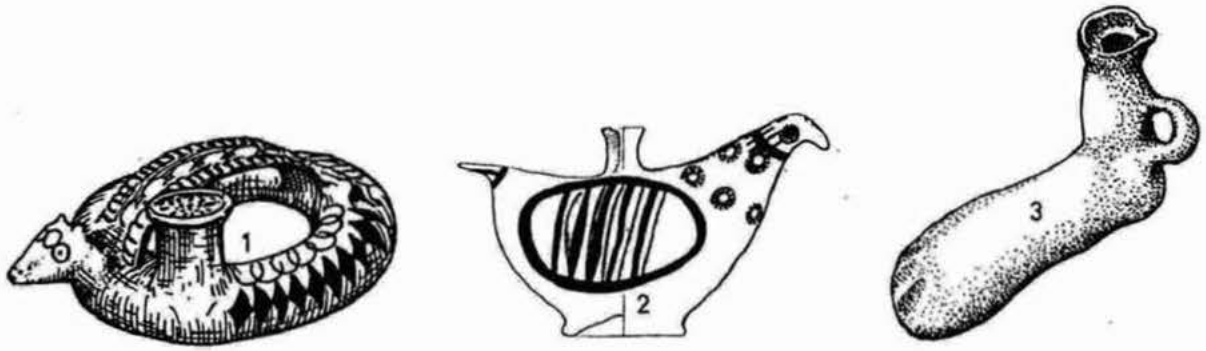


Fig. 24.— 1. Tossal de Sant Miquel; 2, 5. Cigarralejo; 3. Bastida; 4 y 6. Serreta; 7. Alcudia; 8. Los Villares.

GRUPO VI TIPO 7: VASO PLASTICO CLASE A



GRUPO VI TIPO 8: OTRAS IMITACIONES

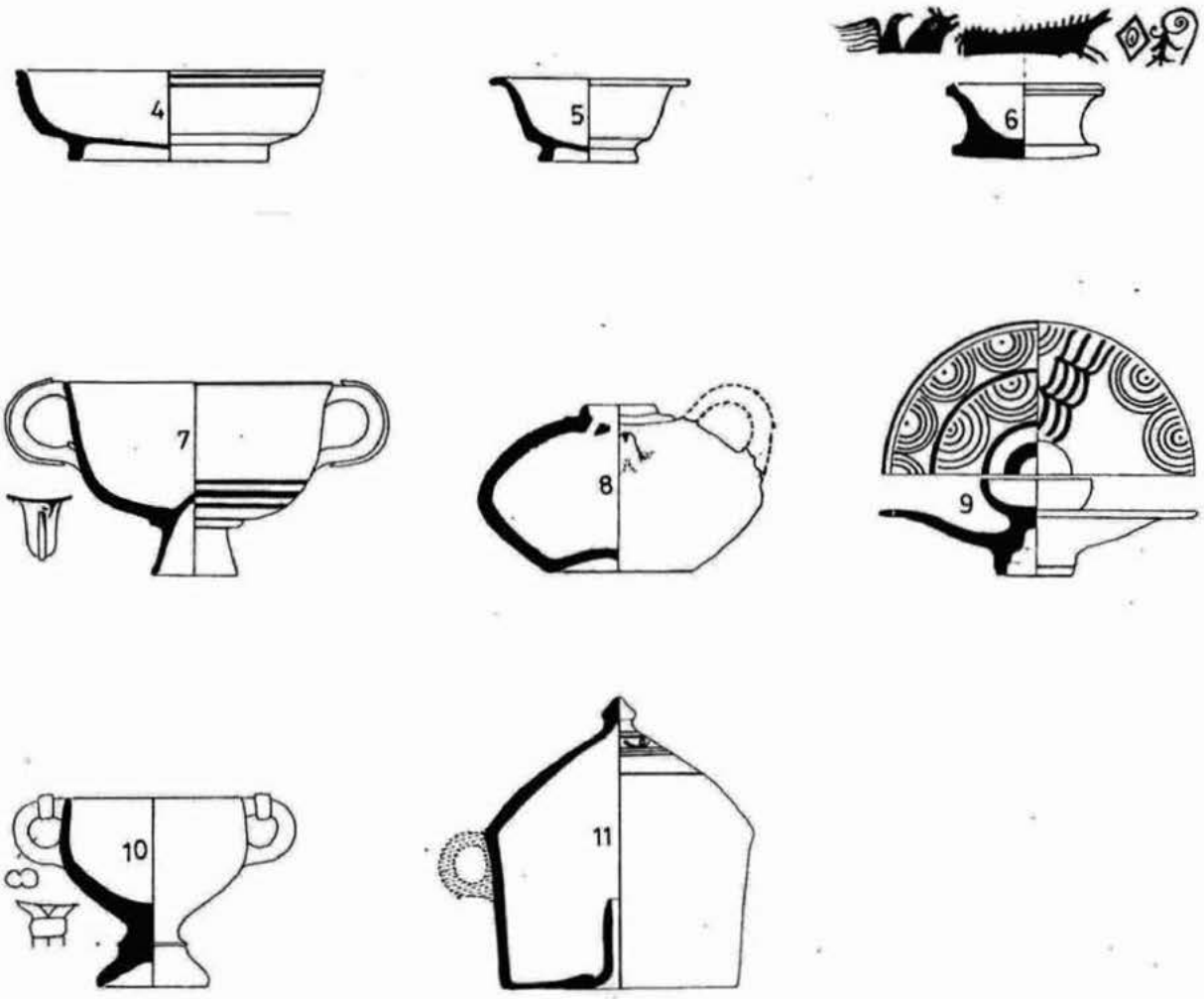
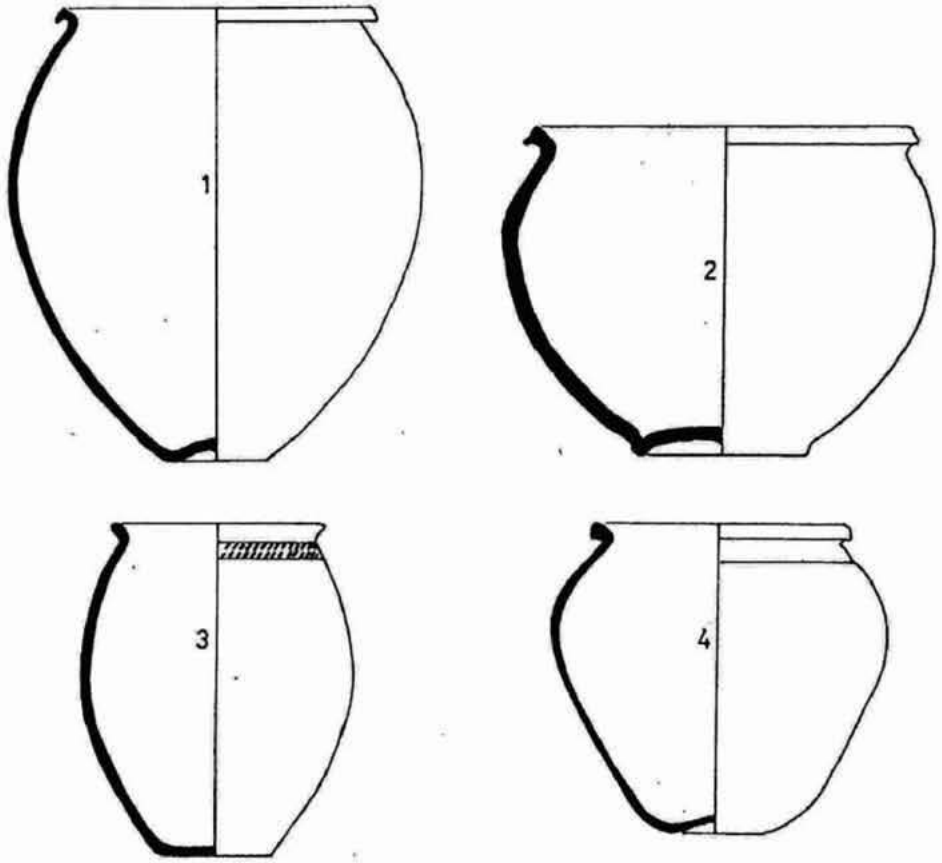


Fig. 25.— 1 y del 7 al 10. Puntal dels Llops; 2 y 11. Amarejo; 3. Los Villares; 4 y 5. Tossal de Sant Miquel; 6. Alcudia.

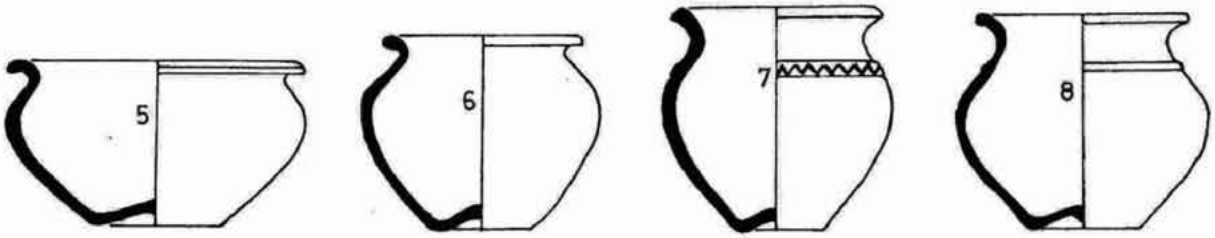
TIPO 1: OLLA

CLASE B

Subtipo 1. 1.: Grande



Subtipo 1. 2.: Mediana



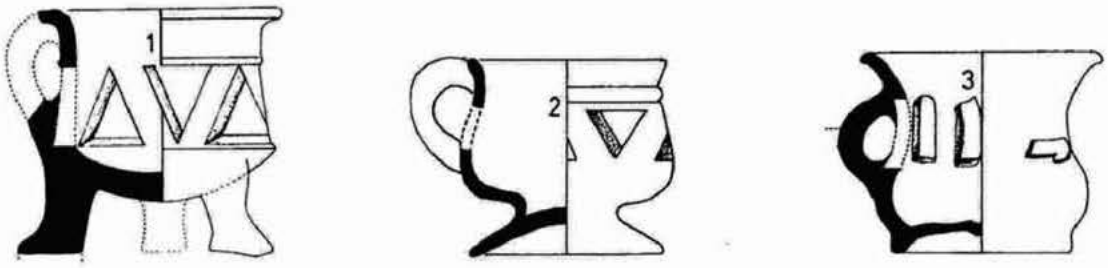
TIPO 2: CAZUELA



Fig. 26.— 1, 2, 3, 5 y 7. Bastida; 4, 8 y 9. Los Villares; 6. Puntal dels Llops; 10. Tossal de Sant Miquel.

TIPO 3: BRASERILLO

CLASE B



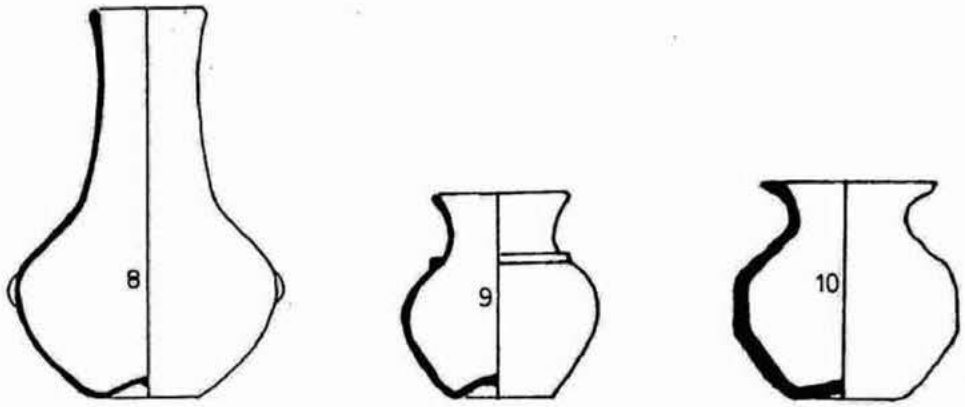
TIPO 4: JARRA

Subtipo 4. 1.: De boca trilobulada

Subtipo 4. 2.: De boca circular



TIPO 5: BOTELLA



TIPO 6: TAPADERA

Subtipo 6. 1.: Con pomo discoidal

Subtipo 6. 2.: Con pomo anillado

Subtipo 6. 3.:Con pomo macizo

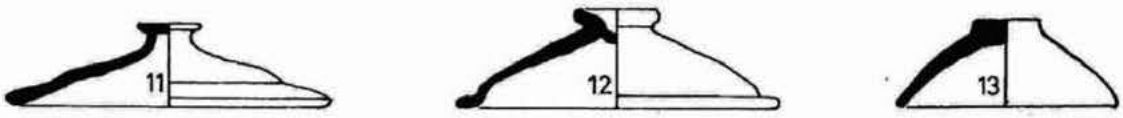


Fig. 27.— 1 y 3. Amarejo; 2 y 13. Tossal de Sant Miquel; 5, 6 y 12. Los Villares; 4 y del 7 al 10. Puntal dels Llops; 11. Bastida.

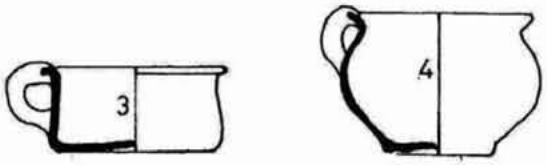
TIPO 7: DIVERSOS

CLASE B

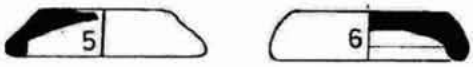
Subtipo 7. 1.: Cuenquecito/ Escudilla



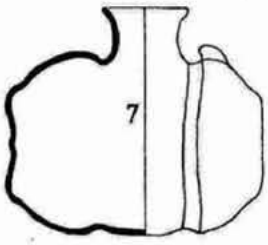
Subtipo 7. 2.: Taza



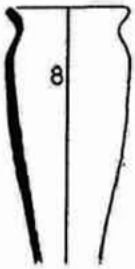
Subtipo 7. 3.: Plato/ Tapadera



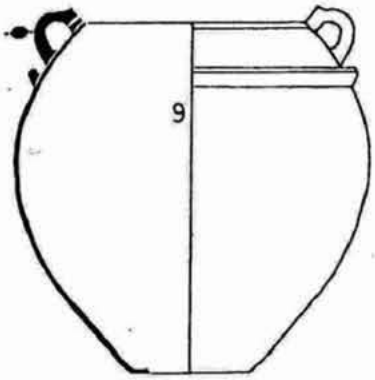
Subtipo 7. 4.: Tonel



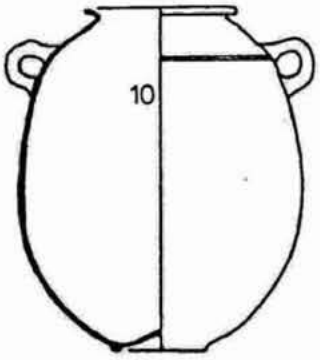
Subtipo 7. 5.: Cubilete



Subtipo 7. 6.: Recipiente con resalte



Subtipo 7. 7.: Anfora



Subtipo 7. 8.: Tobera

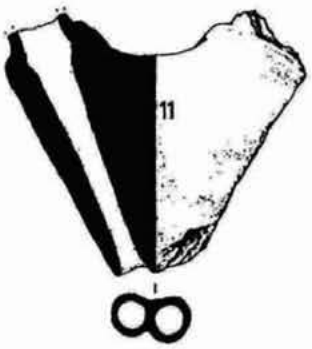


Fig. 28.— 1, 3 y 5. Tossal de Sant Miquel; 2, 4 y 10. Los Villares; 6 y 9. Castellet de Bernabé; 7 y 11. Bastida; 8. Amarejo.

Rafael Ramos Fernández*

LA CRÁTERA IBERORROMANA DE LA ALCUDIA

El hallazgo de la crátera estudiada en este trabajo, que remito al recuerdo del amigo Enrique Pla, tuvo lugar durante el desarrollo de la LIV Campaña de Excavaciones en La Alcudia de Elche (Ramos, 1989a: 236-240), en el estrato iberorromano (Ramos, 1983: 147-172) de los sondeos 8.9-A.B del Sector 5-F del yacimiento, que se encontraba cubierto por un pavimento de mortero de cal perteneciente a la «domus» romana que lo cubre. La estancia en la que se localizó la pieza tiene un pavimento de cal sobre adobes y una planta de 4×2'25×3 mts. de superficie, con paredes de mampostería enlucidas de cal y pintadas de rojo.

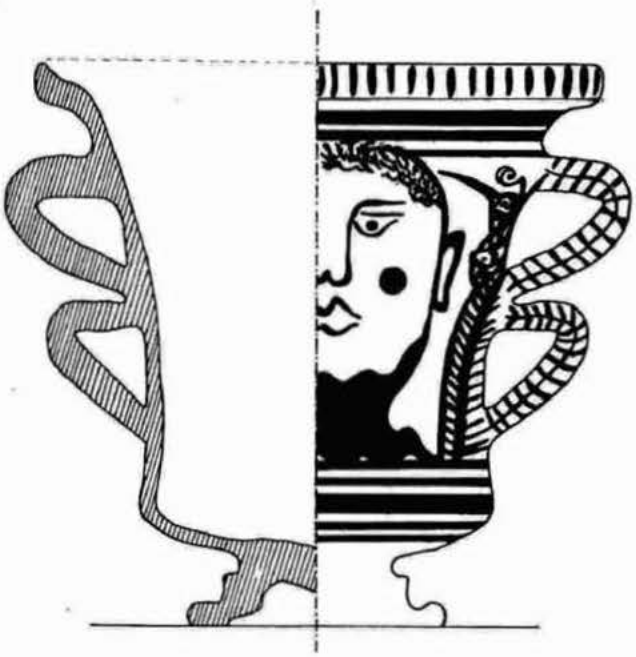
Esta crátera parece responder al posible desarrollo ansado de una forma de la cerámica ibérica arcaica con perfil de pixis existente en La Alcudia (Ramos, 1941: 287-299; Ramos, 1987b: 43) y en otros yacimientos de su área (Ramos, 1962: 90-95). Supone pues la recreación de un tipo antiguo al que se le incorporaron asas verticales dobles al tiempo que se diferenció su base. Su altura es de 17'5 cms. al igual que el diámetro de su boca (Figuras 1 y 2).

Ofrece una decoración que, entre bandas de tres líneas y en función de sus dos asas dobles, se centra en dos caras del vaso. La primera de ellas, que debe considerarse como principal, contiene un rostro de mujer alado que se enmarca en los dos ángulos superiores de su zona con dos aves que pican en su alas, en actitud simétrica, simulando el gesto de libar, y que queda fijado a la línea de su base por una alusión vegetal de la que brota ese rostro femenino como una flor de su cáliz. Es una representación más de las manifestaciones divinas que caracterizan a la cerámica de Elche, tanto en este período iberorromano como en el anterior iberohelenístico, que se presentan siempre asociados a un mundo vegetal y animal como referencia al sagrado dominio de la diosa (Láminas I y II).

Esta representación hace referencia al nacimiento del capullo floral que se metamorfosea en cabeza de mujer. Es la germinación vegetal que se manifiesta en un rostro divino, el rostro que nace pero que todavía en su tallo es una flor (Olmos, 1987: 26), con lo que se expone un pensamiento universal del munto antiguo que expresa la idea de tránsito entre la muerte y la vida. Esta cabeza supone la plasmación del momento en que la divinidad, en su aparición frontal, brota de la tierra para presentarse ante los hombres. Significa por lo tanto una imagen de vida, de tránsito. Expresión que indica la evidencia de que los iberos participaron

* Museo Monográfico de la Alcudia, Elx.





Figs. 1 y 2.— Crátera de La Alcudia.

de la koiné ideológica griega, púnica y suritálica sobre la muerte.

La representación frontal del rostro (VERNANT, 1986: 49 y 104) es índice de una iconografía simbólica, ya que su frontalidad logra que su mirada se enfrente siempre a quien lo contempla y obliga a que sólo se pueda visualizar de frente, en un careo directo que exige la entrada en el área de su atracción, aventurándose a quedar atrapado en ella y a dejar de ser un ser vivo para convertirse en una potencia de muerte. Es, pues, la imagen que surge de los campos infernales, es una manifestación de la divinidad plasmada como máscara para expresar su personalidad de soberana del seno de la tierra, de las sombras, y su condición de regreso a la luz. Precisamente por ello ese rostro luce unos círculos en sus mejillas que tal vez sea exponente de «algo demoníaco» (KUKAHN, 1974: 113), de su ascenso avernal.

La decoración de la cara principal de esta crátera puede vincularse a la correspondiente al ánfora que, procedente de La Alcudia (FERNÁNDEZ AVILÉS, 1946; GARCÍA BELLIDO, 1954: 623 y 633), se conserva en el Museo Arqueológico Nacional. Se trata de una pieza incompleta, de 46 cms. de altura y 21 cms. de diámetro de boca, de dos asas verticales, pintada con una faja de semicírculos concéntricos en su zona baja, una banda de temática vegetal estilizada como elemento de separación y dos zonas centrales delimitadas por los espacios comprendidos entre las asas. En parte de una de las zonas principales de su decoración, asociada a representaciones animales y vegetales en cuanto a exposición del dominio espacial de la diosa, se muestra una cabeza femenina alada, de rostro frontal, engalanada con pendientes en forma de granada como alusión a la fecundidad que simbolizan, que se manifiesta como el divino brotar a la vida. Una comparación entre los rasgos estilísticos del gran vaso del Museo Arqueológico de Madrid y los de la crátera ahora descubierta, ya expuesta en el Museo Mongráfico de La Alcudia, indica que probablemente son obras de un mismo taller y de una mano no muy diferente: la nariz del ejemplar conservado en Madrid es muy similar a la de la pieza aquí estudiada y debe reconstruirse en posición frontal y no de perfil como erróneamente figura en la fotografía (Lámina III). Esta decoración, tanto por la técnica pictórica empleada como por la estilización de los motivos vegetales realizados y por el tipo de la banda de separación de zonas, pertenece a una obra de época iberorromana, sincrónica a la crátera aquí descrita y similar al llamado «Vaso de la Bailarina», también de La Alcudia y de su estrato D (RAMOS, 1970: 25-27; RAMOS, 1975: 167), en el que una figura femenina en actitud de danza parece ser el reflejo ibero de las representaciones de las Ménades, pintadas en la cerámica griega, que se muestran asociadas a rituales dionisíacos.

La cara de esta crátera opuesta a la ya detallada contiene la representación pintada de dos cabezas masculinas barbadas, diferenciadas en el tocado de su cabello, de perfil y con posición similar, que flanquean el motivo subterráneo, ctonio, que supone la presencia de dos serpientes. Estas imágenes antropomorfas podrían ser también cabezas que brotan de la tierra, que florecen. Sin embargo hay una clara diferencia entre el personaje de la izquierda y su compañero: en el primero tenemos un rostro descubierto en el que se indica la oreja y los rizos del peinado; en el segundo, un trazo grueso recoge el pelo, al modo de un gorro. Es significativo que en esta figura queda oculta la oreja. El primero de estos dos varones se vincula a un tallo vegetal que brota de su cuello y este rasgo relaciona estas cabezas a la frontal del anverso, la femenina. ¿Se trata de dos personajes ctonios —de ahí su asociación con las serpientes— que contemplan el surgimiento de la diosa? Es arriesgado realizar un intento de interpretación de esas cabezas ante la ausencia de documentación ibérica sobre el tema, pero lo sugestivo del asunto induce a ciertas suposiciones: ¿Se trata de la representación de dos personajes heroificados o responden tal vez a una única divinidad masculina cuyos rostros reflejan la vida y la muerte, puesto que el pintado en la parte izquierda de la escena surge junto a un tallo vegetal, exponente de su nacimiento en el sentido preciso de vuelta a la vida, de su llegada a este mundo, de su regreso, mientras que el de la parte derecha, separado del primero por las serpientes, carece de él? Tal vez se trate de la doble imagen del propietario de la crátera que se hizo representar en ella para invocar en su ritos que, igual que la diosa pintada en la cara princiapl del vaso vuelve a la vida, él, tras su muerte, representada por el personaje cubierto, retorne a la luz, a lo que aludiría la cabeza descubierta y ligada a un tallo vegetal que brota con ella, pues la cabeza cubierta, velada, puede considerarse como la figuración de un personaje iniciado en la liturgia de la divinidad y para la que realizó un determinado ceremonial, puesto que el velo que le cubre la cabeza es un atributo iniciático usual. Así, el representado sería un personaje iniciado en los cultos mistéricos que, ayudado por la diosa, espera por sus méritos, el renacer tras la muerte (Láminas IV y V).

Este rostro femenino y estas cabezas de varón son ánodos, representaciones de subidas, instantáneas ascensionales del regreso al mundo de los vivos de divinidades y personajes que proceden de los campos subterráneos.

El término ánodos, que fue empleado por los autores órficos en oposición a cátodos, ha sido utilizado en arqueología para designar las escenas plásticas que representan personajes que emergen del suelo, de la tierra, y que responden a un tránsito ctonio, a un viaje fúnebre, a un regreso tenebroso, a una ascensión de tipo revivificador procedente del estadio infernal (BERARD, 1974: 22). Al cátodos, o descenso al interior de

la tierra, sigue el ánodos, o ascensión al reino de la luz desde las tinieblas. Ambos viajes están documentados literariamente en relación con ceremonias en los santuarios de la diosa (Pausanias, 1 XXVII 3), si bien el uso convencional del término ánodos es utilizado aquí exclusivamente para aludir a las representaciones figuradas de los tránsitos fúnebres. Puede aplicarse tanto a las divinidades y a los personajes heroificados como a cualquier humano, en un orden de ritos de tránsito por los que simulan retornar del espacio subterráneo, del dominio de la sombra.

Sin embargo, para poder identificar un rostro, una cabeza o un busto con la idea del ánodos es necesario que aquellos estén en contacto con la base de la zona decorada, puesto que brotan precisamente del friso ornamental que limita la parte baja de la escena, porque vienen del exterior con relación a nuestro mundo.

Además el ánodos implica, por su sentido ascensional, una noción de verticalidad que se corresponde con la plasmación que los pintores de los vasos chipriotas, griegos, suritálicos e iberos hicieron de los tránsitos ctonios y que se vincula a la intuición de la existencia del universo en niveles relatado en las cosmografías míticas, el universo de Homero (La Ilíada, 8, 13 s.s.; 9, 568 s.s.; La Odisea, 11, 625) y de Hesíodo (La Teogonía, 720 s.s.), constituido por tres países cósmicos superpuestos: infierno, tierra y cielo. Países que responden a pisos cerrados e infranqueables que no obstante, ocasionalmente, pueden comunicarse gracias a un lugar sagrado en el que es posible la ruptura momentánea de los suelos ideales y, consecuentemente, allí y en aquél trance es posible la manifestación de la divinidad a los humanos (Vernant, 1965: 149) y el retorno de los muertos.

Por ello estos rostros que se nos muestran pintados en esta crátera no pueden considerarse y valorarse simplemente como tales, ya que sólo son la parte superior de un cuerpo en movimiento vertical y constituyen una representación simbólica en la que lo realmente importante es el significado y no la figuración en sí. En las imágenes de la crátera que ahora estudiamos, las cabezas que se presentan simbólicamente cortadas del resto de su cuerpo no lo estarían en el pensamiento ibero más que temporalmente, durante un instante, durante su tránsito. Pues las gentes conocedoras del ritual sabían que el personaje salía de la tierra, subía a la luz y que inmediatamente se mostraría en su integridad corporal (Berard, 1974: 27). La característica de estos rostros reside en su tránsito a un nivel superior gracias a una subida vertical. Por ello el interpretarlos como ánodos exige imaginar que el resto de su cuerpo está a punto de aparecer.

Recordemos que Pausanias (1 XIX 2) describía la estatua de Afrodita como una cabeza femenina sobre un pilar «que tiene forma cuadrada como los hermas», y, aunque también sería posible que las representaciones hermaicas en sí no estuvieran en relación con las ideas de la imaginería del ánodos, parece evidente que su concepción, al menos inicialmente, corresponde plenamente a ellas. Asimismo, las abundantes terracotas con representaciones de cabezas o bustos, estatuillas truncadas en suma, de Deméter-Coré, Tanit o Afrodita responden a formas simbólicas, imágenes de dioses, que evocan su ascensión por medio de magias infernales, ya que proceden de la esfera sepulcral.

La particularidad del tránsito en su plasmación reside pues en la noción de verticalidad, por lo que en las escenas con representaciones de ánodos el personaje surge elevado por una fuerza misteriosa, porque esa idea de verticalidad es consecuncia a su vez de la creencia en que el reino vegetal constituye el modelo de la vida humana.

Parece posible que los iberos participaran de un mundo religioso, de tipo mistérico, integrado en los cultos agrarios y basado en los ciclos vegetativos de las plantas, en el milagro de las cosechas, en la renovación de la vida en general. Las doctrinas agrarias indican que los sucesos y las actividades de la vida humana coinciden con los ciclos de la vegetación y con los trabajos de los campos, e incluso con los grandes ritmos del universo. Así, el nacimiento y la muerte de los hombres no es otra cosa que un reflejo de aquellos, un reflejo de la periódica aparición y desaparición de las plantas. El simbolismo vegetal, transmitido por los mitos y sus consecuentes ritos, originó el desarrollo de los llamados viajes fúnebres, de los tránsitos ctonios, de los regresos tenebrosos. Pues la flor, con relación a la semilla enterrada, representa un tránsito entre dos niveles cósmicos. La tierra madre abriga en su seno y rige a las generaciones humanas, por lo que los tránsitos ctonios tienen lugar en un tiempo sagrado renovado perpetuamente. De ahí el que la presencia de elementos vegetales sea una característica fundamental que se sume a las representaciones antropomorfas en este tipo de cerámica ibérica.

La idea del ánodos y su plasmación figurativa por los iberos implica también la existencia de una divinidad local autóctona, puesto que aquella brota precisamente de su tierra, del país en el que ellos habitan. Por lo que este tipo de representaciones es sintomático de pueblos que vinculan sus orígenes a los lugares en que viven, pueblos que expresan de ese modo su autoctonía, pues en este sistema religioso agrario cada divinidad encarna una hipóstasis de la tierra madre que se origina en cada una de las culturas en que se la encuentra.

Así, como ejemplo, ese deseo de indigenismo se refleja en el mundo helénico relatado de esta forma: «Bello y puro es nuestro nacimiento puesto que de la tierra salimos, la hemos ocupado sin interrupción, hijos del suelo somos, podemos llamar a nuestra ciudad con los mismos nombres que damos a los más próximos pa-

rientes. A nosotros nos corresponde llamarla a la vez nodriza, patria y madre» (Isócrates, «Panegírico», 24-29). Por ello «todo ánodos representa la realización de una aspiración a la autoctonía; todo ánodos concretiza la idea fascinante y tranquilizante de una comunión entre la tierra y el pueblo que de ella recibe la vida y abriga a sus difuntos» (Berard, 1974: 38).

La religiosidad de los iberos, su concepto de lo sagrado y lo sobrenatural, debió tener una destacada importancia en su vida social y, por ello, pudo suponer una significativa expresipon en sus actividades plásticas. Para la comprensión de este fenómeno deben valorarse las manifiestas relaciones de sus gentes con griegos, suritálicos y púnicos, así como las connotaciones que aquellas relaciones debieron motivar en los comportamientos referentes a los momentos cruciales de la vida, considerada tanto individual como socialmente, y en especial destacar las evidentes conductas cultuales ofrecidas a los difuntos, conocidas por la información que proporcionan los estudios de las necrópolis excavadas, que expresan la existencia de creencias religiosas y que reflejan un afán por conseguir una situación privilegiada de carácter ultraterreno. De ello podría dar testimonio el hecho de que realizaran representaciones como la del rostro de la cara principal de esta crátera que, caracterizado por una fuerte autonomía expresiva, alude al fundamento de una visión infernal, demoníaca, de la divinidad (Bottini, 1988: 55).

El desarrollo de un universo religioso genérico extendido por buena parte de los pueblos del Mediterráneo Occidental no pudo realizarse sobre culturas carentes de religiosidad propia, sino que incidió en ellas, y se adoptó, especialmente gracias a su contenido orientalizante, básicamente ya existente en todas, tamizado por la continuidad minoico-micénica como cimiento directo de los cultos, que en suma, aquí, no ofrecen más que una renovación de las ideas originarias vivas desde los momentos iniciales de la cultura ibérica, al igual que en las de los pueblos itálicos, lo que podría explicar el carácter arcaico que caracteriza a la imaginería de los dioses y a la concepción del mundo y de la vida terrena y ultraterrena de aquellas gentes (Maddoli, 1988: 116).

Tal vez por ello fue por lo que los iberos, ya en un período avanzado del helenismo, pudieron contribuir a la religiosidad occidental mediterránea con formalismos de símbolos y valores ampliamente reconocidos por la koiné ideológica a la que pertenecían. Pues los griegos, que habían tomado del Próximo Oriente a sus divinidades y que con ellas reelaboraron su piedad, sin embargo habían transmitido a occidente, quizás por el condicionante del substrato receptivo, la forma originaria y la concepción arcaica de la Gran Diosa.

El motivo principal pintado en esta crátera expresa la plasmación del surgimiento de la vida asociado a la representación de una divinidad femenina que se muestra como rostro que brota de la tierra.

Esta representación puede aludir a una divinidad local subterránea, ctonia, que si se la relaciona con imágenes de diosas del ámbito griego puede identificarse con figuraciones del círculo de Deméter y si se la vincula al mundo púnico, que pudo ser quien a través del comercio difundiera la iconografía en sus áreas de influencia, debería identificarse con Tanit; aunque esas identificaciones no implican más que relaciones de tipo formal que tal vez provocaran el revestimiento de una idea preexitente asociada a un culto autóctono de carácter ctonio, imbricado a las corrientes religiosas imperantes en el Mediterráneo Occidental. Deméter-Koré-Afrodita o Tanit, de cualquier forma una versión local de una divinidad de origen oriental que debió asumir la representación de Gran Diosa, de Señora de los iberos.

Con relación a la iconografía de esta diosa alada parece claro que lo griego sólo matizó la expresión plástica de su representación, puesto que esta divinidad está presente en Elche desde época arcaica (Ramos, 1987a: 681-699; 1988a: 19-27; 1988b: 65-75; 1988c: 92-100; 1989b: 367-386; 1990: 26-34), por lo que la innovación de las épocas helenística e iberorromana consistió en aplicar a la cerámica una temática decorativa con imágenes que en el mundo ibérico, hasta entonces, sólo se habían plasmado en modelos escultóricos.

No obstante, en cualquier caso, no se trata de establecer un paralelo con las formas de mito y de rito griegas que esta cerámica sugiere en función de su temática, sino de precisar que los iberos pudieron dar un mismo sentido a su expresión religiosa.

Con respecto a las representaciones figuradas de cabezas, sin más relación que una posible unidad de pensamiento, parece oportuno recordar que los prótomos femeninos fueron también un motivo frecuente en las produccions plásticas de Etruria. Ejemplo de ello pueden ser los tres rostros pintados sobre las dos puertas laterales del vestíbulo y sobre la central del tablino en la llamada Tumba François (Cristofani, 1967: 194; Roncali, 1987: 106), que se muestran integrados en una decoración vegetal.

Esta íntima unión entre los prótomos antropomorfos y los temas vegetales encuentra igualmente su aplicación monumental en los capiteles figurados, en los que la cabeza de la divinidad surge de un ramo de hojas de acanto, como en el caso suritálico concreto del procedente del templo de Minerva en Canusium (Lám. VI) que, al igual que los ejemplos etruscos, como el de la Tumba Campanari en Vulci, ofrecen una datación que los sitúa en los siglos III y II a.J.C.; y que también, arquitectónicamente, fue tema de frisos, como el que procedente de Caere se conserva en el Museo Etrusco Gregoriano del Vaticano, que, datado en el siglo II

a.J.C., es la última expresión de la coroplastia etrusca (Torrelli, 1985: 237). Si bien, el posible punto de difusión mediterránea de estas representaciones arquitectónicas pudo constituirlo el área chipriota de Kition y Amatonte, yacimientos de los que proceden los llamados capiteles hathóricos, de los que el último ejemplar fue localizado en las inmediaciones del Santuario de Afrodita (Hermay-Petit-Schmid, 1987: 862 y 865) en Amatonte (Lám. VII). Capiteles sobre los que considero oportuno aclarar que si las figuraciones llamadas hathóricas, también así designadas en las pinturas cerámicas, reproducen la imagen ctonia de Afrodita-Astarté, son realmente representaciones de la divinidad femenina de Chipre, cuyo modelo iconológico se inspira, lógicamente dada su situación geográfica y sus relaciones humanas, en el mundo egipcio pero que, en suma, constituye una designación equívoca, debida al empleo de un término que ha pasado a ser tradicional en los estudios arqueológicos, pero que no por ello debe ser utilizado sin determinar su origen.

Además, los prótomos también decoraron determinados tipos cerámicos de Volterra y de Chiusi en los que se dibujó una cabeza de mujer, en la base del asa, de la que brotaba un friso vegetal que se desarrollaba en torno a la escena figurada. Asimismo, fue tema ornamental de algunos vasos de bucchero, como el de la copa conservada en el Museo de Chiusi que presenta dos plaquetas con cabezas femeninas encuadradas por alas (Levi, 1935: 109), o como la píxide de Pienza, conservada en su Museo, en la que, entre otros, contiene un prótomo femenino alado (Donati, 1968: 336), al igual que el fragmento de asa que conserva un rostro alado que, entre aves, brota en un elemento vegetal (Cristofani-Phillips, 1971: 413).

Este motivo también está presente en la ceramografía apulia, en la que cabezas femeninas, insertas en una banda con representación de temas vegetales, decoran los cuellos de las grandes cráteras de volutas o las zonas centrales de las ánforas; y también es el que caracteriza a las cerámicas de Canosa, al mismo tiempo que se mantuvo tanto en la cerámica de Volsinii como en las terracotas arquitectónicas etruscas (Kraus, 1953: 26-34) y en las de la Campania (Koch, 1912: 85). Figuraciones todas (Lám. VIII) que pueden relacionarse con la temática de las lecitos áticas del siglo IV a.J.C. (Olmos, 1987: 26) en las que se sustituyó el motivo decorativo y simbólico de la palmeta frontal por su expresión de teofanía antropomorfa: por un rostro de mujer con una flor (Lám. IX). Estas decoraciones griegas pudieron ser a su vez el eco de temas pintados en cerámicas chipriotas (Kukahn, 1962: 83) con el motivo del rostro de mujer que brota de un elemento vegetal (Lám. Xa, b y c), tema que, provisto de funcionalidad, pudo dar origen a los timiaterios de terracota en forma de cabeza femenina, cabeza de una diosa de la fecundidad coronada de espigas y frutos, extendidos por las áreas ibérica y púnica, y referentes a divinidades ctonias en ritos de tránsito. Y aunque creo que no debemos pretender buscar el origen de estos temas a lo largo del entorno mediterráneo porque en el trabajo que nos ocupa sólo debe interesarnos llegar a conocer qué expresan estos motivos decorativos y cómo podemos interpretar la idea que subyace en ellos, sí parece evidente que en el aspecto de las decoraciones cerámicas pudo ser el área del Golfo de Tarento, y especialmente el pensamiento funerario plasmado en la cerámica canosina, quien pudo hilvanar la idea ctonia imperante en estas representaciones pintadas de La Alcudia de Elche.

Tal vez la pieza más significativa de la cerámica canosina, en este caso, sea el llamado Askos Catarinella (Lám. XI) que, procedente de la necrópolis de Lavello, se conserva en Reggio Calabria. Contiene una decoración que representa un funeral, de forma realista, y en el que se pintaron, sobre sus asas, sendos rostros femeninos que deben identificarse como imágenes de ultratumba encargadas de guiar al difunto en su viaje al más allá. Estos rostros se muestran unidos por cadenas a símbolos funerarios como el ciprés, el gallo y la guirnalda, en una clara referencia al Hades ratificada con la plasmación de un cielo estrellado. El conjunto de la escena pintada sobre estos askos documenta la existencia de posibles vínculos con las doctrinas místéricas difundidas desde Tarento (Bottini-Tagliente, 1986: 74), relación probable expresada con representaciones que continuaron produciéndose durante el siglo II a.J.C. y que se mantuvieron hasta el siglo I de nuestra Era, que reflejaban todavía un cierto ascendiente heleno.

La relación expresiva entre ciertos temas decorativos de la cerámica canosina y la ilicitana se ve reforzada además por el hecho de la presencia relativamente abundante de cerámica de Gnatia, localidad próxima a Canosa, en La Alcudia de Elche, testimonio probable de vínculos comerciales, que implican relaciones humanas, entre ambas áreas geográficas y culturales. Además, también en un ambiente del que participó Canosa, en el Golfo de Tarento, en Thurioi, fueron localizadas unas tablillas funerarias cuyo contenido literario es relacionable con los temas pintados en la cerámica aludida. En una de estas tablillas se escribió: «Yo he descendido a la cámara de la diosa». Pero sólo los iniciados tienen derecho a penetrar en la cámara de la diosa (Apuleyo, «Metamorfosis», XI-17 y Pausanias, «Piriegesis», X-32, 13 y 17), por lo que aquél que ha descendido a la cripta de la diosa se presenta, por ese mismo hecho, como iniciado. Aunque si ha descendido al seno de la Soberana es porque está muerto y espera su recompensa. Por ello, es en un rito en lo que el iniciado funda su seguro de inmortalidad, rito que debe relacionarse con prácticas dedicadas a la diosa ctonia (Festugiere, 1972: 51).

La fórmula de Thurioi se refiere a un rito, por lo que estas tablillas reflejan un probable culto a la divinidad de los muertos y es normal, en su ambiente, que este rito haya tomado el sentido de un viaje infernal, un descenso al país de las tinieblas y un retorno a la luz. El cumplimiento de este rito garantiza al iniciado su felicidad póstuma y su realización consiste en descender a un megarón, a una cámara, de la diosa. Ese descenso simbolizó un viaje a los infiernos donde reina la Soberana de los muertos y ese viaje lleva una enseñanza referente a las rutas que se deben seguir en el Tártaro, enseñanza que se encuentra mencionada tanto en estas tablillas como en las doctrinas pitagóricas.

Así, la atribución de los temas que decoran esta crátera de La Alcudia, al igual que los del askos de Lavello, a un Culto local de la diosa ctonia parece evidente.

Estas imágenes pintadas en la crátera de La Alcudia, al igual que los rostros del askos Catarinella o los de las cerámicas de Amatonte, pueden aludir tanto al surgir de la divinidad como, consecuentemente, a su inmersión previa en el Hades, pues es preciso descender al seno de la tierra, y celebrar con un ritual esa bajada a los infiernos, para que ella recoja en su interor a los muertos que, como la semilla enterrada, florecerán en su día para alcanzar el más allá, ya que la tierra es el regazo materno en el que germina la fertilidad de las plantas que permiten la vida en general.

Ese descenso a las entrañas de la tierra se relaciona con evidencia con la ubicación de las cuevas sagradas (Gil-Mascarell, 1975: 282 y 303; Llobregat, 1981: 164) en las que los iberos practicaron acciones cultuales de carácter ctonio en los recintos más profundos de ellas, lo que en cierta forma es relacionable con las cámaras subterráneas de la diosa que citan textos relativos a este tipo de ritos en áreas geográficas comunicadas con la ibérica, que además ofrecen representaciones plásticas que enlazan con las ilicitanas.

La localización de criptas subterráneas en varios santuarios de divinidades ctonias en Sicilia, consagrados a Deméter y Coré, que están precedidas de un vestíbulo alargado, abovedado, bajo el cual fue tallada la cámara en la roca, manifiestan la existencia de estos lugares sagrados. Los hipogeos recientemente localizados en el munto itálico aportan documentación que confirma la evidencia de los rituales de descenso dados a la divinidad por su condición de Señora de lo subterráneo. Tanto el existente en la zona del promontorio Gargano, dedicado a Deméter, como el del monte Papalucio, consagrado a Coré, dan testimonio de ello (Bottini, 1988: 56). Y también igual que en Chipre, en Amatonte, en donde se ha localizado una gruta sagrada bajo el Santuario de Afrodita (Hermary-Petit-Schmid, 1988: 857).

Así pues, en el entorno mediterráneo, los santuarios de las diosas contienen un megarón, una cripta subterránea, morada original de la Reina de los muertos. Así también, los testimonios literarios conocidos al respecto muestran que no se puede ser admitido en estas cámaras sagradas sin haber participado en una iniciación (Festugiere, 1972: 53).

Si, como parece evidente, la temática decorativa de la cerámica pintada canosina, reflejo de otros tipos ya mencionados, se muestra como la representación plástica de una idea, de un pensamiento religioso y funerario imperante en su época en el área del Golfo de Tarento, pensamiento posiblemente vinculado a las expresiones existentes en las tablillas de Thurioi, es verosímil sugerir la hipótesis alusiva a que los temas de iconografía similar de la cerámica ibérica de tipo Elche, realizados con la espontaneidad y personalidad de unos decoradores que relatan algo cotidiano o normalizado en la vida espiritual de su sociedad, respondan a un pensamiento indígena que participó de unas creencias propias y vinculables a la koiné mediterránea.

Por todo lo expuesto, parece posible que en esta crátera de La Alcudia se encuentren representados el rostro de la diosa que vela por los muertos y de un personaje iniciado en los ritos a ella debidos.

BIBLIOGRAFÍA

Berard, C. (1974): «Anodoi. Essai sur l'imagerie des passages chtoniens». *Bibliotheca Helvética Romana*, XXIII, Neuchatel, 1974, 181 p.

Bottini, A. y Tagliente, M. (1986): «Foretum ritrovato». *Bollettino Storico della Basílicata*, 2, pp. 65-76.

Bottini, A. (1988): «La religione delle genti indígene». *Magna Grecia*, III, Milán, pp. 55-90.

Cristofani, M. (1967): «Richerche sulle pitture della Tomba François di Vulci. I fregi decorativi». *Dialoghi di Archeología*, I-2, Milán, pp. 186-219.

Cristofani, M. y Phillips, K.M.Jr. (1971): «Poggio Civitate: Etruscan Letters and Chronological Observations». *Studi Etruschi*, XXXIX, pp. 409-436.

Donati, L. (1968): «Vasi di bucchero decorati con teste plastiche umane. Zona di Chiusi». *Studi Etruschi*, XXXVI, pp. 319-355.

Fernández Avilés, A. (1946): «Rostros, de frente, en la cerámica ibérica». *Ampurias*, VI, Barcelona, pp. 161-178.

Festugiere, A.J. (1972): «Etudes de religion Grecque et hellenistique». *Bibliothéque d'Histoire de la Philosofie*, París, 301 p.

García Bellido, A. (1954): «Arte Ibérico». *Historia de España*, Menéndez Pidal, T.I., vol. III, pp. 371-675.

Gil-Mascarell, M. (1.975): «Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y problemas». *Papeles del Laboratorio de Arqueología*, 11, Valencia, pp. 281-332.

Hermary, A.; Petit, T. y Schmid, M. (1988): «Rapport sur les travaux de l'Ecole Française à Amathonte de

Chypre en 1987. Le Sanctuaire d'Aphrodite». *Bulletin de Correspondance Hellenique*, 112, Atenas, pp. 857-876.

KOCH, H. (1912): *Dachterracotte aus Campanien*. Berlín, 236 p.

KRAUS, T. (1953): *Die Ranken der Ara Pacis*. Mann, Berlín, 169 p.

KUKAHN, E. (1962): «Los símbolos de la Gran Diosa en la pintura de los vasos ibéricos levantinos». *Caesaraugusta*, 19-20, Zaragoza, pp. 79-85.

KUKAHN, E. (1974): «Unas relaciones especiales entre el arte oriental griego y el Occidente». *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona, pp. 109-124.

LEVI, D. (1935): *Il Museo Civíco di Chiusi*. Chiusi, 199 p.

LLOBREGAT, E. (1981): «Toros y Agua en los cultos funerarios ibéricos». *Saguntum*, 16, Valencia, pp. 149-164.

MADDOLI, G. (1988): «I Culti delle «poleis» italiote». *Magna Grecia*, III, Milán, pp. 115-148.

OLMOS, R. (1987): «Posibles vasos de encargo en la cerámica ibérica del Sureste». *Archivo Español de Arqueología*, 60, Madrid, pp. 21-42.

RAMOS, A. (1941): «Nuevas excavaciones en La Alcudia de Elche». *Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Corona de Estudios*, I, Madrid, pp. 287-299.

RAMOS, A. (1962): «Cerámicas ibéricas, antiguas, del Sudeste Español». *Seminario de Historia y Arqueología*, Albacete, pp. 90-95.

RAMOS, A. (1970): *Excavaciones en La Alcudia*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 39, Valencia, 49 p.

RAMOS, R. (1975): *La ciudad romana de Ilici. Estudio Arqueológico*. Instituto de Estudios Alicantinos, II-7, Alicante, 317 p.

RAMOS, R. (1983): «Estratigrafía del Sector 5-F de La Alcudia de Elche». *Lucentum*, II, Alicante, pp. 147-172.

RAMOS, R. (1987a): «Demarcación ibérica en el Parque de Elche». *XIX Congreso Nacional de Arqueología* (Islas Canarias, 1985), Zaragoza, 1987, pp. 681-699.

RAMOS, R. (1987b): *El Museo Arqueológico de Elche*. Serie Arqueológica, I, Elche, 99 p.

RAMOS, R. (1988a): «Una divinidad femenina ibérica en Elche». *Festa d'Elx*, 88, Elche, pp. 19-27.

RAMOS, R. (1988b): «Matiz religioso de dos obras escultóricas del Parque de Elche». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 13-14, Madrid, pp. 65-75.

RAMOS, R. (1988c): *Los Museos Arqueológicos de Elche y La Alcudia*. Nuestros Museos, XIII, Valencia, 234 p.

RAMOS, R. (1989a): «Nuevos hallazgos en La Alcudia de Elche». *Archivo Español de Arqueología*, 62, Madrid, pp. 236-240.

RAMOS, R. (1989b): «Simbolismo de la Esfinge de Elche». *Hmje. D. Fletcher, II. Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, Valencia, pp. 367-386.

RAMOS, R. (1989c): «Vestigios de un posible monumento funerario ibérico en el Parque de Elche». *XIX Congreso Nacional de Arqueología* (Castellón, 1987), Zaragoza, pp. 507-515.

RAMOS, R. (1990): «Obras arcaicas de escultura ibérica en el Museo Arqueológico de Elche». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 28, Madrid, pp. 26-34.

RONCALI, F. (1987): «La decorazione pittorica». *La Tomba François di Vulci*. Quasar, Roma, pp. 79-110.

TORELLI, M. (1985): *L'arte degli Etruschi*. Roma, 290 p.

VERNANT, J.P. (1965): *Mythe et pensée chez les Grecs. Etudes de psychologie historique*. Maspero, París, 236 p.

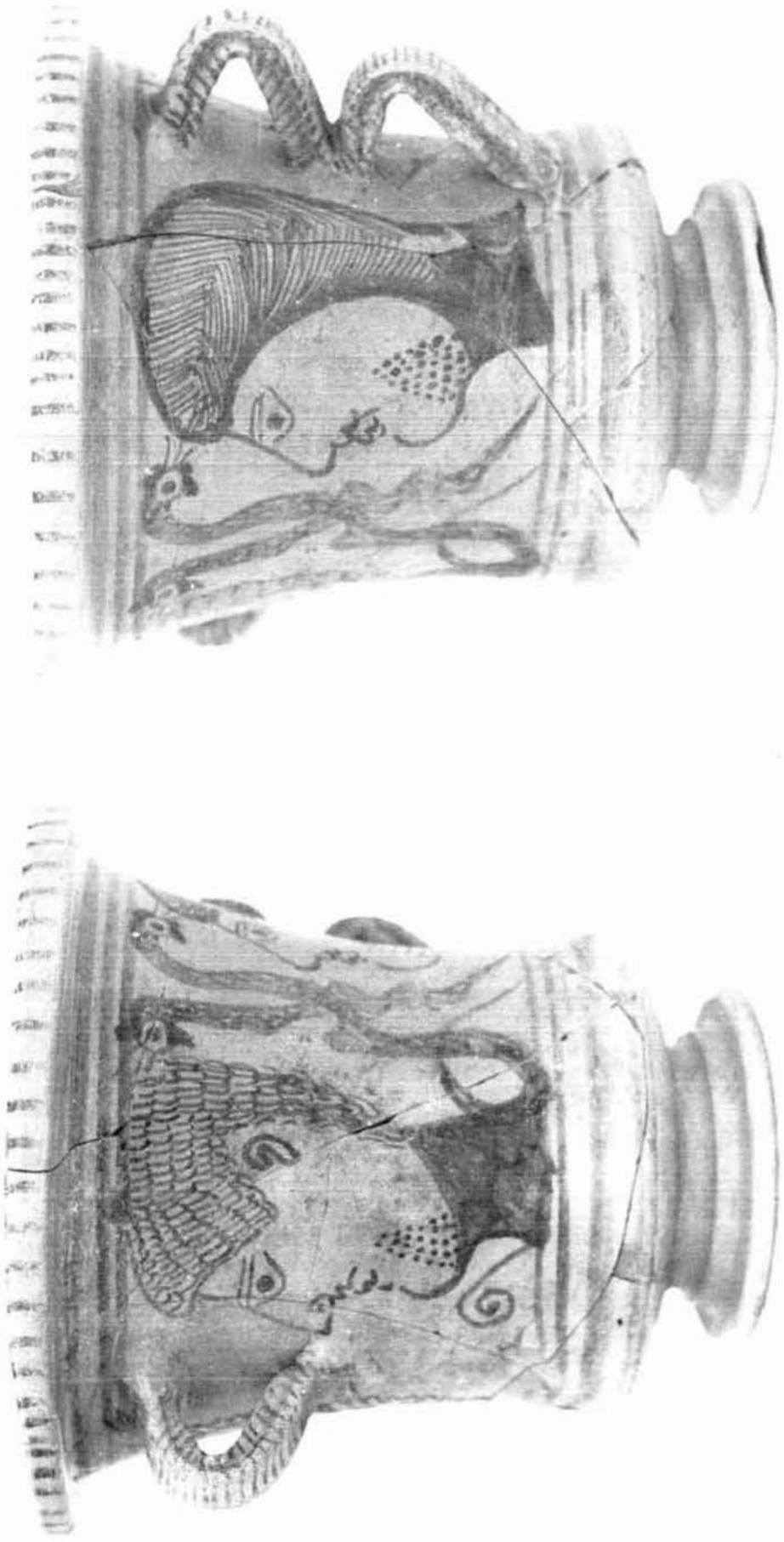
VERNANT, J.P. (1986): *La muerte en los ojos. Figuras del Otro en la antigua Grecia*. Gedisa, Barcelona, 106 p.



Lám. I y II.— Decoración principal de la crátera de La Alcudia. Museo Monográfico de La Alcudia.



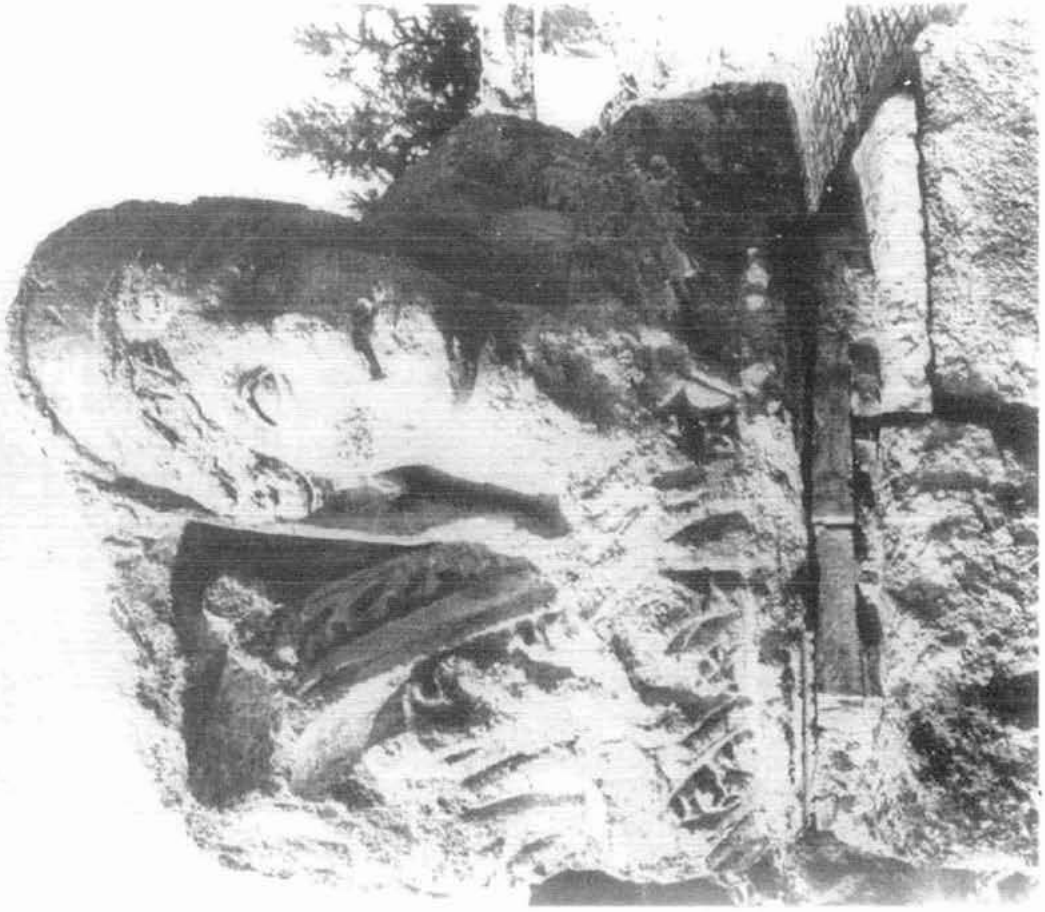
Lám. III.— Ánfora de La Alcudia. Museo Arqueológico Nacional.



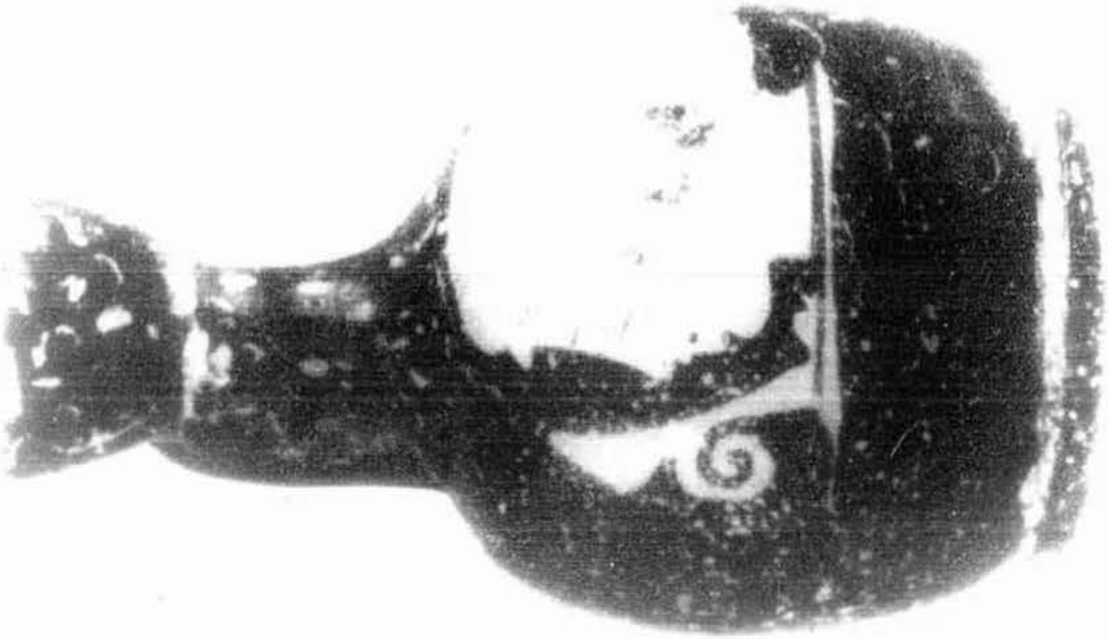
Láms. IV y V.— Decoración de la cara secundaria de la crátera de La Alcudia. Museo Monográfico de La Alcudia.



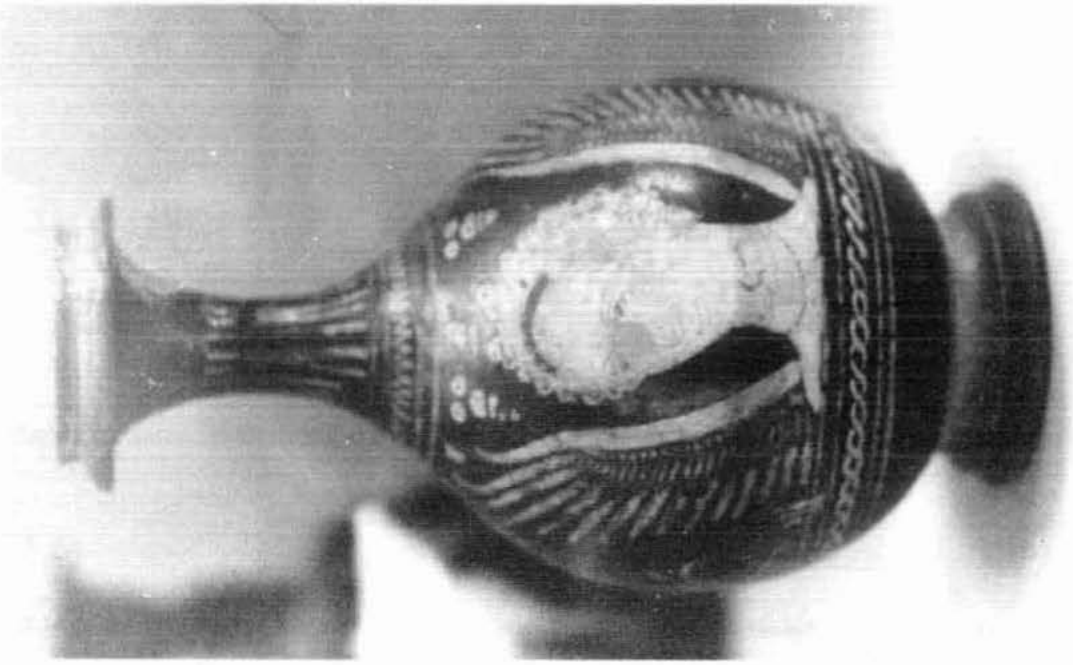
Lám. VII.— «Capitel hathórico» procedente de las inmediaciones del Templo de Afrodita en Amatonte. Museo del Louvre.



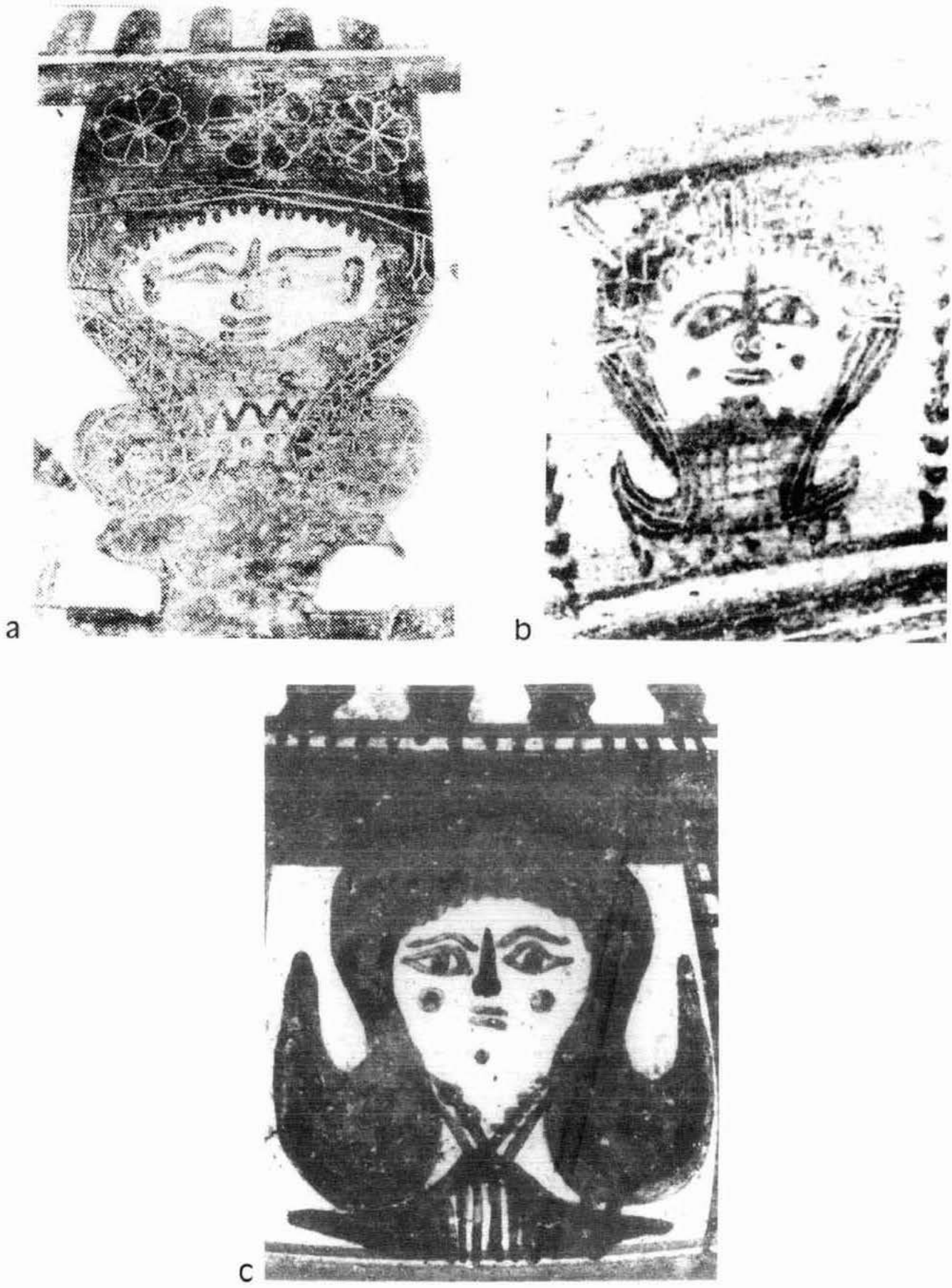
Lám. VI.— Capitel del Templo de Minerva. Camisium.



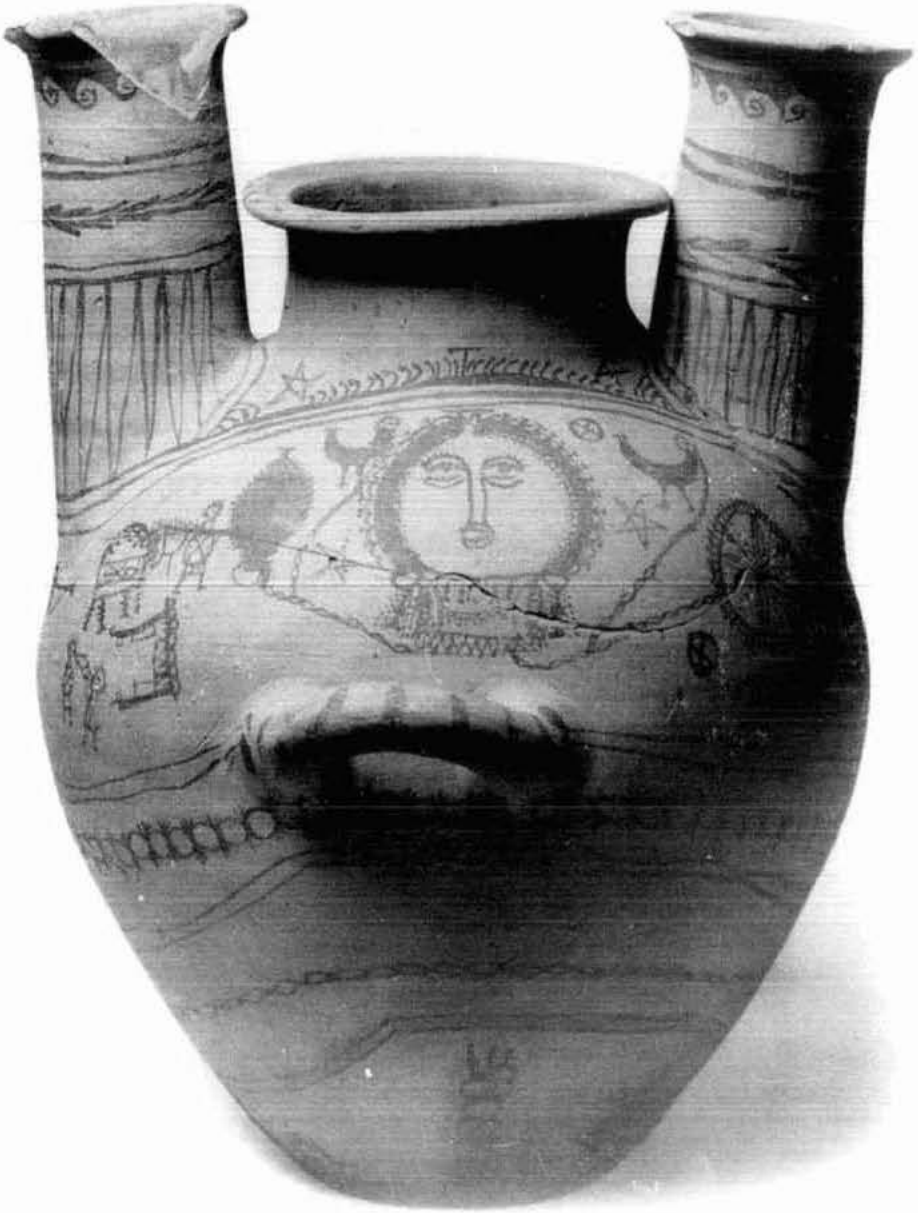
Lám. IX.— Lecitos ática. Museo Arqueológico de Barcelona.



Lám. VIII.— Ungüentario procedente de Sicilia. Museo del Louvre.



Lám. X.— Temas pintados en la cerámica chipriota con representación de rostros que brotan de un motivo vegetal: a) Museo del Louvre. b) Museo Británico. c) Museo Piéridès.



Lám. XI.— Askos Catarinella.

José Barberà Farràs*

EL TRÁFICO COMERCIAL DE LA VAJILLA FINA DE IMPORTACIÓN EN LA LAYETANIA

La vajilla fina no es más que un complemento dentro del conjunto de mercaderías que son objeto del tráfico comercial. Ocurre sin embargo que por la vistosidad y por la influencia deformadora de lo que se ha venido en llamar la «Historia del Arte», se han recogido preferentemente los fragmentos de vajilla fina, despreciándose y tirando los pedazos de ánfora y de otros vasos comunes.

En el conjunto sobre el cual se trabaja aquí, no hemos negligido la posibilidad de que una porción importante de fragmentos haya ido a parar a colecciones o coleccionistas, gracias a la impunidad de que disfrutan en nuestro país los excavadores clandestinos. Sin embargo, si se tiene en cuenta que lo mismo ocurre (y todavía en mayor proporción) con los hallazgos numismáticos, sin que tan lamentable servidumbre parezca afectar al resultado de su estudio, suponemos que ello no ha de perjudicar mayormente nuestros resultados.

Nos proponemos hacer el análisis de la vajilla fina hallada y publicada (o estudiada aunque inédita), correspondiente a un conjunto de poblados ibéricos del área layetana, agrupando los vasos según su cronología, talleres y perfiles, con la finalidad de llegar a saber cuál fue la presencia de cada clase en cada yacimiento, tanto en cuanto se refiere a la cantidad de piezas como a la duración de la recepción de cada producto. Es posible que, además, se pueda configurar una eventual red de distribución y quizá a lo largo de la investigación, vayan apareciendo otros aspectos a tener en cuenta.

Otro objetivo consiste en verificar si el reemplazo de las cerámicas áticas (las «precampanienses» de N. Lamboglia) por los productos de los talleres occidentales (las cerámicas «protocampanienses») fue un fenómeno brusco o bien si se produjo paulatinamente, comprobando en qué momento se inicia, su alcance cuantitativo y su difusión, así como también cómo se relacionó con la introducción de los artículos de algunos alfares itálicos que preceden a la llegada de la cerámica campaniense del tipo A.

METODOLOGÍA

Aun cuando para mayor claridad y comprensión del texto, hayamos incluído un mapa esquemático indicando la situación de los yacimientos y consiguientemente la extensión del territorio de la Layetania, consi-

* C/. Carlos I, 198, 5.º 1.ª. 08013 Barcelona.



Fig. 1.— Situación de la Layetania ibérica.

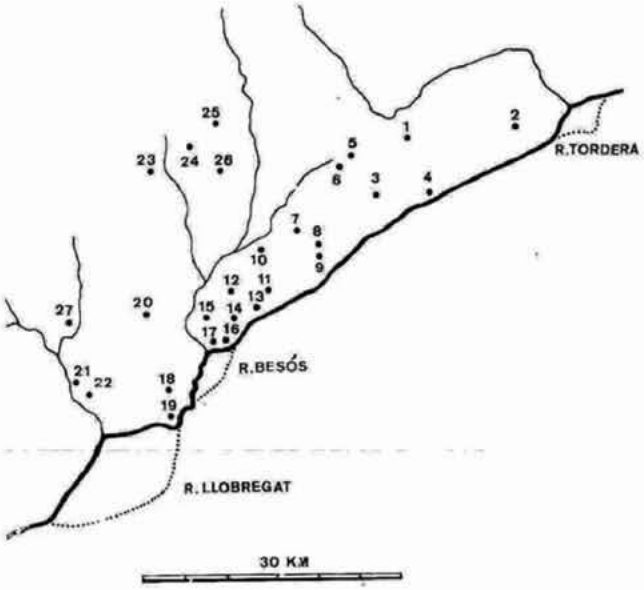


Fig. 2.— Yacimientos citados en el texto: 1. Puig Castell, Vallgorguina. 2. Montpalau, Pineda de Mar. 3. Sot del Camp, Sant Vicenç de Montalt. 4. Torre dels Encantats, Arenys de Mar. 5. Turó del Vent, Llinars. 6. Castellvell, Llinars. 7. Turó Gros de Cèllecs, Orrius. 8. Muntanya de Burriac, Cabrera de Mar. 9. Can Rodon de l'Hort, Cabrera de Mar. 10. Muntanya de Sant Miquel, Vallromanes-Montornés. 11. La Cadira del Bisbe, Sant Pere de Premià. 12. Can Llinàs, Alella. 13. Turó de Montgat, Montgat. 14. Turó de Mas Boscà, Badalona. 15. Puig Castellar, Santa Coloma de Gramenet. 16. La Miranda, Badalona. 17. Badalona. 18. Turó de la Rovira, Barcelona. 19. Montjuïc, Barcelona. 20. Turó de Can Oliver, Cerdanyola. 21. Can Miano, Sant Feliu de Llobregat. 22. Penya del Moro, Sant Just Desvern. 23. La Torre Roja, Caldes de Montbui. 24. Turó Gros de Can Camp, Caldes de Montbui. 25. Puig Alt d'en Viver, Bigues. 26. Font de Bril, Santa Eulàlia de Ronçana. 27. Can Fatjó, Rubí.

deramos necesaria su descripción aunque de forma somera. La región consiste o se divide en tres zonas de función divesa: una costa o fachada marítima que se extiende desde el macizo del Garraf al sur hasta el río Tordera al norte; una depresión prelitoral que transcure por el centro de una llanura ligeramente ondulada, desde el Congosto de Martorell hasta las cercanías de Hostalric, que se ha utilizado siempre como vía de comunicación que evitaba las marismas costeras y, finalmente, el curso inferior del río Llobregat que hace fácilmente asequibles las tierras del interior y cuya desembocadura (hoy ocupada por un delta), sirvió de fondeadero desde el siglo IV a.C. hasta el V d.C.

El presente estudio se basa principalmente en el impresionante inventario de material arqueológico de la Layetania contenido en la tesis doctoral de J. Sanmartí (Sanmartí, 1986) a quien agradecemos la autorización para utilizarla. Esta fuente se complementa con datos extraídos de la obra de Trías (Trías, 1967), un estudio bastante reciente de Rouillard (Rouillard, 1981: 7-14) sobre los vasos áticos de Burriac, la revisión de la cronología de nuestra publicación de la necrópolis de Can Rodon (Barberà, 1970) que hemos realizado siguiendo la obra de Morel (Morel, 1981) sobre las formas de la cerámica campaniense, método que también hemos aplicado al estudio de Granados (Granados, 1977) sobre el Turó de la Rovira. Finalmente hemos añadido los hallazgos de la Penya del Moro de San Just Desvern, tanto los publicados (Barberà, 1979 y 1982) como los inéditos.

A pesar de reconocer que hay algún hueco importante, como son la ausencia de los resultados de excavaciones inéditas correspondientes a yacimientos situados en la fachada litoral, hemos confeccionado unos gráficos relativos a la evolución del tráfico de la vajilla fina de importación en la Layetania y dentro del período comprendido entre el 500 y el 200 a.C.

En el primer gráfico hemos utilizado únicamente los yacimientos que aportan la suficiente información como para conseguir una imagen aproximada de las proporciones entre las diversas clases cerámicas y según la época, mientras que en los gráfico segundo y tercero, relativos a las formas de los vasos y a la cantidad en que se han encontrado, hemos añadido los sitios que ofrecen pocos vasos (a veces tan sólo uno), ya que consideramos que la inclusión de esta información puede facilitar la noción de la distribución.

Creemos que si la cantidad de vasos está en relación con la extensión excavada de un yacimiento, el conjunto del total de los sitios excavados parcialmente debiera reflejar un resultado parecido al de una excavación en extensión.

Con el propósito de obtener una visión clara y rápida de los gráficos, hemos reunido en dos grupos, subdivididos a su vez en dos subgrupos, los siguientes talleres o producciones:

Cerámica ática, dentro de la cual se hace la distinción entre los vasos del estilo de figuras rojas y los de barniz negro.

Cerámicas protocampanienses, que dividimos en:

Talleres occidentales, entendiendo por ello las producciones de Rosas (entre otras la de las tres palmetas radiales y la de las palmetas sobre faja de estrías) y el taller de la estampilla cruciforme *Nikia*.

Talleres itálicos, donde se recogen principalmente los vasos del taller de las Pequeñas Estampillas y los primeros ejemplares llegados a nuestras costas de la cerámica campaniense A.

Para los nombres de los vasos áticos hemos utilizado la nomenclatura propuesta por Pedro Bádenas de la Peña en una comunicación que lamentamos no se recogiera en la publicación de la Mesa Redonda sobre cerámicas griegas y helenísticas, que tuvo lugar en Ampurias en el mes de marzo de 1983.

Hemos aceptado la cronología dada por los autores de los trabajos citados, con las excepciones ya señaladas de la necrópolis de Can Rodon y el poblado del Turó de la Rovira, cuyos materiales hemos fechado siguiendo el trabajo de Morel, lo que ha proporcionado una cronología más afinada, como es visible en el primer gráfico. Es evidente que para apurar una datación se precisa contar con la pieza entera o con un fragmento lo suficientemente explícito, lo que no ocurre muy a menudo. Sin embargo, observamos que, aun contando con la pieza entera, se tiende hacia las fechas amplias, p.e. «siglo IV a.C.».

VOLUMEN DE LAS IMPORTACIONES Y SU REPARTO EN EL TIEMPO

El gráfico primero se ha confeccionado para mostrar la cantidad de vasos (grueso vertical) perteneciente a cada grupo de talleres (blanco con los áticos, negro para los occidentales y punteado para los itálicos) representados en los yacimientos layetanos, haciéndolo de manera que sea posible visualizar a la vez su extensión en el tiempo (longitud horizontal) que hemos dividido en tramos de cuarto de siglo, desde 500 al 200 a.C.

Valga como ejemplo el poblado de la Cadira del Bisbe de Sant Pere de Premià, del cual se tienen:

2 vasos áticos fechables ..... 475-425 a.C.
2 vasos áticos fechables ..... 375-350 a.C.
4 vasos áticos fechables ..... 350-300 a.C.

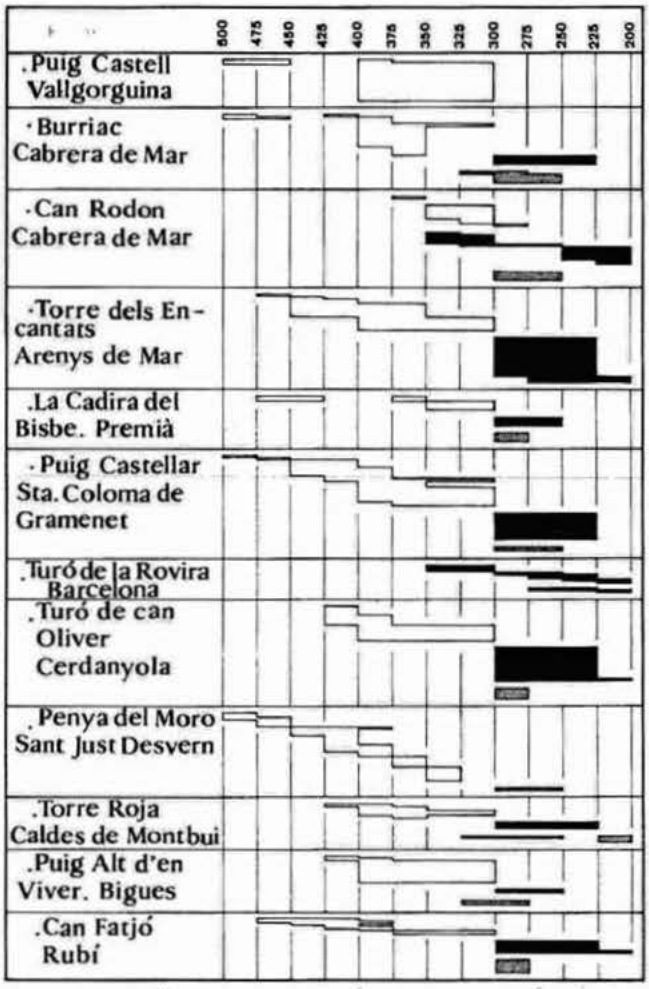


Gráfico I.

4 vasos de talleres occidentales fechables ..... 300-250 a.C.
4 vasos de talleres itálicos fechables ..... 300-275 a.C.

Como ya hemos apuntado anteriormente, las dataciones amplias pueden proporcionar en este gráfico una visión errónea del volumen, lo que se hace evidente en el caso del Puig Castell de Vallgorguina, donde se cuenta con diecisiete vasos áticos que se sitúan entre el 400 y el 300 a.C. Para atenuar este defecto se ha elaborado el segundo gráfico, en el cual se hace figurar el número exacto de piezas de cada taller y en cada uno de los sitios.

De buen principio se observa que hay muy pocos vasos en la primera mitad del siglo V a.C. (trece vasos para el período 475-450 a.C.) y que en la segunda mitad de aquella centuria se nota un aumento paulatino, pasando a cuarenta y cuatro vasos entre 425-400 a.C. Alrededor del 400 a.C. se produce un salto brusco, alcanzándose los noventa y un vasos entre el 400 a.C. y

375 a.C., pasándose luego a un decrecimiento pausado a medida que transcurre el siglo IV a.C., llegándose a los setenta y seis vasos entre 325-300 a.C. Súbitamente, alrededor del 300 a.C. las importaciones áticas se sustituyen por los productos de los talleres occidentales e itálicos, llegando e incluso superando ligeramente el techo alcanzado por las producciones áticas (noventa y cinco vasos para 300-275 a.C.), e igual que ocurrió con éstas, al ápice le sucede un período de suave descenso (sesenta y ocho piezas para la etapa 250-225 a.C.), para bajar luego hasta los dieciocho vasos del tramo 225-200 a.C.

Veamos ahora si puede haber una explicación para estas fluctuaciones y cambios.

La falta de importaciones durante el siglo V a.C., en particular en sus tres primeros cuartos, en los poblados ibéricos ya ha sido señalada por varios autores. Trías, por ejemplo (Trías, 1967: p. XXXVI), se extraña que este vacío no se refleje en Ampurias «...que ofrece una gran abundacia de cerámica ática de figuras negras y de figuras rojas a partir del 480 a.C...», mientras que Sanmartí (Sanmartí, 1986) comenta que si esto en cierto, hay que concluir que la función económica de Emporion en esta época no fue principalmente y a pesar del mismo nombre de la ciudad, la de intermediaria de un comercio colonial en gran escala con el mundo indígena.

Creemos que ya va siendo hora de contemplar el fenómeno de Ampurias librándonos del cliché (por otra parte tan comprensible) creado por el entorno cultural (no sólo el arqueológico) del momento en que se empezaron las excavaciones. Hay que reconocer que sabemos muy poco sobre la vida y actividad de los tres primeros siglos del establecimiento foceo y que, por consiguiente, cualquier hipótesis que se formule sobre su posible influencia sobre el mundo ibérico puede pecar de arriesgada. No se puede negar la posibilidad de que el tráfico comercial discurriera, además, por otras vías, y no se debe olvidar la existencia de otros centros que pudieron ser igualmente activos, unos poco conocidos, como Rosas, y otros poco valorados, como Ibiza.

Es muy sugerente lo que sobre este período dice Moscati (Moscati, 1983: 54-55): «El vacío o enigma del siglo V, de que se habla frecuentemente con respecto a Cartago, es más bien, en realidad, un período de pausa en las guerras con los griegos en Sicilia, con la consiguiente pausa en la documentación de las fuentes clásicas que sobre ellas se centran. No se trata en realidad de un siglo, sino de los setenta años que transcurren del 480 al 409, cuando se reanudan las hostilidades. Se trata de un conjunto de transformaciones cuyo denominador común es el repliegue de la potencia africana en sí misma, como una reconquista de su propia identidad. *De esto tenemos además una confirmación extrínseca pero no menos eficaz: la drástica reducción de las importaciones del mundo griego que atestigua puntualmente la arqueología*».

El subrayado es nuestro y sirve para recalcar el curioso paralelismo entre lo que se observa en los poblados ibéricos y lo que ocurre en Cartago. Si recordamos que en dichos *oppida* no se encuentran más que contadas ánforas masaliotas en contraste con la masa de contenedores que venimos despachando con la fluctuante etiqueta de «paleo-ibéricas», «ibero-púnicas» o simplemente «púnicas», y si convenimos en el hecho de que el grueso de las mercancías consistió en el contenido de las ánforas, siendo la vajilla fina un mero complemento del cargamento principal, hemos de llegar a la conclusión de que hay que replantear la imagen vigente y rutinaria sobre las vías por las que discurría el comercio colonial.

Hay que tener en cuenta, además, que las manufacturas cerámicas atenienses no sufrieron ni un alza de precios ni una recesión de la producción, sino muy al contrario, como explica Villard (Villard, 1970: 230): «De hecho se constata una rápida caída en su valor comercial: alguos vasos áticos que antes del 480 a.C. se vendían por muchas dracmas, no costaban en el siglo V a.C., más que la cuarta o la quinta parte de su precio anterior, ahora los vasos áticos no se exportan para satisfacer la demanda de una rica clientela, sino que constituyen una producción que mantiene un comercio que satisface las necesidades materiales de una población urbana en pleno crecimiento».

Resumiento lo que se ha dicho sobre este vacío en las importaciones de vajilla fina, se confirma que existe en la Layetania durante los tres primeros cuartos del siglo V a.C., mientras que no ocurre lo mismo en Ampurias, siendo evidente por el contrario en Cartago. El flujo comercial parece reanudarse a partir del 425 a.C. y alcanza su máximo a principios del siglo IV a.C. La mayor parte de los poblados layetanos (veinte del total de veintisiete sitios que se utilizan en este estudio) recibe productos áticos en cantidad constante y de manera ininterrumpida en esta centuria.

Quizá lo más sorprendente del primer gráfico sea la clara separación cronológica entre los bloques de la cerámica ática y el resto de talleres, a caballo del 300 a.C. Por una parte ello se puede atribuir a la cómoda rutina con la que hemos aplicado la información facilitada por el trabajo de Sparkes sobre la cerámica encontrada en los pozos del Agora ateniense (Sparkes, 1970), sin tener en cuenta que hace ya algunos años, Hayes (Hayes, 1984: 21) recomendó que se rebajara en el espacio de una generación las fechas atribuídas por aquel autor a la cerámica ática de barniz negro posterior al 350 a.C., ya que las formas clásicas tardías siguieron fabricándose hasta muy entrado el siglo III a.C. Por otra parte, no hay que olvidar que la investigación de los alfares occidentales que tuvo su auge en los años 60 y 70, se interrumpe al inicio de la década de los 80, a causa de haber pasado de moda los temas ceramológicos, arrinconados y postergados por otros de

denominación más trascendental, con lo cual el conocimiento de dichas producciones es somero y poco elaborado.

Como se entrevé por los materiales proporcionados por el poblado de Turó de la Rovira y la necrópolis de Can Rodon, hay un período de transición que se insinúa hacia el 325 y que se prolonga hasta el 275 a.C.

De todas formas, el proceso de cambio aun no siendo brusco es innegable y debemos preguntarnos cuáles pudieron ser sus causas.

Según Sanmartí (Sanmartí, 1986: 2493-2494) uno de los motivos podría residir en el desarrollo, hacia finales del siglo IV a.C., de los pequeños talleres situados en la península itálica y otras zonas del mediterráneo occidental. A ello, y según nuestro parecer, habría que añadir otras circunstancias, tanto propias del foco productor como del territorio receptor, tales como la consolidación de los alfares ibéricos (con la formación del *status* del alfarero y la fijación de la distribución de los vasos mediante la asistencia, directa o indirecta, a los mercados). Estos talleres obraron piezas de calidad excelente, como la cerámica gris monocroma tan bien representada en la necrópolis de Can Rodon y en unos silos de Bellaterra (Granados, 1988). Además, no se tiene en cuenta que es justamente en esta época en la que el comercio griego se vuelca hacia Oriente como consecuencia de las conquistas de Alejandro, giro que se ha llegado a comparar con lo que significó el descubrimiento de América para algunos países europeos (Rostovtzeff, 1976: 133-135). Creemos que al producirse una contracción de las importaciones hubo una reacción por parte de la población colonial que creó sus alfares al mismo tiempo que los indígenas suplían parte de la escasez con sus productos.

Hay que llamar la atención sobre el hecho de que con posterioridad al período 325-275 a.C., el catálogo de perfiles de la vajilla fina se reduce, limitándose casi exclusivamente a platos y copas, con la excepción de algún cántaro pequeño y otros perfiles como la epíquisis (*guttus*), el ritón o el lagino, cuya atribución a los talleres occidentales consideramos precipitada dado el estado de la investigación. O sea que para ponderar el volumen de las aportaciones de los talleres occidentales e itálicos, habría que aplicar un coeficiente de reducción puesto que sus vasos se limitan a un número inferior de oportunidades de demanda.

Además del aspecto puramente comercial, el cambio pudo también significar o imponer una evolución de los hábitos. ¿Cuáles serán las muestras de prestigio o de diferenciación social en el siglo III a.C.?

Hay que señalar que la actividad de los talleres occidentales parece coincidir con la llegada a Iberia de las primeras producciones itálicas y que su distribución es análoga a la de la cerámica ática tardía, con las excepciones de los poblados de Puig Castell de Vallgorguina y de la Penya del Moro de Sant Just Desvern,

GRAFICO II
Cantidad de vasos de cada grupo de talleres en cada yacimiento.

Yacimiento	Cer. ática: Figuras rojas	Cer. ática: Barniz negro	Cer. ática: Total c. ática	Total T. occidentales e itálicos	Talleres occidentales	Pequeñas estampillas y A antigua
1. Puig Castell, Vallgorguina	6	14	20	0	-	-
2. Montpalau, Pineda de Mar	-	-	0	1	1	-
3. Sot del Camp, St.Vicenç de Montalt	-	1	1	1	1	-
4. Torre dels Encantats,Arenys de Mar	2	14	16	20	20	-
5. Turó del Vent, Llinars	2	-	2	0	-	-
6. Castellvell, Llinars	-	1	1	0	-	-
7. Turó Gros de Cèllecs, Orrius	1	-	1	0	-	-
8. Muntanya de Burriac,Cabrera de Mar	12	8	20	9	4	5
9. Can Rodon de l'Hort,Cabrera de Mar	-	10	10	19	14	5
10. Muntanya de Sant Miquel, Vallromanes - Montornès	-	-	0	4	3	1
11. La Cadira del Bisbe, Sant Pere de Premià	1	7	8	8	4	4
12. Can Llinàs, Alella	-	-	0	1	-	1
13. Turó de Mortgat, Montgat	-	-	0	1	-	1
14. Turó de Mas Boscà, Badalona	1	-	1	2	1	1
15. Puig Castellar, Santa Coloma de Gramenet	4	18	22	14	12	2
16. La Miranda, Badalona	-	1	1	0	-	-
17. Badalona	-	1	1	5	3	2
18. Turó de la Rovira, Barcelona	-	-	0	11	8	3
19. Montjuïc, Barcelona	5	1	6	0	-	-
20. Turó de can Oliver, Cerdanyola	9	6	15	20	15	5
21. Can Miano, Sant Feliu de Llobregat	-	-	0	1	1	-
22. Penya del Moro,Sant Just Desvern	11	19	30	1	-	1
23. Torre Roja, Caldes de Montbui	3	3	6	7	3	4
24. Turó Gros de Can Camp, íd.	2	2	4	0	-	-
25. Puig Alt d'en Viver, Bigues	5	5	10	4	2	2
26. Font de Bril, Santa Eulàlia de Ronçana	-	-	0	3	1	2
27. Can Fatjó, Rubí	1	5	6	11	5	6
Totales	65	116	181	143	98	45

Gráfico II.

precisamente dos de los yacimientos que tienen un inicio más antiguo de entre los que son objeto de este estudio. Por el contracio, el turó de la Rovira de Barcelona no ofrece productos áticos, si bien ello puede deberse al pésimo estado en que han llegado los restos del poblado hasta nuestro tiempo.

Como se puede ver, la distribución abarca la faja costera, el curso inferior del río Llobregat y su afluente la Riera de Rubí. Hay un foco relativamente excéntrico alrededor de Caldes de Montbui que podría estar relacionado con las aguas termales o con una vía hacia las comarcas del interior.

Como observación final a estos comentarios sobre la actividad de los talleres occidentales y la llegada de los primeros vasos itálicos de barniz negro, hemos de citar a Morel (Morel 1980: 75), el cual, refiriéndose al taller de las Pequeñas Estampillas, dice que fuera de la península itálica sólo exportó al Languedoc, Rosellón, Cataluña, Córcega y Cartago y también a la Sicilia púnica, lo que posiblemente se relacione y sea consecuencia más de la distribución que de la fabricación.

La súbita flexión final que se constata en el primer gráfico, hacia 225-200 a.C., debe atribuirse a la crisis bélica de la Segunda Guerra Púnica y a las rebeliones que siguieron a la ocupación romana.

GRAFICO III

Formas representadas en cada yacimiento

	Cerámica ática													Talleres occidentales e itálicos							
	Cílica	Escifo	Bol	Pátera	Plato de pescado	Hídria	Enócoe	Pélice	Cratera	Lucerna	Lécane	Pebetero	Otros	Copa con asas	Bol	Plato	Plato de pescado	Epiguisis (guttus)	Cratera	Pitón	Lagino
1. Puig Castell, Vallgorguina	○	○		○					○												
2. Montpalau, Pineda de Mar															●						
3. Sot del Camp, Sant Vicenç de Montalt				○											●						
4. Torre dels Encantats, Arenys de Mar	○	○		○	○				○		○			●	●	●	●				
5. Turó del Vent, Llinars		○																			
6. Castellvell, Llinars	○																				
7. Turó Gros de Cèllecs, Orrius		○																			
8. Muntanya de Burriac, Cabrera de Mar.	○	○	○				○	○	○		○			●	●	●	●				
9. Can Rodon de l'Hort, Cabrera de Mar.	○	○		○					○							●	●	●	●	●	●
10. Muntanya de Sant Miquel, Vallromanes - Montornés															●						
11. La Cadira del Bisbe, Sant Pere de Premià	○	○		○					○						●	●					
12. Can Llinàs, Alella															●						
13. Turó de Montgat, Montgat															●						
14. Turó de Mas Boscà, Badalona	○														●	●					
15. Puig Castellar, Santa Coloma de Gramenet	○	○	○	○			○		○					●	●		●				
16. La Miranda, Badalona				○																	
17. Badalona	○														●	●	●				
18. Turó de la Rovira, Barcelona															●	●	●	●	●		
19. Montjuïc, Barcelona	○	○																			
20. Turó de Can Oliver, Cerdanyola	○	○	○	○					○		○		○	●	●	●	●	●			
21. Can Miano, Sant Feliu de Llobregat																●					
22. La Penya del Moro, Sant Just Desvern	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○		●						
23. La Torre Roja, Caldes de Montbui		○		○					○						●	●	●				
24. Turó Gros de Can Camp, Caldes de Montbui	○	○								○											
25. Puig Alt d'en Viver, Bigues	○	○		○					○						●	●					
26. Font de Bril, Santa Eulàlia de Ronçana																●					
27. Can Fatjó, Rubí	○			○					○	○					●	●		●		●	

Gráfico III.

CANTIDAD DE VASOS DE CADA GRUPO DE TALLERES, EN CADA YACIMIENTO

Como ya se ha anunciado, el segundo gráfico complementa al anterior dando la cantidad de vasos cuyo perfil se puede identificar con seguridad, que han servido para la ilustración cronológica.

A pesar de que el número total de piezas áticas sea superior al de los talleres occidentales (más el añadido de los itálicos), no debe olvidarse que las primeras abarcan dos siglos (V y IV a.C.), mientras que las otras corresponden *grosso modo* al siglo III a.C. tan sólo. Además, como ya se ha hecho observar, la cantidad de perfiles áticos es superior al de las demás producciones que casi se limitan a platos y copas. Por ejemplo, a partir del 300-275 a.C. desaparecen las grandes cráteras, las lécanes y las enócoes, que hay que suponer que fueron reemplazadas por vasos a torno de fabricación indígena que no imitaron los perfiles sustituídos sino que siguieron con su repertorio autóctono.

Hay un aspecto que llama la atención de inmediato y es el escaso número de vasos si se tiene en cuenta el lapso de tiempo que cubren. Véase como en un poblado como el de Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet, sólo hay 36 vasos para una duración de tres siglos. A pesar de que multipliquemos esta cifra por cien para corregir el efecto de la desaparición material, defectos de excavación y la parte que se esconde en las coleccioncitas, tendríamos unas mil doscientas piezas por siglo, aproximadamente cuatrocientas por cada generación lo que, suponiendo una población de cien familias, nos daría cuatro vasos por generación y familia, es decir, una presencia escasa y casi testimonial.

Aquí cabe hacer constar que, según las excavaciones que conocemos directamente, los restos de la vajilla fina se hallan en toda la extensión del poblado, sin nin-

guna concentración significativa que permita sospechar que su uso se limitó a unas pocas familias.

En la Penya del Moro de Sant Just Desvern, poblado que ha padecido de pocas excavaciones incontroladas si se compara con otros de la misma área, para el período 425-300 a.C. se señala un porcentaje de 4,2 vasos importados, tomando como base de cálculo el total de fragmentos de vasos a torno, con exclusión de las ánforas y las grandes jarras.

A pesar que reconocemos la fragilidad de las deducciones levantadas sobre unos datos tan fragmentarios como son los que hemos podido reunir, opinamos que dan una orientación útil, y nos lo confirma el hecho que, limitándonos a la cerámica ática, las conclusiones que avanzamos son muy parecidas a las que se podían conseguir para el mismo período y aplicando el mismo método, partiendo de la información proporcionada por la obra de Trías (Trías, 1967) publicada hace más de veinte años.

PERFILES REPRESENTADOS EN CADA YACIMIENTO

Para montar el tercer gráfico, hemos tenido que afrontar, en primer lugar, el problema de la denominación de los vasos. En cuanto concierne a la cerámica ática no había mayores dificultades (salvo la cuestión filológica ya apuntada), pero para el resto de productos se nos planteaba el inconveniente de las múltiples variantes de cuencos y platos (y de la frontera entre ambos), que hemos intentado soslayar siguiendo, en lo que cabe, la pauta dada por Morel para clasificar la cerámica campaniense.

Como hemos sugerido en la introducción, esperábamos que este gráfico nos sirviera para detectar una posible incidencia de hábitos forasteros que distinguiera algunos poblados. Nuestra esperanza no se ha visto totalmente confirmada puesto que, aparte del conjunto de Can Rodon (que se puede explicar porque se trata de una necrópolis), sólo se distingue la Penya del Moro que contabiliza todo el catálogo de formas.

Lo que sí puede ser significativo es la presencia de cráteras áticas en once de los veinte poblados con cerámicas griegas, y quizá también valga la pena de anotar que en sólo cuatro de los veintisiete yacimientos, haya, después del 300 a.C., otros vasos que no sean cuencos o platos, lo que puede indicar el pleno dominio de la cerámica a torno indígena.

Como ya se dijo al empezar, no había un objetivo único para este trabajo sino el propósito de contemplar e intentar esclarecer algunas facetas de la importación de la vajilla de lujo, a través del análisis de un conjunto de materiales provenientes de una serie de yacimientos situados dentro de un territorio con personalidad propia bien definida durante el período ibérico pleno como lo fue la Layetania. Sería pues superfluo y repetitivo exponer de nuevo las conclusiones que ya han ido apareciendo a medida que se iba discutiendo cada una de las facetas debatidas en el estudio.

BIBLIOGRAFÍA

Barberà, J. (1970): *La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar*. Monografías XXXIV, Diputación Provincial de Barcelona, 188 p.

Barberá, J.; Morral, E. y Sanmartí, E. (1979): *La Penya del Moro de Sant Just Desvern (Barcelona)*. Quaderns de Treball, 1, Institut de Prehistòria i Arqueologia de la Diputació Provincial de Barcelona i Departament de Prehistòria i Arqueologia de la Universitat Autònoma de Barcelona, 60 p.

Barberà, J. y Sanmartí, E. (1982): *Excavacions al poblat ibèric de la Penya del Moro. Sant Just Desvern, 1974-1975 i 1977-1981*. Monografies Arqueològiques, 1, Diputació de Barcelona. Institut de Prehistòria i Arqueologia, 133 p.

Granados, J.O. (1977): «Cerámicas de barniz negro procedentes del poblado layetano del Turó de la Rovira (Barcelona)». *Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad*, XVII, Barcelona, pp. 33-46.

Granados, J. O. y Sanmartí, J. (1988): «Les sitges ibèriques de Bellaterra (Cerdanyola, Vallès Oriental)». *Fonaments*, 7, Barcelona, pp. 115-161.

Hayes, J. W. (1984): *Greek and Italian black-gloss wares and related wares in the Royal Ontario Museum*. Toronto, 204 p.

Morel, J-P. (1980): «Les vases à vernis noir et à figures rouges d'Afrique avant la deuxième Guerre Punique et le problème des exportations de Grande Grèce». *Antiquités Africaines*, T. 15, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, Paris, pp. 29-75.

Morel, J-P. (1981): *Céramique campanienne. Les Formes*. Roma, 690 p.

Moscati, S. (1983): *Cartagineses*. Madrid, 276 p.

Rostovtzeff, M. (1976): *Historia social y económica del mundo helenístico*, T. I. Madrid, 664 p.

Rouillard, P. (1981): «La céramique grecque de Burriac (Cabrera de Mar-Barcelona) conservée au Museu de Mataró». *Laietània*, 1, Mataró, pp. 7-14.

Sanmartí, J. (1986): *La Laietània Ibèrica. Estudi d'arqueologia i d'història*. Tesis doctoral inédita, leída el 20 de mayo de 1986 en la Universidad de Barcelona.

Sparkes, B.A. & Talcott, L. (1970): *Black and plain pottery. The Athenian Agora*, vol. XII. Princeton, 282 p.

Trías, G. (1967): *Cerámicas Griegas de la Península Ibérica*. Valencia, 507 p.

Villard, F. (1970): *La Grecia Classica (480-330 a.C.). Pittura e ceramica*. Il mondo della figura, Milano, 423 p.

Francisco Cisneros Fraile*

FÍBULAS ANULARES DE LA CASA DEL MONTE (VALDEGANGA, ALBACETE)

I. LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE LA CASA DEL MONTE

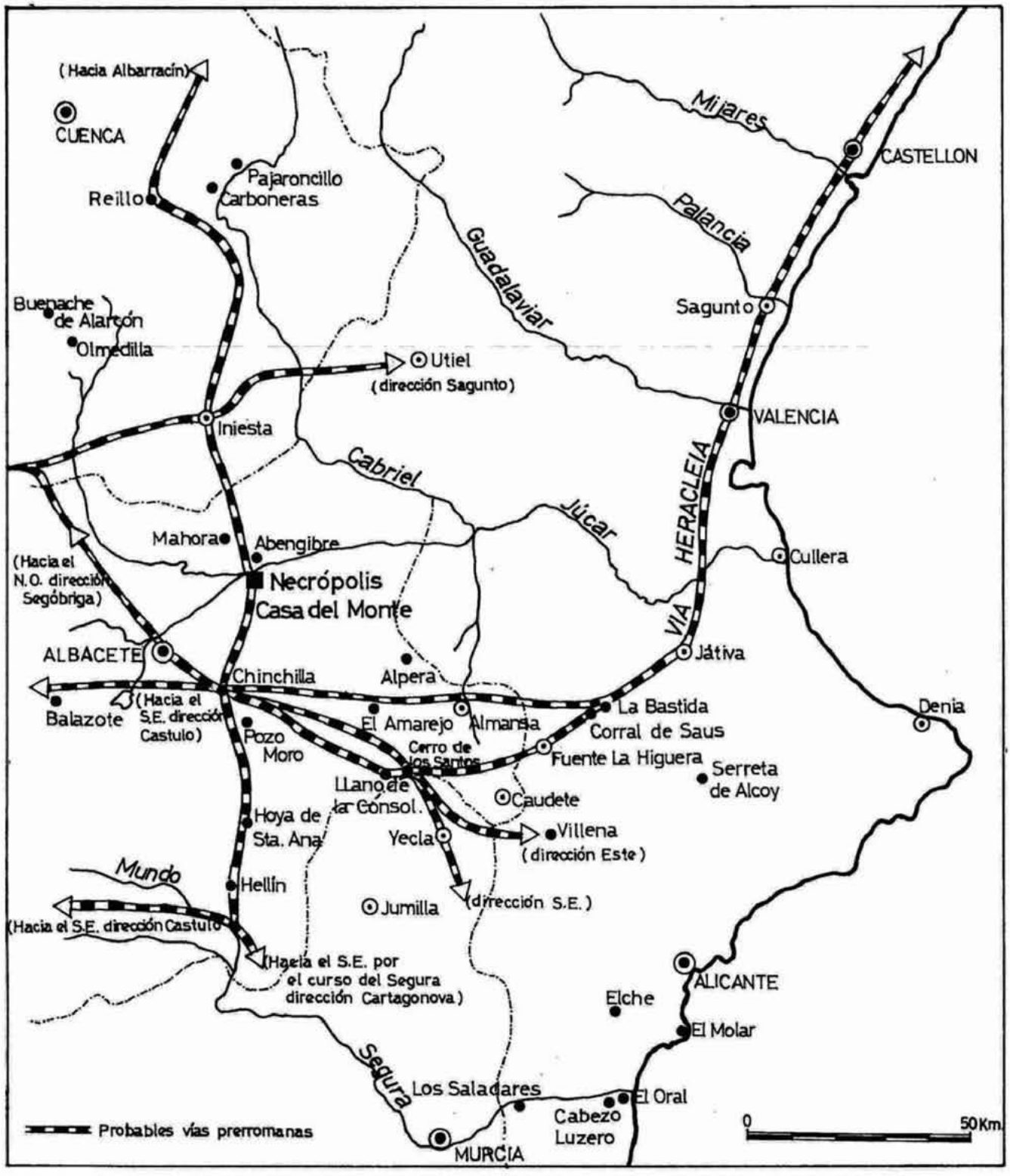
Hace ya más de setenta años que D. Isidoro Ballester Tormo, realizó los primeros reconocimientos del terreno en que se ubicaban los restos del poblado y necrópolis ibérica de «La Casa del Monte», en el confín meridional del término municipal de Valdeganga, Albacete. Precisamente en un paraje muy próximo a la confluencia de tres términos municipales: el ya citado de Valdeganga y los de Albacete y Chinchilla.

El propio Ballester Tormo describió[1] minuciosamente la situación de los restos arqueológicos en una publicación que años más tarde vio la luz y que pretendía ser un avance de un estudio posterior sobre la necrópolis de La Casa del Monte[2]. Citamos aquí algunos párrafos de su descripción: (...) en un pequeño altozano, en aquellos años «espacio yermo», perteneciente a la aldea Casa del Monte se encontraban localizados el poblado ibérico, cuyos restos se esparcían «al Sur y N.O. del yermo (...) casi tocando las sepulturas» y la necrópolis, en el «extremo norte del erial» y en el punto donde se iniciaba suavemente la pendiente del cerrillo; muy cerca de la casa de labor, entre el camino de la Felipa y las eras y junto a la «profunda trinchera» formada al cortar «por poniente el altozano el camino de Valdeganga a la Carretera Albacete-Ayora».

En el mapa 1, reproducimos la situación del yacimiento en una extensa llanura bordeada por el río Júcar, al norte y contiguo a una posible vía de comunicación prerromana, que enlazaría la dilatada área de los llanos albaceteños, jalonada de restos arqueológicos ibéricos, en torno a la denominada vía Heracleia, con zonas al norte del Júcar desde la actual provincia de Cuenca hacia los territorios hoy día aragoneses de Albarracín y hacia el río Ebro a través de los afluentes de la derecha de su curso.

Además de la citada publicación que sobre el yacimiento realizó en 1930 D. Isidro Ballester Tormo, años más tarde, D. Fletcher y E. Pla efectuaron una valiosa descripción, igualmente minuciosa, de los ajuares de la necrópolis agrupados por sepulturas[3] cuyo encabezamiento reproducimos: «(...) D. Isidro Ballester Tormo excavó algunas habitaciones del poblado y 38 sepulturas de incineración de diferentes tipos: de fosa cubierta por túmulo de piedra y tierra, de fosa simple y de urna (...)»[4].

* Servicio de Investigación Prehistórica, Diputación de Valencia.



Mapa 1.— Situación de la necrópolis de la Casa del Monte.

En el presente trabajo exponemos un estudio tipológico de las fíbulas anulares pertenecientes a la necrópolis de La Casa del Monte, inventariadas en el Museo de Prehistoria de Valencia. Con él participamos en el merecido homenaje a la memoria de E. Pla Ballester que incluso tiempo atrás tenía la intención de abordar el estudio de los materiales de este yacimiento. Nos honra sobremanera la invitación que nos hizo D. Bernardo Martí Oliver, Director del Museo de Prehistoria de Valencia para participar en este homenaje, reconociendo la ayuda no sólo científica también humana que D. Enrique, junto con D. Domingo Fletcher, nos aportó en nuestros comienzos arqueológicos.

II. DESCRIPCIÓN DE LAS FÍBULAS ANULARES DE LA CASA DEL MONTE INVENTARIADAS EN EL MUSEO DE PREHISTORIA DE VALENCIA

TIPO I: Fíbulas de tres piezas y resorte de charnela de bisagra.

SUBTIPO I A: Puente de navecilla normal.

Variante I A 1: Puente macizo, tamaño normal (Sepultura XIX) (Fig. 1, n.º 1).

Fíbula de bronce de tamaño medio realizada en tres piezas. El puente es de navecilla maciza con perfil próximo al medio punto; el resorte es de charnela de bisagra con aguja de sección circular y recta, unida a ella; la charnela se aproxima a la forma VIII de A. Iniesta[5]. El pie es de forma rectangular y se curva ligeramente ensanchándose en su extremo para recibir el anillo, de sección circular. La mortaja es de media caña aunque por el deterioro de la pieza no se aprecia ni su forma ni su longitud.

Posee las medidas siguientes:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Alt.*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
38 mm	33 mm	18 mm	3 mm	9 mm

(Pieza n.º 50 del Inventario del Museo de Prehistoria de Valencia.)

Variante I A 2: Puente hueco y ancho (Sepultura IX) (Fig. 1, n.º 2).

Gran fíbula anular hispánica de bronce realizada en tres piezas; el puente tiene forma de navecilla hueca y se ensancha considerablemente en el centro. El pie es de forma rectangular y lleva alojada una mortaja larga de media caña. Se corresponde a los ejemplares denominados por Cuadrado de «navecilla de perfil normal»[6], tipo 4 b; la charnela de bisagra es muy semejante a la forma X de Iniesta[7]; va unida a la aguja y ésta, de sección circular, se curva ligeramente. También el anillo es de sección circular.

Posee las medidas siguientes:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Alt.*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
56 mm	52 mm	31 mm	4 mm	20 mm

(Pieza n.º 29 del Inventario del M.P. de Valencia.)

SUBTIPO I B: Puente de navecilla aquillada.

Variante I B 2: Aquillada transversalmente con resaltes (Sepultura IX) (Fig. 1, n.º 3).

Fíbula de bronce de tamaño medio formada por la agregación de tres piezas: el puente es macizo de forma de navecilla aquillada longitudinalmente con dos resaltes angulares en sus extremos (los vértices miran hacia el interior). El pie es rectangular de mortaja larga y profunda; la charnela es de bisagra de un tipo aproximado a la forma VI de Iniesta[8] y a la forma II de Cuadrado[9]. Va unida a una aguja de sección circular y ligeramente curvada en la unión con la charnela; el anillo es de sección circular.

Posee las siguientes medidas:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Alt.*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
34 mm	31 mm	21 mm	2,5-3 mm	11 mm

(Pieza n.º 48 del Inventario del M.P. de Valencia.)

Variante I B 3: Aquillada longitudinalmente con resaltes (Sepultura XXIII) (Fig. 1, n.º 4).

Gran fíbula anular de bronce confeccionada en tres piezas. El puente es macizo y tiene forma de navecilla con sección aquillada y longitudinalmente está recorrido por una especie de arista dorsal con decoración cordiforme. Posee dos resaltes foliáceos bilobulados en el extremos del puente. El pie es rectangular con el ensanchamiento en su extremo para recibir al anillo. La mortaja es larga y profunda. Aguja y resorte van unidos. Aquélla es de trazado recto de sección circular y el resorte de charnela de bisagra se aproxima al tipo V de Iniesta. El anillo es de sección igualmente circular.

Posee las medidas siguientes:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Alt.*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
53 mm	52 mm	27 mm	3 mm	14 mm

(Pieza n.º 72 del Inventario del M.P. de Valencia.)

Variante I B 4: Aquillada transversalmente y chaflanada en los extremos del puente (forma romboidal) (Sepultura X) (Fig. 2, n.º 1).

Fragmento de gran fíbula anular hispánica realizada en bronce. Consta de tres piezas. El puente, incompleto, seguramente estaría aquillado en su parte central (extraemos esta deducción por el cotejo de fíbulas de características semejantes), es de sección maciza aunque lleva una oquedad a modo de cazoleta casi hemiesférica en su parte interior. El pie es rectangular con mortaja de media caña larga y profunda. En

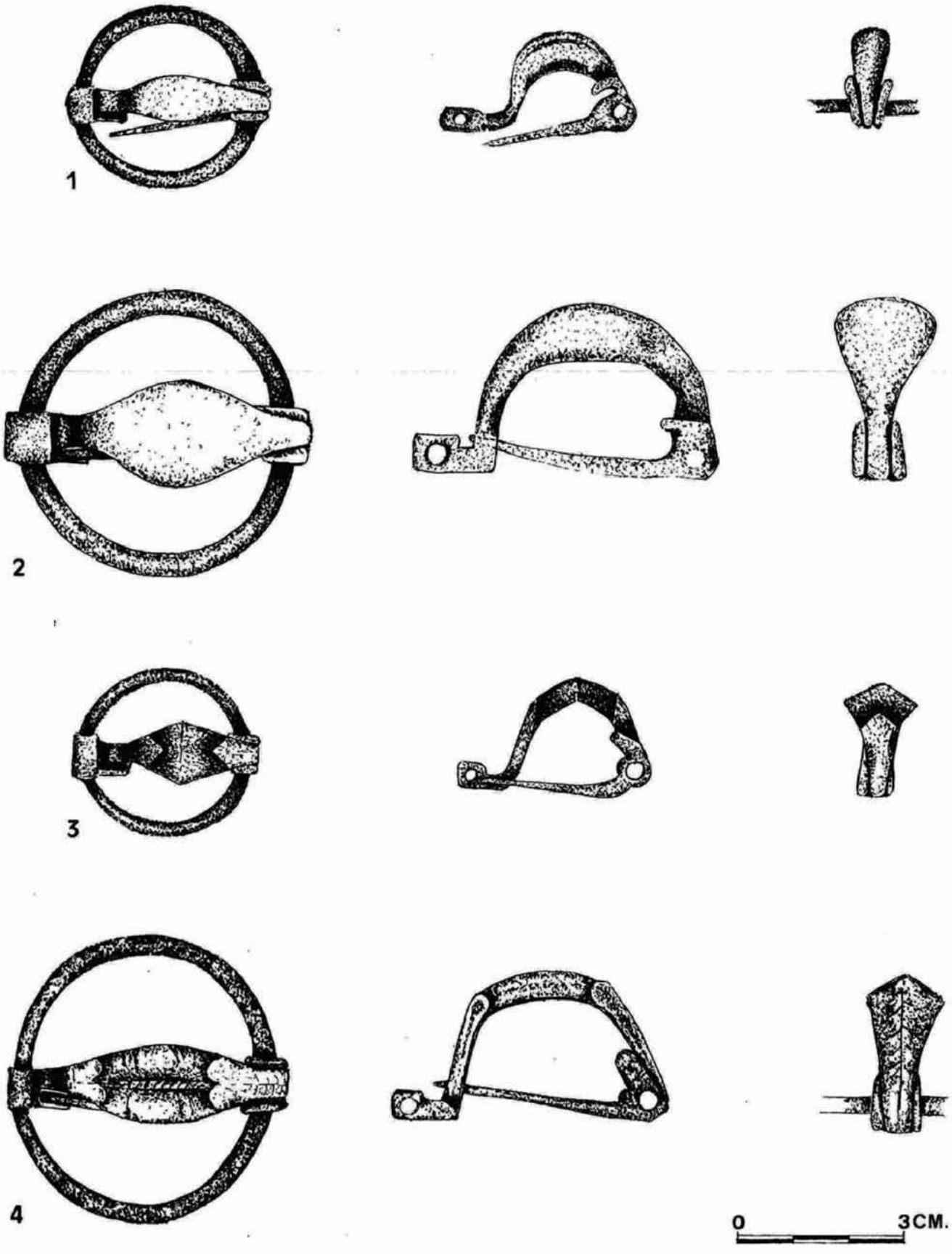


Fig. 1.—Fíbulas de la necrópolis ibérica de la Casa del Monte.

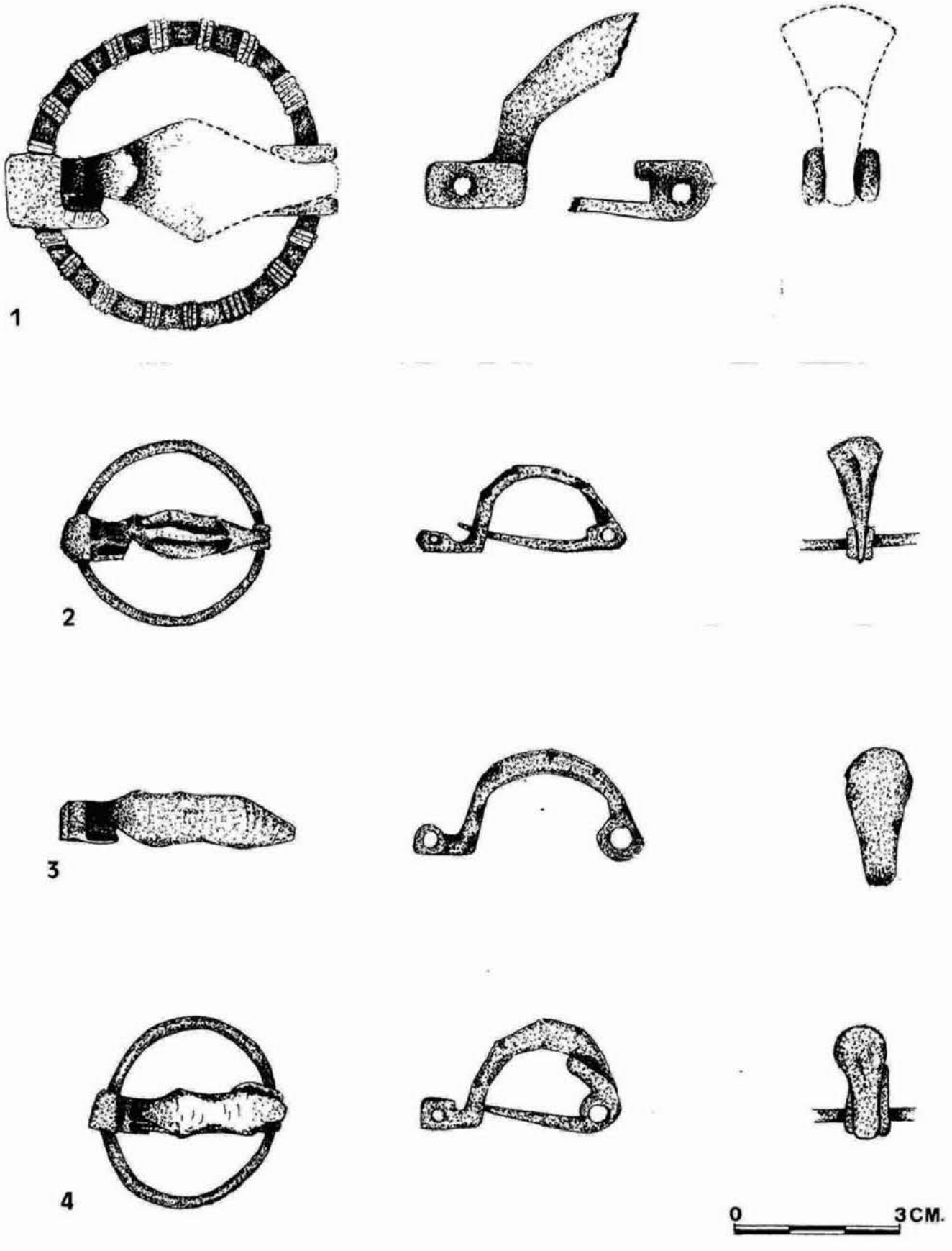


Fig. 2.—Fíbulas de la necrópolis ibérica de la Casa del Monte

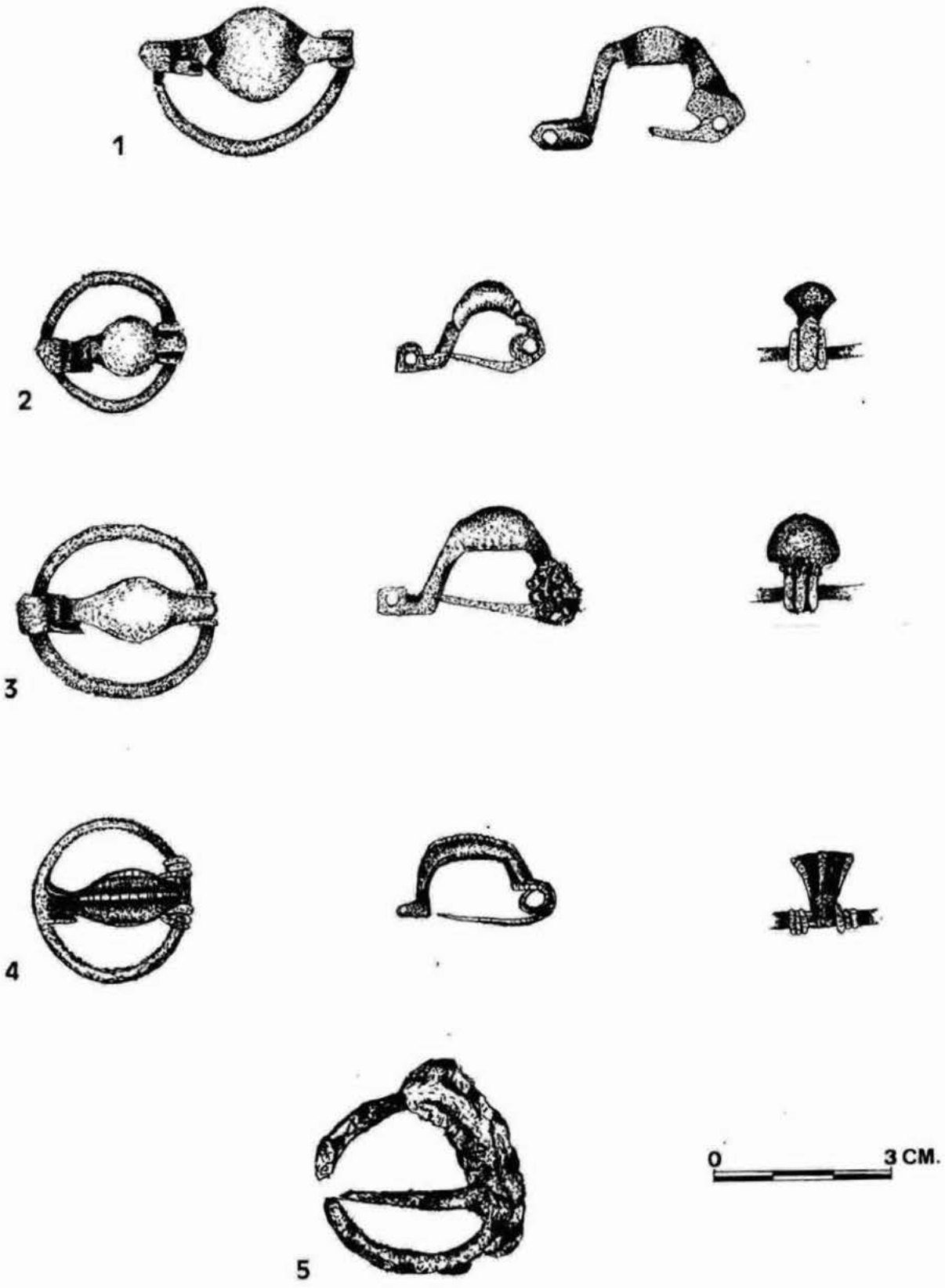


Fig. 3.—Fíbulas de la necrópolis ibérica de la Casa del Monte

sus dos extremos, el puente está chaflanado y estos chaflanes laterales acaban, en la unión con la parte central, en formas redondeadas.

La aguja es de sección circular y va unida al resorte de charnela de bisagra. Ésta se aproxima a la forma X de Iniesta. El anillo es también de sección circular y presenta adornos a modo de falsos resortes que discontinuamente, en grupos de 2, 3, 4 ó 5 se extienden por todo él.

Posee las medidas siguientes:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Alt.*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
61 mm	57 mm	35 mm	5 mm	23 mm

(Pieza n.º 63 del Inventario del M.P. de Valencia.)

Variante I B 5: Aquillada con resaltes bífidos en los extremos del puente (Poblado Casa del Monte) (Fig. 2, n.º 2).

Fíbula anular hispánica de tamaño medio realizada en bronce. Consta de tres piezas y se halla actualmente en muy buen estado de conservación. El puente, de sección maciza, es de navecilla estrecha y está aquillado longitudinalmente. Tanto la quilla como el cuerpo del puente se deforman describiendo una incurvación. En los extremos aparecen dos resaltes bífidos de forma angular con las aberturas hacia el interior.

La aguja, de sección circular, va unida a la charnela y se curva ligeramente. La charnela de bisagra es del tipo I de Iniesta.

El pie es largo y rectangular, ensanchándose en el extremo para recibir al anillo. La mortaja es igualmente larga, profunda y de media caña. El anillo es de sección circular.

Posee las medidas siguientes:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Alt.*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
33 mm	33 mm	17 mm	2,5 mm	9 mm

(Pieza n.º 46 del Inventario del M.P. de Valencia.)

SUBTIPO I C: Puente de navecilla con formas especiales.

Variante I C 1: Ondulado (Sepultura XV) (Fig. 2, n.º 3).

Puente de fíbula de bronce de tamaño medio confeccionada en tres piezas. El puente tiene forma de navecilla de tipo ondulado de sección hueca. Este tipo de perfiles se «quiebran» en seis lados aunque ajustándose, el conjunto del perfil, a la forma semicircular. E. Cuadrado[10] opina que este tipo de puentes fibulares se relacionan con los de quilla quebrada, «en realidad son productos del mismo estilo», dice textualmente este mismo autor. Aguja y resorte de charnela van unidos y el pie es de forma trapezoidal con el lado exterior recto, lleva el típico abombamiento en su extremo para la penetración del anillo. La mortaja es ancha, corta y profunda.

Posee las medidas siguientes:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Altura*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
42 mm	—	20 mm	3-5 mm	10 mm

(Pieza n.º 56 del Inventario del M.P. de Valencia.)

Variante I C 2: Con estrangulamiento longitudinal a ambos lados (Sepultura XXXI) (Fig. 2, n.º 4).

Fíbula anular hispánica de bronce muy semejante a la pieza anterior; fue confeccionada igualmente en tres piezas: el puente es de navecilla ondulada y hueca cuyo perfil se adapta a un semicírculo pero quebrándose en seis lados. Longitudinalmente, en su parte central, el puente se estrangula a ambos lados de forma curvilínea. El pie es posiblemente recto (no se aprecia por el deterioro actual de la pieza) con un abombamiento en su extremo para la penetración del anillo de sección circular. La mortaja es posiblemente corta y de media caña.

El resorte es de charnela de bisagra del tipo IX de Iniesta y va unido a la aguja de sección circular.

Posee las siguientes medidas:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Altura*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
37 mm	33 mm	20 mm	2-3 mm	9 mm

(Pieza n.º 53 del Inventario del M.P. de Valencia.)

SUBTIPO I D: Puente de Timbal.

Variante I D 1: Hemiesférico (Sepultura XV) (Fig. 3, n.º 1).

Fíbula anular hispánica de bronce de tamaño medio confeccionada en tres piezas. El puente es hueco y tiene forma de timbal hemiesférico. Lleva en los extremos resaltes foliáceos aunque geometrizados, rematados en ángulo apuntado con los vértices dirigidos hacia el interior del puente. Los resaltes montan sobre el timbal.

El pie es recto y de forma trapezoidal; acaba en su parte exterior en ángulo disimétrico y lleva el típico agujero para el paso del anillo de sección circular. Posee mortaja corta y profunda. La aguja está incompleta y va unida al resorte que es de charnela de bisagra, próximo al tipo X de A. Iniesta.

Posee las siguientes medidas:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Altura*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
37 mm	33 mm	20 mm	2-3 mm	16 mm

(Pieza n.º 55 del Inventario del M.P. de Valencia.)

Subvariante I D 1 (1): Timbal hemiesférico sin cazoleta (Sepultura XXXI) (Fig. 3, n.º 2).

Pequeña fíbula anular de bronce muy deteriorada por la cremación. El puente es de timbal hemiesférico de sección maciza y está formado por la agregación de tres piezas: el timbal propiamente dicho y las dos prolongaciones del puente unidas a él. En esta pieza, las prolongaciones del puente no montan sobre el timbal; más bien, estas uniones son hendiduras, por ello diferenciamos esta pieza de la anterior. El perfil, no es el típico de las fíbulas de timbal hemiesférico. Lo normal es que a la «cazoleta» del timbal, vista lateralmen-

te, se le aprecie un perfil de medio punto en su parte superior y otro recto en la inferior. En esta fíbula, las dos líneas son de medio punto.

El pie es rectangular, acabado en una forma triangular de lados desiguales. Lleva mortaja de media caña y profunda. La aguja, de sección circular, va unida a la charnela de bisagra; ésta se aproxima a la forma VI de Iniesta, aunque con algunas diferencias en el arranque de la aguja, que en el caso de la fíbula de la Necrópolis de La Casa del Monte, describe una suave incurvación y en el tipo VI de Iniesta, la aguja arranca de forma recta. El anillo también es de sección circular.

Posee las medidas siguientes:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Altura*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
26 mm	22 mm	15 mm	2,5 mm	10 mm

(Pieza n.º 54 del Inventario del M.P. de Valencia.)

TIPO III: Fíbula de tres piezas y resorte de tope osculador (Sepultura XXXII) (Fig. 3, n.º 3).

Fíbula de tamaño medio, con la cabeza muy deteriorada por la cremación. Pertenece a las del tipo de resorte de tope osculador. El puente y el anillo forman una sola pieza y la cabeza del puente tiene forma de horquilla entre la que se sitúa la aguja. Ésta y las dos partes de la horquilla del puente están taladradas por orificios atravesados por un pasador.

El puente tiene forma de timbal elipsoidal hueco; la aguja es recta, de sección circular con la típica cabeza de forma oscilante. El anillo es también de sección circular. El pie es recto con el ensanchamiento para la penetración del anillo y lleva un larga mortaja de media caña.

Este tipo se correponde con los tipos 2a y 2b de Cuadrado y con los 2b y 2e, variante I, de Iniesta.

Posee las medidas siguientes:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Altura*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
34 mm	32 mm	19 mm	2,5 mm	11 mm

(Pieza n.º 51 del Inventario del M.P. de Valencia.)

TIPO IV: Fíbulas de dos piezas y resorte de muelle.

SUBTIPO IV A: Puente de navecilla (Sepultura V) (Fig. 3, n.º 4).

Pequeña fíbula de dos piezas: puente-anillo unidos por una parte y resorte de muelle unido a la aguja, por otra.

El puente es macizo y tiene forma de navecilla con tres nervios que lo recorren longitudinalmente; de ellos el central está decorado con incisiones. El pie se ensancha en su parte externa y lleva mortaja de media caña.

El resorte de muelle se enrolla al anillo con tres vueltas en cada uno de los lados del arranque del puente. El tipo de

TIPOS SUBTIPOS VARIANTES	N.º EJEMPLARES	N.º SEPULTURA	PORCENTAJE
I A 1	1	XIX	16,66% (Del subtipo I A)
I A 2	1	IX	
I B 2	1	IX	
I B 3	1	XXIII	33,33% (Del subtipo I B)
I B 4	1	X	
I B 5	1	(Poblado)	
I C 1	1	XV	16,66% (Del subtipo I C)
I C 2	1	XXXI	
I D 1	1	XV	16,66%
I D 1 (1)	1	XXXI	(Del subtipo I D)
			83,4% (Del tipo I)
II	(no existen ejemplares)		
III	1	XXXII	8,33% (Del tipo III)
IV A	1	V	8,33% (Del subtipo IV A)
			8,33% (Del tipo IV)
TOTAL EJEMPLARES INVENTARIADOS	11 (necrópolis) 1 (poblado)		

Cuadro 1.—Fíbulas anulares de la necrópolis ibérica de la Casa del Monte, inventariadas en el Museo de Prehistoria de Valencia.

enrollamiento no se asemeja a los tipos descritos por E. Cuadrado[11] y A. Iniesta[12]. La aguja a la que va unido, tiene forma ligeramente curvada y es de sección circular.

Posee las medidas siguientes:

Long. máx.	*Diám. anillo*	*Altura*	*Grosor anillo*	*Anch. máx. pte.*
—	27 mm	15 mm	2 mm	10 mm

(Pieza n.° 45 del Inventario del M.P. de Valencia.)

III. APORTACIÓN TIPOLÓGICA AL ESTUDIO DE LAS FÍBULAS ANULARES

Nuestra clasificación tipológica sobre la fíbula anular hispánica, está realizada atendiendo a su funcionamiento y composición esencial. En ella, también hemos tenido en cuenta las variaciones morfológicas; éstas nos han dado pie para establecer subtipos y variantes encuadrados dentro de los cuatro tipos fundamentales:

TIPO I: Fíbulas de tres piezas y resorte de charnela de bisagra.
TIPO II: Fíbulas de tres piezas y resorte de muelle.
TIPO III: Fíbulas de tres piezas y resorte de tope oscilador.
TIPO IV: Fíbulas de dos piezas y resorte de muelle.

E. Cuadrado en un importante trabajo estableció por vez primera una clasificación tipológica sobre la fíbula anular hispánica[13]. Señaló, además, la existencia en la Península Ibérica de dos áreas en cuanto a la aportación de ejemplares de la fíbula anular hispánica[14]. En la primera de ellas se desarrolla fundamentalmente la fíbula anular de resorte de charnela de bisagra. A la segunda corresponde esencialmente la de resorte de muelle.

Según Cuadrado, la zona I comprende territorios de las actuales provincias de Valencia, Alicante, Murcia, Almería, Albacete y Barcelona. Dentro de la zona I, este mismo autor integra, asimismo, la subzona Ia que se desarrolla, de sur a norte, por las provincias de Málaga, Granada, Córdoba y Jaén, reconociendo, sin embargo, que en esta última existen fíbulas con ambos tipos de resorte, aunque con un predominio mayor de las de charnela de bisagra.

Dentro de esta zona I existe un islote de fíbulas de tope osculador que abarca esencialmente yacimientos limítrofes a la vía de penetración de la costa valenciana hacia la submeseta sur: Serreta, Bastida, Covalta, Hoya de Santa Ana, etc., en las provincias de Valencia, Alicante y Albacete.

La zona II, siguiendo con la opinión de E. Cuadrado, aporta fundamentalmente ejemplares de resorte de muelle y se difunde por las submesetas norte y sur (en esta última excepto la provincia de Albacete) e igualmente por las provincias de Sevilla, Huelva y Cádiz.

El resto de la Península Ibérica, o sea la zona norte el territorio de los «gallaeci», astures, cántabros, vascones e «illergetes», no aporta fíbulas.

Cuadrado incluso ve en esta división un componente diferenciador de tipo étnico: a grosso modo, reseña que la zona I correspondería a los pueblos iberos propiamente dichos, junto con los bastetanos, en la subzona Ia, y la zona II a los celtíberos junto con los pueblos tartésicos.

Pueden hacerse hoy ciertas puntualizaciones a esta división. Por ejemplo, en Cataluña la dispersión de las fíbulas anulares de charnela de bisagra tiene un ámbito algo mayor[15], incluso por la Cataluña interior y por la provincia de Tarragona. Asimismo es necesario resaltar más la existencia en Cataluña de fíbulas anulares hispánicas de resorte de muelle (algunas de pie con botón), tanto en la Provincia de Gerona, Ampurias y Ullastret, como en la de Tarragona, en L'Oriola y Mas de Mussols (La Palma), en el bajo curso del Ebro; también de aguja libre con tope de charnela, por ejemplo las fíbulas de Ca n'Olivé, Cerdanyola (Barcelona) y de la Cova de la Font Major, Esplugues de Francolí, Vilavert (Tarragona), debido a que posiblemente todo este conjunto de fíbulas anulares, con estas características, representen los ejemplares más antiguos, entre los hasta hoy hallados, de la fíbula anular en la Península Ibérica.

En relación con la zona II, es necesario concretizar el área del resorte de muelle en la Meseta al territorio situado al norte del río Tajo, sobre todo en la franja que de Este a Oeste ocupa las actuales provincias de Guadalajara, Madrid y Ávila. Al sur de este río los yacimientos conquenses aportan mayoritariamente fíbulas de resorte de charnela de bisagra[16]. Ello quiere decir que la provincia de Cuenca, basándonos en la tipología de las fíbulas anulares, se relaciona esencialmente con la que hemos denominado zona I y no sólo en lo concerniente a las fíbulas, también sus materiales denotan una mayor relación e identidad cultural con los del área valenciana y con el S.E. de la Meseta. M. Almagro señala esta correspondencia marcando las relaciones e identidades que en cuanto a materiales se producen entre estas últimas áreas citadas y las que el mismo autor denomina «Área del Júcar», «Área de Carrascosa» y «Área de la Serranía de Cuenca», todas en la provincia de Cuenca, al delimitar los núcleos de ibe-

TIPO I: Fíbulas de tres piezas y resorte de charnela de bisagra: puente de forma variable, aguja fundida con la charnela de bisagra y anillo.

SUBTIPO I A: puente de navecilla normal.

Variantes:

I A 1: puente macizo, tamaño normal.

I A 2: puente hueco y ancho.

SUBTIPO I B: puente de navecilla aquillada.

Variantes:

I B 1: aquillada longitudinalmente, sin resaltes.

I B 2: aquillada transversalmente con resaltes.

I B 3: aquillada longitudinalmente con resaltes (bilobulados).

I B 4: aquillada transversalmente y chaflanada en los extremos del puente (forma romboidal).

I B 5: aquillada transversalmente con resaltes bífidos en los extremos del puente.

SUBTIPO I C: puente de navecilla con formas especiales.

Variantes:

I C 1: ondulado.

I C 2: estrangulado longitudinalmente a ambos lados.

SUBTIPO I D: puente de timbal.

Variantes:

I D 1: hemiesférico (incluye subvariedad I D 1 (1): sin cazoleta).

I D 2: elipsoidal.

TIPO II: Fíbulas de tres piezas y resorte de muelle: puente, aguja unida al resorte de muelle y anillo.

TIPO III: Fíbulas de tres piezas y resorte de tope osculador: puente (siempre de timbal elipsoidal) unido al anillo, aguja unida a la charnela de tope osculador y pasador.

TIPO IV: Fíbulas de dos piezas y resorte de muelle: puente y anillo unidos por una parte; aguja y resorte de muelle, igualmente unidos, por otra.

SUBTIPO IV A: puente de navecilla.

Cuadro 2.— Ensayo de clasificación tipológica para las fíbulas anulares.

TIPOS DE C. MONTE	TIPOS DE CUADRADO	INIESTA
I A	4b	4b
I B 2	4h	4h (variante II)
I B 3	4c	4c (variante Ia)
I B 4	(encontramos relación con el tipo 5 de Cuadrado e Iniesta catalogados romboidales; también con algún ejemplar de quilla quebrada con chaflanes).	
I B 5	4c (en Cuadrado este grupo es más amplio)	4c (variante IIIa)
I C	4d	4d-4h (variante I)
I D 1	2a-2b (sólo ejemplares de charnela de bisagra)	2a-2b
I D 2	2c	2c (variantes I y II)
II	4b-10 a-10 b	4b (variantes III y IV)
III	2a-2b (sólo ejemplares de tope osculador)	2b-2c (variante I)
IV	----	----

Cuadro 3.—Correspondencia con los Tipos de E. Cuadrado y A. Iniesta.

rización de las zonas orientales de la Meseta[17].

Podrían hacerse otras observaciones, aunque nos desviaríamos de la finalidad fundamental de este trabajo que trata sólo de exponer un nuevo camino tipológico basado en caracteres funcionales y de estructura de las fíbulas anulares hispánicas.

Como hemos reseñado anteriormente, la tipología creada por E. Cuadrado[18] ha sido fundamental y ha servido de base para trabajos posteriores sobre la fíbula anular hispánica. Este mismo autor ha completado su aportación sobre este tipo de fíbulas en otros estudios de gran interés[19]; sin embargo, aunque, como antes señalamos, a él también se debe la división de la Península Ibérica en dos zonas según la dispersión de la fíbula anular basándose en el tipo de resorte, bien de muelle o bien de charnela, lo que daría paso a la realización de tipos basados en un principio en la funcionalidad del resorte o en la estructura y composición fundamental de las fíbulas, su tipología se apoya esencialmente en los caracteres morfológicos del puente. A partir de ellos establece subtipos y variaciones concretas que también tienen en cuenta la forma de los pies, de las charnelas de bisagra y del enrollamiento de los resortes. Entre otras aportaciones tipológicas sobre la fíbula anular hispánica, es necesario citar la realizada por R. Navarro[20] a propósito del estudio de las fíbulas anulares catalanas de gran interés y basada fundamentalmente en la forma del puente («de navecilla», «de cinta», «de hoja de olivo») con subdivisiones según la forma del pie o del tipo de resorte y la tipología realizada por A. Iniesta[21] también de gran interés al añadir nuevas variantes a los tipos iniciales de E. Cuadrado a la vez que cataloga las fíbulas de los yacimientos ibéricos murcianos.

TIPO I: Fíbulas de tres piezas y resorte de charnela de bisagra:

a) puente de formas variables con sendos agujeros en el pie y en la cabeza para la penetración del anillo; b) anillo de sección generalmente circular y c) resorte de charnela de bisagra igualmente de formas variables.

Dentro de este grupo de fíbulas en el SUBTIPO I A encuadramos las de puente de navecilla normal, con formas y tamaños variables; incluso los ejemplares de la necrópolis de la Casa del Monte tienen caracteres diferenciados. Los dos ejemplares hallados presentan tamaños y formas del puente diversos: la fíbula de la sepultura XIX tiene el puente macizo y de tamaño medio *(Variante I A 1)* (Fig. 1, n.º 1); la hallada en la sepultura IX es de gran tamaño y lleva el puente hueco y muy ancho *(Variante 1 A 2)* (Fig. 1, n.º 2).

Este tipo de fíbulas con puente de navecilla es muy abundante en los yacimientos ibéricos peninsulares. Aparece bien con resorte de muelle, bien con resorte de charnela de bisagra. De entre sus numerosos ejemplares citamos los hallados en la necróplis de «El Cigarralejo», Mula, Murcia[22]; el del poblado de «Coimbra del Barranco Ancho», Jumilla, Murcia[23]; los ejemplares de la necrópolis de «El Molar», S. Fulgencio, Alicante[24], excepto uno, todos con resorte de muelle; los aparecidos en el poblado de «La Bastida de les Alcuses», Mogente, Valencia, de entre los que reseñamos el hallado en el dpto. 57[25].

Además de la necrópolis de «La Casa del Monte», también aparece en otros yacimientos albacetenses como «El Cerro de los Santos»[26], «El Amarejo» y «Meca»[27]. Asimismo en otros conquenses, como en la necrópolis de «Las Madrigueras», Carrascosa del Campo[28] e incluso en la necrópolis de «Aguilar de Anguita», Guadalajara[29], con ambos tipos de resorte y en la de «La Mercadera», Rioseco de Catalañazor, Soria[30] que aportó varios ejemplares de resorte de muelle y uno de charnela de bisagra.

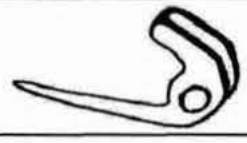
Dos ejemplares de este tipo de fíbulas, ambos de charnela de bisagra, se hallaron en la necrópolis de «Cabrera de Mataró», provincia de Barcelona[31]. También ha aparecido en la necrópolis de «Baños de la Muela»[32], y en la de «El Molino de Caldona»[33], ambas próximas a Cástulo.

El SUBTIPO I B, con el puente de navecilla aquillada transversal o longitudinalmente, es el más abundante en la necrópolis de la Casa del Monte (33,33%).

Dentro de este subtipo diferenciamos 5 variantes: la *I B 1*, no hallada en esta necrópolis, carece de resaltes en los extremos del puente que está aquillado longitudinalmente. Ejemplares de esta forma se encuentran, por ejemplo, en la sepultura n.º 151 de la necrópolis de «El Cigarralejo», Mula (Murcia)[34]. La *I B 2* (Fig. 1, n.º 3), está aquillada transversalmente y lleva resaltes en los extremos del puente; son de un solo cuerpo, angulosos y con el vértice mirando hacia el interior.

La *Variante I B 3* (Fig. 1, n.º 4), está aquillada longitudinalmente e igualmente lleva resaltes, aunque bilobulados y redondeados recordando motivos foliáceos. Este tipo de resaltes suelen ir generalmente con ejemplares de navecilla longitudinalmente aquillada como en la fíbula de la sepultura XXIII de la Casa del Monte. Son frecuentes en algunas necrópolis murcianas como las de «El Cabecico del Tesoro» en Verdolay[35] o de «El Cabecico del Tío Pío», en Archena[36], entre otras. También aparece en yacimientos valencianos, por ejemplo en el poblado de «La Bastida de les Alcuses»[37], e incluso en necrópolis andaluzas como Túgi (Galera)[38].

La *Variante I B 4* (Fig. 2, n.º 1), posee también el puente aquillado en sentido transversal pero no lleva resaltes. Los extremos del puente se cortan a bisel, chaflanándose a ambos lados. Este tipo de fíbulas ha sido catalogado por E. Cuadrado como del tipo 4 h («de navecilla con quilla quebrada»)[39]. Igualmente ciertas fí-

TIPOS FIBULAS N.º SEPULTURAS	RESORTE	CORRESPONDENCIA INIESTA-CUADRADO
Variante IA1 SEP. XIX		VIII (Iniesta)
Variante IA2 SEP. IX		X (Iniesta)
Variante IB2 SEP. IX		II (Cuadrado) VI (Iniesta)
Variante IB3 SEP. XXIII		V ó IX (Iniesta)
Variante IB4 SEP. X		X (Iniesta)
Variante IB5 POBLADO		I (Iniesta) I (Cuadrado)
Variante IC1 SEP. XV	(sólo puente)	-----
Variante IC2 SEP. XXXI		IX (Iniesta)
Variante ID1 SEP. XV		X (Iniesta)
Variante ID1(1) SEP. XXXI		VI (Iniesta)
TIPO III SEP. XXXXII	(de tope osculador irreconocible)	-----
SUBTIPO IV A SEP. V		II (Iniesta)

Cuadro 4.— Tipos de resorte. E. 1/1.

bulas que este mismo autor cataloga, en el grupo 5, como de puente romboidal, pensamos que también son relacionables con nuestro tipo I B 4, en concreto, el ejemplar de la sepultura 107 de «El Cigarralejo»[40].

Se hallan ejemplares semejantes en «La Bastida»[41], en la necrópolis de «Las Peñas de Zarra», Valencia[42] y también en tierras andaluzas: necrópolis de «La Illora», (Granada)[43]. Incluso pueden relacionarse con la variante I B 4, los ejemplares de los yacimientos valencianos «La Carencia» de Turís y «El Corral de Saus», Mogente. Iniesta cataloga a la fíbula de La Carencia como del tipo 5[44] y por lo que respecta al ejemplar de El Corral de Saus, E. Pla lo catalogó, igualmente como del tipo 5 de Cuadrado[45].

La *Variante I B 5* (Fig. 2, n.º 2), se caracteriza por estar aquillada longitudinalmente y presentar montantes bífidos en los extremos del puente. En el ejemplar de la Casa del Monte su puente es estrecho y describe una suave incurvación. Los terminales bífidos se abren hacia el interior y la pieza puede relacionarse con los ejemplares encuadrados en el tipo 4 c de E. Cuadrado, aunque este grupo es mucho más genérico; igualmente se relacionan con el tipo 4 c (variante III a) de A. Iniesta.

La variante I B 5, es típica de la que hemos denominado Zona I, aunque también se da esporádicamente en enclaves meseteños, por ejemplo en la sepultura n.º 350 de la necrópolis de «La Osera» (Chamartín de la Sierra, Ávila)[46] o en la necrópolis de «La Olmeda» (Guadalajara)[47]. También aparecen fíbulas de este tipo en la necrópolis de «Aguilar de Anguita». Un ejemplar y un puente aislado de esta necrópolis guardan gran parecido con la fíbula de «La Casa del Monte»[48].

El SUBTIPO I B, es típico de la Zona I, según terminología de E. Cuadrado; aparece en yacimientos donde también se halla la fíbula de timbal hemiesférico; por ejemplo en El Cigarralejo, Cabecico del Tesoro, etc. Incluso también se halla en otros donde igualmente aparece la de tope osculador como La Bastida, Serreta, Covalta, Hoya de Santa Ana, etc.

En general los resaltes van sobre puentes de fíbulas de navecilla aquillada. Son muy escasos los ejemplares de navecilla normal que llevan resaltes. Entre éstos puede citarse el que procede del santuario de «La Fuente del Recuesto», Cehegín[49], y el de la necrópolis de «El Cabecico del Tesoro» en Verdolay, éste con montantes casi rectos o ligeramente angulosos y el vértice mirando hacia afuera sobre puente de forma casi rectangular[50].

Las fíbulas que hemos catalogado como del SUBTIPO I B, llevan en general resorte de charnela de bisagra. Existen, sin embargo algunas excepciones con resorte de muelle, por ejemplo una fíbula de la necrópolis de «Aguilar de Anguita», semejante a las incluídas en nuestra variante I B 5[51]; también algunos ejemplares de la necrópolis de «La Olmeda», parecidos a los incluídos en la variante citada[52].

Hemos individualizado el SUBTIPO I C con la catalogación de ejemplares de «puente de navecilla con formas especiales». En este subtipo introducimos dos variantes: la *I C 1* (Fig. 2, n.º 3), de puente ondulado, y la *I C 2* (Fig. 2, n.º 4), con el puente estrangulado longitudinalmente a ambos lados. Algún ejemplar semejante se halla tanto en la que hemos denominado Zona I (por ejemplo en la necrópolis de «La Illora», Granada[53], en el poblado de «La Bastida de les Alcuses», Valencia[54], etc.) como en la Zona II (necrópolis de «La Osera», Ávila[55], etc.).

Los ejemplares que aparecen en la necrópolis de «La Casa del Monte», en las sepulturas XV y XXXI respectivamente, van siempre asociados a fíbulas de timbal hemiesférico, con charnela de bisagra.

En nuestro SUBTIPO I D, encuadramos las fíbulas de tres piezas y resorte de charnela de bisagra cuyo puente es de timbal hemiesférico, *Variante I D 1* (Fig. 3, n.º1) o elipsoidal, *Variante I D 2*. Consideramos mucho más frecuente la fíbula de timbal hemiesférico como asociada al resorte de charnela de bisagra, pieza muy frecuente en yacimientos de la que hemos denominado Zona I, por ejemplo: en el santuario y en la necrópolis de «El Cigarralejo»[56], en la necrópolis de «El Cabecico del Tesoro», en «El Santuario de la Fuente del Recuesto», etc., todos en la actual Comunidad Murciana; también aparece en el poblado de «La Bastida de les Alcuses»[57] o en la necrópolis de «La Albufereta»[58], por citar algunos yacimientos de la actual Comunidad Valenciana.

Incluso entre este tipo de fíbulas, de timbal hemiesférico, se encuentran los tres ejemplares hallados en la necrópolis de «Las Madrigueras», Carrascosa del Campo, Cuenca[59].

En relación con estas fíbulas del SUBTIPO I D 1 que en la necrópolis de La Casa del Monte se hallan (asociadas a los ejemplares del SUBTIPO I C, como ya hemos señalado) en las sepulturas XV y XXXI, hemos realizado una matización basándonos en el hecho de que el puente de los dos ejemplares no presenta la misma morfología. En el caso de la fíbula de la sepultura XV, es de cazoleta y es resultado del procedimiento técnico de unir tres piezas: la cazoleta y los dos extremos laterales; éstos se sueldan a aquélla superponiéndose (técnica de superposición) y resultando la fíbula de puente en cazoleta hemiesférica con montantes angulares (con el vértice hacia dentro) a ambos lados.

La fíbula de la sepultura XXXI (Fig. 3, n.º 2), aunque es de timbal hemiesférico, no tiene cazoleta y aunque está realizada con el mismo procedimiento que la anterior, los dos extremos laterales del puente no montan sobre él, más bien se unen (técnica de agregación) dejando una especie de hendiduras. Por otra par-

te, el puente es macizo y no hueco como es típico en el timbal hemiesférico de cazoleta. Por todo ello, hemos catalogado a ese ejemplar como perteneciente a la *Subvariedad I D 1 (1).*

Ejemplares de la que hemos catalogado como *Variante I D 2,* de timbal elipsoidal, con charnela de bisagra no se hallan en la necrópolis de La Casa del Monte. Sin embargo, existen fíbulas de este tipo en ambas zonas: «El Cigarralejo», «Serreta de Alcoy», «Bastida», «Hoya de Santa Ana», «Vado de la Lámpara» (Guadalajara), etc. De todas formas, el timbal elipsoidal, creemos que está más en relación con las fíbulas de tope osculador.

TIPO II: Fíbulas de tres piezas y resorte de muelle:

a) puente con sendos agujeros en el pie y en la cabeza para la penetración del anillo, b) aguja unida al resorte de muelle y c) anillo.

Del TIPO II, no existen ejemplares en la necrópolis de «La Casa del Monte». Como dijimos anteriormente, el área del resorte de muelle, esencialmente se circunscribe al territorio situado al norte del río Tajo, sobre todo al área ocupada por las provincias actuales de Guadalajara, Madrid y Ávila. También en Andalucía a las de Sevilla, Huelva y Cádiz.

TIPO III: Fíbulas de tres piezas y resorte de tope osculador:

a) puente, siempre de timbal elipsoidal, unido al anillo y provisto de agujero para la penetración del pasador; b) aguja unida a la charnela de tope osculador, provista igualmente de agujero para la penetración del pasador y c) pasador.

En el TIPO III (Fig. 3, n.° 3), catalogamos a las fíbulas de tres piezas y resorte de tope osculador. El puente es siempre de timbal elipsoidal y va unido al anillo; la aguja va unida a la charnela, de tope osculador. Un pequeño pasador realiza la unión de ambas piezas.

Los ejemplares que nosotros conocemos llevan siempre timbal elipsoidal, sin embargo existen fíbulas de timbal elipsoidal con otro tipo de resorte, el de charnela de bisagra. De ellas ya hablamos anteriormente. Incluso otras fíbulas del mismo tipo de timbal constan de dos piezas: aro y puente unidos y la aguja ligada al resorte de muelle. Un ejemplar de estas características apareció en «El Castro de las Cogotas»[60], donde estaba asociado a otro ejemplar de tope osculador.

Este tipo de fíbula supuso seguramente un perfeccionamiento de las de charnela de bisagra con intermediarios tipológicos inciertos, posiblemente a través de la fíbula de dos piezas (con puente y anillo unidos) y resorte de muelle y que en algunas necrópolis meseteñas se presenta en forma de bellos ejemplares.

Sin embargo la mayor abundancia de esta fíbula en yacimientos alrededor del ramal de la denominada vía Heracleia que en territorios valencianos penetraría hacia Játiva, enlazando por el curso del río Canyoles con Mogente introduciéndose en la submeseta sur bien por Fuente la Higuera o bien por Meca y a través de los llanos albaceteños se dirigiría a Cástulo, parece indicarnos que este tipo de fíbulas es originario de estos yacimientos alrededor de la vía descrita. Entre estos yacimientos pueden citarse el poblado de «La Bastida de les Alcuses»[61], «El Puig»[62] y «La Serreta» de Alcoy, la necrópolis de «La Hoya de Santa Ana»[63], ya en territorio de la provincia de Albacete, etc.

También aparece este tipo de fíbulas en yacimientos próximos a ramales de la citada vía Heracleia. Por ejemplo en la necrópolis de Las Peñas, en Zarra, provincia de Valencia[64]. De manera muchó más esporádica se halla en yacimientos junto a las posibles vías de comunicación prerromanas que enlazarían la meseta albaceteña con territorios de la actual provincia de Cuenca. Es el caso de algún ejemplar aparecido en la Valeria prerromana[65].

Aparece, también muy esporádicamente, en enclaves de la actual zona de Madrid: poblado de «El Cerro Redondo», junto a Fuente el Sanz, provincia de Madrid[66] e incluso más al norte, en el Castro de «Las Cogotas», Ávila, como hemos reseñado anteriormente. También ha aparecido una fíbula de estas características en el poblado prerromano de Ca n'Olive, Cerdanyola (Barcelona)[67].

TIPO IV: Fíbulas de dos piezas y resorte de muelle:

a) puente de formas variables, generalmente bellamente decorado, unido al anillo; b) aguja unida al resorte de muelle que se enrolla a la cabeza del puente y al anillo.

La fíbula de la necrópolis de «La Casa del Monte», la catalogamos como del SUBTIPO IV A (Fig. 3, n.° 4), con el puente de forma de navecilla.

La gran mayoría de estas fíbulas de dos piezas se hallan en yacimientos de la submeseta norte, esto es dentro de la que hemos denominado Zona II, sobre todo en su parte oriental coincidiendo con la franja norte de la provincia de Guadalajara, muy cerca del límite con la provincia de Soria. E. Cabré y J. Morán reconocen la correspondencia de éstas con la zona citada[68].

Ejemplares parecidos han sido hallados en necrópolis meseteñas como las de Valdenovillos, Hijes y Carabias, todas en el norte de la provincia de Guadalajara, muy cerca ya del límite de la provincia de Soria.

El ejemplar de Valdenovillos es también de puente de navecilla, aunque estrecha y lisa. El enrollamiento del resorte es distinto al del ejemplar de la necrópolis de la Casa del Monte[69].

La fíbula de Hijes, es también de puente en navecilla aunque estrecha y como la anterior, lisa. Su resor-

te es asimismo de muelle con un tipo de enrollamiento muy parecido a la de la Casa del Monte, e incluso con el mismo número de vueltas en torno al anillo[70].

La de Carabias es muy semejante al ejemplar de Hijes y por ello, con resorte parecido al ejemplar de la Casa del Monte. Su originalidad reside en el anillo adornado con dos pares de agujeros situados en dos zonas opuestas de aquél[71].

En el Castro de las Cogotas, aparecieron varias fíbulas con el puente y anillo fundidos y resortes de muelle. Los puentes son de navecilla ancha, estrecha y de forma de cinta, respectivamente[72].

NOTAS

1 Sus referencias geográficas se ajustan fielmente a lo reflejado en la hoja n.º 766 del M.T. del Instituto Geográfico y Catastral.

2 I. Ballester: «Avance del estudio de la necrópolis ibérica de la Casa del Monte (Albacete)». Tirada Aparte de los *Cuadernos III-IV del Centro de Cultura Valenciana*, Valencia, 1930.

3 D. Fletcher y E. Pla: *Cincuenta años de actividades del S.I.P. (1927-1977)*. Trabajos Varios del S.I.P., n.º 57, Valencia, 1977, págs. 171-175.

4 Fletcher y Pla: *Op. cit.* nota 3, pág. 171.

5 A. Iniesta: *Las fíbulas de la Región Murciana*. Murcia, 1983, lám. XIII-5.

6 E. Cuadrado: «La fíbula anular hispánica y sus problemas». *Zephyrus*, 8, Salamanca, 1957, pág. 14.

7 Iniesta: *Op. cit.* nota 5, lám. XIII-5.

8 Iniesta: *Op. cit.* nota 5, lám. XIII-5.

9 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6, pág. 14.

10 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6, pág. 52.

11 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6, pág. 8, fig. 2.

12 Iniesta: *Op. cit.* nota 5, pág. 226, lám. XIV.

13 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6, págs. 6-76.

14 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6, págs. 27-30 y mapa pág. 62.

15 Nos basamos en la reseña de R. Navarro: *Las fíbulas en Cataluña*. Instituto de Arqueología y Prehistoria, Universidad de Barcelona, Publicaciones Eventuales, 16, Barcelona, 1970, Fig. 18.

16 Tomamos las referencias de: M. Almagro Gorbea: «La necrópolis de las Madrigueras. Carrascosa del Campo, Cuenca». *Excavaciones Arqueológicas en España*, Madrid, 1965, págs. 69-70. De las siete fíbulas anulares de esta necrópolis, seis son de resorte de charnela de bisagra. También de E. Losada: *La necrópolis del Hierro de Buenache de Alarcón, Cuenca*. Trabajos de Prehistoria del Seminario de Hª Primitiva del Hombre, XX, Madrid, 1966, 71 págs. En este yacimiento todas las fíbulas anulares son de charnela de bisagra. Igualmente de F. Suay: «Los hallazgos arqueológicos de Valeria, 1952-1957». *V Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1957, págs. 244-246 y láms. s/n. Las fíbulas anulares de la Valeria prerromana reseñadas en esta publicación son todas de charnela de bisagra.

17 M. Almagro: «La iberización de las zonas orientales de la Meseta». Simposi Internacional *Els orígens del món ibèric*, Barcelona-Empúries, 1977, págs. 138-144-150. También las fíbulas de la necrópolis de «Olmedilla de Alarcón», Cuenca, denotan semejanzas en cuanto al tipo de resorte y configuración de los puentes con las de la Zona I. Se reflejan en la pág. 142, fig. 25, de esta publicación que citamos.

18 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6.

19 De entre ellos citamos: E. Cuadrado: «Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica». *Trabajos de Prehistoria*, VII, Madrid, 1963; E. Cuadrado: *Fíbulas anulares de tope osculador*. Publicaciones del Seminario de Hª y Arqueología de Albacete, Albacete, 1962, págs. 75-89.

20 Navarro: *Op. cit.* nota 15, págs. 98-101.

21 Iniesta: *Op. cit.* nota 5.

22 E. Cuadrado: *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo, Mula, Murcia*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, Madrid, 1987; por ej. el ejemplar de la sep. 249, pág. 455, fig. 190-6.

23 J. Molina y J. Nordström: *Coimbra del Barranco Ancho*. Trabajos Varios S.I.P., 52, Valencia, 1976, pág. 67, fig. 43-274.

24 J. Senent: «La necrópolis de El Molar, Alicante». *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 107, Madrid, 1930, lám. XI-3.

25 D. Fletcher, E. Pla, E. Alcácer: *La Bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia)*. Trabajos varios del S.I.P., 24, Valencia, 1965, dpto. 57, pág. 28, fig. 11.

26 P. Paris: *Essai sur l'Art et l'Industrie de L'Espagne Primitive*. París, 1903, Vol. I-II, pág. 266, fig. 4000.

27 Paris: *Op. cit.* nota 26, pág. 266.

28 Almagro: *Op. cit.* nota 16, sep. XXXI, págs. 53-54, fig. 34-4.

29 J.L. Argente: «Las fíbulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita». *Trabajos de Prehistoria*, 31, Madrid, 1974, pág. 181, fig. 11, 3-7, para los dos ejemplos de charnela de bisagra.

30 D.B. Taracena: «Excavaciones en la provincia de Soria. La necrópolis de La Mercadera». *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 119, Madrid, 1932, sep. 59, lám. XI-59.

31 Navarro: *Op. cit.* nota 15, págs. 99 y 100.

32 J.M. Blázquez: «Cástulo I». *Acta Arqueológica Hispánica*, 8, Madrid, 1975, citamos el ej. de la sep. V, págs. 146-147, fig. 78-17.

33 A. Arribas y F. Molina: «La necrópolis ibérica del Molino de Caldoña». *Oretania*, 28-33, Linares, 1969, sep. 1, pág. 168, fig. XVIII-1.

34 Iniesta: *Op. cit.* nota 5, pág. 136, lám. XVIII, fig. 164.

35 Iniesta: *Op. cit.* nota 5, sep. 400, pág. 149, lám. XXII, fig. 196.

36 Iniesta: *Op. cit.* nota 5, sin sep. determinada, págs. 154-155, lám. XXVI, fig. 212.

37 Fletcher, Pla, Alcácer: *Op. cit.* nota 25, dpto. 53, pág. 20, fig. 11.

38 J. Cabré y F. Motos: «La necrópolis ibérica de Túrugi (Galera)». *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, Madrid, 1920, sep. 11, pág. 25. (Situamos en esta sepultura la fíbula, con muchas dudas, basándonos en los datos de esta publicación.)

39 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6, pág. 14.

40 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6, pág. 13, fig. 5-3.

41 Fletcher, Pla, Alcácer: *Op. cit.* nota 25, dpto. 36, pág. 179. fig. 16.

42 J.M. Martínez: «La necrópolis de las Peñas de Zarra, Valencia». *A.P.L.*, XIX, Valencia, 1989, sep. 2, pág. 8, figs. 12-13.

43 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6, pág. 29, fig. 18,6.

44 Iniesta: *Op. cit.* nota 5, pág. 168.

45 E. Pla: «La necrópolis ibérica de empedrado tumular de Corral de Saus, Mogente, Valencia». *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975, pág. 729.

46 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6, pág. 33, fig. 42-4.

47 R. García: «La necrópolis de Olmeda, Guadalajara». *Wad-Al-Hayara*, 7, Guadalajara, 1980, pág. 23, fig. 4,6.

48 Argente: *Op. cit.* nota 29, pág. 189, fig. 12-4 y pág. 191, fig. 12-5.

49 Iniesta: *Op. cit.* nota 5, págs. 157-158, lám. XXIII, fig. 220.

50 Iniesta: *Op. cit.* nota 5, sep. 261, pág. 160, lám. XXVIII, fig. 225.

51 Argente: *Op. cit.* nota 29, pág. 187, fig. 12-3.

52 García: *Op. cit.* nota 47, pág. 23, fig. 4-4.

53 Cuadrado: *Op. cit.* nota 6, pág. 29, fig. 18,5.

54 Fletcher, Pla, Alcácer: *Op. cit.* nota 25, dpto. 14, pág. 84, fig. 9.

55 J. Cabré, E. Cabré, A. Molinero: «El castro y la necrópolis del hierro céltico de Chamartín de la Sierra. Ávila». *Acta Arqueológica Hispana*, 5, Madrid, 1950, pág. 148, lám. XIX. (De esta fíbula desconocemos el tipo de resorte, posiblemente sea de charnela de bisagra.)

56 Cuadrado: *Op. cit.* nota 22, sep. 79, págs. 202-205, fig. 94-7.

57 Fletcher, Pla, Alcácer: *Op. cit.* nota 25, dpto. 29, pág. 152, fig. 4.

58 F. Rubio: «La necrópolis ibérica de la Albufereta». *Academia de Cultura Valenciana*, 11, Valencia, 1986, sep. L-45, pág. 174, fig. 173.

59 Almagro Gorbea: *Op. cit.* nota 16, sep. X, pág. 33-34, fig. 19-10 y 11 (2 ejemplos); sep. XXII, págs. 43-44, fig. 28-4 (1 ejemplo).

60 J. Cabré: «Excavaciones de las Cogotas, Cardeñosa (Ávila). I, El Castro». *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades,* 110, Madrid, 1930, lám. LVIII.

61 Fletcher, Pla, Alcácer: *Op. cit.* nota 25, citamos tres fíbulas aparecidas respectivamente en: dpto. 12, pág. 77, fig. 13; dpto. 34, pág. 172, fig. 8 y en el dpto. 100, pág. 332, figs. 305, 306, 307.

62 V. Pascual: «El poblado ibérico de El Puig de Alcoy». *Archivo de Prehistoria Levantina,* III, Valencia, 1952, pág. 9, fig. 7.

63 Los ejemplares de esta necrópolis proceden de las sepulturas 0 y 113: F. Cisneros: *La necrópolis ibérica de La Hoya de Sta. Ana.* Tesis de Licenciatura inédita, Valencia, 1973, pág. 19, lám. XXXV, 14 y pág. 51, lám. XXXVII-0.

64 Martínez: *Op. cit.* nota 42; de esta necrópolis proceden dos ejemplares hallados en las sepulturas 9 y 16: pág. 10, figs. 22-23 y págs. 12 y 13 figs. 32-33 respectivamente.

65 Suay: *Op. cit.* nota 16, fíbula no descrita en el texto aunque aparece en lám. s/n.

66 C. Blasco y M.A. Sánchez: «Informe preliminar sobre el yacimiento de Cerro Redondo (Fuente el Sanz, Madrid)». *Noticiario Arqueológico Hispánico,* 20, 1985, pág. 34, lám. 7-41.

67 Navarro: *Op. cit.* nota 15, págs. 99-100.

68 E. Cabré y J. Morán: «Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental Hispánica». *Revista de la Universidad Complutense, Homenaje a García Bellido,* III, Madrid, 1977, pág. 135.

69 Cabré y Morán: *Op. cit.* nota 68, pág. 135, fig. 11.8.

70 Cabré y Morán: *Op. cit.* nota 68, pág. 35, fig. 15.6.

71 Cabré y Morán: *Op. cit.* nota 68, pág. 135, fig. 16.9.11.

72 Cabré: *Op. cit.* nota 60, pág. 90, láms. LXVII, LXVIII.

Rafael Pérez Mínguez*

ACICATES IBÉRICOS DEL MUSEO DE PREHISTORIA DE VALENCIA

I. INTRODUCCIÓN

No se sabe a ciencia cierta el momento en que empieza a usarse la espuela, pero es presumible que ello sucediera tan pronto como el hombre empleó el caballo como montura. Conviene advertir que el caballo, como animal doméstico, se conoce desde periodos anteriores, cuando menos desde la Edad del Bronce, y algunos investigadores sospechan que se pudiera haber utilizado como montura, tiro y arrastre, por lo que algún tipo de acicate se pudo utilizar, aunque, por el momento, no exista constancia documental. En este sentido sí conviene destacar el reciente hallazgo de parte de un freno de caballo hecho de asta en el poblado de Fuente Álamo (Schubart y Arteaga, 1980: 273, fig. 12) o la interpretación dada a los llamados silbatos celtibéricos (Escudero y Balado, 1990).

El objeto de la espuela es estimular al animal y al mismo tiempo que las manos del jinete queden libres. Es de suponer que antes de emplearse las espuelas de metal, se fabricaran con materiales como la madera o el hueso, pero hasta la fecha no se han encontrado restos. La espuela se ceñía al talón por medio de una correa que pasaba por dos orificios situados en cada extremo de aquella.

Entre las modalidades de espuela, el acicate (espuela provista de una punta aguzada) es el que aparece en los yacimientos ibéricos y el objeto de nuestro estudio.

Tanto los griegos como los romanos usaban únicamente la espuela en un pie, cosa que no ocurre, por ejemplo, con el pueblo ibero, como lo demuestra la serie de dibujos de jinetes procedentes del Tossal de Sant Miquel de Llíria (Ballester et alii, 1954: 110, figs. 385 a 393).

Sabemos la gran estima del pueblo ibero por el caballo (Fletcher, 1968: 49) y por lo tanto es común en excavaciones realizadas en poblados la aparición de bocados, acicates, etc. (Grangel y Estall, 1990: 219, fig. 4 y Quesada, 1989, vol. II, pág. 25 y 160). Nuestro propósito es analizar algunos acicates procedentes de los poblados de la Bastida de les Alcuses de Moixent, del Tossal de Sant Miquel de Llíria y del Puntal dels Llops, así como los otros dos del yacimiento inédito de La Atalayuela de Chelva.

Los acicates de La Atalayuela se han estudiado gracias a la colaboración del arqueólogo José Manuel

* Servicio de Investigación Prehistórica, Diputación de Valencia.

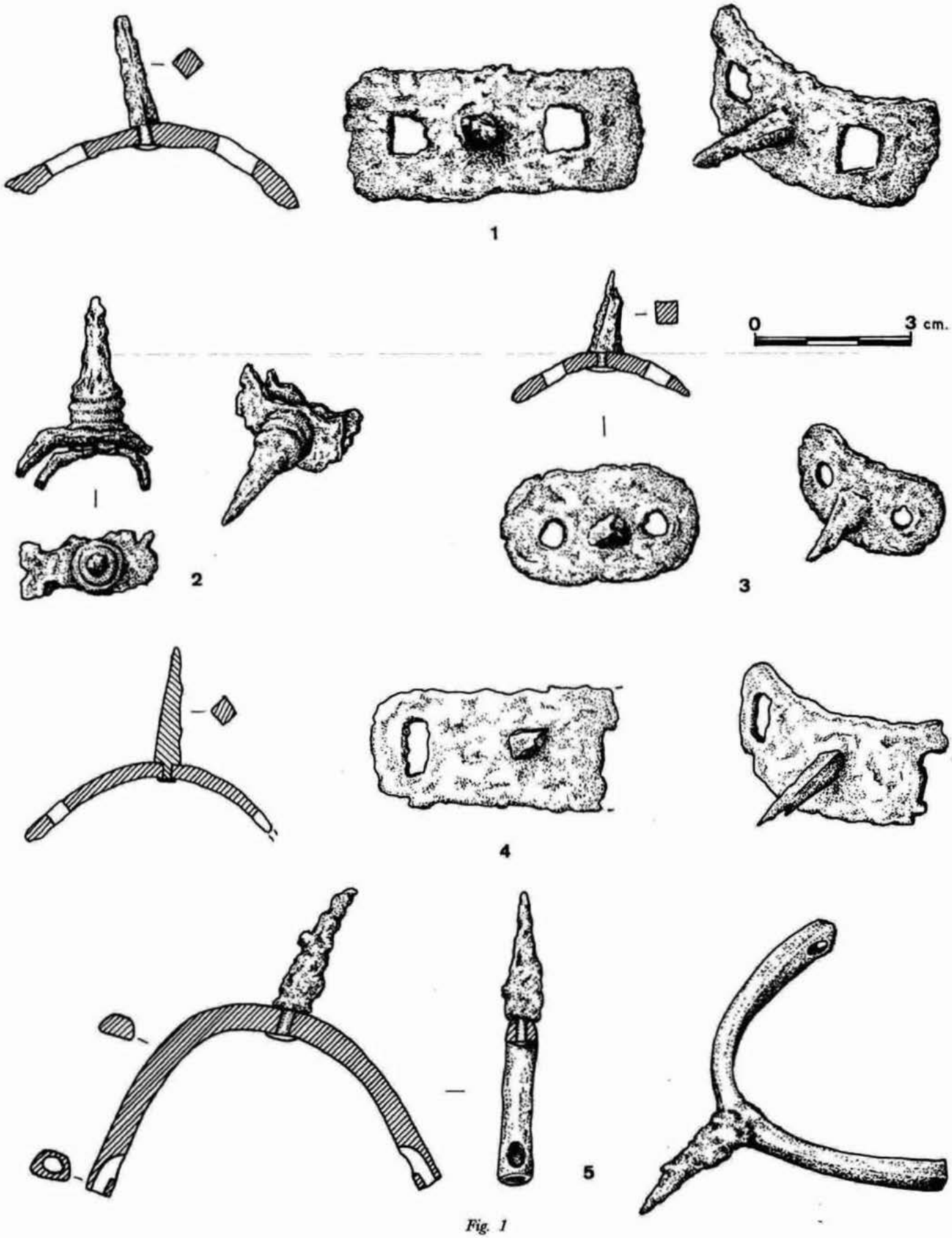


Fig. 1

Martínez García. Colaboración que también agradecemos a Helena Bonet Rosado por los del Tossal de Sant Miquel de Llíria y los del Puntal dels Llops de Olocau, estos últimos procedentes de las excavaciones de Helena Bonet y Consuelo Mata (Bonet y Mata, 1981).

II. LOS ACICATES ESTUDIADOS

A. BASTIDA DE LES ALCUSES (MOIXENT, VALENCIA)

1.—Acicate de hierro procedente del Departamento 236 y aparecido en las excavaciones realizadas durante la 4.ª campaña que tuvo su inicio el 26 de junio de 1931 y que finalizó el 28 de julio del mismo año.

Está completo aunque bastante oxidado. Los orificios o varrileras son cuadrados. Cronología del siglo V-IV a. de C. Número de Catálogo: 1037.

Las medidas son:

longitud:	6'5 cm	dimensiones de los orificios:	0'8 cm
anchura:	2'5 cm	abertura para el talón:	5'0 cm
grosor:	0'4 cm	longitud del espigón:	2'2 cm

2.—Acicate de hierro aparecido en la Calle W durante las excavaciones realizadas entre 1928 y 1931. Las planchas que rodean al talón casi han desaparecido y están formadas por dos láminas unidas. El espigón está completo y presenta la base moldurada. Cronología, siglo V-IV a. de C.

Las medidas son:

longitud:	3'5 cm	abertura para el talón:	1'9 cm
anchura:	0'8-1'2 cm	longitud del espigón:	2'6 cm
grosor:	0'7 cm		

3.—Acicate de hierro aparecido en las excavaciones realizadas en 1931. Las planchas están en perfecto estado; el espigón se encuentra bastante deteriorado por oxidación e inclinado con respecto a la plancha. Los orificios son circulares. Cronología siglo V-IV a. de C. Número de Catálogo: 1558.

Las medidas son:

longitud:	4'0 cm	diámetro de los orificios:	0'4 cm
anchura:	2'3 cm	abertura para el talón:	3'3 cm
grosor:	0'3 cm	longitud del espigón:	1'6 cm

4.—Acicate de hierro procedente de las excavaciones realizadas desde 1927 a 1931, encontrándose al Oeste de los Departamentos 47, 48 y 58. La plancha está fracturada a la altura del orificio. El espigón, aunque bastante deteriorado por oxidación, parece completo. Los orificios son rectangulares. Cronología siglo V-IV a. de C. Número de Catálogo: 1570.

Las medidas son:

longitud:	5'8 cm	dimens. orificios:	1'1×0'4 cm
anchura:	2'4 cm	abertura para el talón:	4'5 cm
grosor:	0'3 cm	lontitud del espigón:	2'3 cm

B. TOSSAL DE SANT MIQUEL (LLÍRIA, VALENCIA)

5.—Acicate con ramas de bronce y espigón de hierro. Las ramas están en bastante buen estado, siendo su sección semicircular. El espigón, aunque completo, padece un grave proceso de oxidación y sufre un desplazamiento con respecto a la parte media de las ramas. Los orificios son circulares pero no perforan completamente a las ramas, sino que tienen comunicación con otros orificios que están situados en la base del inicio de las ramas. Número de Catálogo: 2796.

Las medidas son:

longitud:	10'5 cm	diámetro de los orificios:	0'4 cm
anchura:	0'7 cm	abertura para el talón:	5'9 cm
grosor:	0'5 cm	longitud del espigón:	2'5 cm

C. PUNTAL DELS LLOPS (OLOCAU, VALENCIA)

6.—Acicate de bronce, procedente del Departamento 4, Capa 3. Está formado por una gruesa y ancha plancha de bordes en resalte exterior, con un buen estado de conservación y extremos provistos de dos resaltes a modo de asas rectangulares para el enganche de la correa. En la parte cóncava interna existe un fragmento informe de hierro que se encuentra fuertemente adherido a la misma. El espigón hoy suelto y anteriormente adherido, es grueso y robusto con molduras y alma de hierro que posiblemente constituiría el extremo acuminado del mismo y que seguramente perforaba la plancha y lo fijaba a la misma. Cronología desde finales del siglo III a inicios del II a. de C.

Las medidas son:

longitud:	9'3 cm	dimens. orificios:	0'7×0'3 cm
anchura:	3'0 cm	abertura para el talón:	4'8 cm
grosor:	0'3 cm	longitud del espigón:	1'7 cm

7.—Acicate de bronce, que hace pareja con el anterior, procedente del mismo departamento y capa. El espigón también está suelto, faltándole la parte final.

Las medidas son:

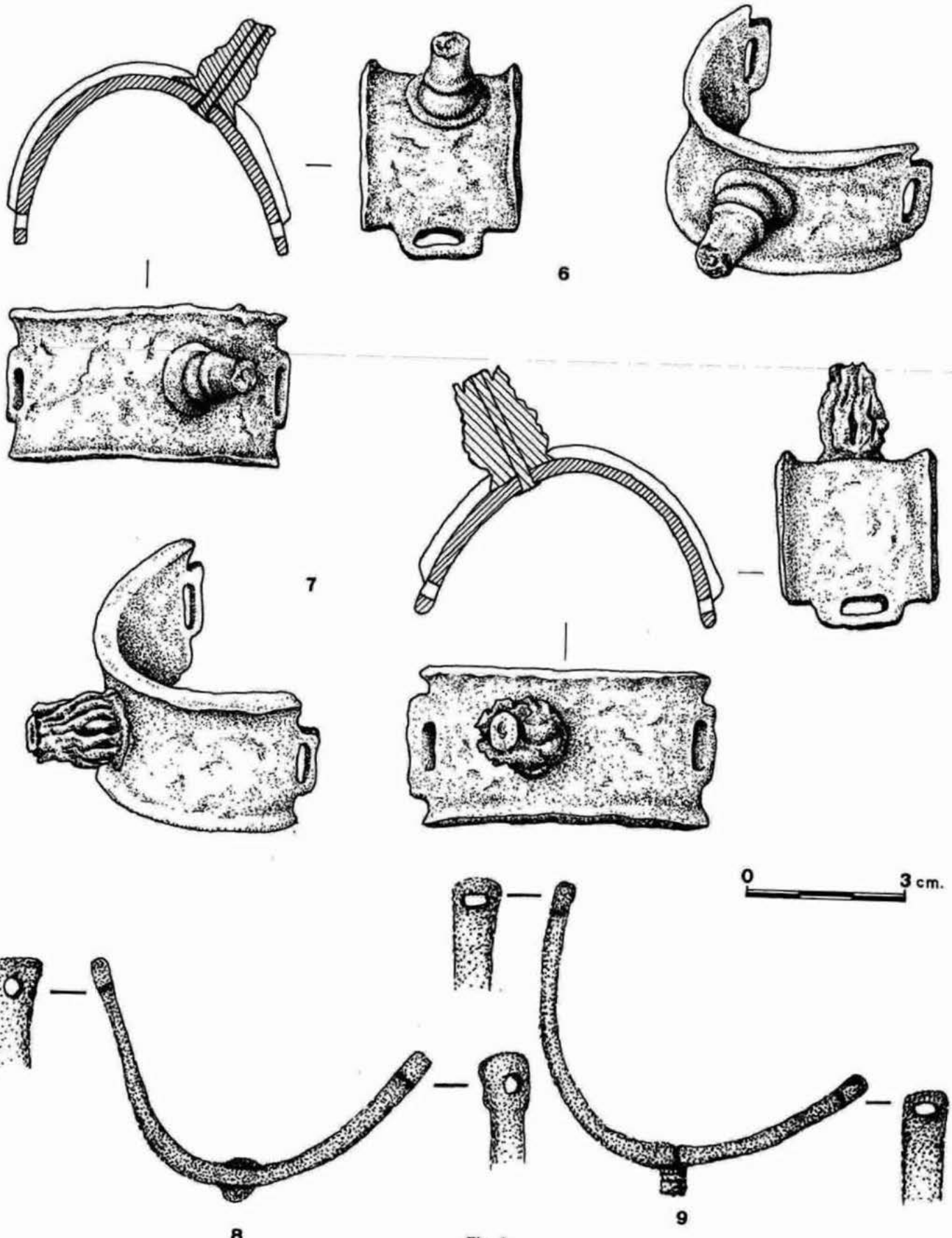


Fig. 2

longitud:	9'2 cm	dimens. orificios:	0'7x0'3 cm
anchura:	3'0 cm	abertura para el talón:	5'3 cm
grosor:	0'3 cm	longitud del espigón:	2'1 cm

D. LA ATALAYUELA (CHELVA, VALENCIA)

Los próximos acicates provienen del yacimiento inédito de la Atalayuela, situado en el término municipal de Chelva (Valencia) y cuyas coordenadas son:

39° 40' - 39° 41' lat. N.
2° 36' - 2° 37' long. E.

De difícil acceso, se ubica en la cima del monte Ayalayuela. Visitado por clandestinos que han dejado huellas de excavaciones fraudulentas.

Es un asentamiento con evidencias cerámicas de la Edad del Bronce, I Edad del Hierro, Época Ibérica y Romana Republicana e Imperial.

Hay restos de muros y habitaciones; se ha hallado cerámica estampillada, a torno, ibérica y romana. También han aparecido fíbulas del tipo Aucissa.

Pudiera tratarse, en lo que a Época Romana se refiere, de un asentamiento de tipo militar-defensivo, que controlaba el paso de las tierras de Aragón a la Plana de Utiel. De hecho, este yacimiento está muy próximo al antiguo camino de Utiel a Chelva.

Los dos acicates, objeto del estudio, se encuentran en colecciones particulares.

8.—Este acicate tiene las ramas de bronce, bien conservadas; el espigón está remachado y es de hierro, habiéndose perdido parte de él por oxidación. Los orificios son circulares.

La parte próxima a los orificios sufre un ligero ensanchamiento.

Las medidas son:

longitud:	10'3 cm	diámetro de los orificios:	0'3 cm
anchura:	0'7 cm	abertura para el talón:	6'1 cm
grosor:	0'3-0'4 cm	longitud del espigón:	0'3 cm

9.—Todo el acicate es de bronce. La rama está fragmentada en la unión con el espigón; se ha perdido parte de él, teniendo dos acanaladuras que lo rodean. Los orificios son rectangulares.

Las medidas son:

longitud:	10'8 cm	dimens. orificios:	0'4x0'2 cm
anchura:	0'7-0'9 cm	abertura para el talón:	6'4 cm
grosor:	0'3-0'4 cm	longitud del espigón:	0'5 cm

Cronológicamente los podríamos situar entre el siglo III y II a. de C.

III. TIPOLOGÍA

Del análisis del material estudiado se desprende la existencia, tipológicamente hablando, de tres tipos de acicates:

Tipo I: El de ancha plancha de bronce o hierro con las variantes siguientes:

a: Con orificios en la propia plancha.
b: Con resaltes a modo de asas.

Tipo II: El de ramas, también de hierro o de bronce, con orificios en los extremos de ambas.

Ambos corresponden al Tipo I de Cuadrado (Cuadrado, 1979) desdoblado aquí por las particulares y distintas características que obligan a su diferenciación.

Tipo III: Corresponde al II de Cuadrado, únicamente conocido en El Cigarralejo, hasta el momento.

IV. CONCLUSIONES

Nos encontramos ante un objeto singular que nos proporciona inestimables datos para conocer la avanzada tecnología tanto en la factura del bronce como en la del hierro y la introducción de un elemento como es el arte del diseño y su evolución, que nos sugiere, a través de la cronología aplicada a los acicates estudiados, una evolución desde los tipos más antiguos de La Bastida, hasta los más refinados del Tossal de Sant Miquel o de La Atalayuela ya rozando la Romanización.

Al mismo tiempo nos hablan de un complemento para una de las actividades más caras dentro del mundo ibérico, la hípica, de donde el gran aprecio al caballo, no como animal de carga sino como un animal de lujo y de ostentación, tal como se representa en los vasos de Llíria.

V. BIBLIOGRAFÍA

Ballester Tormo, I. et alii (1954): *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria.* C.S.I.C.-Diputación de Valencia, Madrid.

Bonet, H. y Mata, C. (1981): *Poblado ibérico del Puntal dels Llops (El Colmenar), (Olocau-Valencia).* Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, n.° 71, Valencia.

Cuadrado, E. (1979): «Espuelas ibéricas». *XV Congreso Arqueológico Nacional,* Zaragoza, págs. 735-740.

Escudero Navarro, Z. y Balado Pachón, A. (1990): «Sobre los llamados silbatos celtibéricos. Una propuesta de interpretación». *Trabajos de Prehistoria,* 47, Madrid, págs. 235-250.

Fletcher, D. et alii (1965): *La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia), I.* Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, n.° 24, Valencia.

FLETCHER, D. et alii (1969): *La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia), II.* Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, n.º 25, Valencia.

GRANGEL NEBOT, E. y ESTALL I POLES, V. (1990): «Armamento ibérico de la necrópolis de Orleyl (La Vall d'Uixó, Castellón)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses,* 13, 1987-1988, Castellón.

QUESADA SANZ, F. (1989): *Armamento, Guerra y Sociedad en la Necrópolis Ibérica de «El Cabecico del Tesoro» (Murcia, España).* BAR International Series 502, Oxford.

SCHUBART, H. y ARTEAGA MATUTE, O. (1980): «Fuente Álamo. Excavaciones de 1977». *Noticiario Arqueológico Hispánico,* 9, Madrid.

Emeterio Cuadrado*

DOS NUEVOS VASOS RITUALES DE BRONCE DE «EL CIGARRALEJO»

Una tumba de las excavaciones de 1983, la n.º 247, aporta extraordinarios materiales metálicos que permiten ampliar el estudio de los vasos de bronce hasta ahora encontrados en esta necrópolis ibérica murciana.

Se trata de la tumba de un guerrero de categoría, con armas de hierro de gran calidad, entre las que destacan las armas corrientes (falcata, lanza, manilla de escudo) y un casco especial de ceñir a la cabeza con guardanuca, publicado en el Homenaje al Prof. Schule de la Universidad de Friburgo.

Pero además también contenía dos vasos de bronce, destruidísimos, y una sítula del mismo metal (también a punto de publicarse en el Homenaje al Prof. Maluquer de Motes).

Los citados vasos de bronce son un cuenco y un vaso ritual de los llamados «de asas de manos», de los que publicamos un repertorio bastante completo en 1966[1].

El cuenco es un recipiente poco profundo y circular, de fondo plano y borde regrosado con un cordón fino. El diámetro es de 24 cm. y la profundidad de 5'3 cm. (fig. 1, 3).

El recipiente con asas de manos (fig. 1, 1) tiene entre 26 y 27 cm. de diámetro: borde formado por un doblez de chapa del cuerpo que forma una superficie plana de 2'6 cm. de anchura y 0'4 de grosor. El doblez por el exterior tiene 1'4 cm. de ancho, de modo que queda por dentro una pestaña de 0'4 cm. de saliente.

El soporte de las dos asas está formado por un cuerpo macizo, plano por dentro y curvo por el exterior terminado en sendas manos de cinco dedos de igual longitud a excepción del pulgar, que es aguzado. La longitud de estas manos es de 8 cm. Entre mano y cuerpo un anillo con rebajes en los extremos, junto a las manos, sirve para soportar y permitir el giro de las asas. El soporte (dos opuestos) se une al cuerpo del vaso por tres remaches: uno en el centro y dos en los dorsos de las manos, que sobresalen por dentro. El total de su longitud es de 33'8 cm.

Las asas son de varillas de sección circular o cuadrada, de 0'6 cm. de diámetro ó 0'5 cm. de lado del cuadrado. Son de las llamadas «de omega» con los extremos en forma de bellota, de 4'4 cm. de longitud. La parte que gira dentro de las anillas es siempre de sección circular y el resto cuadrado o circular.

* C/. Alcalá, 108. 28009 Madrid.

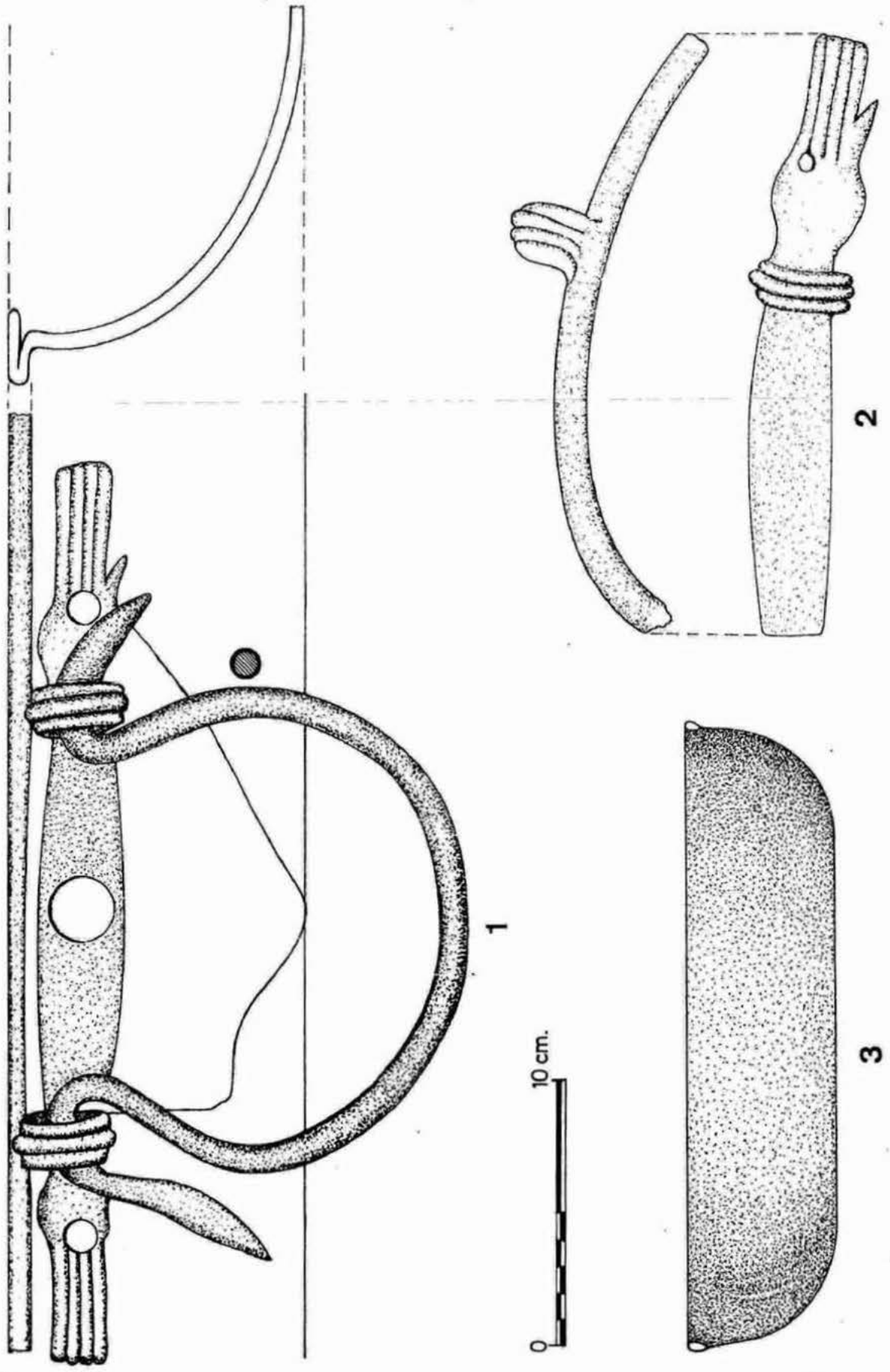


Fig. 1

El fondo plano del vaso se une al borde por una zona curva de la chapa, y se obtiene una profundidad aproximada de 4'7 cm.

El cuenco no tiene nada de particular en la forma, pero el vaso ritual es una pieza análoga a la de la tumba n.º 57, ya publicada[2]. Comparando ambas piezas podemos considerarlas idénticas, y por tanto estimarla como perteneciente al tipo 2 o ibérico de nuestra tipología. Posiblemente ambas piezas son de la misma procedencia.

Como en otros muchos casos, la pieza de la T. 478, se acompaña en el ajuar de la sítula ya mencionada, por lo que el destino de ambas piezas nos afirma en el oficio de una ablución ritual, o de una libación sagrada.

La datación de los vasos es la de la T. 57, pues todos los demás elementos del ajuar tiene la misma datación, es decir, fines del siglo V, o siglo IV antes de Cristo.

Salvador Rovira ha realizado ensayos de espectrometría por fluorescencia de rayos X de la superficie. Los resultados para las tres piezas, expresados como tanto por ciento de su peso, son los siguientes:

T.	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Au	Pb	
87	0'148	0'067	81'65	—	0'218	—	8'275	0'339	—	9'128	B
478	0'671	0'322	83'20	—	—	0'053	14'84	0'281	—	0'503	B
478	0'515	—	57'08	—	—	0'041	12'85	0'248	—	29'18	B
478	0'205	0'48	91'75	—	0'100	9'004	7'41	0'015	—	0'017	A
478	0'371	0'139	89'71	—	0'100	0'009	9'697	0'013	—	0'022	A
478	0'370	0'271	89	—	—	0'006	10'17	0'033	—	0'048	A
478	0'229	0'159	88'46	—	0'100	0'004	10'96	0'014	—	—	
478	0'290	0'077	87'75	—	—	0'088	9'522	0'020	—	1'323	B
478	0'879	0'154	87'47	—	—	0'003	10'85	0'041	—	0'630	B
478	0'319	0'154	87'39	—	—	0'006	10'63	0'033	—	1'373	B

La cantidad de estaño tanto en el braserillo como en el cuenco, es de alrededor de 10, mientras que de plomo en el borde es de 0'6 a 1'37. En cuanto al arsénico, el cuenco tiene de 0'2 a 0'4. El cobre varía de 87 a 89. El material ha perdido casi totalmente el metal puro, y queda casi exclusivamente el óxido.

La fabricación de los objetos se ha hecho con una chapa o palastre, acabando las partes planas (laterales y fondo) con un trabajo de martillo. Los bordes de los braserillos también se rematan con un doblado a martillo, y las piezas de soporte de las asas son fundidas.

Hay que observar principalmente las cantidades de plomo, estaño y antimonio para sacar conclusiones. En nuestro caso, se acumula el plomo en los bordes y piezas fundidas (asas y bordes) y lo mismo ocurre con el estaño, en cambio el cobre sigue siendo el de mayor porcentaje.

En cuanto a la semejanza de los dos braserillos, es tal que pueden suponerse del mismo taller, y empieza por sus dimensiones. El análisis da también características parecidas, por lo que la pieza hay que fecharla en la misma época que la del braserillo de la tumba 57, del 410 al 375 antes de Cristo.

Las razones que expusimos al describir la tumba 57 se repiten ahora. El ajuar va acompañado por una sítula de bronce, para verter líquidos en algún ritual, pero con un ajuar de guerrero importante. Pensamos en un guerrero con elevada clase y un nivel, en la sociedad de su tiempo, de tipo sacerdotal.

NOTAS

1 E. Cuadrado: «Repertorio de los recipientes rituales metálicos con 'asas de manos' de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, XXI, Madrid, 1966.

2 E. Cuadrado: «Una interesante tumba ibérica». *Archivo de Prehistoria Levantina*, III, Valencia, 1952, pág. 117.
E. Cuadrado: *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo*. Madrid, 1987.

Lorenzo Abad Casal*

TERRACOTAS IBÉRICAS DEL CASTILLO DE GUARDAMAR

1. DESCRIPCIÓN DE LA EXCAVACIÓN

Entre los días 2 y 7 de septiembre de 1981, y al tiempo que comenzaban las excavaciones en El Oral, un equipo codirigido por Manuel Bendala y por quien esto suscribe, y compuesto por Miguel Ángel Elvira y Gloria Mora, de la Universidad Complutense, Socorro Viada, María Luisa Ramos y José Ignacio Pellón, de la Universidad Autónoma de Madrid, y M.ª Dolores Sánchez de Prado, de la de Alicante, llevó a cabo varios sondeos arqueológicos en la parte suroccidental de la meseta superior del Castillo de Guardamar (fig. 1) y una exploración de la ladera correspondiente; en esta última intervinieron también otros alumnos de la Universidad de Alicante.

El planteamiento de la excavación estuvo motivado por el hallazgo en esta parte del castillo de varias terracotas ibéricas en forma de cabeza femenina, que pudimos conocer a través de Antonio García Menárguez y Manuel de Gea Calatayud, miembros del Grupo Arqueológico de Rojales y alumnos de Historia de la Universidad de Alicante. El estudio preliminar del terreno nos proporcionó cerámica muy variada, desde época ibérica hasta el siglo XIX, lo que parecía presagiar la existencia de niveles bastante revueltos. Sabíamos además por los planos antiguos, y en concreto por uno de 1757 que nos proporcionó el vecino de Guardamar D. José García Amorós, que en esta zona se había ubicado un cuartel de caballería destruído como el resto del pueblo tras el terremoto de 1829. Sin embargo, la existencia en este área de una superficie bastante llana, y los muchos restos cerámicos visibles en superficie, nos decidió a realizar unos sondeos arqueológicos con la intención de reconocer el posible lugar de procedencia de las terracotas y comprobar si merecería la pena planear, con este objetivo, una campaña de excavación más larga y ambiciosa.

Para ello se despejó un sector de doce por ocho metros junto al borde suroccidental de la muralla, en el que se trazaron seis cuadros de cuatro por cuatro metros (A1, A2, B1, B2, C1 y C2), dispuestos dos a dos y subdividido cada uno en dos sectores, identificados con las letras a y b (fig. 2). Se comenzó a excavar en A1b, A2b, B1a, B2a y C1b, y muy pronto quedó constatado en todos ellos un nivel superficial de relleno mo-

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Alicante.

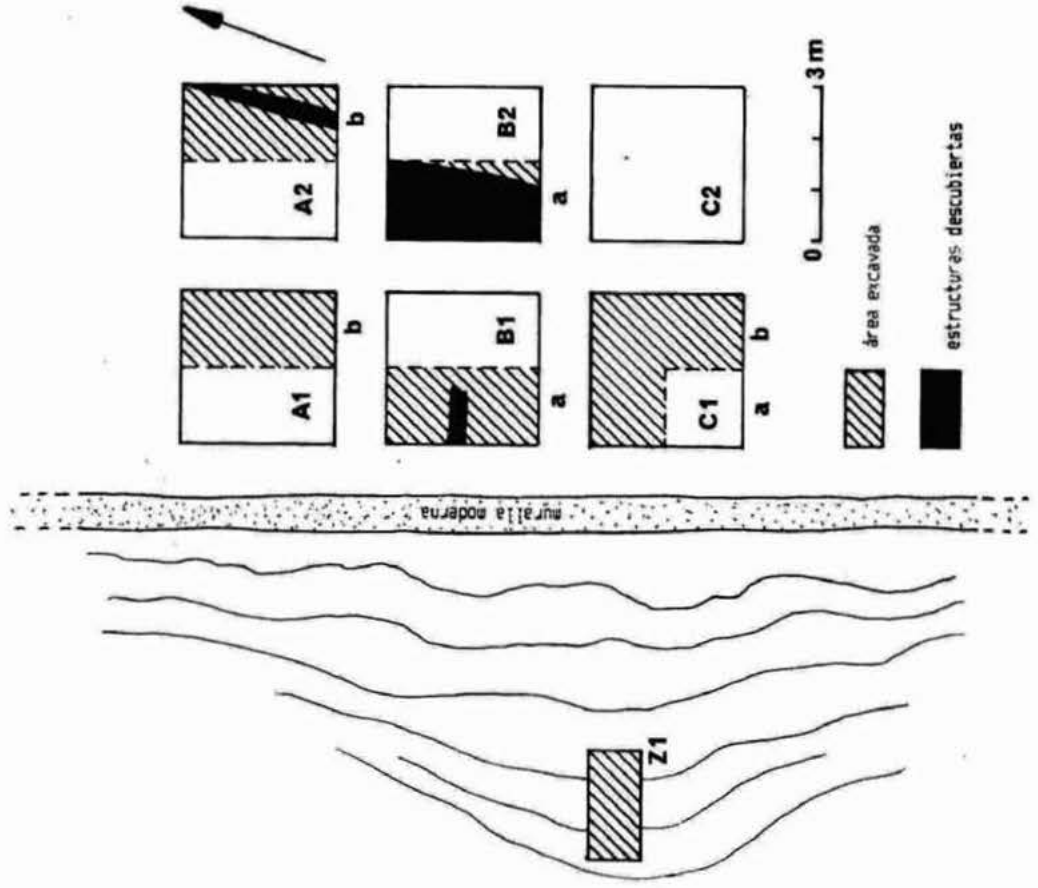


Fig. 2.— Planteamiento de la excavación

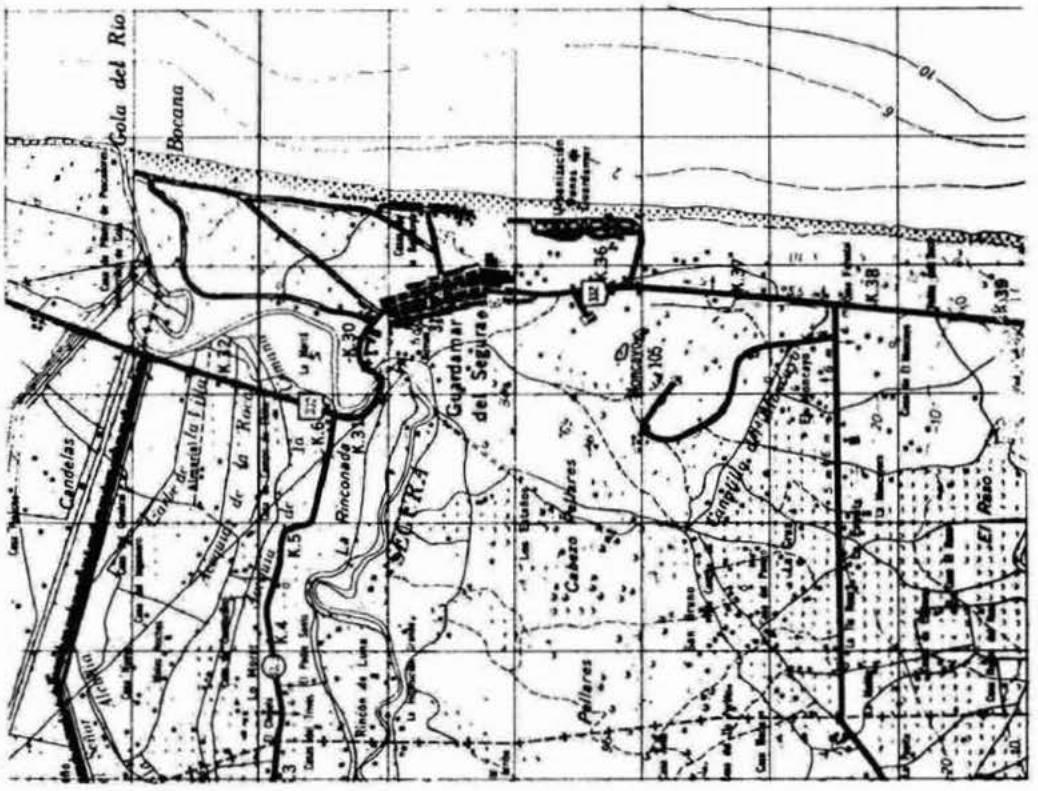


Fig. 1.— Plano topográfico con indicación del emplazamiento de la excavación

derno, con numerosos fragmentos cerámicos antiguos y modernos.

En A1b se detectó un muro de mampostería recibida con cal, que correspondía a un nivel 1 con una gran mezcolanza cerámica, desde la helenística de barniz negro hasta la del siglo XIX, junto con un sextercio de Alejandro Severo datado entre los años 231 y 235[1]. Bajo este nivel apareció ya la roca.

A2b nos proporcionó por debajo del nivel superficial una amplia capa de cal que buzaba en dirección oeste. Correspondía a la bóveda de una cisterna, parcialmente rota, que se continuaba en B2a. D. José García Amorós nos informó de que esta zona era conocida años atrás como «campo de las cisternas», y que entonces aún era posible descender a ellas, que se encontraban parcialmente colmatadas, hasta que el propietario del terreno decidió taparlas para evitar un accidente. Por un resquicio abierto en la parte de la bóveda descubierta en este cuadro se pudo comprobar que aún hoy la cisterna se encuentra colmatada sólo en parte.

B2a: por debajo del nivel superficial característico apareció el nivel 1, con muchos restos de cal y piedra, que cubría la bóveda de la cisterna observada en A2b.

B1a y C1a: niveles superficial y 1 y, por debajo, la roca. En B1a, vestigios de un muro muy destruído.

Parece evidente, por tanto, que los estratos antiguos habían sido barridos muchos años atrás, ya que sobre la roca virgen se asentaban niveles de relleno moderno con materiales muy revueltos. Donde no se encuentra la roca virgen tropezamos con la bóveda de los aljibes, que deben estar recortados en la propia roca. El resultado arqueológico fue, por tanto, completamente nulo.

Para completar la excavación, realizamos un pequeño sondeo de uno por dos metros en la ladera inmediata, de forma perpendicular a la muralla. El material arqueológico aparece también revuelto, en una capa superficial de unos 20-30 cm, y desaparece a medida que se profundiza, hasta llegar a ser totalmente estéril. Parece evidente, por tanto, que, al menos en este área, el material arqueológico existente en la ladera (cerámica ibérica y un fragmento de pebetero) proviene de la meseta superior y se ha depositado por encima de la superficie antigua. De ello hay que deducir que su remoción se ha producido en una fecha no muy lejana, probablemente en relación con la construcción de los aljibes y del cuartel conocido en el siglo XVIII.

Se prospectaron asimismo las laderas del castillo, recogiendo numerosos fragmentos de pebeteros y cerámica diversa, desde la época ibérica a la contemporánea.

2. MATERIALES

No es nuestra intención realizar aquí un estudio exhaustivo de la cerámica, ya que se encuentra bastante fragmentada y resulta muy poco significativa para el objeto que pretendemos. Además, cualquier intento de estudio de conjunto del yacimiento quedaría minusvalorado de inmediato por las nuevas excavaciones realizadas en los últimos años por la Escuela-Taller de Guardamar. Por todo ello, nos limitaremos a proporcionar un registro esquemático y una tabla indicativa de los tipos y del número de ejemplares encontrados en cada uno de los cortes; para estos efectos sólo se han contabilizado los fragmentos que presentaban forma o decoración; únicamente en el caso de los pebeteros se han tenido en cuenta todos los fragmentos. Llama la atención la ausencia de cerámicas altomedievales, ya que, salvo alguna excepción, se pasa directamente de la tardorromana a la bajomedieval.

La cerámica encontrada en los distintos cortes y niveles es la siguiente:

A1b: Superficial: romana, medieval lisa, medieval pintada, verde-morado de Paterna, reflejo metálico y azul. Nivel 1: ibérica común y geométrica; un fragmento de pebetero; romana de borde ahumado, común, lucerna de canal abierto; pintada de los ss. XII-XIII, verde morado de Paterna y otras del siglo XIV.

A2b: Superficial: Estampilladas de los siglos XII-XIII, pintadas del siglo XIII, verde-morado de Paterna, vidriadas de los siglos XIII-XIV; peinadas del siglo XIV, azul de Paterna, reflejo metálico y azul, azul italiano. Moderna: bacín siglo XVI y varios, siglos XVIII-XIX.

B1a: Superficial: asa de barniz negro, ibérica pintada y común, siglos XII-XIV. Nivel 1: ibérica común y pintada, romana.

B2a: ibéricas y romanas comunes, medievales árabes pintadas (ss. XII-XIV); fragmento de una pulsera de vidrio. Paterna de los siglos XIII y XIV, marmitas, fondos y recipientes varios de los siglos XIV y XV; azul de Paterna, reflejo metálico, azul italiano del siglo XVI, esmaltadas del siglo XVIII; Biar, siglo XIX.

C1a: Superficial: ibéricas pintadas, marmitas medievales, reflejo metálico del siglo XV; Biar, siglo XIX.

C1b: Superficial: ibérica pintada, peinadas, pintadas e impresas de los siglos XII-XIII; altomedievales, marmitas, arcaduces, candiles y lebrillos del siglo XIV. Azul de Paterna y reflejo metálico de los siglos XIV, XV y XIX; comunes y esmaltadas de los siglos XV-XVIII.

Z1 (Zanja en la ladera): Fragmento de pebetero, cerámica ibérica pintada.

Laderas: cerámicas de barniza negro, ibéricas variadas: comunes, pintadas, ánforas; romanas de paredes finas, borde ahumado, sigillatas y lucernas; peinadas tardorromanas o altomedievales; comunes y pintadas de los siglos X-XIII; azul de Paterna y siglos XIV-XV; reflejo metálico, siglo XV y grandes recipientes siglos XIV-XVI.

Del cotejo de todos estos datos no son muchas las conclusiones que pueden obtenerse. En el nivel superficial apareció cerámica de barniz negro, ibérica, romana, medieval y moderna, alcanzando hasta el siglo XIX, sin que pueda estimar-

Tipo Cort	Bn	Iber	Terr	Rom	6-11	12-13	13-14	14-15	15-16	17-20	Total	%
A1BS	0	0	0	2	0	6	3	3	3	1	18	8,37
A1B1	0	19	1	8	0	6	6	0	0	0	40	18,60
A2BS	0	0	0	0	0	2	16	1	4	3	26	12,10
B1AS	1	8	0	3	0	2	4	0	0	0	18	8,38
B1A1	0	6	0	1	0	0	0	0	0	0	7	3,25
B2AS	0	3	0	1	0	11	9	14	5	1	44	20,46
C1AS	0	5	0	0	0	2	0	0	0	1	8	3,72
C1BS	0	1	0	0	0	13	10	9	7	5	45	20,94
Z1	0	8	1	0	0	0	0	0	0	0	9	4,18
Subtot	1	50	2	15	0	42	48	27	19	11	215	100,00
Sub %	0,46	23,26	0,93	6,98	0	19,53	22,32	12,56	8,84	5,12		100,00
LD-R	0	0	0	19	0	0	0	0	0	0	19	6,57
LD-I	0	93	143	0	0	0	0	0	0	0	236	81,67
LD-C	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0,00
LD-M	0	0	0	0	1	28	0	4	1	0	34	11,76
Subtot	0	93	143	19	1	28	0	4	1	0	289	100,00
Sub %	0	32,18	49,48	6,57	0,35	9,69	0	1,38	0,35	0		100,00
Total	1	143	145	34	1	70	48	31	20	11	504	
Tot %	0,20	28,37	28,77	6,75	0,20	13,89	9,52	6,15	3,97	2,18		100,00

Cuadro 1.—Totales y porcentajes de los diferentes tipos cerámicos.

se significativo, dada la pequeñez de los sondeo realizados y la proximidad de los mismos, el hecho de que en uno de ellos sólo aparecieran materiales medievales y modernos (A2b). La zanja de la ladera, asimismo de pequeñas dimensiones, proporcionó cerámicas de barniz negro, ibéricas —incluyendo un trozo de pebetero— y romanas, entre ellas algunos fragmentos de lucernas. Este hecho podría tomarse como indicio de una mayor antigüedad de los depósitos de la ladera con respecto al nivel superficial de la meseta del castillo, pero no es algo constatado, ya que por la superficie de la ladera, en una prospección superficial, se recogieron también numerosos fragmentos de cerámica ibérica, romana y medieval.

En el cuadro 1 puede observarse cómo los porcentajes de cerámica varían entre lo encontrado en la parte superior y las laderas. En el primer caso, la ibérica resulta la más abundante, seguida por la de los siglos XII-XV, en tanto que en la ladera el dominio de la cerámica ibérica se hace abrumador, seguida ya muy de lejos por la de los siglos XII-XIII y por la romana[2]. De ello no pueden obtenerse conclusiones firmes, pero resulta significativo si tenemos en cuenta que la casi totalidad de los fragmentos de terracota —excepto uno de los ejemplares encontrados durante las excavaciones— aparecieron en la ladera, precisamente donde el predominio de la cerámica ibérica se hace abrumador.

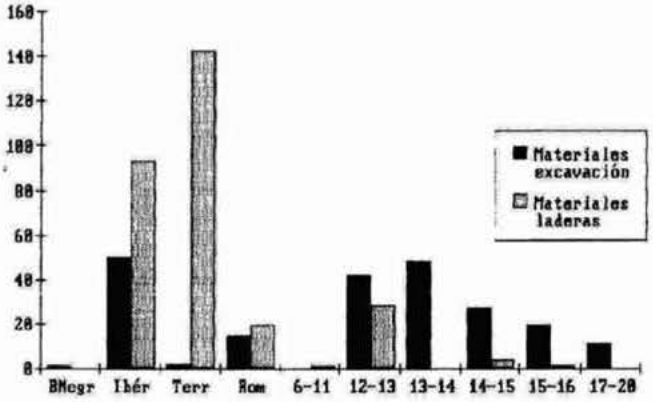


Gráfico 1.— Materiales recuperados.

3. LAS TERRACOTAS

3.1. GENERALIDADES

En los sondeos se recuperaron sólo dos fragmentos de pebeteros, uno en el corte A1b y otro en la zanja de la ladera (Z1), mientras que en las prospecciones de la propia ladera, tanto en las realizadas por nosotros mismos como en las que llevó a cabo el Grupo Arqueológico de Rojales, se recogieron 145 fragmentos, un total algo superior al de las cerámicas ibéricas con forma

o decoración recuperadas durante nuestras excavaciones y prospecciones en las laderas (143).

Estas cantidades no son absolutamente parangonables, porque incluyen todos los fragmentos de pebeteros y sólo los trozos cerámicos que presentan forma o decoración, pero incluso si exluímos aquellos fragmentos de pebeteros que no tienen forma identificable —16 ejemplares—, su número —129— resulta altamente ejemplificador; constituyen un 47,43% del conjunto de materiales ibéricos y un 26,43% del total de los recuperados durante nuestros trabajos. Son cifras que permiten atestiguar que la relación entre los pebeteros y el resto de las cerámicas resulta bastante favorable a los primeros, y constatar la ausencia casi absoluta de otros materiales que podríamos considerar propios de necrópolis: hierros, vasos de barniz negro, etc.; no parece, por tanto, que los pebeteros procedan de un establecimiento de este tipo.

Durante nuestros trabajos no apareció ninguna pieza completa; las dos que se reproducen (fig. 4 y fig. 5, n.° 1) se encontraron en prospecciones anteriores realizadas por los miembros del Grupo Arqueológico de Rojales y se conservan actualmente, al igual que la mayoría de las piezas, en el Museo Arqueológico de Guardamar; las procedentes de nuestras excavaciones están depositadas en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante.

El total de los fragmentos conocidos en el momento de realizar nuestro trabajo —1981— era, como ya se ha indicado, de 145, número que se habrá incrementado con los trabajos de prospección y excavación realizados en los últimos años, incluyendo una nueva pieza casi completa. Los que entonces conocíamos se agrupaban de la siguiente manera:

1. Fragmentos no adscribibles a ningún tipo concreto (105 ejemplares):

16 sin decoración ni forma reconocibles.

36 con forma, pero irreconocibles.

10 de bordes superiores con parte del «platito quemador».

39 de bordes superiores indeterminados.

4 de bordes inferiores.

2. Piezas completas y fragmentos adjudicables a diversas formas y tipos (2 y 36 ejemplares, respectivamente):

1 al tipo A de A.M. Muñoz.

7 al tipo B de A.M. Muñoz.

30 a los tipos que podemos denominar propios de Guardamar (cf. *infra*).

3.2. LAS TERRACOTAS DE TIPO «GUARDAMAR»

La publicación de la excavación se ha ido demorando por lo pobre de sus resultados —sólo dos de los más de cien pebeteros fueron encontrados en excavación, y en lugares de nula confianza estratigráfica—, y en segundo lugar porque la reanudación de los trabajos, a cargo de la Escuela Taller de Guardamar y de A. García Menárguez, hacía prever la obtención de datos que permitieran explicar mejor el conjunto de terracotas y su entorno[3]. No obstante, las breves noticias que en su día dimos en algunos trabajos (Abad, 1985; 1986: 152; 1987: 157 ss, especialmente 163 ss) han despertado la atención de varios estudiosos de estas representaciones y de la iconografía antigua, que se han referido a ellas en diversas ocasiones, al tiempo que nos solicitaban datos y precisiones en torno a su lugar de aparición y contexto arqueológico.

Por todo ello, quiero aprovechar la ocasión que me brinda el Homenaje a quien fue un maestro y amigo entrañable como Enrique Pla para exponer con más detalle los resultados principales de aquella breve campaña y arropar estas terracotas hasta ahora descontextualizadas, así como plasmar por escrito las observaciones que sobre estas figuras realizamos en su momento[4]. No es ahora nuestra intención, sin embargo, ni realizar un estudio sobre las terracotas antiguas ni publicar de forma exhaustiva el conjunto de terracotas de Guardamar.

Entre los 30 ejemplares atribuíbles al tipo «Guardamar» pueden individualizarse varios grupos:

1. Grupo al que corresponden varios fragmentos y dos ejemplares casi completos. Poseen un rostro de forma aproximadamente circular, con rasgos en general bastante difuminados; la nariz es triangular, prominente y recta; el mentón, corto y saliente; la boca está formada por dos labios paralelos que no llegan a unirse en la comisura y los ojos por dos ligeros rehundimientos que apenas llegan a representarse plásticamente. El rostro descansa sobre un fuerte cuello, cuyo límite inferior viene determinado por el borde del vestido, en ocasiones recto y en ocasiones en forma de v. El pelo se representa mediante una especie de casquete que cae a los lados de la frente en dos aladares que cubrirían los parietales e irían a recogerse a la nuca; de ellos cuelgan sendos mechones torsos que delimitan el cuello y llegan hasta el borde del vestido. Sobre el pelo, un pequeño disco central flanqueado por dos palomas muy estilizadas. Una simple estría o un baquetón constituye la solución de continuidad con un *kálathos* de forma cilíndrica.

De los dos pebeteros conservados casi completamente, uno es más alargado (fig. 3; lám. I, A) con los rasgos muy difuminados y un relieve poco acusado, pero conserva completa la tapa superior —lo que tradicionalmente se ha venido considerando el «platillo» del quemador—, sin que existan en él orificios ni restos de combustión de ningún tipo. La otra figura, muy similar a ésta (fig. 4; lám. I, B), es de menor altura y de diámetro más alto, aunque dentro de las características

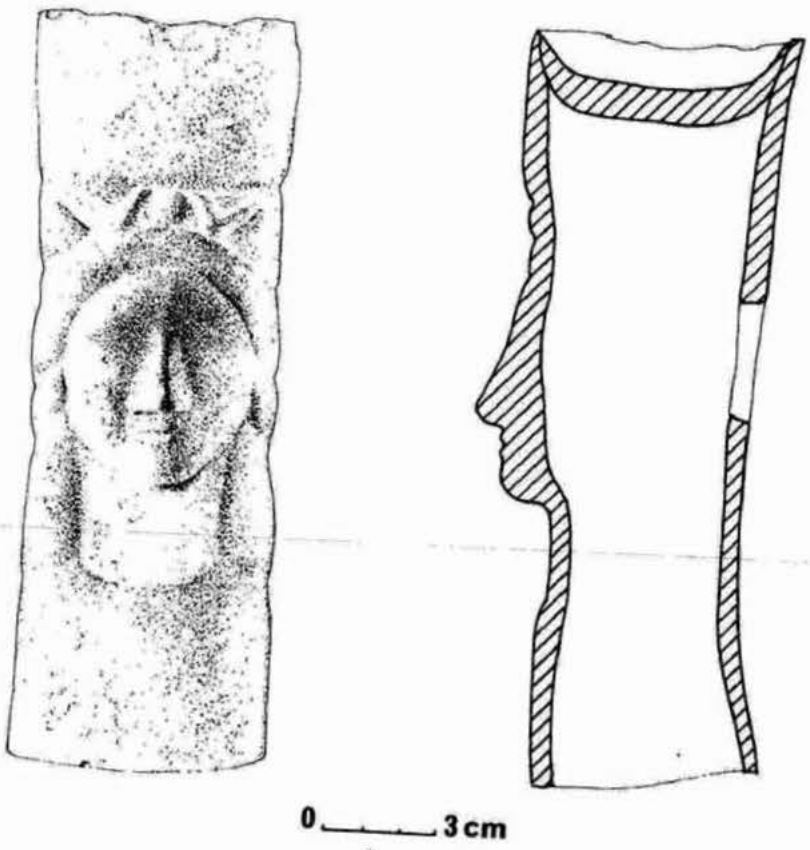


Fig. 3.— Terracota de la ladera. Grupo 1

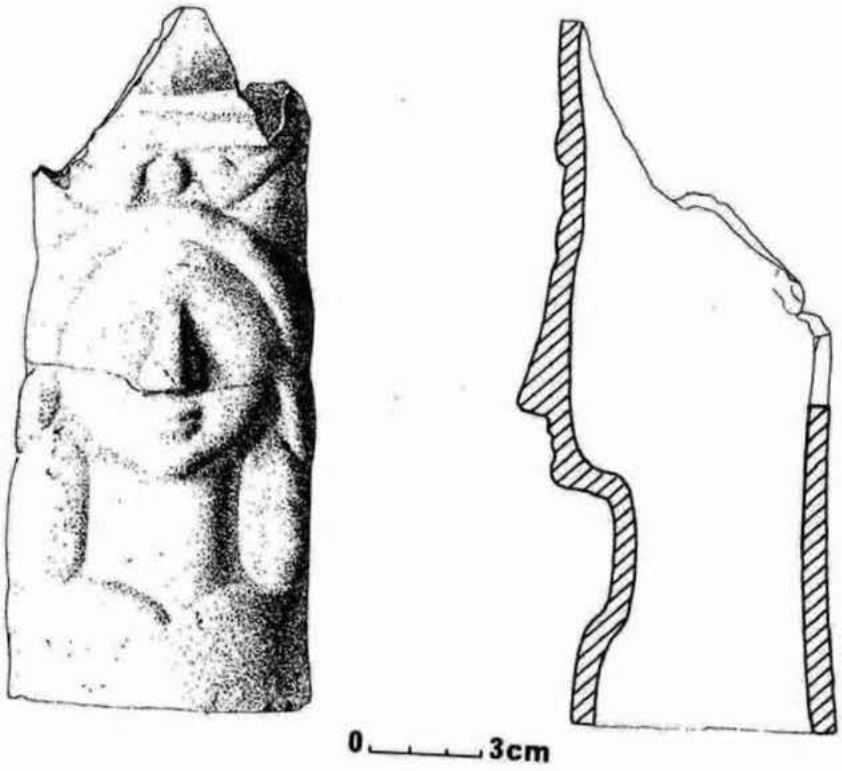


Fig. 4.— Terracota de la ladera. Grupo 1

generales propias del grupo (lám. II, A); conservaba restos de pintura color castaño en el frontal del *kálathos*.

Ambos pebeteros proceden de matrices diferentes, pero responden al mismo tipo. En él se incluyen también un tercer pebetero, sólo parcialmente conservado, de dimensiones más pequeñas, pasta grisácea muy basta y rasgos apenas indicados (lám. II, B), y un fragmento encontrado en el nivel 1 del sondeo A1b, muy rodado y difícil de identificar (fig. 5, n.º 1), aunque los vestigios que se observan en la cavidad del ojo lo relacionan también con algunas del grupo que estudiamos a continuación.

Estructuralmente, estas terracotas son un cilindro hueco, con la base superior completamente cerrada y un orificio triangular abierto en la parte opuesta al rostro. El proceso de fabricación es bastante simple; sobre una matriz con la parte figurada en negativo se aplicó una placa de arcilla cuyos laterales se curvaron hacia el interior hasta obtener una forma aproximadamente cilíndrica. La pieza resultante se cerró en su parte superior por medio de una capa de arcilla, del mismo grosor que las paredes del recipiente, que se presionó con los dedos contra los bordes interiores de éste, dando como resultado una especie de tapadera con la zona central a una altura algo inferior a la de los bordes. La parte figurada aparece delimitada por una estría o un baquetón, que reflejan los bordes superior e inferior de la matriz original.

2. Grupo formado por piezas no muy diferentes de las del anterior, pero que presentan como rasgo más significativo unas líneas generales mejor definidas y, sobre todo, una representación más realista del ojo, que muestra ahora el párpado superior en forma de un reborde que se curva hasta alcanzar el lacrimal (fig. 5, n.º 2; láms. II, C y III). El globo ocular queda bastante visible, y en su centro se abre un amplio rehundimiento, totalmente descubierto, que conforma la pupila. La nariz es algo menos triangular que en las piezas anteriores, los labios siguen siendo dos resaltes paralelos, que no se unen en las comisuras, y sobre la frente se aprecia el grueso y característico reborde del pelo, desde cuyo punto central surgen sendas líneas oblicuas, en dirección a los ángulos exteriores de los ojos, que deben corresponder a dos crenchas que no existen en el grupo anterior. Hay también algunos fragmentos con ojos de otro tipo, con rebordes que indican los párpados superior e inferior y sin indicación rehundida para la pupila (lám. III)

3. Otros fragmentos de rostros se encuentran a medio camino entre los de los grupos anteriores. Los caracteres generales son los mismos del grupo 1 (nariz y boca), pero presentan las crenchas del grupo anterior, que llegan a cubrir la oreja y se encuentran ahora delimitadas por un reborde a modo de cordón (fig. 5, n.º 3; lám. IV, A); éste no es otra cosa que el resultado de las incisiones que en la matriz delimitaron las distintas partes del rostro, con lo que quizás se intentó suplir la falta de modelado. El mismo reborde contornea la mata de pelo que alcanza el borde del vestido y que está separada de la superior por un elemento intermedio, que en un caso arranca de un botón y en otro termina en una especie de corazón; esta última podía interpretarse como un pendiente o adorno aunque, examinado en su conjunto, parece que se trata de una interpretación caligráfica y desprovista ya de sentido de una forma real, la de la mata de pelo que cae a los lados de la cabeza de los pebeteros que hemos denominado del grupo 1.

Varios fragmentos, entre ellos uno encontrado en la zanja de la ladera (fig. 6; lám. IV, B), presentan aves afrontadas bastante más realistas que las de las piezas anteriores, aunque siempre dentro de un cierto esquematismo, y tres resaltes de forma aproximadamente semiesférica entre ellas. No pueden relacionarse con ninguno de los tipos anteriormente descritos, ya que, al menos en los fragmentos que conocemos, no se conserva la unión con la parte principal de la figura.

3.3. LAS TERRACOTAS DE TIPO «GUARDAMAR»: ALGUNAS OBSERVACIONES EN TORNO A SU BIBLIOGRAFÍA Y PARALELOS

Cuando aparecieron las primeras terracotas de Guardamar, su tipo resultó bastante sorprendente, ya que ni coincidía con los identificados en su día por A.M. Muñoz ni se asemejaba a los que existían en La Albufereta y otros yacimientos conocidos. Tiempo después observamos que en el Museo de Alcoy se conservaban piezas similares a algunas de las de Guardamar, por lo que nos planteamos si no se trataría de un tipo de figura de carácter «popular» correspondiente al mundo ibérico y más extendida de lo que en un primer momento habíamos supuesto. Sin embargo, la continuación de los trabajos en el Castillo de Guardamar y la previsible aparición de nuevas piezas completas nos hizo desistir de nuestra primera intención de realizar un estudio exhaustivo de estas piezas. A ello contribuyó también el conocimiento de que varios expertos en terracotas y religiosidad ibéricas las tenían en estudio, y que un alumno de la Universidad de Valencia, J. Juan Moltó, preparaba su Memoria de Licenciatura sobre las terracotas de Alcoy, incluyéndolas en un contexto más amplio que contemplaba también las de Guardamar.

A los diez años de su descubrimiento, algunas de las terracotas de Guardamar han sido incluídas ya en los estudios de terracotas ibéricas y púnicas del Medi-

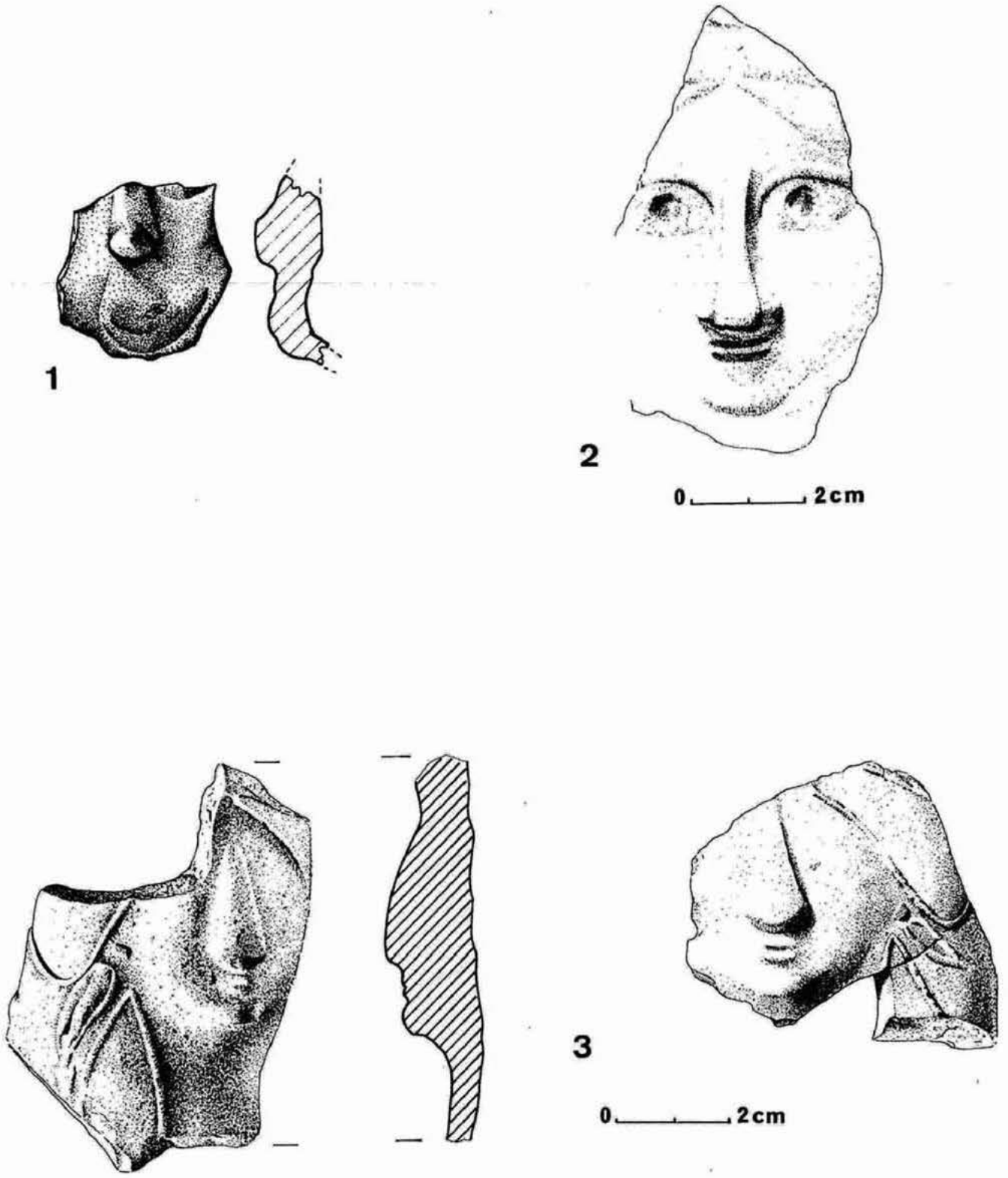


Fig. 5.— N.º 1: Fragmento del sondeo A1b. Grupo 1. N.º 2: Fragmento de la ladera. Grupo 2. N.º 3: Fragmentos de la ladera. Grupo 3

terráneo Occidental; los estudios de María José Pena y María Cruz Marín, principalmente, han contribuído a su conocimiento y difusión. M.J. Pena las interpreta como «el límite de la imitación-degeneración del tipo [pebeteros en forma de cabeza femenina] en ambiente indígena; su característica más destacada es su sencillez y tosquedad...» (1988), en tanto que M.C. Marín considera que «tuvo que haber un cierto número de talleres en la propia Península (...) y parece evidente que hubo también talleres indígenas de imitación»; hace ver que estas imitaciones locales aparecen con frecuencia en las laderas de pequeñas elevaciones, sin restos constructivos aparentes, que debieron ser santuarios (MARÍN, 1987: 52 y 73). J. Juan Moltó, por su parte, y tras desarrollar algunos de los argumentos que en su momento expusimos, relaciona las terracotas de Guardamar con los tipos I, II y III de su grupo VIII de La Serreta de Alcoy (1987-88: 314 ss, láms. VII-VIII; 1990: 139 ss; cf. ABAD, 1987: 164). En efecto, entre ellos existe una similitud bastante considerable, similitud que se acrecienta por la aparición, tanto en Guardamar como en Alcoy, de algunos fragmentos con un aire más «helenístico» —grupo V de Alcoy— que los demás, plasmados, por ejemplo, en la perforación de los orificios nasales en el caso de Guardamar, aunque lo conservado no sea suficiente como para poder estudiar el resto del rostro.

En los últimos años, figuras de este tipo se han encontrado también en otros lugares; así por ejemplo en los niveles ibéricos bajo la basílica tardorromana de La Alcudia de Elche, y en un ambiente de los siglos II-I a.C., encontramos un fragmento de uno de estos pebeteros, correspondiente a un rostro de nuestro grupo 2[5]; resulta significativo que lo único conservado sea precisamente el fragmento del rostro, que parece haber sido recortado del conjunto de la figura, lo que nos hace preguntarnos si estas caras no pudieron llegar a tener en sí mismas, y en determinadas ocasiones, un sentido religioso o votivo propio, similar al de la pieza completa; no hay que olvidar que en este mismo momento los rostros femeninos de frente son bastante frecuentes en la cerámica de Elche; su propuesta asociación con Tanit permitiría validar la hipótesis de que también buena parte de estos pebeteros sean representaciones de Tanit o, mejor dicho, de la diosa indígena asimilada a ella.

Hace pocos años tuvo lugar el descubrimiento de un nuevo santuario ibérico en las inmediaciones del poblado de Coimbra del Barranco Ancho, en Jumilla (Murcia). Aquí se identificaron también un conjunto de terracotas que incluye, junto a algunas de los tipos A y B de A.M. Muñoz, otras similares a las de Guardamar; concretamente el grupo I de García Cano, Iniesta y Page (en prensa; cf. MOLINA, 1991: 154 ss, fig. 59) recuerda a algunas de nuestras figuras del grupo 2, como también la aparición de máscaras

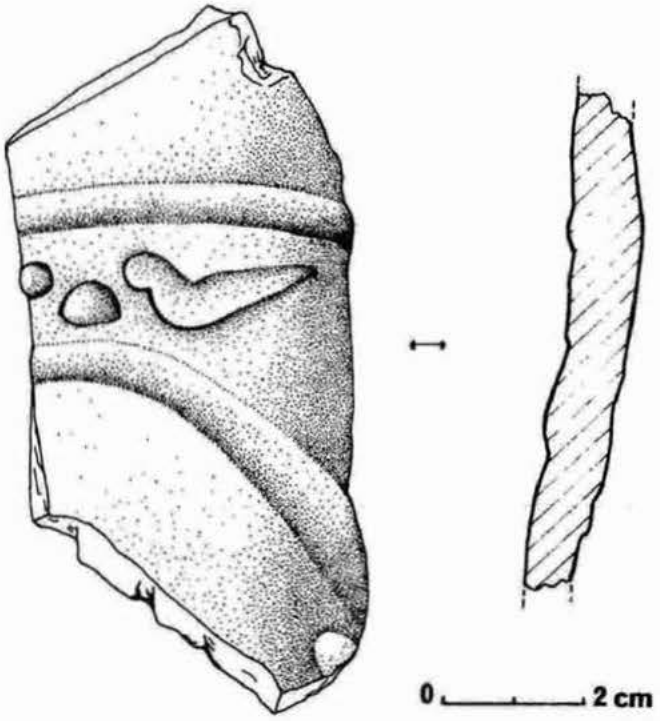


Fig. 6.— Fragmento del sondeo Z1 (ladera)

de rasgos más helenísticos; no obstante, la mayor parte de las terracotas de Jumilla presentan un mejor acabado que las de Guardamar, con una mejor plasmación de los rasgos básicos del rostro (cejas, ojos, nariz, pelo, mentón), por lo que parece que nos encontramos ante otra producción local, que abasteció casi exclusivamente a este santuario en un momento que puede datarse entre los siglos IV y II a.C.

4. CONCLUSIONES

El conjunto de terracotas del Castillo de Guardamar se incluye en un grupo de monumentos similares que abarca, en lo que sabemos, la antigua Contestania, con una prolongación hacia el este (Jumilla) en una zona estrechamente relacionada con ella, como hemos expuesto en otra ocasión (ABAD, 1988, en prensa). Es propia de santuarios, como se atestigua en Alcoy y Jumilla, y como muy posiblemente es también el caso de Guardamar. Ya en su momento indicamos que, por la distribución de las terracotas y por los materiales a los que se encontraban asociadas, el yacimiento de Guardamar parecía corresponder a un santuario más que a una necrópolis, aunque podía esperarse que, a la manera del de La Serreta de Alcoy, existiera también un poblado en sus proximidades (ABAD, 1985; 1986: 152). Las recientes investigaciones, tanto en el propio yacimiento como en otros similares (La Serreta, Coimbra) parecen confirmar nuestra idea.

En cuanto a las terracotas, se trata de un tipo muy simple, atestiguado en varios yacimientos de la Contestania y en su prolongación occidental; en un mismo yacimiento se detecta la existencia de varias matrices, que no se atestiguan en los demás, por lo que suponemos que deben tratarse de producciones locales; es posible que las matrices originales procedieran de un solo lugar o, más bien, que la difusión se haya hecho a partir de los propios pebeteros, que se han transformado en moldes para obtener a su vez nuevas matrices. De todas formas, tan sólo un detenido estudio de todas las terracotas conocidas en los diferentes yacimientos, que incluya también análisis de pastas, podrá darnos precisiones al respecto.

En cuanto a la cronología, resulta muy difícil proponer una datación concreta, ya que la mayor parte de los testimonios corresponde a piezas descontextualizadas; no obstante, casi todas ellas encajan en ambientes de los siglos III-II a.C.; es la fecha a la que apuntan la mayor parte de la cerámica ibérica de Guardamar, los materiales del edificio subyacente a la basílica de Ilici, los nuevos estudios de La Serreta de Alcoy y el santuario de Coimbra.

Resulta tentador, aunque problemático, intentar establecer una evolución tipológica de nuestras terracotas. De existir, tendríamos que partir de los tipos más desarrollados —nuestro grupo 2—, del que se derivarían aquellos más simples —grupo 1—, con muchos de sus rasgos fisionómicos ya perdidos, y finalmente el grupo 3, cuyos componentes faciales están al menos tan difuminados como los del anterior, pero en los que la disolución formal ha avanzado considerablemente; el pelo llega a invadir la zona donde debería estar representado el ojo, y el propio pelo ha perdido ya su función, convirtiéndose en algo meramente decorativo y ornamental. No obstante, este criterio evolutivo tipológico debería ser contrastado con materiales convenientemente estratificados, ya que los diferentes grupos podrían corresponder también a desarrollos paralelos. Y no hay que olvidar que la presencia de restos de pintura en al menos una de las piezas puede hacernos sospechar que algunos elementos faciales hoy inexistentes —pensamos sobre todo en los ojos del grupo 1— pudieron estar pintados, con lo cual el grado de sencillez y esquematismo que hoy presentan estas figuras se reduciría bastante en su estado original.

NOTAS

1 Sextercio de Alejandro Severo. Peso 17,11 gr.; módulo, 31,10 gr. Anverso: busto del emperador a derecha, con corona de laurel y hombros cubiertos; leyenda IMP ALEXANDER PIVS AVG. Reverso: figura femenina hacia la izquierda, que lleva flores en una mano y se recoge el vestido con la otra; leyenda SPES PVBLICA S C. Fecha: 231-235. Cf. *RIC*, IV, 2, 121, núm. 648.

2 En la utilización de los porcentajes de distribución de la cerámica en las laderas del castillo hay que tener en cuenta que se prospectaron casi exclusivamente las laderas oriental y meridional, sin que se tuvieran en cuenta los depósitos de la occidental, precisamente donde estuvo situada la población de época moderna; un rastreo por esta zona habría arrojado un mayor número de restos más recientes, lo que no era nuestro objetivo en aquellos momentos.

3 Algunas de estas suposiciones ya se han cumplido, como la constatación de la existencia de niveles ibéricos correctamente estratigrafiados en algunas partes del Castillo.

4 Algunas de las observaciones que realizaremos a continuación son producto del trabajo conjunto del equipo de excavación mencionado al comienzo del artículo, y deben mucho especialmente a Manuel Bendala, quien es autor asimismo del dibujo de las piezas representadas en las figs. 3, 4 y 5 (n.º 2 y 3); la n.º 1 de la fig. 5 y la fig. 6 lo son de M.D. Sánchez de Prado.

5 Agradecemos a R. Ramos el habernos mostrado esta pieza, aún inédita.

BIBLIOGRAFÍA

Abad Casal, L. (1985): «El yacimiento ibérico del Castillo de Guardamar». *Festes de Guardamar*.

Abad Casal, L. (1986): «Castillo de Guardamar». En *Arqueología en Alicante: 1976-1986*, Alicante.

Abad Casal, L. (1987): «El poblamiento ibérico en la provincia de Alicante». *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico, Jaén, 1985*, Jaén.

Abad Casal, L. (1988, en prensa): «Las culturas ibéricas del área suroriental de la Península». En *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid.

García Cano, M.A.; Iniesta, J.M. y Page del Pozo, V. (en prensa): «El santuario ibérico de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)». *Zephyrus*.

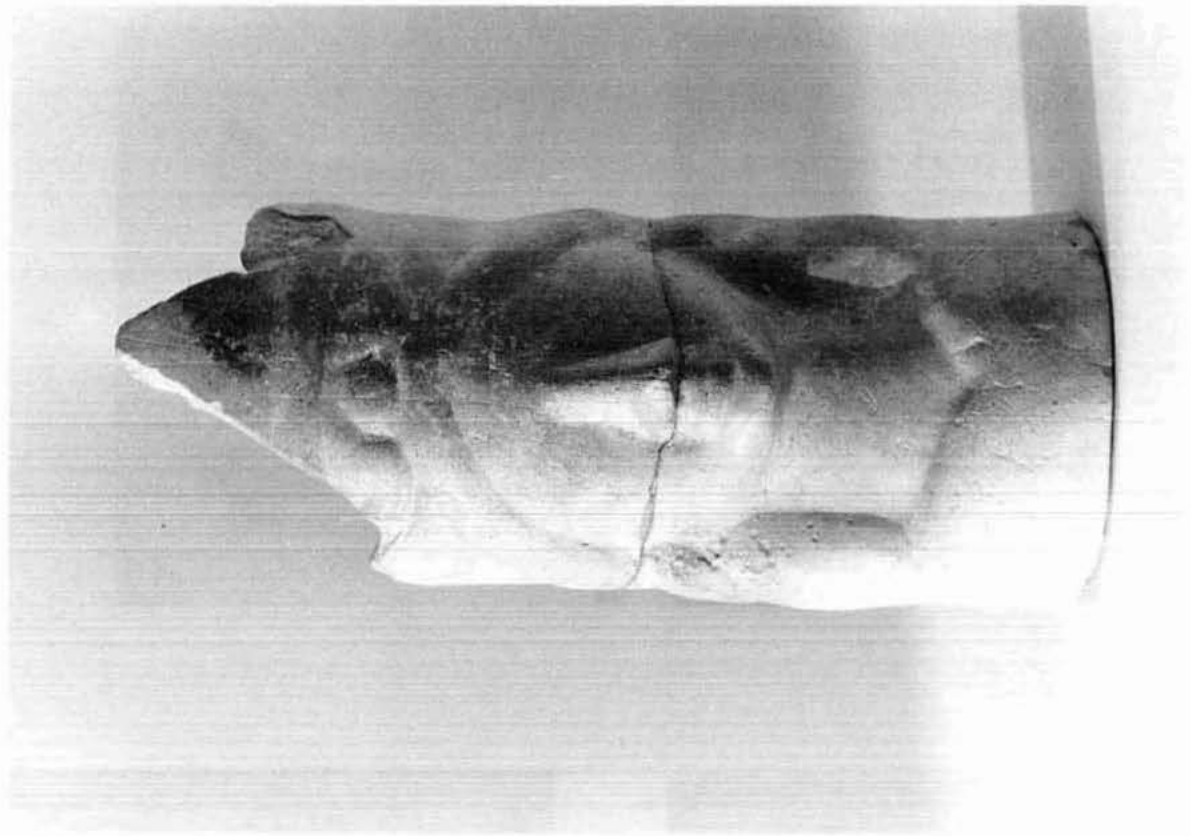
Juan Moltó, J. (1987-88): «El conjunt de terracotes votives del santuari ibèric de la Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila)». *Saguntum*, 21.

Juan Moltó, J. (1990): «La plástica ibérica en arcilla de la provincia de Alicante». *Ayudas a la investigación del Instituto Juan Gil Albert, 1986-87, III. Arqueología, Arte, Toponimia*, Alicante, 1990.

Marín Ceballos, M.C. (1987): «¿Tanit en España?». *Lucentum*, 6.

Molina Grande, M.C. y Molina García, J. (1991): *Carta arqueológica de Jumilla. Addenda 1973-1990*. Murcia.

Pena, M.J. (1988): «Consideraciones sobre iconografía mediterránea: los pebeteros en forma de cabeza femenina». *VII Jornades d'Estudis Locals*, Palma de Mallorca.

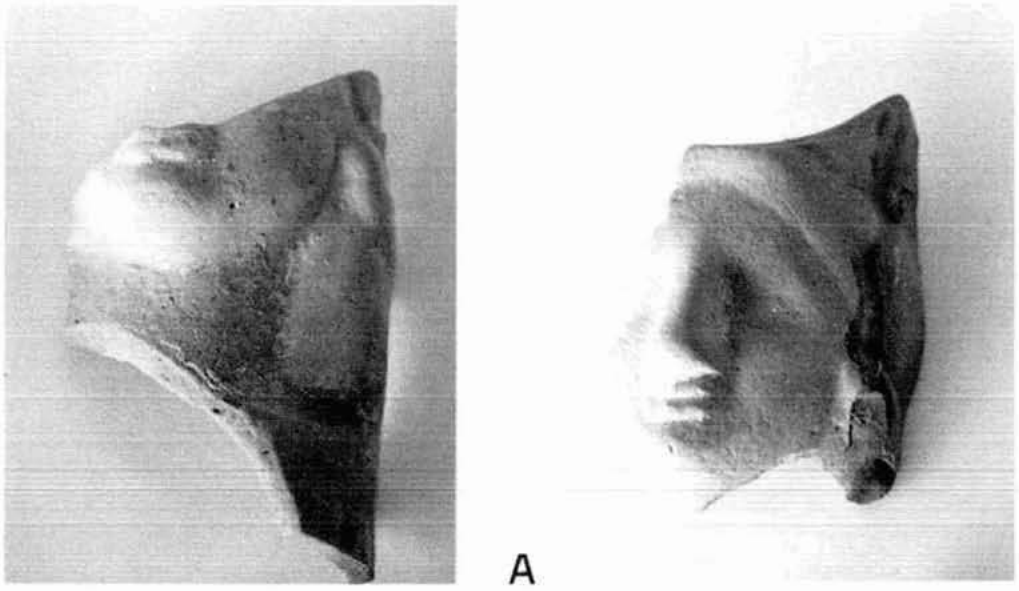


B



A

Lám. I.— A y B: Grupo 1. Ladera

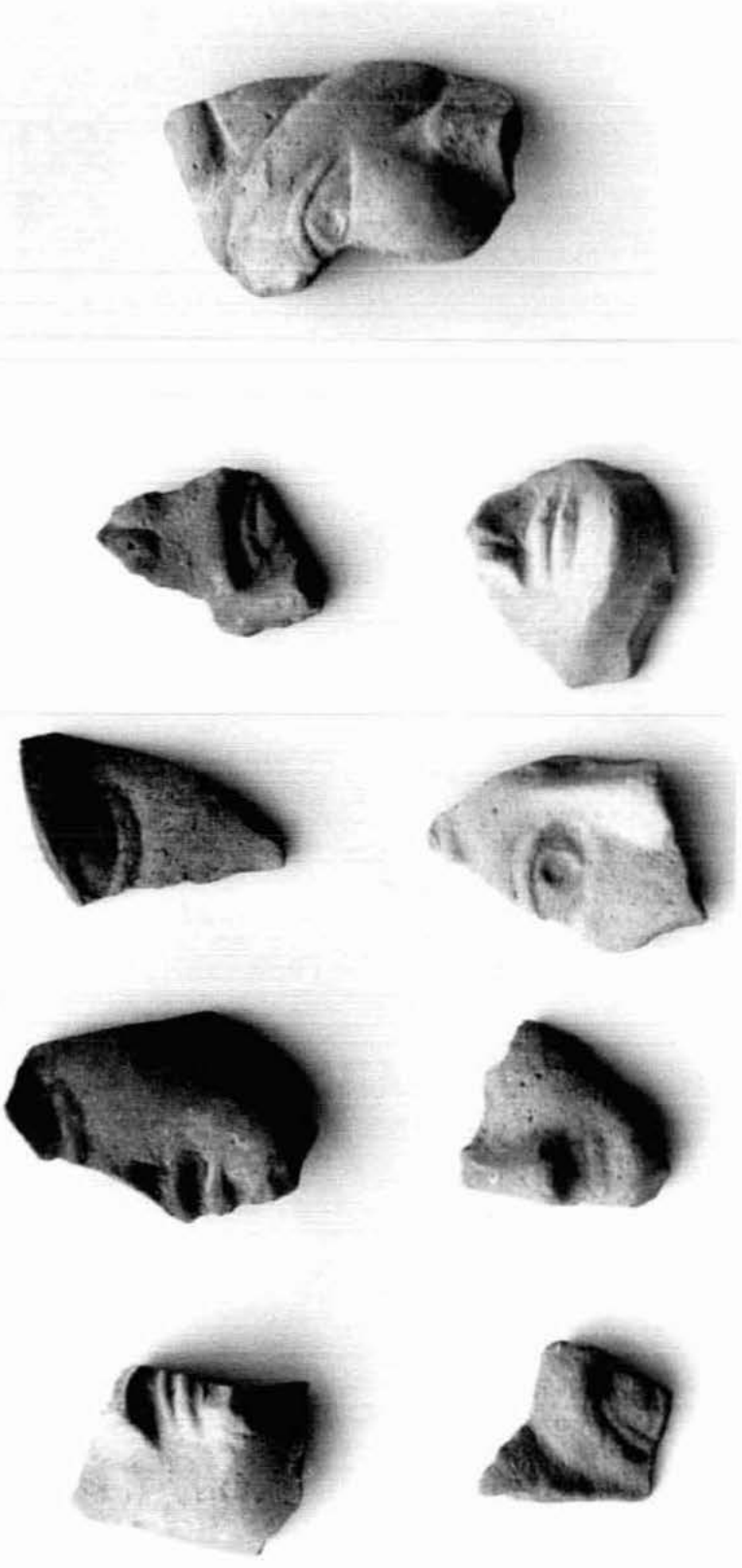


A

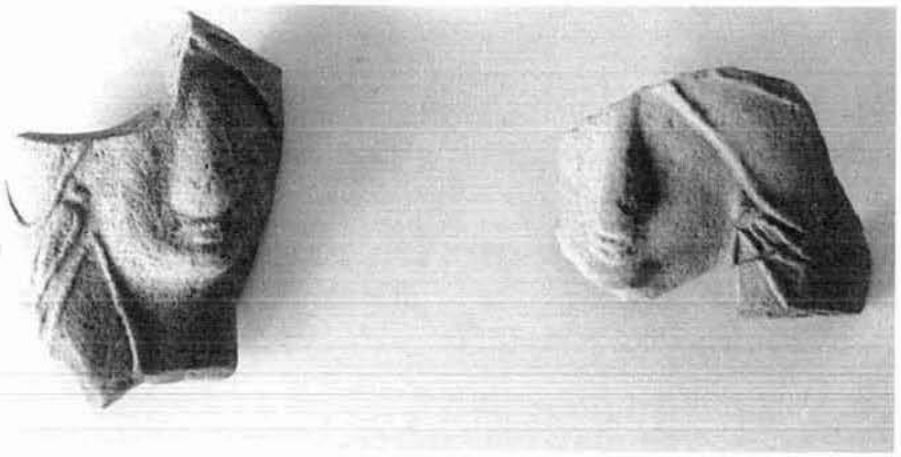


B C

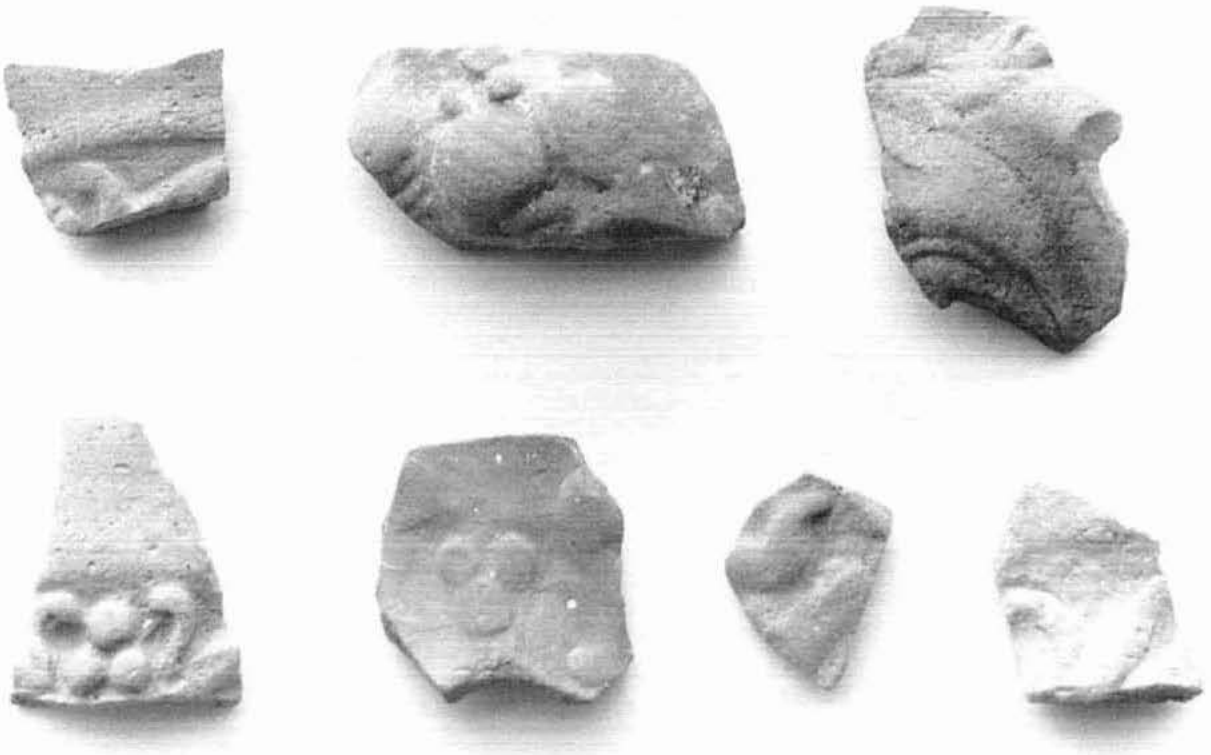
Lám. II.— A y B: Grupo 1. Ladera. C: Grupo 2. Ladera



Lám. III.— Grupo 2. Ladera



A



B

Lám. IV.— A: Grupo 3. Ladera. B: Fragmentos varios. Ladera

Francesc Gusi i Jener*

NUEVAS PERSPECTIVAS EN EL CONOCIMIENTO DE LOS ENTERRAMIENTOS INFANTILES DE ÉPOCA IBÉRICA

Según una leyenda nórdica marinera, cuando un niño moría su alma se introducía dentro de un árbol. Por ello en los astilleros de Flandes al esculpir los mascarones de los barcos, la madera era cuidadosamente escogida y preparada, y la más apreciada para ello era la de los árboles que tuvieran dentro el alma de un niño muerto. Una vez colocado el mascarón de proa, el espíritu se convertía en protector del barco, prevenía los naufragios, alejaba toda enfermedad y ayudaba a los marineros.

(Leyenda del folklore flamenco)

PREÁMBULO

Al plantearnos la elaboración de este trabajo, lo hemos realizado exactamente con el mismo espíritu y escrúpulos que nuestro buen amigo y colega, J.L. Maya elaboró un tema semejante, y por tanto nos hacemos partícipes de sus aseveraciones y matizaciones al respecto de la problemática que presentan los enterramientos infantiles (Maya, 1986). Ello representa, a su entender, y estamos totalmente de acuerdo, una labor arriesgada e ingrata a causa de la insuficiencia de datos y a las hipótesis y especulaciones acientíficas en que uno se arriesga a caer, y también por la fácil descalificación ajena y a la propia limitación de los resultados; pero a la vez es imprescindible penetrar en tan peligroso terreno, si se pretende desde el punto de vista del arqueólogo, dar consistencia y a la vez superar visiones superficiales a un marco histórico concreto.

El tema de por sí, presenta como ya hemos apuntado grandes lagunas de conocimiento y comprensión, unas veces por causa de la metodología empleada, únicamente a nivel empírico-arqueológico, otras por falta de documentación y a la marginación que han sufrido a nivel bibliográfico los hallazgos referidos a los enterramientos infantiles; ausencia de publicaciones que describan con el máximo de detalle las características del descubrimiento funerario en vez de los hasta ahora incompletos (en el mejor de los casos) informes explicativos paleoantropológicos y que por suerte en la actualidad empiezan a ser elaborados concienzudamente. La segunda gran dificultad, estriba en la imposibilidad

* Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques, Diputació de Castelló.

conceptual de abarcar en toda su complejidad una simbología religioso-funeraria, acompañada de una profunda ritualización de unos inaprensibles conceptos escatológicos basados en una visión de la muerte, compleja y rica en mitogramas y sacralizaciones divinas. En una palabra, para el Hombre a lo largo de su existencia, la vida, como diría M. Eliade, no ha dejado nunca de ser una hierofanía histórica; de ahí la gran dificultad de interpretar con nuestra moderna mentalidad, la dialéctica vida-muerte de unas sociedades desaparecidas, pero aún a pesar de todo ello, los intentos prosiguen...

INTRODUCCIÓN

No fue sino en el año 1965, cuando se dio la primera noticia de la presencia sistemática de enterramientos infantiles de inhumación en yacimientos de época ibérica y cuya existencia presuponía un ritual establecido (Tarradell, 1965). Ya anteriormente en 1961, se publicaron los primeros datos de la presencia de inhumaciones de niños en unas viviendas de un poblado laietano (Barberà, Pascual, Caballé, Rovira, 1961). Aun a pesar de que en yacimientos como La Serreta o El Taratrato, se había señalado con anterioridad la presencia de niños de corta edad enterrados en viviendas, nadie les atribuyó importancia alguna como rasgo distintivo funerario del mundo ibérico (Tarradell, 1965: 175; Paris, Bardaviu, 1926). También en otro ambiente de tipo continental o indoeuropeo, en el valle medio del Ebro, en el asentamiento «hallstáttico» navarro de El Cerro de la Cruz, en Cortes, se había constatado la presencia de inhumaciones semejantes (Maluquer, I, 1954: 184; II, 1958: 79, 80, 143).

En realidad nadie había analizado en profundidad y con detalle, las circunstancias de tales hallazgos, inclusive el significado último que pudieran representar dichas inhumaciones.

Las campañas de excavaciones que se llevaron a cabo en los años 1968 y 1969 en los yacimientos situados en el interior montañoso de Castellón, denominados La Escudilla y Los Cabañiles (Gusi, 1971), vinieron a engrosar la escasa lista de yacimientos con enterramientos infantiles pertenecientes al área de la cultura ibérica, y a plantear las causas y orígenes probables de los mismos. Unos años más tarde, ya en 1977, se ensayó un primer intento de sistematización, conjuntamente con una tipología de tales inhumaciones y su área geográfica de extensión en la Península (Beltrán, 1977).

A partir de este momento, los hallazgos han ido sucediéndose de manera paulatina en diversas regiones del mundo ibérico, y como resultado de ello se ha podido reunir en 1989 a un grupo de investigadores del tema, a fin de que colaborasen conjuntamente en una puesta al día en una importante recopilación de casi toda la documentación existente sobre dicho tema, sistematizándose por vez primera en un trabajo monográfico colectivo, cuya virtud ha sido aglutinar a diversos autores en un proyecto común de planteamientos diversos a nivel metodológico y aunar los diferentes teóricos encaminados a plantear, siquiera parcialmente, la compleja problemática que representa esta modalidad funeraria-ritual entre los numerosos grupos sociales indígenas ibéricos (Gusi et al., 1989).

La llegada de las primeras influencias de la llamada «Nueva Arqueología» a nuestro país durante los últimos años de la década de los 70, revitalizó el panorama de la arqueología española, la cual se encontraba anclada en unos presupuestos metodológicos teñidos de un fuerte empirismo acrítico. La renovación epistemológica originada, ha dado lugar a diversas controversias teóricas y ha abierto nuevas perspectivas en la investigación arqueológica en general.

En lo que respecta a nuestro tema, la aparición de diversos estudios de investigación puntual referidos a los rituales funerarios dentro de lo que ha venido a llamarse «Arqueología de la Muerte» y la emergencia de la llamada Arqueología contextual, cuyos presupuestos se basan fundamentalmente en el significado y la función simbólica y sus causas ideológicas a la hora de establecer sus teorizaciones, han proporcionado nuevos instrumentos de investigación que facilitan una aproximación a la comprensión de realidades sociales y religiosas hasta el momento no planteadas en la arqueología tradicional (Chapman, Kinnes, Randsborg, 1981).

Sin embargo y en lo que a nuestro propósito concierne, el estado actual de la investigación sobre los enterramientos infantiles dentro del contexto de la llamada Cultura ibérica, podemos afirmar que inicia sus primeros intentos a partir de la actual década. Todavía falta por recopilar mayor información empírica y también quizás, acumular ciertas experiencias metodológicas para poder interpretar los datos actualmente conocidos, a fin de intentar establecer unas bases hipotéticas iniciales de trabajo, las cuales permitan formular las primeras teorizaciones respecto a los mecanismos que han dado lugar en una sociedad plural y compleja como la ibérica, y a la vez establecer unos sistemas de enterramientos diferenciadores según el *status* de edad de los individuos, mediante ritos singulares y en lugares en un principio, no dedicados estrictamente como emplazamientos funerarios.

Sin duda alguna, la etnoarqueología y un profundo conocimiento de la dinámica religiosa de las sociedades primitivas, habrán de jugar un decisivo rol a la hora de establecer una base de conocimiento y, desde luego la etnografía sacral y tanática, podrá mostrar aspectos que muchas veces desde perspectivas únicamente arqueológicas se llegan a intuir muy vagamente. Por supuesto que los arqueólogos escépticos negarán la po-

sibilidad de establecer un nexo de comprensión hacia los componentes ideológicos y religiosos de cualquier comunidad pre o proto-histórica, aduciendo que, si difícil es comprender la cultura material de una «sociedad arqueológica», todavía lo es más llegar a discernir los presupuestos religioso-funerarios y sus prácticas rituales. Ello no nos ha de importar bajo ningún aspecto, la muerte se puede «socializar» y jerarquizar y ello no es sino reflejo directo de la estructura misma de los vivos; la complejidad de conocimiento es la misma en ambos casos; si alguien niega lo uno, deberá negar lo opuesto y viceversa. Si el objetivo es conocer en lo posible el «mundo de los vivos» de una sociedad arqueológica, también podremos llegar a discernir su antítesis, el «mundo de los muertos».

Así pues, aunque por el momento existen escasos datos cuantitativos y cualitativos referentes a la práctica de la inhumación infantil en el ámbito ibérico, no sólo en recintos «especiales», sino también en las propias necrópolis, ya ha propiciado opiniones contrapuestas entre algunos investigadores respecto la posibilidad de que se hubiera practicado la inhumación de recién nacidos en aquellas como costumbre funeraria entre diversas poblaciones iberas (Cuadrado, 1987; Gracia, Munilla, et al., 1989).

A nuestro modo de ver, el problema de la muerte entre los seres humanos ha sido constante a lo largo de cualquier cultura y periodo temporal. En el caso concreto del tratamiento funerario de los recién nacidos y niños de corta edad, siempre se ha diferenciado con relación al sistema de enterramiento de los jóvenes y adultos en general. Desde luego, no vamos a describir en este trabajo todos los hallazgos, por otra parte numéricamente escasos, referidos a inhumaciones prehistóricas infantiles, ni a enumerar las distintas teorías provenientes del campo de la Etnografía, ni de la Antropología Cultural y ni mucho menos de la Ciencia de las Religiones, sino únicamente pretendemos tratar el tema de la constatación de la existencia de ciertos hallazgos funerarios de niños recién nacidos, fetos perinatales e incluso de criaturas de hasta medio año de vida, enterrados de manera «singular» y pertenecientes a un ámbito cultural determinado, el ibérico, y en una región geográficamente determinable, la franja oriental mediterránea peninsular, bajo la perspectiva de una visión arqueológica.

El hecho diferencial del fallecimiento de un neonato o de una criatura en etapa lactante, y no digamos de un recién nacido muerto o el nacimiento prematuro de un feto perinatal, es de suponer causaría cierto impacto psicológico social y con ello se propiciaría la elaboración mítica de creencias y supersticiones alrededor de las causas y motivos por las cuales un ser humano no llegaba a acceder al grupo familiar y social. Nacer muerto o vivir escasas semanas, incluso días u horas, da pie a especulaciones y a la creación de un cuerpo de creencias religiosas y metafísicas especiales. De ahí quizás, el impulso de aislar a los individuos que no han accedido al desarrollo fisiológico natural de la mayoría de la población. La interrupción de la vida antes de su plenitud en el ciclo normal vital, sería un hecho anómalo, al cual se le debe conjurar y en algunas circunstancias «sacarle provecho» para el bien común o familiar. Incluso en la muerte intencional o preparada, caso de los sacrificios rituales infantiles, presupone un hecho excepcional y por ello susceptible de un trato distintivo. El infanticidio sacral o ritual es un acto propiciatorio a ciertas divinidades por el valor intrínseco y la propia excepcionalidad del sacrificado u ofrecido. Por otra parte, la muerte natural, aun siendo un hecho involuntario al grupo social, no por ello deja de poseer un valor excepcional, la existencia de una voluntad superior externa que frustra una vida y que es devuelta a su lugar de origen, el más allá cosmogónico.

Ciertas teorizaciones sostienen que la criatura muerta antes de su integración al ámbito familiar, y por tanto a la sociedad, no posee derecho alguno a ser enterrado según los cánones funerarios establecidos por la comunidad de creyentes, y ello obligaría a un sepelio al fallecido sin ningún ceremonial determinado, bajo el piso de la vivienda. Si ello fuera cierto, se habrían descubierto innumerables enterramientos infantiles en los numerosos poblados ibéricos excavados hasta el presente. Y esto no es así, pues el número de inhumaciones localizadas con ser cada vez más importante, no parece constituir un indicativo de la mortalidad natural infantil real, la cual hubo de ser porcentualmente alta, sino que en nuestra opinión, detrás de la existencia de todos estos enterramientos constatados arqueológicamente, parece existir la presencia de un complejo ritual necrolátrico, muy diversificado, altamente sistematizado y organizado, y que en algunos casos es evidente y en otros presumible. La complejidad de la mayoría de hallazgos funerarios, no permite siempre conocer con certeza las causas de la presencia de las inhumaciones infantiles con sus peculiares características, con o sin ajuar, en urnas o en fosas, bajo piso del recinto, o en el interior de bancos corridos, escaleras, etc.

El hecho de que el margen de edad de las criaturas inhumadas abarque desde fetos a término o perinatales, hasta los seis meses de vida, delimita el ámbito del ritual. Por otro lado, en las necrópolis de incineración al parecer son depositados los restos de niños mayores de medio año (después de haber sufrido la cremación correspondiente), aunque la falta de estudios antropológicos detallados al respecto, no permite por el momento conocer con certeza el margen de edad de las criaturas fallecidas, así como las posibles causas de su muerte, y con ello posibilitar el estudio de la correspondiente tasa de mortalidad infantil. Sin embargo, la línea de investigación actual empieza a ser conocida

mediante las publicaciones completas y detalladas desde unas perspectivas arqueológicas y anatómico-antropológicas, ensayan la manera de establecer el contexto, las causas y la edad de las criaturas fallecidas (Cuadrado, 1987; Santonja, 1985-86; Reverte, 1985).

Por su parte Cuadrado hace hincapie que en algunos casos, en la necrópolis de El Cigarralejo, algunos lactantes no fueron incinerados, tal y como atestiguan los enterramientos T-104, T-162, T-177 y T-201. En la necrópolis de Pozo Moro, la mayor parte de la presencia infantil se atribuye a niños mayores de un año, excepto en la tumba PM 34: 8E-2, donde al parecer se hallaron unos escasos restos incinerados de una criatura menor de un año de vida (Reverte, 1985: 270), lo que vendría a corraborar nuestra creencia de que a partir del medio año, los infantes eran en su mayor parte incinerados. Todo ello refuerza nuestra hipótesis de que tanto los neonatos como los lactantes en determinados períodos anuales pudieron ser sacrificados ritualmente, y como consecuencia de ello eran enterrados de diversas maneras, tales como bajo el pavimento en fosas, o en urnas en ciertas estancias «domésticas» e incluso en edificios cultuales.

¿Entonces qué sucedía con los recién nacidos y criaturas cuya edad no sobrepasaba el medio año de edad y que fallecían de manera natural? Y ello ocurriría muy a menudo. Hasta el momento no lo sabemos con certeza, algunos autores creen que eran enterrados en el interior de las viviendas, pero entonces habremos de pensar que dicha mortalidad era escasa. Quizás los neonatos muertos por causas naturales en ciertas épocas del año agrícola o durante algun acontecimiento religioso singular, también fueron ofrecidos en sacrificio ritual (lo cual indicaría que no siempre era forzoso una inmolación intencional) y fuesen «aprovechados» para ser ofrecidos a ciertos cultos agrarios estacionales, y luego inhumados con mayor o menor prestancia, a modo de recuerdo y agradecimiento a la divinidad y de esta manera ser con ello vehículo de propiación de unos bienes sociales o familiares; ello explicaría en parte, los enterramientos colectivos de La Escudilla y Los Cabañiles, entre otros. En algunos casos, la muerte del niño sería «utilizada» para reestructurar viviendas o ámbitos de producción económica artesanal doméstica, etc., y de esta manera honrarían y protegerían con su presencia ritualizada y sacralizada, a modo de ofrendas votivas, las nuevas actividades cotidianas. En el caso que la muerte sucediese en un período no significativo dentro del ciclo agrícola, o incluso que no fuese coincidente con una reestructuración de la casa o de las actividades económicas, quizás entonces el niño fallecido no adquiriera valor de espíritu lar y fuese expuesto al aire libre en algún lugar sagrado, a modo de cementerio abierto, y sus restos se convirtiesen en pasto de animales salvajes y a la acción climática, y por tanto fuesen devueltos nuevamente a la Madre Naturaleza o al espíritu del más allá.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

A modo de premisa, hemos de advertir que no pretendemos en este trabajo describir, siquiera parcialmente, la problemática de las prácticas funerarias infantiles mediterráneas ni tampoco los rituales de sacrificios de primogénitos, ni en el mundo griego ni del fenicio-púnico, cuya extensa bibliografía hace innecesario su planteamiento, sino únicamente centrar el tema de manera periférica, circunscribiéndolo estrictamente a los límites del mundo ibérico peninsular y como extensión obligada a la región insular balear de manera más sucinta.

Los grupos sociales ibéricos asentados a lo largo de las tierras costeras y su retropaís continental montañoso, asimilaron a lo largo del tiempo con mayor o menor fuerza, no sólo la convergencia de complejas influencias del expansivo mundo colonial mediterráneo desde el siglo VIII, sino también los procesos de romanización como colofón cultural en los albores del cambio de Era, incorporándolos a su propio bagaje cultural, el cual no era sino producto reelaborado de dichos fenómenos civilizadores. Sin embargo, no hemos de olvidar su propio sustrato como un factor fundamental más de sincretismo culturizador.

Actualmente, el panorama que se posee referido a los enterramientos infantiles, no presenta unas mismas características comunes en las distintas áreas o zonas donde se han localizado; por ejemplo el área meridional presenta por ahora un vacío de información; la zona valenciano-catalana y región bajoaragonesa, así como el valle medio del Ebro, van proporcionando cada vez más mayor documentación arqueológica, e incluso se posee una inicial presencia de inhumaciones infantiles en yacimientos claramente preibéricos, datables en su mayor parte en un momento del Bronce final e incluso algunos adscribibles a una fase del Bronce tardío, como por ejemplo La Pedrera de Vallfogona (Lérida), fechable en un momento previo a la implantación de las gentes de los Campos de Urnas, a fines del siglo XIII y comienzos del XII; la Peña de la Dueña (Castellón), también adscribible al mismo período cronológico que el anterior; el poblado de Carretelá (Lérida), datable a inicios de la aparición de los Campos de Urnas, a comienzos del siglo XI; asentamiento del Tossal de les Tenalles (Lérida), encuadrable en un momento del Bronce final, siglos VIII-VII, al igual que el yacimiento de Los Azafranales (Huesca). Todos estos yacimientos parecen indicarnos que en un momento anterior a la aparición de los influjos coloniales mediterráneos, el mundo indígena del Bronce tardío y final —éste último ya dentro del período de los C. de U.—,

inhumaba de manera diferenciada los cuerpos de niños fallecidos tempranamente, lo cual añade mucha más complejidad a esta modalidad de enterramiento, agudizando la problemática de su significación última. Vemos pues que el sustrato preibérico, también pudo influir en determinadas regiones respecto a la posterior adopción de esa práctica funeraria infantil. Los componentes del sistema pueden pues provenir del propio mundo del bronce terminal local, arraigadas en costumbres funerarias propias y de las gentes de los Campos de Urnas; a la vez la influencia del mundo griego y la acción de la esfera fenicio-púnica. En qué medida y de qué manera algunos de estos factores han originado fenómenos religiosos y culturales, es por donde habrá de encaminarse la investigación arqueológica en este campo concreto de la práctica funeraria, en el futuro.

Ahora bien, si centramos la problemática dentro del amplio complejo geográfico del mundo cultural plenamente ibérico, vemos tres amplias zonas o áreas dónde se detectan con mayor o menor precisión la práctica de las inhumaciones infantiles: zona costera levantina (Languedoc-Rosellón, comarcas litorales catalanas y valencianas); zona continental (tierras interiores occidentales catalanas, valle del Ebro, Bajo Aragón y zona montañosa valenciana); y zona del sudeste y meridional (valle del Segura, región murciana, Albacete y región andaluza). El llamado mundo celtibérico y castreño, en este caso queda fuera de nuestra revisión, dada su complejidad y también por no formar parte del tema inicial de este trabajo, referido exclusivamente al mundo cultural propiamente ibérico.

Con respecto a los distintos sistemas de enterramiento infantil, fundamentalmente se inhuma mediante la utilización de urnas o directamente en el suelo con o sin fosa, y con enterramiento primario (restos esqueléticos completos) o secundario (restos anatómicos parciales y/o dispersos). A su vez, pueden también adoptar diversas variantes en ambas modalidades (primaria o secundaria), como puede ser los enterramientos individuales, en pareja, colectivos, y con sepulturas no visibles bajo pavimentos, escaleras, bancos corridos, etc., o visibles mediante una señalización intencional externa; todos ellos con o sin ajuar funerario, a veces con la presencia de restos óseos de animales jóvenes, no siempre directamente complementados o relacionados directamente con los enterramientos infantiles. Los lugares de uso necrolátrico son los ambientes aparentemente domésticos, recintos singulares y/o cultuales, e incluso espacios de producción económica especializada.

Las causas de la singularización de dichos enterramientos en sus distintas variantes, sin estar claramente establecidas o determinadas, se las podría, en nuestra opinión, relacionar con ritos del principio y el fin, fundacional, agrícolas estacionales de fertilidad, restitución, admisión/filiación (en caso de su presencia en necrópolis de incineración), e incluso de no identidad.

Otro sistema de enterramiento infantil utilizado, quizás esporádicamente, y que debe corresponder quizás a otros presupuestos ideológicos y religiosos, o incluso a planteamientos sociales, es el relacionado con la incineración infantil perinatal o de recién nacidos enterrados en necrópolis convencionales de adultos, aunque como veremos más adelante, algunos investigadores presentan sus dudas y objeciones a la existencia real de esta supuesta práctica funeraria.

Actualmente, la cuestión referida a la problemática de los enterramientos infantiles, no presenta una unanimidad de criterios en lo que respecta tanto a sus orígenes, como a las causas y finalidad de los mismos. Algunos autores como Lillo Carpio, sostienen que al igual que en los enterramientos aparecidos en el recinto del poblado murciano de Coimbra, no provienen de la práctica de sacrificios rituales, y dan como única razón la alta mortalidad infantil de la época (Lillo, 1981: 54; Maluquer, 1958: 143; Mínguez, 1988). Para el mencionado autor, la diferencia entre el uso de la incineración y la inhumación radica únicamente en el hecho de que el individuo fallecido posea el rango de miembro de pleno derecho o de que no lo sea; por tanto, si es incinerado es un miembro social, por el contrario la inhumación es una práctica privada doméstica o familiar, sin ninguna relación con la comunidad (Lillo, 1981: 54). Al respecto, hemos de subrayar que dicho investigador no da explicación alguna referente al hecho de la existencia de enterramientos cuidados con ajuar funerario y de la presencia de otros efectuados en fosas colectivas, sin ofrendas ni ajuares, ¿sería ello debido de diferenciaciones sociales, o simples ausencias de afecto familiar, o a distintas prácticas rituales y religiosas?

Para Guérin y colaboradores, el panorama es algo más complejo, ya que según su opinión, existen tres modalidades principales de enterramientos, aunque no descarta la posible existencia de otras más: inhumaciones múltiples sistemáticas en vivienda; inhumaciones excepcionales en edificios domésticos; e inhumaciones en edificios no domésticos (templos). Por otro lado cree que todos estos sistemas o modos de enterramientos son variables en cada caso particular, como la utilización de urnas, aunque no siempre; la inhumación de ciertas partes del cuerpo, etc.

Este investigador hace especial hincapié en la propia importancia que posee cada lugar en donde se ha realizado el enterramiento, ya que ello indicaría la existencia de diversos ritos como por ejemplo, entre otros, los de admisión o afiliación. También Guérin apunta la posibilidad de que en algunos casos, los niños inhumados fuesen considerados como posibles divinidades protectoras de las distintas actividades practicadas en las estancias donde se ubican los

enterramientos, como sucede por ejemplo en la vivienda 7 del poblado valenciano del Castellet de Bernabé, donde apareció un pebetero, así como otros dos recogidos en el departamento 1 del asentamiento del Puntal dels Llops. A su vez no descarta, aunque según dicho autor no existen pruebas fehacientes para afirmarlo con certeza, la posible práctica de sacrificios fundacionales y su commemoración periódica.

Respecto a dichas costumbres funerarias, encuentra paralelos, aunque parcialmente, con otras prácticas mediterráneas similares, pero no llega a pronunciarse respecto a la valoración de cuáles fueron los factores principales de la posible aculturación ibérica, y si la procedencia se transmite por la influencia del mundo griego, o por el contrario proviene del área de influencia semítica (Guérin, Martínez, 1987-1988: 231-265). Posteriormente, a tenor de los numerosos hallazgos de enterramientos infantiles localizados en el yacimiento de El Castellet de Bernabé, cifrados en más de diez inhumaciones, rechaza la idea suya inicial referida a la existencia de un culto funerario vinculado a cada inhumado. Tampoco sostiene ya la teoría de la homogeneidad de la edad natal de los enterrados, ni el concepto preexistente de unidad de «contenido», ya que fueron hallados niños de mayor edad a la perinatal y también una tumba de ovicaprido, por lo que establece la posibilidad de un trato funerario en función de la edad de los fallecidos. Se manifiesta igualmente en contra de la idea general de que el origen de las inhumaciones viene determinado por la alta mortalidad infantil de la época, ya que el contexto de ciertos enterramientos comporta la práctica de otros muy complejos ritos funerarios. A su vez, sostiene la hipótesis de la existencia de un rito de paso. El niño al que se le proporcionaba un nombre quedaba vinculado, aun después de muerto, a los vínculos de lazo familiar y como consecuencia de ello, se le proporcionaba un ajuar funerario.

El autor establece, a partir de los últimos hallazgos en El Castellet de Bernabé, una ordenación binaria respecto a los modos de enterramiento infantil. A: enterramiento en urna, subdividido de la siguiente manera, A 1: inhumación total o parcial de recién nacido, sin ajuar; A 2: inhumación total o parcial de niño de varios meses, con ajuar. B: inhumaciones directamente en tierra, distribuido como sigue, B 1: recién nacidos o fetos, enterrados sin ajuar; B 2: animales enterrados en su totalidad o parcialmente, sin ajuar. Al parecer, también existe una diferenciación cualitativa entre los niños de varios meses de edad, enterrados con ajuar, y los fetos a término o recién nacidos, inhumados en tierra, los cuales a su vez, no tienen ningún trato distinto a los enterramientos de animales. Para Guérin es imposible conocer con exactitud la cronología puntual de cada inhumación, ya que ésta pervive durante todo el tiempo de ocupación del asentamiento. Deduce la posibilidad de existencia de lugares preferentes destinados a los enterramientos, como por ejemplo los muros orientados al este, bajo las escaleras, etc. Así pues, pone en relación estrecha, el emplazamiento de las distintas inhumaciones con la construcción, o incluso la destrucción de las estructuras arquitectónicas que albergan dichos enterramientos, y establece la hipótesis de la existencia al respecto de los ritos de inicio y final de las actividades ocupacionales de los recintos. Los ritos de iniciación obligarían a depósitos y sacrificios fundacionales; por el contrario, el rito final o de abandono, señalaría el cambio en las actividades o la clausura del recinto (rito de cambio), tal y como parece suceder en los departamentos 1 y 6 de El Castellet de Bernabé.

En opinión de Guérin, se practicaban en ciertas ocasiones, ritos de sustitución de animales jóvenes, especialmente ovicápridos, en lugar de niños, lo cual indicaría el carácter sacrificial de las inhumaciones infantiles.

La presencia de enterramientos efectuados bajo los pisos de los recintos y sin ninguna relación con el resto de la construcción, muy posiblemente se la pueda considerar como ejemplos de fallecimientos por muerte natural; por el contrario, los enterramientos enmascarados por las estructuras de la propia construcción, se han de relacionar con sacrificios cruentos, por tanto no todas las inhumaciones, se efectuarían por motivos rituales (Guérin, Calvo, Grau, Guillén, 1989).

Otro investigador que en su momento ensayó sistematizar el tema en cuestión, Beltrán Lloris, intentó establecer mediante una tipología, las distintas modalidades de enterramientos que en el momento de su publicación, creía podían clasificarse, y que en su opinión ser, en necrópolis, en recintos domésticos y sacrificios de tipo ritual. No diferenciaba este autor, las distintas prácticas del mundo fenicio-púnico, ibérico y campos de urnas, aunque el origen de esta costumbre funeraria infantil, había de considerársela como de inequívoca influencia semita, y hace constar también su presencia en el mundo indoeuropeo peninsular.

Este autor cree a su vez que la mortalidad natural infantil era la «causa inmediata», aunque también afirma que el sacrificio ritual, era una práctica a tener en cuenta (Beltrán, 1977).

Por su parte, y en otro orden de cosas, Gracia Alonso discrepa de la opinión de Cuadrado con respecto a la presencia o no de inhumaciones infantiles en necrópolis convencionales de incineración, puesto que aquél cree que únicamente tienen derecho a ser enterrados junto a los adultos, los niños de cierta edad, ya integrados y aceptados dentro del seno del grupo social y familiar que le corresponda por derecho paterno, y por ello este autor niega rotundamente que las inhumaciones de recién nacidos se practiquen en cualquier necrópolis cineraria. Para Gracia Alonso, los niños son incinerados a partir de los siete meses de vida y sus res-

tos se depositan en los cementerios de incineración o campos de urnas, y la causa puede deberse por motivos religiosos y cultuales distintos, una de las influencias quizás pudiera provenir del área del mundo griego e incluso de la esfera púnica. A su vez, sostiene, en contra de la mayoría de los investigadores, la ausencia de pruebas de orden arqueológico y literario que demuestren que hubiesen existido en la Península, sacrificios rituales infantiles de tipo semita, y por tanto, según su opinión, no se puede llegar a verificar dicha influencia en las prácticas religioso-funerarias ibéricas.

Gracia Alonso distingue las siguientes modalidades de enterramientos infantiles: 1. Enterramientos en hoyo, directamente en tierra (Puntal dels Llops), y también aprovechando los desniveles de la roca natural del asentamiento, acondionándolo con revoque (Turó de Can Olivé), cubriéndolo mediante losas (Moleta del Remei), o incluso en tierra cribada (Penya del Moro). La ubicación de estas tumbas se encuentra frecuentemente en los ángulos de las estancias, al pie de los muros, y/o bajo escaleras (Tossal de Les Tenalles, El Taratrato, La Romana, Coimbra del Barranco Ancho, La Serreta, La Cayla, Darró y El Puig de la Nau). 2. Enterramientos colectivos en fosa, mediante acondicionamiento del terreno y delimitación con bloques pétreos (Moleta del Remei), o mediante zanjas incluso sin acondicionamiento previo (Coimbra del Barrancho Ancho). 3. Enterramientos en urna/anfora, como influencia del *enchytrismo* griego, y que pueden ser individuales (Tossal de Les Forques, La Escudilla, Los Cabañiles, El Castellet de Bernabé, Los Villares), o múltiples (Los Cabañiles, La Seña [2] y La Escudilla [5]).

También se encuentra, según Gracia Alonso, una variedad de prácticas en distintas áreas geográficas, así como la utilización de diversos tipos de contenedores cerámicos funerarios. No existe, por otra parte, ninguna preparación espacial en la colocación de aquellos. A su vez, no considera como enterramientos las cuarenta urnas asentadas en sus respectivos orificios, descubiertas en el departamento A del poblado de San Antonio de Calaceite.

Este investigador pretende establecer una distribución de todas estas prácticas funerarias, según el tipo de construcción, ya que cree exista una relación entre ambas: 1. Construcciones tipo vivienda con un número reducido de inhumaciones infantiles, y por tanto se puede hallar una relación con una mortandad natural dentro de unos grupos familiares. 2. Construcciones consideradas como lugares de claro significado cultual; en este caso, un rasgo funerario a tener en cuenta es la presencia de elementos que acompañan las inhumaciones infantiles (a modo de sencillos ajuares), como por ejemplo muestras de cereales, huesos de animales jóvenes —ovejas, cabras, suidos y conejos—, los cuales no guardan ninguna relación con el banquete fúnebre.

Existen por otra parte, las prácticas de ofrendas fundacionales, las cuales no tienen relación alguna con las inhumaciones infantiles, tal y como sucede en los yacimientos de La Penya del Moro y en el Turó de Can Olivé. Por ello, Gracia Alonso no está de acuerdo con la tesis, por la cual, se sostiene que ciertos enterramientos tengan el carácter de rito fundacional. Para este autor, los ritos fundacionales acompañados de sacrificios de ovicápridos u ofrendas de huevos, se han de considerar aparte del ritual funerario, puesto que de no ser así, no tendrían sentido los enterramientos múltiples acondicionados, y la inhumación de más de un cadáver bajo el pavimento perteneciente al momento ocupacional de la estancia.

Todas estas prácticas las sitúa cronológicamente, según los enterramientos constatados hasta el momento, dentro del siglo IV con una perduración que llega de manera ininterrumpida hasta época romana tardía.

La influencia de todo este ritual funerario infantil constatable en el mundo ibérico, se debe a dos corrientes fundamentales, la de ascendencia griega y la de origen indoeuropeo, cuyas prácticas según dicho investigador, se diferencian sin lugar a dudas de los rituales de sacrificios infantiles del mundo semítico feniciopúnico (Gracia, Munilla, Mercadal, Campillo, 1989).

Nuestra particular postura al respecto de la problemática en cuestión, ha sido hasta hace poco, hemos de reconocerlo, dubitativa. En una primera etapa de nuestros trabajos sobre el tema publicados entre 1970 y 1971, sosteníamos con cierta reserva que todas las inhumaciones infantiles constituían unos ritos funerarios de tipo religioso de inmolación, cuyo origen provenía del mundo púnico, y practicados en viviendas, aunque reelaborados y adaptados a las propias tradiciones cultuales ibéricas (influencias de los C. de U. en el uso de las urnas como recipientes funerarios). También sosteníamos la opinión referida a la existencia de un alto índice de mortalidad infantil entre la población indígena. En resumen, constatábamos un sincretismo de ritos provenientes de las influencias púnicas y del mundo indoeuropeizante de los campos de urnas, aunque no entrábamos en valoraciones más puntuales (Gusi, 1970; Gusi, 1971).

Posteriormente, en unos artículos escritos en 1989, seguíamos sosteniendo que las inhumaciones en viviendas, se efectuaron dentro de espacios domésticos pero considerados también como lugares de culto ritual-simbólico. Los recién nacidos, fallecidos de manera intencional o no, carecerían de un *status* social, por tanto se les entierra dentro de su propia área doméstica, a fin de estar protegidos en su propio ámbito y a la vez ejercer una acción propia benéfica y protectora en el entorno del grupo familiar.

A pesar de que el uso funerario de las urnas como depósitos de los restos infantiles pensábamos provenía de una influencia fenicio-púnica, aceptábamos que su

introducción en el mundo ibérico se veía facilitada por la existencia previa de la costumbre funeraria de los campos de urnas, aunque no llegamos a disociar en profundidad la contradicción inhumación-incineración. Por otra parte, manteníamos con dudas y reservas, la idea del sacrificio intencional de criaturas recién nacidas o de escasa edad como resultado de la influencia exclusiva del mundo semítico. Por otro lado, las inhumaciones infantiles sin urnas, bajo los pisos de las estancias, podían provenir de la tradición cultual y religiosa de la anterior etapa del Bronce local y rechazábamos las opiniones de quienes sostenían la preponderancia de una influencia funeraria procedente de la esfera del mundo griego. A su vez, las inhumaciones en urnas podían señalar la presencia de influjos púnicos y con mayores reservas, también las del mundo de los campos de urnas. En realidad pensábamos que existían unas posibilidades lógicas de que se hubiese establecido un sincretismo o una confluencia de distintos ritos funerarios convergentes, incluso en la propia forma y manifestación externas en la inhumación de criaturas de corta edad, aunque sus orígenes y cronología fuesen distintos, y cuyo significado último se asemejase, todo lo cual permitió a los grupos indígenas reelaborar determinados ritos propios. Sin embargo, sosteníamos un escepticismo relativo, ya que por otro lado creíamos imposible llegar a conocer en profundidad el origen de las ideas religiosas y simbolismo de este rito de la inhumación infantil de recién nacidos.

Con respecto a los yacimientos de Zucaina (Castellón), les atribuimos en razón de un nuevo análisis de los materiales arqueológicos, una mayor antigüedad, situándolos en el cambio de los siglos VI-V. En cuanto al recinto H-2 de La Escudilla, no estábamos de acuerdo con otros autores (Guérin y colaboradores) respecto el que dicha estancia fuese una «casa-templo», aunque tampoco rechazamos la idea de que en realidad fuese un lugar necrolátrico, ya que constatábamos la existencia de enterramientos secundarios en dicho recinto, también negábamos la posibilidad de que el recinto H-3 fuese un templo (Gusi, 1989a).

En otro trabajo elaborado posteriormente, pero publicado con mayor rapidez (Gusi, 1989b), sintetizábamos nuestro actual modo de entender el problema y sosteníamos que todos estos supuestos ritos, sin descartar las influencias mediterráneas —mundo fenicio-púnico y con menor posibilidad del área griega—, provienen fundamentalmente del arraigado tradicionalismo religioso autóctono del mundo preindoeuropeo y adscribible al Bronce final, aunque tampoco negamos que hubiera habido a su vez un aporte de las tradiciones funerarias de las gentes de los campos de urnas. Así pues, con todas estas convergencias se estableció a nuestro modo de ver un sincretismo religioso y funerario.

Con respecto al yacimiento de La Escudilla, el conjunto constructivo constituía para nosotros un lugar necrolátrico en donde se celebraron unos rituales funerarios infantiles, y uno de los edificios, el H-3, lo considerábamos como muy probablemente un «recinto singular», quizás con ciertas funciones cultuales, a modo de sencillo templo y con una finalidad a la de los otros dos recintos. Como se verá más adelante en este trabajo, esta indecisión permanente que ha presidido todas nuestras opiniones sobre el tema, la hemos resuelto calificando la H-3 como un templo y los recintos H-1 y H-2 como dos áreas anexas con función necrolátrica infantil.

En los trabajos de 1989 calificábamos a la habitación A del yacimiento de Los Cabañiles como un espacio «singular» de tipo funerario y descartábamos la idea de un recinto o vivienda doméstica común. También considerábamos que la finalidad de tales rituales sacrificantes, se encontraba orientada con los ciclos agrícolas cerealísticos y pastoriles, a modo de culto a la fertilidad (presencia de cereales y de ofrendas de animales jóvenes), creencia que seguimos actualmente manteniendo. En cuanto a la cronología de los conjuntos constructivos, lo rebajaríamos a una primera mitad del siglo V, ya que creemos algo forzada nuestra datación de fines del VI-inicios del V a.E.

También seguimos de acuerdo con nuestra afirmación de que cada zona geográfica local o regional dentro del mundo ibérico, posee sus propios mecanismos cultuales y rituales, siempre en función de sus necesidades socio-económicas y del aporte de las influencias externas recibidas, según suceda en cada periodo temporal, dada la larga perduración de las inhumaciones infantiles de neonatos y lactantes (entendiendo los primeros como recién nacidos hasta un mes de vida y los segundos, hasta los seis meses de edad), aunque ello no niegue que hubiese cierta estructuración global de ideas y creencias comunes entre las distintas poblaciones del mundo ibérico, así como quizás ciertas divinidades compartidas dentro de una misma cosmovisión (Gusi, 1989 a-b).

EL MODELO NECROLÁTRICO DE LA ESCUDILLA-LOS CABAÑILES

La existencia de dos conjuntos arquitectónicos próximos entre sí y con una anormal presencia cuantitativa de enterramientos infantiles en urna, nos hace pensar que sobrepasa su aparente finalidad «doméstica», a modo de simples asentamientos poblacionales. En especial destaca, el conjunto de La Escudilla, con sus tres grandes estancias, cuyo ambiente formal e incluso el propio material recogido, nos indujo a creer en un primer análisis (Gusi, 1970) que constituían unas viviendas corrientes. Sin embargo, tanto la distribución de los propios enterramientos, como su excesiva cantidad de inhumaciones, nos ha obligado posterior-

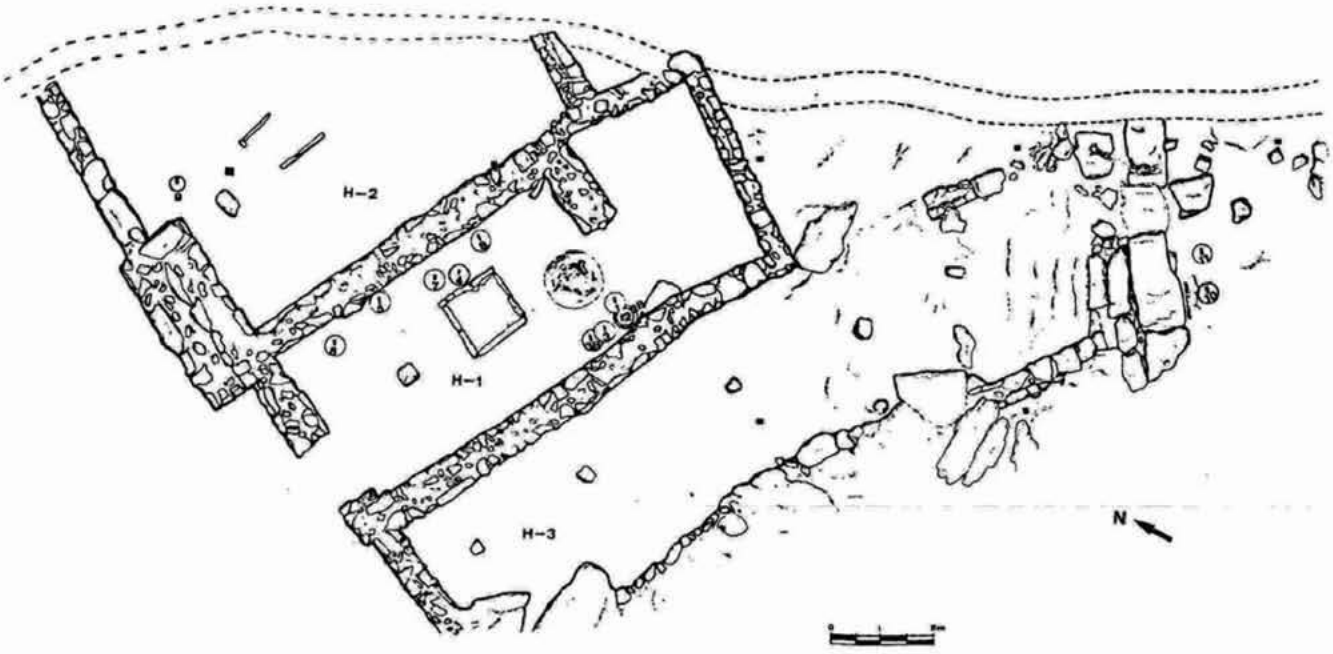


Fig. 1.— Planta del conjunto de La Escudilla

mente a reconsiderar todas estas evidencias bajo un enfoque teórico distinto. Efectivamente, si analizamos cada uno de los tres espacios que constituyen todo el conjunto de La Escudilla, y luego lo enfocamos de manera global, vemos que constituye un todo homogéneo con unas peculiares características estructurales que proporcionan una singular función funeraria y cultual. En primer lugar, la propia ubicación topográfica de ambos yacimientos, nos muestra una estrecha relación complementaria entre ellos, máxime cuando los materiales recogidos son semejantes y adscribibles a una misma etapa crono-cultural; en segundo lugar, en Los Cabañiles, la presencia del mismo ritual de inhumación infantil, aunque en menor cantidad y con una distribución distinta que en La Escudilla, con la salvedad a mencionar de que únicamente se excavaron dos recintos, lo cual nos impide por ahora poseer una visión exacta de la funcionalidad del yacimiento. Finalmente, y en tercer lugar, el yacimiento de La Escudilla constituye un singular emplazamiento, en campo abierto y en pleno llano, a escasa distancia, medio kilómetro en línea recta del cerrillo donde se ubica el yacimiento de Los Cabañiles, formando un conjunto de tres unidades constructivas independientes entre sí, pero relacionados espacialmente, dado que forman un mismo bloque arquitectónico, al poseer muros medianeros comunes cada uno de los recintos.

Si observamos la planta del conjunto (Fig. 1), vemos que las estancias H-1 y H-2, constituyen dos ambientes semejantes; por el contrario, el recinto H-3, además de poseer una planta totalmente distinta y unas dimensiones poco corrientes, añade una orientación de la puerta de entrada totalmente opuesta a las otras dos. En un trabajo nuestro anterior, describimos con detalle cada una de las principales características diferenciadas de estas construcciones, por lo que no insistiremos en ello (Gusi, 1989a).

A continuación y muy brevemente, vamos a enumerar las principales particularidades funerarias de estos recintos necrolátricos.

1. Presencia de un probable silicernio con restos parciales de restos óseos animales entremezclados con tierras carbonosas (H-1, La Escudilla).

2. Presencia en la cara superior del muro medianero de los recintos H-1 y H-3 de un fragmento de pata de una oveja en conexión anatómica y de una hemimandíbula de cordero, embutida en una concavidad de la pared interna del recinto H-1, cerca del suelo y del ángulo de la puerta exterior del recinto (La Escudilla).

3. Todas las urnas se hallaban depositadas por debajo del piso de la estancia, excepto en el recinto H-3, donde aparecieron situadas bajo el piso exterior de entrada (La Escudilla y Los Cabañiles); las urnas se encontraban asentadas cada una en un *loculus* excavado en la roca natural, excepto dos de ellas superpuestas (U-2bis y U-3bis de la estancia H-1 de La Escudilla).

4. Las bocas de las urnas fueron cubiertas mediante fosetas de piedra (La Escudilla y Los Cabañiles).

5. La disposición de las urnas se concentraban siempre en dos grupos, distribuidos de manera diferenciada (estancia H-1, La Escudilla y habitación H-A, Los Cabañiles, véase Fig. 2).

6. De los tres recintos medianeros entre sí, el central (H-1) tenía mayor concentración de enterramientos

en su interior, diez urnas con veintidós inhumaciones. Aun a pesar de que el recinto H-2 estaba en parte desaparecido, únicamente apareció un sólo enterramiento; el recinto H-3, no tenía ninguno en su interior, pero sí dos enterramientos en el exterior del umbral de entrada (La Escudilla). En los recintos H-A y H-B, ambos adosados mediante una pared común (Los Cabañiles), únicamente en el primero de ellos aparecieron cinco enterramientos.

7. La presencia de piedras labradas hincadas verticalmente frente a la puerta de acceso a los recintos; una de ellas de 0'70 m. de altura y 0'30 m. de anchura, situada entre la entrada y el hogar central (H-1, La Escudilla); otra de situación parecida, aunque más pequeña y caída, de 0'40 m. de altura y 0'30 de anchura (H-2, La Escudilla); y otras seis en el interior del recinto H-3, de dimensiones sensiblemente más reducidas, entre 0'20 y 0'40 m. de alto y unos 0'25 m. de ancho, alineadas unas detrás de otras, no parecen tener ninguna función constructiva.

8. Dos de los recintos tenían la puerta de acceso orientada al oeste (H-1 y H-2, La Escudilla); el tercero estaba abierto al este (H-3, La Escudilla). Los recintos de Los Cabañiles no poseían acceso directo al exterior, excepto el H-B que poseía una pequeña puerta angular de comunicación con otro recinto no excavado. Tanto la estancia H-A como la H-B tenían el muro este arrasado.

9. Los recintos H-1 y H-2 de La Escudilla se encontraban enlosados con piedras planas de regular tamaño y trabadas en seco.

10. La funcionalidad de los tres recintos de La Escudilla, aunque hasta ahora ha quedado algo incierta, creemos presenta unas características estructurales, así como de contenido como para considerarlos «edificios singulares», en especial el denominado edificio H-3, el cual podríamos calificarlo como un templo de tipo mediterráneo de planta tripartita rectangular alargada y de tosca fábrica, con un eje longitudinal de 15 m. y una anchura que no sobrepasa los 3 m. La puerta de entrada posee un umbral formado por una gran losa plana y dos basamentos laterales también en piedra, cuya finalidad podría haber sido el sostener dos maderos a modo de columnas. Así pues la disposición general de este recinto permite pensar que se tratase de un templo indígena, simple en su arquitectura, pero que aun así su disposición constructiva permite asimilarlo a un edificio cultual, a modo de adoratorio. Los recintos laterales H-1 y H-2, que en nuestra opinión quizás no estuviesen cubiertos, corresponderían a unos anexos al templo y su misión estaría relacionada con una función sacral necrolátrica infantil. Hemos de remarcar que la entrada del supuesto templo se abría a levante y los recintos funerarios anexos se orientaban a poniente. También cabe señalar que el recinto próximo al templo (H-1) albergaba mayor cantidad de inhumaciones, en tanto que el segundo (H-2) todavía no alcanzaba el índice de enterramientos realizados en la estancia vecina.

El recinto H-A de Los Cabañiles queda por el momento fuera de toda interpretación, ya que la falta de datos arqueológicos del resto del yacimiento invalida toda consideración al respecto, aunque pensamos que quizás fuera uno más de los espacios domésticos donde se inhumaban recién nacidos en los poblados indígenas.

Así pues, el yacimiento de La Escudilla lo consideramos como un conjunto sacral funerario, compuesto por un templo simple y dos recintos anexos, cuyos espacios ambientales falsamente «domésticos» estaban relacionados con prácticas necrolátricas infantiles.

CONCLUSIONES

En definitiva, y a modo de hipótesis muy plausible, consideramos a los yacimientos de La Escudilla-Los Cabañiles, como un conjunto interrelacionado y constituido, el primero de ellos por un templo (H-3) con dos anexos cultuales funerarios (H-1 y H-2), construido en un llano de fácil cultivo, y un asentamiento poblacional en un pequeño cerro de escasa elevación sobre las tierras circundantes, y en donde se detectó un recinto necrolátrico (H-A). Vemos por tanto que el conjunto de La Escudilla adquiere sentido frente a lo que ha sido hasta ahora como un hallazgo extraño y atípico.

Ahora bien, el hecho que en el recinto H-2, se hallase un molino completo (solera y volandera) a un lado del hogar y cerca del silicernio y frente al ángulo sudeste de la habitación, en donde se detectó una mayor presencia de inhumaciones infantiles, nos hizo creer erróneamente desde un principio que se trataba de una vivienda doméstica. Sin embargo, si consideramos estas estructuras como edificios cultuales necrolátricos, hemos de interpretar la presencia de dicho molino como un elemento simbólico relacionado con el ciclo agrícola del grano. Hemos de mencionar que también se han descubierto enterramientos infantiles en espacios domésticos, donde aparecen molinos, tal es el caso por ejemplo del poblado de El Castellet de Bernabé (Recinto 7) y en el yacimiento de San Antonio de Calaceite (Habitación 19 y Departamento «a»). Parece pues que existiese una relación, en estos casos, con unos rituales funerarios infantiles destinados a propiciar la fertilidad de campos con cultivos de explotación cerealística, lo cual exige unos sacrificios anuales de siembra, destinados a propiciar el «espíritu del cereal» en el inicio de su ciclo vegetal estacional (Frazer, 1922).

Como ya anteriormente hemos descrito, esta valoración hipotética que explicaría la numerosa presencia de niños recién nacidos inhumados, no siempre adquiriría un carácter sacrificial cruento, y muy bien po-

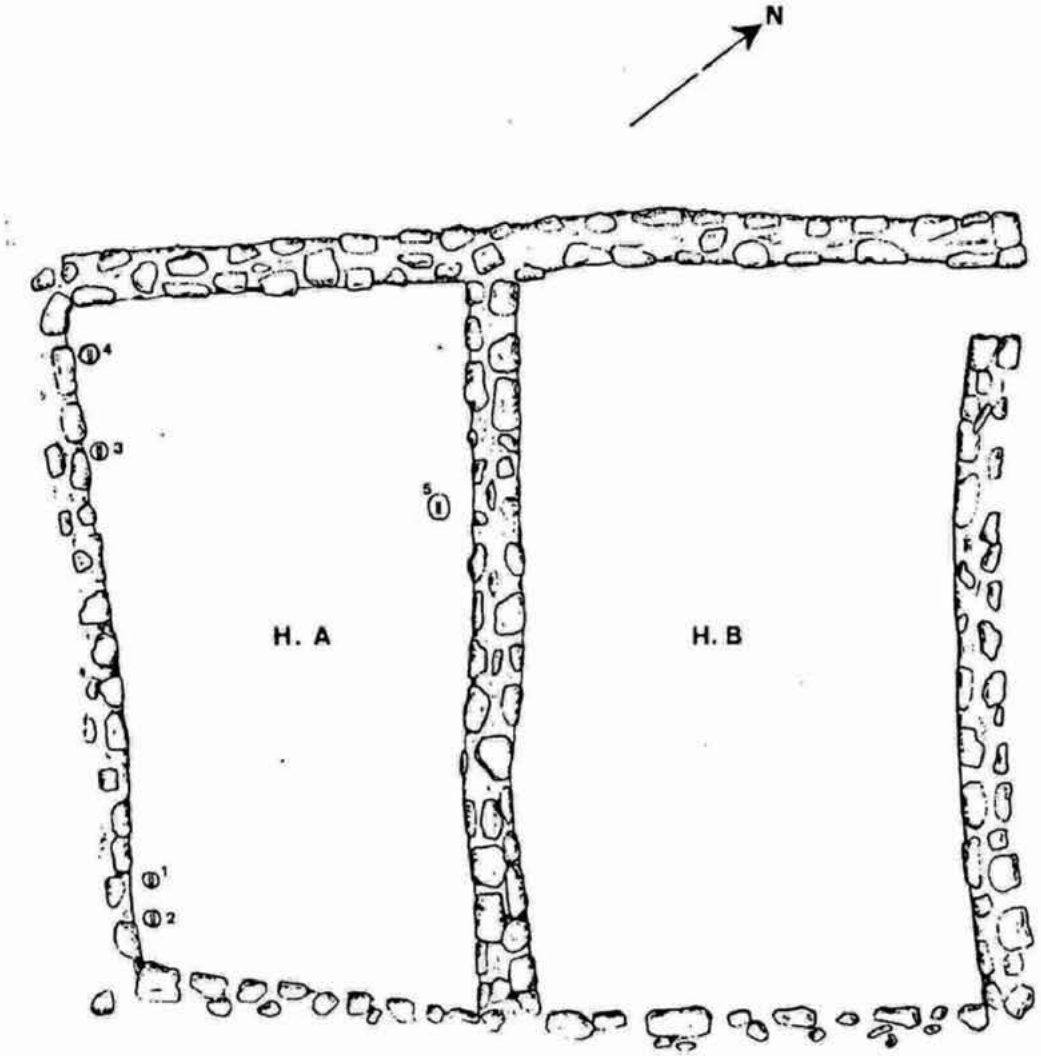


Fig. 2.— Planta del conjunto de Los Cabañiles

drían ser sustituidos por animales jóvenes, no nos extenderemos en estos aspectos (Gusi, 1989a).

Otras explicaciones alternativas pueden darse, y de hecho así ha sido, con referencia a otros yacimientos con enterramientos infantiles. No podemos generalizar ni trasponer a otros ambientes culturales los mismos presupuestos simbólico-religiosos. La compleja trama de la significación de las inhumaciones de niños de corta edad, ha de basarse en análisis puntuales de cada lugar y según su época. La existencia de otros diversos ritos de inhumación infantil, como por ejemplo bajo los pisos de las casas e incluso en otros puntos de las mismas (escaleras, bancos, etc.), permiten diversas interpretaciones en circunstancias análogas y que ya han sido tratadas por otros autores, como Guérin, Gracia Alonso, López Muller, etc., y exigen planteamientos distintos a los nuestros. Muy poco sabemos por el momento respecto al culto funerario humano y animal dentro del ámbito religioso ibérico, y sin lugar a dudas para conocerlo con cierto detalle, se habrán de desarrollar y explicar diversas interpretaciones de las prácticas simbólico-rituales que se utilizarían a lo largo de la etapa ibérica, tanto en sus orígenes ligados al mundo religioso del bronce final, como a sus distintas fases de evolución crono-cultural plena, y sus pervivencias ya dentro de la etapa de la romanización en los ámbitos ibéricos tardíos e incluso postibéricos.

Por el momento parece pues, que los enterramientos en recintos domésticos se pueden relacionar con actividades de tipo económico, agrícolas, pastoriles (?), metalúrgico, y otro grupo quizás esté más ligado a posibles ritos fundacionales, en tanto que se constata también el ritual de protección de la casa, y enterramientos que por su especial atipismo resultan de difícil interpretación, tal es el caso del yacimiento de Coimbra del Barranco Ancho.

Por otro lado, no hemos relacionado en este trabajo, los distintos tipos de ajuares funerarios que acompañan a muchas de las inhumaciones infantiles, ya que habría comportado un análisis detallado y puntual de

cada uno de ellos. Sin embargo no nos resistimos a mencionar la reiterada presencia de ofrendas consistentes en granos de cereales, cáscaras de huevos, restos óseos parciales de ovicápridos jóvenes e incluso piezas dentarias sueltas, huesos de crías de ratones de campo e incluso de musarañas, pájaros y restos esqueléticos de peces, valvas de conchas diversas, así como pequeños adornos personales, piezas cerámicas o elementos de significado desconocido. La mayor parte de estas ofrendas poseen un carácter simbólico —en muchos casos se encuentran asociadas a hogares rituales—, dirigido a la fertilidad o fecundidad y que muy bien podría estar vinculado a la Gran Madre o Diosa Tierra. Pero todo ello es tema que aquí por razones obvias no podemos desarrollar. Valgan pues estas líneas finales como una apostilla para reafirmar nuestra convicción que los enterramientos infantiles de inhumación, no son sino ofrendas simbólicas a una divinidad ctónica nutricia y protectora de personas y bienes.

ÁREAS GEOGRÁFICAS Y EXTENSIÓN DE LOS ENTERRAMIENTOS INFANTILES

A modo de breve resumen y sin pretensión alguna de exhaustividad, indicaremos a continuación de manera sucinta, los principales yacimientos del Bronce final, etapa ibérica plena y período ibero-romano, en los cuales se tiene la constancia de hallazgos de enterramientos de inhumación infantiles; para ello, hemos dividido convencionalmente la relación en seis áreas geográficas político-administrativas actuales, más como recurso práctico que basado en complejas y discutibles divisiones fisiográficas naturales. Respecto a las etapas preibérica e ibero-romana, únicamente se mencionan el nombre de los yacimientos y su principal referencia bibliográfica, pues tan sólo referenciaremos con detalle los enterramientos plenamente de época ibérica.

ÁREA DEL LENGUADOC

Le Cayla (Mailhac, Aude)

—Una inhumación de un recién nacido con un collar como ajuar, enterrado bajo el piso de la Casa D (Nivel III).

—Una inhumación de un recién nacido bajo el piso de la Habitación F.

La cronología de ambos enterramientos se situa entre los siglos IV y III. Además se recogieron numerosas inhumaciones de recién nacidos en el interior de viviendas de las diferentes fases de ocupación del yacimiento: Cayla II (600-500); Cayla III (500-250); Cayla IV (250-75); y Cayla V (75 a.E.-200 d.E.), sin más referencias (Louis, Taffanel, 1955: 121-125; Taffanel, 1976: 228).

Habitat de Marduel (Saint-Bonnet-du-Gard)

—Un recién nacido acéfalo, inhumado en decúbito ventral y las piernas encogidas, bajo el piso 16 del Nivel 17 de la Habitación 122 (Fase IIA), fechable a inicios del siglo II.

—Un hemicráneo de un recién nacido, inhumado entre tierras carbonosas y con restos de hogares, en el Nivel 15. El lugar del enterramiento al parecer fue utilizado para una actividad metalúrgica de tipo doméstico. La cronología del mismo se fecha en el primer cuarto del siglo II. Ambos enterramientos se hallaban próximos a hogares en el centro de la estancia (Py, Lebeaupin, 1986: 19-21 y 71-75).

Oppidum du Plan de la Tour (Gailhan, Gard)

—Un recién nacido de alrededor una semana de edad, inhumado en un espacio doméstico (Espacio 15, Nivel 5). El cuerpo estaba adosado contra una placa caliza, enterrado en una fosa de pequeñas dimensiones y poco profunda; el cráneo apareció fragmentado y el cuerpo depositado en decúbito lateral, con las piernas encogidas y mirando al noreste. La cronología corresponde a la segunda mitad del siglo V (Duday, Dedet, 1985).

ÁREA CATALANA

Poblado del Molí d'Espígol (Tornabous, Lleida)

—Un recién nacido de una semana y media de edad, enterrado en el ángulo NE, bajo el pavimento.

—Un recién nacido de tres o cuatro semanas de edad, enterrado bajo el piso, en una oquedad del suelo y en posición fetal.

Los hallazgos aparecieron en el Recinto H-45, en el interior del llamado «edificio singular». Ambos enterramientos carecían de ajuares funerarios. En el mismo recinto y bajo el pavimento, se encontraron restos óseos de caballo. La cronología de las inhumaciones se sitúa a finales de la primera mitad del siglo III (Cura, 1989; Mercadal, 1989).

Yacimiento de la Illa d'en Reixac (Ullastret, Girona)

—Un feto a término o recién nacido. Apareció muy degradado, recubierto por el piso y situado en el ángulo SO de los muros M-6 y M-27 de la Habitación E-32 del Sector 1 de la Zona 7.

—Un niño menor de un año. Se hallaba colocado en el interior de un receptáculo formado por numerosos fragmentos cerámicos del fondo de una gran vasija, situada en el ángulo SE de los muros M-5 y M-26 de la Habitación E-28 del Sector 7 de la Zona 7.

—Un recién nacido o feto a término, enterrado junto al muro medianero M-34 orientado al W, y perteneciente a la Habitación E-81 del Sector 2 de la Zona 4.

—Un feto a término o recién nacido y restos del cráneo de un niño menor de medio año de edad, ambos situados en el ángulo formado por los muros M-11 y M-12 de la Habitación E-55 del Sector 6 de la Zona 5. Fue depositado en posición fetal, encarado al S, sin fosa ni ajuar alguno.

—Un recién nacido menor de un mes de vida, se encontraba colocado en postura decúbito supino, bajo el piso de la Habitación E-77 del Sector 4 de la zona 5.

Las excavaciones que se llevan a cabo en el yacimiento desde 1987 bajo la dirección de M.ª Aurora Martín, han puesto al descubierto un conjunto urbanístico formado por varias agrupaciones de viviendas y calles, todo ello fechado en el siglo IV. Los enterramientos de las Habitaciones E-55 y E-77 corresponden a distintos momentos cronológicos. Todas las inhumaciones se descubrieron en el interior de recintos domésticos, dos de ellos se situaban junto a los muros y los tres restantes en los ángulos de las estancias. En el Sector 6 de la Zona 5, junto al ángulo SW del área excavada, apareció una fosa circular excavada en el suelo y que contenía los restos de un cordero. Posteriormente a la campana de 1987, aparecieron tres enterramientos más, todavía inéditos (AGUSTÍ, LLORENS, LÓPEZ, MARTÍN, MATARÓ, TOLEDO, 1989).

Poblado de Sant Andreu (Ullastret, Girona)

—Un niño de escasos meses de edad, colocado en el interior de una cubeta.

—Un recién nacido de pocos días de vida, igualmente inhumado en el interior de una cubeta.

Estos enterramientos se descubrieron en la zona SW del yacimiento, formando parte de la cuarta ocupación; además se hallaron otras tres cubetas con restos de siete ovicápridos, seis de ellos jóvenes. Todos los enterramientos aparecieron en los alrededores del basamento de un hogar ritual, en el interior de un espacio dividido en dos estancias y junto a la muralla meridional. El hecho de encontrarse restos de cereales, tipo cebada, avena y mijo, además de una urna a mano, en cuyo interior se recogieron varios restos de placas de bronce, y además quince guijarros de río en el interior de una casa de planta rectangular, correspondiente a la segunda ocupación, se atribuyó a un acto ritual de tipo fundacional. La cronología de estos últimos hallazgos se sitúa en torno a la primera mitad del siglo V, por lo menos. Respecto a los enterramientos infantiles, se fechan entre la segunda mitad del siglo IV y principios del III. El hecho que en las estancias donde se colocaron las inhumaciones, estuviesen empedradas y existiese un basamento de columna troncocónica (ocupaciones quinta y sexta, fechadas en la primera mitad del siglo III), hace creer que fuese este lugar un área de utilización ritual (MARTÍN, 1989).

Poblado del Turó de Can Olivé (Cerdanyola, Barcelona)

—Un feto inhumado bajo el piso de la Estancia H-4, en su ángulo NE.

—Un feto, quizás de siete meses, también inhumado en las mismas condiciones y estancia que el anterior.

—Dos fetos inhumados en la Estancia H-7, al norte del muro medianero, cerca del ángulo NE. Quizás pudieran corresponder, con reservas, a mellizos.

—Un feto inhumado en la Estancia H-8, al norte del muro medianero, cerca del ángulo NE.

La cronología de todos estos enterramientos, se sitúa entre mediados del siglo III y finales del II (BARBERÀ, PASCUAL, CABALLÉ, ROVIRA, 1961; BARBERÀ, CAMPILLO, MIRÓ, MOLIST, 1989).

Poblado de La Penya del Moro (Sant Just Desvern, Barcelona)

—Un feto, enterrado bajo el pavimento del Ámbito B-E, al pie del muro oeste.

—Un feto, inhumado bajo el suelo del Ámbito Y-UE 26.

—Un feto con una edad de gestación entre seis y siete meses, enterrado bajo el piso del Ámbito L.

—Un feto, probablemente femenino, hallado en el interior de un hueco recortado en la roca del Ámbito X.

También hay que destacar la numerosa presencia de inhumaciones de ovicápridos bajo los pisos de las viviendas del yacimiento, sumando un total de veintidós enterramientos, desglosados de la siguiente manera: once ovejas, seis cabras y cinco ovicápridos. Estos enterramientos, aunque se hallan en el interior de los recintos domésticos, no se distribuyen significativamente, únicamente se ha determinado que en líneas generales, se inhuman bajo el piso de la fase más moderna del poblado y se colocan cerca o incluso por debajo de los muros. Hay que destacar el que los cuerpos de las cabras jóvenes poseen el esqueleto, excepto el cráneo y las patas; por el contrario en las ovejas adultas, los restos esqueléticos están representados por la presencia del cráneo y las patas. La cronología de todos los enterramientos se sitúa en torno al último tercio del siglo V hasta la primera mitad del siglo IV (BARBERÀ, CAMPILLO, MIRÓ, MOLIST, 1989).

Poblado de Darró (La Vilanova i la Geltrú, Barcelona)

—Una inhumación de feto terminal o neonato, bajo el hogar, cerca del ángulo NE de la habitación H de la Vivienda 3 y perteneciente a la cuarta ocupación, cuando la estancia adquiere una función doméstica.

—Una inhumación de feto terminal o neonato, bajo el hogar de la habitación H, durante la quinta fase de ocupación, cerca del ángulo SE. Esta habitación sigue siendo de

uso doméstico y queda anexionada a otra estancia de la vivienda 3.

Los excavadores no consideran estos enterramientos como sacrificios fundacionales, aunque sean consecuencia de un cambio de compartimentación de la vivienda, puesto que son fetos, y se inclinan por la teoría que dichas inhumaciones estaban relacionadas con prácticas religiosas propiciatorias y tendrían un carácter doméstico y artesanal doméstico. Cronológicamente se sitúan entre el primer tercio del siglo II y la primera mitad del siglo I a.E. (López Muller, Fierro, 1988).

Poblado de Camp Maurí (La Valldan-Berga, Barcelona)

—Un niño, sin más referencias, inhumado bajo el empedrado del piso de la Habitación 2, correspondiente al nivel I/II. Se recogió un cráneo fragmentado y un revoltijo de huesos; como posible ajuar se encontró un diente de lobo con una perforación central.

—Un niño, sin más referencias, inhumado por debajo del enterramiento anterior; se recogió un cráneo seccionado longitudinalmente junto con huesos revueltos (Nivel III).

—Un niño, sin más referencias, perteneciente al nivel III.

La cronología aun siendo incierta, parece corresponder alrededor de finales del siglo III-inicios del II (Castillo, Riu, 1962).

Poblado de La Moleta del Remei (Alcanar, Tarragona)

—Un feto de ocho meses y una semana.
—Dos fetos de ocho meses y media semana.
—Un recién nacido de dos semanas de vida.
—Un recién nacido de dos semanas de vida.
—Un recién nacido de un mes de edad.

Estas cinco inhumaciones secundarias colectivas, sin ajuar, se hallaron en una fosa común excavada bajo el piso de la Vivienda H-17 en su ángulo NW, rodeada de piedras, formando una especie de cista.

—Un recién nacido cuya edad se sitúa entre quince y treinta días, sin ajuar, inhumado en una cubeta excavada en tierra.

Este enterramiento apareció en la zona denominada ZAP, en su área exterior (Gracia, Munilla, Mercadal, Campillo, 1989).

ÁREA ARAGONESA

Poblado del Castillejo de la Romana (La Puebla de Hijar, Teruel)

—Un recién nacido de escasos meses de edad, inhumado bajo el piso de la vivienda, junto al muro norte. Los huesos craneales estaban depositados encima de una capa de yeso. Se ha de destacar que únicamente apareció el cráneo con la parte occipital hacia arriba, flanqueado por dos pequeñas lajas calizas, hincadas verticalmente. Bajo el parietal se halló un canto de río, a modo de apoyo. El conjunto funerario se hallaba encajado dentro de la primera hilada del muro, y constituye el enterramiento 12H.

—Un niño de unos siete meses de edad del cual también se recogió el cráneo, cuyo occipital se apoyaba sobre una piedra. Esta inhumación apareció en el exterior del recinto, en una zona enlosada escalonada, y que formaba parte del acceso al mismo, estaba depositada encima de una gran piedra caliza, a la cual se le superpuso una gruesa capa de yeso. El enterramiento estaba recubierto por varias piedras colocadas en desorden, y se le denomina 10J,50.

—Un niño de un año de edad, el cual conservaba todo el esqueleto. Estaba situado por debajo de la losa caliza que servía de asiento al anterramiento 10J,50. Poseía un ajuar funerario simple (una pulserita de bronce). En la base de la inhumación se recogieron pequeños carbones, la cual fue denominada 10J,50-2.

—Un niño con el esqueleto incompleto y sólo una parte del cráneo, cuya edad no fue determinada. La inhumación se orientaba al oeste. La base de la misma había sido preparada. Y estaba rodeada por una capa de arcilla roja y en su alrededor se hallaban colocadas irregularmente cuatro pequeñas piedras que tapaban el hueco. Junto al enterramiento aparecieron restos de ovicáprido y conejo, y fue denominado 2M.

Estas cuatro inhumaciones aparecieron en una vivienda de planta rectangular, cuyo piso se encontraba empedrado mediante losas calizas, y la cronología se fecha en un momento indeterminado entre el siglo III e inicios del I (Beltrán Lloris, 1977).

Poblado de Los Castellazos (Mediana de Aragón, Zaragoza)

—Un niño, sin más precisiones, inhumado en una fosa que perforaba un pavimento de yeso, el cual se hallaba en posición fetal y la cabeza orientada al este, junto al muro oeste de la Casa 2. Cronológicamente se fecha entre finales del siglo III y siglo II (Mínguez, 1988).

Poblado de Piuró del Barranco Fondo (Mazaleón, Teruel)

—Un feto, sin más datos, cubierto por un molino, en el interior de una vivienda. La cronología según Bosch Gimpera puede situarse en la segunda mitad del siglo V, por el contrario para Beltrán Martínez corresponde a fines del siglo IV.

Poblado de El Palomar (Oliete, Teruel)

—Veinte inhumaciones infantiles, sin más detalles, repartidas en varias viviendas, de la siguiente manera: una en la Vivienda 1, siete en la Vivienda 3, tres en la Vivienda 4, cinco en la Vivienda 6, tres en la Vivienda 7, y una en la Vivienda 11. Todos los enterramientos se encontraron bajo el piso de ocupación, debajo de escaleras, o en pequeños pozos en las esquinas de los muros, en espacios enmarcados por lajas; algunos contienen ajuares (cuencos cerámicos, cuentas de collar y pequeños animales). Algún autor menciona veintitrés inhumaciones (Barrial, 1989). También en las viviendas aparecieron enterramientos de animales, especialmente cerdos y ovejas, hasta un total de diecisiete inhumaciones: uno en la Vivienda 1, dos en la Vivienda 3, dos en la Vivienda 4, dos en la vivienda 6, uno en el Almacén a3, cuatro en la Vivienda 7, y cinco en la Vivienda 8. La cronología del yacimiento se sitúa desde el siglo III a la primera mitad del siglo I a.E. (Vicente, Ezquerra, Escriche, 1990; Vicente, 1981; Vicente, 1982).

Poblado de El Tarratrato (Alcañiz, Teruel)

—Un niño inhumado, sin más referencias, enterrado dentro de una cubeta excavada en el suelo de la Vivienda 6, detrás de un zócalo de piedras, en un ángulo de la estancia. Cerca del mismo, apareció una pequeña fosa en donde se depositaron los restos de diversos pájaros. La vivienda se fechó en el siglo IV (Paris, Bardaviu, 1926).

Poblado del Alto Chacón (Teruel)

—Una inhumación infantil, sin más referencias, únicamente apareció el cráneo junto con otros restos óseos. El yacimiento se fecha desde fines del siglo V hasta el siglo I d.E., aunque el momento álgido del poblado fueron los siglos III y II (Atrián, Vicente, Herce, 1980: 132).

Poblado de San Antonio (Calaceite, Teruel)

—Dos inhumaciones infantiles, sin más referencias, una de ellas se encontró desordenada en el ángulo oeste de la estancia, dentro de un hoyo excavado en el suelo y por debajo de una muela de molino. A 1 m. de distancia y a lo largo del muro norte, se halló la segunda inhumación, tampoco sin referencias anatómicas. Estos hallazgos aparecieron en el interior de la Habitación 19.

—Una inhumación de un niño, sin más referencias, constituida por un cráneo, situado cerca del ángulo NW del Departamento «a», entre la torre y la Habitación «o»; cerca del enterramiento, en el ángulo opuesto NE del recinto, se hallaba una muela de molino.

—Una inhumación de un niño, sin más referencias, cuyos restos se encontraban esparcidos en el ángulo NE del Departamento 81 (Pallarés, 1965).

ÁREA DEL PAÍS VALENCIANO

Poblado del Puig de la Nau (Benicarló, Castellón)

—Un feto o recién nacido prematuro; los huesos se hallaron esparcidos por debajo del piso de ocupación de la Habitación 5.

—Un feto o recién nacido, hallado en iguales condiciones que el anterior; encontrado en la Habitación 3.

Ambos enterramientos se pueden fechar como correspondientes al siglo V.

—Un recién nacido o feto a término, colocado en posición fetal y protegido por pequeñas piedras que rodeaban el enterramiento, junto a éste se recogió un hueso de cordero de un año de edad, todo ello se halló en la Habitación 28. Fechado en el siglo VI.

—Dos recién nacidos, cuyos huesos se hallaron entremezclados; uno de ellos con una edad alrededor de las dos o tres semanas, y el otro de un mes de vida aproximadamente. Los restos óseos estaban incompletos, y además faltaban los huesos craneales y aparecieron todos amontonados, depositados junto a un muro, bajo el piso de ocupación de la Habitación 33. La cronología se centra en la segunda mitad del siglo V (Oliver, 1989).

Yacimiento del Puig de La Misericòrdia (Vinaròs, Castellón)

—Un feto, cuyos huesos se encontraron esparcidos por debajo del piso (Nivel II) de la Habitación A. Fechable dentro del primer tercio del siglo VI.

—Dos recién nacidos cuya edad oscila entre varios meses y medio año de vida. Los huesos se hallaron revueltos junto a la pared de la vivienda, bajo el piso de la segunda ocupación. Junto a las inhumaciones se recogieron restos óseos de una cría de conejo. La cronología de los enterramientos se sitúa en la segunda mitad del siglo VI (Oliver, 1989).

Poblado de Sant Josep (La Vall d'Uixó, Castellón)

—Un recién nacido o feto a término, inhumado en el interior de una urna, colocada bajo el piso de ocupación de la Habitación C-17.

—Una inhumación de edad no determinada, situada bajo el pavimento y junto a un muro de la Habitación C-13, junto a la misma, se recogieron algunos restos de un ovicáprido joven. Cronológicamente pueden corresponder a un momento del siglo V (Oliver, 1989).

Poblado de Les Forques (Borriol, Castellón)

—Una inhumación infantil, sin mayores precisiones, hallada en el interior de una urna globular. El hallazgo procede de una remoción clandestina. La campaña de excavación realizada bajo la supervisión del Servicio de Investigaciones Arqueológicas y Prehistóricas de la Diputación de Castellón durante el año 1981, proporcionó una cronología del yacimiento desde el siglo III hasta inicios del siglo I (Oliver, 1981; Falomir, Salvador, 1981).

Poblado de Montmirà (L'Alcora, Castellón)

—Un recién nacido de alrededor de un mes de edad, inhumado en el interior de una estructura constructiva de paredes no rectilíneas y que quizás constituya una estructura defensiva (torre?). El esqueleto apareció completo en posición fetal, con las piernas flexionadas y los brazos recogidos sobre el tórax; el cuerpo se hallaba recostado en su lado derecho —decúbito lateral— y con la cabeza dislocada hacia atrás, en gran parte desaparecida, mirando hacia el oeste, y a la vez hacia el pequeño hogar subcircular que se encontraba a unos 0'40 m. del enterramiento. El cadáver se había depositado entre la pared rocosa de un afloramiento natural y unos bloques pétreos, colocados intencionalmente en el lado opuesto del afloramiento, con el fin de delimitar el cuerpo. No se recogió ajuar funerario alguno, ni tampoco material arqueológico en todo el nivel del hallazgo. Por el contrario la cerámica aparecida en el nivel superior, correspondiente a la base de un muro posterior adosado a la citada estructura, se fecha hacia finales del siglo III y comienzos del II. El hallazgo inédito procede de la campaña de excavaciones realizadas en el verano de 1990, dirigida por D. Eladio Grangel, a quién agradecemos la información facilitada.

Yacimiento de La Escudilla (Zucaina, Castellón)

—Dos lactantes y un feto, inhumados en la urna 1; en su interior también se recogieron restos óseos de un bóvido y un ovicáprido lechal y un vasito cerámico.

—Cuatro neonatos y un feto, inhumados en la urna 2; en el interior se recogió un hueso de animal indeterminado.

—Un neonato y dos fetos, inhumados en la urna 2bis; en el interior se recogieron huesos de un ovicáprido lechal y de crías de ratón de campo, además de un puñado de granos de cereal sin determinar.

—Tres lactantes, inhumados en la urna 3; en su interior aparecieron huesos de ovicáprido, cerdo/jabalí y cría de ratón de campo.

—Un neonato, inhumado en la urna 3bis; sin ajuar alguno.

—Un lactante, inhumado en la urna 4; en su interior se recogieron huesos de un ovicáprido lechal.

—Un lactante, inhumado en la urna 5; en su interior se hallaron huesos de cría de ratón de campo y musaraña, además de una pieza troncocónica de arcilla.

—Un lactante, inhumado en la urna 6; en su interior se recogieron restos óseos de conejo, ovicáprido lechal y de cría de ratón de campo.

—Un neonato, inhumado en la urna 7; en su interior se encontraron restos de ovicáprido lechal.

—Dos lactantes y un feto, inhumados en la urna 8; sin ajuar.

En el Recinto H-1, las urnas aparecidas bajo el pavimento y empotradas en un agujero excavado en el sustrato natural, se dividían en dos subgrupos, en los cuales la primera agrupación se situaba en el ángulo SE del recinto, y constituida por cinco urnas con quince inhumaciones infantiles (urnas 1, 2 bis, 3, 3 bis); la segunda agrupación se situaba a lo largo del muro N y la formaban otras cinco urnas con siete inhumaciones (urnas 4, 5, 6, 7, 8), dentro de esta concentración, se distinguió una subagrupación, situada entre el muro N y el hogar central (urnas 4 y 7).

—Tres neonatos, inhumados en la urna 9; en su interior se recogieron unos fragmentos indeterminables de bronce y una cuenta de pasta vítrea.

Esta es la única urna aparecida en el interior del Recinto H-2, junto al umbral de la entrada, cerca de un pequeño bloque de piedra caído de 0'40 m. de alto.

—Dos neonatos, inhumados en la urna 10; sin ajuar.

—Un neonato, inhumado en la urna 11; sin ajuar.

En el exterior del umbral del Recinto H-3, se hallaron estas dos urnas descritas. La cronología de estos recintos, la situamos dentro de la primera mitad del siglo V (Gusi, 1971 y 1989a, b).

Poblado de Los Cabañiles (Zucaina, Castellón)

—Dos neonatos, inhumados en la urna 1; sin ajuar.

—Un neonato, inhumado en la urna 2; sin ajuar.

—Un neonato, inhumado en la urna 3; sin ajuar.

—Un neonato, inhumado en la urna 4; sin ajuar.

—Un neonato, inhumado en la urna 5; se recogió en su interior una valva de un pequeño molusco competidor de la ostra.

En el Departamento H-A aparecieron cinco urnas con seis inhumaciones, formando dos agrupaciones. La primera situada a todo lo largo del muro meridional, formada por cuatro urnas (1, 2, 3, 4) con cinco inhumaciones, y dividida en dos subagrupaciones, la primera en el ángulo SE, con dos urnas (1, 2) y la segunda con otras dos urnas (3, 4) en el ángulo SO. La segunda agrupación la formaba una única urna (5) con una inhumación y se situaba cerca del muro septentrional del recinto.

La cronología de todos estos enterramientos es la misma atribuida al yacimiento de La Escudilla, primera mitad del siglo V (Gusi, 1971 y 1989 a, b).

Utilizamos el término neonato como un recién nacido

hasta un mes de edad, y lactante como un niño mayor de un mes y menor de medio año.

Poblado del Castellet de Bernabé (Llíria, Valencia)

—Un recién nacido de algunos meses de edad, depositado en una urna rota con escasos restos óseos muy removidos; ajuar compuesto de una pequeña pulsera de bronce.

—Un recién nacido, completo, depositado en una urna colocada en un *loculus*; cerca del enterramiento se hallaron los restos de un hogar y una balsa en cuyo interior apareció una piedra utilizada como yunque. En el recinto se realizaron actividades metalúrgicas.

Estos enterramientos aparecieron en el Departamento 1, formado por tres estancias, el primero de ellos, cerca del muro meridional y su ángulo SE, y el segundo bajo un banco corrido adosado al muro meridional citado.

—Un lactante de sexo masculino, cuya edad oscila entre los 5 y los 7 meses de vida, inhumado en el interior de una urna; contenía un ajuar funerario compuesto por un aro de bronce (encima de la clavícula derecha), una tobillera de hierro (pie derecho), una pulsera de material perecedero, en la cual había una concha de caracol marino, una campanita de bronce y una herramienta también en bronce de miniatura y representando una alcotana (muñeca derecha), así como un objeto de bronce y madera indeterminable (húmero izquierdo). Por encima del esqueleto y quizás proveniente de un plato-tapadera, se recogieron restos carbonizados de huesos de cría de ratón, cáscara de huevo, escamas de pescado y un hueso de ratón bajo el omoplato izquierdo, y también de una musaraña.

—Un recién nacido incompleto (un ilión, una costilla y un hueso largo fragmentado), inhumado en el interior de una vasija de cocina recortada en su base, y situada en la esquina norte, colocada sobre un bloque calizo y en clara relación de dependencia con la anterior inhumación.

Estos enterramientos aparecieron en el Departamento 3, en el ángulo norte junto a la muralla y la pared este, y cubiertos por dos bloques de piedra caliza que sobresalían del piso de ocupación y que formaban un espacio delimitado por el muro este de la casa y por tres paramentos formados por bloques irregulares calizos. El hallazgo se fecha en la primera mitad del siglo IV.

—Cuatro inhumaciones infantiles, sin más datos.

Estos enterramientos aparecieron en el Departamento 6, Bajo unas escaleras, en el ángulo norte y bajo el empedrado, cerca del muro oeste, dentro de una fosa rectangular con las paredes enlucidas; una de las inhumaciones estaba constituída por una urna asentada por encima de la fosa, y correspondía a un nivel posterior de ocupación del recinto, en donde se realizaron actividades de tipo metalúrgico.

—Un recién nacido de uno o dos días de edad, inhumado en una urna con plato-tapadera; el esqueleto completo, estaba en posición decúbito lateral izquierdo y con el cráneo aplastado; en el interior apareció un ajuar compuesto por una piedra pequeña y un incisivo de ovicáprido y un fragmento de húmero de conejo. La urna ocupaba una oquedad de la roca basal y estaba sellada mediante un adobe que sobresalía del piso de ocupación.

Esta inhumación se halló en el interior del Departamento 7, en el ángulo norte, fechada en la primera mitad del siglo IV. Se recogieron tres molinos y restos de trigo y cebada. Hemos de señalar que en el momento de redactar nuestro trabajo, únicamente se han publicado cinco inhumaciones de un total de más de 10 enterramientos aparecidos hasta el momento en el yacimiento, según sus excavadores (GUÉRIN, MARTÍNEZ VALLE, 1987-1988: 231-265; GUÉRIN, CALVO, GRAU, GUILLÉN, 1989).

Poblado de La Seña (Villar del Arzobispo, Valencia)

—Un neonato menor de dos meses de edad; sin ajuar funerario. Aparecido en el Recinto 3, en el interior de una urna situada en el ángulo sur de la habitación junto a la puerta de entrada.

—Dos recién nacidos de uno o dos días de edad; se recogió un molar de conejo. Se recogió en el Recinto 4, en el interior de una urna adosada a la muralla y junto al muro divisorio del recinto y bajo el piso de ocupación. Fechado a inicios del siglo IV (GUÉRIN, MARTÍNEZ VALLE, 1987-1988).

Poblado del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)

—Un recién nacido de unos quince días de edad, sus restos no tenían conexión anatómica, inhumado bajo el piso de la Vivienda H-1. Cronología sin detallar, ya que únicamente se cita la fecha de ocupación del yacimiento, siglos V al II (GUÉRIN, MARTÍNEZ VALLE, 1987-1988).

Poblado de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia)

—Un feto a término o neonato, inhumado en una urna colocada bajo un banco corrido, en el ángulo este de la estancia H Ib-83. La cronología se situa en la segunda mitad del siglo V y finales del IV.

—Un recién nacido, sin más referencias, hallado en malas condiciones en el poblado (GUÉRIN, MARTÍNEZ VALLE, 1987-1988).

Poblado de La Serreta (Alcoy, Alicante)

—Dos cráneos infantiles de corta edad, sin más referencias, hallados en los ángulos del interior de dos habitaciones

y por debajo del piso; sin ajuar. La cronología quizás se pueda situar a lo largo del siglo I (TARRADELL, 1965: 175).

Poblado de La Alcudia (Elche, Alicante)

En el interior de diversas viviendas, aparecieron ocho urnas, en cuyo interior se constató la presencia de inhumaciones infantiles. Una de las urnas se halló junto a un ara de piedra con hornacina superior y flanqueada por dos ánforas. Sin más referencias (RAMOS, 1989).

ÁREA MURCIANA

Necrópolis de El Cigarralejo

—Un lactante menor de cinco meses, inhumado en urna. Enterramiento T-162. Fechable en el siglo IV.

—Un lactante cuya edad se sitúa entre los cinco y siete meses, inhumado en urna y con ajuar funerario (anillo cobre, cuenta pasta). Enterramiento T-201. Cronología, segunda mitad del siglo V.

—Un recién nacido de pocos días, inhumado en urna; ajuar funerario (cuentas collar, colgante pasta, anillos). Enterramiento T-104. Fechable a fines del siglo V y primera mitad del IV.

—Un lactante, sin más datos, inhumado en urna; sin ajuar. Enterramiento T-177. Cronología, sin especificar (¿siglos III-II?) (CUADRADO, 1987: 323, 328, 334, 374; SANTONJA, 1985-1986: 29-30).

Poblado de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)

—Cuatro niños de corta edad, inhumados en el interior de una zanja paralela al muro este, bajo las losas de la escalera de la entrada, y depositados desordenadamente en posición fetal y sin ajuar alguno.

—Un niño de corta edad, orientado al oeste, inhumado en una fosa excavada cerca del ángulo sudeste. Sin más referencias.

—Un niño, sin más referencias, inhumado en posición fetal dentro de una pequeña fosa y orientado al este; sin ajuar.

—Un niño, sin más referencias, inhumado cerca del ángulo sudoeste, al lado de una muela de molino y orientado al este.

Todos estos enterramientos aparecieron en el interior de una de las viviendas, en el estrato II, fechado a fines del siglo IV e inicios del III (LILLO, 1981).

ÁREA ANDALUZA

Necrópolis de Tutugi (Galera, Granada)

—Un niño de varios meses de edad, sin más referencias, inhumado bajo una estancia, al pie del túmulo funerario 88.

—Un niño de corta edad, sin más referencias, inhumado en el interior de una vasija cilíndrica cortada, y decorada con semicírculos pintados. Esta inhumación apareció cerca de una vivienda romana, la cual a su vez tenía un enterramiento bajo el piso.

—Un niño de poca edad, sin más referencias, inhumado en el interior de una urna globular, partida en dos, y con plato-tapadera; apareció en la ladera este de la cañada de los Metros (CABRÉ, DE MOTOS, 1918: 44, 45, 54, 55, 62).

OTROS ENTERRAMIENTOS

Como complemento a la recopilación de los yacimientos ibéricos, hemos recopilado una lista muy breve y forzosamente incompleta de otros yacimientos de distintas épocas, Bronce y etapa romana, así como del período colonizador, e incluso de la cultura talayótica mallorquina, como una simple referencia de estas prácticas funerarias infantiles en la región mediterránea de nuestro país durante la Antigüedad a lo largo de más de un milenio.

Enterramientos infantiles dentro del área de la posterior Cultura Ibérica, pertenecientes al período del Bronce final.

ÁREA CATALANA

Poblado de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer-Termens, Lleida)

—Cuatro inhumaciones en distintos estratos del yacimiento, fechados desde el 1200/1100 hasta el siglo VII (GALLART, JUNYENT, 1989).

Poblado del Tossal de Les Tenalles (Sidamon, Lleida)

—Una inhumación de recién nacido, fechable en torno al siglo VIII (GARCÉS, MARÍ, SORRIBES).

Poblado de Carretelá (Lleida)

—Dos inhumaciones, una de recién nacido y otra de un

año de edad, fechables por C-14 entre 1090 y 1070 B.C. (Maya, 1986: 45).

ÁREA DEL PAÍS VALENCIANO

Poblado de La Peña de la Dueña (Teresa, Castellón)

—Una inhumación de niño, sin más detalles. Fechable presumiblemente en el Bronce tardío, quizás entre los siglos XII y X (Alcácer, 1945).

ÁREA ARAGONESA

Poblado de Los Azafranales (Fraga, Huesca)

—Una inhumación infantil, sin más referencias, enterrada en un hoyo revestido parcialmente de piedras. La cronología se sitúa en un momento del Bronce final, sin más datos (Maya, 1986: 45).

Dentro del área de influencia del mundo feniciopúnico, poseemos por el momento conocimiento de varios núcleos de enterramientos infantiles en la zona de las Baleares (Cultura Talayótica) y en la zona andaluza.

ÁREA BALEAR

Necrópolis de Ca's Santamarier (Son Oms, Palma de Mallorca)

—Inhumaciones de niños de corta edad, aunque no aparecieron recién nacidos, sin ajuares excepto en un sólo caso; se hallaron enterrados en el interior de urnas cerámicas, de arenisca y en cistas. Cronología, Talayótico final, primera mitad del siglo II a mediados del siglo I (Rosselló, Guerrero, 1983).

Necrópolis de Marina Gran (Ses Salines, Mallorca)

—Diversas inhumaciones infantiles de neonatos y niños de muy corta edad, enterrados en urnas de arenisca (Rosselló, 1963).

Santuario de Almallutx (Escorça, Mallorca)

—Una mandíbula infantil hallada en el interior de un vaso y junto con dos inhumaciones de adultos jóvenes (Fernández-Miranda, Enseñat, Enseñat, 1971: 13-14).

Cova de Son Boronat (Calvià, Mallorca)

—Nueve inhumaciones infantiles. Cronología, siglos IV al II (Guerrero, 1979).

Cova de Son Maimó (Petra, Mallorca)

—Posibles enterramientos infantiles, sin más referencias (Amorós, 1974: 148).

Cova Monja (Sencelles, Mallorca)

—Posibles enterramientos infantiles, sin más referencias (Guerrero, 1989).

Necrópolis del Puig des Molins (Eivissa)

—Tres inhumaciones infantiles de 5/6 meses, 2/3 años y 5 años. Cronología, siglos IV-III.

—Un niño, sin más referencias, con ajuar (cuentas de collar), encontrado en el hipogeo 52.

—Dos niños inhumados en el interior de ánforas, sin más referencias.

—Diversas inhumaciones infantiles dentro de ánforas, sin más referencias (Román, 1924: 22; Román, 1927: 5; Gómez, Gómez, 1989).

Cala d'Hort (Eivissa)

—Posibles enterramientos infantiles, sin más referencias (Román, 1918: 5).

Necrópolis de Ca n'Ursul (Sant Josep, Eivissa)

—Una inhumación infantil en ánfora y con ajuar funerario, sin más referencias (Román, 1918: 5).

Necrópolis de Ca Na Jondala (Sant Josep, Eivissa)

—Diversos enterramientos infantiles en el interior de ánforas y urnas, con ajuares funerarios, sin más referencias (Román, 1921: 5).

ÁREA ANDALUZA

Necrópolis de Baria (Villaricos, Almería)

—Once inhumaciones infantiles enterradas en fosas cu-

biertas por media ánfora (n.os 226, 239, 314, 316, 318, 338, 538, 542, 576, 612, 1108).

—Dieciocho inhumaciones infantiles en el interior de ánforas, sin más referencias (n.os 8, 17, 19, 320, 323, 347, 365, 386, 401, 518, 883, 987, 996, 1016, 1028, 1063, 1106, 1698). Algunas poseen ajuar funerario (Siret, 1908: 29; Astruc, 1951: 52-54).

En cuanto al área de influencia griega, únicamente conocemos un sólo yacimiento claramente determinable.

ÁREA CATALANA

Necrópolis de Empúries (L'Escala, Girona)

Zona Inhumación Muralla NE:

—Dos enterramientos infantiles. Cronología fines del siglo VI y siglo IV (n.os 1, 2). Sin más referencias.

Zona Inhumación Martí:

—Cuarenta y dos enterramientos infantiles, sin más referencias. Cronología, siglo IV (n.os 9, 12, 13, 15, 18, 22, 23, 29, 35, 59, 56, 57, 66, 69-69bis, 74, 75, 77, 85, 88, 89, 93, 96, 100, 104, 106, 112, 113, 115, 116, 117, 118, 123, 124, 125, 130, 131, 134, 135, 136, 137, 138).

Zona Inhumación Bonjoan:

—Cinco enterramientos infantiles, sin más referencias (n.os 49, 68, 73, 74, 80).

Zona Inhumación Granada:

—Tres enterramientos infantiles, sin más referencias (n.os 11, 13, 14).

Las inhumaciones por lo general se entierran en fosas o en ánforas, algunas con ajuares funerarios (Almagro, 1953-1955: 47-113, 189-213, 242-245 (I); 398-399 (II)).

En lo que respecta al período romano, son escasos todavía los datos referidos a inhumaciones infantiles. Hasta el momento se han registrado hallazgos en cuatro áreas.

ÁREA CATALANA

Edificio Imperial de Magdalena

—Diez inhumaciones infantiles, bien referenciadas. Cronología, primera mitad del siglo I d.E. a mitad del siglo II d.E. (Lorencio, Puig, Julià, 1987; Vives, 1987).

ÁREA ARAGONESA

Colonia Victrix Iulia Lepida/Celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza)

—Treinta y seis inhumaciones infantiles halladas en el interior de varias viviendas, bien referenciadas. Cronología, fines del siglo I (Mínguez, 1988).

Villa romana (?) (Torres de Albarracin, Teruel)

—Varias inhumaciones infantiles, sin más referencias, fechadas en el siglo II d.E. (Mínguez, 1988).

ÁREA DEL PAÍS VALENCIANO

Edificios «Horreum» y «Occidental» de Dianium (Dénia, Alicante)

—Seis inhumaciones infantiles con edades comprendidas desde 6/7 meses de gestación, fetos a término, hasta un niño de 5/6 años. Bien referenciado. Cronología, primera mitad del siglo I d.E. al primer tercio del siglo II d.E. (Gisbert, Sentí, 1989).

ÁREA ANDALUZA

Necrópolis de Gades (Cádiz)

—Veintidós inhumaciones infantiles de niños cuyas edades oscilan de los 2 a los 7 años. Todos tenían el cráneo fracturado. Cronología, mediados del siglo I d.E. (Corzo, 1989).

BIBLIOGRAFÍA

Agustí, B.; Llorens, J.M.; López, J.; Martín, M.A.; Mataró, M. y Toledo, A. (1989): «Enterraments domestiques d'individus perinataux dans l'Illa d'en Reixac, Ullastret, Gerone, Espagne». *Actes du Congrès de Sarnans*, en prensa.

Alcácer, J. (1945): «Dos estaciones argáricas en la región levantina». *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, Valencia, p. 151.

Almagro, M. (1953-1955): *Las necrópolis de Ampurias*, I y II. Monografías Ampuritanas III, Barcelona, 399 p. y XVIII lám. (vol. I), y 399p. y XVI lám. (vol. II).

Amorós, L. (1974): «La cueva sepulcral prerromana de Son Maimó, en el término municipal de Petra (Mallorca)». *IV Simposium de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, p. 148.

BARBERÀ, J.; CAMPILLO, D.D.; MIRÓ, C. y MOLIST, N. (1989): «Las inhumaciones infantiles y otros ritos en el poblado ibérico de la Penya del Moro de Sant Just Desvern (Barcelona)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglo VII a.E. al siglo II d.E.)», Castellón, pp. 161-172.

BARBERÀ, J.; PASCUAL, R.; CABALLÉ, M. y ROVIRA, J. (1961): «El poblado prerromano del Turó de Can Olivé de Cerdanyola (Barcelona)». *Ampurias*, 22-23, Barcelona, pp. 183-219.

BELTRÁN, M. (1977): «Enterramientos infantiles en el poblado ibérico de La Romana (La Puebla de Hijar, Teruel)». *Ampurias*, 38-40: «Els Orígens del món ibèric», Barcelona, pp. 307-315.

CABRÉ, J. y MOTOS, F. DE (1918): *La necrópolis ibérica de Túrugi (Galera, provincia de Granada). Memorias de las excavaciones practicadas en la campaña de 1918*. Memorias de la Junta superior de Excavaciones y Antigüedades, n.º gral. 25, Madrid, 1920, 92 p. y XXVII lám.

CASTILLO, A. y RIU, M. (1962): El poblado bergistano de «Camp-Maurí». *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología (Barcelona, 1960)*, Zaragoza, pp. 426-431.

CORZO, R. (1989): «Los sacrificios infantiles en Cádiz». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)», Castellón, pp. 239-245.

CUADRADO, E. (1981): «Las necrópolis peninsulares en la baja época de la Cultura Ibérica.» *Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del X aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología (Madrid, marzo 1979)*, Madrid, pp. 51-72.

CUADRADO, E. (1987): *La necrópolis ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXIII, Madrid, 635 p.

CURA, M. (1989): «Enterraments infantils al Molí d'Espigol de Tornabous (Urgell, Lleida)». *Cuadernos de prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)», Castellón, pp. 173-182.

CHAPMAN, R.; KINNES, W. y RANSBORG, K. (1981): *The Archaeology of Death*. Cambridge, 236 p.

DUDAY, H. y DEDET, B. (1985): «Une inhumation protohistorique de nouveau-né sur l'oppidum du Plan de la Tour à Gailhan (Gard)». *Actes du 110e Congrès National des Sociétés Savantes (Montpellier, 1985). Etudes Languedociennes*, Paris, pp. 89-95.

FALOMIR, V. y SALVADOR, J. (1981): «I Campaña de excavaciones en el poblado ibérico de Les Forques (Sorriol, Castellón)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 8, Castellón, pp. 257-278.

FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; ENSEÑAT, C. y ENSEÑAT, B. (1971): *El poblado de Almallutx (Escorça, Baleares)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 73, Madrid, pp. 13-14.

FRAZER, J.G. (1922): *La Rama Dorada* (cap. XLVI. 3. Sacrificios humanos para las cosechas, p. 493 ss), Mexico, 1965, Fondo de Cultura Económica, 860 p. Traducción de la versión inglesa abreviada.

GALLART, J. y JUNYENT, E. (1989): *Un nou tall estratigràfic al poblat de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer-Térmens, La Noguera)*. Espai i Temps, Quaderns del Departament de Geografia i Història de l'Estudi General de Lleida, 3, Lleida, 123 p.

GARCÉS, I.; MARÍ, LL.; PUCHE, J.M. y SORRIBES, E.: *Enterrament infantil al Tossal de Les Tenalles (Sidamon, Lleida)*. Homenatge al prof. M. Tarradell, Barcelona, en prensa.

GÓMEZ, C. y GÓMEZ, F. (1989): «Enterramientos infantiles en la Ibiza fenicio-púnica». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al s. II d.E.)», Castellón, pp. 211-238.

GRACIA, F.; MUNILLA, G.; MERCADAL, O. y CAMPILLO, D. (1989): «Enterramientos infantiles en el poblado ibérico de La Moleta del Remei (Alcanar, Montsiá)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)», Castellón, pp. 133-160.

GUÉRIN, P. y MARTÍNEZ VALLE, R. (1987-1988): «Inhumaciones infantiles en poblados ibéricos del área valenciana». *Saguntum*, 21, Valencia, pp. 231-265.

GUÉRIN, P.; CALVO, M.; GRAU, E. y GUILLÉN, P. (1989): «Tumbas infantiles en El Castellet de Bernabé (Liria, Valencia)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.), Castellón, pp. 56-87.

GUERRERO, V.M. (1979): «El yacimiento funerario de Son Boronat (Calviá, Mallorca)». *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, XXXVII, Palma de Mallorca, pp. 1-58.

GUERRERO, V.M. (1989): «Posibles sacrificios infantiles en la Cultura Talayótica de Mallorca». *Cuadernos de prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II D.E.)», Castellón, pp. 191-210.

GUSI, F. (1970): «Enterramientos infantiles ibéricos en vivienda». *Pyrenae*, 6, Barcelona, pp. 65-70.

GUSI, F. (1971): «Informe sobre la campaña de excavaciones en la región del Alto valle del Mijares». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XVI, Madrid, pp. 205-241.

GUSI, F. (1989a): *Noves puntualitzacions a l'entorn dels establiments ibèrics amb enterraments infantívols*. Homenatge al prof. M. Tarradell, Barcelona, en prensa.

GUSI, F. (1989b): «Posibles recintos necrolátricos ibéricos en Castellón». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)», Castellón, pp. 19-42.

GUSI, F. ET AL. (1989): *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses, 14: Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)*. Castellón, 247 p.

LILLO, P.A. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*, Universidad de Murcia, 449 p.

LÓPEZ, A. y FIERRO, X. (1988): «Darreres intervencions a l'assentament ibèric i la vil·la romana de Darró (Vilanova i la Geltrú, Garraf). *Tribuna d'Arqueologia 1987-1988*. Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, pp. 53-68.

LORENCIO, C.; PUIG, F. y JULIÀ, M. (1987): «Enterraments infantils a l'edifici imperial de La Magdalena (Lleida)». *Jornades Internacionals d'Arqueologia romana. De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior (Granollers, 5-8 febrer), 1 Documents de Treball. Homenatge a Josep Estrada i Garriga*, Museu de Granollers, pp. 274-283.

LOUIS, M. y TAFFANEL, J. (1955): *Le Premier Age du Fer languedocien*, I. Bordighera-Montpellier, pp. 121-125.

MALUQUER, J. (1954-1958): *El yacimiento hallstáttico de Cortes de Navarra*. Estudio crítico I, 200 p., y II, 150 p. Excavaciones en Navarra, VI, Pamplona.

MARTÍN, M.A. (1989): «El s. III a.C. a Ullastret (Baix Empordà). Excavació del Tall Ll-l». *Actes del Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, 9, en prensa. (Agradecemos a la autora su gentileza en mandarnos copia del artículo.)

MAYA, J.L. (1986): «Incineració i ritual funerari a les valls del Segre i Cinca». *Cota Zero*, 2, Vic, pp. 39-47.

MERCADAL, J.O. (1989): «Estudi paleoantropològic dels enterraments infantils del poblat ibèric de «Molí d'Espigol» (Tornabous, Urgell)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)», Castellón, pp. 183-190.

MÍNGUEZ, J.A. (1988): «Enterramientos infantiles domésticos en la Colonia Lepida/Celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza)». *Boletín del Museo Provincial*, 7, Zaragoza, en prensa. (Agradecemos al autor el envío de la copia de su trabajo.)

OLIVER, A. (1981): «Incineraciones entre el río Ebro y el Palancia. Nuevas aportaciones para el estudio de los enterramientos ibéricos». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 8, Castellón, p. 251.

OLIVER, A. y GÓMEZ, F. (1989): «Nuevos enterramientos infantiles ibéricos de inhumación en Castellón». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)», Castellón.

PALLARÉS, F. (1965): *El poblado ibérico de San Antonio de Calaceite*. Ver el Apéndice. Diario de excavación (1915-1922), redactado por P. Bosch Gimpera. Bordighera-Barcelona, p. 119, 122 y 125.

PARIS, P. y BARDAVIU, V. (1926): *Fouilles dans la région d'Alcañiz (province de Teruel)*. Paris, pp. 58-59.

PY, M.; LEBEAUPIN, D.; BESSUC, J.C.; CHAZELLES, C.A. y DUDAY, H. (1986): «Stratigraphie du Marduel (Saint-Bonnet-du-Gard) III. Les niveaux des II.ème et I.er s.av.n.è. sur le Chantier Central». *Documents d'Archéologie Méridionale*, 9, Lambesc, pp. 71-75 y 19-25.

RAMOS, R. (1989): «Sobre cierto tipo de enterramientos infantiles ibéricos». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueologia Castellonenses*, 14: «Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)», Castellón, pp. 127-132.

REVERTE, J.M. (1985): «La necrópolis ibérica de Pozo Moro (Albacete). Estudio anatómico, antropológico y paleopatológico». *Trabajos de Prehistoria*, 42, Madrid, pp. 195-282.

ROMÁN, C. (1918): *Excavaciones en diversos lugares de la isla de Ibiza*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 28, Madrid, 1920, p. 5.

ROMÁN, C. (1921): *Excavaciones en diversos lugares de la isla de Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en 1919 y 1920*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 43, Madrid, p. 5.

ROMÁN, C. (1924): *Excavaciones en Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en 1923*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 68, Madrid, p. 22.

ROMÁN, C. (1927): *Excavaciones en Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 91, Madrid, p. 5.

ROSSELLÓ, G. (1963): «Nueva necrópolis de Les Salines (Mallorca). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, VII, Madrid, pp. 184-187.

ROSSELLÓ, G. y GUERRERO, V.M. (1983): «La necrópolis infantil de Cas Santamarier (Son Oms, Palma de Mallorca)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 15, Madrid, pp. 405-448.

SANTONJA, M. (1985-1986): «Necrópolis de El Cigarralejo. Estudio anatómico y métrico (I)». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 22, Madrid, pp. 29-30.

TAFFANEL, O. (1976): *Le Cayla de Mailhac (Aude)*. Provence et languedoc méditerranéen. Sites protohistoriques et Gallo-romains. Livret-Guide de l'excursion C3. IXe Congrès UISPP, Nice, pp. 224-233.

TARRADELL, M. (1965): «Enterramientos infantiles en el interior de habitaciones ibéricas». *Pyrenae*, 1, Barcelona, pp. 174-175.

VICENTE, J. (1981): «Informe sobre las excavaciones arqueológicas realizadas en El Palomar de Oliete durante 1981». *Teruel*, 66, Teruel, p. 319.

VICENTE, J. (1982): «Excavaciones arqueológicas realizadas en El Palomar de Oliete durante 1982». *Teruel*, 68, p. 263.

VICENTE, J.; ESQUERRA, B. y ESCRICHE, C. (1990): *En Oliete hace dos mil años*. Catálogo de exposición, Oliete, Teruel, 65 p.

José Vicente Martínez Perona*

EL SANTUARIO IBÉRICO DE LA CUEVA MERINEL (BUGARRA). EN TORNO A LA FUNCIÓN DEL VASO CALICIFORME

A Enrique Pla y a Domingo Fletcher

SITUACIÓN Y DESCRIPCIÓN

La Cueva Merinel, según la nombran los vecinos de Pedralba, o Miriguel, según la versión de los de Bugarra, se encuentra situada precisamente dentro del término municipal de esta segunda población valenciana, en una bifurcación de la derecha del barranco de las Hoces en el macizo calcáreo del Jurásico denominado Loma Larga, escasamente a un kilómetro del río Turia, en su margen derecha, a 300 metros de altitud. Longitud: 2° 55' 22'', latidud: 39° 35' 47'' (Instituto, 1951).

Se trata de una gran cavidad a la que se puede acceder por tres bocas a pie llano que forman un pequeño circo que mira hacia el Nordeste. La de la derecha, protegida del Norte por un abrico rocoso, da paso a una sala de trazado tortuoso, bastante amplia, que desciende rápidamente hacia una pequeña salita de techo bajo sin continuidad. Se halla comunicada, en su lado izquierdo, con la sala que podemos llamar principal, por ser la de dimensiones más grandes, mediante una oquedad que queda a gran desnivel por encima. La boca siguiente, que ocupa una posición central con respecto a las otras dos, y a un nivel mucho más elevado que la anterior, tiene forma cuadrangular y parece hecha o acondicionada por mano humana. Da acceso a un pequeño vestíbulo, separado de la gran sala por un conjunto laberíntico de gruesas estalactitas. Finalmente, la tercera, muy próxima a la anterior, presenta un aspecto triangular, con un gran bloque calizo delante de ella que, aunque dificulta la entrada directa a la gran sala, no la impide.

Los tres accesos a la cueva descritos se encuentran en una ladera de fuertes pendientes, sobre el cauce del barranco que allí es muy angosto. A nivel de la boca de la derecha, hay un rellano artificial, posible plataforma de una antigua carbonera, protegido por un muro de contención de piedra en seco.

La sala principal, a la que se entra, como hemos dicho, por las dos puertas de la izquierda, es de grandes proporciones y de aspecto majestuoso, con ligera caída hacia la derecha, acentuándose la pendiente conforme nos acercamos al boquete que la comunica con la cavidad accesible por la boca de la derecha. El techo, ennegrecido, está situado a gran altura, sobre todo en el centro de la sala, tachonado de múltiples estalactitas. Abundan en ella las formaciones cársticas que le dan un impresionante aspecto, destacando varias grandes

* Dpto. de Historia Antigua, Universitat de València.

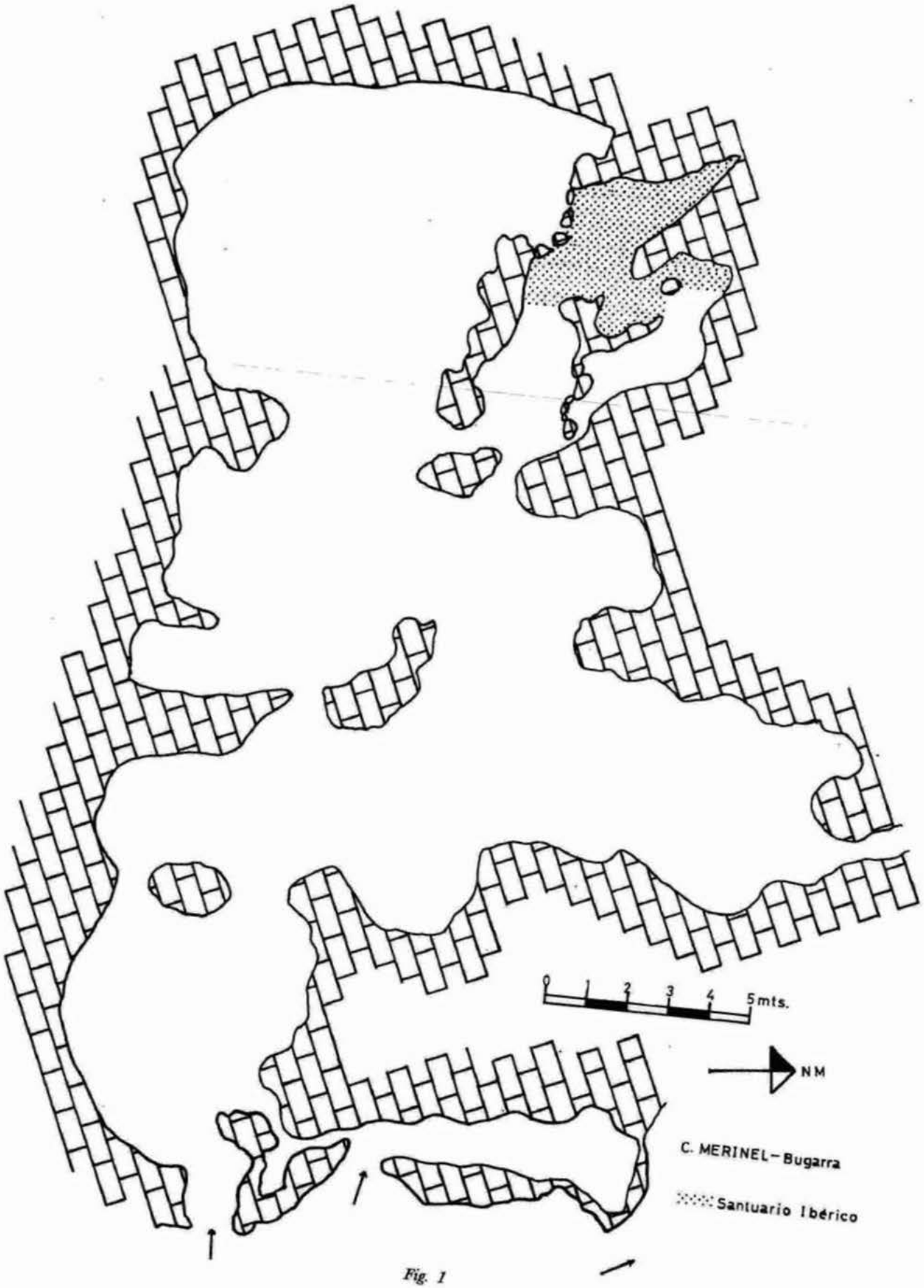


Fig. 1

columnas que se levantan en el centro y hacia el interior. Una barrera calcárea divide la sala en dos partes bien diferenciadas. La primera, la correspondiente a la entrada, con suelo de tierras pulverulentas oscuras que denotan una gran potencia de sedimentos. La segunda, hacia el interior, forma una complicada estructura por la presencia de estalactitas y estalagmitas que constituyen verdaderos muros de separación que delimitan dos salitas cuyas paredes y techos, estos bajos, se hallan decorados con coladas y formaciones grumosas calcáreas. Justo en este lugar es donde se encuentran los sedimentos contenedores de los materiales arqueológicos calificados como ofrendas y exvotos. Esta zona, aunque con exclusividad, se mantiene activa en cuanto a las formaciones cársticas, produciéndose un constante goteo del techo y paredes, los cuales aparecen menos ahumados que los de la sala principal (fig. 1).

Hacia la izquierda y el fondo, el nivel del suelo desciende contra la pared, encontrándose allí una gatera que conduce a otra sala inferior de muy difícil acceso y sin resto arqueológico alguno (fig. 2; lám. I, 1 y 2). (Para más información al respecto véase Varios Autores, 1982: 193-194; Donat, 1967: 40).

Los asentamientos ibéricos e iberorromanos que pudieron caer dentro del radio de acción de la cueva Merinel como santurario son varios. Entre los primeros, el más cercano e importante, es el de «La Loma de la Tía Soldá», próximo al que se encuentra el de la «Balsa de Torralba» y un poco más alejados los del «Castillejo», «La Torzuela», todos en el término de Bugarra; el «Pico de los Serranos» y el «Corral de Ajau», en el de Chulilla; «El Remolino» y el «Cerro Partido, en término de Pedralba (Martínez, 1975: 180-181), a los que cabría añadir el del «Alto de la Presa Vieja», «Cerro del Cuervo» y «Casa de la Andenia», situados en la margen derecha del río Turia, dentro del término municipal de Gestalgar (Aparicio et alii, 1979: 246-259). De los segundos tenemos «El Hortet» y el «Cerrito Royo», en Pedralba, y los de «El Quemado», «Villaricos», «La Mezquita» y el «Yesar de Masero», en Bugarra, este a muy poca distancia de la Cueva Merinel (Martínez, 1975: 182-186). No obstante, resulta completamente imposible el dilucidar si la cueva fue frecuentada por los habitantes de uno de estos poblados o por los de todos, e incluso por los asentados en lugares más lejanos, del Camp de Túria y de Los Serranos.

INTERVENCIONES ARQUEOLÓGICAS

La primera actuación en la Cueva Merinel que iba a poner de manifiesto su carácter de yacimiento arqueológico y más concretamente de cueva-santuario, fue protagonizada por una serie de miembros del Centro Excursionista de Valencia, el 28 de julio de 1953 (Varios Autores, 1982: 194), entre los que figuraba Rafael Cebrián Gimeno y como guía el vecino de Pedralba, Vicente Andrés Muedra que nos han informado verbalmente de aquella actuación, comentándonos que en una salita situada al fondo de la principal, a muy poca profundidad y entre tierras oscuras repletas de carbones, cenizas y huesos de animales, extrajeron entre quince y veinte vasitos grises y negros. Dos de estos quedaron en propiedad de Vicente Andrés (fig. 2, 3 y 4), y el resto en poder de los otros miembros de la expedición sin que hayamos podido localizar ninguno de ellos, salvo dos que se encuentran en el Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias, «González Martí» de Valencia (fig. 2, 1 y 2) que debieron ser donados por alguno de aquellos y que nosotros mismos pudimos ver años atrás, cuando estaban expuestos en una vitrina. En el interior de uno de ellos, una nota decía: «Cueva Merinel. Pedralba».

Posteriormente, la cueva es catalogada como sagrada de época ibérica, aunque con el nombre incorrecto de Meriñel, como aparece en el catálogo de Donat (Donat, 1967: 40), indicándose el hallazgo de cerámicas ibéricas de pasta gris y forma caliciforme (Gil-Mascarell, 1975: 305).

Por entonces, era publicada nuestra Carta Arqueológica de Pedralba y Bugarra y en ella incluíamos la mencionada cueva, señalando la presencia de materiales del Bronce Valenciano y los ya mentados vasitos caliciformes (Martínez, 1975: 177 y 181-182).

Sucesivamente, en 1981 y 1982, el Departamento de Historia Antigua de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Valencia, realizó sendas prospecciones que, en relación con el santuario ibérico, consistieron en localizar el lugar exacto donde se había producido el hallazgo, encontrándonos con gran parte de la sedimentación removida de la que se recogieron algunos fragmentos pertenecientes a caliciformes de pasta negra. Se tropezó con un pequeño espacio delimitado por formaciones cársticas que no presentaba remociones recientes, procediéndose a su excavación que permitió localizar algunos vasos caliciformes (fig. 2, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11) y un cuenco y parte de una tapadera, ibéricos (fig. 3, 12 y 15) que, aunque fragmentados e incompletos, se pudieron reconstruir en su mayor parte. Este material se encontraba entre tierras negruzcas con carbones, coprolitos de ovicápridos y restos óseos, en su inmensa mayoría, mandíbulas de cabras de corta edad y algún lechón. Las cerámicas aparecían en un completo desorden, de lado y boca abajo. Todo, en algunas partes, fuertemente concrecionado por la actividad cárstica del lugar, en muchas ocasiones por encima de los restos arqueológicos. También se recogieron algunos fragmentos de cerámica a mano pertenecientes a un cuenco pequeño y una cuenta de collar discoidal (Aparicio et alii, 1983: 375-378).

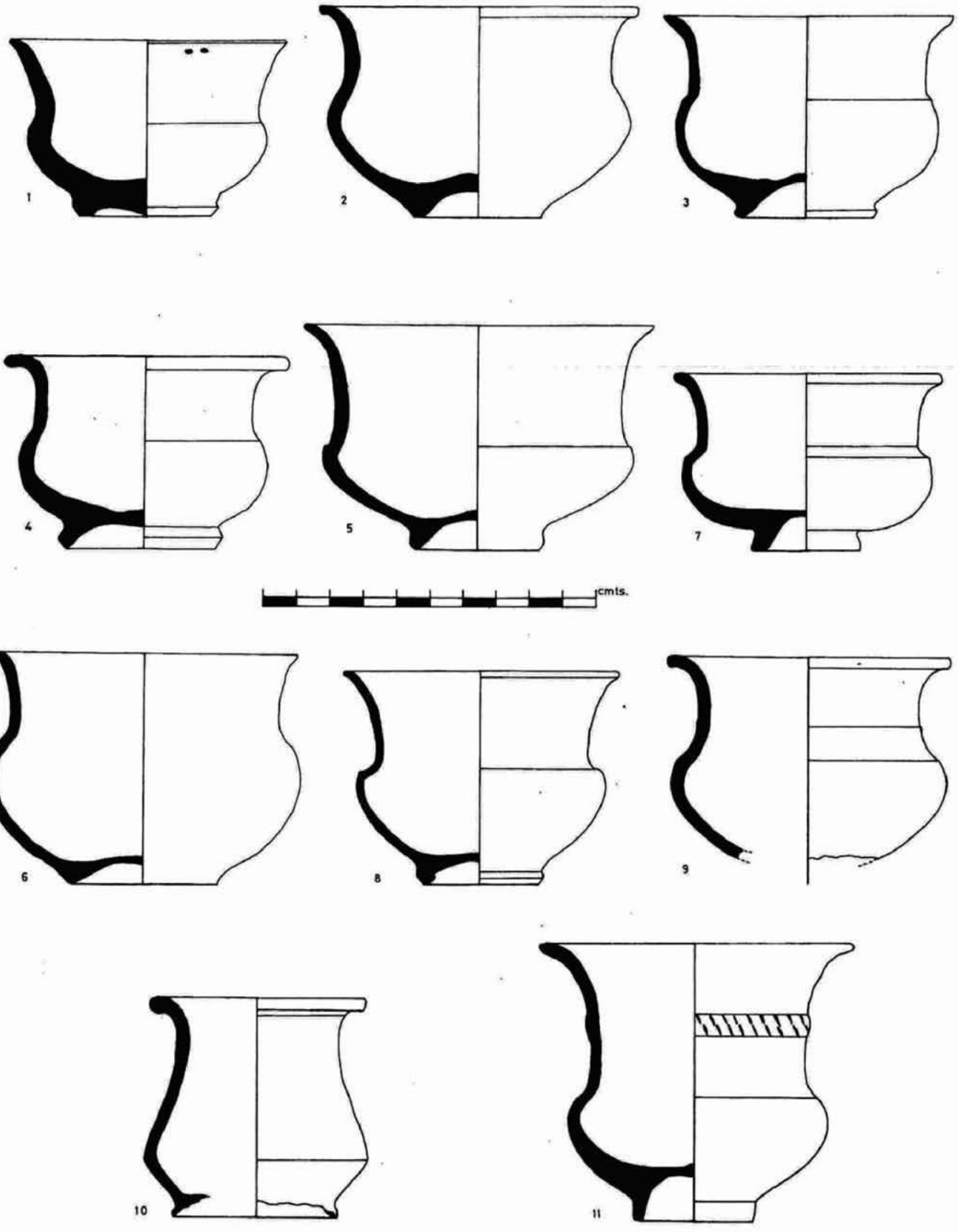


Fig. 2

Finalmente, tras obtener el correspondiente permiso de salvamento y con el objeto de evitar que actuaciones clandestinas terminasen con los restos arqueológocos todavía existentes y estudiar posibles zonas sin tocar, llevamos a cabo una intervención que nos ha permitido recuperar muchos materiales y, especialmente, aclarar ciertos aspectos en cuanto a la formación del depósito sagrado de la cueva Merinel. En efecto, nuestros trabajos se centraron en la limpieza de los sedimentos removidos y la recogida de los materiales que contenían, consistentes en su mayoría en fragmentos de caliciformes de pastas reductoras, algunos fragmentos de otros vasos ibéricos y unos pocos de cerámica a mano, así como abundantes restos de fauna, etc. Además, se localizó una pequeña superficie inalterada al estar sellada por capas calcáreas y estalagmitas, formadas sobre el depósito de materiales arqueológicos del santuario y que, en origen debieron cubrirlo por entero. Inmediatamente debajo, aparecían vetas negruzcas conteniendo carbones, pero, sobre todo, coprolitos de ovicápridos; a continuación los sedimentos con los fragmentos de caliciformes y los restos de fauna, en su mayoría mandíbulas de especímenes jóvenes de cabra y cerdo; y finalmente, tierras más rojizas sin materiales.

INVENTARIO Y DESCRIPCIÓN DE LOS MATERIALES

Una vez relatadas las actuaciones arqueológicas, de índole diversa, pasamos a dar relación de los materiales estudiados, señalando previamente que, los restos faunísticos aparecen inventariados, descritos y estudiados en trabajo adjunto a cargo de Francisco Blay. En lo referente a las cerámicas a torno, tanto en los caliciformes como en el resto de los vasos, en sus pastas se aprecia un desgrasante muy fino brillante de naturaleza no conocida, mientras que también, las superficies externas de dichas cerámicas han sido cuidadosamente espatuladas, apareciendo las mismas facetadas, con surcos finos al arrastrar partículas duras con la espátula, y bandas irregulares abrillantadas. Las medidas se expresan en centímetros.

A) CERÁMICAS MODELADAS CON TORNO

1. Vaso caliciforme de pasta negra. Cuello acampanado y panza poco desarrollada. Pie anular bajo. Umbo externo central. Dos agujeritos cercanos al borde. Diámetro boca: 8'3, de la panza: 7, del pie: 4. Altura: 5'3. Se conserva en el Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias, «González Martí» de Valencia. N° inventario general 3.153. (Fig. 2; Lám. I, 3).

2. Vaso caliciforme de pasta negra. Cuello corto y panza muy desarrollada y alta. Pie anular bajo. Umbo interno central. Diámetro boca: 9'6, de la panza: 8'9, del pie: 3'9. Altura: 6'3. Se conserva en el Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias, «González Martí» de Valencia. N° inventario general: 3.156. (Fig. 2; Lám. I, 4).

3. Vaso caliciforme de pasta gris oscura. Cuello recto con borde ligeramente acampanado. Pie anular delgado. Umbo central interior. Diámetro boca: 8'7, de la panza: 8, del pie: 4'3. Altura: 6. En posesión de don Vicente Andrés Muedra de Pedralba. (Fig. 2; Lám. II, 1).

4. Vaso caliciforme de pasta negra. Cuello recto con borde con ala pequeña. Pie anular grande aristado. Umbo interior central poco marcado. Diámetro boca: 8'7, de la panza: 7'4, del pie anular: 4'9. Altura: 5'8. En posesión de don Vicente Andrés Muedra de Pedralba. (Fig. 2; Lám. II, 2).

5. Vaso caliciforme de pasta gris-negra. Reconstruido parcialmente con cinco fragmentos. Cuello acampanado y panza baja aquillada. Pie anular pequeño. Umbo central interior. Diámetro boca: 10'5, de la panza: 9'2, del pie: 4. Altura: 6'7. (Fig. 2; Lám. II, 3).

6. Vaso caliciforme de pasta gris. Reconstruido parcialmente con doce fragmentos. Cuello corto y panza alta muy desarrollada. Pie anular grande muy deteriorado. Umbo central interior. Diámetro boca: 9'1, de la panza: 9'1, del pie: 4'5. Altura: 6'9. (Fig. 2; Lám. II, 4).

7. Vaso caliciforme de pasta negra. Reconstruido parcialmente con diez fragmentos. Cuello y panza proporcionados con fuerte aquillamiento. Pie anular muy pequeño. Diámetro boca: 8, de la panza: 7'5, del pie: 3'3. Altura: 5'3. (Fig. 2; Lám. III, 1).

8. Vaso caliciforme de pasta negra. Reconstruido parcialmente con catorce fragmentos. Cuello acampanado y panza aquillada. Pie anular con aristas. Umbo central exterior. Diámetro boca: 8'3, de la panza: 7'4, del pie: 3'7. Altura: 6'4. (Fig. 2; Lám. III, 2).

9. Vaso caliciforme de pasta negra. Muy incompleto, le falta la base y se ha reconstruido con seis fragmentos. Cuello cóncavo con borde hacia afuera; panza desarrollada. Diámetro boca: 8'5, de la panza: 8'3. Altura de lo conservado: 6. (Fig. 2; Lám. III, 3).

10. Vasito en forma de tulipa de pasta gris y superficies negras. Borde hacia afuera. Muy incompleto. Reconstruido con siete fragmentos. Pie de anillo ancho. Diámetro boca: 6'5, de la panza: 6'7, del pie: 5. Altura: 6'5. (Fig. 2; Lám. III, 4).

11. Vaso caliciforme de pasta anaranjada veteada en gris. Muy incompleto se ha reconstruido con nueve fragmentos, conservándose otros once que no encajan con lo montado. Superficies del mismo color que la pasta. Cuello muy desarrollado acampanado, con un baquetón en su mitad con dos series de incisiones oblícuas hacia la izquierda paralelas. Umbo central interior pequeño. Pie anular muy pequeño y esbelto. Diámetro boca: 9'4, de la panza: 7'8, del pie: 3'5. Altura: 8'5. (Fig. 2; Lám. IV, 1).

12. Bol o cuenco pequeño de pasta gris en el interior y beige en las superficies. Reconstruido parcialmente con ocho

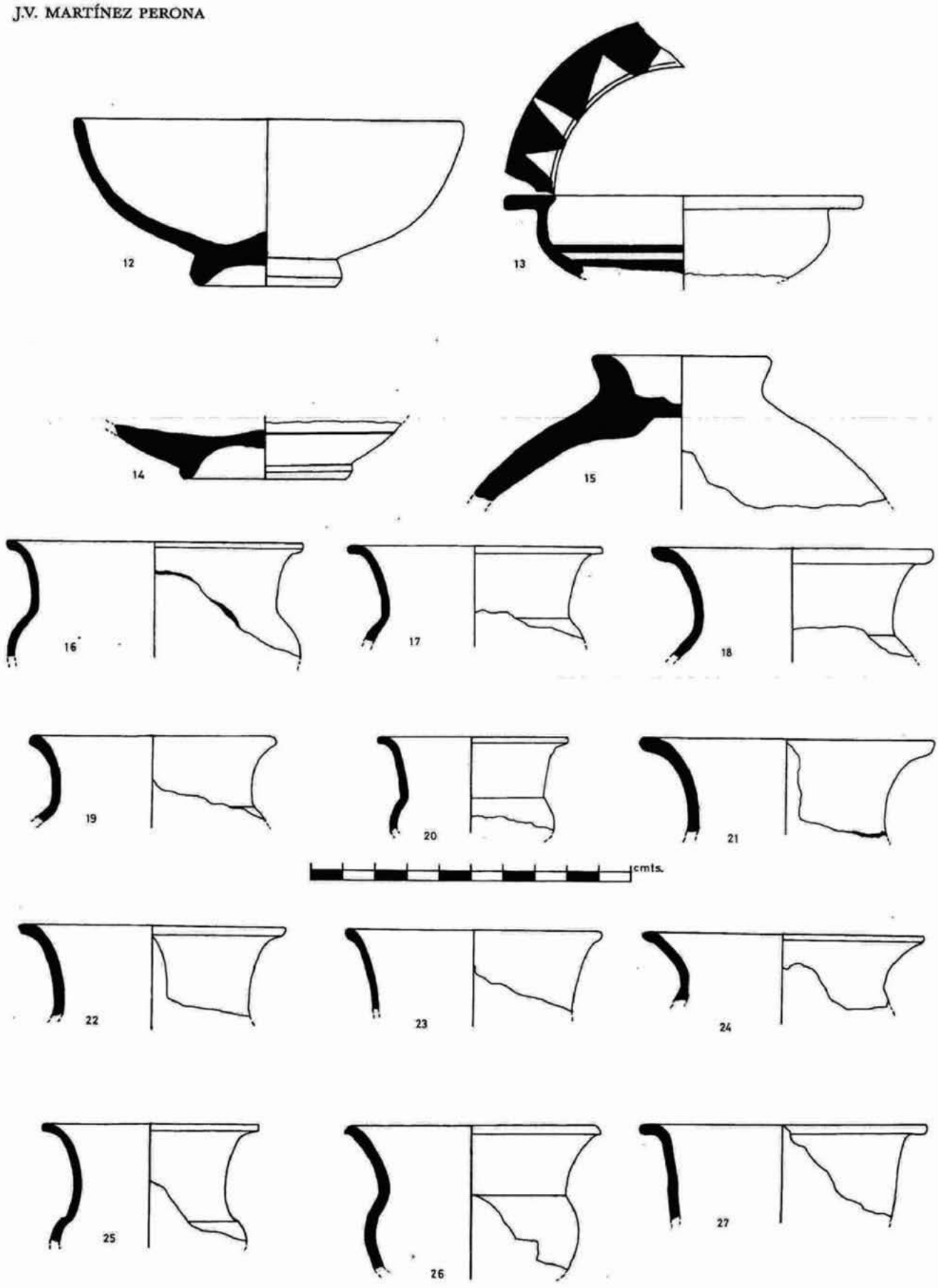


Fig. 3

fragmentos. Superficies muy alteradas. Pie anular aristado y umbo central interior Diámetro boca: 12'2, del pie: 4'8. Altura: 5'2. (Fig. 3; Lám. IV, 2).

13. Fragmento de cuenco pequeño con ala horizontal en el borde, de pasta gris, reconstruido con tres trozos. Va decorado con pintura roja oscura, en el interior con dos bandas estrechas y el ala con dientes de sierra hacia el interior muy irregulares. Posiblemente tuvo más decoración. Diámetro del ala: 11'2, del interior de la boca: 8, de la panza: 9'1. Altura de lo conservado: 2'5. (Fig. 3; Lám. IV, 3).

14. Fragmento que coincide con la base de un plato de pasta rojiza y superficies beiges, la interior con decoración pintada en rojo muy perdida, alrededor del umbo central, a base de los siguientes motivos: serie de 14 sectores de dos círculos concéntricos pegados a una banda, alrededor de la cual se desarrolla otra serie de cuatro círculos concéntricos completos, tangentes y secantes entre si y a su vez secados por una banda exterior. La exterior también decorada con pintura roja muy desvaída a base de bandas concéntricas muy irregulares que afectan al anillo del pie que, en un momento de su trayectoria, se desvían hacia el borde. Se aprecia también una incisión muy fina que circunda todo el recipiente cerca de la base. Diámetro de la base: 5'7. (Fig. 3; Lám. IV, 4).

15. Fragmento de tapadera de cerámica de cocina, reconstruido con dos trozos, de pasta negra con abundante desgrasante grueso de calcita. Superficies negras bastas. Diámetro pomo: 5'5, máximo de lo conservado: 13. Altura de lo conservado: 4'5. (Fig. 3).

16. Fragmento del borde y cuello de un vaso caliciforme de pasta y superficies grises. Cuello corto ligeramente acampanado con borde un poco vuelto. Panza alta desarrollada. Diámetro boca: 9'2, de la panza: 9'2. Altura de lo conservado: 3'5. (Fig. 3).

17. Fragmento del borde y cuello de un vaso caliciforme de pasta y superficies negras. Cuello acampanado con borde ligeramente vuelto. Diámetro boca: 8. Altura de lo conservado: 3'6. (Fig. 3).

18. Idem. Diámetro boca: 8'8. Altura de lo conservado: 3'4. (Fig. 3).

19. Idem. Diámetro boca: 7'6. Altura de lo conservado: 2'5. (Fig. 3).

20. Idem. Diámetro boca: 6. Altura de lo conservado: 2'09. (Fig. 3).

21. Idem. Diámetro boca: 9'2. Altura de lo conservado: 3'5. (Fig. 3).

22. Idem. Diámetro boca: 8'4. Altura de lo consevado: 3. (Fig. 3).

23. Idem. Diámetro boca: 8. Altura de lo consevado: 2'6 (Fig. 3).

24. Idem. Diámetro boca: 8'8. Altura de lo conservado: 2'6. (Fig. 3).

25. Idem. Diámetro boca: 6'8. Altura de lo conservado: 3'5. (Fig. 3).

26. Idem. Diámetro boca: 8; de la panza: 6'7. Altura de lo conservado: 4'6. (Fig. 3).

27. Idem. Diámetro boca: 9. Altura de lo conservado: 2'8 (Fig. 3).

28. Fragmento del borde, cuello y pasta del cuerpo de un vaso caliciforme de pasta anaranajada clara y superficies del mismo color alteradas. Cuello acampanado y borde vuelto. Diámetro boca: 9'6, de la panza: 8'3. Altura de lo conservado: 4. (Fig. 4).

29. Fragmento del borde de un bol o cuenco pequeño de pasta rojiza. Superficie exterior decorada con pintura roja con motivo de series de tres círculos concéntricos, cercanos al borde, tangentes entre si y secantes a una banda que se entrevé por debajo. La superficie interior aparece con un engobe anaranjado y sobre éste una banda pintada en rojo muy defectuosa. Borde muy fino vuelto. Diámetro boca: 10. Altura de lo conservado: 2. (Fig. 4).

30. Fragmento del borde de un plato pequeño de pasta rojiza y superficies muy alteradas lo que impide conocer su estado original. Presenta restos de espatulado con trazos aristados. Diámetro boca: 10, máximo del cuerpo: 10'5. Altura de lo conservado: 1'9. (Fig. 4).

31. Fragmento del borde de un plato de cocina de pasta negra con abundante desgrasante de calcita grueso y superficies también negras alisadas. Diámetro boca: 17. Altura de lo conservado: 3'4. (Fig. 4).

32. Pie anular y parte del cuerpo de un vaso caliciforme de pasta y superficies grises. Umbo central interior. Diámetro máximo panza: 9'5, del pie: 4'6. Altura de lo conservado: 4. (Fig. 4).

33. Pie anular pequeño y parte del cuerpo de un vaso caliciforme de pasta y superficies negras. Umbo central interior deteriorado. Diámetro de lo conservado: 7'1, del pie: 3'5. Altura de lo conservado: 2. (Fig. 4).

—116 fragmentos del borde de caliciformes de pastas grises pero mayoritariamente negras.

—6 fragmentos del borde de caliciformes de pastas rojizas.

—122 fragmentos del cuerpo de caliciformes de pastas negras y algunas grises.

—28 fragmentos del cuerpo de calciformes de pastas rojizas.

—24 fragmentos de bases de caliciformes de pastas negras.

—4 fragmentos de bases de caliciformes de pastas rojizas.

—1 fragmento de borde reentrante de plato ibérico de pasta rojiza.

—27 fragmentos del cuerpo de cerámica de cocina ibérica, de pastas negras con abundante desgrasante grueso de calcita.

—1 fragmento del cuerpo de posible caliciforme o cuenco ibérico de pasta roja. La superficie exterior está espatulada con facetas, surcos de arrastre de partículas y, en una zona cercana a la base se inicia un engobe rojo-anaranjado.

—1 fragmentito del cuerpo de pasta roja con la superficie exterior afacetada y recubierta por un engobe rojo-anaranjado muy próximo, si es que no lo es, al de la «terra sigillata». Dicha superficie presenta también las facetas y finos surcos del arrastre de partículas que el resto de las cerámicas a torno.

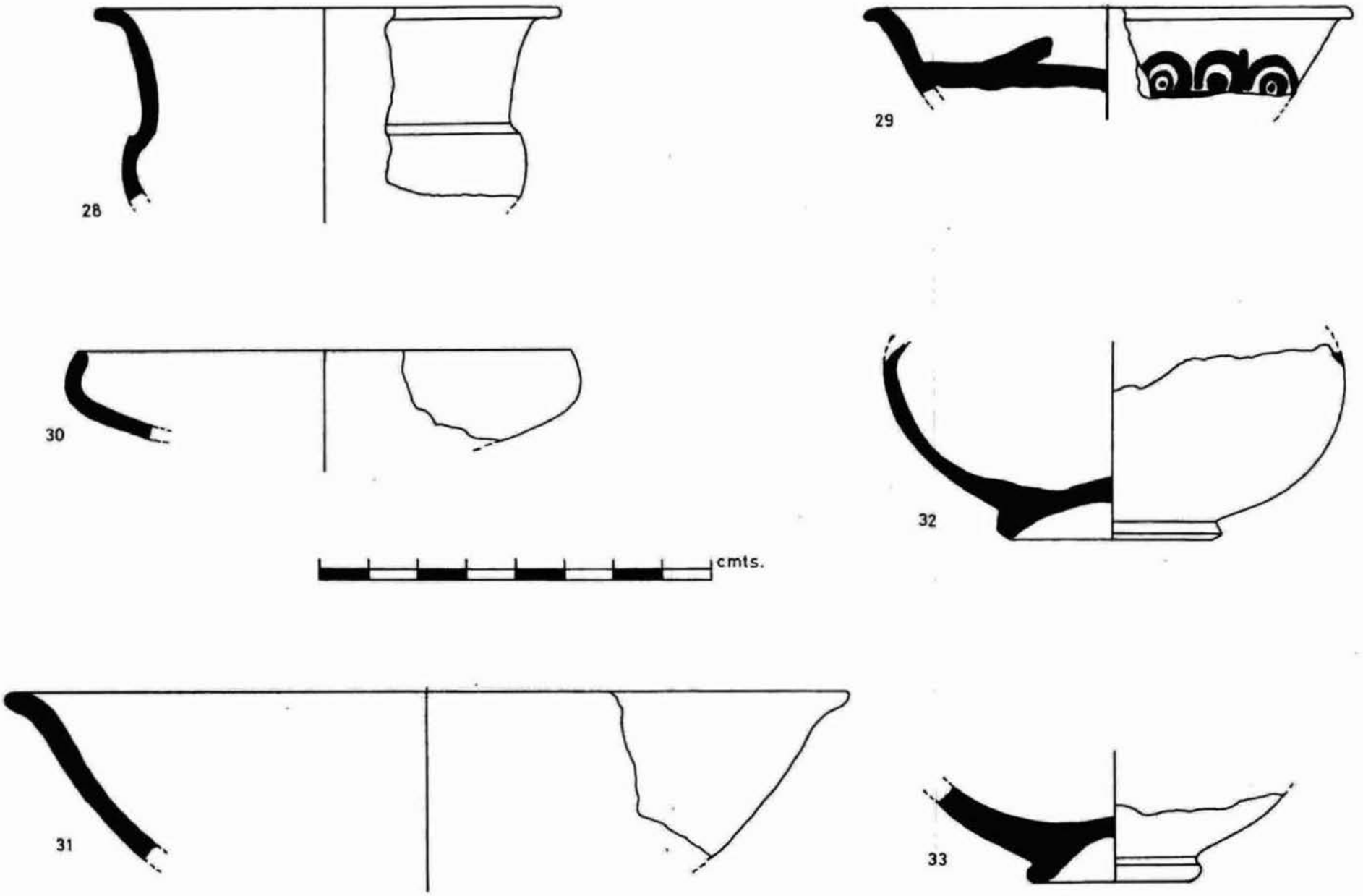


Fig. 4

B) CERÁMICAS MODELADAS A MANO

—1 fragmento del borde decorado con incisiones, de pasta marrón con desgrasante grueso de calcita.

—1 fragmento del borde decorado con serie de pequeños mamelones a su alrededor, de pasta negra con desgrasante grueso de calcita.

—1 un fragmento del cuerpo con un mamelón en forma de pomo, de pasta grisácea con desgrasante grueso de calcita y superficie exterior espatulada, marrón clara.

—6 fragmentos del borde de cuencos, con pastas iguales a las anteriores.

—7 fragmentos del cuerpo de similares características a los anteriores.

—4 fragmentos del borde y 3 del cuerpo de grandes recipientes de muy tosca hechura.

C) SÍLEX

—3 lascas de sílex melado.

D) OBJETOS METÁLICOS

—Una fina barrita de cobre de sección oval, enrollada, formando a modo de un anillo o un pendiente. (Lám. IV, 5).

—Un resorte de fíbula de forma no precisable.

E) OTROS ADORNOS NO METÁLICOS

—Dos ejemplares de «cardium» pequeños con perforación en el natis.

—Una cuenta de collar discoidal deteriorada.

F) FAUNA

Véase el trabajo adjunto de Francisco Blay.

G) CARBONES

Se han recogido muchos de los aparecidos en las zonas intactas.

H)

Muchos excrementos de ovicápridos.

VALORACIÓN

No cabe la menor duda que nos encontramos ante un santuario ibérico localizado en una cueva natural, presentando todas las características señaladas en los trabajos que definieron este tipo de lugar arqueológico (Tarradell, 1974; Gil-Mascarell, 1975; Aparicio, 1975).

Las ofrendas y exvotos se localizan en unas intrincadas salitas del fondo de la gran sala, delimitadas por infinidad de formaciones cársticas (fig. 1). El lugar en si no ofrece dificultades de acceso, pero no deja de ser recóndito. Es posible que en su elección para lugar de culto pesara el conjunto estalagmítico-estalactítico presente aquí con gran complejidad, por otra parte hecho muy común en toda la cueva, o la presencia de cierta humedad más intensa que en otras zonas, o se buscase un lugar oscuro, factores todos señalados en el caso de las cuevas sagradas de Creta (Faure, 1964: 187, 195-196; 1969: 204).

Cabría alguna posibilidad, además, de que, en otras zonas de la cueva no prospectadas en este sentido, se localizase la presencia de cultos antiguos, del mismo periodo cultural que el que nos ocupa o de otras épocas.

Mediante la prospección realizada en 1982, sabemos que la cueva fue utilizada, al menos desde el Eneolítico y hasta la Edad Moderna, como lugar de refugio para rebaños de ovicápridos, reflejado en la abundancia, constante en toda la potencia estudiada, de excrementos de dichos animales domésticos (Aparicio et alii, 1983: 178-180).

Del análisis de las escasas y reducidas zonas que hemos encontrado no alteradas, podemos deducir que los materiales originalmente depositados, han sufrido la agresión de la continua utilización de la cavidad para los fines antes indicados, lo que supondría la ruptura de gran parte de las cerámicas y osamentas y, posiblemente, la adición de restos carbonosos y, sin lugar a dudas, de excrementos de ovicápridos. A ello hay que añadir la acción debida a las fases de alta humedad, posteriormente a la utilización del lugar como santuario que supondría aportes de agua considerables, incluso suficientes para arrastrar y depositar, en zonas someras, el conjunto de materiales que después, incluso quedaron sellados y atrapados por fuertes concreciones calcáreas, lo cual también ha contribuido al deterioro y exfoliación que muchos vasos cerámicos presentan, así como a la variación de las características primitivas de las superficies cerámicas. Cabe preguntarse al respecto sobre la originalidad de los restos carbonosos allí localizados; pero ante la falta de análisis de C14 solamente es posible la conjetura.

Asimismo, conviene tener presente que la inmensa mayoría de los restos de fauna localizados, no presentan signos de haber sido quemados. De todos modos, hay algunos que sí que lo están, pudiéndose haber dado dos modalidades de actuación, una con ofrendas de animales domésticos sin quemar y otra en la que sí

hubo cremación, de donde podían proceder parte de los carbonos encontrados. Estos, sin embargo, también pudieron ser el fruto de haber sido introducidos en algunos de los recipientes cerámicos utilizados como braseros para quemar perfumes (Musso, 1971: 97; Faure, 1964: 185) o finalmente, procedentes de una posible iluminación cultual a base de antorchas o teas.

Del trabajo adjunto de Francisco Blay sobre los restos faunísticos depositados en el santuario ibérico, se desprende que hay una abrumadora preponderancia de cráneos de cabritos o corderos cuya edad está en torno al año, sin la presencia del resto del cuerpo y sin huellas de manipulación de ningún tipo. Junto a éstos, y también muy significativo, es la presencia de cráneos de cerdos muy jóvenes, de tan sólo meses. La mención de restos óseos de animales en nuestras cuevas-santuario es una constante, aunque todavía no han sido objeto de análisis (Gil-Mascarell, 1975: 303-320; Aparicio, 1975: 13-20). Depósitos similares de tipo cultual se han localizado en la región véneta (Battaglia, 1955: 30) y en muchas de las cuevas sagradas de Creta (Faure, 1964: 104, 109), lo que, unido a la presencia de objetos que reproducen formas de animales, ha conducido a que se considere que estos cultos fueron practicados por pastores y dirigidos a divinidades tales como Pan, Hermes o las Ninfas, protectoras de los rebaños (Faure, 1964: 150).

Si relacionamos este tipo de evidencias con el hecho de que la cavidad ha sido utilizada intensamente para guardar ganados, se podría argumentar que el culto ibérico presente en esta cueva, era practicado por pastores, posiblemente por los mismos que encerraban allí sus rebaños.

La presencia de un resorte de fíbula en el depósito del santuario, de tipo impreciso pero seguro perteneciente a la Cultura Ibérica, puede llevarnos a pensar en la posibilidad de que se realizasen ofrendas de vestidos, hecho que así interpreta Blázquez en otro santuario (Blázquez, 1983: 108), apoyándose en un texto clásico que menciona las ofrendas de mantos y vestidos en la religión grecolatina (*Antología Palatina* VI, 200, 274, 286).

El anillo o barrita de cobre enrollada, puede ser interpretada como un objeto propio del sexo femenino y por lo tanto ofrecido como exvoto por una mujer. Su tipo es poco significativo y solamente diremos al respecto que en el poblado de La Bastida apareció uno similar (Fletcher, Pla, Alcácer, 1969: 248).

Los dos ejemplares de «cardium» con el natis perforado pueden corresponder a cualquiera de los periodos culturales presentes en la cueva. Si los relacionamos con algunos fragmentos cerámicos que más adelante comentaremos, podría sugerirnos que el santuario inició su actividad durante el Eneolítico o el Bronce Valenciano, con continuidad o no en la Cultura Ibérica; pero en La Bastida, la presencia de conchas de esta especie marina es algo corriente, aunque sin el natis horadado (Fletcher, Pla, Alcácer, 1965: 46, 121, 125, 131, 143, 148, 194, 214; 1969: 175 y 334).

Dentro del conjunto de las cerámicas a mano recogidas en los sedimentos del santuario, se pueden establecer dos grupos. Uno, compuesto por fragmentos pertenecientes a un gran recipiente de factura descuidada, cuya finalidad en este preciso lugar y dada la mayor abundancia de agua, podría haber sido la de recogerla para satisfacción de los pastores o de otros frecuentadores de la cavidad. Otro, integrado por los fragmentos de cerámicas de factura muchos más cuidada, incluso con algún atisbo de decoración, pertenecientes a cuencos pequeños, que pueden ser relacionados tanto con el gran recipiente, recogedor de agua, como con la función cultual. Pero al respecto hay que tener muy presente la cantidad pequeña de materiales cerámicos anteriores a la Cultura Ibérica por lo que cabría mejor la primera interpretación.

La cerámica a torno es, sin lugar a dudas, junto con los restos de fauna, el material más abundante; entre ésta, abrumadoramente, los caliciformes de pastas negras-grises y tipología muy variada. Los hay también de pastas obtenidas en atmósferas oxidantes, pero en un porcentaje ínfimo (dos o tres ejemplares), destacando el nº 11 de proporciones esbeltas y pasta beige pero con mezcla de gris, decorado con un baquetón con doble serie de cortecitos oblicuos. Uno de los caliciformes (nº 1), lleva dos agujeritos cerca del borde. Se trata de un fenómeno corrientes en la cerámica gris, apareciendo en otros yacimientos (Aranegui, 1975: 354; Almagro, 1969: 81, lám. XXII, 6), siendo frecuentes en la cueva-santuario de Villargordo del Cabriel (Gil-Mascarell, 1977: 711, 712), evidentemente con la finalidad de poder suspenderlos de las paredes o techos, lo cual puede ser puesto en relación con nuestra interpretación, analizada más adelante, de que los caliciformes realizasen funciones de iluminación como lámparas.

El resto de cerámicas queda constituido por platitos, boles, cuencos pequeños o páteras, que no contradice lo que sabemos referente a otros santuarios similares (Gil-Mascarell, 1975: 321, Aparicio, 1975). Al respecto, se ha indicado una posible asociación entre el caliciforme y las páteras en contextos cultuales, entre los siglos IV y II a.C., en el ámbito territorial ibérico, afirmándose también, que el caliciforme no debe proceder de la forma 41 de Lamboglia (7.411 de Morel) sino de la crátera o forma 40D de Lamboglia (3.521 de Morel), por simplificación de aquélla, desapareciendo las asas y reduciéndose el pie (Abad, 1983: 193-194). Otra forma cerámica ibérica presente es la tapadera, sin que podamos columbrar si se utilizaría en el santuario ibérico como tal, o como portadora de ofrendas.

La mayor parte de la cerámica a torno fina, muestra unas características de hechura uniformes, tanto se trate de los caliciformes de pastas negras o rojizas

como de las otras formas. La superficie exterior ha sido cuidadosamente espatulada, afacetándola a bandas y dejando surquitos por el arrastre de partículas duras ante el movimiento giratorio del vaso, transmitido por el torno. Unas pastas muy depuradas con un fino desgrasante brillante. Todo indica una producción homogénea que afectaría a toda la zona de acción del santuario o bien que todas las ofrendas cerámicas proceden de un único poblado.

En dos diminutos fragmentos nos encontramos con una especie de engobe, por no llamarlo de otra manera, anaranjado que, en un principio y en uno de ellos, nos pareció reconocer «terra sigillata»; pero un examen más detenido nos lo desmintió. Uno puede pertenecer a la panza de un caliciforme y el otro al arranque del cuerpo de una pátera. Desgraciadamente son tan pequeños que nos impide el hacer mayores precisiones.

También está presente la cerámica a torno ibérica llamada de cocina o basta, a la que pertenece la tapadera (nº 15), un plato (nº 31) y varios fragmentos informes más.

Dejando a un lado los materiales adscribibles a momentos culturales anteriores, el resto no desdice en nada dentro de la Cultura Ibérica. Otra cosa es precisar el momento concreto. No parece que el santuario tuviese una larga pervivencia al echar en falta las cerámicas de barniz negro campaniense y las romanas, a no ser que se continuara el culto en otras zonas de la cueva no localizadas. La duda solamente se plantea ante los dos fragmentos de «engobe anaranjado» que, en el caso de ser un error en la fabricación de campanienses, se podría llevar el final de la utilización del santuario hasta el s. I a.C., aunque el conjunto puede abarcar muy bien desde finales del s. V a.C. hasta bien entrado el III a.C.

EN TORNO A LAS POSIBLES FUNCIONES DE LOS CALICIFORMES

La interpretación más difundida, en estos momentos sobre la función de los caliciformes en contextos cultuales, es la de que eran utilizados para realizar libaciones. Sin embargo, en los trabajos específicos sobre el tema no encontramos una explicitación clara y contundente al respecto, sino más bien, evocaciones de lo que sucede en otras culturas del momento y del Mediterráneo (Gil-Mascarell, 1975: 321) o indicaciones a la presencia de agua en los santuarios como condición indispensable para su existencia (Tarradell, 1974) a la que pronto se la hace responsable de ser objeto de culto con fines terapéuticos o salutíferos (Aparicio, 1975: 23-25). En un trabajo de divulgación, se da por sentado que la presencia de vasos caliciformes en nuestras cuevas-santuario, obedece a su función como vasos de libaciones (Pla, 1980: 270). Para Blázquez, los vasos caliciformes que se encuentran en las cuevas-santuario ibéricas pudieron servir o bien para hacer libaciones o como portadores de frutos (Blázquez, 1983: 206), diciéndose poco después que entre los ritos que se llevarían a cabo en las cuevas-santuario estaría el de las libaciones (Lucas, 1984: 239). Para Marco Simón (1984: 75-76) la presencia de caliciformes y páteras en la Cueva del Coscojar de Mora de Rubielos, es signo inequívoco de la realización de rituales de libación.

Esta idea tomó consistencia al considerar un trabajo (Shefton, 1971: 109) en que se hace derivar cierta forma de cuenco griego de cerámica de barniz negro, muy similar a nuestros caliciformes, de unos vasos de plata utilizados entre los persas para las libaciones y ofrendas, los cuales se generalizan a mediados del s. IV a.C. (Gil-Mascarell, 1975: 321), indicándose también, que estos vasitos griegos pudieron ser uno de los prototipos que dieron lugar a la aparición del caliciforme ibérico (Aranegui, 1975: 354 y Aranegui, Pla, 1984: 81-82). No obstante hay que tener presente que estos prototipos griegos no aparecen en La Bastida, cuya vida finaliza en un mometo comprendido entre finales del s. IV a.C. y los inicios de la siguiente centuria (Fletcher, Pla, Alcácer 1964-1969) y son muy excepcionales en el resto de la franja mediterránea de la Península Ibérica, conociéndose tan sólo dos posibles ejemplares procedentes de Ampurias (Trías, 1967: 56; nº 83 y 84; lam. XVIII, 4 y 5) y otro encontrado en el pecio de «El Sec» que responde a la forma 41 de Lamboglia que se explica como una evolución de la *phiale* griega, vaso propio para las libaciones (Cerdá, 1989: 54).

Creemos por nuestra parte que el origen de los caliciformes hay que buscarlo más en las formas cerámicas halstátticas y de los Campos de Urnas, muy arraigadas en Cataluña (Aranegui, 1975: 351, 356). Al respecto, son muy sugerentes ciertas cerámicas grises a torno de la necrópolis de Las Madrigueras de Carrascosa del Campo (Almagro, 1969: 39, 50, 51, 62, 64, 81; lam. XXII, 4, 5, 6; lam. XXIV, 3), cuyas formas son equiparables a los caliciformes aunque un poco mayores, empleándose como urnas cinerarias, además de la presencia de un cuenco con cuatro agujeritos cercanos al borde, dispuestos dos a dos, para su suspensión, algo frecuente en las cerámicas grises y en nuestros caliciformes (Gil-Mascarell, 1977: 711-712; y el nº 1 de este estudio).

También podría encontrarse un argumento a favor de la función de los caliciformes de las cuevas-santuario como vaso de libaciones, en la interpretación que se hace de algunas representaciones escultóricas ibéricas. Nos referimos, en un principio, a las damas oferentes del Cerro de Los Santos (García y Bellido, 1954: 475, 480, 482, 485, 486, 487, 488, 490 y 4591),

portadoras de vasos que, a pesar de la libertad artística del escultor en su realización, pueden ser considerados como caliciformes. El problema, sin embargo, queda sin resolver mientras no sepamos lo que llevan dentro, si es que llevaban algo. Para Blázquez, estas estatuas prueban claramente la existencia del rito de la libación en la religión ibérica, el cual sería de origen fenicio (Blázquez, 1983: 98, 111, 188 y 191). Estas libaciones eran a base de vino, leche, hidromiel o agua (Blázquez, 1975: 148-149; 1977: 327 y ss.). Muy próxima a esta interpretación está una más reciente que ve en estas representaciones, al ponerlas en relación con la presencia de aguas mineromedicinales próximas al santuario, una práctica purificadora consistente en la ingestión o ablución de tales aguas, cuya cercanía determinaron la ubicación del santuario del Cerro de los Santos (Ruiz, 1989: 195).

Asimismo, Blázquez interpreta como rito de libación lo representado en uno de los relieves de Osuna, donde se ven dos damas: Una de ellas portando una antorcha y un vaso, para él caliciforme (Blázquez, 1983: 98) pero si el artista no nos miente, de tamaño mucho mayor y de los de cuello alto, de cronología más tardía (Aranegui, Pla, 1983: 81-82). La otra dama solamente se la ve llevando un gran vaso de características similares (García y Bellido, 1954: 546-547; fig. 474). Según aquél, se trata de partes de un monumento funerario, en el que se representaría los ritos funerarios debidos a personajes importantes (Blázquez, 1983: 162). Es evidente que estamos ante un caso muy diferente al que nos encontramos en nuestras cuevas-santuario, empleándose vasos que posiblemente nada tengan que ver con nuestros caliciformes, al menos con los de pastas negras y cuello poco desarrollado.

En las cuevas-santuario de la isla de Creta, entre otros motivos, también se ha señalado el de la presencia de agua como motor del culto en algunas cuevas (Faure, 1964: 187, 195), y la atribución de la práctica de libaciones a ciertos vasitos y copas encontrados en las cuevas de Skotino y Kamarés (Faure, 1964: 172, 181) junto con la presencia inequívoca de sacrificios de animales.

Los latinos entendían con los términos *libare*, *libamina* y *libationes* «todas las ofrendas no sangrientas que se derraman o en las que se derrama una parte en las llamas encendidas sobre el altar, pudiendo ser este altar el hogar doméstico o un altar propiamente dicho, colocado en un santuario consagrado» (Toutain, S/F, IV, 2ª, 973). Las ofrendas suceptibles de ser consideradas como *libamina* o *liba*, eran de índole muy diversa: Líquidos de uso corriente, hierbas y plantas odorantes, perfumes orientales, productos agrícolas considerados como primiciales, miel, alimentos corrientes, sal y ciertos pasteles especialmente preparados para las ceremonias religiosas (Toutain, S/F, IV, 2ª, 973).

Entre los griegos, las libaciones se designaban por el término σπογδαί en general, Χοαί para las ofrecidas a los muertos y ciertas divinidades ctónicas y λοιβαί con exclusividad para estas últimas. Acompañaban normalmente a los sacrificos y ellas mismas constituían un sacrificio. También se llevaban a cabo, en época clásica, al inicio de los banquetes. La bebida más frecuente era el vino mezclado con agua y a veces también puro (Legrand, S/F, IV, 2ª, 963). El agua era empleada en el caso de que se desease purificar a una persona o a un santuario. Pero la forma más extendida era una bebida denominada μελίχραγον, consistente en una mezcla de leche y miel que era empleada como alimento reconstituyente de niños y enfermos, de aquí que también se le ofreciera a los muertos. Esta mezcla tenía un papel importante en el culto a las divinidades infernales, ofreciéndoselas asimismo a las Ninfas y a las Divinidades del campo. El aceite, finalmente, era empleado como libación tan sólo en el culto a los muertos, pues en los sacrificios sólo se utilizaba para reavivar la llama que consumía las carnes de las víctimas (Legrand, S/F, IV, 2ª, 964).

Respecto del rito de la libación en el mundo clásico, nos interesa destacar que el recipiente mayormente utilizado entre los griegos es la *Phiale* o escudilla o copa plana sin pie (Pottier, S/F, IV, 1ª, 434-435), conocida por los romanos que también la empleaban en los mismos ritos con el nombre de *Patera* (Pottier, S/F, IV, 1ª, 341), forma, pues, muy diferente al caliciforme ibérico, pero que también está presente en los depósitos cultuales de las cuevas-santurario ibéricas (Tarradell, 1974; Gil-Mascarell, 1975; Aparicio, 1975; y en este mismo estudio). Se podría admitir, por lo tanto, que las posibles libaciones efectuadas en las cuevas-santuario ibéricas se realizarían con las páteras y no con los caliciformes, cuyo destino pudo ser muy bien otro.

Esta otra función del caliciforme en el culto en cuevas ibéricas, podría se la de servir como recipientes portadores de ofrendas sólidas, supuesto que ya hemos visto se indicaba junto con el de las libaciones (Blázquez, 1983: 206). Desde luego, difícilmente podían haber contenido como ofrendas las abundantísimas cabezas de cabrito y de lechones en la Cueva Merinel. No estará de más señalar la similitud de formas existente entre los caliciformes ibéricos y los pequeños vasitos o *Kotyloskoí* de los *kernoi*. Además, la presencia de un fragmento de *kernos* en el santuario del Castellar de Santisteban, relaciona este tipo cerámico con un lugar de culto ibérico (Lantier, 1917: 102; lam. XXXIV, 3). En las cuevas-santuario ibéricas, los caliciformes podrían haber cumplido la misma función que los *Kotyloskoí* del *kernos*, pero ya independientes entre si. Según el testimonio de Atheneo (IX, 476-478), basado en Ammonios y Polémon, el *Kernos* consiste en un vaso cerámico sobre el que se colocan gran cantidad de pequeños *kotyliskoí*, siendo un accesorio insustituible del culto practi-

cado en la ciudad ática de Eleusis. En efecto, en determinadas γελεγαί solemnes, estos *kernoi* eran llevados en procesión sobre la cabeza. Los *kotyliskoi* se destinaban a contener una pequeña cantidad de los principales productos de la tierra, ofrenda sagrada de los fieles a la divinidad. Consistían esencialmente en miel, aceite, vino, leche, trigo, cebada, sangre, adormidera, guisantes, lentejas, habas, espelta, avena, lana sin lavar y pastel de frutas. El recipiente iba provisto de una tapadera con agujeros que ha dado muchos quebraderos de cabeza en cuanto a su interpretación. En las fiestas de Eleusis, el *kernos* se utilizaba para transportar y ofrecer solemnemente las primicias de los frutos de la tierra. El nombre de *kernos* solamente puede ser aplicado con propiedad a estos recipientes eleusinos (Couve, 1900: III, 1ª, 822-825).

En Creta, en la cueva sagrada de Kamarés, se localizaron vasitos, tacitas, vasos de frutas, jarritas con tapadera, todos con traza de haber contenido harina y granos, siendo de época micéncia (Faure, 1964: 179).

Sin embargo, el testimonio escrito indicado sobre la funcionalidad del *Kernos*, no es el único. También se nos dice que «se llama χερνοφόρος a la sacerdotisa que lleva la cráteras, χέρνος es, en efecto, el nombre de las cráteras místicas sobre o en las que se colocan las lámparas» (Schol. Nicandr. Alexiph., 217). Además, en algunas representaciones en las que aparecen *kernoi*, se ven surgir del interior del vaso pequeños bastones que no pueden ser otra cosa que bujías (Couve, 1900: III. 1ª, 823). Así, pues, otra posible interpretación de la función de los caliciformes en las cuevas-santuario ibéricas es la que se refiere a servir de portadores de luz, es decir, de ser ofrendas lumínicas.

Partamos del hecho significativo en todas las cuevas-santuario ibéricas, de la abrumadora abundancia sobre los demás tipos cerámicos de los caliciformes y más concretamente de los de pastas grises o negras (Tarradell, 1974; Gil-Mascarell, 1975; Aparicio, 1975). Esta característica solamente es parangonable con la abundancia de lámparas en los santuarios de influencia oriental, fenicio-púnicos, y en los de época helenística y romana. En efecto, encontramos muchas lucernas de tipo fenicio en el santuario chipriota de Limassol (Karageorghis, 1977: 62 y ss.). En Creta, la presencia de lucernas se documenta en muchas cuevas, correspondiendo a los periodos Micénico, Arcaico, Clásico, Helenístico, pero sobre todo al Romano (Faure, 1964: 83, 93, 104, 135, 139, 140, 147, 164 y 177). En el santuario galo de Châtelud-des-Lardiers, aparecieron muchas lucernas de época romana (Benoit, 1969: 73). En tiempos más recientes, en la región argelina de la Gran Kabilia, la mayoría de las ofrendas depositadas en los santuarios son lámparas o cerámicas destinadas a portar una llama, bien de aceite o de cera (Musso, 1971: 97). En el santuario del Collado de Los Jardines, también se documentan muchas lucernas romanas como ofrendas u objetos de culto (Calvo, Carbé, 1918: 57; 1919: 25). En nuestras cuevas-santuario, cuando se ha mantenido o iniciado el culto en momentos posteriores, lo normal es encontrar cerámicas destinadas a proporcionar una llama. Así tenemos la Sima de l'Aigua en Carcaixent, en la que se han documentado varios fragmentos de lucernas romanas (Aparicio, 1975: 14); la Cueva Santa de Enguera, con abundantes lamparitas de aceite de tipos diversos, de época medieval, llegando hasta el momento de la expulsión de los moriscos (Aparicio, 1975: 18-19); pero sobre todo es la Cova de Les Meravelles de Gandía la que proporciona un testimonio más directo, documentándose 6 lucernas bastante completas y muchísimos fragmentos de otras, fechables entre la 2ª mitad del s. II y principios del III (Pla, 1946: 197).

En los mundos clásico y semita antiguos, no se comprendía ninguna ceremonia religiosa sin la presencia de la llama (Saglio, 1918: I, 2ª, 869) ya que los antiguos no utilizaban únicamente las lucernas para alumbrarse sino que también les atribuían un papel religioso o de ritual (Toutain, 1918: III, 2ª, 1336). Los griegos preferían para su amplísima gama de ceremonias religiosas la luz procedente de la madera, siendo los términos más usuales para estos artefactos los de δαίς y δάς (Pottier, 1918: II, 2ª, 1025). Utilizaban preferentemente el pino resinoso o tea para confeccionar sus antorchas, pero también recurrían a los sarmientos, a la coscoja y al roble o encina. Su fuego era considerado como el elemento purificador por excelencia (Pottier, 1918: II, 2ª, 1026, 1027). Etruscos y romanos, aunque también empleaban antorchas en sus ceremonias, de antiguo disponían asimismo, prefiriéndolas, velas de sebo o cera (Pottier, 1918: II, 2ª, 1028; Saglio, 1918: I, 2ª, 1020). La lucerna, por su parte, fue empleada fundamentalmente por las culturas del Próximo Oriente (Forbes, 1966: VI, 142-151). Los fenicios se servían de unas lucernas muy funcionales, consistentes en simples platitos de borde vuelto hacia adentro y pellizcado para formar el pico por donde emergía la mecha. Se documentan a finales del IIIer milenio en Palestina, todavía sin el borde indicado y con un solo pico (Amiran, 1969: lam. 14.24). Los primeros ejemplares con borde diferenciado aparecen en Tiro hacia 1.400 a.C. (Bikai, 1978: lam. 47A, 18). En Occidente se les agrega otro pico, por lo que aparecen con dos, aunque, en el s. VII a.C., sólo presentan uno (Maass-Lindemann, 1986: 233).

En ámbito griego, minoicos y micénicos emplearon lucernas de cuenco simple abierto. Posiblemente eran de mecha flotante y procedían de Egipto (Forbes, 1966: VI, 151-152). Con la desaparición de la cultura micénica dejan de verse las lucernas, reapareciendo en los templos griegos a partir del s. VIII a.C. (Forbes, 1966: VI, 158). En ámbito romano, empiezan a utilizarse a partir del s. III a.C. (Forbes, 1966: 156),

por influjo indudable griego ya que se las denomina *Lychnus* y lucerna, del griego λύχνος (Toutain, 1918: III, 2ª, 1320). Sin embargo, no debemos olvidar que la utilización de lámparas es muy antigua en Europa, remontándose al paleolítico, empleándose cazoletas de piedra que no se han identificado muchas veces como tales, al ser interpretadas como morteros. La luz era producida por una mecha alimentada por aceite o sebo (Forbes, 1966: VI, 126-128).

No hace falta insistir mucho en el hecho de que todos estos sistemas de producir luz, eran empleados también para iluminar los hogares y las travesías por las vías públicas por las noches, sin que fueran exclusivos de los ritos religiosos y funerarios.

El combustible empleado en las lucernas era el aceite de oliva al que se le añadía sal para evitar, posiblemente el que se calentase en exceso (Forbes, 1966: VI, 156; Toutain, 1918: III, 2ª, 1322). Este sistema era muy empleado en Egipto donde se utilizaban lámparas de mecha flotante (Herodoto, II, 62; Plinio, *Nat. Hist.* XIII, 1.2).

Las candelas romanas eran fabricadas con cera de abeja, pez o sebo, empleando como mecha estopa, médula de junco, de papiro u otra fibra vegetal, simplemente retorcida y recubierta por capas de los materiales antes señalados (Saglio, 1918: I, 2ª, 869; Forbes, 1966: VI, 134). Se prefería la cera y entre ésta la denominada púnica, más blanca, que posiblemente procedía de Hispania donde los cartagineses habián perfeccionado su elaboración (Saglio, 1918: I, 2ª, 1019); pero se emplean sobre todo las de sebo por resultar más económicas (Forbes, 1966: VI, 140).

Las astillas de pino o tea y las antorchas en general, empleadas preferentemente por los griegos, eran objeto, en algunas ocasiones, de un tratamiento consistente en impregnarlas con materiales altamente combustibles para acentuar su potencia lumínica (Forbes, 1966: VI, 125). Pero como es obvio, la forma más antigua de iluminarse era mediante la luz procedente del fuego del hogar (Forbes, 1966: VI, 131).

En definitiva, la Cultura Ibérica pudo conocer varios de estos sistemas y entre ellos el de utilizar los vasos caliciformes como medio para sostener una mecha flotante en aceite con o sin sal, al modo egipcio, o quizá también empleando la cera o el sebo.

Hemos visto la significativa abundancia de caliciformes en las cuevas-santuario ibéricas y cómo, en época romana, esta preponderancia se trueca en favor de las lucernas. De ahí el que hayamos propuesto la hipótesis de que el caliciforme fue utilizado como lámpara portadora de luz sagrada. Para completar el panorama al respecto, veamos lo que sucede en las necrópolis y muy especialmente en los poblados.

En el caso de las necrópolis, el vaso caliciforme no debió cumplir ese papel preponderante ni tampoco las lucernas. Los caliciformes, sin que estén totalmente ausentes, son, en general, raros, sino mejor excepcionales. En la necrópolis de La Solivella no encontramos ninguno (Fletcher, 1965), ni tampoco en la de Orleyl (Lázaro et alii, 1981), ni en la de la Mina (Aranegui, 1979: 269-286). En general no se documentan en las necrópolis castellonenses (Oliver, 1981: 189-256). Tampoco aparecen en la de Las Peñas de Zarra (Martínez García, 1989). Sin embargo, sí que aparece alguno en las necrópolis alicantinas, albaceteñas y murcianas. En la necrópolis de Cabezo Lucero se indica su presencia (Aranegui et alii, 1982: 432), así como en la de «El Tesorico» de Hellín, donde se inventarían dos caliciformes de pastas grises pero con la salvedad de haberse recogido fuera de cualquiera de las tumbas (Broncano et alii, 1985: 140). En el Cigarralejo, los caliciformes son escasos. Solamente contabilizamos 6 ejemplares (Cuadrado, 1987: 165, 313, 351, 379, 441 y 452). Uno de ellos parece haber sido utilizado como urna para contener los restos de un niño (Cuadrado, 1987: 313-314, tumba 154). De todos ellos, solamente hay uno de pasta negra (tumba 204, p. 379). Nos parece también interesante un vaso descrito por Cuadrado como «copa de pie calado», forma 24, decorada con fajas, de la tumba 96 (Cuadrado, 1987: 227-228, nº 3) cuya forma es plenamente caliciforme y creemos que se trata de un brasero. Desde luego no hay ninguna lucerna de lo que se extraña Cuadrado y le da pie para argumentar que, o bien estaban excluídas de los ritos funerarios «o que se utilizaban para el alumbrado los abundantísimos platillos de pequeño tamaño que aparecen en gran número de tumbas» (Cuadrado, 1987: 63), argumento en total consonancia con el nuestro sobre los caliciformes de las cuevas-santuario ibéricas. En la necrópolis de La Albufereta, están más presentes. En principio se puede decir que hay un total de 53; pero, de éstos, tan sólo 18 se han localidzado en las sepulturas y todos son de pastas rojas y decoración pintada (Rubio, 1986: 359-360, 362). Algo similar sucede en Cataluña con los vasos bitroncocónicos de pasta gris con pie anular y dos agujeritos en el reborde de la boca, fechados en la primera mitad del s. V a.C., ya que no son frecuentes en las necrópolis de Ampurias y sí en los poblados tales como la Muntanya de Sant Miquel, en Valromanes-Montornes y El Cogulló, en Sallent (Aranegui, 1975: 354). Y también nos parece significativo al respecto, el que en las necrópolis de incineración de Occidente, estén ausentes las lucernas fenicias, señalándose tan sólo dos piezas en las 14 tumbas de la de Almuñecar (Maass-Lindemann, 1986: 233). Para Abad, el caliciforme viene a sustituir las funciones rituales encomendadas en un primer momento al olpe, en los contextos ibéricos avanzados ya que ambos recipientes aparecen asociados a páteras (Abad, 1988: 341); pero, en todo caso, habría que restringir este supuesto al Sudeste peninsular ya que el olpe es un recipiente eminentemente necrológico, mientras que el ca-

liciforme y sobre todo el tipo antiguo, es más propio de los santuarios.

En cuanto a los lugares de hábitat, el caliciforme es una forma cerámica bastante usual, aunque no tan predominante como en las cuevas sagradas, si exceptuamos un caso que más adelante veremos. Por su parte, las lucernas son muy raras. En todos los poblados ibéricos valencianos, el caliciforme es corriente. Los encontramos en el poblado de Los Villares (Pla, 1980). En Coimbra del Barranco Ancho se han inventariado 16 de los que, 8 corresponden a pastas negras o grises y 8 a pastas rojas y superficies decoradas (Molina et alii, 1976: 40-43). En la Bastida de Les Alcuses, de lo publicado se contabilizan 22 caliciformes, de los que 11 presentan pastas grises o negras, 9 rojas y 2 indeterminada (Fletcher, Pla, Alcácer, 1965: 35, 40, 67, 79, 91, 182, 219, 223, 242; 1969: 31, 92, 151, 170, 204, 239 y 307), reconociéndose tan sólo una lucerna ática de barniz negro (*Ibidem*, 1969: 103). En Sant Miquel de Llíria, se localizaron 42 ejemplares, de los que se describen solamente 20, de los que sólo 5 son de pasta gris/negra (Ballester et alii, 1954: 17-18, lam. X y tabla IV) y un par de lucernas campanienses tardías, al menos una (*Ibidem*, 13-14). En el Puntal dels Llops se describen 8 en un primer trabajo, de los que 5 son de pastas grises, aunque alguno tiene también mezcla de marrón, y 7 rojas (Bonet, Mata et alii, 1981: 28, 42, 43, 58, 63, 65, 74, 102 y 104), y dos lucernas de Campaniense A (*Ibidem*, 78). Pero en un trabajo posterior, en el que se hace un análisis microespacial del poblado, se enumeran nada menos que 157 caliciformes, dándose una fortísima concentración en los departamentos 4, 3 y 2, en este orden y ya menor en los 1, 8, 12 y 14 (Bernabeu et alii, 1986: 326). El departamento número 4 es considerado como «multifuncional» y el 2 y 3 como de «actividades domésticas». En el nº 1 se localiza la mayor cantidad de objetos cultuales (*Ibidem*, 332-333). Es una verdadera lástima que, en este trabajo no se haga una distinción entre los de pastas negras y los de rojas, lo que nos permitiría ver si la tal es o no significativa. Lo que sí que parece evidente, a no ser que se deba a diferencias de método, es que hay una mayor concentración de caliciformes en el Puntal dels Llops que en La Bastida e incluso Sant Miquel. En estos dos últimos, además de su corto número como hemos visto, nunca se registran concentraciones de más de cuatro vasos por departamento.

Cabe, pues, la posibilidad de que los caliciformes realizasen la función de lámparas con mecha flotante, en los poblados, con fines de iluminación o de cultos domésticos. Por extensión, este sería el vaso empleado mayoritariamente con esta función, en las cuevas-santuario. Puede tener relación con lo dicho, el hallazgo en la cueva de Skotino de Creta, de un fragmento de un vaso gris con restos secos de aceite, datado en el Minoico Medio (Faure, 1964: 164). El combustible más idóneo para este tipo de lámparas sería el aceite, funcionando al modo egipcio, muy presente en el mundo griego, como ya hemos visto; pero también podían haberse empleado el sebo o la cera, materiales de los que tampoco carecían los iberos, bien llenando el vaso con la mecha en el centro, bien sosteniendo alguna candela al modo romano. Entre los hallazgos de la Sima de l'Aigua, se habla de un caliciforme que contenía una substancia blancuzca cuyo análisis se anunciaba pero del que todavía nada sabemos (Aparicio, 1975: 14). Sería muy esclarecedor para el tema que nos ocupa no solamente el que se analizase este caso sino, incluso, que se intentara reconocer la presencia de substancias en las microgrietas de los caliciformes y demás formas cerámicas halladas en las cuevas-santuario ibéricas.

Es muy tentador, por todo lo expuesto, continuar investigando en la línea de que estas funciones de tipo cultual estaban encomendadas con exclusividad a los caliciformes de pastas grises/negras, como parece sugerirlo su abrumadora preponderancia en los depósitos sagrados ibéricos valencianos y su posible vinculación a un origen indoeuropeo a través de las cerámicas grises halstátticas.

Sin menoscabo de lo apuntado hasta ahora en torno a las posibles funciones de los caliciformes, sobre todo en las cuevas-santuario ibéricas, cabe señalar también y como última, la de que fueran simplemente objetos votivos. Así sucedía con numerosas lucernas depositadas en muchos santuarios grecorromanos, en las que se ha visto que el orificio de salida de la mecha no presenta signos de que ésta haya ardido jamás (Toutain, 1918: III, 2ª, 1337), fenómeno documentado también en los santuarios actuales con depósitos de cerámicas, sobre todo para producir llama, en la región argelina de la Gran Kabilia (Musso, 1971; 97).

BIBLIOGRAFÍA

Nota: Los autores clásicos citados en el texto no se recogen en este listado.

Abad Casal, L. (1983): «Un conjunto de materiales de la Serreta de Alcoy». *Lucentum, II*, Alicante, pp. 173-197.

Abad Casal, L. (1988): «Un tipo de olpe de bronce de yacimientos ibéricos levantinos». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII, Valencia, pp. 329-348.

Almagro Gorbea, M. (1969): *La necrópolis de «Las Madrigueras». Carrascosa del Campo (Cuenca)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. X, Madrid.

Amiran, R. (1969): *Ancient pottery of the Holy land*. Jerusalem.

Aparicio Pérez, J. (1975): «El Culto en Cuevas en la

Región Valenciana». *Homenaje a García y Bellido*, Madrid, pp. 9-30.

APARICIO, J.; SAN VALERO, J.; MARTÍNEZ, J.V. (1979): «Actividades Arqueológicas durante el Bienio 1977-1978». *Varia I*, Departamento de Historia Antigua, Valencia, pp. 205-273.

APARICIO, J.; SAN VALERO, J.; MARTÍNEZ, J.V. ET ALII (1983): «Actividades Arqueológicas desde 1979 a 1982». *Varia II*, Departamento de Historia Antigua, Valencia, pp. 199-495.

ARANEGUI GASCÓ, C. (1975): «La cerámica gris monócroma. Puntualizaciones sobre su estudio». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, nº 11, Univesidad de Valencia, Valencia, pp. 333-379.

ARANEGUI GASCÓ, C. (1979): «Hallazgo de una necrópolis ibérica en la Mina (Gátova)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 6, Castellón, pp. 269-286.

ARANEGUI, C. ET ALII (1982): «Fouilles du site ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante). Deuxième Campagne 1.981». *Mélanges de la Casa de Velazquez*, XVIII/1, Madrid, pp. 427-436.

ARANEGUI GASCÓ, C.; PLA BALLESTER, E. (1984): «La Cerámica Ibérica». *Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del décimo aniversario de la Asociación de Amigos de la Arqueología (Madrid-Marzo, 1979)*, Madrid, pp. 73-114.

BALLESTER TORMO, I. ET ALII (1954): *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel. Liria. Museo de la Excma. Diputación de Valencia*. C.S.I.C. y S.I.P., Madrid.

BATTAGLIA, R. (1955): «Riti, culti e divinitá delle genti paleovénete». *Boll. del Museo Civico de Padova*, XLIV, Padova. pp.

BENOIT, F. (1969): *Art et dieux de La Gaule*.

BERNABEU, J.; BONET, H.; GUÉRIN, P. y MATA, C. (1986). «Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)». *Arqueología Espacial*, 9. *Coloquio sobre el microespacio* 3: *Del Bronce Final a Época Ibérica*, Teruel, pp. 321-338.

BIKAI, P.M. (1978): *The Pottery of Tyre*. Warminster.

BLÁZQUEZ, J.M. (1975): *Diccionario de las religiones prerromanas en Hispania*. Madrid.

BLÁZQUEZ, J.M. (1977): *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones antiguas mediterráneas e ibéricas*. Madrid.

BLÁZQUEZ, J.M. (1983). *Primitivas Religiones Ibéricas. Tomo II. Religiones Prerromanas*. Madrid. Ed. Cristiandad.

BONET, H.; MATA, C. ET ALII (1981): *El poblado ibérico del Puntal dels Llops. (El Colmenar). (Olocau-Valencia)*. Serie de Trabajos Varios, 71, Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.

BRONCANO, S.; MARTÍN, A. ET ALII (1985): «La necrópolis ibérica de «El Tesorico» (Agramón-Hellín, Albacete)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 20, Madrid, pp. 43-182.

CALVO, I.; CABRÉ, J. (1918): *Excavaciones en la cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena-Jaén). Memoria de los trabajos realizados en la Campaña de 1917*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Nº 2, Madrid.

CALVO, I.; CABRÉ, J. (1919). *Excavaciones en la cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena-Jaén). Memoria de los trabajos realizados en la Campaña de 1918*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Nº 1, Madrid.

CERDÁ, D. (1989): «El Sec: La cerámica ática de barniz negro y las ánforas». *Grecs et Ibères au IVe siècle avant Jésus-Christ. Commerce et Iconographie*, Paris, pp. 51-98.

COUVE, L. (1900): «Kernos». En: DAREMBERG. Ch.; SAGLIO, M.E: *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines...* t. III, 1ª parte, pp. 822-825. Paris.

CUADRADO DÍAZ, E. (1987): *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Biblioteca Praehistorica Hispana, XXXIII, Madrid.

DONAT ZOPO, J. (1967). *Catálogo Espeleológico de la Provincia de Valencia*. Madrid.

FAURE, P. (1964): *Fonctions des Cavernes Crétoises*. Ecole Française d'Athènes, Travaux et Mémoires, Paris, Ed. E. de Boccard.

FAURE, P. (1969): «Sur Trois Sortes de Sanctuaires Crétois». *Bulletin de Correspondance Hellénique*, XCIII, pp. 174-213.

FLETCHER VALLS, D. (1965). *La necrópolis de la Solivella (Alcalá de Chivert)*. Serie de Trabajos Varios, nº 32, Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.

FLETCHER, D.; PLA, E.; ALCÁCER, J. (1965). *La Bastida de les Alcuses (Mogente. Valencia)*. t. I. Serie de Trabajos Varios, nº 24, Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.

FLETCHER, D.; PLA, E.; ALCÁCER, J. (1969): *La Bastida de les Alcuses (Mogente. Valencia)*. Serie de Trabajos Varios, nº 25, Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.

FORBES, R.J. (1966): *Studies in ancient technology. vol. VI: Heat and heating. Refrigeration. Light*. Laiden. E. J. Brill.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1954): «Arte Ibérico». En: MENÉNDEZ PIDAL (dir): *Historia de España*. t. I, 3ª parte, pp. 371-675.

GIL-MASCARELL BOSCÁ, M. (1975): «Sobre las cuevas Ibéricas del País Valenciano. Materiales y Problemas». *Papeles del Laboratorio de Arqueología*, nº 11, Universidad de Valencia, Valencia, pp. 281-332.

GIL-MASCARELL BOSCÁ, M. (1977): «Excavaciones en la cueva-ritual ibérica de Villargordo del Cabriel (Valencia)». *XIV Congreso Arqueológico Nacional (Vitoria, 1975)*, Zaragoza.

INSTITUTO GEOGRÁFICO CATASTRAL (1951): *Hoja 695 (Liria)*. Madrid.

KARAGEORGHIS, V. (1977): *Two Cypriote Sanctuaries of the End of the Cypro-Archaic Period*. Roma.

LANTIER, R. (1917): *El Santuario Ibérico de Castellar de Santisteban*. Memoria nº 15 de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Madrid.

LÁZARO, A. ET ALII (1981): *Materiales de la necrópolis ibérica de Orleyl (Vall d'Uxó, Castellón)*. Serie de Trabajos Va-

rios, nº 70, Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.

LEGRAND, PH.-E. (S/F): «Sacrificium». Gréce. En: DAREMBERG, CH.; SAGLIO, M.E.: *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines...* t. IV, 2ª parte, Paris, pp. 956-973.

LUCAS, Mª. R. (1984): «Santuarios y dioses en la Baja Epoca Ibérica». *Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del décimo aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología (Madrid-Marzo, 1979)*, Madrid, pp. 233-293.

MARCO SIMÓN, F. (1984): «Consideraciones sobre la religiosidad ibérica en el ámbito turolense». *Kalathos*, 3-4, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, Colegio Universitario, Teruel, pp. 71-93.

MARTÍNEZ GARCÍA, J.M. (1989): «La necrópolis ibérica de Las Peñas (Zarra, Valencia)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIX, Valencia, pp. 7-76.

MARTÍNEZ PERONA, J.V. (1975): «Carta Arqueológica de Pedralba y Bugarra». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIV, Valencia, pp. 169-191.

MAASS-LINDEMANN, G. (1986): «Vasos fenicios de los siglos VIII-VI en España». En: DEL OLMO LETE, G.; AUBET, M.E. (dir.): *Los Fenicios en la Península Ibérica*, t. I. Sabadell, pp. 227-239.

MOLINA GARCÍA, J. ET ALII (1976): *Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla-Murcia)*. Serie de Trabajos Varios nº 52, Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.

MUSSO, J.C. (1971): *Dépots rituels de sanctuaires ruraux de la Grand Kabylie*. Mémoires du Centre de Recherches Anthropologiques, Préhistoriques et Ethnografiques, XVIII, Paris.

OLIVER, A. (1981): «Incineraciones entre el río Ebro y el Palancia. Nuevas aportaciones para el estudio de los enterramientos ibéricos». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 8, Castellón, pp. 189-256.

PLA BALLESTER, E. (1946): «Cova de les Meravelles (Gandía, Valencia)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, Valencia, pp. 191-202.

PLA BALLESTER, E. (1980): «Los Iberos». *Nuestra Historia*. t. I. Valencia. Ed. Mas-Ivars Editores, S.L., pp. 197-272.

PLA BALLESTER, E. (1980): *Los Villares (Caudete de las Fuentes-Valencia)*. Serie de Trabajos Varios, 68, Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.

POTTIER, E. (1918): «Fax». En: DAREMBERG, CH.; SAGLIO, M.E.: *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines...* t. II, 2ª parte, pp. 1025-1029. Paris.

POTTIER, E. (S/F): «Phiala». En: DAREMBERG, CH.; SAGLIO, M.E.: *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines...* t. IV, 1ª parte, pp. 434-435. Paris.

POTTIER, E. (S/F): «Patera». *Ibidem*, p. 341.

RUBIO GOMIS, F. (1986): *La necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante (Valencia-España)*. Serie Arqueológica, nº 11, Academia de Cultura Valenciana, Sección de Prehistoria y Arqueología, Valencia.

RUIZ BREMON, M. (1989): *Los exvotos del santuario ibérico del Cerro de los Santos*. Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete.

SAGLIO, M.E. (1918). «Candela». En: DAREMBERG, CH.; SAGLIO, M.E.: *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines...* t. I, 2ª parte, p. 869. Paris.

SAGLIO, M.E. (1918). «Cera». *Ibidem*, pp. 1019-1020.

SHEFTON, B.B. (1971): «Persian gold and Attic black of the 5th and 4th centuries B. C.» *Annales Archeologiques Arabes Syriennes*, vol. XXI, Damasco, pp. 109-111.

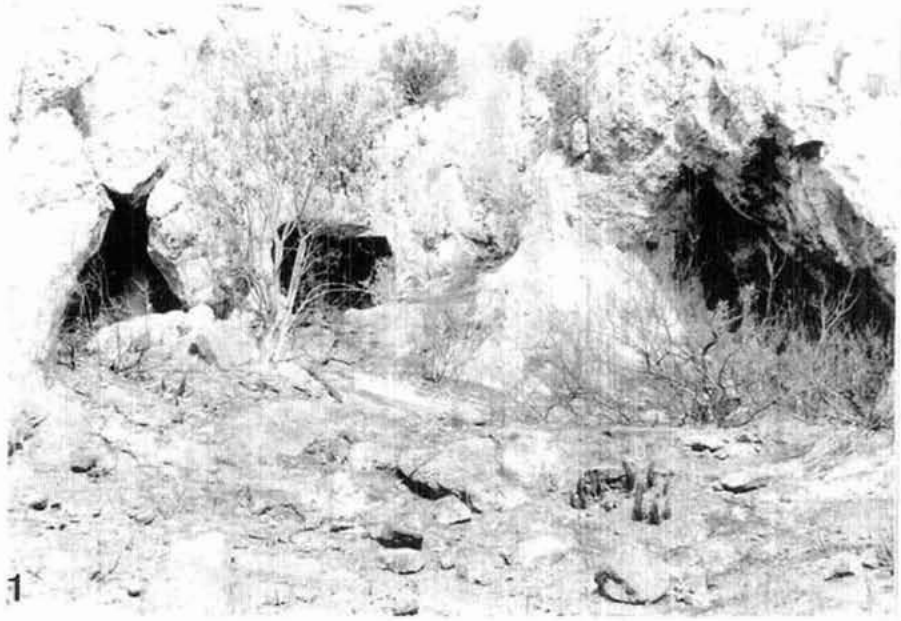
TARRADELL MATEU, M. (1974): «Cuevas sagradas o cuevas santuario: un aspecto poco valorado de la religión ibérica». *Memoria de 1973 del Instituto de Arqueología y Prehistoria*, Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 15 ss.

TOUTAIN, J. (1918): «Lucerna». En: DAREMBERG, CH.; SAGLIO, M.E.: *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines...* t. III, 2ª parte, pp. 1320-1339.

TOUTAIN, J. (S/F): «Sacrificium». Rome. En: DAREMBERG, CH.; SAGLIO, M. E.: *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines...* t IV, 2ª parte, pp. 973-980. Paris.

TRÍAS DE ARRIBAS, Gl. (1967): *Cerámicas Griegas de la Península Ibérica*. The L. Brayout Foundation, Publicaciones de Arqueología Hispánica II, Serie Primera, Manografías sobre cerámicas hispánicas 2, 2 tomos, Valencia.

VARIOS AUTORES (1982): *Catálogo Espeleológico del País Valenciano*. T. II, Federació Valenciana d'Espeleologia, Valencia.



1



2



3



4

Lám. I.— 1: Entradas de la C. Merinel. 2: Acceso al santuario ibérico. 3: Vaso caliciforme n.º 1. 4: Vaso caliciforme n.º 2.



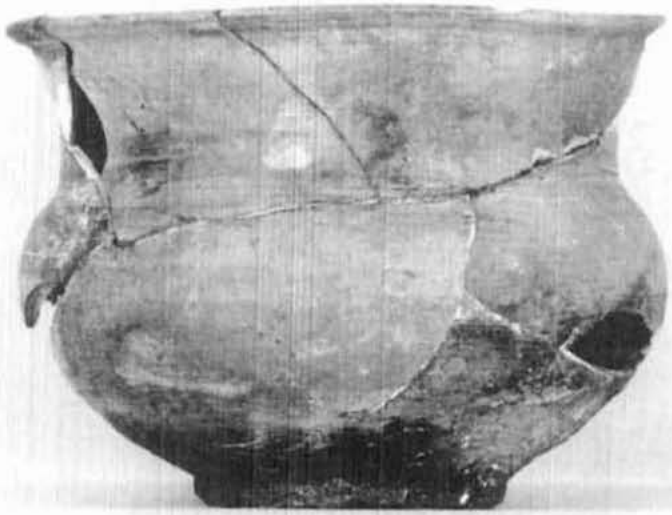
1



2

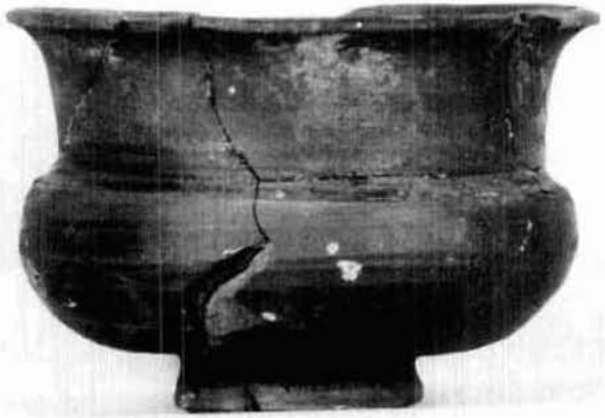


3



4

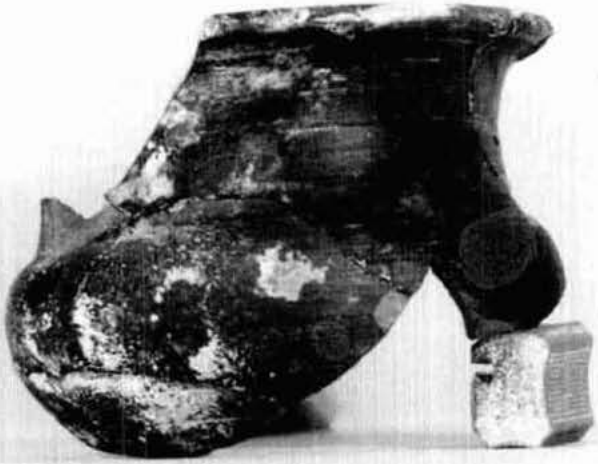
Lám. II.— Caliciformes números: 3, 4, 5 y 6.



1



2

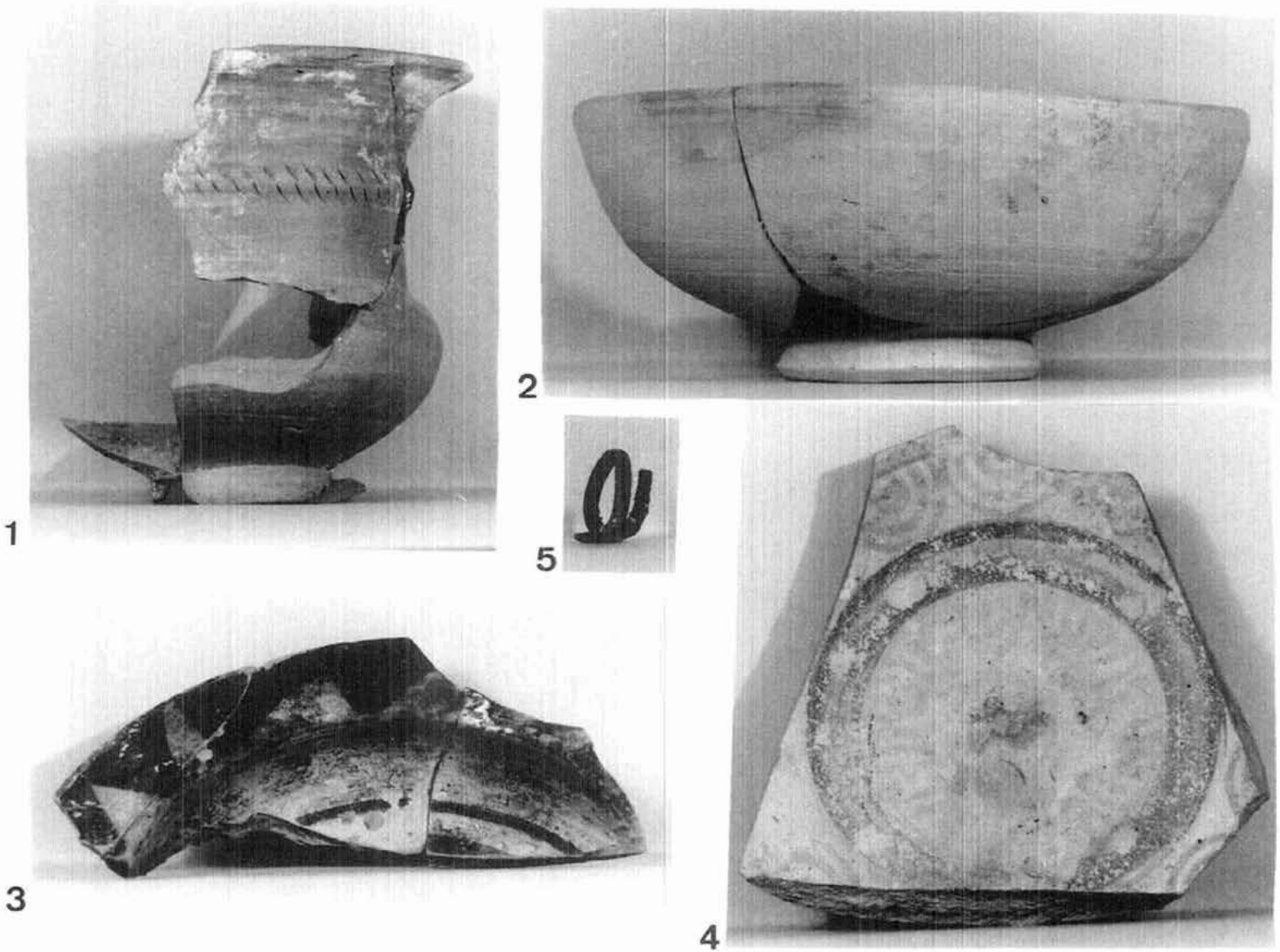


3



4

Lám. III.— 1-3: Caliciformes números 7, 8 y 9. 4: Vasito bitroncocónico (n.º 10).



Lám. IV.— 1: Caliciforme n.º 11. 2: Cuenco (n.º 12). 3: Páteras con ala horizontal (n.º 13). 4: Fondo interior de plato ibérico (n.º 14). 5: Barrita de cobre enrollada.

Francisco Blay García*

CUEVA MERINEL (BUGARRA). ANÁLISIS DE LA FAUNA

El presente trabajo es el resultado del estudio de los materiales óseos procedentes de la excavación arqueológica de urgencia realizada en la Cueva Merinel (Bugarra) en el año 1986. Los restos óseos aparecieron asociados a fragmentos de vasos ibéricos de tipo caliciforme principalmente y a algunos otros materiales que son objeto de estudio en esta misma publicación.

El estudio arqueológico de las llamadas «cuevas santuario», o utilizando la terminología acuñada por Gil-Mascarell «cuevas rituales» (Gil-Mascarell, 1975), se ha abordado siempre a partir de la descripción pormenorizada de los materiales cerámicos y ocasionalmente metalúrgicos presentes en el depósito, cuando no se trata de la mera noticia del descubrimiento y una somera descripción de lo más espectacular de los objetos recuperados. El intento de sistematización llevado a cabo por Gil-Mascarell plantea muchos aspectos inéditos sobre la problemática de los depósitos ibéricos en cuevas, entre otros sobre la posible presencia de restos óseos (Gil-Mascarell, 1975: 330). Sin embargo, un repaso a la bibliografía publicada desde entonces, deja la impresión de que nos encontramos en la misma situación que hace quince años, si exceptuamos algunos trabajos publicados por I. Sarrión.

Del amplio conjunto de cuevas en las que se documentan materiales arqueológicos ibéricos, son muy esporádicas las referencias a la presencia de restos faunísticos, y aún en estos casos es difícil decir si existe una vinculación entre los restos óseos y el material ibérico, como ocurre con la Cova del Castell en Vallada (La Labor..., 1972: 104), la Cova del Barranc Fondo de Xàtiva (Gil-Mascarell, 1975: 291) o la Cova del Vell de Xeraco (Gurrea y Penalba, 1952: 51), cuando no se pone directamente en duda su relación, caso de los comentarios de Blázquez en torno a la Cova de les Dones, en Millares (Blázquez, 1962: 205), tanto más cuando es muy frecuente que se trate de cuevas de habitación utilizadas a lo largo de diferentes períodos.

En contraste con este panorama, la literatura arqueológica referida a otros aspectos de la religiosidad ibérica —algunos ritos funerarios, representaciones iconográficas y otros—, contienen a veces referencias a la presencia de restos animales bien documentados formando parte del rito. Se cita la presencia de huesos de cerdo, oveja, cabra y perro, en los enterramientos infantiles estudiados por F. Gusi en la provincia de Castellón (Gusi, 1970: 68), y en el yacimiento barcelo-

* Servicio de Investigación Prehistórica, Diputación de Valencia.

nés de Penya del Moro se interpretan como ofrendas fundacionales las formadas por el cráneo y las extremidades anteriores de un cabrito (MIRÓ *ET AL.*, 1982). Sin embargo, los escasos restos animales asociados a las inhumaciones infantiles estudiadas por P. Guérin y R. Martínez tienen carácter claramente intrusivo (GUÉRIN y MARTÍNEZ, 1988: 258).

No es rara la presencia de figuras animales en representaciones iconográficas interpretadas como escenas de carácter religioso o sobre objetos rituales. Es clásica la descripción de la escena representada en la pátera de Tivisa, interpretada como la representación del sacrificio ritual de animales, o la de un bronce oretano que contiene el sacrificio de un cerdo o cordero y que se interpreta como el mango de un puñal votivo (BLÁZQUEZ, 1983: 112).

La lista de referencias de este tipo puede ser muy larga. Sin embargo, utilizar estos datos para sacar consecuencias de carácter arqueozoológico nos parece muy arriesgado: además del estado de conservación de la pieza y de la habilidad o del estilo del artista, que pueden dificultar la interpretación, estas representaciones iconográficas distan muchos de tener la menor pretensión de descripción taxonómica.

En cuanto a las fuentes documentales clásicas se refiere, no conocemos referencias directas sobre estas prácticas en relación con el mundo ibérico, aunque podemos extrapolar los datos que conocemos para otros pueblos mediterráneos, siempre muy generales. Así por ejemplo, la voz «Sacrificium» del «Dictionnaire des antiquites grecques et romaines» (LEGRAND *ET AL.*, 1918: 956-973), hace referencia al cabrito, cerdo y oveja en relación con las prácticas de sacrificio, en asociación con otros animales domésticos.

Ya en términos estrictamente arqueozoológicos, debemos referirnos a los estudios realizados por I. Sarrión sobre materiales relacionados con depósitos de carácter ritual, aunque corresponden a tres yacimientos de características muy diferentes entre sí, como son la necrópolis de El Molar en la que la presencia de fauna se interpreta como los restos de un banquete (MONRAVAL y LÓPEZ, 1984: 150) y ofrendas, o la Cueva del Sapo, con un 60'91% de restos de Ciervo y 27'33% de ovicaprinos, que cabe interpretar en conjunto como restos de alimentación en una cueva de habitación (PLA BALLESTER, 1985), si no fuera por la extraña topografía del yacimiento. Las mismas especies se citan en el caso del Puntal del Horno Ciego, aunque con menor importancia relativa, que comparten con especies que el autor excluye del conjunto ritual (SARRION, 1990: 180). Aun siendo éste el yacimiento a priori de características más parecidas al que estudiamos, el carácter de la fauna identificada, en su mayoría correspondiente a poblaciones naturales o, en el caso de las especies domésticas o venatorias, la dificultad de asociarlas claramente al depósito ofrendatorio, hace que no podamos extraer datos útiles para la interpretación del material que nos ocupa.

LA FAUNA DE LA CUEVA MERINEL

Los huesos estudiados corresponden sobre todo a restos de cabras y cerdos, aunque también se recogieron algunos de conejo, otros restos de microroedores y quirópteros, parte del cráneo y del tibiotarso de un ave —probablemente un córvido— y un fragmento del dentario de un lagarto (*Lacerta lepida*). Excluyendo a las cabras y los cerdos, los 35 fragmentos que restan corresponden a animales cuya presencia en el conjunto faunístico es una especiae de ruido de fondo en cualquier depósito procedente de una cueva, incorporados al depósito por animales predadores, carroñeros o muertos dentro de la cavidad.

La mayor parte de los materiales aparecen incluidos en una tierra muy oscura, mezclados con los fragmentos cerámicos y a veces forman costras espesas endurecidas por un cemento calcáreo. La limpieza de estas costras en el laboratorio dio como resultado la aparición de numerosos fragmentos prácticamente reducidos a polvo y de algunos fragmentos de huesos quemados, todo ello de imposible cuantificación ni mucho menos determinación específica.

No publicamos los escasos datos biométricos obtenidos por considerar que no aportan mayor información al objeto de este trabajo.

ESTUDIO DE LAS ESPECIES

Del Cerdo (*Sus domesticus*) se han identificado 219 restos (14'2%) que representan un mínimo de 10 individuos (17%). La discriminación entre los huesos procedentes de ganado porcino y los del jabalí es un problema difícil en cualquier conjunto arqueozoológico, pero si a la dificultad normal añadimos que en el presente caso se trata exclusivamente de animales muy jó-

	NR	% SOBRE NRI	NMI	%
Sus domesticus ..	219	14'4	10	17'9
Ovis aries	4	0'3	1	1'8
Capra hircus	131	8'6	21	37'5
Ovis o Capra ...	1.168	76'7	24	42'9
NRI	1.522	63'7	56	
NRNI	867	36'3		
NR	2.389			

Fig. 1.— Número y distribución de los restos estudiados.

venes, cualquier discriminación de orden biométrico —casi la única aplicable al material de época pre y protohistórica— resulta del todo improcedente. La decisión de agrupar el material bajo la especie doméstica se debe al hecho de que en todos los ejemplares estudiados el estado de la dentición es prácticamente idéntico y corresponde a una edad inferior a seis meses (Bull y Payne, 1982), más un caso de un ejemplar neonato (Prummel, 1987 y 1987 bis), lo que denota una pauta de selección de edades difícil de admitir como práctica cinegética a no ser que estemos en presencia de individuos de la misma camada, extremo que tampoco podemos descartar con los datos de que disponemos. El consumo de animales domésticos excesivamente jóvenes puede responder a condicionamientos sociales, pero no es frecuente en términos de explotación ganadera, puesto que los animales no han alcanzado el óptimo de producción de carne en función de su edad. El cerdo ha sido citado en poblados ibéricos como Covalta (Albaida) donde parece constituir la principal fuente alimentaria de origen animal (Sarrión, 1979: 98-99), es relativamente abundante también en El Puntal dels Llops (Sarrión, 1981) y aparece en fin representado en diversas proporciones en todos los niveles de Los Villares y en el de El Castellet de Bernabé (Martínez, 1988), Peña Negra (Pérez Ripoll, 1983) Vinarragell (Arteaga y Mesado, 1971) y Los Saladares (Driesch, 1975), así como en La Muela (Monraval y López, 1984) y Horno Ciego (Sarrión, 1990). En cuanto a la edad a la que fueron sacrificados estos animales, sólo podemos compararla con los datos publicados por R. Martínez en el artículo citado, con un espectro de edades amplio en los diferentes niveles y yacimientos que estudia, sin citar ningún caso de individuos muertos antes de los seis meses, que como ya hemos dicho son los únicos presentes aquí.

Cerdos y jabalíes aparecen con frecuencia citados en relación a actividades de tipo ritual o religioso y en representaciones del mismo signo, casi siempre asociado a la oveja y la cabra, y más ocasionalmente en compañía del perro, siendo siempre muy difícil afirmar con seguridad su pertenencia a la especie silvestre o al cerdo ibérico, y sin que nada impida descartar a priori la participación de ambas.

La figura 2 representa la relación entre partes del esqueleto; ha sido elaborada agrupando todos los fragmentos de cráneo, maxilares y mandíbulas y los del resto del esqueleto —no se han tenido encuenta los dientes aislados—. Comparados con los restos postcraneales, los craneales dominan en una proporción de casi 8 a 1; esta proporción se aleja de los resultados más frecuentes en conjuntos procedentes de poblados, frecuentemente más equilibrada o de tendencia decididamente opuesta. Esto no es sorprendente si tenemos en cuenta que, descontando los dientes y mandíbulas, el resto del esqueleto craneal es muy vulnerable a la destrucción por fenómenos postdeposicionales, que de alguna manera promocionan la conservación de las piezas más densas y duras del esqueleto postcraneal frente a los restos de origen craneal.

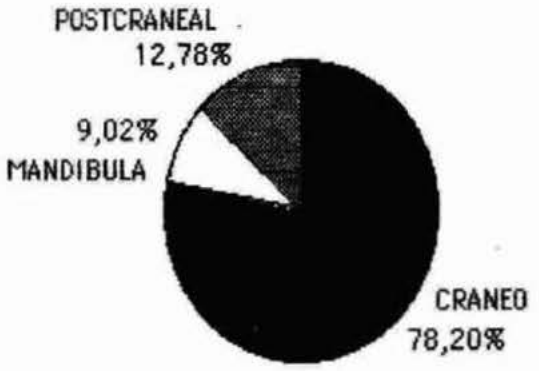


Fig. 2.— Sus, distribución por partes del esqueleto.

Sin embargo en los materiales estudiados procedentes de la Cueva Merinel, la proporción de restos craneales hace pensar que, por lo menos en el caso del cerdo, se han depositado en la cavidad un cierto número de cráneos aislados, posiblemente enteros, y los esqueletos postcraneales correspondientes han recibido un tratamiento distinto y seguramente han sido depositados en otro lugar.

Las cabras (*Capra hircus*) dominan en número de restos y número mínimo de individuos el conjunto faunístico. La oveja está representada por 4 restos postcraneales, con señales de fuego y posiblemente del mismo individuo. La figura 3 es elocuente en cuanto a las diferencias numéricas entre ambas especies. Hemos identificado 131 restos, muchos de ellos dientes mandibulares. El resto, 1.168 restos (77% del NRI) han sido indentificados como correspondientes a *Ovis aries* o *Capra hircus*.

Hay que hacer una acotación de orden metodológico: la distinción osteológica entre los restos de oveja y cabra es siempre delicada, aunque hay métodos clásicos (Boessneck, 1969) que permiten la clasificación fiable de partes del esqueleto frecuentes en contexto arqueológico. Sin embargo, el material procedente de la Cueva Merinel corresponde a individuos relativamente jóvenes por un lado, y por otro predominan en él los restos dentarios, aspectos ambos que no se adaptan bien a los métodos citados. La distinción la hemos basado en los criterios apuntados por Payne (1985), más próximos a las condiciones que impone nuestro material y que se cumplen bien en nuestra colección de referencia[1]. Los datos en cuanto a número de restos y número mínimo de individuos que se indican en el cuadro, corresponden a la aplicación directa de los métodos referidos, mientras que aquellos en los que no

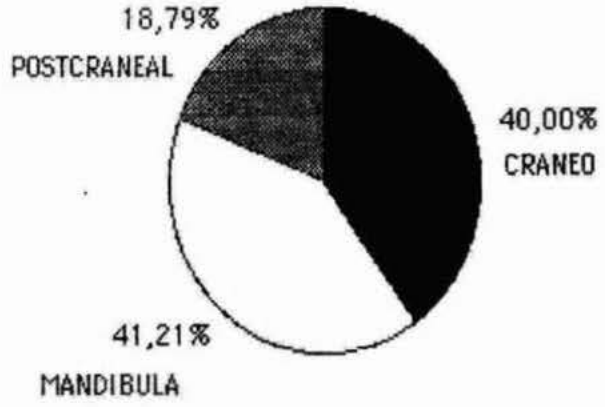


Fig. 3.— Ovis o Capra, distribución por partes del esqueleto.

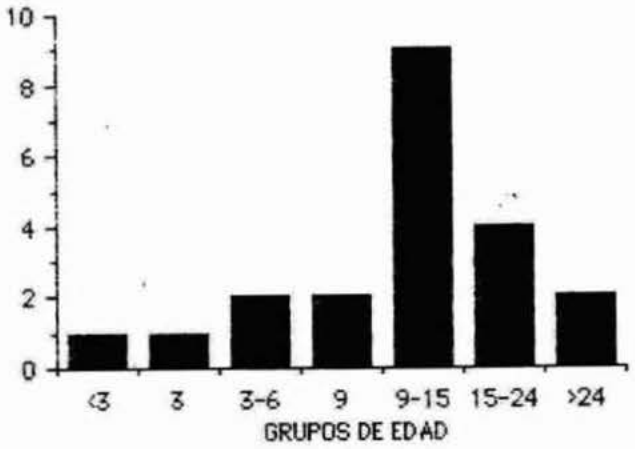


Fig. 4.— Ovis o Capra, edad en meses y NMI.

cabe la atribución segura a ninguna de las dos especies, han sido clasificados como «Ovejas o Cabras», como es habitual. Puesto que el NMI para una especie en concreto se elabora a partir de la unidad anatómica más frecuente, descontados los elementos pares y en función de las edades de muerte, en el caso de las cabras el NMI se calcula sobre un elemento identificado específicamente, mientras que en el caso del grupo «ovejas o cabras» el NMI partirá de otro elemento distinto, en el que la identificación a nivel de especie no es posible. En el caso que nos ocupa, los 24 individuos identificados como O-C podrían incluir a los 21 de cabra, al estar calculados uno y otro a partir de huesos diferentes. Por otro lado, el resultado de reelaborar el NMI a partir de todos los restos, tanto de O-C como de cabra, refuerza la idea de que existe una alta probabilidad de que se trate de un único conjunto formado por restos de *Capra hircus* identificados como tales o no por problemas de método o por su grado de fragmentación.

Las fuentes históricas se refieren a la oveja con cierta frecuencia y más raramente a la cabra, también existen algunas referencias iconográficas de las mismas pero su interpretación taxonómica no es siempre clara.

La oveja y la cabra aparecen citadas en todos los yacimiento de época ibérica que han sido objeto de estudios zooarqueológicos, como la principal o una de las más importantes fuentes de carne. Las proporciones relativas entre ambas especies se deben más bien a factores de orden ambiental dominantes en el área de los yacimientos que a factores culturales, y posiblemente así haya que entender el predominio absoluto de la cabra frente a la oveja en Cueva Merinel y las diferencias entre los yacimientos estudiados por I. Sarrión.

La edad de sacrificio de las cabras la hemos calculado siguiendo el método propuesto por J. Altuna (1980). El resultado es la presencia de por lo menos un ejemplar por cada clase de edad, con una concentración clara en los 9-15 meses y algunos animales sacrificados después de los dos años de vida (Fig. 4).

Los resultados obtenidos a partir del estudio de la fauna del yacimiento ibérico de la Cueva Merinel permiten afirmar que la presencia de restos óseos en asociación con cerámicas ibéricas de tipo caliciforme en dicho yacimiento, podría estar en relación con el uso ritual que normalmente se atribuye a estos tipos cerámicos, sobre todo a partir de la selección de la parte craneal del esqueleto, lo que parece excluir que el conjunto proceda de simples restos de comida de moradores de la cavidad, o del abandono de reses muertas por causas naturales. Por los datos de que disponemos sólo podemos apuntar la hipótesis de que el rito comprendiera la decapitación de cerdos muy jóvenes y de cabras, cuyos restos cefálicos eran depositados en el mismo sitio que los vasos cerámicos, mientras que las demás partes del cuerpo eran objeto de un tratamiento ditinto que implicaba su deposición en otro lugar.

NOTAS

1 Hay que exceptuar el primer molar inferior, ya que aparecieron numerosos casos dudosos cuando no contradictorios en el material arqueológico. Los M_1 figuran por tanto en el grupo O-C y su número no afecta al cálculo del NMI.

BIBLIOGRAFÍA

ALTUNA, J. (1980): «Historia de la domesticación animal en el País Vasco. Desde sus orígenes a la Romanización». *Munibe*, 32, pp. 1-163.

ARTEAGA, G. y MESADO, N. (1971): *Vinarragell*. Trabajos Varios del SIP, 61, Valencia.

BLÁZQUEZ, J.M. (1962): *Religiones primitivas de España*. Madrid.

BLÁZQUEZ, J.M. (1983): *Primitivas religiones ibéricas II: religiones prerromanas*. Madrid.

BOESSNECK, J. (1969): «Diferencias osteológicas entre Ovis aries y Capra hircus». *Ciencia en Arqueología*. Ed. D.R. BROTHWELL y E. HIGGS, pp. 338-368.

BULL, G. y PAYNE, S. (1982): «Tooth eruption and epuphysial fusion in pigs and wild boar». *B.A.R.*, 109, pp. 55-71.

DRIESCH, A.V. (1975): «Sobre los hallazgos de huesos en Los Saladares». *N.A.H.*, pp. 62-66.

GIL-MASCARELL, M. (1975): «Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano: Materiales y problemas». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11, pp. 281-332.

GUÉRIN, P. y MARTÍNEZ, R. (1988): «Inhumaciones infantiles en poblados ibéricos del área valenciana». *Saguntum*, 21, pp. 231-265.

GURREA, V. y PENALBA, J. (1952): Exploraciones en la comarca de Gandía». *Archivo de Prehistoria Levantina*, III, pp. 41-56.

GUSI, F. (1970): «Enterramientos infantiles ibéricos en vivienda». *Pyrenae*, pp. 65-70.

LA LABOR... (1972): *La labor del SIP y su museo en 1970*.

LEGRAND, Ph.-E.; DAREMBERG, Ch. y SAAGRIO, M.E. (1918): *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines: Sacrificium*. T. IV, 2.ª P., pp. 956-973.

MARTÍNEZ VALLE, R. (1988): «Estudio de la fauna de dos yacimientos ibéricos: Villares y el Castellet de Bernabé». *Saguntum*, 21, pp. 182-230.

MIRÓ, C.; MOLIST, N. y SOLIAS, J.M. (1982): *Excavacions al poblat ibèric de la Penya del Moro de Sant Just Desvern (Barcelonès): Campanyes 1974-1975 i 1977-1981. Apèndix II: la fauna*. Barcelona: Institut de Prehistòria i Arqueologia, Monografies Arqueològiques, 1.

MONRAVAL, J.M. y LÓPEZ, M. (1984): «Restos de un silicernio en la necrópolis ibérica de El Molar». *Saguntum*, 18, pp. 145-162.

PAYNE, S. (1985): «Morphological distinction between the mandibular teeth of young Sheep, Ovis, and goats, Capra». *Journal of Archaeological Science*, 12, London, pp. 139-147.

PÉREZ RIPOLL, M. (1983): *El poblamiento antiguo en la Sierra de Crevillente*. Lucentum, Anexo I, Alicante.

PLA BALLESTER, E. (1985): «Excavación de urgencia en la Cueva del Sapo, del término de Chiva». *La labor del S.I.P. y su Museo en 1983*, pp. 56-60.

PRUMMEL, W. (1987): «Atlas for the identification of foetal skeletal elements of cattle, horse, sheep and pig. Part 1». *Archaeozoologia*, Vol. I (2), pp. 23-30.

PRUMMEL, W. (1987bis): «Atlas for identification of foetal skeletal elements of cattle, horse, sheep and pig. Part 2». *Actes du Congrès International d'Archéozoologie*. Bordeaux, pp. 12-41.

SARRIÓN, I. (1979): «Restos de corzo en yacimientos valencianos y conquenses». *Lapiaz*, 3-4, pp. 93-108.

SARRIÓN, I. (1981): «Estudio de la fauna del poblado ibérico del Puntal dels Llops (El Colmenar)». *Trabajos Varios del S.I.P.*, n.º 71, Apéndice II, pp. 163-180.

SARRIÓN, I. (1990): «Apéndice I: Estudio de la fauna de la Cueva II». En: M.A. MARTÍ (1990): «Las cuevas del Puntal del Horno Ciego, Villargordo del Cabriel. Valencia». *Saguntum*, 23, pp. 180-182.

José Pérez Ballester*

EL ABRIGO DE REINÁ (ALCALÁ DEL JÚCAR). ENSAYO SOBRE UN NUEVO MODELO DE LUGAR DE CULTO EN ÉPOCA IBÉRICA

Exponemos aquí los resultados de tipo teórico obtenidos a partir del comienzo del estudio de un abrigo con inscripciones ibéricas situado en el término municipal de Alcalá del Júcar, y su comparación con otros lugares similares, también con inscripciones rupestres del mismo tipo. Expondremos primero las características del Abrigo de Reiná, a continuación los datos correspondientes a los otros sitios estudiados, con los distintos atributos que nos han permitido diseñar el modelo, que expondremos por último. No entraremos en el estudio de las inscripciones en sí, trabajo que abordaremos en otro lugar, aunque las transcribiremos en su apartado, tal y como vienen en la bibliografía consultada.

EL ABRIGO DE REINÁ (Fig. 1, a)

Situado en la margen derecha del río Júcar, entre Alcalá del Júcar y La Recueja, está a unos 40 mts. de altura sobre el nivel del río y al pie de una cresta caliza ubicada en la parte más alta y estrecha de una lengua rocosa amesetada que penetra profundamente en la hoz del río, dando lugar a dos pronunciados meandros. En el mismo entorno se encuentra el complejo de hornos ibéricos de La Casa Grande[1]; y en la estrecha cima amesetada donde se encuentra el abrigo, y a unos 100 mts. de éste, un asentamiento de la Edad del Bronce muy arrasado por la erosión, donde se reconocen algunas alineaciones de muros y al menos un fondo de cabaña, actualmente en estudio[2].

El abrigo, orientado al norte, consta de una covacha de 4 mts. de boca, otros tantos de profundidad y una altura que oscila entre 2 y 1'40 mts. Está horadada artificialmente por el fondo sur, a través de una abertura cuadrangular de 1'6 mts. de altura por 0'60 mts. de ancho, que se abre de nuevo al río por ese lado, donde la roca aparece cortada casi a pico sobre aquél (Fig. 1, c). El lado norte (Fig. 1, b) es más accesible, con una pendiente abrupta pero practicable repoblada de pinos; o más fácilmente aún, por la divisoria del promontorio amesetado donde se asienta, cuyo extremo noroeste presenta una pendiente suave hasta el río. Es en este lado norte donde el abrigo se abre dando lugar a una visera de unos 4 mts. de altura y entre 0'5 y 1'5 mts. de saledizo, producida por la erosión de un estrato de materiales margosos, entre otros calizos más

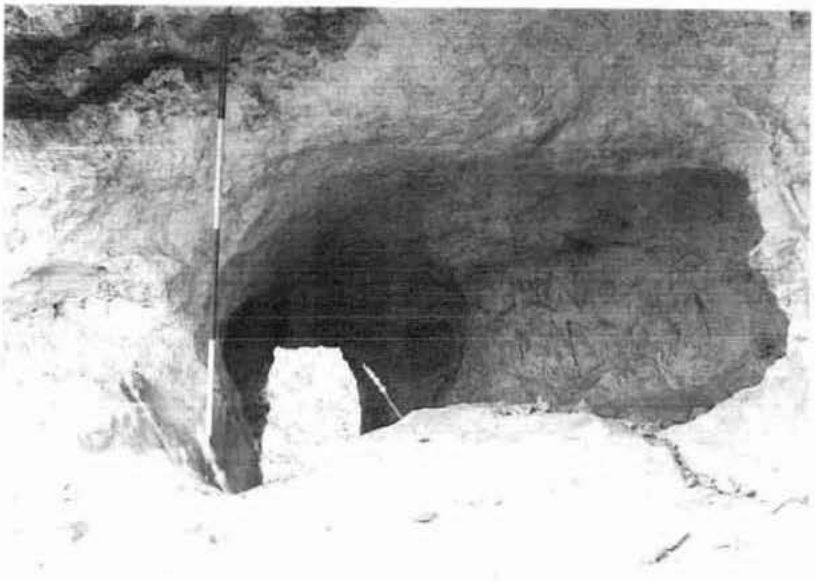
* Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Universitat de València.



a



b



c

Fig. 1.— Reiná: a) cresta rocosa al pie de la cual se sitúa el abrigo; b) vista de la covacha (al fondo) y la visera (en primer término); c) la covacha, vista desde la entrada. Al fondo, la abertura Sur.

resistentes, y que se extiende unos 25 mts. hacia el noroeste. Delante de la visera existe una estrecha plataforma con una anchura que varía entre 2 y 1 m.

Es precisamente en esa capa más blanda, blanquecina, que hemos mencionado, donde se grabaron los distintos signos figurados, geométricos o alfabéticos que estamos ahora estudiando y que ocupan el interior de la covacha y la pared resguardada por la visera (Fig. 2, a y b). Estos se localizan a alturas muy variables, entre 3 mts. y 0'20 m. de altura con respecto al suelo actual, y cronológicamente ocupan un arco temporal muy amplio: desde una inscripción de cuatro líneas fechada en 1880, al grupo de inscripciones con signos ibéricos. El abrigo no era conocido más que por pastores ocasionales, y los únicos signos muy recientes (dos grupos de tres iniciales) hallados en nuestra última visita —octubre de 1990— no existían seis meses antes.

Podemos resumir así los hallazgos de Reiná:

—1 cruz de Malta.

—1 cruz de Caravaca.

—1 inscripción en cuatro líneas, fechada en 1880.

Estos diseños, más algún signo geométrico o trazos sueltos no determinados, se encuentran al exterior de la boca sur de la covacha, dando al cortado sobre el río.

—18 cruciformes, a menudo en grupos de tres o cuatro, a veces con los extremos de los brazos marcados por puntos, y repartidos por el interior de la covacha y los distintos paneles bajo la visera norte, más escasos cuanto mayor es la distancia a la covacha.

—4 antropomorfos esquemáticos, tres de ellos formados por una cruz de brazo horizontal corto y alto, y un brazo vertical muy largo, del que nacen en su mitad inferior otros dos trazos oblícuos, a modo de piernas. El cuarto, de pequeño tamaño, con un arco que sobre la cabeza une las extremidades superiores, recuerda a un indalo. Se encuentran dispersos, entre la covacha y los paneles de la visera.

—2 signos solares o estelares.

—2 signos rectangulares.

—2 signos circulares.

—1 posible vulva.

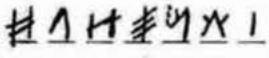
—1 triángulo relleno de puntos.

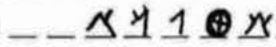
—12 signos geométricos indeterminados.

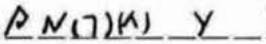
Todos estos elementos se hallan repartidos igualmente por la covacha y los paneles de la visera.

—1 posible arado, del tipo «de cama» o «castellano», con reja lanceolada y de tradición romana[3]. Situado en el interior de la covacha.

—6 letreros con signos ibéricos, agrupados en tres paneles distintos, pero siempre fuera de la covacha, bajo la visera. De éstos, dos constan de signos de mayor tamaño, entre 12 y 14 cms. de largo cada uno, rastreándose además en éstos dos líneas horizontales o guías, que en el letrero B permiten adivinar una cartela rectangular. Los otros cuatro son de signos más pequeños, de entre 4 y 5 cms. de longitud. La transcripción provisional que ofrecemos como primicia sería como sigue, a la espera de los resultados de la documentación fotográfica realizada recientemente:

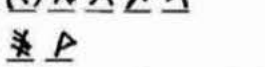
Letrero A: 

Letrero B: 

Letrero C: 

Letrero D: 

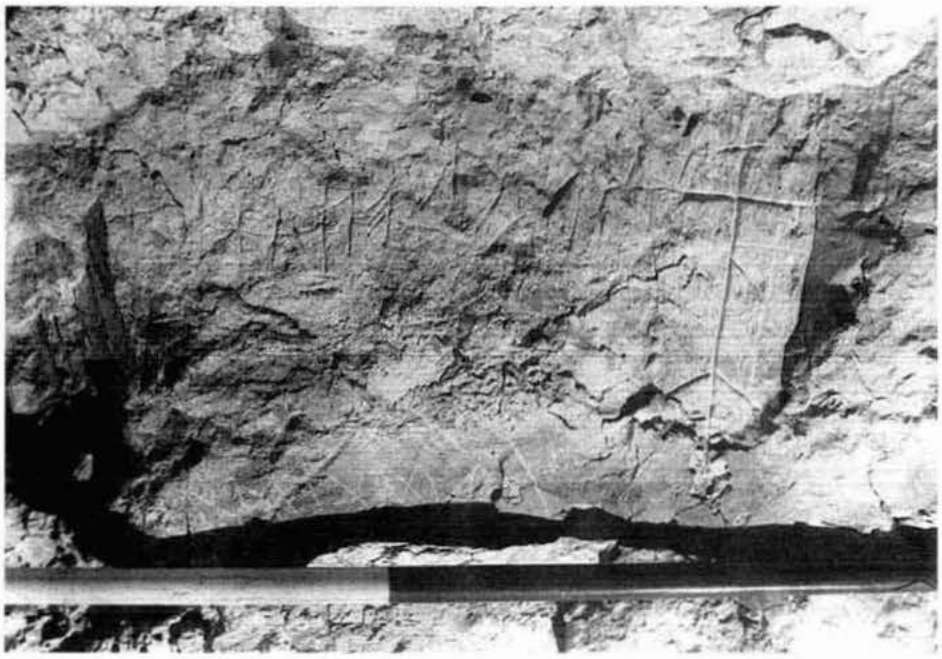
Letrero E: 

Letrero F: 

Además, y para terminar de situar el entorno inmediato del yacimiento, diremos que se conserva un acceso por el lado norte, frontal al pasillo o estrecha plataforma junto a la visera, formado por tres escalones tallados en la roca; y por el noroeste, hemos identificado algunos tramos de un ancho sendero antiguo que sube desde la margen derecha del río al extremo más alejado pero también más accesible del farallón amesetado que constituye el asiento del hábitat del Bronce, y a sólo 100 mts. del abrigo de Reiná.

Paradójicamente, no está clara la relación de este abrigo, que creemos poder identificar como lugar de culto, con algún asentamiento antiguo próximo o inmediato. Los propios excavadores del complejo de hornos de La Casa Grande, no lo encontraron tampoco al prospectar el área en su momento. El más cercano se encuentra a 7 kms. por la carretera que bordea el río, en el lugar de Las Eras, sobre la propia villa de Alcalá del Júcar. Se trata de un yacimiento de varias hectáreas, de época ibero-romana, con abundantes restos cerámicos en superficie, muchos de ellos con decoraciones pintadas con motivos fitomorfos, y restos de estructuras a la vista. Las otras posibilidades que se nos ofrecen son: el cerro al pie del cual está la ermita de San Lorenzo, a 3 kms. de Reiná y a 4 kms. de Alcalá de la cual es patrón, donde por noticias recogidas en el pueblo, sabemos que aparecieron algunas cerámicas pintadas ibéricas. Por último, mencionaremos la posible existencia, ya desde época ibérica, de un hábitat rupestre en la zona, que aún puede rastrearse en la actualidad: varios centenares de cuevas artificiales excavadas en las paredes del estrecho valle —luego hoz— del Júcar, en las inmediaciones de Alcalá. Al pie del mismo promontorio rocoso de Reiná encontramos 4 de ellas en su lado Norte, y una veintena en el lado sur, junto al río. No se conocen sin embargo hasta el momento, evidencias de restos materiales de esa época en cueva alguna de la zona, quizás por falta de una prospección adecuada, o por la constante reutilización de las mismas a través del tiempo.

a



b



Fig. 2.— Reiná: a) inscripción A y antropomorfo; b) inscripción B y parte de la C.

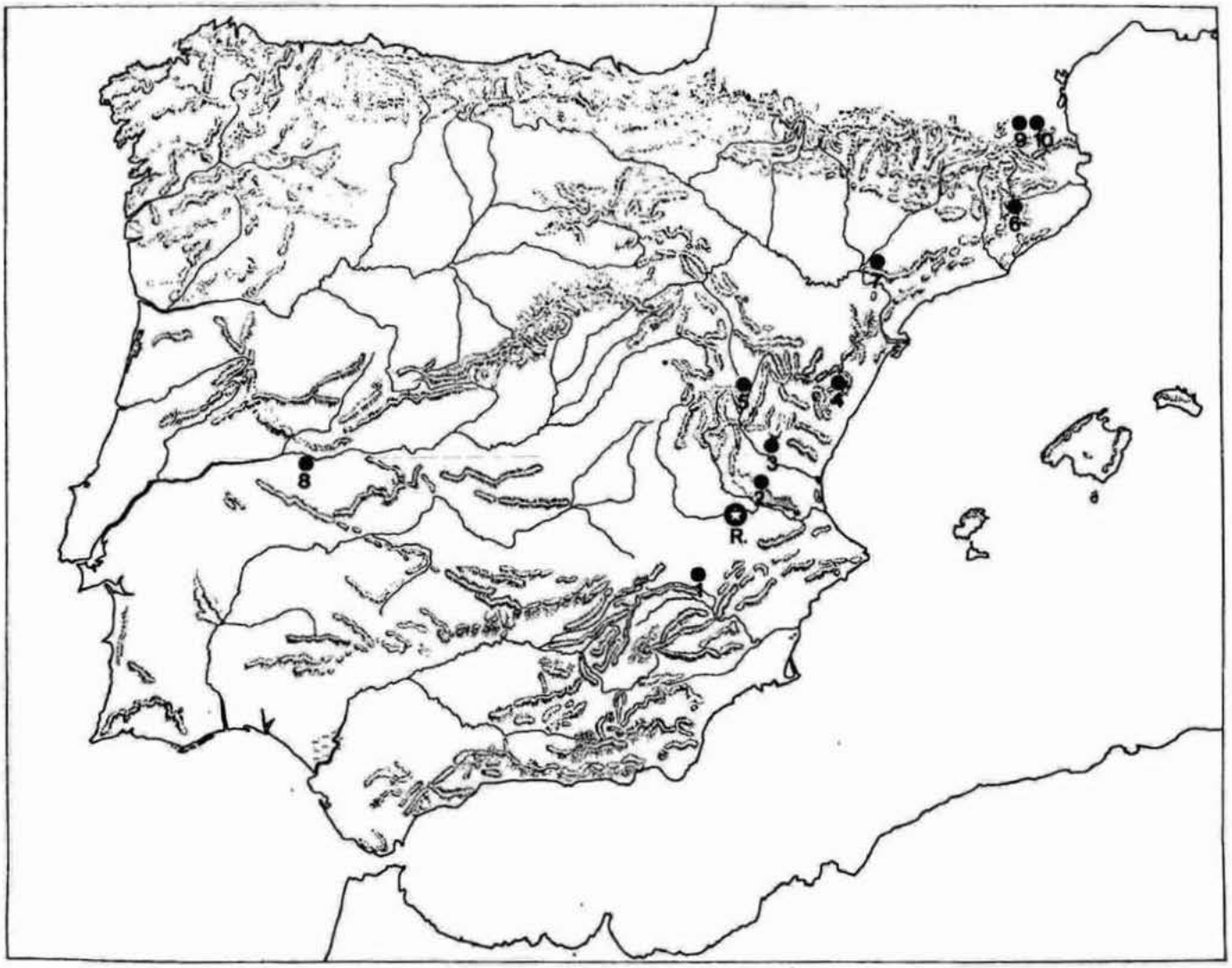


Fig. 3.— Abrigos con inscripciones ibéricas.

En cuanto a la naturaleza del abrigo, estamos ante un modelo de lugar habitado que no tiene nada que ver con las cuevas refugio o las cuevas santuario que nuestra colega Milagros Gil-Mascarell[4] estudió en el País Valenciano. Frente al lugar abierto y destacado de Reiná, aquellas son en su mayoría simas y cuevas propiamente dichas; frente a la ausencia de materiales cerámicos que contextualizasen a Reiná, encontramos siempre éstos en las del trabajo de Gil-Mascarell, y siempre con ejemplares de factura ibérica y tipología bien precisa y repetitiva en las distintas cuevas abrigo o cuevas santuario, que demuestran su utilización en esa época. También, la inexistencia de inscripciones ibéricas en esas simas y cuevas, contrasta con la presencia de ellas en Reiná, que igualmente nos hacen vincular la utilización del abrigo a la misma época ibérica.

LOS ABRIGOS CON INSCRIPCIONES IBÉRICAS (Fig. 3)

Hemos localizado en la bibliografía una decena de lugares de características semejantes a Reiná. Ocho de ellos son propiamente abrigos; otros dos son prácticamente petroglifos grabados sobre piedras al aire libre. Hemos incluído estos últimos (n.° 9 y 10) a propósito, porque sus diferencias con los anteriores facilitan la visión de homogeneidad de aquellos.

En cuanto a la situación geográfica, uno de ellos está en la provincia de Albacete (n.° 1) a unos 100 kms. de Reiná; tres en el País Valenciano (n.° 2, 3 y 4), uno en Teruel (n.° 5), dos en Cataluña (n.° 6 y 7), otro en Extremadura (n.° 8) y los dos últimos (n.° 9 y 10) en el sur de Francia.

Hemos aplicado una ficha tanto a estos yacimientos como a Reiná, contemplando básicamente tres campos:

A. Las características del lugar y su entorno.

B. La existencia o no de contexto arqueológico en el sitio o en los alrededores.

C. Las inscripciones propiamente dichas, desde un doble enfoque: Cómo están hechas, dónde se encuentran y con qué, y por otro lado datos relativos a los signos, su número, disposición y transcripción.

N.º 1. LA CAMARETA (HELLÍN, ALBACETE)[5]

A. El lugar

A.1. Tipo: Abrigo agrandado.

A.2. Ubicación: Cortada o barranco sobre el antiguo nivel del río, hoy pantano de Camarillas.

A.3. Proximidad a: Río, río Camarillas.

A.4. Altura sobre nivel del mar: 500/600 mts. aprox.

A.5. Altura sobre área circunstante: 60/70 mts. sobre el antiguo nivel del río.

A.6. Accesibilidad: Casi inaccesible. Se necesitarían cuerdas o una escalera.

A.7. Visibilidad: desde el lugar, de 1 a 5 kms.

A.8. Medidas: No se recogen.

B. Contexto arqueológico

B.1. En el lugar: Inscripciones posteriores, latinas, árabes, castellanas y hasta del siglo XIX.

B.2. Inmediato: No existe.

B.3. Próximo: El poblado ibérico correspondiente a la necrópolis de El Tesorico, en la parte superior del cortado donde se abre el abrigo.

C. Las inscripciones. Caracteres morfológicos y topográficos

C.1. Tipo: Grafitadas/grabadas.

C.2. Ubicación: Zona media (a 1'20 mts. de la pared externa).

C.3. Situación relativa: Asociados a multitud de grafitos y otras inscripciones, siempre posteriores: latinos, árabes, castellanos, hasta del siglo XIX. Figuras más frecuentes: caballos. En el mismo panel de los signos ibéricos: letreros árabes, caballos, cápridos y cánidos, todos posteriores. También signos geométricos.

C.4. Accesibilidad: Accesibles a la vista, a unos dos mts. de altura.

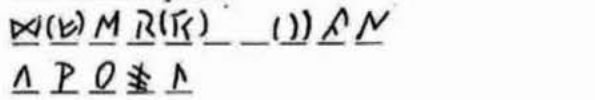
C.5. Conservación: Buena, pero delicada.

D. Las inscripciones. Caracteres epigráficos

D.1. Disposición: Dos líneas, quizás de un sólo vocablo. Según los autores, es posible que existan más inscripciones.

D.2. Medidas: Panel de 31 cms. de longitud; letras de 5 cms. de altura.

D.3. Transcripción:



N.º 2. EL BURGAL (SIETE AGUAS, VALENCIA)[6]

A. El lugar

A.1. Tipo: Abrigo visera.

A.2. Ubicación: Barranco.

A.3. Proximidad a: Río y camino antiguo.

A.4. Altura sobre nivel del mar: 930 mts.

A.5. Altura sobre área circunstante: No se recoge.

A.6. Accesibilidad: Difícil.

A.7. Visibilidad: Desde el lugar: aprox. 1 a 5 kms. Semioculto a la vista.

A.8. Medidas: No se recogen.

B. Contexto arqueológico

B.1. En el lugar: No.

B.2. Inmediato: útiles de silex, anteriores.

B.3. Próximo: No se recoge.

C. Las inscripciones. Caracteres morfológicos y topográficos

C.1. Tipo: Grabados/grafitados.

C.2. Ubicación: Zona media, en un panel de 70×30 cms., a 1'50 mts. de altura sobre el suelo.

C.3. Situación relativa: Aislados; no hay o no se indica asociación con otras pinturas o grabados.

C.4. Accesibilidad: Accesibles a la vista.

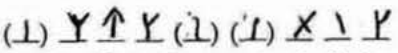
C.5. Conservación: Precaria.

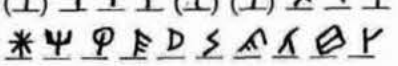
D. Las inscripciones. Caracteres epigráficos

D.1. Presentación: Tres líneas con 35 signos conservados, y otros desaparecidos.

D.2. Medidas: No se recogen.

D.3. Transcripción:

1.ª: 

2.ª: 

3.ª:

—

N.º 3. EL TARRAGÓN (VILLAR DEL ARZOBISPO)[7]

A. El lugar

A.1. Tipo: Abrigo.
A.2. Ubicación: Barranco.
A.3. Proximidad a: No se recoge.
A.4. Altura sobre el nivel del mar: 500/600 mts. aprox.
A.5. Altura sobre área circunstante: No se recoge.
A.6. Accesibilidad: No se recoge.
A.7. Visibilidad: No se recoge.
A.8. Medidas: No se recogen.

B. Contexto arqueológico

B.1. En el lugar: Otros grabados geométricos, figurados, zoomorfos, y arcos con flechas. Coetáneos o anteriores.
B.2. Inmediato: No se recoge.
B.3. Próximo: No se recoge.

C. Las inscripciones. Caracteres morfológicos y topográficos

C.1. Tipo: Grafitadas o grabadas.
C.2. Ubicación: No se recoge.
C.3. Situación relativa: Asociadas a grabados coetáneos o anteriores.
C.4. Accesibilidad: Accesibles a simple vista.
C.5. Conservación: Aceptable.

D. Las inscripciones. Caracteres epigráficos

D.1. Disposición: Varias líneas o frases repetidas, hasta un total de 12; otras líneas o frases.
D.2. Medidas: No se recogen.
D.3. Transcripción: No se recoge. Actualmente en estudio por D. Fletcher y L. Silgo.

N.º 4. MAS DEL CINGLE (ARES DEL MAESTRE, CASTELLÓN)[8]

A. El lugar

A.1. Tipo: Abrigo con poca visera.
A.2. Ubicación: Barranco.
A.3. Proximidad a: Arroyo (Rambla Carbonera).
A.4. Altura sobre nivel del mar: 900/100 mts.
A.5. Altura sobre área circunstante: No se recoge.
A.6. Accesibilidad: ¿Difícil?
A.7. Visibilidad: 1 a 5 kms. aprox.
A.8. Medidas: 70 mts. de largo.

B. Contexto arqueológico

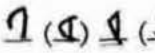
B.1. En el lugar: Pinturas de estilo levantino y esquemático, anteriores y coetáneas.
B.2. Inmediato: No se recoge.
B.3. Próximo: No se recoge.

C. Las inscripciones. Caracteres morfológicos y topográficos

C.1. Tipo: Pintadas, con pintura roja.
C.2. Ubicación: Zona media, dentro de una concavidad.
C.3. Situación relativa: Junto a una serie de figuras: cuadrúpedo, pequeño animal, figura humana esquemática, figura femenina y otros animales. También: un tectiforme, un ancoriforme, etc. Un jinete; junto a la cabeza del caballo se sitúa la inscripción. En general todas las figuras esquemáticas, salvo la dama con faldas y el jinete.
C.4. Accesibilidad: Accesibles a la vista.
C.5. Conservación: Precaria.

D. Las inscripciones. Caracteres epigráficos

D.1. Disposición: Letrero de cuatro letras.
D.2. Medidas: 2 cms. de longitud cada letra o signo, aproximadamente.
D.3. Transcripción: (Dudosa).



N.º 5. CANTERA PEÑALBA (VILLASTAR, TERUEL)[9]

A. El lugar

A.1. Tipo: Visera.
A.2. Ubicación: Cortada o barranco, pero cerca de la cima.
A.3. Proximidad a: Río Turia.
A.4. Altura sobre nivel del mar: 700 mts. aprox.
A.5. Altura sobre área circunstante: No se recoge.
A.6. Accesibilidad: Difícil.
A.7. Visibilidad: 1 a 5 kms.
A.8. Medidas: No se recoge.

B. Contexto arqueológico

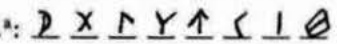
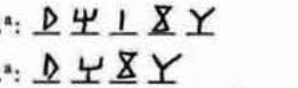
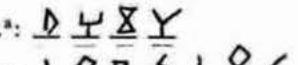
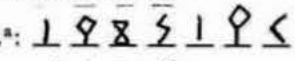
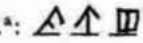
B.1. En el lugar: Con seguridad, grafitos posteriores o coetáneos, latinos, «hasta una veintena de textos».
B.2. Inmediato: No.
B.3. Próximo: Yacimiento celtibérico.

C. Las inscripciones. Caracteres morfológicos y topográficos.

C.1. Tipo: Grafitadas/Grabadas.
C.2. Ubicación: Parte externa, ya que no hay cueva.
C.3. Situación relativa: asociada a grafitos latinos coetáneos o posteriores, y abundantes grabados geométricos, zoomorfos y figurados.
C.4. Accesibilidad: Accesibles a la vista.
C.5. Conservación: Precaria.

D. Las inscripciones. Caracteres epigráficos

D.1. Disposición: Varias líneas (al menos cuatro) con un vocablo en cada una de ellas.
D.2. Medidas: No se recogen.
D.3. Transcripción:

1.ª: 
2.ª: 
3.ª: 
4.ª: 
5.ª: 

N.º 6. LES GRAUS (RODA DE TER, PLANA DE VIC, GIRONA)[10]

A. El lugar

A.1. Tipo: Abrigo.
A.2. Ubicación: Cortada o barranco.
A.3. Proximidad a: Río Ter.
A.4. Altura sobre nivel del mar: 500/600 mts. aprox.
A.5. Altura sobre área circunstante: 60/70 mts. sobre el río.
A.6. Accesibilidad: Difícil.
A.7. Visibilidad: No se recoge.
A.8. Medidas: No se recogen.

B. Contexto arqueológico

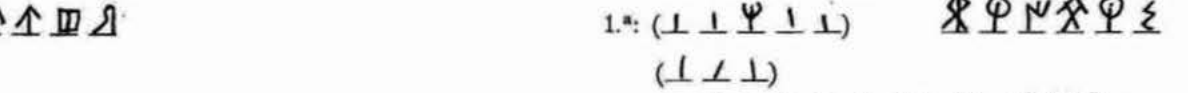
B.1. En el lugar: No existe.
B.2. Inmediato: A unos 400 mts., un hábitat ibérico (siglos II y I a.C.), una iglesia románica y una necrópolis medieval.
B.3. Próximo: No se recoge.

C. Las inscripciones. Características morfológicas y topográficas

C.1. Tipo: Grabadas/Grafitadas.
C.2. Ubicación: Zona Externa. En dos paneles, a escasos metros uno de otro.
C.3. Situación relativa: En esa zona, aislados; posiblemente en otros paneles menos accesibles, inscripciones medievales, claramente posteriores.
C.4. Visibilidad: Un panel accesible a la vista; el otro no.
C.5. Conservación: Precaria.

D. Las inscripciones. Características epigráficas

D.1. Disposición: Dos líneas, con varios vocablos en cada una de ellas. En la primera, sólo 7 u 8 signos, y otros muy perdidos; en la segunda, 12 signos seguros.
D.2. Medidas: Altura de las letras de la primera línea: entre 4 y 4'5 cms.
D.3. Transcripción:

1.ª: 
2.ª: 

N.º 7. ROCA DELS MOROS (COGUL, LÉRIDA)[11]

A. El lugar

A.1. Tipo: Abrigo.
A.2. Ubicación: Barranco.
A.3. Proximidad a: Arroyo.
A.4. Altura sobre nivel del mar: 300 mts. aprox.
A.5. Altura sobre el área circunstante: No se recoge.
A.6. Accesibilidad: Fácil.
A.7. Visibilidad: 1 a 5 kms.
A.8. Medidas: No se recogen.

B. Contexto arqueológico

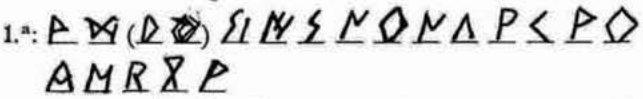
B.1. En el lugar: Pinturas post-paleolíticas, e inscripciones latinas.
B.2. Inmediato: Lascas y hojitas trabajadas de sílex.
B.3. Próximo: No se recoge.

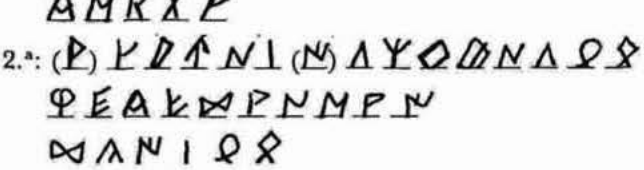
C. Las inscripciones. Caracteres morfológicos y topográficos

C.1. Tipo: Grafitadas.
C.2. Ubicación: Zona media/interna.
C.3. Situación relativa: Asociadas a pinturas de tipo levantino y esquemáticas, siendo las más próximas físicamente estas últimas. Las inscripciones no se superponen a las pinturas, sino que se graban al margen de ellas. Las inscripciones latinas: con claro sentido de ofrenda o voto.
C.4. Accesibilidad: Accesibles a simple vista.
C.5. Conservación: Aceptable.

D. Las inscripciones. Caracteres epigráficos

D.1. Disposición: Sobre un panel de 2 mts. de longitud, dos líneas, algunos vocablos aislados y otros signos dudosos.
D.2. Medidas: Altura de las letras, 8/10 cms.; longitud de la línea más larga: 1'40 mts..
D.3. Transcripción:

1.ª: 

2.ª: 

3.ª:

4.ª:

N.º 8. COVACHA DE MONTFRAGUE (TORREJÓN EL RUBIO, CÁCERES)[12]

A. El lugar

A.1. Tipo: Abrigo.
A.2. Ubicación: Ladera/solana.
A.3. Proximidad a: Río o arroyo, algo alejado.
A.4. Altura sobre nivel del mar: 400/500 mts. aprox.
A.5. Altura sobre área circunstante: No se recoge.
A.6. Accesibilidad: Fácil.
A.7. Visibilidad: No se recoge.
A.8. Medidas: No se recogen.

B. Contexto arqueológico

B.1. En el lugar: Pinturas esquemáticas, anteriores o coetáneas.
B.2. Inmediato: Ermita de la Virgen de Montfrague.
B.3. Próximo: Poblado indígena, en la cima de la ladera, al menos con niveles de las épocas del Bronce y del Hierro ¿?

C. Las inscripciones. Caracteres morfológicos y topográficos

C.1. Tipo: Pintada.
C.2. Ubicación: Zona exterior, al aire libre, en la pared derecha de la covacha.
C.3. Situación relativa: Asociada a una serie de figuritas en negro, que no corta, anteriores o coetáneas.
C.4. Accesibilidad: Accesibles a la vista.
C.5. Conservación: Precaria.

D. Las inscripciones. Caracteres epigráficos

D.1. Disposición: Una línea con varios vocablos muy deteriorados, y algunas letras sueltas.
D.2. Medidas: No se recogen.
D.3. Transcripción:

, o bien:

N.º 9. REPLÀ DEL GINEBRÍ (OSSEJA, ROUSSILLON)[13]

A. El lugar

A.1. Tipo: Rocas al aire libre, con inscripciones en su cara vertical.

A.2. Ubicación: Ladera suave.

A.3. Proximidad a: Ni a fuentes o cursos de agua ni a caminos antiguos. Zona montañosa.

A.4. Altura sobre nivel del mar: Más de 1.000 mts.

A.5. Altura sobre área circunstante: No se recoge.

A.6. Accesibilidad: Fácil.

A.7. Visibilidad: Posiblemente 1 a 5 kms, o más.

A.8. Medidas: No se recogen.

B. Contexto arqueológico

B.1. En el lugar: Grabados coetáneos o posteriores.

B.2. Inmediato: No se recoge.

B.3. Próximo: No se recoge.

C. Las inscripciones. Caracteres morfológicos y topográficos

C.1. Tipo: Grafitadas/Grabadas. Trazos finos, sobre esquistos.

C.2. Ubicación: Zona externa, al aire libre.

C.3. Situación relativa: Asociadas a otros grabados esquemáticos (ciervo, signos solares) coetáneos o anteriores.

C.4. Accesibilidad: Accesibles a la vista.

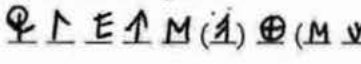
C.5. Conservación: Buena.

D. Las inscripciones. Caracteres epigráficos

D.1. Disposición: Un solo vocablo.

D.2. Medidas: No se recogen.

D.3. Transcripción:



N.º 10. PLA DE VALLELLES (PRUNET, ROUSSILLON)[14]

A. El lugar

A.1. Tipo: Rocas al aire libre; inscripciones en las caras verticales de las mismas.

A.2. Ubicación: Ladera suave.

A.3. Proximidad a: Camino antiguo.

A.4. Altura sobre nivel del mar: Más de 1.000 mts.

A.5. Altura sobre área circunstante: No se recoge.

A.6. Accesibilidad: Fácil.

A.7. Visibilidad: Se supone buena, como el anterior.

A.8. Medidas: No se recogen.

B. Contexto arqueológico

B.1. En el lugar: Inscripciones figuradas (cruces, signos solares, cruz de Malta, restos de una escena de caza) y un monograma JHS, posteriores o coetáneos; quizás alguno anterior.

B.2. Inmediato: Lasca de sílex.

B.3. Próximo: No se recoge.

C. Las inscripciones. Caracteres morfológicos y topográficos

C.1. Tipo: Grafitadas/Grabadas. Trazos finos, sobre esquistos.

C.2. Ubicación: Zona externa, al aire libre.

C.3. Situación relativa: Asociados a otros grabados ya mencionados, anteriores, posteriores y/o coetáneos, entre ellos una inscripción latina.

C.4. Accesibilidad: Accesibles a la vista.

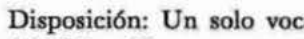
C.5. Conservación: Deficiente.

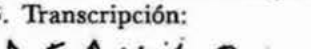
D. Las inscripciones. Caracteres epigráficos

D.1. Disposición: «Signos alfabetiformes, posiblemente ibéricos» en tres letreros mal conservados.

D.2. Medidas: No se recogen.

D.3. Transcripción:

1.º: 

2.º: 

3.º: ¿?

CONCLUSIONES

De la atenta lectura de estas fichas, y a pesar de lo fragmentario de la información en algunos yacimientos, podemos elaborar unas a modo de conclusiones que nos ayuden a esbozar el perfil de este tipo de lugares asociados indudablemente al mundo ibérico.

Considerando los datos disponibles, estimamos como elementos característicos aquellos que se repiten

en más de 6 lugares, sobre los 11 (incluída Reiná) estudiados. Por falta de datos, no consideraremos las entradas A.5. y A.8. (Altura sobre área circunstante y Medidas); y tomaremos con precaución la información relativa a las entradas A.7. (Visibilidad) y en general la correspondiente al campo B (Contexto Arqueológico), debido igualmente a la falta de precisión de muchos de los trabajos consultados en este sentido.

EL LUGAR

Viene definido como un abrigo, a veces agrandado artificialmente, situado en una ladera abrupta o barranco, de acceso difícil, siempre situado en tierras interiores de altura media-alta: siete de los yacimientos por encima de los 500 mts., los otros cuatro entre 200 y 400 mts., siendo estos últimos precisamente los más alejados del área levantina. La relación de estos lugares con el agua, se expresa por la inmediata proximidad de cursos corrientes que discurren por el fondo de los barrancos o laderas abruptas donde se sitúan los abrigos; en ningún caso se ha constatado relación con fuentes o manantiales. Sólo en dos casos se ha podido determinar una proximidad a camino antiguo o vía de paso.

Allí donde se ha podido comprobar, los abrigos se sitúan bastante por encima del nivel del río, entre 30 y 60 mts. Permiten una visibilidad desde el lugar y también desde el entorno teóricamente aceptable, pero ésta se ve a menudo modificada por lo accidentado del paisaje y la situación no preeminente del lugar, no excediendo en ningún caso los 5 kms.

Las dos únicas excepciones las constituyen los soportes de las inscripciones grabadas sobre roca localizadas en el Roussillon, que como iremos viendo se desvían claramente del modelo propuesto, siendo el único lazo que las une a las demás precisamente el hecho de tratarse de signos ibéricos sobre roca.

Todos se encuentran situados dentro de un marco geográfico que podemos denominar «Ibérico peninsular», con la excepción de los dos lugares franceses y el de Montfrague en Cáceres.

EL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

No se trata, al contrario de lo que ocurre en muchas cuevas refugio o cuevas santuario, de lugares de habitat, ni coetáneos ni anteriores; sí estamos sin embargo ante un lugar visitado, y a veces de antiguo, como lo demuestran las pinturas y grabados anteriores o coetáneas que en algunas de ellas aparecen. Con la cautela establecida al comienzo de estas conclusiones, es posible decir que en las inmediaciones (en un radio menor a 5 kms.) suelen encontrarse habitats de época ibérica o ibero-romana —se mencionan en cuatro de ellos—, además de otros posteriores. Estos últimos también hay que ponerlos en relación con la utilización tardía de los abrigos, como demuestran los grabados e inscripciones dejadas en al menos cinco de los sitios. Esta continuación de uso durante la dominación romana, especialmente claro en La Camareta, Roca dels Moros de Cogul o Peñalba, y la muy probable cronología tardía de los epígrafes de al menos los abrigos catalanes y del Roussillon[15], donde se expresan fórmulas de votos o similares, avalan el carácter cultural de los abrigos que estudiamos, así como su vinculación a una época avanzada dentro de la cultura ibérica, aunque esto último debe ser confirmado con el estudio epigráfico que próximamente nos proponemos realizar.

LAS INSCRIPCIONES

Los signos Ibéricos que aparecen en estos lugares están en su mayoría grabados o grafitados, entendiendo por esto último cuando la incisión producida por un objeto rígido puntiagudo sobre una superficie más o menos dura, deja un surco fino de anchura inferior a 3 mm. en superficie.

Se han realizado allí para ser leídos fácilmente, en paneles accesibles a la vista, a una altura que oscila entre los 1 y 3 mts. sobre el suelo actual, pero al resguardo del abrigo; rara vez en el exterior del mismo, y nunca en zonas escondidas o rebuscadas. Son excepciones de nuevo las dos inscripciones francesas, al aire libre, sobre rocas duras, aunque hechas con incisión fina, junto a otros grabados que podrían clasificarse mejor como petroglifos.

Aparecen prácticamente siempre asociados a otros motivos, incisos o pintados sobre la roca, de los que, como siempre, ha sido más fácil distinguir aquellos posteriores que los coetáneos o anteriores, aunque estos últimos existen con seguridad en 4 de ellos.

Esta asociación, en especial con pinturas rupestres naturalistas «levantinas» o esquemáticas es interesante, pues ha sido también constatada en otros lugares de culto ibéricos, aunque sin duda de otro carácter: los santuarios de Collado de los Jardines, Castillar de Santisteban o el más próximo del Cerro de los Santos[16], y son otro argumento a favor de una pervivencia del lugar de culto a través del tiempo en una misma comarca.

No debemos sin embargo dejarnos llevar por esta asociación: estamos ante lugares de pequeña entidad, donde lo extraordinario es la presencia de más de cinco letreros por abrigo —en Reiná creemos observar a pesar de ello dos estilos, épocas, o autores distintos—, y que por tanto debieron tener una importancia muy local, debiendo ser apenas conocidos por los habitantes del hábitat más próximo solamente. En este sentido, debemos decir que estamos seguros de que una pros-

pección atenta y detallada nos ofrecería un número mucho mayor de estos yacimientos, aunque la débil marca de los grafitos, y su situación poco protegida y accesible ha podido hacer desaparecer muchos de ellos. El estudio coordinado de los epígrafes aparecidos hasta hoy en este tipo de abrigos que pensamos llevar a cabo dentro del estudio del conjunto de Reiná, será el otro camino que nos ayude a completar la visión de estos lugares como posibles sitios de culto, un culto que estaría relacionado con alguna divinidad asociada a la naturaleza, seguramente no colectivo, y al que de momento es arriesgado asociar imágenes de las aparecidas pintadas o grafitadas en los mismos abrigos.

NOTAS

1 Broncano, S. y Coll, J.: «Horno de cerámica de la Casa Grande (Alcalá del Júcar, Albacete)». *Not. Arq. Hisp.*, 30, 1988, pp. 187ss.

2 En octubre del presente año 1990, y a raíz de la intervención en el abrigo llevada a cabo por nosotros con autorización de la Consejería de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, vimos necesaria la excavación urgente de al menos un fondo de cabaña en peligro de desaparición. Estos trabajos, en colaboración con Javier López Precioso y Jose Luis Serna, se llevan a cabo al tiempo que se escriben estas líneas.

3 Caro Baroja, J.: *Tecnología Popular Española*. Ed. Nacional, Madrid, 1983, pp. 510-516.

4 Gil-Mascarell, M.: «Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y Problemas». *P.L.A.V.*, 11, Valencia 1975, pp. 281 a 332.

5 González Blanco, A. *et alii*: «La cueva de "La Camareta", refugio ibérico, eremitorio cristiano y rincón misterioso para árabes y foráneos hasta el día de hoy. Sus graffiti». *XVI C.N.A.*, Zaragoza, 1983, pp. 1023 a 1040. Tenemos noticia de la preparación de un estudio exhaustivo tanto de la cueva como de todos los grafitos, por los mismos autores.

6 Citado en AA.VV.: *La Labor del Servicio de Investigación prehistórica y su Museo*, Memoria de 1981, Valencia, 1982, pág. 110: «El Burgal, Siete Aguas», prospectado por J. Aparicio. Se ha consultado también la ficha correspondiente existente en el Fichero de Yacimientos del S.I.P.

7 Citado en AA.VV.: *La Labor del Servicio...*, Memoria de 1978, Valencia, 1979, pág. 66: «Comarca de Els Serrans. El Tarragón», prospectado por J. Aparicio y otros. Se ha consultado la ficha correspondiente existente en el Fichero de Yacimientos del S.I.P.

8 Viñas, R. y Sarrió, E.: «Una inscripción ibérica en pintura roja en el abrigo del Mas del Cingle. Ares del Maestre, Castellón de la Plana». *Cuad. Preh. Arq. Castellonenses*, 5, 1978, Castellón, 1981, pp. 375 a 383; Viñas, R. y Conde, M.J.: «Elementos ibéricos en el arte rupestre del Maestrazgo (Castellón)» *XIX C.N.A.*, Zaragoza, 1989, pp. 285 a 295. No incluímos en el presente trabajo los signos procedentes de la Covassa de Culla recogida en González Prats, A.: *Carta arqueológica del Alto Maestrazgo*. Trabajos Varios, S.I.P., n.º 63, Valencia, 1969, pág. 18, Fig. 7. También mencionada por los autores anteriormente citados como ibérica, hipótesis que juzgamos bastante dudosa.

9 Gómez Moreno, M.: *Miscelánea. Historia, Arte y Arqueología*. Madrid, 1949, pág. 309. Ver también en Siles, J.: *Léxico de inscripciones ibéricas*. Epigrafía Hispánica, 2, Ministerio de Cultura, Madrid, 1985, págs. 39, 41, 42, 102 y 159, las inscripciones propiamente dichas y una bibliografía más completa. También Marco Simón, F.: «El dios céltico Luq y el santuario de Peñalba de Villastar». *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza, 1986, pp. 731 ss.

10 Maluquer de Motes, J.: «Nuevas inscripciones ibéricas en Catalunya». *Pyrenae*, 12, Barcelona, 1976, pp. 186 a 189.

11 Almagro Basch, M.: *El covacho con pinturas rupestres de Cogul. Lérida*. C.S.I.C., Lérida, 1952, pp. 43ss. Y especialmente: «Sobre las inscripciones rupestres del covacho con pinturas de Cogul (Lérida)». *Caesaraugusta*, 7-8, Zaragoza, 1957, pp. 67 ss.

12 Rivero de la Higuera, M.C.: «La inscripción ibérica de Montfrague (Torrejón el Rubio, Caceres)». *XIII C.N.A.*, Zaragoza, 1975, pp. 687 a 692.

13 Abelanet, J.: «Les roches gravées du Capcir et de la Cerdaigne (Roussillon)». *Cypsela*, 1, Girona, 1976, pp. 79 ss.; *Idem* anterior: «Les roches gravées Nord Catalanes». *Centre de Recerques i d'Estudis Catalans*, 5, Perpinyà, 1990, pp. 139 ss.

14 Abelanet: *Op. cit.* nota 13, «Les roches gravées Nord Catalanes», pp. 162 ss., fig. 135.

15 Maluquer de Motes: *Op. cit.* nota 10, pág. 189.; Abelanet: *Op. cit.* nota 13, «Les roches gravées du Capcir...», pág. 81.

16 Lucas, M.R.: «Santuarios y Dioses en la Baja Época Ibérica». Actas de la Mesa Redonda *La Baja Época en la Cultura Ibérica*. Asoc. Esp. Amigos de la Arqueología, Madrid, 1981, pp. 233 ss.

D. Fletcher Valls*

COMENTARIOS SOBRE ESCRITURA Y LENGUA IBÉRICAS

Con estos Comentarios volvemos a fijar nuestra atención sobre las escrituras y hablas ibéricas, completando y ampliando algunos de los datos y observaciones que hiciéramos en anteriores ocasiones, con el propósito de dar una visión de conjunto actualizada.

En las líneas que siguen exponemos la problemática de los alfabetos prerromanos hispánicos, su origen, cronología, valoración de sus signos, área de expansión de la lengua y teorías sobre su filiación, acompañando amplia bibliografía incrementando con ella la que diéramos en nuestros trabajos de 1985[1].

1. LOS ALFABETOS PRERROMANOS HISPÁNICOS

Cinco son los alfabetos prerromanos conocidos hasta la fecha en la península Ibérica.

a) *Alfabeto del S.O.*, también llamado del Algarve y tartésico, que se extiende por el Algarve, Alentejo hasta la desembocadura del río Sado, en Portugal, y Extremadura y Andalucía occidental, con las comarcas bajas de los ríos Guadiana y Guadalquivir, en territorio español.

b) *Alfabeto del S.E.* o meridional, que ocupa Andalucía oriental, desde las proximidades de Córdoba, las provincias de Murcia y Albacete hasta la altura de Abengibre, y tierras valencianas meridionales.

c) *Alfabeto oriental*, mal llamado del norte, que se extiende por el litoral mediterráneo, desde la cuenca del Segura, hasta llegar, en tierras francesas, al río Herault; por el tierradentro, se halla en Aragón hasta la zona de Huesca-Navarra y alcanza, ya en tiempos romanos y con algunas pequeñas variaciones gráficas, la Celtiberia.

d) *Alfabeto libio-fenicio*, de reducida difusión, limitándose a la zona gaditana.

e) *Alfabeto jónico o greco ibérico*, que se utilizó para plasmar la lengua ibérica en las comarcas de Mula, Alcoy y parte de la costa alicantina.

En la presente ocasión, de estos alfabetos nos interesan los más ligados a las tierras valencianas, es decir, el del S.E., el oriental y el jónico. En cuanto al del S.O., tanto por su alejamiento en el espacio como por las dudas que ofrece su lectura, que parece reflejar una lengua diferente a la hablada por los iberos[2], y el libio-

* Servicio de Investigación Prehistórica, Diputación de Valencia.

fenicio, por parecidas razones, quedan al margen de las presente líneas, si bien a lo largo de estos comentarios volveremos a referirnos al del S.O. con la debida amplitud.

2. EL ORIGEN DE LOS ALFABETOS IBÉRICOS

Resumimos las más importantes opiniones sobre el origen de los alfabetos considerados como propiamente ibéricos.

En 1773, el valenciano Pérez Bayer, escribía al también valenciano Gregorio Mayans que la lengua fenicia llegó por Andalucía hasta Alicante, mientras que la griega lo hacía por Marsella, Rosas, Ampurias, Sagunto, Denia, llegando a su vez a Alicante donde «se juntan ambas literaturas».

Otro valenciano, el marqués de Algorfa, a comienzos del s. XIX, expresaba su creencia de que la clave para la lectura de los epígrafes monetales era el alfabeto fenicio, criterio que aún sigue manteniéndose por algunos estudiosos del presente siglo, como veremos más adelante.

Ya en el s. XX, Gómez-Moreno afirmaba que la escritura del S.O. o del Algarve, nace en el Mediterráneo oriental y llega a nuestra península con anterioridad al alfabeto fenicio. De aquella primitiva escritura se originaría la ibérica oriental que recibiría también influencias arcaicas griegas. Para este autor «concierta con formas egeas y con la primitiva chipriota», sin olvidar el influjo fenicio que tal vez saliera de un alfabeto semítico del s. XV a.C. con 22 signos. Años más tarde, opina que la escritura nos llegó organizada a fines del II milenio A.C., traída por gentes de la cultura del Argar; su apego al silabismo parece deberse al rechace de sonidos oclusivos y contínuos dentro de la misma sílaba, característica de nuestras lenguas primitivas «incluso el vascuence». Seis signos silábicos de este alfabeto se corresponden con signos fenicios y griegos; los demás pueden venir del «silabario cretense». Sobre esta cuestión, el profesor Guiter tiene pendiente de publicación un estudio sobre el Lineal A, de cuya interpretación espera interesantes resultados. También en esta trayectoria, el profesor Zamanillo[3] sugiere que el fenicio es una variante del ugarítico, que se perpetúa en las colonias; el alfabeto ibérico procede del micénico silábico (Lineal B), traído por lo griegos después de entrar el alfabeto fenicio en Micenas y antes de que el anterior silabario hubiera perdido su vigencia.

Tovar[4] suponía relacionados parte de los signos no silábicos del S.O. con signos fenicios y griegos, mientras que los silábicos correponderían a una escritura tartesia primitiva, de carácter plenamente silábico. Este nuevo alfabeto sería sistematizado en Andalucía hacia el 700 a.C. por alguien familiarizado con ambas escrituras, la silàbica y la alfabética. El propio Tovar, en 1958, apuntaba la posibilidad de que el alfabeto ibérico hubiera sido traído por un pueblo colonizador, opinión compartida, en parte, por el profesor Untermann[5].

Según Fevrier[6] el alfabeto del S.O. fue creado de una sola vez. Por su parte Lejeune[7] no acepta que el silabario fuera importado por invasores procedentes del Egeo en la Edad del Bronce, siendo lo más posible que los sistemas gráficos del S.O. y S.E. se formaran en nuestra península al entrar en contacto con las factorías fenicias y griegas, no remontándose su cronología más allá del primer cuarto de primer milenio.

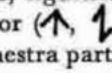
Para Maluquer, la escritura fue inventada en el S.E. por un gramático que conocía los alfabetos fenicio y griego y el silabario chipriota, aunque no descarta la posibilidad de una importación por parte de los pueblos colonizadores.

Rechaza De Hoz la creación por alguien que conociera el alfabeto y silabario chipriota. A partir del 1700 a.C. podríamos considerar a los orientales como importadores de este hipotético silabario, que luego se convertiría en escritura ibérica, traída ya conformada en su carácter mixto por un grupo de emigrantes que han debido preceder a los fenicios. Más tarde matiza esta opinión, suponiendo que la escritura debió nacer como adaptación local de los estímulos aportados por colonos y mercaderes del otro extremo del Mediterráneo. El semisilabismo no sería anterior al s. V o IV a.C., y afirma en otra oportunidad que el silabismo ibérico se creó en Hispania para expresar lenguas hispánicas, haciéndolo en el S.O. la primera escritura basada en la fenicia, atestiguada ya en el s. VII a.C. o poco antes; algunos signos quedarían sin sufrir cambios ni en su forma ni en su valor; otros pasarían de alfabéticos a silábicos y otros serían inventados para completar la escritura hispánica, destinada a reproducir la lengua indígena caracterizándose esta adaptación por la duplicidad de la vocal en las sílabas iniciadas con oclusiva, vocal que posteriormente se elimina, siendo esta variante la que conocemos en inscripciones meridionales y sirvió de base a la ibérica oriental. En un reciente trabajo, el profesor De Hoz, señala Andalucía como probable lugar de origen de la más antigua escritura hipánica, creada por la influencia de una lengua no ibérica y considerada como posible origen de la escritura ibérica de la Contestania[8].

En criterio del profesor Pérez Rojas, los alfabetos hispánicos responden a un sistema unitario de procedencia extra-peninsular formado con el chipriota como simplifación del Lineal B, que llega a la Península antes del año 1000 a.C. y se reestructura entre los s. VIII y VI, formándose el silabario a la vista de los alfabetos fenicio y griego arcaico. Es el alfabeto denominado «Hispánico I» o semi-silábico del sur; el «Hispánico II» correspondería al oriental que es una reelaboración a

la que se incorporan los signos numerales del alfabeto greco-ibérico de origen púnico. El «Hispánico III» o libio-fenicio, conservó variantes arcaicas.

La escritura ibérica, en opiniòn del profesor Siles, nace de un proceso de aculturación que se inicia con la helenización de la franja costera y finaliza al llegar la latinización a su plenitud. Sería un desarrollo del alfabeto greco-ibérico, en el que se redactan los plomos de La Serreta y El Cigarralejo, pero expuesto a un proceso de desvirtuación que provoca la reducción del signario modelo, desembocando en lo que el autor llama «escritura meridional» o «de transición», a la que correspondería el plomo de La Bastida, que califica como el primer testimonio de escritura indígena; finalmente, aparecería el «alfabeto ibérico clásico», coetáneo con los inicios de la romanización con la que ésta, al alcanzar su plenitud, elimina la escritura ibérica[9].

El profesor Correa admite que la escritura hispánica procede de la fenicia destacando que en la piedra de Castro Verde aparecen seguidos 13 signos del alfabeto fenicio, siguiéndoles otros que serían ideados por el adaptador ()[10].

Por nuestra parte, no creemos que los alfabetos indígenas llegaran a nuestras costas formados y con un valor determinado para cada signo, puesto que aún no se ha señalado en el Mediterráneo ningún alfabeto con signos y valores fonéticos idénticos en su totalidad a los hispánicos. Tampoco aceptamos la tesis de que fuera un invento por encargo y que se nos importara en exclusiva, pues los testimonios conocidos no avalan tal hipótesis. Vemos como más lógico que nos llegaron los signos a través de fenicios y griegos, aceptándose aquí unos con su valor de origen, otros modificándose éste, creándose nuevos signos a los que se les aplican valores fonéticos con independencia, en la mayoría de los casos, del que pudieran tener en otros lugares del Mediterráneo, todo ello de acuerdo con las características lingüísticas de cada territorio hispánico. Ello explicaría, posiblemente, las discrepancias que en la actualidad se nos presentan al atribuir un mismo valor a un mismo signo en los alfabetos del S.O. y S.E., sin tener en cuenta las posibles diferencias de lectura de una a otra zona.

Con respecto al lugar en que pudo tener su nacimiento el signario ibérico en tierras hispánicas, es de difícil determinación ya que la arqueología no nos ofrece tajante preferencia cronológica de ninguno de nuestros alfabetos prerromanos, como veremos a continuación.

3. CRONOLOGÍA DE LOS ALFABETOS

La datación de los alfabetos hispánicos es del mayor interés para poder establecer un posible orden de prelación en la fecha de su formación, por lo que, aun de forma resumida, reseñamos las cronologías que vienen atribuyéndose a cada uno de ellos.

a) *Alfabeto del S.O.* Gómez-Moreno atribuye a este alfabeto «la paternidad» de los otros dos, el del S.E. y el oriental. Lo data en el segundo milenio a.C., pero en la actualidad se le atribuyen fechas más bajas. Así, Tovar[11] opina que la formación del alfabeto del Algarve habría que llevarla hacia el 700 a.C; entre esta fecha y el 350 a.C. lo encuadra Coelho, para quien, a partir de esta fecha ya no hay actividad epigráfica y subdivide este amplio período en tres etapas: la primera, hasta el s. v a.C.; la segunda, se desarrollaría dentro de dicho siglo, y la tercera, desde fines del mismo al iv a.C. El profesor Correa[12] considera la escritura del S.O. como la más antigua de las hispánicas; el fragmento de la estela de Villamanrique de la Condesa se datería alrededor del 600 a.C. y, en general, en el S.O. se utiliza la escritura entre los siglos vii a.C. y v a.C., siendo de fines de éste, la inscripción de Neves; en cuanto al plomo de Mogente lo data de mediados de s. iv a.C. y los grafitos de Ullastret de fines del v a.C., datación que, como veremos seguidamente, no es aceptada por todos los autores. Incluye el profesor De Hoz en el s. vi a.C. las lápidas del Algarve, y considera que la escritura del S.O. desaparece a partir del s. iv a.C. De una cronología cercana a mediados del primer milenio nos habla Berrocal[13], pero aún encontramos más bajas fechas en Bähr, quien sitúa la escritura del S.O. en el s. iv a.C.; en Maluquer, quien no la hace anterior a este siglo, llevándola al iii o acaso al ii a.C. y Untermann[14] para quien «las lápidas sepulcrales no pueden representar el uso primitivo de esta escritura sino que pertenecen a una fase tardía de la erudición literaria del S.O. hispánico», puesto que «el alfabeto tartésico no se formó donde se encuentra la mayoría de sus monumentos» ya que « su presencia en el sur de Portugal se debe motivar por una expansión secundaria, tal vez una retirada a apartados territorios, causada por un cambio de poder en las ciudades que lo usaban desde sus orígenes; ello significaría que los epígrafes en el oeste no representan la cumbre o un estadio temprano sino que documentan una fecha decadente de una gran cultura», no siendo «fácil creer que entre las monedas (de Salacia) y los demás testimonios de la misma tradición epigráfica haya un vacío de 600 a 400 años».

b) *Alfabeto greco-ibérico.* Para él propuso Gómez-Moreno el s. v a.C. Maluquer situó el plomo Serreta I alrededor del 450 a.C. , así como Untermann y Pérez Rojas. De Hoz, en el segundo cuarto del s. V a.C. por el influjo de los focenses de Ampurias[15]. En realidad este alfabeto está determinado en su datación por el plomo de El Cigarralejo, procedente del enterramiento 21 de dicha necrópolis, que fue datado por su excavador, Emeterio Cuadrado, en la segunda mitad del s. iv a.C; en posterior publicación[16], sitúa dicha

sepultura entre el 375 y 350 a.C. También los grafitos de El Campello nos llevan al s. IV a.C., siendo posible que se utilizara esta escritura hasta el s. II a.C., según Llobregat[17].

c) *Alfabeto del S.E.* Su inicio quedaría establecido por la cronología que se asigna al plomo de La Bastida de les Alcuses (Mogente), es decir, primera mitad del s. IV a.C. El fin de su utilización podría situarse a comienzos del s. III a.C.

d) *Alfabeto oriental*. Para Gómez-Moreno no era anterior al s. III a.C., y lo hacía finalizar en tiempos de Augusto. Pero los plomos de Orleyl V, VI y VII, hallados conjuntamente en una sepultura datable de fines del IV a comienzos del III a.C., así como los grafitos ibéricos sobre terra sigillata hispánica, no coinciden con los límites fijados por Gómez-Moreno. De acuerdo con nuestros puntos de vista, también Maluquer aboga por una mayor perduración de esta escritura, llevándola hasta tiempos de Tiberio y, en cuanto a su inicio, aunque no encuentra texto alguno datable antes del s. IV a.C., supone que habría de admitirse su comienzo a partir de mediados del s. V a.C. Rechaza que sea ibérico el grafito sobre lekythos de Ampurias, catalogándolo como griego y sobre el de Ullastret tiene fundadas dudas de que fuera ibérico, pero aun en supuesto de que lo fuera, no tendría por qué ser contemporáneo de la fabricación de la vasija sobre la que se grabó. Finalmente, considera los textos de Enserune, Ampurias, Ullastret y La Bastida, del s. IV a.C., siendo este último el más antiguo texto en alfabeto del S.E. Llobregat, de acuerdo con la cronología que puede atribuìrse a los citados plomos de Orleyl, es decir fines del s. IV a.C., sitúa los comienzos de la escritura oriental a fines del citado siglo y la hace terminar a mediados del I después de C. Supone De Hoz que los primeros escritos de este alfabeto son los grafitos de Ullastret sobre cerámica griega del s. V a.C., opinión no coincidente con la de Maluquer, como acabamos de ver. Y volvemos ahora a referirnos a las cronologías dadas por Siles, de las que hemos hecho mención líneas más arriba, ampliándolas ahora para completar la panorámica de las principales opiniones sobre la datación del alfabeto oriental. Para este autor, los indígenas conocían el alfabeto jónico hacia fines del s. V a.C. o comienzos del IV, sirviendo el alfabeto meridional como transición al oriental que se iniciaría con los comienzos de la romanización para terminar al desarrollarse ésta plenamente.

En cuanto a nuestro punto de vista, el alfabeto greco-ibérico tiene clara datación para sus comienzos en el plomo de El Cigarralejo y para su fin en los grafitos de El Campello, es decir que ocupa un periodo de mediados del IV al II a.C.

El alfabeto del S.E. queda fechado por el plomo de La Bastida, en la primera mitad del s. IV a.C. y deja de utilizarse en el s. III a.C.

El oriental tiene la datación de su comienzo en los plomos de Orleyl y su final con los grafitos sobre terra sigillata hispánica, abarcando de mediados del IV a.C. al I después de C.

Con respecto al alfabeto del S.O., al que siempre se le ha venido atribuyendo alta cronología, hemos visto cómo los más recientes trabajos tienden a situarlo entre los s. V y III/II a.C.

Con todos estos datos, es muy difícil hablar de «paternidades» y «descendencias» entre los alfabetos prerromanos hispánicos.

4. IDENTIFICACIÓN DE LOS SIGNOS

El interés por descifrar los letreros de las monedas indígenas arranca, por lo menos del s. XVI[18], en el que Nicolás Mahndel comparó los signos ibéricos con los del alfabeto griego, y de ese mismo siglo, de 1587, son los estudios de D. Antonio Agustín.

En el XVII tratan el tema algunos eruditos extranjeros, pero con escaso provecho.

En el XVIII, Josep Luís de Velázquez identificaba algunos signos y clasifica los alfabetos en celtibérico, turdetano y libio-fenicio, correspondiendo el primero de ellos al que más tarde será denominado «alfabeto monetal» y también «oriental». Todavía en dicho siglo, Gregorio Mayans, por carta del 11 de agosto de 1759, aconsejaba a su discípulo Pérez Bayer que «no se canse de interpretar las monedas antiguas españolas porque esa gloria la tiene Dios reservada para mi quando quiera emplear en ese estudio tres o cuatro meses», pero no debió disponer de esos meses, puesto que dejó sin resolver el problema. Diez y seis años más tarde Pérez Bayer informaba a su maestro también por carta del 10 de marzo de 1775, que «habia interpretado asta (sic) veinte monedas celtibéricas como de Empurias, Rosas, Osicerda, Bilbilis, Ilerda, Saetabi, Ventino, Clunia, Sisapo y otros».

En el s. XIX, Delgado, en 1871, logra un gran avance, estableciendo tablas de equivalencias entre los alfabetos indígenas y el fenicio; a fines de siglo, Zóbel de Zangroniz, notificaba a Fidel Fita[19] la identificación de las cinco vocales, de las consonantes L, M, N, R, Ŕ, S y Ś, de las oclusivas B y D y de las oclusivas CA, CE, CO, TU, aquellos identificados por otros estudiosos y estas cuatro últimas por el propio Zóbel; también de fines de siglo son los interesantes estudios de Pujol y Camps. En 1893 se publica la ingente obra de Hübner, «Monumenta Linguae Ibericae» en la que se recoge todo lo escrito sobre el tema hasta el momento de la edición del libro, con el que se inicia una nueva etapa que finalizará con la aparición de los trabajos de Gómez-Moreno ya en el s. XX.

Este autor da a conocer en 1922 su alfabeto, ampliando la información en 1925 y mereciendo la acepta-

ción de sus conclusiones por los estudiosos españoles, siendo el catedrático Ferrandis Torres[20] el primero en utilizar el alfabeto Gómez-Moreno en sus clases de numismática en la Universidad de Madrid, y sólo después de reiteradas publicaciones de Tovar en defensa de este alfabeto, fue aceptado por los especialistas extranjeros, no sin que hayan sido mantenidas otras lecturas, tanto por españoles[21] como por extranjeros[22]. No obstante estas discrepancias es el llamado «alfabeto Gómez-Moreno» el que goza de las preferencias de los estudiosos.

Pero si bien es cierto que Gómez-Moreno tiene el indiscutible mérito de haber estructurado el alfabeto ibérico oriental, haciendo posible la lectura de los textos, no todas las identificaciones se deben a él. Como hemos visto más arriba, con anterioridad a 1922 ya estaban identificadas las cinco vocales, las siete consonantes L, M, N, R, Ŕ, S, Ś, ocho silábicos: BA, BI, CA, CE, CI, CO, TO, TU, y dos valores consonánticos, todo lo cual unido a los signos identificados por el propio Gómez-Moreno, nos permite establecer el siguiente cuadro resumen:

AÑO	AUTOR	SIGNOS IDENTIFICADOS
1587	Agustín	(S) (Ś) (N)
1752	Velázquez	(A) (E) (L) (R)
1772	Pérez Bayer	(I)
1844	Grotefend	(U) (R) (KI)
1870	Heiss	(BA) (BI)
1871	Delgado	(O) (M)
1880	Zóbel	(KA) (KE) (KO) (TU)
1890	Pujol y Camps	(TO)
1922	Gómez-Moreno	(BE) (BO) (BU) (KU) (TA) (TI)
		(primero leído TU y rectificado en TE)
1935	Beltrán Villagrasa	Variante de (M) y rectificación de de TU a TE

En estos últimos años hemos identificado dos nuevas variantes, una la del silábico (KE), aparecido por primera vez en los letreros de Los Villares (Caudete de las Fuentes) y el otro, (TA) conocido por vez primera en el plomo de Palamós. Y queda pendiente de valoración defintiva el signo que, no obstante las múltiples soluciones propuestas, la más reciente la de Valeri[23], sigue la duda en cuanto a su pronunciación ya que ninguna de las que se le atribuyen puede aplicarse a todas las lecturas en que aparece.

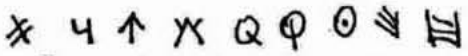
Otra dificultad sin resolver a gusto de todos es la distinción de las sílabas oclusivas en sordas y sonoras. Para algunos autores, los aditamentos que aparecen en ocasiones en diversos signos, servirían para diferenciar sordas y sonoras, pero como ejemplos contradictorios, citamos la opinión de Maluquer «la mayor riqueza del signo indica la calidad de sorda», y la de Bergua «un tilde más sonoriza más». Siles y De Hoz han estudiado con amplitud esta cuestión y encuentran la distinción en los trazos adicionales «sonorizantes». Independientemente de las discrepancias que podamos señalar, hacemos la observación de la imposibilidad de distinguir si (BA) es sorda o sonora, en primer lugar porque este signo no lleva tildes adicionales y en segunda y principal razón porque el sonido P no existe en ibérico (no entramos en su posible existencia en la lengua que refleja el alfabeto del S.O. y en celtibérico) según los especialistas (Gómez-Moreno: «la P se desvanece en ibérico y vascuence» y Michelena: «la P es un rasgo nada ibérico») y en cuanto a otras sílabas oclusivas comprobamos como la misma palabra aparece unas veces con «adorno» y otras sin él[24].

Para resolver esta dificultad sugirió Tovar que la matización pudo acomodarse a una fonética sintáctica en la que la oclusiva sería sorda o sonora según su posición en la palabra, particularidad que se encuentra en el llamado «fenómeno de permutación» vasco, por el que la sorda puede convertirse en sonora y viceversa. Pero, en definitiva, no parece que hubo intención de distinguir entre sordas y sonoras, máxime si nos encontramos con un mismo vocablo escrito con variantes del mismo signo oclusivo.

Lo anteriormente expuesto se refiere al alfabeto oriental, ya que el del S.E. presenta signos de difícil identificación. En nuestro estudio sobre el plomo de La Bastida, dimos un cuadro de equivalencias de este alfabeto, del que hay unanimidad en 18 signos:



y discrepancia en otros 9:



a los que se les atribuye más de 30 soluciones distintas, no sólo de uno a otro autor, sino también en un mismo autor, como nos muestra Silgo en su mencionado estudio donde se cotejan los alfabetos del S.O., S.E. y oriental, con resultados altamente interesantes para la identificación del signario oriental y se señalan las discrepancias de interpretación en diversos signos del meridional.

En cuanto a las dificultades de lectura del alfabeto jónico son prácticamente nulas, habiéndole servido a Gómez-Moreno para confirmar su valoración de signos del oriental.

En el Cuadro I exponemos las equivalencias de los tres alfabetos preromanos utilizados en tierras valencianas.

5. ALGUNAS NOTAS SOBRE FONOLOGÍA IBÉRICA

Ya en líneas anteriores hemos hechos referencia a algunas características fonológicas ibéricas. Destacamos a continuación otras varias que presentan claros paralelismos con la fonología del vascuence, tan estrechamente relacionadas que se llega a considerar el sistema fonológico ibérico «muy similar al que puede reconstruirse para el vasco primitivo» en opinión del profesor De Hoz.

Del recuento que hemos llevado a cabo sobre un total de 1.017 palabras pertenecientes a textos ibéricos valencianos en alfabeto oriental, comprobamos que de los 5.644 signos computados, es el  (I) el más utilizado, con un total de 593 veces (=10,50%); le sigue el  (N), con 472 (=8,40%), por lo que no es de extrañar que pudieran producirse errores por parte de los escribas al utilizar estos dos signos, ya que por diferenciarse solamente por un tilde, éste pudo ser omitido o equivocadamente puesto, ocasionando confusiones de lectura de N por I o de ésta por aquella (BAIBEN/BANBEN, BAINWBAR/BANIWBAR).

Entre los signos silábicos, los más utilizados son los de base T/D (726 veces= 12,80%), le siguen K/G (594= 10,50%) y finalmente B (568= 10%), siendo el menos utilizado el BU (0,05%).

Asimismo es de reducido uso y aparición tardía el signo  (M) (0,17%).

Respecto a los signos silábicos, opina el profesor De Hoz que el inventor de la escritura hispánica, ante la ausencia de vocales en el alfabeto fenicio, se encontró con la necesidad de atribuir un valor diferenciado a cada signo laringal, utilizando un tipo de signo cuando la consonante iba seguida del sonido A, otro para el E, etc., empleando todos los tipos fenicios que representaban oclusivas, completando la laguna del sistema fenicio con signos inventados. Cuando se eliminó la vocal se originan los signos silábicos, así, una T ante A pasaría a ser TA al desaparecer la vocal acompañante y así sucesivamente con las demás oclusivas. Esta explicación la basa el profesor De Hoz exclusivamente en el alfabeto fenicio, ya que excluye otras influencias en la formación del alfabeto hispánico del S.O., en especial la griega.

Otro es el punto de vista del profesor Siles para quien la escritura ibérica no es semisilábica ni una inteligente conjunción de silabario y alfabeto, sino un sistema de escritura importado, en el que la serie oclusiva funciona con el nombre que en signario reciben sus correspondientes letras y que los iberos pudieron modificar o alterar.

Para Tovar el elemento silábico no puede ser de tipo secundario, formado sobre la base de letras alfabéticas; el silabismo se mantiene obedeciendo a conveniencias fonológicas de la lengua para la que se inventó.

Pero con todo ello, no queda clara la existencia de signos alfabéticos y silábicos en un mismo sistema que llega hasta entrada la época romana, que es cuando estos últimos tienden a dejar su carácter silábico para transformarse en alfabéticos, con pérdida de su vocal quedando tan solo el valor consonántico como se comprueba en algunos textos ibéricos.

No se identifican en ibérico los signos que pudieran haber correspondido a los sonidos CH, F, J, P, LL, Ñ, V (labiodental), X y Z. Tal vez algunos de estos dos últimos cupiera ser identificado con (Ś), pero desconocemos las normas de utilización y valor fonético de (S) y (Ś), ya que en ocasiones se intercambian o aparecen juntas en una misma palabra; parece, no obstante que hay una cierta tendencia a utilizar S tras L y R (BELS) y Ś tras E (BELEŚ), aunque en la lápida romana de Tarrasa se transcribe el nombre indígena NEITINBELES, con S y en otra ocasión, encontramos BONBELEX con X, siendo así que uno y otro nombre se escribieron en ibérico con Ś. Los amplios estudios de Tovar, Siles y Untermann sobre el problema no dejaron resuelta la cuestión, sobre la que vuelve, recientemente, Villar[25] con un exhaustivo examen del uso de S y Ś entre los celtíberos, considerando S como sorda y Ś como sonora.

Los sonidos F y P, son desconocidos en ibérico y en vasco. Ninguna palabra comienza en ambas lenguas por R. Este signo y el Ŕ se intercambian en ibérico, aunque parece que existen ciertas preferencias en su uso.

Escasean las palabras terminadas en -L; posiblemente, las que puedan señalarse, no sean propiamente ibéricas.

No aparece ninguna palabra ibérica terminada en -M; las que así lo hacen corresponden a voces celtibéricas en alfabeto ibérico. En ocasión hay vacilación entre

CUADRO I
TABLA DE EQUIVALENCIAS DE LOS ALFABETOS IBÉRICOS

N.º	Sonido	Jónico	Andaluz oriental	Levantino
1	A			
2	E			
3	I			
4	O			
5	U			
6	B			
7	D			
8	G			
9	K			
10	L			
11	M			
12	N			
13	R			
14	Ŕ			
15	S			
16	Ś			
17	T			
18	BA			
19	BE			
20	BI			
21	BO			
22	BU			
23	CA			
24	CE			
25	CI			
26	CO			
27	CU			
28	DA			
29	DE			
30	DI			
31	DO			
32	DU			
33	?			

En este Cuadro quedan sin valorar, en el alfabeto meridional, los signos | (BA), (M) y (?)

M y N dentro del mismo vocablo, llegándose, en ocasiones a suprimirse la nasal (IUMSTIŔ/IUNSTIŔ/IUŚTIŔ).

Es frecuente la alternancia vocálica (URKE/ORKE), tema sobre el que ha fijado su atención Quintanilla[26], aportando buen número de ejemplos que amplian el de los que habíamos señalado en nuestros anteriores trabajos.

La secuencia «muta cum liquida» (BR, BL, KR, etc.) no se da en ibérico, y «parece haber sido desconocida tanto en la lengua ibérica como en el vasco de la misma época», según Michelena.

Otros paralelos entre ibérico y vasco son la caída de la D tras L (ILDUN/ILUN); el cambio de N a R, con la desaparición a veces de ésta (ILDUN/ILDUR/ILDU); la alternancia L/R (ILLIBEŔI/IRIBEŔI), alternancia que se da en el ámbito peninsular no céltico, así como en todo el mundo mediterráneo preindoeuropeo y continúa todavía en algunas partes de España (ALMA/ARMA, BELTRAN/BERTRAN, etc.). Algunos de estos cambios podrían deberse, según el profesor Mariner al influjo romano.

Dos consonantes cuyo grado de cierre es el mismo, no van juntas; ello nos ayuda en la lectura de palabras dudosas, tales como sucede con el TURLBAI de Serreta I, en realidad TURABAI, o en el BURLTIR de La Bastida, cuya lectura correcta es BURILTIR, de acuerdo con De Hoz.

Hemos hecho mención de unos pocos aspectos fonológicos ibéricos y quedan todavía otros muchos, pero nuestro propósito ha sido comentar aquellos que ofrecen paralelos con el vascuence, por «ser coincidencias profundas y reveladoras» en palabras del profesor Tovar.

6. LA LENGUA

Dispares son las opiniones sobre los orígenes de la lengua ibérica, pero pocas son las que han merecido especial atención de los estudiosos. Comentar todas las tesis sobre el particular nos llevaría a una extensión desmesurada del presente trabajo y, además, algunas de ellas carecen de toda posibilidad científica. Nos referiremos, exclusivamente, a aquellas que más han interesado a los investigadores del tema.

La solución semítica, ya mantenida de antiguo, ha renovado su interés en estos últimos años gracias a los estudios de Gorostiaga[27], Solá Solé, Buchanan[28], López Serrano[29] y Touchet[30], entre otros. El arameo ha servido a estos dos últimos investigadores para la interpretación de los textos ibéricos. Sus meritorios trabajos, con interesantes sugerencias, han restado credibilidad a esta solución, antes las discrepancias de sus respectivas traducciones así como el haber utilizado alfabetos de propia elaboración, pero no podemos olvidar que el largo contacto con fenicios y cartagineses pudo influir en el habla y escritura de los iberos[31].

El origen caucásico para la lengua vasca y, correlativamente, para la ibérica, ha tenido destacados valedores. Ya en el siglo pasado se plantean las posibles relaciones de la lengua vasca con las uralianas, turanienses, uralo-altaicas, siguiendo en este siglo estas orientaciones con los estudios de Uhlenbeck[32], Karst[33], Bouda[34] y Lafon, quien rechaza toda relación del vasco con el camítico-semítico. Lahovary[35] destaca que el dravídico, lengua originariamente del Mediterráneo oriental presenta fuertes relaciones con el hamítico-semítico y ofrece más semejanzas que el caucásico, con el vasco. Apuntaba Tovar, en 1954, la posibilidad de relaciones con el georgiano y el avar, basándose en que «en las mal conocidas y variadísimas lenguas del Caúcaso se han encontrado coincidencias lexicales, pero el parentesco, si existe, nos lleva a un mundo preindoeuropeo anterior a las edades de los metales. Cabe pensar en el vascuence como un resto dejado por aquellos primitivos pobladores, que, siguiendo al reno, se acusa en el Báltico y quizá perviva en los pueblos paleosiberianos» y en 1984[36] concreta «no nos atrevemos a sacar consecuencias pero sí llamar la atención sobre la coherencia de los resultados»; a pesar de ello, el profesor Michelena se mostró siempre excéptico respecto a la tesis caucásica.

La ascendencia céltica (indoeuropea) ha tenido siempre defensores. Ya a comienzos de siglo se sustentaba esta tesis que más tarde hicieron suya entre otros Thayer Ojeda[37], Castro Guisasola, Montenegro[38], Almagro, etc. Para este autor «los pueblos iberos de Levante y valle del Ebro hablaban dialectos célticos, es decir, indoeuropeos». En esta misma línea están las más recientes opiniones de Pericay, Coelho, Fruy[39] (quien lo coteja con el umbrío), Pérez Rojas, Buchanan[40] (quien años antes traducía por el semítico y con posterioridad por el latín primitivo) y las aportaciones del profesor Zamanillo[41] quien interpreta el lenguaje ibérico por el griego arcaico. Las graves diferencias en las interpretaciones dadas por unos y otros celtistas, han impedido llegar a conclusiones satisfactorias lo que ha permitido a Tovar ser tajante en esta cuestión al afirmar que «la lengua ibérica es preindoeuropea».

El problema del posible parentesco con el vascuence, que ha suscitado tanta polémica, ha sido ampliamente tratado por nosotros en los dos estudios mencionados al comienzo de estos comentarios, razón por la cual y por ser tema muy complejo, lo dejamos de lado en esta ocasión para en una próxima oportunidad volver sobre el mismo con la atención debida, lo que no podemos hacer aquí dada la extensión de este trabajo.

Y por la misma brevedad, omitimos otras hipóte-

CUADRO II
CLASIFICACIÓN DE LOS SIGNOS UTILIZADOS EN LOS TEXTOS IBÉRICOS VALENCIANOS

YACIMIENTOS CONSULTADOS 56
VOCABLOS (o fragmentos) COMPUTADOS 1.017
SIGNOS CLASIFICADOS 5.644

1°.- Orden de utilización de vocales

I	=	593	=	10'50%
A	=	463	=	8,20
E	=	405	=	7,20
U	=	201	=	3,55
O	=	91	=	1,60
Tot.	=	1.753	=	31'05

2°.-Orden de utilización de sonidos vocálicos

A	=	463	=	8,20%
BA	=	311	=	5,50
CA	=	170	=	3,00
DA	=	150	=	2,65
Tot.	=	1.094	=	19,35
I	=	593	=	10,50%
BI	=	81	=	1,45
CI	=	107	=	1,90
DI	=	207	=	3,65
Tot.	=	988	=	17,50
E	=	405	=	7,18%
BE	=	124	=	2,20
CE	=	177	=	3,15
DE	=	216	=	3,82
Tot.	=	922	=	16,35
U	=	201	=	3,55%
BU	=	3	=	0,05
CU	=	91	=	1,61
DU	=	101	=	1,78
Tot.	=	396	=	7,00
O	=	91	=	1,61%
BO	=	49	=	0,86
CO	=	49	=	0,86
DO	=	52	=	0,92
Tot.	=	241	=	4,25
Tot. Gen.	=	3.641	=	64,45

3°.-Orden de utilización consonantes

N	=	472	=	8,40%
R	=	364	=	6,44
S	=	332	=	5,90
Ŕ	=	309	=	5,50
L	=	294	=	5,20
Ś	=	149	=	2,65
Y	=	73	=	1,29
M	=	10	=	0,17
Tot.	=	2.003	=	35,55

4°.-Signos silábicos

BA	=	311	=	5,50%
BE	=	124	=	2,20
BI	=	81	=	1,45
BO	=	49	=	0,86
BU	=	3	=	0,05
Tot.	=	568	=	10,06
CA	=	170	=	3,00%
CE	=	177	=	3,15
CI	=	107	=	1,90
CO	=	49	=	0,86
CU	=	91	=	1,61
Tot.	=	594	=	10,52
DA	=	150	=	2,65%
DE	=	216	=	3,82
DI	=	207	=	3,65
D0	=	52	=	0,92
DU	=	101	=	1,78
Tot.	=	726	=	12,82

5°.-Orden de utilización de los signos silábicos

BA	=	311	=	5,50%
DE	=	216	=	3,82
DI	=	207	=	3,65
CE	=	177	=	3,15
CA	=	170	=	3,00
DA	=	150	=	2,65
BE	=	124	=	2,20
CI	=	107	=	1,90
DU	=	101	=	1,78
CU	=	91	=	1,61
BI	=	81	=	1,45
DO	=	52	=	0,92
CO	=	49	=	0,86
BO	=	49	=	0,86
BU	=	3	=	0,05
Tot.	=	1.888	=	33,40

6°.-Utilización silábicos según oclusiva

D/T	=	726	=	12,82%
C/G	=	594	=	10,52
B	=	568	=	10,06
Tot.	=	1.888	=	33,40

7°.-Resumen

Signos vocálicos	1.753	=	31,05%
Signos silábicos	1.888	=	33,40
Signos consonánticos	2.003	=	35,55
TOTALES	5.644	=	100,00

sis, finalizando este apartado destacando que aunque puedan hallarse paralelos entre la lengua ibérica y otras más o menos afines, ello no nos resuelve el problema de su origen ya que «desde el punto de vista genético no puede compararse con ninguna otra», en opinión del profesor Untermann, lo que confirma la personalidad de la lengua ibérica que, en nuestro criterio, debe considerársela formando parte de una gran unidad lingüística preindoeuropea mediterránea, unidad que se fraccionó a mediados del segundo milenio a.C. con la aparición de los pueblos indoeurpeos en las costas del Mediterráneo. Con la ruptura, cada región adquiere su personalidad propia, sin perderse los parentescos lingüísticos de toda el área mediterránea, según opinión de destacados especialistas que han tratado la cuestión.

7. ÁREA DE LA LENGUA

El área de la lengua ibérica no se corresponde exactamente con la del empleo de su grafía. Aquella se extiende, por el litoral, desde el Segura al Hérault, ya en territorio francés, y por el interior hasta tierras de Aragón y Murcia, con variantes locales o comarcales, siendo el territorio más típicamente ibérico el situado entre los ríos Segura y Ebro, límites que persisten a través de los tiempos, como nos prueba el testimonio de Al Razzi quien, en el año 955, extiende la Cora de Valencia desde las tierras de Tudmir, al sur, hasta Tortosa, al norte.

En cuanto a los hallazgos epigráficos ibéricos no siempre se corresponden con el ámbito de la lengua, ya que los celtíberos utilizan la grafía ibérica para plasmar su habla, y los testimonios procedentes de Andalucía oriental se justificarían, según De Hoz, por expansión y no por ser originariamente de habla ibérica.

Los anteriores comentarios, expuestos con la mayor brevedad posible, se prestan a más extensas consideraciones, algunas de las cuáles ya hicierámos en anteriores publicaciones y de las que las presentes líneas deben entenderse como complemento. Quedan, pues, muchas cosas por decir y problemas por resolver al gusto de todos, pero ésta es tarea que debe quedar para las nuevas generaciones de iberistas quienes, con toda certeza, darán más cumplidas respuestas que las alcanzadas hasta el presente. Con nuestra colaboración, que hemos intentado actualizar, cumplimos con el deseo de participar en el homenaje que, con toda justicia, dedican al que fuera su Director, Enrique Pla, el S.I.P. y cuantos tuvieron la suerte de gozar de su amistad y, en mi caso particular, la de contar con su correspondido afecto y de su colaboración sincera y eficiente en las tareas que durante tantos años compartimos en nuestro querido S.I.P.

NOTAS

1 La bibliografía que sigue es complemento de la mencionada en los siguientes trabajos:

D. Fletcher Valls: «Lenguas y epigrafía ibéricas». (Conferencia pronunciada en Elche el 15/XI/1983). *Arqueología del País Valenciano, panorama y perspectivas*. Universidad de Alicante, 1985, p. 281/305.

D. Fletcher Valls: «Estado actual de la Epigrafía y Lengua Ibéricas». *Homenaje a D. Alejandro Ramos* (Elche 26/1/1985). (En prensa).

2 J.A. Correa: «Escritura y lenguas prerromanas en el sur de la Península Ibérica». *Actas VI Congreso Estudios Clásicos*, Madrid, 1983.

J.A. Correa: «Consideraciones sobre las inscripciones tartesias». Actas *III Col. Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Lisboa 5/8-XI-1980), Salamanca, 1985.

J.A Correa y M. García Pereira: «Inscripciones en escritura tartesia (o del S.O.) hallada en Neves (Castro Verde, Baixo Alemtejo) y su contexto arqueológico». *Habis*, 16, Sevilla, 1985.

J.A. Correa: «El signario tartésico». Actas *IV Col. Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Vitoria 6/10-V-1985), Vitoria, 1987.

J.A. Correa: «Notas a las inscripciones en escritura tartésica (o del S.O.)». *V Col. Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Colonia 25/29-IX-1989). (En prensa).

J. De Hoz: «El origen de la escritura del S.O.». Actas del *III Col. Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Lisboa 5/8-XI-1980), Salamanca, 1985.

J. De Hoz: «La escritura greco-ibérica». Actas *IV Col. Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Vitoria 6/10-V-1985), Vitoria, 1987.

L. Silgo: «Sobre los valores fonéticos que anota la escritura del Algarve». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIX (Homenaje a D. Fletcher, Vol. III), Valencia, 1989.

3 E. Zamanillo: *Lectura y traducción de la lengua de los iberos*. Zaragoza, 1988.

4 A. Tovar: «Sobre la supervivencia del silabismo minoico en ibérico y otros alfabetos». *Minos*, I, Salamanca, 1951.

5 J. Untermann: «Die silbenschaftliche Element in der Iberischen Schrift». *Emerita*, XXX, 2, Madrid, 1962.

6 J.G. Février: «Remarque sur l'écriture ibéro-tartessienne». *Rivista degli Studi Orientali*, 32, Paris, 1975.

7 M. Lejeune: «Epigraphie sud-hispanique». *Revue des Etudes Anciennes*, LXV, Bordeaux, 1963.

8 J. De Hoz: «La epigrafía prelatina meridional de Hispania». Actas *I Col. sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica* (Salamanca 27/31-V-1974), Salamanca, 1976.

J. De Hoz: «Origine ed evoluzione delle scritture ispaniche». *Aion*, 5, Napoli, 1983.

J. De Hoz: «Escrituras fenicias y escrituras hispánicas. Algunos aspectos de su relación». *Aula Orientalis*, 4, Sabadell, 1986.

J. De Hoz: «The iberian Language and Writing and the Languages of the Iberians». *V Col. Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Colonia 25/29-IX-1989). (En prensa).

9 J. Siles: «Sobre la epigrafía ibérica». *Reuniones sobre Epigrafía Hispánica de época romana republicana* (Zaragoza, diciembre de 1983), Zaragoza, 1987.

10 J.A. Correa: «El origen de la escritura paleohispánica». *Estudios sobre Urso*, Sevilla, 1989.

11 A. Tovar: «Estado actual de los estudios ibéricos». Diputación Provincial, *Homenaje a D. Fletcher*, Valencia, 1984.

12 Correa, *Ops. cit.* notas 2 y 10.

13 L. Berrocal: «Una nueva aportación al estudio de las estelas y escritura prerromana del Suroeste peninsular». *Bol. Asoc. Esp. Amigos de la Arqueología*, 21, Madrid, 1985.

L. Berrocal: «La losa de Capote (Higuera la Real, Badajoz)». *A.E.A.*, núm. 155/156, Madrid, 1985.

14 J. Untermann: «Lenguas y unidades políticas del suroeste hispánico en época prerromana». *De Tartessos a Cervantes*, Viena, 1985.

D. B. Buchanan: *The Decipherment of Southwest Iberic*. Vienna, Va.

1991. Considera las inscripciones del S.O. portugés entre el 100 y 200 A.C.

15 Hoz: *Op. cit.* nota 2.

16 E. Cuadrado: *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XXIII, Madrid, 1987.

17 E. Llobregat: «Los graffiti en escritura greco-ibérica y púnica de La Illeta dels Banyets, El Campello (Alicante)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIX (Homenaje a D. Fletcher, vol. III), Valencia, 1989.

18 A. Beltrán: «Las monedas ibéricas y sus inscripciones». Actas *10º Aniversario de la Asoc. Esp. Amigos de la Arqueología* (23/25-III-1979), Madrid, 1981.

19 F. Fita: «Lámina celtibérica de bronce hallada en el término de Luzaga, partido judicial de Sigüenza». *B.R.A. Historia*, II, 35, Madrid, 1882, donde transcribe la carta de Zóbel de Zangroniz con la valoración de los signos ibéricos.

20 J. Ferrandis: *Las monedas hispánicas*. Barcelona, 1929.

21 J. Bergua: *La primitiva lengua ibérica*. Zaragoza, 1978.

J. Bailén: *Génesis de Tartessos. Epigrafía turdetana y bética mozárabe*. Baena, 1984.

C. López Serrano: *Yo descubrí el misterio de Tartessos y su lenguaje ibero-fenicio*. Ciudad Real, 1983.

Zamanillo: *Op. cit.* nota 3.

22 P. Angoit: «Pour une lecture affinée de l'alphabet ibère». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIX (Homenaje a D. Fletcher, vol. III), Valencia, 1989.

D.B. Buchanan: «The Iberian Inscriptions». *The Epigraphic Society*, 7, Arlington, 1979.

F. Butavand: *L'enigme Ibère*. Paris, 1937.

J. Touchet: «Reflexions sur l'alphabet ibèrique de Gomez Moreno». *Soc. d'Etudes de Anciens Peuples Mediterranéens*, Carcassonne, 1984.

23 V. Valeri: «The Iberian Nasal Sings». *V Col. de Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Colonia 25/29-IX-1989). (En prensa).

24 D. Fletcher Valls: «Villares VI. Nuevo plomo ibérico escrito». *Varia I*, Valencia, 1979.

25 F. Villar: «Las silbantes en celtibérico». *V Col. de Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Colonia 25/29-IX-1989). (En prensa).

26 A. Quintanilla: «Zum vokalismus des Iberischen». *V Col. de Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Colonia 25/29-IX-1989). (En prensa).

27 J. Gorostiaga: «Literatura ibérica pre-clásica». *Helmantica*, III, 12, Salamanca, 1952.

28 Buchanan: *Op. cit.* nota 22.

29 López Serrano: *Op. cit.* nota 21.

30 J. Touchet: «Iberisme». *Soc. d'Etudes de Anciens Peuples Mediterranéens*, Carcassonne, 1981.

31 H. Knoch: «Permanencia del substrato púnico en la Península Ibérica». Actas *I Col. de Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica* (Salamanca 27/31-V-1974), Salamanca, 1976.

32 C.C. Uhlenbeck: «De la posibilité d'une parenté entre le basque et les langues caucasiques». *Rev. Inst. Est. Vascos*, XV, San Sebastián, 1924 (versión francesa del original alemán, editado en Amsterdam en 1923).

33 J. Karst: *Grundzüge einer vergleichendes Grammatik des Iberkaukaschichen*. Leizpig, 1932.

34 K. Bouda: *Die Beziehungen des Sumerischen zum Baskischen, Westkaukasischen und Tibertischen*. Leizpig, 1938.

35 N. Lahovary: «Substrat linguistique mediterranéen, basque et dravidien. Substrat et langues classiques». *Archivio per l'Alto Adige*, XLIII, Firenze, 1954.

N. Lahovary: «Basque, dravidien et caucasien». *B.R. Soc. Vascongada de Amigos del País*, XI, 2, San Sebastián, 1955.

N. Lahovary: *La diffusion des langues anciennes du Prochain Orient. Leurs relations avec le basque, le dravidien et les parles indopéens primitifs*. Berbe, 1957.

36 Tovar: *Op. cit.* notas 4 y 11.

37 L. Thayer Ojeda: *Ensayo de traducción del plomo de Alcoy*. Valparaíso, 1926.

38 A. Montenegro: «Vasco ekarri y derivados, préstamos celtas». *B. R. Soc. Vascongada de Amigos del País*, III, 3, San Sebastián, 1947.

39 I.W. Fruy: *The Iberian Language*. Calgary, 1977.

40 D.B. Buchanan: «The Decipherment of Late Iberic». *The Epigraphic Society*, 13, núm. 328 y 14, núm. 377. San Diego, 1985.

41 E. Zamanillo: *Inscripciones ibero-jónicas de La Serreta (Alcoy, Alicante) y El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Alfaro, 1988.

Henri GUITER*

IBÈRE ET MINOEN

Depuis assez longtemps, nous avions préparé artisanalement un index alphabétique des formes qu'il était possible d'extraire des inscriptions ibériques. Notre document de base avait été le lexique dressé par A. Tovar[1], lexique que nous avions eu soin d'enrichir au fur et à mesure des nouvelles découvertes d'inscriptions ibériques, dues particulièrement à l'activité du *Servicio de Investigación Prehistórica* de Valencia, dont les très nombreuses publications se succèdent à un rythme rapide[2].

Nous comptions utiliser cet index pour diverses études, lorsque nous en aurions le loisir. Mais la publication d'un index du linéaire A[3], conçu de la même façon, bien que réalisé par ordinateur, nous a donné l'idée de confronter les deux listes.

Cette confrontation ne semble pas absurde, si l'on se réfère au contexte historique. Venant de la Méditerranée orientale, les Ibères ont atteint le sud de l'Espagne vers le XV[e] siècle[4]. C'est aussi l'époque où la vague achéenne ateignait la Crète, et elle a pu provoquer un déplacement de population. En ce qui concerne l'écriture, A. Tovar avait déjà envisagé cette hypothèse: «Nous savons que les écritures appelées ibériques descendent du système syllabique qui se fixa en Crète durant le II[e] millénaire, mais nous savons aussi que bonne part des signes ibériques, la majorité d'entre eux, procèdent de formes graphiques grecques et phéniciennes, telles qu'elles s'employaient durant le VII[e] siècle au plus tard»[5].

La comparaison des deux systèmes graphiques pose quelques problèmes, qu'il faudra essayer de résoudre.

1.° Le système ibérique n'est syllabique qu'en ce qui concerne les occlusives. Mais il ne retient que l'opposition de point d'articulation des occlusives, et non l'opposition de sonorité. Nous avons donc 15 signes correspondant à: *ba, be, bi, bo, bu*; *ta, te, ti, to, tu*; *ka, ke, ki, ko, ku*. On translittère généralement la labiale par la graphie de la sonore; la dentale et la vélaire, par des graphies de sourdes et de sonores, le plus souvent sans motif particulier de choix.

En minoen, la labiale est seulement notée comme sourde. La dentale distingue l'opposition de sonorité *t* et *d*. la vélaire n'a pas de notation de sonore, mais deux notations de sourdes *k* et *q*.

La confrontation des deux systèmes ne pourra évidemment se réaliser que par la seule distinction des points d'articulation, c'est-à-dire en adaptant le système minoen au système ibère.

* Université de Montpellier.

Vocalisme Consonantisme	a	e	i	o	u	Totaux	Pourcentages
∅	289/160	217/ 18	259/120	87/16	111/ 54	963/368	37/ 15
occl. labiale	243/ 86	83/ 0	93/ 56	44/ 8	6/ 34	469/184	18/ 7
occl. dentale	108/226	102/102	152/179	23/37	57/136	442/680	17/ 27
occl. vélaire	126/148	140/ 63	85/ 99	42/14	62/114	455/438	17/ 17
spirantes	58/126	56/ 57	29/114	26/ 7	14/ 56	183/360	7/ 14
m	2/ 98	0/ 40	3/ 81	0/ 0	0/ 11	5/230	0/ 9
n	28/120	34/ 47	39/ 60	3/14	2/ 41	106/282	4/ 11
Totaux	854/964	632/327	660/709	225/96	252/446	2.623/2.542	100/100
Pourcentages	32/ 38	25/ 13	25/ 28	9/ 4	10/ 17	100/100	

2.° Les fricatives et sonantes, *s, m, n, l, r, w* ont en ibère une graphie alphabétique et non syllabique. Elles pourront donc se trouver en position implosive, et nous aurons des syllabes fermées.

En minoen, au contraire, les fricatives et sonantes n'ont qu'une graphie syllabique, si bien qu'una syllabe phonétiquement fermée apparaîtra ouverte, l'élément implosif étant obligatoirement affecté d'une voyelle paragogique. La présence d'une telle voyelle ne doit donc pas empêcher la comparaison.

3.° On admet que le *r* ne peut jamais être initial de mot en ibère. Il en est ainsi en basque, et, par ailleurs, les phrases ibères ne commencent jamais par ce phonème. Nous avons donc évité toutes les coupures de groupes, qui auraient abouti à un *r* en position initiale.

En revanche, le minoen ne possède pas de *l*. Il se pourrait que ce phonème eût fait l'objet de rhotacisme, comme cela s'est produit en basque pour le *l* intérieur (*ili*>*iri*) ou en roumain (*gula*>*gura*); mais nous ne nous aventurerons pas dans ce type de reconstruction.

4.° L'ibère note deux sortes de *s*, non sans confusions fréquentes[6]. Il semble qu'il s'agisse des deux sifflantes sourdes notées *s* et *z* par le basque, l'une apicoalvéolaire (*s* de l'espagnol et du catalan), l'autre dorsoalvéolaire (*s* du français).

Le minoen a deux sifflantes notées *s* et *z*. Nous grouperons ensemble toutes les sifflantes, faute de connaître exactement les caractères de chacune.

5.° On note souvent *w* le signe ibérique ayant la forme d'un Y majuscule, mais sa valeur est inconnue et fort discutée[7]. Nous ne le ferons donc pas intervenir; et nous ne ferons intervenir que les phonèmes du minoen ayant correspondance en ibère. Et, bien entendu, nous sommes amenés à laisser de côté les termes minoens de phonétisme non identifié.

Ces réserves nous amènent à ne retenir que 2.542 entrées sur les 3.048 de la liste minoenne, et 2.623 entrées sur les 2.803 de la liste ibère. Les effectifs étudiés sont sensiblement équivalents.

Nous pouvons rassembler en un tableau les effectifs correspondant aux diverses syllabes initiales. Nous les indiquons dans l'ordre ibère / minoen.

Ce tableau appelle quelques observations. D'abord au point de vue du consonantisme. La fréquence relative des occlusives vélaires est la même dans les deux langues.

Celle des occlusives labiales est beaucoup plus élevée en ibère qu'en minoen; mais nous constatons que *m* est presque absent en ibère, tandis qu'il est assez bien représenté en minoen. Or les emprunts latins ou romans du basque nous montrent une confusion fréquente des occlusives labiales nasale et orale[8]: *beaza* (*minacia*), *bedezin* (*medicinu*), *bolu* (*molinu*), *magia* (*uagina*), *mañu* (*baño*), etc...

Si pour chacune des langues nous faisons la somme des fréquences relatives de *p*, *b* et *m*, nous tombons sur des nombres, sinon égaux, du moins d'un ordre de grandeur analogue.

Pour les occlusives dentales la fréquence relative du minoen présente une écrasante supériorité sur celle de l'ibère. Ici, l'adjonction des éléments relatifs à la nasale dentale, ou même aux spirantes alvéolaires, n'apporte aucune correction, mais, au contraire, creuse encore le fossé: 52% des syllabes minoennes débutent par une dentale ou une alvéolaire, contre 28% des syllabes ibères. Cette énorme différence est à peu près inversée si nous considérons le consonantisme ∅, c'est à dire la présence d'une voyelle à l'initiale absolue: 37% en ibère contre 15% en minoen. Elle pourrait s'expliquer par un amuissement de dentales initiales en ibère. Si nous comparons au consonantisme basque, «il est notable, d'autre part, que *t-* et *d-* n'apparaissent presque pas dans le lexique basque, si ce n'est dans des emprunts, des termes expressifs, et des formes verbales définies»[9]. Par ailleurs, le *n* intervocalique des emprunts latino-romans est caduc en basque, ce qui diminue sa fréquence initiale lorsqu'on pratique une segmentation.

Au point de vue du vocalisme, nous constatons que *e* et *o* sont plus fréquents en ibère qu'en minoen;

au contraire, *a*, *i*, et, surtout, *u* sont beaucoup plus favorisés par le minoen.

Si nous calculons pour les deux langues nos paramètres vocaliques[10], nous trouvons les valeurs:

	x	*y*	*z*	60*x* - 24*y* - 10*z*
ibère	45	—3	19	2.582
minoen	31	—7	21	1.818

Le paramètre *x*, relatif à l'avancement du point moyen d'articulation (nous lui connaissons des valeurs dispersées de —28 à 60) est assez élevé dans les deux cas, mais surtout pour l'ibère. Ce qui abaisse sa valeur pour le minoen, c'est l'élévation de la fréquence relative de *u*. Or, il apparaît que dans les termes qu'il a en commun avec le linéaire B, le linéaire A présente souvent *u* au lieu de *o*[11]: *dideru/didero*, *kasaru/kasaro*, *karu/karo*, etc... Cette tendance à la fermeture de *o*, ou peut-être seulement à la notation par *u* d'un *o* sans doute fermé, peut expliquer la différence.

Les paramètres *y* et *z*, respectivement relatifs à l'accumulation des réalisations vers le milieu de la bouche, et à la labialisation, différent trop peu pour être significatifs.

Les valeurs du trinome 60*x* - 24*y* - 10*z*, sur lesquelles est basée la répartition des langues en trois groupes, placent l'ibère et le minoen dans le groupe A (valeurs supérieures à 1.770), en compagnie des langues germaniques et celtiques, du turc, du chinois, du français, etc..., alors que le basque et les langues romanes méridionales se situent dans le groupe B.

* * *

Passons maintenant à l'énumération des coincidences lexicales constatées entre les deux listes.

aba	apa	ate	ade/ate	aiacu	ajaku
abagi	apaki	ati	adi/ati	an	ana
abar	apara	atica	atika	ana	anane
aca	aka	adin	adine	aratu	aratu
acar	akaru	adu	adu/atu	aredace	aredai
acu	aku	aduni	aduni	ari	ari
ada	ada/ata	adura	aduro	ase	ase
asikaur	asikira	bisi	pisi	gici	kiki
asu	asu	bu	pu	gita	kida/kita
aur	au	bura	pura	gitar	kidaro
—ba (18 f.)	—pa (21 f.)	—ca (17 f.)	—ca/-qa (35 f.)	gite	kide/kite
baci/bagi	paki	kaba	kapa	gitete	kitete
bacu	paku	cacal	qaqaru	giti	kidi/kiti
bata/bada	pada/pata	cacu	kaku	gina	kina
bate	pade	cata	kata	gine	kine
batin	padi	catan	katane	gisa	kisa
bai	pai	catir	kati/qadi	gisi	kisi
baigi	paiki	gait	kaita	—co (5 f.)	—ko (3 f.
baito(lo)	paito	gair	kairo	goe	koe
ban/bane	pana	cais	kaise	coia	koja
bara	para	gan	kana	—cu (4 f.)	—ku (15 f.)
bare	pare	cantigia	kanati	cuta	kuda/kuta
bari	pari	ganega	kane/qane	gudu	kudu/kutu
basar	pasari/paza	carati	karati	da	ta
baser	pase	cas	kasa	—da (10 f.)	—da/—ta (49 f.)
basi	pasia	case	kase	daba	tapa
—bi (5 f.)	—pi (7 f.)	—ce (15 f.)	—ke/—qe (22 f.)	tabi	tapi
bice	pike	cebi	qepi	daca	daka
bigir	piki	ceca	qeka	dace	daqe/take/taqe
bida	pita	kegu	qeku	tagi	daki
bite	pite	keta	keda	dadu	dadu/datu
bidin	pitine	ceti	keti/qeti	dae	dae
binai	pina	cedu	qedu/qetu	tai	dai/tai
bisa	pisa	—gi (12 f.)	—ki (22 f.)	tana	dana/tana
biser	pise	gica	kika	tar/dara	dara/tara
dasa	tasa	dona	dona	ira	ira
tase	tase	tu	du/tu	iro	iro
dau	dau/tau	—du (3 f.)	—du/—tu (38 f.)	—is (5 f.)	—isi /(3 f.)
te	te	duba	dupa/tupa	—na (2 f.)	—na (40 f.)
—te (19 f.)	—de/—te (38 f.)	duce	tuqe	naba	napa
teca	deka/teqa	duta	duda	nece	naqe
tece	teke	duni	duni	nate	nate
tegi	teki	dura	dura/tura	nati	nati
tecu	teku	ture	dure	nai	nai
—tete	—tete	duro	turo	nana	nana
dedi	teti	duru	duru/turu	—ne (10 f.)	—ne (23 f.)
dedu	tetu	egur	ekuru	necu	neku
derin	terime	ete	ete	nete	nete
tero	tero	eto	eto	nes	nesi
ti	di/ti	iba	ipa	ni	ni
—ti (12 f.)	—di/—ti (65 f.)	ibi	ipi	—ni (7 f.)	—ni (21 f.)
tiba	dipa/tipa	ica	ika/iqa	nica	nika
tica	dika/tika	ike	ike	niti	niti
tice	tike	igi	iki	nina	nina
tigi	diki/tiki	ico	iko	nira	nira
tigis	dikise	icu	iku	—no (1 f.)	—no (7 f.)
tico	diko	ida	ida/ita	nubi	nupi
titar	dida/tita	ite	ide/ite	o	o
tide	dide/dite/tite	iti	iti	oca	oka
tine	dine/tine	ito	ido/ito	ota	ota
tira	dira/tira	idu	idu	ode	ote
tiro	diro/tiro	ina	ina	otice	otike
doi	toi	ino	ino	—sa (2 f.)	—sa/—za (25 f.)
sagi	saki	sene	sene	suni	suni
sati	sadi	seni	seni	sura	sura
samala	samaro	sere	sere	uce	uqe
sai	zai	—si (3 f.)	—si (29 f.)	ucun	ukuna
sane	sane/zane	sia	sia	uda	uda/uta
sar	sara	sica	sika	udar	utaro
sare	sare/zare	siti	sidi/siti	ude	ute
sari	sari	soce	soke	udi	udi/uti
—se (7 f.)	—se (23 f.)	—su (2 f.)	—su (11 f.)	utin	udimi
seta	seda	suga	suka/suqa	umin	umina
sete	sede	sumi	sumi	ura	ura

En conséquence, sur 2.623 formes de l'ibère et 2.542 formes du minoen que nous avons confrontées, 222 présentent d'étroites analogies, ou même sont identiques. Le jeu du hasard suffit-il à expliquer ces coïncidences?

Pour essayer de répondre à cette question, nous avons fait l'expérience suivante. Dans les dictionnaires[12] de trois langues administratives dont les juridictions confinent avec celle du français, l'espagnol, l'italien et l'allemand, nous avons choisi des pages au moyen d'une table de nombres au hasard, jusqu'à ce que le total des entrées rencontrées dépasse deux mille pour chaque langue. Parmi ces entrées, nous avons noté celles qui étaient homographes d'un mot français; par exemple, le substantif français «ver» est homographe de l'infinitif espagnol *ver* «voir»; l'infinitif français français «donner» est homographe du substantif allemand *Donner* «tonnerre», etc...

Nous avons ainsi trouvé 34 homographes espagnols[13] sur 2.087 entrées; 37 italiens[14] sur 2.006; 28 allemands[15] sur 2.070.

Ces nombres d'homographes sont du même ordre de grandeur; nous pouvons cependant vérifier par le test de Pearson si leurs écarts sont significatifs ou ne le sont pas.

	Homographes	*Non homographes*	*Totaux*
Espagnol	34 (34)	2.053 (2.053)	2.087
Italien	37 (32)	1.969 (1.974)	2.006
Allemand	28 (33)	2.042 (2.037)	2.070
Totaux	99	6.064	6.163

$$X^2 = \frac{25}{32} + \frac{25}{33} + \frac{25}{1.974} + \frac{25}{2.037} = 0{,}78+0{,}76+0{,}01+0{,}01=1{,}56$$

Il suffirait que le X^2 fût inférieur à 5,991 (2 degrés de liberté) pour que la distribution ne fût pas significative. Donc les nombres d'homographes ont cet ordre de grandeur moyen entre des langues géographiquement voisines et de parentés plus ou moins lointaines.

On voit immédiatement que le nombre d'homographes est relativement beaucoup plus élevé entre ibère et minoen. Comparons-le cependant par la méthode du X^2 aux homographes entre français et langues voisines.

	Homographes	*Non homographes*	*Totaux*
Français/voisins	99 (225)	6.064 (5.938)	6.163
Ibère/minoen	222 (96)	2.401 (2.527)	2.623
Totaux	321	8.465	8.786

$$X^2 = \frac{15.876}{225} + \frac{15.876}{96} + \frac{15.876}{5.938} + \frac{15.976}{2.527} = 242$$

L'hypothèse nulle supposerait un X^2 inférieur à 3,841 (1 degré de liberté). La très grande valeur que nous trouvons, signifie que le mécanisme d'apparition d'homographes entre français, d'une part, et espagnol, italien ou allemand, d'autre part, ne peut en aucune façon servir de modèle pour expliquer l'apparition des homographes beaucoup plus nombreux entre ibère et minoen.

Dans les langues voisines confrontées avec le français, nous n'avons pas envisagé l'anglais. Nous y venons maintenant. Toujours avec une table de nombres au hasard, nous examinons des pages d'un dictionnaire anglais[16]; ici notre collecte d'homographes du français devient surabondante: 264 homographes sur 2.002 entrées. Nous en donnons une liste partielle[17], mais suffisante pour manifester que les homographies dues aux caprices du hasard, comme *if*, *lie*, etc..., sont noyées dans une masse de mots français, importés en Angleterre dans des circonstances historiques bien connues, en même temps qu'une population normande de langue française.

Si nous confrontons des homographes de l'anglais à ceux de l'espagnol, de l'italien et de l'allemand, nous trouverons certainement une incompatibilité totale des mécanismes d'apparition.

	Homographes	*Non homographes*	*Totaux*
Anglais	264 (89)	1.738 (1.913)	2.002
Esp./Ital./Allem.	99 (274)	6.064 (5.889)	6.163
Totaux	363	7.802	8.165

$$X^2 = \frac{30.625}{89} + \frac{30.625}{274} + \frac{30.625}{1.913} + \frac{30.625}{5.889} = 477$$

Cette valeur est encore beaucoup plus grande que celle trouvée en confrontant les convergences ibéro-minoennes à celles du français et de ses voisins continentaux.

On peut avoir la curiosité de comparer les convergences ibéro-minoennes aux convergences anglo-françaises.

	Homographes	*Non homographes*	*Totaux*
Ibère/Minoen	222 (276)	2.401 (2.347)	2.623
Anglais/Français	264 (210)	1.738 (1.792)	2.002
Totaux	486	4.139	4.625

$$X^2 = \frac{2.916}{276} + \frac{2.916}{210} + \frac{2.916}{2.347} + \frac{2.916}{1.792} = 28$$

Les deux distributions sont assurément incompatibles. Mais la valeur 28 du X^2 est bien loin des valeurs 242 ou 477, que nous avons précédemment trou-

vées. Il ne faut pas perdre de vue que les inscriptions ibériques ét(udiées sont postérieures de près d'un millénaire à l'arrivée des Ibères en Occident, tandis que le français a gardé en Angleterre le caractère de langue officielle jusq'à la fin du XIV[e] siècle; «toute une littérature, dite anglo-normande, donc de langue française, se développa sur le sol anglais. Elle atteignit son apogée au XIII[e] siècle»[18].

Une possibilité d'apprécier la valeur de cette dernière explication s'offre à nous. Le coefficient de conservation du vocabulaire français par l'anglais est proportionnel à 264/2.002; le coefficient de conservation du minoen par l'ibère sarait proportionnel à 222/2.623. Le rapport de ces deux coefficients est de $(264\times2.623)/(2.002\times222)=1,55$.

Or nos recherches sur la glottochronologie[19] nous ont amené à faire correspondre à chaque date un coefficient K représentant le pourcentage de vocabulaire conservé en commun par deux langues depuis cette date jusqu'à 1900. Ce pourcentage ne s'applique qu'à une liste de cent mots fondamentaux; aussi ne rechercherons-nous que des rapports de coefficients. Pour 1400 (Av. J.C.), K=0,38; pour 500 (Av. J.C.), k=0,60. Entre ces deux dates, une langue conserve donc 0,38/0,6=0,633.

Pour 1400, K=0,975; pour 1900, K=1. Entre ces deux dates, 0,975/1=0,975.

Or, le rapport des deux coefficients de conservation 0,975/0,633=1,54. Malgré l'hétérogénéité des matériaux mis en jeu, la concordance est bonne; c'est peut-être l'effet du hasard, mais le résultat est tout de mme curieux.

Aussi bien l'ibère et le minoen que l'anglais et le français, ont une quantité d'homographes communs, qui dépasse très largement et de façon significative celle que l'on recontre entre des langues géographiquement voisines et de même origine, mais ayant eu des évolutions autonomes. Nous savons que le français a été introduit en Angleterre par une arrivée d'éléments francophones; il est tentant d'attribuer une action du même ordre à l'arrivée des éléments ibères en Espagne[20].

Il ne s'agit là que d'une hypothèse que nous n'aurions pas envisagée, sans la translittération du linéaire A par J. Raison et M. Pope; elle nous a fait apparaître immédiatement trop d'analogies avec l'index de l'ibère que nous avions dressé, pour ne pas éveiller l'idée d'une comparaison des deux listes.

NOTES

1 A. Tovar: «Léxico de las inscripciones ibéricas». In *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*. Madrid, 1951, II, p. 287.

2 Servicio de Investigación Prehistórica, C/. Corona 36, Valencia 46003.

3 J. Raison et M. Pope: «Le vocabulaire du linéaire A en translittération». *Etudes minoennes*, I, Louvain, 1978, p. 131.

4 Pour bibliographie, cf. H. Guiter: «Onomastique et contacts de langues: exemple des confins pyrénéo-méditerranéens». *Onoma (Louvain)* 1976 (XX), p. 106.

5 A. Tovar: «Observaciones sobre escrituras tartesias». *Archivo de Prehistoria Levantina*, III, Valencia, 1952, p. 257.

6 J. Siles: «Über die sibilanten in iberischer schrift». Actas del *II Coloquio sobre lenguas y culturas prerrománicas de la Península Ibérica*. Salamanca, 1979, p. 81.

7 D. Fletcher Valls: «De nuevo sobre el signo ibérico Y». Departamento de Historia Antigua, Serie arqueológica, n.º 6, *Varia I*, Valencia, 1979.

8 L. Michelena: *Fonética Histórica Vasca*. San Sebastián, 1961, p. 268.

9 Michelena: *Op. cit.* nota 8, p. 254.

10 H. Guiter: «Quelques paramètres caractéristiques des systèmes vocaliques». *R. Ling. R.*, 1966 (30), p. 39.

11 M. Pope et J. Raison: «Linear A: Changing perspectives». *Etudes Minoennes*, I, Louvain, 1978, p. 21.

12 M. de Toro y Gómez: *Nuevo diccionario español-francés*. Paris, 1939. P. Rouède et A. Lacombe: *Nouveau dictionnaire italien-Français*. Paris, 1936. A. Pfrimmer: *Deutsch-Französisches Wörterbuch*. Bordeaux, s.d.

13 Durable, duramen, parasol, cortical, arsenal, arsenical, amovible, mas, imaginable, iman, imberbe, imitable, impalpable, grande, capital, caporal, capote, cendal, forceps, forcir, formable, formol, forte, pali, estoque, ventral, ver, canapé, candi, candiote, contralto, médium, septentrional, pectoral.

14 Tropicale, trust, tu, elle, natale, consolante, console, consonante, arrogante, stipulante, cannibale, cale, calice, calmante, conciliante, conclave, concomitante, zodiacale, zona, curule, cuspide, custode, nominale, non, nord, noria, normale, longitudinale, loquace, lord, loto, bava, vendetta, militante, imprudente, impudente, rude.

15 Ersatz, diktat, dom, donner, dort, dose, hart, hase, halle, ballast, bande, bar, base, je, pute, quartier, quelle, quitte, quote, friseur, stand, leitmotiv, loch, los, lot, messe, met, mette.

16 Th. Maglagan: *The Royal English Dictionary*. London, s.d.

17 Stagnant, stagnation, stalagtite, stalagmite, stance, if, ignition, ignoble, ignore, ignorant, ignorance, illative, harangue, hare, harem, haricot, brunette, brute, brutal, budget, avenue, averse, aversion, titan, titillation, tocsin, ossification, ostensible, ostentation, ottoman, oubliette, bey, bible, mastic, mastication, mat, matador, match, mate, offensive, ogre, libertine, licence, lichen, lie, curable, cursive, journal, jovial, jubilant, jubilation, judicature, portion, portrait, pose, poser, position, positive, possession, possessive, possible, injure, injustice, innavigable, innocent, innocence, innovation, tabernacle, table, tablature, tableau, tabouret, tact, tactile, crescendo, crest, crevasse, crime, crinoline, etc...

18 F. Mossé: *Esquisse d'une histoire de la langue anglaise*. Lyon, 1947, p. 47.

19 H. Guiter: «Glottochronologie et langues occidentales». *Cahiers de l'Institut de Linguistique de Louvain*, 1977, 2, p. 1. «A propos de glottochronologie». *Cahiers de l'Institut de Linguistique de Louvain*, 1977, 3-4, p. 3. «Encore la glottochronologie». *Cahiers de l'Institut de Linguistique de Louvain*, 1979, 5-4, p. 3.

20 La comparaison de séquences de phonèmes, qui ne sont pas forcément des mots autonomes, favoriserait l'ibère et le minoen; mais le fait de comparer les langues modernes à la totalité du vocabulaire français joue évidemment en sens inverse.

Carmen Aranegui Gascó*

UNA FALCATA DECORADA CON INSCRIPCIÓN IBÉRICA. JUEGOS GLADIATORIOS Y *VENATIONES*[1].

Javier De Hoz**

ESTUDIO EPIGRÁFICO

En su investigación sobre la cultura ibérica Enrique Pla realizó una aportación fundamental al describir e interpretar el instrumental de trabajo (Pla, 1968: 143-190; 1969: 306-337) y tengo constancia de que su intención fue la de abrir una línea de estudio tendente a la valoración de la economía ibérica que compensara la excesiva consideración de los iberos como guerreros derivada del estudio de sus armas (Sandars, 1913: 27-54; Cabré, 1934a: 5-11, y 1934b: 2-18; Coghland, 1956-57: 167; García de la Chica, 1957: 309-321). Las circunstancias han querido que con ocasión del homenaje que le dispensa el S.I.P. presente unas piezas de armamento sobre las que trataré de incidir desde un punto de vista ajeno a la táctica bélica, en memoria de un gran maestro y buen amigo.

En 1986 la Dirección General del Patrimonio de la Generalitat Valenciana adquirió a Dña. Amalia Giménez un lote de armamento ibérico compuesto por una falcata doblada y por un mango de caetra, presentado como un hallazgo casual ocurrido en la vertiente del Castell de Sagunt, según el expediente. Averiguaciones realizadas en 1988 y 1989[2] plantean serias dudas acerca de la exactitud respecto al lugar de hallazgo de estas armas cuya autenticidad, sin embargo, no puede ponerse en cuestión. Por ello el conjunto, ingresado en un primer momento en el Museo Arqueológico de Sagunt, ha pasado a ser depositado en el Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia, contribuyendo a enriquecer sus valiosos fondos de arqueología ibérica.

Previamente la falcata había sido objeto de limpieza y consolidación parcial por parte del restaurador M. Peinado quien confirmó verbalmente la dificultad de estabilizar la falcata y la necesidad de ejercer un control constante para corregir cualquier proceso de oxidación que, con seguridad, iría presentándose dado el estado en que la pieza había llegado a manos del especialista. En relación con el mango de escudo (lám. I), no fue posible realizar ningún trabajo de restauración.

La falcata es sin reservas un ejemplar excepcional (lám. II) que conviene documentar y exponer a la consideración científica.

Presenta una empuñadura cerrada de una altura máxima de 11,5 cm. por una anchura máxima de 5,5 cm. en la que se observa un orificio para la sujeción de las cachas, con el hueco central de unas dimensiones

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Universitat de València.
** Dpto. de Filología Clásica, Universidad Complutense.

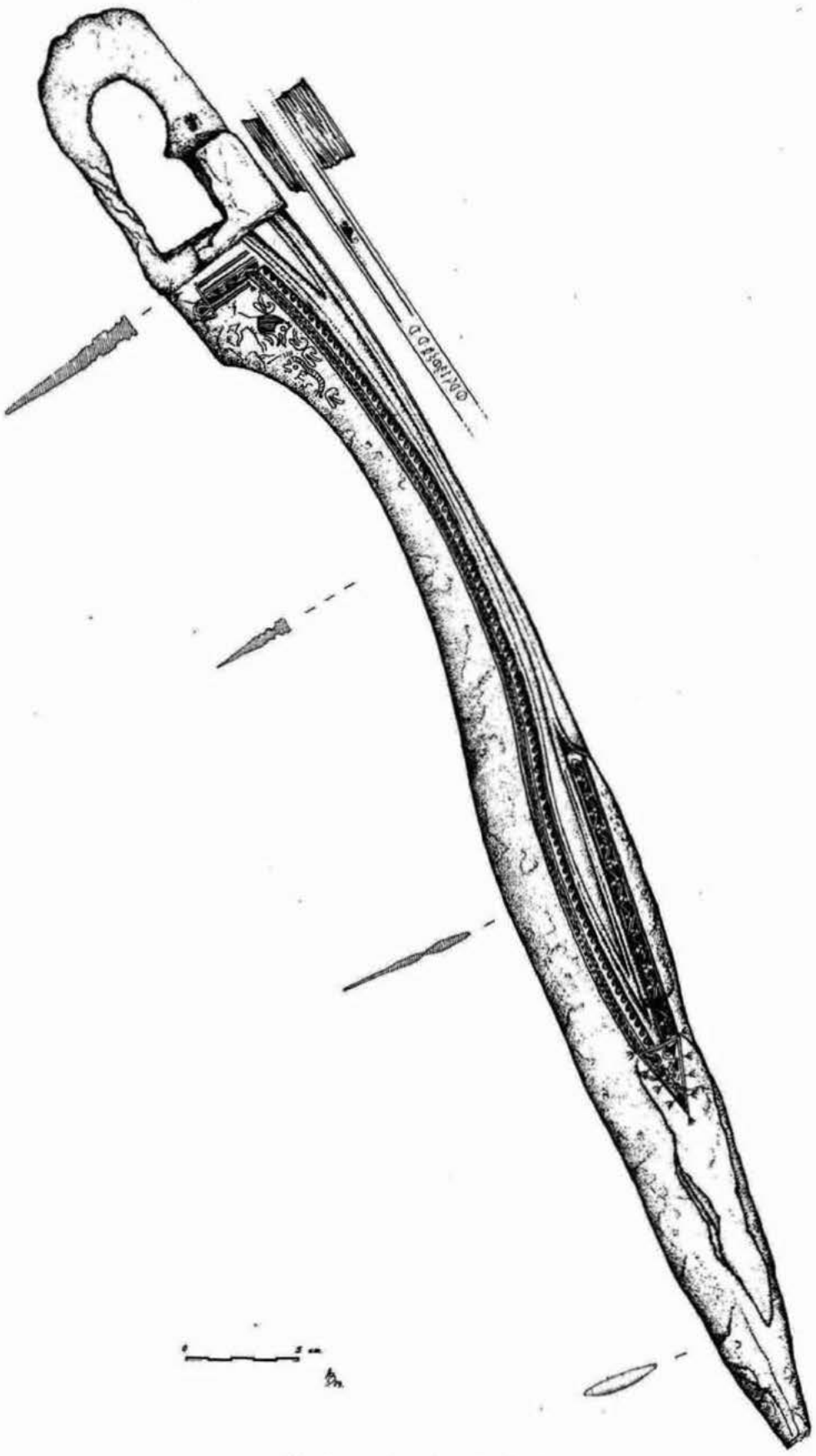


Fig. 1.— Falcata decorada. S.I.P.

máximas de 6 por 3 cm.; la base de esta empuñadura está reforzada por un pieza en ángulo recto que confiere resistencia al sector recayente hacia el contrafilo donde se apoyaba el pulgar. La hoja tiene una longitud de 60 cm. con una anchura máxima de 6,8 cm. en su inicio, de 3,5 cm. en el estrechamiento de la primera curva, de 6 cm. en el ensanche de la segunda curva y de 3 cm. por encima de la punta, cortante por todo su perímetro. El grosor del contrafilo oscila entre 1 cm en la parte superior, 0,8 cm. en el punto de inicio de la curva y 0,3 cm. en la parte central. La hoja muestra acanaladuras del tipo 2 de Quesada (1988: 275-299), de sección redondeada cuando son estrechas y cuadrangular cuando son más anchas, que arrancan de la parte superior de la hoja con un diseño en V, recorren toda la parte gruesa de la misma ensanchándose en el tercer cuarto donde la hoja es más amplia; el último cuarto de la hoja está libre de ellas. El contrafilo ostenta, asimismo, dos finas acanaladuras en su mitad superior.

La hoja conserva su decoración (fig. 1), lograda mediante troquel y embutido de plata (Nieto y Escalera, 1970: 5-29) y dispuesta de manera idéntica en sus caras anterior y posterior, si bien se aprecia mejor en una de ellas dado que la falcata está doblada. En paralelo a la base de la empuñadura (lám. III) se ve una banda decorada de 3×1,5 cm. compuesta por un tallo en zig-zag con hojas de hiedra simples encontradas enmarcado por un filete limitado por trazos perpendiculares, una banda y un segundo filete como el primero. Fuera de este esquema, hacia el filo, se observan restos de una hoja de hiedra acorazonada y un tridente. En sentido vertical (lám. IV), subrayando el diseño de las acanaladuras, aparece una banda de roleos simples seguida por otra de triángulos encontrados a ambos lados de una línea en zig-zag, con los pequeñísimos trazos perpendiculares como límite. En el ensanche de la hoja, una nueva banda se sitúa del lado del dorso de la espada, consistente en un tallo en zig-zag con dos hojas de hiedra en posición divergente partiendo de los vértices, y las dos teorías se cierran mediante un triángulo isósceles con hojas de hiedra en su interior y tridentes divergentes hacia el exterior (lám. V). El contrafilo, en su sector de perfil plano, estuvo también decorado con una cenefa de roleos limitada por filete con trazos, que deja libre el tramo en donde se sitúa la inscripción ibérica que está grabada a buril (lám. VI).

El emblema decorativo principal se encuentra en el inicio de la hoja y consiste en la representación de un león en posición de ataque enfrentado a un jabalí agazapado sobre los que se posan cuatro aves con la cabeza vuelta, una sobre la melena del león, dos contrapuestas entre ambos animales y la cuarta tras la grupa del jabalí.

Este tipo de *venatio* idealizada entre dos animales salvajes, tiene un posible antecedente en las decoraciones de peines de marfil y cajas de hueso hallados, por ejemplo, en La Cruz del Negro o Acebuchal (Blanco, 1956: 3-51), aunque su estilo y composición sean, lógicamente, distintos. Un jabalí es devorado por un león en una secuencia de la pátera más decorada de Tivissa (García y Bellido, 1953: 229 y ss.), pero donde el enfrentamiento entre dos animales, tal vez león y ciertamente jabalí, queda más patente es en el bronce de Máquiz (Menjíbar, Jaén) (Almagro, 1979: 176-184, fig. 1, lám. IV), sobre las piezas que corresponden al recubrimiento del extremo de las lanzas de un carro, en actitud similar a la que se aprecia en la falcata. El más fuerte de los carnívoros y el herbívoro más fuerte, símbolos indiscutibles de invulnerabilidad en todo el Mediterráneo[3], tuvieron, pues, una significación en el mundo de las imágenes ibéricas. El enfrentamiento entre león y jabalí se utiliza, por otra parte, en la decoración de sarcófagos etruscos del taller de Tarquinia en el período del siglo IV al II a.C. (Bianchi-Bandinelli y Torrelli, 1986: núm. 130), con un significado evidentemente agonístico. El motivo de la hoja de hiedra formando un tallo serpenteante está bien documentado en las decoraciones cerámicas ibéricas a partir del siglo III a.C., así como el de los roleos; las aves sobrevolando el emblema, recuerdan las que se observan en un *kalathos* del Cabezo de Alcalá de Azaila (Cabré, 1944: 67-68, figs. 47 y 52, lám. 33), si bien, como los tridentes, constituyen un tema presente en una de las secuencias del monumento funerario de Pozo Moro, cuya decoración se interpreta como la plasmación de escenas de carácter mitológico (Almagro Gorbea, 1978: 255 y ss.).

Lenerz de Wilde (1986: 273-280) considera la decoración de las falcatas ibéricas céltica en su estilo, si bien sería preciso disponer de cronologías ajustadas para poder determinar la prioridad cronológica de las armas decoradas, y ampliar las nociones de los recursos ornamentales ibéricos y célticos, respectivamente, para contrastar su opinión. En lo referente a la Península Ibérica, la falcata se presenta primero en ambientes ibéricos, aunque el caso de las piezas decoradas carezca, por el momento, de una estricta fechación. Para el arma que estudiamos, el complemento de la inscripción ibérica asegura que su artífice, o bien su destinatario, fue un ibero.

La profusa decoración confiere a esta falcata un valor por encima del estrictamente funcional que se une al de ser un objeto de ajuar funerario, deducción derivada del hecho de presentarse doblada, constatado exclusivamente en necrópolis (Sandars, 1913: 48; Schüle, 1969: láms. 73 y 75; Vaquerizo, 1989: 233-235; Quesada, 1989: sep. 27, sep. 260; Lollini, 1979: 55-79 para la necrópolis de Camerano, en el Piceno, etc., etc.). A pesar de que la ornamentación de las falcatas ha debido perderse en un alto porcentaje de casos porque salta al exfoliarse el hierro por corrosión, los datos

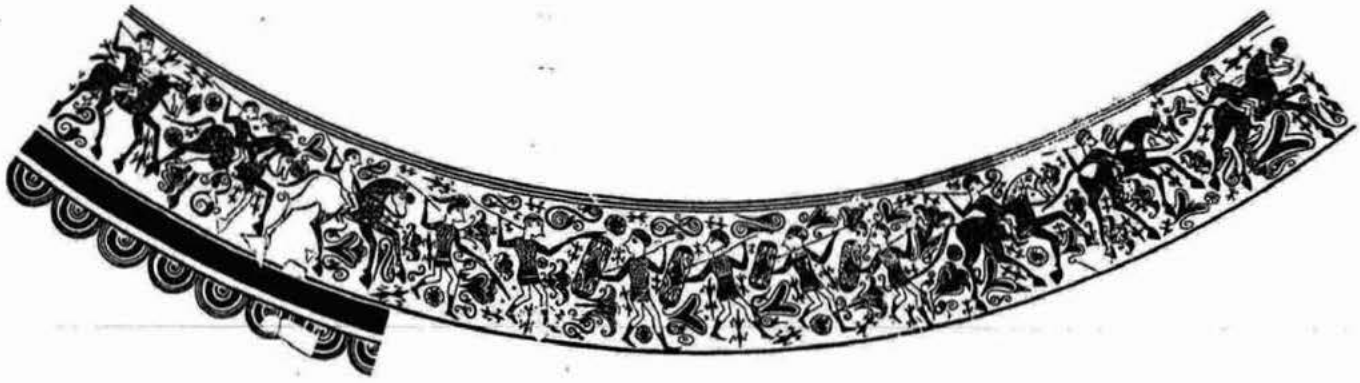


Fig. 2.— «Vaso de los guerreros», Llíria. S.I.P.

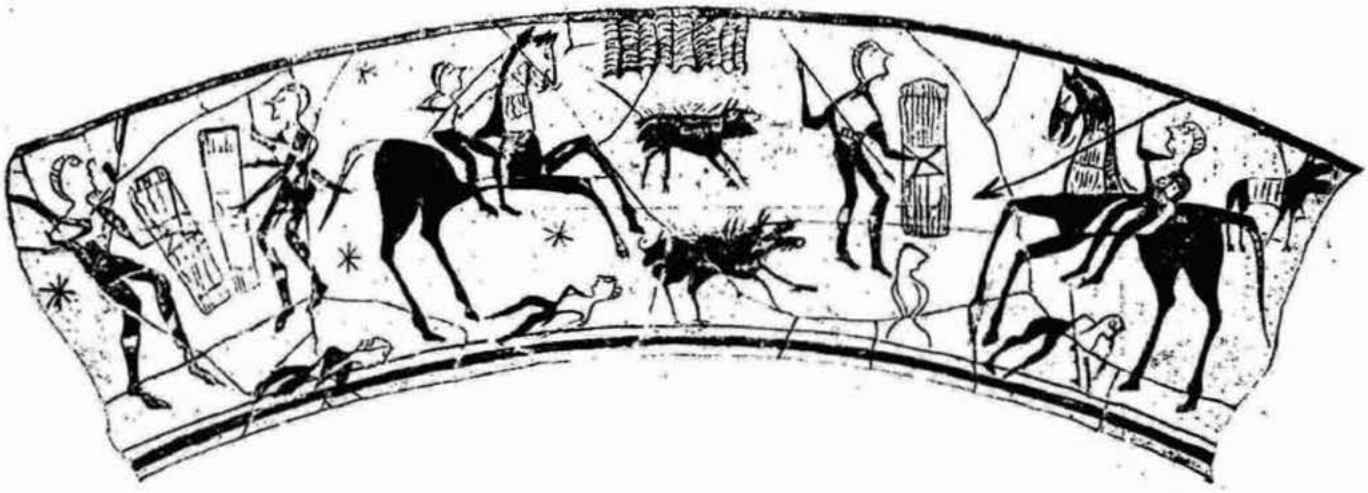


Fig. 3.— Sombrero de copa del Cabezo del Tío Pío (Archena), M.A.N.

disponibles apuntan hacia la ausencia de elementos de adorno en las piezas procedentes de yacimientos ubicados en el área ibérica comprendida al N. del Júcar (fig. 9).

Hasta el momento, falcatas con decoración de damasquinado de plata sólo han sido examinadas en La Albufereta (Lenerz de Wilde, 1986; 276, fig. 3), El Cigarralejo (Cuadrdo, 1989: 21), El Cabecico del Tesoro (Quesada, 1989: seps. 260, 332, 350, 373 y 409), Illora (Lenerz de Wilde, 1986: fig. 3) y Los Collados de Almedinilla (Nieto y Escalera, 1970: fig. 3), en donde los adornos se conservan, sobre todo, en las piezas de las empuñaduras y afectan a un 15% de las falcatas. Predominan los enmangues en forma de cabeza de caballo cerrada, con acanaladuras divergentes en el arranque de la hoja. La similitud técnica y la identidad de algunos elementos ornamentales, induce a plantear la atribución de todas ellas a un mismo taller. Obsérvese, por ejemplo, la empuñadura 4 de las falcatas de la serie B de Cabré (1934b: 8-12); la delimitación de trazos paralelos de la falcata de Illora (Quesada, 1988: lám. II); las falcatas de las tumbas 1, 98 ó 115 del Cigarralejo (Cuadrado, 1987: 106, 231 y 251) o el jabalí de la empuñadura de la falcata de la sepultura 260 del Cabecico del Tesoro (Quesada, 1989: 174, lám. X), en apoyo de esta propuesta. La cronología se revela, sin embargo, amplia, iniciándose entre el 375-340 a.C. (sepultura 409 del Cabecico del Tesoro), con proyección hasta las inmediaciones del 100 a.C (sepulturas 332 y 373 del Cabecico del Tesoro), en contradicción con la uniformidad técnica de las decoraciones, lo que hace sospechar bien sea de la datación de alguno de los contextos o la perduración de las espadas durante varias generaciones hasta ser depositadas en las tumbas. Lo que no puede ponerse en duda es su existencia desde el siglo IV puesto que se presentan en conjuntos cerrados de esta época, como bien se ve en El Cigarralejo.

Articulando resultados de hallazgos antiguos y de investigaciones recientes, se puede establecer el uso de la falcata entre los iberos a partir del final (¿mediados?) del siglo V a.C., con un buen exponente en la costumbre de depositar la panoplia entre las ofrendas funerarias (Maluquer de Motes, 1987: 33-110 y 115-170 con ejemplos de fecha alta, sin falcatas), ajena a los hábitos de las sociedades de colonizadores que influyeron sobre aquéllos. El vestigio que, por su ambiente, sugiere una mayor antigüedad es el de La Solivella (Fletcher, 1965: lám. XVI), fragmentario, aislado y único en el contexto de esta necrópolis del S. de la Contestania, proveen buenos ejemplos dentro del marco cronológico del IV a.C. Así, la comparación entre dos yacimientos distantes escasos kilómetros como son la necrópolis de El Molar (Llobregat, 1972: 88-92) y la de Cabezo Lucero (Rouillard y otros, 1990: 538-557), revelan ajuares sin y con falcatas en un período en parte coincidente, algo más antiguo en la primera que en la segunda, lo que plantea la atribución inicial de este arma de origen greco-itálico a determinados grupos de iberos y esclarece la evidencia de la diferente frecuencia de falcatas en las necrópolis ibéricas. En Cabezo Lucero son los ajuares del 400 en adelante los que contienen falcatas, estando presentes en los del siglo V los cuchillo afalcatados, que perduran. La representación escultórica de un guerrero con falcata en L'Alcúdia d'Elx[4] (García y Bellido, 1943: 65-66, lám. VIII) confiere solidez a la propuesta de la importancia de este arma en la sociedad ibérica del sur contestano, al tiempo que se representación en los relieves del Cerrillo Blanco de Porcuna (Blanco, 1987: 405-455; 1988: 1-27 y 205-234) en algunas unidades atribuídas a la facción de los vencedores (Negueruela, 1990), no se revela, a nuestro juicio, como un hecho meramente casual.

La aplicación de decoración a las falcatas atañe exclusivamente a las de la Península Ibérica (Zevi, 1990: 166-170, n.° 139/12), sobre todo a partir de la mitad del siglo IV, aunque escasean los contextos cronológicos realmente claros referidos a las centurias posteriores.

Al llegar al siglo III son las necrópolis murcianas del Cigarralejo y del Cabecico del Tesoro las que podrían dar mayor información aunque el conjunto más claro es el de la «tumba O» de La Hoya de Santa Ana, con falcata y sombrero de copa (Blánquez, 1990: 275-276) si bien, a partir de esta época, hay documentación plástica complementaria para evaluar el significado de la falcata entre los iberos.

Dentro de la cerámica con decoración figurada del estilo narrativo de Llíria (Ballester y otros, 1954; Aranegui, 1986: 123-128, y 1987: 117-122), dos son los géneros de escenas en los que la falcata está representada: las que se refieren a enfrentamientos guerreros y las relativas a juegos gladiatorios y venatorios. Entre las primeras ocupa un lugar privilegiado la del friso decorado del «vaso de los guerreros» (fig. 2) que, con su doble formación de seis jinetes precedidos de dos infantes —con falcata, lanza y cinturón— enfrentados a cuatro infantes en retirada con *scutum* y *soliferreum*, ofrece un esquema táctico bastante ajustado al que se desprende de la lectura de los autores clásicos[5]; en él el personaje principal es el «hoplita» con casco rematado en cimera, cinturón, lanza y falcata.

El sombrero de copa de cuello estrangulado del Cabezo del Tío Pío (Archena) (fig. 3), recientemente interpretado por Olmos (1987: 21), tiene una ilustración más compleja que entendemos corresponde a lo que hemos llamado juegos gladiatorios y venatorios; en él se yuxtaponen un enfrentamiento entre guerreros a pie con *scutum*,lanza y falcata; un jinete lancero precedido de dos jabalíes y una lucha entre infante y jinete, ambos con lanzas, es decir, tres modalidades de combate tal vez celebradas con motivo de las exequias de un difunto; es una decoración en parte coincidente con la



Fig. 4.— «Vaso de los cabezotas», Llíria. S.I.P.



Fig. 5.— «Vaso del combate ritual», Llíria. S.I.P.

del «vaso de los cabezotas» de Llíria (fig. 4). Indeterminada es la composición a la que pertenece el jinete con escudo y falcata (lám. VII) que aparece debajo del borde de una pieza crateriforme procedente del Castro de La Coraja en la provincia de Cáceres (Riviero, 1974: 358-359, fig. 1, lám. 2, 1), aunque su plasmación en un lugar secundario del vaso no parece apropiada para la representación de una composición amplia.

Cuando la escenificación se acompaña de la presencia de músicos, el argumento en favor de su lectura como juego competitivo cobra fuerza. La urna de boca ancha de Llíria que fue denominada «combate ritual» en el que dos personajes se baten —con *scutum* y *soliferreum* y con falcata, respectivamente— al son de la tuba y la doble flauta (fig. 5), mientras un caballo atiende al lancero y otros parten, constituye la obra maestra de este género. La representación parece similar a la de uno de los monumentos funerarios parcialmente recuperados bajo la muralla de Osuna (lám. VIII) (León, 1981: 190-193; Atencia y Beltrán, 1989: 155-167). Estos juegos tienen también una manifestación interesante en otro *lebes* de Llíria llamada de la «danza de guerrero con falcata» (Maestro, 1989: fig. 52) en atención al personaje que encabeza un desfile de hombres y mujeres cogidos de la mano (fig. 6) que no es más que una parte de una representación más copiosa en la que no falta un *tubicen* y un guerrero que porta una sítula ante un individuo que aparece sentado.

Los juegos venatorios tienen un buen exponente en un vaso de La Serreta (fig. 7) en el que se alternan animales heridos y jinetes con dos infantes que se enfrentan con escudos, falcata y jabalina, mientras una aulista tañe la doble flauta.

Son testimonios puntuales que hacen lamentable la pérdida de las pinturas que vio Cabré en Galera (Cabré, 1920; Abad, 1987: 213), con escenas cinegéticas.

Ilustrado el gusto por plasmar estos juegos sobre vasos cerámicos de los siglos III y II y la dudosa calidad doméstica de muchos de ellos, de capacidad considerable, observamos varias modalidades de lucha: entre hombre con *scutum* y *soliferreum* contra hombre con falcata; entre hombre y animales, o entre jinete lancero e infante con lanza. En ninguno de estos casos se puede asegurar que los combatientes lleven casco metálico. La confrontación entre dos animales, al modo en que se presenta en la falcata, sólo puede aventurarse a partir de un fragmento cerámico de plato procedente de Elx (fig. 8), con jabalí y ganso (¿ave?), aunque tiene buenos ejemplos en piezas metálicas. La hipótesis de que las urnas y vasos que aluden a enfrentamientos hayan sido piezas encargadas[6] para premiar a los vencedores o para formar parte del ajuar funerario del personaje en cuyo honor se celebraron los juegos —que, en la línea de lo expuesto, debieron tener una sede importante en *Edeta*—, sugiere la idea de que las falcatas decoradas de las que tenemos noticia, siempre frágiles, entren en la categoría del trofeo conseguido tras la demostración de la maestría en su uso, no estrictamente en el campo de batalla sino en la confrontación entre individuos adiestrados en su manejo como un mérito educativo, reconocido especialmente por algunos grupos de la sociedad ibérica de Andalucía y Levante. En este sentido es indicativo apreciar la dualidad entre caballeros e infantes con falcata, deducible de las decoraciones cerámicas ibéricas y presumible a partir de los ajuares funerarios, anteriores a éstas, y, por otra parte, observar cómo la falcata pasa a ser un elemento de prestigio en manos de personajes con indumentaria civil, como ocurre en el caso de algunos exvotos en bronce procedentes del Santuario de la Luz, en Murcia (Mergelina, 1926), en tanto que el caballo se convierte en un símbolo prestigiado por los exvotos del Cigarralejo o Ilurco (Cuadrado, 1952: 430 y ss.; Rodríguez Oliva y otros, 1983: 751-768), si bien, con el paso del tiempo, esta antigua falcata, ya extendida ampliamente entre los pueblos celtibéricos —cuyas cerámicas también revelan el tema de enfrentamiento entre guerreros (AA.VV., 1988: 100)— acaba estando presente en el campamento de Cáceres el Viejo (Beltrán, 1973) (lám. IX) y siendo un emblema de la pacificación de Hispania en el reverso de la emisión de P. Carisio, del 25 a.C. (lám. X), aquí con un claro sentido militar.

La asociación de falcatas con sus contextos ergológicos y artísticos nos sitúa ante la evidencia de que es uno de los elementos de la Cultura Ibérica de más prolongada utilización puesto que aparece en manos de los iberos durante alrededor de cinco siglos. Atribuir un significado particular a esta espada no parece que sea pertinente sin tener en cuenta la evolución de la sociedad ibérica. En esta línea se puede esbozar, para la fase inicial, el ambiente heróico de su presencia en grandes frisos escultóricos como los de Obulco (González Navarrete, 1987) o, probablemente, Elx; puede seguirse su estudio en la fase posterior a la destrucción de las construcciones monumentales, puesto que abunda en los ajuares funerarios de todo el siglo IV, en las mismas necrópolis que sufrieron la eliminación de sus signos escultóricos, como propios de una sociedad contraria a aquellas ostentaciones (Rouillard, 1988: 331-350) y, consecuentemente, poco inclinada a los monumentos figurativos, y, finalmente, reaparece en la decoración de estilo narrativo, especialmente ilustrada en Edeta, con un sentido referencial, por una parte, cuando se trata de composiciones como la del «vaso de los guerreros» y novedoso, por otra, cuando forma parte de escenas de juegos, semejantes a las del monumento de Osuna. Parece que esta fase aglutina temas del antiguo fondo heróico y crea nuevas composiciones a la vez que, en algún caso —Osuna—, recupera la tradición de los grandes mausoleos. No es sencillo calificar estos tres estadios consecutivos en términos de organización

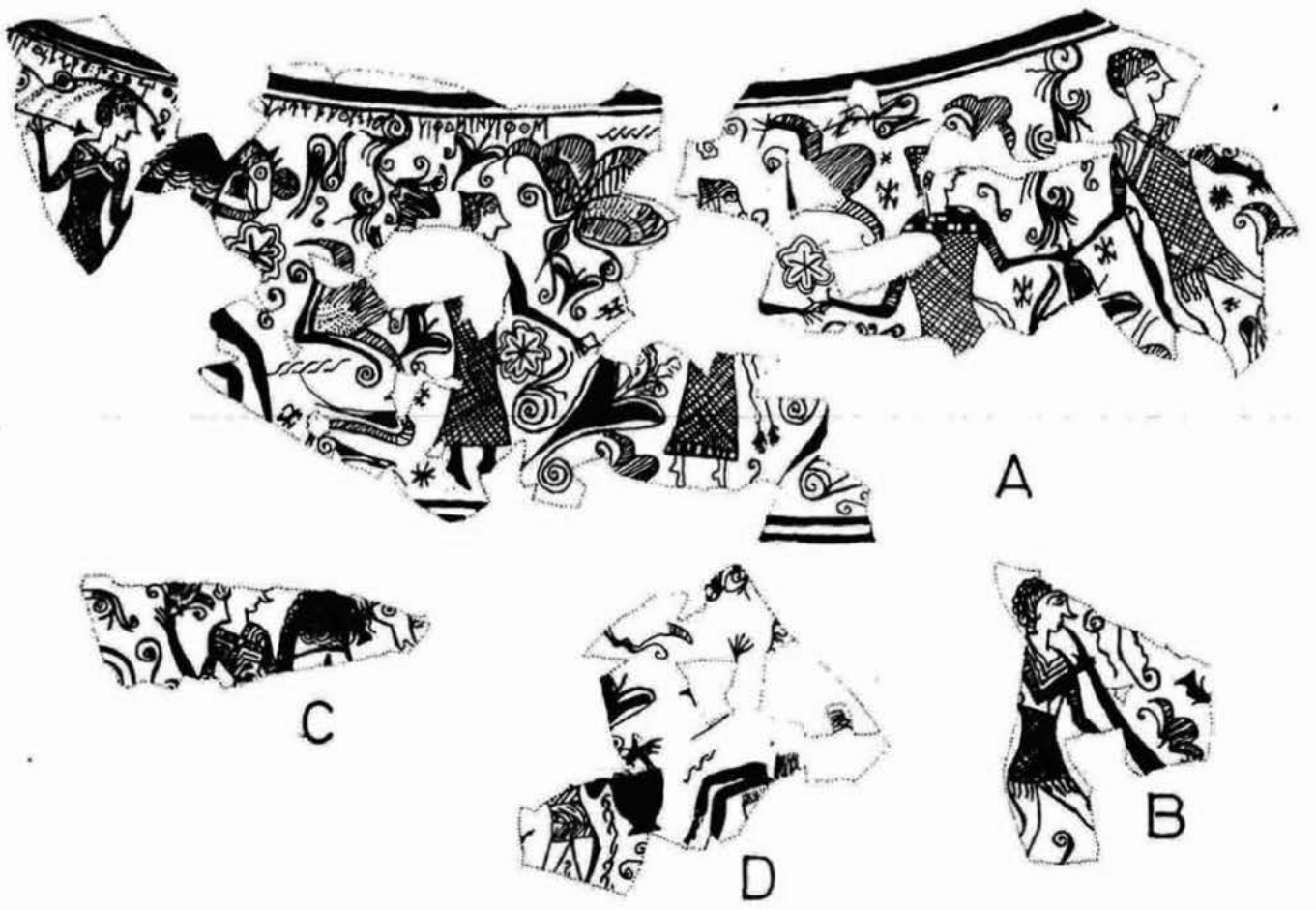


Fig. 6.— «Vaso de la danza del guerrero con falcata», Llíria. S.I.P.

social, aunque es sugestivo pensar en el paso desde una peculiar realeza con entronque mítico, al estilo de la descrita para Tartessos (Caro Baroja, 1971: 55-159), hacia una hegemonía de castas guerreras, bien representada en necrópolis como El Cigarralejo o Baza (Presedo, 1982), en las que las esculturas —muy escasas— han desaparecido del paisaje funerario para refugiarse en el interior de las tumbas. Esta segunda etapa podría coincidir con la preponderancia de las tribus, cuyos nombres conocemos por los textos clásicos, (oretanos, bastetanos, contestanos...), que traducen un sistema de territorialización y jerarquías autónomo. Hacia el siglo III se puede presumir que exista un sistema de asambleas de *principales*, hasta cierto punto acorde con los relatos de la Segunda Guerra Púnica que hacen referencia al secuestro de rehenes de hijos de familias notables como medio de presión (Polibio III, 97-99). Entre las fases primera y segunda hay una ruptura violenta (destrucción de las esculturas), mientras que entre la segunda y la tercera se da una evolución gradual.

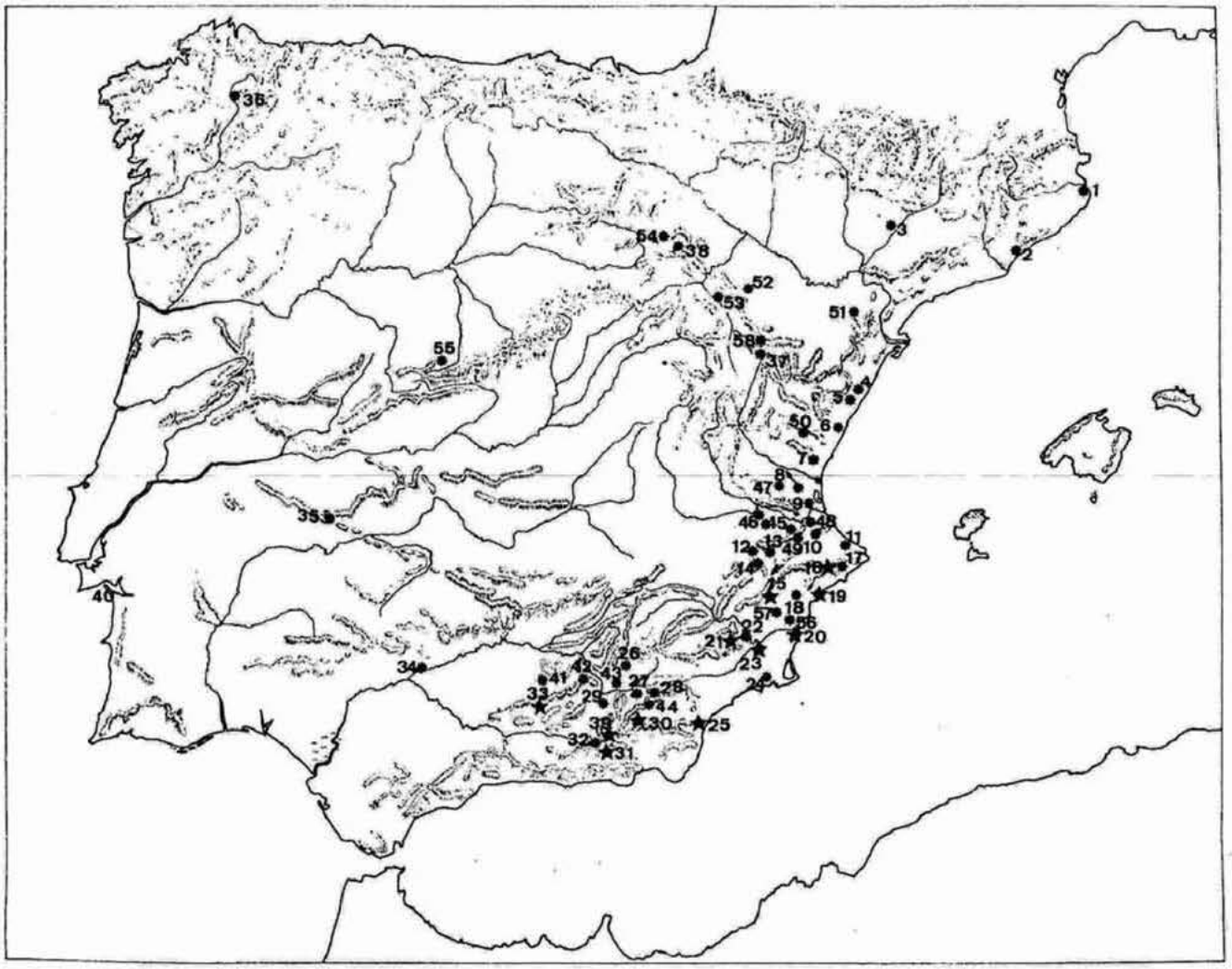
A partir del segundo momento situamos el desarrollo de juegos gladiatorios y de *venationes* entre los iberos (Ville, 1981: 49-50), lo que supone proponer un rasgo cultural equiparable al documentado en ambientes itálicos, singularmente entre los etruscos, samnitas y oscos, y adentrarse en el conocimiento de una cultura que desde el siglo V a.C. experimentó diversos cambios y alcanzó logros visibles en sus creaciones artísticas, sólo comparables a las ocurridas en escasos ámbitos influídos por la civilización clásica. Supone, asimismo, ampliar las bases de interpretación del ritual funerario ibérico dejando entrever un nuevo sentido para juzgar la duplicidad de juegos de armamento en tumbas, con expresión plástica en ciertos temas figurativos del arte ibérico de baja época, distanciándolos de la relación con los episodios de la conquista militar romana para interpretarlos como reflejo de aconteci-



Fig. 7.— Vaso de La Serreta (Alcoi). Museo C. Visedo, Alcoi.



Fig. 8.— Fragmento ibérico de Elx (Universidad de Burdeos)



* *1 a 4* ★ *más de 5*

1.— Necrópolis de Les Corts (Empúries)
2.— Necrópolis de Cabrera (Mataró)
3.— Poblado de La Pedrera de Vallfogona (Balaguer)
4.— Necrópolis de La Solivella (Alcalà de Xivert)
5.— Necrópolis de Les Sitges (Torre En Doménech)
6.— Necrópolis de Orleyl (La Vall d'Uixó)
7.— Poblado del Puntal dels Llops (Olocau)
8.— (?) Finca de La Jimena (Sinarcas)
9.— Necrópolis de Els Ebols (Alcúdia de Carlet)
10.— Poblado de La Covalta (Albaida)
11.— Necrópolis de El Castellar (Oliva)
12.— Necrópolis de La Hoya de Santa Ana (Chinchilla)
13.— Poblado de El Amarejo (Bonete)
14.— Necrópolis de El Tesorico (Hellín)
15.— Necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla)
16.— Necrópolis de La Serreta (Alcoi)
17.— Poblado de El Xarpolar (Margarida)
18.— (?) Novelda
19.— Necrópolis de La Albufereta (Alicante)
20.— Necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura)
21.— Necrópolis de El Cigarralejo (Murcia)
22.— Necrópolis de El Cabezo del Tío Pío (Archena)
23.— Necrópolis de El Cabecico del Tesoro (Murcia)
24.— Necrópolis de Los Nietos (Murcia)
25.— Necrópolis de Villaricos (Almería)
26.— Necrópolis de Cástulo (Linares)
27.— Necrópolis de Toya (Peal de Becerro)
28.— Necrópolis de Tugia (Castellones de Ceal)
29.— Necrópolis de La Guardia (Galera)
30.— Necrópolis del Cerro del Santuario (Baza)
31.— Necrópolis del Mirador de Rolando (Granada)
32.— Necrópolis de Illora
33.— Necrópolis de los Collados (Almedinilla)
34.— Necrópolis de Cárbula (Alcalá del Río)
35.— Campamento de Cáceres el Viejo
36.— Museo Provincial de Lugo
37.— Poblado del Alto Chacón (Teruel)
38.— Necrópolis de Quintanas de Gormaz (Soria)
39.— Necrópolis de Tózar (Illnaoz)
40.— Necrópolis de Alcácer do Sal (Setúbal)
41.— Necrópolis de Fuente Tójar (Córdoba)
42.— Necrópolis de Alcalá la Real (Jaén)
43.— Necrópolis de Tózar (Moclín)
44.— Necrópolis de Acci (Guadix)
45.— Poblado de La Bastida de les Alcuses (Moixent)
46.— (?) Bolbaite
47.— (?) Buñol
48.— (?) Partida de Els Terrers (Alcúdia de Crespins)
49.— Necrópolis del Corral de Saus (Moixent)
50.— (?) Bicorp
51.— Poblado de San Antonio de Calaceite
52.— Necrópolis de Ascóbriga (Monreal de Ariza)
53.— Necrópolis de Carabias (Guadalajara)
54.— Necrópolis de Lixama (Soria)
55.— Necrópolis de La Osera (Ávila)
56.— Poblado de L'Alcúdia d'Elx
57.— Necrópolis del Puntal de Salinas (Villena)
58.— Caminreal (Teruel)

Fig. 9.— Distribución de hallazgos de falcatas en la Península Ibérica

mientos propios de la vida colectiva de las comunidades ibéricas. En esta fase helenística es casi inevitable la alusión comparativa a las informaciones derivadas de la literatura latina, o de las artes figurativas de los pueblos itálicos, ya que son o bien las únicas o las más abundantes de que disponemos. Al leer la descripción del *munus* que Publio Escipión dispuso en Cartagena en honor de su padre y de su tío en el 206 (Liv. XXVIII, 21; Sil. Itálico, *Pun* XVI, 527-548; Zonaras IX, 1) en el que dos hermanos se jugaron *de principatu civitatis*, como recoge Ville, o al conocer, por otra parte, la existencia de aquellos «hermanos Arvales» (Scheid, 1975) que, siendo también soldados, entonaban un himno indescifrable en las fiestas de Ceres, se encuentra un ambiente transponible a las composiciones figurativas de la cerámica de Llíria, aunque esa comparación deje espacio para una manera ibérica de hacer y representar, original en el contexto mediterráneo.

ADDENDA

Finalizado este estudio, hemos tenido ocasión de examinar las falcatas halladas en la necrópolis ibérica de La Serreta (Alcoi), conservadas en el Museo Camilo Visedo, apreciando el hallazgo de varios ejemplares con decoración argéntea y, especialmente, una pieza procedente de las excavaciones de 1990 cuya decoración, de nuevo, presenta rasgos idénticos a los de la pieza objeto de publicación. El contexto cronológico de esta nueva falcata es del siglo IV a.C. Agradecemos a los conservadores del Museo de Alcoi la gentileza de habernos mostrado la pieza.

NOTAS

1 Estudio realizado dentro del proyecto *Imagen, Mito y Sociedad en la Cultura Ibérica*, subvencionado por la CICYT.

2 La vendedora asegura haber hallado casualmente estas armas en El Rabosero de Torres-Torres, pero la confirmación por parte de la directora del Museo de Teruel de habérsele ofertado las mismas piezas en 1985 atribuyendo entonces el hallazgo a la provincia de Soria, descarta la posibilidad de confirmar su procedencia, sólo deducible de su tipología y área de dispersión general.

3 Homero, *Ilíada* V, 782-3: «Cuando llegaron al sitio donde estaba el fuerte Diomedes, domador de caballos, con los más y mejores de los adalides, que parecían *carniceros leones* o *jabalíes*, cuya fuerza es grande, se detuvieron».

4 Esta pieza, hallada en 1899 en el sector en que se encontró la Dama d'Elx dos años antes, fue publicada por Sandars quien la atribuye, erróneamente, a Osuna. Se conserva en el M.A.N. desde su regreso a España en 1941.

5 Estr. III, 4, 15: «...los íberos en sus guerras, han combatido, pudiéramos decir, como guerrilleros, porque, luchando al modo de bandoleros, iban armados a la ligera y llevaban sólo, como hemos dicho de los lusitanos, jabalina, honda y espada. La infantería llevaba también mezcladas fuerzas de caballería». Estr. IV, 4, 2: «...los íberos administran y desmenuzan la guerra, atacando unos por un lado y otros por otro, a la manera de bandoleros». (Versión de García y Bellido).

6 El hecho de que varias «copas grandes con pie indicado» de Llíria y algunos sombreros de copa sirvan de soporte al arte figurativo, con composiciones narrativas, confiere a la cerámica la categoría de vehículo de un lenguaje intencionado, comprensible en el contexto de la sociedad ibérica que los realizó, tal vez, como elementos propios de las celebraciones a que aludimos.

BIBLIOGRAFÍA

Abad Casal, L. (1987): «La Cultura Ibérica». *Historia General de España y América*, ed. Rialp, Madrid.

Almagro Basch, M. (1979): «Los orígenes de la toréutica ibérica». *TP*, 36.

Almagro Gorbea, M. (1978): «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro». *TP*, 35.

Aranegui, C. (1986): «Cerámica y artes decorativas». En *Historia del Arte Valenciano*, 1, Editora Valenciana, Valencia.

Aranegui, C. (1987): *Historia de la cerámica valenciana* I. Vicent García ed., Valencia.

Atencia, R. y Beltrán, J. (1989): «Nuevos fragmentos escultóricos tardorrepublicanos de Urso». *Estudios sobre Urso. Colonia Iulia Genetiva*, Ed. Alfar, Sevilla.

AA.VV. (1988): *Celtíberos*. Catálogo de la exposición en las salas del Palacio de Sástago, Zaragoza.

Ballester, I. y otros (1954): *Las cerámicas del Cerro de San Miguel de Liria*. C.V.H. II, Madrid.

Beltrán, M. (1973): *Estudios de Arqueología Cacereña*, Zaragoza.

Bianchi-bandinelli, R. y Torelli, M. (1986): *L'arte della Antichità Classica. Etruria-Roma*. Utet Librería, Torino.

Blanco, A. (1956): «Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península»., *AEspA*, XXIX.

Blanco, A. (1987): «Las esculturas de Porcuna. I. Estatuas de guerreros». *BRAH*, CLXXXIV.

Blanco, A. (1988): «Las esculturas de Porcuna. II. Hierofantes y cazadores», «III. Animalia». *BRAH*, CLXXXV.

Blánquez, J.J. (1990): *La formación del mundo ibérico en el sureste de la Meseta. (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*. Inst. de Est. Albacetenses, Albacete.

Cabré, M. y Motos, F. (1920): *La necrópolis de Túrugi (Galera, Granada)*, MJSEA 25, Madrid.

Cabré, M.ª E. (1934a): «El modelo de falcata más típicamente hispánico». *ACFABA*, *Homenaje a Mélida* II.

Cabré, M.ª E. (1934b): «Dos tipos genéricos de falcata hispánica». *AEAA* X.

Cabré, J. (1944): *Cerámica de Azaila*. C.V.H. I, Madrid.

Caro Baroja, J. (1971): «La realeza y los reyes en la España Antigua». *Estudios sobre España Antigua*, Cuad. de la Fundación Pastor, 17, C.S.I.C., Madrid.

Coghland, H.H. (1956-57): «Etruscan and spanish swords of iron». *Sibrium*, III.

Cuadrado, E. (1952): «Exvotos equinos del santuario ibérico del Cigarralejo (Murcia)». *Atti del Primo Congresso Int. de Preistoria e Protoistoria Mediterranea*, Florencia.

CUADRADO, E. (1987) *La necrópolis ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)*. B.P.H., XXIII, Madrid.
CUADRADO, E. (1989): *La panoplia ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)*. Ed. Regional, Murcia.
FLETCHER, D. (1965): *La necrópolis ibérica de La Solivella (Alcalá de Chivert)*. T.V. del S.I.P., 32, Valencia.
GARCÍA Y BELLIDO, A. (1943): *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941*. C.S.I.C., Madrid.
GARCÍA Y BELLIDO, A. (1953): «Le «trésor» de Tivissa». *Gazette des Beaux Arts*, avril.
GARCÍA DE LA CHICA, J. (1957): «El armamento de los iberos». *RABM*, LXII.
LENERZ DE WILDE, M. (1986), «Art celtique et armes ibériques». Suppl. 1 à *Aquitania*.
LEÓN, M.ª P. (1981): «Plástica ibera e iberorromana». *La Baja Época de la Cultura Ibérica*, A. Esp. A. A. Madrid.
LOLLINI, D.L. (1979): «I senoni nell'Adriatico alla luce delle recenti scoperte». *Les mouvements celtiques du Ve au Ier siècle avant notre Ére*, IX Congr. Int. Sciences Préhist. et Protohist., Paris.
LLOBREGAT, E. (1972): *Contestania Ibérica*. I.E.A., Alicante.
MAESTRO, E.M.ª (1989): *Cerámica ibérica decorada con figura humana*. Zaragoza.
MALUQUER DE MOTES, J. (1926): «El santuario hispano de la Sierra de Murcia». *IMJSEA*, 77'.
NEGUERUELA, I. (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna, Jaén*. Ministerio de Cultura, Madrid.
NIETO, G. y ESCALERA, A. (1970): «Estudio y tratamiento de una falcata de Almedinilla». *Informes y Trabajos del ICROA*, 10.
OLMOS, R. (1987): «Posibles vasos de encargo en la cerámica ibérica del sureste». *AEspA*, 60.
PLA, E. (1968): «Instrumentos de trabajo ibéricos en la región valenciana». *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*, ed. Vicens Vives, Barcelona.
PLA, E. (1969): «El instrumental metálico de los obreros ibéricos valencianos», X *CNA*, Zaragoza.
PRESEDO, J. (1982): *La necrópolis de Baza*. EAE, 119, Madrid.
QUESADA, F. (1988): «Las acanaladuras en las hojas de falcatas ibéricas». *CuPAUAM*, 15.
QUESADA, F. (1989): *Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de «El Cabecico del Tesoro» (Murcia, España)*. B.A.R. Int. series 502 (ii), Oxford.
RIVERO, M.ª C. (1974): «Algunas cerámicas ibéricas decoradas del 'Castro de la Plaza del Tercio' (Torrecillas de la Tiesa, Cáceres)». *Zephyrus*, XXV.
RODRÍGUEZ OLIVA, P.; PEREGRÍN, F. y ANDERICA, J.F. (1983): «Exvotos ibéricos con relieves de équidos en la Vega Granadina». XVI *CNA*, Zaragoza.
ROUILLARD, P. (1988): «Tombe, sculpture et durée chez les Ibères», *Hommage R. Etienne*, París.
ROUILLARD, P.; LLOBREGAT, E.; ARANEGUI, C.; GRÉVIN, G.; JODIN, A. y UROZ, J. (1990): «Du nouveau sur la civilisation ibèrique: les fouilles de Cabezo Lucero». *CRAI*, avril-juin.
SANDARS, H.G. (1913): «The weapons of the Iberians». *Archaelogy*, LXIV.
SCHEID, J. (1975): *Les Frères Arvales*. BEHE Sciences Religeuses, 77, París.
SHÜLE, W. (1969): *Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Berlín.
VAQUERIZO, D. (1989): «Armas de hierro procedentes de la necrópolis de 'Los Collados' (Almedinilla, Córdoba)». *PLAV*, 22.
VILLE, G. (1981): *La gladiature en Occident des origines à la mort de Domitien*. BEFAR 245, Roma.
ZEVI, F. (1990): «Tomba del guerriero di Lanuvio». *Archeologia a Roma. La materia e la tecnica nell'arte antica*, De Luca Edizioni d'Arte, Roma.

LA INSCRIPCIÓN DE LA FALCATA

Sobre el canto posterior de la hoja de la falcata, a unos 7'5 cm. por debajo de la empuñadura, está grabada una inscripción ibérica, es decir en escritura ibérica del tipo levantino, de c. 6 cm. y formada por nueve caracteres de 5 a 7 mm. de altura, el último de ellos muy borroso (fig. 1, lám. VI)[1]. La lectura no presenta excesivas dificultades, aunque sí un par de puntos dudosos. Los dos primeros signos podrían hipotéticamente ser dos parejas de signos solapados, lo que implicaría una lectura **kelkel**, o tal vez **kenkel** o **keikel**, pero me parece más atendible la interpretación que voy a mantener. En principio propongo **kekebesteekiarte**, suponiendo que el tercer signo, para el que no existen paralelos realmente indiscutibles pero sí aproximados, sea el grafema *be*, y admitiendo la lectura *te* para signo final que parece segura aunque esté dañado, y suponiendo también, lo que no es en absoluto seguro ni siquiera probable, que la inscripción legible hoy día sea la totalidad de lo en su día grabado por el escriba ibérico, y que la degradación superficial del hierro no haya hecho desaparecer por completo algunos signos. De hecho desde el comienzo del canto de la hoja —el mango es demasiado estrecho para haber estado inscrito— hasta el comienzo de la inscripción hay c. 10'7 cm. en los que se ha perdido el material superficial que sí pudo estar inscrito, incluso puede considerarse muy probable que hayan existido al menos algunos signos previos a lo hoy conservado, ya que se ve el final inferior de un trazo

vertical que precede inmediatamente al primer signo. En cuanto a la parte final no sería imposible, aunque tampoco se advierten restos, que hubiesen existido uno o dos signos más. En cualquier caso la inscripción contaría con un sintagma nuclear que es el que se nos conserva, y que como veremos tiene abundantes paralelos en la epigrafía ibérica. La única modificación de importancia que podría aportar al análisis propuesto una mejor conservación del texto afectaría al N(ombre de) P(ersona), que podría ser otro del aquí considerado.

Hay que subrayar en cualquier caso que desde el punto de vista paleográfico se trata de una inscripción bastante peculiar. Los paralelos que he podido recoger, prescindiendo de los signos **ki**, **a** y **r**, cuyas formas son demasiado banales y por lo tanto poco significativas, son los siguientes:

ke: aparece dos veces en la falcata ambas con la misma forma; de las distintas variantes en que está atestiguado este signo en la escritura ibérica[2] hay una muy próxima a la que encontramos en la falcata —*Epigrafía* 41, n.º 26.5, atestiguada en Ensérune B.1.13[3], Liria, inscripciones cerámicas 7 y 70, y plomos[4], Orleyl 5[5], Enguera[6], y tal vez Serreta 6[7]—; en ella ambos extremos de un semicírculo se prolongan más allá de la línea vertical que le cierra, mientras que en la falcata el extremo inferior no traspasa la línea vertical y el superior se dobla ligeramente hacia abajo, pero la estrecha relación de ambos tipos es evidente.

be: se trata de un signo único, y su lectura no puede considerarse segura. Las variantes de *be* —*Epigrafía* 37— que se le aproximan, y que me llevan a adoptar esa interpretación son la n.º 18.2 y 18.11, variantes respectivamente redondeada y angulosa de un signo que aparece no sólo en diversas formas intermedias sino también en distintos grados de alargamiento, de las cuales las más próximas al signo de la falcata se encuentran en Pech-Maho —B.7.5[8] y el segundo de los plomos[9]—, y Ruscino —B.8.20—. Una forma próxima, pero con sólo dos apéndices superiores en vez de tres, está atestiguada en la versión redondeada en la inscripción cerámica Liria 62, y en dos variantes de la angular, en el plomo de Las Corts[10] —*Epigrafía* 37, n.º 18.12—, y en la estela de Benasal[11] y dudosamente en un grafito de Azaila[12] —n.º 18.13—. Es curioso que en Villares, inscripciones 4, 6 y 7[13], está atestiguado un extraño signo muy próximo al que ahora comentamos, pero como allí tiene claramente el valor *ke*, que en la falcata está con seguridad representado por otro signo, hay que atribuir el parecido formal a simple coincidencia.

s: este signo corresponde a una de las variantes más comunes en ibérico —*Epigrafía* 36, n.º 14.1-3 y 10—, con la única salvedad de que normalmente aparece en realizaciones angulosas. El tipo curvilíneo que encontramos aquí está también atestiguado en Liria, inscripciones cerámicas 3, 18, 21, 52, 57, 75 y plomo, en Villares 6, en Pech-Maho, plomos 3a y 4[14], en Ullastret —*Epigrafía* pp. 130-131, n.º 226, plomo—, en Castell de Palamós[15] y en El Solaig[16].

te: un caso seguro y otro casi seguro. Pertenecen a la variante menos común —*Epigrafía* 44, n.º 32.4 y 5—, en la que el círculo o rombo está atravesado por un solo trazo y vertical. Este signo está atestiguado en el plomo 3b de Pech-Maho, en donde sin embargo se trata de un rombo a diferencia de la falcata, y en forma plenamente coincidente con la que nos ocupa, es decir círculo con trazo central vertical, en Liria, inscripciones cerámicas 53, 70 y 75, y Orleyl, plomo 8[17].

e: los paralelos exactos habría que buscarlos fuera del área propiamente ibérica, por ejemplo entre los celtíberos, pero ateniéndonos a ésta se pueden señalar formas cercanas a la de la falcata, aunque no idénticas. Las variables del signo afectan al número de trazos horizontales, a su inclinación hacia arriba o hacia abajo, y a la prolongación o no del trazo vertical más allá de los horizontales superior y/o inferior. En la falcata tenemos cuatro trazos horizontales, con inclinación hacia abajo, y sin prolongación del tallo vertical; las formas ibéricas más próximas tienen tres trazos horizontales sin prolongación del vertical e inclinados hacia arriba —*Epigrafía* 28, n.º 2.2: Liria, inscripciones cerámicas 11, 40, 55, 75 y 90, plomos de Ullastret (*Epigrafía* 28, n.º 225 y 226), Castell de Palamós y estela de Caspe[18]—, cinco trazos horizontales inclinados hacia abajo y sin prolongación del vertical —vaso de Ullastret, n.º 2576 del inventario del Museo—, y tres trazos horizontales inclinados hacia abajo con prolongación inferior del vertical —grafito de la colección Angosto García-Vaso en el Museo de Cartagena[19]—.

Los resultados de la comparación paleográfica no arrojan resultados claros; no existe ninguna inscripción, y menos un grupo definible y con unidad cronológica o de origen, que presente una combinación de signos semejantes a los de la falcata, y los paralelos aislados de cada signo proceden de lugares diversos y tienen fechas también variadas. En realidad esto no debe sorprendernos porque cuando salimos de ciertos grupos relativamente coherentes, en especial las monedas, la paleografía de las inscripciones ibéricas muestra tanta diversidad como la de las meridionales. Debieron existir variantes locales y cronológicas bien definidas, aparte de estilos puramente individuales, pero a falta de información suficiente y de estudios de los textos que poseemos desde este punto de vista, no podemos sacar conclusiones significativas, y habitualmente no estamos en condiciones de adscribir un texto a una zona o a unas fechas partiendo del estudio paleográfico. Éste es desde luego el caso de la falcata.

La interpretación del texto resulta por el contrario menos desesperada de lo habitual en las inscripciones ibéricas. Propongo una segmentación *kekebes-te-ekiar-te*, basada sobre todo en el vocablo bien conocido *ekiar*, y

que implicaría un N(ombre de) P(ersona) *kekebes*, seguido de un sufijo *-te*, del vocablo mencionado y de un nuevo sufijo.

La existencia de un NP ibérico *kekebes* no resulta evidente; no está atestiguado en el repertorio de NNP ibéricos[20], y no es seguro que pueda ser descompuesto en elementos aproximables a los que se combinan en ese repertorio, pero a la vista de los contextos en que aparece *ekiar*, y que veremos enseguida, y dada la brevedad del texto, me resulta difícil de aceptar cualquier otra interpretación.

De tratarse efectivamente de un NP cabrían diversos análisis sin salirnos, por obvia cautela, del esquema ibérico usual, es decir nombre compuesto de dos elementos, habitualmente bisílabos. Podríamos pensar en un primer elemento no atestiguado hasta la fecha, *keke*, seguido de un segundo, *(i)bes*, que sería una variante del n.º 58 del repertorio de Untermann (*ibeis*, *ibeś*). Una segunda posibilidad algo más aventurada nos proporcionaría dos elementos ya atestiguados, el n.º 50 del citado repertorio, atestiguado exclusivamente a través de la latinización ENNEGES del NP de un soldado de la *turma salluitana*, cuyo segundo elemento correspondería en escritura ibérica a **ekes* o posiblemente **eke*, y el n.º 74, atestiguado en escritura latina como GIBAS y en ibérica como *kibas* y *kibaś*. El problema de esta segunda interpretación es que debemos suponer una haplografía, o incluso una haplología, **-eke-kibes* > *ekebes*, y que nos deja un residuo no analizable como parte del NP, que tendríamos que interpretar como un prefijo *k(e)-* de función absolutamente desconocida pero paralelizable al menos en casos como el *ke-baites* de Yátova 1[21].

Poco problemático es por el contrario el sufijo *-te*, que está bien atestiguado con NNP[22], y que como veremos al hablar de los contextos de *ekiar* es frecuente en las cercanías de ese vocablo.

La clave de la interpretación reside precisamente en *ekiar*[23]. Se trata de una de las secuencias más repetidas en la epigrafía ibérica, y lo que es más significativo, de una secuencia atestiguada sobre documentos de muy diversa índole, lo que multiplica las posibilidades del análisis comparativo. Recientemente Fletcher ha recogido los testimonios en un trabajo muy cuidadoso[24], en el que se contiene también la historia de la interpretación del término[25]. De todas formas, y para mayor seguridad en los resultados, he reunido mi propia colección de testimonios que contrastada con la de Fletcher ofrece muy pocas diferencias; de un lado añado la inscripción de Caminreal[26], aún no publicada cuando Fletcher realizó su trabajo, y de otro suprimo algunos ejemplos de Fletcher, en concreto las inscripciones de Sinarcas, del rhyton de Ullastret, de Aubagnan, y los n.os 56 y 90 de Liria, que no me parecen suficientemente seguras, en la mayor parte de los casos por tratarse de secuencias incompletas, en Sinarcas por dificultades de lectura, y en Ullastret porque en vez de *r* encontramos *ŕ*.

Aun con esas supresiones contamos con dieciocho ejemplos de textos en que figura *ekiar*, en algunos de los cuales veremos que se repite el vocablo. En cuanto a la inscripción n.º 40 de Liria, que está evidentemente constituída por varios textos independientes, la incluyo tres veces en la cuenta.

Atendiendo a los soportes las incripciones se distribuyen de la forma siguiente: inscripción sobre falcata que aquí comentamos, inscripción sobre punzón de hueso de Peña de las Majadas, es decir dos inscripciones sobre objetos de uso, inscripción sobre plomo de El Solaig, leyenda monetal de *arse*, inscripción musivaria de Caminreal, y trece inscripciones cerámicas de las que una procede de Los Villares y las restantes de Liria, y que con la excepción del n.º 34+80 de Liria, incisa, son inscripciones pintadas.

La carpeta de *ekiar* comprende, aparte la falcata aquí presentada, los siguientes textos:

Punzón de hueso de la Peña de las Majadas con inscripción incisa que podría no estar completa[27]:
nefsetikantekiarYi[.

Moneda de *arse* (Sagunto), leyenda en reverso A.33-2: corresponde a las series en plata más antiguas de la ceca (Villaronga) o más probablemente a las que siguen tras la primera acuñación (Untermann, y vid. infra)[28]:
arsakiskuekiar/arseetar.

Mosaico de opus signinum que cubre la totalidad del suelo de una estancia, abierta al atrio, en una casa de estilo helenístico del yacimiento celtibérico de Caminreal (Teruel), fechado por los excavadores entre la segunda mitad del siglo II a.C. y el primer tercio del siguiente, con inscripción también musivaria, situada de forma que fuese legible desde la entrada de la estancia, y enmarcando por un lado el medallón central del mosaico[29]:
likinete:ekiar:uskeŕteku.

Plomo procedente de El Solaig (vid. n.º 15), línea 2.ª de la cara A:
iunstir:ekiartone:bele<ś>tar:senYŕun:etesiliŕ.

Inscripciones sobre cerámicas de Liria, todas ellas pintadas excepto un grafito que se señalará en su momento, y todas ellas sobre vasijas del llamado estilo de Liria[30]:

Liria 1: sobre el ala de un kalathos:
]ban:unskeltekiar:ban:[.

Liria 8: sobre el borde de una copa de pie bajo:

ebiſkiśaleikukitekia[ṛ .]ſkeiabaſ : ketin(?)oſakaſ-kuta.keſeki<a>(?)ulkersibertekitete.

Liria 9: sobre el ala de un kalathos:
]bankuſs:kaſesbanite:ekiar:saltutibaite:iums-tiſ:toli[rbi]tane:basśumitatiniſe.

Liria 16: en la parte superior de una tinaja, inscripción horizontal bajo decoración de dientes de lobo y sobre escena figurada:
tuśe[?]tia:ka(?)kuekiar[ ]kemiekiar.

Liria 18: en la parte superior de una copa de pie bajo, bajo bandas y sobre escena figurada:
]Ybankuśekiar:biuftite[ ]besuminkuekiar — motivo decorativo en forma de espiral— YbaſkuśbanY-baſkuś.

Liria 24: en el borde de un kalathos:
ę] ḳiekon:ekiar(?)[(realmente se lee *ekiaku*, pero dado el parecido de ambos signos podría tratarse de *ekiar*).

Liria 34+80: grafito inciso en el borde de un kalathos que contiene otro grafito (Liria 79), más superficial y al parecer de otra mano, invertido con relación al 34+80:
..]rbante[ṇ-(-) ḳi]arbaniYbaſe.

Liria 40.1: en la parte superior de una tinaja, bajo bandas y sobre escena figurada:
.]baserte:bonantite:Ybaſte:bortebara:kaſesirtee-kiar:banite:kaſ[(?).

Liria 40.3: en la misma tinaja, con desarrollo perpendicular a partir de la base de 40.1, entre dos figuras de jinete:
ebiſteekiar.

Liria 40.9: en la misma tinaja, desarrollo vertical entre las patas de un caballo, con *ekiar* escrito por falta de espacio en lo que llamaríamos «sobre *bikir*» si la inscripción fuese horizontal:
kaſesbobikir/ekiar.

Liria 70: inscripción integrada en la decoración fito y zoomorfa de un fragmento:
]ụniske(?)ltekiar:kinsi[.

Liria 76: siguiendo el borde de la tapadera de una tinajilla dentada:
](?)kiskeſ:eḳiạſ:bankebeſeịẎbạſ[-](?):baltuśer:ban:

Inscripción pintada sobre el borde de una tinaja pequeña de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia) (vid. n.º 12):

ḅạ]lkarte: ekiar[..

Algunos de esos textos se prestan más que otros a un primer análisis, pero en casi todos ellos se puede llevar la segmentación un poco más lejos de lo que indica la mera ortografía ibérica, como se deduce de los análisis que siguen:

falcata	NP-te-ekiar-te
Peña Majadas *arse*	NP[31]-te-(e)kiar-Yi[arsakisku-ekiar/N(ombre de) L(ugar)-etar(*arsakisku* es problemático; podría tratarse del NL *ars(e)* seguido de sufijos diversos, o de un NP solo o seguido del sufijo *-ku*[32]).
Caminreal	NP-te:ekiar:NL-ku[33]
El Solaig	**X**:iunstir:ekiar-tone:NP:**Z**[34]
Liria 1	]ban:NP-(e)kiar:ban:[[35]
Liria 8	ebiſ-kiśaleikuki-te-(e)kiar-**Z**[36]
Liria 9	**X**:kaſes-ban-ite:ekiar:NP-ite:**Z**[37]
Liria 16	**X**:kaku-ekiar-[ ]kemi-ekiar[38]
Liria 18	]Yban-kuś-ekiar:biuſ-tite[ ]besumin-ku-ekiar Ybaſ-kuś-ban-Ybaſ-kuś[39]
Liria 24	e]kiekon:ekiar[[40]
Liria 34+80	**X**-[e]kiar-ban-i-Ybaſ-e[41]
Liria 40.1	**X**:kaſes-irte-ekiar:ban-ite:**Z**[42]
Liria 40.3	ebiſ-te-ekiar[43]
Liria 40.9	kaſes-NP-ekiar[44]
Liria 70	]NP-(e)kiar:**Z**[45]
Liria 76	]kiskeſ:ekiar:**Z**[46]
Villares 1	-ba]lkar-te:ekiar[47]

De los análisis que preceden se deducen ciertas observaciones generales sobre el comportamiento de *ekiar*. En primer lugar que la forma propia del vocablo ibérico es *ekiar*, y que la variante *tekiar* resulta siempre de la fusión gráfica de un elemento terminado en *-te*, normalmente en el sufijo de esa forma, y *ekiar*; dado lo poco que sabemos de las reglas que justificaban la separación o contracción de elementos lingüísticos en ibérico, y las incoherencias que en ese terreno parecen observarse, no podemos sacar conclusiones de estos hechos, pero sí conviene subrayar la coexistencia de casos como *unskeltekiar, ebiſteekiar* y *kaſesbanite:ekiar*.

En segundo lugar es significativa la frecuencia de los casos en los que *ekiar* se encuentra junto a un NP, al que normalmente sigue.

Hay ciertos sufijos que se añaden a palabras próximas a *ekiar* o al propio *ekiar*. *-Yi* acompaña a *ekiar* en Peña de las Majadas; *-ku* figura en Caminreal, posiblemente en la leyenda monetal, tal vez en Liria 18, y muy improbablemente en Liria 16[48]. Pero mucho más significativo es el caso de *-te*, que aparece en la falcata, en Caminreal, en Peña de las Majadas, en Villares, y en Liria 8, 9 (?, forma *-ite?*), 40.3 y tal vez 40.1[49]. Tanto en la falcata como en Caminreal, Peña de las Majadas, Villares, y quizá Liria 8 *-te* se une a un NP que precede a *ekiar*, y en la falcata retorna una segunda vez al parecer unido a ese vocablo. En los restantes casos observamos un cierto paralelismo con el esquema NP-*te ekiar*, y también entre sí; el *ebiŕ-te-ekiar* de Liria 40.3 recuerda el *ebiŕ-kiśaleikuki-te-(e)kiar* de Liria 8, en el que como vimos no hay seguridad de que *kiśaleikuki* corresponda a un NP, y *kaŕes-ban-ite:ekiar* de Liria 9 recuerda a *kaŕes-irte-ekiar:ban-ite* de Liria 40.1, aunque no sabemos si sería correcta una segmentación *-ir-te*.

Por último hay ciertas secuencias que pueden pertenecer al léxico o al repertorio de palabras gramaticales ibéricas, que aparecen también reiteradamente en las proximidades de *ekiar*; es el caso de *ebiŕ* y *kaŕes* ya citados, y de *ban* y *banite*, el segunto tal vez ampliación del primero. *ebiŕ* es término sólo atestiguado en nuestros ejemplares de Liria; respecto a *kaŕes* hay que añadir de entre los materiales que aquí estudiamos el *kaŕesbobikiŕekiar* de Liria 40.9, y además *kaŕestareai* del plomo de Orleyl 7A[50], que se puede segmentar en *kaŕes-tar-eai*[51].

El análisis combinatorio no permite avanzar gran cosa en la interpretación de los textos *ekiar*, pero la variedad de los soportes sobre los que aparecen abre ciertas esperanzas de que el estudio comparativo de inscripciones comprensibles de similares características arqueológicas, a menudo denominado con excesivo optimismo método de los casibilingües, aporte algún progreso a la investigación.

Como ya he dicho contamos con textos sobre objetos de uso, sobre plomo, sobre mosaico, sobre cerámica, y con una leyenda monetal. Podemos precisar un poco más e indicar que los objetos de uso poseen ciertas pretensiones artísticas y pueden ser considerados suntuarios en el caso de la falcata o semisuntuarios en el del punzón, y que con raras excepciones las inscripciones cerámicas están pintadas en vasos decorados, y ocupan una posición característica, bien sea en el borde o ala, bien por encima de las escenas pintadas y bajo bandas o dientes de lobo que decoran la parte superior del vaso; aun teniendo en cuenta el mayor número de inscripciones en esas posiciones mencionadas que intercaladas en las escenas, puede ser significativo el escasísimo número de inscripciones *ekiar* de este último tipo.

Un primer paralelo que resulta evidente para un tipo de inscripción que aparece a la vez sobre objetos artesanales de valor, sobre mosaicos y sobre cerámica decorada con pinturas son las firmas de artista de la epigrafía clásica, y la habitual presencia de un NP junto a *ekiar* hace particularmente tentadora esta interpretación[52]. Es cierto que los paralelos corresponden a fechas diversas, y que una influencia directa del uso clásico no parece probable más que en el caso del mosaico, pero también lo es que se podrían citar paralelos de muchas otras culturas, y que más que pensar en términos de imitación debemos hacerlo en términos de respuestas similares a situaciones similares. Es significativo en ese sentido el que todo el complejo de las cerámicas pintadas de Liria, con sus escenas y sus letreros, tenga su mejor paralelo en la cerámica griega arcaica sin que exista por supuesto ninguna relación directa.

De aceptar el paralelo de las firmas de artista tendríamos que atribuir a *ekiar* el sentido de «hizo» —o «autor» o similar— o «hecho». En el primer caso sería necesario que el vocablo fuese acompañado normalmente por un NP que expresase el agente de la acción; en el segundo, según las marcas gramaticales que interviniesen, un NP presente en el contexto podría indicar el agente —«hecho por»— o el beneficiario —«hecho para»—, no tratándose por lo tanto de una auténtica firma de artista si sólo aparecía esta segunda formulación. En ambos habría que suponer que en aquellas inscripciones en las que no hemos podido identificar un NP, éste debe figurar en el contexto en forma para nosotros irreconocible o se ha perdido por desperfectos de la inscripción.

Hay sin embargo algunas objeciones que se pueden plantear a la hipótesis de la firma de artista. Como he dicho *ekiar* aparece en los vasos de Liria en inscripciones que ocupan una posición peculiar y en cierto modo destacada, como referencia a la totalidad del recipiente, lo cual podría ser un indicio en favor de la hipótesis que ahora consideramos, pero en la tinaja de las inscripciones n.° 40, además de la 40.1 que responde al tipo normal, aparecen otras dos inscripciones *ekiar* (40.3 y 40.9) integradas en las escenas pintadas, y que por lo tanto esperaríamos, a la vista de los mismos paralelos griegos, que correspondiesen a títulos aclaratorios de las ilustraciones. Además, aun suponiendo que pudiésemos llegar a interpretar como NNP los segmentos que preceden a *ekiar* en esas inscripciones, nos encontraríamos con tres artistas diferentes en un mismo vaso, lo que sin ser imposible no parece nada probable, o en el mejor de los casos con dos artistas y el beneficiario. Una objeción similar viene dada por la existencia de inscripciones en las que en el mismo contexto se repite la palabra *ekiar*.

Una tercera objeción se deriva de la no repetición de NP en ninguna de las inscripciones de Liria que nos interesan[53]. Se admite comúnmente que la cerámica de Liria era un producto especializado de algunos talleres, y que tenía una amplia comercialización; se admite también que su arco cronológico no abarca un

gran número de generaciones. Sería de esperar por lo tanto que el número de pintores y ceramistas activos no fuese muy alto, y que el azar de la excavación nos hubiese proporcionado alguna «firma» repetida. Naturalmente este argumento no es decisivo, entre otras cosas porque la variedad de estilos paleográficos que encontramos en las inscripciones es considerable.

En cuanto a los soportes de las inscripciones, sólo dos no apoyan directamente la hipótesis en consideración, el plomo de El Solaig y la moneda de Arse. En cuanto al plomo, dado su carácter de mero soporte de escritura, su contenido puede ser de lo más variado desde el punto de vista tanto gramatical como léxico, y no es en absoluto improbable que en él figurase una expresión que significase «hecho» o «hizo» o algo similar.

El caso de la moneda parece más difícil a primera vista, y sin embargo en él nos encontramos con un inesperado apoyo a nuestra hipótesis. Partiendo de argumentos puramente numismáticos y con anterioridad al conocimiento de la falcata, aunque tomando ya en consideración el mosaico de Caminreal y la cerámica de Liria, María Paz García-Bellido ha propuesto recientemente una interpretación de la leyenda monetal *arsakiskuekiar* como «obra de Arse» o similar[34], aunque advirtiendo de nuestro desconocimiento del valor gramatical de los elementos intercalados entre la base *-ars* y el vocablo *ekiar* que podría obligarnos a matizar ligeramente el sentido. Los argumentos numismáticos son los siguientes. La serie en cuestión pertenece según la autora citada al periodo de dominio púnico en Sagunto, es pues una emisión en lengua indígena pero bajo administración púnica, lo que explicaría ciertas peculiaridades como la existencia de divisores en bronce y la metrología de éstos, y el que la escritura de la leyenda, a diferencia de las restantes saguntinas, sea en ciertos casos levógira. Existen abundantes testimonios en cecas púnicas hispanas —Gadir, Sexi, Asido—, africanas y sicilianas de la leyenda *p't* acompañada por el nombre de la ceca emisora, lo que se traduce por «hecho/acción (acuñación) de (los ciudadanos de)...», y que reaparece en Bailo en fecha posterior en escritura latina bajo la forma FALT. La ingerencia púnica en las acuñaciones de Arse durante ese periodo implicaría la utilización de una fórmula ajena a la tradición indígena y propia de la numismática púnica, pero traducida al ibérico por medio de *ekiar*. Conviene subrayar que, de ser cierta esta atractiva hipótesis, difícilmente podría ser *arsakis(ku)* un NP de persona como he sugerido antes, ya que no hay ningún paralelo de la fórmula púnica con un nombre de magistrado.

En todo caso la leyenda saguntina no constituye ningún impedimento a la hipótesis sobre *ekiar* que venimos considerando, y que resulta en conjunto bastante verosímil, aunque desde luego no demostrada. Sus dificultades mayores son las ya mencionadas a propósito de las vasos de Liria.

Esas mismas dificultades se darían, e incluso más severamente, en el caso de dos hipótesis alternativas, la traducción de *ekiar* como «dedicó, donó/dedicado, donado» o como «propiedad de». Ambas implicarían además la dificultad adicional de que, tratándose de inscripciones cerámicas pintadas y no de grafitos, habría que suponer que todos los casos *ekiar* implican obras de encargo previo a la fabricación del vaso, lo que no es imposible pero sí muy poco verosímil[35]. Y en la primera alternativa —«dedicó/dedicado»— esperaríamos un cierto número de casos con dos NNP, el del donante y el del receptor, aunque por el lugar de los hallazgos o por sus características se puede contar con inscripciones votivas, en las que no es infrecuente la sola mención del dedicante cuando el contexto hace obvia la identidad de la divinidad, o la sola mención de esta última. Por otro lado la leyenda saguntina constituye un obstáculo difícilmente superable para cualquiera de estas dos hipótesis.

Hay sin embargo todavía otra alternativa contra la que según creo no se puede plantear ninguna objeción insuperable; *ekiar* podría ser un título[36], es decir un nombre común que frecuentemente aparecería acompañando a un NP pero que también podría ser utilizado por sí solo. Esta hipótesis alternativa elimina las dificultades planteadas por las inscripciones 40.3 y 40.9 de Liria que podrían ser puestas en relación con las figuras de jinetes que ilustran el vaso, pero encaja peor con las restantes inscripciones cerámicas, ya que, no siendo esperable que el título en cuestión fuese apropiado para humildes ceramistas o pintores, habría que pensar en NNP de propietarios, y por lo tanto una vez más en encargos previos a la fabricación, a no ser que se tratase de textos genéricos con menciones de personajes legendarios.

Con las restantes inscripciones la hipótesis del título no plantea graves problemas. En el caso del punzón, de la falcata y del mosaico estaríamos ante inscripciones de propiedad en las que el NP del propietario iría acompañado de su título; el hecho de que en el punzón *ekiar* vaya seguido del morfema *-Yi*, para cuya función existen indicios importantes de que puede expresar la noción de propiedad[37], serviría de apoyo a esta última hipótesis. En contrapartida no se ve ninguna explicación por el momento para la presencia del sufijo *-te* en las tres inscripciones mencionadas, ya que en ningún caso con independencia de ellas mismas se advierten indicios de que pueda tener un valor posesivo.

En cuanto a la leyenda monetal, la única forma de integrarla en la hipótesis que ahora consideramos pasa por aceptar la interpretación de *arsakis(ku)* como un NP, un magistrado monetal lógicamente, responsable de las emisiones en cuestión.

En conclusión no podemos llegar a una interpretación definitiva de las inscripciones *ekiar*. Los sufijos o

elementos gramaticales que aparecen en ellas son todavía demasiado oscuros como para que puedan ayudarnos a clarificar la cuestión —ya he mencionado el caso más claro, es decir *-Yi*—, y lo mismo cabe decir de los elementos posiblemente léxicos como *kaŕes*. Pueden descartarse algunas hipótesis, pero existen dos alternativas contra las que no se puede esgrimir una objeción definitiva pero sí dificultades de cierto peso, que no sólo son distintas en cada caso sino que pueden servir de apoyo a una de las hipótesis a la vez que contradicen la alternativa. Debemos por lo tanto esperar el hallazgo de nuevos datos antes de decidir si *ekiar* se traduce aproximadamente por «hizo/hecho» o por un título.

NOTAS

1 Inicialmente conocí esta inscripción gracias a un dibujo proporcionado por Carmen Aranegui, a la que agradezco cordialmente su amabilidad, y no en último lugar porque ello me permite contribuir a recordar a Enrique Pla; posteriormente, el 1 de octubre de 1990, tuve ocasión de examinar con toda calma el original en el Museo de Prehistoria de Valencia gracias a los buenos oficios de Bernat Martí Oliver, al que quedo igualmente agradecido.

2 Maluquer, 1968: 41. Para comodidad del lector reenvío a esta obra, utilizando la abreviatura *Epigrafía*, como repertorio de variantes paleográficas, pero la búsqueda de paralelos la he efectuado directamente en las fotografías de inscripciones ibéricas de que puedo disponer y que corresponden a la casi totalidad del material publicado.

3 Las referencias de este tipo reenvían a Untermann, 1975 (inscripciones monetales, números precedidos de A.), y 1980 (inscripciones del Sur de Francia, números precedidos de B.).

4 Para las inscripciones de Liria sigo el texto de Fletcher, 1985.

5 Fletcher, 1981_1.

6 Fletcher, 1984.

7 Última lectura con nuevo dibujo en Untermann, 1985: 40-3.

8 Pero en el cuadro de formas de *MLH* II se atribuye a B.7.31.

9 Solier, 1979: 66 y 78.

10 1968 n.º 223 y lámina VI; Gómez Moreno, 1949_1: 325, n.º 118.

11 Gómez Moreno, 1949_1: n.º 41.

12 N.º 249 de Cabré, 1943, sin que se pueda precisar a cuál de las inscripciones con el mismo texto que cita el autor corresponde su dibujo; tampoco se puede deducir de Beltrán, 1976, que parece referirse a la misma inscripción en p. 303, n.º 180. En todo caso es prácticamente seguro que debemos leer *be* en posición invertida respecto a los otros dos signos del dibujo, con lo que se encuadraría en la forma común en Azaila y perdería toda relación con la que aquí nos interesa.

13 Fletcher, 1978: 191-206; 1979: 191-204; 1981_2: 463-74.

14 Vid. n. 9, pp. 67, 69, 79 y 87.

15 Riuró, 1982: 123-31.

16 Fletcher y Mesado, 1967: 42-54.

17 Oliver et alii, 1982/83: 243-8.

18 Martín Bueno y Pelliger, 1979-80: 403-5 y lám. 17; el paralelo es dudoso, pero a juzgar por la lámina podría ser más coherente de lo que el dibujo aparenta, porque los dos signos *e* presentes en la lápida corresponderían al tipo que aquí nos interesa.

19 Iniesta et alii, 1984/85: 91 y 100, n.º 33.

20 El inventario más completo es Untermann, *MLH* III, capítulo 7, en prensa; agradezco muy cordialmente a J. Untermann el envío de una copia de ese trabajo aún inédito. Provisionalmente puede verse del mismo autor 1987.

21 Fletcher, 1980. Para *baites* vid. Untermann, op. cit. en nota siguiente, 47-8.

22 Untermann, 1987_2: 39-40, aunque su interpretación del valor del sufijo me parece prematura.

23 Prescindo en la discusión de los intentos para interpretar la palabra por medio del vasco, porque estoy totalmente de acuerdo con el juicio negativo de Michelena (1979: 36). La sugerencia partió, de forma un tanto marginal, de Beltrán (1942: 51), y Gómez Moreno insistió en la idea (1949_2: 279), aunque sugiriendo a la vez contradictoriamente una relación con lat. *egi* —contradictoriamente a no ser que con ello propusiese una etimología para la palabra vasca, pero en ese caso no se ve la posición del ibérico en esas relaciones—; varios autores más se han expresado en la misma línea —vid. n. 55 sobre Pattison—; Caro Baroja (1954: 795) intentó por primera vez dar una interpretación morfológica, aunque no satisfactoria; la morfología es de hecho el mayor obstáculo para la aproximación de la forma ibérica al euskera, como ya reconoció Tovar (1959: 44). Por supuesto no tenemos ningún motivo para leer /egiar/ la forma ibérica, como pretenden los partidarios del vasco-iberismo, y no /ekiar/, ya que no la tenemos atestiguada en escritura greco-ibérica o en transcripción a alguna de las escrituras clásicas; es cierto que Beltrán, loc. cit., propuso alternativamente a *egin* una relación con *ekiera*, pero como en principio ambas relaciones se excluyen esto no hace sino mostrar una vez más lo fácil e inútil que es encontrar semejanzas de sonido entre vasco e ibérico.

24 Fletcher, 1986: 535-49.

25 Op. cit., 535-8.

26 Vicente et alii, 1986: 9-10.

27 Vid. n. 31.

28 *MLH* I 224-232.

29 Vid. n. 26.

30 La numeración empleada es la de Fletcher, 1985.

31 Formado por los elementos n.º 91 y n.º 125 del repertorio de Untermann citado en n. 20. La interpretación que propongo coincide con la que se deduce del uso de la inscripción en ese repertorio, y parcialmente con la de Fletcher (op. cit. 539 y 543-5). No con la de Siles, 1980: 171-89.

32 El mejor testimonio de la existencia de un sufijo *-ku* en la lengua ibérica lo proporciona la inscripción de Caminreal.

33 El NP es el latino Licinius o Licinus en la forma *likine* esperable en una transcripción ibérica, vid. Untermann, 1979: 109 con n. 37. El NL corresponde a Osicerda cuya forma ibérica está bien atestiguada en las leyendas monetales, A.26. En cuanto al sufijo *-ku*, su existencia viene demostrada por la segmentación que impone el NL, ya que tratándose de una inscripción claramente ibérica —adaptación de la declinación latina, uso de *ekiar*— no cabe ver en ella una forma abreviada del gen. de pl. celtibérico en *-kum*.

34 *iunstir* es un término ibérico bien conocido —cf. Untermann, 1987_2: 45-7—, aunque creo que los datos todavía no permiten precisar no ya su valor sino ni su esfera de uso; personalmente no excluyo la posibilidad de que se trate de un elemento sintáctico. Sobre el segmento *tone* no puedo decir nada. El NP contiene los elementos n.º 31 y n.º 115 del repertorio de Untermann. Aquí y en lo que sigo utilizo los signos **X** y **Z** para indicar una secuencia lingüística de dimensiones indefinidas que, respectivamente, precede o sigue al texto citado.

35 *ban* parece ser un elemento morfológico —Michelena, 1976: 357-8=1985: 383; Tovar, 1979: 479-82—. El NP está formado por los elementos n.º 139 y n.º 71.

36 Sobre *ebiŕ* ver más abajo. *kiśaleikuki* podría ser NP solo o con sufijo(s), pero no conozco paralelos que apoyen esa interpretación.

37 Sobre *ban* ver n. 35. *kaŕes* reaparecerá más adelante. *-ite* es sufijo atestiguado, quizá variante de *-te* —Untermann, 1987_2: 39—. El NP está formado por los elementos n.º 98 y n.º 194.

38 *kaku* podría ser una forma simple de NP a juzgar por CACUSUSIN de la turma salluitana (elemento n.º 67 del repertorio citado).

39 *biuŕ* es elemento onomástico (n.º 43) bien conocido, pero no así *tite-*. El mismo problema plantea *Ybaŕ* (n.º 137) frente a *kuś*. En cuanto a *Ybankuś* me incilino a pensar que es un simple error por *Ybaŕ-*. Tanto *biuŕtite-* como *Ybaŕkuś* son probablemente NNP con un elemento todavía en el repertorio, con lo cual tendríamos un NP ante cada *ekiar*, aunque en el segundo caso se intercalaría una secuencia de valor no precisable. Tras un elemento decorativo que sirve de separador se repite el primer NP seguido de *ban* y de una nueva mención de ese mismo NP, lo que puede corresponder a una

forma de filiación en la que el NP del padre y el del hijo coinciden —vid. supra las referencias a propósito de *ban*—.

40 La palabra que precede a *ekiar* podría ser un NP; cf. el elemento n.º 60, *iken*.

41 *ban* y *Ybaí* ya han aparecido. Otros ejemplos del sufijo *-e*: Untermann, 1987$_2$: 41-2.

42 *kaíes* ha aparecido ya en Liria 9 y reaparecerá en 40.9.

43 *ebiŕ* figura ya en Liria 8.

44 *kaíes* ya ha sido mencionado. El NP está formado posiblemente por el elemento n.º 38 precedido por una variante del n.º 46 *—bor—* o 47 *—bos—*.

45 El NP lo hemos encontrado ya en forma algo abreviada en Liria 1.

46 La palabra que precede a *ekiar* podría ser un NP con segundo elemento *-iśker* (n.º 64).

47 Sin duda un NP formado con el elemento n.º 25 y seguido por *-te* y *ekiar*.

48 Pattison, 1981: 497.

49 Pattison, op. cit. 499.

50 Editado por Fletcher, 1981$_1$: 97ss, en particular 106-7.

51 Se pueden encontrar argumentos para aislar un formante *-eai* en los materiales recogidos por Fletcher en op. cit., 81-4.

52 De hecho es frecuente que las inscripciones *ekiar* sean interpretadas de ese modo, o en la idea muy próxima de que *ekiar* con el significado de «lo hizo» puede tener por sujeto no al artífice directo sino al responsable del encargo, por ejemplo Vicente et alii, op. cit., 10.

53 Es cierto que en Liria 1 y en Liria 70 aparece el mismo NP, pero en dos variantes distintas. Al parecer el análisis de la pintura de los vasos de Liria no ha progresado hasta el punto de que se puedan reconocer distintos autores, pero el estilo del vaso que soporta la inscripción Liria 70 es muy peculiar, como también lo es la posición de la inscripción, y no hay motivo para pensar que su autor coincida con el de Liria 1. Por otro lado no se puede establecer ninguna relación entre el lugar de hallazgo de ambos fragmentos, ya que si Liria 70 apareció en el departamento 104, Liria 1 es un hallazgo superficial; vid. además la n. 55.

54 En prensa.

55 Para la interpretación «propiedad de» podría ser decisiva la aparición de más de una inscripción con el mismo NP en un mismo contexto, pero no puede confiarse gran cosa en circunstancias de este tipo dado el deterioro del yacimiento y lo revuelto de sus materiales, lo que explica la aparición de fragmentos de un mismo vaso en lugares distintos y a veces relativamente alejados.

56 Pattison, 1981: 515, llega a una hipótesis similar probablemente a partir del análisis combinatorio de las inscripciones, pero el peso de su hipótesis vasco-iberista le lleva a justificar su interpretación a través de la etimología ya mencionada en la n. 23, una vez más sin justificar los problemas morfológicos.

57 Michelena, 1976: 381-6=1985: 356-60.

BIBLIOGRAFÍA

Beltrán, M. (1942): *Sobre un interesante vaso escrito de San Miguel de Liria*. Valencia.

Beltrán, M. (1976): *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Zaragoza.

Cabré, J. (1943): *Cerámica de Azaila*. Madrid.

Caro Baroja, J. (1954): «La escritura en la España prerromana». *Historia de España dirigida por D.R. Menéndez Pidal*, Madrid, 677-812.

Fletcher, D. (1978): «Cinco inscripciones ibéricas de los Villares (Caudete de las Fuentes) (Valencia)». *APL* 15.

Fletcher, D. (1979): «Villares VI. Nuevo plomo ibérico escrito». *Departamento de Historia Antigua, Varia I*, Valencia, 191-206.

Fletcher, D. (1980): *Los plomos ibéricos de Yátova (Valencia)*. Valencia.

Fletcher, D. (1981$_1$): «Los plomos escritos (Orleyl V, VI y VII)». En A. Lázaro et alii: *Materiales de la necrópolis ibérica de Orleyl (Vall d'Uxó, Castellón)*. Valencia, pp. 63-131.

Fletcher, D. (1981$_2$): «Villares VII. Plomo escrito de Caudete de las Fuentes (Valencia)». *APL*, 16, 463-74.

Fletcher, D. (1984): «Un plomo ibérico de la comarca de Enguera (Valencia)». *Arse*, 19, 12-22.

Fletcher, D. (1985): *Textos ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia*. Valencia.

Fletcher, D. (1986): «Ibérico Egiar/Tegiar». *Arse*, 21, 535-49.

Fletcher, D y Mesado, N. (1967): *El poblado ibérico de El Solaig (Bechí, Castellón)*. Valencia, 42-54.

García-Bellido, M.P.: «La monetización del sur y levante peninsular en la segunda guera púnica». En prensa en *Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas (Colonia 1989)*.

Gómez Moreno, M. (1949$_1$): «Suplemento de epigrafía ibérica». *Misceláneas*. Madrid, 283-330.

Gómez Moreno, M. (1949$_2$): «La escritura ibérica y su lenguaje». *Misceláneas*. Madrid, 257-81.

Iniesta, A. et alii (1984/85): «Grafitos prelatinos sobre cerámica en Murcia». *Anales de la Universidad de Murcia. Letras*, 43, 73-102.

Maluquer, J. (1968): *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*. Barcelona.

Martín Bueno, M. y Pellicer, M. (1979/80): «Nuevas estelas procedentes de Caspe (Zaragoza)». *Habis*, 10/11, 401-20.

Michelena, L. (1976): «Ibérico *-en*». *Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 353-61.

Michelena, L. (1979): «La langue ibère». *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 23-39.

Michelena, L. (1985): *Lengua e historia*. Madrid, 379-87.

Oliver, A. et alii (1982/83): «Nuevas inscripciones ibéricas en la Vall d'Uixó». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 9, 243-8.

Pattison, W. (1981): «Iberian and basque». *APL*, 16, 487-522.

Riuró, F. (1982): «El plom amb epigrafia ibèrica del poblat de Castell (Palamós)». *Cypsela*, 4, 122-131.

Siles, J. (1980): «La inscripción ibérica de La Peña de las Majadas (El Toro, Castellón)». *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 56, 171-89.

Solier, Y. (1979): «Découverte d'inscriptions sur plombs en écriture ibérique dans un entrepot de Pech Maho (Sigean)». *RAN*, 12, 55-123.

Tovar, A. (1959): *El euskera y sus parientes*. Madrid.

Tovar, A. (1979): «Notas lingüísticas sobre monedas ibéricas». *Actas del II Coloquio sobre lenguas y cultu-*

ras prerromanas de la Península Ibérica, Salamanca, 473-89.

UNTERMANN, J. (1975 & 1980): *Monumenta Linguarum Hispanicarum* (abreviado *MLH*), I y II (y III en prensa).

UNTERMANN, J. (1979): «Lengua gala y lengua ibérica en la Galia Narbonensis». *APL*, 12, 99-161.

UNTERMANN, J. (1985): «Nuevos textos ibéricos sobre plomo». *Acta numismática*, 15, Barcelona, 33-46.

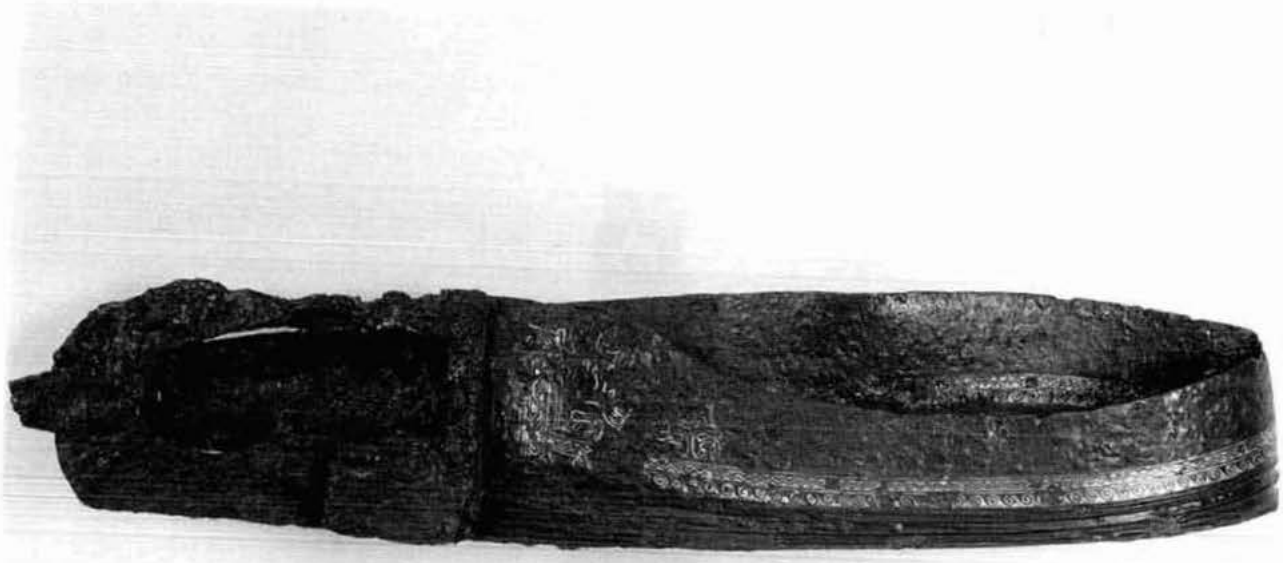
UNTERMANN, J. (1987_1): «Repertorio antroponímico ibérico». *APL*, 17, 289-318.

UNTERMANN, J. (1987_2): «La gramática de los plomos ibéricos». En GORROCHATEGUI, J. et alii (edd.): *Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (1985)*. Vitoria, 35-56.

VICENTE, J.M. et alii (1986): *La ciudad celtibérica de «La Caridad» (Caminreal, Teruel)*. Teruel.



Lám. I.— Mango de escudo ibérico



Lám. II.— Falcata decorada



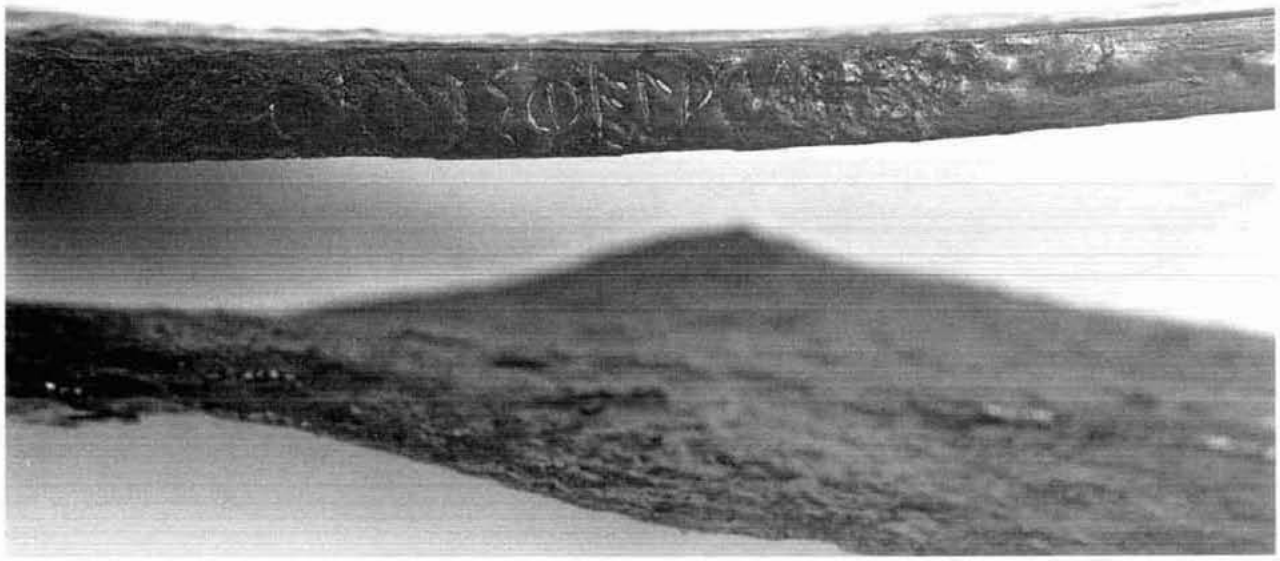
Lám. III.— Parte superior de la hoja



Lám. IV.— Decoración en la hoja



Lám. V.— Decoración por encima de la punta



Lám. VI.— Inscripción



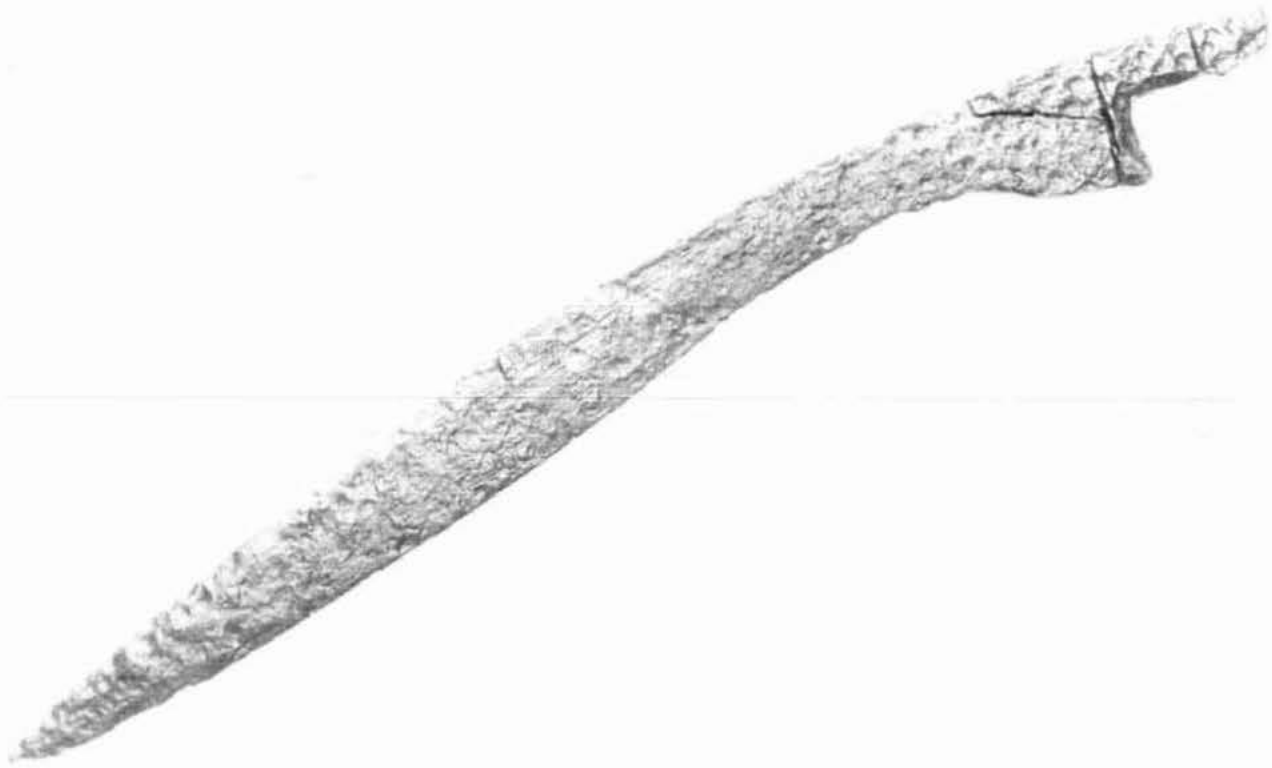
Lám. VII.— Vaso cerámico del Castro de La Coraja (Cáceres)







Lám. VIII.— Monumento funerario de Osuna



Lám. IX.— Falcata del campamento de Cáceres el Viejo



Lám. X.— Moneda de P. Carisio

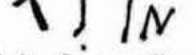
Javier VELAZA*

SOBRE EL ESGRAFIADO IBÉRICO DE BARCHÍN DEL HOYO

En un artículo publicado en 1981[1], Marta Sierra Delage daba noticia del hallazgo de un plato o cuenco con inscripción ibérica en las excavaciones que a la sazón se venían realizando en «Fuente de la Mota», al final de la Serranía de Cuenca, en el término municipal de Barchín del Hoyo.

La pieza en cuestión, y por seguir la descripción de la autora, es «un plato de pasta beis-rojiza, con igual engobe y decoración geométrica de bandas desvaídas en ambas caras en un color vinoso, de fondo anular de 4'8 cms. de diámetro, siendo las otras medidas 15 cms. de anchura máxima de los bordes y 2 cms. el labio donde se encuentra el grafito»[2].

La leyenda se nos presenta como sigue:



y ofrece en principio el pequeño problema epigráfico de la identificación del signo 2; teniendo en cuenta lo irregular de la superficie donde se lleva a cabo el esgrafiado, creemos verosímil que se trate de **s** o de **ki**, cuyo trazo superior pudiera haber sido realizado defectuosamente al llegar al borde del plato.

Desde luego, sea cual sea la lectura correcta, la interpretación más verosímil consiste en considerarla como una marca de alfarero o de propietario, de las que el *corpus* de inscripiciones ibéricas sobre cerámica nos ofrece ejemplos numerosísimos[3].

La inscripción, entendida en los parámetros mencionados, no merecería mayor comentario, a no ser porque la autora de la publicación aventura a raíz de al leyenda una hipótesis sobre la que creemos conveniente reflexionar. En opinión de M. Sierra, «la epsilon griega está invertida, y en el siglo III aparece con rasgos hacia abajo y orientados tanto en un sentido como en otro, luego pudo realizarse por comodidad en la escritura esta forma suprimiendo uno de los rasgos, con lo que tendríamos una **e** y leeríamos **leban**». Y continúa; «y dado que Lobetum es Lebetión y en griego, que viene de λεβης λεβητος y que antiguamente se empleaba la forma acusativa λεβην, traduciéndose como caldera para calentar el agua o cuenco, podríamos transcribir nuestro grafito en este sentido, es decir, interpretarlo como «cuenco»[4].

Dejando de lado nuestro desacuerdo con la lectura del signo 2, así como nuestro desconocimiento de un gentilicio **lebetanos** —sólo tenemos documentado **Lobetani**—, la hipótesis merece un comentario que

* Dpt. de Filologia Clàssica, Universitat de Barcelona.

tiene que ver con ls ideas generales acerca del origen y de la difusión del signario ibérico. Porque, de ser cierta la propuesta de M. Sierra, nos hallaríamos ante el primer ejemplo de un texto en que el signario ibérico fuera utilizado para notar una palabra griega.

Desde luego, el estado actual de nuestros conocimientos acerca de la historia de los diferentes signarios en uso en la Hispania prerromana comienza a ser un poco más claro que hace unos años, fundamentalmente a partir de los excelentes trabajos de Correa, De Hoz y Untermann, aunque todavía sigue presentando puntos oscuros que son objeto de discrepancia entre tan solventes autores[5].

Las hipótesis generales acerca de la cuestión, perfectamente delineadas en los estudios, y que no repetiremos aquí por ser suficientemente conocidas, no impiden, desde luego, que en algún caso excepcional el alfabeto ibérico sirviera para notar alguna palabra griega, pero la casuística del intercambio signario/lengua se reduce en el ya crecido *corpus* con el que contamos a los siguientes ejemplos:

1. Notación de lengua ibérica en alfabeto griego[6].
2. Notación de lengua ibérica en alfabeto latino[7].
3. Notación de lengua latina en alfabeto ibérico[8].

El caso que nos ocupa vendría, según la propuesta de M. Sierra, a ilustrar un cuarto tipo, el de la notación de lengua griega en alfabeto ibérico.

En nuestra opinión, y teniendo en cuenta la datación de la pieza —s. III—, y el desfase cronológico con los plomos greco-ibéricos —caso 1— que conocemos, nos inclina a descartar cualquier tipo de hipótesis por el estilo. La adaptación a la lengua ibérica de una variedad del alfabeto jonio, llevada a cabo seguramente por un «escriba gramático», acabaría dotando a aquélla de un instrumento gráfico adecuado, que suprimió la necesidad de utilizar para la notación del ibérico el alfabeto griego estrictamente considerado.

Los intercambios alfabeto/lengua con el medio cultural romano serán posteriores, datables seguramente entre los siglos I a.C. y I d.C., y simultáneos a la interinfluencia epigráfica que es en definitiva un fenómeno más dentro del complejo proceso de la aculturación[9].

En conclusión, mientras un hallazgo bien perspicuo no venga a demostrarnos lo contrario, la adopción del signario ibérico parece que eliminó radicalmente el procedimiento testimoniado en los plomos greco-ibéricos. Y, en consecuencia, la probabilidad de que el procedimiento contrario —esto es, el de notar lengua griega en signario ibérico— fuera utilizado en no sabemos qué contextos sigue pareciéndonos prácticamente nula.

NOTA FINAL

En el tiempo que este trabajo estuvo en prensa ha aparecido mi *Léxico de inscripciones ibéricas (1976-1989)*, Barcelona, 1991; la leyenda a la que aquí nos hemos referido aparece allí con el número 403.

NOTAS

1 M. Sierra Delage: «Grafito ibérico en un poblado de la Submeseta Sur». En *La Baja Época de la Cultura Ibérica*. Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del décimo aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología (Madrid, Marzo 1979), Madrid, 1981, págs. 313-316.

2 Sierra Delage: *Op. cit.* nota 1, pág. 313.

3 Véanse los múltiples ejemplos que proporcionan los *Monumenta Linguarum Hispanicarum*; cf. también J. Siles: *Léxico de las inscripciones ibéricas*. Madrid, 1985.

4 Sierra Delage: *Op. cit.* nota 1, pág. 314.

5 Cf., entre otros importantes trabajos, los siguientes: J. de Hoz: «Acerca de la historia de la escritura prelatina en Hispania». *Archivo Español de Arqueología*, 42 (1969), págs. 104-117; idem: «La escritura greco-ibérica». *Actas del IV Coloquio Internacional sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Vitoria-Gasteiz, 6-10 de Mayo 1985), Veleia*, 2-3 (1987), págs. 285-296; J. Untermann: *MLH* III. *Band I. Einleitung*, Wiesbaden 1990; J.A. Correa: «Escritura y lengua prerromanas en el sur de la Península Ibérica». *VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, 1983, págs. 397-411.

6 Plomos de La Serreta (Alcoy), El Cigarralejo, y algunos esgrafiados sobre cerámica.

7 Cf. los múltiples ejemplos en *CIL* II.

8 Fundamentalmente antropónimos en esgrafiados cerámicos. Cf. *s. vv.* en los Léxicos de Siles y Velaza.

9 Cf. M. Mayer-J. Velaza: «Epigrafía ibérica sobre soportes típicamente romanos». *Actas del V Coloquio Internacional sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Colonia, 1989)*, en prensa.

M.ª Ángeles Mezquíriz Irujo*

INSCRIPCIÓN IBÉRICA EN ANDELOS (MENDIGORRÍA, NAVARRA)

Los restos de la ciudad romana de Andelos se encuentran sobre una alta terraza cuaternaria en la margen derecha del río Arga, Fueron identificados por el P. Moret con el desolado de Andión, donde todavía pervive una ermita que conserva el nombre y en sus paredes aparecen empotradas unas bellas inscripciones funerarias romanas.

Plinio menciona a los andelonenses como pueblo estipendiario del Convento Cesaraugustano[1] y Ptolomeo sitúa a la ciudad de Andelos entre los vascones[2].

Ha sido recuperada una placa de bronce con el nombre de dos ediles, que nos confirma la existencia de una verdadera organización municipal a fines del siglo I d.C. Esta ciudad romana es continuación de un *oppidum* anterior, con una cultura material propia de la Edad del Hierro.

Su romanización fue temprana ya que encontramos cerámicas de tipo campaniense, itálicas y pavimentos de *opus signinum* fechables en el siglo I a. de C.

En la campaña de 1990 se ha descubierto un pavimento de estas características, que presenta la singularidad de ofrecernos una espléndida inscripción en carácteres ibéricos: Mide 2'44 m de longitud y las letras tienen 19 cm de altura.

Está formada por cuatro palabras separadas por unas líneas verticales de cuatro puntos.

Sobre la argamasa rojiza se incrustan las teselas blancas, colocadas sobre la punta formando las letras, perfectamente trazadas. La transcripción puede ser: LIKINE ABULORAUNE EKIEN BILBILIARS.

Es notable su semejanza con la inscripción ibérica, también sobre pavimento de *signinum*, descubierta en el yacimiento de la Caridad de Caminreal (Teruel), dentro del área celtibérica[3]. La primera palabra LIKINE es idéntica en los dos pavimentos, aunque le falta el sufijo TE. Esta coincidencia creemos que invalida la interpretación que se ha hecho, como un nombre propio (la casa de LIKINETE). También la tercera palabra del letrero de Andelos EKIEN tiene gran semejanza con la segunda de Caminreal que se ha leído EGIAR; quizá se trata de una fórmula de saludo o bienvenida a la casa como en los casos conocidos de letreros en latín con las palabras SALVE o SALUTE, también en pavimentos de *opus signinum* de la zona de Cartagonova[4]. La segunda palabra ABULORAUNE pudiera ser un nombre familiar ya conocido dentro de la onomástica celtibérica.

* Museo de Navarra, Pamplona.

La última palabra en los dos letreros parecen tener un claro significado de procedencia, en el caso de Teruel es USECERDEKU de Usecerde (Osicerda) y en el de Andelos BILBILIARS parece referirse a Bilbilis, aunque las tres últimas letras son las mismas que las que aparecen en las monedas de ARSAOS.

Los motivos decorativos del pavimento se componen de una orla de dibujo geométrico de meandro de esvásticas conbinadas en doble T, con teselas blancas y a continuación una segunda orla compuesta por una guirnalda de hojas de hiedra con teselas negras. En el caso de Caminreal hay también una orla de esvásticas y la guirnalda forma un medallón redondo, en lugar de una cenefa cuadrangular como en Andelos.

En cuanto al contexto arqueológico en que ha sido hallado, podemos decir que, por los materiales recuperados sobre el pavimento, podría asegurarse que estaba en uso en la primera mitad del siglo I d. de C.

Los restos arqueológicos encontrados son: Terra Sigillata Aretina y Sudgálica, una moneda ibérica ilegible, posiblemente de ARSAOS, una moneda hispano-romana de TIBERIO de la ceca de CASCANTUM, cuencos de borde ahumado, cerámica celtibérica y cerámica tosca, indígena, antigua.

La fecha de la ejecución de este pavimento nos la dará con precisión los materiales que encontremos debajo o entre el *rudus*, cuando se proceda a su levantamiento. No parece aventurado precisar que dicha fecha esté en el siglo I a. de C., coincidiendo también en ello con el de Caminreal.

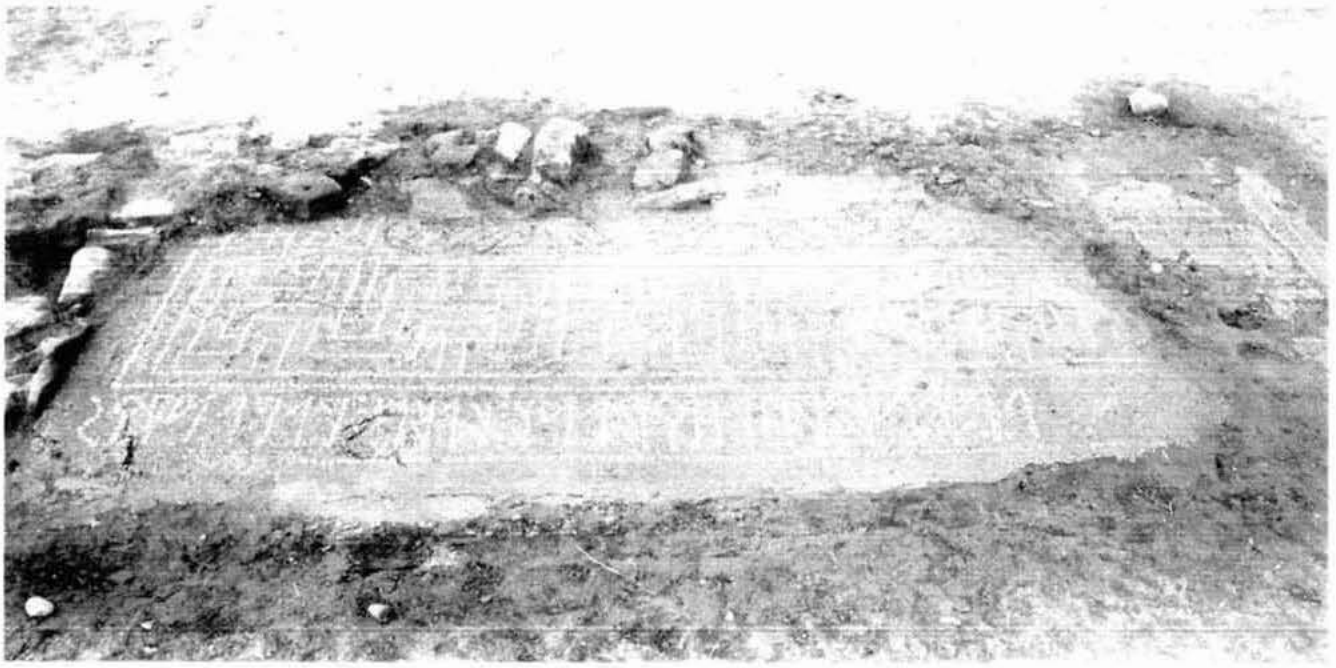
Creemos que el hallazgo de Andelos tiene un interés general para el conocimiento de las lenguas ibéricas, su extensión y datación. Concretamente para el estudio de Andelos nos pone de manifiesto que esta lengua prerromana se hablaba y escribía en la zona y que pervive después de una evidente romanización de la ciudad, ya que este tipo de pavimento es de clara influencia itálica así como la estructura de la casa y el propio trazado urbano.

Por otra parte, puede decirse que los pueblos indígenas que ocupaban la zona de Andelos, llamados en los textos clásicos *vascones*, tienen asimilados, al menos culturalmente, muchos elementos celtibéricos reflejados en la onomástica, monedas y cerámicas, torneadas y pintadas.

Valga esta noticia como nuestra aportación al merecido homenaje de amistad a Enrique Pla. Podría reflejar, cómo, desde la antigüedad, hay unos nexos culturales, tan importantes como la escritura, que, de algún modo, relaciona los territorios levantinos ibéricos, con las alejadas tierras navarras.

NOTAS

1 Plinio, Nat. Hist. III, 24.
2 Ptolomeo II, 6, 67.
3 J. Vicente Redón: *La Caridad (Caminreal, Teruel)*.
4 S.F. Ramallo Asensio: *Mosaicos romanos de Cartago Nova*. Murcia, 1985, láminas VIII y IX.





Lám. I.— Inscripción de Andelos.

Luciano Pérez Vilatela*

IBÉRICO «EGIAR» EN UN EPÍGRAFE DE CAMINREAL (TERUEL)

En un mosaico de inspiración helenística de *opus signinum* ha aparecido recientemte una inscripción en caracteres ibéricos (Vicente et Alii, 1986: 3) que dice (fig. 1):

•L.i.ki.n.e.t.e • e.gi.a.r • U.s.e.ke.r.te.ku

Los descubridores proponen traducirlo así: «Likinete, de los usecerdenses lo hizo» (Vicente et Alii, 1986: 10). Lo curioso de esta traducción es que da como supuesto por una parte el carácter verbal de «egiar» evidentemente ibérico y por otra el carácter celtibérico, indoeuropeo, flexivo, de *Usekerteku*.

Otras inscripciones del yacimiento tienen entre sí cierto constraste: unas latinas, como FL.ATILI/US impreso *in planta pedis* de un mortero de cerámica común romana (Vicente et Alii, 1986: 10), otros en escritura indígena, como *Bi.l.a.ke.a.(i.u.)n.a.ti.(n)/e.n.a.bi.n.e.r* (Vicente et Alii, 1986: 10) que leo en un calco facilitado amablemente por el dr. Fletcher. *Bilake* recoge posiblemente un onomástico *Bilakos* —cf. el *Biulacoś* de Sagunto— (Weisgerber, 1930: 195; Tovar, 1951: 297) de origen celta pero de nítida morfología ibérica (v. infra) aparte de que el onomástico *Aiunatin -en*, es perfectamente ibérico.

El resto de los epígrafes es de morfología celtibérica, tanto en su flexión como en su radical, tales *Ka.ḿ. ba.r.o.ku.ḿ* (cf. *Ca.a.ba.r.i.u.o.ś* de Clunia, Lejeune, 1955: 106, P4, —este autor transcribe Y como /u/—) en genitivo plural de un tema indoeuropeo en -o, así y cuyo radical debe derivarse del celta *kambos* «curvo» (Pokorny, 1947s.: 918) así como *Be.ś.ku.a.u.s.u.e.ti.ku.bo.ś*, éste en dativo/ablativo del plural. Ambos calcos me han sido facilitados igualmente por la amabilidad del prof. Fletcher. En este último caso, el radical se relaciona manifiestamente con el onomástico celtibérico *Bessuca* (*CIL* II 3097) de Cabeza del Griego, en Cuenca. Si el carácter celtibérico de la mayoría de estas inscripciones es evidente, como ya intuyó Tovar (1973: 367) para esa zona de Aragón, no lo es menos la presencia del antecitado onomástico ibérico, así como de la palabra *«egiar»*, de este mismo origen, todo ello en el mismo yacimiento, con la misma cronología o inscrito con el mismo signario. Examinemos los vocablos de la inscripción musivaria ornamentada:

* Servicio de Investigación Prehistórica. Diputación de Valencia.



Fig. 1. Epígrafe musivario de «La Caridad» de Caminreal, según Vicente et alii.

L.I.KI.N.E.TE

Es preciso separar el postfijo *-te* del onomástico *Likine*, que resulta ser la transcripción al ibérico de un onomástico masculino indoeuropeo, bien el celta *Licinos*, con variantes *Licnos* y *Lignos*, bien dentro del latín, *Licinius* o *Licinus* (García y Bellido, 1990: 92) —éste menos corriente—.

El radical indoeuropeo *Lic-* es bastante frecuente en la península, así como en países celtas o ilírios. En este último dominio hallamos *Licaios, Liccaios, Liccauus* (Krahe, 1956: 58; Albertos, 1965: 132) como antropónimos, en tanto que la Galia Cisalpina, *Licaea* (*CIL* V 8409) y *Licaus* (*CIL* V 2177); en la Transalpina, *Licas, Licca, Licus, Licco* (Holder, 1846: II, 206 ss), acaso relacionados con el bretón *lech*, de *Licca*, «piedra», como el irlandés *lecc, licc*, «losa», etc. También figura en antropónimos compuestos como *Moilicus, Mocolisu* (*CIL* V, 450 y 587).

En Hispania tenemos *Licamanda*, esposa de *Licsenus*, en Orense (*HAE* n.º 289); *Licina* en Ilarduya, Álava (*CIL* II 2940); *Licirni*, genitivo en la tésera de Paredes de la Nava, Palencia (*CIL* II 5763) y *Licinila* en Sevilla la Vieja (*CIL* II 5378) cuyo masculino aparece en Britania (*CIL* VII 1336/561).

El consonantismo de Ligine lo hallamos en parte en el etnónimo de los Ligyes o ligures y sobre todo en el topónimo *Lagni* citado en las guerras celtibéricas (Diod. XXXIII 17) y al que corresponden probablemente los numismas de *L.a.gi.n.e.* (Untermann, 1975: 210s., A.22). También participa de ese consonantismo los *Ligauni* de la Narbonense (Plin. *NH* III, 35).

Licinius es enormemente corriente en el mundo romano e hipano-romano concretamente, basta recordar a *Licinius Sura* el general de Trajano. *Licinus* es menos corriente. En la península hay un *C. Pomponius Licinius* (*CIL* II 2300) de Córdoba, *G. Licini Capitonis f.* (*AEArq.* 33, 1960, 191 n.º 29) ésta de individuos de tradición indígena de Peñaflor, Sevilla, antigua *Celti*, pues la hija se llama *Sempronia Superata*, cognomen notoriamente celta. También *L. Ceoni Licino* (*CIL* II 4348) de Tarragona. Toda esta epigrafía es de época imperial. Según Albertos (1965: 132) estos personajes no serían hispanos, o sea que *Licinus* sería un onomástico ajeno a lo hispánico, pero esta afirmación resulta excesiva, pues los hallazgos posteriores a la publicación de su repertorio pueden reafirmar lo hispano-romano de su origen.

Respecto a la desinencia *-e* según Untermann (1969: 11, n.º 37) «parece substituir la terminación *-os* de los temas en *-o* indoeuropeos» cuando son transcritos al ibérico. Veamos unas muestras:

Galo en escritura ibérica	*Galo en escritura latina*
a.s.e.ti.l.e	Adsetilus
ca.ŕ.a.te	Carantus
ca.s.i.ke	Cassicus
ś.u.a.de	Suadus, Suadulius
te.s.i.l.e	Tessillus
u.a.s.i.l.e	Vasillus
e.ś.ki.n.ge	Excingus (Untermann, 1969: 11)
o.s.i.o.ba.ŕ.e	Osiomarus (Untermann, 1975: B1-59)
Ka.tu.ba.ŕ.e.	Catumarus (Solier, Barboteau, 1988: 81s.)

Siles, aceptando la observación de Untermann, la hace extensiva al etrusco, alegando que las «lenguas mediterráneas» no indoeuropeas tienden a substituir la desinencia *-os* de los temas indoeuropeos en *-o* por la desinencia *-e*. Propone como ejemplos *serve/Servius; tete/Titius; tule/Tullius* (Siles, 1982: 107).

En cambio los nombres en escritura ibérica y lengua latina (Untermann, 1975: 268, B1) acabados en «*-i*» como *ti.be.r.i.* y *l.u.ci* de las monedas de *Undikesken-Emporion* que parecen corresponder a magistrados monetales (Siles, 1982: 108s.) no responderían a patrones ibéricos de transliteración, sino a una particularidad de la propia flexión latina, equivalentes a *Tiberius* y *Lucius*.

Respecto al onomástico que nos ocupa, no podemos determinar sin embargo, si corresponde a un *-us*, *Licinus*, o a un *-ius, Licinius*, ¿también *-ius* producirá *-e* transcrito al ibérico? Hay otro *L.i.ki.n.e.*, según leemos Silgo y yo, sobre campaniense B de *Valentia* (Bonet, Mata, 1989: 142, fig. 3) (fig. 2), de lo que concluimos que es latino, no celtibérico.

El postfijo *-te* es muy común en lo que parecen ser onomásticos:

A.tu.ŕ.te (Villares VI B)
A.l.e.i.cu.ci.te (Liria VIII)
Ba.ta.ŕ.a.ti.te (Orleyl VII A)
Ba.s.e.r.te (Liria XL)
Be.tu.ki.ne.te (Villares VI B)
Bi.ta.r.s.te.ti (Pico de los Ajos III A)

Cu.l.e.ś.be.l.a.u.ŕ.te (Pico de los Ajos II A y II B)
Du.n.di.ba.ŕ.te (Villares V B)
E.ta.u.te (Azaila: Siles, 1985: n.º 196)
E.l.e.r.te (Villares V A)
I.l.di.ŕ.te (Serreta IV)
L.a.u.ŕ.be.r.to.n.te. Bi.ta.r.s.te (Pico de los Ajos II B)
N.w.ba.ŕ.te (Liria XL)
S.a.ka.ŕ.a.ti.n.te. (Villares VI A)
Ś.a.l.gi.te.i.te (Pech Mahó III A)
S.i.ŕ.i.u.te (id)
U.i.ti.ba.ś.te (Tivissa: Siles, 1985: n.º 1418, dudoso)
Ś.te.n.ti.s.te (?) (Villares V A)

Untermann (1987: 37) señala que la función del postfijo *-te* no excluiría la de *-ka*, acompañando ambos a menudo a los antropónimos ibéricos, en tanto que Fletcher (1985: 300) da como indivisible la secuencia *-gate* de los mismos. En el plomo de Palamós es frecuente (Riuró, 1982: 123s.; Hoz, 1985: 443s.; Fletcher, 1985: 297s.; Untermann, 1985: 435).

Bi.l.o.s.ba.ś.ka.te
Be.l.e.ś.bo.ŕ.ka.te
Bo.l.s.ko.ka.te
Bo.n.ko.ka.[te]

Así también en el plomo de Orleyl V, Vall de Uxó (Fletcher, 1981: 63s.): L.a.u.r.i.s.ke.ŕ.ka.te

Casi todos los vocablos listados son onomásticos. A veces *-te* acompaña a voces que figuran a menudo en la composición de onomásticos compuestos, tales *I.l.di.ŕ.* o *Ba.l.ca.ŕ.* Otras voces como *La.u.ŕ.be.r.to.n* tanto podrían ser antropónimos como títulos honoríficos como también parece serlo *Ke.l.ti.be.l.e.ś* que aparece como la anterior en los plomos de Pico de los Ajos (Untermann, 1987: 44, n.º 31). Fletcher (1980: 23) proponía relacionar *Ke.l.ti.be.l.e.ś* con *Celtiber* y otras indicaciones similares de origen étnico. Por nuestra parte (Pérez Vilatela, 1988: 16, n. 17) hemos intentado conciliar ambas teorías, dada la especialización militar de los celtíberos, fuera y dentro de la propia Celtiberia.

Lauŕ- tiene un elemento comparativo en el vascuence *laur* «cuatro» (Fletcher, 1983: 19) y si se tratase de una magistratura, equivaldría entonces a «los cuatro tales» —la segunda parte del vocablo aún es obscura— como los *quattuorviri*, *tetrarches*, etc.

Respecto a *-te*, Untermann (1987: 45) da como hipótesis «muy arriesgada y muy provisional», que este afijo tendría un valor «no lejos del que tiene el dativo personal en las lenguas indoeuropeas». Pattison (1981: 449) piensa que *-te* pueda ser representación gráfica del sonido *-t/-d* en posición final, puesto que el ibérico no dispone de un signo particular para las consonantes oclusivas, sino, como se sabe, se hace representar gráficamente por medio de signos silábicos con cada una de las cinco vocales. Sin embargo, señala Untermann (1987: 39, n.º 14) esto no se corresponde con la lectura *iride* en escritura jónica y lengua ibérica del plomo de Alcoy II (Llobregat, 1973: 124). No está empero, muy claro que nos hallemos ante un caso similar al de los onomásticos antedichos, pero en caso de tratarse del mismo sufijo, habríamos de leerlo con la dental sonora *-de*. Por su parte Fletcher (1980: 36) señala que en vascuence *-te* es un sufijo de acción que se une al infinitivo verbal y forma la 2.ª y 3.ª persona del plural. Pero el asunto es que en ibérico suele aparecer unido más bien a nombres personales. Silgo en el léxico ibérico (consultable en el S.I.P. de Valencia) que prepara para su doctorado, dirigido por el prof. Fletcher, opina que *-te* suele marcar regularmente al sujeto de la frase, pero que no sería un nominativo. Quedaría pues, como partícula reforzativa enclítica, al estilo del *-δε* griego con el que no debe tener nada que ver. En vascuence, el artículo se pospone al substantivo. Acaso en ibérico ocurrió algo semejante, aunque lexicalmente el *-te* vascuence no parece tener nada que ver, pues sirve morfológicamente al verbo.

En el caso que nos ocupa, como en los expuestos, un onomástico *Licinus (-ius)* latino, recibe un tratamiento similar.

E.GI.A.R

Se trata de una de las voces ibéricas más abundantes en los epígrafes, figurando sobre todo tipo de material: cerámica, moneda, hueso, pidra, plomo y mosaico. Fletcher (1986: 1s.; 1989: 103s.) ha sistematizado las menciones: observa que en algunos casos *egiar* funde su *e-* con la última sílaba-signo de la palabra anterior, a veces *-te-*. Pero en otras ocasiones, como la que nos ocupa, los vocablos quedan nítidamente separados por puntos, quedando otros *-te* junto a la palabra precedente, onomástico preferentemente. Entonces se produce una secuencia de dos *-e-* como en otros casos que no aparecen puntos. El trabajo de Fletcher nos ahorra mucho esfuerzo. Su recopilación comprende los textos completos, aquí sólo reseñamos la palabra anterior y, si procede, la posterior:

Liria I: u.n.s.c.e.l.*te.gi.a.r*: ban
Liria VIII: a.l.e.i.cu.gi.*te.gi.a.(r)*...
Liria IX: ca.ŕ.e.s.ba.n.i.te: *e.gi.a.r*: s.a.l.du.ti.b.a.i.te:
Liria XVI: du.s.e.a.ti.a.: ca.cu*.e.gi.a.r*....ke.m.i*.e.gi.a.r*
Liria XVIII: ...r.ba.n.cu.s *e.gi.a.r* : bi.u.ŕ.ti.te
Liria XXIV: e.gi.e.co.n: *e.gi.a.r*
Liria XL,1: b.o.ŕ.te.ba.r.a: Ca.ŕ.e.s.i.ŕ.te*.e.gi.a.r.*
:ba.n.i.te.
Liria XL,3: e:bi.ŕ.te*.e.gi.a.r*
Liria XL,9: *e.gi.a.r* ca.ŕ.e.s.bo.bi.gi.r

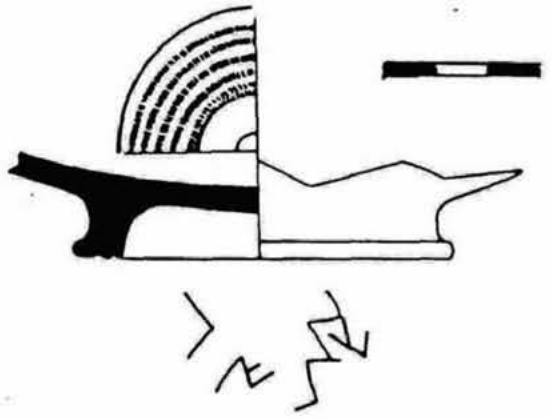


Fig. 2.—Inscripción sobre fondo de vaso campaniense B, F.1 Lamb., según H. Bonet y C. Mata (1989).

Liria LVI: e.n*.e.gi.(a.r.)*
Liria LXX: ...u.n.i.s. ke.l.t*e.gi.a.r.* gi.n.s.i.
Liria LXXVI: gi.s.ke.f: *e.gi.a.r*: ba.l.ke.be.f.e.w.ba.f
Liria LXXX: .., *(e)gi.a.r.* ba.n.i.w.ba.f.e...
Liria XC: n.i*.e.gi.(a.r.)*
Villares I: (ba)l.ca.r.te: *e.gi.a.r.*
Sinarcas (línea 4): be.f.be.i.n.a.r.i *e.u.gi.a.r.*w.i(?)
(línea 5): ...ta.l.o.i.te/ ca.f.i *e.u.gi.a.r.*(?)
Sagunto (monetal): a.f.s.a.gi.s*.cu.e.gi.a.r.*
El Solaig de Bechí (Cara A, línea 2): I.u.n.s.ti.r: *e.gi.a.r.*to.n.e: be.l.e.ś.ta.r.
Las Majadas de El Toro: n.e.f.s.e.ti.ca.n*.te.gi.a.r.*w.i.
La Serreta de Alcoy VI, B: s.a.ca.l.a.cu.ca*.e.gi.a.(r)* (Numerales)
Ullastret (línea 3): be.l.bi.ti.n.go e.n*.e.gi.a.r* a.f.bi.gi.r
Aubagnam: ...cu.ti.te. *e.gi.(a.r.)* o bien ...to.ti.te*.e.gi.(a.r.)*
Puerto de Sagunto (falcata ibérica): (signos de dudosa interpretación, Aranegui, 1989) ...te*.e.gi.a.r.*

Pío Beltrán Villagrasa (1942, 26 y 51) lo relacionó con el vascuence *egin*, «hacer», de la misma forma que Gómez Moreno (1949: 279), Caro Baroja (1973: 795) y Beltrán Martínez (1953: 501). Tovar (1959: 44) introducía sin embargo una novedad, proponiendo que pudiera ser un substantivo, que podría significar «hacedor», «autor» o un participio equivalente a «hecho por».

Más allá de esta última posibilidad apuntan también Pericay y Maluquer (1963: 101s.) al traducirlo como preposición «de» o «por», lo que no nos parece verosímil pues en un mismo vaso de Liria aparece varias veces acompañando a distintas palabras que son hoy casi unánimemente consideradas como antropónimos: no puede tratarse, pues, de distintos artesanos fabricando un mismo vaso o decorándolo. Además y respecto a esto último, cada vaso está indudablemente pintado por un mismo artista como evidencia el simple contraste paleográfico y la concepción estilística de las diversas escenas.

Una traducción por el verbo «hacer» en forma personal proponía Villaronga (1967: 61) al traducir el epígrafe monetal *A.ŕ.s.a.ki.s.ku.e.gi.a.r.* de cierta emisión saguntina como «los de Arse han hecho algo grande».

Tampoco *egiar* parece un verbo, pues no aparece flexionado y en frases cortísimas como en la falcata o el mosaico aludidos. Bien, si se tratase de un verbo, significando «lo hizo» como han indicado recientemente Burillo (1989: 82) y De Hoz (apud García y Bellido, 1990: 73) se produciría una grave anomalía epigráfica, pues estos dos objetos son emblemas indudables de categoría social. Marco (1989: 112) debe intuir la endeblez de la traducción «lo hizo», proponiendo «lo mandó hacer» como alternativa, lo que semánticamente no tiene posibilidad, ni siquiera espacio epigráfico. Lo peor es que todas estas traducciones se hipotecan al mosaico en sí mismo, sin apreciar que es parte integrante de una casa. No se trataría pues tanto de anotar el nombre del artífice —ni siquiera del encargador del mosaico— sino sencillamente del dueño de la casa. Tanto la falcata como la mansiòn de *Likine* revelan gran calidad. Tanto la lógica como la práctica epigráfica exigen que sean los propietarios de los objetos, no los artesanos fabricantes quienes ostenten orgullosamente sus onomásticos sobre sus cualificadas posesiones muebles e inmuebles. *Egiar* acompaña, pues al nombre personal sobre ciertos objetos. De la misma forma, figura sobre unos vasos que según su calidad y la estancia en la que aparecieron (Ballester, 1946: 307s.) bien podría tratarse de un recinto sagrado.

Tampoco creemos que ningún artesano ibérico tuviese el menor interés en firmar un humilde punzón de hueso que no requiere sapiencia alguna para su pulimento: nos referimos al punzón de Las Majadas de El Toro: más bien se tratará de su puntilloso propietario. Aunque muy poco sabemos sobre el status del artista en la sociedad ibérica, lo que sí podemos constatar es que las obras maestras como las Damas de Elche, Baza, la escultura animalista, el monumento de Corral de Saus, etc., no van firmados. En cambio sí resulta habitual que objetos más relacionables con el ajuar particular (punzones, vajilla metálica, ponderales, etc.) nos ofrezcan un onomástico. Ello tiene que deberse pues, a indicación de propiedad. En un sentido similar deben entenderse los grafitos sobre exvotos: corresponderán al oferente, como sigue siendo norma entre los devotos, no al artesano.

Por tanto, la traducción plausible de *egiar* viene por el camino marcado por Tovar (supra) y Pattison (1981: 487) un substantivo (o participio) en aposición al onomástico, significando «jefe» o algo similar. En ello conviene Silgo (s.f., 104). Cf. el *praetor* saguntino citado por Livio (XXI, 12).

Los primeros textos conocidos donde figuraba *egiar* fueron las piezas cerámicas de Liria. La expresión queda escrita junto a escena, que en general son de guerre-

ros en acción, pero no siempre. Uno de estos casos era una escena de pesca junto a un *ca.cue.e.gi.a.r*, cuya primera tentativa de traducción fue «pescar con anzuelo». El aumento del acervo epigráfico ha permitido que hoy podamos aplicar una traducción mucho menos aventurada. Pero, por próximo que estuviese el letrero a los pescadores en esa escena (Liria XVI), en la mayoría de vasijas edetanas (Liria IX, XVI, XL 1,3 y 9) acompaña a guerreros que exhiben su panoplia, con ese «sentido caballeresco de la vida» que con todo acierto definió Caro Baroja (1975: 145) que también figuran en la pieza de la barca de pesca en otras escenas. Sólo hay un caso en que aparece una mujer con espejo (Liria I) en un kalathos. Esta misma asociación con lo bélico es manifiesta en la falcata del Puerto de Sagunto que muestra un onomástico (?) y luego *te.e.gi.a.r.*

El propugnar que se trata de un verbo lleva a otra incongruencia epigráfica: entonces debería desconectarse de las escenas pintadas adjuntas de las cerámicas de San Miguel de Liria. Y ciertamente, tanto los arqueólogos como los lingüistas que se han preocupado de visionar las figuraciones anejas a los textos, no se atreven a desconectar unas y otros.

Otra anomalía para considerar verbo en forma personal a *e.gi.a.r* sería el figurar en una serie numismática pues lo habitual en la antigua Numismática es que aparezca el nombre de la ceca y además, el del monarca magistrado monetal o el de la misma magistratura, o alguna otra titulación, a estilo de *IMP(erator), P(ater) P(atriae), P(ermissu), C(aesaris)* etc. Todo ello conviene más a un significado de *e.gi.a.r* como magistratura que como predicado verbal.

Por fin, hay una paradoja en la tentativa de traducir *e.gi.a.r* por «lo hizo»: que quienes pergeñaron esta línea de trabajo (supra) lo hicieran desde nítidas posiciones vascoiberistas. En cambio no es éste el caso de De Hoz (apud García y Bellido, 1990: 73).

Tenemos pues, en fin, que no puede tratarse de un verbo, al estar aplicado a escenificaciones con alguna pequeña variedad, a una falcata, un punzón, etc. Se da además el caso de que si se insiste en una traducción «lo hizo», dan por supuesto que tiene que ir acompañado de onomásticos, en lo que convenimos plenamente —pero sólo en esto último— por lo que estos individuos mencionados tienen que ser obligatoriamente los diferentes artesanos. Resulta de esta manera que el pueblo ibérico fue el que más dignificó esta profesión de todos los de la Antigüedad y épocas premodernas en general, lo que no es probable, pero tampoco posible, como acabamos de demostrar. Añadiremos un sencillo ejemplo ¿se le ha ocurrido a cualquier estudioso que el famoso *Fortunatus* que conocemos exclusivamente por un mosaico inscrito de la espléndida *villa* bajorromana de Fraga hubiese podido ser el artesano? Ni por asomo. Todos convienen (sin necesidad de explicaciones) en que se trata del dueño. Bueno ¿tan diferentes habían de ser los hispanos prerromanos como *Likine*? Evidentemente no, pues todos aceptan que era el nombre del dueño. Entonces ¿por qué razón mantienen que fue él quien «lo hizo»?

En realidad, la última llave para averiguar la función de *egiar* es comprobar su posición en la frase, acompañando en general a un onomástico, que no pudiendo ser indicación del artífice, debe referirse a una categoría del propietario. Presentamos un listado de las muestras que parecen más evidentes de onomásticos, también reforzados en cada caso por un postfijo *-te*:

Li.ki.ne.te: *e.gi.a.r* (Caminreal)
Ca.f.e.s.ba.n.i.te: *e.gi.a.r* (Liria IX)
Ca.f.e.s.i.r.te.*e.gi.a.r* (Liria XL,1)
E.bi.f.te.*e.gi.a.r* (Liria XL,3)
(ba)l.ca.r.te: *e.gi.a.r* (Los Villares I)
...cu.ti.te.*e.gi.a.r* (Aubagnan)

En cambio, en el caso siguiente parece formar parte de una palabra mayor:

...u.n.i.s ke.l.te.*gi.a.r* (Liria LXX)

Y en este caso, tanto podría tratarse de un onomástico como más probablemente de un título —compuesto- aplicado al onomástico precedente mutilado, al estilo de *ke.l.ti.be.l.e.ś*, ya visto.

A estos onomásticos, cabría añadir el aún obscuro nombre personal que precede a e.gi.a.r en la falcata de Puerto de Sagunto, también con un *-te* tras el antropónimo.

En algunos casos, da toda la impresión que *e.gi.a.r* se incorpora al onomástico —que de por sí ya parece compuesto— al quedar incluído en un mismo segmento escriturario por delante de las interpunciones que en algunos textos separan tramos de escritura: palabras, sin duda, por ejemplo en Ca.f.e.s.i.r.te.*e.gi.a.r* (Liria XL,1) separado de la palabra anterior y posterior por puntos. Observa Silgo (s.f. 104) que *e.gi.a.r* se incorpora fácilmente a la onomástica, sería pues éste uno de los casos. Albertos (1965: 260) apuntaba que la onomástica ibérica se comportaba de forma similar a la de los celtas, germanos y griegos en el uso de nombres compuestos, como el caso de *rix* «rey», de los galos (Schmidt, 1957: 75) particularmente entre los aristócratas —y varones—.

El hecho de aparecer en una falcata *e.gi.a.r* tras lo que debe ser un onomástico nos recuerda aquellas noticias romanas acerca de la vinculación personal de los soldados hispanos con sus armas, tal como Tito Livio (XXXIV, 17) dictaminaba: *nullam vitam ratisine armis esse*, a propósito de los pueblos del Nordeste desarmados por Catón.

Por otra parte, a partir de esta traducción razonablemente «segura», nos detendremos un instante en su

etimología, intentada a menudo en los estudios ibéricos sobre bases mucho más endebles de las que nos sustentan ahora: debe considerarse seriamente la raíz indoeuropea **âĝ-* que produce **âĝios*, (Pokorny, 1947-59: 4s.) que da idea de «acción, movimiento» y que produce entre otras formas el latín *agere* y derivados, el irlandés *aga, aige*, «conductor», el galo *aginar*, que origina el onomástico *Ago-maros* «belicoso» «el que actúa (belicamente) a lo grande» (Schmidt, 1957: 118s.) así como *Comagius* «el que mueve los cabellos» probablemente, tal como procedían nuestros lusitanos en el combate (Lucilio, *Sat.* 228).

También encontramos esta raíz en antropónimos ilirios, como Λάσαγος, Κορραγος, de Macedonia (Krahe, 1929: 32 y 62) en otros helénicos como Λόχαγος, Στρατάγος (Krahe, 1956: 58) que en el dominio de los substantivos comunes produce el conocidísimo στρατηγός derivado en su segundo término de αγω que tiene el interés de ser una titulación derivada en definitiva de la misma raíz léxica de acción que los vocablos ilírios y galos y el substantivo ibérico en cuestión. Este «préstamo» indoeuropeo al ibérico mantiene la -i- de **âĝios* y su solución a la desinencia es la misma que la del galo, en *-ar*, pero aquí no hay una mímesis, sino más sencillamente que ambas lenguas poseen esta opción de sufijación nominal.

Por si acaso, conviene decir que el hecho de que el ibérico presente radicales indoeuropeos —lo que no rechaza prácticamente nadie hoy en día— no quiere decir que su gramática fuese el tipo del latín o el celtibérico. Por otra parte, tal vez se ha abusado en la denominación de «indoeuropeo» referido prácticamente sólo a lenguas de flexión verbal, declinación nominal, distinción entre género, número y persona, etc. Resulta que el primitivo indoeuropeo, según estiman los paleolingüistas (Rodríguez Adrados, 1988: 211s, 251s.) no poseía estas categorías y las fue adquiriendo con el tiempo.

La comparación con el vascuence *egin*, acude prácticamente por sí misma. Es un vocablo de indudable origen indoeuropeo, como los posee esta lengua en buena medida, pero que no han alterado su gramática original que le da su propia esencia. Ambas lenguas, ibérico y eusquera habrían recibido esta voz indoeuropea desde luego antes de la latinización.

U.S.E.KE.R.TE.KU

Es evidente la relación de esta palabra con un epígrafe monetal en semialfabeto ibérico con el rótulo *U.s.e.ke.r.te* en el reverso y datables en época de César, acuñadas en 50-49 a.C., en cuyo anverso figura además en letras latinas OSI u OS. Se trata de denarios y semises (Hübner, 1893: 42; Hill, 1931: 99; Beltrán Villagrasa, 1964: 165s.; Beltrán Martínez, 1952: 22; Grant, 1946: 472; Guadán, 1969: 148; Martín Valls, 1967: 73; Untermann, 1975: 216s.; Villaronga, 1979: 282).

Estas monedas son —aparte la novedad que supone este epígrafe— el más antiguo documento escrito sobre esta ciudad, que perteneció al *conventus Caesaraugustanus*, pues los *Ossigerdenses* son citados allí por Plinio (NH III, 24) entre otros beneficiarios del *ius Lati vetus*, que son los *Cascantenses, Ergavicenses, Graccurritani* y *Leonicenses* en ese mismo convento jurídico (Sancho, 1981: 130).

Claudio Ptolomeo (II, 6, 63) sitúa Οσικερδα a los 14°, 15'/40°, 10' entre los llamados «edetanos» que resultan ser la suma de la Sedetania centroaragonesa y la Edetania valenciana enlazadas mutuamente a través de las montañas y altiplanos turolenses con poblaciones de lengua y cultura celtibéricas (Peñalba de Villastar), hacia el cambio de era relacionados a lo largo de un par de vías provinciales. Es decir, esta Edetania ptolemaica, que comprendería el tracto territorial entre *Caesaraugusta* y *Saguntum* en el sentido de los meridianos: desde la costa valenciana hasta el corazón del valle del Ebro, englobando territorios comprendidos en fechas anteriores bajo distintas etnias. Οσικέρδα es una de las ciudades citadas entre medio, después de *Leonica*, Λεονίκα y antes de *Etobesa*, Ητόβησα. Beltrán Lloris (1976: 398 y 417) sitúa *Leonica* en Mazaleón, propugnando una forma intermedia **Massa Leonica*. Todavía está algo obscura la atribución de las distintas comarcas turolenses a una etnia u otra, a lo largo de los siglos prerromanos y romanos, pero puede afirmarse desde luego que su adscripción étnica formal varió en este largo período y particularmente, de Plinio a Claudio Ptolomeo. Sobre la Sedetania hay varios trabajos (Fatás, 1973; Beltrán Lloris, 1976: 395s.; Sancho, 1981: 56s.) que aluden a estas comarcas turolenses donde debieron situarse varias de las localidades ptolemaicas, pero hay escasa seguridad en su atribución: sólo sabemos que los «edetanos» ptolemaicos —obviamente una reconstrucción que poco tendría de prerromanos— se extendían en el s. II d.C. por la mayor parte de la provincia de Teruel, antaño celtibérica en lo étnico.

Estos itinerarios utilizados por Ptolomeo eran de uso provincial interno, no grandes vías imperiales como las reseñadas en el itinerario de Antonino. Ya Cuntz (1923: 109s.) advirtió que para la mayor parte de Europa occidental, Ptolomeo utilizó itinerarios, no mediciones astronómicas.

Una parte importante de los edetanos ptolemaicos quedaría enhebrada en el trazado valenciano y aragonés de la actual carretera, Sagunto-Burgos, que sigue la depresión del Palancia y la bilbilitanoturolense hasta Zaragoza, regada en parte por el Jiloca.

Osicerda fue municipo romano «lo más tarde bajo Tiberio», según Galsterer (1971: 71 n.° 56). La epigrafía latina documenta esta ciudad, pero se da la circunstancia de que todas las lápidas han aparecido fuera del

valle del Ebro, concretamente dos de ellas en la capital provincial. Son los siguientes:

1) CORNELIO II C.F. GAL/ROMANO/FLAMINI II VIR OSICERD. ET/II VIR COLONIAE TARRACONENS./AEMILIA KARA VXOR (CIL II, 4267: *Memoria Museos...Tarragona*, 1940: 87).

2) PORCIAE M.F./ MATERNAE OSICERDESI/(FLAM.) P.H.C ET POSTEA/OSICE.R.D. CAE.SA (RAVG.)/TARRAC. PE.RPE.TVA.E/L.NUMISIUS/MONTANUS/VXORI
(CIL II, 4241; Alföldy, 1973: 52 y 96 n.º 108).

Alföldy data esta segunda entre 120 y 140 d.C. Existe además otra inscripción, que se halló presuntamente en Barcelona, hoy desaparecida, pero en general se ha tenido como apócrifa o inventada, como otras recogidas por el conde de Guimerá (Lostal, 1980: 116 n.º 326):

PORTIA.../MATERNA.../OCICERDESI/..HC ET POSTEA/OCICERD.CAESARVM/TARRAC PERPETVAE/L.NUMISIUS MONTANUS/VXORI

Pero el hallazgo del epígrafe indígena en la Caridad afina la perspectiva sobre la localización de la ciudad de *Osicerda*: opinamos que «La Caridad» de Caminreal fue su solar.

Recapitulemos las condiciones de hallazgo: el epígrafe adorna el piso de una casa que constituye un verdadero palacete helenístico, de al menos 850m² (Vicente et Alii, 1986: 3s; Vicente, 1988: 50s.) en el que aparece mejor barrio de una verdadera ciudad: el yacimiento abarca 12'5 Ha., extensión verdaderamente considerable para el tamaño de los asentamientos contemporáneos de la zona. Pensar que se trata de un emigrante (Vicente, 1988: 53; Burillo, 1989: 83; Marco, 1989: 112) es una posición tan forzada que difícilmente resiste. El resto de la epigrafía indígena procedente de la misma casa es mayoritariamente celtibérica: la excepción (salvos marcas cerámicas) es el epígrafe y no en todos su vocablos. Y se mantiene esta teoría para no violentar el estado previo de conocimiento acerca de las lenguas prerromanas: *Likine* sería un ibero emigrado. Difícil. Comenzando porque el nombre no tiene nada de ibérico, como vimos y ¿cómo explicar que un emigrante se quedase con la mansión más lujosa de la ciudad y por otra parte que introdujese en el epígrafe «ibérico» una palabra declinada como *Usekerdeku?*. Cuanto sabemos sobre la celosa autónoma ciudad paleohispánica no invita a conciliarse con este «emigrante». Por otra parte, se ha venido insistiendo que en este periodo son los celtíberos quienes presionan sobre los iberos del Este y otras etnias peninsulares (Blázquez, 1974: 94s.; Id., 1979: 42 1s.) no al revés. Su pertenencia al convento cesaraugustano y al grupo de cecas romanas de Celtiberia-Ebro, junto a *Turiaso, Calagurris, Cascantum, Ercavica, Clunia, Graccurris, Celsa y Cesaraugusta*, permiten un muy coherente acomodo en Caminreal, entre Ercavica por el Sur y las demás ciudades en el Ebro (o reborde oriental de la Meseta en el caso de Clunia).

Para solventar esta difícil papeleta de mixtificación entre ibérico y celtibérico se ha acudido a dos hipótesis: una, la del emigrante, a la que ya hemos aludido y otra, la de que el epígrafe esté completamente en ibérico. En este caso el *-cu* del final sería un morfema ibérico para indicar procedencia (De Hoz en García y Bellido, 1990: 73; Burillo, 1989: 83) lo que se acompaña —en el primer caso— de la afirmación de que la lengua de la zona es el ibérico. Evidentemente por los otros epígrafes consignados debemos negar semejante manifestación: la epigrafía indígena de «La Caridad» —aparte de este epígrafe— es manifiestamente celtibérica donde los haya, con destacada presencia de radicales y flexión celtas.

A la lingüística celtibérica pertenece además el sistema vocálico que denota el epígrafe, según la notación de *«u»* con el signo ibérico en forma de la flechita punta arriba ↑, que sin embargo da *«o»* en su transcripción al latín. *U.s.e.ke.r.te/Osicerda; Tu.r.i.a.s.u/Turias(s)o; Bu.r.s.a.u/Bursaonenses*. No se trata, pues, de un mero «problema de fluctuación» (Siles, 1976: 27 n.º 93) sino de una constante fonológica.

Por otra parte resulta que en lengua ibérica, el colectivo humano correspondiente a una ciudad se resuelve con el sufijo *-sken* (o *-ken*). Los ejemplos son abundantes:

A.u.s.ke.s.ke.n/ Ausetani
S.e.de.i.s.ke.n/ Sedetani
L.a.i.e.s.ke.n/ Laietani
I.l.ti.r.ke.s.ke.n/ Ilergetes (los de la costa probablemente)
U.n.ti.ke.s.ke.n/ Indigetes, etc.

Hay bastantes alusiones pormenorizadas en la bibliografía. Destaquemos el monográfico de Vallejo (1950: 218s.; 1950: 215s.) y la recopilación de Untermann (1975: *MLH* I, 1, s, v.) por ser de conjunto.

Existe además otro sufijo *-etar* que se asocia en menor número de casos a ciudades, que no suelen corresponderse con etnias homónimas, a diferencia del anterior sufijo. Tales:

Ś.a.i.ta.bi.e.ta.r
A.r.s.e.e.ta.r

Por otra parte, el paralelo aducido con las monedas saguntinas de rótulo *A.ŕ.s.a.ki.s.ku.e.gi.a.r* (Villaronga, 1975. 23s.; Id., 1967: 61) que propone García y Bellido (1990: 72s.) es endeble, pues lo más seguro, por los ejemplos aducidos antes, es que *-ku* no vaya con *A.ŕ.s.a.ki.s*, sino con *e.gi.a.r*, como el *cu.e.gi.a.r* mencionado.

Al aparecer *U.s.e.ke.r.de.ku.* tras *e.gi.a.r* que ya hemos definido como título, tenemos la asociación de un onomástico, más una aposición que denota su categoría y por fin un genitivo plural de un gentilicio correspondiente a una ciudad hispánica.

Efectivamente, la elisión de la nasal final (*n/m*) es corriente en el celtibérico escrito, particularmente en caracteres indígenas, singularmente *Co.l.o.u.n.i.o.cu* (LEJEUNE, 1955: M 184) en una amonedación de la ciudad de Clunia (no entraremos ahora en la problemática de las nasales en celtibérico). Beltrán Martínez (1987: 48s.), que no acepta la reducción de *Osicerda* a «La Caridad», acepta en cambio la adscripción de *Osicerda* a los celtibéricos, al tomar en consideración la lengua celtibérica en que está la última palabra.

Otros epígrafes monetales celtibéricos presentan el mismo caso, de eliminación de la nasal final: *Be.l.i.gi.o* (LEJEUNE, 1955: M 50) que coexiste con *Be.l.i.gi.o.m* en otras emisiones; *Da.m.a.n.i.u* (LEJEUNE,1955: M 86); *Co.m.bo.u.to* (LEJEUNE, 1955: M 93); *O.i.l.a.u.n.u* (LEJEUNE, 1955: M 75); *S.e.ga.i.s.a.cu* (LEJEUNE, 1955: M 101) todas las cuales deben cumplimentarse con una nasal, que fonéticamente correspondería a /m/ pero que se anota raras veces en posición final y más bien en la última fase de este sistema escriturario con el signo tardío (SILES, 1981: 75s.; DE HOZ, 1986: 53), como las del bronce de Botorrita (s. I a.C.) cuyas «gentilidades» aparecen así anotadas al final de palabra.

Esta tendencia a la elisión de nasales a final de palabra no es exclusiva del celtibérico escrito bajo signos ibéricos, sino también latinos, como los numismas de *Clounioq* (UNTERMANN, 1975; VILLARONGA, 1979: 183, 229, 241s.) donde también se elimina la vocal como continuando la tendencia de la escritura en caracteres ibéricos, donde estas oclusivas guturales /cu/ etc. tienen representación sólo silábica.

Pero no sólo se elimina la nasal final en los rótulos monetales sino también en otros epígrafes indígenas no numísticos: *L.u.a.u.i.co Co.o.r.i.v.a.u* (LEJEUNE, 1955: TC 3) de Numancia; *A.r.e.ba.s.i.co.o* (LEJEUNE, 1955: TC 5) *Na.u.ti.co* (LEJEUNE, 1955: TC 6) *E.l.a.tu.v.a.co* (LEJEUNE, 1955: TC 7) *Ba.n(...)v.a.a.(...)* (LEJEUNE, 1955: TC 8) poco seguro por sus damnificaciones, que Lejeune completa *Ba.n.du.n.a.co(n)*. Todos estos grafitos cerámicos proceden de Numancia, pero *Nu.r.u.ca.a.a.i.a.u* (o *N.u.cu.ca.a.i.a.u.*) procede de Clunia (LEJEUNE, 1955: 85); el epígrafe que reza *(...)m.u.co.ca.i.co(...)* (LEJEUNE, 1955: P5) en una planchuela de bronce de Numancia presenta mutilaciones, por lo que no es seguro si acaba o no en una nasal. También presentan deterioro al final otras inscripciones, éstas de Sagunto (FLETCHER, SILGO, 1987: n.º 4 y 27) ambas con lectura *ka.u.ko.ku(...)* de la que también desconocemos si acababan o no en nasal.

En el bronce celtibérico de Botorrita, es bien conocido que los genitivos del plural acaban en *-um*, salvo probablemente *M.e.l.m.u.Ba.r.a.u.s.a.co.L.e.s.u.n.o.s.bi.n.ti.s.* (Botorrita, B2) en que la segunda palabra, por simetría con las demás construcciones del texto, debe ser un genitivo plural.

Tenemos por otra parte un argumento lingüístico: el celtiberismo del sufijo *-eco* evidente para todos los lingüistas que se han acercado a este asunto sin prejuicios como Schmoll (1959: 54s. como *-aiko-*) Lejeune (1955: b2 y b53, 121) o Albertos (1975: 27). Esta última señala que el sufijo éste es el tercero más abundante en la formación de gentilicios celtibéricos, tras *-ico* y *-oco-*. Anota en su relación *Boddegvn* (2 veces), *Cabvecon, Caddecvn, Mentovieq(um), Tridoniecv(m), ...pvlecon, Cantabreqvn*. Varios de ellos se registran gráficamente en escritura latina con la misma elisión de la nasal final, o sea en *-cu*, continuando la tendencia manifiesta en este epígrafe.

La secuencia *-ecu-, -ocu-*, no existe en ibérico, salvo en las zonas de contacto con el celtibérico como Sagunto con los casos aludidos, o San Mateo con un elegante epígrafe sobre piedra *Ta.e.ka.ke.ŕ.a.ko.ku.n* (MESEGUER, FLETCHER, 1981: 203s.).

Hay un inconveniente adicional a la hora de investigar morfemas paleohispánicos: identificar el signo gráfico /cu/ en este caso con el morfema, cuando son dos aspectos diferentes, el primero puramente epigráfico, el segundo lingüístico. Se trata del siempre subyacente problema de la adecuación del signo gráfico a una lengua u otra. El sufijo es *-ecu-*, el signo /cu/. Sin embargo, no cabe confundir una cosa con la otra.

El topónimo *Osicerda* es evidentemente celta. Los *Osi* de Tácito (*Germ.* 23 y 43) habitaban la Germania, en tanto que los *Osimii/Ostimii* (Str. II, 104; IV. 159; Tab. Peut. 2,2=138, Caes. *Gall.* II, 34; III, 9, etc.) habitaban la península de Armórica. Topónimos como «Ossa» y «Huesa» existen en la geografía española, relacionados lingüísticamente con este antiguo. Onomásticos en *osi-* están bien documentados: *Osidius* de Lyon (*CIL* XIII 1702) *Osilliomus, Osso, Ossonius*, en distintos países celtas e ilirios (HOLDER, 1896 s.: II 887-888). El nombre de *Osso[noba]* en el Algarve era casi seguramente celta, o al menos «indoeuropeo», como sus vecinos *Conistorgis* o *Laccobriga*.

En cuanto a *-cerda* se trata de un étimo indoeuropeo, el celta *cerda*, que produce formas como el antiguo irlandés *cerd*, «arte, artesano, poeta», o el galés *cerdd*, lo mismo. En griego está κέρδος «ganancia, utilidad», de donde deriva el latín *cerdo*, «artesano». El indoeuropeo **kerd* es la base de todos ellos, raíz que también aparece en germánico (POKORNY, 1947: s., 579; HOLDER, 1896 s.: I, 991).

Repiten este radical, entre otros, el nombre del rey bretón *Cerdic*, el de los ligures *Cerdiciates*, el de la ciudad celtibérica ulterior de *Certima* (Liv. XL, 47, 2) o del notable varón *Cerdubelus* de Cástulo (Liv. XXVIII, 20, 11) que sería celta, según Blázquez (1974: 73, 1979, 431) y Albertos (1965: 86) y el posible gentilicio *Certimion* de Mecaur de Morga en Vizcaya (ALBERTOS, 1975: 13, n.º 72; GÓNZALEZ, 1986: 127, 142 n.º 92).

TRADUCCIÓN DEL EPÍGRAFE

Es llamativa la omisión de referencias a la opinión de Tovar y Pattison sobre el significado de *egiar* y en general, la postergación del análisis epigráfico de los soportes donde la palabra aparece mencionada, pese al corpus reunido por Fletcher, que permite adelantar sobremanera la labor. En realidad, ni es citado. Además se ha producido un fenómeno de espejismo por sinécdoque. Los traductores de *egiar* como verbo en forma personal están exclusivamente centrados en el mosaico, sin apercibirse de que es una gran, pero en definitiva, tarjeta de identificación del propietario, quien reside en una confortable residencia de lujo extraordinario para el país, no como iberófono emigrado, sino como gobernante celtibérico de una ciudad celtibérica también, más «tradicionalista» que otros compatriotas suyos, prefiere inscribir su nombre y rango, *egiar*, —magistratura común a los iberófonos del Este y tomada sin duda de ellos en su denominación— en los caracteres del signario ibérico, quedando la impronta de esa lengua en la misma morfología de su composición, sobre todo en el onomástico.

Sobre tales presupuestos, nos quedaría la traducción del epígrafe. Aquí, las variantes vendrán del valor que demos al postfijo *-te*. Si le damos un valor similar al latino, como quiere Untermann, tendríamos: «Para Licin(i)us, jefe de los osicerdenses». Si seguimos el criterio de que *-te* es postfijo enfático o artículo sería: «Licin(i)us, jefe de los osicerdenses».

BIBLIOGRAFÍA

Albertos, M.L. (1965): *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*. Salamanca.

Albertos, M.L. (1975): «Organizadores suprafamiliares en la Hispania antigua». *B.S.A.A.V.* XLXLI, Valladolid.

Alföldy, G. (1973): *Flamines Provinciae Hispaniae Citerioris*. Anexo de AEArq, Madrid.

Aranegui, C. (1989): «Falcatas y guerreros en la cultura ibérica». Conferencia de 2-V-89 del ciclo «La cultura ibérica. Presentación de los vols. XVII, XVIII y XIX de *APL* en Homenaje a Domingo Fletcher».

Ballester, I. (1946): «Las excavaciones de San Miguel de Liria desde 1940 a 1943». *APL* II, Valencia.

Beltrán Lloris, M. (1976): *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Zaragoza.

Beltrán Martínez, A. (1952): «Sobre algunas monedas bilingües romanas del antiguo municipio de Ampurias». *Numisma*, 2-3, Madrid.

Beltrán Martínez, A. (1952): «De nuevo sobre vascoiberismo». *Zephyrus*, IV, Salamanca.

Beltrán Martínez, A. (1987): «El bronce de Botorrita: pueblos y cecas». *I Simposium sobre los celtíberos, Daroca 24-26 de Abril de 1986*, ed. Zaragoza.

Beltrán Villagrasa, P. (1942): *Sobre un interesante vaso escrito de San Miguel de Liria*. T.V. del S.I.P., n.º 8, Valencia.

Beltrán Villagrasa, P. (1952): «La cronología del poblado ibérico del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)». *Caesaraugusta*, 23-24, Zaragoza.

Blázquez, J.M.ª (1974): *La Romanización I*. Madrid.

Blázquez, J.M.ª (1979): «La proyección de los pueblos de la Meseta sobre Turdetania y el Levante ibérico en el primer milenio a.C.». *Actas II Coloquio de lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, ed. Salamanca.

Bonet, H. y Mata, C. (1989): «Nuevos grafitos e inscripciones ibéricas valencianas». *APL* XIX. Valencia.

Burillo, F. (1989): «Poblamiento y cultura material». En VV.AA: *Los celtas en el valle medio del Ebro*. Zaragoza.

Caro Baroja, J. (1973): «La escritura en la España prerromana». *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal* I, 3, Madrid (3.ª).

Caro Baroja, J. (1975): *Los pueblos de España* I. Madrid (2.ª).

Cuntz, O. (1923): *Die Geographie des Ptolomaeus: Gallia, Germania, Raetia, Noricum, Pannonia, Illyricum, Italia*. Berlín.

Fatás, G. (1973): *La Sedetania*. Zaragoza

Fletcher, D. (1980): *Los plomos ibéricos de Yátova (Valencia)*. TV del S.I.P., n.º 66, Valencia.

Fletcher, D. (1981): En VV.AA.: *Materiales de la necrópolis ibérica de Orleyl (Vall de Uxó, Castellón)*. TV del S.I.P., n.º 70, Valencia.

Fletcher, D. (1983): *Els Ibers*. Valencia.

Fletcher, D. (1985): «Algunas notas sobre el plomo ibérico de El Castell (Palamós)». *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Salamanca.

Fletcher, D. (1985): *Textos ibéricos del museo de Prehistoria de Valencia*. TV del S.I.P., n.º 81, Valencia.

Fletcher, D. (1986): «Ibérico egiar/tegiar». *Arse*, 21, Sagunto.

Fletcher, D. y Silgo, L. (1987): «Repertorio de inscripciones ibéricas procedentes de Sagunto». *Arse*, 22, Sagunto.

Fletcher, D. (1989): «Voces ibéricas de la región valenciana (España)». *Archéologie en Languedoc*. Hommage à H. Pradès.

García y Bellido, M.P. (1990): *El tesoro de Mogente y su entorno monetal*. Valencia.

Galsterer, H. (1971): *Untersuchungen zum römischen Städtewesen auf der iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen, Berlín.

Gómez Moreno, M. (1949): *Misceláneas. Primera serie. La Antigüedad*. Madrid.

González, M.C. (1986): *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*. Universidad del País Vasco, Vitoria.

Grant, M. (1946): *From Imperium to Auctoritas. A historical study of aes coinage in the Roman Empire, 49 B.C.-A.D.14*. Cambridge.

Guadán, M. de (1969): *Numismática ibérica e iberorromana*. Madrid.

Hill, G.F. (1931): «Notes on the ancient coinage of Hispania Citerior». *The American Numismatic Society 1931*, Nueva York.

Holder, E. (1896s.): *Alt-celtischer Sprachschatz*. Lipsia (1962, Graz).

Hoz, J. de (1985): «El nuevo plomo de Castell», *Symbolae Ludovico Mitxelena oblatae*, Vitoria.

Hoz, J. de (1986): «La epigrafía celtibérica». *Reunión sobre epigrafía hispánica de época romano-republicana*, ed. Zaragoza.

Hübner, E. (1893): *MLI: Monumenta Linguae Ibericae*. Berlín.

Krahe, H. (1929): *Lexikon altillyrischer Personennamen*. Heidelberg.

Krahe, H. (1956): *Die Sprache der Illyrier I*. Wiesbaden.

Lejeune, M. (1955): *Celtibérica*. Salamanca.

Lostal, J. (1980): *Arqueología del Aragón romano*. Zaragoza.

Llobregat, E.A. (1973): *Contestania Ibérica*. Alicante.

Marco, F. (1989): «Lengua, instituciones y religión de los celtibéricos». En VV.AA.: *Los celtas en el valle medio del Ebro*. Zaragoza.

Marín Valls, R. (1967): *La circulación monetaria ibérica*. Valladolid

Meseguer, V. y Fletcher, D. (1981): «Inscripción ibérica de San Mateo (Castellón de la Plana)». *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LVII, Castellón.

Pattison, W.T. (1981): «Iberian and Basque: a morphosyntactic comparaison». *APL*, XVI, Valencia.

Pérez Vilatela, L. (1988): «La adscripción de Sagunto a sucesivas estructuras étnicas». *Arse*, 23, Sagunto.

Pericay, P. y Maluquer, J. (1963): «Problemas de la lengua indígena en Cataluña». *II Simposium de Prehistoria Peninsular*, ed. Barcelona.

Pokorny, J. (1947-59): *Indogermanisches Etymologisches Wörterbuch*. Berna.

Riuró, F. (1982): «El plom amb epigrafia ibèrica del poblat de Castell (Palamós)». *Cypsela*, IV, Gerona.

Rodríguez Adrados, F. (1988): *Nuevos estudios de lingüística indoeuropea*. Madrid.

Sancho, L. (1980): *El convento jurídico cesaraugustano*. Zaragoza.

Schmidt, K.M. (1959): «Die Komposition in Gallischen Personenname». *Zeitschrift frir Celtische Philologie*, XXVI, Halle-Berlín.

Schmoll, V. (1959): *Die Sprache der vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*. Wiesbaden.

Siles, J. (1976): *Sobre un posible préstamo griego en ibérico*. TV del SIP, n.º 49, Valencia.

Siles, J. (1981): «Sobre el signo ibérico Y: los valores que anota: apuntes para una sistematización de las grafías de las nasales en la escritura ibérica». *Emerita*, 49, Madrid.

Siles, J. (1982): «Indigenismo y romanización: nombres latinos en epígrafes ibéricos». *Faventia*, 3, Barcelona.

Siles, J. (1985): *Léxico de inscripciones ibéricas*. Ministerio de Cultura. Madrid.

Silgo, L. (s.f.): *Léxico de inscripciones ibéricas*. Trabajo preparatorio de tesis doctoral, dirigida por el Dr. Fletcher, consultable en el S.I.P. de Valencia.

Solier, Y. y Barboteau, H. (1988): «Découverte de nouveaux plombs, inscrits en ibére, dans la region de Narbonne». *Revue Archéologique de Narbonaisse*, 21, Narbona.

Tovar, A. (1951): «Léxico de inscripciones ibéricas (ibérico y celtibérico)». *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, II, Madrid.

Tovar, A. (1959): *El eusquera y sus parientes*. Madrid.

Untermann, J. (1969): *Lengua gala y lengua ibérica en la Galia Narbonensis*. Tirada aparte de APL-XII, Valencia.

Untermann, J. (1975): *Monumenta Linguarum Hispanicarum I. 1 Die Münzlegenden*. Wiesbaden.

Untermann, J. (1985): «Dos inscripciones ibéricas recién halladas del Castell de Palamós». *Symbolae Ludovica Mitxelena oblatae*, I, Vitoria.

Untermann, J. (1987): «La gramática de los plomos ibéricos». *Studia Paleohispanica. Veleia*, 2-3, Vitoria.

Vicente, J.D.; Punter, M.P.; Escriche, C. y Herce, A.I. (1986): *La ciudad celtibérica de «La Caridad» (Caminreal, Teruel)*. Teruel.

Vicente, J.D. (1986): «La Caridad (Caminreal, Teruel)». En VV.AA.: *Celtíberos*. Zaragoza.

Villaronga, L. (1965): «Las monedas de plata de Arse con anverso de Pallas». *Numisma*, 15, 76, Madrid.

Villaronga, L. (1967): *Las monedas de Arse-Saguntum*. Barcelona.

Villaronga, L. (1979): *Numismática antigua de Hispania*. Barcelona.

Weisgerber, L. (1930): «Die Sprache der Festlandkelten». *Berichte der römisch-germanischen Komission*, XX, Francfort.

Felipe Mateu y Llopis*

TOPONIMIA IBÉRICA EN LA *NOMINA CIVITATUM ISPANIE SEDES EPISCOPALIUM*. COMENTARIO

Releyendo la obra de W. Von Humboldt «Primitivos Pobladores de España y Lengua Vasca», versión de Francisco Echebarría, con prólogo de Arnald Steiger, que salió en Madrid en 1929 y que exhumaba el viejo libro que se publicó en Berlín en 1821, y deseando no exceder el triángulo «Bronce-Cultura Ibérica-Época Romana», fijado para el Homenaje al que fue querido amigo Enrique Pla Ballester, me permito comentar un texto básico que se halla en la conocida: «Paleografía española, precedida de una Introducción sobre la Paleografía Latina», publicada en 1923 por el Centro de Estudios Históricos, debida al que años después sería el llorado P. Zacarías García Villada, S. J. (Palencia, 1879-Madrid, 1936), quien dio en aquel álbum el folio 63 v. del códice escurialense R.II.18 que contiene la lista de las sedes episcopales con las notas de los eclipses de los años 778-789, texto angular en la Historia de España.

Dividido el mismo en cuatro columnas, a, b, c y d, es tentador considerar las profundas raíces de aquellos topónimos, antiquísimos, que en letra de minúscula y cursiva visigoda tiene un inmarcesible valor. Dice así:

Prouincia cartaginensis/ spartaria/ Toleto: oreto: biatia/ mentesa: acci: basti/ urci. begastra. iliorci/ ilici: setabi. dianio/ ualentia. ualerja segobia/ segobriga: arcabica. compluto/ salamanca/ segontia: oxuma palentja/ In prouintia gallje/ narbona/ beterres/ magallona/ neumaso/ carcassona/ luteba/ elena.

Esta columna da las sedes de las dos provincias romanas antiguas, la Cartagenensis y la Galia, vivas en la época visigoda y después de 711, como se ve por la citada lámina 19, en página 154.

El orden de enumeración es partiendo de las metrópolis, en este caso Toleto, hacia el Sur y Este peninsular y luego volver hacia el centro, *segontia, oxuma palentia*; eran las cuencas del Guadiana, Tajo y Duero; en la provincia Galia el orden era el litoral comenzando por la metrópoli, Narbona, tan ligada a la Historia de Valencia en 1238.

En la columna **b**: *betica/ Spali/ Italica/ asidona/ elepla/ malaca/ iliberri/ astigi/ cordoba/ egabro/ tucci/ tingi*, el gran país del Guadalquivir y la costa mediterránea sin olvidar una sede de la orilla opuesta, *tingi*, de la región llamada por ella tingitana, Tanger. A seguida anotó *in gallecia*, que debió escribir como cabecera de la columna c.

La **c** dice: *lusitania/ emereta/ pace/ olisipona/ ossonoba/ egitania/ conimbrja/ beseo/ lameco/ caliabrja/ slamantica/ abela/ elbora/ caurjo/ Bracara/ dumio/ portucale/ tude/ auriense/ lucu/ brittania/ asturjca/ Irja/ beteka*, todas ellas de la vertiente atlántica o sea del Tajo y Duero, comenzando por la

* C/. Calàbria, 75, 5.º-2.ª. 08051 Barcelona.

metrópoli Emerita y terminando por la Gallecia propia.

La columna **d** va encabezada por *Celtiberia*; dice así: *celtiberia/ terracona/ barcinona/ egaro/ gerunda/ empurias/ ausona/ urgello/ ilerda/ dertosa/ cesaragusta/ osca/ pampiliona/ auca/ calagurre/ tirasona/ alisanco/ amala/ segia*. Era el gran país del Ebro y la vertiente normediterránea, sedes subsistentes después de 711. Unas notas dicen: *La obscuratus est sol in era dccc: XVI: tertio Kalendas septembres: ora undecima diei luna X et in era dccc: XVII Kalendas septembres era secunda diei luna: XXX*.

Las eras DCCCXVI y DCCCVII correspondían a los años 778-779 como se ha indicado; entonces reinaba en Asturias el rey Silo (774-783) de quien trae el mismo álbum de García Villada, lámina 46, el *preceptum regis Silonis*, de 775, y en la España ocupada, Emirato omeya independiente, Abuul Mutarrif Abdarrahman ibn Muawia (756-788).

En el códice R.II.18, Ilerda está clara entre Urgello y Dertosa, en la llamada Celtiberia, nombre el más antiguo dado a la región del Ebro en recuerdo de la Hispania romana.

W. Von Humboldt conoció las «Medallas de las Colonias, Municipios y pueblos antiguos de España» (Madrid, 1757) del P.M. Henrique Flórez (II, 510; III, 104), citadas en la página 65 tratando de Corduba, Salduba y Onubay de la Turdetania; y la obra de Sestini: «Descriz. delle Med. Isp. del Museo Herderv.». Su finalidad era la traducción de los topónimos ibéricos por el vasco; la nuestra es considerar la base prerromana, la ibérica, de la toponimia de época visigoda, viva en los citados años 778-779 y cómo la Celtiberia expresaba la unidad del gran país del Ebro, desde Tortosa hasta sus cabeceras, remontándolo.

La última nota del libro de Humboldt trae las «Medallas de las Colonias, Municipios y pueblos antiguos de España» de D. Antonio Valcárcel Pío de Saboya y Spinola, que se imprimió en Valencia por José y Tomás de Orga en 1773, autor también de «Inscripciones y antigüedades del Reino de Valencia», recogidas y ordenadas por él mismo, que salió en el tomo VIII de las Memorias de la Real Academia de la Historia, y de «Lucentum, hoy la ciudad de Alicante del Reino de Valencia. Relación de las Inscripciones, Estatuas, Medallas, Idolos, lucernas, barros y demás monumentos antiguos hallado en sus ruinas presentados en láminas y explicados», impreso por José y Tomás de Orga, en 1780, de 67 páginas con grabados en 4.º.

W. Von Humboldt decía: «Donde he aceptado etimologías de Astarloa, Erro u otros para nombres de lugar he citado expresamente sus obras. Donde no ha sido así, proceden de mi. Lo hago constar no sólo para que no se atribuya a dichos autores aquello de que yo fuera responsable», refiriéndose a D. Pablo Pedro de Astarloa en su «Apología de la Lengua Bascongada» y a Juan Bautista de Erro y Aspiroz en su «Alfabeto de la lengua primitiva de España», sin olvidar a Hervás y Panduro en su «Catálogo delle lingue conosciute» y las aportaciones de Larramendi en el Prólogo de su «Diccionario vasco» y las polémicas sobre aquellas cuestiones, como expone en sus Notas de las páginas 203 y siguientes.

La pervivencia de lo hispano-godo en los primeros siglos de lo que llamamos la Reconquista es evidente, en cualquier aspecto. En los *Annales Compostellani* se parte de la Era constituida a *Caesare Augusto*, contando por años y en el *XLII anno imperii, sub prima era XXXVIII Jesus Christus in Bethlem natus est*, que son los 38 que hay que restar en la reducción al *annus Nativitatis*.

Cuando el Chronicon Albeldense describe la *Expositio totius mundi*, en la *Expositio Spanie* recuerda que *habet provincias VI*, y a la primera de ellas llama *Carpetania*, cuya metrópoli es Toleto, que tiene 17 sedes: *Oreto, Biatia, Urci, Bigastre, Ilice, Sababi, Dianium, Castalona, Valentia, Valeria, Secogriga, Arcabica, Compluto, Sigonza, Oxoma, Secobia, Palentia*, según sus grafías.

A la *Provintia Baetica* asigna 9: *Hispalim* metrópoli, *Italica, Assidonia, Arepla, Astigi, Cordoba, Egabro, Malaca, Iliberi et Acci*; Arepla es Ilipla, la ceca 7 de A. Vives, del grupo carmonense, básico en la economía triguera, como se ve por sus espigas. En la mayoría de las otras acuñaron oro los visigodos, como ocurrió en casi todas las sedes episcopales, según el *status quaestionis*, hoy.

El cronista cerratense respeta intacto el nombre de la Baetica romana, e igual hace con el de la Lusitania, cuya metrópoli es Emerita, acreditada por sus múltiples acuñaciones romanas y godas, y antes suevas. Pero a la *Quarta Provintia* le da ya el gentilicio, femenino, Gallicensis, a la que asigna ocho sedes: *Bracara* metrópoli, *Dumiu, Portucale* —el doble nombre de las orillas del Duero, *Portus* y *Gale*, base del futuro reino portugués.

También dio un gentilicio a la *Quinta* provincia por no tenerlo propio, tomándolo de su capital, la antigua *Urbs Triumphaliso Tarraconensis*, ciudad ibérica que pasó a la primera declinación latina y dio *Tarracona*, que tuvo cartorce sedes con aquella por metrópoli: *Barcinona, Egara, Gerunda, Ampurias* —la grecorromana y antes ibérica, la de los *untikenses*—, *Ausona* —en cuyo *Vicus ausetanorum* ibérico nacería la futura Ausa/Vich—, *Urigello* —que fonéticamente dio Urgelo con el tiempo—, *Ilerda* —ibérica de raíz **Il-ti-r-ta** en cinco signos, de ellos dos bilíteros, **ti** y **ta**, **di** y **da** respectivamente, por sonorización latinizada.

El Albeldense añade las otras dos «provincias» godas: *Sexta Pronvinctia est ultra mare Tingitana. Galia non est de provinciis Spanies et sub regimine gotorum*; era en ésta: *Narbona* metrópoli, *Beterri, Agate, Magallona, Neumase, Luteba, Carcassona, Elena*, que limitarían con los territorios que serían de la futura Corona de Aragón, el Rosellón, la Cerdaña y demás condados y señoríos que fueron de Jaime de Aragón (1213-1376).

Aquellos autores de los cronicones de la Reconquista tenían un claro concepto de la función de la an-

tigua Hispania, la península, en el Occidente cristiano y la unidad del antiguo Imperio romano.

El Albeldense recuerda la *Exquisitio Milliarium: De Gades usque ad Cordubam milliaria CC, de Corduba usque ad Toletum, CCXX. De Toleto usque ad Caesareaugustam, CCC*, y desciende por la costa *De Avenione ad Valentim CII*, y vuelve de *Valentia ad Turnos* (Turín) *CCL* y de allí *ad Mediolanum* (Milán), *CLXX* y *ad Romam, CCCXVI*, y pasando por *Thesalonica, Heraclea*, a *Constantinopolim* como término. Era el llamado Itinerario de Antonio que reinó A.D. de 138 a 161; en esta relación tras *Saguntum* figuran *Valentia, Sucro Statuae, Illice, Carthago Spartaria, Elicorca* (Lorca), *Basti, Acci, Mentesa, Bastia* y todo el país donde florecieron los alfabetos ibérico y turdetano con espléndidas acuñaciones como las de *Cástule, Osicerda, Ipora*, que son las cecas 93 a 98 que Vives agrupó bajo el epígrafe «Monedas ibero-romanas de tipos especiales».

Para los autores, anónimos o no, de aquellas llamadas *Chronica Parva*, la sucesión de los *reges christiani*, respecto de los *reges gothorum* era clara; el *Chronicon* llamado de Don Sebastián arranca *a tempore regis Wambani usque nunc in tempore gloriosi Regi Garseani filii Adefonsi*, o sea, desde 672-680 de aquél hasta los años de Ordoño I de Asturias-León, 850-866; los hispanogodos, los *christiani*, sujetos al invasor de 711, sobrevivían pagando tributos *regi babylonico*. El *Chronicon* cerretense recuerda que mientras se redactaban la *Nomina Civitatum Ispanie sedes episcopalium*, en 777, Era DCCCXV, *fuit prelium de Rozas Valles, ubi fuerunt mortui Pares*; eran los doce de Roncesvalles, los «pares de Francia».

Algunas de las sedes de 778-779 aparecen en el *Sebastiani Chronicon*, la de Amayam *patriciam*, cuando Ordoño I de Asturias-León (850-866) repoblada las *desertas civitates* de las cuales su padre Ramiro I (842-850) *Chaldeos ejecerat*, porque los primeros cristianos de la Reconquista luchaban contra los *chaldaicos* y también *ad versus sarracenos*, precisando los textos, con el tiempo, las diversas etnias de los invasores.

Notas sobre los topónimos de las Sedes episcopales estudiados en diversos lugares, ordenadas alfabéticamente por los mismos topónimos:

1. «Los nombres hispanos de lugar en el numerario visigodo. Notas para su estudio. (Narbonensis, Tarraconensis, Carthaginensis, Baetica)». En *Analecta Sacra Tarraconensia*, vol. XIII (1936-1940), págs. 65-74.

2. «Tulgan en la Baetica y Carthaginensis». *Gaceta Numismática*, núm. 48 (1978), págs. 27-30.

3. «Aeminio-Iminio, ceca visigoda conimbrecense». *Nummus*, vol. I (1978), págs. 121-129.

4. «De Asturias a Astorga». *Gaceta Mumismática*, núm. 53 (1979), págs. 29-33.

5. «Suinthila en Acci». *Gaceta numismática*, núm. 41 (1976), págs. 23-26.

6. «Alesanco, Amaia y Segia, cecas visigodas». *Gaceta Numismática*, núm. 39 (1975), págs. 33-36.

7. «Las sedes episcopales de Alesanco, Amaia y Segia y las cecas godas». *Nummus* 354-55 (1976), vol. X, págs. 19-26.

8. «Barbi en la Bética, ceca y no sede visigoda». *Gaceta Numismática*, núm. 58 (1980), págs. 23-29.

9. «La ceca visigoda de Barcelona. Notas paleográficas y numismáticas». *Analecta Sacra Tarraconensia*, vol. XVI (1943), págs. 45-56 y lams.

10. «De Bracara Augusta a Guimarães por los tremises godos. (Recordando un viaje de 1946)». *Congresso Histórico de Guimarães e sua Colegiada*, vol. III das Actas (1981), págs. 237-245.

11. «Suinthila en Cassavio (621-631) y una evocación de lo godo durante la reconquista peninsular en los siglos X-XI». *Revista da Universidade de Coimbra*, vol. 30 (1983), págs. 395-404.

12. «Evora, ceca visigoda». *Nummus*, núm. 33 (1974), págs. 29-36.

13. «Urbs Ispalis». *Homenaje al Profesor Carriazo*, t. III (Sevilla, 1973), págs. 493-500.

14. «Las antiguas cecas visigodas en el Cronicon Albeldense (711-883-976)». *Gaceta Numismática*, núm. 67, págs. 10-13.

15. «De Ilerda a Dertosa: entre suevos y godos (449-700)» *Gaceta Numismática*, núm. 51 (1978), págs. 47-50.

16. «Mentesa bastitana, ceca visigoda». *Gaceta Numismática*, núm. 44 (1977), págs. 32-36.

17. «Leovigildo y Recaredo en la Hispania Citerior. Las acuñaciones de Rodas de 585-60». *Gaceta Numismática*, núm. 51 (1978), págs. 25-28.

18. «En el XIV centenario de Hermenegildus rex. La pugna de 574-585 testimoniada por los tremises godos». *Numisma*, núms. 186-191 (1984), (VI Congreso Nacional de Numismática, Oviedo), págs. 189-194.

19. «Ermenegildus inclitus rex. De Valentia a Tarraco, por Saguntum en A./D. 584/585». *Arse*, 20 (1985), págs. 475-480.

20. «Sobre el numerario visigodo de la Tarraconense. Las cecas de Sagunto y Valencia en el primer tercio del siglo VII». *Ampurias*, vol. III (1941), págs. 85-95.

21. «Stationes itinerarias y cecas romanas y visigodas en la Tarraconensis». *Gaceta Numismática*, núm. 57 (1980).

22. «La ceca goda de Salamanca». *Colecção de estudos em honra do Prof. Dr. Damião Peres*, Académia Portuguesa da História (Lisboa, 1947), págs. 467-478.

23. «Reccaredvs rex. Tornio Victoria». *Nummus*, vol. III (1980), págs. 89-95.

24. «Vandalorum, alanorum y gothorum reges de 476 a 586». *Boletín de la Institución Fernán González* (Burgos, 1979), págs. 124-131.

25. *Solidos... in aderato pretio. Notas sobre la documentación goda y condal (siglos VI-X)*. Publicações da Sociedade Portuguesa de Numismática (Porto, 1968), 7 págs.

Luis Silgo Gauche*

LOS LÍMITES ÉTNICOS DE LA TURDETANIA

Tuvimos la suerte de formar parte de los becarios que cumplieron su tarea en el S.I.P. el último año en que ejerció su dirección D. Enrique Pla. Tenía Pla la costumbre de inspeccionar la buena marcha de los trabajos apenas empezada la mañana, momento que aprovechábamos para formular preguntas, bien fuera porque, como inexpertos arqueólogos, nos hubiesen surgido dudas en la catalogación, o simplemente por el gusto de aprender de alguien que, como él, conocía casi cada una de las piezas del museo, y a la perfección las de La Bastida y Liria, fruto de tan largos años de experiencia desde los lejanos tiempos del inicio de las excavaciones en el Tossal de Sant Miquel.

A lo largo de su carrera profesional se preocupó Pla por ciertos aspectos de la Cultura Ibérica, como la cerámica bicroma o la de barniz rojo, cuyas relaciones parecían apuntar a Andalucía. Estas relaciones no suponen una identidad étnica entre las poblaciones ibéricas valencianas y los andaluces turdetanos, y debe abandonarse radicalmente la mención de los pueblos prerromanos del Bajo Guadalquivir como iberos, pues no lo es su lengua ni ciertos aspectos de su cultura material.

* C/. Linares, 16, esc. B, 5.ª 46018 Valencia.

Nos basamos para el presente trabajo en los datos proporcionados por las fuentes clásicas, la epigrafía indígena, y los nombres de persona y lugar que aparecen en la epigrafía latina.

1. LOS TURDETANOS

1.1. FUENTES CLÁSICAS

Los autores de la Antigüedad se ocupan en diversos lugares de la identidad de los turdetanos como distintos de los iberos, aunque al ampliarse el nombre de Iberia a toda la península fueron denominados así todos sus habitantes, independientemente de su etnia.

El Pseudo Apolodoro (2, 5, 10) dice que Iberia se encuentra entre los Tartessios y los Ligures.

Diodoro (XXV, 10) indica que Amílcar luchó contra iberos y tartesios.

Herodoros de Herakleia (Pseudo Skymmos de Chios, 199) menciona que: «A orillas del Mar Sardo habitan, en primer lugar, los lybifenicios, colonos cartagineses, después, según dicen, están los tartesios; a su lado están los iberos».

Estrabón (III, 4, 19) afirma que para los antiguos Iberia se extendía desde el Ródano al Itsmo, dando a entender que no se comprendían en Iberia las tierras tartesias, al Occidente de Gibraltar.

Por último el mismo autor (III, 1, 6) hace referencia a la cultura de los turdetanos, que poseen una «grammatiké», teniendo otras los demás iberos, pero no la misma, pues sus lenguas son distintas.

1.2. LA TEORÍA DEL ORIGEN IBÉRICO

A pesar de lo que acabamos de ver se creyó durante mucho tiempo que turdetanos e iberos eran un mismo pueblo. Así lo creían todavía a fines del siglo pasado Hübner y Schuchardt. En los años veinte y después Bosch intentó demostrar arqueológicamente esta identidad, suponiendo que los tartesios era resultado de la expansión de los iberos almerienses en época preargárica, y se pregunta si pueden verse elementos ibéricos en los cinetes del Sur de Portugal y en los tartesios citados por fuentes tardías en el interior de Portugal (Bosch, 1932: 185-86).

La iberidad de los turdetanos fue negada por Domingo Fletcher en su estudio de conjunto sobre la Cultura Ibérica; para este autor las fuentes clásicas son ilustrativas a este respecto, y encuentra un matiz especial en la cultura turdetana: «explicable sin duda, no sólo por el más persistente y prolongado influjo púnico, sino también por los elementos básicos constitutivos de su etnia desde el neolítico» (Fletcher, 1960: 43 y 45).

El eminente profesor de Colonia, Dr. Jünger Untermann, ha publicado diversos mapas lingüísticos que dividen la Península entre una zona indoeuropea y otra no indoeuropea o ibérica. El Algarbe, con sus topónimos en **-briga**, queda incluido en la zona indoeuropea. No obstante, opina Untermann, que hay que diferenciar las inscripciones «tartesias» de las ibéricas, y que existe consenso en considerar que aquellas no reflejan una lengua indoeuropea (Untermann, 1965: 18).

1.3. LA HIPÓTESIS COLONIZADORA

Esta hipótesis es muy antigua. Los exégetas de la Biblia llegaron a la conclusión que Túbal, antepasado de los tubelos, colonizó España procedente del Próximo Oriente. No hacían sino continuar en esto la saga de Herakles, que para los antiguos había poblado la península con medos, persas y armenios. En el siglo XIX y XX se contemplaba el Próximo Oriente como inagotable fuente de pueblos y todo tipo de manifestaciones de la cultura material. No había trabajo arqueológico que se preciase, que no acertara a resolver de una u otra manera el origen oriental del objeto estudiado.

La hipótesis de una colonización oriental, formulada en diversas maneras, ha sido un tópico de la erudición europea desde el Renacimiento. Pero para lo que nos interesa, la hipótesis del origen mediterráneo de los turdetanos-tartesios, fue formulada por Gómez Moreno (Gómez Moreno, 1905), basándose en la dispersión de la arquitectura megalítica. Los tartesios procedían del Asia Menor, en la época de las invasiones de los Pueblos del Mar, siendo una rama de los tirsenos. Su imperio abarcaba no sólo el mediodía peninsular, sino que traspasaría el Tajo infiltrándose en Cantabria.

Tal opinión se repite en dos trabajos posteriores (Gómez Moreno, 1949a y b). Sin embargo más tarde parece inclinarse por un único substrato ibérico para toda la Península, algo diferenciado ya en la parte meridional. Jugaba aquí, como en autores posteriores, la mención del río Iberus hecha por Avieno, en un contexto en que se menciona la zona del Estrecho, lo que ha hecho creer a muchos investigadores que se refiere a uno de los ríos que forman el estuario de la ría de Huelva (Gómez Moreno, 1925).

En su discurso de entrada a la Academia de la Historia el autor que comentamos restringe el ámbito tartesio al Sur del Tajo y el Segura, asegurando que: «lo decisivo sería concretar la personalidad tartesia mediante asimilaciones con los cretenses o sus aledaños; por ejemplo los filisteos» (Gómez Moreno, 1949c: 203).

Descifrado ya el semisilabario ibérico, su experiencia le permite señalar diferencias perceptibles entre el área ibérica y la turdetana, a la vez que concluye: «es indudable que entre Andalucía y el Mediterráneo Oriental minoico hubo relaciones culturales, difíciles de explicar sino por colonización remota; pero el argumento lingüístico aparece aún demasiado flojo para apoyarla» (Gómez Moreno, 1949c: 204).

Recogiendo ideas ya añejas, Schulten desarrolló y potenció la hipótesis de la fundación tirsena de Tartessos (Schulten, 1922). Este autor concede una desmedida importancia a los mitos de la Antigüedad, a la confusa *Ora Marítima* y reconoce en las inscripciones del Algarbe una escritura alfabética, «griega arcaica», donde lee la palabra «zaronabe», que relacionaba con el «zaronai» de la estela de Lemnos.

En la línea de Schulten, Antonio Tovar cree descubrir en las estelas del Algarbe un mundo distinto al resto de las inscripciones meridionales, una penetración de elementos colonizadores. A su vez, pero contradictoriamente, el silabismo de la escritura del Suroeste no puede proceder sino de la cultura egea del segundo milenio (Tovar, 1952: 261).

Esta opinión es rectificada parcialmente en un importante trabajo, donde por primera vez se señala el alcance de las isoglosas ibéricas en Andalucía (Tovar, 1956: 81-83); separa allí las estelas del S.O. y la de Alcalá del Río del resto de las andaluzas y afirma que están

redactadas en una lengua distinta del ibérico. El límite documentado de la lengua ibérica alcanzaría Obulco, La Granjuela, Jódar y Granada, con la localización incierta de Urci.

Años después Tovar sigue pensando que la escritura del S.O. es alfabética, alaba la labor de Schulten y afirma que la lengua de estas inscripciones «nos habla de una colonización procedente del Mediterráneo oriental, asiánica precisamente». La lengua ibérica empezaría a hablarse a partir del Guadalquivir Medio, Sierra Morena, Almería y Sierra Nevada (Tovar, 1961: 5 y 9).

Todavía insistirá el mismo investigador en la distinción entre ibero y tartesio, y así formula que los sufijos en **-ipo**, en la desembocadura del Tajo y el Guadalquivir, probarían una colonización marítima (Tovar, 1964: 599). Poco más tarde señalaba el límite del dominio ibérico en una línea oblicua desde La Granjuela a Almería, pasando por Granada, dejando abierta la posibilidad de la existencia de un substrato ibérico en territorio tartessio, a partir de la noticia de un río *Iberus* que Avieno parece mencionar en esa zona (Tovar, 1968: 491-97).

Tienen lugar por estos años dos contribuciones decisivas para clarificar el panorama de la escritura del S.O., tartesia o turdetana. Gómez Moreno y Schmoll concuerdan en el semisilabismo de la escritura meridional y en su vinculación con la levantina. Aun con lecturas dudosas Schmoll reconoce la inclasificabilidad de la lengua estudiada (Schmoll, 1961). Gómez Moreno, si bien por una parte mantiene puntos de vista obsoletos (la escritura «hubo de llegar aquí, ya organizada, desde el Mediterráneo Oriental hacia fines del segundo milenio antes de Cristo, traída por aquellas gentes que produjeron la cultura del Argar: mastienos, bastetanos y bástulos, implantados sobre la primitiva civilización tartesia en su territorio y quizá restringiéndole poderío»), por otra reconoce, con honestidad intelectual que acredita su valía de científico, que la lengua turdetana no encrontraba paralelos ni en el etrusco, el minoico ni en las lenguas orientales hasta entonces conocidas (Gómez Moreno, 1961: 889).

Señalemos por último que en un trabajo donde mezcla inscripciones ibéricas y turdetanas, S. Wikander creyó reconocer elementos indoeuropeos muy arcaicos: micénicos, hititas y licios (Wikander, 1966). Tovar se hizo eco de tales opiniones y anuncia que si tales tesis se confirmasen, habría que pensar en una lengua importada por colonizadores venidos del Mediterráneo oriental (Tovar, 1969: 342 y 345).

No habría confirmación a tal hipótesis, pero en los últimos años una corriente de opinión, cuyo principal representante es J.A. Correa, en base a algunas lecturas que no pueden considerarse definitivas, cree descubrir en la epigrafía tartesia elementos indoeuropeos relacionados con el celta peninsular (Correa, 1983 y 1985). Esta hipótesis, lógica si consideramos los nombres indoeuropeos que aparecen en lápidas andaluzas y del Algarbe en época romana, nombres cuya indicación de **origo** se refiere varias veces a ellos como inmigrantes gallegos, es difícil de aceptar para el conjunto de la epigrafía turdetana.

1.4. AUTOCTONÍA DE LOS TURDETANOS

Frente a estas hipótesis, Maluquer se adhiere a la opinión de Fletcher, y a la vez que rechaza toda colonización, aun admitiendo la presencia de elementos indoeuropeos, afirma que, en realidad: «el pueblo tartesio es el resultado de un proceso occidental milenario, en el que cristalizan los elementos más diversos, continentales indígenas y mediterráneos» (Maluquer, 1975: 165-66).

No es difícil demostrar que turdetano e ibérico son dos idiomas distintos. Así, en las inscripciones conocidas, la palabra ibérica **seldar** = «tumba», es sustituida por otra que en nada se le parece: **cabekecunii**; ni aparecen los casos típicos de la declinación ibérica: **-wi, -ar, -en, -te, -e**. Tampoco han aparecido nombres ibéricos.

Respecto al indoeuropeo las inscripciones tartesias no ofrecen los casos de la declinación: **-os/-us, -cum, -oi, -e, -ubos, -um,** y están ausentes los nombres indoeuropeos peninsulares que aparecerán en épocas posteriores.

No ha sido posible, y es previsible que no lo sea en el futuro, reconocer una lengua semita, y, teniendo en cuenta lo poco que conocemos del etrusco, minoico y otras lenguas orientales, tampoco puede relacionarse al tartesio con éstas.

En el estado actual de nuestros conocimientos la lengua turdetana forma un grupo lingüístico aparte, uno más entre las lenguas no clasificables del Mediterráneo.

2. LÍMITES DEL DOMINIO LINGÜÍSTICO TURDETANO

Para delimitar las fronteras de la Turdetania etnográfica disponemos de las fuentes clásicas, las inscripciones en lengua indígena y la toponimia y antroponimia de época romana. Ahora bien, la vagedad de las fuentes, la escasez de inscripciones, y la complejidad de los movimientos de población en época romana, así como la temprana latinización de la zona, han impedido hasta el presente soluciones satisfactorias a este problema. Albertos, tras insistir en la intensa romanización que ha sumergido la onomástica indígena, afirma que es imposible (Albertos, 1966: 277). De Hoz subraya la oscuridad que en el terreno de la lingüística

ofrece Andalucía en los siglos V a III a.C., y que, en época romana, es también, «extremadamente enigmática», si bien se pueden señalar algunos hechos, como la fuerza de la colonización púnica, la presencia de elementos indoeuropeos dispersos, concentrados en alguna zona, como la Baeturia, y los elementos iberos en Andalucía Oriental: «Provisionalmente se podría hablar de una Andalucía ibérica y una Andalucía no ibérica o turdetana, poseedora de su propia lengua, sometidas ambas a fuertes penetraciones indoeuropeas, en especial la turdetana» (De Hoz, 1983: 369 y 374).

2.1. LA TURDETANIA SEGÚN ESTRABÓN

Basándose seguramente en Posidonios, describió Estrabón la geografía de la Turdetania (García y Bellido, 1980). Para este autor: «Dicha región se llama Baitiké, del nombre del río, y Turdetania, del nombre del pueblo que la habita; a estos habitantes llámaseles turdetanos y túrdulos (...) Dicha comarca, sita al lado de acá del Anas, se extiende hacia el Estrecho hasta la Oretania, y por el Sur hasta la costa comprendida entre las bocas del Anas y las columnas» (III, 1, 6).

Amplía la descripción más adelante: «La Turdetania, a la cual riega el río Baitis, extiéndese al interior de esta costa por la parte de acá del Anas. Se halla limitada al Occidente y al Septemtrión por el curso del Anas; al Oriente, por parte de los carpetanos y algunos oretanos; hacia el Mediodía, por los bastetanos, que habitaban la estrecha faja costera que se extiende de Calpe a Gadeira y del Mar Exterior hasta el Anas. También pueden adscribirse a ella los bastetanos, de los cuales dije ya que habitaban en la Turdetania, así como las gentes que ocupan el otro lado del Anas, y gran parte de sus vecinos» (III, 2, 1).

La distinción entre turdetanos y túrdulos parece, como se ha dicho en otras ocasiones, puramente semántica. En cambio Estrabón habla de unos bastetanos que habitan desde Calpe (Gibraltar) hasta el Mar Exterior (Cádiz) y las bocas del Guadiana, comprendidos en la Turdetania, y de otros bastetanos que habitan desde Calpe hacia Oriente: «el tramo de costa que va de Calpe, cuyo monte está sobre las columnas, hasta Cartagonova, mide una longitud de dos mil doscientos estadios, y en él viven la mayoría de los bastetanos a los que se suele llamar también bástulos y una parte de los oretanos» (III, 4, 1).

Y poco después: «Tras los celtíberos y en dirección Sur, siguen los pueblos que habitan la Oróspeda y las tierras que baña el Soukron. Estos pueblos son los edetanos, hasta Cartagena, y los bastetanos y oretanos hasta cerca de Malaka».

Estas noticias, que como veremos en seguida son bastante exactas, colocan a unos bastetanos desde el Guadiana, o incluso desde la costa meridional atlántica portuguesa, hasta la zona de Gibraltar; y otros bastetanos cuyo territorio se prolonga desde cerca de Málaga por la costa mediterránea hacia el Este. Estos segundos son los auténticos bastetanos, de etnia ibérica, cuya capital epónima es Basti (Baza). Los primeros son Hastetanos, con capital en Hasta, herederos étnica y geográficamente de los tartesios.

La confusión entre Hastetanos y Bastetanos parece deberse a los copistas y exégetas, pues el erudito investigador Luciano Pérez Vilatela ha tenido la amabilidad de hacernos observar que, efectivamente, en uno de los códices aparece «Hastetanos».

El cuadro dibujado por Estrabón se ajusta al que desarrollamos después conforme a los datos lingüísticos, pero aún hemos de hacer referencia a otro dato, aportado esta vez por Plinio.

Cita este autor después de los *Celtici* de la Baeturia otros *Celtici* que se extienden por las provincias de Sevilla, Cádiz y Málaga. Esta noticia aparece solo en Plinio (N.H. III, 12) y es digna de ser comentada, pues ni la toponimia ni la lógica pueden admitir tan profunda penetración céltica en una zona tartésica o turdetana por excelencia. La clave parece estar en la ciudad de *Celti*, citada también por Plinio en el convento Hispalense, y que tal vez pudiera relacionarse con los **cilbicenos** de Avieno (Or. Mar. v. 255, 442) o **kelkianos** de Herodoro (frag. 20).

Repitamos que la presencia de un núcleo celta de cierta entidad en área tan meridional no ha encontrado hasta ahora confirmación por otras fuentes o la toponimia, aunque no sea ésta la opinión de García Iglesias (García Iglesias, 1971).

2.2. EL LÍMITE IBERO-TURDETANO

En la actualidad conocemos, con relativa extensión, la antroponimia ibérica (Untermann, 1987), y estamos en condiciones de establecer su alcance en Andalucía, con ayuda de datos toponímicos.

El nombre de lugar ibérico más occidental que se conoce es **Iluro** (Alora), en la orilla derecha del río Guadalorce y poco al oeste de Málaga. Más a Occidente y al Norte la toponimia no parece ibérica: *Cartima, Saepo, Lacippo, Singilia, Aratispi*. La existencia de un topónimo Calpe en Gibraltar y en el Peñón de Ifach no debe ser indígena, sino nombre dado por marinos griegos.

Por consiguiente el límite, que partiría de la costa mediterránea siguiendo el curso aproximado del Guadalorce, tuerce al Este después de Alora, hasta llegar al siguiente nombre típicamente ibérico: **Ilurco** (Pinos Puente, Granada), e inmediatamente detrás **Iliberris** (Granada). Las leyendas monetales de Iliberris: **kestin e ildurir**, así como el antropónimo **Urcestar Tascaescerris** (C.I.L. II 2.067) confirman que nos hallamos en territorio de lengua ibérica.

A partir de Iluro el límite vuelve a subir hacia el Norte, marcando una ligera curva que parte la provincia de Jaén, hasta encontrar el Guadiana en los alrededores de Bailén. Al Este de dicha línea encontramos antropónimos ibéricos: **Insilur** (CIL II 5.923, Albánchez), **Cissus** (CIL II 2.068, Albánchez), **Galduriaunin** (CIL II 5.922, Jódar), **Unini...** (CIL II 3.852, Jimena), **Lucretia Sergeton** (CIL II 2.114, Arjonilla), un ilurconense de nombre **Bodon** también en Arjonilla, en Mancha Real una **Cornelia Silliboris** debía también ser ibera, y en Bailén **Baritto** (CIL II 5.911) recuerda a **Baretta** de Játiva (CIL II 3.628).

Al Oeste los nombres indígenas son turdetanos: **M. Sempronio Sisanna** y **M. Sempronio Cantnec** (CIL II 2.051, Antequera); **M. Pompeius Ictnis, Fabia Aninna, Pompeia Nanna, Q. Pompeius Velaunis, Ildrons Velaunis f., Igalchis Ildrons f., Iunia Insghana, Siseanba Hannonis f. Velgana** (CIL II 1.585 a 1.595, Las Vírgenes de Baena), **Ansua, Balienus, Antiatis, Medianus** (CIL II 1619, Cabra), en Cádiz **Ausesis, Haccunus, Summoi, Bannoi, Sisanna** en Aguilar, **Sisen. saborensis** en Cañete la Real, **Urchail Atitta f.** (Alcalá del Río), **Atitta** (Carmona y La Maiena), **Attarius** (Arcos de la Frontera), **Attianus** (Alcolea del Río), **Attisaga** (El Arahal), **Attunna** (Montoro), **Calua, Acclenus, Annia** (Córdoba), **Caccosa** (CIL II 1.512, La Luisiana), **Qacosus** (Trujillo), **Dubertig** (CIL II 11.487, Ecija), **Tarpulia Sauni f. Sunna** (CIL II 1.302, Cabezas de San Juan), **Baxo** (CIL II 2.060, Loja) (Alberios, 1.966: 277).

Parece haberse producido una mezcla de elementos ibéricos y turdetanos en el Alto Guadalquivir, pues mientras que los topónimos *Ipolca* (Obulco) y *Castile* (Castulo) no son ibéricos sabemos sin embargo que eran ciudades de los iberos oretanos y sus magistrados llevan nombres ibéricos, aunque se encuentre también **Siseia** en Linares, **Sisiren** en Porcuna y **Fidentia Cosana** en Jaén (CIL II 3.373), así como un ipolcobulense fallecido en Alcalá la Real llamado **Praius** (CIL II 1.643), nombres turdetanos. **I. Beisacci** (CIL II 3.380) y **C. Manlio Iberaridi** (CIL Add. 238) de Jaén debían ser ibéricos.

Las inscripciones tartesias de Alcalá del Río, Villamanrique de la Condesa y Puente Genil probaban la existencia de la lengua turdetana en el Bajo Guadalquivir. La antroponimia de época romana, aunque con escasos datos, prueba que el dominio debe extenderse a todo el valle medio de ese río, hasta Andújar y Montoro. La estela de Siruela, así como los nombres **Ania Sisania** (CIL II 2.368) y **Sempronia Attina** (CIL II 2.369) de Belalcázar documentan su extensión hasta el Guadiana.

Contrastando con lo que acabamos de ver se ha situado en la ría de Huelva un río Ibero citado por Avieno aproximadamente en esa zona. El pasaje dice que de este río Ibero «muchos sostienen que de él han recibido su nombre los íberos y no del río que corre entre los inquietos vascones. Y toda la tierra que está situada en la parte oriental del dicho río es llamada Hiberia, en cambio, la parte occidental es la que contiene a los tartesios y a los cilbicenos» (Or. Mar. 248-55).

Dado que la existencia de una Iberia en Huelva se contradice con los datos epigráficos, toponímicos y con los de otras fuentes clásicas es obligado suponer una mala interpretación por Avieno de su fuente, lo cual no constituye ciertamente una excepción, y que este río Iber es el Ebro o bien otro río del mismo nombre de la costa mediterránea.

2.3. EL PROBLEMA DE MASTIA

Las fuentes más antiguas referentes a la Península (Hecateo, la *Ora Marítima*, Herodoro) hablan de los mastienos o masienos como un pueblo ligado a los tartesios.

Según Herodoro: «Este pueblo ibérico que habita la costa del Estrecho recibe varios nombres, siendo un solo pueblo con distintas tribus. Primero, los que habitan la parte más occidental se llaman cinetes (después de los cuales, yendo hacia el Norte, se encuentran los gletes), después los tartesios, después los elbisinos, después los mastienos, después los celcianos, y después se encuentra ya el Estrecho».

Teopompo (en Estéfano de Bizancio) dice que «la tierra de Mastia está sometida a los tartesios».

Polibio (III, VI) habla de Mastia de los tartesios como el punto occidental que no podían sobrepasar las naves romanas en el tratado romano-cartaginés del 348 a.C.

Se supuso habitualmente que estaba en Andalucía hasta que Schulten (Schulten, 1922), al que han seguido Bosch (Bosch 1932: 177, 265, 306, 307, etc.), Antonio Beltrán (Beltrán, 1946), Juan Álvarez Delgado (Álvarez Delgado, 1953), García y Bellido (García y Bellido, 1980), Tovar, Almagro Basch y la casi totalidad de los autores, la situara hacia Cartagena o en esta misma ciudad, siendo una de esas afirmaciones con poco o ningún apoyo y que se repiten por inercia.

De acuerdo con el mapa que hemos trazado anteriormente no es posible que los tartesios hayan llegado tan al Norte en época histórica y por consiguiente preferimos llevar Mastia a algún punto del litoral entre Cádiz y Málaga.

La obra de Festo Avieno no aporta, como siempre, grandes precisiones: «A partir de allí el puerto Namnatio se curva cerca de la ciudad de los masienos desde mar adentro, y en lo más profundo del golfo surge la ciudad Masiena, de elevadas murallas. A continuación sobresale el Monte Trete, y al lado está la pequeña isla Strongile. Luego, en los confines de esta isla, extiende su gran superficie la inmensa marisma. Allí llega arras-

trándose el río Teodoro (no te cause estupor que en este lugar feroz y bárbaro percibas su nombre en voz griega). Los fenicios habitaron antiguamente estos lugares. Desde aquí de nuevo se extienden las arenas del litoral y esta costa la ciñen ampliamente tres islas. Aquí estuvo en otro tiempo el límite de los tartesios. Aquí estuvo la ciudad de Herna. La tribu de los gimnetes estuvo asentada en estos lugares».

Esta noticia puede ponerse en relación con el siguiente pasaje de Estrabón (III, 17) que se refiere a Carteya, ciudad perfectamente localizada en el fondo de la bahía de Algeciras por Mela (II, 96), y que según este autor y Plinio (III, 8, 17) la gente creía que era Tartessos: «Entre la parte del litoral donde desembocan el Baitis y el Anas, y el extremo de la Maurousia, una invasión del Mar Atlántico ha formado el estrecho de las Columnas, por el que hoy comunica el Mar Interior con el Exterior. Aquí, entre los iberes que llaman bastetanoi, conocidos también por bastuloi, se levanta el monte Kalpe. Al salir navegando de nuestro mar y entrar en el Exterior, se queda a la derecha. Más lejos, a cuarenta estadios, se ve la ciudad de Karteia, ilustre y antigua, antes estación naval de los iberes. Algunos atribuyen su fundación a Herakles, y Timosthénes, que es uno de ellos, dice que antiguamente se llamó Herakleia, y aún eran visibles su gran recinto y sus arsenales».

El hecho de situarse la frontera bastetana en Gibraltar y situarse cerca de ellas una ciudad ya en la antigüedad reputada de ilustre y antigua, confundida con Tartesos, hace probable que sea aquí donde deba situarse a Mastia, refiriéndose el tratado del 348 no a Cartagena, sino a la bahía de Algeciras, con el estratégico punto de Gibraltar. El hecho de que la «Ora» afirme que, aproximadamente en el litoral de Mastia, habitaron los fenicios, no tiene porqué referirse a la fundación de Cartagena, pues lo mismo afirman las fuentes clásicas sobre Carteya.

2.4. EL LÍMITE CELTA-TURDETANO

Las fuentes escritas nos hablan de túrdulos al Oeste y Norte del Guadiana. Ya hemos visto como para Estrabón (III, 2, 1) podían adscribirse a la Turdetania las gentes que ocupaban el otro lado del Anas y gran parte de sus vecinos. Ptolomeo considera túrdulo el Sur de Portugal hasta Setúbal y desde el Anas, ocupando las ciudades de Salacia (Alcacer do Sal), Myrtilis y Pax Iulia (Beja). Estrabón (III, 2, 15) sitúa Emérita entre los túrdulos.

Mela (3, 8) y Plinio (4, 113) colocan unos *turdulii veteri* al Sur de la desembocadura del Duero, y Mela amplía la referencia a los *oppida* de los túrdulos al Norte del Tajo. Plinio (4, 112) hace referencia a los túrdulos, separados de los bracarenses por el Duero, y a unos *turdulii bardili* en la Lusitania (4, 118). Entre los oppida túrdulos hemos de incluir Olisippo (Lisboa) y Collippo (Leiria). La epigrafía confirma la existencia de esta comunidad, un **Lugarius, turdulus vetus**, fue sepultado en Vila Nova de Gaia (Douro Litoral) del mismo sitio de donde procede otro llamado **Septanius**; uno más, de nombre **Mantaus**, en Coria (Cáceres) (Albertos, 1985: 310).

El problema reside en aceptar que gentes de estirpe turdetana hayan ocupado una gran parte de la posterior provincia lusitana cuando de acuerdo a los estudios antroponímicos de Leite, Palomar, Albertos, Blázquez y Untermann, entre otros, la región debe considerarse celta y otras informaciones de las fuentes clásicas confirman profundas penetraciones lusitanas hasta más allá del Guadiana.

Sin embargo las estelas del Algarbe y las inscripciones tartesias de Cañameros, Almoroqui y Montfragüe, en la Extremadura española, así como algunos grafitos (Mello Beirao y Varela Gomes, 1985), entre el Guadalquivir y el Tajo, confirman que en algún momento debió existir una unidad étnica no indoeuropea en esa región.

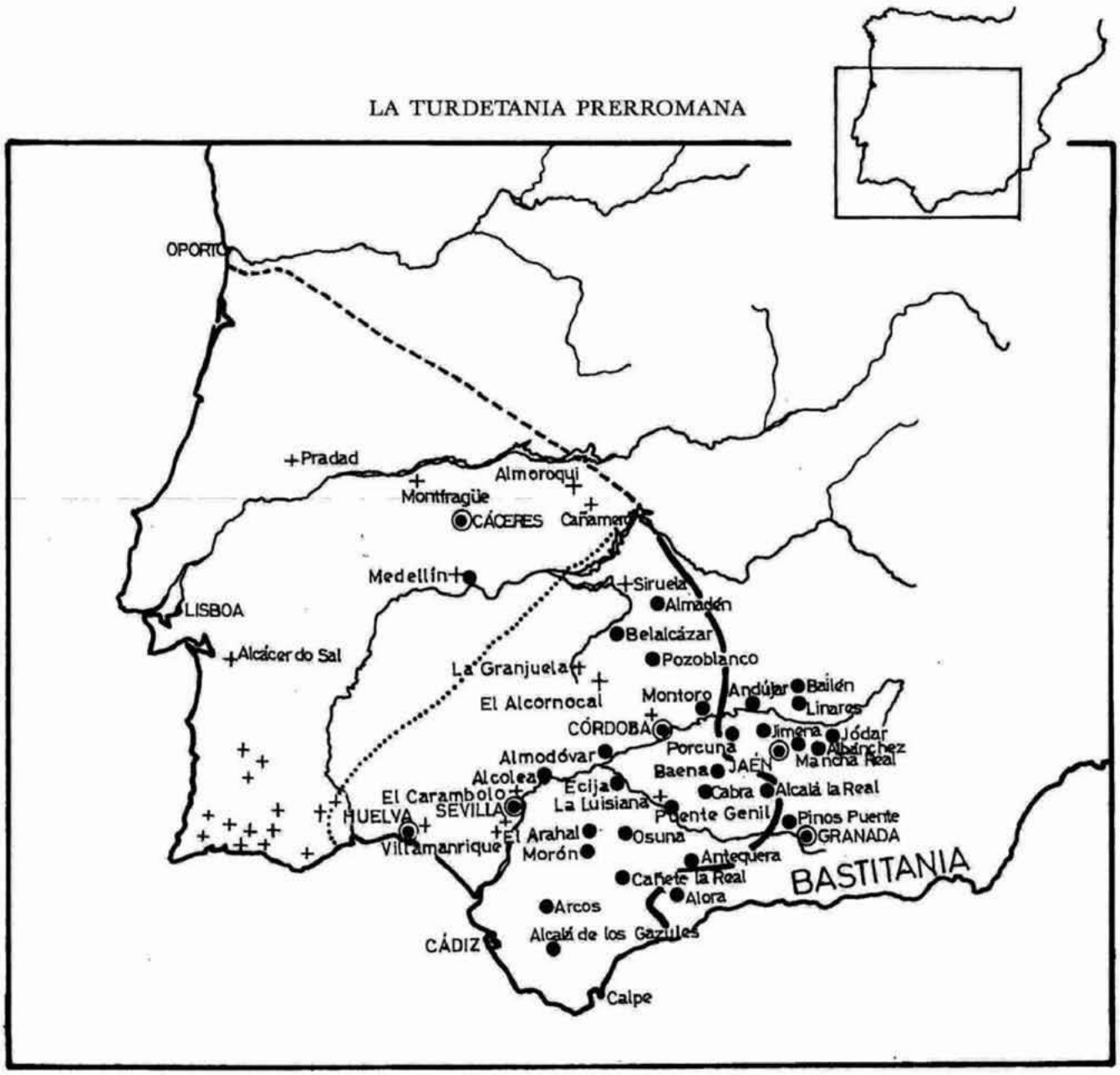
El conjunto epigráfico turdetano puede fecharse, a partir de las estelas de Neves (García Pereira y Correa, 1985) y Villamanrique de la Condesa (Correa, 1978), desde finales del siglo V a.C. Enre esa fecha y las Guerras Lusitanas es cuando debe producirse la expansión celta en territorio túrdulo. La celtización no debió ser total, pues a mediados del siglo II a.C. todavía existían los cuneos como etnia en el Sur de Portugal, según Apiano, y la ceca atribuida a Salacia (**Cetoipum**) acuña con posterioridad al 133 a.C. Untermann (Untermann, 1963) y Blázquez (Blázquez, 1961) se han referido a esta expansión tardía de los celtas hacia el Sur, que alcanzaron a conocer, y combatir, los romanos, si bien Blázquez (Blázquez, 1979) señala ya indoeuropeos en el siglo VIII en Huelva, a partir de los datos arqueológicos proporcionados por el depósito de la ría de Huelva y el poblado de El Carambolo, lo cual es discutible.

Manuel Maia (Maia, 1985 y 1987) expone la misma hipótesis de una expansión lusitana en el Centro y Sur de Portugal, desde una época comprendida entre el Periplo y Herodoto, de finales del siglo VI o inicios del V a.C., hasta un momento en las postrimerías del siglo III a.C. Pérez Vilatela ha estudiado detenidamente el problema de los lusitanos con exhaustiva documentación (Pérez Vilatela, 1987).

3. CONCLUSIONES

Resumiremos brevemente los principales puntos dilucidados:

1. Los turdetanos, etnia heredera de la tartesia, no son iberos ni indoeuropeos, sino que forman un grupo lingüístico distinto.



_____ *Límite probable ibero-turdetano*

— — — *Máxima extensión septentrional turdetana*

..... *Máxima expansión celta hacia el Sur (s. II a.C.)*

\+ *Inscripciones turdetanas*

2. Los bastetanos de que habla Estrabón, de Gibraltar al Guadiana, son hastetanos, cuya capital (Hasta), identificable con Tartessos, fue cabeza de un estado poderoso.

3. Se establecen las fronteras lingüísticas con el ibérico, que deben ser colocadas más al Este de lo que hasta ahora se creía.

4. Debe abandonarse la hipótesis que sitúa Mastia en Cartagena, pues su localización corresponde al área del Estrecho, tal vez en Carteya.

5. Las fronteras de los dominios lingüístico céltico-turdetano aparecen confusas, debido al proceso de penetración de estas lenguas en el área turdetana al parecer desde finales del siglo V a.C. Pero no hay hasta ahora evidencia de la existencia de un pueblo céltico entre las provincias de Málaga, Cádiz y Sevilla.

NOTA

En prensa este artículo hemos leído el artículo de Luis A. García Moreno (García Moreno, 1990). Coincide este autor en situar Mastia en el Estrecho y más concretamente en Carteya. Por otra parte la lectura de ediciones antigüas de Estrabón nos ofrecen la forma Astitanos, y no Bastetanos, en las costas gaditanas, conforme habíamos deducido. El límite de los Tartesios del tratado romano-cartaginés corresponde entonces a Gibraltar.

BIBLIOGRAFÍA

ALBERTOS, M.L. (1966): *La Onomástica personal primitiva de la Hispania Tarranconense y Bética*. Salamanca, p. 277.

ALBERTOS, M.L. (1985): «La onomástica personal indígena del Noroeste peninsular (astures y gallegos)». *Actas del III Coloquio sobre Lenguas Paleohispánicas (Lisboa, 1980)*, Salamanca, pp. 255-310.

ÁLVAREZ DELGADO, J. (1953): «La falsa ecuación Massieni-Bastetani y los nombres en -tani». *Archivo de Prehistoria Levantina*, III, Valencia, pp. 263-82.

BELTRÁN, A (1946): «Acerca de los nombres de Cartagena en la Antigüedad». *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, pp. 299-306.

BLÁZQUEZ, J.M. (1961): «Expansión celtíbera en Carpetania, Bética, Levante y sus causas (ss. III-II a.C.)». *Celticum*, III, pp. 409-28.

BLÁZQUEZ, J.M. (1979): «La proyección de los pueblos de la Meseta sobre Turdetania y el Levante ibérico en el primer milenio a.C.» *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Tübingen, 1976)*, Salamanca, pp. 421-34.

BOSCH GIMPERA, P. (1932): *Etnología de la Península Ibèrica*. Barcelona.

CORREA, J.A. (1978): «Inscripción tartesia hallada en Villamanrique de la Condesa (Sevilla)». *Habis*, 9, Sevilla, pp. 207-11.

CORREA, J.A. (1983): «Escritura y lengua prerromana en el Sur de la Península Ibérica». *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, I, Madrid, p. 407.

CORREA, J.A. (1985): «Consideraciones sobre las inscripciones tartesias». *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Lisboa, 1980)*, Salamanca, p. 391.

DE HOZ, J. (1983): «Unidad y Pluralidad en el Mundo Antiguo». *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, pp. 369 y 374.

FLETCHER, D. (1960): *Problemas de la Cultura Ibérica*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 22, Valencia, pp. 43 y 45.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1980): *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Estrabón*. Madrid, 7ª ed.

GARCÍA IGLESIAS, L. (1971): «La Baeturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua». *Archivo Español de Arqueología*, 44, 123-124, pp. 86-108.

GARCÍA MORENO, L. A. (1990): «Mastienos y Bastetanos: un problema de la etnología hispana prerromana». *Polis*, 2, Universidad de Alcalá, pp. 53-65.

GARCÍA PEREIRA, M. y CORREA, J.A. (1985): «Inscripción en escritura tartesia (o del S.O.) hallada en Neves (Castro Verde, Baixo Alemtejo) y su contexto arqueológico». *Habis*, 16, Sevilla, pp. 243-74.

GÓMEZ MORENO, M. (1905): «Arquitectura tartesia: la necrópolis de Antequera». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 2 tomo, p. 81ss. (=*Misceláneas*, Madrid, 1949, pp. 128ss.).

GÓMEZ MORENO, M. (1925): «Sobre los iberos: el bronce de Ascoli». *Homenaje a D. Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, tomo III, p. 475ss.

GÓMEZ MORENO, M. (1949a): «Síntesis de Prehistoria Española». *Misceláneas*, Madrid, p. 34ss.

GÓMEZ MORENO, M. (1949b): «Ensayo de Prehistoria Española». *Misceláneas*, Madrid, p. 56.

GÓMEZ MORENO, M. (1949c): «Las lenguas hispánicas». *Misceláneas*, Madrid, p. 203.

GÓMEZ MORENO, M. (1961): «La escritura bástulo-turdetana». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 66, 2, Madrid, pp. 879-948.

MAIA, M. (1985): «Celtici e turduli nas fontes clássicas». *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Lisboa, 1980)*, Salamanca, pp. 165-77.

MAIA, M. (1987): «Algumas reflexões em torno da Cultura do Sudoeste». *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas Paleohispánicas (Vitoria, 1985)*, Vitoria, pp. 433-45.

MALUQUER DE MOTES, J. (1975): *Tartessos*. Barcelona, 2ª ed.

MELLO BEIRAO, C. DE y VARELA GOMES, S. (1985): «Grafitos da Idade do Ferro no Centro e Sul de Portugal». *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Lisboa, 1980)*, Salamanca, pp. 465-99.

PÉREZ VILATELA, L. (1987): *La Etnología de los pueblos prerromanos hispánicos según los autores clásicos: los lusitanos*. Tesis doctoral inédita, Universidad Literaria de Valencia.

SCHMOLL, U. (1961): *Die südlusitanischen Inschriften*. Wiesbaden.

SCHULTEN, A. (1922): *Tartessos*. Madrid.

TOVAR, A. (1952): «Observaciones sobre escrituras tartesias». *Archivo de Prehistoria Levantina*, III, Valencia, p. 261.

TOVAR, A. (1956): «Extensión de la lengua ibérica en Andalucía». *Zephyrus*, VII, Salamanca, pp. 81-83.

TOVAR, A. (1961): «Lenguas prerromanas: Testimonios antiguos». *Enciclopedia Lingüística Hispana*, I, Madrid, pp. 5 y 9.

TOVAR, A. (1964): «Tartessos en la Historia y en la epigrafía». *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos (Madrid, 1961)*, Madrid, p. 599.

TOVAR, A. (1968): «La lengua lusitana y los sustratos hispánicos». *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas (Madrid, 1965)*, Madrid, pp. 491-97.

TOVAR, A.: «El oscuro problema de la lengua de los tartesios». *Tartessos y sus problemas. V Symposium de Prehistoria Peninsular (Jerez, 1968)*, Barcelona, pp. 342 y 345.

UNTERMANN, J. (1963): «Estudios sobre las áreas lingüísticas pre-romanas de la Península Ibérica». *Archivo de Prehistoria Levantina*, X, pp. 165-192.

UNTERMANN, J. (1965): *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania Antigua*. Madrid, p. 18.

UNTERMANN, J. (1987): «Repertorio antroponímico ibérico». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVII, Valencia, pp. 289-318.

WIKANDER, S. (1966): «Sur la langüe des inscriptions sud-hispaniques». *Studia Linguistica*, XX, 1, pp. 1-8.

Carmen Alfaro Giner*

SAGUM HISPANUM. MORFOLOGÍA DE UNA PRENDA IBÉRICA

El vestido antiguo fue, en general, de una gran sencillez de realización, pero no tanta como vulgarmente se cree, sobre todo si pensamos en los mecanismos técnicos empleados para ello. Está muy lejos, no sólo en el tiempo sino en la concepción básica, de nuestros indumentos, integrados por piezas pequeñas, cosidas hasta constituir casi fundas del cuerpo, que mantienen la figura de éste aun cuando no lo estén cubriendo. Puede afirmarse que el vestido antiguo (griego, romano, ibérico, etc.) no adquiere su aspecto y funcionalidad hasta que no está sobre la persona que lo porta. Es el cuerpo humano el que condiciona su forma[1]. Lo más corriente es que nos encontremos ante piezas de tela que una vez terminadas de tejer, no eran cortadas, sino empleadas en su totalidad (*himation*, *peplos*, etc.). En determinadas ocasiones, sin embargo, éstas eran modificadas, o mejor, recortadas en sus esquinas o en áreas más extensas. El ejemplo más claro en este sentido es el de la amplia *toga* romana, que siguió una compleja evolución formal desde la época republicana al Bajo Imperio (Wilson, 1924, *passim*).

En general, en todos los grandes mantos de carácter externo (*himation*, *toga*, *sagum*, *laena*, *paludamentum*, etc.) hay que concebir una manufactura de adición de piezas de tela tal como salen del taller del tejedor o tejedora; para efectuar la unión entre ellas eran empleadas costuras verticales. De este modo se conseguían anchos más idóneos para la función que cada manto recibiera; fíbulas y modos más o menos prácticos o elegantes de colocarlos (condicionados por la tradición de las distintas áreas geográficas y culturas) harían el resto, hasta surgir la diversidad de tipos que la iconografía nos transmite. Por consiguiente —en contra de la idea muy repetida desde antiguo y que no ha tenido en cuentra trabajos concretos, como el citado de Wilson— vestimenta clásica no equivale a ausencia total de costuras ni de cortes en las piezas de tela. No tendrían explicación, si no fuera así, los aproximadamente seis metros de anchura de la *toga* tardo-imperial (Wilson, 1924: 102, fig. 59), los tres del *himation* o los casi dos metros del propio *sagum* hispánico. Ningún telar de la época hubiera podido acometer obras de semejante envergadura. Pero es que, además, existe una cuestión técnica y de lógica que impide pensar que el ancho de estas vestimentas correspondiera a la longitud de la pieza elaborada en el telar y no a su anchura. Efectivamente, en el trabajo con el telar vertical de pesas la urdimbre condiciona la longitud futura de la tela; sus hi-

* Dpto. de Historia Antigua, Universitat de València.

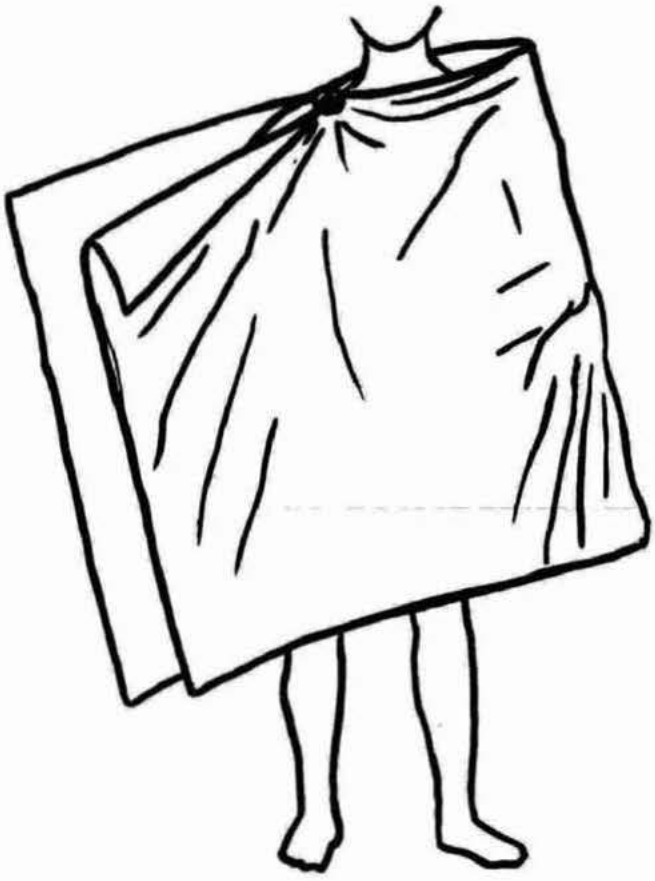


Fig. 1.— Clámide según L. Henzey.

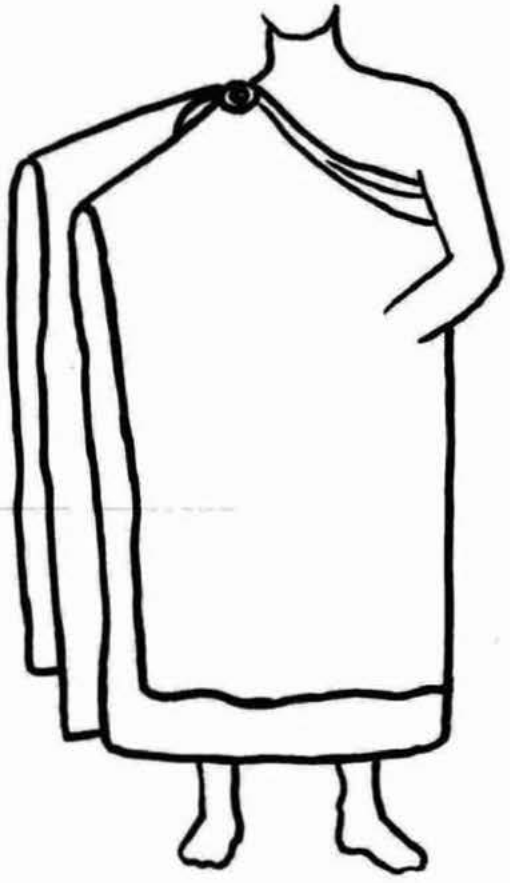


Fig. 2.— Sagum Hispanicum.

los penden verticalmente y son inmovilizados por las pesas, que las excavaciones nos proporcionan en cantidades ingentes para el mundo ibérico. La trama, en su corto ir y venir, se dedica a fijar esa urdimbre y proporciona la futura anchura del paño. Los hilos de la urdimbre son los más duros y resistentes; colocar el tejido, por tanto, respetando el sentido vertical de la urdimbre es algo común hoy (pieza que cae «al hilo») y lo fue entonces, pues evita que éste se descuelgue y se deforme al cabo de un tiempo. Lo cual nos lleva necesariamente a postular la existencia de costuras verticales en todos los casos (*toga*, *himation*, *sagum*, etc.).

Todo lo dicho no contradice en absoluto la extendida idea de que el vestido externo del período clásico estuvo asociado a los drapeados, al movimiento armonioso de la tela y al modo de colocación de aquélla sobre el cuerpo. Ambos hechos son perfectamente compatibles. Dos anécdotas que nos transmite Eliano (*Var. Hist.* VII 9 y 10) son muy significativas. Según una, Foción y su mujer compartían un mismo manto; cuando lo llevaba él era un *himation* masculino, pero cuando se lo pusiera ella, se convertiría en una pieza femenina (¿una especie de *peplos* sujeto con fíbulas en los hombros, o un manto amplio?). Según la otra, Sócrates propuso a Jantipa que saliera con su *himation* en la procesión de Atenea, sugerencia que revela cómo la ambivalencia de cierto tipo de piezas de indumentaria debía ser frecuente; quizás el carácter más rudo del *himation* masculino, que una vez adaptado a las formas femeninas seguiría delatando su origen, sería la causa de que la presumida Jantipa rehusara ponérselo.

Entre las diferentes piezas de carácter externo del vestido ibérico, y contando con la influencia de las colonizaciones (sobre todo la romana), podemos distinguir unas plenamente propias y otras muchas adquiridas o asimiladas; pero dentro de este cuadro general cabe señalar la existencia de fenómenos independientes que, siguiendo una evolución paralela, produjeron resultados semejantes a los obtenidos en otras sociedades. Sin duda, ése pudo ser el caso de la capa o abrigo que denominamos *sagum*.

El término *sagos/sagon* es para Holder (1904, II: col. 1289, s.v.) voz céltica, que designaba una prenda de vestir entre los galos. *Sagum* con el sentido de manta o gualdrapa —valor que conserva en la lengua latina— posee también, para Ernout-Meillet (1959: 589, s.v.), claro origen céltico. En latín aparece la forma *sagum* ya desde Ennio (*Ann.* 508 s.) y *sagulum* desde Varrón (*Men.* 170 Büch.).

El problema de precisar los orígenes del *sagum* como indumento y explicar su presencia entre diversos pueblos es, en verdad, difícil de resolver, ya que se tra-

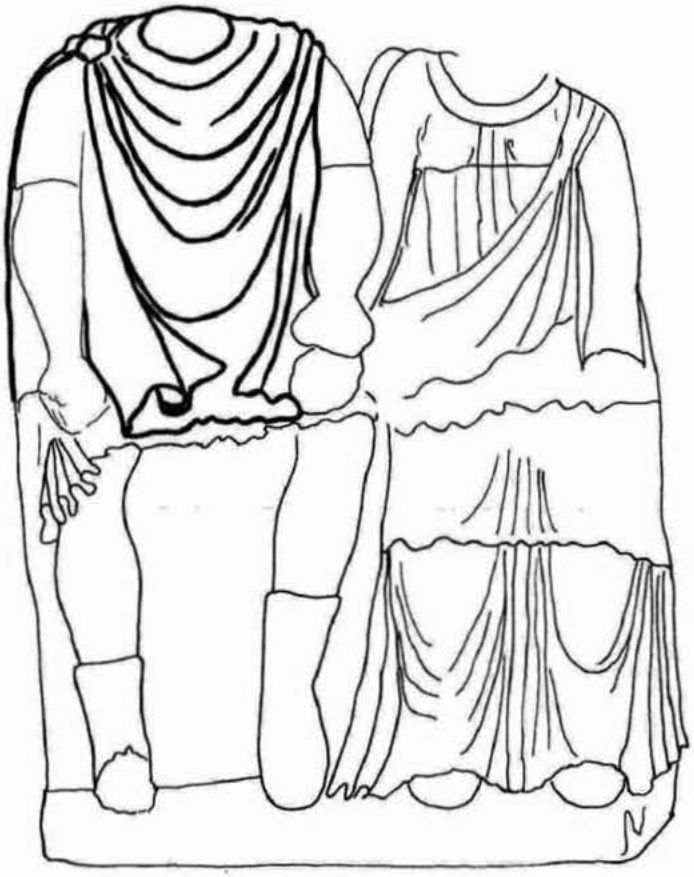


Fig. 3.— Grupo Sedente de Osuna.

ta de una forma de abrigo que me atrevería a calificar de «natural» y que, con variantes, debió de utilizarse desde muy antiguo y, de manera independiente, en numerosos lugares. La repetida aseveración del origen galo del *sagum* (el indumento y la voz para determinarlo) no se sostiene muy bien[2]. Porque el esgrimido fragmento de Polibio en este sentido sólo dice que los insubres y los boyos, dos tribus galas, en sus luchas con los romanos llevaban las *bracae* (pantalones largos) y el *sagum*[3]; en el mismo plano podemos situar las noticias de César (B.G. V 42) y de Estrabón (IV 4, 3 [C 196]; el nombre *ságos* se usa con carácter general). Es más, encontramos muchas otras citas que expresamente hablan del *sagum* ibérico, o mejor hispánico (Tito Livio XXVII 19, 12; Diod. XXXIII 16, 1; Estrab. III 3, 6 [C 154]; Ap., *Iber.* 42 s.) del ligur (Estrab. IV 6, 2 [C 202], aludiendo a los sagos ligustinos) o del africano (*Edict. Dioclet.* 19, 61). Da la sensación de que *sagum* para los latinos fuera una palabra que designaba los distintos tipos de mantos que la conquista y la romanización permitieron ir conociendo a lo largo y a lo ancho del Mediterráneo, aunque siempre aplicada a un determinado estilo de abrigo-capa.

La forma del *sagum hispanum* era rectangular, según la iconografía, sin que a ello obste —posteriormente lo veremos— el que determinados autores antiguos califiquen su configuración como «cuadrada»[4]. Apiano suministra el dato de que los lusones de la ciudad de Complega usaban unos *himatia* dobles y grasientos, puestos como una clámide, a los que se daba el nombre de *ságoi*. Sin duda se refería a un trozo de tela grande más o menos cuadrado, como era el *himation*, que una vez doblada adquiriría forma rectangular y sería colocada como una clámide (vid. fig. 1). No obstante la clámide de los griegos, la *lacerna* de los romanos (Kolb, 1973: 116 ss.), no se colocaba doblada sobre sí misma (vid. fig. 2); se trataba de una pieza mucho más liviana y fácil de llevar, dado que, según parece desprenderse de las representaciones artísticas, es relativamente corta y cubre justo hasta las rodillas. Sea como fuere, ambas prendas —la clámide y el *sagum*, más pesado por ser doble y porque generalmente llega hasta casi los tobillos— permitían una buena movilidad al portador; una fíbula ayudaba a sostenerlas sobre el hombro derecho, quedando así abierto todo aquel flanco y facilitando la salida del correspondiente brazo. De manera que el *sagum* hispánico se acerca al *himation* por el tamaño de la pieza extendida, y a la ligera clámide por la forma de sujetarse en el hombro derecho, aunque debemos tener en cuenta que la iconografía muestra cómo la clámide cubre también a menudo el hombro izquierdo, mientras que el *sagum* suele ir como replegado bajo el brazo de ese costado y, por tanto, lo deja en libertad; de otro modo el peso del denso manto obstaculizaría totalmente la salida de aquella extremidad. No ocurre así en la corta clámide. Un buen ejemplo puede ser el de la figura 3, el bello y muy romanizado grupo de Osuna; completamente levantado, el abrigo de suave lana deja al aire el brazo izquierdo a la vez que genera unos simétricos pliegues, que aumentan la plástica del drapeado y el sentido frontal, casi egiptizante, del conjunto.

En el relieve escultórico de la Albufereta de Alicante (fig. 4) es donde se aprecia mejor la forma de colocación y la sensación de pesantez de la tela del sago hispánico. Pero la mejor manera de delimitar con cierta exactitud las características del mismo podría ser la de confrontarlo sucintamente con algunos de los tipos parejos. El *sagum* galo no era de un solo tono; parece que, por regla genera, estaba decorado con franjas de colores incorporadas en el mismo tejido[5]. Diodoro deja incluso entrever que el dibujo a base de rayas se alternaba con el de cuadros apretados, es decir, unos junto a otros como un damero multicolor[6]. Esta visión de un *sagum* de colores se nos da repetidamente[7]. La lana del *sagum* galo era recia, pero suelta de mechón, o sea, algo peluda en ocasiones (Estrab. IV 4, 3 [C 196]), lo que traería como resultado un manto de gran abrigo. Pero, por otro lado, de un texto de Polibio (II 28, 7) podemos colegir que este *sagum* no era el único entre los celtas, ya que refiriéndose a los insubres y a los boyos de la llanura del Po escribe que llevan de



Fig. 4.— Relieve de la Albufereta (Alicante), parte derecha.

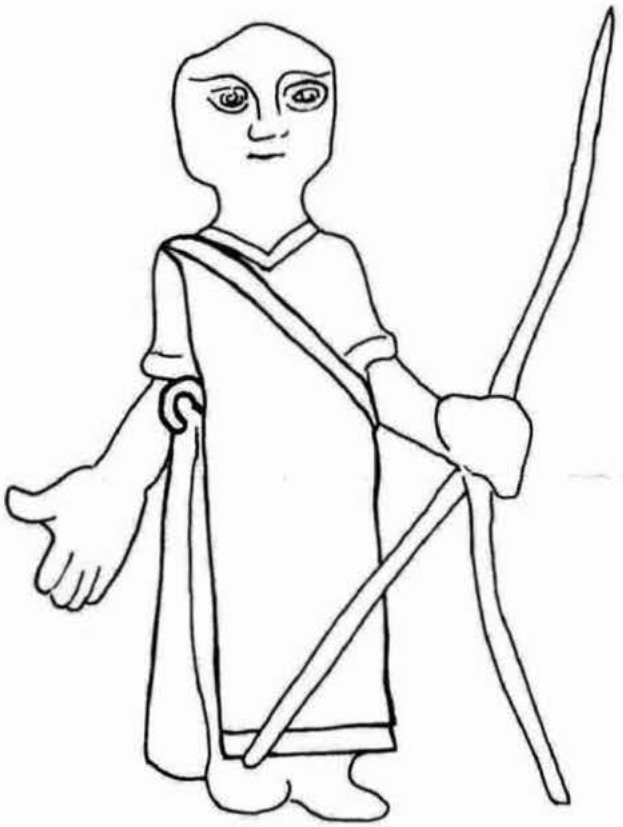


Fig. 5.— Pequeño Bronce. A.O. XXXVII, n.º 227.

entre los *ságoi*, los ligeros, es decir, como si los galos dispusieran de, al menos, dos tipos de sagos, unos finos y otros de más abrigo. Lo mismo viene a ratificar Diodoro (V 30, 1) cuando nos asegura que los galos tienen abrigos pesados para el invierno y simples para el verano.

Tenemos, por tanto, dos primeras diferencias entre el *sagum* galo y el hispano: el primero reunía colorido (rayas o cuadros), así como esa duplicidad de grosores, mientras que el segundo, como más adelante veremos, poseía eminentemente tonos oscuros y lisos, y probablemente existía un único tipo del mismo. A su vez el Edicto de Diocleciano (19, 72-73), aunque pertenece a una época más tardía, nos traduce una realidad que debió de existir también en siglos anteriores. Nos referimos a la calidad de las manufacturas de las distintas áreas del Imperio Romano, que se refleja en sus precios respectivos. Si el *sagum* africano valía 500 denarios (era el más barato) y el galo costaba 8.000 denarios, quiere decir que había en el mercado una gradación que respondía sin duda a una mejor o peor calidad de la lana, de la tela y del acabado en general, así como tal vez a un encarecimiento de los costos por la mano de obra empleada o por la fama en el mercado de cada una de las piezas. Pero no conservamos noticias del precio con que se cotizaba en esta época el *sagum* hispano, ni tan siquiera de si la confección se vendía, y en tal caso si era con su «nombre de origen».

No lo hemos podido verificar en ninguna fuente, pero según algunos autores (Marquardt, 1882: 549; Schulten, 1914: 188) el *sagum* galo llevaba a veces mangas. Realmente esta suposición no parece tener muchos visos de verosimilitud, dado que para ello sería neceario un corte especial y un cambio radical de la prenda. Pensamos que el error se debe más bien a una mala interpretación de los relieves estudiados, por haber tomado las mangas de la túnica que suele ir debajo como pertenecientes al abrigo.

El *sagum* itálico, tal vez originario de la Liguria (Estrab. IV 6, 2 [C 202] lo da como vestimenta típica de los ligures), se representa en los relieves romanos como una capa corta (algo más arriba de la rodilla), recogida bajo el mentón por una fíbula que dejaba ambos brazos libres. Su carácter acentuadamente militar aparece bastante definido (Thédenat, 1918?: 1008, nn. 37 ss.).

Interesa ahora delimitar el tipo de *sagum* hispano a través de las características que las fuentes nos transmiten y observando atentamente los ejemplares que la plástica nos depara. La documentación escrita nos comunica la existencia en la Península de lana negra, no muy corriente por otra parte en el resto de las regiones

mediterráneas (Alfaro, 1984: 37). Coincidiendo plenamente con ello encontramos un elevado porcentaje de citas en las que se nos habla del *sagum* ibérico, celtibérico o hispano, como de un abrigo negro, oscuro, debido al color de la materia prima empleada en su manufacturación, sin más tintura posterior[8]. Sin embargo también es lícito pensar en la existencia de un *sagum* de color natural, sin que éste fuera necesariamente el negro. De un tipo o de otro la producción debió ser alta, y para ratificarlo basten las tantas veces citadas noticias sobre los impuestos que muchas tribus indígenas (o mejor sus ciudades) debían pagar a Roma como gasto de guerra[9].

Si de la forma del *sagum* ya hemos anticipado algo, podemos analizar ahora sucintamente los datos que nos proporciona la plástica, haciendo sobre todo hincapié en los pequeños bronces votivos de los santuarios ibéricos. Desde luego hay que lamentar la falta de una estatuaria similar entre el numeroso sector de los pueblos no ibéricos, pero la gran variedad de ejemplares hallados en el Este y en el Sur de la Península es nuestra mejor ayuda en este punto (Álvarez-Osorio, 1941; García Bellido, 1954; Arribas, 1965; Nicolini, 1966: 116-155 y 1967: 60 ss.; Tarradell, 1974). De la estatuaria de bronce resulta muy complejo, por no decir imposible, establecer una clasificación cronológica o una evolución de estilos; de ahí que la bibliografía agrupe estas piezas, normalmente, por tipos genéricos. En todo caso se fechan, de forma global, en un período de tiempo que iría de los siglos IV-III a.C. al II d.C. (García Bellido, 1954: 466-474).

Con respecto al *sagum* representado a través de este material creemos que hay que identificarlo en lo que, para Nicolini (1967: 63), son los llamados mantos del «tipo D» (mantos de doblez muy larga o mantos dobles). Incomprensiblemente este autor les atribuye, sin ningún fundamento, una cronología elevadísima («anteriores al s. IV a.C. y no posteriores a él»). Tanto Apiano (*Iber*, 42) como Isidoro (*Orig.* XIX 24, 13), las dos fuentes que, como vimos, hablaban de los sagos dobles de los iberos, no permiten, desde luego, sacar conclusiones cronológicas de este tipo, y al mismo tiempo todos estos bronces carecen de una estratigrafía clara que los pueda fechar. Sin duda pudieron ser más tardíos, y el claro testimonio de Apiano, basado en Posidonio, prueba la existencia de tales prendas con posterioridad a esta fecha.

Como podemos apreciar en las figuras 5-7 (el número inferior corresponde al del catálogo de Álvarez-Osorio), se reproduce en ellas de una manera muy esquemática la forma de manto doble, cuadrado y de aspecto recio a que aludíamos antes. El pequeño tamaño de estos bronces, como ya indicaba Nicolini (1967: 61), hace difícil calibrar la representación de las telas dobles, y si se arrugan o no bajo el brazo. Personalmente creemos que el broncista que los hizo trató de esquematizar al máximo el efecto de este tipo de manto, más homogéneo sin duda de lo que pretenden Nicolini y otros analistas de la indumentaria antigua a partir del arte. Una simple incisión puede querer encubrir una fuerte cantidad de tela doblada o plegada: es la simplicidad de lo «arcaico»; incluso, a veces, ese plegado del *sagum* desde el hombro derecho hasta pasar por debajo del brazo izquierdo se mezcla y se confunde con ciertos detalles en relieve, que pretenden sugerir algún tipo de correajes del guerrero para sujetar a la espalda su *caetra* (vid. fig. 8).

El relieve en piedra procedente de la Albufereta de Alicante es sin duda el que parece más fiel a la realidad. En él distinguimos la tela doblada casi en dos sobre sí misma, pasando bajo el hombro izquierdo y sujeta con una fíbula (?) sobre el derecho. La tela que sobra, una vez prendida la fíbula, cae paralela al cuerpo, formando unos pequeños pliegues. Precisamente es este detalle el que desaparece en las figurillas de bronce; tan sólo una raya incisa, paralela al borde abierto, parece indicarlo a veces.

Al esquema del *sagum* antes de ser puesto alrededor del cuerpo no creemos que fuera, sin embargo, un cuadrado perfecto. Observando detenidamente nuestros ejemplos, podemos comprobar que al menos la tela inferior debería tener una altura aproximada de 1'25 m. (desde el hombro al tobillo); añadámosle un metro más para la tela superior y obtendremos una longitud total de 2'25 m. Respecto al ancho del manto parece evidente que los 2'25 m. aproximados, calculados para la longitud, rebasarían los límites de lo necesario, sobre todo si adjudicamos una complexión media a los hombres de hace dos milenios. Una anchura cercana a los 1'80 m. parece más acorde con la realidad escultórica. Ello daría una tela que, recién salida del telar, tendría unos 90 cm de anchura; así pues, para la confección de la prenda se emplearían lo que podríamos llamar (con la terminología actual) dos «caídas» de 90 cm, unidas mediante una fuerte costura. Con tal anchura, una vez doblada la tela y puesta alrededor del cuerpo, se puede obtener perfectamente el efecto diseñado en el relieve de la Albufereta, en donde se aprecia con claridad el replegado de la tela doble bajo el hombro izquierdo.

Los bajos del sago, tal como se representan en la estatuaria, dan siempre la sensación de seguir una línea horizontal homogénea. Sobre un modelo viviente ese bajo por completo horizontal se logra fácilmente cuando se recortan las esquinas inferiores de la tela. La figura 9 muestra la forma que proponemos para el *sagum*, ligeramente curva en el borde inferior, pero sin modificar los ángulos rectos por la parte superior, de suerte que éstos, aunque colgaran ligeramente bajo el brazo derecho, no estorbarían la libertad de movimiento. Lejanos paralelos de este detalle pueden verse en la pintura de algunos vasos griegos, en donde incluso se

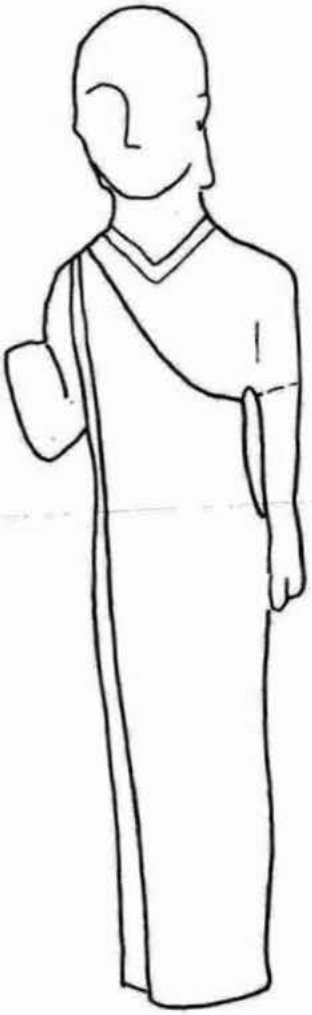


Fig. 6.— Pequeño Bronce. A.O. LXIII, n.º 458.



Fig. 7.— Pequeño Bronce. A.O. CXXII, n.º 53.

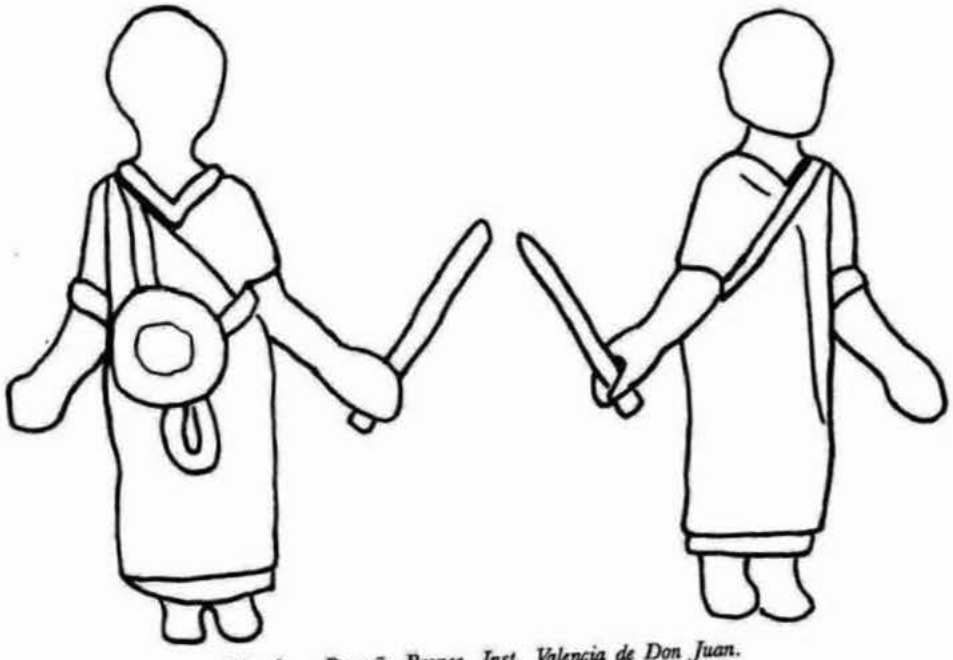


Fig. 8.— Pequeño Bronce. Inst. Valencia de Don Juan.

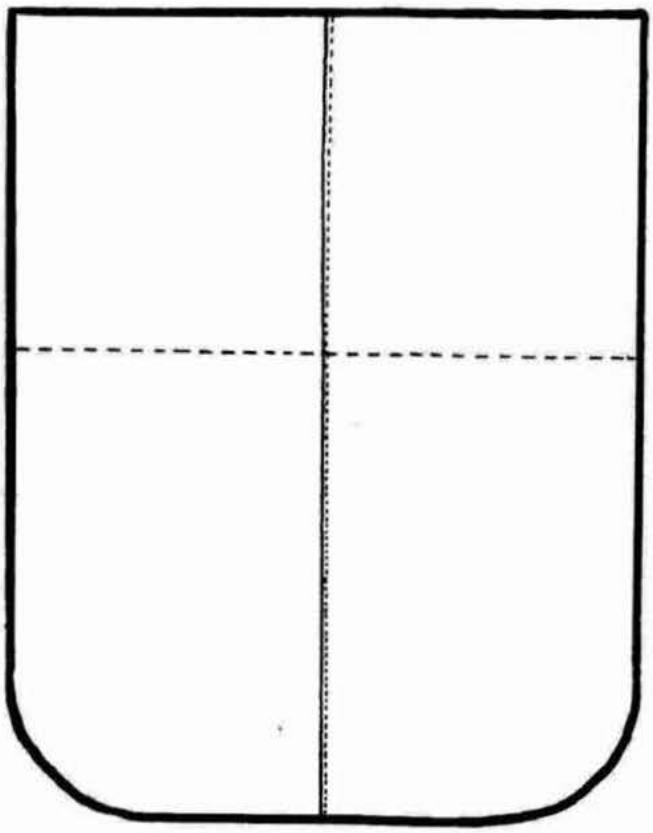


Fig. 9.— Forma del sagum *extendido.*

aprecian los pequeños glandes que, con su peso, remarcaban la verticalidad de los amplios *himatia* (Keuls, 1983: 225, fig. 14.34a y 14.34b; 226, fig. 14.35). El relieve alicantino no llega a esa exactitud en la transmisión de la idea, pero se acerca a ella bastante, sobre todo si se tienen en cuenta las diferentes posibilidades plásticas que hay siempre entre pintura y escultura, con ventaja para la primera.

Esta forma, que retoca levemente la figura del rectángulo, no impediría los otros usos del *sagum* que los autores antiguos nos transmiten: cubrirse el cuerpo a la hora de dormir (Estrab. III 3, 7 [C 155]) —sus dimensiones son muy adecuadas para tal efecto—, servir de improvisada vela (Tácito, Hist. V 23), acarrear tierra cuando se carecía de otro medio de transporte (César, B.G. V 42), etc. Sin embargo, desde el punto de vista de su aspecto externo, colocado sobre el cuerpo, esa modificación que proponemos no le privaría del carácter de prenda rectangular y «cuadrada» (entendiendo el término latino *quadratus* no referido a la forma de la pieza cuando está desplegada, sino al hecho de que son cuatro las superficies que lo constituyen, dos en la parte delantera del cuerpo y dos cubriendo la espalda).

NOTAS

1 La bibliografía sobre el particular es abundante y el tema ha sido tratado desde antiguo: Heuzey, 1922 y Reinach, 1931, fueron de los primeros. Una esquemática pero certera puesta al día puede verse en Descamps-Lequime, 1988: 91-98.

2 Thédenat (1918?: 1008 s.). El texto más directo es el de Isidoro (*Orig.* XIX 24, 13): *sagum autem gallicum nomen est*; su teoría se afianza en un glosario posterior [Gloss. Cod. Dening. 1, fr. 2^{r} col. 2 (a Éxodo XXVI 4)].

3 Pol. II 28, 7; 30, 1. Aunque Schulten (1914: 188) recurre a Pol. III 62, 5 para afirmar que Roma conocía ya el *sagum* entre los celtas de la llanura del Po, en realidad este pasaje alude al vestido de las tropas traídas por Aníbal, es decir, tal vez a los hispanos.

4 Vid. un pasaje de Apiano (*Iber.* 42) para el *sagum* hispánico y otro de Isidoro (*Orig.* XIX 24, 13) para el galo: *dictum autem sagum quadrum eo, quod apud eos primum quadratus vel quadruplex esset*; cf. Afranio ap. Charis., *Inst. Gram.* I 15 (1 p. 105 K.), en cuya obra perdida *Deditio* se refería a los *sagi quadrati*.

5 Diodoro (V 30,1) habla de *ságoi rabdōtoí*; Virgilio (*En.* VIII 660) al describir a los galos que sitian Roma los presenta luciendo *virgata sagula*. La expresión de Silio Itálico (*Pun.* IV 154-156) *virgatae vestes* referida a los galos es, aunque no emplee la palabra *sagum*, muy semejante. Tito Livio (VII 10,7) habla de la *vestis versicolor* de los galos; Tácito (*Hist.* II 20 y V 23) menciona también el *sagulum versicolor* de los galos.

6 Diodoro (V 30, 1) señala que su decoración consistía en *plinthíois pyknoîs kai polyanthési*.

7 Lucilio, lib. XI, fr. 410 s. (ed. Krenkel) alude al centelleante brillar del *sagum* en las asambleas de los galos (Marx, 1905: 153; cf. Varrón, *Men.* 170 Büch.; Cic., *Pro Font.* 15, 33; Virg., *En.* VIII 659 s.; Silio Itálico, *Pun.* IV 154-156), y no en las de los celtíberos, como quiere Schulten (1937: 94).

8 Vid. Ennio, *Ann.* 509 (*sagum caeruleus*); Diod. V 33, 2, menciona los *ságoi* negros de los celtíberos; Estrab. III 3, 7 (C 155): en Bastetania todos, hombres y mujeres, van vestidos de negro, en su mayoría con sagos. En el caso de los Cassitérides, a las que considera hispanas, Estrabón (III 5, II [C 175]) nos describe a su gente con negros mantos. Según Plutarco (*Mor.* 201 C), Escipión reviste el negro sago para expresar su aflicción por el lamentable estado en que encuentra al ejército romano acampado en Numancia (cf. Polieno VIII 16, 2).

9 En 205 a.C. los ilegertes contribuyeron con una gran cantidad de sagos que Livio no cuantifica (XXIX 3, 5); sí lo hace sin embargo Diodoro (XXXIII 16, I) al hablar de los numantinos y termesinos, los cuales debieron hacer entrega a Pompeyo nada menos que de nueve mil de estas piezas. Diez mil es la cifra que se maneja en el episodio de Intercatia de 150 a.C. (Ap. *Iber.* 54).

BIBLIOGRAFÍA

Alfaro Giner, C. (1984): *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la romanización*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, Vol. XXI, Madrid.

Álvarez-Osorio, F. (1941): *Catálogo de los exvotos de bronce ibéricos*. Madrid.

Arribas, A. (1965): *Los iberos*. Aymà, Barcelona.

Descamps-Lequime, S. (1988): «Le costume grec». *Tissu et vêtement. 5000 ans de savoir-faire. Catalogue de l'exposition du Musée Archéologique Départamental du Val-D'Oise, 1986*. Paris, pp. 91-98.

Ernout, A. y Meillet, A. (1959): *Dictionnaire étymologique de la langue latine*^{4}. Libr. C. Klincksieck, Paris.

García Bellido, A. (1954): «Arte Ibérico». *Historia de España dir. por D.R. Menéndez Pidal*, Vol. I, 3, Madrid.

Heuzey, L. (1922): *Histoire du costume antique*. Paris.

KEULS, E.C. (1983): «Attic Vase-Painting and the Home Textile Industry». *Ancient Greek Art and Iconography, ed. by Warren G. Moon* (Wisconsin Studies in Classics), pp. 209-230.

KOLB, F. (1973): «Römische Mäntel: paenula, lacerna, μανδύη». *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts. Römische Abteilung*, 80, Mainz, pp. 69-167.

MARQUARDT, J. (1886): *Das Privatleben der Römer*[2]. Leipzig.

MARX, F. (1905): *C. Lucilii Carminum Reliquiae, II. Commentarius*. Leipzig.

NICOLINI, G. (1966): «Les bronzes votifs ibériques de la Prähistorische Staatssammlung, München». *Madrider Mitteilungen*, VII, Maing, pp. 116-155.

NICOLINI, G. (1967): «Algunos aspectos de la vestidura ibérica, a propósito de los exvotos de la colección Hallemans (Madrid)». *Oretania*, 25-27, Jaén, pp. 51-95.

NICOLINI, G. (1968): *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques. Études tipologiques*. Pr. Univ. de France, Paris.

REPOND, J. (1931): *Les secrets de la draperie antique*. Roma-París.

SCHULTEN, A. (1914): *Numantia, I*. München.

SCHULTEN, A. (1937): *Las guerras de 154-72 a. de J.C.* Fontes Hispaniae Antiquae, Fasc. IV, Barcelona.

TARRADELL, M. (1974): *Arte ibérico*. Barcelona.

THÉDENAT, H. (1918?): «Sagum». *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines (Ch. Daremberg-E. Saglio-E. Pottier)*, To. IV 2, Paris.

WILSON, L.M. (1924): *The roman toga*. Baltimore.

F.J. Fernández Nieto*

UNA INSTITUCIÓN JURÍDICA DEL MUNDO CELTIBÉRICO

Después de la toma de Cástulo, en el año 206 a.C., Escipión Africano regresó a Carthago Nova para rendir tributo funerario a su padre y a su tío mediante la celebración, entre otras ceremonias y juegos, de un *munus* gladiatorio (Scullard, 1970: 98 s.). La descripción más detallada sobre el origen y condición de los combatientes en aquel espectáculo se encuentra en Tito Livio (XXVIII 21, 2 ss.), quien detuvo su atención únicamente en el hecho de que el glorioso general romano contara con la participación de luchadores, que, de manera voluntaria y gratuita, contribuyeron a realzar la excepcionalidad y lustre de la jornada. Habituado ya a que, en sus días, todos cuantos descendían a la arena fueran siempre pupilos de los lanistas (ora esclavos comprados a tal efecto, ora hombre libres, que vendían su cuerpo por una cifra de dinero —*auctoramentum*—), Livio parece sorprendido de la generosidad mostrada hacia Escipión por parte de los protagonistas[1].

Probablemente por eso, el historiador romano efectúa una relación de las distintas razones que movieron a las parejas gladiatorias a prestar su desinteresado concurso en los juegos fúnebres. Un grupo de personas accedió a la exhibición con intenciones que, según figuran ordenadas en nuestra fuente (Livio XXVIII 21, 3-4), cabría calificar de efectistas: dar muestra del congénito coraje de su pueblo[2]; el deseo de complacer a su general; el ansia de rivalidad; el anhelo y la gloria de combatir[3].

Pero otra parte de los luchadores intervino en el espectáculo por motivos absolutamente ajenos a la conmemoración mortuoria, pues su propósito consistió en aprovechar la circunstancia para dirimir litigios personales: *quidam quas disceptando controuersias finire nequierant aut noluerant pacto inter se, ut uictorem res sequeretur, ferro decreuerunt* (Livio XXVIII 21, 5). De entre quienes se enfrentaron con este objeto —es lícito pensar que hubo varias lides— Livio destaca a la pareja que, indiscutiblemente, levantó mayor interés tanto por la naturaleza de la disputa como por la posición social de los interesados: Corbis y Orsua, primos hermanos y ambos, tal vez, hijos de reyes de la misma ciudad[4], resolvieron mediante lucha a muerte la sucesión al trono de su tribu (Livio XXVIII 21, 6-10). Corbis, que superaba en edad a su contrincante, impuso la experiencia y la astucia frente a las ciegas acometidas de Orsua; dióle muerte y se alzó con la corona. Es éste el único detalle del *munus* gladiatorio festejado por Escipión en Carta-

* Dpto. de Historia Antigua, Universitat de València.

gena que recogieron Valerio Máximo (IX 11, ext. 1), Silio Itálico (*Pun.* XVI 527-548) y Zonaras (IX 10, 3 [434])[5].

Esta noticia revela de inmediato la presencia de una institución indígena autónoma que, por las incidencias de la campaña, halló justa ocasión de manifestarse durante el intervalo decretado por Escipión para cumplir con los mandatos de su piedad. Se trata, en efecto, del combate singular como duelo judicial, tradición proveniente del acervo indoeuropeo, que durante toda la Antigüedad —así como en la Edad Media— se mantuvo latente, con diferentes contenidos y aplicaciones, entre muchas de las sociedades nacidas del tronco ario. Hace ya algún tiempo realicé el estudio de esta institución en el mundo griego arcaico, en donde tuvo asiento para regular los conflictos armados de la época primitiva (Fernández Nieto, 1975: 37-69). En aquellas páginas ofrecí otros ejemplos tomados de Oriente e Italia, a los que podría sumarse el del pacto establecido entre el emperador bizantino Heraclio y el rey persa Cosroes para contratar, mediante la lucha de dos campeones, la suerte de los ejércitos[6].

Sin embargo, el recurso a una forma reglada del combate singular en la Hispania antigua no se endereza al ámbito de la guerra, es decir, al sustanciamiento de querellas externas entre colectividades, sino que se reserva —y ahí reside su originalidad— como mecanismo extremo de justicia para asuntos civiles en el seno de un mismo estado. La institución pudo haber reunido los siguientes rasgos:

1. Complejidad del supuesto planteado, lo que dificultaría su resolución a partir de una norma vigente. En la causa que opone a Corbis y Orsua se aprecia que o los principios convenidos para la sucesión real (rey/hijo del rey con mayoría de edad/hermano del rey) invaden los que rigen en el derecho familiar (muertos los padres, prioridad para el hijo del hermano mayor)[7], o bien que ambos primos están igualmente legitimados por haber sido reyes sus padres (sin que quepa efectuar la prelación de edad, válida sólo entre hermanos). En los restantes casos, Livio menciona expresamente cómo las otras parejas de combatientes no habían logrado encontrar una fórmula dentro del sistema jurídico (*disceptando controuersias finire nequierant*) o no habían aceptado someterse a preceptos discutibles (*aut noluerant*).

2. Búsqueda de una salida mediante conciliación o arbitraje (*uerbis disceptare*, *uerbis diiudicare*, *synalláxai*), y quizá éste fue un papel que correspondiera previamente a Escipión en la disputa entre Corbis y Orsua. Mas, a juzgar por dicho ejemplo, tal expediente podía ser recusado por una de las partes o, en su caso, el fallo arbitral no ser vinculante.

3. Fijación de los términos del acuerdo por el que se determinaba que las armas otorgarían el veredicto final (Livio XXVIII 21, 8: designar a Marte como *iudex*). Este pacto tendría que estipularse ante un tribunal o comisión, o ser ratificado por ciertas autoridades, con el objeto de garantizar el cumplimiento de todas sus condiciones. En el episodio de los combatientes por el trono, Livio recoge la noticia de que existía un consejo, formado por parientes de ambos primos —*cognati communes*—, que rechazó cualquier otro modo de zanjar el conflicto sino mediante duelo, pues el acuerdo solemnemente concertado resultaría ya inquebrantable.

Este duelo judicial no sería, al parecer, infrecuente, si reparamos en que el espectáculo preparado por Escipión llegó a acumular varias decisiones. Puesto que tanto la materia del litigio como las condiciones pactadas debieron ser de distinta índole, cabe sospechar que no todos los encuentros terminaban con la muerte de uno de los contendientes; bastaría el reconocerse inferior y admitir la superior entidad de los derechos del más diestro[8].

Por fortuna, algunos otros episodios transmitidos por las fuentes clásicas relativos a la conquista romana de la Península pérmiten completar nuestro conocimiento de esta práctica. En el año 151 a.C., junto a los muros de Intercatia, un hispano desafió reiteradamente a cualquiera de los soldados que militaba en el ejército de Lúculo a medirse con él de hombre a hombre; como nadie respondía al reto, practicó una serie de gestos y ejecutó una danza, que sus enemigos tomaron por mofa (Apiano, *Iber.* 53). Sólo el joven Escipión Emiliano acabó por aceptar la provocación e hizo pagar al osado con su vida[9]. Un interesante dato lo aporta Plinio (NH XXXVII 9), cuando señala que había leído en ciertos escritos que el hijo del intercatiense muerto por Escipión utilizaba un sello inciso con una escena del combate. En el 143/2 a.C. Quinto Occio, legado de Metelo, acabó con la vida de un celtíbero que le había lanzado un reto —lo dirigió, sin duda, al ejército—, lo que le valió una ovación de sus soldados. Pero en un segundo combate singular derrotó a otro enemigo, tal vez un jefe de los celtíberos (Tiresio/ Pirreso); reconociendo la superioridad del romano, Tiresio entregó su espada y su capote, mientras que Occio le aseguró que, después de la guerra, estaba dispuesto a cerrar un *hospitium* con él (Val. Máx. III 2, 21; Livio, P. Oxiyrh. *Per.* 164).

Aunque estos ejemplos difieren notoriamente del combate singular como instrumento judicial, desde el momento en que ni existe concierto previo ni se dirime un bien concreto, no por eso dejan de arrojar alguna luz por cuanto parecen seguir las pautas del modelo civil (que, conviene recordar, en la Península no se aplicaba entre distintas gentes). En particular, cabe conceder valor a las indicaciones sobre los efectos del desenlace de la lucha: si la figura del *hospitium* prometido por Occio puede estar recubriendo la idea de que el duelo judicial celtibérico cerraba definitivamente la querella, restaurando entre las *cognationes* el trato no



Fig. 1.— Detalle del desarrollo de la decoración pintada de un vaso de Llíria. Museo de Prehistoria de Valencia.

discrepante, la sorprendente noticia de Plinio sobre el sello delataría una segunda consecuencia, a saber, que el ganador del duelo veía ligitimados sus derechos sobre la *litis* (Livio XXVIII 21, 5: *uictorem res sequeretur*)[10].

Así operaría este *dirus mos*, en palabras de Silio Itálico (*Pun.* XVI 537), el cual formaba parte de aquellas tradiciones caracterizadas por los romanos, no sin desdén, como *leges hostium*[11]. Si Escipión respetó esta costumbre y la integró en el *munus* de Carthago Nova, fue porque se adaptaba satisfactoriamente al espectáculo gladiatorio en honor de sus antepasados, pero también para mantener la imagen de ecuanimidad y grandeza de espíritu desplegada en su política hacia los indígenas (Badian, 1958: 117-119). Livio distingue bien, como antes vimos, qué sección de los juegos perteneció propiamente al ritual romano y qué otra convirtió a los espectadores en improvisados jurados de los duelos pendientes en diferentes comunidades[12].

Hasta ahora sólo hemos considerado el origen indoeuropeo de la norma y su manifestación hispana en el ámbito de los pueblos celtibéricos. Corbis y Orsua son nombres célticos (Holder, 1896: 1117; 1904: 879 s.), como también lo sería el de la ciudad por cuyo trono debaten[13]; no hay por consiguiente razón alguna para incluir este ejemplo entre los que atañen a la realeza de los iberos[14]. Sin embargo, parece conveniente valorar la posibilidad de que, desde el munto de los celtíberos, la institución recalase eventualmente o se asimilara plenamente en la sociedad ibérica.

Fue Ville (1981: 49 s.) quien sostuvo que los juegos tempranamente celebrados por Roma en la Península, como éstos de Escipión, propiciarían la organización de espectáculos gladiatorios entre los indígenas, y buena muestra de ello sería un conocido vaso ibérico de Liria (fig. 1).

En el centro de la escena, dos hombres se afrontan para luchar; ambos portan escudo, pero mientras que uno se encuentra armado con la espada, cuya funda pende vacía del costado interno, el otro blande la lanza. Dos músicos flanquean a los combatientes: una mujer tañe la flauta doble y un varón hace sonar una gran bocina. Ville es partidario de tomar estas imágenes como representación de dos gladiadores porque, en su opinión, la escena carece de carácter militar y nada tiene que ver con un baile, puesto que el guerrero con la lanza la tiene hincada en el escudo del adversario[15]; no obstante, reconoce que las diferentes armas de cada individuo constituyen una anomalía en la práctica gladiatoria, bien que justificable —cree— por el deseo de síntesis del pintor para expresar una liza inaugurada con lanzas y rematada con sables.

Pero esta escena, si admitimos que describe vivencias de los iberos[16], es mucho más coherente interpretada como retrato de un duelo judicial: Apiano menciona (*Iber.* 53), al relatar el desafío del celtíbero ante Intercatia, la ejecución de una danza (*katorchesámenos*), quizá coreada por sus gentes y que, de haberse celebrado el combate en su función legal, podría haberse trazado al son de la música, desgranando una melodía reservada al efecto («cántico de duelo»). Tampoco obsta a nuestra sugerencia la cuestión del armamento: el acuerdo que regía en Grecia el combate singular autorizaba el empleo del escudo, la espada y la jabalina, de suerte que durante el encuentro ambos rivales podían servirse indistintamente de cualquiera de ellas (Fernández Nieto, 1975: 47 s., 58). De hecho Polínice hiere a Eteocles primero con la lanza, cae luego al suelo ir-

remisiblemente herido, pero consigue aún asestar a su hermano el golpe mortal con la espada cuando Eteocles pretendía despojarlo. En el duelo entre Heraclio y el campeón de Cosroes, antes citado, el pacto nombra las espadas, pero el vencedor tumbó a su rival con la jabalina. Así pues, no sería extraño que para las lides de esta clase también en la Península quedara consagrado el uso de las dos armas, aunque tampoco es ilógico que el acuerdo previo permitiera a los competidores elegir su instrumento ofensivo predilecto.

¿Duelo judicial? Cabría entonces extraer una última consecuencia, a saber, que nuestro vaso ibérico desarrollaba ante el público el cuadro de una famosa historia o leyenda, fácilmente identificable, que versaba sobre el duelo legal entre dos conocidos personajes (¿reyes, príncipes, renombrados guerreros?) en pos de una valiosa propiedad. En cualquier caso, como representación de un combate decisorio esta cerámica de S. Miguel de Liria probaría el acomodo de una usanza jurídica céltica en el solar ibérico[17].

NOTAS

1 No resulta tan claro, com presume Ville (1981: 49), que todos los combatientes fueran hispanos y ningún romano empuñase las armas. Dejando aparte a los auxiliares extrapeninsulares, pudieron también intervenir romanos de origen etrusco, samnita o campano.

2 Pero los tales no se alistaron espontáneamente, sino que fueron enviados por los reyezuelos hispanos para hacer valer el prestigio propio.

3 Para Bayet (1971: 174 —1951: 87—), los voluntarios animados por estas tres ideas habrían encarnado, como sacrificio de sustitución, una *deuotio* a los Escipiones; sobre el carácter netamente romano de este proceder aduce algunos paralelos.

4 El padre de Orsua había sucedido como rey al hermano mayor; Corbis era hijo bien de ese rey muerto (lo que resulta verosímil, pues cuadra con su edad y justifica mejor sus pretensiones), bien de otro hermano del fallecido monarca y del padre de Orsua.

5 Todos ellos dependen de Livio, aunque Valerio y Silio comenten el error de considerarlos hermanos e hijos del desaparecido rey. Silio, además, a imitación del famoso lance tebano entre Eteocles y Polínice, dibuja una patética escena que culmina con la muerte de ambos jóvenes; pero estas licencias del poeta, cuya pluma recrea la atmósfera y el colorido del circo romano en el siglo I a.C., han sido señaladas por Lühr (1979: 108 s.).

6 Vid. *Crónica Mozárabe de 754* (ed. López Pereira) I 3 (= *Continuatio Hispana a. DCCLIV*, ed. Th. Mommsen, MGH, Auct. Ant. XI, Chr. Min. II, 335 s.); Fredeg. 4, 64 (ed. B. Krusch, MGH, Script. rer. merov. II).

7 La validez de esta hipótesis requiere que, a la muerte del rey su padre, Corbis fuera menor de edad, mientras que Orsua habría alcanzado la mayoría al expirar el suyo.

8 Así sucedía en Grecia, pues el combate se tenía por decidido con el reconocimiento de la derrota por parte de uno de los adversarios, cuando el rival rehusaba la lucha o emprendía la huida (Fernández Nieto, 1975: 58).

9 Esta victoria de Escipión en los albores de su carrera se rememora en numerosos textos antiguos, recopilados por Schulten (1937: 27-29).

10 El anillo-sello fue seguramente propiedad de Escipión que lo regalaría al hijo de aquel guerrero de Intercatia después de la pacificación de los vacceos (Schulten, 1937: 30).

11 La denominación figura, a propósito de la guerra contra Numancia, en el tratado de Ps. Aurelio Víctor, *De uir. ill.* 59, 4, pero remonta a la época republicana (cuando menos, es contemporánea de Tiberio Graco).

12 Concluir del pasaje de Livio (como hizo Schulten, 1935: 148) que estos combates realizados por los iberos «para deleitar a los extranjeros demuestran, además de su placer por las batallas, lo salvaje del pueblo», responde a un esquema de ingenuo y desbordante simplismo.

13 La ciudad se llamaba *Ibes* o *Ides*. Los modernos editores de Livio prefieren la lectura Ibes, que figura en una de las ramas de la tradición manuscrita, frente a la forma Ides, transmitida por el *Codex Puteanus* (escrito en la primera mitad del s. V d.C.). Sin embargo, esta última posee una filiación céltica más congruente con la naturaleza del caso (cf. Holder, 1904: 25 ss.).

14 Como hizo Étienne (1958: 51 ss.), probablemente por estimar que, al celebrarse los juegos en Cartagena, todos los combatientes debían de provenir de las ciudades ibéricas del litoral. Pero la historia de las campañas de cartagineses y romanos prueba que numerosos pueblos no ibéricos de Andalucía y de la Meseta acompañaron, en virtud de alianzas u otros intereses, a los grandes ejércitos.

15 Esta impresión no parece acertada. La lanza no ha sido clavada, sino que pasa por delante del escudo más alto; la pérdida de la línea cuando coincide con el trazo grueso de los bordes del escudo induce a confusión sólo en apariencia (y una buena porción de la lanza tendría que haber atravesado el escudo, tarea nada fácil).

16 En ausencia de textos explícitos, nunca podrá soslayarse el recelo de que el artista ibérico hubiera adaptado imágenes transmitidas por la cerámica griega, en donde abundan los episodios sacros o legendarios de *monomachía*.

17 De haber certificado Livio que alguna de las parejas que saldaron en Cartagena sus diferencias procedía del territorio ibérico, se confirmaría esta sospecha. Por lo demás, sería asimismo importante poder establecer una cronología precisa del vaso: si su datación es anterior al 206, la hipótesis gladiatoria se desmorona y nuestra idea cobra mayores visos.

BIBLIOGRAFÍA

Badian, E. (1958): *Foreign Clientelae (264-70 B.C.)*. Clarendon Press, Oxford, pp. 116 ss.

Bayet, J. (1971): *Croyances et rites dans la Rome antique*. Payot, Paris, pp. 130-176 (= Le suicide mutuel dans la mentalité des romains. *L'année sociologique*, 1951, Paris, pp. 35-89).

Étienne, R. (1958): *Le culte impérial dans la Péninsule Ibérique d'Auguste à Dioclétien*. Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, Fasc. 191, Paris, pp. 51 s., 85 ss.

Fernández Nieto, F.J. (1975): *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia (época arcaica y clásica). I. Texto.* Monografías de la Universidad de Santiago de Compostela, 30, Santiago de Compostela, pp. 37-69.

Holder, A. (1896): *Alt-celtischer Sprachschatz, I. Bd.* Leipzig.

Holder, A. (1904): *Alt-celtischer Sprachschatz, II. Bd.* Leipzig.

Lühr, F.F. (1979): «Zur Darstellung und Bewertung von Massenreaktionen in der lateinischen Literatur». *Hermes*, 107, pp. 108 s.

Schulten, A. (1935): *Las guerras de 237-154 a. de J.C.* Fontes Hispaniae Antiquae, Fasc. III, Barcelona.

Schulten, A. (1937): *Las guerras de 154-72 a. de J.C.* Fontes Hispaniae Antiquae, Fasc. IV, Barcelona.

Scullard, H.H. (1970): *Scipio Africanus: Soldier and Politician*. Ithaca-New York.

Ville, G. (1981): *La gladiature en Occident des origines à la mort de Domitien*. Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, Fasc. 245, Roma, pp. 49 s.

Carlos Gómez Bellard*

LA ISLA DE IBIZA EN LA ÉPOCA DE LAS GUERRAS PÚNICAS

Iamque Ebusus Phoenissa movet Iamque Arbacus arma.
Silio Itálico, 3, V 362

Dentro de la secuencia cronológica que establecimos hace algunos años para la Ibiza fenicio-púnica, la tercera fase, que se suele denominar tardo-púnica, ocupa los siglos III y II a.J.C., y era sin duda una de las peor conocidas (Gómez Bellard, 1984: 153-155). En efecto, la historia isleña se articulaba, para la época pre-romana, en torno a los datos arqueológicos proporcionados por la gran necrópolis urbana del Puig des Molins, de la cual se ha estimado que tendría varios millares de sepulturas, aunque sólo algunos centenares nos son más o menos bien conocidos. Entre ellos destacan los ricos enterramientos de los s. V y IV a J.C., especialmente los hipogeos con un abundante ajuar, que habían inducido a creer que esa época, llamada clásica, había sido la del apogeo de Ibiza. El mundo funerario no podía reflejar más que una situación general favorable, es decir una expansión económica y comercial dentro y fuera de la isla. En esta óptica, el empobrecimiento patente a partir del s. III a.J.C., tanto en los tipos de tumba como en el ajuar, junto con una notable disminución del número de sepulturas conocidas, debían achacarse sin duda alguna a una evolución negativa de la economía. Pese a que la argumentación puede parecer hoy bastante simplista, hay que tener en cuenta que no existían muchos elementos para intentar profundizar en este problema, puesto que se carecía de otros datos, tanto de fuentes escritas como arqueológicas[1].

Actualmente sabemos que esta visión es totalmente errónea. Las excavaciones del Puig des Molins, reemprendidas en 1982, así como la intensificación de la investigación en Cataluña, el País Valenciano, las Baleares y también en el mundo rural de la propia Ibiza, han cambiado sustancialmente este panorama. La imagen que nos podemos formar hoy en día de la sociedad y de la cultura ebusitanas es muy diferente.

Dado que hemos empezado por el mundo funerario, debemos subrayar que los nuevos estudios llevados a cabo sobre los resultados de las excavaciones antiguas, así como toda una serie de trabajos recientes, permiten comprobar la existencia de un gran número de tumbas, tanto en el cementerio urbano como en las pequeñas necrópolis rurales, que pueden fecharse entre los inicios del s. III y el final del s. I a.J.C. Evidentemente los estudios de ámbito funerario se habían visto dificultados hasta ahora por la existencia de una serie de problemas no resueltos, el más importante de

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Universitat de València.

los cuales es sin duda la simplificación de los rituales, tanto por la generalización de la incineración y del enterramiento en fosa como por la disminución del número de elementos materiales que componen ahora el ajuar. Este fenómeno, que tiene lugar a partir del s. III a.J.C., se comprueba perfectamente en los conjuntos funerarios de Ibiza, en los cuáles disminuye bruscamente el número de cerámicas importadas que se incluyen en los ajuares. Este hecho produjo lamentablemente errores o al menos imprecisiones en la identificación y fechación de los enterramientos del período. Dicho de otro modo, la minuciosa revisión de los ajuares y de los conjuntos funerarios de época noclásica permite apreciar que el fuerte cambio que se observa en la documentación arqueológica no debe entenderse como un síntoma indicativo de un empobrecimiento económico extendido, sino como una sustancial evolución de las costumbres funerarias en Ibiza. Esta evolución, por otra parte, no constituye un fenómeno aislado sino que corresponde a un movimiento generalizado en el ámbito púnico (incluido Cartago en parte), y cuya manifestación más visible, como hemos señalado, es la fuerte disminución del número de objetos depositados en las tumbas[2]. De todas formas debemos de ser muy conscientes de que los datos que se infieren del mundo funerario son insuficientes a los efectos que aquí nos interesan. Sólo merece destacarse la certeza que tenemos de que la ciudad mantiene sus niveles de población y riqueza (o al menos las tumbas sencillas no son indicativas de lo contrario) y de que existe una continuidad en la ocupación del espacio rural, indicada por la distribución de las numerosas necrópolis rurales conocidas, como ya tuvimos ocasión de estudiar en otro lugar (GÓMEZ BELLARD, 1986).

Es poca la documentación que podemos aportar para el s. III a.J.C. en la propia isla. Unicamente merece valorarse la gran actividad que desarrollan las alfarerías ubicadas en lo que se viene llamando el barrio «artesanal» o «industrial» de la ciudad. Una serie de excavaciones, la mayoría de ellas intervenciones de urgencia llevadas a cabo entre 1974 y 1985 aproximadamente, y que en general permanecen inéditas, han permitido la identificación de varios talleres en los que se produjeron todo tipo de objetos cerámicos, desde ánforas a vajilla de cocina. En algunos de estos centros de fabricación —cuya importancia, una vez que sean publicados, es patente— se ha podido obtener buenas secuencias estratigráficas desde el s. VI al I a.J.C., y en ellas los niveles correspondientes al s. III a.J.C. muestran una clara continuidad con los de época anterior, siendo notable la diversidad de productos manufacturados[3].

Finalmente la vitalidad del mercado interior parece demostrada por la emisión de las primeras series de monedas, los pequeños bronces con Bes y Bes, Bes y Toro, o Toro y Toro, cuya acuñación se inicia tal vez en el s. IV pero que circula sobre todo en el s. III a.J.C. Curiosamente esta circulación se limita prácticamente a la propia isla, salvo contadas excepciones[4].

Debemos por lo tanto girarnos hacia el exterior y podremos comprobar así que el desarrollo de la economía y del comercio ebusitanos queda patente en los hallazgos realizados en las regiones circundantes. En primer lugar tenemos las Baleares, Mallorca y Menorca. Tras un período de frecuentación que tal vez pueda comenzar en el s. VI a.J.C. (si no antes), los colonos ebusitanos inician una instalación permanente desde fines del s. IV a.J.C. en los islotes costeros de la isla mayor, destacando entre ellos el de Na Guardis, cuya factoría es un auténtico establecimiento colonial de primer orden, con sus casas, almacenes, taller metalúrgico, etc... (GUERRERO, 1984; 1985, en prensa). El s. III a.J.C. será el del afianzamiento de estas estructuras, que constituirán como veremos la base del extraordinario desarrollo del siglo siguiente. A partir de este tipo de lugares no sólo se produce una penetración de productos ebusitanos y de diversas procedencias, sino que también se pone en marcha un auténtico proceso de de aculturación en el mundo talayótico, cuyas múltiples manifestaciones, a veces no fáciles de valorar, sólo se están estudiando desde hace pocos años[5].

Volviéndonos hacia el O, las costas ibéricas muestran en este siglo una considerable afluencia de materiales, especialmente ánforas, testimonios últimos de una corriente comercial de gran envergadura. Debemos subrayar que carecemos todavía de estudios de conjunto sobre estas aportaciones púnicas en el área mediterránea española, y que ello se debe en parte a un problema de investigación. Hasta fechas recientes los materiales púnicos más frecuentes y representativos, como las ánforas, la cerámica común o la de cocina, las imitaciones de la cerámica de barniz negro, etc..., eran poco menos que desconocidas para muchos investigadores. Basta con revisar publicaciones antiguas (y otras que no lo son tanto...) para comprobar las imprecisiones u olvidos, cuando no los errores flagrantes, en los que se incurría a menudo a la hora de clasificar estos objetos. Bien es cierto que los estudios sobre cerámica púnica llevan un enorme retraso respecto a los que se ocupan de materiales griegos o romanos: P. Cintas publicó su famoso *corpus* en 1950 y, a un nivel diferente aunque para nosotros igualmente importante, la primera sistematización de la rica producción anfórica ebusitana, realizada por J. Ramón, apareció... en 1981.

Afortunadamente estamos viendo como en los últimos años la situación está cambiando muy rápidamente. Así por ejemplo los estudios realizados sobre el poblamiento ibérico en la región de la Layetania han permitido establecer que en los poblados ibéricos de la zona las ánforas púnicas son extraordinariamente abundantes. Concretamente en el yacimiento de Alor-

da Park (Calafell, Tarragona), donde las cerámicas importadas representan el 12% del material, el 89'09% de estas importaciones es de origen púnico, y el 49'23% es con toda seguridad ebusitano. La realización de prospecciones sistemáticas en otras áreas de Cataluña, con excavaciones puntuales de importantes poblados indígenas, está demostrando paulatinamente que lejos de constituir un caso único, ésta parece ser una constante en la región (SANMARTÍ-SANTACANA, 1987).

Si nos dirigimos ahora hacia el sur, en el País Valenciano la actual provincia de Alicante es una de las más ricas en hallazgos púnicos en general y ebusitanos en particular, hablando siempre de los ambientes indígenas. Desde Denia hasta Alicante, pasando por Altea, Villajoyosa, etc..., son numerosos los testimonios que tenemos de estos tráficos comerciales[6].

En resumen lo que queremos destacar es que a lo largo del s. III a.J.C. la isla de Ibiza mantiene un nivel de producción económica muy alto, pero que ésta es además la época en la que se inicia una proyección exterior sin parangón en los siglos anteriores. Evidentemente el desarrollo de la I.ª Guerra Púnica no parece haberle afectado en absoluto.

Pero la II.ª Guerra Púnica es otra historia. En esta ocasión el marco geográfico del enfrentamiento entre Roma y Cartago se trasladó, al menos en parte, a Occidente. Desde el desembarco de Amílcar en Cádiz en el 237 a.J.C., la Península Ibérica se vió envuelta en una serie de acontecimientos que no vamos ni a recordar aquí por ser sobradamente conocidos. Queremos deternos sin embargo en dos breves referencias a la isla que realiza Tito Livio, ya que constituyen prácticamente el único testimonio que tenemos de la toma de postura de Ibiza en el conflicto planteado. En el libro XXII, 20, el historiador nos cuenta que en el 217 a.J.C. Escipión pasó a la isla: *Nec continentis modo pralecta est ora, sed in Ebusum insulam brasmissum. Ibi urbe, quae caput insulae est, biduum nequiquam summo labore oppugnata, ubi in spem inritam frustra teri tempus animadversum est, ad populationem agri versi, direptis aliquot inoensis vicis maiore quam ex continenti praeda parta cum in naves se recepissent, ex Baliaribus insulis legati pacem petentes ad Scipionem venerunt.* Y más adelante, en el libro XXVIII, 37, nos dice que Magón en el 206 a.J.C... *inde navibus ad Pityusam insulam centum millia ferme a continenti —Poeni tum eam incolebant— traiecit. Itaque classis bona cum pace accepta est, nec commeatus modo benigne praebiti, sed in supplementum classis iuventus annaque data.*

De todo ello se pueden deducir varios datos de cierto interés para la situación interna de la isla.

a) Queda claro que Ibiza se mantuvo fiel a sus compromisos con la causa de Cartago: aunque no sepamos nada de la existencia de éstos, el rechazo del virulento ataque de Escipión así lo indica. Esta actitud explicable en una población totalmente púnica al inicio de las hostilidades no fue sin embargo general, por ejemplo en Andalucía (con notables excepciones: Astapa), y resulta mucho más destacable en el 206 a.J.C., cuando se ayuda con todos los medios a Magón. Por entonces la situación en la Península Ibérica ha empeorado sensiblemente para los púnicos, y la misma flota de Magón que tan buena acogida tiene en la Pitiusa acaba de ser rechazada por la propia Cádiz (donde dicho sea de paso el hermano de Aníbal se venga haciendo azotar y crucuficar a los sufetes).

b) La capacidad defensiva de la ciudad, con sus excelentes murallas, nos habla de una comunidad próspera, con medios para invertir en una infraestructura militar siempre muy costosa. La idea de riqueza se ve aumentada por la referencia explícita de Tito Livio a la cantidad de botín obtenido, superior al que se había conseguido en la Península. Este párrafo nos sugiere otras dos breves reflexiones.

En primer lugar pensamos que el saqueo tan provechoso de la ciudad, que sin duda tuvo lugar al exterior de la ciudad amurallada, debió de afectar especialmente al barrio artesanal del que ya hemos hablado, donde parece ser que hay huellas de destrucción en los niveles de fines del s. III a.J.C.

En segundo lugar, nos llama la atención el término utilizado por el historiador latino al referirse a los asentamientos agrícolas que son expoliados e incendiados: *direptis aliquot incensis vicis*. La palabra *vicus* ha sido traducida en la mayoría de las ocasiones por pueblo, creando así la idea de que a finales del s. III a.J.C. el poblamiento se repartía entre la ciudad, *caput insulae*, y una serie de pequeñas localidades diseminadas tierra adentro[7]. Sin embargo hoy sabemos que no han existido nunca pueblos ni aldeas en la isla hasta el s. XVIII prácticamente, y el modelo que las prospecciones sistemáticas y las excavaciones puntuales en asentamientos rurales nos van perfilando es el de un hábitat disperso, semejante al que ha subsistido hasta nuestros días, con granjas o pequeñas explotaciones de pocas personas que trabajan una superficie de terreno relativamente reducida. Se ha calculado, por ejemplo, de una manera muy aproximada, que los hábitats concentrados en el área de Cala Jondal, al sur de la isla, podían controlar cada uno 20 o 25 hectáreas, sin contar las zonas boscosas de las colinas circundantes (RAMÓN, 1984).

Muy rápidamente hemos podido ver pues que el s. III a.J.C. es una época floreciente para la isla, que conoce un período de expansión, y que durante la II.ª Guerra Púnica se alinea con Cartago de una manera decidida y no teórica. ¿Qué sucede entonces después de la derrota? Sorprendentemente se va a iniciar una de las épocas más prósperas de toda la historia de la Ibiza púnica, que habrá de durar algo más de medio siglo. Veamos más en detalle algunos aspectos que podrían explicar esta aparente paradoja.

Sabemos por Plinio que Ibiza fue una ciudad federada (*civitas foederata*), al igual que otros importantes

centros púnicos de la Península, como Málaga y Cádiz[8]. La concesión de este estatuto privilegiado a esta última ciudad no debe de sorprender, dado su rechazo a Magón en los últimos años de la guerra, como ya señalamos, y su rendición total a los romanos que nos menciona Tito Livio. ¿Pero qué pensar de Ibiza, cuando por las mismas fechas en que Cádiz se entregaba (el 206 a.J.C., recordémoslo), todavía apoyaba la causa de Cartago, y no precisamente con palabras? Se ha pensado que la categoría de ciudad federada la alcanzaría Ibiza después de la III.ª Guerra Púnica, y que así no traicionaría sus compromisos con la vieja metrópoli. Pero a la vista de la evolución política del Mediterráneo occidental y sobre todo del desarrollo económico de la isla, parece que hay que pensar que en algún momento en torno al final de la II.ª Guerra Púnica o a lo sumo durante la «pacificación» de Catón (195-193 a.J.C.) debió de producirse algún pacto entre Roma e Ibiza[9].

Es conocido que la condición de *civitas foederata* representa grandes ventajas para quién queda acogida a ella, al menos durante la República. La autonomía es casi absoluta, con la excepción de lo que podemos llamar las relaciones internacionales. En el caso que nos ocupa el registro arqueológico, única fuente a la que podemos recurrir, parece confirmar tanto dentro como fuera de la isla que se produce una clara continuidad con la situación del s. III a.J.C., junto con una expansión económica todavía mayor.

En el orden interno diversos yacimientos dan muestras de una gran actividad: el barrio artesanal de la ciudad conoce reestructuraciones y ampliaciones, alcanzándose una enorme variedad de producciones y aumentando el número de talleres conocidos. Los centros rurales se muestran muy activos, como demuestran no sólo las ya citadas necrópolis sino los propios hábitats que ahora empezamos a conocer. El de Can Sorá, único excavado en extensión hasta hoy, tiene una serie de reestructuraciones que unifican en un gran edificio cuadrangular de cerca de 900 m.^{2} con patio central lo que eran edificaciones dispersas (Ramón, 1984: 14 y 21). Algunos otros parece que se crean ahora de nueva planta, como consecuencia de la intensificación en la explotación agrícola, especialmente del vino y del aceite (p.e. Can Corda, Can Fita,...). A otro nivel, que no deja de ser igualmente significativo, el famoso santuario rupestre de Es Cuieram conoce una última reestructuración que le dará su configuración definitiva, siendo la primera mitad del s. II a.J.C. la época de máxima frecuentación según demuestran las terracotas, las cerámicas comunes y las monedas (Ramón, 1985). Finalmente parece que es en esta época también cuando se intensifica el aprovechamiento de los recursos de la Pitiusa menor, la isla de Formentera, según se desprende de las prospecciones sistemáticas realizadas en fechas recientes (E. Dies Cusí, com. pers.).

Al igual que para el siglo anterior, es también fuera de la isla donde se puede valorar en toda su extensión esta época floreciente de la Ibiza púnica.

En las Baleares la factoría de Na Guardis conoce su período de máxima actividad, como sin duda los otros enclaves costeros peor conocidos. Pero además se produce una generalización de los productos púnicos (y de los ebusitanos en particular) en todos los ambientes talayóticos, tanto en Mallorca como en Menorca. En la costa sur de esta última isla, el fondeadero de Cales Coves, que está en funcionamiento sobre todo entre los s. IV y I a.J.C., conoce también ahora su período de máxima frecuentación (Belén-Fernández Miranda, 1979: 156-176).

En la Península el País Valenciano, y en especial Alicante, muestra una concentración de hallazgos que nos hablan de una relación privilegiada, lógica por otra parte dada la proximidad geográfica. En Cataluña parece haber una contradicción entre los hallazgos anfóricos, que se reducen drásticamente para dejar paso a las producciones itálicas, y lo que nos indican las monedas, ya que aquí se localiza un grandísimo porcentaje de los hallazgos monetarios del período II de las emisiones ebusitanas establecido por M. Campo, que va del 214 al 150 a.J.C. No tenemos tiempo ni espacio para entrar en la discusión de este problema, por otra parte puntual.

Retomando el aspecto numismático debemos decir que la circulación monetaria es otro de los claros indicadores de la situación económica de la isla. Los estudios ya citados de Campo han situado en esta primera mitad del s. II a.J.C. la mayor circulación de las emisiones ebusitanas por todo el Mediterráneo occidental, incluyendo la única emisión de monedas de plata conocida, los hemidracmas del grupo XVIII. El significativo listado de las áreas de hallazgos incluye especialmente: Cataluña, la costa alicantina, las Baleares, el Languedoc, la desembocadura del Ródano, la costa argelina, Cerdeña, Sicilia, la Campania y Cartago (Campo, 1983). Las mayores concentraciones se dan, como hemos dicho y como cabía esperar por los hallazgos cerámicos, en Cataluña y Alicante, pero también y ello resulta más sorprendente, en la zona del Ródano y en Campania. Para el caso del sur de Francia, nos falta todavía un estudio valorativo de los materiales púnicos, que debería centrarse posiblemente en la consideración de las relaciones privilegiadas que Ibiza mantuvo siempre con Ampurias, y en las de esta ciudad con Marsella. También podemos hacer extensible al Midi los problemas de conocimiento e identificación de los materiales cerámicos ebusitanos a los que nos hemos referido anteriormente.

En el caso de la Campania, hace ya muchos años que A. Stazio, en un conocido trabajo, llamó la atención sobre la inesperada presencia de gran cantidad de monedas ebusitanas en Pompeya, para explicar lo cual

opinaba que Ibiza, inmediatamente después de la II.ª Guerra Púnica, debió de ser un lugar preferencial de paso de los emigrantes de todo tipo que desde el centro y el sur de Italia se dirigían a colonizar las «nuevas tierras» de Hispania[10]. La hipótesis es plausible, y una ruta marítima que desde la Campania se dirigiese al sur peninsular vía Cerdeña y las Baleares resulta no sólo practicable sino cómoda, pues supone un ahorro de tiempo considerable frente a la ruta del Golfo de León.

Está claro que en Baleares sólo Ibiza contaba entonces (y desde hacía siglos) con los puertos y la infraestructura necesaria para apoyar una navegación regular. La isla nos muestra aquí su papel de redistribuidora no sólo de personas sino también de mercancías itálicas, y en este sentido habría que valorar tal vez el inicio de la llegada de este tipo de productos a Mallorca y Menorca en fechas anteriores a la conquista romana de ambas islas, productos que se documentan ahora por vez primera en Na Guardis, por ejemplo, y muy especialmente en el pecio recuperado en el fondeadero de dicho islote, cargado con ánforas y vajilla ebusitanas pero también con ánforas itálicas Dr. 1A, 1C Y Benoît 1 (Guerrero, 1985a).

No quisiera acabar sin referirme a un tema sólo mencionado o valorado de pasada hasta ahora, el de las relaciones de Ibiza con Cartago entre Zama y la destrucción final del 146 a.J.C. Diversos indicios, además del hallazgo esporádico de monedas ebusitanas en Cartago ya mencionado, parecen indicar que las relaciones, al menos al nivel de intercambio económico, se mantuvieron con cierta intensidad. Las ánforas, los morteros y la vajilla de cocina son algunos de los indicadores cerámicos más característicos del período, que empiezan a ser bien conocidos especialmente a raíz de los trabajos franceses en Byrsa. Las primeras corresponden al grupo llamado en general Mañá C, cuya tipología ha sido precisada en estudios recientes. Así las producciones de Cartago constituyen los tipos C1b, C1/2 y C2a, siendo este último el que se fabrica en la primera mitad del s. II a.J.C., con una breve pero intensa exportación que alcanza sobre todo la costa mediterránea ibérica (desde Ampurias hasta Málaga), Ibiza y las Baleares, pero también Cerdeña, Sicilia, e incluso Albintimilium y Luni, en el norte de Italia (Guerrero, 1986). Los morteros, ahora que empiezan a ser mejor conocidos, aparecen con cierta regularidad en Cataluña, País Valenciano y Baleares. Incluso la cerámica de cocina de Cartago, las ollas de paredes externas grises, se documentan ya en Cartagena, Alicante, Ibiza, Mallorca... (Lancel, 1987; Matamoros, en prensa; Gómez Bellard-Gurrea, 1985). En resumen, lo que queremos resaltar es que contamos con indicios ciertos en nuestra zona de un mantenimiento de las relaciones tradicionales con una ciudad, Cartago, que recupera su empuje y vitalidad con rapidez a pesar de las adversas condiciones, como han señalado diversos autores[11]. Al nivel actual de nuestros conocimientos y vista la dispersión de los materiales, resulta evidente que Ibiza parece continuar jugando un papel de redistribuidora de productos púnicos en su área más cercana.

En conclusión este conjunto de apreciaciones aparentemente dispersas y necesariamente breves nos permite valorar como la II.ª Guerra Púnica y la dura derrota de Cartago no supusieron ni mucho menos el final del mundo púnico en Occidente. Los restos materiales que nos aporta la Arqueología indican no que se mantuvo un vago substrato cultural de larga pervivencia en la lengua y en las costumbres, atestiguado por igual en Hispania que en el Norte de Africa, sino que la metrópoli africana y algunas de las ciudades de mayor raigambre púnica como la propia Ibiza mantuvieron abiertos sus circuitos comerciales que en el caso de la isla le permitieron entrar en la que es sin duda la época de máxima prosperidad de su historia, junto con las primeras décadas del s. I d.J.C. Roma debió de tolerar durante algún tiempo esta situación por diversas razones, entre las que destacaríamos, al menos en el caso de la Península Ibérica, la necesidad de contar con las infraestructuras existentes en el momento de la conquista, hasta poder llegar a controlar las rutas, los mercados, los resortes económicos en una palabra, cosa que tardaría varias décadas en poder hacer. Para Cartago, tal vez debamos pensar que los romanos habían creído acabar con ella en el 202 a.J.C. y que fueron los primeros sorprendidos por la extraordinaria recuperación de los púnicos.

Para terminar queremos subrayar que la III.ª Guerra Púnica es otra prueba más de la autonomía de la que venimos hablando en los centros púnicos de occidente. La crisis final del 146 a.J.C. no supuso para Ibiza grandes cambios, ya que hasta los años siguientes a la conquista de las Baleares por Metello en el 123 a.J.C. no se producirá el colapso de la economía y del comercio ebusitano que la Arqueología, una vez más, nos documenta fielmente. Pero las Guerras Púnicas habían acabado ya, y con ellas el marco cronológico que nos habíamos marcado en este estudio[12].

NOTAS

1 Una excelente síntesis que ilustra bien este punto de vista puede verse en M. Tarradell-M. Font: *Eivissa cartaginesa*. Edit. Curial, Barcelona, 1975, pp. 69-72.

2 La bibliografía sobre esta cuestión empieza a ser abundante. Para las generalidades puede consultarse con provecho: M. Fantar: *Eschatologie phénicienne et punique*. Túnez, 1970. Sobre Ibiza: C. Gómez Bellard: *La necrópolis del Puig des Molins (Ibiza). Campaña de 1946*. E.A.E., n.º 132, Madrid, 1984; V. Marí Costa-E. Hachuel: «La necrópolis del Puig des Molins: propuesta metodológica para el estudio de los enterramientos púnicos de inhumación en fosa (campañas de 1949 y 1951)». *Saguntum*, 23, 1990, pp. 183-212. Para otros yacimientos púnicos: P. Bartoloni: «Contributto alla cronolo-

gia delle necropoli fenicie e puniche di Sardegna». *Rivista di Studi Fenici*, 9, 1981, supl., pp. 13-29; H. Bénichou-Safar: *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*. Paris, 1982, especialmente pp. 248 y 317-321.

3 La bibliografía sobre estas excavaciones es todavía muy escasa. Se trata de breves referencias o de primeros estudios sobre aspectos concretos: J.H. Fernández-C. Gómez Bellard-R. Gurrea: «Excavacions arqueològiques a la ciutat d'Eivissa». *Eivissa*, 14, 1983, pp. 7-9; J. Ramón: *Els monuments antics a les illes Pitiuses*. Ibiza, 1985, pp. 71-73; C. Matamoros: «Las monedas procedentes de una alfarería púnica de Ibiza». *Saguntum*, 22, 1989, pp. 267-289.

4 M. Campo: *Las monedas de Ebusus*. Asociación Numismática Española, Barcelona, 1976, pp. 37-41 y 93-95. En la necrópolis de Cabezo Lucero (Alicante) apareció una de estas monedas ebusitanas en un conjunto funerario fechable en el último cuarto del s. IV a.J.C. Debemos este dato a la amabilidad del Dr. Pierre Rouillard.

5 Para la primera fase de contacto en las Baleares, todavía muy mal conocida, véase la última aportación en: V. Guerrero: «Algunas cuestiones sobre los intercambios en la fase precolonial de Mallorca (550-450 a.J.C.)». *Rivista di Studi Fenici*, XVII, 2, 1989, pp. 213-238. Una breve síntesis de introducción se encontrará en: C. Gómez Bellard: «Relaciones comerciales en las islas Baleares entre los s. VII y II a.J.C.». *Navegación, comercio e industria en la Antigüedad balear*, Ministerio de Cultura, Madrid, en prensa.

6 Carecemos todavía por desgracia de una obra actualizada, que presente el conjunto de estos materiales. Sin embargo sigue siendo muy útil: A. Ribera Lacomba: *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*. T.V. del S.I.P., Valencia, 1982, que debe completarse con los numerosísimos hallazgos de la última década, publicados de forma dispersa.

7 Aunque el término vicus tiene varias interpretaciones posibles, la de «agrupación rural» es la única aceptable aquí, dado el contexto de la frase de Tito Livio (no puede ser un barrio urbano y menos una calle). La traducción como aldea o caserío es la más frecuente. De todas formas son varias las realidades que pueden esconderse detrás de la palabra. Véase una aproximación detallada en J.F. Rodríguez Neila: «Consideraciones sobre el concepto de «vicus» en la Hispania romana. Los «vici» de Corduba». *Corduba*, 2, I, fasc. 2, 1976, pp. 99-118.

8 Plinio, HN, III, 76. Si no sabemos gran cosa más de Málaga (véase J. Muñiz Coello: «Aspectos sociales y económicos de la Málaga romana». *Habis*, 6, 1975, esp. pp. 241-242), existen datos mucho más numerosos para Cádiz: J.F. Rodríguez Neila: *El municipio romano de Gades*. Instituto de Estudios Gaditanos, Cádiz, 1980, esp. pp. 25-34.

9 Sobre las ciudades con «foedus» en Hispania, puede verse la discusión más reciente en: M.A. Marín Díaz: *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*. Universidad de Granada, 1988, pp. 27-32.

10 A. Stazio: «Rapporti fra Pompei ed Ebusus nelle Baleari alla luce dei rinvenimenti monetali». *Annali Istituto Italiano di Numismática*, 2, 1955, pp. 33-57. Para hacerse una idea del importante flujo de personas, además de los propios soldados, que se trasladaron a la Península Ibérica desde el inicio mismo de la II.ª Guerra Púnica, véase M.A. Marín Díaz: *Op. cit.* en la nota anterior, pp. 47-59.

11 M. Fulford ha señalado el notable volumen de las importaciones de vino itálico en Cartago, especialmente entre el 200 y el 146 aJ.C., pagadas probablemente con cereales norteafricanos, si seguimos los testimonios de Tito Livio. Véase M. Fulford: «Pottery and the Economy of Carthage and its Hinterland». *Opus*, II, 1, 1983, pp. 5-14. Sobre la importancia de la exportación cartaginesa de grano, en este caso hacia el Mediterráneo oriental, en las mismas fechas, véase G. Marasco: *Economia, commerci e politica nel Mediterraneo fra il III e il II secolo a.C.* Florencia, 1988, especialmente pp. 183-198. En otra parte de su obra el mismo autor señala la vitalidad de las actividades de los marineros y comerciantes cartagineses en la 1.ª mitad del s. II a.J.C., analizando el episodio de la huida de Demetrio, pretendiente al trono de Siria, quién estando en Roma en calidad de rehén, consiguió evadirse en un barco cartaginés anclado en Ostia y que iba en dirección a Tiro (Marasco, *Op. cit.*, pp. 178-181). El episodio tuvo lugar en el 162 a.J.C. y es narrado en detalle por Polibio (XXXI, 12-15).

12 Una primera versión, más corta, de este estudio fue presentada al Coloquio *Punic Wars* (Amberes, 1988) y ha sido publicada en: *Studia Phoenicia*, X, ed. Peeters, Lovaina, 1989, pp. 85-97.

BIBLIOGRAFÍA

Belén, M. y Fernández Miranda, M. (1979): *El fondeadero de Cales Coves (Menorca, Islas Baleares)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 101, Madrid, 208 p.

Campo, M. (1983): «Las relaciones de Ebusus con el exterior a través de los hallazgos monetarios (siglos III-I a.C.)». Atti *I Congresso di Studi Fenici e Punici* (Roma, 1979), Roma, 1983, vol. I, pp. 145-156.

Gómez Bellard, C. (1984): *La necrópolis del Puig des Molins (Ibiza). Campaña de 1946*. Excavaciones Arqueológicas en España, 132, Madrid, 179 p.

Gómez Bellard, C. (1986): «Asentamientos rurales en la Ibiza púnica». En Aubet, G. y del Olmo M.E. (Ed.): *Los fenicios en la Península Ibérica*, I. Ed. Ausa, Sabadell, pp. 177-192.

Gómez Bellard, C. y Gurrea, R. (1985): «Algunas formas de la cerámica de cocina púnico-ebusitana». *Archivo Español de Arqueología*, 58, pp. 139-154.

Guerrero Ayuso, V. (1984): *El asentamiento púnico de Na Guardis*. Excavaciones Arqueológicas en España, 133, Madrid, 257 p.

Guerrero Ayuso, V. (1985): *Indigenisme i colonització púnica a Mallorca*. Ajuntament de Ses Salines, Mallorca, 153 p.

Guerrero Ayuso, V. (1985a): «El fondeadero norte de Na Guardis: su contribución al conocimiento de la colonización púnica de Mallorca». *VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina* (Cartagena 1982), pp. 225-264.

Guerrero Ayuso, V. (1986): «Una aportación al estudio de las ánforas púnicas Mañá C». *Archaeonautica*, 6, C.N.R.S., pp. 147-186.

Guerrero Ayuso, V. (en prensa): «Naturaleza y función de los asentamientos púnicos en Mallorca». Atti *II Congresso di Studi Fenici e Punici* (Roma, 1987).

Lancel, S. (1987). «La céramique punique d'époque hellénistique». En *Céramiques hellénistiques et romaines*, II, Paris, pp. 99-137.

Matamoros, C. (en prensa): «Contribución al estudio de los morteros púnicos». *Saguntum*.

Ramón, J. (1984): *L'assentament rural púnico-romà de Ses Païsses de Cala d'Hort (Can Sorà) a Sant Josep (Eivissa)*. Ibiza, Consell Insular, 38 p.

Ramón, J. (1985): «Es Cuieram 1981». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 20, Madrid, pp. 225-253.

Sanmartí, J. y Santacana, J. (1987): «Intercanvi, producció agraria i models comercials a la costa del Penedés». En *El Vi a l'Antiguitat: economia, producció i comerç al Mediterrani occidental*, Badalona, pp. 31-40.

J. M. Blázquez* y M.ª Paz García-Gelabert*

SECUENCIA HISTÓRICA DE CASTULO, LINARES (JAEN)

Con este trabajo queremos contribuir al justo homenaje que se le dedica a D. Enrique Pla Ballester por su fecunda labor investigadora relacionada con la protohistoria y la historia antigua de la zona mediterránea.

EDAD DEL BRONCE

La historia conocida de la ciudad de Castulo se remonta a fines del siglo VIII a.C., en el Bronce Final, de cuya fase se han encontrado y estudiado restos materiales[1].

Probablemente el asentamiento de Castulo date de épocas más arcaicas. Mas no se ha excavado ningún lugar anterior al siglo VIII a.C., funerario, industrial o de habitación. Únicamente se conocen ciertas noticias de las prospecciones de superficie realizadas en las terrazas del río Guadalimar por el abate Breuil, en las cuales se descubrieron restos paleolíticos, lo que hemos confirmado nosotros en prospecciones posteriores. También, mediante el mismo sistema de prospección de superficie, descubrimos dos nuevos sitios arqueológicos, situados al suroeste del núcleo principal de la ciudad ibero romana[2]. En el primero de ellos se observa la existencia de derrumbes, de muros, de amontonamientos de piedra de mediano tamaño, que fueron en su época trabadas con tierra batida. A estos afloramientos se encuentra unido un conjunto cerámico, cuyas características más sobresalientes se refieren en términos generales a las siguientes: son vasijas de mediano tamaño, cuencos, ollas y cazuelas, con grosor de paredes tendentes a la tosquedad. Vasijas firmes y sólidas, de pasta bien cocida a fuego reductor u oxidante. En el capítulo de las decoraciones de las mismas es comentable el ligero espatulado que muestran muchos de los fragmentos, en la superficie exterior, mas carentes de cualquier esquema decorativo. Un solo fragmento se halla decorado mediante la asociación de las técnicas de boquique y de excisión. En el segundo asentamiento descubierto se hallaron numerosos restos de muros, asociados a un amplio conjunto cerámico. Entre las formas cerámicas que proporcionan los fragmentos recogidos figuran los platos abiertos cónicos o de dos cuerpos y las vasijas de cuello estrangulado. La pasta de estas cerámicas es de aceptable calidad, de cocción predominantemente reductora. Como en el sitio primero se encuentran varios ejemplares de mamelones.

* Centro de Estudios Históricos del C.S.I.C., Madrid.

Admitiendo la provisionalidad de nuestra propuesta, puesto que se trata de materiales de superficie, creemos que las cerámicas de estos dos yacimientos están denotando un horizonte cultural relacionado directamente con la cultura de Cogotas I. Estos asentamientos, pues, serían anteriores a los más antiguos datados estratigráficamente, fechados a finales del siglo VIII a.C., a los que nos referimos a continuación.

El núcleo habitacional prerromano más importante localizado en Castulo se halla al pie mismo del denominado cerro de la Muela[3] al sur de la ciudad. Se trata de un poblado de finales de la edad del Bronce. El más primitivo testimonio de arquitectura es de finales de la edad del Bronce, y se halla en el nivel inferior, en contacto con el suelo virgen. Se trata de un largo muro fabricado con cantos rodados en la parte inferior y cantos más pequeños en las hiladas superiores. Este muro pasa por debajo de otro edificado a nivel superior. El lugar fue inundado y se colmató de limo. Sobre él se instaló un taller de fundidores. Se trata de un taller al aire libre con un pequeño hogar rodeado de piedras en semicírculo. A este taller pertenece una gran tinaja empotrada en el suelo en la que se almacenaría agua para enfriar los instrumentos de fundición.

A continuación cambia radicalmente el panorama. Puso al descubierto la excavación un complejo de muros, que debió sufrir sucesivas destrucciones/reconstrucciones, que formaban una unidad. Un muro recorre toda la excavación en sentido este-oeste y se inserta en otras edificaciones al este. Presenta la novedad de incorporar losas delgadas de arenisca cada tres hiladas para igualar y consolidar la obra. Las piedras están cogidas por un cemento muy duro de arcilla depurada, seguramente se trata de limo del río, mezclado con una pequeña cantidad de cal. Este sistema de construcción se repite exactamente en un edificio paleopúnico de Toscanos (Málaga), fechado hacia el año 700 a.C.

Todo el conjunto de edificaciones forma cinco habitaciones. La primera, de este a oeste, es de forma triangular. Siguen dos dependencias rectangulares. El centro del complejo lo ocupa una ancha habitación de forma irregular que lleva una segunda alargada, adosada en la parte superior. Todo ello formaba una unidad y estaba cerrado por varios tramos de camino enlosado.

A la cuarta fase de edificación pertenece un pavimento de guijarros, que es uno de los más interesantes elementos científicos sacados a la luz[4]. En Castulo pavimentos de guijarros se han hallado en la necrópolis de Baños de la Muela[5], en el túmulo de los Higuerones[6] y en la necrópolis del Estacar de Robarinas[7], datados a fines del siglo V y primera mitad del siglo IV a.C., fase de esplendor oretano. El pavimento del edificio de la Muela está formado por cuadros blancos y negros de 0'42 a 0'44 m. de lado que componen un ajedrezado. Este tipo de pavimento se ha hallado, asimismo, en la zona alta del cerro de la Muela, durante una prospección de superficie[8].

Fuera de la Península estos pavimentos son bien conocidos. En las antiguas memorias de excavación de los palacios de Til Barsib[9] y Arslan Tash[10]. Mosaicos de guijarros se encuentran asimismo en Gordion. En la Grecia arcaica abundan los mosaicos de guijarros, generalmente en santuarios[11].

La posibilidad de que los fenicios pudieran haber fabricado o conocido los pavimentos de Til Barsib y Arslan Tash nos la sugiere su evidente inserción en el mundo asirio, tanto en el plano comercial como artesanal. Ello hace pensar que la idea de los mosaicos de guijarros, así como la forma de componerlos, llegó a la Península portada por los fenicios o en última instancia por los griegos. Un cambio que sí creemos se produce en la Península, quizás en Oretania, es la variación funcional del mosaico de guijarros: el paso del santuario al monumento funerario y a la tumba modesta, en el siglo IV a.C.

Sobre la utilización del mosaico de la Muela los datos de la excavación descartan su asociación a una tumba. Las sucesivas reconstrucciones de una de las estancia sugiere la idea de que es un recinto ritual, hecho que refuerza el haber hallado desechos de huesos, cerámicas rotas y cenizas abundantes. Se trataría de un santuario integrado por varias dependencias, de las que han quedado al descubierto un patio, una fosa ritual, una rampa y la estancia a la que ésta daba acceso, aislada, por razones rituales, del resto del conjunto. En un ángulo había una cocina al aire libre.

Los hallazgos cerámicos corroboran esta interpretación, pues son en general grandes tinajas decoradas con incisiones, recipientes de peanas cuadrangulares, cazoletas, halladas en gran número en el patio, piezas con bordes estriados, y restos de animales de terracota.

La estructura de un santuario como el de Castulo implica su utilización con un significado y ritual que le son propios. Al respecto podemos obtener cierta luz a través del trabajo de G. Bunnens[12]. Este autor, analizando los textos relativos a las fundaciones fenicias en el Mediterráneo, ve que en un gran número de casos, la fundación supuesta de un establecimiento está acompañada de la fundación de un templo. En algunos casos sólo es mencionado el templo.

Bunnens, basándose en el análisis de Rebuffat[13] y en la estructura comercial próximo-oriental, llega a una conclusión verdaderamente sugerente para explicar el sentido último del santuario de Castulo. Para Bunnens[14], «cuando los fenicios abordaban cualquier lugar hallaban hombres cuya lengua, costumbres y leyes eran diferentes a las suyas. Esta situación provocaba desconfianza. Un buen medio de remediar estos inconvenientes, cuando un lugar debía ser frencuentado, era colocar las transacciones que se cumplimentaban bajo la protección de una divinidad instalada en un

templo. La presencia divina debía garantizar la honestidad de las operaciones».

Esta no debía ser la única función de los templos situados en poblaciones indígenas, es posible que ostentasen un papel aglutinante de la actividad comercial, muchas veces relacionado con otro santuario de mayor importancia en un establecimiento fenicio. En nuestro caso quizás con Cádiz, cuyo santuario, según Bunnes[15] tenía, entre otras misiones, la de servir de correa de transmisión entre el templo principal de Tiro y las factorías diseminadas por la costa.

Las costrucciones aisladas en la zona de la Muela de Castulo forman parte de un complejo localizado en un frente aproximado de 300 m. sobre la orilla derecha del río Guadalimar y aún en más extensión en el cerro de la Muela[16], lo que pudiera comportar un amplio asentamiento indígena, a cuyo pie se ubicaría el santuario que ahora tratamos, al borde del río. Los restos del puerto romano afloran algo más abajo cuando el río disminuye su caudal en el estiaje, probablemente bajo estos restos se encontrarían los del puerto indígena.

Todo ello nos habla de una presencia fenicia o tartesia en la Edad del Bronce en Castulo. Apoya este postulado el que la secuencia cultural en esta zona del yacimiento comience cuando ya se ha producido el impacto de la colonización fenicia, y no tengamos una que vaya desde la fase precolonial, como ocurre en yacimientos de la Baja Andalucía. Desde luego la presencia de un edificio de estas características en el corazón de la Alta Andalucía no es fruto de la asunción por parte de los indígenas de unas influencias culturales, sino de la presencia real de individuos provenientes del sur.

FASE ORETANA

En Castulo y en la mayor parte de la Alta Andalucía no aparece cerámica griega con anterioridad a finales del s. V a.C., siendo muy abundante la procedente de talleres áticos de la primera mitad del s. IV a.C. Según el análisis efectuado por C. Sánchez[17] de las cerámicas áticas de la necrópolis castulonense del Estacar de Robarinas, las piezas que se importaban en grupos, procedían de los mismos talleres, vasos hechos en serie, de baja calidad, con decoraciones repetitivas, rápidas y esquemáticas. Vasos baratos y mediocres, pero sólidos y robustos, especialmente pensados para su exportación a áreas lejanas, a mercados bárbaros. Si bien en Oretania las cerámicas áticas del siglo IV a.C., son abundantes, en cambio en el Bajo Guadalquivir, en Huelva, son escasas[18], lo que parece indicar que en el siglo IV a.C., las minas de Castulo y alrededores, tenían más importancia que las de Huelva y, en cambio, en el período orientalizante sucedía al contrario.

La cerámica griega del siglo IV a.C. fue traída probablemente por los fenicios y cartagineses a España, según testimonio de Ps-Scylas (95 F 112 M), quién afirma que los mercaderes fenicios surtían de cerámica ática a las poblaciones africanas de la costa atlántica.

La presencia fenicia, tartesia, cartaginesa, griega, a través del comercio o de colonias de comerciantes en función de las minas en todo el sur peninsular, y más concretamente en Oretania y en su principal ciudad Castulo, ocasionó importantes transformaciones económicas y sociales. El comercio benefició principalmente a las capas superiores de la sociedad, las cuales controlaban los cotos mineros. El período orientalizante, pues, echó las bases de una sociedad urbana que se daría plenamente a partir del siglo V a.C. y con más fuerza en el siglo siguiente. En esta época se produce un gran desarrollo demográfico, generado por el importante desarrollo económico, el cual, a su vez, lleva implícito un gran desarrollo político y cultural. Las tumbas monumentales halladas en los recintos funerarios que circundan Castulo, la diversificación social que se aprecia en las necrópolis, está demostrando una estratificación social muy marcada, que indica tal vez una idea de jefatura, de liderazgo[19].

El desarrollo demográfico de Castulo en el siglo IV a.C., está plenamente demostrado. A fines del siglo V y hasta mediados del siglo IV a.C., al menos, están en funcionamiento en los alrededores de la ciudad numerosas necrópolis, entre las que destacan, al oeste las de los Patos[20], Molino de Caldona[21] y Estacar de Robarinas[22]; al este las de Baños de la Muela[23], Casablanca[24], Estacar de Luciano[25] y el gran túmulo de los Higuerones[26].

El ritual funerario, acorde con el carácter de la religión ibérica u oretana es el de la cremación del cadáver en un pira en un lugar cercano a la necrópolis[27]. La cremación es la forma de enterramiento que domina en la época en todas las tribus peninsulares. En la mayoría de los casos los huesos se depositaron, en unión de sus ajuares personales, también calcinados, y de las cenizas de la pira, en un ligero hoyo excavado en la roca, previamente recubierto de arcilla. En otras ocasiones los huesos se depositaron en una urna. El enterramiento se recubría con una superestructura, que en muchas ocasiones era tumular y en casos muy particulares grandes monumentos. Estos podían estar en las mismas necrópolis o aislados, generalmente bien visibles, en cruces de caminos, en calzadas principales, como ocurre con el monumento funerario del Cerrillo de la necrópolis del Estacar de Robarinas[28], éste en la necróplis mas en lugar preeminente, o los de las necrópolis de los Patos y los Higuerones, ambos situados previsiblemente en las calzadas de acceso a Castulo, por el oeste y este, respectivamente.

El cuerpo se vestía probablemente con un traje preparado para la ocasión. Sólo han llegado a nuestro

días, a través de las excavaciones, fíbulas, broches de cinturón, cuentecillas vítreas y metálicas. Por los restos es evidente que las mujeres se enterraban con collares, anillos, amuletos, broches, fíbulas, pomos, ungüentarios. Los hombres, los guerreros con sus armas. El resto, comerciantes, labradores, alfareros, metalúrgicos, etc., con ajuares diversos en los que no faltan las vasijas, pero que no definen su condición precisa en vida en cuanto a oficio, pero sí en cuanto al grado de riqueza.

De las ceremonias con que se acompañaba el cadáver a su sepultura, restan en las necróplis castulonenses vasijas áticas o comunes, rotas en el lugar, las cuales tal vez contenían alimentos sólidos o líquidos.

En el ritual funerario un capítulo importante lo componían las ofrendas de animales, cuyos restos se han recogido en excavación, quemados o no. Son evidentemente la consecuencia de sacrificios, anteriores o posteriores al enterramiento. Bailes, combates y cánticos pudieron ser frecuentes en los funerales, sobre todo en los de los individuos más destacados de la sociedad.

La excavación extensiva de las necrópolis podría proporcionar numerosos datos sobre la población, su economía, su sociedad, mas contamos con el veto de la Junta de Andalucía en cuanto a excavación en necrópolis (y actualmente también en cualquier otro punto de Castulo). Ello es incomprensible pues todo el yacimiento se está deteriorando progresivamente, no sólo a causa de los agentes naturales, sino como consecuencia de los saqueadores, verdadera plaga en Andalucía, que destroza sobre todo las necrópolis sustrayendo a la historia los datos que encierran.

FASE PÚNICA

El *oppidum* oretano estaba en pleno desarrollo cuando irrumpieron los bárquidas en la Península. Livio (24.41) lo describe en los siguientes términos refiriéndose a los sucesos de los años 214-212 a.C. «*Castulo, urbs Hispaniae VALIDA AC NOBILIS et adeo coniuncta societate poenis, ut uxor Hannibalis esset ad romanos defecit*». La ciudad de Castulo era adicta al partido cartaginés, hasta el punto de que Aníbal casó con una mujer de la ciudad. Tal inclinación de los púnicos fue consecuente con las posibilidades de comercio basado en el trueque de metales.

De la fase púnica hasta el momento no se han hallado en Castulo vestigios importantes. Excavaciones continuadas no cabe duda que los sacarían a la luz.

FASE ROMANA

Castulo, a consecuencia de su riqueza en metales fue pronto objetivo de Roma. Así pues fue conquistada tempranamente. En el año 206 a.C. Escipión se apoderó de Castulo. Fue asediada por L. Marcio con una tercera parte de las tropas. El resto del ejército, al mando de Escipión tomó Iliturgi, donde realizó una atroz carnicería. De allí Escipión condujo el ejército a Castulo, que estaba defendida por los habitantes indígenas y por los restos del ejército cartaginés procedente de la desbandada, mandados por Himilcón. En la ciudad y ante la noticia de lo sucedido en Iliturgi, que precedió a la llegada de Escipión, surgió la división entre los defensores, pues los indígenas, aconsejados por uno de sus jefes, Cerdubelo, eran partidarios de la rendición, como fue realizada mediante un pacto secreto con los romanos, entregándoles la ciudad y a los cartagineses.

Otro hecho bélico en el que se vio involucrada la ciudad, y que nos es conocido fue durante el año 97 a.C., cuando el pretor Didio invernó en Castulo siguiendo la costumbre de los generales romanos, que participaban en las guerras lusitanas y celtibéricas, de invernar en Turdetania y en Carpetania (Plut. Sert. 3). Le acompañó Sertorio, que era por entonces tribuno militar de Didio. Durante la estancia en Castulo de Sertorio con las tropas del pretor, ocurrió el sangriento suceso de los castulonenses aliados de los girisenos y gurisinos, que con tanto detalle describe Plutarco (Sert. 3): «Sucedió que, indolentes los soldados con la abundancia, y dados a la embriaguez, incurrieron en el desprecio de los bárbaros, los cuales enviaron a llamar a sus vecinos de Orisia; éstos, yendo de casa en casa, acabaron con ellos. Pudo sin embargo, Sertorio evadirse con unos pocos, y recogiendo a otros que también huían, dio la vuelta en derredor de la ciudad y hallando abierta la puerta por donde los bárbaros habían entrado secretamente, no cayó en el error de éstos, sino que, poniendo guardias y tomando todas las avenidas, dio muerte a todos los que estaban en edad de tomar armas y vestidos y adornándose con los de los bárbaros, le siguieron a la otra ciudad, de donde salieron los que en la noche los habían sorprendido. Con la vista de las armas logró que estos otros se engañaran, y hallando abierta la puerta, se le vinieron a las manos gran número de habitantes que creían salir a recibir a sus amigos y conciudadanos, que volvían después de conseguido su intento; así fue que muchos recibieron la muerte en su misma puerta, y otros que se entregaron fueron vendidos como esclavos».

De los hechos bélicos en relación con Castulo se deduce que la ciudad no se vio esencialmente afectada, ya que no fue sometida a largos cercos o cruentas batallas que arruinaran su caserío. Y, el caserío fue pronto arruinado. La causa de su desaparición fue la intensa explotación y colonización a que fue sometida la zona por parte de los romanos.

En Castulo negociaba en la explotación de las minas la *Societas Castulonensis*. En la explotación minera del Centinillo —s.I a.C. en adelante—, se recobraron más

de 100 sellos de plomo con la inscripción C.S. o S.C., que se interpreta como *Societas Castulonensis*. Esta debió controlar y explotar todas las minas de la región, restos de cuyas instalaciones se encuentran por doquier. Este tipo de *Societas* estaba integrada por *negotiatores* procedentes de Italia según las afirmaciones de Polibio (Diod. V.36.3) y de Posidonio (V.38-.9), que se afincaban en Hispania, se enriquecían y empleaban parte de sus ganancias en Italia y parte en terrenos agrícolas en el solar hispano, posiblemente del área territorial en que establecían su residencia.

Potenciada por la explotación minera y agrícola la ciudad de Castulo debió tener un momento de gran prosperidad económica y social en época republicana a juzgar por la importancia de las monedas acuñadas en la localidad[29]. Esta prosperidad continuó al menos hasta la época de los antoninos.

Castulo fue *municipium* desde antes de Augusto, aunque no se sabe con seguridad el momento[30].

A través de la epigrafía se pueden conocer algunos nombres de las principales familias de Castulo, que hicieron grandes favores a su ciudad. Tales son los Cornelii, los Valerii y los Iunii. Constituían la aristocracia local en el siglo I.

Castulo poseía en su época de esplendor grandes edificios, ornados con estatuas de plata y bronce, costeadas por las familias aludidas. El benefactor más importante de la ciudad fue Q. Torius Culleo, que desempeñó el cargo de *procurator augustalis provincia Baeticae*. Los habitantes de Castulo le dedicaron una estatua por decreto de los decuriones, celebrándose dos días de juegos circenses.

A partir de la crisis del siglo III Castulo entra en declive. Este se ve potenciado por la crisis de la minería. Aunque aún en el siglo III las minas hispanas continuaban en explotación, en general el rendimiento era mínimo. Su ritmo de explotación muy bajo. El colapso económico producido por la baja de las explotaciones mineras, unido al impacto de las invasiones bárbaras, y al vacío de poder, dieron como resultado que Castulo no volviera a recuperarse. A partir de principios del siglo IV y según las prospecciones y excavaciones arqueológicas sistemáticas, había en Castulo grandes edificios derruidos, testigos de la época anterior, que servían de cantera para la construcción de otros edificios. Ello está patente en la villa del Olivar, situada en el interior de la ciudad, y en las termas[31]. Estas, excavadas en 1978 y 1979 en la zona alta de la ciudad, al norte, cronológicamente se pueden situar con un fuerte margen de evidencia en los últimos años del siglo III o primera mitad del IV, es decir cuando aún la institución ciudadana tenía fuerza suficiente para emprender obras de envergadura[32], aunque la reutilización de materiales procedentes de otros edificios está indicando una economía precaria. La misma precariedad denota una basa con inscripción dedicada a Valeriano, hallada cerca del torreón árabe al sur de la ciudad[33]. Esta basa fue ejecutada entre los años 257 y 260. Es de piedra arenisca y hay que suponer que la estatua sería de igual material. Contrasta la pobreza del material con otras seis que se hallan en el museo arqueológico de Linares, de mármol, dedicadas a particulares de alto rango, que probablemente desempeñaron magistraturas en la ciudad en época más rica[34]. La explicación a esta pobreza de materiales para honrar a un emperador en contraste con la riqueza de otros para honrar a particulares se debe, sin duda, a que la basa dedicada a Valeriano fue esculpida en plena decadencia de la ciudad.

En la villa del Olivar, al SE de la ciudad, intramuros, cuya excavación arqueológica se encuentra en curso —ahora colapsada por falta del permiso correspondiente por parte de la Junta de Andalucía—, pueden observarse con claridad las visicitudes por las que pasó la ciudad de Castulo, desde sus momentos de máximo esplendor hasta los de pobreza. La edificación que ha llegado a nuestros días pertenece a una época muy avanzada del bajo Imperio, aún sin precisar con exactitud, tal vez siglo IV, mas la misma se ha construido sobre edificaciones anteriores de la que en varios lugares se conservan los cimientos, compuestos de fuertes sillares bien tallados. La edificación moderna es de sillarejo y restos de otros edificios suntuosos.

CONCLUSIÓN

Durante el período visigodo, el traslado de la silla episcopal de Castulo a Baeza (XI Concilio de Toledo), está implicando la poca importancia de Castulo.

La invasión árabe con la primera batalla de Qastuluna y las sucesivas revueltas de los muladies, debieron quebrantar aún más a la ya arruinada ciudad.

Se nombra a Castulo en sucesivas ocasiones, ya durante época de la Reconquista y posteriores:

Alfonso VI el Batallador conquista Baeza y Cazlona (Castulo) y al poco las pierde.

Fernando III reconquista Baeza y Cazlona y cede ésta al Consejo de Baeza.

En el año 1350 Cazlona es motivo de cuestión jurídica entre Baeza y Linares. Esta última obtiene de Fernando IV que Cazlona le sea cedida, hecho que continúa hasta la fecha.

A partir de la Edad Media en que desaparece definitivamente como poblado, es sometido a una lenta devastación, la que sufre hasta nuestros días a costa de las construcciones de los municipios y cortijadas vecinos, y en la actualidad porque se halla en manos de los saqueadores de yacimientos arqueológicos y abandonada por la autoridad autónoma.

NOTAS

1 J. M. Blázquez: «La colonización fenicia en la Alta Andalucía (Oretania), s.VIII-VI a.C.» *Rivista di Studi Fenici*, XIV, Roma, 1986, págs. 53-80. J. M. Blázquez y M.P. García-Gelabert: «Nueva campaña de excavación en la Muela de Castulo (Linares)». XVI *Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia-Cartagena, 1982), Zaragoza, 1983, págs. 597-604. *Id.*: «Análisis de los pavimentos de cantos rodados de Castulo (Linares, Jáen)». *Arqueología*, 51, Madrid, 1985, págs. 13-22. *id.*: «Castulo (Jaén): ensayo de análisis ambiental». *Estudios en homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, 1986, págs. 657-665. *id.*: «La Muela» Castulo, Jaén. One of que units of the oldest pebble-mosaics in the Spain». *Sonderabdruck aus «Archiv für Orientforschung»*, band XXXIV, Viena, 1987, págs. 243-247. *Id.*: «Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados de Castulo (Jaén)». *Mesa redonda hispano-francesa sobre mosaicos romanos en España*, Madrid, 1985, págs. 113-130. J. M. Blázquez, M. P. García-Gelabert y J. Arenas: «La edad del Bronce en Castulo. Resultados de una prospección». *Trabajos de Prehistoria*, 44, Madrid, 1987, págs. 289-301. J. M. Blázquez, M. P. García-Gelabert y F. López Pardo: «Evolución del patrón de asentamiento en Castulo. Fases iniciales». *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos*, 4, Teruel, 1984, págs. 241-252. *Id.*: *Castulo V*. Excavaciones Arqueológicas en España, 140, Madrid, 1984. *Id.*: «La Muela de Castulo (prov. Jaén) und ihre siedlungsphasen». *Madrider Mitteilungen*, 27, Mainz, 1986, págs. 69-86. J. M. Blázquez y J. Valiente: *Castulo III*. Excavaciones Arqueológicas en España, 117, Madrid, 1981: *Id.*: «Prospección de un poblado del Bronce Final en Castulo». XV *Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1977, págs. 309-330. *Id.*: «Cerámicas grafitadas del poblado de la Muela de Castulo (Linares, Jaén)». *Trabajos de Prehistoria*, 37, Madrid, 1980, págs. 355-370. *Id.*: «El poblado de la Muela y la fase orientalizante en Castulo (Jaén)». *Phönizier im Westen*, Mainz am Rhein, 1982, págs. 407-428. *Id.*: «El santuario preibérico de Castulo. Relaciones entre la Meseta y Andalucía en la protohistoria». *Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Lisboa, 1980), Salamanca, 1985, págs. 179-200.

2 Blázquez, García-Gelabert y Arenas: *Op. cit.* nota 1, págs. 291-292.

3 Cf. nota 1.

4 Sobre los pavimentos de cantos rodados, cf. Blázquez y García-Gelabert: *Op. cit.* nota 1. De carácter general D. Salzman: *UntersuchUngen zu den antiken kieselmosaiken*. Berlín, 1982.

5 J. M. Blázquez: «La necrópolis de Baños de la Muela». En J. M. Blázquez: «Castulo I». *Acta Arqueológica Hispánica*, 8, Madrid, 1975, págs. 123-217.

6 J. R. Sánchez Meseguer: «Los Higuerones». En J. M. Blázquez: «Castulo II». *Excavaciones Arqueológicas en España*, Madrid, 1979, págs. 416-429.

7 M. P. García-Gelabert: *La necrópolis del Estacar de Robarinas, Jaén: ritos y creencias*. Madrid, 1988, con toda la bibliografía sobre la necrópolis.

8 Blázquez, García-Gelabert y Arenas: *Op. cit.* nota 1, pág. 291.

9 F. Thureau-Dangin y M. Dunand: *Til Barsib*. Paris, 1936.

10 F. Thureau-Dangin: *Arslan-Tash*. París, 1931.

11 Salzmann: *Op. cit.* nota 4, pág. 6.

12 G. Bunnens: *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interpretation fondé sur une analyse des traditions litéraires*. Bruxelles-Rome, 1979, pág. 282.

13 R. Rebuffat: «Hélène en Egypte et la romain égaré». *REA*, 68, París, 1966.

14 *Op. cit.* nota 12, págs. 282-283.

15 *Op. cit.* nota 12, págs. 282-283.

16 Blázquez, García-Gelabert y Arenas: *Op. cit.* nota 1, págs. 290-291.

17 C. Sánchez: «Cerámica ática de la necrópolis del Estacar de Robarinas». En M. P. García-Gelabert y J. M. Blázquez: *Castulo. Jaén. España. I. Excavaciones en la necrópolis ibérica del Estacar de Robarinas (s. IV a.C.)*. BAR Intenational Series 425, Oxford, 1988, pág. 310.

18 R. Olmos: «La cerámica ática del Cabezo de San Pedro». *Huelva Arqueológica*, 3, Huelva, 1977, págs. 377 ss. *Id.*: «Un huevo fragmento de Clitias en Huelva». *Archivo Español de Arqueología*, 53, CSIC, Madrid, 1980, págs. 5 ss. R. Olmos y M. Picazo: «Zum Haldel mit griechischen vasen und bronzen auf der iberischen Halbinsel». *Madrider Mitteilungen*, 20, Mainz, 1979, págs. 184 ss. P. Rouillard: «Les céramiques de la Grèce de l'est et leur diffusion en Occident». *Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique*, París, 1978, págs. 274 ss.

19 M. P. García-Gelabert: «Evolución socio-política de Castulo: sociedad de Jefatura». *Lucentum*, VI, Alicante, 1987, pág. 36.

20 J. M. Blázquez: «La necrópolis ibérica de los Patos». En Blázquez: «Castulo I». *Op. cit.* nota 5, págs 41-121. J. M. Blázquez y F. Molina: «La necrópolis ibérica de los Patos en la ciudad de Castulo (Linares, Jaén)». XII *Congreso Nacional de Arqueología*, Jaén, 1973, págs. 639-656.

21 A. Arribas y F. Molina: «La necrópolis ibérica del Molino de Caldona (Finca Torrubia)». *Oretania*, 28-30, Linares, 1968.

22 García-Gelabert: *Op. cit.* nota 7. García-Gelabert y Blázquez: *Op. cit.* nota 17, con toda la bibliografía.

23 Blázquez: *Op. cit.* nota 5.

24 J. M. Blázquez: «La necrópolis ibérica de Casablanca». En Blázquez: «Castulo I». *Op. cit.* nota 5.

25 J. Valiente: «El estacar de Luciano. Campañas de 1975 y 1977». (En prensa).

26 Sánchez Meseguer: *Op. cit.* nota 6.

27 M. P. García-Gelabert: «Las necrópolis ibéricas de Castulo. Componentes rituales». *Homenaje al profesor Marcelo Vigil* (II), *Studia Historica*, VII, Salamanca, 1988, págs. 61-76.

28 García-Gelabert: *Op. cit.* nota 7, págs. 186-189, 314-333.

29 A. M. de Guadán: *Numismática ibérica e ibero-romana*. Madrid, 1969, págs. 180 ss. *Id.*: *Catálogo de numismática ibérica e ibero-romana*. Madrid, 1980, págs. 170 ss. L. Villaronga: *Numismática antigua de Hispania*. Barcelona, 1978. Sobre monedas en Castulo con rasgos indígenas y orientalizantes, cf. M. P. García-Bellido: «La esfinge en las monedas de Castulo». *Zephyrus*, 28-29, Salamanca, 1978, págs. 343-358. *Id.*: *Las monedas de Castulo con escritura indígena. Historia numismática de una ciudad minera*. Barcelona, 1982, *passim*.

30 M. I. Henderson: «Iulius Caesar and Latium in Spain». *JRS*, 32, 1932, págs. 1 ss. J. Galsterer: «*Untersuchungen zum römischen städ twesen auf des Iberischen Halbinsel*. Berlín, 1971, *passim*. F. Vittinghoff: *Römische kolonisation und bürgerrechtspolitik unter Cesar und Augustus, Abhand. Akad. Wissensch. un Liter*. Mainz, Wiesbaden, 1952, *passim*.

31 Para la villa del Olivar, cf. Blázquez: «Castulo II». *Op. cit.* nota 6, págs. 109-267. J. M. Blázquez y M. P. García-Gelabert: «La villa de «El Olivar», Castulo (Jaén)». *Homenaje a P. de Palol*, Barcelona (en prensa). Sobre las termas, M. A. Elvira: «Catas 6, 7, 8». En J. M. Blázquez, R. Contreras y J. Urruela: *Castulo IV*. Excavaciones Arqueológicas en España, 131, Madrid, 1984, págs. 233-248.

32 Elvira: *Op. cit.* nota 31, pág. 246.

33 R. Contreras: «Castulo y el emperador Valeriano». *Oretania*, 23-24, Linares, 1966, págs. 245-266. *id.*: «Miscelánea Castulonense II». En Blázquez, Contreras y Urruela: *Op. cit.* nota 31, pág. 262.

34 Contreras: *Op. cit.* nota 33, pág. 262.

Pere P. RIPOLLÈS*

LAS BALSAS ROMANAS DE BENIFARAIG (ALBERIC, VALENCIA)

INTRODUCCIÓN

El desfonde de un campo situado en la partida de Benifaraig[1] (término municipal de Alberic, València), mediante la utilización de un pala excavadora, puso al descubierto en la primavera de 1983, parte de un pavimento romano de *opus spicatum*. El propietario del terreno, D. Antonio Torres, que en todo momento prestó una valiosa y desinteresada colaboración, junto con D. Ramón Arnau y Joaquín Briz pusieron el hecho en conocimiento del Servicio de Investigación Prehistórica de València, que vio la necesidad de realizar una excavación de urgencia con el fin de determinar la importancia arqueológica del lugar desfondado y de los restos aparecidos.

Una parte de esta parcela ya había sido desfondada con maquinaria pesada, en 1982, para instalar en ella una fábrica de muebles. Esta operación proporcionó entonces abundantes restos cerámicos[2], sin que se pudiese identificar ninguna estructura, posiblemente por razón del modo como este desfonde se llevó a cabo.

La ampliación de esta fábrica hacia el sector Este de la parcela, para ubicar un depósito de maderas, precisó rebajar el nivel del suelo de la finca hasta igualar el que tenía la fábrica. En el transcurso de esta operación fue cuando se produjo el hallazgo del pavimento de *opus spicatum*. Según el propietario del terreno, cuando el desfonde había alcanzado casi el nivel del suelo de la fábrica, la máquina excavadora comenzó a encontrar gran resistencia apareciendo una notable cantidad de guijarros y restos de mortero de cal y arena. Cuando se hubo alcanzado un nivel similar al de la fábrica, y ante la resistencia que oponía el subsuelo, se abandonó la labor de desfonde, quedando parcialmente al descubierto un pavimento de *opus spicatum*.

La excavación se llevó a cabo durante los quince primeros días del mes de Agosto de 1983, con la valiosa colaboración y asesoramiento del Dr. Bernat Martí Oliver, investigador del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, y del Excmo. Ayuntamiento de Alberic.

ESTRUCTURAS

La excavación dio como resultado la aparición de, al menos, 3 balsas de planta rectangular y de un pavimento de *opus spicatum* también rectangular, alineado todo ello a lo largo de un eje longitudinal (fig. 1a y 1b).

* Dpt. de Prehistòria i Arqueologia. Universitat de València.

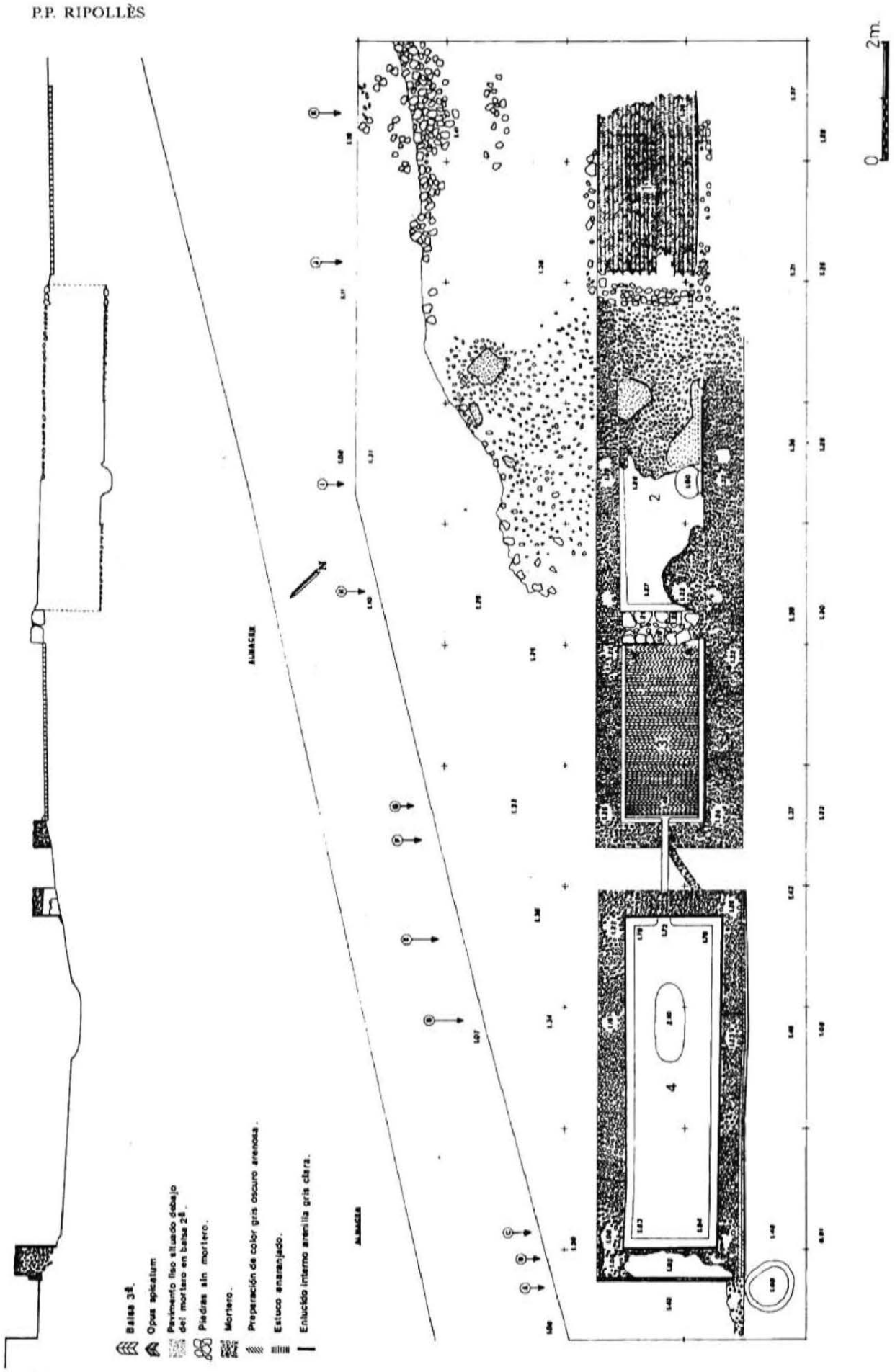


Fig. 1a.— Alberic. Balsas romanas de Benifaraig. Agosto de 1983

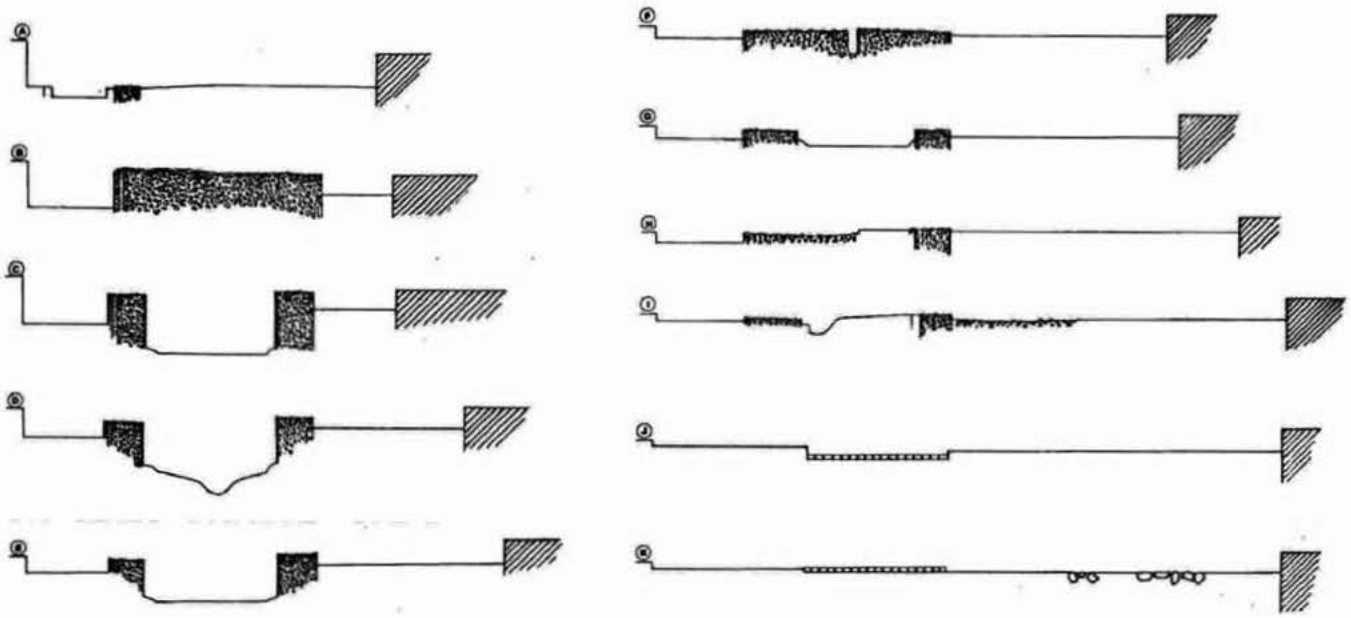


Fig. 1b.— Alberic. Balsas romanas de Benifaraig. Secciones

Siguiendo la dirección E-W nos encontramos en primer lugar con un pavimento de *opus spicatum*, cuya parte conservada mide 3'10×1'70 m., construido con ladrillos rectangulares de 10×5×2'5 cm. Este pavimento no puede atribuirse a ningún tipo de estructura concreta ni definir su utilización como consecuencia del arrasamiento que efectuó la máquina excavadora.

A pesar de encontrarse este pavimento alineado con las tres balsas, es improbable que se trate del suelo de otra[3], por cuanto que no se advierten restos de muros en los dos lados mayores ni en el menor de su parte Este. El pavimento en su lado W se adosa a los restos de cimentación y de pared de una balsa (n.° 2).

A continuación nos encontramos con los restos de una balsa (n.° 2) que sitúa su fondo a un nivel similar al que tiene el pavimento de *opus spicatum* y, por consiguiente, se encuentra en gran medida arrasada, conservándose menos de la mitad de su suelo de mortero de cal y arena. De las dimensiones de esta balsa únicamente es posible concretar su amplitud que es de 1'5 m. y en los lados N y W se advierte la existencia de un rodapié en forma de cuarto de círculo.

El suelo de esta balsa posee una ligera inclinación hacia la mitad de su lado Sur, en donde se encuentra una pequeña concavidad en forma de pecten para recoger con facilidad el líquido en ella contenido, cuando se encuentra en sus niveles más bajos. La amplitud de los muros de esta balsa únicamente es posible delimitarla en su lado Norte, donde tiene un ancho de 40 cm., mientras que el rodapié en cuarto de círculo tiene un radio de 10 cm. Si este último mantiene su regularidad en el lado Sur, la amplitud de este muro sería algo mayor, ya que incluyéndolo mide 66 cm., quedando por tanto su amplitud en 56 cm.

La escasa altura de lo conservado tan sólo permite distinguir los restos de una capa de mortero fino que, presumiblemente, recubriría las paredes interiores de la balsa.

El rodapié del lado Oeste de esta balsa (n.° 2) se apoya sobre los restos de un murete de 56 cm. de amplitud, construído a base de un doble paramento de piedras irregulares, cuyo tamaño medio es de unos 20 cm., entre ellas, un relleno de piedras más pequeñas y mortero. Por su lado Oeste se superpone al suelo de una nueva balsa.

Sigue a continuación hacia el Oeste otra balsa (n.° 3), que tiene unas dimensiones de 2'96×1'38 m., y por tres de sus lados (N., S. y W.), conserva un rodapié de 8-10 cm. de ancho, sin que existan restos que indiquen que éste también se hubiese colocado en los ángulos verticales. El suelo de esta balsa lo constituye un pavimento de *opus reticulatum* de forma romboidal, cuyos ladrillos miden 10'5×6 cm. Este pavimento en el momento de la excavación lo recubría totalmente una capa de concreción caliza que dificultaba la identificación de este tipo de suelo. La amplitud de los muros Norte y Sur es similar a los de la balsa inferior (n.° 2), con la que se encuentra alineada, siendo de 42 cm. en el lado Norte y de 66 cm. en el lado Sur, incluyéndose en ambos casos el enlucido de mortero fino (4 cm.) que recubría las paredes.

Esta balsa tiene un desnivel de 7 cm. hacia su lado Oeste, en donde un canalillo ligeramente desplazado hacia el Sur de su parte media, atraviesa la pared Oeste de la balsa, con una anchura de 44 cm. y después de recorrer el espacio comprendido entre ésta y la balsa siguiente (68 cm.), penetra en la pared Este de esta última (n.° 4), que tiene un espesor de 40 cm.

La última balsa (n.° 4) es más larga y profunda que las anteriores. Las paredes son de mortero y grava

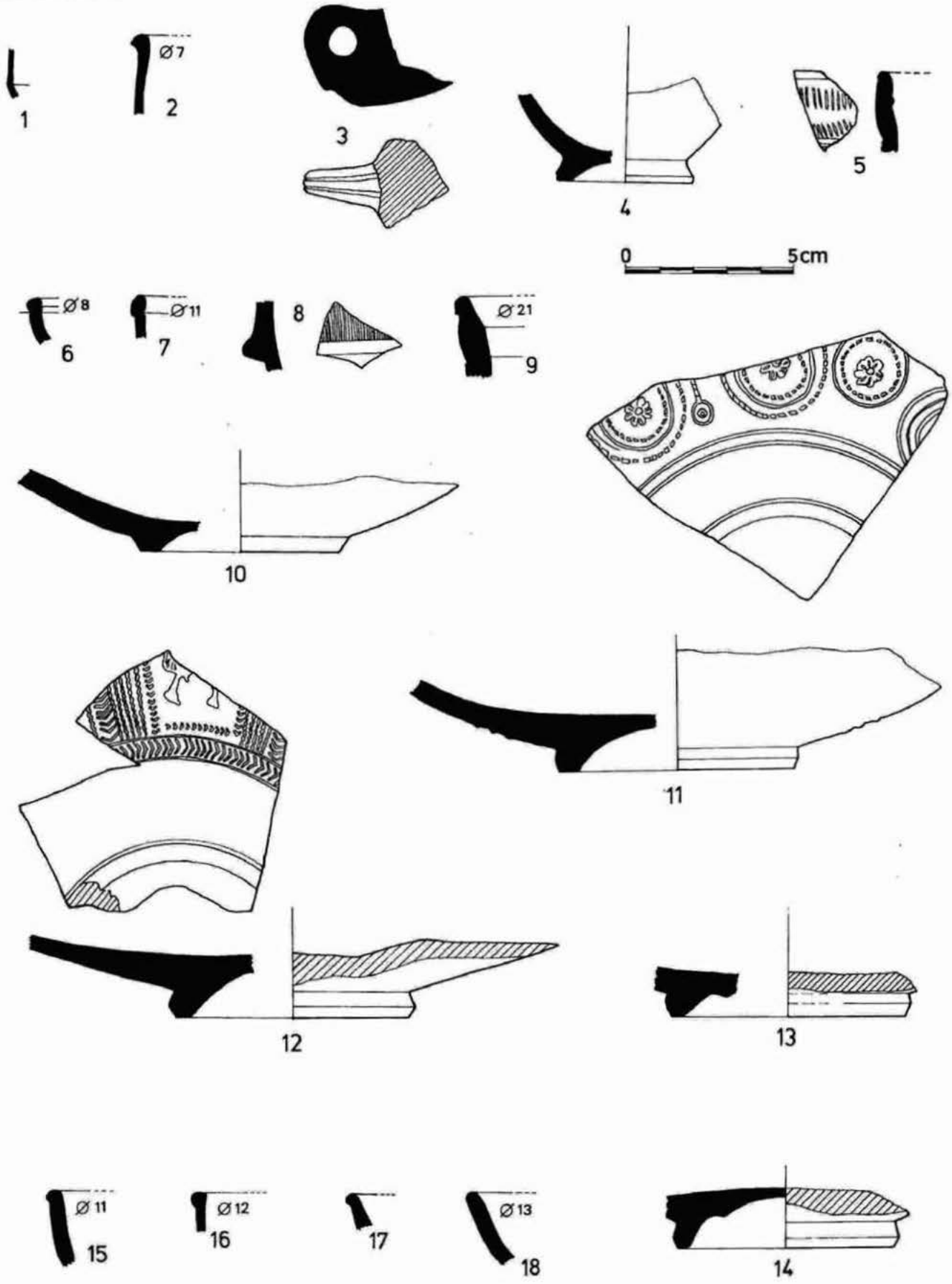


Fig. 2.— Alberic. Balsas romanas de Benifaraig. Cerámicas

y tienen un grosor de 40 cm. en sus lados Norte, Sur y Este y 55 cm. en su lado Oeste. El fondo presenta una pronunciada inclinación hacia su mitad Este, en cuyo centro, una concavidad ovalada recoge, al igual que en la primera balsa (n.° 2), los últimos restos del líquido que contuviese. Toda ella se encuentra recubierta con un enlucido de mortero fino y en el ángulo que forman las paredes con el suelo presenta un rodapié en forma de cuarto de círculo de unos 14 cm. de ancho.

En el centro de la pared Oeste de esta última balsa parece alcanzarse la altura original que esta tenía, por ser el único lugar donde la misma capa de mortero fino que recubre las paredes de la balsa alcanza y recubre sin interrupción la cara superior del muro.

Entre las particularidades que de esta balsa (n.° 4) hay que destacar, se encuentra la inexistencia de desagüe y, por tratarse de una balsa bastante bien conservada, todo parece indicar que no lo tuvo. No menos sorprendente y enigmático es la existencia de un estuco en la pared Sur, compuesto por tres tipos de preparaciones. La primera de ellas y más interior está formada por mortero de tono gris muy fino y arenoso, con restos de cenizas, de unos 7 cm. de espesor; a continuación, se adosa otra capa con una tonalidad anaranjada y textura similar a la anterior, de 4 cm. de espesor; y finalmente recubre las anteriores una capa de yeso de unos 2 cm. de espesor, que por su parte exterior está pintada con un tono rojo fuerte uniforme. En la zona en que el estuco alcanza una mayor altura, no rebasa los 40 cm. También tiene un recubrimiento de estuco de tono anaranjado la pared exterior del muro Oeste, sin restos aparentes de pintura.

En la mitad Norte de la zona excavada, a la altura de la primera balsa (n.° 2), aparecieron restos de mortero, de cal y arena, y guijarros, así como algunos ladrillos rectangulares sueltos de 7'5×5×2 cm. El estado de destrucción en que se encuentran estos restos únicamente permite intuir la existencia de alguna estructura, sin que pueda concretarse de qué tipo.

Para terminar sólo nos queda reseñar que junto al ángulo NW. de la última balsa apareció un pequeño pozo (silo ?) (cf.: corte A), cuyas paredes de tierra tenían una superficie que mostraba síntomas de haber estado expuestas al fuego, bien fuese intencionadamente para endurecer su superficie o accidentalmente. En su interior apareció un fragmento de borde de forma indeterminada de cerámica vidriada.

INVENTARIO

La inexistencia de estratigrafía nos ha llevado a englobar dentro del apartado *Superficie* todos los hallazgos, incluídos los que se recogieron cuando la pala mecánica realizó el desfonde, con la excepción de los que aparecieron dentro de las balsas más profundas (n.° 3 y 4), que por estar su interior protegido por sus paredes, presumiblemente, no presentan intrusiones ni remociones.

SUPERFICIE

Cerámicas finas

Frag. de borde de la forma Mayet XXXVII (fig. 2, 1).
Frag. de cuerpo de la forma Mayet XXXIV (fig. 2, 2).

Lucernas

Frag. de asa de forma indeterminable (fig. 2, 3).

Terra sigillata

Sudgálica

Frag. de borde de la forma Drag. 29 (fig. 2, 4).
Frag. de borde de la forma Drag. 37 (fig. 2, 5).
Frag. de base de la forma Drag. 27 (fig. 2, 6).
Frag. de cuerpo de la forma Drag. 24/25 (fig. 2, 8).
Frag. de Borde de forma indeterminable (fig. 2, 7).

Hispánica

Frag. de base, con la marca EX O[--]PAT. (Debe corresponder a Valerius Paternus, de Tricio. La marca está fragmentada en su parte media y en el espacio que queda ilegible caben dos letras.)
Frag. de borde de la forma Drag. 29 (fig. 2, 9).
Frag. de borde de la forma Drag. 37.
3 frags. de base de la forma Drag. 37 (fig. 2, 10, 11 y 12).
Frag. de borde de la forma Drag. 27.
Frag. de borde de la forma Drag. 15-17
2 frags. de base de la forma Drag. 15-17 (fig. 2, 13 y 14).
4 frags. de borde de forma indeterminable (fig. 2, 15 a 18).
Frag. de base de forma indeterminable, con decoración interior de ruedecilla (fig. 3, 1).
Frag. de base de forma indeterminable (fig. 3, 2).
17 frags. de cuerpo de forma indeterminable (fig. 3, 4 y 5).

Clara A

3 frags. de borde de la forma Hayes 14 (fig. 3, 6, 7 y 8).

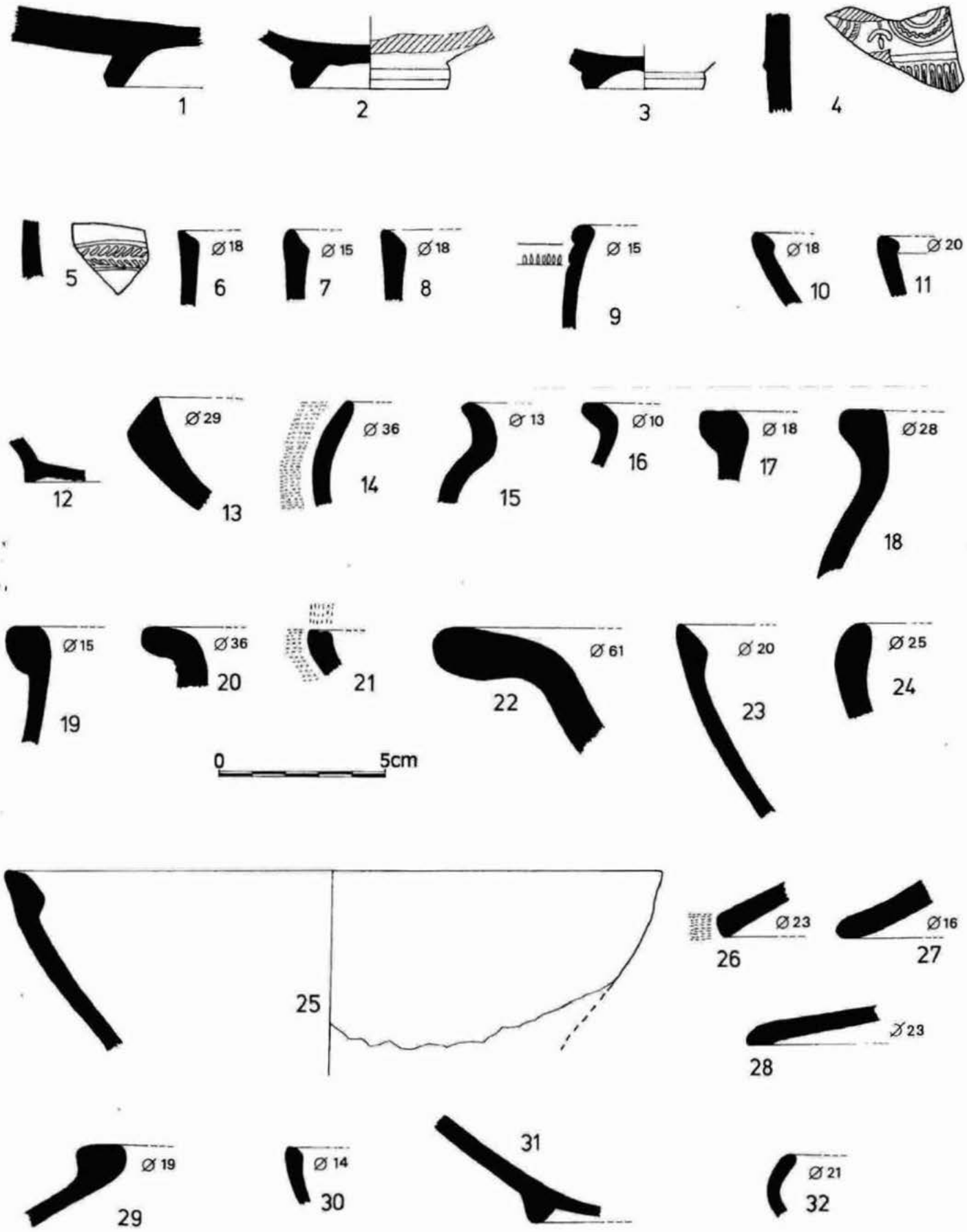


Fig. 3.— Alberic. Balsas romanas de Benifaraig. Cerámicas

Frag. de base de la forma Hayes 14.

Frag. de borde de la forma Lamboglia 2, Hayes 9 (fig. 3, 9).

2 frags. de borde de la forma Hayes 23 (fig. 3, 10 y 11).

Frag. de base de la forma Hayes 23 (fig. 3, 12).

Frag. de borde de forma indeterminada.

4 frags. de cuerpo de forma indeterminada.

Lucente

Frag. de cuerpo de forma indeterminada.

Clara D

Frag. de borde de la forma Hayes 61 (fig. 3, 13).

10 frags. de cuerpo de forma indeterminada.

Africana de Cocina

Frag. de borde de la forma Hayes 181, Lamboglia 9A (fig. 3, 14).

Frag. de borde de cerámica de cocina africana, de la forma Vegas 5 (fig. 3, 21).

Frag. de cuerpo de cerámica común africana, de forma indeterminable.

2 frags. de borde de la forma Vegas 6, n.º 3 (fig. 3, 23 y 25).

Frag. de borde de la forma Vegas 16 (fig. 3, 26).

Cerámica común

6 frags. de borde de la forma Vegas 1 (fig. 3, 15, 16, 17, 18, 19 y 20).

Frag. de borde de la forma Vegas 12 (fig. 3, 22).

Frag. de borde de la forma Vegas 14, n. º 2 (fig. 3, 24).

2 frags. de borde de tapadera, de la forma Vegas 17 (fig. 3, 27 y 28).

Frag. de pie de incensario (?), de la forma Vegas 64 (?) (fig. 4, 1).

Frag. de borde de pátera de tradición ibérica (?) (fig. 3, 32).

Frag. de borde que recuerda las formas del ánfora ibérica (fig. 3, 29).

Frag. de borde de forma indeterminada (fig. 3, 30).

Frag. de base de forma indeterminada (fig. 3, 31).

17 frags. de cuerpo de forma indeterminada.

Otras cerámicas

Frag. de borde de plato esmaltado, con decoración interior en azul. Manises, siglo XVII (fig. 4, 3).

Anforas

Frag. de borde de la forma Dressel 2-4 (fig. 4, 2).

Asa de ánfora ibérica.

3 frags. de cuerpo de forma indeterminable.

Dolia

Frag. de borde (fig. 4, 9).

9 frags. de cuerpo.

3 frags. de tapadera.

Materiales de construcción

49 frags. de *tegulae*.

107 frags. de *imbrices*.

25 ladrillos rectangulares (7'5/7×5×2 cm.).

23 frags. de ladrillos rectangulares.

19 ladrillos romboidales (10×7×4 cm.).

34 frags. de revestimiento de pared, con la superficie pintada de rojo.

Vidrio

Frag. plano de vidrio de forma indeterminada.

Monedas

N.º 1. As de Caesaraugusta, de Augusto. 27 a.C.-14 d.C.

A. AVGVSTVS DIVI F

Cabeza laureada de Augusto a izq.

R. Yunta guiada por un sacerdote a izq.; arriba CAESARAVGVSTA; debajo L CASSIO C VALE FEN / II VIR.

Vives 147-7 (lám. III, 3).

N.º 2. As de Roma, de Adriano. 134-138 d.C.

A. HADRIANVS AVG COS III P P

Busto laureado y drapeado a der.

R. CAPPADOCIA S C

Capadocia, con túnica y manto, de pie, sosteniendo con la mano derecha una miniatura del monte *Argaeus* y con la izquierda un estandarte.

RIC II, 848 (lám. III, 4).

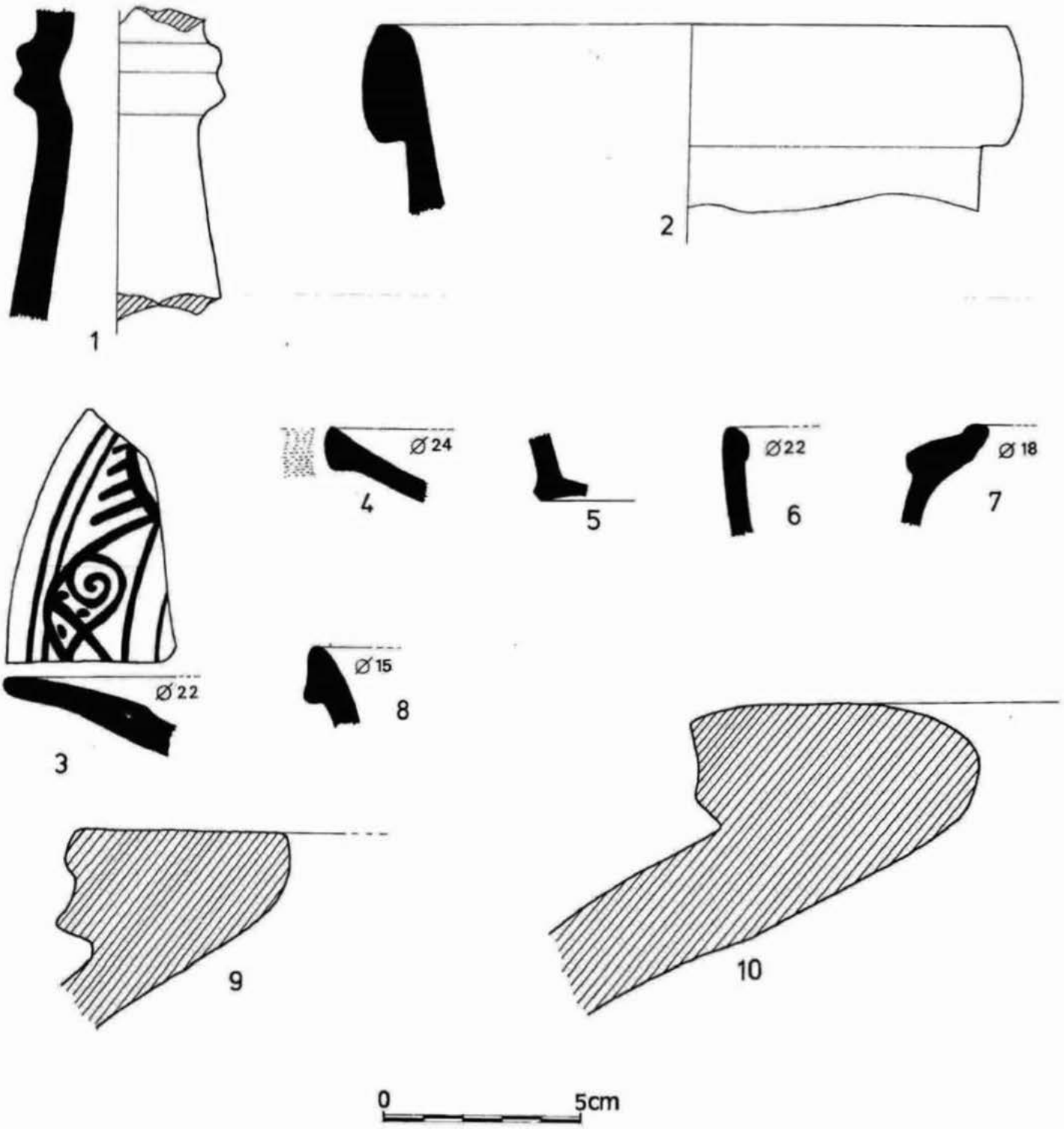


Fig. 4.— Alberic. Balsas romanas de Benifaraig. Cerámicas

N.º 3. Antoniniano de Claudio II. Acuñación póstuma. Después del 270 d.C.
A. [...] VD [...]
Cabeza radiada a der.
R. [CONSE] CRA [TIO]
Altar con guirnalda.
0'95 g.; 11 h. (lám. III, 5).

N.º 4. Nummus de Lyon. Constantino I. 320 d.C.
A. CONSTAN-TINVS AVG
Busto laureado a der.
R. VIRTV[S] EXERCIT $\frac{A \mid S}{[PLG]}$
Dos cautivos sentados al pie de un estandarte en el que está inscrito VOT XX.
2'45 g.; 6-7 h.; RIC VII, 101 (lám. III, 6).

Inscripción[4]

Ara funeraria de caliza gris (114×42-35×42-38 cm.) con restos de base y cornisa adornada con frontón y acróteras (?). La cara posterior carece de base y cornisa. La inscripción estaba sin enmarcar y de ella son claramente legibles las dos primeras letras de las dos primeras líneas, por haber sido completamente picada (lám. III).

D [---]
C [---]
[---

INTERIOR BALSA 3

Cerámica común

Frag. de asa de forma indeterminada.
3 frags. de cuerpo de forma indeterminada.

Materiales de construcción

15 frags. de *tegulae*.
4 frags. de *imbrices*.
2 ladrillos rectangulares (10×7×4 cm.).

INTERIOR BALSA 4

Cerámicas finas

Sigillata clara A

Frag. de borde de la forma Hayes 23 (fig. 4, 6).
Frag. de base de la forma Hayes 23 (fig. 4, 5).

Africana de cocina

Frag. de borde de la forma Vegas 16, n.º 11. Común africana (fig. 4, 4).
Frag. de cuerpo de cerámica africana de cocina, de la forma Vegas 5.

Cerámicas comunes

Frag. de borde de la forma Vegas 3, n.º 1 (fig. 4, 7).
33 frags. de cuerpo de forma indeterminada.

Dolia

3 frags. de borde (fig. 4, 10).
18 frags. de cuerpo.

Materiales de construcción

Tegula entera (61×46 cm.).
55 frags. de *tegula*.
Imbrex entero.
13 frags. de *imbrex*.
358 ladrillos romboidales (10×7×4 cm.).

INTERIOR POZO (SILO ?)

Cerámica vidriada

Frag. de borde, con superficie interior y exterior vidriada, de tono verdoso, de forma indeterminada (fig. 4, 8).

COMENTARIO

La valoración de las estructuras excavadas, en lo que se refiere a su utilidad y función, es difícil de determinar por cuanto que se desconoce todo lo que rodea a la zona excavada y, por consiguiente, se ignora qué tipo de construcciones complementaban las balsas aparecidas o el conjunto dentro del cual éstas se insertan y forman parte. Es evidente que ello resta elementos de juicio para poder dar una explicación satisfactoria sobre su uso y utilidad.

A juzgar por todo lo que se ha podido observar, se ha optado por descartar la posible utilidad ornamental para el conjunto de balsas, entre otras razones por ser de grandes dimensiones y porque no van acompañadas de ningún tipo de construcción que de pie para ello. A todo esto se debe añadir, que a pesar de que

las primeras balsas han sido construídas cuidadosamente y son de buena calidad, la última de ellas (n.º 4) no encaja estéticamente dentro de unas construcciones de tipo de piscina con finalidad ornamental.

En consecuencia se ha preferido, a la vez que se ha visto más factible, orientar nuestras hipótesis hacia una utilización de las balsas para labores de índole artesano-industrial. De entre las estructuras que poseen una mayor semejanza con las que son objeto de estudio, hay que destacar las *fullonicae*, las balsas para la preparación de la fibra de lino y las balsas de decantación de arcillas destinadas a la fabricación de cerámicas.

La *fullonica* es un taller para el tratamiento de los tejidos de lana mediante el cual éstos adquieren un aspecto tupido, haciéndolos a la vez muelles y suaves al tacto[5]. Para el complejo proceso de la batanería se precisan una serie de pilas/cubetas en las que la pieza de lana se lava previamente con agua mezclada con mordientes. Una vez lavados los tejidos en las pilas y después de abatanarlos, volvían a ser lavados en estanques/balsas con agua abundante. Los estanques requeridos para esta última operación suelen estar escalonados y comunicados entre sí; su número normalmente no es inferior a tres, siendo en algunas *fullonicae* bien conservadas de cuatro[6].

Sería con estos últimos estanques con los que tal vez podrían ponerse en relación las balsas de Alberic. Sin embargo la ausencia de las pilas/cubetas para el lavado previo de las telas y la ubicación de las balsas en un medio rural[7], son elementos que abogan en favor de desestimar la idea de que estas formasen parte de una *fullonica*.

Una segunda hipótesis relacionaría las estructuras de Alberic con balsas para enriar linos. Un conjunto de balsas escalonadas y comunicadas entre sí, recientemente excavadas en El Cuatrón (Farasdués, Zaragoza), han sido relacionadas con el proceso de extracción de la fibra de lino[8]. Dentro del proceso de fabricación del lino, Plinio[9] indica que los tallos de la planta se colocaban en agua tibia al sol y debido a su ligereza se mantenían en el fondo del agua mediante un peso.

No sería descabellado atribuir a las balsas de Alberic una finalidad semejante, a pesar de que la altura conservada sea mínima y no permita reconstruir su *modus operandi*. En apoyo de la atribución de las balsas de Alberic a la operación de enriado, dentro del proceso de fabricación del lino, se puede aducir la proximidad de la ciudad de *Saetabis*, famosa en la antigüedad por la confección de paños de lino de excelente calidad[10].

Ante la inexistencia de argumentos sólidos que puedan inclinarnos de modo definitivo hacia una de las dos opciones hasta ahora planteadas, y ante el desconocimiento total del resto del yacimiento, debemos presentar una tercera hipótesis sobre el posible uso de estas balsas. Según ésta, su función podría estar relacionada con los alfares y se trataría de pilas/estanques para decantar la arcilla. En el proceso de la preparación de la arcilla, una vez que ésta ha sido extraída de la veta, se transporta al alfar donde se deja secar y, posteriormente, se machaca pulverizándola. La tierra resultante se mezcla con agua en una balsa, batiéndola hasta que se consigue un líquido pastoso homogéneo, y entonces se trasvasa a otra balsa para que en ella se asiente el barro y se evapore —o se extraiga manualmente— el agua. Cuando la superficie del barro asentado comienza a cuartearse, este se almacena en el alfar[11].

Esta podría ser, también, la función de las balsas de Alberic, aunque en la zona que ha sido excavada y en la superficie de su entorno no han aparecido restos cerámicos que denoten la presencia de un alfar. Tan sólo debemos destacar la existencia de un elevado número de ladrillos romboidales, de pequeño tamaño, como relleno en el interior de la última balsa (n.º 4), que creemos proceden de un pavimento, que junto con otros escombros, ha servido para nivelar el suelo.

Ninguna de las tres hipótesis presentadas puede ser comprobada mientras no se posean más elementos de juicio, puede incluso que las balsas tuviesen una finalidad distinta a las ya ennumeradas; sin embargo, de entre todas ellas nos parece más verosímil la que las relacionaría con el enriado del lino.

Por lo que respecta a la cronología, los materiales recuperados son escasos, muy fragmentados y de la mayor parte de ellos no se tiene la certeza de que no hayan sido removidos. La cronología que de ellos se desprende abarca un amplio margen que oscila desde los inicios del siglo I d.C. hasta el IV d.C.

Dentro del siglo I d.C. se deben situar las cerámicas sudgálicas, las de paredes finas, un fragmento de ánfora Dressel 2-4 y una moneda de Augusto del taller de Caesaraugusta. El siglo II y la primera mitad del III están bien representados con sigillatas hispánicas, claras A y un as de Adriano. En cambio, pertenecientes a la segunda mitad del siglo III y al IV existe una menor cantidad de hallazgos; al primero únicamente podemos atribuir un antoniniano de Claudio II, un fragmento de lucente y al segundo un *nummus* de Constantino y un fragmento de clara D, de la forma Hayes 61. A los siglos III y IV también cabría atribuir algunos fragmentos de cerámicas comunes de cocina, ya que la larga perduración de algunos tipos no permite datarlas con seguridad.

La mayor parte de los materiales recuperados no pueden relacionarse directamente con las estructuras excavadas, sin riesgo a incurrir en error, por encontrarse todo el terreno bastante removido y alterado y ser mínimo el espesor de tierra que ha sido excavado. A pesar de ello, y dentro de la más estricta especulación, las construcciones de Alberic podían haber estado en uso hasta la primera mitad del siglo III d.C.; período

éste al que pertenece la mayor proporción de materiales datables, sin perjuicio de que la zona haya mantenido una cierta población que, por los restos cerámicos que aparecen en los campos circundantes, alcanzó plenamente el Medievo[12].

NOTAS

1 Mapa Topográfico Nacional. Hoja 770, Alcira. 39° 7' 10'' de latitud Norte y 0° 30' 50'' de longitud.

2 Las personas que estuvieron presentes en esta transformación recuerdan, porque les llamó la atención, la aparición de un abundante número de fragmentos de *dolia*.

3 No es inusual la utilización del *opus spicatum* para suelos de balsas, ya que los encontramos en la *fullonica* de la *via degli Augustali*, de Ostia.

4 La inscripción apareció cuando se realizó el desfonde de 1983, en una zona situada fuera del área excavada.

5 Una explicación completa sobre este tipo de talleres se encontrará en C. Alfaro: *Tejido y cestería en la Península Ibérica*. Madrid, 1984, págs. 225-232. En él se estudia la batanería en la Península Ibérica a través de la epigrafía, única fuente y documento que evidencia su presencia.

6 W.O. Moeller: *The woolen industry at Pompeii*. Univ. of Marylan, Ph.D. 1962. Ann Arbor, Mich.: Univ. Micr. 1976.

7 Alfaro: *Op. cit.* nota 5, pág. 232, indica que este tipo de talleres debió ser relativamente numeroso en las ciudades de áreas con un elevado grado de romanización. Por lo que respecta a las áreas rurales considera que tan sólo algunos ricos propietarios podían poseer uno de estos talleres, careciendo de ellos la mayor parte de las *villae*.

8 Alfaro: *Op. cit.* nota 5, pág. 56.

9 Plinio, N.H. XIX 3, 17.

10 Plinio, N.H. XIX, 9; Silio Italico III, 373-374; Catulo, XII, 14 y XXV, 7.

11 D.P.S. Peacock: *Pottery in the Roman World, an ethnoarchaeological approach*. New York, 1982, págs. 53-55 y figs. 20 y 63.

También la etnografía peninsular nos ofrece múltiples ejemplos de esta actividad y una amplia gama de conjuntos de balsas dispuestas de diferente modo. Consúltese:

A. Carretero, M. Fernández y C. Ortiz: «Alfarería popular en Andalucía Occidental: Sur de Badajoz y Huelva». *Etnografía Española*, n.° 1, Madrid, 1980, págs. 99-265.

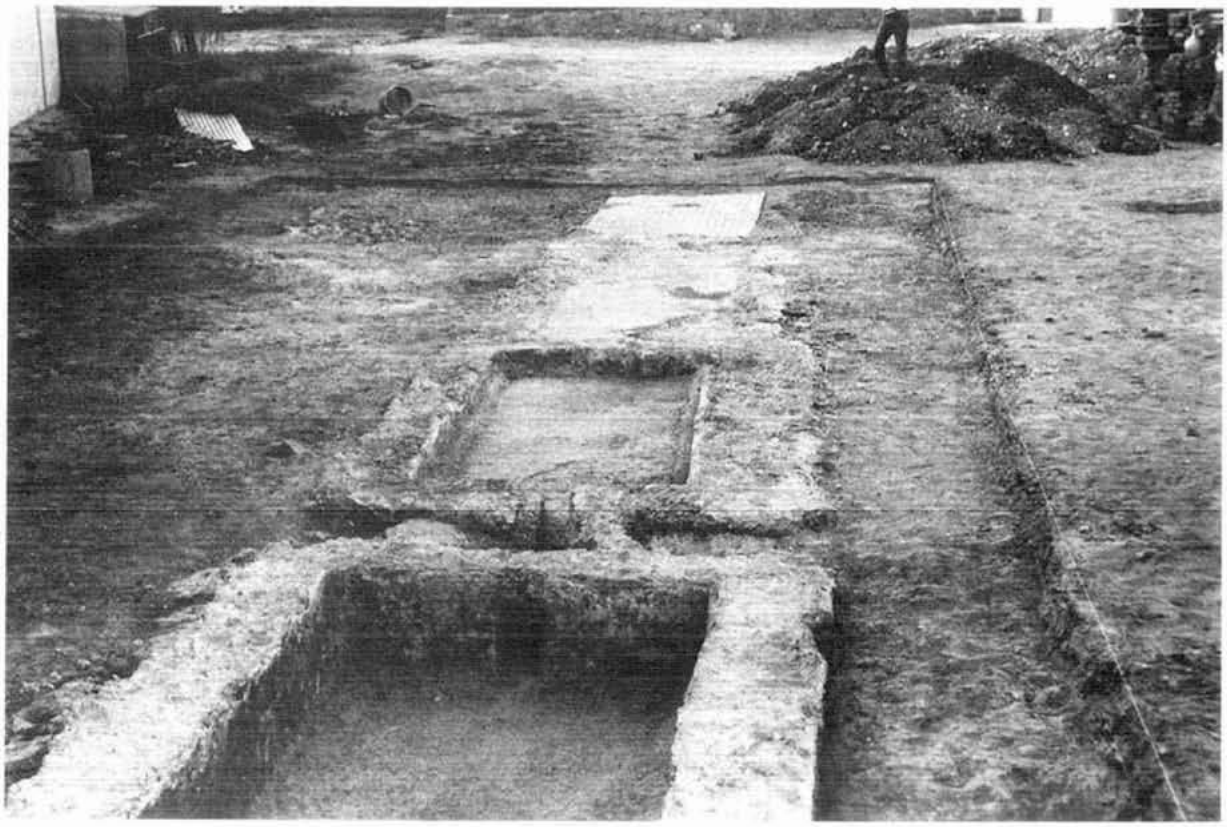
C. Ortiz, M. Fernández y A. Carretero: «Alfarería popular en Andalucía Occidental, II: Sevilla y Cádiz». *Etnografía Española*, n.° 2 Madrid, 1981, págs. 41-185.

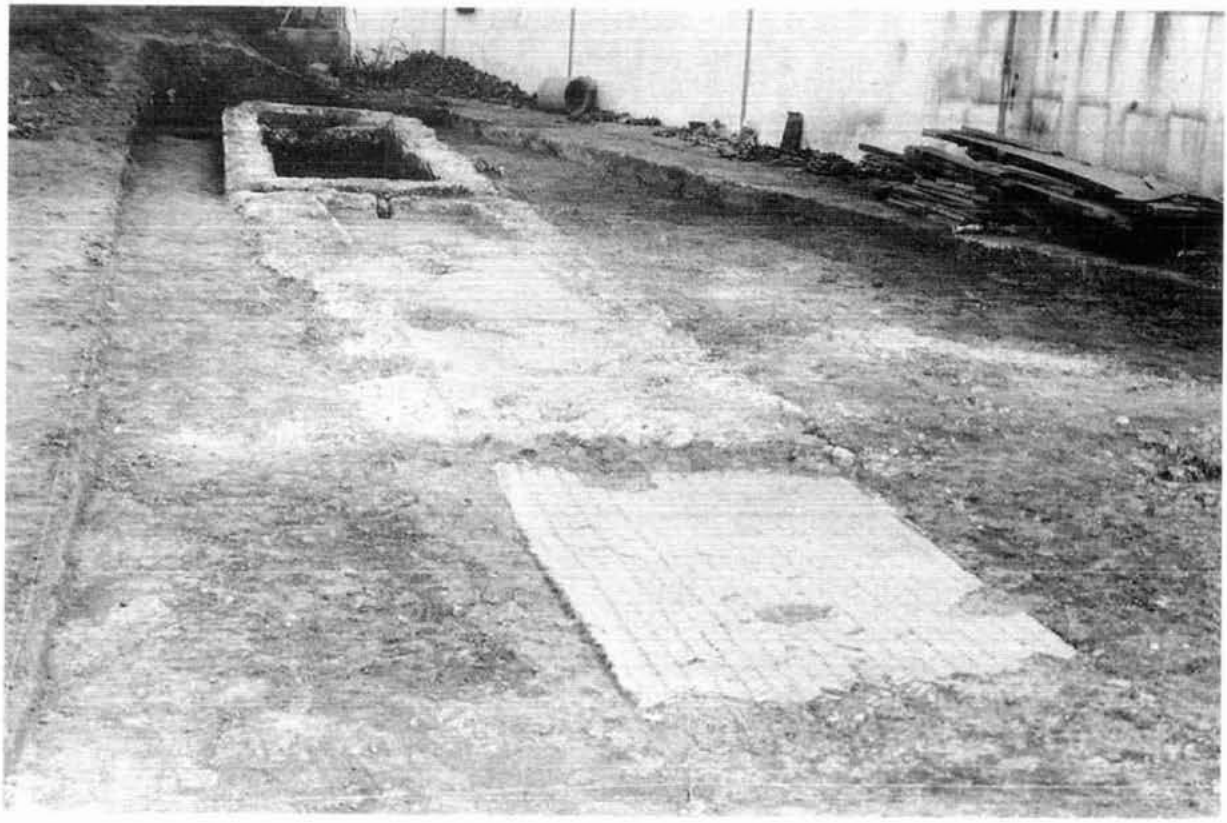
A. Carretero y C. Ortiz: «Alfarería popular en la provincia de Córdoba». *Etnografía Española*, n.° 3, Madrid, 1983, págs. 7-144.

M. Fernández y M.A. Morcillo: «Alfarería popular en la provincia de Jaén». *Etnografía Española*, n.° 3, Madrid, 1983, págs. 145-264.

M.A. Lizarazu: «Alfarería popular en la provincia de Albacete: Estudio etnográfico». *Etnografía Española*, n.° 3, Madrid, 1983, págs. 265-384.

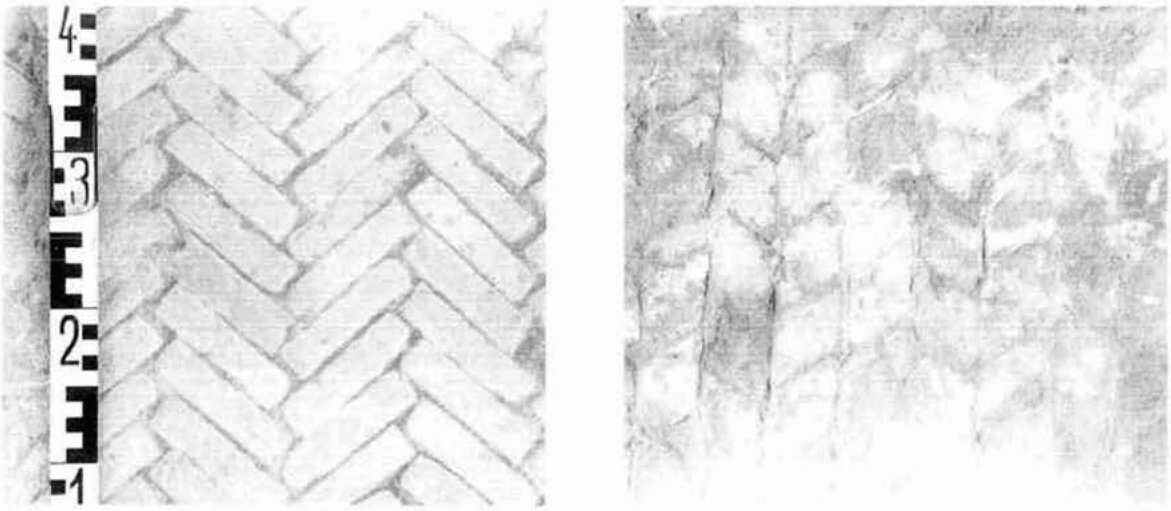
12 La existencia de población en esta zona (partida de Benifaraig) durante la edad media queda atestiguada por la toponimia. En Benifaraig se documenta, a partir de 1288, la existencia de una alquería árabe, véase: C. Barceló: *Toponímia aràbica del País Valencià. Alqueries i Castells*. Xàtiva, 1982, p. 116.



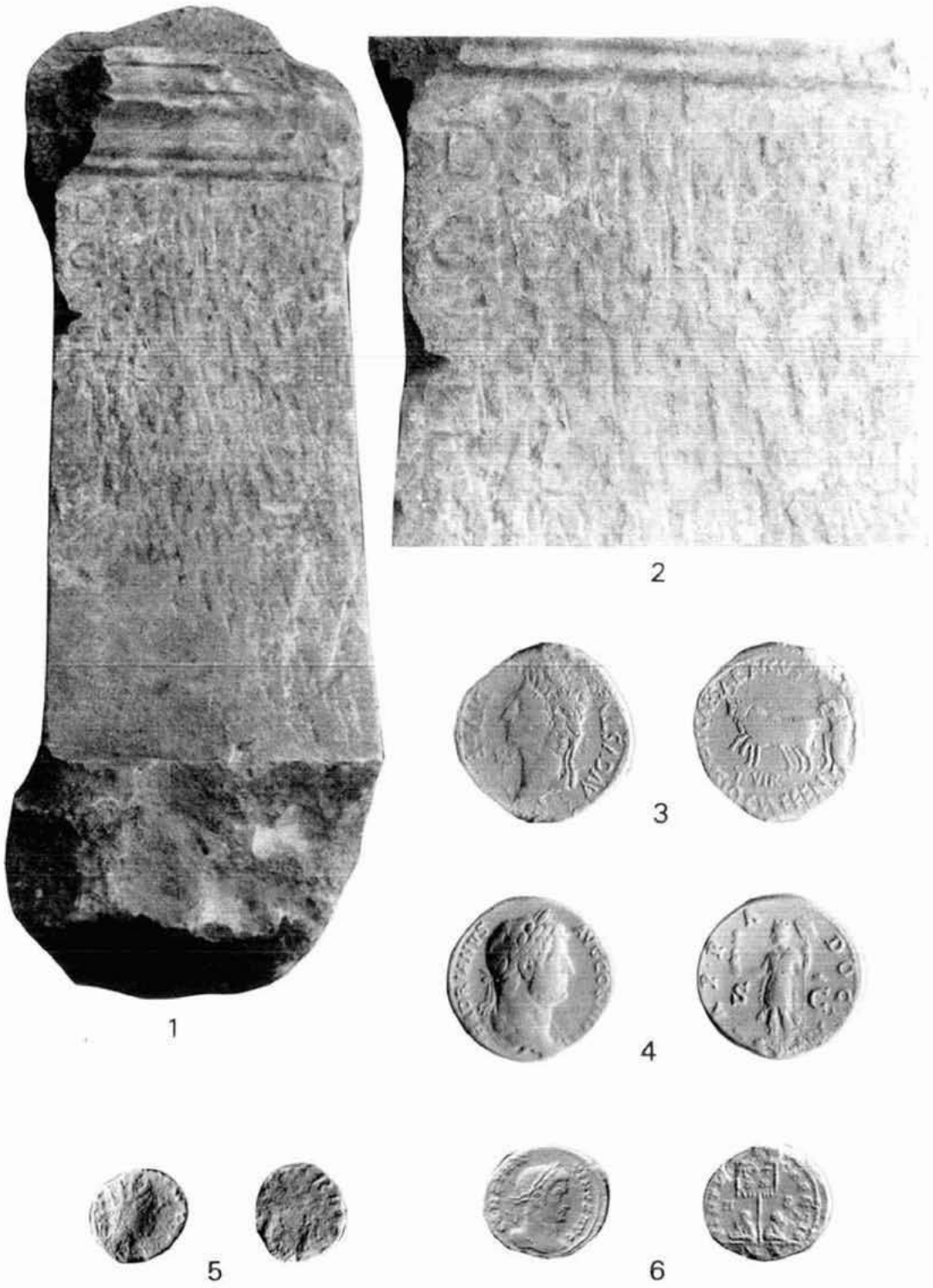


Lám. I.— Panorámica del yacimiento desde el lado Este (superior) y desde el lado Oeste (inferior)





Lám. II.— Balsas n.° 3-4 (superior). Pavimento de opus spicatum del primer suelo (inferior izquierda). Pavimento de opus reticulatum de la balsa n.° 3 (inferior derecha)



Lám. III.— 1 y 2, inscripción romana y detalle; 3, as de Caesaraugusta; 4, as de Adriano; 5, antoniniano de Claudio II; 6, nummus de Constantino I

Gabriela MARTÍN*

MATERIALES ROMANOS DE LAS COLECCIONES DEL MUSEO DE PREHISTORIA DE VALENCIA (ANTIGUOS FONDOS, I)

Iniciamos el presente catálogo hace más de veinte años, precisamente por iniciativa de Enrique Pla que nos aconsejó estudiar los viejos fondos de materiales romanos depositados en el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia. En aquella época, trabajábamos Milagros Gil-Mascarell y yo en los sótanos del Palau de la Batlia, antigua sede del S.I.P., buscando entre montes de cajas de materiales arqueológicos las «sigillatas» y «campanienses» procedentes de antiguos depósitos y donaciones. Juntas, habíamos publicado hacía poco «La romanización en el campo de Liria»[1] en la serie de los Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, utilizando, principalmente, los materiales romanos de la antigua *Edeta*, existentes entre las colecciones arqueológicas del S.I.P. y Enrique Pla nos sugirió que diésemos continuación a ese trabajo estudiando también otros materiales romanos inéditos.

La investigación arqueológica y las publicaciones relativas a la romanización de la región valenciana se han multiplicado en las últimas décadas, se han creado nuevos museos monográficos y regionales, el Ayuntamiento de Valencia ha publicado también varias y muy completas monografías, el S.I.P. ha aumentado considerablemente el número de sus investigadores. Pero cuando iniciamos este catálogo todavía no se había excavado el trecho de la *Valentia* romana situado en la antigua Plaza de la Reina y cuya monografía, infelizmente, aún no hemos podido ver publicada. No se habían realizado tampoco excavaciones arqueológicas sistemáticas en Sagunto y los primeros trabajos sobre cerámicas romanas procedentes de esta ciudad fueron los nuestros, así como también nuestra Tesis de Licenciatura sobre la Terra Sigillata de Sagunto, a pesar de lo mucho que se había escrito, con erudición pero con poco rigor científico, sobre los famosos «barros saguntinos».

Cuando vemos hoy el dinámico Museo de Denia y las numerosas publicaciones que ha producido, nos sentimos pioneras de la investigación romana de esa hermosa ciudad, pues fueron nuestras «DIANVUM» y «La supuesta colonia griega de Hemeroskopeion»[2], los primeros trabajos que dieron inicio a la investigación sistemática sobre la Arqueología romana de Denia, pues pocas eran las publicaciones sobre ese tema desde que Roque Chabás escribiera, en el siglo pasado, su «Historia de Denia». La monografía sobre *Hemeroskopeion* se la habíamos dedicado a Enrique Pla que tanto

* Universidad Federal de Pernambuco, Recife (Brasil).

nos auxilió durante su elaboración y que, llevado por el deseo de ayudarnos a encontrar la verdad arqueológica de la famosa colonia y por su propio interés científico, acabó descubriendo la inexistencia de la ceca DINIU, que los historiadores de otros tiempos transformaran en una ciudad ibérica imaginaria[3]. Mucho nos ayudó también Enrique Pla durante la elaboración de nuestra Tesis Doctoral sobre la Arqueología romana de Denia-Jávea, cuyo ponente fue Miguel Tarradell, ambos grandes amigos y colaboradores durante los muchos años que el Profesor Tarradell pasó en Valencia como Catedrático de Arqueología. La publicación de la monografía sobre Jávea, en la Serie de Trabajos Varios del S.I.P., fue también iniciativa de Domingo Fletcher y Enrique Pla[4].

La publicación de este pequeño catálogo no tiene hoy el valor que hubiera tenido hace prácticamente veinticinco años, cuando lo iniciamos, pues los hallazgos se han multiplicado con el correspondiente aumento de los depósitos del S.I.P. Diversas razones detuvieron su continuación, principalmente y de más peso, fue el traslado del Museo de Prehistoria a la antigua Casa de la Beneficencia. Pero nos parece que, dentro de sus limitaciones, estamos retomando un trabajo que puede ser el principio de otras monografías sobre materiales romanos del S.I.P., que al dar continuación a ésta, ayuden a completar el mapa arqueológico de época romana de la región valenciana. El momento nos parece oportuno, tanto por el especial homenaje póstumo a Enrique Pla como porque el S.I.P. y su Museo de Prehistoria están ya definitivamente, esperamos, instalados y aumentan su proyección científica bajo la firme dirección de Bernat Martí, recogiendo los frutos plantados por sus antecesores Domingo Fletcher y Enrique Pla Ballester.

Hemos hecho hincapié en publicar esta muestra de materiales romanos del S.I.P. en homenaje al que fuera nuestro gran amigo, pues como dijimos, lo empezamos por iniciativa suya, recién salida de las hornadas de alumnos distinguidos que Nino Lamboglia lanzó al mundo de las cerámicas romanas. Las clasificaciones de «il Professore» Lamboglia eran indiscutibles en aquella época, después vino el tiempo de la contestación y de los ataques virulentos, incluso de algunos de sus alumnos, después, como tantas veces ocurre, todos acaban volviendo a sus nomenclaturas a pesar de las críticas, protagonismos y siempre «nuevas clasificaciones».

Podrá pensarse en la inutilidad de publicar un catálogo incompleto después del trabajo de Tarradell «La romanización del País Valenciano»[5], que le valió el premio Martorell y de otras monografías posteriores, pero nos parece que el libro de Tarradell no eliminó las posibilidades de investigación sobre la época romana en el antiguo Reino de Valencia. Todo lo contrario, no cerró ninguna puerta sino que abrió el camino para posteriores trabajos. Nunca un «corpus» sobre un área tan amplia puede ser exhaustivo, pero es a partir de un ensayo de ese tipo, que el investigador de un área pequeña puede iniciar un trabajo minucioso.

Al estudiar la romanización en el campo de Liria a que nos hemos referido en las líneas anteriores, llegamos a la conclusión de que la mayoría de los yacimientos registrados, correspondía a poblados ibéricos posteriormente romanizados y cuya población había ido ocupando paulatinamente las tierras llanas. Este caso se repite mucho en la región valenciana y vimos que en la serie de yacimientos que se citan en el presente trabajo, aparecen repetidamente los términos *tossalet, ereta, puig, altet*, etc., todos con el significado de altura, siempre refiriéndose a elevaciones o colinas de poca altitud. En muchos de estos yacimientos aparece, junto con la cerámica romana, cerámica ibérica, repitiéndose el caso de la zona de Liria, cuyo estudio nos permitió algunas conclusiones bastante seguras, ya que se trataba de material arqueológico abundante de una pequeña área. Conclusiones semejantes no son posibles a través de este catálogo, pues se trata de materiales colectados esporádicamente en sucesivas prospecciones casuales o intencionadas y acumulados año tras año en los fondos del Museo del S.I.P. Sin embargo, creemos útil su publicación como complemento de trabajos anteriores de mayor envergadura y como inicio de posteriores y más completas investigaciones.

Con los años, nuevos materiales arqueológicos romanos han enriquecido el acervo del S.I.P., por lo tanto ésta es, sólo, la primera parte del catálogo de las colecciones romanas que, procedentes del antiguo Reino de Valencia, se guardan en el Servicio de Investigación Prehistórica.

EL CATÁLOGO

Para la relación de los materiales romanos seguimos el orden por regiones naturales del Atlas Geográfico de España, de Ediciones Aguilar, de 1984.

Fue consultado el Archivo de Yacimientos Arqueológicos del S.I.P., para localizar el yacimiento a que cada hallazgo correspondía, trabajo cuidadoso que debemos a Amparo Barrachina Ibáñez y a quien agradecemos desde estas líneas. Así fue posible iniciar la relación de cada conjunto con una breve referencia histórica de cada yacimiento y la bibliografía del mismo cuando ésta existía.

ALT MAESTRAT

Yacimiento: **Castell d'Ares.**
Término Municipal: Benassal.

Castillo con dos recintos, de fácil defensa y posición estratégica.

Bibliografía:

V. Forcada (1973): *Gran Enciclopedia de la Región Valenciana*, Tomo I.

Material arqueológico:

Junto al balnerario se recolectaron diversos fragmentos de cerámica ibérica pintada y un fragmento de cerámica romana campaniense B, de forma Lamboglia 5.

ELS PORTS

Yacimiento: **La Moleta dels Frares.**

Término Municipal: Forcall.

La Moleta es una estrecha formación tabular orientada de N. a S. y limitada por los barrancos de la Medanella al E. y del Llop al W. Su altura es de 895 m. sobre el nivel del mar midiendo 520 por 170 metros. Forma un altiplano con una extensa terraza donde se han acumulado gran cantidad de materiales arqueológicos. Se accede por dos caminos, uno de ellos parcialmente excavado en la roca. Junto a la calzada de acceso debe haber existido una necrópolis. Obsérvanse todavía muros de contención y antiguas noticias hacen referencia a un pequeño monumento funerario y hallazgos de urnas. Existen numerosos restos de construcciones, algunas parcialmente excavadas en la roca, así como fragmentos de estucos pintados. Excavada en parte por Enrique Pla en 1960, la monografía posterior y más completa se debe a F. Arasa i Gil que identifica el yacimiento con la antigua *Lesera*.

Entre los hallazgos arqueológicos de diferentes épocas, es importante llamar la atención para la abundante cerámica sigillata aretina colectada y que se encontraba en el S.I.P. El conjunto que aquí se presenta procede de una prospección independiente de las excavaciones realizadas.

Bibliografía:

E. Pla Ballester (1961): *Excavaciones en la «Moleta dels Frares», término de Forcall (Castellón). Memoria de la Primera Campaña (agosto 1960)*. Valencia (original mecanografiado).

E. Pla Ballester (1966): «Actividades del S.I.P. (1961-65)». *APL*, XI, Valencia, pp. 275-328.

F. Arasa i Gil (1987): *Lesera (La Moleta dels Frares, El Forcall)*. Monografies de Prehistòria y Arqueologia Castellonenques, 2, Castelló.

Material arqueológico:

—Cinco fragmentos de sigillata aretina lisa (fig. 1, n.º 1 a 5).

—Un fragmento de sigillata sud-gálica de forma Drag. 37 en el que se aprecia decoración de ovas (fig. 1, n.º 6).

—Tres fragmentos de sigillata sud-gálica sin forma determinable.

—Dos fragmentos de sigillata hispánica con decoración de círculos sogueados (fig. 1, n.º 7, 8).

LA PLANA BAIXA

Yacimiento: **Les Alqueries.**

Término Municipal: Les Alqueries.

Necrópolis romana situada en unos campos cultivados en la finca de la familia Puchol, con una superficie de 3.500 metros cuadrados aproximadamente. Fueron colectadas cerámicas sigillatas, tégulas y monedas, entre ellas un bronce de Faustina joven. Cronología de fines del siglo II y primera mitad del III d.C.

Yacimiento: **Finca de Manrique.**

Término Municipal: Vila-real.

En la partida del Madrigal, cerca de la ermita de la Virgen de Gracia, apareció, al trabajar el terreno, el pavimento de una habitación y algunas monedas de las que se conservan 17 en el Museo de Castellón. Cronología aproximada de la segunda mitad del siglo I y principios del II d.C.

Yacimiento: **La Torrassa.**

Término Municipal: Les Alqueries.

Villa romana situada en la línea divisoria entre los términos de Betxí y Les Alqueries. Yacimiento de gran importancia pero que se encuentra muy destruído por el laboreo o una mala política de preservación de restos antiguos. Durante los trabajos agrícolas se encontraron restos de construcciones, cilindros de prensas de aceite y algunas monedas, además de abundantes cerámicas romanas. Su cronología se sitúa entre la segunda mitad del siglo II y el III d.C., con algún material del siglo I d.C.

Bibliografía:

J.M. Doñate Sebastià (1972): *Datos para la Historia de Villareal*. Ayuntamiento de Villareal, pp. 62-70.

Material arqueológico:

El conjunto de cerámicas que a continuación relacionamos fueron depositadas durante algún tiempo en el S.I.P. para ser clasificadas. Realizamos la numeración y clasificación pero no llegamos a dibujarlas. Con el traslado del S.I.P., ignoramos si continúan en Valencia o fueron devueltas al Museo de Castellón. Por ese motivo no constan aquí los dibujos de las mismas.

Necrópolis romana de Les Alqueries:

—Fragmento de pie de sigillata hispánica, forma Drag. 37, con decoración de círculos concéntricos. El pie muy bajo y poco marcado indica un tipo tardío.

—Fragmento de borde de sigillata hispánica, forma Drag. 37, con decoración de puntas de flecha horizontales.

—Fragmento de sigillata hispánica, de forma Drag. 37, de tamaño grande, decorado con motivos alternados de gran-

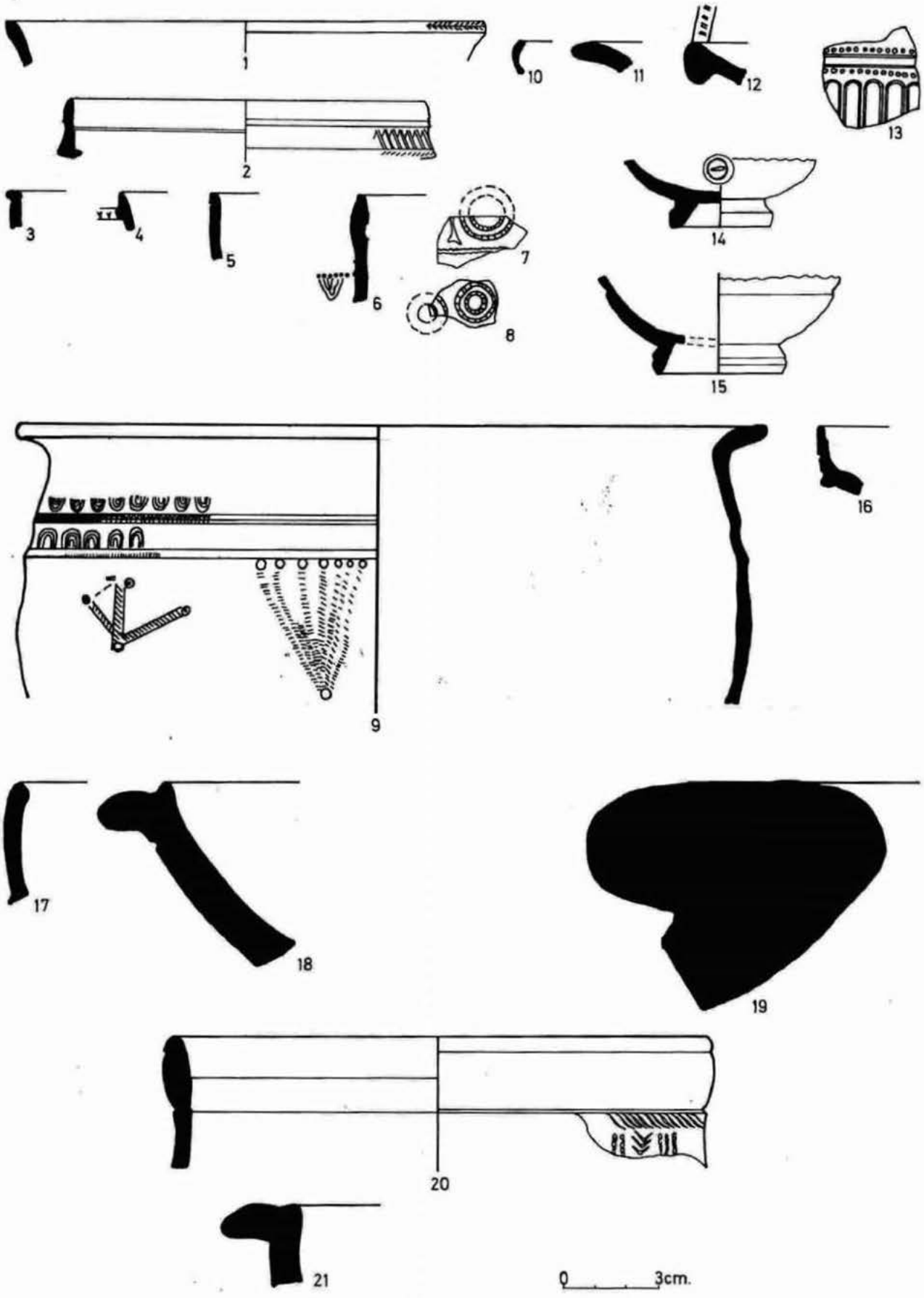


Fig. 1.— 1 a 8: La Moleta dels Frares (El Forcall). 9: Cerro Partido (Pedralba) 10 a 15: Begís. 16: Masía de los Toros (Teresa). 17 a 19: Poblado de Altomira (Segorbe). 20 y 21: Casella de Peons Caminers (Pobla de Vallbona).

des círculos con otros motivos vegetales. Decoración poco cuidada.

—Fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37, con decoración de círculos concéntricos cordados.

—Fragmento de sigillata clara A, forma Lamboglia 3.

—Fragmento de sigillata clara A, forma Lamboglia 9.

—Fragmento de sigillata hispánica, de forma Drag. 37, con decoración de círculos concéntricos alternando con líneas verticales.

—Fragmento de sigillata hispánica lisa.

—Fragmento de sigillata hispánica, de forma Drag. 37, con decoración de círculos concéntricos.

—Varios fragmentos de vasijas comunes o de cocina y de vidrio.

Finca de Manrique:

—Fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 30, con decoración de grandes metopas encuadradas por puntas de flecha. Se aprecia parte de una metopa con la figura de un ciervo acosado por dos perros. El motivo, aunque algo diferente, recuerda otro procedente de Almendralejo también en forma Drag. 30 (Mezquiriz II, lám. 30, 1 y lám. 59, 335, 336). Puede fecharse en la segunda mitad del siglo I de la Era.

—Pie de copa de forma indeterminable, de sigillata hispánica.

—Fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37, con decoración de círculos con figura de animal muy borrosa en el interior de los mismos. Puede ser un ciervo o caballo corriendo.

—Fragmento de sigillata hispánica, de forma Drag. 15/17.

—Fragmento de sigillata hispánica en forma de botella, con arranque del asa y sin barniz interior.

—Fragmento de sigillata hispánica, decorada con círculo y roseta en su interior.

La Torrassa:

—Fragmento de campaniense B, de forma Lamboglia 4/36.

—Fragmento de gran fuente con «barniz rojo interno pompeyano». Es un tipo de vasija fechable durante el siglo I a.C. y hasta la época de Augusto.

—Fragmento de sigillata hispánica, de forma Drag. 29 con cenefa de ovas por debajo del borde.

—Fragmento de sigillata hispánica, de forma Drag. 37, con decoración de círculos concéntricos.

—Fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37, con decoración de dos franjas de círculos cordados alternados con motivos verticales. En el interior del círculo, roseta de siete pétalos. En la franja inferior, los círculos son concéntricos.

—Fragmento de sigillata hispánica, de forma Drag. 37, con paredes muy finas y decoración de círculos concéntricos formando espiga.

—Tres fragmentos de sigillata hispánica de forma Drag. 37.

—Fragmento de sigillata hispánica con decoración de columnillas.

—Fragmento de sigillata hispánica con decoración de roseta interior.

—Fragmento de sigillata hispánica con decoración de puntas de flecha.

—Fragmento de sigillata hispánica con el barniz muy perdido y decoración de líneas verticales y puntas de flecha separando metopas.

—Fragmento de sigillata hispánica con decoración de círculos con roseta interna de cuatro pétalos alternados con motivo vertical.

—Fragmento de sigillata hispánica con decoración vegetal.

—Fragmento de sigillata hispánica con roseta de cinco pétalos.

—Fragmento de sigillata hispánica, de forma Drag. 37 tardía.

—Cuatro fragmentos de sigillata hispánica, de forma Drag. 15/17.

—Tres fragmentos de sigillata hispánica, de forma Drag. 27.

—Seis fragmentos de pies de sigillata hispánica lisa.

—Dos fragmentos de sigillata hispánica lisa; pies bajos de tipo muy tardío.

—Fondo de pátera de sigillata hispánica con marca incompleta. Se lee EX., seguramente EX. OF.

—Siete fragmentos de sigillata hispánica sin forma determinable.

—Fragmento de gran plato de borde plano de sigillata hispánica, de forma Mezquiriz 4/5.

—Fragmento de sigillata clara A, forma Lamboglia 1.

—Fragmento de sigillata clara A, forma Lamboglia 2.

—Fragmento de sigillata clara A, forma Lamboglia 2C.

—Fragmento de sigillata clara A, forma Lamboglia 10A.

—Dos fragmentos de sigillata clara A sin forma determinada.

—Fragmento de borde de sigillata clara B con decoración de ruedecilla.

—Fragmento de sigillata hispánica lisa, forma de paredes curvas no determinada, con la marca del alfarero AGILIANI, que se encuentra también en Mérida (ver Mezquíriz, I, 45 y 164, II, 8), en la Serreta de Alcoy y en Sagunto.

Yacimiento: **l'Alter.**

Término Municipal: Xilxes.

Villa romana situada en el Alter, junto al camino viejo del Mas de Xilxes, al lado de El Sequer.

Durante los trabajos agrícolas apareció una estatuilla en bronce de Mercurio, de cuerpo entero desnudo con sandalias pero sin caduceo. En su lugar llevaba una bolsa de cuero en la mano derecha. Mide 21,26 cm. de alto por 9,5 de ancho.

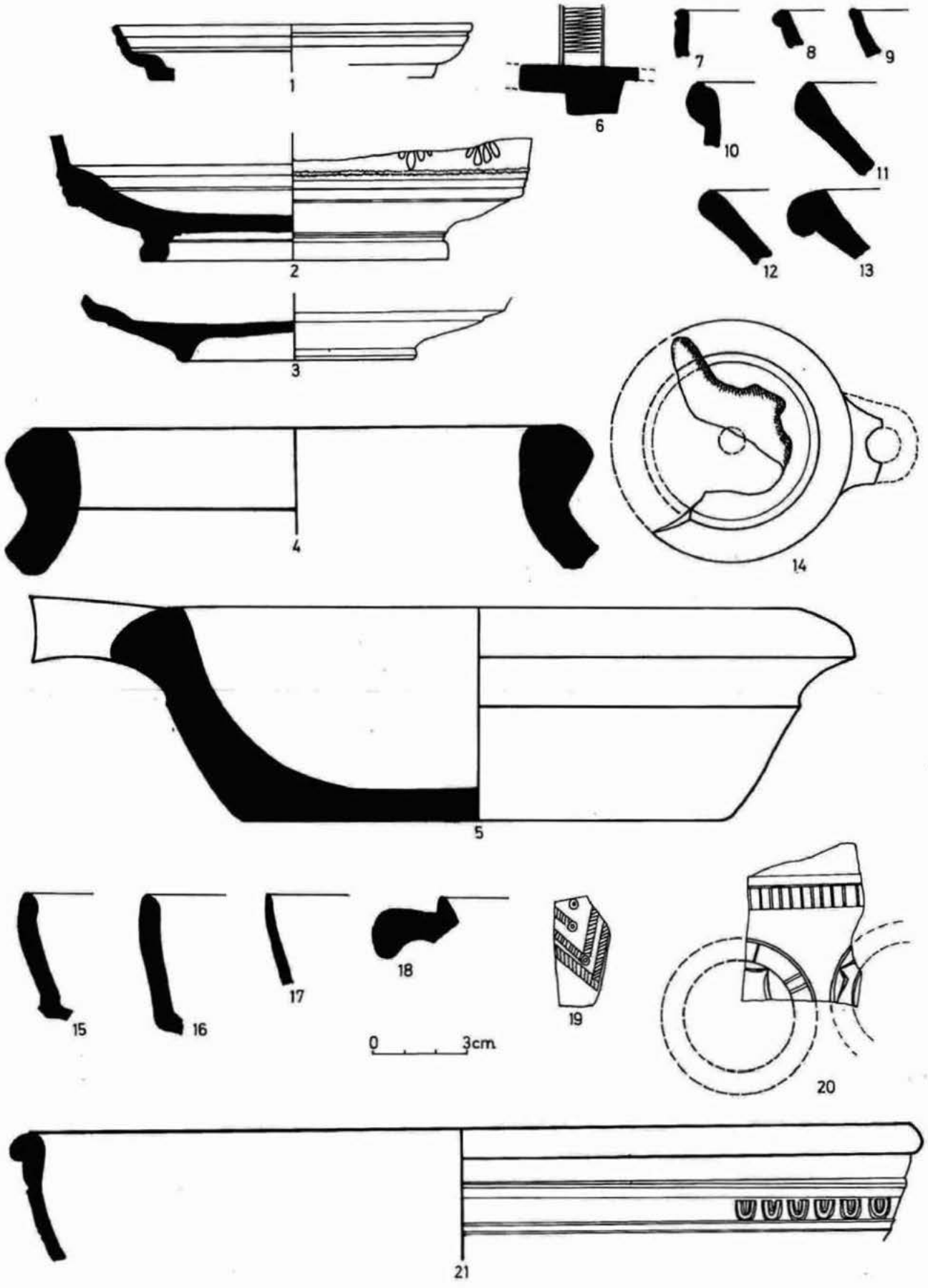


Fig. 2.— 1 a 4: Vinyes (Nàquera). 5: Muntanya Rodana (Petrés). 6 a 9 y 21: Castell de Sagunt. 10 a 13: Ereta dels Moros (Aldaia). 14: Plaça de la Reina (València). 15 a 18: Castellar de Meca (Ayora). 19: Cerro de San Cristobal (Sinarcas). 20: Cova de l'Aigua (Gandia).

Bibliografía:

T. Utrilla (1968): «El mercurio de Chilches. Bronce romano de excepción». *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura,* tomo XLIVm, cuaderno I, Castellón, pp. 20-36.

Material arqueológico:

—Un fragmento de lucerna romana de disco.

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 30, decorado con puntas de flecha.

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37 con decoración de grandes círculos ondulados, cuentas y pajaritos dentro de los círculos. La decoración parece del estilo del taller de Bronchales (Teruel).

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 29 decorado con puntas de flecha y líneas onduladas separando motivos vegetales verticales.

—Un fragmento de silgillata hispánica con decoración floral.

—Tres fragmentos de pies de copas de sigillata hispánica.

—Dos fragmentos de fondos de copa con grafitos.

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 24-25.

—Cinco fragmentos de sigillata sud-gálica de forma Drag. 29.

—Un fragmento de sigillata sud-gálica con decoración floral.

—Un fondo de copa de sigillata sud-gálica con marca rota ilegible.

—Un fragmento de sigillata sud-gálica de forma Drag. 18.

—Un fragmento de sigillata sud-gálica de forma Drag. 24/25.

—Un fragmento de tapadera de sigillata clara A.

—Dos fragmentos de sigillata clara D.

—Dos fragmentos de vasitos de paredes finas sin barniz, decorados con ruedecilla.

—Un fondo de lucerna con marca OVNBTI.

Yacimiento: **Cim del Cap Blanc.**

Término Municipal: Onda.

Poblado ibérico-romano con cerámicas «indígenas tardías» que aparecen junto a las cerámicas sigillatas. Como la sigillata se encuentra solamente en un área reducida del poblado, podría tratarse de una guarnición militar romana. La cronología aproximada está entre 50 d.C. y 250 d.C.

Bibliografía:

J.M. Doñate (1972): *Datos para la Historia de Villareal.* Ayuntamiento de Villareal, pp. 91-95.

Material arqueológico:

—Fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37 con decoración de círculos con figura animal muy borrosa en su interior (caballo o ciervo ?) corriendo.

—Fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 15/17.

—Fragmento de sigillata hispánica de forma indeterminada, posiblemente un olpe o botella, con arranque del asa y sin barniz interior.

—Fragmento de cuenco de sigillata hispánica con la marca del alfarero OF.SENTI. El mismo aparece en La Graufesenque fechado en época de Tiberio. Sobre sigillata hispánica se encuentra también esta marca en Sagunto y en Monastil (Elda). Mezquíriz no lo cita. También hay estampillas suyas en Banasa y Lixus (Museos de Rabat y Tánger).

LOS SERRANOS

Yacimiento: **Cerro Partido.**

Término Municipal: Pedralba.

El yacimiento se asienta en la cima de un cerro que está dividido en dos cumbres. Se conservan restos de la muralla y hay indicios de la existencia de una segunda línea de muralla exterior. Se conserva también parte de una torre cuadrangular. En la superficie aparecen restos arqueológicos de la Edad del Bronce, ibéricos y otros, seguramente de época romana republicana, con cerámica ibérica decorada y campaniense.

Bibliografía:

E. Pla (1972): «Actividades del S.I.P. y su Museo entre los años 1966-70». *A.P.L.*, XIII.

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis doctoral, Universidad de Valencia, p. 218.

J.V. Martínez Perona (1975): «Carta Arqueológica de Pedralba y Bugarra». *A.P.L.*, XIV, Valencia, p. 180.

Material arqueológico:

—Dos fragmentos de cerámica ibérica pintada con decoración geométrica.

—Una vasija fragmentada, que se puede reconstruir, de cerámica roja muy fina y sin barniz (fig. 1, n.º 9; lám. I, 2). Presenta decoración estampada de palmetas y ruedecilla. La decoración es semejante a la de un plato de sigillata gris encontrado en Sinarcas (fig. 2, n.º 19). El tipo de palmetas, fino y de pequeño tamaño parece imitar las palmetas de la campaniense A o de los tipos más antiguos de campaniense B. Puede tratarse de una imitación local de la decoración campaniense, pero por el estampado en la parte externa del vaso podría también ser más tardía. De cualquier forma se trata de un vaso atípico.

Yacimiento: **Casica del Ajo.**

Término Municipal: Domeño.

Sin ficha ni bibliografía.

Material arqueológico:

—18 fragmentos de cerámica romana común o de cocina sin forma determinable.

—Una tégula romana.

Yacimiento: **Villarpardo.**

Término Municipal: Higueruelas.

El yacimiento está situado en el Alto de Villarpardo, mide 100 m. de largo por 22 m. de ancho y se distinguen los muros de algunas habitaciones. En la superficie se encuentra abundante cerámica ibérica y romana. A unos 500 m. del poblado, se identificó un horno de cerámica de forma ovalada, formado por una cámara central y diez laterales.

Bibliografía:

V. Llatas Burgos (1957): «Carta arqueológica de Villar del Arzobispo y su comarca». *A.P.L.*, VI, pp. 172-173.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica.

—Un fragmento de sigillata estampada gris.

—Un fragmento de cerámica ibérica pintada.

—Un ladrillo romano romboidal para pavimento.

Yacimiento: **Castillarejo.**

Término Municipal: Villar del Arzobispo.

Situado a un kilómetro de Villar del Arzobispo, en dirección W., existían restos de fortificaciones y muros de habitaciones con cerámicas ibéricas en la superficie.

Bibliografía:

V. Llatas Burgos (1948): «Estaciones prehistóricas, ibéricas, romanas y árabes del término municipal de Villar del Arzobispo y colindantes». *Saitabi,* VI, año VIII, Enero-Marzo, n.º 28, p. 148.

Material arqueológico:

—Un fragmento de campaniense B, sin forma determinable.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica sin decoración geométrica.

Yacimiento: **Pozuelo.**

Término Municipal: Chulilla.

Sin ficha ni bibliografía.

Material arqueológico:

—Cuatro fragmentos de sigillata hispánica lisa sin forma determinable.

—Un «pondus» de cerámica.

ALTO PALANCIA

Yacimiento: **Peña de las Majadas o Paso del Toro.**

Término Municipal: Begís.

Poblado ibérico situado en las inmediaciones del caserío del Molinar, cercano al nacimiento del río Palancia. Se halla protegido por los barrancos de Taconar y Agualobos. Fueron encontradas cerámicas de la Edad del Bronce e ibéricas. En los alrededores se encontraron también lápidas romanas, fortificaciones y restos de un posible acueducto romano.

Bibliografía:

J. Alcácer (1947): «Exploraciones arqueológicas en Begís, Castellón». *Trabajos Varios del S.I.P.,* n.º 10, pp. 45-46.

I. Sarrión (1978): «El poblado ibérico de la Peña de las Majadas (El Toro, Castellón de la Plana)». *A.P.L.*, XV, pp. 177-190.

Material arqueológico:

Las cerámicas que a continuación describimos fueron colectadas en diferentes puntos de los alrededores de Begís y del yacimiento ibérico citado.

Paso del Toro:

—Un fragmento de sigillata sud-gálica, de forma Drag. 29 con decoración de «lenguas» y perlitas (fig. 1, n.º 13).

—Un fragmento de urnita de paredes finas, tipo «cáscara de huevo».

—Varios fragmentos de sigillata clara A, sin forma determinable.

—Un fondo de ánfora romana.

Cerro de Alcaidón:

—Un fragmento de cuenco de paredes finas sin barniz (fig. 1, n.º 10).

—Un fragmento de cerámica gris con estrías.

—Un fragmento de sigillata clara A, de forma Lamboglia 36, (fig. 1, n.º 11).

—Un fragmento de sigillata clara D, de forma Lamboglia 35 con ruedecilla en el borde (fig. 1, n.º 12).

El Turco, Los Pérez:

—Cuatro fragmentos de sigillata sud-gálica lisa, uno con marca ilegible, pertenecientes a copas de pequeño tamaño, de forma Drag. 24/25 ó 27 (fig. 1, n.º 14 y 15).

—Un fragmento de sigillata hispánica sin forma determinable.

—Un fragmento de sigillata clara C, sin forma determinable.

Oliveral de la Iglesia, zona de sepulturas:

—Cerámica romana común o de cocina y escoria de fundición.

—Un fragmento de sigillata hispánica lisa, sin forma determinable.

Yacimiento: **Poblado de Altomira.**

Término municipal: Segorbe.

Sin ficha ni bibliografía.

Material arqueológico:

—Un fragmento de campaniense B.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica pintada.

—Un «pondus» de cerámica.

—Un fragmento de vasija común estriado, de forma Vegas 7 (fig. 1, n.º 17).

—Un fragmento de vasija común de forma 24/25 de la sigillata clara D (fig. 1, n.º 18).

—Un fragmento de «dolium» (fig. 1, n.º 19).

Yacimiento: **Masía de los Toros.**
Término Municipal: Teresa.
Sin ficha ni bibliografía.
Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata aretina, de forma Drag. 15/17 (fig. 1, n.º 16).

—Fragmentos de tégulas.

CAMP DE TÚRIA

Yacimiento: **Barranc de Porxinos.**
Término Municipal: Riba-roja de Túria.
Varios fragmentos de sigillata hispánica sin forma determinada.

Yacimiento: **Casella de Peons Caminers.**
Término Municipal: Pobla de Vallbona.

Yacimiento romano situado en un campo de naranjos. Se observan restos de construcciones y muros semienterrados. Las cerámicas aparecen muy dispersas seguramente por las labores agrícolas. Se trata de los restos de una villa rústica altoimperial, reocupada en época más tardía. Se fecha entre finales del siglo I y II d.C.

Bibliografía:

E. Pingarrón (1981): *Estructuras de poblamiento rural romano entre los ríos Magro y Palancia.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia.

Material arqueológico:

—Cuatro fragmentos del mismo vaso de sigillata hispánica de forma Drag. 29 en el que se aprecia una pequeña parte de la decoración, formada por una cenefa horizontal de pétalos o finas hojitas, líneas onduladas y puntas de flecha, seguramente motivos de separación de metopas (fig. 1, n.º 20).

—Un fragmento de sigillata hispánica sin forma determinable.

—Un fragmento de cerámica romana común, semejante a la forma de Lamboglia 24/25 para la sigillata clara D (fig. 1, n.º 21).

—Un pondus de barro.

—Un ladrillo romboidal de pavimento.

Yacimiento: **Castellet de Bernabé.**
Término Municipal: Llíria.

Cerro situado al norte de Casinos sobre el que se asienta un poblado ibérico de forma rectangular de pequeñas proporciones, construido a fines del siglo V o principios del VI a.C. En los campos de los alrededores existen restos romanos de época republicana como restos de muros y cerámicas.

Bibliografía:

D. Fletcher (1947): «Exploraciones arqueológicas en Casinos». *T.V. del S.I.P.*, n.º 10, Valencia, p. 65.

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* T.I-II, Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, p. 228.

H. Bonet (1978): *Recintos y fortificaciones en la Edetania y Contestania.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia, p. 43.

P. Guérin (1987): «El poblado de Castillico de Bernabé. Informe preliminar». *XIX C.N.A.* de Castellón.

Material arqueológico:

—Varios fragmentos de campaniense B sin forma determinable.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica pintada con motivos geométricos.

Yacimiento: **Cova del Cavall.**
Término Municipal: Llíria.

Cueva situada en el monte Buitreras, detrás del Tossal de Sant Miquel de Llíria. Los restos arqueológicos colectados indicaron una ocupación del Bronce Final al Hierro Antiguo (s. VII a.C.).

Bibliografía:

I. Ballester (1949): *La labor del S.I.P. y su Museo en los años 1940-48.* Valencia, p. 131.

J. Donat y F. Gascó (1963): «La Cova del Cavall de Llíria (Valencia)». *A.P.L.*, X, Valencia, pp. 227-252.

C. Mata (1978): «La Cova del Cavall y unos enterramientos en urna de Liria (Valencia)». *A.P.L.*, XV, Valencia, pp. 113-136.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata sud-gálica.

—Varios fragmentos de cerámica romana común.

—Varios fragmentos de cerámica indígena.

Yacimiento: **Partida dels Clots (Rascanya).**
Término Municipal: Llíria.
Campo situado al E. de Llíria.
Bibliografía:

G. Martín y M. Gil-Mascarell (1969): «La romanización en el campo de Liria». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia,* n.º 7, Universidad de Valencia, pp. 23-24.

Materiales arqueológicos:

—Varios fragmentos de campaniense A tardía.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica pintada con motivos geométricos.

—Un fondo de ánfora.

Yacimiento: **Cova Foradada.**
Término Municipal: Llíria.

Poblado situado en la cumbre de un cerro alto y abrupto, junto a la rambla Castellarda en su confluen-

cia con la rambla de Artaj, al SW de Monravana. Los materiales colectados reflejan ocupación desde la Edad del Bronce hasta el Bajo Imperio.

Bibliografía:

D. Fletcher (1947): «Exploraciones arqueológicas en Casinos». *T.V. del S.I.P.*, n.º 10, Valencia, p. 83.

M. Gil-Mascarell (1970): «El poblado ibérico de la Cova Foradada». *P.L.A.V.*, 10, Valencia, p. 91.

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis doctoral, Universidad de Valencia, p. 237.

H. Bonet (1978): *Recintos y fortificaciones en la Edetania y Contestania.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia, p. 43.

E. Pingarrón (1981): *Estructuras de poblamiento rural romano entre los ríos Magro y Palancia.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia.

Material arqueológico:

—28 fragmentos de campaniense B.

—Varios fragmentos de cerámica decorada y lisa.

Yacimiento: **Monravana.**

Término Municipal: Llíria.

Poblado ibérico situado en el lado septentrional de un cerro, ocupando un área de 7.000 a 9.000 m². Se conserva la muralla con dos entradas pero las estructuras internas y la superficie están mal conservadas por la acción de los visitantes clandestinos. El material arqueológico recuperado presenta un horizonte similar al poblado de Sant Miquel de Llíria. El poblado fue destruido a principios del siglo II a.C. En los campos cultivados de los alrededores se encuentran cerámicas y otros materiales romanos.

Bibliografía:

D. Fletcher (1940): «El poblado ibérico de la Monravana (Llíria)». *A.E.A.*, 41, Madrid, p. 131.

D. Fletcher (1947): «Exploraciones arqueológicas en Casinos». *T.V. del S.I.P.*, 10, Valencia, p. 83.

E. Pla (1960): «Actividades del Servicio de Investigación Prehistórica (1956-1960)». *A.P.L.*, IX, Valencia, p. 219.

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis doctoral, Universidad de Valencia, p. 230.

H. Bonet (1978): *Recintos y fortificaciones en la Edetania y Contestania.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia.

J. Aparicio, J. San Valero y J.V. Martínez Perona (1983): «Actividades arqueológicas desde 1979 hasta 1982». *Varia II*, p. 289.

Materiales arqueológicos:

—Varios fragmentos de campaniense B y gran cantidad de fragmentos de cerámica ibérica.

Yacimiento: **Vinyes.**

Término Municipal: Nàquera.

Yacimiento situado sobre un montículo al norte de la población, junto al camino del Salt. Además de las cerámicas que a continuación relacionamos, consta, en la ficha del S.I.P., que se colectaron ceràmicas campanienses, cerámica ibérica, sigillata aretina lisa y dos piezas de bronce, una de las cuales es una espátula.

Bibliografía:

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, p. 327.

Material arqueológico:

—Un fragmento de campaniense B de forma indeterminable.

—Un fragmento de pátera de sigillata aretina, de forma Drag. 17-A (fig. 2, n.º 1).

—Dos fragmentos del mismo vaso de sigillata aretina de forma Drag. 30 con decoración vegetal. Debe tratarse de una pieza ya tardía pues la forma Dragendorff 30 no aparece entre la aretina decorada antigua (fig. 2, n.º 2).

—Dos fragmentos de fondo de vaso de sigillata aretina, forma tardía de la Drag. 15/17. Obsérvese el cuarto de círculo poco marcado y el pie redondeado (fig. 2, n.º 3).

—Un fragmento de vasija de cerámica común romana de «fondo estriado».

—Un borde de ánfora romana (fig. 2, n.º 4).

—Varias asas de ánforas romanas.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica sin decoración.

Yacimiento: **València la Vella.**

Término Municipal: Riba-roja de Túria.

El yacimiento está situado en un montículo entre el barranco del Pons y el río Turia. Quedan restos de un edificio rectangular de época romana.

Bibliografía:

D. Fletcher (1953, 1979, 1980, 1982): *La labor del S.I.P. y su Museo en el pasado año 1952, 1978, 1979, 1980.* Valencia.

Materiales arqueológicos:

—Un fragmento de sigillata sud-gálica sin forma determinable.

—27 fragmentos de cerámica romana común.

—4 fragmentos de vidrio romano.

—4 fragmentos de cerámica morisca incisa.

CAMP DE MORVEDRE

Yacimiento: **Muntanya Rodana.**

Término Municipal: Petrés.

Al pie de la falda N. de la montaña, en un barranco del término de Petrés, se encontraron cerámicas ibéricas y siete pesas de telar de barro. Cerca de la «Sèquia Major» se encuentran también fragmentos de «doliae», tégulas, ánforas y sigillata.

Bibliografía:

E. Llobregat (1972): «La colección Andrés Monzó No-

gués (materiales para el estudio del poblamiento antiguo de la provincia de Valencia)». *A.P.L.* XIII, pp. 55-80.

A. Monzó Nogués (1946): «Notas arqueológicas prehistóricas del agro saguntino». *Anales del Centro de Cultura Valenciana,* XIV, Valencia, pp. 58-81.

M. Gil-Mascarell y C. Aranegui (1977): «El poblamiento prehistórico del bajo Palancia». *Saguntum,* XII, pp. 191-226.

Material arqueológico:

—Un mortero romano con vertedero (fig. 2, n.º 5).

Yacimiento: **Redona.**

Término Municipal: Albalat dels Tarongers.

Sin ficha ni bibliografía.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica sin forma determinable.

Yacimiento: **Muntanya Redona.**

Término Municipal: Albalat dels Tarongers.

Poblado conocido también con el nombre de Montalt. Las prospecciones realizadas proporcionaron cerámica de la Edad del Bronce, ibéricas sin decoración y terras sigillatas varias. Afloraban algunos restos de muros.

Bibliografía:

A. Monzó Nogués (1946): «Notas arqueológicas prehistóricas del agro saguntino». *Anales del Centro de Cultura Valenciana,* XIV, Valencia, pp. 58-81.

E. Llobregat (1972): «La colección Andrés Monzó Nogués (materiales para el estudio del poblamiento antiguo de la provincia de Valencia)». *A.P.L.,* XIII, Valencia, pp. 55-80.

M. Gil-Mascarell y C. Aranegui (1977): «El poblamiento prehistórico del bajo Palancia». *Saguntum,* XII, pp. 191-226.

Yacimiento: **Montíber.**

Término Municipal: Sagunt.

En el macizo montañoso demoninado Montíber, al N. del tramo final del Palancia, fueron encontrados diez hornos cerámicos, varios lugares con cerámica ibérica y restos romanos.

Bibliografía:

A. Monzó Nogués (1946): «Notas arqueológicas prehistóricas del agro saguntino». *Anales del Centro de Cultura Valenciana,* XIV, Valencia, pp. 58-81.

M. Gil-Mascarell y C. Aranegui (1977): «El poblamiento prehistórico del bajo Palancia». *Saguntum,* XII, pp. 191-226.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Dragendorff 18.

—Teselas de mosaico de mármol blanco y de pasta vítrea de color verde y azul.

Yacimiento: **El Castell.**

Término Municipal: Sagunt.

El Castillo de Sagunto se asienta sobre un cerro del macizo de la Calderona. Forma una meseta de un km. de extensión defendida por fuertes escarpes. Sobre la meseta y en las laderas existen restos de construcciones ibéricas, romanas y medievales. La muralla de origen ibérica ha sido muy reconstruida y reutilizada en diversas épocas, así como todo el paramento que rodea la meseta. En la parte alta de la población, subiendo hacia el Castillo, se encuentra el teatro romano, con una cronología de 15 d.C. a finales de la dinastía Julio-Claudia. En las excavaciones realizadas entre 1984-89 se han exhumado los restos del foro romano y numerosos restos de edificios (templo, basílica y otros).

Bibliografía:

G. Martín (1961): «Terra sigillata de Sagunto». *VII Congreso Nacional de Arqueología,* Barcelona.

G. Martín (1961): *Terra sigillata hispánica de Sagunto.* Separatum rei cretariae romanae favtorvm. Zurich.

M. Gil-Mascarell y C. Aranegui (1977): «El poblamiento prehistórico del bajo Palancia». *Saguntum,* XII, Valencia, pp. 191-226.

C. Aranegui (1988): «Sagunt». *Memòries Arqueològiques a la Comunitat Valenciana, 1984-85.* Generalitat Valenciana, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència.

E. Hernández y C. Aranegui (1989): «Estudio de las fases constructivas del foro de Sagunto». *Homenatge A. Chabret (1888-1988),* Generalitat Valenciana, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència.

Material arqueológico:

—Dos fragmentos de campaniense B sin forma determinable.

—Un fragmento de pie de pátera de sigillata aretina con decoración de ruedecilla (fig. 2, n.º 6).

—Dos fragmentos de sigillata aretina (fig. 2, n.º 7).

—Dos fragmentos de sigillata sud-gálica sin forma determinable.

—Dos fragmentos de bordes de sigillata hispánica (fig. 2, n.º 8, 9).

—Dos fragmentos de sigillata hispánica sin forma determinable.

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37.

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37 tardía, con decoración de ovas (fig. 2, n.º 21).

—Siete fragmentos de cerámica ibérica con decoración geométrica.

—Un fragmento de cerámica gris ibérica.

Lado Sur del Castillo:

—Un fragmento de borde de sigillata aretina.

—Un fragmento de sigillata sud-gálica de forma Drag. 15/17.

—Varios fragmentos de sigillata sud-gálica e hispánica.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica pintada.

L'HORTA

Yacimiento: **Ereta dels Moros.**
Término Municipal: Aldaia.

Villa romana totalmente destruida al realizarse trabajos agrícolas con tractor así como una pequeña necrópolis también romana. Los materiales colectados fueron fechados en el siglo III d.C.

Bibliografía:

E. PLA (1966): «Actividades del S.I.P. (1961-65)». *A.P.L.*, XI, pp. 275-328.

D. FLETCHER (1966): *La labor del S.I.P. y su Museo en el pasado año 1962.* Valencia, p. 14.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata clara A de forma Lamboglia 10B.

—Dos fragmentos de sigillata clara A de forma indeterminable.

—Un fragmento de cerámica común de «borde aplicado» (fig. 2, n.º 10).

—Tres fragmentos de cerámica común romana de tipo «borde ahumado» (fig. 2, n.º 11 a 13).

—Un fragmento de estuco de color amarillo-ocre.

Yacimiento: **Plaça de la Reina**
Término Municipal: València.

Excavaciones realizadas en 1966-68, por el Departamento de Arqueología de la Universidad de Valencia. Se excavó en la parte N. de la plaza, entre la puerta barroca de la Catedral y la desaparecida calle de la Puñalería. Las estructuras romanas estaban en gran parte destruidas por las construcciones del periodo islámico. Se colectaron grandes cantidades de cerámica romana e ibérica con cronologías a partir del siglo II a.C.

Bibliografía:

M. TARRADELL (1969): «Noticia de las recientes excavaciones del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia». *X C.N.A. (Mahón, 1967)*, Zaragoza, pp. 183-186.

G. MARTÍN (1974): «Cerámicas campanienses de Valencia, Pollentia y Albintimilium». *VI Symposium de Prehistoria Peninsular,* pp. 321-358.

Material arqueológico:

—Una lucerna de disco; pasta color ocre sin barniz (fig. 2, n.º 14).

Yacimiento: **Paretetes dels Moros.**
Término Municipal: Montcada.

Restos de una gran villa romana.

Bibliografía:

D. FLETCHER (1956): «Montcada (Valencia). Barranc de Carraixet». *Noticiario Arqueológico Hispánico,* III-IV, 1954-55, Madrid, pp. 259, Not. n.º 849.

E. PLA (1957): «Actividades del S.I.P. (1946-55)». *A.P.L.*, VI, Valencia, p. 187.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica decorada de forma Drag. 37.

—Dos fragmentos de sigillata hispánica de forma indeterminable.

—Un fragmento de sigillata clara A de forma Lamboglia 10 «a strice».

—Un fragmento de cerámica romana común tipo de «borde aplicado».

—Un fragmento de vasija grande de cerámica romana común.

Yacimiento: **Masia de Foresos.**
Término Municipal: Picassent.

En la ficha del S.I.P. consta el hallazgo de un fragmento de mosaico de 2 m^2, formado por losetas de barro cocido. Una de las losetas se guarda en el S.I.P.

Sin Bibliografía.

VALLE DE COFRENTES

Yacimiento: **Castellar de Meca.**
Término Municipal: Ayora.

Poblado fortificado y limitado por abruptos escarpes que impiden el acceso por todos sus lados menos por el Norte, donde se localiza un gran lienzo de muralla. Está situado en el Monte Mugrón, en el límite entre las provincias de Albacete y Valencia. De las tres puertas de acceso, la NE da entrada al monumental camino excavado en la roca, en el que en algunos puntos, se observan las marcas de las ruedas de carros. Una parte del poblado está excavado en la roca. Los restos arqueológicos corresponden desde la Edad del Bronce a la medieval.

Bibliografía:

M. GIL-MASCARELL (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, pp. 468-477.

E. PLA (1972): «Actividades del S.I.P. (1966-1970)». *A.P.L.*, XIII, pp. 331-332.

S. BRONCANO (1986): *El Castellar de Meca (Ayora).* Exc. Arq. en Esp., n.º 147, Madrid.

Material arqueológico:

—Procedente de una prospección realizada por Domingo Fletcher y Enrique Pla:

—Un fragmento de campaniense A sin forma determinable.

—Un fragmento de campaniense B de forma Lamboglia 21.

—Un fragmento de campaniense B sin forma determinable.

—Dos fragmentos de sigillata hispánica de forma Drag. 8.

—Dos fragmentos de sigillata hispánica de forma Drag. 15/17.

—Cuatro fragmentos de sigillata hispánica sin forma determinable.

—Dos fragmentos de sigillata clara A sin forma determinable.

—Dos fragmentos de sigillata clara A de forma Lamboglia 10 «a strice» (fig. 2, n.º 15 y 16).

—Un fragmento de sigillata clara C de forma Lamboglia 40 (fig. 2, n.º 17).

—Varios fragmentos de sigillata clara C sin forma determinable.

—Un fragmento de sigillata clara D de forma Lamboglia 24/25 (fig. 2, n.º 18).

—Dos fragmentos de sigillata clara D sin forma determinable.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica pintada con motivos geométricos y vegetales.

ALTIPLANO DE REQUENA-UTIEL

Yacimiento: **Casa Zapata.**

Término Municipal: Villargordo del Cabriel.

Terreno situado a unos 600 m. al S-SE de la finca Casa Zapata, con terrenos de cultivo. Se han encontrado cerámicas ibéricas tardías, restos de construcciones y una lápida funeraria de caliza blanca. Cronología de los siglos I-II d.C.

Bibliografía:

E. Pla (1967): «Actividades del Servicio de Investigación Prehistórica (1956-1960)». *A.P.L.*, XI, Valencia, p. 299.

E. Pingarrón (1981): *Estructuras de poblamiento rural romano entre los ríos Magro y Palancia.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia, pp. 349-354.

J.M. Martínez García (1982): *Carta arqueológica de Utiel y su comarca.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia, pp. 215-217.

Material arqueológico:

Colectado a la vez que la inscripción depositada en el Museo del S.I.P a IVNIA ANTIQUA:

—Un fragmento de sigillata sud-gálica con marca ilegible.

—Un fragmento de sigillata sud-gálica «marmorata» de forma Drag. 15/17.

—Un fragmento de sigillata hispánica con decoración de círculos concéntricos.

—Cinco fragmentos de sigillata hispánica lisa sin forma determinable.

—Un fragmento de cerámica vidriada verde romana.

—Un fragmento de sigillata clara A de tipo tardío.

—Tres fragmentos de estuco rojo de revestimiento de paredes.

Yacimiento: **Cerro de San Cristóbal.**

Término Municipal: Sinarcas.

Poblado ibérico situado en un cerro de la planicie de Sinarcas, a unos 2 Km. de la población. En la falda del cerro se encuentran restos de construcciones romanas y fragmentos de mosaico. La cronología del período ibérico no está fijada. La romanización llega hasta el siglo V d.C.

Bibliografía:

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, p. 403.

E. Pingarrón (1981): *Estructuras de poblamiento rural romano entre los ríos Magro y Palancia.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia, p. 283.

E. Palomares (1981): *Sinarcas. Geo-historia, folklore, lenguaje y toponimia.* Valencia, p. 19.

J.M. Martínez García (1982): *Carta arqueológica de Utiel y su comarca.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata estampada gris con dibujo geométrico (fig. 2, n.º 19).

—Un fragmento de cerámica ibérica con decoración de círculos concéntricos.

Yacimiento: **Cerro de la Peladilla.**

Término Municipal: Fuenterrobles.

Poblado ibérico situado en la sierra de la Bicuerca, en un cerro alargado de 80 m. de altura sobre el llano. Cronología de la Edad del Bronce e ibérica.

Bibliografía:

E. Pla (1966): «Actividades del S.I.P. (1961-1965)». *A.P.L.*, XI p. 293.

D. Fletcher (1966): *La labor del S.I.P. y su Museo en el pasado año 1962.* Valencia, p. 16.

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, p. 405.

J.M. Martínez García (1982): *Carta arqueológica de Utiel y su comarca.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia, pp. 51-52 y 140-145.

Material arqueológico:

—Un fragmento de campaniense A de forma Lamboglia 36.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica pintada y sin pintar.

VINALOPÓ MITJÀ

Yacimiento: **Rambla del Vinalopó.**

Término Municipal: Montfort.

Restos arqueológicos hallados en la margen izquierda de la Rambla del Vinalopó, con construcciones formadas por grandes losas apoyadas en postes verticales. Podría tratarse de restos de unas termas.

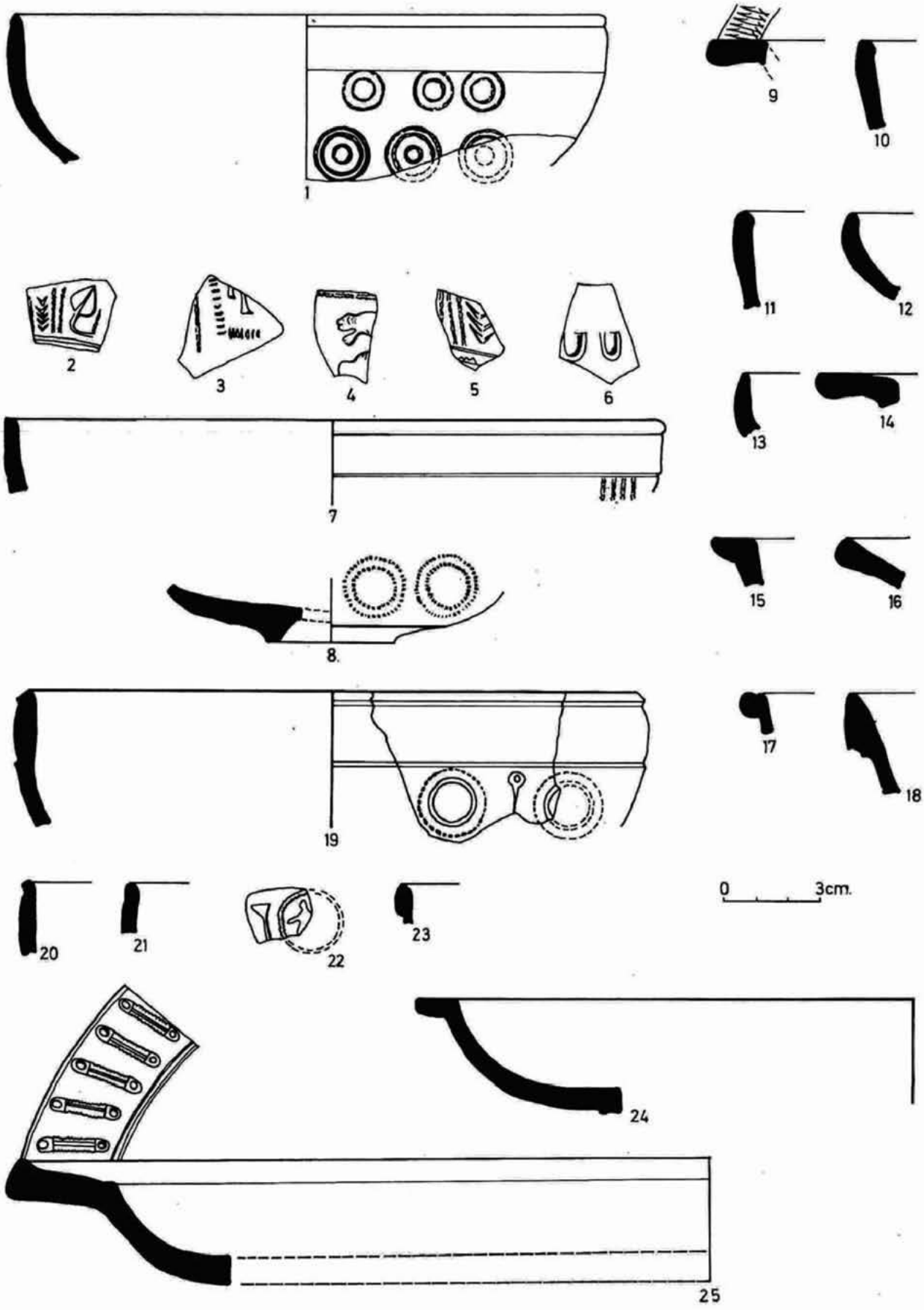


Fig. 3.— 1: Cova Negra de Marxuquera (Gandia). 2 a 18: Rafalany (Daimús). 19 a 24: Las Cambrillas (Cheste). 25: Benimuslem.

Bibliografía:

D. Fletcher (1952): «Una interesante construcción alicantina». *II C.N.A. (Madrid 1951)*, Zaragoza, pp. 171.

E. Pla (1946): «Actividades del S.I.P. (1929-1945)». *A.P.L.*, II, Valencia, p. 361.

R. Brotons Jover (1941): «Monumento Arqueológico de Monforte del Cid». *Saitabi*, n.º 13, Valencia, p. 31.

Material arqueológico:

—Un fragmento de campaniense B sin forma determinable.

—Un fragmento de sigillata aretina lisa sin forma determinable.

—Un fragmento de sigillata hispánica con decoración de círculos muy borrados.

—Un fragmento de sigillata hispánica lisa sin forma determinable.

—Varios fragmentos de cerámica indígena hecha a mano.

—Tres fragmentos de una misma lucerna romana tardía.

—Un fragmento de fusayola de barro.

—Un pondus de barro.

—Varios fragmentos de sílex.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica pintada con decoración geométrica.

LA SAFOR

Yacimiento: **Cova de l'Aigua.**

Término Municipal: Gandia.

Al E. de la Cova del Parpalló, entre ésta y la Cova del Llop, en una estribación que da al llano de Marxuquera se encuentra la Cova de l'Aigua, utilizada como cementerio colectivo en época Eneolítica.

Bibliografía:

J. Aparicio, V. Gurrea y S. Climent (1983): *Carta arqueológica de la Safor.* Instituto de Estudios Comarcales «Duque Real Alonso el Viejo», Ayuntamiento de Gandía, Arqueología, I, p. 191.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica con decoración típica de siglo IV, formada por grandes círculos (fig. 2, n.º 20).

Yacimiento: **Cova Negra de Marxuquera**

Término Municipal: Gandia.

Gruta de grandes proporciones (53 m. por 25 m.) situada en la ladera de la Falconera recayendo hacia la Marxuquera. Los sondeos realizados demostraron la existencia de cuatro ocupaciones. Las dos primeras con cerámicas campanienses sigillatas y las inferiores con materiales del Neolítico y Eneolítico.

Bibliografía:

J. Aparicio, V. Gurrea y S. Climent (1983): *Carta arqueológica de la Safor.* Instituto de Estudios Comarcales «Duque Real Alonso el Viejo», Ayuntamiento de Gandia, Arqueología, I, p. 191.

Material arqueológico:

—Dos fragmentos de sigillata hispánica de forma Drag. 37, con decoración en franjas de círculos cordados, dibujo tosco de molde muy gastado y barniz muy brillante que salta con facilidad (fig. 3, n.º 1).

—Varios fragmentos de sigillata hispánica sin forma determinable.

—Un fragmento de lucerna de volutas.

Yacimiento: **Rafalany.**

Término Municipal: Daimús.

Sin ficha ni bibliografía.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37 con decoración de círculos concéntricos de línea cortada. Pie estrecho y bajo correspondiente a formas tardías (fig. 3, n.º 8).

—Un fragmento de sigillata hispánica decorada con ruedecilla, quizás imitación de la forma Lamboliga 23 de la sigillata clara A (fig. 3, n.º 9).

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37, en el que sólo se aprecia el principio de la decoración de línea vertical ondulada (fig. 3, n.º 7).

—Cinco fragmentos de sigillata hispánica decorada con los siguientes motivos: metopas separadas por líneas onduladas y puntas de flecha, dentro de la metopa motivo vegetal (fig. 3, n.º 2); metopas separadas por medias lunas y figuras de animal en el interior (fig. 3, n.º 3); parte delantera de una leona o un tigre (fig. 3, n.º 4); líneas onduladas y puntas de flecha (fig. 3, n.º 5); ovas, con el dibujo poco cuidado (fig. 3, n.º 6).

—Nueve fragmentos de sigillata hispánica sin forma determinable.

—Dos fragmentos de sigillata clara A de forma Lamboglia 10 «a strice» (fig. 3, n.º 10 y 11).

—Dos fragmentos de sigillata clara A de forma Ritterling 8 (fig. 3, n.º 12 y 13).

—Dos fragmentos de sigillata clara D de forma Lamboglia 51 y 52 (fig. 3, n.º 14 y 15).

—Siete fragmentos de vasija romana común de fondo estriado.

—Un fragmento de vasija romana común de borde ahumado (fig. 3, n.º 16).

—Un fragmento de olla romana común con borde aplicado (fig. 3, n.º 17).

—Cuello de un ánfora pequeña (fig. 3, n.º 18).

—Numerosos fragmentos de cerámica romana común.

—Un aro de cerámica para apoyar vasijas para la cocción en el horno.

HOYA DE BUÑOL

Yacimiento: **Las Cambrillas.**
Término Municipal: Cheste.

Villa romana ubicada, en la actualidad, en unos campos cultivados de viñedos, en el borde del vallecito donde se asientan los edificios de la Universidad Laboral. En la superficie existen todavía restos de construcciones, muros de hormigón de un pequeño edificio rectangular, *tegulae* y cerámicas romanas (sigillata hispánica y clara A y D, fragmentos de ánforas y dolia). Una moneda de Marco Antonio Gordiano Pio.

Bibliografía:

E. Pingarrón (1981): *Estructuras de poblamiento rural romano entre los ríos Magro y Palancia.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia, pp. 158-160.

M.A. Vall (1966): «Poblamiento prehistórico de la comarca de Cheste». *Actas del I Congreso de Historia del País Valenciano.*

D. Fletcher (1968): *La labor del S.I.P. y su Museo en el pasado año 1966.* Valencia, p. 75.

P.P. Ripollés (1980): *La circulación monetaria en las tierras valencianas durante la antigüedad.* A.N.E., Barcelona.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37 con decoración de círculos cordados y de línea contínua, alternados con motivo vertical (fig. 3, n.º 19).

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37, decorado con círculo de línea ondulada y figura de una ave en el interior del mismo separado por motivo vertical (fig. 3, n.º 22).

—Dos fragmentos de sigillata hispánica de forma Drag. 37 (fig. 3, n.º 20 y 21).

—Dos fragmentos de sigillata hispánica sin forma determinable.

—Un fragmento de sigillata clara «lucente» decorada con ruedecilla.

—Un fragmento de cuenco de fondo estriado en cerámica romana común, de forma Vegas 7.

—Un fragmento de cerámica coún romana de «borde aplicado» (fig. 3, n.º 23).

—Un fragmento de plato de sigillata clara D de forma Lamboglia 52, con barniz interior y exterior. Seguramente se trata de una pieza estampada (fig. 3, n.º 24).

—Un fondo de ánfora romana.

CANAL DE NAVARRÉS

Yacimiento: **Los Pedregales.**
Término Municipal: Navarrés.

El yacimiento está situado en las proximidades de la Ereta del Pedregal y de las Fuentes, en la zona central del canal de Navarres. Se encontraron restos romanos, sigillatas y fragmentos de *doliae.* Dos ladrillos romboidales de pavimento romano en el S.I.P.

Bibliografía:

D. Fletcher (1977): *La labor del S.I.P. y su Museo en el pasado año 1976.* Valencia, pp. 68-69.

RIBERA ALTA

Yacimiento: **La Carència.**
Término Municipal: Torís.

Poblado ibérico junto al río Magro al S. de Torís. Su acceso es difícil con fuerte pendiente y en su interior se observan restos de viviendas, caminos con marcas de carriladas, murallas y una torre. Su cronología se inicia en el siglo IV a.C., se romaniza y llega hasta la Edad Media.

Bibliografía:

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, p. 444.

M. Gil-Mascarell (1975): «Resumen de las excavaciones realizadas en el poblado ibérico de la Carencia (Torís, Valencia)». *XIII C.N.A.*, Zaragoza, p. 693.

H. Bonet (1978): *Estudio de los recintos y fortificaciones en la Edetania y Contestania.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia, p. 59.

E. Pingarrón (1981): *Estructuras de poblamiento rural romano entre los ríos Magro y Palancia.* Tesis de Licenciatura, Universidad de Valencia, p. 163.

Material arqueológico:

—Dos fragmentos de campaniense B.

—Un fragmento de borde de vasija ibérica.

Yacimiento: **Benimuslem.**
Término Municipal: Benimuslem.

Sin ficha ni bibliografía.

Material arqueológico:

—Un fragmento de plato de 42 cm de diámetro, de sigillata estampada gris. Borde plano saliente con decoración de bastoncitos y cuentas (fig. 3, n.º 25).

RIBERA BAIXA

Yacimiento: **Alteret de la Vintivuitena.**
Término Municipal: Albalat de la Ribera.

El yacimiento se sitúa en el extremo N. de la población a ambos lados de la carretera de Sueca a Algemesí. Los restos de cerámica presentan una cronología muy amplia, desde el final del Bronce hasta época medieval, pasando por la cultura ibérica y la romanización.

Bibliografía:

D. Fletcher (1964): «Memoria de las actividades de la Delegación Provincial de excavaciones arqueológicas en colaboración con el S.I.P. de la Excma. Di-

putación Provincial durante el año 1962». *Not. Arq. Hisp.*, VI, Madrid, pp. 381-385.

D. Fletcher (1965): *La labor del S.I.P. y su Museo en el pasado año 1961.* Valencia.

A. Martínez (1984): *Carta arqueológica de la Ribera.* C.P. Lluís Vives, Alzira.

D. Serrano Várez (1987): «Yacimientos ibéricos y romanos de la Ribera (Valencia)». *A.C.V.*, secc. Arqueología y Prehistoria, n.º 12, Valencia.

Material arqueológico:

—Un fragmento de campaniense A, entre las formas de Lamboglia 30-32 (fig. 4, n.º 1).

—Un fragmento de fondo con pie de campaniense A, con roseta central en relieve (fig. 4, n.º 2). Ambos fragmentos de campaniense A son de tipo tardío.

—Dos fragmentos de campaniense B sin forma determinable.

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 29 con decoración de metopas separadas por líneas onduladas y medias lunas. Se aprecia parte de una metopa con la figura de un animal, seguramente un león (fig. 4, n.º 3).

—Dos pequeños fragmentos de sigillata hispánica decorada con círculos y motivos vegetales (fig. 4, n.º 4).

—Dos fragmentos de sigillata clara A, de forma Lamboglia 1.

—Un fragmento de sigillata clara A «a strice».

—Varios fragmentos de sigillata clara A sin forma determinable.

—Un fragmento de cerámica común romana de fondo estriado, forma Vegas 7.

—Un fragmento de cerámica común romana de borde ahumado.

—Un fragmento de lucerna romana de volutas.

—Dos fragmentos de cerámica gris ibérica de forma 36.

—Varios fragmentos de cerámica indígena moldeada a mano.

—Un fragmento de cerámica ibérica de forma semejante a la 21 de Lamboglia para la campaniense A, con decoración lineal interior y exterior.

—Diez fragmentos de cerámica ibérica pintada.

—Una pátera de cerámica gris ibérica de forma 36, imitando la misma forma de la campaniense A (fig. 4, n.º 5). Un fragmento semejante a la pátera anterior (fig. 4, n.º 6).

Yacimiento: **Punta de l'Illa.**
Término Municipal: Cullera.

Yacimiento romano situado en el Cabo de Cullera o Cap Blanc, a unos 7 km. de la población. Se colectaron grandes cantidades de materiales cerámicos, monedas romanas y visigodas, espátulas y cruces de bronce y una estatuilla de bronce representando a Baco. Existían estructuras arquitectónicas hoy completamente destruídas por las construcciones modernas. Su cronología se sitúa entre el siglo III y el V d.C.

Bibliografía:

D. Fletcher (1956): «Punta de l'Illa. Cullera (Valencia)». *Noticiario Arqueológico Hispánico,* III-IV, 1954-55, p. 288, noticia 970.

J. Aparicio y A. His (1977): *Las raíces de Cullera: Prehistoria y Protohistoria. El Museo Arqueológico.* D.H.A. Universidad de Valencia, Serie arqueológica n.º 3, Valencia.

A. Martínez (1984): *Carta arqueológica de la Ribera.* C.P. Lluís Vives, Alzira.

F. Mateu y Llopis (1972): «Bronces romanos imperiales y vándalos en l'Illa de Cullera». *A.P.L.*, XIII, Valencia.

E. Pla (1957): «Actividades del Servivio de Investigación Prehistórica (1946-1955)». *A.P.L.*, VIII, p. 207.

E. Pla (1960): «Actividades del Servicio de Investigación Prehistórica (1956-1960)». *A.P.L.*, IX, p. 10.

Material arqueológico:

El material que a continuación relacionamos procede en su mayoría de las prospecciones realizadas por Enrique Pla en la década de los 60 y las realizadas posteriormente por A. His.

Prospección E. Pla:

—Un fragmento de campaniense B con decoración a ruedecilla.

—Un fragmento de sigillata clara «lucente» con decoración a ruedecilla.

—Dos fragmentos de sigillata clara D, formas Lamboglia 1 y 55 (fig. 4, n.º 10 y 11).

—Un fragmento de borde de ánfora romana (fig. 4, n.º 12).

—Un borde de anforita romana (fig. 4, n.º 13).

—Un fragmento de sigillata clara D estampada con motivo vegetal (fig. 4, n.º 14).

—Un fragmento de sigillata clara D con decoración de ruedecilla en el borde (fig. 4, n.º 15).

—Varios fragmentos sin forma de objetos de bronce y de hierro.

Habitación 2:

—Fondo de ungüentario de vidrio (fig. 4, n.º 17).

—Borde de un cuenco de vidrio (fig.4, n.º 16).

—Fragmentos de monedas de bronce muy deterioradas e inclasificables de tipo constantiniano.

—Un fragmento de placa de bronce.

—Fragmentos de un objeto inidentificable de placa de bronce muy fina.

Sector A:

—Dos fragmentos de campaniense B sin forma determinable.

—Un fragmento de campaniense B, forma Lamboglia 5.

—Un fragmento de sigillata clara D de forma Lamboglia 24/25.

—Un fragmento de sigillata clara D estampada con ruedecilla.

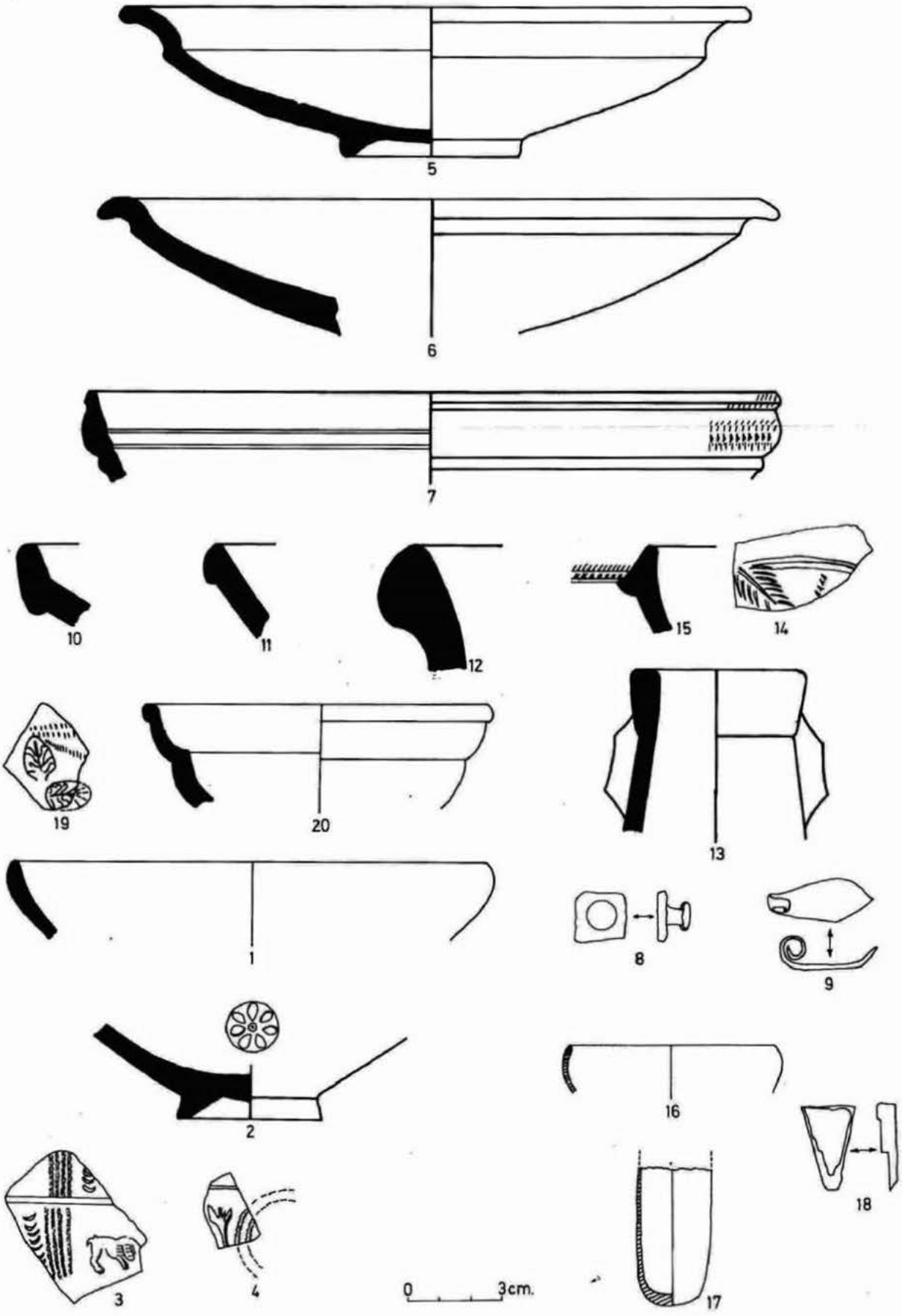


Fig. 4.— 1 a 7: Alteret de la Vintivuitena (Albalat de la Ribera). 8 a 18: Punta de l'Illa (Cullera). 19 y 20: Font de la Figuera.

—Un fragmento de lucerna tardo-romana.

—Numerosos fragmentos de vidrio, de bronce y de hierro.

Habitación 1a:

—Una vértebra de pescado.

—Un fragmento de cerámica romana común sin forma identificable.

—Un fragmento de objeto de bronce.

—Cinco pequeños fragmentos de lámina de bronce.

—Tres tiras de plomo informes.

—Varios fragmentos de objeto inclasificable de hierro, formado por un disco del que salen cuatro vástagos.

—Diez fragmentos de varillas planas.

—Fragmentos de placas de bronce.

Prospección de A. His:

—Dos Fragmentos de campaniense B sin forma identificable.

—Un fragmento de sigillata sud-gálica sin forma identificable.

—Un pasador o botón de bronce (fig. 4, n.° 8).

—Fragmentos informes de bronce.

—Clavos de hierro.

—Una vara perforada de plomo.

—Una espátula de bronce (fig. 4, n.° 9).

Yacimiento: **Ladera de «El Castell».**

Término Municipal: Cullera.

Poblado situado en la ladera S.W. de la montaña, próximo al barrio de San Antonio. Cronología entre el siglo I a.C. y III d.C.

Bibliografía:

J. Aparicio y A. His (1977): *Las raíces de Cullera: Prehistoria y Protohistoria. El Museo Arqueológico.* D.H.A. Universidad de Valencia, Serie arqueológica n.° 3, Valencia.

A. Martínez (1984): *Carta arqueológica de la Ribera.* C.P. Lluís Vives, Alzira.

E. Pla (1966): «Actividades del Servicio de Investigación Prehistórica (1961-1965)». *A.P.L,* XI, pp. 77-78.

E. Pla (1967): «Investigación arqueológica en el Castell de Cullera». *Programa de fiestas del Castillo de Cullera.*

E. Pla (1972): «Actividades del Servicio de Investigación Prehistórica (1966-1970)». *A.P.L.*, XIII, pp. 282-284.

Material arqueológico:

—Un fragmento de cerámica ática.

—Un fragmento de campaniense sin forma determinable.

—Boca de jarrito oinochoe de cerámica común.

Yacimiento: **Cova del Bou Pintat.**

Término Municipal: Cullera.

Sin ficha ni bibliografía.

Material arqueológico:

—Dos fragmentos de ánfora romana.

—Varios fragmentos de cerámica romana común.

—Dos asas de ánfora romana.

LA COSTERA

Yacimiento: **Alrededores de «El Puig».**

Término Municipal: Xàtiva.

El Puig es un montículo de 307 m. sobre el nivel del mar situado al N.E. de Xàtiva. En su parte más alta se documenta la existencia de un poblado de la Edad del Bronce. Al pie del cerro pasa el río Albaida. En los campos de alrededor existen restos de materiales ibero-romanos.

Bibliografía:

D. Fletcher (1971): *La labor del S.I.P. en el pasado año de 1960.* Valencia, p. 85.

Material arqueológico:

—Fondo de un ánfora romana.

—Diversos fragmentos sin forma determinable de cerámica común romana e ibérica.

Yacimiento: **Cerrillo inmediato al «Àngel».**

Término Municipal: Font de la Figuera.

El Àngel es un poblado ibérico con una necrópolis. En el cerrillo próximo situado a la izquierda de la carretera de Font de la Figuera a Caudete a la altura del Km. 3, se han encontrado cerámicas romanas.

Bibliografía:

J. Montesinos (1982): «Arqueologia ibèrica a la comarca de la Costera». *La Bastida. 50 aniversari declaració monument històric-artístic nacional (1931-81),* Diputació de València, Moixent.

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia.

Material arqueológico:

—Dos fragmentos de campaniense B, uno con decoración de palmetas sueltas (fig. 4, n.° 19).

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 27 (fig. 4, n.° 20).

Yacimiento: **Casa Perot.**

Término Municipal: Barxeta.

Poblado situado en la ladera N. del monte Requena. Actualmente está plantado de naranjos y al realizarse trabajos agrícolas se encontraron restos del poblado y un silo.

Bibliografía:

D. Fletcher (1951): *La labor del S.I.P. y su Museo en el pasado año 1950.* Valencia, p. 29.

J. Montesinos (1982): «Arqueologia ibèrica a la comarca de la Costera». *50 aniversari declaració monument històric-artístic nacional (1931-81),* Diputació de València, Moixent, p. 69.

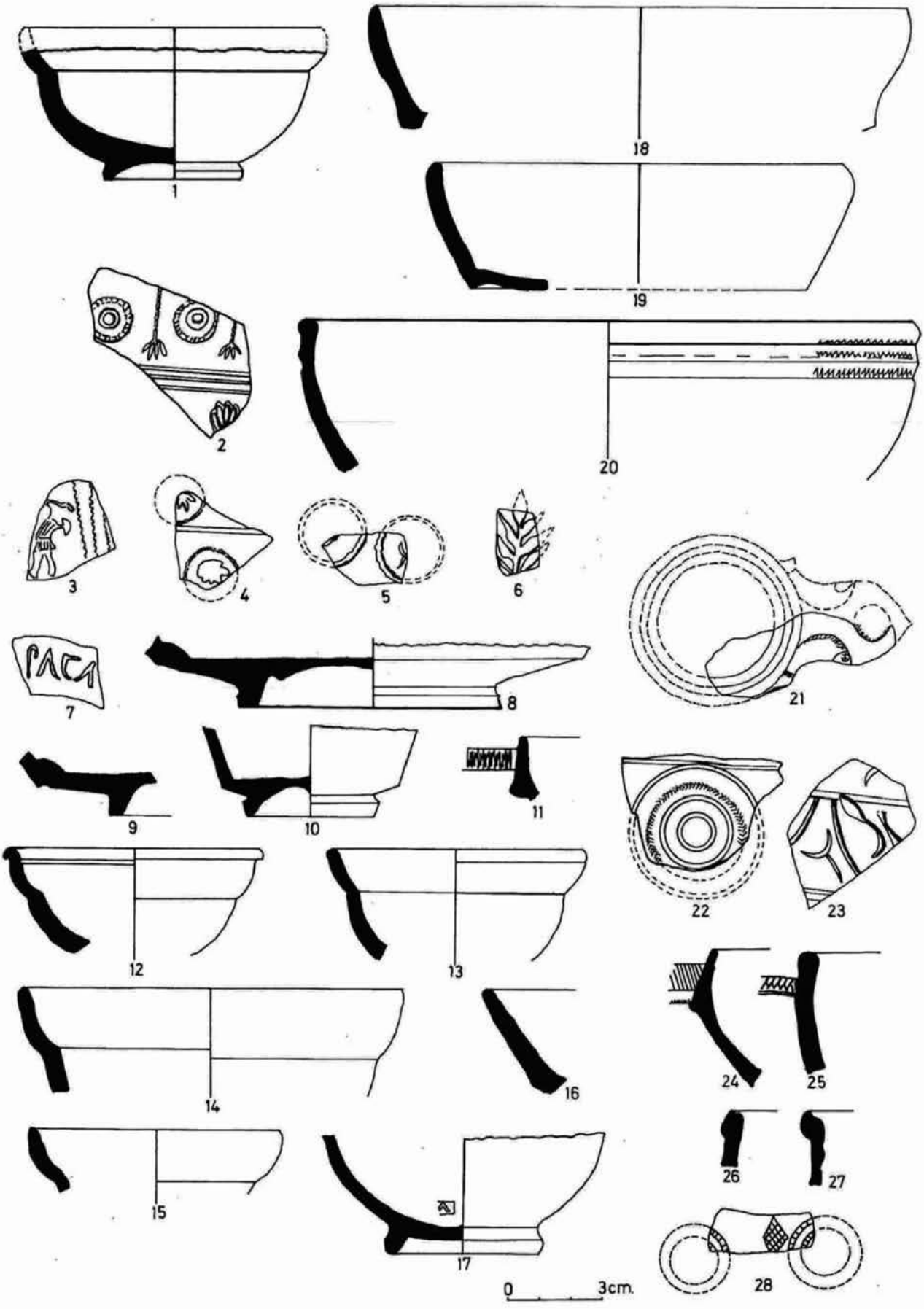


Fig. 5.— 1 y 2: Aielo de Malferit. 3 a 21: Xartet (Castelló de Rugat). 22 a 28: Altet del Camí de Bèlgida (Atzeneta d'Albaida).

E. Llobregat (1967): *La Contestania ibérica.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia. Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante, 1972.

Material arqueológico:

—Un ungüentario de vidrio azul con decoración en blanco del tipo «millefiori» (lám. I, 1). En el mismo yacimiento fue colectada también cerámica campaniense y un anillo de oro actualmente destruido.

Yacimiento: **Ermita dels Sants de la Pedra.**

Término Municipal: Alcúdia de Crespins.

Ermita situada en una colina al W. de la población y en la vertiente derecha del río Sants. En las laderas aparecen cerámicas ibéricas, romanas y moriscas.

Bibliografía:

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, p. 509.

Material arqueológico:

—Varios fragmentos de sigillata hispánica sin forma determinable.

—Varios fragmentos de cerámica romana común.

LA VALL D'ALBAIDA

Yacimiento: **Aielo de Malferit.**

Término Municipal: Aielo de Malferit.

Campos situados en las proximidades de Albaida donde se encuentran restos de una villa romana destruida por las labores agrícolas. En la superficie se encuentran sigillatas de diversos tipos.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 27 (fig. 5, n.º 1).

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37, con decoración de círculos cordados concéntricos alternados con motivos verticales rematados por una flor de cuatro pétalos. En la franja inferior palmeta (fig. 5, n.º 2).

Yacimiento: **Alt de la Perdiu.**

Término Municipal: Castelló de Rugat.

Campos cultivados que se encuentran en el límite del término municipal de Castelló de Rugat y en los que existen restos de una villa romana muy destruida por las labores agrícolas. Fueron colectadas cerámicas sigillatas hispánica y claras A y D y una moneda de Constantino.

Bibliografía:

E. Pastor Alberola (1973): *Castellón de Rugat. Estudio Histórico-Geográfico.* Diputación Provincial y Ayuntamiento de Castellón de Rugat, p. 142.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 36 con barbotina en el borde.

—Un fragmento de sigillata clara A de forma Lamboglia 10 «a strice».

—Varios fragmentos de sigillata clara D sin forma determinable.

Yacimiento: **Xarxet.**

Término Municipal: Castelló de Rugat.

En unos campos cultivados aparecieron restos de una probable villa rústica romana, muy degradada por las labores agrícolas.

Bibliografía:

E. Pastor Alberola (1973): *Castellón de Rugat. Estudio Histórico-Geográfico.* Diputación Provincial de Valencia y Ayuntamiento de Castellón de Rugat, p. 142.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37 en el que se aprecia la figura de un guerrero o gladiador vestido con túnica corta y *trábea* o *clámide* cruzándole el pecho. En la mano izquierda lleva una *pelta* vista de perfil. La figura aparece dentro de una metopa formada por tres líneas verticales onduladas (fig. 5, n.º 3).

Sigillata hispánica:

—Dos fragmentos de forma Drag. 37 con decoración de círculos de línea ondulada y motivo floral en el interior (fig. 5, n.º 4 y 5).

—Dos fragmentos con motivos vegetales (fig. 5, n.º 6).

—Un fragmento de pie de forma Drag. 15/17 con grafito PACA (fig. 5, n.º 7).

—Ocho fragmentos de forma Drag. 15 (fig. 5, n.º 8 y 9).

—Dos fragmentos de forma Drag. 46 (fig. 5, n.º 10).

—Un fragmento de forma Drag. 24/25 (fig. 5, n.º 11).

—Diez fragmentos de forma Drag. 27 (fig. 5, n.º 12 a 15).

—Un fragmento de forma Drag. 18 (fig. 5, n.º 16).

—Pie de forma Ritt. 8 con marca ilegible (fig. 5, n.º 17).

—Siete fragmentos de forma no determinada.

—13 fragmentos de pies de vasos.

—41 fragmentos sin forma determinable.

—Un fragmento de sigillata clara A de forma Lamboglia 2. Variante que tiende a la forma de cuenco perdiendo la carena (fig. 5, n.º 20).

—Dos fragmentos de sigillata clara A de forma Lamboglia 10 (fig. 5, n.º 18 y 19).

—Fragmento de copita de cerámica romana común de forma semejante a la Drag. 24/25.

—Fragmento de lucerna de volutas con pasta y barniz rojo de fina calidad, tipo de época Tiberio-Claudio (fig. 5, n.º 21).

—Varios fragmentos de cerámica pintada con motivos geométricos.

Yacimiento: **Partida de l'Ofra.**

Término Municipal: Castelló de Rugat.

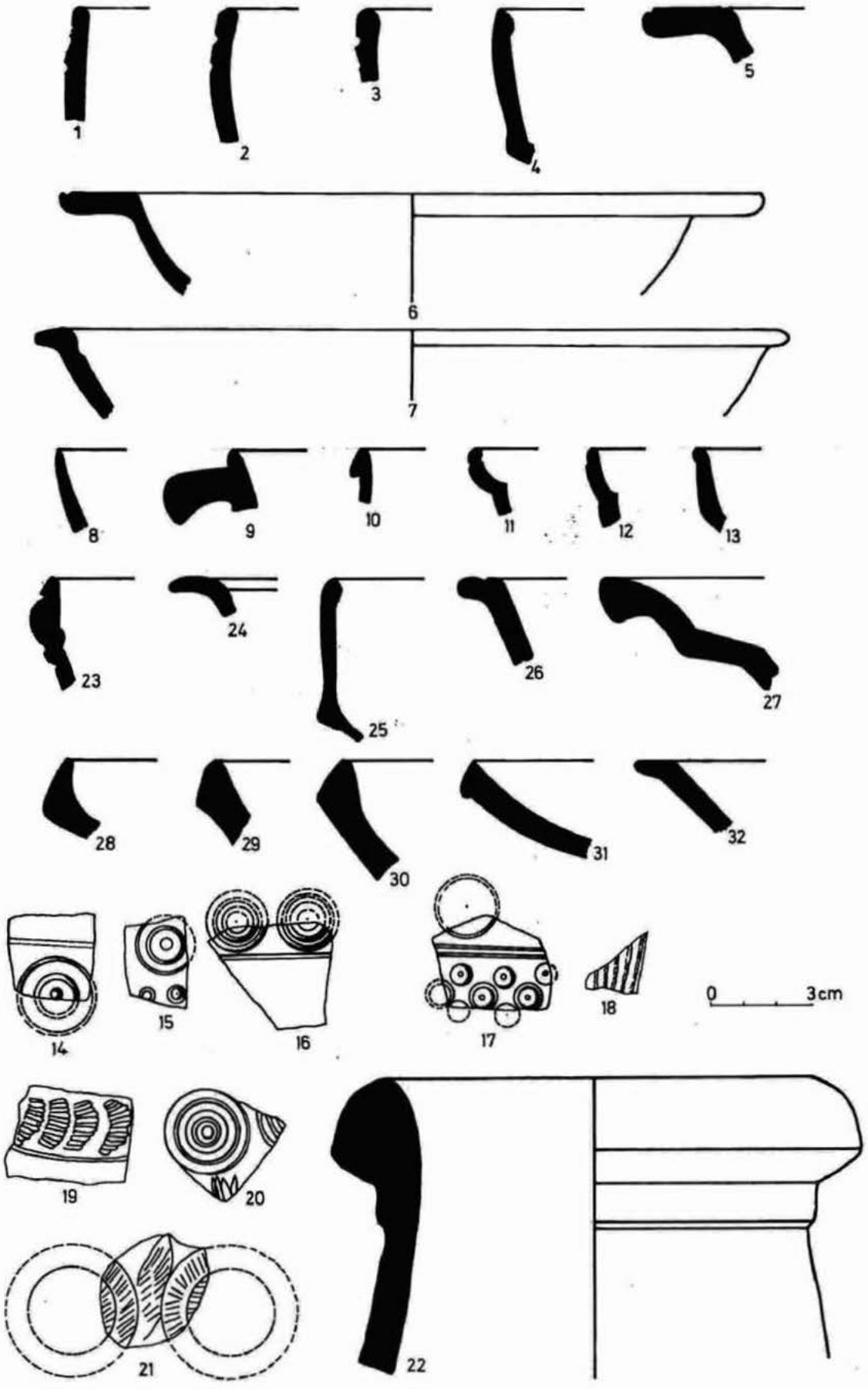


Fig. 6.— 1 a 13: Camí de la Pedrera de Benipri (Bèlgida). 14 a 32: El Tossalet (Carrícola).

A la izquierda de la carretera de Albaida a Gandía y a la altura del Km. 11 existen restos de una villa rústica romana destruida por los trabajos agrícolas.

Bibliografía:

E. Pastor Alberola (1973): *Castellón de Rugat. Estudio Histórico-Geográfico.* Diputación Provincial y Ayuntamiento de Castellón de Rugat, p. 138.

Material arqueológico:

—Un fragmento de pie de copa de sigillata hispánica.

—Un fragmento de sigillata clara «lucente».

—Un fragmento de sigillata clara A de forma Lamboglia 36.

—Varios fragmentos de sigillata clara A sin forma determinable.

—Varios fragmentos de sigillata clara D sin forma determinable.

—Un fragmento de sigillata clara D estampada.

Yacimiento: **La Torre.**

Término Municipal: Castelló de Rugat.

Campos situados en la finca del mismo nombre en el km. 10 de la carretera comarcal Gandía-Almansa. Cerámicas ibéricas, restos de un silo y sigillatas claras en la superficie.

Ficha en el S.I.P. sin bibliografía.

Material arqueológico:

—Un borde de sigillata hispánica de forma Drag. 27.

—Tres fragmentos de sigillata clara A, forma Lamboglia 10.

—Un fragmento de cuenco de cerámica común romana.

Yacimiento: **Altet del Camí de Bèlgida.**

Término Municipal: Atzeneta d'Albaida.

El yacimiento se encuentra en un pequeño altozano en el camino que une Bèlgida con Atzeneta hasta la senda que separa los términos de Atzeneta y Carrícola. En la superficie se recogen restos de piedras de moler, cerámica ática, gris ampuritana, ibérica lisa y decorada, sigillata hispánica y clara, fragmentos de *doliae* y *pondus.*

Bibliografía:

I. Ballester (1945): «Notas prehistóricas varias». *A.P.L.*, II, Valencia, p. 332.

M. Gil-Mascarell (1966): «Yacimientos del Valle de Albaida (Valencia)». *IX C.N.A. (Valladolid, 1965),* Zaragoza, p. 103.

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, pp. 567-568.

Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica decorada con círculos concéntricos de línea continua y uno de punta de flecha (fig. 5, n.º 22).

—Un fragmento de sigillata hispánica decorada con cenefa vegetal (fig. 5, n.º 23).

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 24/25 (fig. 5, n.º 24).

—Un fragmento de sigillata clara A de forma Lamboglia 2 (fig. 5, n.º 25).

—Varios fragmentos sin forma determinable de sigillata hispánica y de clara A.

—Un fragmento de sigillata clara «lucente».

—Un fragmento de sigillata clara D estampada con motivos geométricos de círculos y rombos (fig. 5, n.º 28).

—Dos fragmentos de cerámica romana común de «borde aplicado» (fig. 5, n.º 26 y 27).

—Numerosos fragmentos de cerámica romana común.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica pintada.

—Un *pondus* de cerámica.

Yacimiento: **Camí de la Pedrera (Beniprí).**

Término Municipal: Bèlgida.

Yacimiento situado al E. del Camí de la Pedrera, entre los caminos que van a la partida de Alfogàs y la Pedrera. En la superficie restos ibéricos y romanos.

Bibliografía:

M. Jornet (1932): *Bélgida y su término municipal.* Valencia, p. 419.

M. Jornet (1945): «Prehistoria de Bélgida». *A.P.L.,* II, Valencia, p. 264.

M. Gil-Mascarell (1966): «Yacimientos del Valle de Albaida (Valencia)». *IX C.N.A. (Valladolid, 1965),* Zaragoza, p. 103.

M. Jornet (1973): *Bélgida y su término municipal.* Valencia, p. 421.

M. Gil-Mascarell (1971): *Yacimientos ibéricos de la región valenciana: estudio de poblamiento.* Tesis Doctoral, Universidad de Valencia, pp. 567-568.

Material arqueológico:

Sigillata hispánica:

—Un fragmento de forma Drag. 27.

—Un fragmento de forma Drag. 15/17.

—Un fragmento de forma Drag. 18.

—Un fragmento de forma Ritt. 8.

—Seis fragmentos de forma indeterminable.

Sigillata sud-gálica:

—Varios fragmentos sin forma determinable.

Sigillata Clara A:

—Cuatro fragmentos de forma Lamboglia 2 (fig. 6, n.º 1, 2, 3).

—Dos fragmentos de forma Lamboglia 3.

—Tres fragmentos de forma Lamboglia 23 (fig. 6, n.º 5 y 6).

—Un fragmento de una variante de la forma Lamboglia 23 (fig. 6, n.º 7).

—Cuatro fragmentos de forma Lamboglia 10 «a strice» (fig. 6, n.º 4).

—Un fragmento de forma Lamboglia 24.

—Varios fragmentos sin forma determinable.

—Toda esta cerámica perteneciente a formas de sigillata clara A, presentan un barniz rojo obscuro y pasta porosa rojo

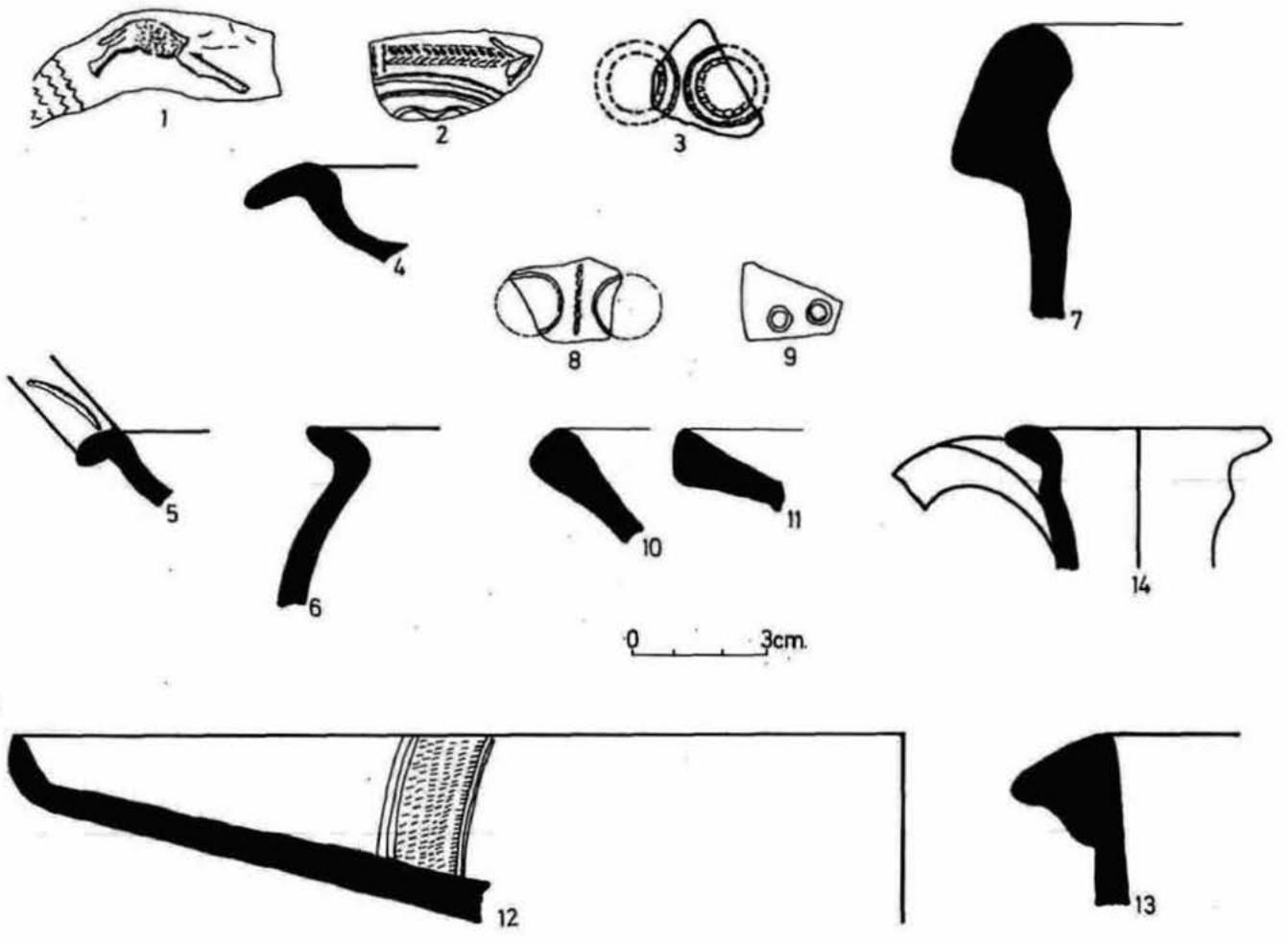


Fig. 7.— 1 a 6: Partida de Simona (Quatretonda). 7: Finca Buenavista (L'Olleria). 8 a 11: Sant Antoni (Pego). 12 y 13: Segària (Benimeli). 14: Llocs del Salvador (Sella).

ladrillo, o sea que ni por la pasta ni por el barniz corresponden al prototipo de la sigillata clara A, pero sí corresponden las formas. Debe tratarse de una fábrica local que imita las formas de la clara A. La técnica de cocción y de aplicación del barniz es cuidadosa.

—Un fragmento de sigillata clara C de forma lamboglia 40 (fig. 6, n.º 8).

—Varios fragmentos de clara C de forma indeterminable.

—Un fragmento de sigillata clara C de forma Lamboglia 24/25 (fig. 6, n.º 9).

—Dos fragmentos de sigillata clara D con barniz interior muy grueso, sin forma determinable.

—16 fragmentos de cerámica ibérica pintada.

Yacimiento: **Camí de la Pedrera (Beniprí).**

Lote de cerámicas procedentes de otra prospección en el mismo yacimiento:

—Un fragmento de borde de sigillata aretina de forma Haltern 7 (fig. 6, n.º 10).

—Dos fragmentos de sigillata aretina sin forma determinable.

—Tres fragmentos de sigillata sud-gálica de forma Drag. 27 (fig. 6, n.º 11).

—Un fragmento de sigillata sud-gálica de forma Drag. 30.

—15 fragmentos de sigillata sud-gálica de forma indeterminable.

—Un fondo de copita con marca ilegible, de sigillata sud-gálica.

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 27 (fig. 6, n.º 12).

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 18 (fig. 6, n.º 13).

—Varios fragmentos de sigillata hispánica de forma indeterminable.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica pintada.

—Varios fragmentos de fondos de ánforas.

Yacimiento: **El Tossalet (Carrícola).**

Término Municipal: Bèlgida.

Yacimiento situado a 600 m. de altura sobre el nivel del mar al N. de Bèlgida. En 1916 fueron localizadas

construcciones al parecer romanas, destruidas al roturar los campos. En 1928 aparecieron nuevos restos, esta vez ibéricos, en la vertiente E. de la loma, frente al antiguo corral de Aracil. En 1967 se visitó el lugar y fueron colectadas cerámicas en la superficie.

Bibliografía:

M. Jornet (1932): *Bélgida y su término municipal.* Valencia, p. 419.

M. Jornet (1945): «Prehistoria de Bélgida». *A.P.L.*, II, Valencia, p. 261.

D. Fletcher (1957): «Toneles cerámicos ibéricos». *A.P.L.*, VI, Valencia, p. 122.

M. Gil-Mascarell (1966): «Yacimientos del Valle de Albaida (Valencia)». *IX C.N.A. (Valladolid, 1965)*, Zaragoza, p. 103.

M. Jornet (1973): «Bélgida y su término municipal. Valencia, p. 417.

Material arqueológico:

—Tres fragmentos de sigillata sud-gálica de forma Drag. 24/25.

—Tres fragmentos de sigillata sud-gálica de forma Drag. 27.

—Un fragmento de sigillata sud-gálica de forma Drag. 18.

—Un fragmento de sigillata sud-gálica de forma Drag. 15/17.

—Cinco fragmentos de sigillata hispánica decorada con motivos de círculos concéntricos (fig. 6, n.º 14 a 17).

—Un fragmento de sigillata hispánica decorada con líneas verticales onduladas (fig. 6, n.º 18).

—Dos fragmentos de sigillata clara «lucente».

—Dos fragmentos de sigillata clara D estampada con círculos y cenefa (fig. 6, n.º 19 y 20).

—Un fragmento de sigillata hispánica con decoración de grandes círculos típica del siglo IV (fig. 6, n.º 21).

—Cuello de ánfora de forma Dressel 20 (fig. 6, n.º 22).

Otro conjunto del mismo yacimiento:

—Un fragmento de sigillata aretina de forma Ritt. 1 o Drag. 15.

—Tres fragmentos de sigillata sud-gálica de forma Drag. 27.

—Cinco fragmentos de sigillata sud-gálica de forma Drag. 18.

—Un fragmento de sigillata sud-gálica de forma Ritt. 8.

—Cinco fragmentos de sigillata sud-gálica de forma Drag. 15/17.

—24 fragmentos de sigillata hispánica sin forma determinable.

—Un fondo de plato de sigillata hispánica con grafito E.

—Tres fragmentos de sigillata clara A de forma Lamboglia 1 (fig. 6, n.º 23).

—Un fragmento de sigillata clara A de forma Lamboglia 23.

—Un fragmento de sigillata clara A de forma Lamboglia 35 sin barbotina (fig. 6, n.º 24).

—Dos fragmentos de sigillata clara de forma Lamboglia 10 «a strice» (fig. 6, n.º 25).

—Dos fragmentos de sigillata clara «lucente», uno de ellos decorado con ruedecilla.

—Ocho fragmentos de sigillata clara D de forma Lamboglia 42 (fig. 6, n.º 27).

Dos fragmentos de sigillata clara D de forma Lamboglia 53 (fig. 6, n.º 31).

—Tres fragmentos de sigillata clara D de forma Lamboglia 54 (fig. 6, n.º 28 a 30).

—Dos fragmentos de sigillata clara D de forma Lamboglia 51, variantes.

—Varios fragmentos de sigillata clara D entre las formas 51-52.

—Varios fragmentos de sigillata clara D sin forma determinable.

—Dos fragmentos de sigillata clara D estampada.

—Gran cantidad de cerámica ibérica pintada con decoración geométrica.

—Un fragmento de cerámica morisca con decoración estampada.

—Numerosos fragmentos de cerámica común romana.

—Un fragmento de pasta vítrea.

Yacimiento: **Partida de Simona.**

Término Municipal: Quatretonda.

Yacimiento situado cerca del término municipal con Pobla del Duc donde se encontraron restos de enterramientos y de silos.

Ficha del S.I.P. sin bibliografía.

Material arqueológico:

—Dos fragmentos de sigillata hispánica de forma Drag. 37, con decoración de círculos y cenefa vegetal (fig. 7, n.º 2 y 3).

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Drag. 37, con decoración representando la figura de un animal (perro?) corriendo (fig. 7, n.º 1).

—Un fragmento de sigillata clara A de forma Lamboglia 36 (fig. 7, n.º 4).

—Un fragmento de sigillata hispánica de forma Lamboglia 35 con barbotina (fig. 7, n.º 5).

—Un fragmento de vasija común romana (fig. 7, n.º 6).

—Varios fragmentos de ánforas y de vasijas romanas.

Yacimiento: **Finca Buenavista.**

Término Municipal: L'Olleria.

En la carretera de Ontinyent a Valencia y frente a la finca llamada Buenavista aparecieron cerámicas y vidrios romanos.

Ficha del S.I.P. sin bibliografía.

Material arqueológico:

—Fragmentos de fondos y asas de ánforas romanas.

—Un borde de ánfora (fig. 7, n.º 7).

MARINA ALTA

Yacimiento: **Castell d'Ambra.**
Término municipal: Pego.

Fortaleza construida en época árabe de la que quedan restos de la muralla. Situada en una colina al S. de Pego, guardaba el acceso al Valle de Ebo. En sus inmediaciones se encuentran restos de cerámicas de la Edad del Bronce, ibéricas, romanas y medievales.

Bibliografía:

E. Beüt Belenguer (1973): *Gran Enciclopedia de la Región Valenciana,* T.I.

Material arqueológico:

—Varios fragmentos de cerámica común romana y de ánforas romanas.

Yacimiento: **Sant Antoni.**
Término Municipal: Pego.
Sin ficha ni bibliografía.
Material arqueológico:

—Un fragmento de sigillata hispánica decorada con círculos cordados separados por motivo vertical también cordado (fig. 7, n.º 8).

—Un fragmento de sigillata clara A de forma Lamboglia 2.

—Dos fragmentos de sigillata clara «lucente» con decoración de ruedecilla, sin forma determinable.

—Dos fragmentos de sigillata clara D.

—Un fragmento de sigillata clara D estampada con pequeños círculos (fig. 7, n.º 9).

—Varios fragmentos de cerámica romana común.

—Dos fragmentos de cerámica común de tipo de «borde ahumado» (fig. 7, n.º 10 y 11).

—Un asa de lucerna de disco sin barniz.

Yacimiento: **Segària.**
Término municipal: Benimeli.
Sin ficha ni bibliografía.
Material arqueológico:

—Un fragmento de campaniense A sin forma determinable.

—Tres fragmentos de campaniense B sin forma determinable.

—Un fragmento de campaniense B de forma Lamboglia 5, con ruedecilla en el fondo (fig. 7, n.º 12).

—Un fragmento de campaniense de tipo tardío con el barniz rojo vino.

—Un borde de ánfora romana de forma Dressel I-II (fig. 7, n.º 13).

—Varios fragmentos de cerámica ibérica pintada y de ánforas ibéricas.

—Cinco pondus de cerámica de 11,2×9,8×2,5 cm.

Yacimiento: **Cova del Montgó.**
Término Municipal: Xàbia.

Cueva situada en una de las estribaciones meridionales del Montgó, próxima al Cap de Sant Antoni. Forma un gran vestíbulo de 100 por 65 metros seguida de un pasillo que lleva al recinto interior. En 1964 fue excavada en parte por M. Tarradell con la colaboración de Matilde Tarradell, Gabriela Martín y Ana Salvá. La ocupación mayor es de la Edad del Bronce, con un periodo Neolítico y enterramientos eneolíticos.

Bibliografía:

A. Salvá (1966): «Material cerámico de la Cueva del Montgó (Jávea) en la Provincia de Alicante». *IX C.N.A. (Valladolid, 1965)*, Zaragoza, pp. 92-99.

E. Pla (1966): «Actividades del S.I.P. (1961-1965)». *A.P.L.*, XI, pp. 275-328.

Material arqueológico:

—16 fragmentos de campaniense B.

—Varios fragmentos de cerámica común romana.

MARINA BAIXA

Yacimiento: **Penyal d'Ifach.**
Término Municipal: Calp.

Restos de un poblado del que se conservan estructuras a media ladera. Existe un baluarte romano de época bajo-imperial y trazado de la muralla musulmana. La cronología abarca desde la Edad del Bronce, ibérica, romana, medieval e islámica. La cronología del poblado ibérico va desde el siglo V a.C. hasta el I a.C.

Bibliografía:

C. Aranegui (1987): «Peñón de Ifach». *Arqueología en Alicante 1976-1986.* Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante, p. 53.

Material arqueológico:

Existe en el S.I.P. un lote de fragmentos de campaniense B, ánforas romanas, cerámica común romana y cerámica ibérica pintada.

Yacimiento: **Llocs del Salvador.**
Término Municipal: Sella.
Sin ficha ni bibliografía.

En un lugar denominado Llocs del Salvador, a unos 250 m. del mar, existen hoyos de 1,50 de profundidad, con bóvedas y estrechos pasillos de hormigón. Noticia proporcionada por D. Carmelo Giner, de Pego.

Material arqueológico:

—Varios fragmentos de fondos y asas romanas.

—Varios fragmentos de vasos comunes romanos.

—Un cuello de olpe con arranque del asa (fig. 7, n.º 14).

Yacimiento: **Cap de Moraira.**
Término Municipal: Teulada.

Poblado ibérico situado en el Cabo de Moraira al N. de la población. Hoy totalmente desmantelado.

Material arqueológico:

—Cuatro fragmentos de campaniense B.

—Varios fragmentos de cerámica ibérica.

Yacimiento: **Tossal de la Torre de la Creu.**

Término Municipal: la Vila Joiosa.

Yacimiento situado en la partida de les Xanxelles, al N. de la población, sobre el cerrillo llamado Torre de Baix que dista 100 m. de la margen izquierda del barranco de Amadorio. Se conserva parte de la muralla y se han encontrado restos púnicos, ibéricos y romanos. Entre los romanos murallas, termas, estucos, mosaicos y cerámicas. La cronología es desde la época ibérica hasta la primera mitad del siglo IV d.C.

Bibliografía:

J. Belda Domínguez (1946): «Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Nuevos ingresos procedentes del Castillo de Torre de la Cruz (Villajoyosa)». *Memoria de los Museos Arqueológicos Provinciales,* n.º VII, Madrid.

J. Belda Domínguez (1947): *Ibid.,* n.º VIII.

J. Belda Domínguez (1948-49): *Ibid.,* n.º IX-X, p. 167.

Material arqueológico:

—Siete fragmentos de yeso moldeado (láms. II y III).

—Un fragmento de moldura de mármol (lám. II).

—Un fragmento de mosaico en el que se aprecia un dibujo formando guirnalda (lám. IV).

NOTAS

1 G. Martín y M. Gil-Mascarell: «La romanización en el campo de Liria». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia,* n.º 7, Universidad de Valencia, 1969, pp. 1-32.

2 G. Martín: *DIANIVM. Arqueología romana de Denia.* Instituto de Estudios Romanos, Institución Alfonso el Magnánimo, Diputación Provincial de Valencia, 1970.

G. Martín: *La supuesta colonia griega de Hemeroskopeion. Estudio arqueológico de la zona Denia-Jávea.* Papeles del laboratorio de Arqueología de Valencia, n.º 3, Universidad de Valencia, 1968.

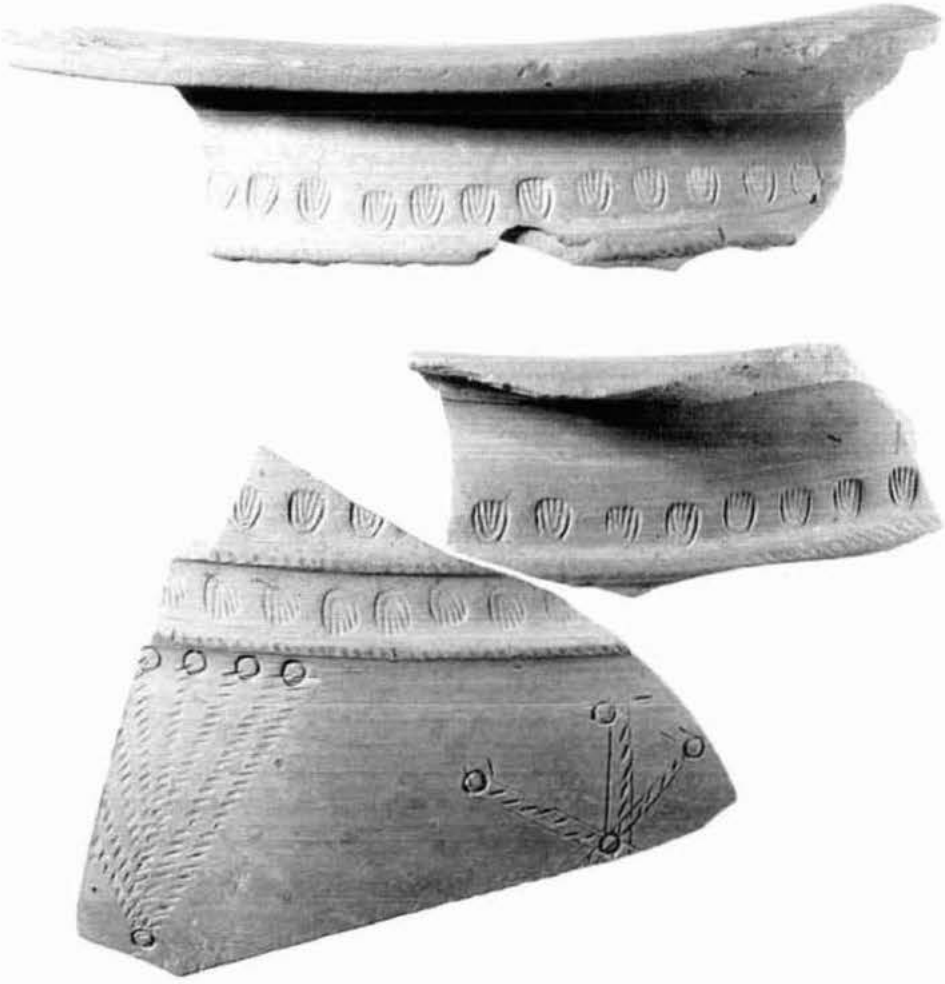
3 E. Pla: «DINIU: una ciudad ibérica inexistente». *saitabi.* XIX, 1969, pp. 11-21.

4 G. Martín y M.D. Serres: *La factoría de Punta del Arenal y otros restos romanos de Jávea.* Trabajos Varios del SIP, n.º 38, Valencia, 1970.

5 M. Tarradell: *La romanización del País Valenciano. (Carta Arqueológica de yacimientos romanos y ensayo de interpretación histórica).* Barcelona, 1967.

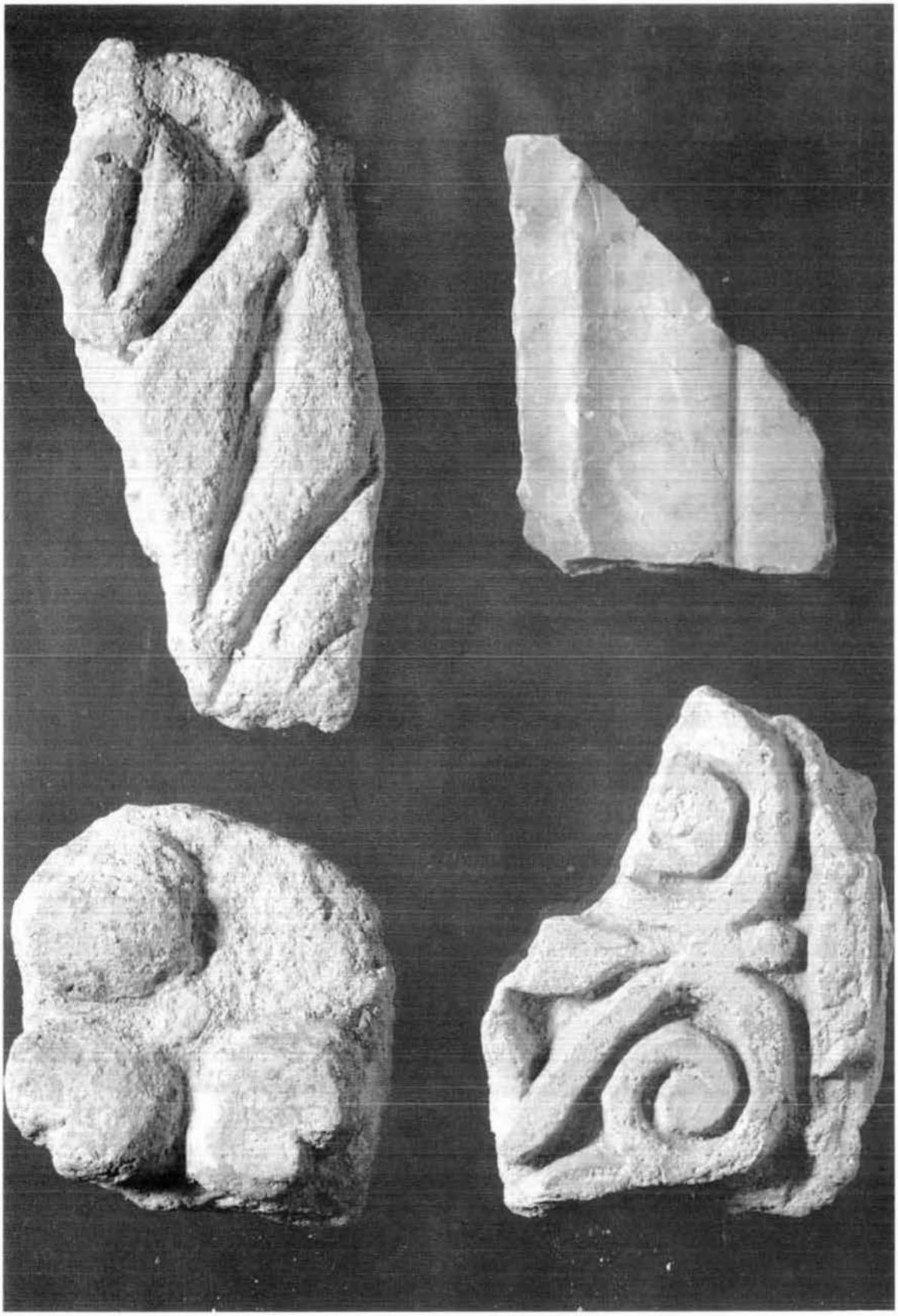


1

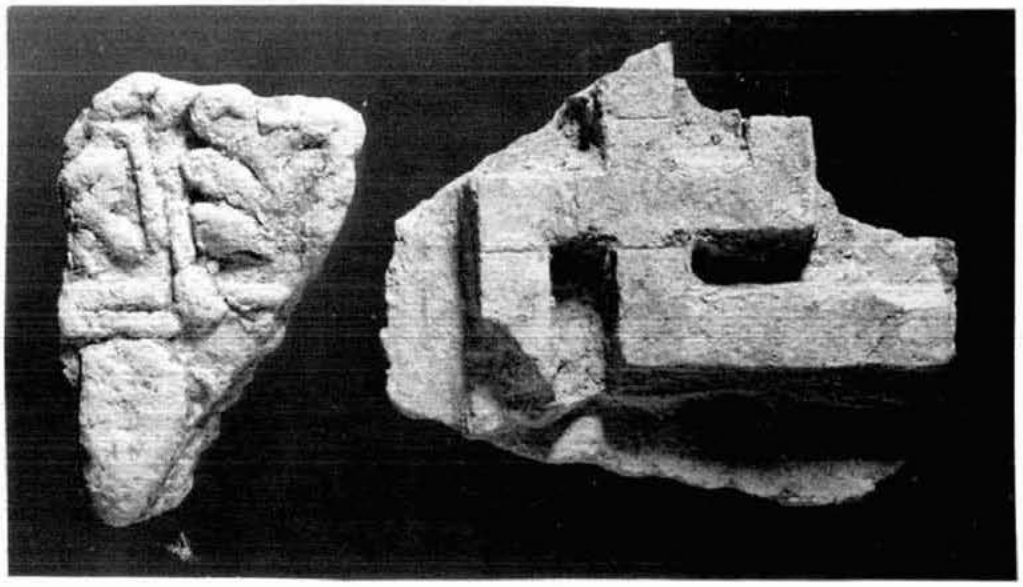


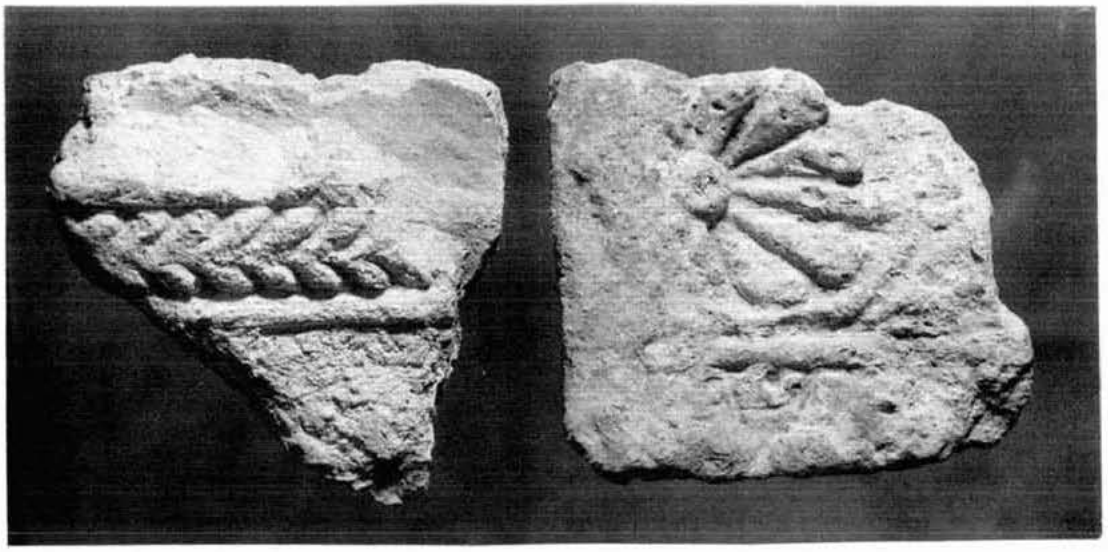
2

Lám. I.— 1: Casa Perot (Barxeta). 2: Cerro Partido (Pedralba)

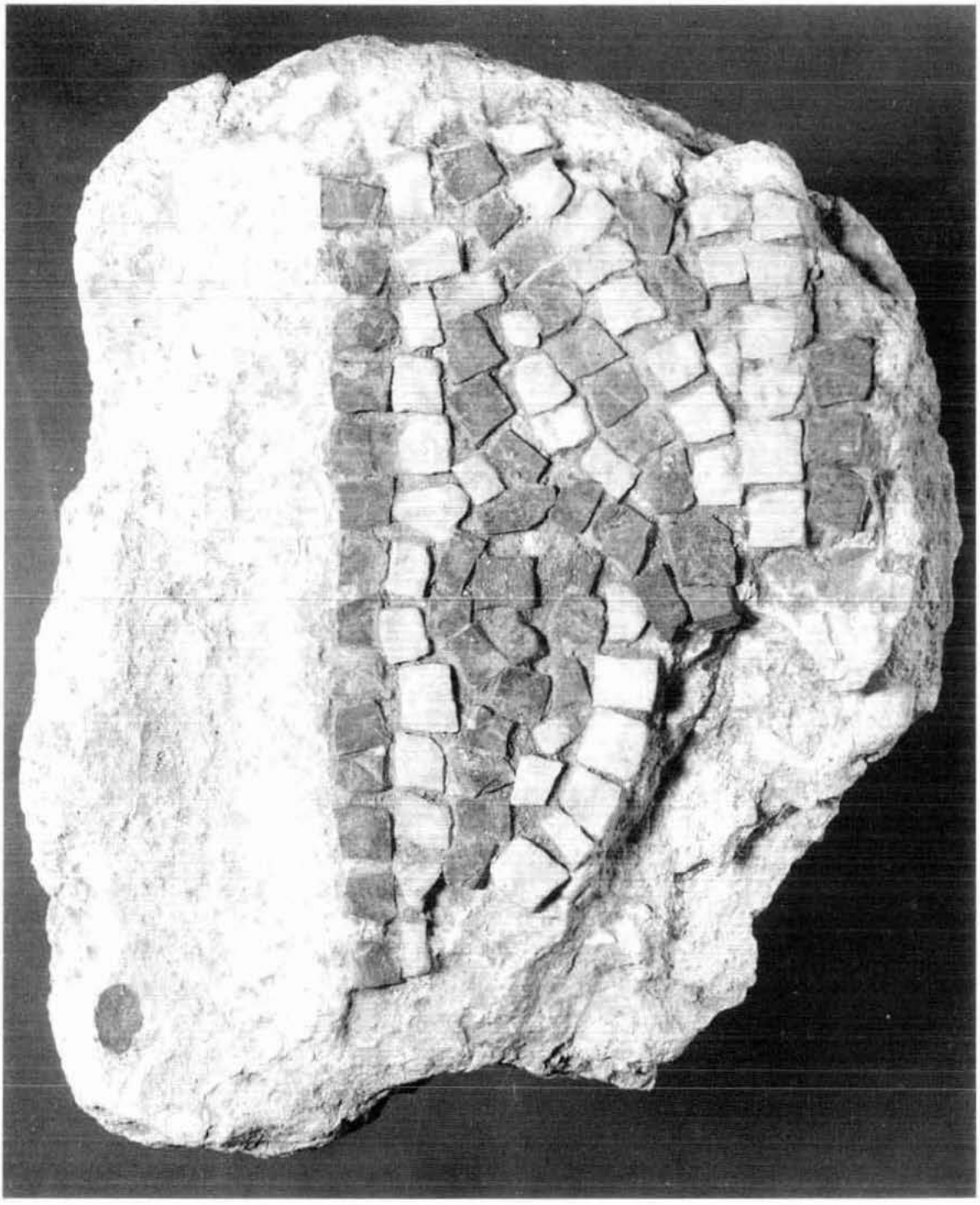


Lám. II.— Tossal de la Torre de la Creu (La Vila Joiosa)





Lám. III.— Tossal de la Torre de la Creu (La Vila Joiosa)



Lám. IV.— Tossal de la Torre de la Creu (La Vila Joiosa)

Vicent Escrivá Torres*, Carmen Marín Jordá* y
Albert Ribera i Lacomba*

UNAS PRODUCCIONES MINORITARIAS DE BARNIZ NEGRO EN VALENTIA DURANTE EL S. II a. JC.

Valentia se ha considerado como uno de los yacimientos claves para conocer el desarrollo de las cerámicas del período tardo-republicano en el Mediterráneo Occidental, dado que se encuentra entre los lugares que cuentan con una fecha de fundación conocida por las fuentes históricas (138 a. JC) (Morel, 1981: 55). Esta importancia cronológica se ha visto realzada en los últimos años por los datos proporcionados por las excavaciones arqueológicas, habiéndose comprobado fehacientemente la inexistencia de cualquier asentamiento humano anterior a las fechas dadas por Tito Livio, confirmándose, así, la total validez de la fecha histórica, y evidenciando al mismo tiempo, que la cultura material de los niveles tardo-republicanos es mayoritariamente de procedencia itálica (Tarradell, 1962; Ribera, 1983; VV.AA., 1984; Marín 1990). Además, se ha empezado a revalorizar, también de la mano de la arqueología, otro hecho histórico del que nos hablan las fuentes: la destrucción de la ciudad hacia el 76 a. JC. a consecuencia de su participación en las guerras sertorianas (Marín, Matamoros y Ribera, en prensa; Ribera, 1989; Escrivá, Pascual y Ribera, 1989). Como complemento de estas nuevas aportaciones hay que añadir la posibilidad que tras la destrucción hubiera un largo período de abandono hasta bien entrada la época augústea (Ribera, 1989).

Con estas premisas aumenta considerablemente el interés que, ya desde hace tiempo, había presentado el estudio de los materiales tardo-republicanos de un yacimiento tan bien delimitado cronológicamente. A este respecto, se deben mencionar los materiales publicados en su día por G. Martín (1962 y 1974), los de las excavaciones de la calle Trinitarios (Mata *et alii*, 1980) o el reciente y amplio trabajo, inédito, de uno de nosotros (Marín, 1990). Hay que indicar que en los últimos diez años la plasmación de un amplio programa de protección del patrimonio arqueológico urbano ha supuesto un más que sustancial cambio en el panorama de la investigación arqueológica de Valencia (Ribera *et alii*, 1989a). Dentro de esta reciente dinámica, para el período tardo-republicano han aumentado considerablemente los hallazgos de todo tipo, desde restos monumentales, de clara filiación romano-itálica (Escrivá y Ribera, en prensa), a un sinfín de estructuras (rellenos, vertederos, fosas, niveles de fundación y de destrucción) que han conllevado un más que considerable aumento de la documentación arqueológia disponible.

* Servicio de Investigación Arqueológica Municipal, Ayuntamiento de Valencia.

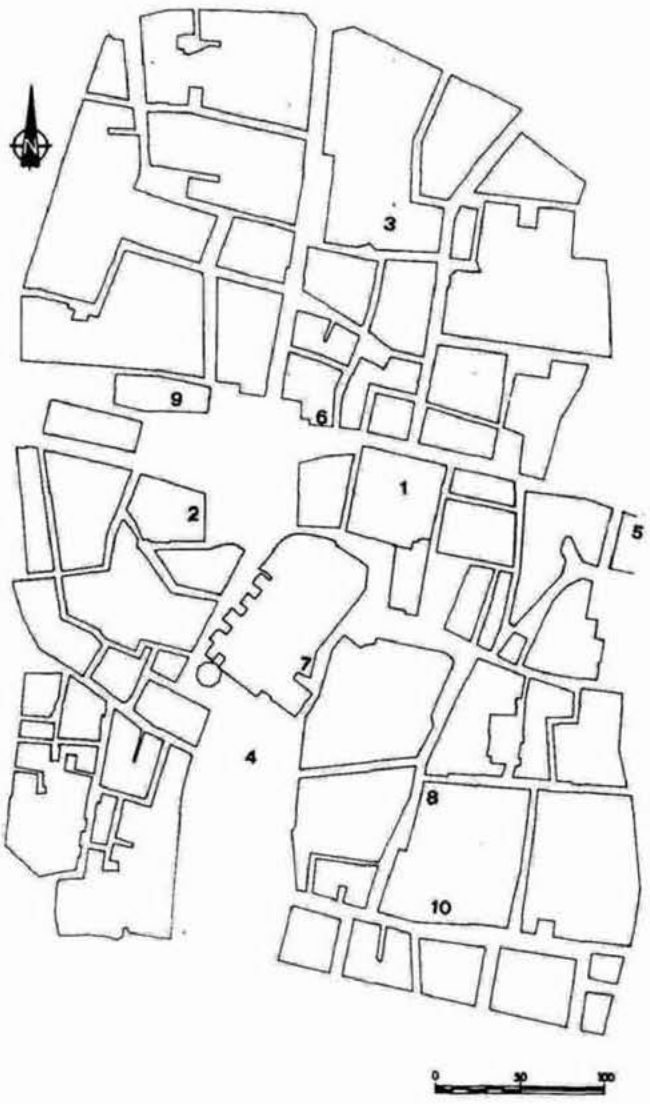


Fig. 1.— Casco antiguo de Valencia con los lugares de procedencia de las cerámicas. 1: Almoina (Al). 2: Plaza de la Virgen (PV). 3: Corts Valencianes - C/ Unión (U). 4: Plaza de la Reina (PR). 5: Barón de Petrés (BP). 6: Hierba (H). 7: Barchilla (Bar). 8: Avellanas (Av). 9: Palau de la Generalitat (PG). 10: Mar (M).

Además, el estudio de la excavación de la Plaza de la Virgen (1959-60), de cuyos hallazgos «de visu» se sirvió M. Tarradell (1962) para confirmar la fecha de la fundación y la inexistencia de un núcleo indígena anterior, ha permitido disponer de manera aceptable de una gran cantidad de materiales procedentes de excavaciones antiguas (Bolufer, 1984).

Es decir, que en la actualidad se dispone de un importante fondo de materiales, buena parte de ellos procedentes de contextos muy fiables proporcionados por las excavaciones recientes y que, con los proyectos de estudio actualmente en marcha, en un plazo de tiempo no muy lejano van a permitir disponer de un repertorio documental especialmente interesante para conocer los conjuntos cerámicos de una fundación romana y todas las implicaciones económicas y culturales que conlleva. En esta ocasión, y dentro de esta línea de trabajo, vamos a presentar unos grupos de cerámicas de barniz negro que hemos seleccionado, no por ser los más representativos y abundantes, sino, más bien, por todo lo contrario, ya que precisamente se trata de grupos con escasa representación numérica y claramente minoritarios dentro de contextos en los que normalmente predomina de forma abrumadora la campaniense A. Por el contrario, la proporción en que en los mismos niveles se encuentra la llamada campaniense B de buena calidad, de probable procedencia etrusca, es bastante semejante, cuando no inferior, a estos grupos minoritarios.

Con este estudio pretendemos llamar la atención sobre la problemática de unas cerámicas de barniz negro que hasta hace poco normalmente no solían reconocerse o identificarse como un grupo aparte o se incluían dentro del impreciso término de producciones regionales, locales o indeterminadas. En el caso de Valencia, la existencia, como acabamos de indicar, de una gran cantidad de materiales, ha posibilitado poder disponer de un buen elenco de estas piezas, que han sido seleccionadas después de un riguroso examen de los fondos de varias excavaciones, lo que nos permite, en buena parte de los casos, conocer su contexto arqueológico. Una proporción considerable procede de la antigua excavación de la Plaza de la Virgen (1959-60), de donde, debido al método usado en su día, con no poco esfuerzo, se han podido aislar algunos contextos fiables, relacionables con el momento fundacional o con un período inmediatamente posterior, dentro del último tercio del s. II a. JC. (Bolufer, 1984). Las excavaciones más recientes han proporcionado, comparativamente, menos material, pero con un indudable valor crono-estratigráfico. Dentro de este grupo, destacan sobre las demás las de l'Almoina y mucho menos otras de menor entidad, como las de las «Corts Valencianes» y calle Hierba, que corresponden al antiguo núcleo urbano y la de la calle Barón de Petrés, donde se halló un vertedero periurbano de probable datación fundacional. Se completa el lote con piezas sueltas procedentes de otras excavaciones y de hallazgos antiguos sin apenas referencias estratigráficas. El repertorio que hemos elaborado de estas producciones minoritarias no debe entenderse como completo y exhaustivo, ya que se han desechado los ejemplares fragmentados que no aportaban datos relativos a la forma o decoraciones de la pieza. Se ha considerado más prioritario basarse en las piezas mejor conservadas o de las que al menos se puede aportar datos formales y cronológicos, para proponer una definición de las características morfológicas, tipológicas y cronológicas de estos grupos de cerámica de barniz negro.

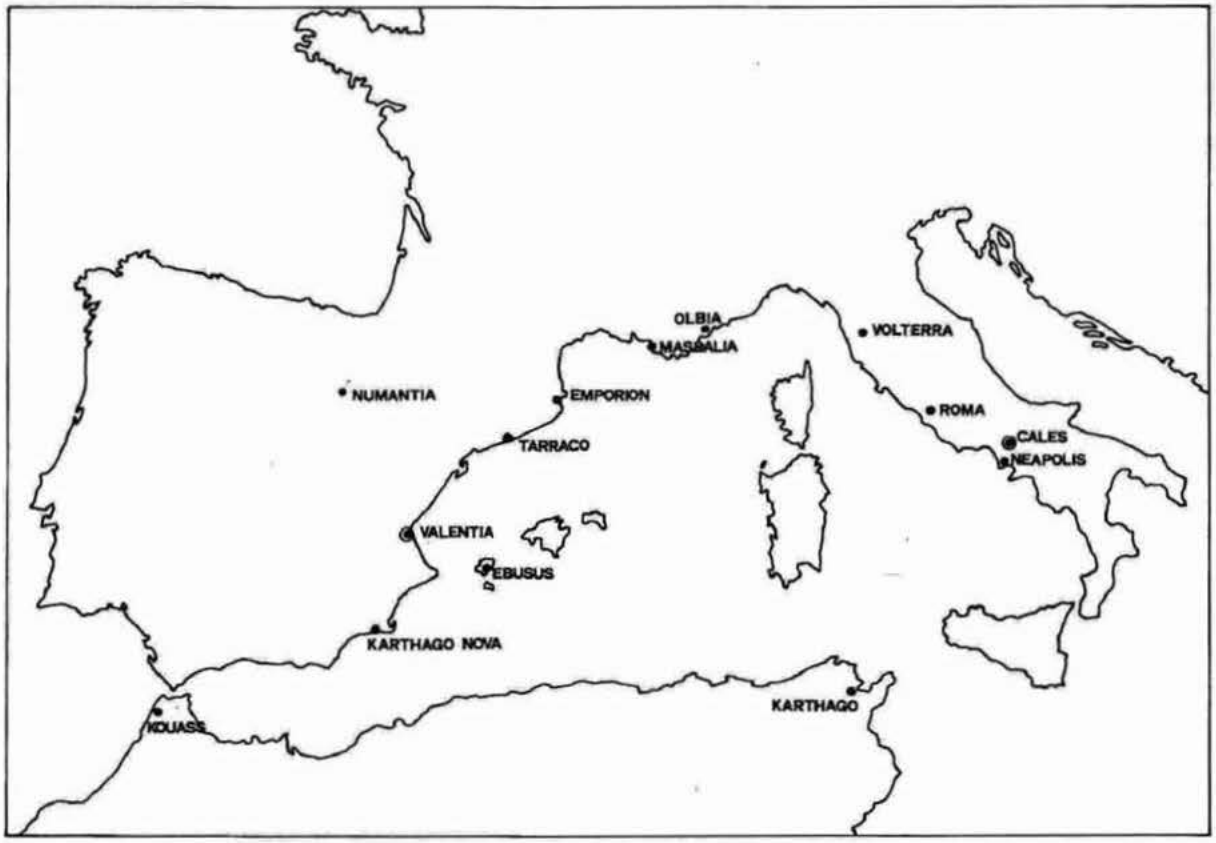


Fig. 2.— Ubicación de los yacimientos citados en el texto.

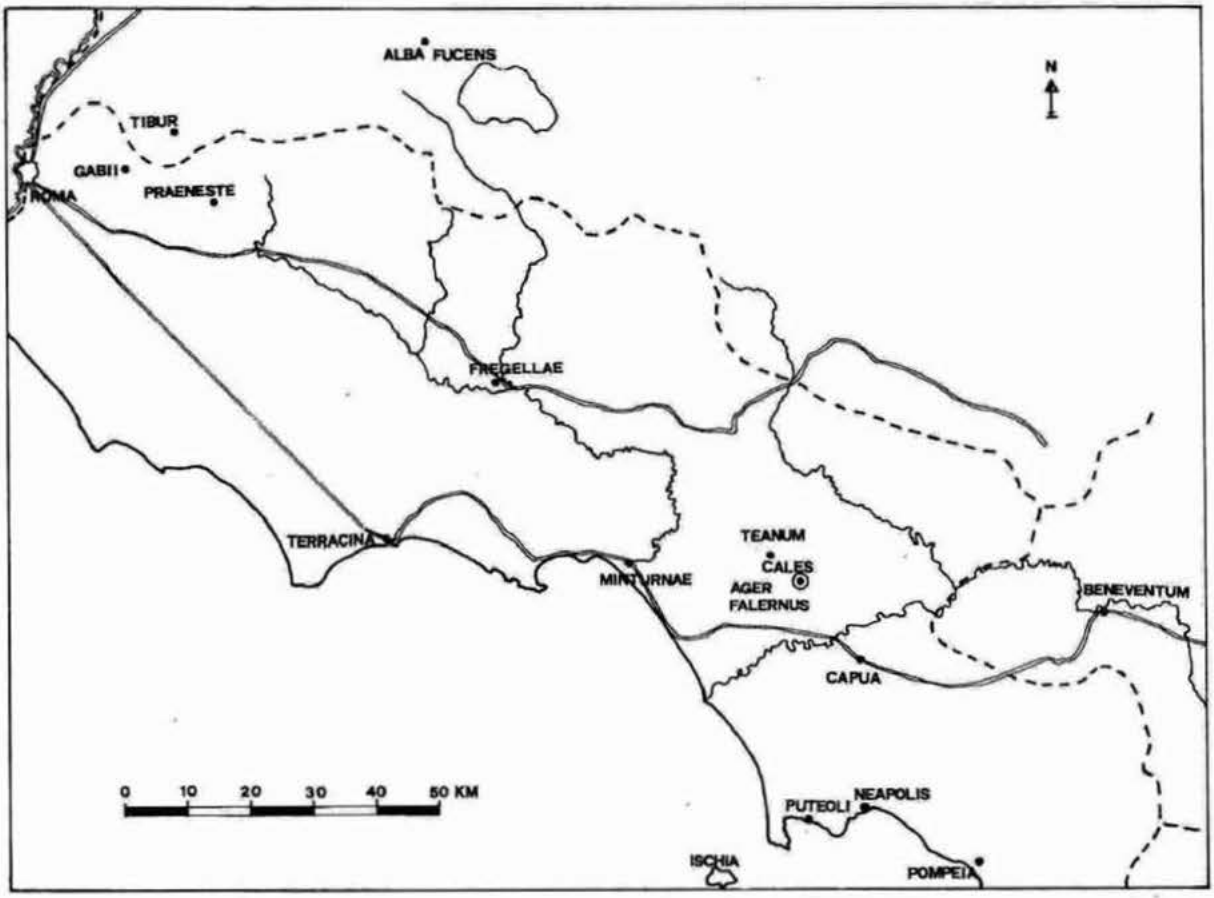


Fig. 3.— La Campania y el Latium

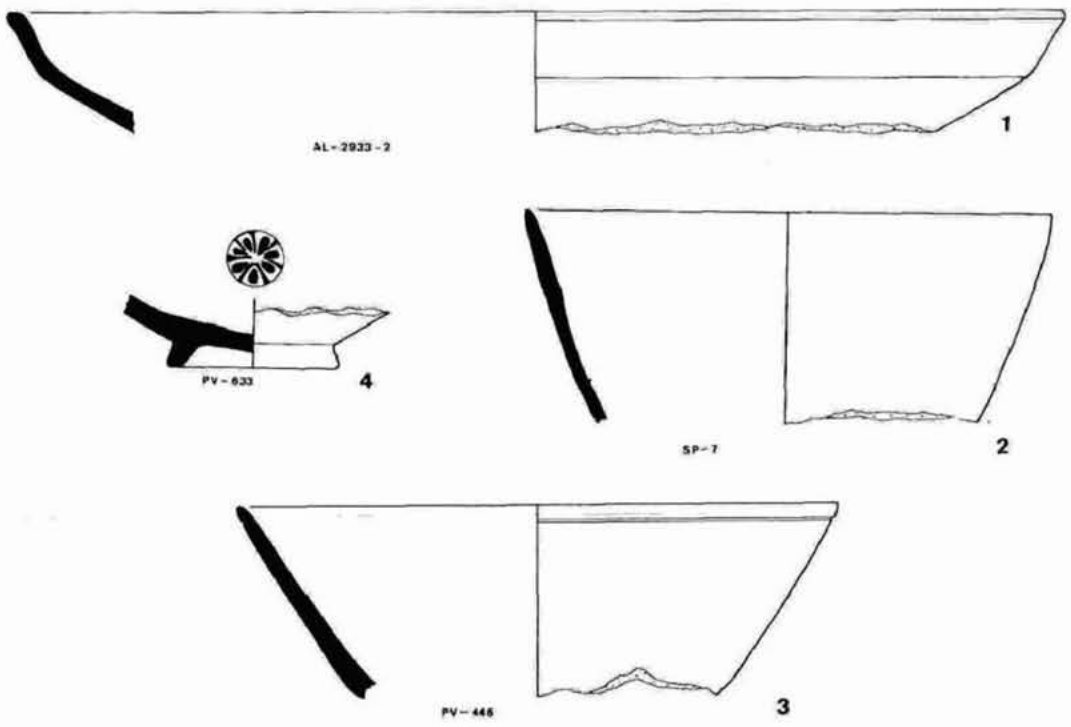


Fig. 4.— Grupo 1. E: 1/2.

* * *

Para el estudio del conjunto cerámico presentado en este trabajo hemos establecido tres grupos en base a las características técnico-morfológicas de las piezas; no obstante, estos grupos no se pueden considerar como cerrados ya que es habitual la presencia de ejemplares con características comunes a más de uno de ellos. Al mismo tiempo, si tenemos en cuenta que cada proceso de cocción está sujeto a una serie de variables como pueden ser la temperatura del horno, los componentes orgánicos, la participación de diferentes alfareros en un centro productor... etc., la división establecida por nosotros responde en último término a la posibilidad de establecer diferencias dentro de estas producciones, sin que, como veremos más adelante, dejen de existir indudables rasgos de afinidad entre todas ellas. Así, a pesar de no haber unas diferencias claras en muchos casos, sí se observa que determinadas formas tienden a aparecer en un grupo y no en otros.

Los tres grupos definidos son:

GRUPO 1

Cerámica de pasta beige clara a beige verdosa, con minúsculas inclusiones micáceas, por lo general dura y compacta, aunque en algún caso más blanda y porosa. Barniz negro mate, caracterizado especialmente por su escasa adherencia a la superficie de los vasos, que suelen presentar una falta casi total de barniz.

La descripción de este grupo se correspondería perfectamente con aquella que J.P. Morel denominó como Byrsa 401 y para la que propuso una fabricación en la zona de *Karthago* (Morel, 1986: 29-31). Estas mismas características técnicas se observan también en numerosas piezas procedentes de Cales (Pedroni, 1986).

Tipológicamente, este grupo se acerca a los prototipos difundidos por la campaniense A, teniendo escasa vinculación con la producción de tradición etrusca (Montagna Pasquinucci, 1972).

Se trata del grupo menos numeroso y las formas que presenta son las siguientes:

Morel F-2821: Al-2933-2 (Fig. 4.1)

Pátera profunda de paredes exvasadas con marcada inflexión en la unión del borde con el cuerpo.

La pieza de *Valentia* procede de la excavación de l'Almoina y apareció formando parte de un contexto no muy alejado de la fundación de la ciudad, que se podría situar a fines del tercer cuarto del s. II a. JC.

Similar a Lamb. 31-Morel F-2955: SP-7 (Fig. 4.2), PV-446 (Fig. 4.3)

Cuenco o bol de paredes exvasadas y borde apuntado apenas sin diferenciar (SP-7), aunque en ocasiones presenta en la superficie externa, bajo el borde,

una fina acanaladura (PV-446). Las piezas poseen diámetros en torno a los 14-16 cms. Este bol desarrolla una forma troncocónica similar a la Lamb. 31 en campaniense A, sin embargo presenta características evidentes de pasta y barniz que las diferencia del prototipo de Lamboglia (1952: 180). La ausencia de pie en los fragmentos conservados impide una atribución clara a alguna de las series establecidas por Morel; no obstante, con la que más similitud tiene es con la serie 2955 de Morel, considerada como producción local o regional (Tipo IV de Cosa), frecuente en el Depósito C de Cosa (Taylor, 1957) datado por Morel entre el 190-180/140 (Morel, 1981: 238).

De los ejemplares de *Valentia*, uno, procedente de las excavaciones de la Plaza de la Virgen (PV-446) apareció en el nivel inferior, por lo que se le podría atribuir una datación centrada en el tercer cuarto del s. II a. JC.

Lamb. 36-Morel F-1314-1315: SP-8

Pátera poco profunda de borde horizontal curvado. El fragmento conservado de esta forma presenta parte de la pared y arranque del borde, sin embargo, debido a su estado fragmentario no hemos creído conveniente representarlo gráficamente.

Bases: PV-633 (Fig. 4.4)

En cuanto a las bases este grupo aporta un único fondo y pie de bol (PV-633). El pie sería asimilable al tipo 211b de Morel (1981: 462), presentando sobre el fondo interno una roseta central impresa, con siete pétalos separados por líneas. Este tipo de estampillas es frecuente en producciones clásicas como el taller de las pequeñas estampillas, el taller de las tres palmetas radiales de *Rhode*, la campaniense A y la producción definida por Morel como Byrsa 401, siendo también abundante en la cerámica de Cales (Pedroni, 1986: Tav. 52.258; Tav. 126.641).

Este ejemplar de Valencia, fue incluido por Morel en la clase Byrsa 401, siendo, en aquel momento, una de las pocas piezas conocidas de esta producción fuera de *Karthago* (1986: 31).

GRUPO 2

Cerámica de pasta beige verdosa a beige rosada, dura y compacta, con pequeñas inclusiones micáceas, algunos puntos de cal y núcleo interior generalmente más anaranjado. El barniz negro es por lo general mate, con irisaciones de color marrón-verdoso y de aspecto rugoso, con líneas de torno muy marcadas y numerosas huellas digitales. Estas piezas, aunque han perdido parte del barniz, presentan una mayor adherencia que el grupo anterior, centrándose la falta de barniz especialmente en la pared externa y en lo que sería el disco de apilamiento.

Las formas que hemos incluido dentro de este grupo son las siguientes:

Morel F-2821-2822: SP-15, PV-163, Al-2938-4, SP-6 (Fig. 5.1 a 4)

Pátera profunda de paredes exvasadas con inflexión más o menos marcada en la unión del borde con las paredes. Tipológicamente está cerca de la forma Lamb. 27 B grande y se corresponde con la especie 2820 de Morel, más concretamente con las series 2821-2822, presentando diámetros entre 21 y 26 cms. En una de las piezas se conserva parte de la decoración a ruedecilla enmarcada por dos acanaladuras (SP-15).

Uno de los ejemplares (Al-2938-4) se encontró en las excavaciones de l'Almoina formando parte del relleno de una fosa que cortaba el nivel inicial, aunque su contenido era prácticamente idéntico al de dicho estrato fundacional. En este caso, predominaba la campaniense A (formas Lamb. 28, 36 y 55) con un fragmento de campaniense B de buena calidad (etrusca) y dos de la clase Byrsa 661 o grupo 3. Las ánforas pertenecen a la forma greco-itálica evolucionada, Dr. 1, Mañá C-2 y una asa rodia con marca. Habría que datar este conjunto, tanto por los materiales como por su situación estratigráfica, muy poco tiempo después de la fundación de la ciudad (138 a. JC.).

Similar a Lamb. 33b - Morel F-2110-2120: Al-2910-1 (Fig. 5.5)

Bol profundo de paredes curvas y exvasadas, con abundancia de líneas o acanaladuras en su superficie externa. En el fondo interno se distinguen tres círculos concéntricos de pintura blanca, poco cuidados. El pie, bajo, separado de la pared por un pequeño rebaje, presenta la particularidad, respecto al prototipo de la Lamb. 33b, de estar dotado de un umbo externo saliente, con lo que el pie no tendría una función de apoyo directo sobre una superficie plana, hecho que nos hace pensar que esta pieza estaría asociada a un soporte. Por tanto pensamos que funcionalmente se podría relacionar con la serie 2110-2120 de Morel.

Lamb. 36, Morel F-1314-1315: Al-2933-8, PV-525 (Fig. 5.6-7)

Pátera poco profunda de borde horizontal curva-

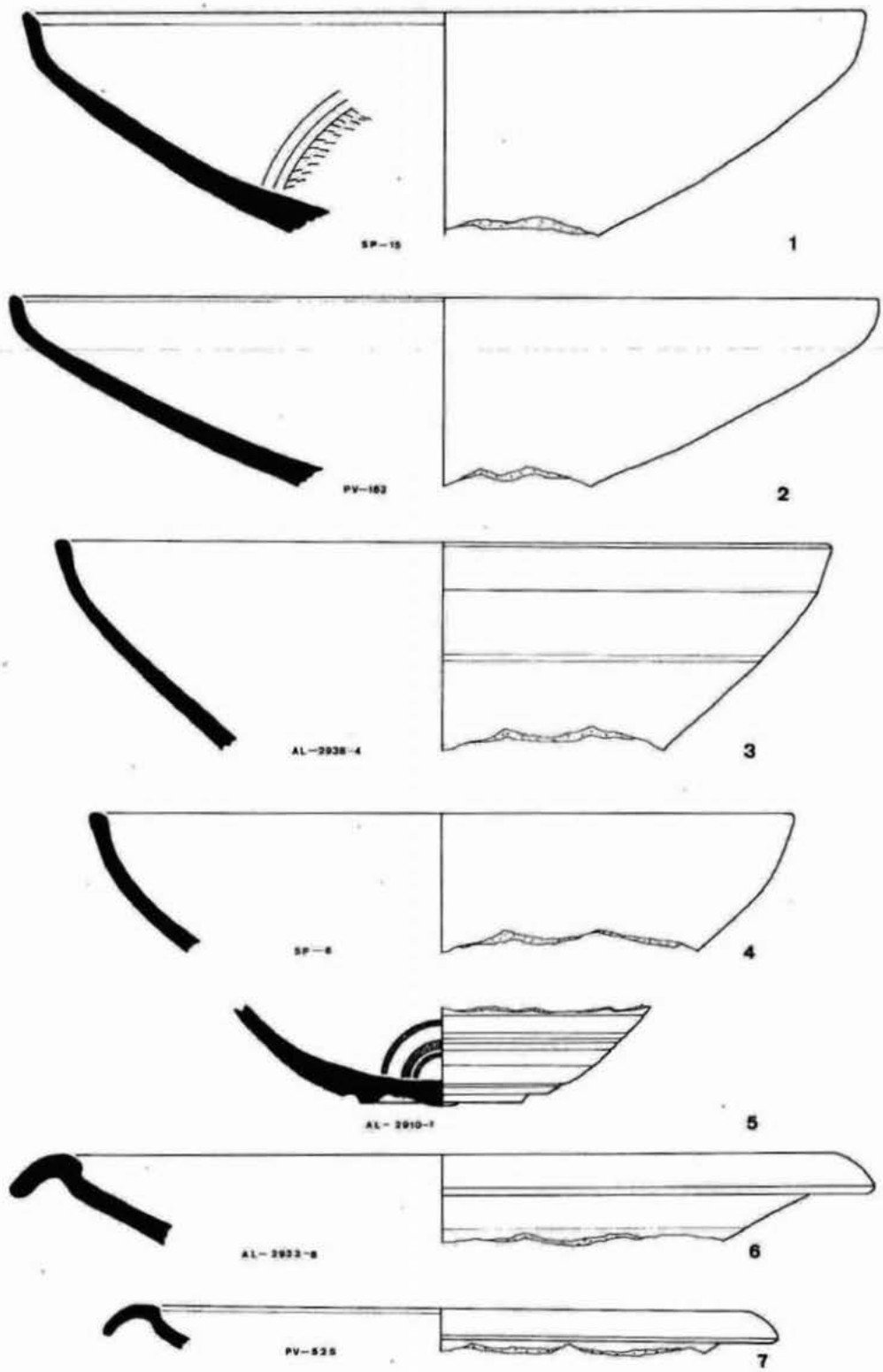


Fig. 5.— Grupo 2. E. 1/2.

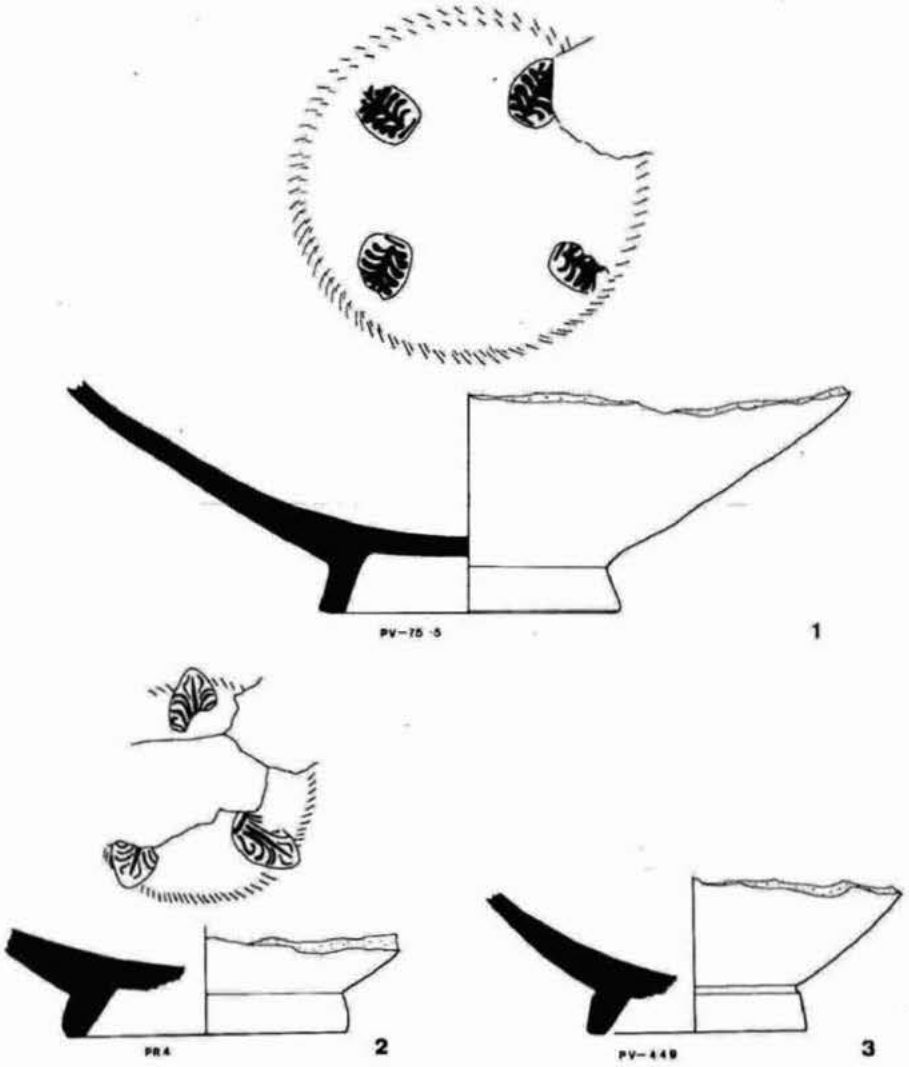


Fig. 6.— Grupo 2. E. 1/2.

do, asimilable a la especie 1310 de Morel, y más concretamente a las series F-1314-1315. Las piezas presentan diámetros entre 20-26 cms. Esta forma es típica de la campaniense A, no obstante, y como indica Morel, aparece en otras producciones a las que atribuye un origen local o regional (Morel, 1981: 104). Con las mismas calidades a las documentadas en *Valentia*, aparece en Cales, señalándose una posible producción en esta ciudad (Pedroni, 1986: 358).

De las dos piezas presentadas, una se recuperó en la Plaza de la Virgen (PV-525) en un nivel bastante antiguo, fundacional o inmediatamente posterior. La otra, procedente de l'Almoina (Al-2933-3), permite realizar observaciones más amplias y fiables, pues procede de un contexto bien definido en el que predomina abrumadoramente la campaniense A (formas Lamb. 25, 28, 31 y 36) y en el que no está presente la campaniense del círculo de la B. Las otras producciones de barniz negro representadas, minoritariamente, pertenecen a los grupos definidos, hasta el momento, como Byrsa 401 y 661 (grupos 1 y 3). Las ánforas que las acompañan se incluyen en la forma Dr. 1A. Estos datos nos llevan a una fecha centrada en el tercer cuarto del s. II a. JC., considerando que, estratigráficamente, es un poco posterior al nivel fundacional.

Bases: PV-75-5, PR-4, PV-449 (Fig. 6. 1-3)

Se documentan fondos tanto de páteras profundas como de pequeños boles. Todos ellos presentan marcas de huellas digitales en el arranque de la pared; el fondo externo aparece reservado en parte, con grandes manchas de barniz. Formalmente los pies presentan cierta uniformidad, siendo generalmente de cara interna simple y oblicua, con la cara externa rectilínea con un pequeño rebaje en la unión del pie y cuerpo (PV-499), asimilable al tipo 213a de Morel, o bien redondeada (PV-4), o simplemente rectilínea (PV-75-5), asimilable al tipo 211 de Morel.

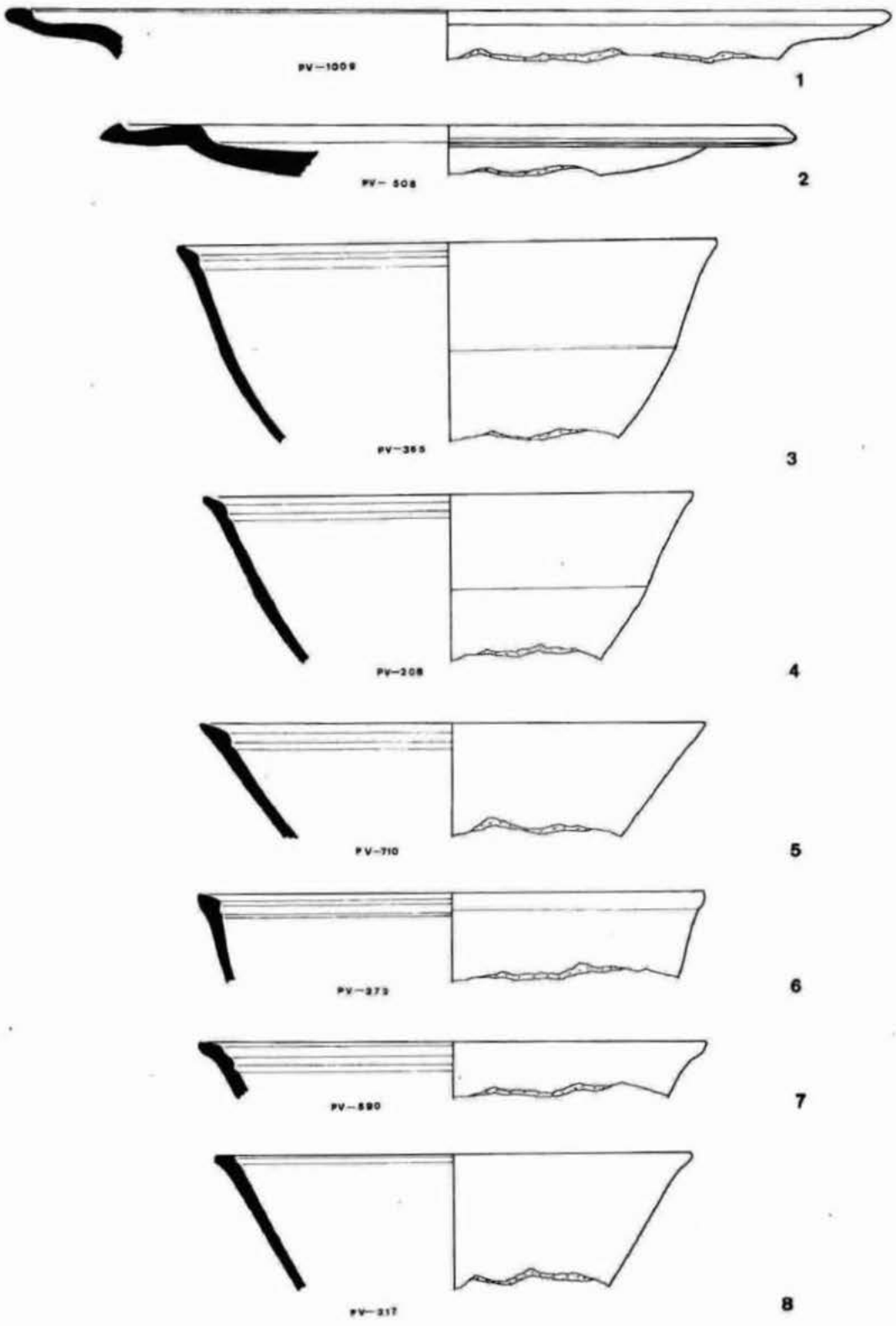


Fig. 7.— Grupo 3. E. 1/2

Los fondos correspondientes a las páteras profundas presentan en su interior decoración estampillada enmarcada por un círculo decorado a ruedecilla. Las estampillas son por lo general palmetas de grandes dimensiones, dispuestas de forma radial en número de tres (PV-4) o cuatro (PV-75-5). Estas estampillas son frecuentes en la producción de campaniense A, así como en las piezas documentadas en Cales, que no se corresponden con la producción anterior. Es precisamente en este yacimiento donde hemos encontrado los paralelos más claros a las piezas de Valencia (Pedroni, 1986: Tav. 103.539).

Respecto al fondo de bol que presentamos en este trabajo no podemos aportar ninguna información sobre si llevaría o no una roseta central, ya que carecemos de la parte central (PV-499). Esta última pieza, de las excavaciones de la Plaza de la Virgen, se podría datar, por su contexto arqueológico y su situación estratigráfica, en el momento fundacional o un poco después siempre dentro del tercer cuarto del s. II a. JC.

GRUPO 3

Cerámica de pasta beige clara a beige rosada, en ocasiones con núcleo interior más anaranjado, dura, compacta y muy depurada, con pequeñas inclusiones micáceas. Barniz negro cubriente de aspecto algo rugoso, presenta buena adherencia y divesos matices en su coloración que va del negro mate a negro profundo satinado o negro metálico con numerosas irisaciones azuladas. Las bases presentan generalmente la cara externa en reserva, salvo raras excepciones con presencia clara de huellas digitales debido a la aplicación del barniz por inmersión.

Gran parte de las piezas atribuidas a este grupo, especialmente las páteras poco profundas con decoración estampillada, poseen características similares a la producción definida por Morel como Byrsa 661, fabricada, según este autor, en *Karthago* (Morel, 1986). Tanto estas piezas como el restante material incluido en nuestro grupo 3 son frecuentes en Cales, presentando algunas de ellas defectos de cocción evidentes por lo que han sido consideradas por L. Pedroni (1986) como producciones locales de esta ciudad campana.

Tipológicamente, aunque en buena parte continúa la tradición campana, común a los dos grupos anteriores, al mismo tiempo se observa la adopción de modelos que parecen más propios del área etrusca (Montagna Pasquinucci, 1972).

Este grupo es el más numeroso y las formas que aporta son las siguientes:

Lamb. 6, Morel 1441-1443: PV-1009, PV-508 (Fig. 7.1 y 2), PV-407

Pátera plana, con borde en ala acabado en un pequeño engrosamiento. Asimilable a la especie 1440 de Morel, concretamente al tipo 1441 y 1443. Piezas con estas características técnicas están documentadas en Cales, siendo consideradas allí como una producción local datada en torno al s. II a JC. (Pedroni, 1986: 359).

De los tres fragmentos que presentamos, todos de la Plaza de la Virgen, uno proviene del nivel inicial (PV-407), otro del mismo momento o poco después (PV-508) y el último de una capa que se podría situar en torno al 100 a. JC. (PV-1009).

Morel 2110/2987c: PV-365, PV-208, PV-710, PV-272, PV-690, PV-317 (Fig. 7.3 a 9), PR-5, Al-2924-1, PR-16 (Fig. 8.1 a 3)

Bol profundo, de paredes exvasadas y borde saliente. Las piezas presentan un formato de 15, 16 y 17 cms. En cuanto al desarrollo del labio se han constatado diferentes variantes, pudiendo ser tanto de borde triangular, similar a la Lamb. 33b (PV-365, 208, 710, 272) como de borde algo aplanado (PV-690). Estas piezas se caracterizan bien por poseer una acanaladura (PV-272, 317, PR.5) o bien dos (PV-690) en la parte interna, inmediatamente por debajo del borde, que puede ser más o menos profunda, sin embargo se documenta una variante que, además de las internas, presentan dos acanaladuras externas (Al-2924-1, PR-16).

Por el desarrollo del perfil y la decoración acanalada estas piezas se corresponden con ciertos tipos repertoriados por Morel, no obstante, la ausencia de perfiles completos no permite asimilarlas definitivamente a ninguna de las series establecidas, siendo tanto similar al tipo 2987c de Morel, correspondiente a la forma M.P. 116 (Montagna Pasquinucci, 1972) y considerado como tipo local D de Volterra (Morel, 1981: 51 245), como a la serie 2110 de fondo ápodo apuntado, de la que conocemos algún paralelo de Caldes de Montbui (Barberá, 1970: 44), el cual sirvió de prototipo a Lamboglia para establecer su forma 9.

La mayoría de las piezas proceden de la Plaza de la Virgen, pero de ellas no se conocen referencias estratigráficas mínimamente fiables, contrariamente a un fragmento de l'Almoina (Al-2924-1), procedente de los niveles inmediatamente posteriores a la fundación en donde aún no ha aparecido la cerámica del círculo de la B y predomina la campaniense A (formas Lamb. 33b, 36 y 55).

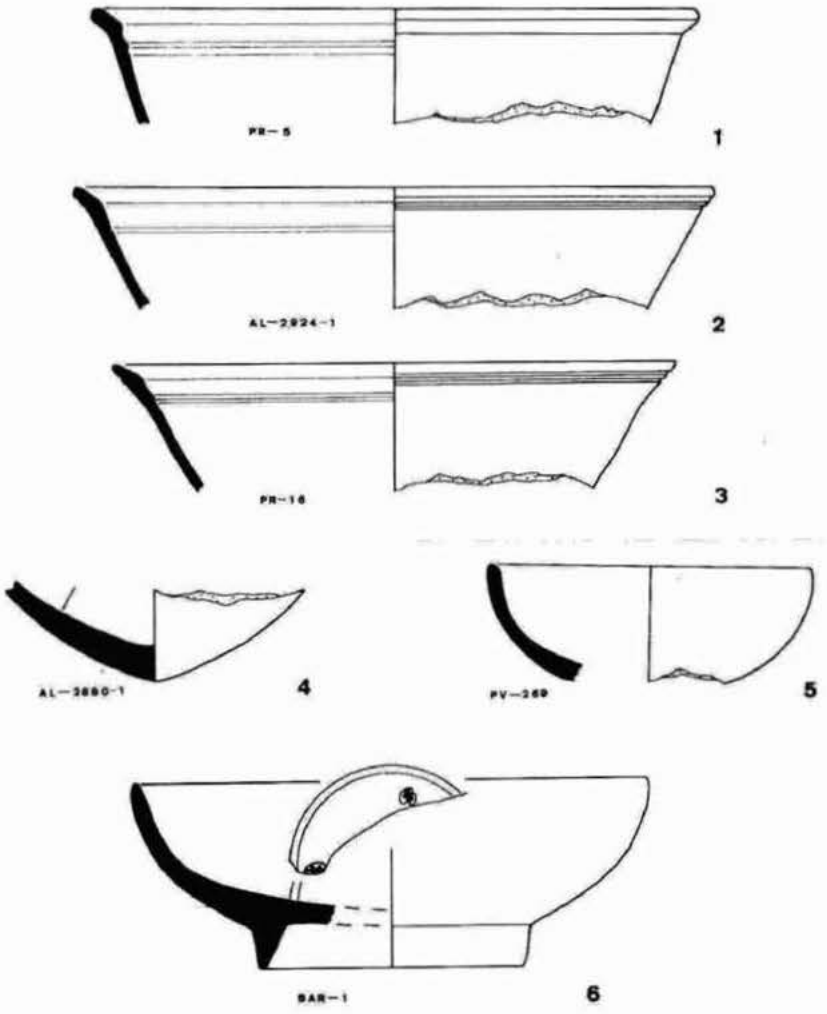


Fig. 8.— Grupo 4. E. 1/2

Morel 2110, Lamb. 9: Al-2880-1 (Fig. 8.4)

Bol profundo de paredes exvasadas. Se asimila a los vasos ápodos de fondo afuntado correspondientes a la especie 2110 de Morel. En el fondo interno se aprecia una pequeña incisión o bien marca de disco de apilamiento. Piezas con las mismas características técnicas y formales han sido abundantemente documentadas en la antigua ciudad de Cales (Pedroni, 1986: Tav. 65, 335 a 337).

Este ejemplar fue hallado en l'Almoina formando parte de un contexto en el que predominaba la campaniense A (formas Lamb. 6, 27, 31, 36 y Morel F-2985c) y en donde había también unos pocos fragmentos de campaniense B etrusca y de Byrsa 661 o grupo 3. No apareció ninguna cerámica del círculo de la B. Se podría datar en el último tercio del s. II a. JC.

Lamb. 25 - Pedroni, Tav. 82.432: PV-269, Bar-1 (Fig. 8.5-6)

Pequeño bol de paredes curvas, de diámetro no superior a 8.5 cms., que corresponde tipológicamente a la Lamb. 25 en campaniense A. El ejemplar que presentamos, con calidad de pasta y barniz y con un tamaño semejante, se documenta en Cales (Pedroni, 1986: Tav. 82, 432), indicándose la posibilidad de una producción local datada en el s. III-II a. JC (Pedroni, 1986: 199).

Se documenta también un perfil completo de esta serie, aunque de tamaño superior, 16 cms. de diámetro (Bar. 1). La parte interna, a la altura del borde y mitad superior de la pieza, presenta líneas en las que el barniz es mate, quizá por haber estado pintado o debido a huellas de apilamiento. El interior conserva dos hojitas estampilladas enmarcadas por una acanaladura. El pie es simple y oblicuo en su cara interna, siendo la externa de desarrollo rectilíneo. Esta forma, habitual en la producción de campaniense A, parece haber estado fabricada también en Cales, donde tenemos documentados paralelos tanto formales (Pedroni, 1986: Tav. 437) como por la decoración estampillada (Tav. 83, 441; Tav. 174, 441).

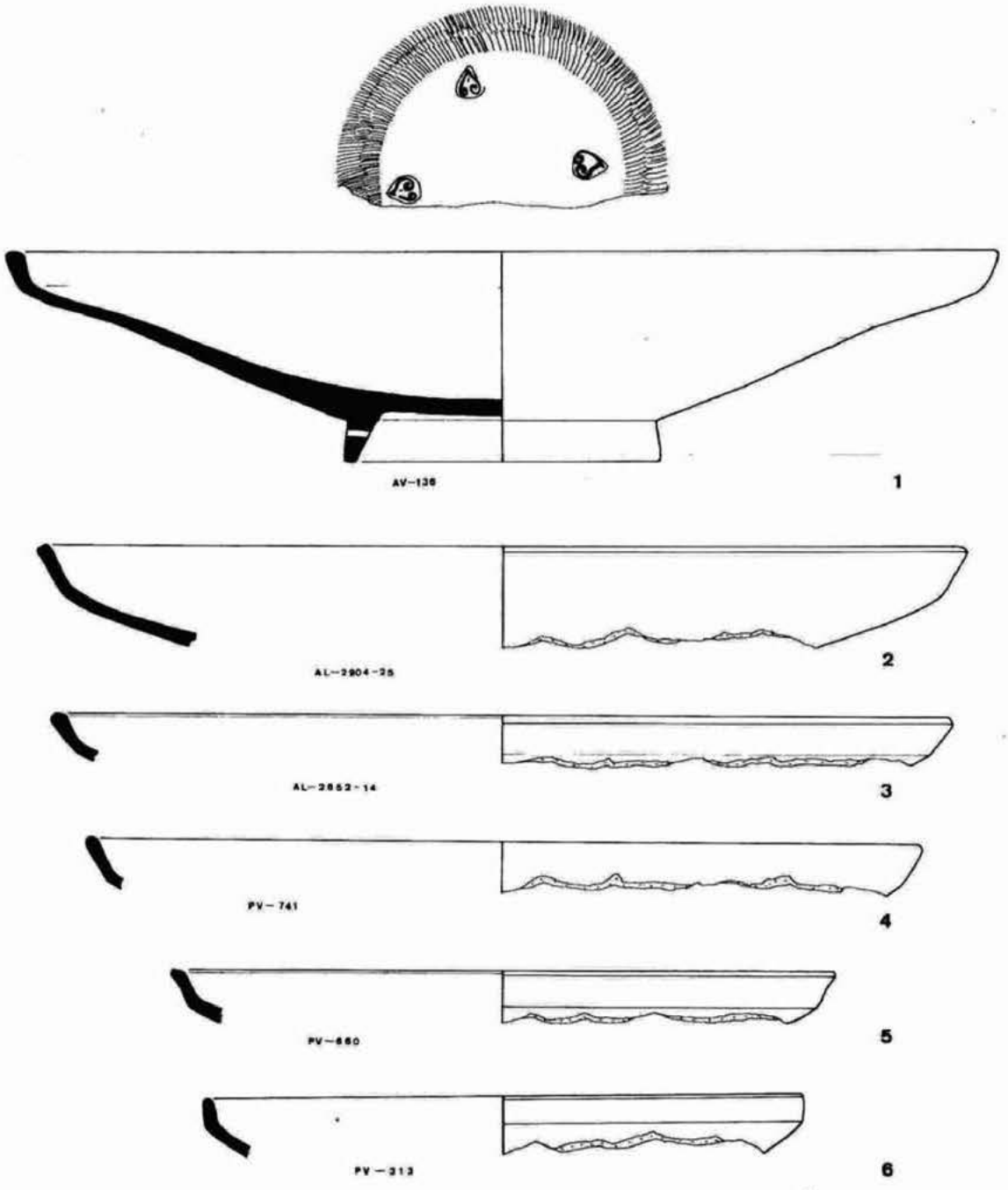


Fig. 9.— Grupo 5. E. 1/2

Morel 2821-2822: AV-136, Al-2904-25, 2852-14, PV-741, PV-660, PV-313 (Fig. 9.1 a 6)

Pátera profunda de paredes exvasadas, rectilíneas, con inflexión mas o menos marcada en la unión del borde con la pared. Esta forma es generalmente de gran tamaño, su diámetro oscila entre los 25, 27 y 30 cms., aunque existen otra serie más pequeña, y de ángulo más marcado, cuyo diámetro no sobrepasa los 18-20 cms. (PV-660, 313).

Una de las piezas conserva el perfil completo (AV-136) observándose marcadas líneas de torno al exterior. El fondo interno lleva decoración de doble ruedecilla enmarcando tres estampillas cuoriformes dispuestas de forma radial. Se observa disco de apilamiento. El pie, simple y trapezoidal, presenta agujero de suspensión, estando el fondo externo en reserva. Esta forma, frecuente en los tres grupos presentados, se corresponde con la serie 2820 de Morel, más cercana a la 2821-2822, si bien tipológicamente desarrolla un perfil similar a la Lamb. 27 B grande, en campaniense A.

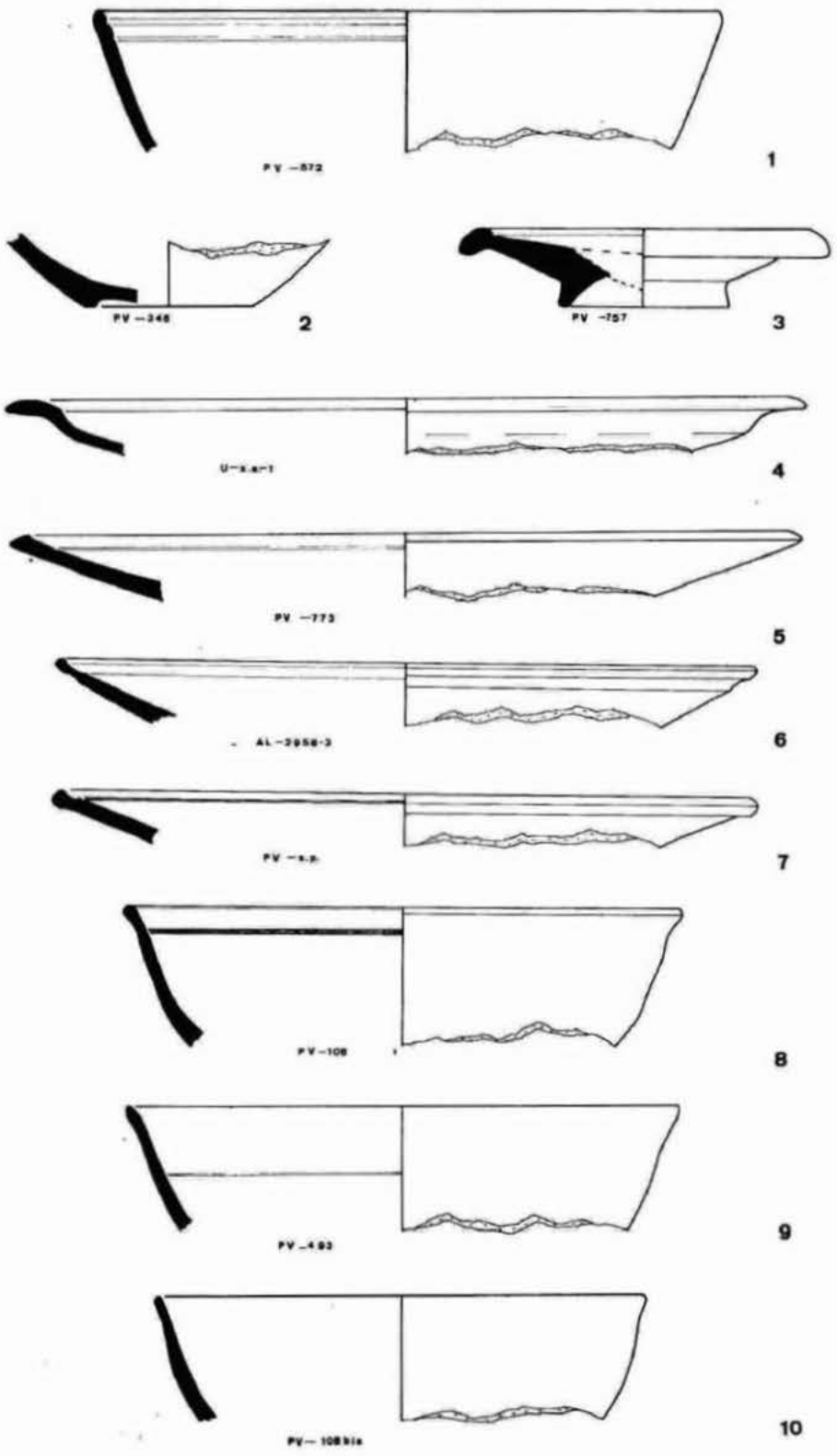


Fig. 10.— Grupo 6. E. 1/2

El ejemplar casi entero procede de un hallazgo efectuado sin garantías estratigráficas en la calle Avellanas, sin embargo formaba parte de un amplio conjunto de cerámicas de barniz negro al que básicamente se le puede dar una datación bastante cercana al momento fundacional (Ribera, 1983: 26 y 27). Otras piezas de este conjunto también se presentan aquí (M.P. 147). De los dos fragmentos de l'Almoina, uno (Al-2904-25) procede de un nivel del último cuarto del s. II a. JC. y otro debe considerarse como una pieza residual, ya que se localizó en una capa augustea.

Morel 2153: PV-572 (Fig. 10.1)

Bol profundo de paredes exvasadas y borde sin diferenciar, prolongado en la misma línea de la pared, en el que destacan dos acanaladuras en su parte superior. Tipológicamente se corresponde con la serie 2153 de Morel. Aunque no hemos recuperado ningún ejemplar completo pensamos, por el prototipo de Morel, que estaría asociado a un base ápoda similar a la Lamb. 33b (Fig. 10.2).

Lamb. 33b: PV-346 (Fig. 10.2)

Bol ápodo de paredes exvasadas, asimilable a los vasos de la especie 2150 de Morel. Por el desarrollo curvado de las paredes se correspondería con la serie 2153. Esta forma genérica está asociada tradicionalmente a la campaniense A, no obstante, también se documentan en otras producciones asociadas a la campaniense B, como sucede en Cales (Pedroni, 1986: Tav. 69.354 a 359; Tav. 70.360) o en Olbia (Bats, 1988: PL. 26.803-804). En Olbia se señala que en cuanto al barniz y la pasta no hay diferencia con el resto de las beoides (Bats, 1988: 140), sin embargo su relación con las formas de campaniense A podría indicar para estos vasos una datación alta (mitad del s.II a. JC.). A las producciones de Cales L. Pedroni les atribuye una producción local y una datación en el s. III-II a. JC.

Morel 1313b: PV-757 (Fig. 10.3)

Pátera de reduccido tamaño, poco profunda, con borde en ala, similar a la Lamb. 36 en miniaturas, ya que su diámetro no sobrepasa los 11 cms. (Fig. 10.3), y pie simple de sección triangular. Se trata de una firma típica de la Campania, no obstante, el prototipo de Morel (1981: 204) para esta serie procede de Tipasa y está datado hacia el s. I o II a. JC. (1/2 de siglo) (Lancel, 1968: 116, fig. 63). Piezas de características técnicas similares se documentan en Cales (Pedroni, 1986: 384), donde son particularmente abundantes las piezas en miniatura, como es el caso de esta serie, hecho que ha sido igualmente constatado en *Karthago* (Morel, 1986: 47), donde se pensaba que eran propias de la producción de barniz negro de Byrsa, siendo particularmente abundantes los «plats a poisson» de reducido diámetro (Byrsa I, 83, fig. 35, 106-4; 206, fig. 32; Morel, 1986: Fig. 27-29). No obstante, en la producción de cerámica local o regional de Cales es frecuente la fabricación de estos vasos miniaturizados, no sólo los pequeños platos de pescado sino gran variedad de formas, entre ellas una similar al ejemplar recuperado en *Valentia* (Pedroni, 1986: Tav. 59-303; Tav. 63-326). En la Península Ibérica se encuentran también vasos de reducido tamaño en *Emporion*, en la Necrópolis de Les Corts (Sanmartí, 1978: 36, 468-469), y en Ullastret (Pinta, 1983: 141).

Páteras ápodas: Unión-Cortes S.E. (Fig. 10.4)

Pátera de paredes exvasadas y largo borde sensiblemente curvado. Aunque no se ha conservado la base, por la trayectoria que sigue el borde y la delgadez de la paredes, es posible que entrara en la categoría formal de las páteras ápodas documentadas en *Karthago* y adscritas a la clase Byrsa 661 (Morel, 1986: Fig. 2, p. 31).

El fragmento recuperado pertenece a la excavación de las Cortes Valencianas que aporta claros nivels tardo-republicanos, no obstante, en esta ocasión, no ha sido hallado en estratigrafía sino en un relleno de época Islàmica por lo que no podemos señalar datación alguna.

Lamb. 55: PV-773 (Fig. 10.5), PV-12

Pátera poco profunda de borde ligeramente engrosado y reentrante, marcando una faceta plana en su parte superior. Presenta generalmente un pequeño rebaje y acanaladura en la separación con la pared en la cara interna. En ambas superficies, tanto interna como externa, se observan algunas bandas en las que el barniz no conserva el brillo, pudiendo ser indicio de una decoración pintada. Esta forma genérica es propia de la Campania pero no exclusiva de la campaniense A, ya que, con características técnicas distintas y bien definidas, aparecen en otros yacimientos de la propia Campania como en Cales (Pedroni, 1986) o Francolise (Cotton, 1979).

Morel 1640: Al-2958-3, PV-SP (Fig. 10.6-7)

Pátera poco profunda, de finas paredes, la unión de la pared con el borde viene marcada por un estran-

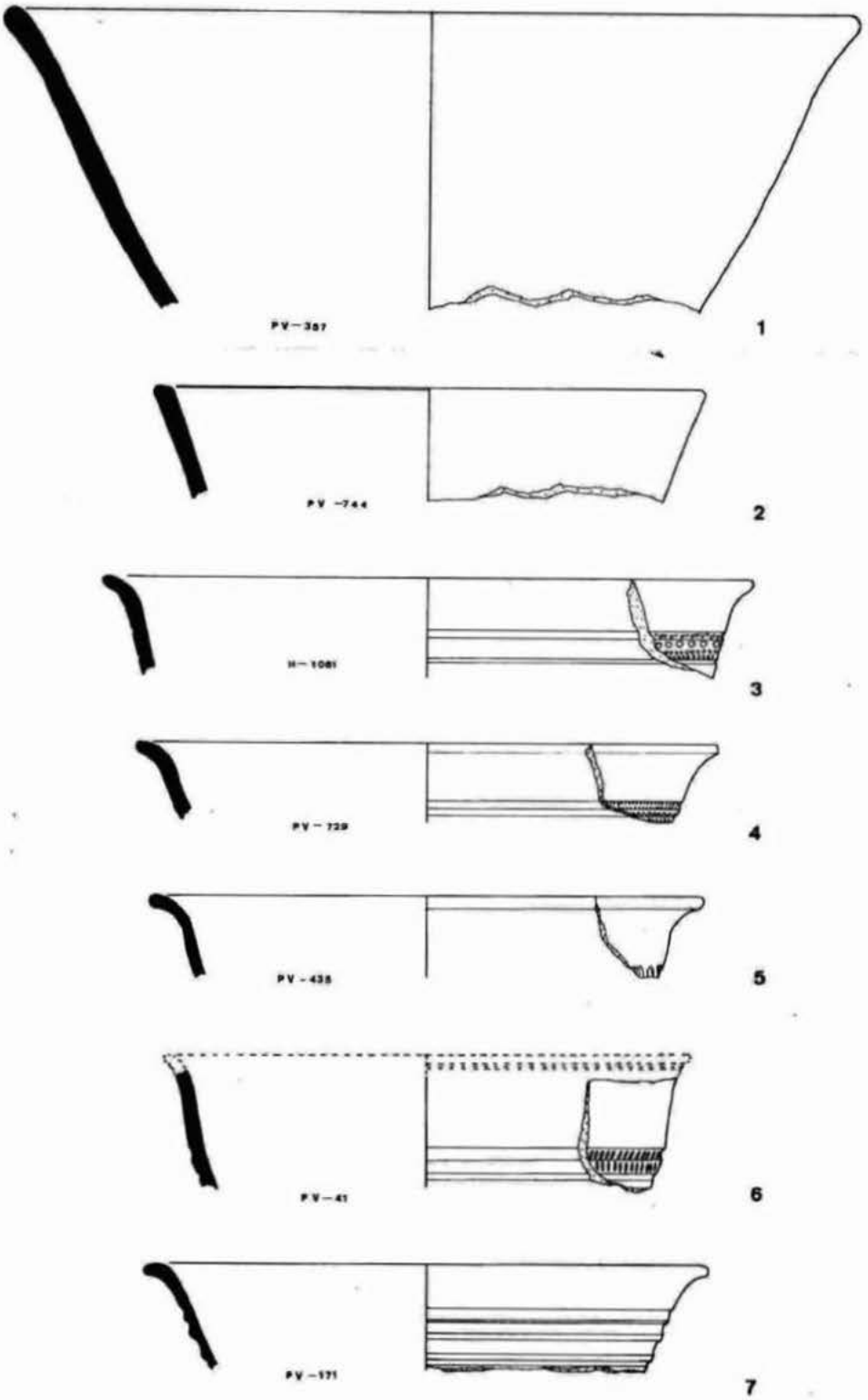


Fig. 11.— Grupo 7. E. 1/2

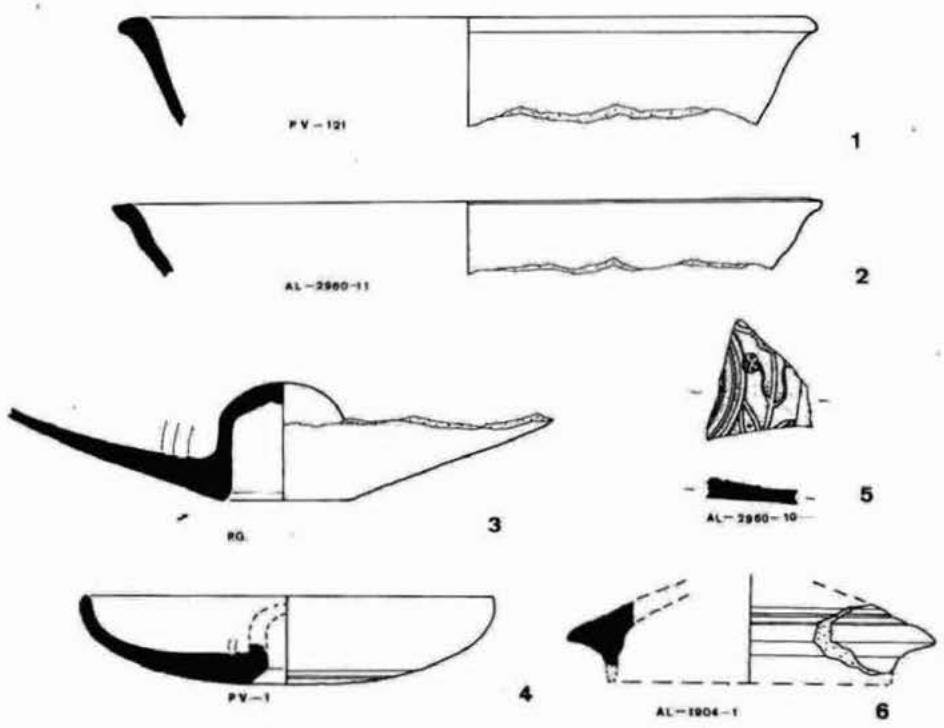


Fig. 12.— Grupo 8. E. 1/2

gulamiento tanto externo como interno, en ocasiones acentuado por una acanaladura (PV-SP). Se corresponde con la especie 1640 de Morel, definida por un borde prolongado en la misma línea de la pared y provista en esta zona de algún accidente como engrosamientos, acanaladuras, etc. Los ejemplares documentados se acercan más a las series 1646-1646b ó d, tanto por la disposición rectilínea de sus paredes como por el desarrollo del borde. J.P. Morel (1981: 128) atribuye a los vasos de esta especie un origen en el área etrusca hacia 200 ± 50.

El fragmento de l'Almoina apareció en un nivel que puede situarse en el último cuarto del s. II a. JC. y en el que no se constata la presencia de cerámicas del círculo de la B, predominando la campaniense A y estando presente la campaniense B de buena calidad y la Byrsa 661 o grupo 3.

Morel F-2614: PV-108, PV-493, PV-108 bis (Fig. 10.8 a 10), PV-36, PV-189, PV-194

Bol profundo de perfil en «S», los diámetros oscilan entre los 14-16 cms. Se asimila a la serie 2614 de Morel, estando más próxima a las variantes c/d, ésta última, la F-2614 d de Morel, es el prototipo de Lamb. 27 B pequeña en campaniense A procedente del pecio de Giannutri (Lamboglia, 1964). No obstante, las piezas presentadas poseen características técnicas de pasta y barniz que difieren de la campaniense A. Una de las piezas conserva restos de una línea de pintura blanca en el interior a la altura del borde (PV-108). De forma opcional, tanto la superficie interna como externa, presentan algunas finas ranuras.

Todos los ejemplares repertoriados aparecieron hace 30 años en las excavaciones de la Plaza de la Virgen, dos de ellos en el nivel fundacional (PV-108, PV-108 bis), un tercero se recuperó en un estrato del último cuarto del s. II a. JC. (PV-493) y los restantes no presentaban contextos fiables.

Morel 2615: PV-357, PV-744 (Fig. 11.1-2), PV-372, PV-589, PV-590

Bol profundo de paredes exvasadas, algo gruesas y borde sin diferenciar. Presenta una concavidad poco marcada en la parte superior de la pared externa. Tipológicamente es asimilable la serie 2615 de Morel, tanto al tipo 2615e (PV-357) como 2615b (PV-744). Para Morel estas piezas son producción de Etruria o de Italia del Norte.

Las cinco piezas proceden de contextos alterados o mal excavados de la Plaza de la Virgen.

Sanmartí F-166: H-1061-2, PV-729, PV-435, PV-41, PV-171 (Fig. 11.3 a 7)

Bol profundo de perfil en «S», borde saliente prolongación de la misma pared. Generalmente está pro-

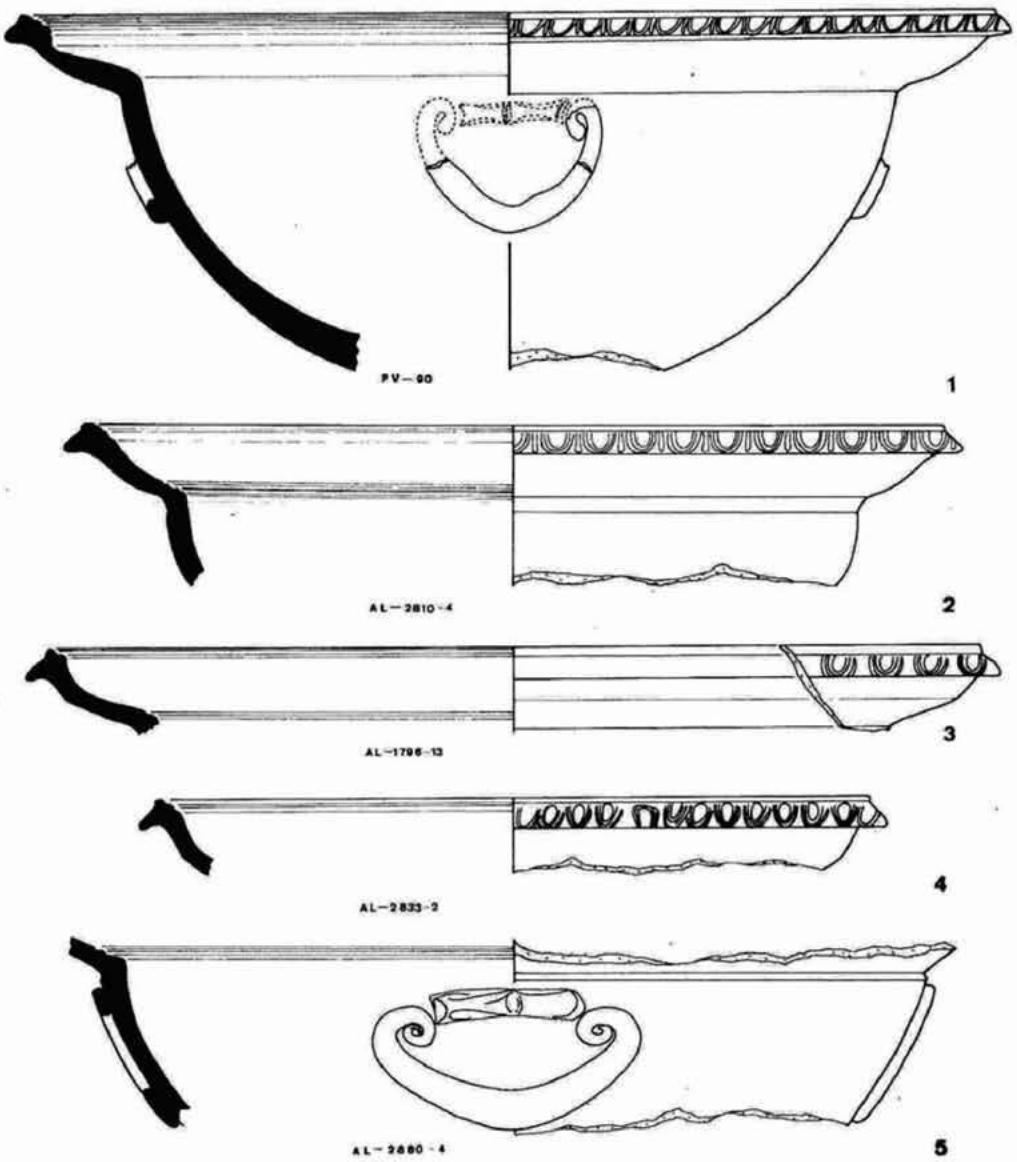


Fig. 13.— Grupo 9. E. 1/2

vista sobre su pared externa de dos acanaladuras paralelas que limitan y resaltan una franja de ruedecilla. Tipológicamente se corresponde con la forma 166 definida por Sanmartí (1978: Làm. 99.166) quien le atribuye una datación del último tercio del s. II o inicios del s. I a. JC. en base a los hallazgos del Foro romano de Ampurias (Sanmartí, 1978: 592). Formas similares a estas se documentan igualmente en Cales (Pedroni, 1986: Tav. 38.171).

Otro ejemplar documentado (PV-171), y que se podría incluir en esta serie, corresponde a un bol de paredes exvasadas y borde vuelto hacia afuera, cuya superficie externa se caracteriza por marcadas acanaladuras en la parte central.

Pedroni, Tav. 12.50: PV.121 (Fig. 12.1), AL-2960-11 (Fig. 12.2)

Bol profundo de labio engrosado y apuntado, paredes de perfil convexo-cóncavo (PV-121). Piezas similares se documentan en Cales, siendo datadas, por la zona en que fueron halladas, en torno al s. I a. JC. (Pedroni, 1986: Tav. 12.50, p. 362).

Se considera una variante del tipo al ejemplar procedente de l'Almoina (Al-2960) cuyo borde marca un plano en su cara superior y la pared cierta concavidad a la altura del borde. La pieza procede del nivel inferior de la excavación, situado por encima del estrato natural y forma parte de un abundante contexto que comentamos al hablar de las formas Morel 2170 y 3210.

Morel 2170: P.G., PV-1, Al-2960-10 (Fig. 12.3 a 5)

Pátera «umbilicata» de pequeño tamaño, de la que se recuperaron, en las excavaciones de *Valentia*, un total de tres ejemplares. Uno de ellos (PV-1) conserva el perfil casi completo, asimilable al tipo 2171-2172 por el desarrollo curvo de su pared y la presencia de un pequeño rebaje en el fondo externo a la altura del «omphalo».

La segunda pieza (P.G.) había sido repertoriada con anterioridad por G. Martín (1962: 93, Fig. 2.16) e incluida por J. Morel como forma nueva, dando lugar al tipo 2176a, para el que señalaba el autor una producción local o regional (Morel, 1981: 145). Sin embargo, hemos observando que en el dibujo publicado por estos autores, esta pieza se restituye como forma completa, lo cual, después de una revisión del material, no responde a la realidad del fragmento, que carece de borde y cuya pared no presenta una trayectoria tan rectilínea y con tantas acanaladuras respecto a las representadas en el dibujo publicado por estos autores. Por otra parte, las características técnicas de este último ejemplar no presentan diferencias del resto de las piezas que componen este grupo 3, tanto por la pasta como por la calidad del barniz, que, en esta ocasión, posee iridiscencias azuladas.

Se conserva un último fragmento de fondo de probable pátera «umbilicata» (Al-2960-10) con decoración vegetal enmarcada por dos acanaladuras, y situada alrededor de lo que sería el «omphalo». La decoración en relieve alterna hojas con tallos ondulados y flores.

El perfil casi completo procede de la Plaza de la Virgen, se halló en el nivel inferior, mientras el pequeño fragmento con restos de decoración en relieve al interior, apareció en l'Almoina también en el estrato más hondo, directamente sobre la tierra natural y formaba parte de un amplio conjunto de materiales entre los que, centrándonos en el barniz negro, predomina abrumadoramente la campaniense A (formas Lamb. 23, 25, 27, 28, 31, 33, 36, 55, y Morel F-2974) junto con unas pocas piezas de campaniense B de buena calidad (etrusca) (formas Lamb. 3, Morel F-2653) y del grupo Byrsa 661 o grupo 3. Las ánforas pertenecían a los tipos greco-itálico y Dr. 1A, sin que faltaran las del área púnica, como la Mañá C-2 P.E.17 (Ramón, 1981) y otras de posible origen hispánico como las CC.NN. (Sanmartí, 1985, 1989). No hay duda, pues, en asignar una fecha muy cercana al 138 a. JC. para la datación de este nivel.

Morel F-9132 - Lamb. 14: Al-1904-1 (Fig. 12.6)

Fragmento de borde de tapadera perteneciente a la serie 9132 de Morel. El ejemplar que sirvió de prototipo a Lamboglia (1952: 151) es de la cercana ciudad de *Sagvntvm*. Formas idénticas a las anteriores fueron documentadas en *Emporion* (Sanmartí, 1978: Lám. 82, 1490; Morel, 1986: Fig. 6) y en *Karthago* (Morel, 1983: Fig. 10 a; 1986: Fig. 4 y 5), siendo incluidas por Morel dentro de la clase Byrsa 661.

Este mismo tipo de tapaderas han sido abundantemente documentadas en Cales, siendo consideradas también como producciones locales (Pedroni, 1984: 77, Tav. XVIII, 5). Tanto Morel como Pedroni ofrecen dataciones del s. III y primera mitad s. II a. JC., no obstante, la pieza de Valencia procede de un nivel del último cuarto del s. II a. JC.

Morel 4753: PV-90, AL-2810-4, AL-1796-13, Al-2833-2, AL-2880-4 (Fig. 13)

Crátera perteneciente al tipo F-4753a de Morel. El cuerpo es de perfil redondeado. El borde forma un alero saliente de perfil convexo, con labio triangular, presentando normalmente acanaladuras en la parte interna; esa misma decoración se observa también en la unión del cuerpo con el borde. La cara externa del labio presenta en todos los casos decoración de ovas alternando, en ocasiones, con filetes o lengüetas. Su disposición es bastante irregular. Posee una pseudo-asa, aplicada sobre la pared situada apenas bajo el borde. Los ejemplares documentados marcan tres módulos de talla de 19, 23 y 26 cms. de diámetro externo.

Esta forma, en los últimos años ha sido objeto de especial atención en la costa oriental de la península (Sanmartí, 1981; Dupré y Fernández, 1983-84), habiéndose supuesto un origen etrusco y una datación terminal en los inicios de la segunda mitad del s. II a. JC. en base, precisamente, a su presencia en *Valentia* (Sanmartí, 1981: 197). Se ha documentado en varios yacimientos catalanes, tanto romanos (*Emporion, Tarraco*) como indígenas (Sant Miquel de Sorba, Turó de Can Tacó, Ruscino), siguiéndose su rastro más hacia el sur en Torre la Sal (Castellón) (Fernández, 1987-88: Fig. 8) y *Karthago Nova* (Pérez Ballester)[1].

Ha sido tradicionalmente asociada a producciones etruscas por J.P. Morel (1981: 328-329); no obstante, está documentada en Cales, siendo considerada por Pedroni como una producción local datada en el s. III-II a. JC. (Pedroni, 1986: 365). En cuanto a la cronología, Morel le da una datación con anterioridad al 150 a. JC. (Morel, 1978: 328-329), sin embargo, su vigencia a lo largo del s. II a. JC es manifiesta, como demuestra la presencia de un ejemplar en el pecio de Spargi (Pallarés, 1979: Fig. 13), y al mismo tiempo las piezas recuperadas en el nivel fundacional de *Valentia*.

En perfil casi completo (PV-90) procede del nivel fundacional de la Plaza de la Virgen, mientras el resto de las piezas han venido apareciendo en las excavacio-

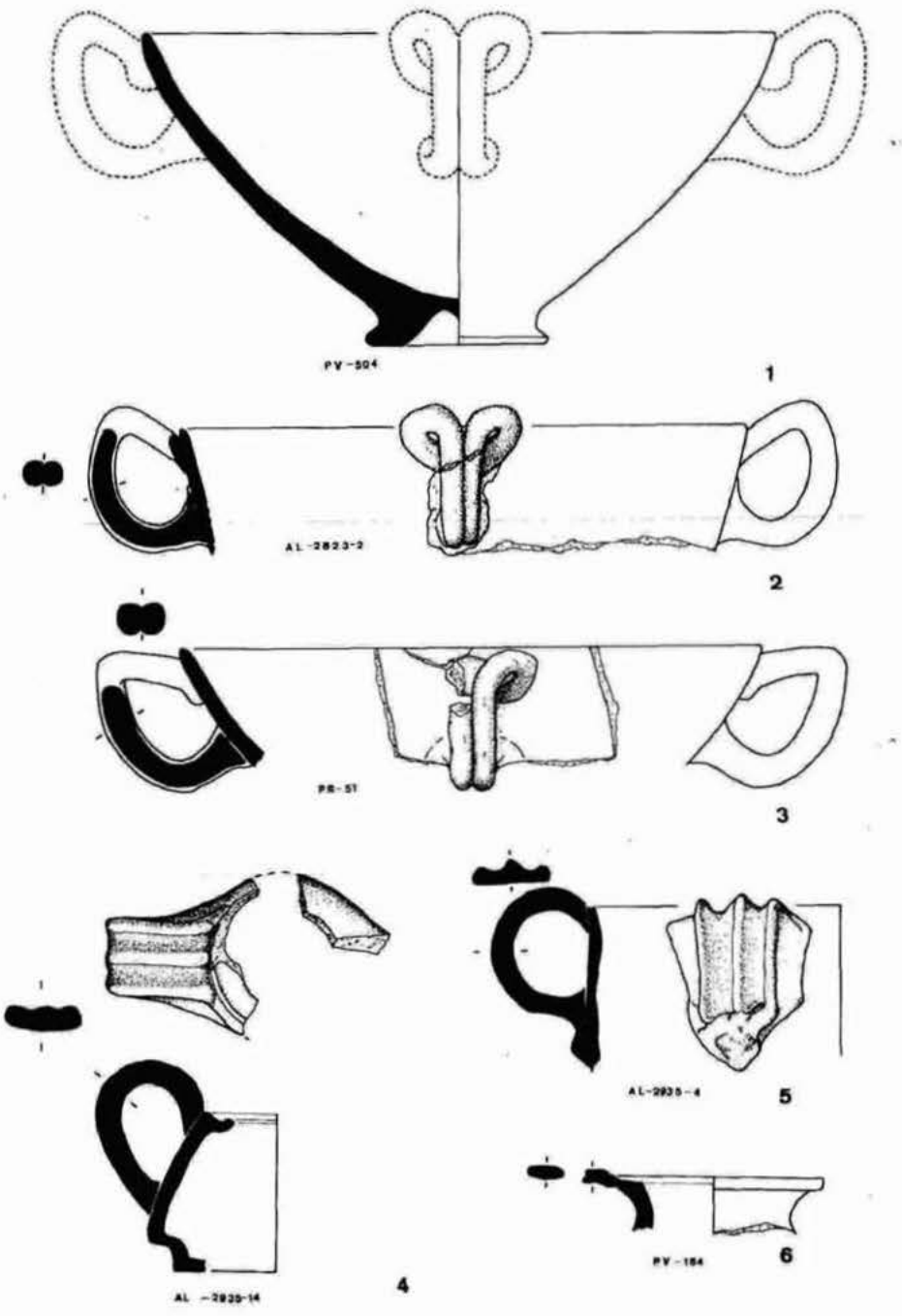


Fig. 14.— Grupo 10. E. 1/2

nes de l'Almoina. Una de ellas (PV-2880-4), es de un nivel que se puede datar a finales del tercer cuarto del s. II a JC., con predominio de la campaniense A (formas Lamb. 6, 27, 31, 36 y Morel F-2985c), ausencia de cerámicas del círculo de la B y presencia muy minoritaria de campaniense B de buena calidad y del grupo Byrsa 661 o grupo 3. Otro de los fragmentos (Al-1796-43) es de un nivel de fines del s. II a. JC. en un contexto con campaniense A y del círculo de la B.

M.P. 127, Morel F-3120: PV-504, Al-2823-2, PV-51 (Fig. 14.1-3)

Copa profunda de paredes exvasadas y borde sin diferenciar perteneciente a la forma M.P. 127, que se corresponde con la serie 3120 de Morel. Esta forma se caracteriza por poseer dos asas laterales situadas a la altura del borde, verticales y bífidas, que divergen hacia la parte superior y se repliegan hacia el interior formando un «boucle» aplicado contra la superficie del vaso. Pie anillado perteneciente al tipo P-151a de Mo-

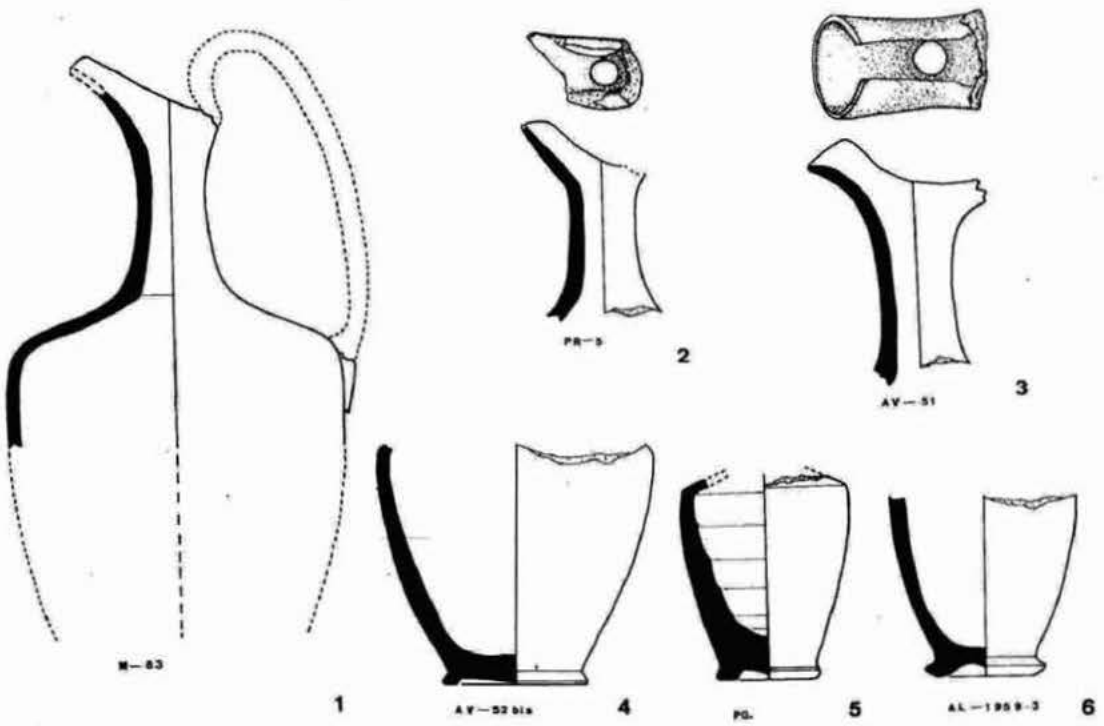


Fig. 15.— Grupo 11. E. 1/2

rel, superficie interna simple y oblicua, sección de apoyo plana y fondo interno cóncavo con umbo externo.

Se trata de una forma corriente en campaniense B hacia la mitad del s. II a. JC. en Etruria septentrional y central. Exportada hacia España (Sanmartí, 1978), aparece en los pecios de Filiculdi A datado hacia el 150 a. JC. (Roghi, 1971; Cavalier 1985), Isla Pedrosa (Barberá, 1975) y Sant Jordi (Cerdá, 1980) hacia 120/100 a. JC. Los hallazgos de Galia meridional son más tardíos y pertenecen todos a un contexto del s. I. a. JC., hacia mitad del siglo. Los análisis de pasta en Olbia (Provenza) han mostrado la similitud entre los boles M.P. 127 y el resto de la campaniense beoide de la región del Norte de la Campania, más precisamente de la región de Cales (Bats, 1988: 142).

La forma ha sido documentada en Cales, considerándola L. Pedroni una producción local datada en el s. III. Los hallazgos recientes llevan a considerar su perduración hasta el s. I a. JC. (Pedroni, 1986: 364).

En *Valentia*, la pieza casi completa (PV-504) apareció en el nivel más profundo de la excavación de la Plaza de la Virgen.

Morel F-3210: Al-2935-4 (Fig. 14.5)

Fragmento de pared y asa de tres nervios formando dos acanaladuras, en su parte inferior destaca una protuberancia en forma de cono. El fragmento parece pertenecer a una copa de pared convexo-cóncava correspondiente a la serie 3210 de Morel, considerada una producción de Sicilia y de la extremidad de Calabria (Morel, 1981: 255). En Cales se documenta esta forma, aunque es atribuida por Pedroni a los cubiletes de la especie 3450 de Morel o Lamb. 10 (Pedroni, 1986: Tav. 13.55-57), considerándola como producción local, datada durante un largo período de tiempo que va desde el s. III a I a. JC.

Este fragmento se encontró en el nivel fundacional de l'Almoina, inmediatamente por encima del estrato natural y dentro de un numeroso contexto que ya hemos comentado al tratar la serie 2170 de Morel.

M.P. 152 - Morel 5212: PV-184 (Fig. 14.6)

Fragmento de borde con arranque de asa de sección plana perteneciente a una jarrita de boca circular, asimilable a la forma M.P. 152 (Montagna Pasquinucci, 1972), se corresponde a la serie 5212 de Morel, siendo considerada una producción local o regional (tipo local D de Volterra) (Morel, 1981: 339). En Cales se documenta esta forma y para L. Pedroni se trata de una producción local, datada en el s. III-II a. JC.

M.P. 147, Morel 5740: M-83, PR-50, AV-51, AV-52, P.G., Al-1959-3 (Fig. 15)

Jarrita de cuello largo y pico en canal. La panza, de perfil ovoide, se alarga hacia la parte superior marcando, en ocasiones, una pequeña arista en la unión del cuerpo con el cuello. Esta forma se asimila al tipo M.P. 147, correspondiente a la especie de Morel 5740,

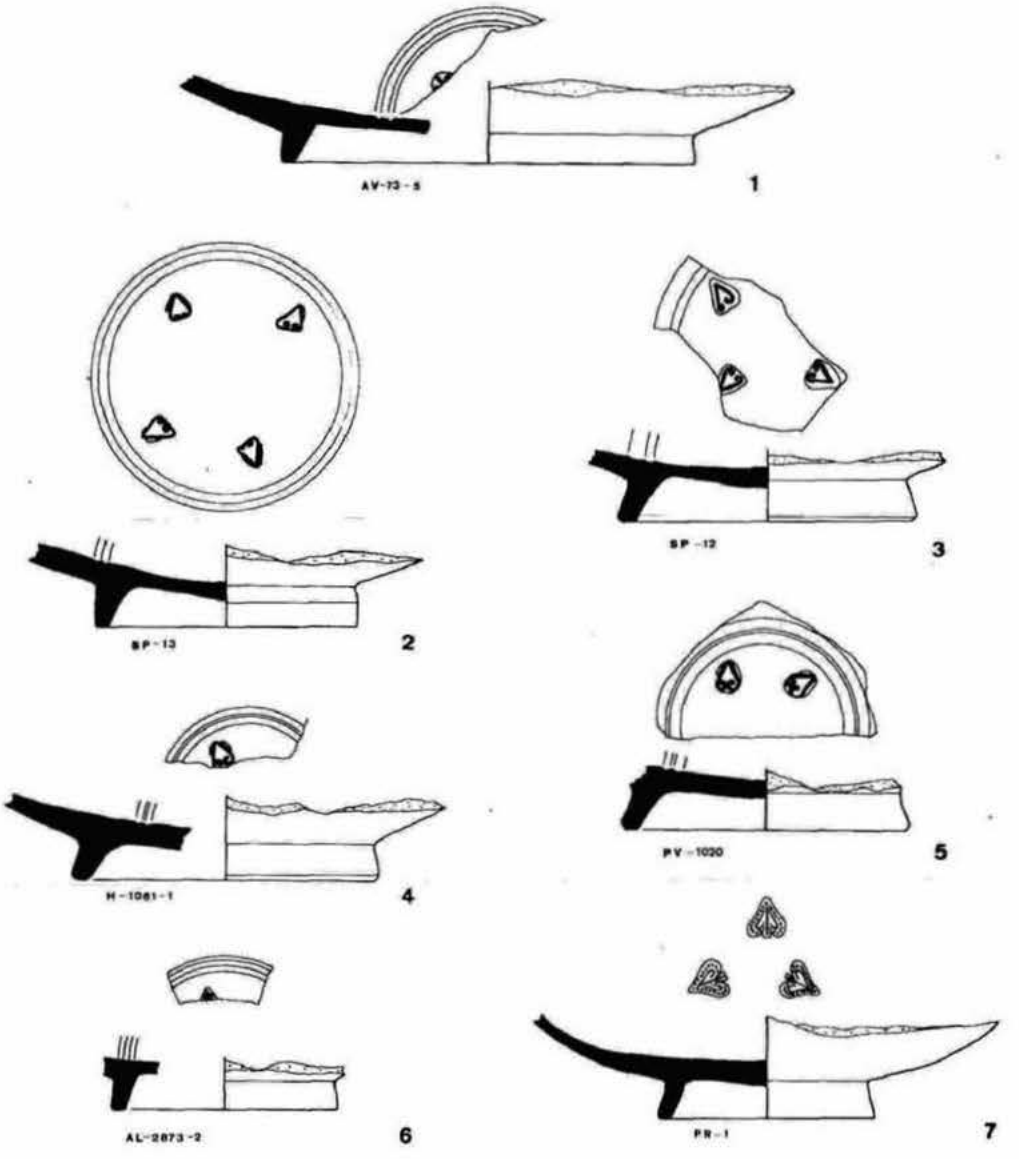


Fig. 16.— Grupo 12. E. 1/2

no obstante por el desarrollo del asa de sección aplanada y algo rectilínea se acerca más a la serie 5741g ó 5743b de Morel. Ha sido tradicionalmente asociada a las producciones etruscas de donde proceden los prototipos formales, sin embargo las piezas que presentamos no poseen la calidad ni la tonalidad de los barnices etruscos. El barniz de los ejemplares que presentamos es negro profundo, de satinado a brillante y, en algún caso, algo rugoso. Piezas de similar calidad técnica se documentan en Cales (Pedroni, 1986: Tav. 56. 283-284).

El ejemplar más completo, de la calle del Mar (M-83), apareció directamente sobre el suelo natural, por lo que su inclusión en el período fundacional es bastante clara. El de l'Almoina (Al-1959-3) procede de la preparación del pavimento de unas posibles «tabernae» (Escrivá y Ribera, en prensa) que se deben datar también en el último tercio del s. II a. JC.

Lucerna: Al-2935-14 (Fig. 14.4)

Un apartado especial lo constituye esta lucerna de barniz negro técnicamente similar a los ejemplares presentados en este grupo 3. Tipológicamente por su cuerpo bitroncocónico, pie alto y asa distal de tres nervios se corresponde con el tipo E de Ricci (1973: Fig. 27). Ampliamente documentada en el Mediterráneo Occidental, está presente en los restos de la Madrague de Montredoy datado en el s. II a. JC., en La Chrétienne A (100 a. JC), Necrópolis de St. Rémy, Pozo de Cavaillon, *Albintimilium* (170-50 a. JC.) (Ricci, 1973: 216-219).

Esta pieza, de l'Almoina, apareció en el nivel antrópico más antiguo, inmediatamente por encima del estrato natural, y forma parte de un numeroso contexto al que se le debe atribuir una datación fundacional

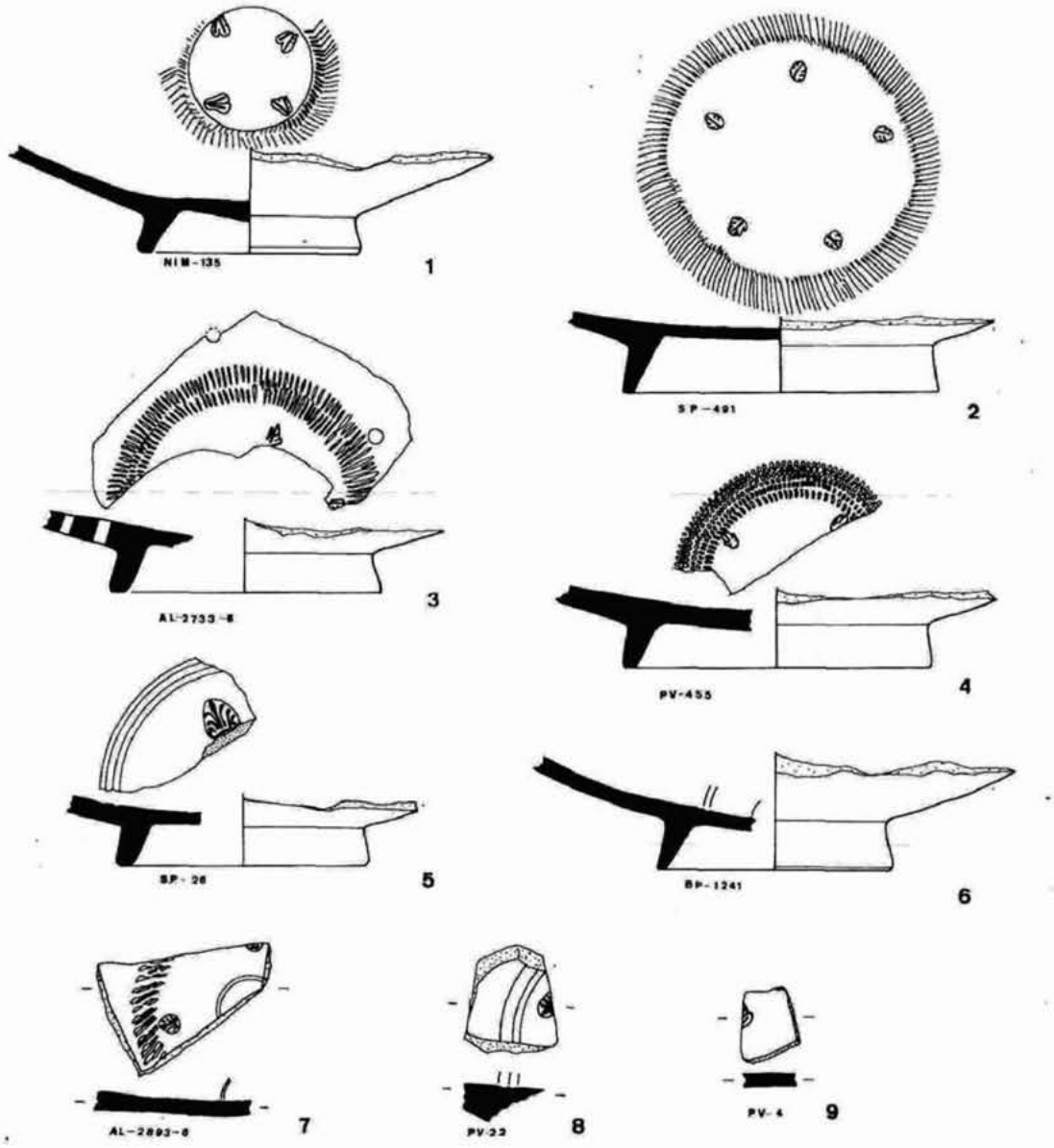


Fig. 17.— Grupo 13. E. 1/2

y que ya se ha comentado con todo detalle al tratar la forma Morel F-2170.

Bases: Av-5, SP-13, SP-12, H-1061, PV-1020, Al-2873-2, PR-1 (Fig. 16. 1 a 7), NIM-135, SP-491, Al-2733-6, PV-455, SP-26, BP-1241, Al-2983-6, PV-22, PR-66 (Fig. 17.1 a 9)

Vamos a tratar fundamentalmente las bases de páteras de forma indeterminadas que presentan decoración estampillada en el fondo interno, puesto que las bases restantes ya han sido tratadas en sus apartados formales correspondientes.

En su mayor parte presentan marcas de huellas digitales en el arranque de la pared, y al igual que los grupos anteriores el fondo interno aparece reservado. Los pies son bastante uniformes y estilizados, de sección trapezoidal, asimilables a los tipos 211-212 de Morel.

Se aprecian dos tipos de páteras con diámetros variables en función de la trayectoria de su pared, según sea curvada o rectilínea, sin embargo, el estado fragmentario del material impide, en ocasiones, incluirlas con seguridad en uno u otro grupo.

En líneas generales estas piezas presentan motivos estampillados, de pequeñas dimensiones, en número que oscila de tres a cinco, enmarcadas, en ocasiones, por acanaladuras o por decoración a ruedecilla. Los tipos de estampillas predominantes son las hojas cuori-

formes (Fig. 16.2 a 4) y las pequeñas palmetas (Fig. 16.1, 9; Fig. 17.1, 3, 5 y 6), mostrando una clara diferencia con respecto a las estampillas de los grupos tratados con anterioridad. La decoración a ruedecilla es variada, siendo simple, doble o formando pequeñas plumas de ave. El tipo de ruedecilla que presentan en general los grupos estudiados difiere de la campaniense B de producción etrusca, ya que son líneas cortas, uniformes y siguiendo la misma orientación, así mismo son diferentes de las producciones de Cales más tardías, las llamadas Beoides. Estas imitan a las anteriores aunque es notable su orientación más oblicua, sin embargo el tipo de ruedecilla que se aprecia en las piezas que presentamos se asemeja más a la de la campaniense A en cuanto que está formada por líneas adyacentes de perfil sinuoso y poco definidas.

Estas estampillas, asociadas a una producción de buena calidad, en un momento propiciaron que se le dieran dataciones altas, de finales del s. III o principios del s. II a. JC., sin embargo la presencia en *Karthago* de bases de este tipo con estampillas cuoriformes, consideradas por Morel como de producción Byrsa 661, definieron un marco cronológico que llegaba, al menos, hasta el 146 a. JC. Considerando que este tipo de estampillas cuoriformes se documentan en Cales en piezas que poseen defectos de cocción, no creemos factible su producción en *Karthago*, y en consecuencia el año 146 a. JC. no marcaría una fecha límite para esta producción, muestra de ello es la presencia de estas páteras en la ciudad de Valencia.

CONSIDERACIONES GENERALES

Sólo con un rápido examen de los datos cronoestratigráficos proporcionados por los materiales aparecidos en contextos fiables, especialmente los procedentes de l'Almoina, se induce, por una parte, que estos tres grupos de barniz negro fueron coetáneos y, por otra, que estaban vigentes, cuando menos, en el tercer cuarto del s. II a. JC. (150-125 a. JC). La corriente presencia de buena parte de estos grupos cerámicos en *Karthago* (Morel, 1983, 1986), destruida en el 146 a. JC., y en la colonia de *Luni*, fundada en el 177 a. JC. (Cavalieri, 1973), indica, además, que también debían ser normales en el segundo cuarto del s. II a. JC. (175-150 a. JC.). Ante la rarificación de los hallazgos, no parece probable que se puedan hacer llegar más allá del último cuarto del s. II a. JC. (125-100 a. JC), por lo menos en *Valentia*, mientras parece bastante más probable su existencia, aunque seguramente con otras formas, a principios del s. II a. JC. y su entronque con tradiciones cerámicas del s. III a . JC. Así, la escasez de las piezas de los grupos 1 y 2 tal vez sea un indicio de su datación anterior, mientras la relativa representación del grupo 3-Byrsa 661, tanto en *Karthago* como en *Valentia*, pueda deberse a que esta producción alcanzara su máximo desarrollo entre el segundo y el tercer cuarto del s. II a. JC. En ambos casos, siempre en contextos en los que predomina la campaniense A. Mientras que puede ser significativo el hecho que en los niveles más antiguos de *Valentia*, bien datados tras las recientes excavaciones, y en donde no suele faltar, como hemos visto, estas producciones, no se constata la presencia de cerámicas que se puedan incluir dentro de lo que se ha venido a llamar el círculo de la B (Morel, 1981: 76; 1986a: 469-470). Por el contrario, sí que aparecen unas pocas piezas del grupo de campaniense B de muy buena calidad (tipo II de Cosa) (Taylor, 1957) de probable origen etrusco (Morel, 1978: 162).

En cuanto al estado de la investigación actual, a propósito del posible origen de estas producciones, hasta el momento, no se había dispuesto de datos claros que indicaran su adscripción a un centro alfarero concreto. Es por ello que, fuera de Italia, cuando han sido diferenciadas, se han considerado como locales o regionales, sin que, salvo excepciones (Morel, 1983 y 1986; Sanmartí, 1978), se haya individualizado con claridad, y en muchos casos, incluso aparecen incluidas dentro de la campaniense A o B. En Italia, en algún yacimiento en que su presencia era frecuente y presentaba, como en Valencia, indudable homogeneidad, se incluyeron en grupos cerámicos aparte, como el tipo D de *Luni* (Cavalieri, 1973) y, tal vez, el IV de Cosa (Taylor, 1957; Arcelin, 1981). Al mismo tiempo, algunas de las formas propias de nuestro grupo 3 (Morel series 3120, 4753, 5212 y 5740), solían atribuirse exclusivamente al área etrusca (Montagna-Pasquinucci, 1972; Morel, 1981; Sanmartí, 1981).

Esta problemática pareció dilucidarse tras la hipótesis de atribuir casi todas estas producciones (grupos 1 y 3) a un centro alfarero que estaría situado en *Karthago* o en sus proximidades (Morel, 1983 y 1986) lo que conllevó que se le asignara una fecha final de fabricación en torno al 146 a. JC., momento de la destrucción de la ciudad. No obstante, desde un principio, su presencia en yacimientos datados con seguridad en una fecha posterior al 146 a. JC., como es precisamente el caso de Valencia, siempre dejó en el aire algunos interrogantes a los que parece haber dado definitiva respuesta los nuevos datos que se han aportado sobre las cerámicas de barniz negro de Cales (Pedroni, 1986).

Por otra parte, no hay que olvidar nunca que la abundante presencia de un determinado tipo cerámico en un núcleo urbano, y especialmente cuando se trata de un gran centro consumidor y, además, de marcado carácter comercial, no tiene, ni mucho menos, que ser indicativo de que tales productos fuesen elaborados en esa ciudad o en sus cercanías.

Por todo lo expuesto, pensamos que las producciones definidas como Byrsa 401 y 661 evidentemente for-

man parte de unas variedades cerámicas individualizadas y que hay que tener en cuenta en los contextos tardo-republicanos, pero que su adscripción a la zona de *Karthago* carece de elementos concluyentes que permitan suponer la ubicación en esta ciudad de su centros de producción. Hasta la fecha, aunque se conocen otras alfarerías de barniz negro en el norte de Africa (Chelbi, 1972; Ponsich, 1968) no se tiene constancia fehaciente de hornos, elementos de alfar, piezas con defectos de cocción, etc... asociados a estos grupos cerámicos en *Karthago*. Por el contrario, la mayoría de las formas cerámicas atribuidas a estas supuestas producciones cartaginesas, incluso varias, como los boles con soportes figurados, anteriores a la fundación de Valencia, aparecen documentadas en bastante frecuencia en los materiales de las prospecciones de Cales, muchos de los cuales son desechos de cocción (Pedroni, 1986: 366). Sin salir de *Hispania*, podríamos mencionar los problemas de atribución de talleres que planteó la sigillata hispánica hasta que se descubrieron las alfarerías de la Rioja (Garabito, 1978) y de Andújar (Roca, 1976).

De la tradición alfarera calena ya se tenía constancia a través de las marcas de ceramista documentadas en las páteras umbilicatas con decoración a relieve, en las que aparecía la mención expresa del topónimo «caleno» (Pagenstecher, 1909). Además, ya a principios de siglo (Wooley, 1911) y más recientemente (Johannowsky, 1961: 261; Pedroni, 1984: 45) se han recuperado abundantes elementos de alfar, amén de los ya mencionados desechos de cocción, pertenecientes a formas muy variadas de barniz negro, muchas de las cuales se corresponden tipológica y morfológicamente con las clases Byrsa 401 y 661. La distribución de piezas de estas características es frecuente en otros yacimientos del Norte de Campania, como la villa de Francolise (Cotton, 1979) o la cercana ciudad de *Minturnae*, donde se ha supuesto la existencia de otro centro alfarero (Morel, 1981: 48) claramente relacionado por su tipología y morfología con el de Cales.

La comercialización de la producción calena de barniz negro en el Levante peninsular debe entenderse íntimamente relacionada con el inicio de las exportaciones del vino procedente del *Ager Falernus*, territorio en el que estaba ubicada la antigua colonia de Cales, y que era envasado en las ánforas greco-itálicas de transición y Dr. 1A, asímismo producidas en alfarerías calenas (Hesnard *et alii*, 1989).

En un primer momento la exportación, ciertamente restringida, afectó fundamentalmente a las cerámicas con decoraciones de relieves: páteras umbilicatas, páteras con medallón central, guttus, etc., es decir, a las que, de una manera abusiva, siempre se han conocido como propias de Cales (Morel, 1981: 46). Son bastante escasos los ejemplares conocidos en la Península Ibérica, sin embargo tenemos constancia de páteras umbilicatas en la Serreta de Alcoy (Abad, 1983: 186-191), en la mina Diógenes (Ciudad Real) (Domergue, 1969: 159), en el Cerro del Molinete (Cartagena) (Ramallo, 1989: 33, Lám. I) y en el Tossal de Manises (Alicante) (Abad, 1983: 188). Páteras con medallón central se encuentran en *Saguntum* (Aranegui y Gil-Mascarell, 1978: 13), *Karthago Nova* (Domergue, 1969: 159), l'Albufereta (Alicante) (Alicante) (Abad, 1983: 305), Castell de Almenara (Gusi, 1974: 119). En el poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia) apareció un guttus leoncéfalo con una figura femenina en relieve (Bonet, Mata *et alii*, 1981: 120) y en Bagur, Palafrugell (Gerona), se recuperó un fragmento de pátera umbilicata o de emblema de guttus (García y Bellido, 1952: 389).

En una fase inmediatamente posterior comienzan a comercializarse cerámicas lisas de procedencia calena. Excepto en algún caso aislado, resulta claro que a *Valentia* llegan exclusivamente aquellas cerámicas que se están fabricando en el momento de su fundación, quizás esto explique la ausencia de formas tan características como el bol con tres soportes en relieve, máscaras cerámicas o *cardium* (Morel F-2132a), abundantemente difundido en la Campania: Cales (Pedroni, 1984 y 1988: Tav. 66 y 67), Nola, *Minturnae*, Pompeya (Morel, 1981: 139) y Francolise (Cotton, 1979: 96, Fig. 22, n.º 8-10). También está presente en el área de Túnez: *Karthago* (Morel, 1986: 46, Fig. 25-26), y en la Península Ibérica: l'Albufereta (Alicante) (Morel, 1986: 46, Fig. 23) y *Emporion* (Morel, 1981: 468). Otra de las piezas características, no presente en Valencia, sería el *pyxis* de la especie 7510 de Morel, documentado, además de en *Karthago* (Morel, 1986: 30, Fig. 3), en Cales (Pedroni, 1984; 1986: Tav. 93), *Emporion* (Sanmartí, 1978: 146, Lám. 26, 356), *Italica* y *Karthago Nova* (Morel, 1986: 35).

En cuanto a las piezas halladas en *Valentia* podemos establecer ciertos paralelos a lo largo de todo el litoral meridional y oriental de la Península Ibérica. No obstante, esta producción resulta difícil de rastrear a través del material publicado, debido, fundamentalmente, a los criterios utilizados en su clasificación, intentando ajustarlos a los grupos clásicos de la cerámica campaniense, e indicando sólo un probable origen local en el caso de que la pieza no pudiera encuadrarse tipológicamente en ninguno de estos tres grupos.

Quizás las piezas más conflictivas a la hora de establecer un plano de dispersión son aquellas que aparecen en las mismas formas que la campaniense A (Lamb. 6, 27, 31, 33b, 36 y 55), contrariamente, las que podríamos considerar como más raras facilitan su identificación.

Aún teniendo en cuenta esta problemática, hemos podido aislar algunas piezas de yacimientos peninsulares que, con bastantes garantías, deberían pertenecer a esta producción: en Sevilla, un fragmento de bol de

roseta central, en Málaga, fondos estampillados de palmetas simples (MOREL, 1986: 32 y 35). En *Saguntum* (MOREL, 1981: 434; LAMBOGLIA, 1952: 150) y *Emporion* (SANMARTÍ, 1978: Lám. 82, 1490) se documentan tapaderas de la serie 9132 de Morel, además, en esta última ciudad, gracias a que ha sido una de las más estudiadas, se han identificado boles de la forma Sanmartí-166 (SANMARTÍ, 1978: Lám. 99, 166) y fondos con decoraciones estampilladas tanto de palmetas simples (SANMARTÍ, 1978: Lám. 13, 167 y Lám. 14. 170) como de hojas cordiformes (SANMARTÍ, 1978: Lám. 80, 1457). En Caldes de Montbui, en la provincia de Barcelona, tenemos constancia de un perfil completo de bol ápodo de la serie 2110 de Morel (BARBERÁ, 1970: 44) y otro probable en Numancia, éste de base redondeada perteneciente a la serie 2122a de Morel (1981: 138).

De igual modo, convendría hacer un repaso a las piezas asociadas tradicionalmente a producciones del área etrusca. La dispersión de los vasos de la especie 4753 de Morel se centra en el litoral oriental de la Península, en *Karthago Nova*, Castellón (FERNÁNDEZ, 1987-88), *Tarraco* (DUPRÉ y FERNÁNDEZ, 1983-84), *Emporion* y otros yacimientos indígenas catalanes como Sant Miquel de Sorba, Turó de Can Tacó y Ruscino entre otros (SANMARTÍ, 1981). Asímismo, la forma M.P. 127 se documenta en *Baetulo* (GUITART, 1976: Fig. 51, 9, p. 225) y *Emporion* (SANMARTÍ, 1978: Lám. 37,482; Lám. 66, 1152; Lám. 69, 1268), además en esta última ciudad está también presente la forma M.P. 147 (SANMARTÍ, 1978: Lám. 37, 480).

Ya fuera del ámbito peninsular se documenta en Olbia de Provenza boles de la forma M.P. 127 (BATS, 1988: 142), y en *Gabii* (VEGAS, 1968: Fig. 10) y Cosa (TAYLOR, 1957: Lám. XXIX, B 52a) tapaderas de la especie 9130 de Morel. Del mismo modo, la dispersión de fondos estampillados de la llamada por Pedroni «fabbrica degli stampilli a cuoricino», que atiende a un origen caleno, nos lleva a Enserune, *Alba*, *Fucens*, Francolise y Nápoles (PEDRONI, 1986: 375-377).

No obstante, para establecer un buen plano de dispersión de esta producción calena sería necesario una revisión de la cerámica de barniz negro, que proporcionaría, a bùen seguro, más datos que completaran el hasta ahora restringido panorama.

A nivel de repertorio formal, las piezas documentadas en Cales cubren una amplia variedad, debido fundamentalmente a que su producción parece extenderse desde el s. III a. JC. a época de Tiberio ya que no parece ser que tuvo problemas de aumentar su repertorio tipológico, adoptando tanto formas de talleres cercanos, caso de los de la zona de Nápoles, como de otros más alejados, concretamente del área etrusca. Así, todas las piezas que en este sentido se han repertoriado en los grupos 1 y 2 están exclusivamente relacionadas con la campaniense A (formas Lamb. 27B, 31, 33b y 36), mientras el grupo 3 aparece con un repertorio más diversificado. A las reseñadas formas de la campaniense A se le pueden añadir otras, típicas también de esta producción napolitana (Lamb. 25 y 55, Mor. 2153 y 2614d). Aunque estas formas, que podríamos llamar de tradición campaniense, son las más abundantes, también se han documentado otras de probable raíz etrusca (Lamb. 6, M.P.127, 147 y 152, Mor. 2170 y 4753) e, incluso, parece que algunas formas (Mor. 1313b, 2110, 2615, 3210, 9132, Sanmartí 166, Pedroni Tav. 12.50) pueden ser casi exclusivas de esta producción calena.

La constatación de una abundante actividad alfarera en Cales, muchas de cuyas piezas llegaron a *Valentia*, fundada hacia el 138 a. JC., junto con el conocimiento directo, por parte de uno de nostros (V.E.T.) de los materiales de la misma Cales[2], nos induce a descartar la hipótesis de un supuesto origen cartaginés para estos tres grupos, en favor de una procedencia calena, lo cual, por otra parte, se ajustaría mejor a la dinámica comercial y a la lógica del tráfico marítimo de la época.

Con estas propuestas, basadas principalmente en la constatación fehaciente que Cales fue un importante centro alfarero, en el conocimiento directo de sus cerámicas y en las similitudes morfológicas (pasta, barniz, formas) que presentan entre sí los tres grupos, no se termina, ni mucho menos, la presencia de las alfarerías calenas en *Valentia*. Podríamos seguir con las llamadas campaniense beoides, de reconocida adscripción calena (ARCELIN, 1981; MOREL, 1978: 162). Pero, a mayor abundamiento, también se configura que la mayor parte de la cerámica campaniense B presente en Valencia, excluida la etrusca de buena calidad, habría también que considerarla calena. Esto es así, que en muchas ocasiones no es posible fijar un límite claro entre unas variantes y otras, algo comprensible si aceptamos su común origen en un mismo centro alfarero.

Es decir, que prácticamente se puede completar el ciclo contínuo de los talleres de Cales en *Valentia*, que de esta manera, se configurarían, junto a los de la zona de Nápoles-Ischia, como los más prolíficos y extendidos del Mediterráneo Occidental durante la época tardo-republicana.

NOTAS

[1] Agradecemos a J. Pérez Ballester la información proporcionada sobre los vasos de la especie Morel 4750 hallados en Karthago Nova, sobre los que, en la actualidad, está realizando un estudio específico.

[2] Agradecemos a L. Pedroni las facilidades dadas para acceder a las cerámicas de barniz negro de Cales, así como toda la información proporcionada sobre estas producciones. Asimismo, agradecemos a la Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana la concesión de una bolsa de viaje, entre cuyos objetivos se incluía precisamente el conocimiento directo de esta cerámica.

BIBLIOGRAFÍA

A.E.A. Archivo Español de Arqueología
B.C.H. Bulletin de Correspondance Hellénique
B.E.F.A.R. Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et Rome
C.E.D.A.C. Centre d'Etudes et de Documentation Archéologique de la Conservation
C.N.R.S. Centre National de la Recherche Scientifique
C.R.H.A. Centre de Recherches d'Histoire Ancienne
L.A.M.P.O. Laboratoire d'Anthropologie des Pays de la Méditérranée Occidentale
M.A.A.R. Memoirs of The American Academy in Rome
M.E.F.R.A. Mélanges de l'Ecole Française de Rome. Antiquité
P.L.A.V. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia
R.S.L. Rivista di Studi Liguri
S.I.P. Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial de Valencia
T.V.S.I.P. Trabajos Varios del S.I.P.

Abad Casal, L. (1983): «Un conjunto de materiales de la Serreta de Alcoy». *Lucentum*, II, pp. 175-196.

Arcelin, P. (1981). «A propos des céramiques italiques à vernis noir du groupe B». Notes de mission à Cosa et à Cales (Italie, février 1980)». *Travaux du L.A.M.P.O.* Aix-en Provence.

Aranegui, C. y Gil-Mascarell, M. (1978): «Vasos plásticos y cerámica con decoración en relieve de barniz negro». *Archéologie en Languedoc*, 1, pp. 13-16.

Barberá, J. (1970): «La cerámica campaniense». *Información Arqueológica*, 2, Mayo-Agosto, pp. 38-46.

Barberá, J. (1975): «El cargamento de cerámica barnizada de negro del Pecio de Isla Pedrosa (L'Estartit, Gerona)». *Inmersión y Ciencia*, 8-9, pp. 76-85.

Bats, M. (1988): *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence (v. 350-v. 50 av. J.-C). Modèles culturels et catégories céramiques*. Revue Archéologique de Narbonnaise, supplément 18, Ed. C.N.R.S., Paris.

Bolufer, J. (1984): *Excavacions a la Plaça de la Mare de Déu. 1959-1960*. Beca para la catalogación de los Fondos Aqueológicos Municipales. Inédita.

Bonet, H.; Mata, C.; Sarrión, I.; Dupré, M. y Renault-Miskovsky, J. (1981): *El poblado ibérico del Puntal dels Llops. (El Colmenar) (Olocau, Valencia)*. T.V.S.I.P., 71, Valencia.

Byrsa I (1979): Mission Archéologique Française à Carthage. Institut National d'Archéologie et d'Art de Tunis, bajo la dirección de S. Lancel: *Rapport préliminaire sur la campagne de 1976 (niveaux puniques), BYRSA I*. Coleccion E.F.R., 41, 1, Roma.

Cavalier, M. et alii (1985): «Il relitto A del Capo Graziano di Filiculdi». *Arch. Subacquea.*, 2, Suppl. al n.° 29 du Bulletino d'Arte, pp. 101-127.

Cavalieri, G. (1973) «Cerámica a vernice nera», Scavi di Luni, Relazione preliminare delle campagne di scavo, 1970-1971, pp. 247-277.

Cerdá, D. (1980): *La nave romano-republicana de la colonia de Sant Jordi, Ses-Salines, Mallorca*. Monografías del Museo de Mallorca, 6.

Cotton, M.A. (1979): *The late republican villa at Posto, Francolise*. London.

Chelbi, F. (1972): *Céramique à vernis noir de la Rabta*. Latomus, XXXI.

Dupré, X. y Fernández, I. (1983-84): «Aportació a l'estudi de l'espècie Morel 4750: Els exemplars de Tarragona». *Ampurias*, 45-46, pp. 302-307.

Domergue, C. (1969): «Céramique de Cales dans les antiques mines d'argent de Carthagene». *A.E.A.*, XLII, Madrid, pp. 159-165.

Escrivá, V.; Pascual, J. y Ribera, A. (1989): «L'Almoina. Centro arqueológico de Valencia». *Revista de Arqueología*, 99, Madrid, pp. 40-50.

Escrivá, V. y Ribera, A. (en prensa): «Els primers vestigis monumentals del període tardo-republicà a Valentia». *Homenatge a Miquel Tarradell.*

Fernández, A. (1987-88): «El poblado ibérico de Torre la Sal (Ribera de Cabanes, Castellón): campaña de excavaciones 1985-1988». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14, Castellón de la Plana, pp. 227-274.

Garabito, T. (1978): *Los alfares romanos riojanos. Producción y comercialización*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XVI, Madrid.

García y Bellido, A. (1952): «La cerámica calena en España». *A.E.A.*, XXV, p. 389.

Guitart, J. (1976): *Baetulo. Topografía arqueológica, urbanismo e historia*. Monografías Badalonesas, I, Badalona.

Gusi, F. (1974): «Una pátera italiota con medallón central en relieve». *Cuadernos de Arqueología y Prehistoria Castellonenses*, 1.

Hesnard, A.; Ricq; Arthur, P.; Picon, M. y Tchernia, A. (1989): «Aires de Production des amphores Gréco-Italiques et des Dr. 1». *Amphores Romaines et Histoire Economique: dix ans de recherche*. Actes du colloque de Sienne (Mai, 1986), *E.F.R.*, 114, Roma, pp. 21-65.

Johannowosky, W. (1961): «Relazione preliminari sugli scavi di Cales». *Bolletino di Arte*, 46, pp. 258-268.

Lamboglia, N. (1952): «Per una clasificazione preliminare della ceramica campana». *Atti del Ier. Congreso Intern. du Studi Liguri* (Bordighera, 1950), Bordighera.

Lamboglia, N. (1960): «Polemiche Campane». *R.S.L.*, XXVI, Bordighera, pp. 292-304.

Lamboglia, N. (1964): «La campagna 1963 sul relitto di Punta scaletta all'isola di Giannutri». *R.S.L.*, XXX, pp. 229-257.

Lancel, S. (1968): «La nécropole prérromaine occidentale de Tipasa; raport préliminaire (campagnes de 1966 y 1967)». *Bull. d'Archéo. Algér.* 3, pp. 85-166.

MARÍN, C.; MATAMOROS, C. y RIBERA, A. (en prensa): «Restos de una vivienda de época tardo-republicana (S. II-I a. JC.) en Valentia: los hallazgos del Palau de les Corts Valencianes». *Coloquio sobre la casa urbana Hispanorromana*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza (Noviembre, 1988).

MARÍN, C. (1990): *La presencia tardo-republicana en Valentia a través del registro arqueológico del Palacio de Benicarló*. Tesis de Licenciatura, Valencia, 1990 (inédita).

MARTÍN, G. (1962): «Estudio de los materiales arqueológicos hallados en el subsuelo del Palacio de la Generalitat de Valencia». *P.L.A.V.*, 1, pp. 89-109.

MARTÍN, G. (1974): «Cerámica campaniense de Valentia, Pollentia y Albintimilium». VI *Symposium de Prehistoria Peninsular*, pp. 321-358.

MATA C.; RIBERA, A.; LERMA, J.V. y BERNABEU, J. (1980): «Excavaciones en Valentia». *P.L.A.V.*, 15, pp. 137-189.

MONTAGNA PASQUINUCCI, M. (1972): «La ceramica a vernice nera del Museo Guarnacci di Volterra». *M.E.F.R.A.*, 84/1, Roma, pp. 249-498.

MOREL, J.P. (1978): «A propos des céramiques campaniennes de France et d'Espagne». *Archéologie en Languedoc*, I, Montpellier, pp. 149-168.

MOREL, J.P. (1980): «La céramique campanienne: Acquis et problèmes». *Céramiques hellénistiques et romaines*, C.R.H.A. Vol. 36, Besançon, pp. 86-125.

MOREL, J.P. (1981): *La céramique campanienne: Les Formes*. Bull, des Ecoles Françaises d'Athènes et Rome, fasc. 244., 2 vols., Paris.

MOREL, J.P. (1983): «La céramique à vernis noir de Carthage-Byrsa: nouvelles données et éléments de comparaison». *Actes du Colloque sur la Céramique Antique* (Carthage, 1980), C.E.D.A.C., *Carthage dossier* 1, Túnez, pp. 43-74.

MOREL, J.P. (1986): «La céramique à vernis noir de Carthage, son influence». *Cahiers d'Etudes Anciens*, XVIII, Carthage VIII, pp. 25-68.

MOREL, J.P. (1986a): «Cerámiques à vernis noir d'Italie trouvées à Délos». *BCH*, 110, Ed. Ecole Française d'Athènes, pp. 461-493.

PAGENSTECHER, R. (1909): *Die calenische Reliefkeramik*. Berlín.

PALLARÉS, F. (1979): «La nave romana di Spargi. Relazione preliminare delle campagne 1977-1980». *R.S.L.*, XLV, pp. 149-182.

PEDRONI, L. (1984): *Elementi per lo studio storico-archeologico dell'antica cittá di Cales*. Ligouri Editore, Nápoles.

PEDRONI, L. (1986): *Ceramica a vernice nera da Cales*. Ligouri Editore, Nápoles.

PINTA, J. DE LA (1983): «Ullastret. Baix Empordà». *Informació Arqueològica*, 40, Barcelona, p. 141.

PONSICH, M. (1968): «Alfarerías de época fenicia y púnico-mauritana en Kuass (Arcila, Marruecos)». *P.L.A.V.*, 4.

RAMALLO, S. (1989): *La ciudad romana de Carthago Nova: la documentación arqueológica*. La Ciudad Romana de Carthago Nova, 2, Murcia.

RAMÓN, J. (1981): *La producción anfórica púnico-ebusitana*. M. Cultura, Congrés de Cultura Pitiusa, Ibiza.

RIBERA, A. (1983): *La arqueología Romana en la Ciudad de Valencia (Informe Preliminar)*. Publicaciones Archivo Municipal de Valencia, 1, Valencia.

RIBERA, A. (1989): «Domingo Fletcher y la fundación de Valencia». *A.P.L.*, XIX, Valencia, pp. 205-211.

RIBERA, A. *et alii* (1989a): *Guía Arqueológica de Valencia*. Difusión de Patrimonio, 3, Generalitat Valenciana.

RICCI, M. (1973): «Per una cronologia delle lucerne tardo-republicane». *R.S.L.*, XXXIX, 2-4, Bordighera, pp. 168-234.

RIPOLL, E. y BARBERÁ, J. (1968): «Dos fragmentos de cerámica con medallón en relieve del poblado ibérico de «La Massana» cerca de Vilafranca del Penedés (Barcelona)». *R.S.L.*, XXXIV (Ommagio a F. Benoit, II).

ROCA, M. (1976): *Sigillata hispánica producida en Andújar*. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén.

ROGHI, G. (1971): «La nave romana di Capo Graciano». *Actes du IIIème Congrès Intern. d'Archeo. sous-marine*, Barcelona, 1961, pp. 253-260.

SANMARTÍ, E. (1978): *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode* (2 Vols). Monogr. Emporitanes, IV, Publ. Institut Prehistòria i Arqueologia, Barcelona.

SANMARTÍ, E. (1981): «Observacions sobre la presència i distribució de l'espècie Morel 4750, a Catalunya». *Ampurias*, 43, pp. 189-199.

SANMARTÍ E. (1985): «Sobre un tipo nuevo de ánfora republicana, de origen presumiblemente hispánico». *Ceràmiques gregues i hel·lenístiques a la Península Ibèrica*, Taula rodona, Empúries, 18-20 març 1983, Barcelona, pp. 133-141.

SANMARTÍ, E. (1989): «Las ánforas romanas del campamento numantino de Peña Redonda (Garray, Soria)». *Ampurias*, 46 (1985), Barcelona, pp. 130-161.

TARRADELL, M. (1962): «Valencia, ciudad romana: estado actual de los problemas». *P.L.A.V.*, 1, Valencia, pp. 5-34.

TAYLOR, D.M. (1957): «Cosa: Black-glaze pottery». *MAAR*, XXV, pp. 65-193.

VEGAS, M. (1968): «Romische Keramik von Gabii (Latium)». *Bonner Jahrbücher*, Band 168, pp. 13-55.

WOOLEY, C.L. (1911): «Some potters marks from Cales». *Journal Roman Studie*, 1, pp. 199-205.

VV.AA. (1984): *València romana. Els orígens de la ciutat*. Catálogo de la exposición del mismo título, Ayuntamiento de Valencia, Valencia.

Josep Montesinos i Martínez*

TERRA SIGILLATA EN VALENTIA: PRODUCTOS HISPÁNICOS

La recomposición del acontecer de ciudades, que como Valencia, han sufrido una sistemática destrucción de gran parte de su patrimonio, no sólo del más reciente, sino también del de épocas pasadas, requiere del estudio pormenorizado de cuantos hallazgos se realicen en su solar. Llevamos a estas páginas el estudio de las cerámicas romanas denominadas Sigillatas Hispánicas aparecidas en la ciudad, con el fin de contribuir al análisis no sólo de aspectos comerciales de la Colonia sino de aportar datos a la distribución y volumen de este tipo cerámico en el oriente peninsular.

Los productos hispánicos ocupan, en Valentia, el 57'16% de las cerámicas sigillatas; debemos indicar que en estos porcentajes se incluyen los productos de origen itálico, gálico e hispánico, no así las denominadas sigillatas claras. La distribución de los productos hispánicos se desarrolla con arreglo al siguiente esquema:

Formas Decoradas	184 piezas	/54'27%
Formas Lisas	150 piezas	/45'72%
Formas Lisas Indeter. .	5 piezas	
Marcas de alfarero	41 piezas	

* Dept. Història de l'Antiguitat. Universitat de València.

La organización del inventario indica en primer lugar el número del mismo, que coincide con el dibujo de la figura y la fotografía, a continuación indicamos el solar ciudadano donde apareció, seguido del año y el número de marcado de la pieza. Para finalizar el lugar donde se encuentra actualmente (C.A.V.= Colección Ayuntamiento de Valencia, C.C.V.= Colección Catedral de Valencia).

FORMAS DECORADAS

El inventario de materiales no ha sido en ningún momento selectivo, por nuestra parte, y por lo tanto reproducimos el volumen real de las colecciones existentes; el hecho de darse más productos decorados que lisos, cuando en buena lógica sería al revés, se debe exclusivamente a la forma de haber realizado las colecciones, en las cuales ha primado la selección de piezas más espectaculares, como las decoradas, sobre aquellas que no tienen ninguna decoración. Recordemos que los fondos cerámicos del Ayuntamiento de Valencia han sido recopilados a lo largo de los años, y hasta hace poco tiempo, con una simple prospección sobre las obras que se iban realizando en los diferentes solares del centro de la urbe.



Los vasos forma Drag. 29, nº 1 a 23, son los segundos en número; presentan cierta variedad en sus diámetros, dos son menores de 15 cms., una tercera parte están entre los 15 y 17 cms. y el resto, la mayoría, entre los 17 y 20 cms. Todos son de buena calidad tanto en pastas y barnices como en la impresión de los motivos. Los nº 12 y 13 llevan ruedecilla externa en el borde, elemento éste no muy común en la producción hispánica y que aparece entre otros lugares en Juliobriga, Numancia, Mérida, Abella y Tricio (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 212 nº 10, Lám. 287 nº 27, Lám. 27 nº 147; Garabito, 1978: Fig. 48 nº 22, Fig. 83 nº 48).

La separación entre el borde y la pared decorada viene dada por un friso de volutas, nº 5, de bifoliáceas, nº 7, 27, 29 y 31, de círculos, nº 28, de puntas y hojas nº 17; en el resto por un simple baquetón. La separación de los frisos a base de baquetones, hecho normal en los hispánicos, pero en el nº 25 lo realiza con un friso de perlitas y el nº 16 con bifoliáceas.

Tres estilos podemos distinguir en estos vasos de Valentia: el primero de imitación de motivos gálicos, nº 1 y 2; mucho más abundante es el de metopas ocupadas por figuras humanas, animales, vegetales y en algunos casos aparecen motivos circulares, nº 3 y 26, en otros un friso metopado convive con otro de círculos alternando con motivo vertical, nº 33; el nº 30 ocupa su friso superior con serie de círculos, pertenecería al tercer estilo de Mezquíriz lo mismo que el nº 31.

Un vaso forma 29, no incluído en nuestra tesis y publicado con posterioridad a la misma, ha sido adjudicado por Pradales al artesano Segivs (Montesinos, 1988 a: nº 27; Pradales, 1986-89: 83).

A la hora de buscar una cronología exacta para la forma 29 nos encontramos con una serie de lagunas, pues no es aplicable la relación de cada estilo con un momento cronológico; Mezquíriz (1961 I: 93) da un comienzo para su fabricación hacia el año 50 d.C, según excavaciones de Pompaelo, alcanzando su final alrededor del 70 d.C; Garabito (1978: 36) si bien carece de datos estratigráficos, adelanta en algunos años el comienzo de su fabricación basándose en la aparición de ciertos motivos como guirnaldas y gallones. La Valentia romana la recibe desde el primer momento de su fabricación, a juzgar por los motivos de imitación, y se mantendrá hasta el final de la misma.

La forma Drag. 30, nº 34 a 47, es el tercer vaso decorado; su pared es ligeramente abierta, excepción del 36 que la tiene casi vertical; los bordes coinciden con la tónica general de la fabricación hispánica y muestran tendencia a abrirse. En el interior de la unión de la pared con el fondo llevan la moldura en relieve en forma cuarto de círculo muy característico de la forma hispánica, pero nuestro nº 46 carece de ella además de tener un interesante y poco común esquema decorativo.

Respecto a la decoración comienza en un friso de separación borde-pared formado por pequeños círculos en nº 34 y con hojas en el 36, esta banda corresponde y realiza la misma función que las ovas en los vasos de la Galia. La decoración de todos nuestros ejemplares es metopada; no disponemos de ningún vaso del estilo de guirnaldas contínuas y que correspondería a un primer momento de fabricación, aunque el nº 35 con una figura humana de respetable tamaño y el 46 con arquería, nos hablan de su influencia gálica. Los motivos de separación de metopas son los típicos de línea ondulada vertical alternando con puntas de flecha, sólo el nº 45 varía introduciendo bastoncitos angulares. Ocupan las metopas figuras humanas, motivos vegetales y en el nº 43 motivo vegetal y pequeños círculos concéntricos; a resaltar el nº 44 con una subdivisión de metopas; en Valentia no aparece el denominado estilo de rombos.

La forma Drag. 37 es la mejor representada en Valencia, nº 48 a 156. A la variante hispánica «b» (Mezquíriz, 1983) hemos adjudicado 12 ejemplares correspondientes a vasos de gran diámetro, con incurvación

del perfil hacia el interior, a veces con ruedecilla y siempre con buena pasta y barniz. La decoración de estas piezas es metopada, desarrollándose la misma bajo una línea de ovas nº 57, friso de círculos nº 53 y 55, friso de aves nº 49 o bajo un baquetón. En Pamplona tiene una cronología del último cuarto del siglo I d.C. y primero del s.II, en Conimbriga ejemplares de estas características aparecen en los niveles flavios del foro y trajanos de las termas, lo que confirma la datación anterior (Delgado-Mayet-Mountinho, 1975: 185, Lám. LIII).

La variante «a» de borde simple es mucho más abundante, 8 a 1 respecto a la anterior. Algunos vasos imitan directamente los del sur de la Galia en motivos como arquería, nº 74. Dentro de la composición decorativa se observan dos apartados: el de metopas y el de frisos; el primero constituye una transición del que aparece en la forma 29, de la que repite incluso los motivos decorativos (Garabito, 1978: 44 ss); los motivos que ocupan las metopas son figuras humanas, animales y vegetales. Una variante podemos ver en los que llevan círculos separados por elementos verticales, que cumplen idéntica función que los de separación de metopas y deben pertenecer a un momento de transición o degeneración del estilo metopado al de friso. Otro grupo, también de transición, lo forman los vasos metopados conteniendo círculos concéntricos nº 60; también hay ejemplares con un friso metopado y el otro con círculos nº 61. La decoración en frisos contiene animales, vegetales, círculos que a su vez encierran animales, vegetales, o alternando círculos y vegetales; el último subgrupo lo forman los frisos con círculos que pueden ser concéntricos o entrelazados. Dos piezas tienen friso estrecho en la separación borde-pared, nº 101 y 106.

La fabricación de la forma comienza hacia el año 60-70 d.C. No contamos con ningún dato estratigráfico en Valentia que pueda aportar indicios para su cronología, pero comparando con otros yacimientos como Pamplona y Conimbriga nos permitiremos situarla desde el último cuarto del s.I. d.C. a la mitad del s.II en su mayoría, prolongándose algo más los de círculos. En la misma constatamos la imitación directa de elementos de la producción itálica como la hoja del vaso nº 106.

Los nº 162 a 184 son frags. de piezas de forma indeterminada, pero pertenecientes con toda probabilidad a las formas 29 ó 37, uno de ellos con la característica de tener un barniz lila oscuro, fenómeno que también constatamos en la producción sudgálica que llega a Ilici, forma decorada nº 180 de este yacimiento (Montesinos, tesis).

Los productos decorados tardíos, nº 157 a 161, también están presentes en Valentia; el nº 158 pertenece probablemente a la 37 tardía dentro del primer estilo de Mezquíriz (Mezquíriz, 1961 I: 116) y supone una prolongación decorativa de elementos de la forma 37 antigua; en Pamplona aparece junto a lucernas del s.III; estaría relacionada con el primer estilo de Mayet (Mayet, 1983-84: 258). Los nº 159 y 160 pertenecen a la forma 37b tardía dentro de la decoración de grandes círculos, cuarto estilo de Mezquiriz y segundo de Mayet, es el de mayor difusión de las cerámicas tardías del siglo IV.

El estudio de los diversos motivos decorativos nos llevan a relacionar nuestros vasos con los talleres de Tritivm Magallvm; los nº 3, 34 y 77, podemos incluirlos en la producción de Bronchales; quedando alguna pieza, nº 110, relacionada con la producción de la Bética?

INVENTARIO

DRAG. 29

1) Avellanas 1973. A-73-37. C.A.V.

Borde y pared, con 13 cms. en la boca. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo amarronado claro, excelente calidad.

Borde abierto con resaltes internos. Un baquetón lo separa de la banda superior; la decoración de este friso a base de motivos de imitación como elementos cruciformes y roseta de cuatro pétalos. El vaso es de una excelente calidad tanto en pasta y barniz como en decoración; motivos semejantes los encontramos en los talleres riojanos (Garabito, 1978: Tablas 28 y 29).

2) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de borde y cuerpo, con 20 cms. de diámetro. Pasta rosa oscura; barniz marrón con brillo.

No tiene resaltes interiores. Bajo un baquetón se desarrolla el friso superior decorado a base de festones con elementos florales; decoración semejante en frag. del Cerro de Virgen de la Muela en Driebes-Guadalajara (Sánchez-Lafuente, 1982: Fig. 7 nº 48).

3) Mosén Mila 1970. 79-41-3. C.A.V.

Frag. de pared y base, con 6'1 cms. en el pie. Pasta roja clara; barniz rojo oscuro.

Decoración metopada, entre baquetones. El motivo de separación formado por tres líneas verticales onduladas. La metopa enmarcada, al menos en sus flancos y base, por líneas de puntas de flecha; en el centro de la metopa círculos concéntricos, el exterior de línea sogeada y el interior contínua, éstos encierran dos figuras humanas que levantan el brazo hasta la cabeza, este extraño motivo es utilizado por el taller de Bronchales, en ocasiones en lugar de repetir la misma figura dentro de un círculo la junta con otra quedando con las manos entrelazadas (Atrián, 1958: Lám. IX nº 5, Fig. 58); no obstante también es parecido al motivo de guerrero sobre vaso Drag. 30 de Tarragona atribuible a Tritivm Magallvm (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 272 nº 22; Mayet,

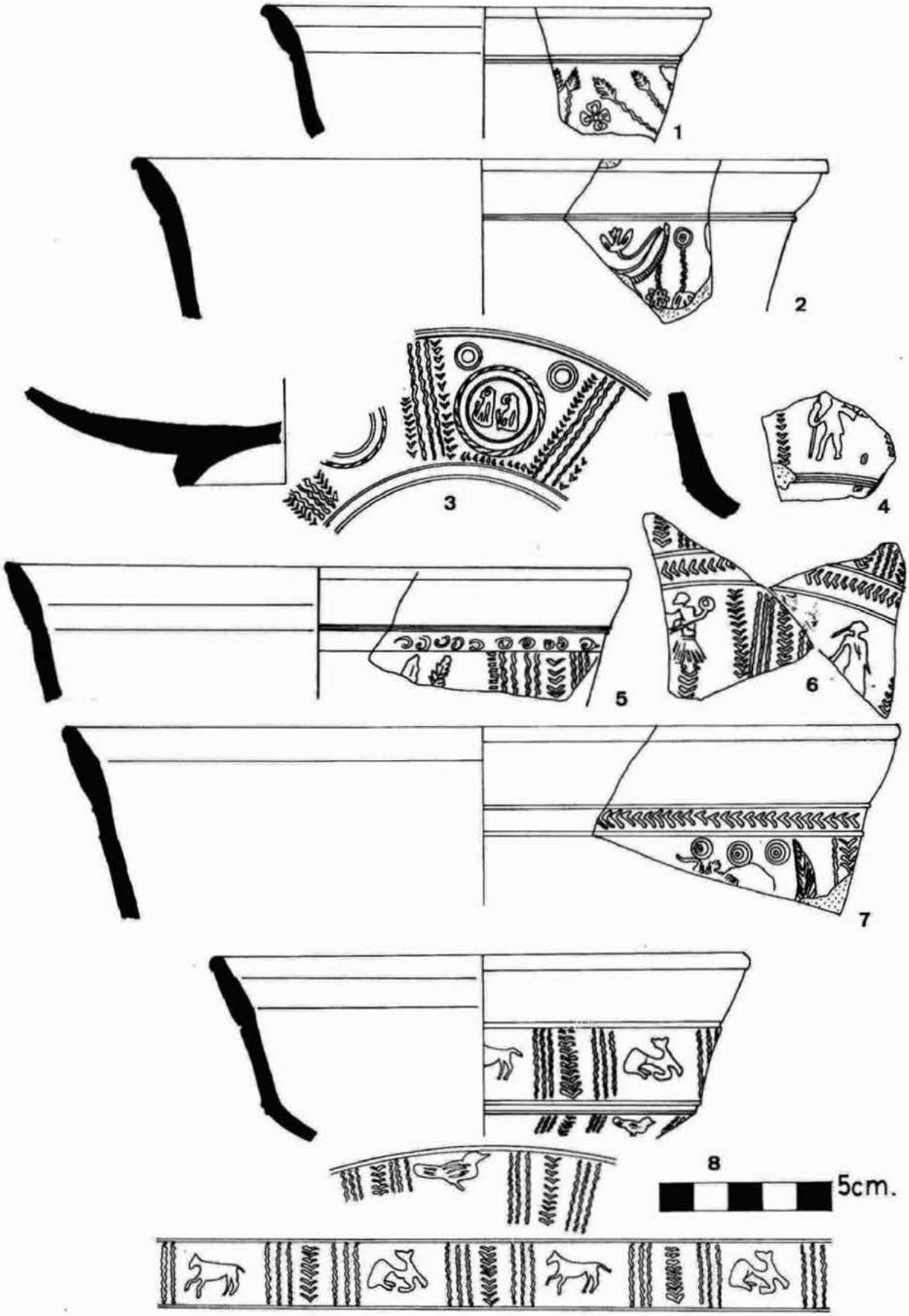


Fig. 1.— Formas decoradas. Drag. 29

1983-84: Lám. CC nº 2462). En la parte superior de la metopa círculos concéntricos más pequeños y de línea contínua.

4) Proc. desconocida. 81-41. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza: barniz rojo claro que ha saltado en parte de la superficie.

Dos baquetones, no muy marcados, separan los frisos metopados, indicando una marcada carena. Del friso superior se ve parte del motivo de separación, una línea de puntas de flecha verticales. El centro de la metopa lo ocupa una figura humana de guerrero con lanza, semejante a un motivo en forma 37 (Mezquíriz, 1961 I: 368; II: Lám. 57 nº 288 y Lám. 252 nº 93) atribuible a Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CXVIII).

5) Pl. Reina. 79-151-7. C.A.V.

Frag. de borde y pared, con 16 cms. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo claro.

El borde separado de la pared por dos finos baquetones y a continuación friso de volutas muy poco marcadas. Decoración metopada, con motivo de separación formado por siete líneas verticales onduladas, debieron ser ocho, en el centro línea de puntas de flecha y a la izq. línea de segmentos. La metopa contiene elementos vegetales idénticos a los del friso superior de vaso Drag. 29 de Conimbriga (Delgado-Mayet-Mountinho, 1975: Lám. XXXV nº 29).

6) Proc. desconocida. C.A.V.

Dos frag. de la misma pieza. Pasta roja clara; barniz amarronado. Frisos metopados y seprados por banda de puntas de flecha entre baquetones. Del friso superior queda parte del motivo vertical de separación a base de líneas onduladas verticales y puntas de flecha. En el friso inferior el motivo de separación lo forman seis líneas onduladas verticales que dejan en su centro una de puntas de flecha; la metopa en su extremo der. tiene una línea de puntas de flecha lo mismo que en el centro, pero aquí rematada por una figura de Victoria atribuible a Tritivm Magallvm (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 53; Mayet, 1983-84: Lám. CXVIII nº 2271 y 2272 de Numancia en forma 37); en la otra metopa también figura femenina, pero dado que está muy mal impresa no podemos indentificarla.

7) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared y borde con 24 cms. de diámetro. Pasta rosa asalmonada con diminutos puntos blancos; barniz rojo.

Decoración metopada bajo un friso de puntas de flecha entre baquetones. Del motivo de separación se ve una línea vertical y otra de puntas de flecha. En la parte superior de las metopas dos círculos concéntricos de pequeño tamaño y repetidos tres veces; a la der. una hoja y en el centro parte de lo que bien podría ser un animal. Es el vaso de forma 29 con mayor diámetro en su boca.

8) Avellanas 1973. A-73-1. C.A.V.

Tres frag. que unen dando borde y pared, con 15'5 cms. en la boca. Pasta rosa rojiza; barniz rojo claro con poco brillo.

Borde bastante abierto con resaltes interiores. La decoración está dividida en dos zonas por baquetones horizontales; en la unión del borde con la pared un surco. Las franjas divididas en metopas y separadas entre sí por grupos de seis líneas onduladas verticales en el centro de las cuales va otra de puntas de flecha. El motivo central de la metopa va alternando en una ciervo y en otra caballo en actitud de marcha, lo hemos identificado con este animal y no con un burro por la longitud de sus extremidades y el tamaño de la cabeza en relación al resto del cuerpo. Ciervo en idéntica posición y con el mismo motivo de separación de metopas aparece en «El convento» de Mallen (Paz-Royo, 1980: Lám. V nº 20) sobre Drag. 30. Respecto al caballo es prácticamente idéntico al punzón de Bezares sobre forma 29 (Garabito, 1978: Tabla 11 nº 14) aunque para este autor se trata de un burro. El friso inferior se adorna con un motivo de separación igual al superior pero el animal que ocupa la metopa es un ave de marcado plumaje, semejante a otra sobre forma 29 de Tarragona (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 63 nº 391), solo que el nuestro tiene la cabeza ligeramente más levantada.

9) Avellanas. A-75-1. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo vivo que ha saltado en parte.

Un baquetón separa dos bandas; en la superior se aprecia motivo de separación formado por cuatro líneas verticales oduladas y en el centro una vertical de puntas de flecha. El motivo de la metopa no se aprecia en su totalidad, sólo se ven los cuartos traseros de un animal, con jinete?; el friso inferior, también metopado y con el mismo motivo de separación y un animal, ciervo?.

10) Proc. desc. C.A.V.

Pequeño frag. de pared del que ha desaparecido casi por completo el barniz interior. Pasta roja clara con diminutos puentos blancos; barniz rojo.

Dos baquetones separan los frisos, del superior se ven las extremidades de un animal, probablemente ciervo, y del inferior tres líneas onduladas verticales pertenecientes al motivo de separación de metopas.

11) Avellanas 1973.A-73-6. C.A.V.

Base y parte inferior de pared, con 7 cms. en el pie. Pasta roja asalmonada; barniz rojo claro sin brillo que ha saltado en algunos puntos.

De la síntesis decorativa se observa el friso inferior metopado; la separación viene marcada por seis líneas onduladas verticales; en una de las metopas apreciamos parte de un motivo circular en el centro y bajo éste una línea ondulada a la horizontal sobre seis peces en posición vertical con la cabeza hacia arriba; de la otra no se aprecia nada. Peces en posición semejante, y en número de cuatro los encontramos en Juliobriga en vaso 29 (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 211 nº 5).

12) Mosén Mila 1970. 79-41-14. C.A.V.

Frag. de pared y borde, con 14 cms. en la boca. Pasta asalmonada; barniz rojo vivo buena calidad.

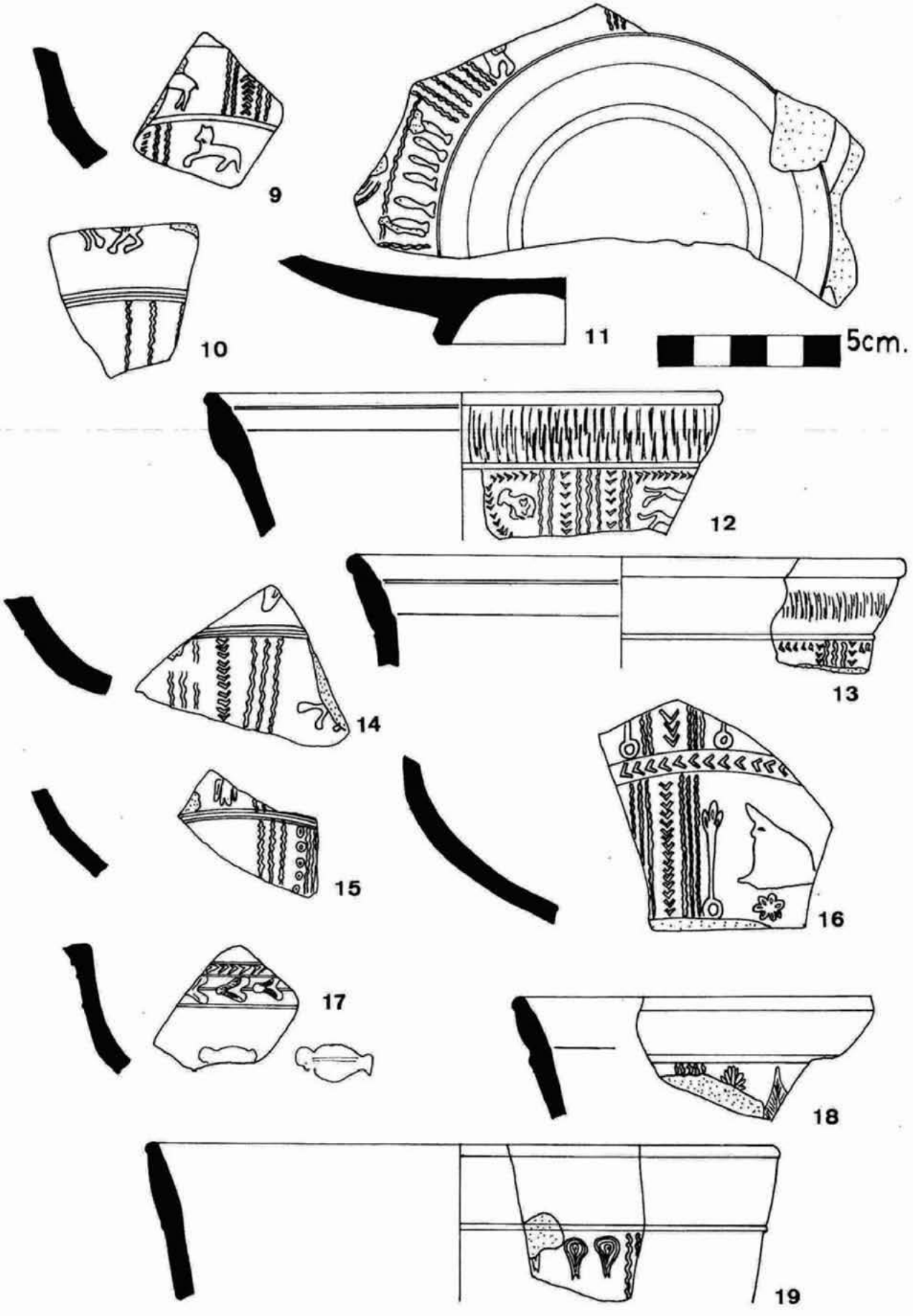


Fig. 2.— Formas decoradas. Drag. 29

Borde y pared oblícua en el mismo movimiento; al interior dos resaltes; exterior decorado a ruedecilla. La decoración es metopada con un motivo de separación formado por tres líneas verticales onduladas centrales franqueadas por dos de puntas de flecha que a su vez lo están por cuatro onduladas. En una de la metopas línea de puntas de flecha en diagonal encerrando una cabra poco impresa semejante al motivo que sobre Drag. 30 aparece en Olocau (Fletcher-Alcácer, 1961), cabra semejante pero mirando a der. en Pamplona sobre forma 37 (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 37 nº 724), otras representaciones de este animal en Duratón, Andújar y Ftes. de Ropel-Zamora (Molinero, 1971: Lám. 138 nº 222-2; Sotomayor, 1977: Lám. XIV nº 5). La otra metopa ocupada por dos liebres superpuestas en carrera de las que quedan los cuartos traseros.

13) Mosén Mila 1970. 79-41-26. C.A.V.

Frag. de borde con 15 cms. en la boca. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo mate buena calidad.

En borde exterior lleva ruedecilla y al interor dos resaltes. Decoración metopada, bajo un baquetón que lo separa del borde; el motivo de separación está compuesto por tres líneas onduladas, las metopas rodeadas por enmarque de puntas de flecha.

14) Pl. Reina. 79-151-16. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rojo ladrillo; barniz rojo claro hacia naranja. Dos baquetones separan los frisos; del superior no se aprecia nada; del inferior metopado, un motivo de separación formado por seis líneas onduladas verticales y en su centro una de puntas de flecha; la metopa contiene un animal sentado, en este punto el frag. está roto pero por la colocación de las extremidades nos inclinamos a identificarlo con un grifo (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 69).

15) Ausias March 1962. AM-62-12. C.A.V.

Frag. de carena. Pasta rosa anaranjada; barniz amarronado.

Decoración metopada en ambos frisos; el motivo de separación debió ser idéntico en ambos y formado por seis líneas onduladas verticales dejando en el centro una de pequeños círculos, este motivo pero con ocho líneas se localiza en Itálica sobre forma 37 (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 112 nº 2229). La metopa superior contiene un águila de pequeño tamaño mirando al frente, semejantes en Olocau-Valencia y en el Cerro Virgen de la Muela en Driebes-Guadalajara, atribuibles a Tritivm Magallvm (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 68 nº 592; Sánchez-Lafuente, 1982: Fig. 7 nº 56; Mayet, 1983-84: Lám. CLXXIX).

16) Avellanas 1973. A-73-7. C.A.V.

Frag. pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo oscuro sin brillo.

Decoración en dos frisos metopados; el motivo de separación son seis líneas onduladas verticales y en el centro una de puntas de flecha; flanqueando las metopas se alza un estilizado motivo vegetal; en la metopa inferior un punzón muy mal impreso asemeja un ciervo echado?

17) Proc. desconcida. 81-27. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz rojo amarronado.

La separación del borde y pared viene dada por un doble friso, el superior más estrecho y formado por línea horizontal de puntas de flecha entre baquetones; el inferior por una rama de hojas acorazanadas, friso de acorazonadas en idéntica posición en vaso Drag. 37 de Juliogriga; en la banda decorada un motivo que asemeja un pez?, motivo semejante loalizamos en Arcaya sobre forma 29 (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 120 nº 2449; Ciprés, 1987: Lám. 2 nº 17).

18) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared y borde, con unos 17 cms. de diámetro. Pasta rosa rojiza; barniz rojo buena calidad.

El borde tiene resalte interno y se desarrolla en un mismo movimento con la pared. Decoración metopada; queda parte del motivo de separación formado por cinco líneas verticales onduladas; en la metopa motivos vegetales, el de la der. muy parecido a un punzón de molde de Arenzana (Garabito, 1978: Tabla 19 nº 2).

19) Avellanas. A-45. C.A.V.

Frag. de borde y pared, con 17 cms. en la boca. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo amarronado buena calidad.

La decoración se desarolla baju baquetón y es metopada, el motivo de separación se ve parcialmente; la parte superior de la metopa repite un motivo de hoja conocido ya en la producción itálica por la oficina de Rasinivs (Dragendorf-Watzinger, 1948: Lám. 29 nº 430).

20) Mosén Mila 1970. 79-41-25. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo mate.

Composición metopada; en el friso superior cuadro de puntas de flecha, dejando en el centro de la metopa un motivo vegetal semejante a otro de Bezares sobre forma 29 (Garabito, 1978: Tabla 16 nº 20). La carena está marcada por dos baquetones. El friso inferior nos deja ver la parte del motivo de separación de las metopas formado por tres líneas verticales onduladas, aquí se repite el enmarque de la metopa por cuadro de puntas de flecha.

21) Mosén Mila 1970. 79-41-18. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo vivo con brillo que ha saltado en parte de la superficie.

Composición metopada con separación entre las dos bandas a base de una línea de perlitas entre baquetones, idéntico friso aparece en Pamplona y Conimbriga (Mezquíriz, 1958: 2 y 3, Fig. 124; Delgado-Mayet-Mountinho, 1975: Lám. XXXV nº 1). De la banda superior se ve el motivo de separación de metopas formado por cuatro líneas verticales onduladas acompañadas de una línea de puntas de flecha y otra de medias lunas; el motivo de separación del friso inferior son cuatro líneas verticales onduladas junto a una de puntas de flecha; al centro de la metopa motivo vegetal.

22) Mosén Mila 1970. 79-41-37. C.A.V.

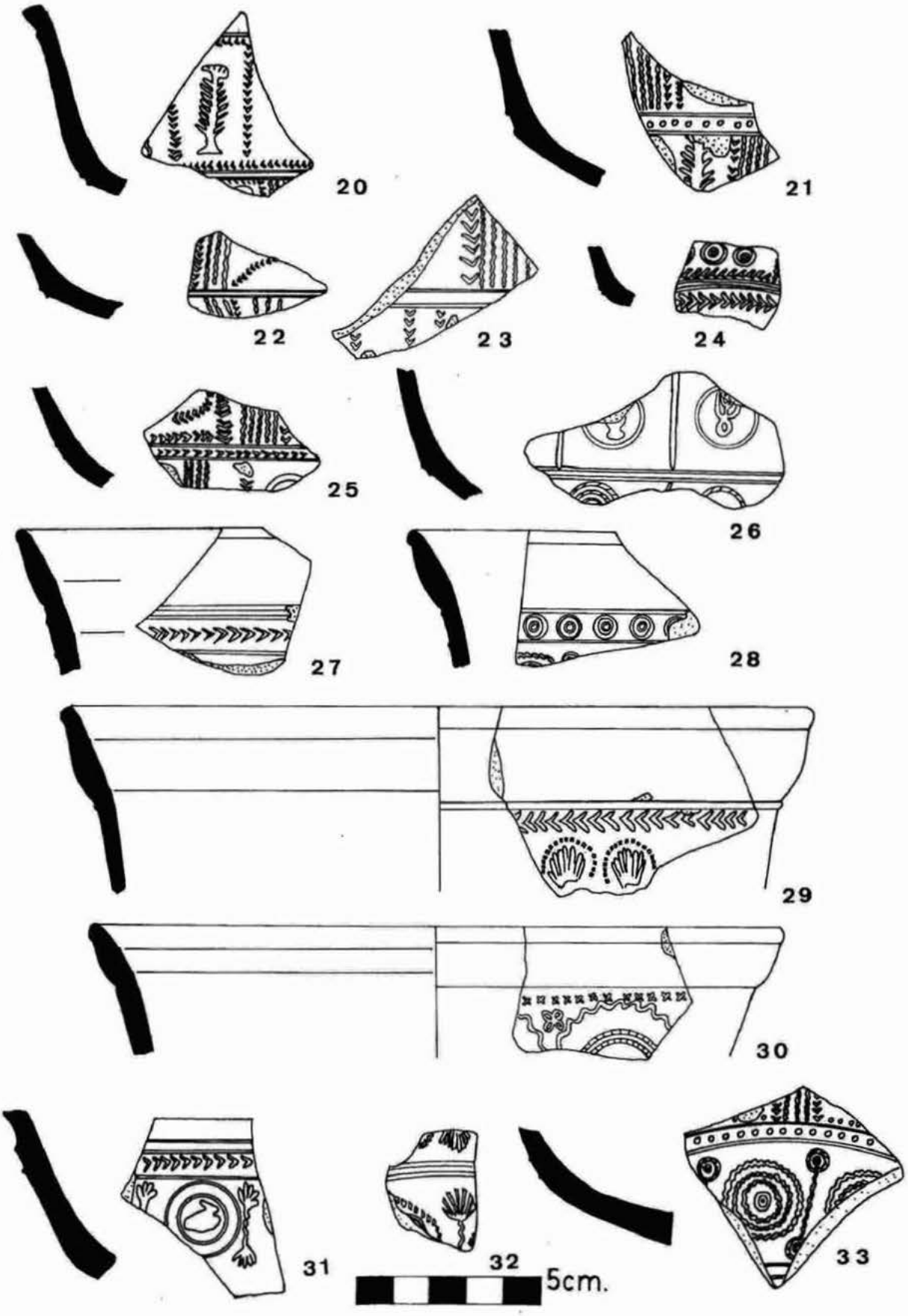


Fig. 3.— Formas decoradas. Drag. 29

Frag. de pared. Pasta rojiza terrosa; barniz marronado.

Decoración metopada; motivo de separación formado por seis líneas verticales onduladas y una de puntas de flecha central. En la metopa superior se aprecia un arco de puntas de flecha; los frisos están separados por baquetones.

23) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta salmón clara; barniz rojo amorranado.

Frisos metopados y separados por dos baquetones; en el friso superior el motivo de separación son cinco líneas verticales onduladas junto a una de puntas de flecha; en el interior tres líneas de puntas de flecha más pequeñas que en el de arriba y muy separadas.

24) Barchilla. C.C.V.

Frag. de carena. Pasta rosa rojiza; barniz rojo claro con mucho brillo. La separación de los dos frisos a base de dos baquetones flanqueados por sendas líneas de puntas de flecha. De la decoración, metopada, se ve parte del motivo de separación; de la metopa sólo se aprecia la repetición en su parte inferior de los pequeños círculos concéntricos, composición semejante a un vaso Drag. 29 de Arenzana de Arriba (Garabito, 1978: Fig. 112 nº 4).

25) Mosén Mila 1958. MM-58-3. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo vivo mate.

Perfil muy poco carenado. La decoración es metopada con frisos separados por una línea de puntas de flecha entre baquetones. En el friso superior el motivo de separación lo forman cinco líneas onduladas verticales, las metopas están rodeadas de puntas de flechas y en el centro una línea de las mismas curvada. En el friso inferior son cuatro las líneas onduladas y en el centro de la metopa parte de una línea de puntas y un motivo circular.

26) Proc. indeterminada. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz amarronada.

Bandas separadas por dos baquetones. El friso superior con metopas separadas por línea contínua vertical; las metopas encierran un círculo con motivo vegetal; el friso inferior, también metopado y con el mismo motivo de separación, aquí el motivo que encierra la metopa se convierte en un triple círculo concéntrico de línea sogueada.

27) Avellanas. A-34. C.A.V.

Frag. de borde con unos 18 cms. de diámetro. Pasta roja clara; barniz marrón anaranjado buena calidad.

Friso de puntas de flecha, entre baquetones, en la separación borde pared.

28) Avellanas 1973. A-73-24. C.A.V.

Frag. de borde y pared, con 17 cms. pasta rosa rojiza; barniz marrón anaranjado.

Un friso de dos círculos entre baquetones separa el borde de la pared decorada, frisos iguales en Numancia sobre Drag. 37 en friso inferior y en superior de Drag. 30 de Bronchales (Mezquíriz, 1961 II: lám. 127; Atrián, 1958: Lám. I). De la banda decorada se aprecia parte de un motivo circular formado por dos círculos concéntricos, exterior línea ondulada e interior contínua, alternando con un círculo más pequeño.

29) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. borde y cuerpo con 20 cms. de diámetro. Pasta rosa amarillenta; barniz rojo claro compacto.

Borde muy abierto respecto de la pared, con dos resaltes interiores. Un friso de grandes puntas de flecha, bajo baquetón, ocupa la parte superior del friso; bajo éste dos círculos de línea cortada conteniendo un motivo vegetal, semejantes aparecen en Numancia sobre forma 29 y en Bezares (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 91; Garabito, 1978: Tabla 33).

30) Proc. desconocida. 81-20. C.A.V.

Frag. de borde y cuerpo con 19 cms. en la boca. Pasta asalmonada; barniz rojo vivo.

Borde abierto con dos resaltes interiores. La decoración viene enmarcada en su parte superior por una línea de pequeñas rosetas de cuatro pétalos, bajo ello un friso compuesto de círculos concéntricos, uno exterior de línea ondulada y dos interiores de línea sogueada, entre este motivo una roseta de tamaño medio con cuatro pétalos. El motivo cincular es igual a uno sobre Drag. 37 de Tricio, si bien aparece con una roseta, la cual si existió en nuestro frag. no se aprecia por faltarle la parte central (Garabito, 1978: Tabla 34 nº 12). En una Drag. 29 estos motivos circulares no se suelen dar en los dos frisos, a lo sumo se combinan junto al de metopas, la decoración de círculos será típica de la forma 37.

31) Avellanas 1973. A-73-40. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo claro.

Friso superior de puntas de flecha entre dos baquetones; bajo éste se desarrolla una composición en que alternan dos círculos concéntricos conteniendo un conejo mal impreso y un motivo vertical; conejo semejante lo hay en Tricio, si bien en círculo de línea ondulada (Garabito, 1978: Tabla 35 nº 17);

32) Proc. desconocida. C.A.V.

Pequeño frag. de pared. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo amarronado que ha saltado en parte.

Dos frisos separados por baquetones. La decoración debió ser idéntica en ambos: un motivo de círculos concéntricos de los que sólo se ven dos, uno de línea contínua y el otro segmentada, alternan con un motivo vegetal vertical formado por dos palmetas enfrentadas y unidas por línea ondulada; este motivo lo encontramos en molde Drag. 37 de Arenzana y en vaso forma 29 de Numancia (Garabito, 1978: tabla 45 nº 24; Mezquíriz, 1961 II: Lám. 109 nº 2067).

33) Avellanas 1973. A-73-38. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo chillón.

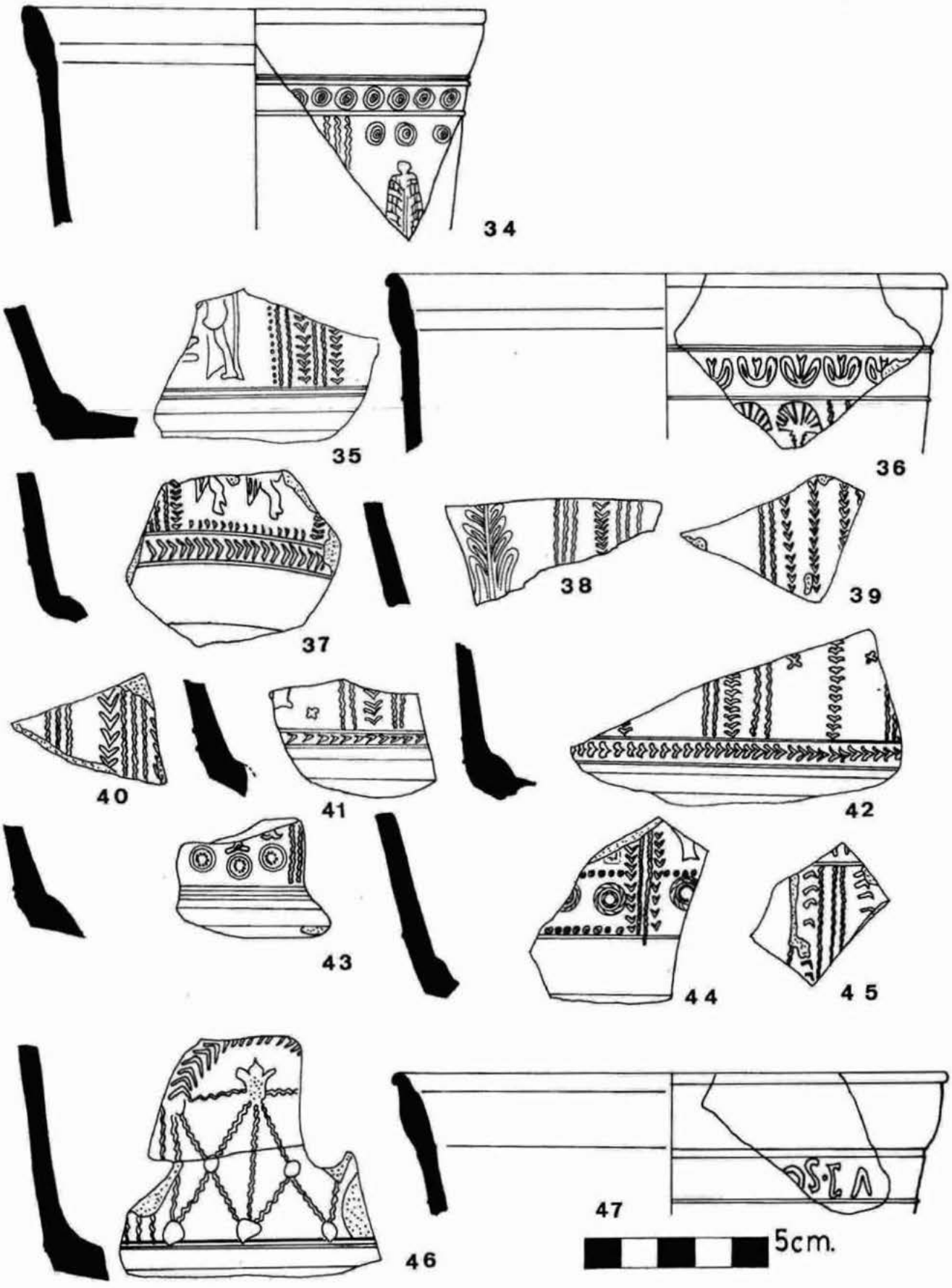


Fig. 4.— Formas decoradas. Drag. 30

Perfil no excesivamente carenado. La separación entre los frisos viene dada por una línea de perlitas entre baquetones. El friso superior es metopado, siendo el motivo de separación tres líneas onduladas verticales, la metopa está enmarcada por línea de puntas de flecha. El friso inferior de circulos concéntricos con punto central, siendo los tres primeros de línea ondulada y el interior contínua; el círculo alterna con un motivo vertical formado por la unión, mediante línea ondulada, de dos motivos circulares.

DRAG. 30

34) E. Vich. 79-192-21. C.A.V.

Frag. de borde y pared, con 12'5 cms. en la boca. Pasta rojiza; barniz rojo anaranjado.

Borde abierto y pared ligeramente oblícua. Separando el borde de la pared un friso de dos círculos concéntricos entre baquetones idénticos a otro de Arcóbriga y Bronchales (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 222 nº 2499 y 2500; Atrián, 1958: Lám. I nº 2). La decoración de la pared es metopada; el motivo de separación formado por tres líneas verticales onduladas. La parte superior de la metopa ocupada por repetición de círculos idénticos a los de arriba; el centro de la metopa se llena con motivo vegetal identificado al taller de Bronchales por Sánchez-Lafuente (1985: Fig. 55 nº 15; Atrián, 1958: Lám. VI), aunque también se constatan semejantes atribuibles a Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. IX nº 5).

35) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de borde y pared. Pasta rosa rojiza con puntitos blancos; barniz amarronado al exterior que se vuelve menos compacto al interior.

Cuarto de círculo interior en relieve entre la pared y el fondo. Dos baquetones cierran por debajo la decoración. La banda es metopada con motivo de separación formado por cuatro líneas onduladas verticales y en el centro una de puntas de flecha, ésto flanqueado por una línea de puntas de flecha a la der, y otra de perlitas a la izq. El centro de la metopa ocupado por una figura humana con lanza que debe represenar a Baco o Apolo (Romero, 1977) a la izq. parte de la figura de un animal.

36) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de borde y pared, con 15 cms. Pasta roja clara con diminutos puntos blancos; barniz rojo oscuro que ha saltado algo en el interior.

Friso formado por la repetición de hojitas trifoliadas, separa el borde del cuerpo, semejantes en un vaso de Mérida Drag. 37 (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 126 nº 2584), esta hoja trifoliada aparece generalmente con pedúnculo encontrándola así en molde de Bezares Drag. 29, en Mérida sobre vaso 37 y en Bilbilis (Garabito, 1978: Tabla 15 nº 29; Mezquíriz, 1961 II: Lám. 85 nº 1339, 1353 y 1356; Martín Bueno, 1976: Lám. II nº 18). De la pared queda parte del motivo vertical de separación dos líneas verticales onduladas, en la metopa dos palmas con algo de tallo semejante a las de un vaso 37 de Mallén (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 82 nº 1146).

37) E. Vich. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza granulosa de fractura irregular; barniz rojo amarronado.

Decoración metopada con un motivo de separación a base de líneas onduladas verticales, se ven tres. El centro de la metopa con dos figuras aladas de las que se aprecia la mitad inferior del cuerpo; la metopa orlada de puntas de flecha, al menos en su parte inferior y lateral. Bajo las metopas un friso de puntas de flecha entre baquetones; toda la decoración es de muy clara impresión. El motivo figurado se trata de una Victoria, motivo que encontramos en Liédana sobre forma 29, en molde Bezares Drag. 30, en vaso 29 de Arenzana de Arriba, en Uxama, y también en Bronchales (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 53 nº 161 y Lám. 171 nº 5; Garabito, 1978: Fig. 12 nº 81, Tabla 2 nº 7 y Tabla 5 nº 19; García Merino, 1971: 99 nº 7; Atrián, 1958: Lám. X nº 6). Para Garabito las representanciones con detalle deben ser atribuidas al taller de Bronchales y las esquemáticas a Bezares, nuestro caso esta más próximo a la producción de los centros riojanos.

38) Avellanas 1973. A-73-13. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo.

Motivo de separación formado por seis líneas verticales onduladas y en el centro una de puntas de flecha. El centro de la metopa es ocupado por un motivo vegetal muy bien impreso, probablemente se trata del mismo motivo vegetal sobre forma 37 de Bilbilis atribuible a Tritivm Magallvm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CLIX nº 1037).

39) E. Vich. 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo claro.

Queda parte del motivo de separación de metopas a base de cuatro líneas onduladas verticales y en el centro tres de líneas de puntas de flecha.

40) E. Vich. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz amarronado.

Se aprecia el motivo de separación de metopas a base de tres líneas onduladas veticales y a continuación, muy separada, una línea vertical de grandes puntas de flecha, otras tres líneas onduladas y una de puntas de flecha; motivo semejante en Tricio y Tarragona (Garabito, 1978: Tabla 59; Mezquíriz, 1961 II: Lám. 113 nº 2242).

41) Pl. Reina. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo vivo.

Pared ligeramente abierta y moldura interior en la unión de la pared con el fondo. En la banda decorada las metopas están separadas por cuatro líneas verticales onduladas teniendo en su centro otra de puntas de flecha. Del contenido de la metopa sólo se aprecia un diminuta roseta; todo sobre un friso inferior de puntas de flecha entre baquetones.

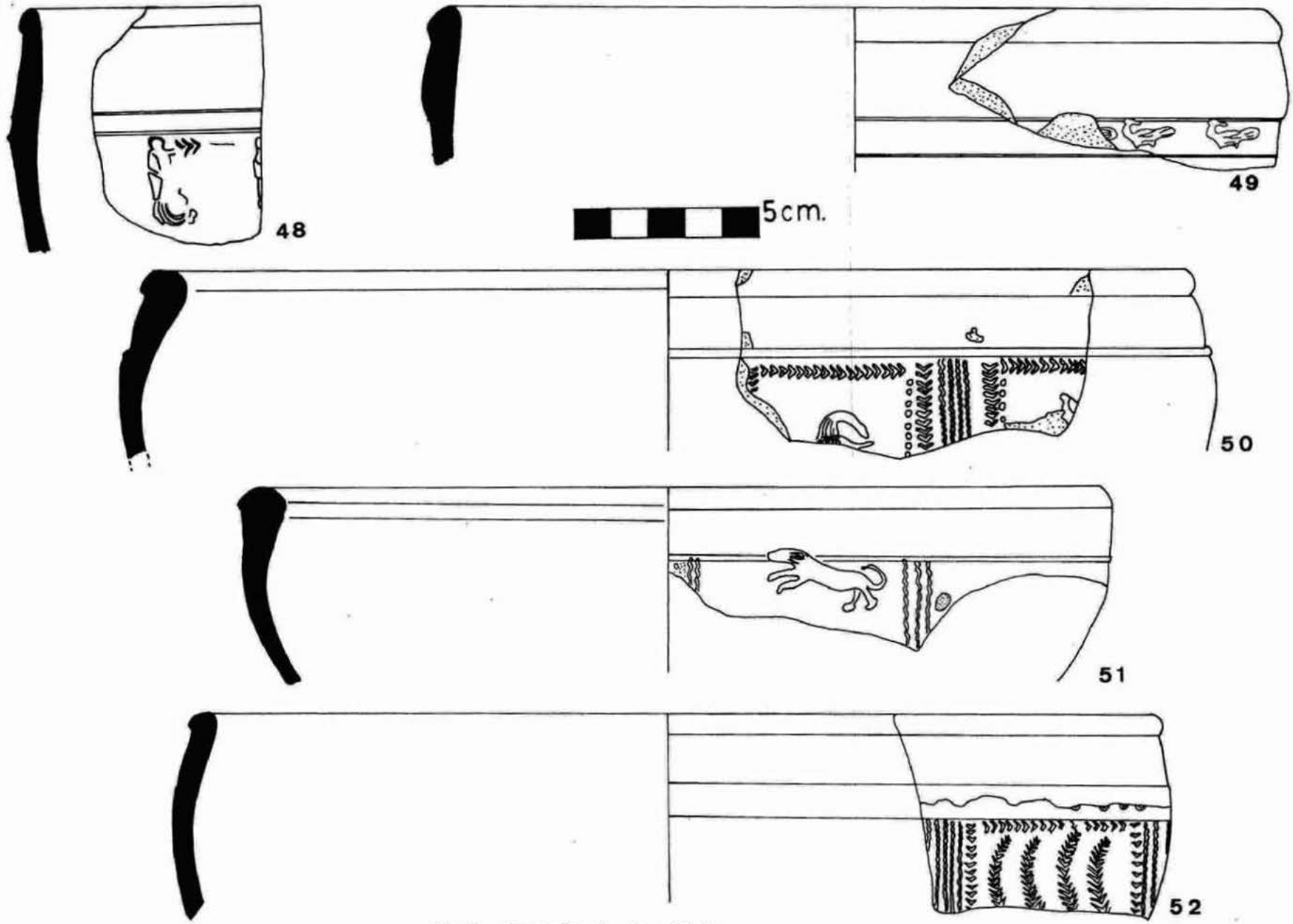


Fig. 5.— Formas decoradas. Drag. 37 «b»

42) Proc. indeterminada. C.V.A.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz rojo amarronado.

La decoración acaba en un friso, entre baquetones, de puntas de flecha. La pared metopada con motivo de separación a base de cuatro líneas onduladas verticales y en su centro otra de puntas de flecha; la metopa tiene en el centro una línea vertical de puntas y a der. e izq. dos pequeñas rosetas de cuatro pétalos.

43) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso.

Del motivo de separación de metopas sólo se aprecia dos líneas verticales onduladas. En la metopa serie de círculos concéntricos, siendo el interior de línea cortada y el exterior contínua, ambos de tamaño pequeño, repetido tres veces bajo lo que parecen ser motivos verticales, de difícil identificación.

44) Avellanas 1973. A-73-24. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo claro que ha saltado en parte.

Decoración metopada muy recargada; el motivo de separación formado por dos líneas de puntas de flecha teniendo en el centro dos de línea ondulada; la metopa a su vez está subdividida por pequeñitos círculos presentes en Tricio en forma 37 (Garabito, 1978: Fig. 81 nº 76) en la parte inferior dos círculos concéntricos de línea sogueada, no apreciándose la decoración de la zona superior.

45) Barchilla. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo amarronado.

El motivo de separación de metopas formado por tres líneas onduladas entre dos columnas de bastoncillos angulares con lados de diferentes tamaño, todo bajo baquetón que encerraba friso de puntas de flecha.

46) Proc. desconocida. C.A.V.

Dos frag. que unen. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso que salta con facilidad, habiéndolo en su totalidad por el interior.

Decoración metopada, del motivo de separación quedan tres líneas verticales onduladas; la metopa está ocupada por una arquería de puntas de flecha sobre un motivo de celosía. La unión de la pared con el fondo carece de la típica moldura en cuarto de círculo en relieve, típica de la producción hispánica.

47) Mosén Mila. C.A.V.

Frag. de borde y pared.

Marca bajo el borde -OS.CA, sello nº 41.

DRAG. 37, variante «b»

48) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de borde y pared. Pasta salmón claro; barniz rojo amarronado que ha saltado en parte.

Borde reentrante con perfil recto exteriormente, labio marcado. Dos baquetones separan el borde de la pared. De la decoración se aprecia una figura humana con túnica y una línea de puntas de flecha.

49) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de borde, con 22 cms. en la boca. Pasta roja sucia; barniz amarronado que ha saltado en parte.

La separación del borde y pared viene dada por un friso de aves con la cabeza vuelta, entre baquetones, motivo atribuible a Tritivm Magallvm (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 65 nº 458; Mavet, 1983-84: Lám. CLXXV).

50) Proc. desconocida. 81-37. C.A.V.

Frag. de borde y pared con 28 cms. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo no muy brillante que ha saltado en parte de la superficie.

Borde hacia dentro con labio de almendra. La decoración metopada se desarrolla bajo un grueso baquetón. El motivo de separación de metopas está formado por cuatro líneas onduladas verticales; las metopas encuadradas por punta de flecha y junto a éstas líneas de perlitas; en una de las metopas se aprecia parte de un ave.

51) Pl. Reina. 79-151-2. C.A.V.

Frag. de borde con 23 cms. Pasta asalmonada clara de buena cocción y corte vítreo; barniz rojo claro muy brillante.

Labio de almendra. Decoración metopada desarrollada bajo un baquetón; el motivo de separación son tres líneas onduladas verticales; en la metopa un león hacia la izq., muy poco marcado en la cabeza, no está centrado en la metopa y monta el baquetón superior.

52) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de borde y pared con 24 cms. de diámetro en su boca. Pasta rojo ladrillo; barniz rojo oscuro.

Borde de almedra. El friso que separa el borde del cuerpo está realizado a base de pequeños círculos muy mal impresos. Síntesis decorativa metopada; motivo de separación con cinco líneas onduladas verticales; la metopa orlada de puntas de flecha; en el centro de la misma cuatro espigas inclinadas, formadas por puntas de flecha (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 84 nº 1213 y 1214, Lám. 161 nº 31).

53) Ermita Sant Jordi. C.A.V.

Frag. borde y pared. Pasta roja clara; barniz rojo ladrillo.

Labio muy desarrollado exteriormente; un grueso baquetón separa el borde de la pared, bajo éste un friso de círculos de línea contínua (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 122 nº 2484); de la pared metopada sólo queda parte del motivo de separación de metopas.

54) Proc. indeterminada. C.A.V.

Frag. de borde y pared. Pasta roja oscura; barniz rojo.

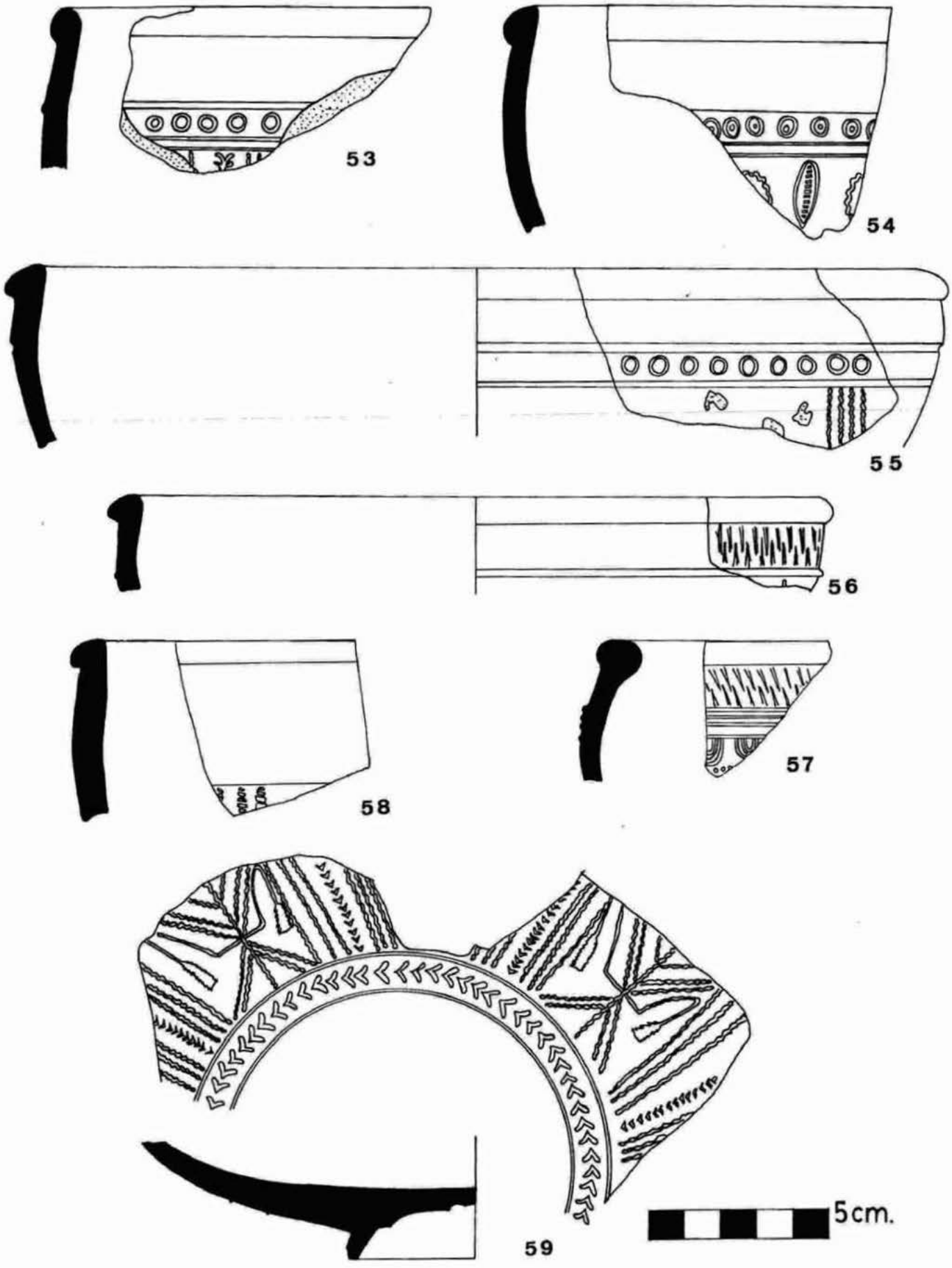


Fig. 6.— Formas decoradas. Drag. 37 «b»

Un friso de circulitos con puntos separa el borde de la pared (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 122 nº 2481); de la pared queda parte de un friso en el que alternan motivos circulares de línea ondulada con gallón, si bien desconocemos la composición del círculo, una decoración semejante en vaso 37 de Tricio (Garabito-Solovera, 1976: Fig. 10 nº 57).

55) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de borde con 26'5 cms. de diámetro. Barniz rojo oscuro.

Borde de almendra. Friso de separación a base de círculos; la banda decorada es metopada sin que se aprecien los punzones que las ocupaban, lo único que queda es el motivo de separación consistente en cuatro líneas onduladas verticales.

56) Serranos 1972. S-72-2. C.A.V.

Frag. de borde. Pasta rosa fuerte; barniz rojo anaranjado, siendo una fina película al interior.

Borde casi vertical al exterior, con labio de almendra; decoración a ruedecilla entre el labio y el baquetón que da comienzo a la pared.

57) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de borde y pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo vivo.

Labio de almendra. Bajo cuatro baquetones una línea de ovas dobles y bajo ésta una línea horizontal de puntitos y perlitas; en Bayona de Titulcia encontramos un vaso con la línea de perlitas bajo friso de ovas, si bien éstas separadas por motivo vertical (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 119 nº 2427), friso de ovas con estas características se pueden observar en estos vasos 37 de borde de almedra (Sánchez-Lafuente, 1985: Fig. 34 nº 123).

58) Barchilla. C.C.V.

Borde Drag. 37. Pasta rosa fuerte; barniz rojo anaranjado, siendo una fina película al interior.

De la decoración se aprecia la parte superior de tres palos cortados.

59) Mosén Mila 1970. 79-41-11; 79-41-15. C.A.V.

Pieza fragmentada de la que se puede reconstruir su parte inferior de 6'8 cms. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo vivo.

Decoración metopada. Un friso inferior de puntas de flecha entre baquetones cierra la decoración; la pared con un friso metopado, con motivo de separación a base de seis líneas verticales onduladas que dejan en el centro una de puntas de flecha; el motivo de la metopa es una gran Cruz de San Andrés muy semejante a la de un vaso forma 37 con borde de almendra de Palencia (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 231); motivos cruciformes aparecen también en Arenzana, Bezares y Tricio, siendo más abundantes en el primero (Garabito, 1978: Lám. 28 y 29); este motivo no es muy frecuente en los yacimientos ya que se trata de una imitación temprana de los productos gálicos, su escasa difusión se explica porque al ser los primeros productos fabricados en la península su consumo no sería a gran escala, por ello sólo los centros de cierta importancia económica los poseen.

DRAG. 37, variante «a»

60) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de parte inferior de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso que ha saltado en parte.

Composición metopada conteniendo círculos; el motivo de separación son cuatro líneas verticales onduladas y en el centro una de grandes puntas de flecha, idéntico a una molde Drag. 29/37 de Tricio (Garabito, 1978: Tabla 58 nº 1). Debajo un friso de ovas entre baquetón y un escalón, estas ovas son semejantes a las de un vaso forma 37 de Funes (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 118 nº 2399).

61) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada clara; barniz rojo ladrillo.

Dos frisos separados por baquetones, el inferior a base de círculos concéntricos, el superior metopado con un motivo de separación del que quedan tres líneas onduladas verticales y una línea también vertical de círculos con punto, en el centro de la metopa un animal en carrera.

62) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de borde y pared, con 19 cms. en la boca. Pasta rosa fuerte; barniz rojo-ladrillo mate que ha saltado en parte.

De la banda decorada se aprecia un motivo a modo de festón que encierra un ave a la que le falta la cabeza por haber invadido el borde, este motivo de paloma alterna con una línea ondulada vertical que acaba en círculo con punto.

63) Avellanas. C.A.V.

Perfil completo de vas, con 12 cms. en la boca y una altura de 6'3 cms. Barniz rojo con poco brillo, al interior de peor calidad.

Decoración en dos friscos en los que se repite un círculo rodeando un ave, motivo atribuible a Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CLXXVIII nº 1768).

64) Pl. Virgen. 79-F-23. C.A.V.

Dos frag. de borde y pared del mismo vaso. Pasta rosa rojiza; barniz rojo.

Friso en el que se repite un círculo de línea cortada conteniendo un ave a der. (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 67 nº 567).

65) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo ladrillo que salta con facilidad.

Decoración a base de frisos separados por baquetones; en uno de ellos círculo encierra un cisne a izq., motivo semejante en vaso 37 de Tarragona atribuible a Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CLXXVI n.º 1685); alternando con ello, dos rosetas de ocho pétalos.

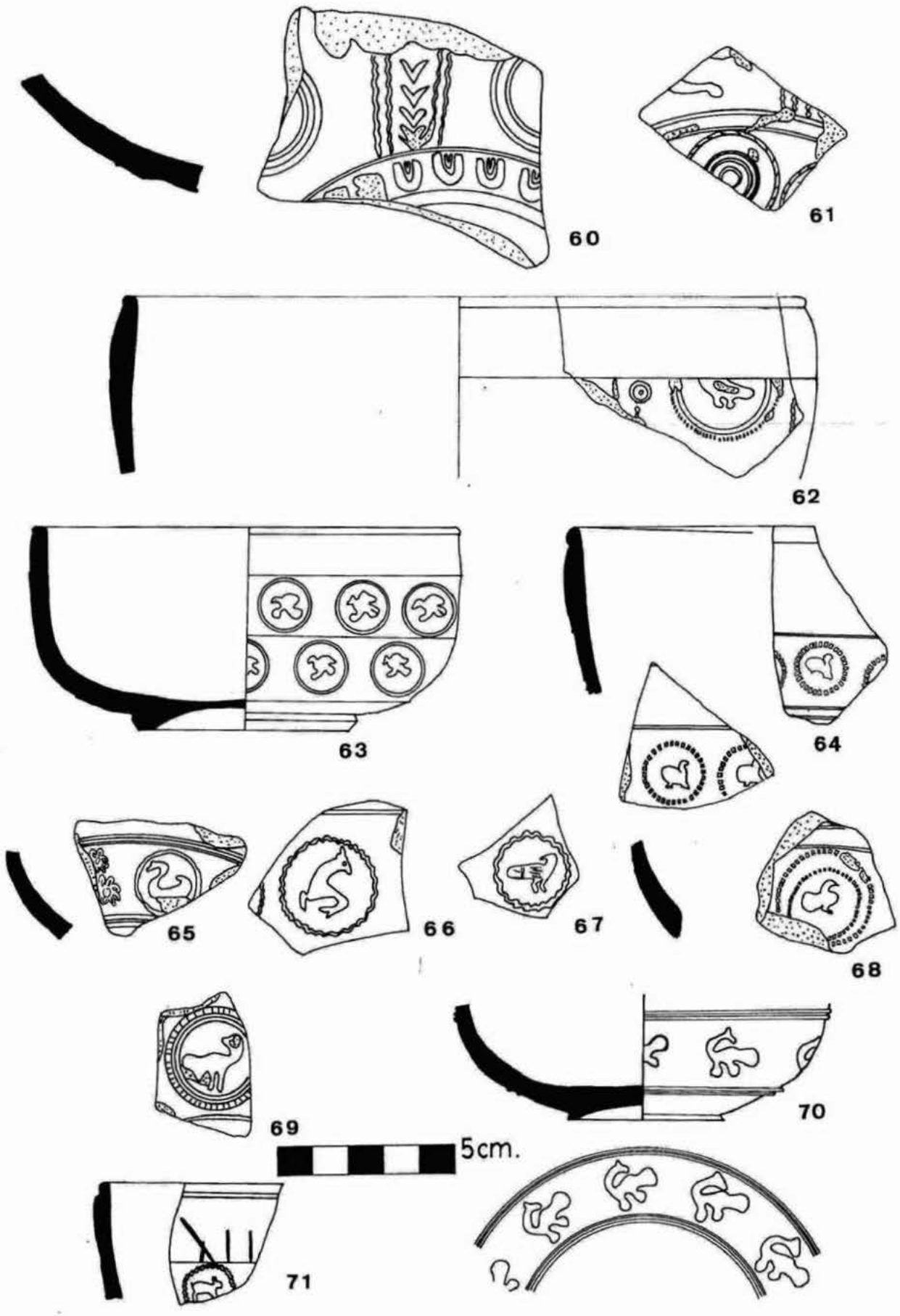


Fig. 7.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

66) Avellanas 1973. A-73-10. C.A.V.

Pequeño frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo terroso.

De la decoración queda un círculo de línea ondulada que encierra un ciervo.

67) Ausias March 1962. AM-62-1. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta salmón oscura; barniz rojo.

Un círculo de línea ondulada contiene ave semejante a un motivo de Mérida (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 66 nº 521).

68) Pl. Reina/79-151-3. C.A.V.

Pequeño frag. de pared. Pasta rojo ladrillo muy granulosa; barniz rojo anarnajado que ha saltado en parte.

De la decoración se aprecia dos círculos concéntricos de línea cortada encerrando ave a der.

69) E. Vich 1958. C.A.V.

Pequeño frag. de pared. Barniz rojo ladrillo que ha saltado en parte.

Dos círculos concéntricos, de línea cortada y contínua respectivamente, encierran un ciervo con la cabeza vuelta.

70) Proc. desconocida. 81-9. C.A.V.

Frag. de base con 4'5 cms. en el pie. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo terroso mala calidad.

Queda el friso inferior, entre baquetones, ocupado por la repetición de una pantera (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 70).

71) Barchilla. C.C.V.

Frag. de borde y pared. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo terroso con algo de brillo.

En el borde grafito. La banda decorada con círculo de línea ondulada que encierra un animal.

72) E. Vich 1958. C.A.V.

Pequeño frag. de pared. Pasta roja clara; barniz rojo ladrillo con poco brillo.

De la decoración se ve el motivo de separación de metopas formado por tres líneas onduladas verticales; en el centro de la metopa una figura humana que probablemente lleva lanza; bajo éstos dos anchos baquetones que separan frisos y del inferior una línea horizontal de puntas de flecha.

73) Ausias March. AM-62-5. C.A.V.

Cuatro frag. que dan perfil de vaso con 13 cms. en la boca y 5'5 cms de altura. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo claro con algo de brillo.

Decoración en dos frisos metopados; con motivo de separación idéntico en ambos a base de tres líneas onduladas verticales. El friso superior con motivo en la metopa de grifo semejantes en Tricio, Irún, Conimbriga, Saint Bertrand de Comminges, Bilbilis, Lixus, Funes y Villalazán (Mezquíriz, 1960: Fig. 3 nº 11; Martín Bueno, 1976: Lám. II nº 12; Delgado-Mayet-Mountinho, 1975: Lám. XXXIX nº 67; Garabito, 1978: Tabla 12 nº 16; Mayet, 1983-84: Lám. CLXXX nº 1851); una línea curva de puntas de flecha cruza la metopa. El friso inferior acaba en una línea de puntas de flecha, teniendo en el centro de la metopa una roseta poco marcada.

74) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz rojo amarronado que ha saltado en parte.

Dos frisos metopados separados por dos baquetones. El superior con motivo de separación de seis líneas onduladas verticales y en el centro una de puntas de flecha; el friso inferior con una arquería formada por dos columnas que sostienen un doble arco de línea sogueada, arquería en cierta forma semejante, pero de mayor tamaño, aparece en molde de Bezares (Garabito, 1978: Tabla 27 nº 1), este motivo es poco común y se asemeja a la producción gálica en la cual el arco es una palma (Hermet, 1934: Lám. 86), otros arcos semejantes pero con diferentes columnas en Bronchales (Atrián, 1958: Lám. V nº 8 a 10); el motivo de las columnas suele aparecer de forma aislada.

75) Proc. desconocida. C.A.V.

Parte inferior de vaso. Pasta asalmonada clara con puntitos blancos; barniz rojo claro.

El friso inferior sobre banda de puntas de flecha, entre baquetones. El friso es metopado con motivo de separación a base de cuatro líneas onduladas verticales y en el centro una de puntas de flecha. La metopa es doble con subdivisión limitada por dos líneas onduladas verticales, una de éstas divisiones contiene ave sobre vegetal a la que falta la cabeza pues monta el baquetón superior, semejantes en Arenzana sobre formas 29/37 y 37 (Garabito, 1978: Fig. 114 nº 43 y 50); la segunda parte de la metopa contiene un caballo a izq. sobre línea de puntas de flecha, semejante en vaso 29 de Mérida atribuible a Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84; Lám. CLXXIV nº 1942); aún se observa parte de otra metopa con el extremo de una línea oblicua de puntas de flecha.

76) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo terroso.

Decoración metopada, con motivo de separación formado por seis líneas onduladas verticales con puntas de flecha en el centro siendo éstas de gran tamaño (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 113 nº 2245); en el centro de la metopa se ve un animal del que le ha saltado la decoración de la cabeza a pesar de lo cual se adivina que es un león.

77) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo amarronado que ha saltado en parte de la decoración.

Queda parte del friso inferior, ambos están separados por baquetones; conforma la decoración un león y ave, de la que se aprecia parte de la cola, este león lo encontramos en Ostia, Bilbilis, Conimbriga y Juliobriga (Pallarés, 1963: Fig. 13; Martín Bueno, 1976: Lám. XI nº 18 y Lám. XIII nº 19); identificado con el taller de Bronchales donde aparece una combinación de león y ave semejante al nuestro si bien en

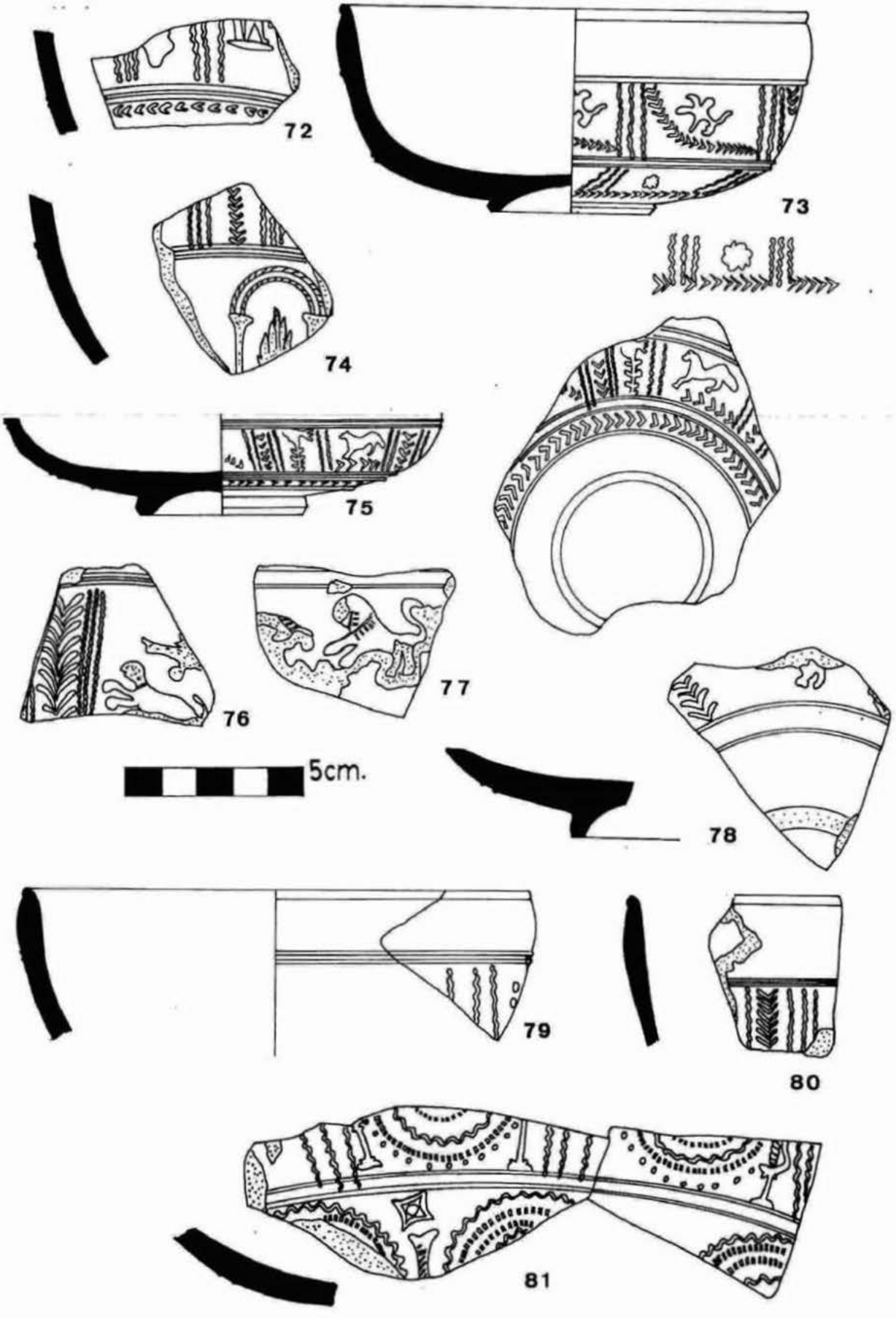


Fig. 8.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

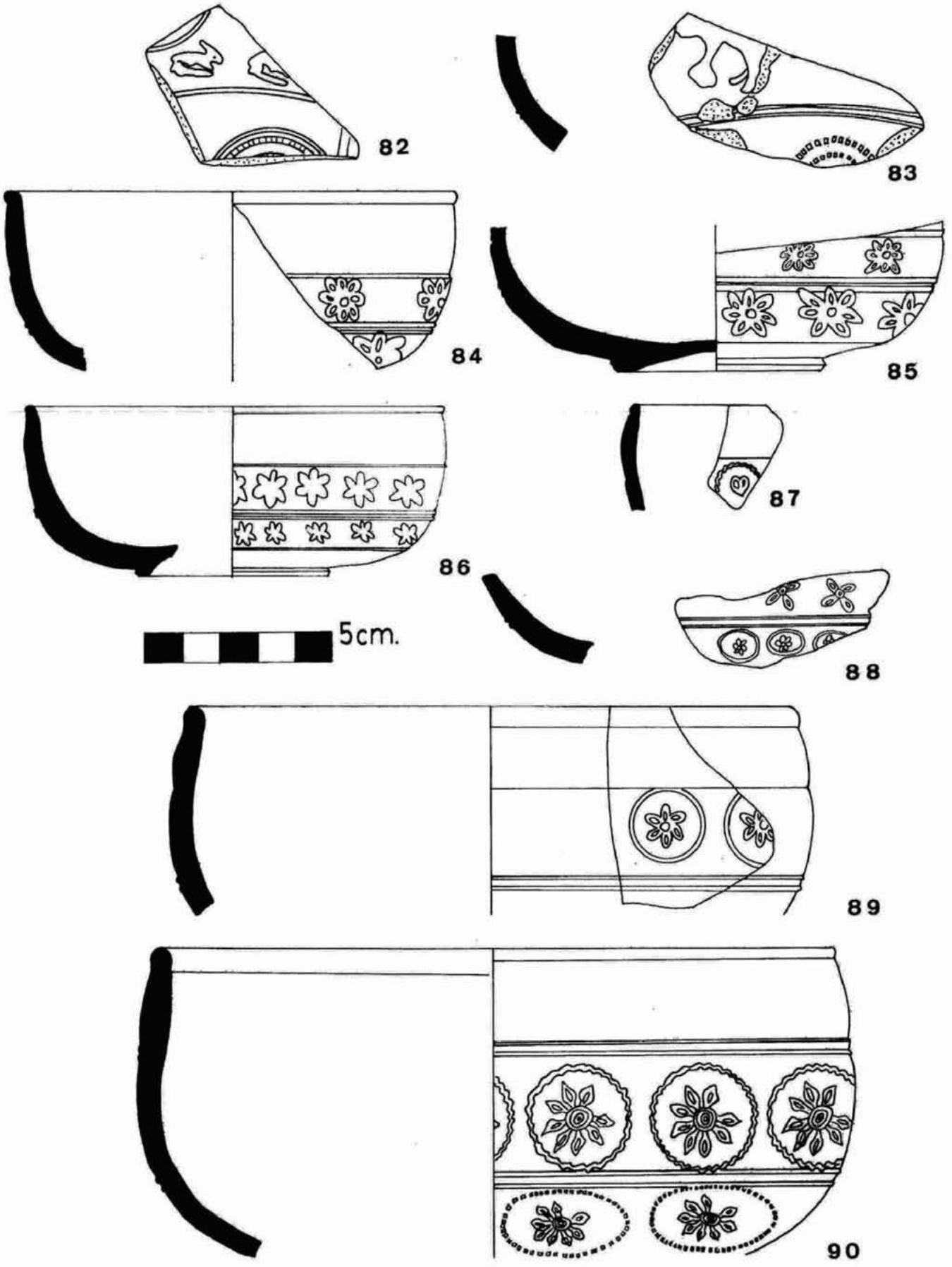


Fig. 9.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

diferente posición (Atrián, 1958: Lám. VIII nº 9; Sánchez-Lafuente, 1985: 173 nota 7).

78) Avellanas. A-46. C.A.V.

Base con 6 cms. en el pie.

Decoración del friso inferior donde alternan un motivo de separación formado por una línea vertical de grandes puntas de flecha, con un animal del que se aprecian los cuartos traseros; ese motivo de grandes flechas aparece en Tricio (Garabito, 1978: Fig. 90 nº 138).

79) Ballestería 1969 BA-69-7. C.A.V.

Frag. de borde y pared, con 14 cms. en la boca. Pasta grisácea; barniz rojo con brillo.

Separando el borde de la pared, dos finos baquetones. Decoración metopada, queda el motivo de separación con tres líneas onduladas verticales y una de perlas.

80) Ermita Sant Jordi. C.A.V.

Frag. de borde y pared. Pasta asalmonada; barniz rojo con brillo.

Dos finos baquetones separan el borde de la pared, de ésta queda parte del motivo de separación de metopas conformando por seis líneas onduladas verticales con otra de puntas de flecha en el centro.

81) Mosén Mila. 79-41-23. C.A.V.

Dos frag. de la misma pieza que unen. Pasta rosa grisácea; barniz rojo achocolatado.

Decoración muy claramente impresa. Frisos separados por baquetones. La banda superior metopada, con un motivo de separación a base de tres líneas onduladas verticales que invaden la zona de baquetones; en el centro de la metopa un gran motivo circular con cuatro círculos concéntricos, de perla, de línea corta, ondulada y cortada; ésto flanqueado por dos motivos verticales; en la otra metopa el motivo circular es idéntico no así el vertical. El friso inferior también con círculos concéntricos, de línea ondulada, cortada, cortada y ondulada respectivamente, separados por motivos verticales. Al respecto del círculo hay uno semejante de Tricio (Garabito, 1978: Tabla 34 nº 12), si bien el círculo ondulado interior es sustituido por una roseta de ocho pétalos, pero el tamaño y distribución de los círculos es igual al nuestro.

82) E. Vich. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barni rojo hacia naranja.

La síntesis decorativa formada por dos frisos separados por baquetones; el superior un motivo circular y dos figuras de conejo a der.; en el interior tres círculos concéntricos. El motivo de conejo es idéntico a uno de Tricio encerrado en círculo de línea ondulada (Garabito, 1978: Tabla 12 nº 9; Mayet, 1983-84: Lám. CLXXXVII).

83) Pl. Reina 1970. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso que salta en la superficie externa.

Dos frisos separados por baquetones; el superior con las extremidades de un animal; del inferior dos círculos concéntricos de línea cortada.

84) E. Vich. C.A.V.

Frag. de borde y pared con 12 cms. en su boca. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo con poco brillo.

La decoración está compuesta por dos frisos en los que se repite el mismo motivo vegetal, una roseta de ocho pétalos.

85) E. Vich 1958. C.A.V.

Parte inferior de vaso con 5'5 cms. en el pie, el cual es muy bajo.

Pasta rosa rojiza; barniz rojo ladrillo sin brillo.

Dos frisos separados por baquetones repiten bandas de rosetas de siete pétalos, con la única diferencia que las rosetas del inferior son de tamaño que las del superior; las rosetas invaden los baquetones.

86) E. Vich 1958. 79-193. C.A.V.

Perfil completo de vaso con 11 cms. en la boca. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo terroso mala calidad.

Decoración de dos frisos de rosetas, muy poco impresas, entre baquetones.

87) Barchilla. C.A.V.

Frag. de borde y pared con unos 15 cms. de la boca. Pasta salmón clara con puntitos blancos en su masa; barniz rojo terroso.

Paredes muy finas. De la banda decorativa se ve un círculo de línea ondulada encerrando una hoja acorazonada; no es muy frecuente este motivo, sólo lo hemos encontrado en un vaso de Funes forma Drag. 37 en círculo de línea contínua y en Bronchales a mayor tamaño (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 96 nº 1637; Atrián, 1958: Lám. VI nº 13).

88) Ballestería 1969. BA-69-6. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo mate amarronado. Dos frisos separados por baquetones; el superior repite una roseta. de cuatro pétalos (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 78 nº 887); en el inferior un círculo de línea contínua encierra una de seis pétalos (Garabito, 1978: Tabla 21 nº 12).

89) Mosén Mila. 79-41-30. C.A.V.

Frag. de borde y pared con 16 cms. pasta rosa rojiza; barniz rojo amarronado.

Dos baquetones separan los frisos, estando el superior ocupado por la repetición de círculo de línea contínua conteniendo roseta de seis pétalos.

90) Proc. desconocida. C.A.V.

Borde y cuerpo, con un diámetro de 18 cms. Pasta roja rojiza; barniz rojo ladrillo sin brillo.

Decoración en dos frisos separados por baquetones; el motivo del friso superior compuesto por la repetición de un círculo de línea ondulada en cuyo interior hay una roseta de

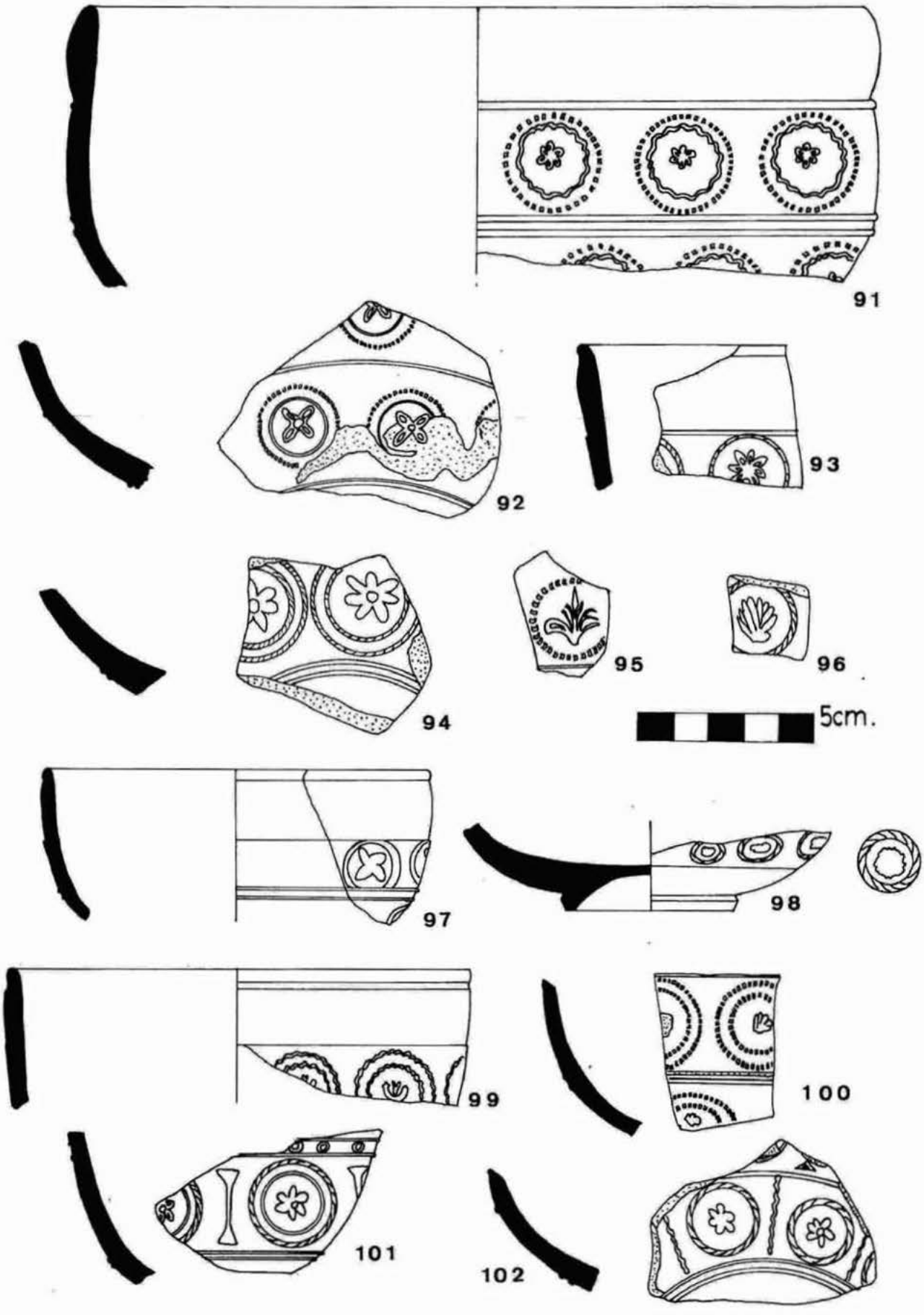


Fig. 10.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

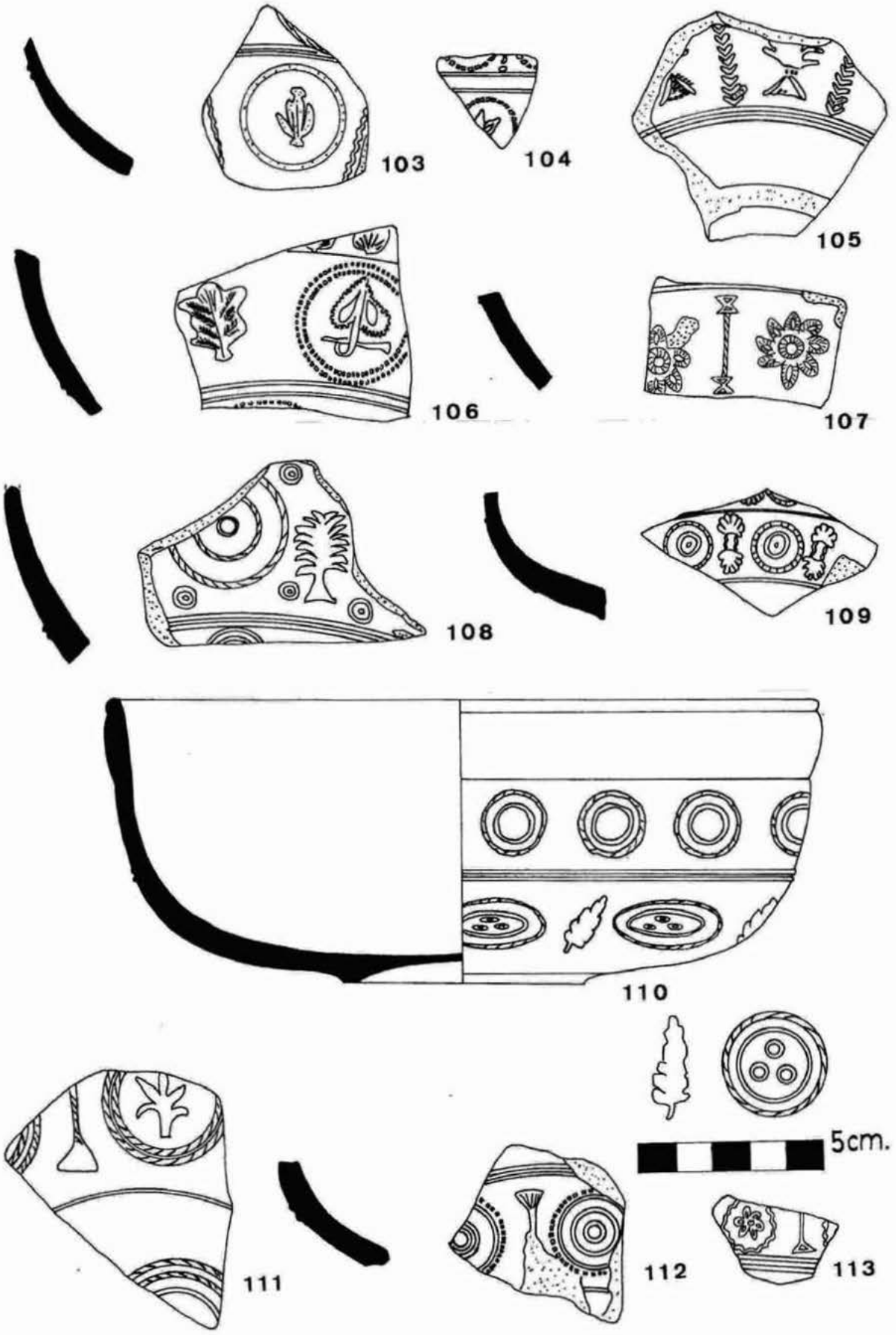


Fig. 11.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

ocho pétalos; el inferior tiene la misma roseta pero el círculo es de línea cortada. La roseta tiene la peculiaridad de que existe un hueco entre dos pétalos, como si faltase uno; los punzones están claramente impresos.

91) Mosén Mila 1970. 79-41-2. C.A.V.

Dos frag. que unen, con 21 cms. en la boca. Pasta rosa rojiza; barniz rojo chillón.

Dos frisos, separados por baquetones, en los que se repite dos círculos concéntricos de línea cortada y ondulada conteniendo una pequeña roseta de seis pétalos.

92) Barchilla. C.C.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso que ha saltado en parte de la decoración.

Dos frisos idénticos, separados por baquetón; se repite motivo de círculos concéntricos, de línea cortada y contínua respectivamente, encerrando una roseta de cuatro pétalos idéntica a otra de Tricio en círculo de línea ondulada (Garabito, 1978: Tabla 21 nº 12).

93) E. Vich 1958. 79-192-25. C.A.V.

Frag. de borde y pared. Pasta roja anaranjada; barniz rojo claro mate.

Un surco separa el borde la pared, de ésta última queda parte del friso superior en el que se repite círculo sogueado que encierra roseta de ocho pétalos.

94) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Decoración del friso inferior a base de la repetición de dos círculos concéntricos que contienen una roseta de trazos muy simples con siete pétalos.

95) Proc. desconocida. C.A.V.

Pequeño frag. Pasta rojiza; barniz rojo vivo.

Círculo de línea segmentada encierra motivo vegetal, idéntico al de un vaso de Mallén con marca Ex. Of. Em (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 83 nº 1176).

96) E. Vich 1958. C.A.V.

Pequeño frag. Pasta rosa anaranjada; barniz marrón rojizo.

Círculo sogueado contiene palmeta atribuible a Tritivm Magallvm (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 91; Mayet, 1983-84: Lám. CLIV nº 1204-1205).

97) E. Vich 1958. 79-192-4. C.A.V.

Frag. borde y pared, con 11 cms. en la boca. Pasta rosa anaranjada; barniz marrón rojizo.

Decoración en dos frisos separados por baquetones; el superior repite un círculo con roseta de cuatro pétalos, muy mal impreso (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 78 nº 942); el friso inferior también con motivos circulares.

98) Mosén Mila 1970. 79-41-4. C.A.V.

Base con 4'8 cms. en el pie. Pasta rosa rojiza; barniz rojo vinoso. Friso inferior formado por círculos de línea sogueada encerrando una roseta mal impresa.

99) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. borde y pared, con 13 cms. en la boca. Pasta roja clara; barniz rojo amarronado.

Friso superior que repite dos círculos concéntricos ondulados y en el interior motivo vegetal semejante a nuestro Drag. 30 n.º 36.

100) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo amarronado.

Frisos separados por baquetones, se repiten en ambos dos círculos concéntricos de línea cortada encerrando un vegetal.

101) Barchilla 1950. B-50-1. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz rojo vinoso.

Friso de separación borde-pared a base de circulitos (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 122 nº 2484); la pared está ocupada por dos frisos separados por baquetones, queda parte del friso superior en el cual alterna motivo de círculo concéntrico, sogueado y contínuo, encerrando roseta; el otro motivo en alternancia es vertical y atribuible a Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CXXV nº 138).

102) E. Vich. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz amarronado que salta en el interior.

Del friso inferior círculo sogueado con roseta de seis pétalos alternando con línea ondulada vertical, a modo de separación de metopas; del superior se aprecia parte de un motivo circular y otro elemento vertical de base triangular.

103) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo amarronado oscuro que ha saltado en parte de la decoración.

Dos frisos separados por baquetones; el superior formado por motivos circulares; el inferior metopado conteniendo círculo con vegetal, idéntico en molde forma 37 de Arenzana (Garabito, 1978: Tabla 19 nº 21), del motivo de separación queda una línea ondulada vertical.

104) Almoina zanja. C.A.V.

Pequeño frag. de pared. Pasta roja oscura; barniz rojo con brillo.

Dos baquetones separan los frisos, en ambos círculos de línea cortada, en el superior alternando con línea acabada en punto, y en el inferior conteniendo roseta.

105) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso que ha saltado en algunos puntos.

Decoración que acaba en dos baquetones, es metopada con motivo vegetal separado por líneas de grandes puntas de flecha (Garabito-Solovera, 1975: Fig. 4 nº 24).

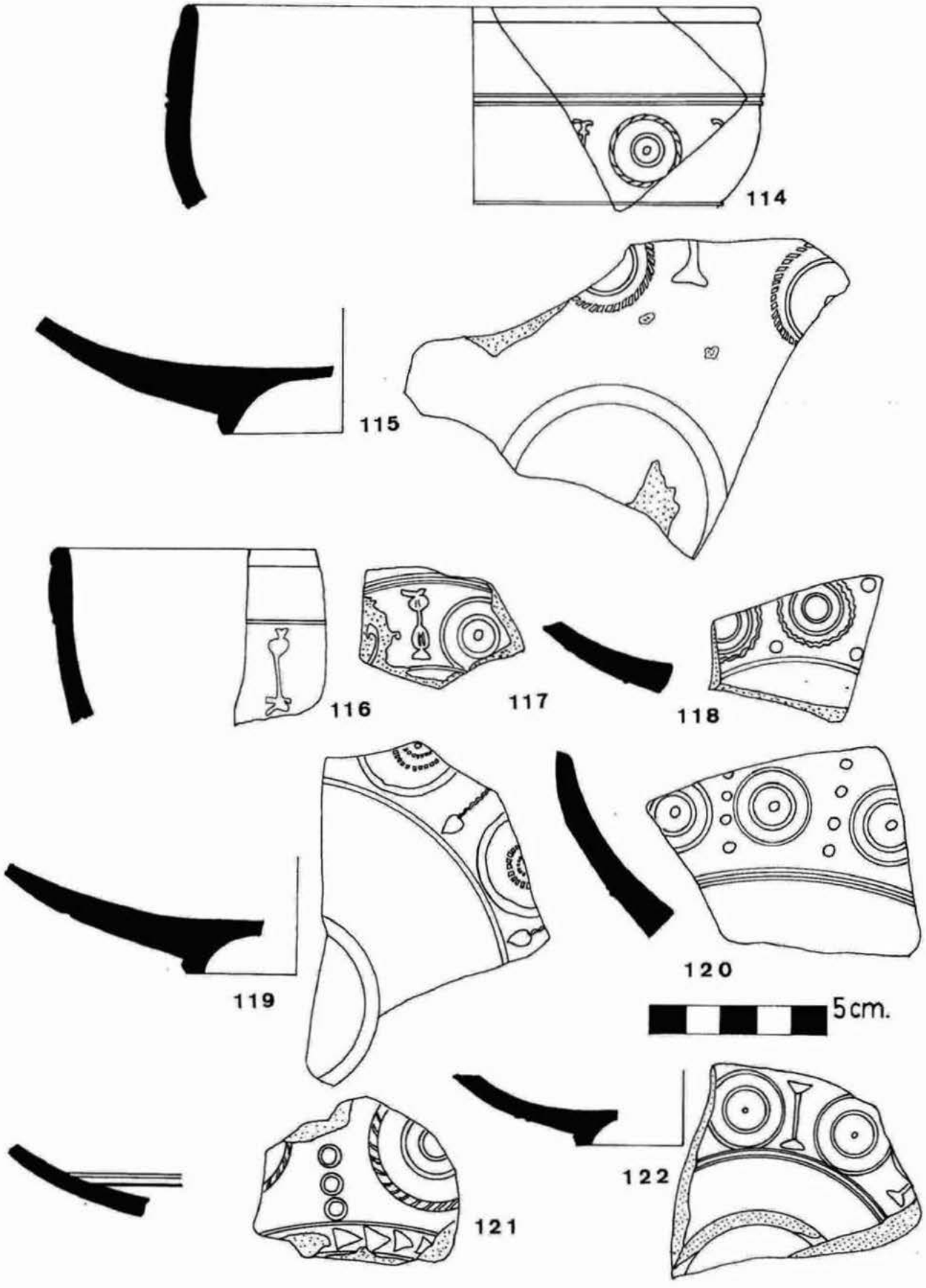


Fig. 12.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

106) E. Vich-S. Andrés 1959. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rojo ladrillo; barniz amarronado.

Dos baquetones dividen las bandas, decoradas, friso estrecho conteniendo conchas u hojas (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 121). Friso superior formado por la alternancia de dos motivos muy bien impresos, uno es una hoja acorazonada en forma de lazo idéntica al motivo en círculo segmentado sobre forma 37 de Tricio (Garabito, 1978: Fig. 91 nº 152), en nuestro ejemplar se inscribe en un doble círculo de línea cortada; ésto alterna con motivo de hoja semejantes a otras de la producción itálica (Stenico, 1959: Tabla XVII nº 98); del friso inferior se ve parte de un círculo de línea cortada.

107) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. pasta rosa rojiza granulosa; barniz marrón que ha saltado en parte.

Friso en el que alernan roseta de ocho pétalos y motivo vertical.

108) E. Vich-S. Andrés 1959. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo terroso que salta con facilidad.

Síntesis decorativa a base de dos frisos separados por baquetones; el inferior con dos círculos concéntricos; en el superior alternan círculos concéntricos, dos sogueados y el central contínuo, con motivo vegetal, teniendo la banda por parte superior e inferior un pequeño circulito con puntos.

109) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasa rosa rojiza; barniz rojo anaranjado que ha saltado en parte.

Frisos separados por baquetones; sólo en uno se aprecia su composición, en alternancia motivo de dos círculos concéntricos con punto y elemento vertical de dos palmetas unidas por cortas líneas onduladas atribuible a Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CXXXIX nº 291).

110) Ausias March 1962. AM-62-3. C.A.V.

Diez frag. que unen dando perfil completo de vaso con 19 cms. en la boca, 6'5 cms. en el pie y una altura de 7'6 cms. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo claro.

Decoración en dos frisos separados por baquetones. La banda superior repite dos círculos concéntricos, de línea sogueada y contínua respectivamente. El friso inferior con motivo vegetal que alterna con dos círculos concéntricos, de línea sogueada y contínua, contiene tres pequeños círculos; este último motivo es bastante extraño y el único paralelismo encontrado es en vaso de Hornos de la Cartuja de Granada, si bien con dos círculos (Serrano, 1979: Fig. 16 nº 27).

111) E. Vich-S. Andrés 1958. C.A.V.

Frag de pared. Pasta rosa rojiza; el barniz ha saltado casi por completo.

Paredes muy finas. Decoración en dos frisos; el superior con dos círculos concéntricos sogueados conteniendo vegetal, alternando con un motivo vertical de base triangular; en el friso inferior se aprecia tres círculos concéntricos, los dos exteriores sogueados y el otro contínua.

112) María de Molina 1958. MM-2. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz amarronado que ha saltado en parte.

Friso donde alternan motivos verticales y circulares; los primeros de base triangular semejante a otros de Tricio (Garabito, 1978: Tabla 44 nº 1-3); los círculos son cuatro y concéntricos, el exterior de línea cortada, los otros contínua.

113) Avellanas 1973-74. 79-98-22. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo vinoso. Bandas decorativas separadas por baquetones; la superior es la única que se ve, formada por un círculo de línea sogueada que encierra una roseta de seis pétalos, ésto alternando con motivo vertical de base triangular.

114) Mosén Mila 1970. 79-41-29. C.A.V.

Frag. de borde y pared, con 16 cms. en la boca. Pasta roja claro; barniz rojo anaranjado.

Dos baquetones separan el borde del cuerpo, del que queda parte del friso superior con un motivo vertical atribuible a Tritivm Magallvm (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 110; Mayet, 1983-84: Lám. CXXXVII), alternando con dos círculos concéntricos con punto, siendo el exterior de línea sogueada y el interor contínua; vaso idéntico al nuestro en la colección de la Casa de la Condesa de Lebrija, también en Conimbriga y el motivo vertical en el «decvmanvs» de Ampurias con una datación del 160 d.C. (López, 1979: Fig. 3 nº 116; Delgado-Mountinho-Mayet, 1975: Lám. XLI nº 193; Almagro-Lamboglia, 1959: Fig. 6).

115) Avellanas 1973-74. 79-98-22. C.A.V.

Base con un diámetro en el pie de 7 cms. Pasta rosa asalmonada algo granulosa; barniz rojo vinoso.

Parte del friso inferior en el que alternan círculos concéntricos de línea cortada y contínua, con motivo vertical.

116) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de borde y pared. Pasta roja clara; barniz rojo.

Un baquetón separa el borde la pared; de la decoración queda un motivo vertical atribuible a Tritivm Magallvm (Delgado-Mayet-Mountinho, 1975: XXXV nº 58 en Drag. 37b; Mayet, 1983-84: Lám. CXXXVI nº 193).

117) E. Vich-S. Andrés 1958. C.A.V.

Pequeño frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz achocolatado.

Parte del friso inferior con decoración en la que alternan dos círculos concéntricos con punto, como el de nuestra pieza nº 120 y un motivo vertical atribuible a Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CXXXVII nº 230).

118) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo oscuro.

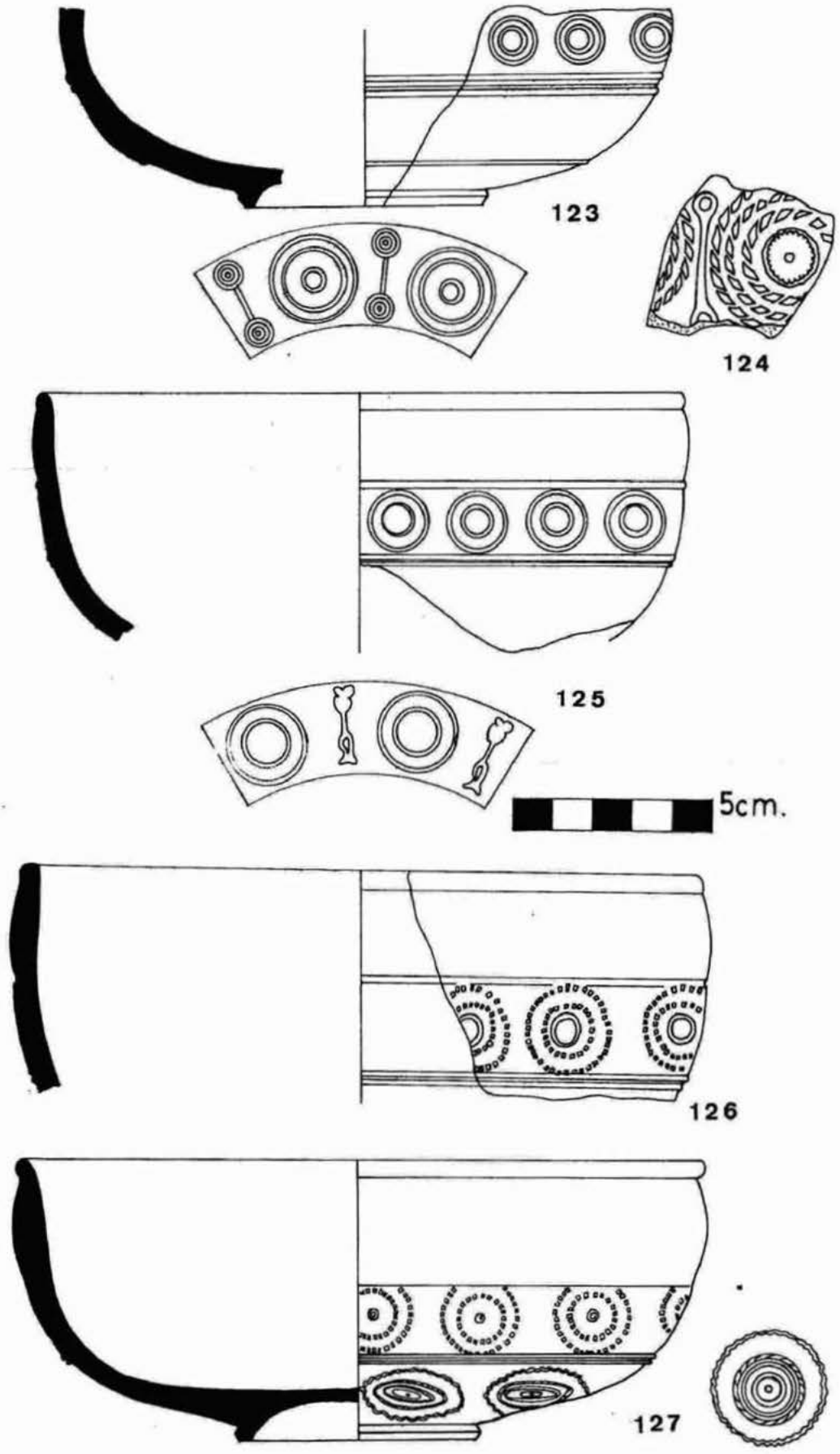


Fig. 13.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

Decoración poco marcada de la que se conserva un friso entre baquetones que contiene tres círculos concéntricos con línea ondulada el exterior y al parecer contínua los dos interiores; éste alterna con dos perlas a la vertical.

119) Proc. desconocida. C.A.V.

Base. Pasta roja clara muy granulosa; barniz rojo terroso poco consistente.

Sobre un profundo surco se desarrolla el friso inferior en el cual alternan motivos circulares y verticales; el primero compuesto por tres círculos concéntricos, los dos interiores de línea cortada y un punto central; el motivo vertical a base de una línea ondulada que une dos formas acorazonadas.

120) E. Vich-S. Andrés 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada con lagunas; barniz rojo amarronado de mala calidad.

Friso entre baquetones compuestos por dos círculos concéntricos con punto, separados por cuatro perlas formando una línea vertical, motivo semejante en forma 37 de Palencia (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 105 nº 1941).

121) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso.

En la pared interior tiene marcadas dos ranuras. La decoración sobre un friso de triángulos; en la banda tres círculos concéntricos, siendo el exterior sogueado y los otros contínuos, éste motivo alterna con una línea vertical de pequeños círculos.

122) E. Vich-S. Andrés 1958. 79-193-27. C.A.V.

Base con 6 cms. en el pie. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso que ha saltado en parte.

Friso entre baquetones; alternan motivos de dos círculos concéntricos con punto y motivo vertical de extremos triangulares.

123) Avellanas 1973. A-73-26. C.A.V.

Pared y pie con 6 cms. Pasta rosa rojiza; barniz rojo tierra oscuro, siendo al interior una fina película.

Frisos separados por baquetones. El superior con la repetición de dos círculos concéntricos; en el inferior tres círculos concéntricos alternan con motivo vertical formando por dos círculos unidos por línea idéntico en Tricio sobre forma 37 (Garabito, 1978: Tab. 44 nº 8).

124) Ermita Sant Jordi. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta amarillenta grisácea; barniz rojo vinoso.

Círculos concéntricos, tres de línea cortada y el interior mal impreso con punto, alterna con motivo vertical.

125) E. Vich-S. Andrés 1958. 79-193-8. C.A.V.

Borde y pared, con 16 m cms. en la boca. Dos frisos entre baquetones; el superior con dos círculos concéntricos; en el inferior círculos semejantes alternando con motivo vertical atribuible a Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CXXXVII nº 2301).

126) Ausias March. AM-62-2. C.A.V.

Seis frag. que dan perfil de borbe y pared, con 17 cms. en su boca. Pasta rosa rojiza; barniz rojo oscuro.

Decoración en dos frisos separados por baquetones; el superior repite tres círculos concéntricos, los dos exteriores de línea cortada y el interior contínua; la banda inferior no se aprecia. Muy semejante a un vaso forma 37 de Itálica, también en Bezares sobre Drag. 29 y Conimbriga (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 297 nº 2; Garabito, 1978: Tab. 41 nº 18; Delgado-Mayet-Mountinho, 1975: Lám. XL nº 95).

127) Ausias March 1962. C.A.V.

Seis frag. que dan perfil completo de vaso con 17 cms. en la boca, una altura de 7 cms. y un diámetro en la base de 6 cms. Pasta anaranjada; barniz rojo hacia naranja.

Dos baquetones separan las bandas decoradas; la superior formada por la repetición de tres círculos concéntricos, dos de línea cortada y el central muy pequeño de contínua, están cortados en su parte superior junto al borde; la banda inferior también con elementos circulares concéntricos cuatro y punto central, ondulado, sogueado y contínuo respectivamente.

128) Mosén Mila. 79-41-32. C.A.V.

Borde y pared con 17 cms. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso.

Friso superior con repetición de dos círculos concéntricos, el exterior de línea sogueada y cortada el interior.

129) Ermita Sant Jordi. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja grisácea con diminutos puntos blancos; barniz rojo.

Frisos separados por dos baquetones, en ambas bandas se repite el mismo motivo, doble círculo concéntrico con punto, la línea exterior cortada y la interior contínua (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 102 nº 1778).

130) Proc. desconocida. C.A.V.

Pequeño frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo amarronado.

Motivo compuesto por tres círculos concéntricos, los dos exteriores de línea cortada y el interior contínua, idénticos a nuestro nº 127.

131) Hierba 1973. H-73-4.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso.

Frisos entre baquetones, en ellos se repite un círculo de línea sogueada.

132) Ermita Sant Jordi. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz rojo ladrillo.

Pared muy gruesa, queda la parte inferior de la pared, se repite el mismo motivo dos grandes círculos concéntricos de línea contínua.

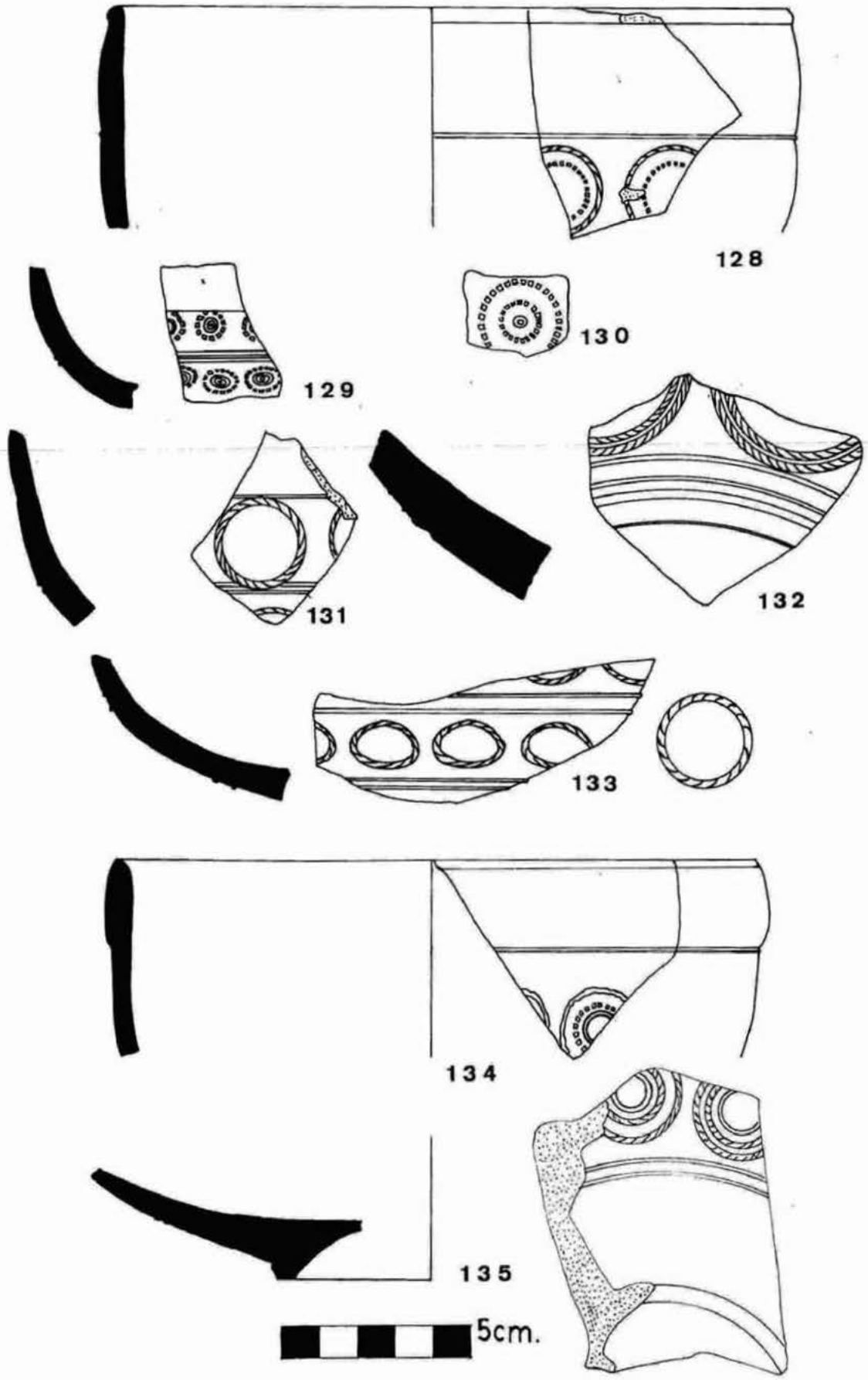


Fig. 14.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

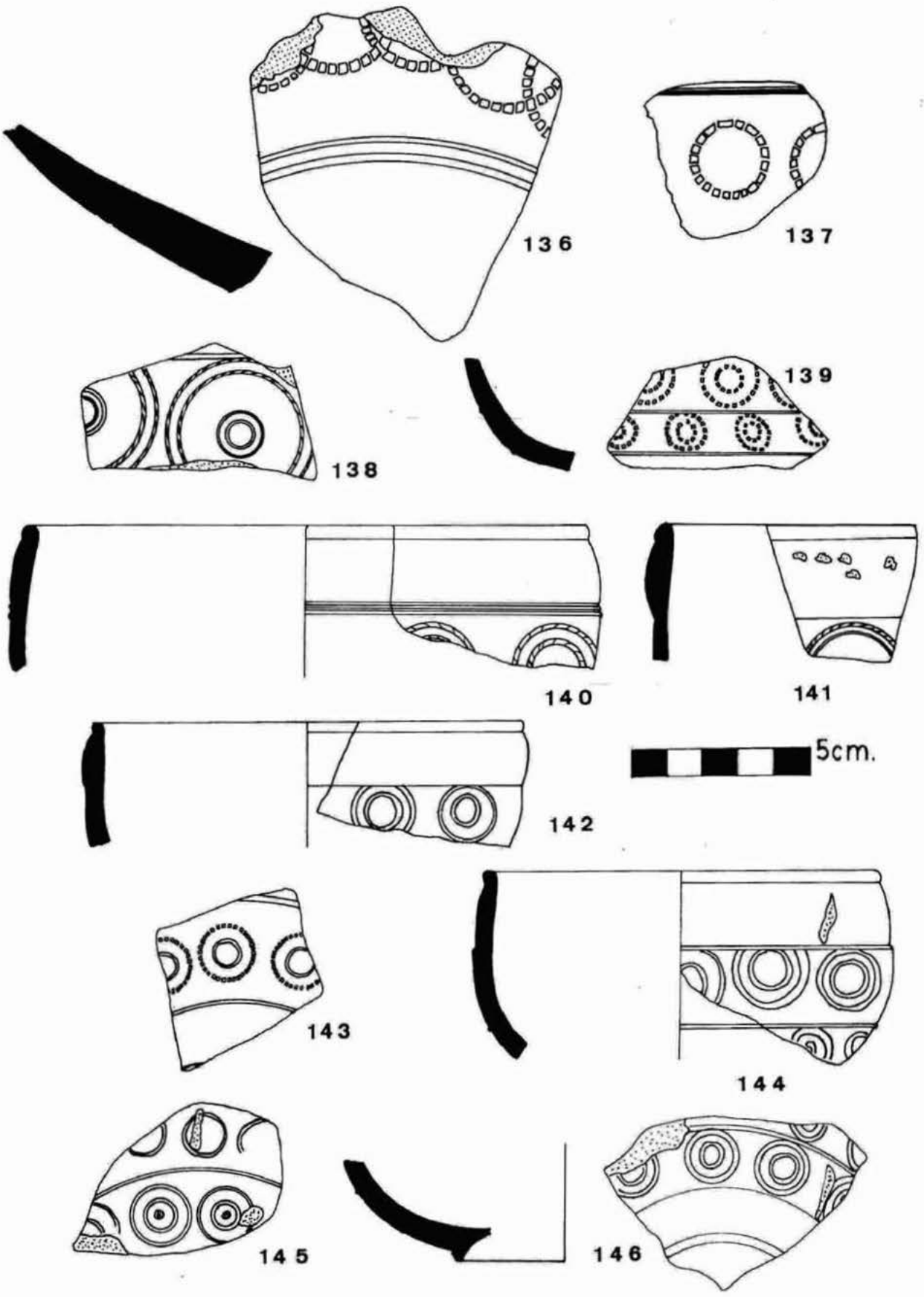


Fig. 15.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

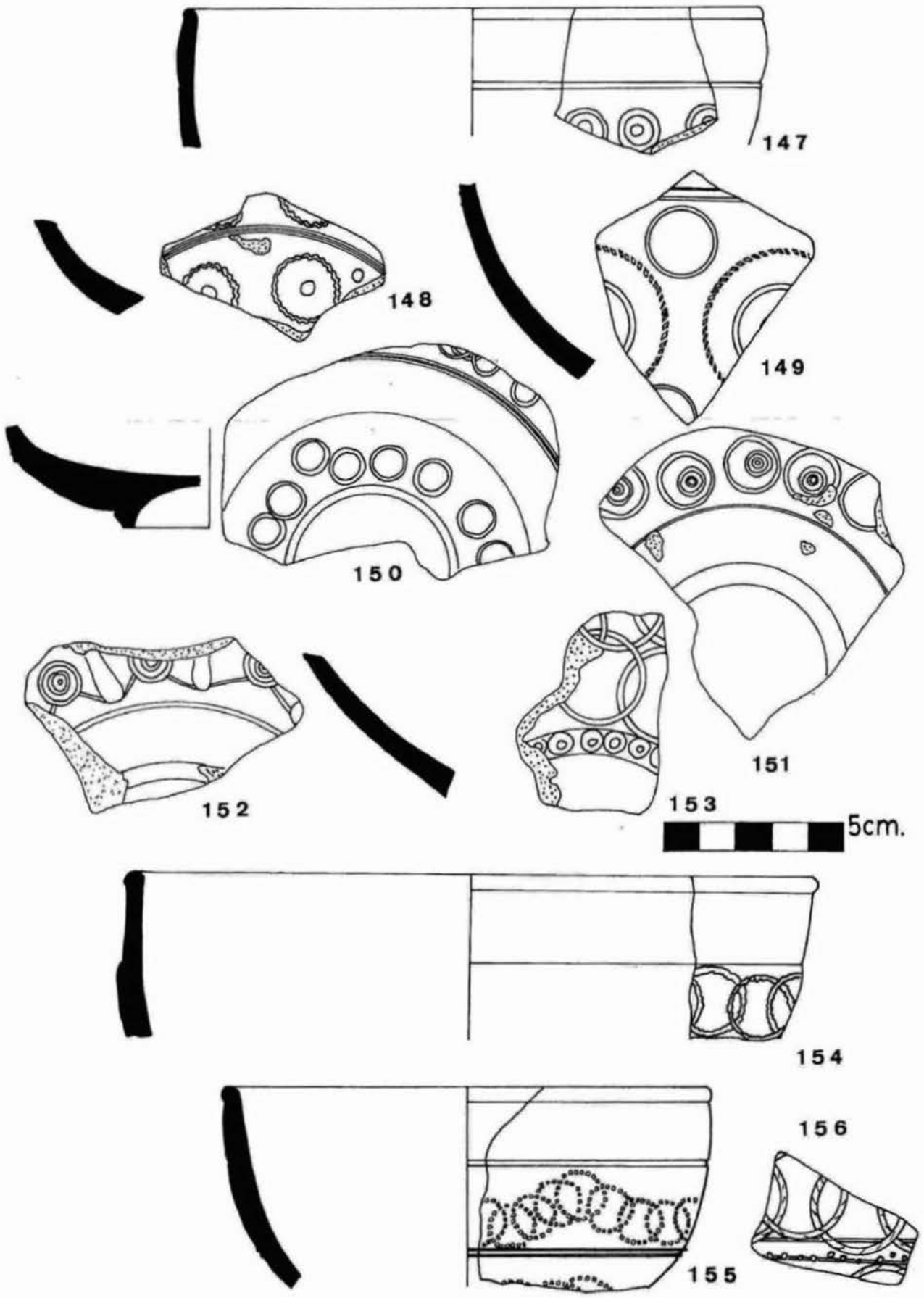


Fig. 16.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

133) Hierba 1973. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo claro. Frisos entre baquetones en los que se repite un círculo único de línea sogueada.

134) Pl. Virgen. 79-F-20. C.A.V.

Frag. de borde y pared con 17 cms. en la boca. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo terroso que ha saltado en parte.

Friso superior formado por la repetición de un motivo circular a base de tres círculos concéntricos, el exterior posiblemente de línea ondulada, el del centro cortada y el interior contínua.

135) E. Vich-S. Andrés 1959. 79-193-20. C.A.V.

Base con 8 cms. en el pie, que es muy bajo. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo tierra.

Queda parte del friso inferior entre baquetones y formado por la repetición de tres círculos concéntricos, dos sogueados y uno contínuo.

136) Ermita Sant Jordi. C.A.V.

Frag. de parte inferior de pared. Pasta amarillente rojiza con puntos blancos; barniz rojo anaranjado.

Serie de círculos entrelazados de línea cortada.

137) Pl. Reina. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta fuerte granulosa; barniz amarronado.

Friso enmarcado por baquetón, ocupado por la repetición de un círculo de línea cortada casi idénticos a un molde forma 37 de Tricio (Garabito-Solovera, 1975: Fig. 8 nº 30).

138) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta salmón con puntos blancos; barniz rojo amarronado.

Decoración de grandes círculos concéntricos, dos exteriores sogueados y los dos interiores mucho más pequeños de línea contínua.

139) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo amarronado.

Dos frisos entre baquetones, en ambos se repite el mismo motivo, dos círculos concéntricos de línea cortada.

140) E. Vich-S. Andrés. 79-192-50. C.A.V.

Borde y pared con 16 cms. Pasta rosa anaranjada; barniz naranja que salta con facilidad.

Separando el borde del cuerpo dos baquetones y bajo éstos un friso de dos círculos concéntricos sogueados (Atrián, 1958: Lám. III nº 3).

141) Avellanas 1973. A-73-26. C.A.V.

Frag. de borde y pared. Pasta roja claro con pequeños puntos blancos; barniz rojo terroso mala calidad y que salta.

Friso decorativo superior formado por dos círculos concéntricos, sogueados y de línea contínua respectivamente.

142) Avellanas 1973. A-73-36. C.A.V.

Frag. de borde con 12 cms. de diámetro. Barniz rojo claro.

En friso superior repite dos círculos concéntricos cortados al contacto con el borde.

143) Barchilla. C.C.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo vivo.

Friso entre surco inferior y un baquetón superior, en él se repiten dos círculos concéntricos, de línea contínua el interior y cortada al exterior.

144) E. Vich-S. Andrés 1958. 79-192-21. C.A.V.

Frag. de borde y cuerpo, con 11 cms. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo ladrillo, mate mala calidad.

En el friso superior repite dos círculos concéntricos algunos de los cuales están cortados en su contacto con el borde; el inferior idéntico.

145) Barchilla. C.C.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza muy granulosa; rojo anaranjado muy mala calidad y que ha saltado en parte.

Friso separados por baquetón; el superior con un círculo repetido y muy mal impreso; el inferior tres círculos concéntricos contínuos.

146) E. Vich-S. Andrés 1958. 79-193-9. C.A.V.

Frag. de base, con 6 cms. en el pie muy bajo. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso oscura.

Frisos conteniendo, en ambos el mismo motivo a base de dos círculos concéntricos (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 105 nº 1945).

147) Pl. Virgen. 79-F-5. C.A.V.

Frag. borde y pared, con 16 cms. en la boca.

Separando el borde de la pared un baquetón; el friso superior con una banda de círculos con grueso punto central (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 105 nº 1940).

148) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo terroso.

Dos baquetones separan los frisos; del superior se ve parte de un círculo ondulado que pertenecería a idéntico motivo que el del friso inferior, que es un círculo ondulado encerrando una gruesa perla que a su vez se intercala el exterior (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 104 nº 1863).

149) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz amarronado que ha saltado totalmente al exterior.

Bajo dos baquetones un friso ocupado por una composición de círculos concéntricos de gran tamaño, el exterior de línea cortada y el interior contínua, entre este motivo por arriba y abajo se intercalan otros más pequeños de línea contínua.

Fig. 17.— Formas decoradas. Drag. 37 «a»

150) E. Vich. 79-193-21. C.A.V.

Base con 4'8 cms. Pasta rosa rojiza con muchas impurezas; barniz terroso formando una fina película en parte desprendida.

Frisos separados por baquetones; en el inferior círculos sueltos y en el superior círculos entrelazados formando grupos.

151) E. Vich 79-193-1. C.A.V.

Frag. de base con 6 cms. en el pie. Barniz anaranjado sucio.

Queda parte del friso inferior a base de tres círculos concéntricos, motivo mal impreso.

152) E. Vich-S. Andrés 1958. C.A.V.

Frag. de pared inferior. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo hacia naranja.

Parte del friso inferior compuesto por dos círculos concéntricos unidos a un grueso motivo vertical por bastoncitos.

153). E. Vich-S. Andrés 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo terroso.

En la parte inferior un estrecho friso de círculos con línea ancha semejantes a otros de Bronchales (Atrián, 1958: Lám. I nº 4), sobre esta banda una composición de círculos entrelazados.

154) Colegio Loreto. CL-4. C.A.V.

Frag. de borde y pared, con 19 cms. Barniz rojo terroso.

Decoración formada por círculos entrelazados, de mala impresión; este motivo aunque algo mayor lo encontramos en Tricio (Garabito, 1978: Tab. 42 nº 1).

155) E. Vich-S. Andrés. 79-192-14. C.A.V.

Frag. de borde y pared, con 13'5 cms. Barniz amarronado.

Decoración en dos frisos separados por baquetones; ambos frisos con serie de círculos de línea cortada entrelazados, que forman ondulación.

156) E. Vich-S. Andrés 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz achocolatado que ha saltado en parte.

Friso, entre baquetones y puntos, de círculos de soga entrelazados.

SIGILLATA HISPÁNICA TARDÍA

157) Ballestería 1969. C.A.V.

Base de forma indeterminada. Pasta anaranjada; barniz naranja.

Pie de galleta. Sobre un fino baquetón se desarrolla la zona decorada de la que sólo conserva parte de línea ondulada.

158) Avellana 1973. A-73-12. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta anaranjada; barniz naranja.

Banda decorativa en la que alternan gruesos círculos sogueados con motivo vegetal vertical, combinándose en la parte superior con pequeños círculos con punto.

159) Barchilla. C.C.V.

Frag. de pared. Pasta rosa naranja; engobe naranja.

Relieve muy poco marcado. Semicírculo de puntas de flecha entre baquetones (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 129 nº 2640) alternando con un círculo y punto, todo dispuesto rodeando otros motivos circulares o semicirculares.

160) Pl. Virgen 1959. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta naranja clara; barniz naranja mate.

Es la parte inferior de la pared decorada a base de grandes ruedas marcadas por baquetones y dejando entre ellos puntas de flecha, en el centro se cruzan dos líneas de puntas de flecha; esquema semejante, aunque con otras líneas de puntas de flecha entre las ruedas, en un vaso decorado de Gallur, pertenece al estilo 2º, de Mayet y 4º de Mezquiriz (Mayet, 1983-84: Lám. CCLXIII nº 167; Mezquíriz, 1961 I: 117).

161) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de borde con unos 21 cms. Pasta anaranjada; barniz naranja.

Labio desarrollado hacia el exterior, escalón en la separación de la pared.

INDETERMINADA (29 y 37, con toda probabilidad)

162) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja claro; barniz rojo ladrillo mate que ha saltado en casi toda la superficie.

Un figura humana bastante grande que nos recuerda las grandes representaciones de Apolo del centro de Bezares (Garabito, 1978: Fig. 33).

163) Ausias March 1962. AM-62-10. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo amarronado que ha saltado en parte.

Composición metopada en la que se ve parte del motivo de separación formado por líneas verticales onduladas, en el centro de la metopa figura humana caminando a izq., semejante pero hacia der. a otro sobre vaso 37 de Mérida (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 61 nº 351).

164) Mosén Mila 1970. 79-41-35. C.A.V.

Frag. de pared. pasta rosa asalmonada; barniz rojo vivo.

Una línea vertical de puntas de flecha separa dos figuras humanas de las que sólo se aprecia la de la izq., se trata de una representación de Mercurio el cual lleva en su mano izq. alas y caduceo, este motivo guarda relación con el publicado

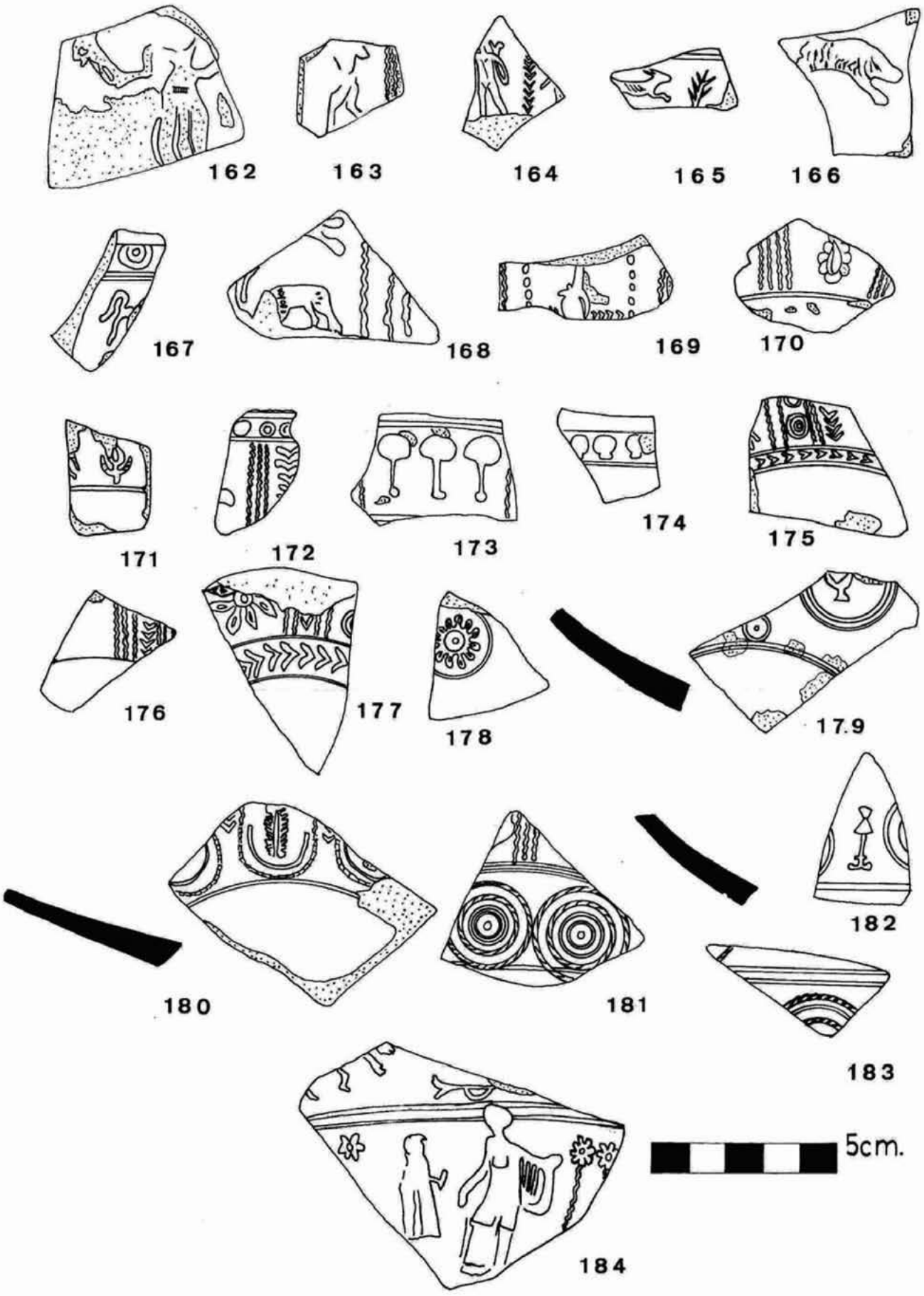


Fig. 18.— Fragmentos Drag. 29 y 37

por Mezquíriz en vaso 37 de Pamplona en un contexto entre fin del s. I y mitad del s. II (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 56 nº 254; Ídem, 1958: 260 Fig. 117, 200 Fig. 95 nº 15), este mismo motivo en Tricio sobre forma 30 en decoración metopada con figura de Minerva (Garabito, 1978: Tab. 4 nº 13).

165) Mosén Mila 1970. 79-41-35. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada ligeramente granulosa; barniz amarronado.

Animal en carrera (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 76 nº 283) y parte de un vegetal.

166) Pl. Virgen. 79-F-31. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo terroso.

Jabalí en carrera, no muy bien impreso, motivo semejante en Mérida sobre vaso 37 (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 72 nº 695); el jabalí como motivo decorativo no es muy abundante en la producción Hispánica pero sí lo es en la Gálica (Knorr, 1919: Lám. 65 nº 3).

167) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada con puntitos blancos; barniz rojo amarronado.

Friso de círculo con puntos, entre baquetones; del resto de la decoración quedan los cuartos traseros de un animal.

168) Proc. desconocida.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz rojo anaranjado.

Queda parte del motivo de separación de metopas formado por tres líneas onduladas verticales; la metopa ocupada por animales.

169) Pl. Virgen 79-F-4. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz rojo terroso que ha saltado en parte.

Decoración metopada, del motivo de separación queda una línea ondulada vertical; el centro de la metopa con motivo vegetal flanqueado por líneas verticales de perlitas y en su extremo inferior un horizontal de puntas de flecha.

170) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo ladrillo sin brillo.

Decoración metopada, con motivo de separación de cuatro líneas onduladas verticales; el centro de la metopa ocupado por motivo vegetal atribuible a Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CLX nº 1074).

171) Ermita Sant Jordi. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz rojo.

Baquetón y sobre él un friso del que sólo queda un motivo vegetal atribuible a Tritvm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CLXV).

172) E. Vich-Vitoria 1971. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja clara granulosa; barniz rojo vivo.

Decoración metopada, bajo un friso de pequeños círculos entre baquetones; el motivo del separación a base de seis líneas onduladas verticales y en el centro una línea de puntas de flecha; en el de la metopa queda la extremidad de un animal.

173) Ausias March 1962. AM-62-11. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz marrón que ha saltado en parte de la superficie.

Entre gruesos baquetones un friso metopado, con motivo de separación del que se ve una línea ondulada vertical; la metopa ocupada por la triple repetición de motivo globular con largo pie acabado en perla, atribuible Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: Lám. CLXVII nº 1373).

174) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta roja clara; barniz marrón rojizo.

Friso en el que se repite un motivo globular.

175) Avellanas 1973. A-73-9. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa amarillenta; barniz rojo vivo.

Sobre un friso de puntas de flecha entre baquetones se desarrolla la decoración metopada; motivo de separación formado por cuatro líneas onduladas verticales y en el centro repetición de dos circulos concéntricos; en Andújar aparece un motivo de separación idéntico solo que un poco más grande, en molde, junto a un friso metopado con motivo de línea de adormidera hacia abajo que bien pudiera ser parte del que aparece a la izq. de nuestro fragmento (Roca, 1976: Lám. 40 nº 123).

176) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo vivo.

Decoración metopada, queda parte del motivo de separación formado por seis líneas onduladas verticales y en el centro puntas de flecha.

177) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa oscura; barniz amarronado mate.

Padred muy gruesa; friso de puntas de flecha entre baquetones; sobre él decoración metopada, con motivo de separación formado por cuatro líneas onduladas verticales y una de puntas de flecha; en la metopa una roseta, de otra metopa se ve parte de un pequeño círculo.

178) Proc. desconocida.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza. Barniz amarronado.

Roseta de múltiples pétalos rodeada de círculos de línea contínua, decoración con un marcado relieve; huellas dactilares del manipulador en la pared interior.

179). Proc. desconocida.

Frag. de pared. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso sin brillo que ha saltado en parte.

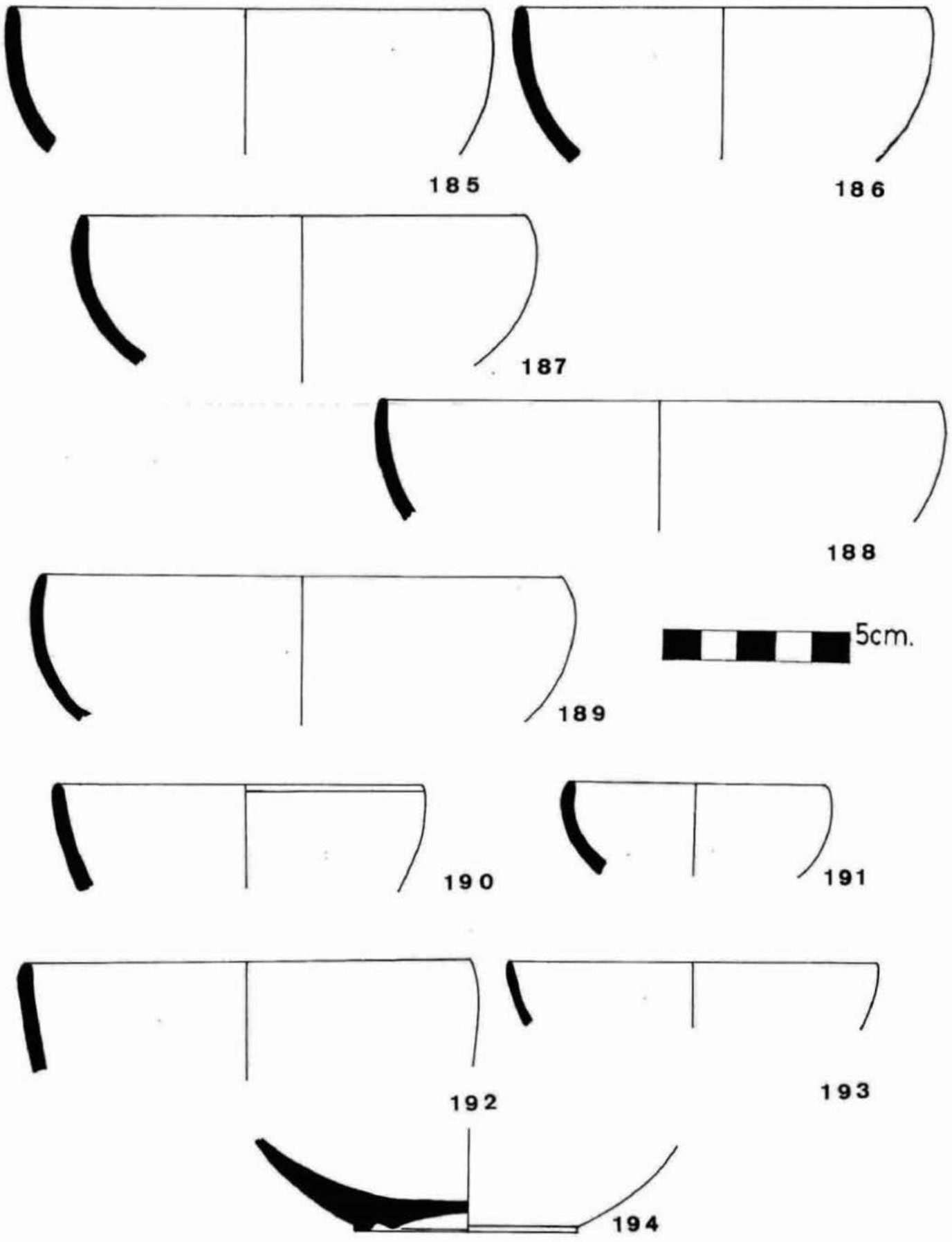


Fig. 19.— Formas lisas. Ritt. 8

Círculos concéntricos que encierran algo parecido a una copa (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 162 nº 41), en la parte inferior del friso un pequeño círculo con punto.

180) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo mate.

Friso de festones conteniendo vegetal y alternando con líneas verticales de punta de flecha.

181) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz marrón rojizo.

Dos baquetones dividen los frisos; el superior metopado con motivo de separación a base de tres líneas onduladas verticales; el inferior es una banda en la que se repiten cuatro círculos concéntricos con punto, dos exteriores sogueados y dos interiores de línea contínua, estos círculos montan el baquetón que por debajo delimitan el friso.

182) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta rosa anaranjada; barniz marrón rojizo.

Friso sobre surco; en él alternan dos círculos concéntricos de línea contínua con un motivo vertical (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 110).

183) E. Vich 1958. C.A.V.

Frag. de pared. Pasta amarillo-grisácea con diminuto degrasante; barniz lila oscuro?

Decoración en dos frisos separados por baquetones; motivos de círculos concéntricos, en la banda inferior tres: sogueado, contínuo y sogueado.

184) Proc. desconocida. C.A.V.

Frag. decorado, probablemente Drag. 37. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo mate.

Dos baquetones separan los frisos; del superior quedan restos decorativos difíciles de identificar. El inferior está ocupado por una escena donde conviven dos figuras, una pequeña y otra mucho más grande que monta, en la cabeza, sobre los baquetones de separación; esta última representa a Apolo con lira en su mano izquierda, muy semejante al que aparece en Bezares (Garabito, 1978: Fig. 33 nº 138 y 139; Mayet, 1983-84: Lám. CXII nº 2245) si bien el nuestro parece ligeramente más pequeño. Otro elemento de esta banda inferior es una pequeña roseta y dos motivos verticales con un extremo en roseta y línea ondulada, seguramente en el otro extremo se cerraría con la misma roseta (Garabito, 1978: Tab. 43 nº 6).

FORMAS LISAS

Con el fin de no hacer excesivamente monótono el inventario de las piezas sin decorar las agrupamos en una tabla general en la que indicamos en primer lugar la forma; el número corresponde al del inventario general de la TSH en Valentia y se identifica con el dibujo de la figura; a continuación se indica el solar donde se halló la pieza y la colección donde se encuentra actualmente.

FORMA	NÚM.	LUGAR HALLAZGO	COLECCIÓN
Ritt. 8			
	185	C/ E. Vich-S. Andrés	Ay. de Valencia
	186	C/ Ausias March 1962	Ay. de Valencia
	187	C/ Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	188	C/ Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	189	C/ Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	190	C/ Ausias March	Ay. de Valencia
	191	Pl. Virgen	Ay. de Valencia
	192	Pl. Virgen	Ay. de Valencia
	193	C/ Barchilla	Catedral de Valencia
	194	Casa Benlliure	Ay. de Valencia
Drag. 24/25			
	195	Indeterminado	Ay. de Valencia
	196	C/ Ausias March 1962	Ay. de Valencia
	197	C/ Barchilla	Catedral de Valencia
	198	C/ Barchilla	Catedral de Valencia
	199	C/ Avellanas 1973-74	Ay. de Valencia
	200	C/ Avellanas 1973-74	Ay. de Valencia
Drag. 27			
	201	Indeterminado	Ay. de Valencia
	202	C/ Avellanas 1973	Ay. de Valencia
	203	Pl. Reina 1969	Ay. de Valencia
	204	Pl. Virgen 1975	Ay. de Valencia
	205	C/ Avellanas	Ay. de Valencia
	206	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	207	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	208	C/ Barchilla	Catedral de Valencia
	209	C/ Embajador Vich	Ay. de Valencia
	210	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	211	C/ Ausias March 1962	Ay. de Valencia
	212	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	213	Pl. Reina	Ay. de Valencia
	214	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	215	Ballestería 1969	Ay. de Valencia
	216	Avellanas 1973-74	Ay. de Valencia
	217	Avellanas 1973-74	Ay. de Valencia
	218	Indet.	Ay. de Valencia
	219	Indet.	Ay. de Valencia
	220	Avellanas	Ay. de Valencia
	221	Ausias March 1962	Ay. de Valencia
	222	E. Vich-S. Andrés	Ay. de Valencia
	223	Avellanas 1962	Ay. de Valencia
Drag. 33			
	224	Indeterminado	Ay. de Valencia
	225	Ausias March 1962	Ay. de Valencia

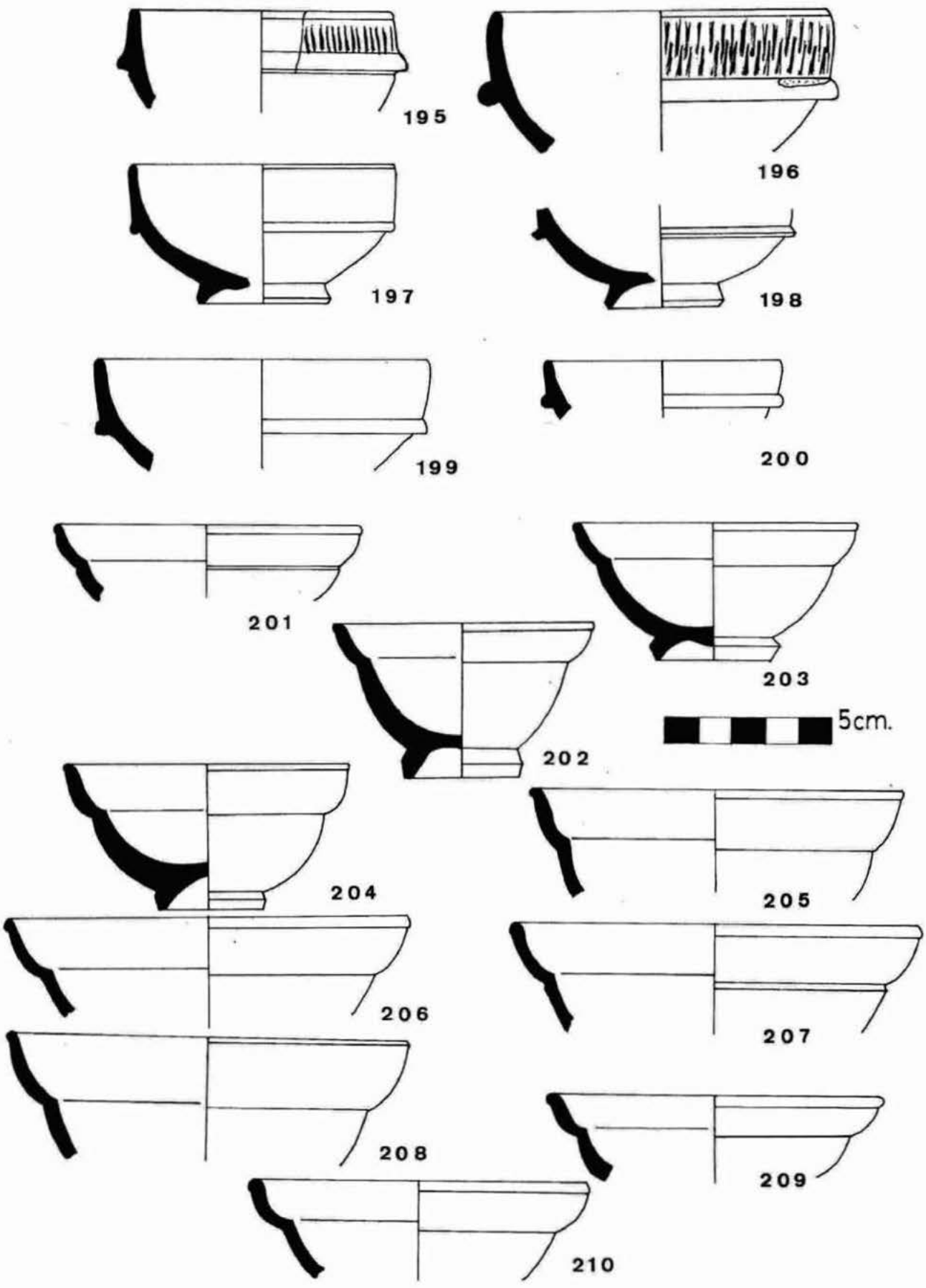


Fig. 20.— Formas lisas. Drag. 24/25 y 27

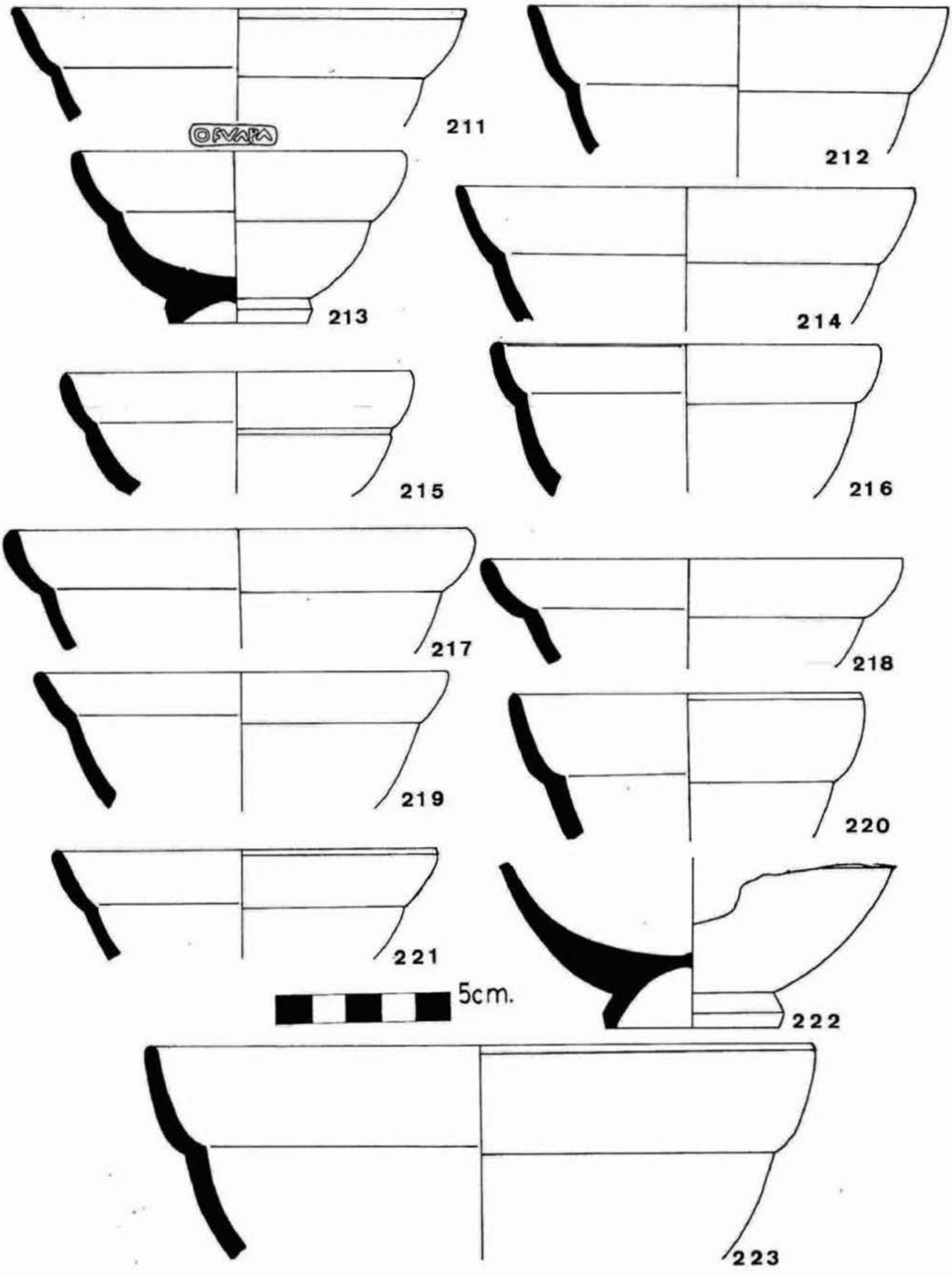


Fig. 21.— Formas lisas. Drag. 27

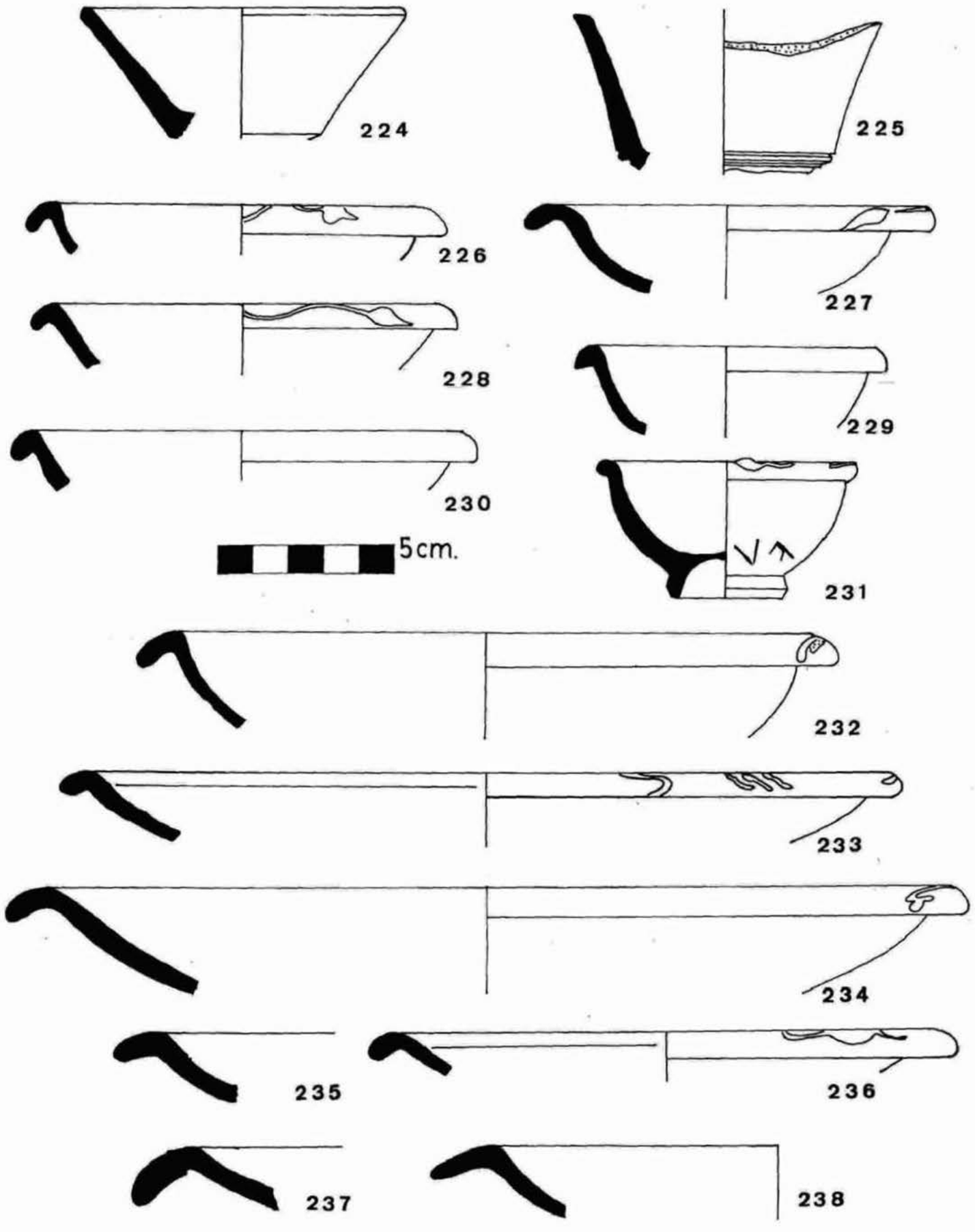


Fig. 22.— Formas lisas. Drag. 33, 35 y 36

FORMA	NÚM.	LUGAR HALLAZGO	COLECCIÓN
Drag. 35			
	226	Indet.	Ay. de Valencia
	227	E. Vich-S. Andrés 1958	Ay. de Valencia
	228	Pl. Virgen 1975	Ay. de Valencia
	229	Avellanas 1973	Ay. de Valencia
	230	Avellanas 1973-74	Ay. de Valencia
	231	Indet.	Ay. de Valencia
Drag. 36			
	232	Ausias March 1962	Ay. de Valencia
	233	Avellanas	Ay. de Valencia
	234	E. Vich-S. Andrés	Ay. de Valencia
	235	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	236	Pl. Virgen	Ay. de Valencia
	237	Avellanas 1973-74	Ay. de Valencia
	238	Barchilla	Ay. de Valencia
Hisp. 4			
	239	E. Vich-S. Andrés 1958	Ay. de Valencia
	240	Mª Molina 1958	Ay. de Valencia
	241	Mª Molina 1958	Ay. de Valencia
	242	E. Vich-S. Andrés	Ay. de Valencia
	243	E. Vich-S. Andrés	Ay. de Valencia
	244	Avellanas	Ay. de Valencia
	245	Barchilla	Catedral de Valencia
Hisp. 6			
	246	Barchilla	Catedral de Valencia
	247	Barchilla	Catedral de Valencia
Drag. 15/17			
	248	E. Vich 1958	Ay. de Valencia
	249	Pl. Virgen 1975	Ay. de Valencia
	250	Indet.	Ay. de Valencia
	251	Avellanas 1973-74	Ay. de Valencia
	252	E. Vich.	Ay. de Valencia
	253	E. Vich-Mª Molina	Ay. de Valencia
	254	E. Vich 1958	Ay. de Valencia
	255	E. Vich 1958	Ay. de Valencia
	256	E. Vich 1958	Ay. de Valencia
	257	Avellanas 1973-74	Ay. de Valencia
	258	Pl. Reina 1980	Ay. de Valencia
	259	Ausias March 1962	Ay. de Valencia
	260	Barchilla	Catedral de Valencia
	261	Mosén Mila 1960	Ay. de Valencia
	262	E. Vich 1958	Ay. de Valencia
Drag. 18			
	263	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	264	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
Drag. 44			
	265	E. Vich-S. Andrés 58	Ay. de Valencia
	266	E. Vich-S. Andrés 58	Ay. de Valencia
	267	Indet.	Ay. de Valencia
Drag. 46			
	268	Indet. Ay. de Valencia	
Hermet 13			
	269	Colegio Loreto	Ay. de Valencia
Hisp. 2			
	270	Avellas 1973-74	Ay. de Valencia
	271	E. Vich-S. Andrés 58	Ay. de Valencia
	272	E. Vich-S. Andrés 58	Ay. de Valencia
	273	E. Vich-S. Andrés 58	Ay. de Valencia
	274	E. Vich 1958	Ay. de Valencia
Hisp. 10			
	275	Barchilla	Catedral de Valencia
Hisp. 7			
	276	E. Vich-S. Andrés 58	Ay. de Valencia
	277	Mosén Mila 1970	Ay. de Valencia
	278	Indet.	Ay. de Valencia
	279	Pl. Reina	Ay. de Valencia
	280	Pl. Virgen	Ay. de Valencia
	281	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	282	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
	283	Ermita S. Jordi	Ay. de Valencia
Hisp. 50			
	284	Avellanas	Ay. de Valencia
	285	Barchilla	Catedral de Valencia
Plato indet.			
	286	Pl. Virgen	Ay. de Valencia
Hisp. 20			
	287	Indet.	Ay. de Valencia
	288	Mosén Mila	Ay. de Valencia
	289	Indet.	Ay. de Valencia
	290	Ausias March 1962	Ay. de Valencia
	291	Ausias March 1962	Ay. de Valencia
	292	Mar 1971	Ay. de Valencia
	293	Avellanas 1973	Ay. de Valencia
	294	E. Vich 1958	Ay. de Valencia
Indeterm.			
	295	Pl. Virgen	Ay. de Valencia
	296	Barchilla	Catedral de Valencia
	297	Indet.	Ay. de Valencia
	298	E. Vich 1958	Ay. de Valencia
	299	E. Vich 1958	Ay. de Valencia

Las piezas lisas ocupan el 45'72% de los productos hispánicos (Montesinos, 1982). El cuenco Ritt. 8, nº 185 a 194, es la tercera forma lisa en importancia; presenta variedad en sus diámetros de boca, así como

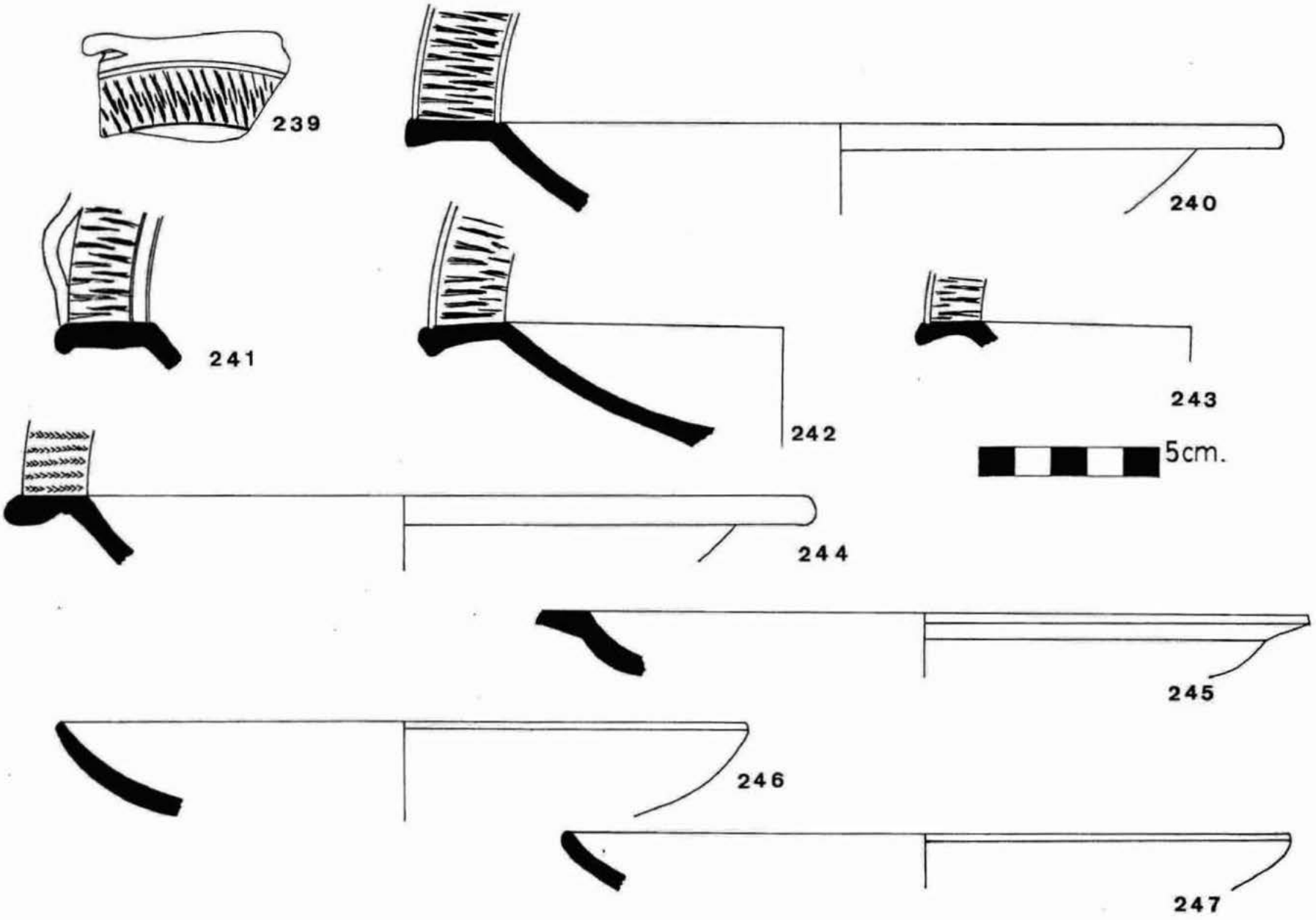


Fig. 23.— Formas lisas. Hisp. 4 y 6

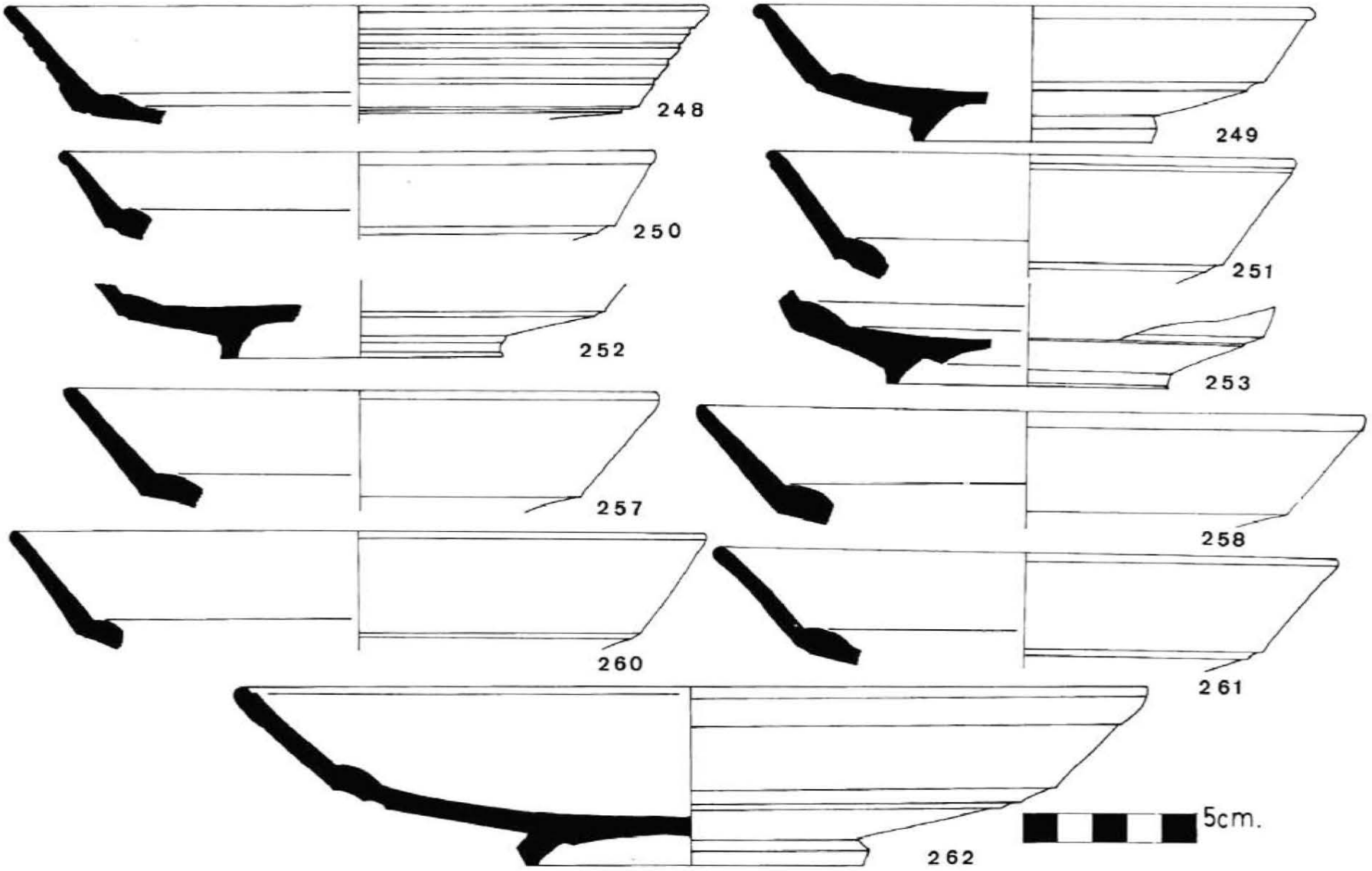


Fig. 24.— Formas lisas. Drag. 15/17

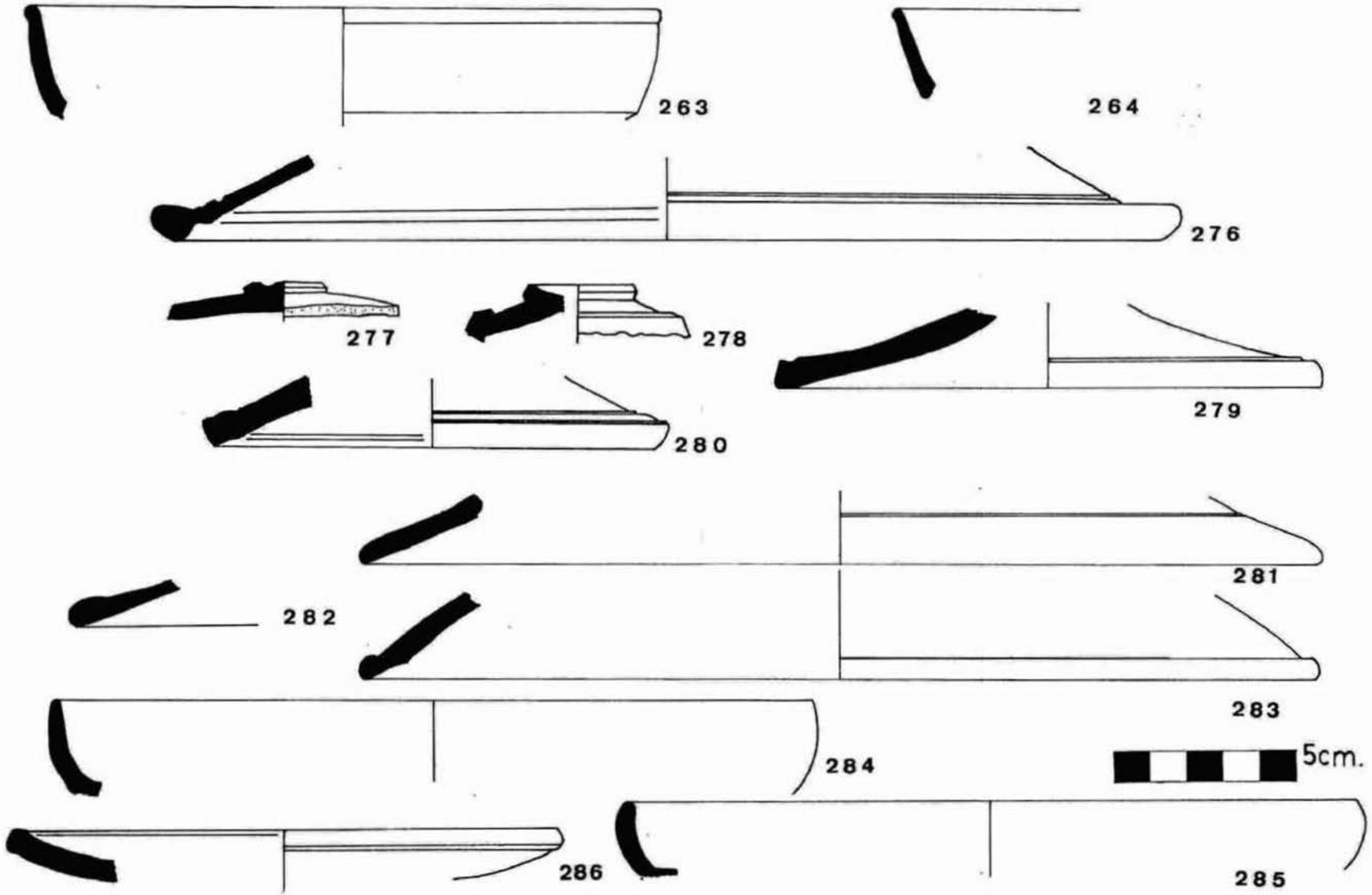


Fig. 25.— Formas lisas. Drag. 18, Hisp. 7 y 50

en la incurvación del perfil; para Mezquíriz esta curvatura tiene un valor cronológico pues los tipos más antiguos tienen la incurvación hacia el interior, como es el caso de los nº 189 y 191, en tanto que los más abiertos son más tardíos. Su frabricación comienza a mediados del s. I d.C. no estando clara la finalización de su producción.

Los nº 195 a 200 corresponden a la forma 24/25; los primeros ejemplares de la forma se sitúan en los estratos más antiguos de Pamplona, hacia el 50 d.C., con decoración a ruedecilla (Mezquíriz, 1961 I: 58), evolucionando hacia fines de siglo remarcando aún más la moldura; desaparece antes del principio del s. II en que es sustituida por la 44; esta cronología es apoyada en Andújar (Roca, 1976: 19, Lám. 163) si bien su autora la lleva a principios de la segunda centuria; en Conimbriga aparece en niveles de Trajano. Dos de nuestros ejemplares, nº 195 y 196, disponen de ruedecilla en el borde, de ellos el primero es el que más cerca está de los productos gálicos, los otros vasos se enmarcan en un momento más avanzado de la producción sin decoración a ruedecilla.

Los nº 201 a 223 pertenecen a la forma Drag. 27; es el tipo liso más numeroso y sobre el que aparecen más sellos de alfar; en concreto los alfareros son: Aemilivs Maternvs de Tritivm Magallvm, Ave, Firmvs Tritiensis, Lapillivs de Tritivm Magallvm, Q. Lvc() Fla() de Tritivm Magallvm, Lucivs Sempronivs, Valerivs Paternvs de Tritivm Magallvm y otras de dudosa adscripción. Podemos distinguir tres grupos: el primero formado por vasos de pequeño y medio tamaño con pastas y barnices, en general, de buena calidad y labio marcado y redondeado al exterior, nº 201 y 202; un segundo grupo en el que ha desaparecido el labio marcado y suelen ser de mayor tamaño que el precedente, nº 212 a 222; un tercero de perfil semejante al anterior pero de tamaño mucho mayor, nº 223. En Conimbriga vasos con labio marcado, a semejanza de nuestro grupo primero, se encuentran en una estratigrafía claudiana, el segundo grupo lo identificamos con los apartados 2, 3 y 4 de Conimbriga con una datación del final del s.I y mitad del s.II d.C., también nuestro tercer apartado aparece en Conimbriga con idénticas características en el tamaño de los vasos.

Los nº 224 y 225 más dos frag. de base y un sello de difícil identificación, que también podría pertenecer a una forma 46, corresponden a la forma Drag. 33. En Conimbriga los vasos de esta forma se datan en el reinado de Trajano (Delgado-Mayet-Mountinho, 1975: 185, Lám. LIII); para Mayet su producción se sitúa entre la segunda mitad del s.I d.C. y principios del s. II (Mayet, 1983-84: 73).

Al Servicio 35/36 pertenecen los nº 226 a 238; tanto la copa como el plato llevan decoración de hojas de agua a la barbotina, aunque hay ejemplares que carecen de ella. La forma 35 dispone de varios tipos para el borde desde el incurvado y alargado hasta el redondeado y pegado a la pared, nº 231. La 36 es más monótona en su perfil. En Conimbriga aparecen ambas formas con una cronología pareja en época flavia y trajana, sin llegar en ningún momento a una cronología tan amplia y avanzada como plantea Mezquíriz.

La forma 44, está representada en los nº 265 a 267, con la pared curva y marcada moldura en mitad de la pared externa; el borde en moldura cóncava al interior. En Hispania comienza a fabricarse a partir del s. II d.C. El centro de Andújar fabrica la forma en un contexto que no sobrepasa el s. II; otro centro que constata la forma es Bronchales, en cierta forma nuestro nº 265 se asemeja mucho al de este taller (Atrián, 1958: 148); el otro centro donde se constata su fabricación es Bezares dentro del s. II (Garabito, 1978: Fig. 48 nº 22).

La pieza nº 268 la hemos incluido en la forma 46, a pesar de que puede confundirse con la 33; en Conimbriga se puede seguir en esta forma un proceso evolutivo claro: primero con borde oblícuo, a continuación incurvado y al final desaparece, que es la forma de nuestro ejemplar. Mezquíriz coloca el momento de fabricación durante el s. II y parte del s. III siguiendo las excavaciones de Liédana y Pompaelo (Mezquíriz, 1961 I: 64), en Andújar se sitúa entre la mitad y el fin del s. II (Roca, 1976: 44).

La cantimplora Hermet 13 está representada con un único ejemplar, nº 269, el cual incluimos entre los productos lisos por darle una ordenación concreta aunque somos conscientes que al disponer sólo de la boca también podría pertenecer a una pieza decorada. La cronología de la forma tiene un desarrollo paralelo a la Drag. 29 en la producción gálica, con una perduración hasta avanzado el s. II; en Hispania se han hallado moldes para la forma decorada en un entorno cronológico de los s.I y II (Garabito, 1978: 227). Nuestra pieza por características de pasta y barniz la podemos situar dentro de la segunda mitad del s. I d.C.

Cinco piezas tenemos inventariadas de la forma Hispánica 2, nº 270 a 274. Imita los vasos de paredes finas de época flavia; es un vaso globular de pie bajo con borde vuelto hacia fuera; presenta decoración de gotas de barbotina o bien de líneas horizontales en rehundido; el nº 270 coincide en perfil, labio y cuerpo con la forma pero tiene un excesivo tamaño para la generalidad de estos vasos. La cronología probable adjudicada en Andújar dentro de la segunda mitad del s.I alcanzando su apogeo en los primeros años del s.II, en Bezares sucede algo similar, en Liédana aparece en la villa del s.II y en Pamplona a mediados de la primera centuria, siendo para Mezquíriz el s.II el de más apogeo y perdurará hasta el s.III.

La forma Hispánica 4 está representada en los nº 239 a 244. De ellos los nº 239 a 243 corresponden a un tipo semejante con pared curva, borde más o menos

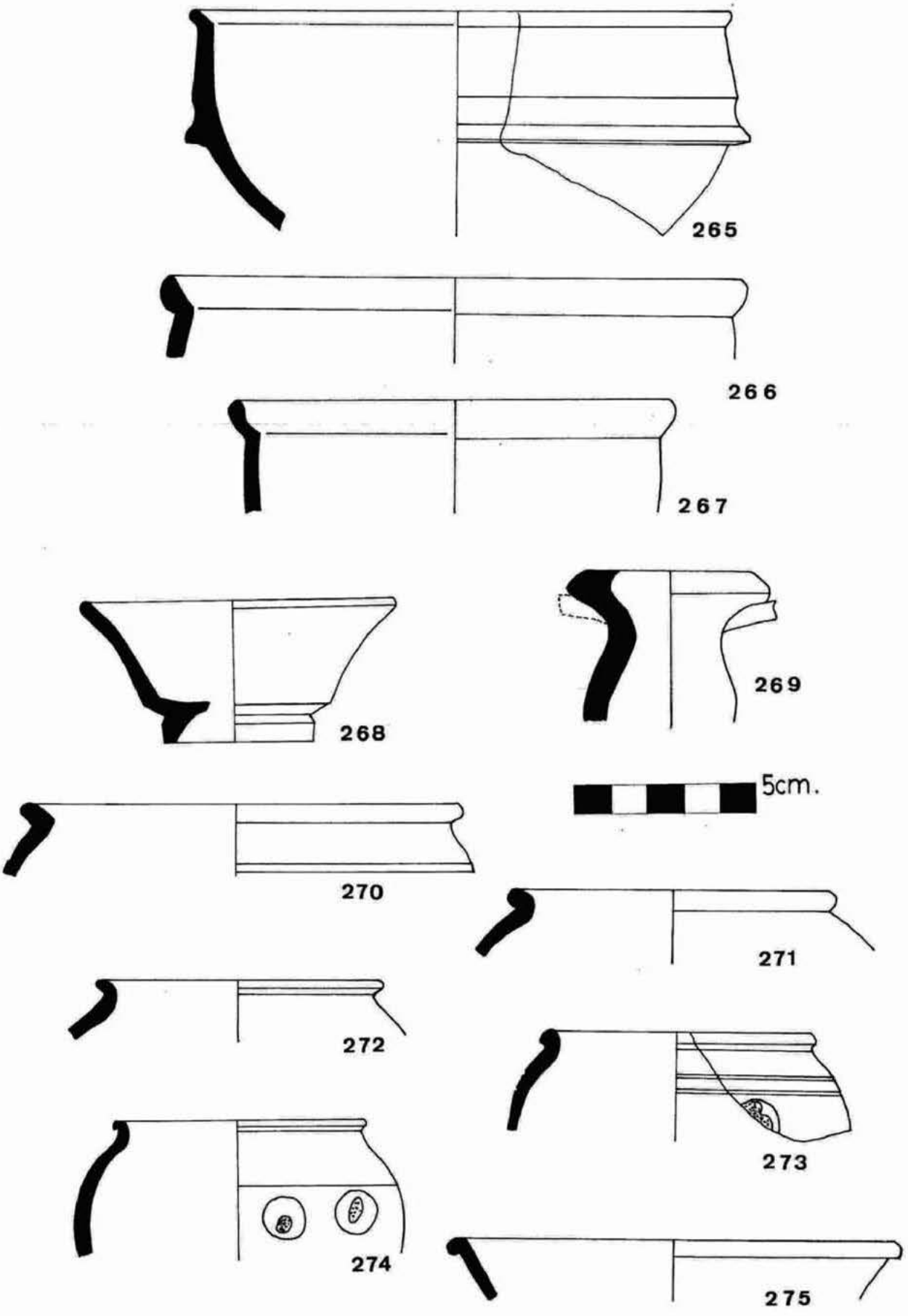


Fig. 26.— Formas lisas. Drag. 44 y 46, Herm. 13, Hisp. 2 y 10

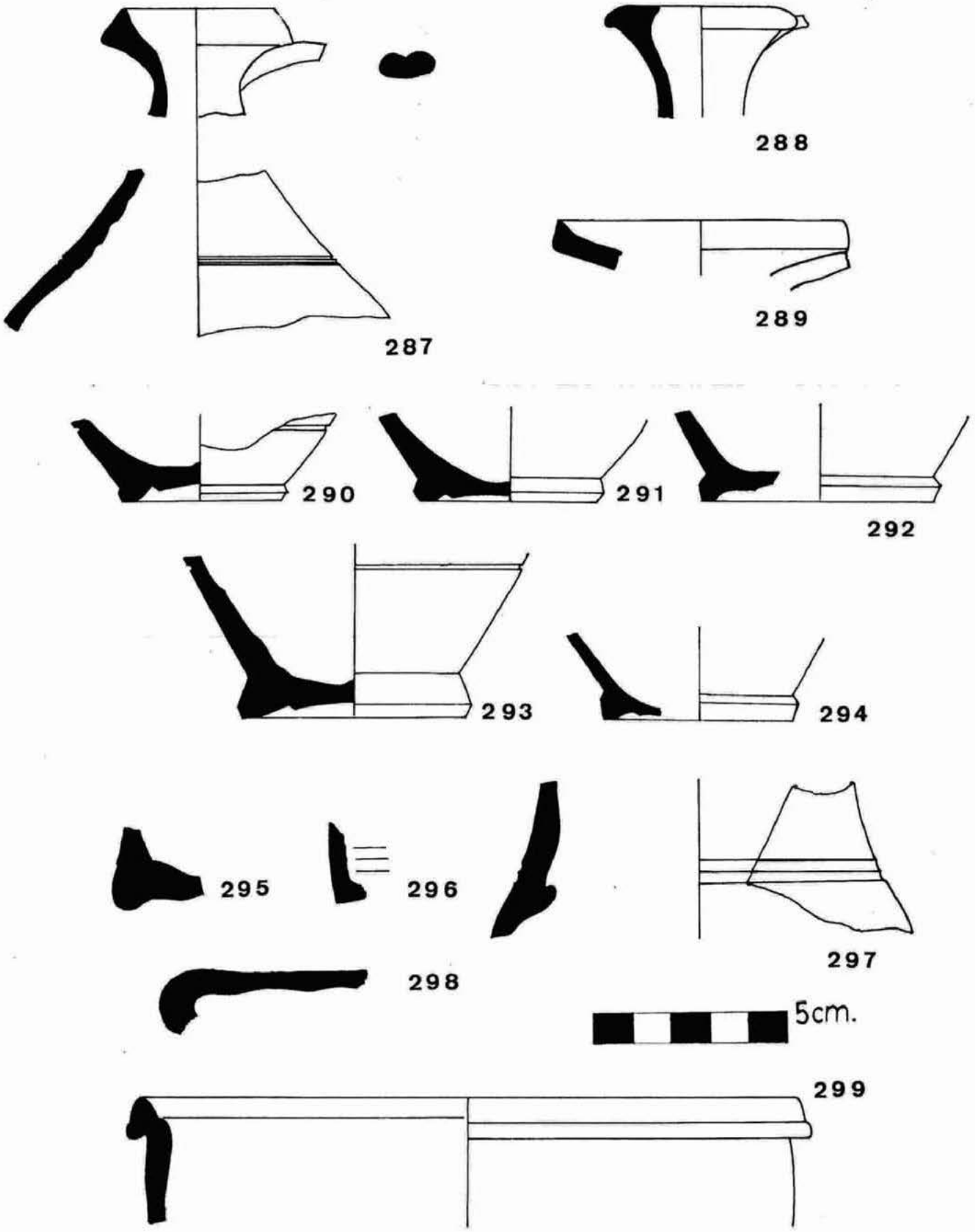


Fig. 27.— Formas lisas. Hisp. 20 e ideterminadas

horizontal ensanchándose hacia el exterior y decoración a ruedecilla; el nº 244 se diferencia de los anteriores y es muy parecido a un plato de Andújar, si bien el nuestro es de mayor tamaño (Roca, 1976: Lám. 21 nº 71), en este centro su fabricación alcanza el punto culminante a fines de la primera centuria y principios de la segunda, aunque continúa su fabricación hasta final del centro a fines del s.II.

El nº 245 entraña problemática en su adscripción, o bien pertenece a los platos que Mayet incluye en la forma Ludowici Tb o entraría dentro de la variante 4 sin ruedecilla en el borde.

Los nº 246 y 247 los adjudicamos a la forma Hispánica 6, aunque observamos algunas diferencias respecto al tipo definido por Mezquíriz (Mezquíriz, 1961 I: 137), en primer lugar el perfil de nuestros platos es mucho más aplanado y el barniz tiene brillo, cosa que no sucede en esta forma en otros yacimientos; Mezquíriz les da una cronología tardía en estratos de Pamplona de los siglos III y IV; en Tricio localizamos esta forma con un barniz mate, en este centro hay un platito que tipológicamente está cerca de los nuestros aunque es mucho más pequeño (Garabito, 1978: Fig. 105).

Los nº 248 a 262 corresponden a platos de forma 15/17, éste imita el prototipo gálico. En un momento hacia fines del s.I d.C. el tipo hispánico está plenamente definido y es según Roca por imitación de la Drag. 31 (Roca, 1976: 36). En los estratos de Pamplona aparece con una perfecta evolución desde la segunda mitad del s.I (Mezquíriz, 1961 I: 55). Es la segunda forma entre los productos lisos y también ocupa el mismo lugar entre las que llevan sello. Entre las piezas de Valentia distinguimos cinco grupos: el primero, nº 248, con la pared a base de anchas y profundas acanaladuras imitando los prototipos gálicos, no obstante la pared está muy inclinada para ser de las primeras piezas de la forma y el cuarto de círculo es muy alargado; un segundo grupo viene dado por aquellos platos con labio marcado y perfectamente desarrollado, nº 249 a 251, es de señalar el pie rectangular y almohadillado del nº 252; el tercer grupo lo forman aquellos que carecen de labio desarrollado, nº 257 a 260; el cuarto con tendencia de la pared a curvarse hacia el exterior, nº 261; y el último, nº 262 pertenece al tipo de platos de gran tamaño, pared muy abierta y cuarto de círculo alargado. Cronológicamente los grupos 1 a 3 pertenecen a la segunda mitad del s.I d.C. y principios del s.II, como los demuestra la aparición de piezas semejantes en los niveles flavios y trajanos de Conimbriga (Delgado-Mayet-Mountinho, 1975: 183), el grupo 4 dentro del s.II y el cinco en un momento avanzado de éste o s.III?

Sólo tres ejemplares tenemos del plato Drag. 18, nº 263 y 264, más una marca de la oficina de Valerivs Paternvs de Tritivm Magallvm; el primero de ellos cercano al prototipo gálico y el segundo con la pared más rectilínea. Todas las piezas tienen una excelente pasta y barniz con cronología dentro de la segunda mitad del siglo primero.

Los nº 276 a 283 pertenecen a tapaderas, con variada tipología. Para Mezquíriz la mayoría de ellas se fechan en el s.I aunque hay otras del s. II y en el s. III. Aparece en diversos talleres como Bronchales, Andújar, Bezares y Tricio (Atrián, 1958: 153; Roca, 1976: Lám. 21; Garabito, 1978: 227, Fig. 50 y 105); en Andújar aparecen casi todas ellas en las capas intermedias e inferiores de los vertederos, asociados a la forma 15/17 de tipo antiguo, 24/25 y 29. Las características de pasta y barniz de nuestras piezas las sitúan en el s. I y s. II.

El nº 275 corresponde a una copa forma 10, con pared oblicua y borde saliente redondeado; en Pamplona se encuentran datadas en la segunda mitad del s. I y s. II (Mezquíriz, 1961 I: 23, II Lám. 24A).

La forma 20 está representada en los nº 287 a 294, es una jarrita con asa y cuello estrecho; las cinco últimas piezas son bases; para lo poco abundante que es esta forma entre la Sigillata Hispánica su presencia en Valentia es importante. Cronológicamente en Bronchales (Atrián, 1958: 150) se encuentra en un ambiente de fines del s. I y buena parte del s. II, la jarrita de este taller, al igual que las nuestras, no tiene un barniz de gran calidad.

Los nº 284 y 285 los adjudicamos a la forma 50. Tienen un barniz anaranjado terroso propio de la producción tardía; ésta también la tenemos constatada entre los productos decorados (Mezquíriz, 1961 I: 241). Es una forma bastante extraña y una distribución restringida al norte peninsular; en Pamplona se encuentra en estratos del s. III y s. IV.

El plato nº 286 tiene un cierto paralelismo con otros de Tricio, aunque no sean exactamente iguales, el nuestro se caracteriza por su tamaño pequeño y ser muy plano (Garabito, 1978: Fig. 106 nº 42 y 43). Para la pieza nº 295, con marcada carena, no hemos encontrado ningún paralelismo; tampoco lo hemos hallado para las piezas nº 297, 298 y 299, la primera de ellas con una gruesa moldura interior, elemento que ya se ha constatado en otras piezas de sigillata hispánica, como en Juliobriga y Valeria, si bien sobre formas diferentes a la nuestra (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 22. nº 32; Sánchez-Lafuente, 1985: Fig. 41 nº 219).

El nº 296 guarda cierta semejanza con el tipo Hispánico 14 de Mezquíriz que corresponde al 55 de la nueva ordenación (Mezquíriz, 1961 II: Lám. 6), pero se diferencia de aquél en que el nuestro no tiene el fondo plano sino con tendencia a subir hacia el interior.

MARCAS DE ALFARERO

Los sellos de oficina sobre Sigillata Hispánica de Valentia ya han sido estudiados con anterioridad

(Ribera, 1982; Montesinos, tesina). Presentábamos un total de 41 sellos sobre vasos y platos hispánicos, bastante menos que la producción gálica a pesar de ser la primera casi el doble que la segunda en Valentia (Montesinos, 1989), ésto es lógico teniendo en cuenta que los productos peninsulares llevan menos firmas que sus homólogos de las Galias.

Todas las marcas se insertan en el fondo interno del vaso, a excepción del vaso Drag. 30, piezas decoradas nº 47. Las formas sobre las que más veces aparecen sellos son el cuenco tipo 27, con 19 ejemplares, y el plato 15/17 con 12 piezas; también lo hacen en una ocasión en plato 18, en tipo 24/25, y otra sobre 33 o 46.

Las oficinas identificables hacen referencia a los centros de Tritivm Magallvm, no apareciendo los sellos de la Bética.

INVENTARIO:

1) Avellanas 1973. C.A.V.

Base de cuenco Drag. 27 con 3'5 cms. Pasta asalmonada granulosa; barniz anaranjado que salta sobre todo en el interior.

Cartela oblonga: AEMMAT, Aemilivs Maternvs de Tritivm Magallvm (Mayet, 1983-84: texto 117).

2) Pl. Reina. C.A.V.

Pequeño frag. de forma indet. Pasta roja clara; barniz anaranjado.

Cartela fragamentada: —FAN—, Annivs Maternvs de Tritivm Magallvm, Bezares (Mayet, 1983-84: 119).

3) Avellanas. C.A.V.

Basa con 5'5 cms. en el pie. Pasta rosa salmón; barniz rojo claro.

Cartela alargada con un extremo cóncavo: OF AT[..]S, la última letra dudosa.

4) Proc. desconocida. C.A.V.

Base cuenco Drag. 27 con 3'5 cms. en el pie. Pasta rojiza clara; barniz rojo amarronado que ha saltado en parte.

Cartela oblonga a la que falta el principio: —AVEO; en los índice de Balil existe una marca de Herramélluri con lectura F. Ave (Balil, 1965: 142).

5) E. Vich. C.A.V.

Base de plato Drg. 15/17 con 10 cms. en el pie. Pasta roja clara; barniz rojo.

Cartela de extremos bífidos a la que falta el final: CAI—, la sin el trazo horizontal; Caivs Lvcretivs de Tritivm Magallvm - Tricio, Mezquiriz duda entre leer Lvcretivs y Lvcipivs; otras veces aparece asociado a Valerivs, siendo Calvo una de las variantes de la firma para la cual Garabito da cronología de Domiciano (Mayet, 1983-84: 126; Mezquíriz, 1961 I: 46 y 50, II: Lám. 43; Garabito, 1978: 296).

6) Palacio de la Generalitat. Museo de Prehistoria.

Base de forma Drag. 24/25. Pasta rosa rojiza; barniz rojo oscuro.

Cartela oblonga: OF CANT[..], una marca de Tarragona aparece con la marca Cantvs, Ribera lee una S final y en consecuencia Mayet la adjudica a Canivs S() oficina con muy pocos ejemplares conocidos (Martín, 1962; Balil, 1965: 153; Ribera, 1982; Mayet, 1983-84: 127).

7) E. Vich. C.A.V.

Base de cuenco, probablemente Drag. 27, con 5'7 cms. en el pie. Pasta rosa anaranjada granulosa; barniz rojo naranja.

Cartela oblonga: —RMITR, este TR final es característica y frecuente en Tricio asociado en Arenzana a Flaccvs y Anivs; corresponde a la oficina de Firmvs Tritiensis (Garabito, 1978: 307; Mayet, 1983-84: 133). Grafito externo.

8) E. Vich. C.A.V.

Base forma Drag. 15/17 con 8'3 cms. en el pie. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo claro que salta con facilidad.

Cartela de extremos bífidos a la que falta la zona central: L—NI, podría tratarse de Lvpianvs de Tritivm Magallvm? o Lvcivs Annivs del mismo centro? (Mayet, 1983-84: 145 y 147).

9) Pl. Reina. C.A.V.

Cuenco Drag. 27 con 4 cms. en el pie. Pasta roja clara granulosa; barniz marrón anaranjado.

Cartela alargada de extremos bífidos: LAPILL, la L con caracteres arcaicos y sin trazo horizontal la A, se trata de L. Apillivs o Lapillivs de Tritivm Magallvm-Tricio (Mayet, 1983-84: 141-143).

10) Avellanas 1973. C.A.V.

Base probablemente de Drag. 27, con un diámetro en el pie de 5'5 cms. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso.

Cartela oblonga a la que falta el principio: —VCFL, la L con caracteres arcaicos; corresponde a la oficina de Q. Lvc() Fla() de Tritvm Mallvm-Tricio, la Fl puede ser abreviatura de Flaccvs como en Itálica y en Villafranca de los Barros (Mezquíriz, 1961 I: 49, II Lám. 9 nº 110; Balil, 1965: 144) o bien abreviatura de Flavianvs.

11) Mosén Mila-Mª de Molina. C.A.V.

Base de plato Drag. 15/17 con 7'5 cms. en el pie. Pasta asalmonada con puntos blancos; barniz rojo vivo.

Cartela oblonga: OF. SEMP. oficina de Sempronivs de Tritivm Magallvm Tricio (Mayet, 1983-84: 171-173).

12) E. Vich. C.A.V.

Base Drag. 27 con 5'4 cms. en el pie. Pasta rosa rojiza; barniz rojo amarronado más claro en la parte inferior.

Cartela oblonga: O.L.SEM, oficina de Lvcivs Sempronivs (Mayet, 1983-84: 147-148).

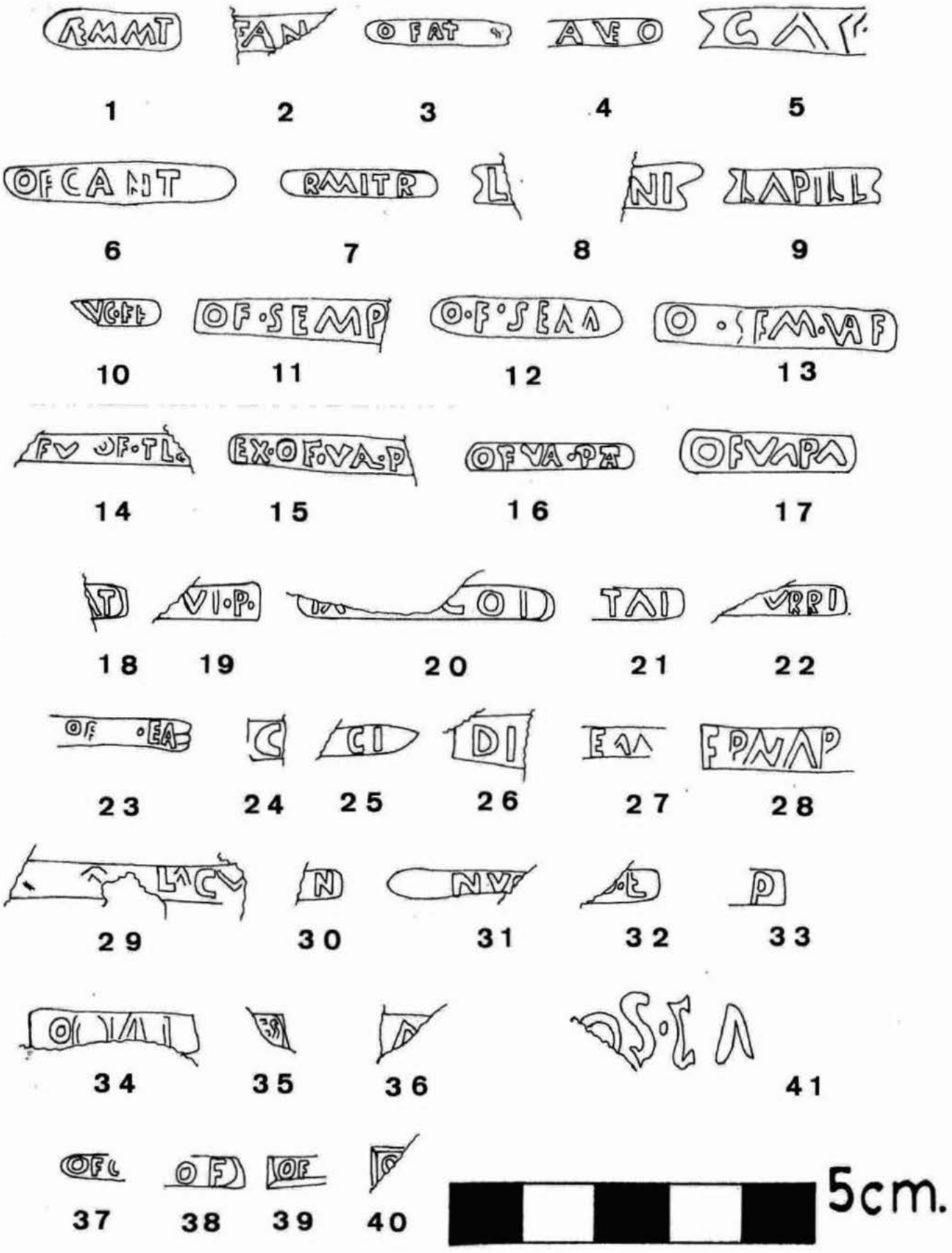


Fig. 28.— Marcas de alfarero

13). E. Vich 1958. C.A.V.

Base Drag. 15/17 con 7 cms. en el pie. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo terroso.

Cartela oblonga: O[F].SEM.VA LE, oficina de Sempronivs Valerivs de Tritivm Magallvm-Tricio, para Garabito el primero en fabricar será Sempronivs luego se instalará L. Sempronivs y más tarde se asocian (Mayet, 1983-84: 174; Garabito, 1978: 313).

14) E. Vich 1958. C.A.V.

Base Drag. 15/17 con 7 cms. es el pie. Pasta rosa rojiza; barniz rojo tierra que salta con facilidad.

Cartela alargada a la que faltan sus extremos: EX. OF. TL[S], oficina de Tritivm Magallvm-Bezares. tal vez Titvs Lvcivs (o Lvcretivs) Sempronivs (Mayet, 1983-84: 180).

15) D. Vich. C.A.V.

Base Drag. 18 con un diámetro de 8 cms. Pasta asalmonada clara; barniz rojo vivo con excelente calidad.

Cartela oblonga con letras de excelente factura: EX. OF. VAL. P, oficina de Valerivs Paternvs de Tritivm Magallvm-Tricio (Mayet, 1983-84: 181-185. Grafito X.

16) E. Vich. C.A.V.

Base Drag. 27 con 3'6 cms. en el pie. Pasta roja claro; barniz rojo vinoso compacto.

Cartela oblonga: OFVA. PAT, misma oficina que la anterior, para Mayet este tipo pertenece al tercer grupo que son los más frecuentes en Mérida (Mayet, 1970).

17) Pl. Reina. C.A.V.

Cuenco Drag. 27, formas lisas nº 213.

Cartela oblonga: OFVAPA, las a sin el trazo horizontal, misma oficina; según Baubé (1965, 209) un sello de esta marca aparece en Stockstad fechado casi con toda probabilidad en época de Domiciano.

18) Pl. Virgen. C.A.V.

Base Drag. 27. Pasta rosa rojiza granulosa; barniz rojo mate.

Final de cartela rectangular: —AT, probablemente pertenece a la misma oficina que las anteriores.

19) Avellanas 1973. C.A.V.

Base Drag. 27 con 3'8 cms. en el pie. Pasta asalmonada clara granulosa; barniz rojo anaranjado.

Cartela de la que sólo resta el final: —VI.P, en Volúbilis encontramos el sello Vivi.Pat.O de la que la nuestra podría ser una abreviación (Boubé, 1965: nº 165).

20) Mª de Molina. C.A.V.

Base de plato Drag. 15/17 con 7'5 cms. en el pie. Pasta salmón clara granulosa; barniz rojo oscuro que salta.

Cartela oblonga fragmentada: —COI, lo único parecido es Ex O Cl que también firma Clof, Cloi o Gloi (Boubé, 1965: 237 ss).

21) E. Vich 1958. C.A.V.

Base Drag. 27 con 3'8 cms. en el pie. Pasta rosa asalmonada con puntos blancos; barniz rojo terroso.

Cartela oblonga a la que falta el principio: —TAI, la A sin el trazo horizontal.

22) E. Vich-Mª de Molina. C.A.V.

Base Drag. 15/17 con 7'6 cms. Pasta roja con puntos blancos; barniz rojo mate.

Cartela a la que falta el principio: —VRRI.

23) E. Vich. C.A.V.

Base Drag. 27 con 4 cms. en el pie. Pasta rosa salmón; barniz rojo amarronado que ha saltado.

Cartela de difícil lectura: OF [...]. EA, a pesar de que no está bien impresa y que ha saltado el barniz se ve que la cartela es «in p.p.».

24) E. Vich 1958. C.A.V.

Base Drag. 15/17. Pasta rosa rojiza; barniz rojo vivo mate.

Principio de cartela: C—

25) Pl. Reina. C.A.V.

Base Drag. 15/17 con 8 cms. en el pie. Pasta rosa asalmonada; barniz rojo vivo.

Final de cartela: —CI; alfareros hispánicos con esta terminación tenemos a Accvnicivs documentado en Tricio, Vilicvs que firma Vlici en Tarragona, Lvcceivs, Miccio, Flaccvs y Ofi.Ab.Ci (Garabito, 1978: 201-202; Balil, 1965: 145, 155, 159; Mezquíriz, 1961 I: 46, II Lám. IX nº 110; Mayet, 1973: nº 1).

26) Libreros. C.A.V.

Base Drag. 15/17 con 6 cms. Pasta asalmonada granulosa; barniz rojo.

Principio de cartela rectangular: DI—

27) E. Vich 1958. C.A.V.

Base, probablemente de Drag. 27, con 4 cms. en el pie. Pasta roja; barniz anaranjado.

Cartela fragmentada: —EAA—.

28) E. Vich. C.A.V.

Base Drag. 27 con 3'6 cms. en el pie. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo naranja.

Cartela de difícil lectura: F[.]NAP, la A sin el trazo horizontal.

29) Libreros. C.A.V.

Frag. fondo. Pasta anaranjada; barniz amarronado al exterior y naranja al interior.

Cartela alargada fragmentada y de difícil lectura: —A-LACV?

30) Pl. Reina. C.A.V.

Frag. de fondo. Pasta rosa amarillenta; barniz rojo terroso.

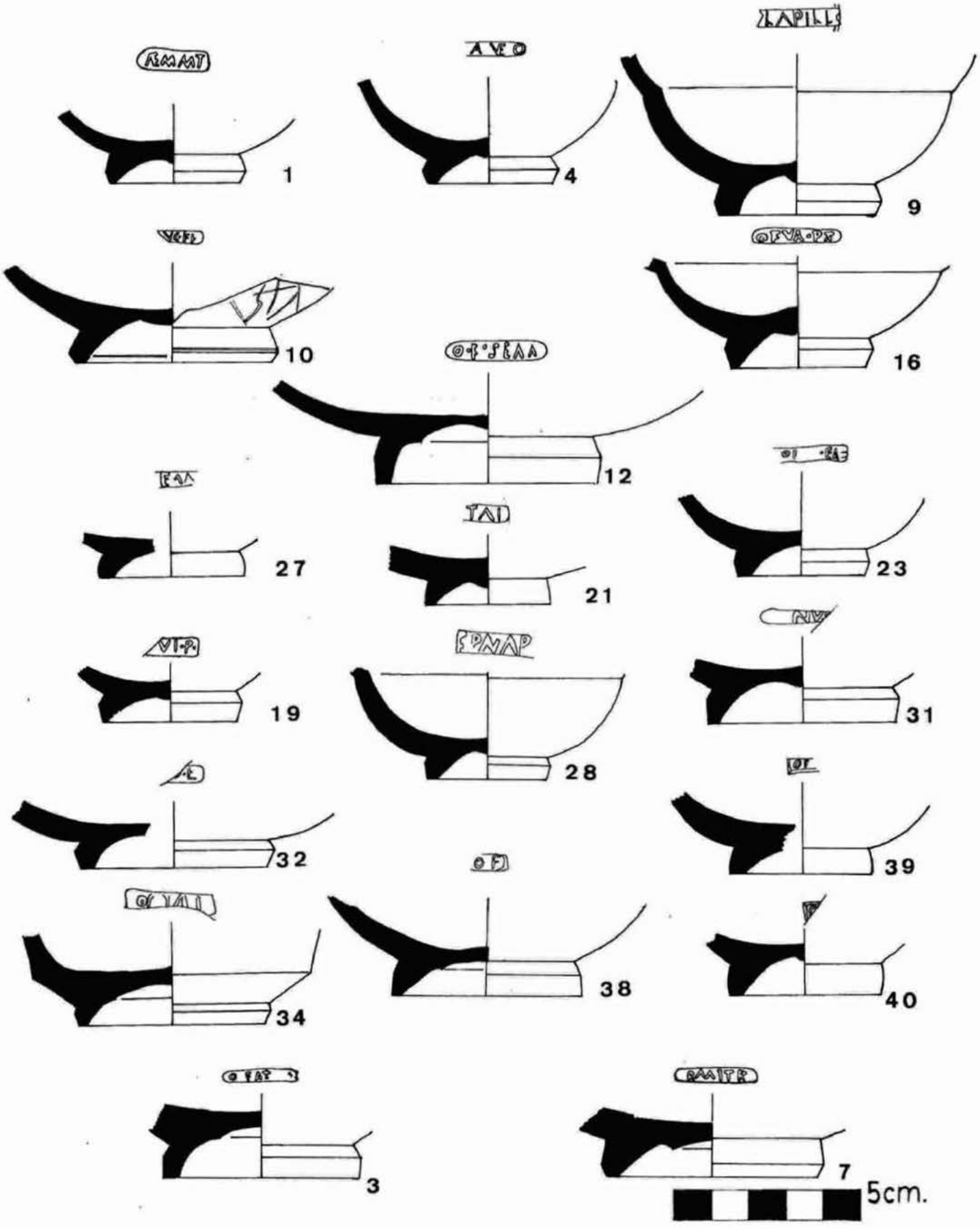


Fig. 29.— Bases con marca de alfarero

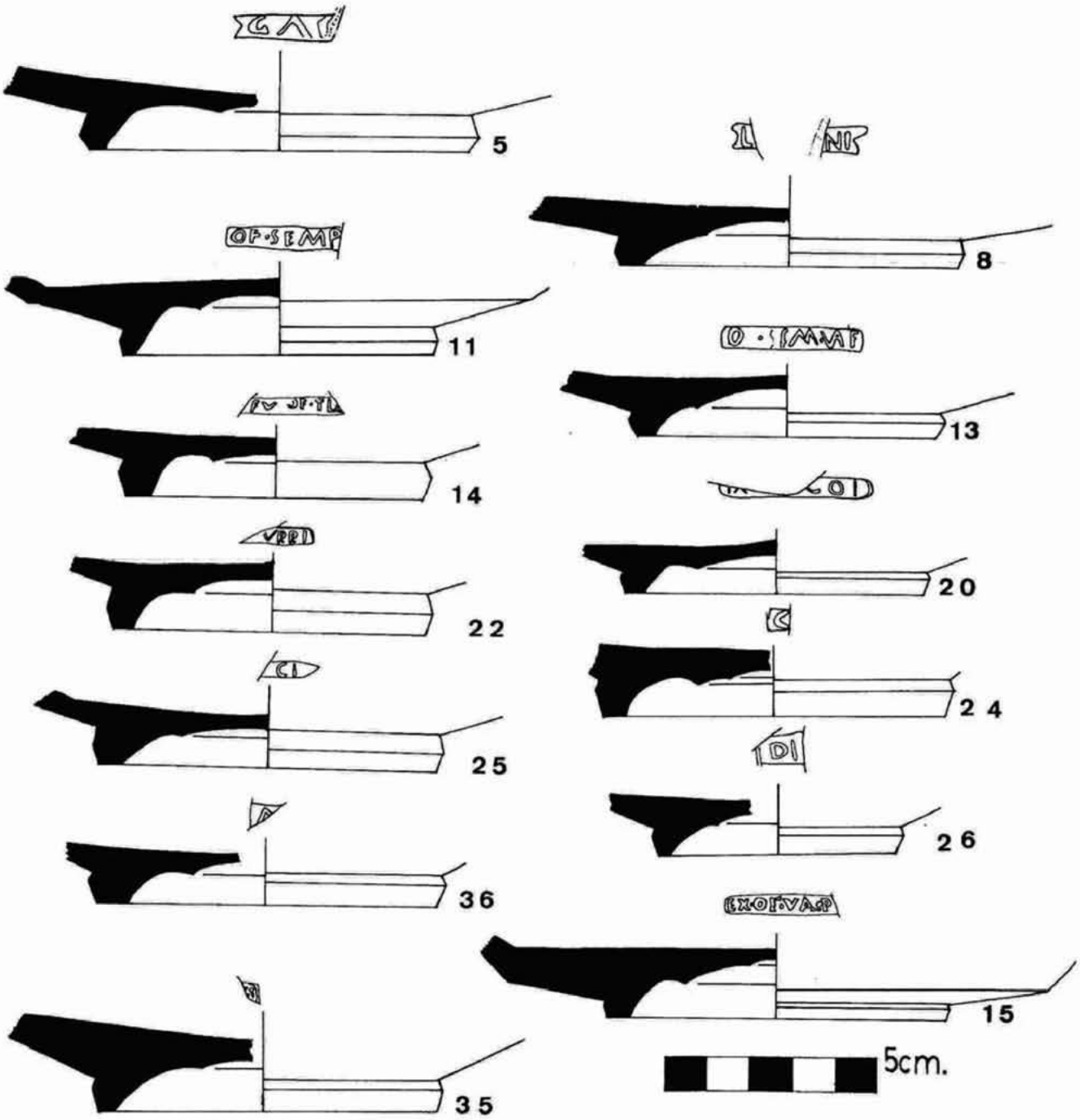


Fig. 30.— Bases con marca de alfarero

Queda el final de la cartela: —N.

31) Pl. Reina. C.A.V.

Base Drag. 27 con 5 cms. Pasta rosa anaranjada; barniz rojo naranja.

El abombamiento del final imposibilita una lectura total de la parte conservada: —NV[S].

32) Avellanas. C.A.V.

Base Drag. 27 con 5 cms. en el pie. Pasta rosa rojiza; barniz marrón rojizo.

Cartela rectangular de la que se conserva un extremo: —[O].L, o bien la última letra es una F el revés.

33) Pl. Reina. C.A.V.

Frag. fondo. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso claro.

Cartela rectangular de la que queda un extremo: —P.

34) Avellanas. C.A.V.

Base de froma Drag. 33 o 46. Pasta rojo ladrillo clara granulosa; barniz amarronado que ha saltado en parte, sobre todo al interior.

Cartela de muy difícil lectura: O[F]-AI.

35) E. Vich. C.A.V.

Base de forma indet. con 8 cms. en el pie. Pasta rosa rojiza; barniz rojo claro.

Cartela rectangular con extremo final: —[E]S.

36) E. Vich 1958. C.A.V.

Base Drag. 15/17 con 8 cms. en el pie. Pasta rosa clara granulosa; barniz rojo terroso que salta con facilidad.

37) E. Vich 1958. C.A.V.

Base de forma Drag. 15/17. Pasta roja clara; barniz rojo amarronado. Cartela oblonga: OF C—

38) Avellanas. C.A.V.

Base Drag. 27 con 5'5 cms. en el pie. Pasta rosa rojiza; barniz rojo terroso.

Cartela de la que se leee el final: —OF.

39) Avellanas. C.A.V.

Base Drag. 27 con 3'8 cms. Pasta roja clara; barniz rojo terroso.

Principio de cartela: OF—.

40) Pl. Reina. C.A.V.

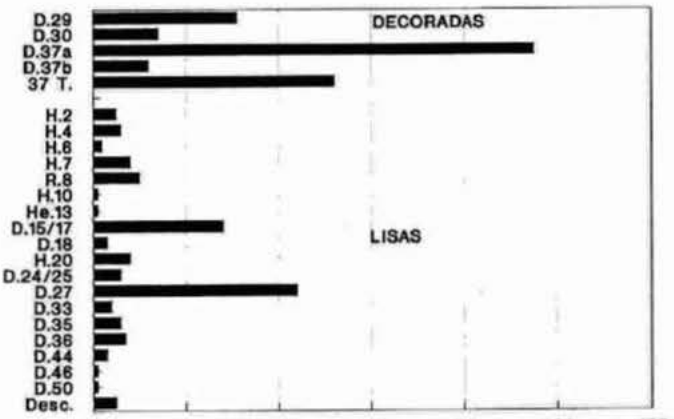
Base Drag. 27 con 4 cms. en el pie. Pasta rosa anarajanda; barniz rojo oscuro.

Cartela rectangular: [O]—.

41) Mosen Mila. C.A.V.

Frag. borde Drag. 30, formas decoradas nº 47.

En friso exterior incompleto letras a molde: —OS.CA.



Formas decoradas y lisas Hispánicas en Valentia

CONCLUSIONES

La importancia de los productos Hispánicos en la costa Mediterránea ha quedado demostrada, pues lugares como Tarraco, Sagvntvm y en especial Valentia denotan unos porcentajes a tener en cuenta en la comercialización de la producción peninsular (Montesinos, 1991) superando antiguas visiones que apuntaban la poca presencia de estos productos en las mencionadas costas. El estudio de las cerámicas Sigillatas en yacimientos valencianos constata la presencia de la variedad Hispánica con unos porcentajes que si bien son inferiores a las otras producciones son dignos de tener en cuenta. Pero es en la Colonia de Valentia donde la Sigillata Hispánica adquiere un primer plano con un porcentaje superior a las demás variedades: T.S.I.= 10'96%; T.S.G.= 31'87%; T.S.H.= 57'16% (Montesinos, tesina).

La presencia de los productos Hispánicos en la Valentia romana se realiza desde el primer momento de su fabricación, con la llegada de vasos decorados que contienen elementos de directa imitación de los productos gálicos, sobre todo en la forma Drag. 29. La forma decorada más abundante es la Drag. 37, seguida de la Drag. 29 y Drag. 30. La forma 29 constata los estilos de imitación, metopas y motivos circulares; la forma 30 es el tercer vaso decorado, todos nuestros ejemplares con decoración metopada; la forma 37 es la mejor representada en Valentia, localizándose vasos de las dos variantes «a» y «b», siendo la primera las más numerosa con una proporción de 8 a 1. Estas formas llegan desde el principio de su fabricación y la forma 37 hace más potente su presencia en el s.II d.C, con piezas que superan la mitad de la centuria. Las piezas decoradas tardías responden al tipo 37; algunos ejemplares dentro del primer estilo decorativo de Mezquiriz, que imitan motivos de forma 37 antigua; otro estilo presente es el de grandes círculos del siglo IV d.C.

Los motivos decorativos se relacionan con la producción de la zona de Tritivm Magallvm, La Rioja; y en menor número con Bronchales, piezas nº 3, 34 y

77; los talleres de la Bética no están presentes y sólo un vaso, por su decoración, podría tener este origen, nuestro nº 110.

Como hemos indicado se constata en los primeros productos la directa imitación de elementos gálicos; al mismo tiempo son visibles las influencias itálicas en algunos de los motivos decorativos que aparecen en Valentia, como vemos en las piezas nº 19 y 106.

El estado de la investigación nos permite indicar el comienzo de fabricación de muchas de las formas lisas, pero no es tan clara su finalización; las últimas investigaciones demuestran que la larga perduración de algunos tipos no son datos hoy por hoy demostrables. Entre las formas con inicio dentro del s. I tenemos la 8, 13, 18, 24/25, 27, 33 y 35/36; otras comienzan su producción dentro del s. II como la 44 y la 46; otras tienen su apogeo en esta centuria como la 2 y la 4; en un momento más tardío se sitúa la 6 y la 50. Entre las formas de imitación la más numerosa es la Drag. 27, seguida de la 15/17 y la Ritt. 8. Entre las formas hispánicas destacan la 7 y la 20, esta última con un volumen importante dada la poca presencia, en general, de esta forma en los yacimientos, asimismo tienen una cierta entidad las formas 2 y 4.

El bloque de la producción Hispánica nos indica, como hemos visto, la llegada de estos productos a partir de mediados del s. I d.C., en forma importante y se mantendrán hasta mediados del siglo II, comenzando su disminución a partir de aquí; algunas piezas alcanzan el fin del siglo y principios del siguiente. Por lo que conocemos de Valentia es precisamente a partir de mediados de la segunda centuria cuando aumenta el volumen de Sigillata Clara con formas como la 23A de Hayes junto a la 197 y diversas tapaderas, y las formas 69, 15, 27, y 26/21 (Reynolds, 1984). A partir de aquí hay una laguna en la producción Hispánica, y no será hasta el siglo IV cuando la Sigillata Hispánica volverá a estar presente en Valentia, como lo demuestra la producción tardía.

El estudio de las marcas de oficina nos pone en relación con los centros del norte peninsular, Tritivm Magallvm, al igual que los motivos decorativos ya vistos. Estos sellos aparecen preferentemente sobre las formas 27 y 15/17, contando también con un sello de oficina piezas Drag. 30, 18, 33 o 46 y 24/25.

La llegada de los productos de la Rioja podría haberse realizado a través de alguna o algunas de estas posibilidades: una vía fluvial con el descenso del Ebro hasta su desembocadura, y a partir de aquí seguiría un transporte marítimo y desembarco en los puertos valencianos, o bien utilizando la Vía Avgvsta; la otra posibilidad seguiría los valles del sur del Ebro enlazando con la zona valenciana, entre ellos el del valle del Palancia como unión entre las tierras turolenses y la vega valenciana. Valentia es el punto donde la Sigillata Hispánica es no sólo más numerosa que en el resto de las tierras valencianas, sino que presenta un porcentaje superior a las demás sigillatas, lo que nos lleva a plantear la posibilidad de que la Colonia fuera un centro de redistribución de Sigillata Hispánica para su entorno, vendría a realizar la función que, según Mayet, tuvo Emerita Avgvsta para el territorio Lusitano.

BIBLIOGRAFÍA

Almagro, M. y Lamboglia, N. (1959): «Estratigrafía del Decumano de Ampurias». *Ampurias*, XXI.

Atrián, P. (1958): «Estudio de un alfar de sigillata hispánica». *Teruel*, 19, 87-172.

Balil, A. (1965): «Materiales para un índice de marcas de ceramista en Terra Sigillata Hispánica». *Archivo Español de Arqueología*, 38.

Boubé, J. (1965): *La terra sigillata hispanique en Mauritanie Tingitanie*. Etudes et travaux d'Arch. Marocaine I, Rabat.

Ciprés, P. (1987): «Terra Sigillata Hispánica de Arcaya, Alava. Estudio de las formas lisas y decoradas». *Veleia*. Vitoria/Gasteiz.

Delgado M.; Mayet, F. y Moutinho, A. (1975): *Fouilles de Conimbriga IV. Les sigillées*. París.

Dragendorf, H. y Watzinger, C. (1948): *Arretinische Reliefkeramik mit Beschereibung der Sammlung in Tübingen*. Reutlingen.

Fletcher, D. y Alcácer, J. (1961): «El horno romano de Olocau». *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX, Valencia.

Garabito T. y Solovera, M. E. (1975): «Terra Sigillata Hispánica de Tricio I. Moldes». *Studia Archaeologica*, 38.

Garabito, T. y Solovera, M. E. (1976): «Terra Sigillata Hispánica de Tricio III. Formas decoradas». *Studia Archaeologica*, 43.

Garabito Gómez, T. (1978): *Los alfares romanos riojanos*. Bib. Praeh. Hisp., XVI, Madrid.

García Merino, C. (1971): «La ciudad romana de Uxama». *BSAA*, XXXVIII.

Hermet, F. (1934): *La Graufesenque (Condatomago)*. París.

Knorr, R. (1919): *Töpfer und Fabriken vertierter Terra Sigillata des ersten Jahrunderts*. Stuttgart.

López Rodríguez, J. R. (1979): «La colección de la Casa de la Condesa de Lebrija I. Terra Sigillata». *Studia Archaeologica* 58.

López Rodríguez, J. R. (1985): *Terra Sigillata Hispánica Tardía. Decorada a molde de la Península Ibérica*. Univ. Valladolid, Junta Castilla-León, Univ. Salamanca.

Martín Bueno, M. (1976): «Aportaciones al conocimiento de la terra sigillata de Bilbilis». *Príncipe de Viana*, 142-143, Pamplona.

Martín, G. (1962): «Estudio de los materiales arqueológicos hallados en el subsuelo del Palacio de la Generalidad de Valencia». *Pap. Labor. Arq. de Valencia*, 1, Valencia, pp. 89-100.

MAYET, F.: (1970): «A propos de deux potiers de Mérida: Valerivs Paternvs et Lapillivs (problèmes de mèthode)». *M.C.V.*, VI, pp. 5-41.

MAYET, F.: (1973): «Marques de potiers sur sigillée hispanique a Conimbriga». *Conimbriga*, XII, pp. 5-65.

MAYET, F.: (1983-84): *Les Céramiques Sigillées Hispaniques. Contribution a l'histoire économique de la Péninsule Ibèrique sous l'Empire Romain*. Pub. Centre Pierre Paris.

MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, Mª A. (1958): «La excavación estratigráfica de Pompaelo. Campaña 1956». *Exc. en Navarra*, VII, Pamplona.

MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, Mª A. (1960): «Aportaciones al estudio de la expansión de la terra sigillata hispánica en el sur de Francia». *Archivo Español de Arqueologia*, XXXII, 210-214.

MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, Mª A. (1961): *Terra Sigillata Hispánica*. The William L. Bryant Foundation I y II, Valencia.

MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, Mª A. (1983): «Tipología de la Terra Sigillata Hispánica». *Terra Sigillata Hispánica*. Monografías del Museo Arqueológico Nacional, 2.

MOLINERO PÉREZ, A. (1971): «Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arq. de Segovia». *Archivo Español de Arqueología*, 72.

MONTESINOS I MARTÍNEZ, J. (tesina): *Terra Sigillata en Valentia: productos itálicos, gálicos e hispánicos*. Tesis de licenciatura, Univ. de Valencia 1982, inédita.

MONTESINOS I MARTÍNEZ, J. (tesis): *Terra Sigillata en el País Valenciano*. Tesis doctoral, copia dactilográfica Universidad de Valencia 1987.

MONTESINOS I MARTÍNEZ, J. (1982): «Terra Sigillata en Valencia (avance preliminar)». *ARSE*, 17, Sagunto, pp. 81-90.

MONTESINOS I MARTÍNEZ, J. (1988): «Terra Sigillita itálica decorada de la Península Ibérica: Valentia e llici». *BSAA*, LIV, Valladolid, pp. 253-266.

MONTESINOS I MARTÍNEZ, J. (1988a): «Noticias de cerámica sigillata en tierras valencianas (1)». *ARSE*, 23, Sagunto, pp. 31-43.

MONTESINOS I MARTÍNEZ, J. (1989): «Terra Sigillata en Valentia: productos gálicos». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIX, Homenaje a D. Domingo Fletcher, Valencia, pp. 213-261.

MONTESINOS I MARTÍNEZ, J. (1991): *Terra Sigillata en Saguntum y tierras valencianas*. Pub. Caja Sagunto.

PALLARÉS, F. (1963): «Terra Sigillata Hispánica en Ostia». *Rev. Studi Liguri*, 29, pp. 69-82.

PAZ, J. y ROYO, J.I. (1980): «Novedades cerámicas sobre «El Convento» Mallén (Zaragoza)». *Cuad. Est. Borjanos*, V.

PRADALES CIPRÉS, D. (1986-89): «El comercio de Terra Sigillata en el País Valenciano. Nuevos datos». *Hispania Antiqva*, XIII, Valladolid, pp. 71-96.

REYNOLDS, P. (1984): «African red slip Late Roman imports in Valencia». *Papers in Iberian Archaeology*. B.A.R. Intern. Series 193.

RIBERA LACOMBA, A. (1982): «Las marcas de Terra Sigillata de Valentia». *Sagvntvm*, 16, Valencia, pp. 209-246.

ROCA ROUMENS, M. (1976): *Sigillata Hispánica producida en Andújar (Jaén)*. Ins. Est. Giennenses.

ROMERO CARNICERO, M. V. (1977): «Vasos de Terra sigillata hispánica de las formas Drag. 29 y 30 de Numancia». *Studia Archaeologica*, 45, Valladolid.

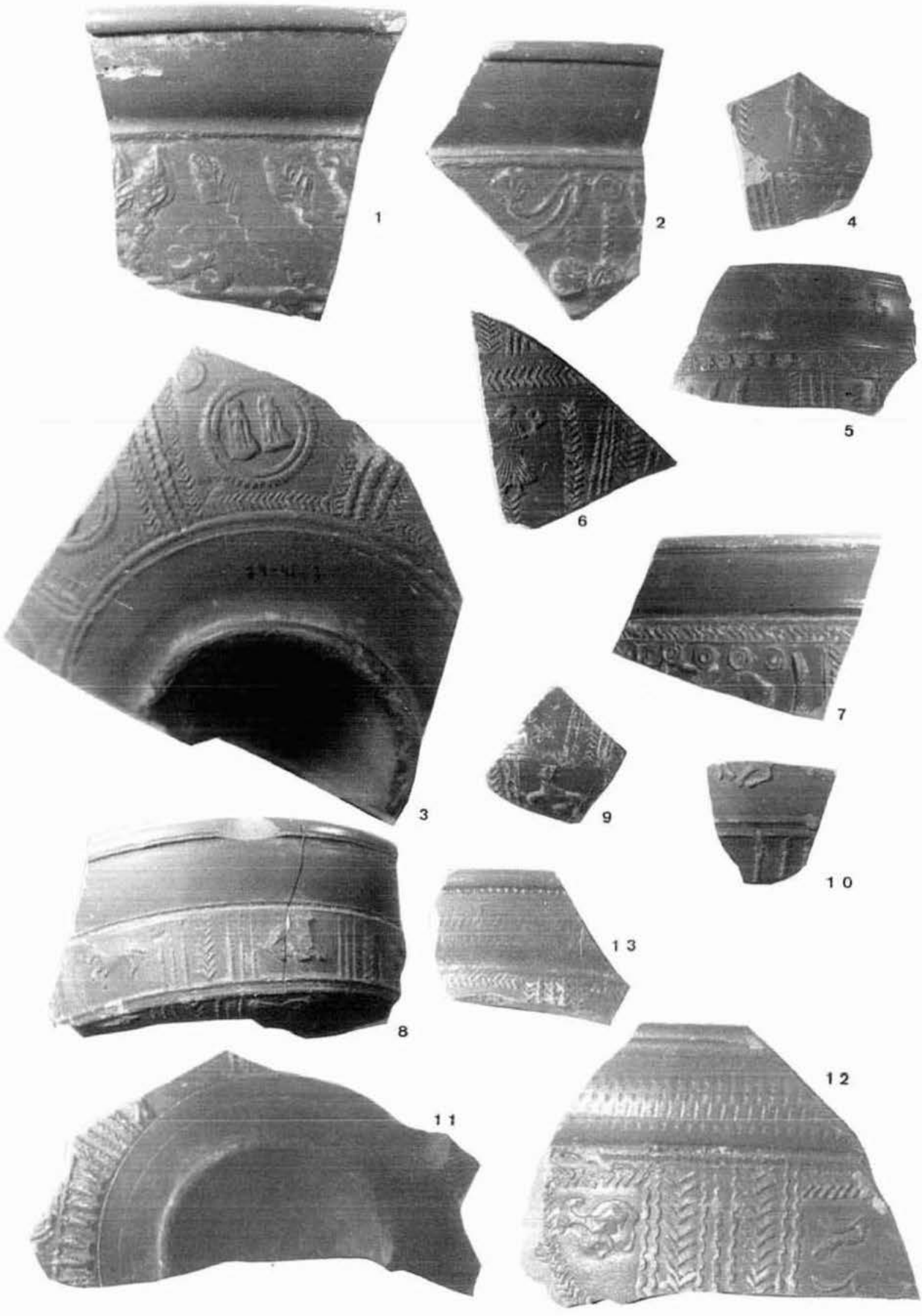
SÁNCHEZ-LAFUENTE, J. (1982): «Nuevos yacimientos romanos en la provincia de Guadalajara». *Wad-Al-Hayara*, 9, pp. 103-115.

SÁNCHEZ-LAFUENTE, J. (1985): *Comercio de cerámicas romanas en Valeria*. Diputación Provincial, Cuenca.

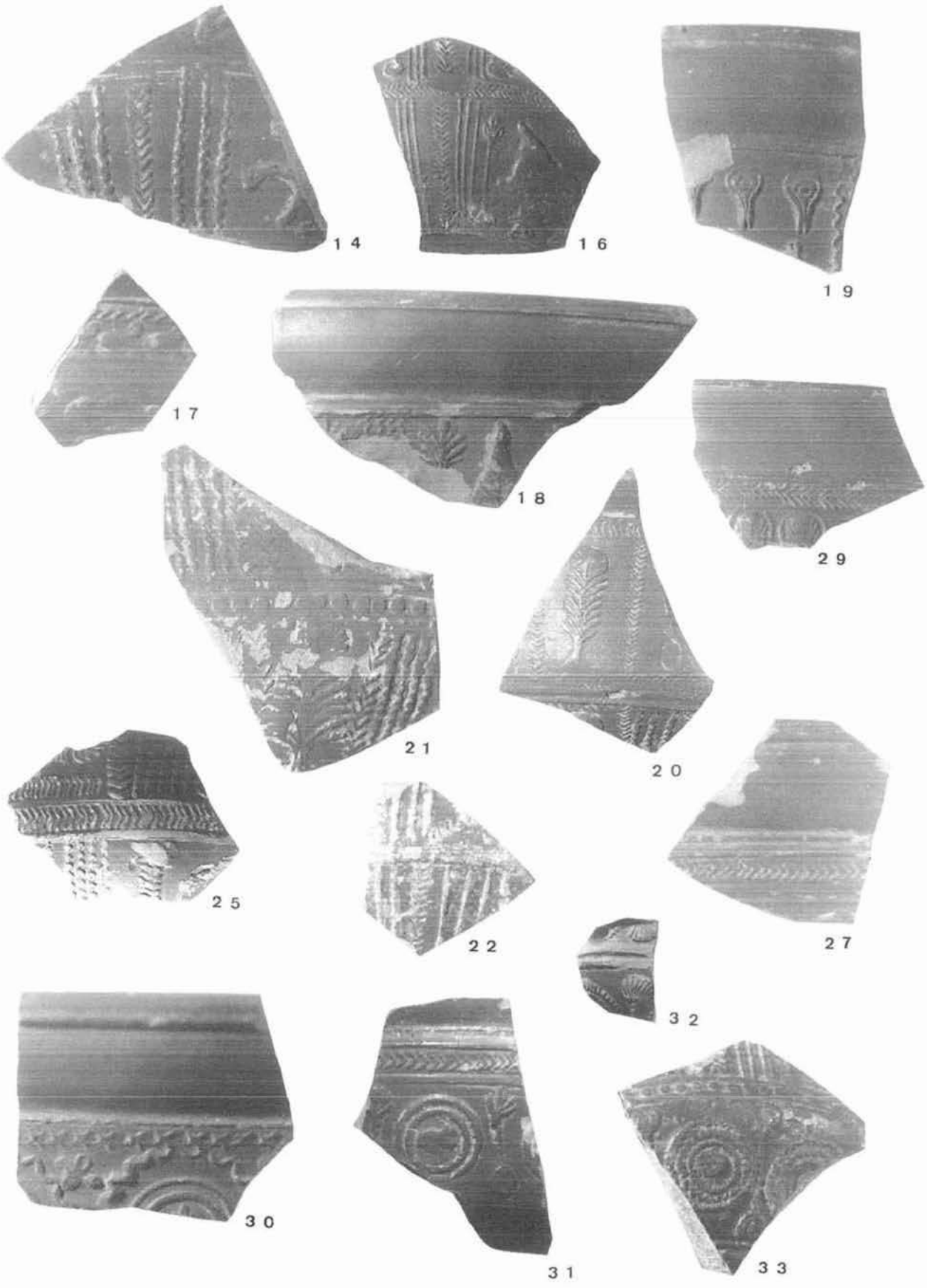
SERRANO, E. (1979): «Sigillata Hispánica de los Hornos de la Cartuja (Granada)». *Studia Archaeologica*, 57.

SOTOMAYOR, M. (1977): *Marcas y estilos en la sigillata decorada de Andújar (Jaén)*. Estudios Giennenses, Jaén.

STENICO, A. (1959): «Ceramica aretina e terra sigillata tardoitalica». *Rei Cretariae Romanae Fautorum* II.



Lám. I



Lám. II



34



35



36



40



37



38



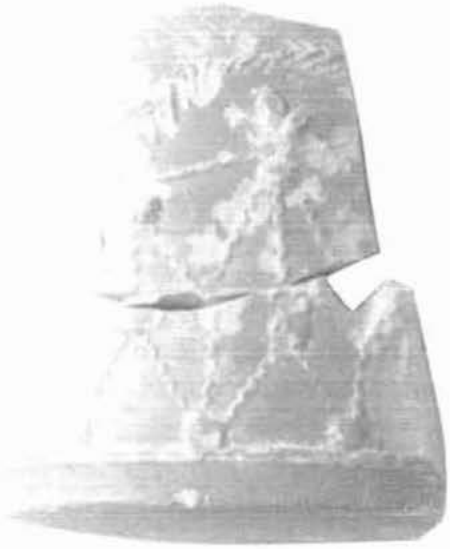
41



42



44

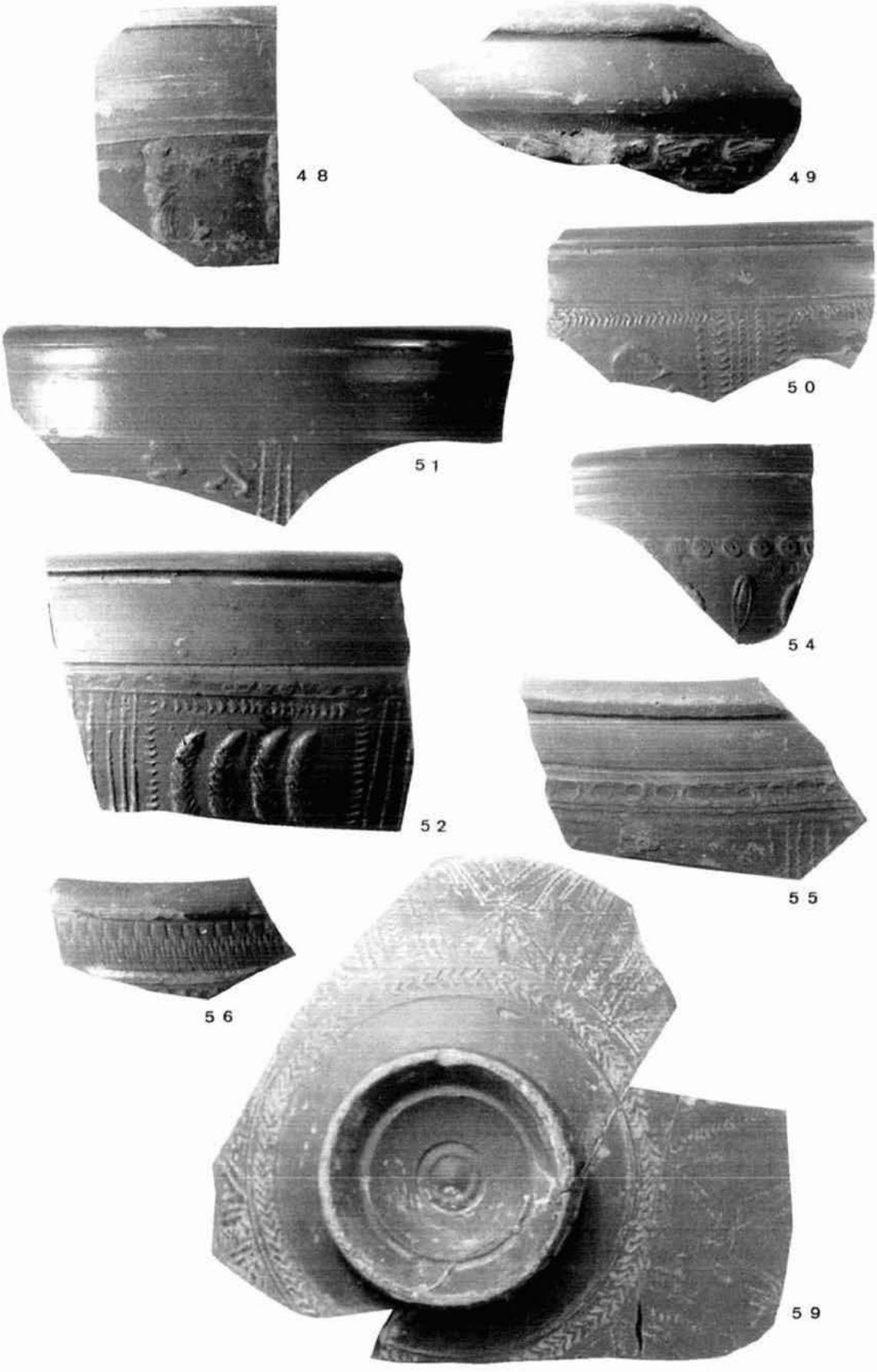


46



47

Lâm. III



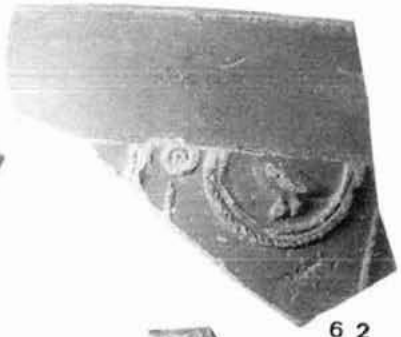
Lám. IV



60



61

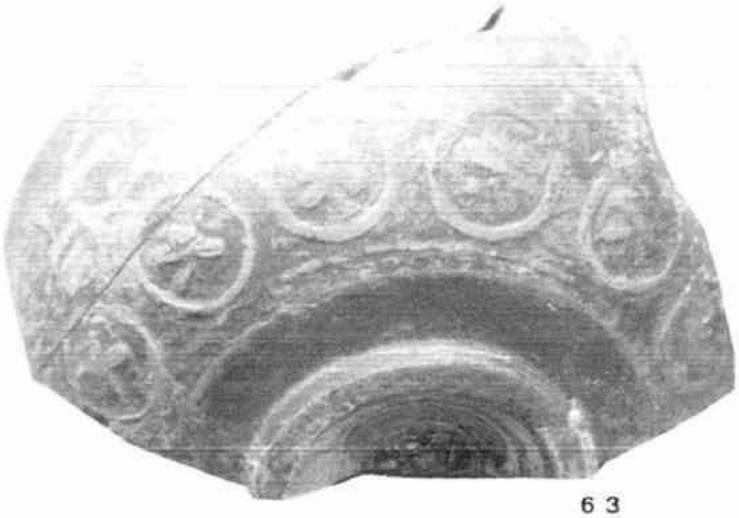


62

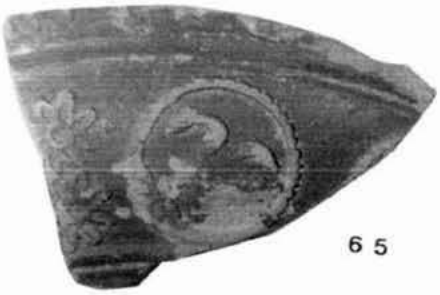




64



63



65



66



68



69



72



70

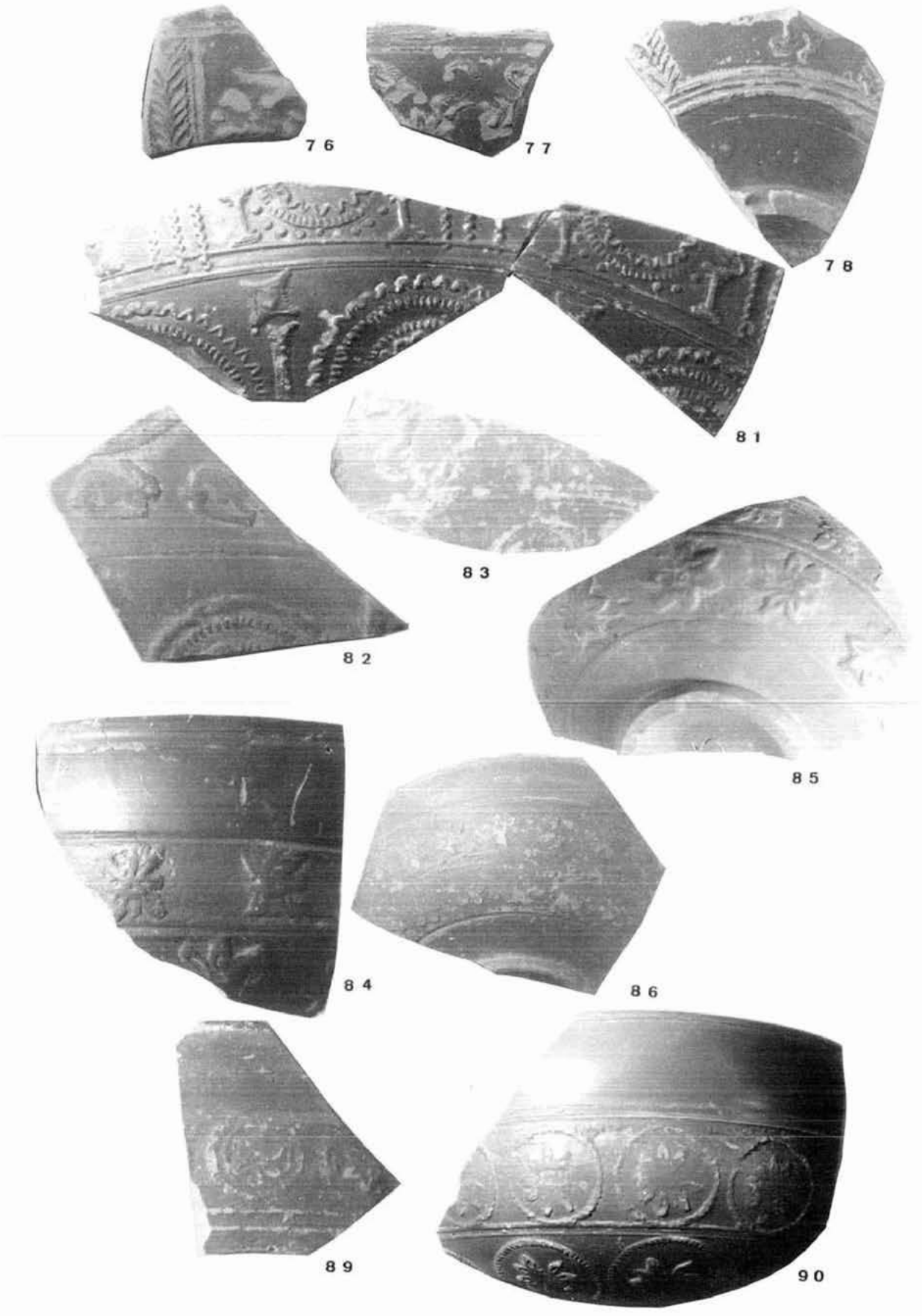


74

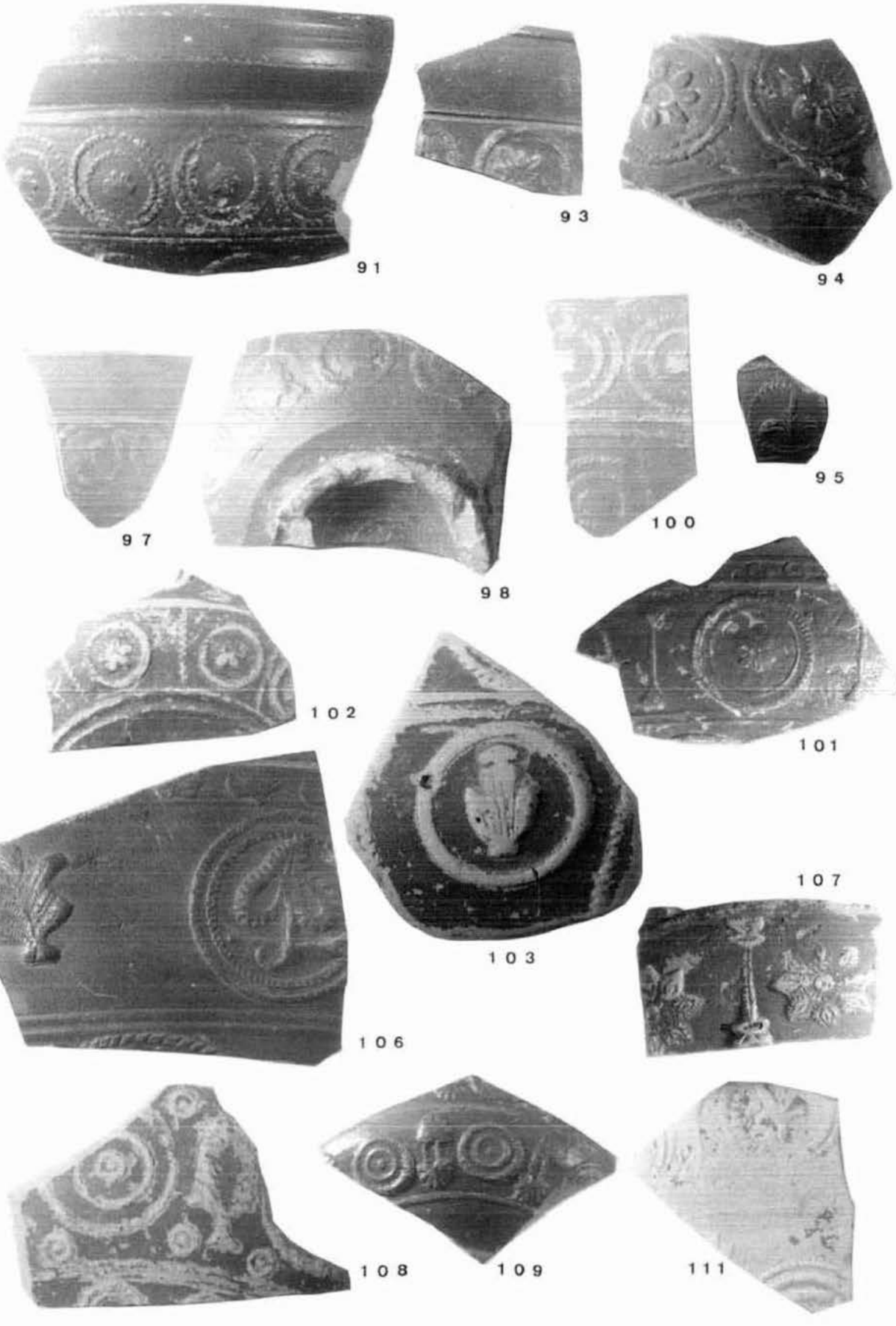


75

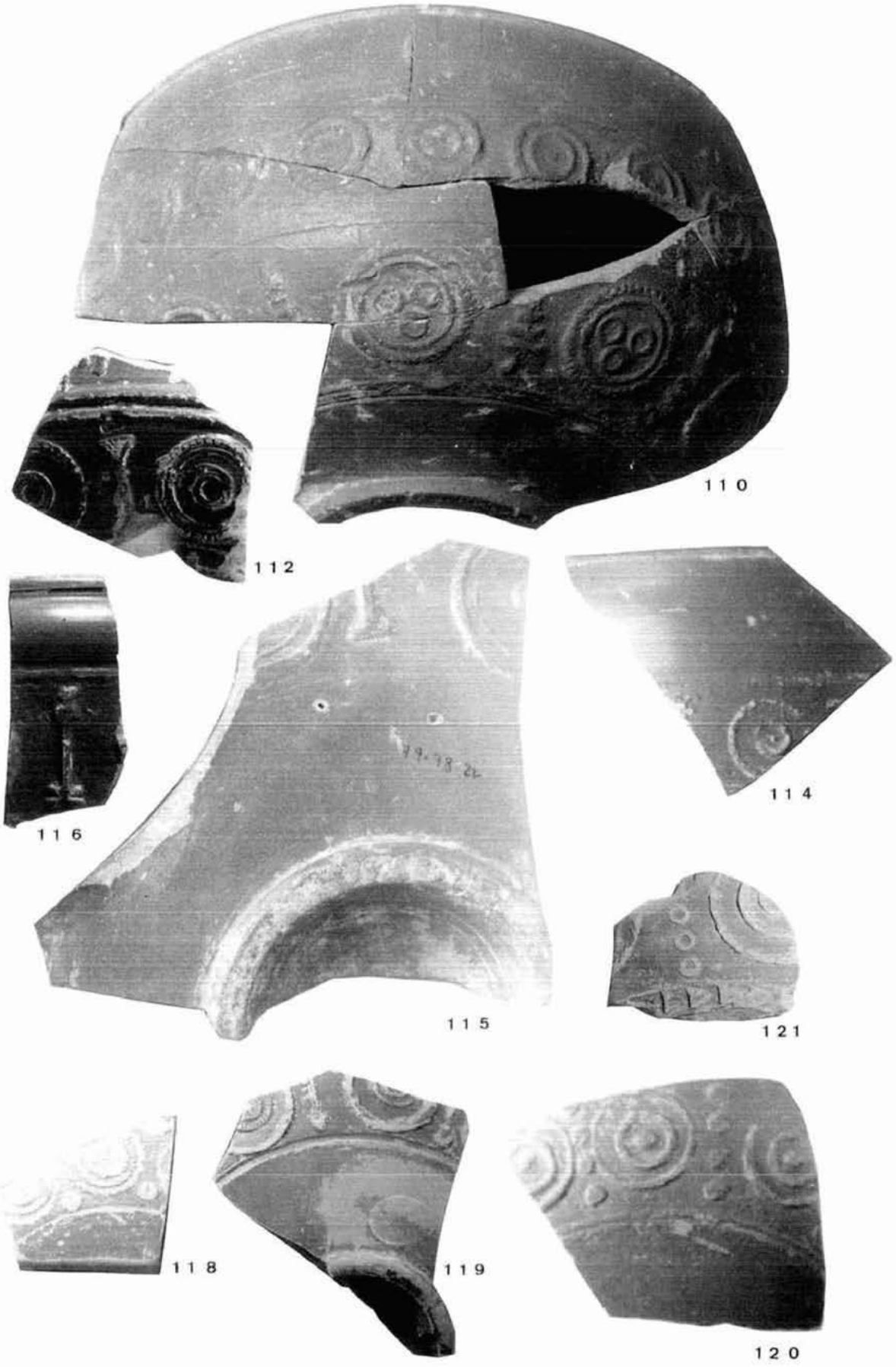
Lám. V



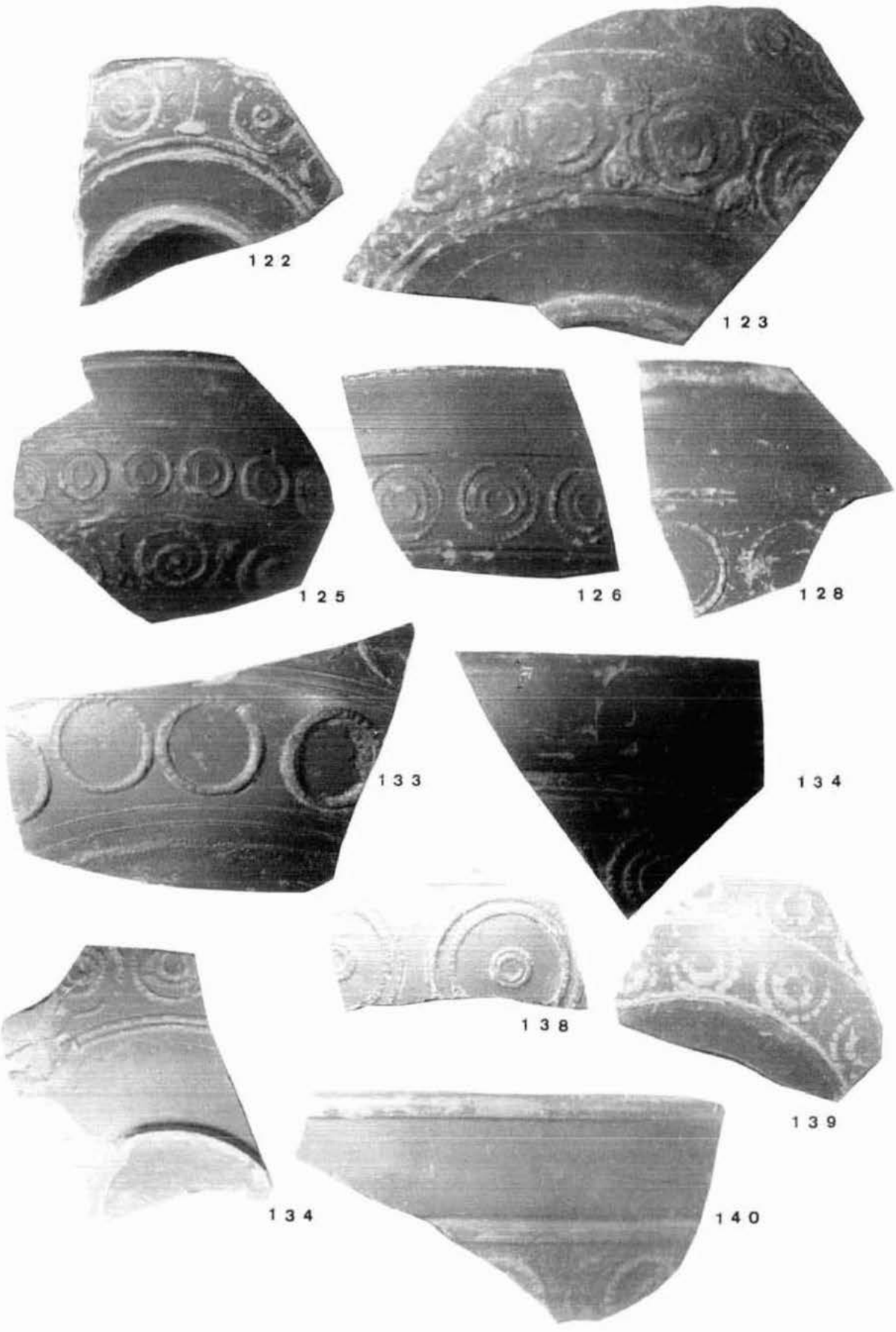
Lám. VI



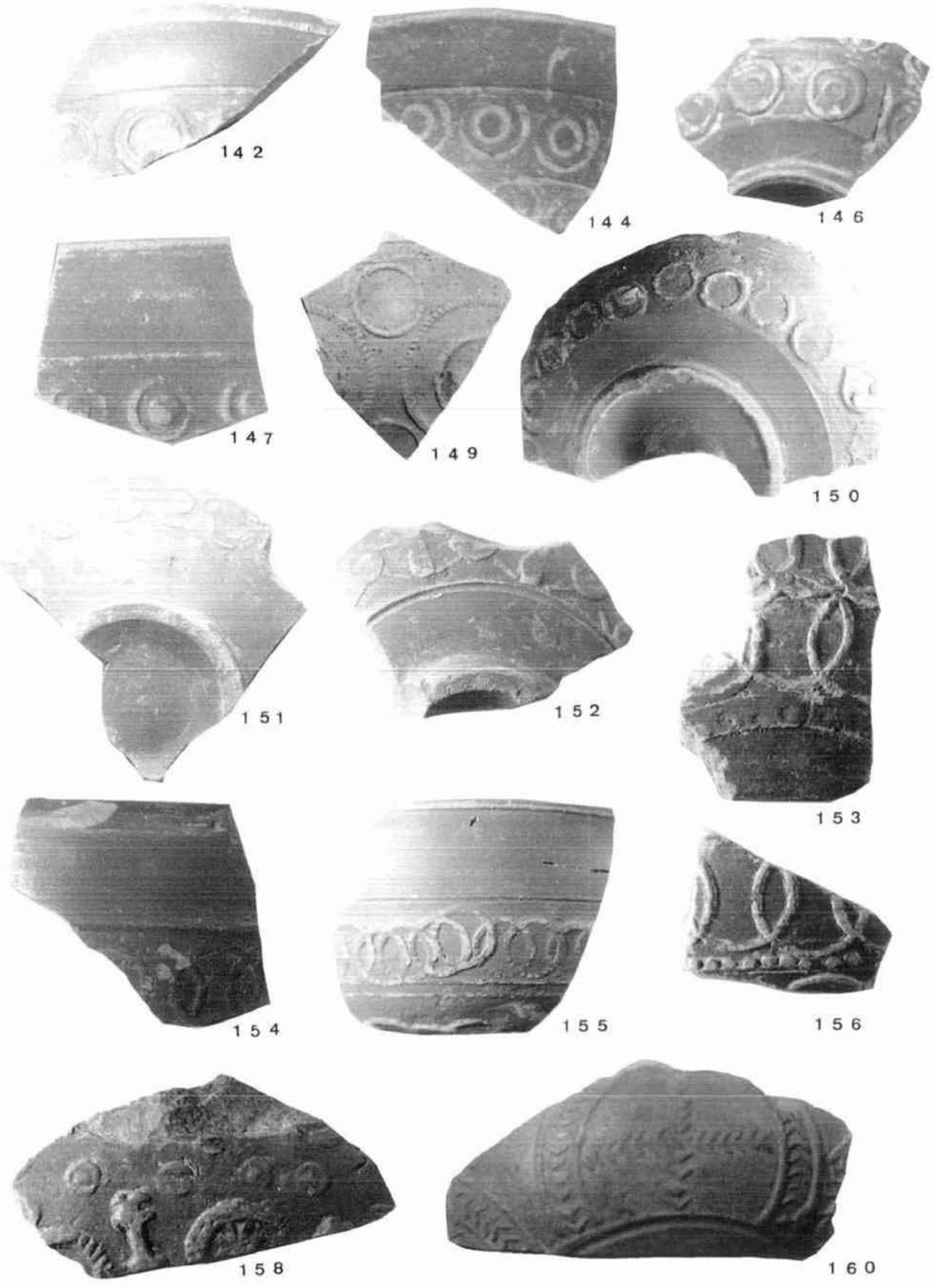
Lám. VII



Lám. VIII



Lám. IX

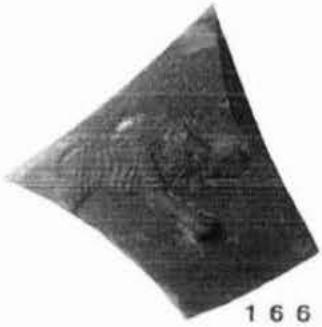


Lám. X


162

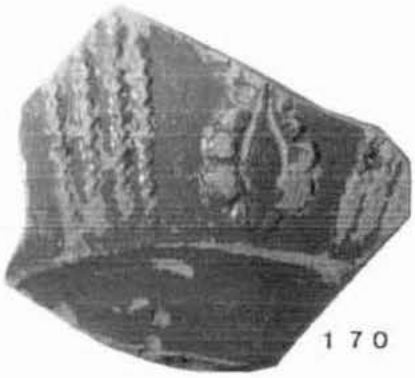

164


165


166

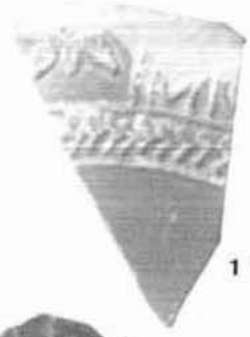

167


169


170

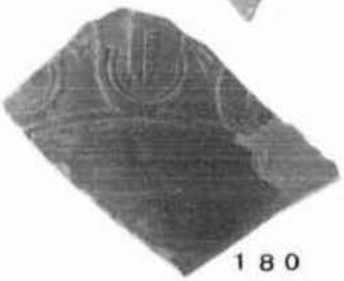

174


175


177


178


179


180


181


184

Lám. XI



1



2



3



4



5



7



8



9



10



11



12



13



14



15



16



18



19



20



21



22

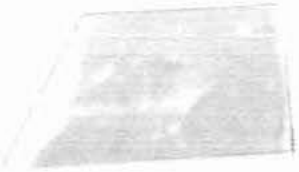


23

Lám. XII



24



25



26



27



28



31



33



34



35



37



38



39

40

Lám. XIII

José L. Jiménez Salvador*

EL MONUMENTO FUNERARIO ROMANO SITUADO EN EL CENTRO ESCOLAR «JOSÉ ROMEU» DE SAGUNTO

El conocimiento que en la actualidad poseemos sobre las manifestaciones de carácter funerario en *Saguntum* se reduce, fundamentalmente, a los datos recogidos y publicados por Chabret (Chabret, 1888: 88-106; 1897: 458-466) así como un número considerable de inscripciones funerarias (Beltrán Lloris, 1980) y varios vestigios de índole monumental (Almagro-Gorbea, 1980: 127-135), de los que alguno ya ha desaparecido por completo, como es el caso del mausoleo de las familias Antonia y Sergia, situado en las cercanías del desaparecido Convento de la Trinidad y del que, a excepción de algunas inscripciones pertenecientes a él y en la actualidad conservadas en el Museo Arqueológico de Sagunto, no ha permanecido resto alguno de su estructura (Jiménez, 1989: 207-220). El carácter disperso de estos hallazgos es un claro exponente de la gran extensión que debió alcanzar la necrópolis romana, lamentablemente hoy desaparecida, víctima del crecimiento inexorable de la ciudad moderna.

Es conocido que la mayor necrópolis de *Saguntum* se situaba en la zona oriental y que ésta fue destruída con motivo de la construcción de la vía férrea Barcelona-Valencia y Sagunto-Teruel. Gracias a Chabret se posee una información, aunque escueta, muy valiosa sobre algunos de los vestigios descubiertos a raíz de la instalación del ferrocarril (Chabret, 1897: 462), pero no deja de ser un volumen de información exiguo frente a los numerosos e importantes monumentos que debió albergar esta necrópolis. Esta circunstancia hace que cuestiones tan esenciales para el conocimiento de la configuración topográfica de la ciudad romana, como por ejemplo, la relación de la necrópolis con el trazado de la Vía Heraklea, más tarde Vía Augusta, que discurría por esta zona, se quede en el mero hecho de intuir esa relación sin poder añadir dato alguno (Almagro-Gorbea, 1980: 129-130). Por otra parte, la cronología también se resiente ante esta situación y así, las informaciones recogidas apuntan hacia una ocupación temporal muy dilatada que comprendería desde finales del siglo I a.C. hasta época bajoimperial sin determinar, con lo que permanece sin resolverse la cuestión de la necrópolis anterior a las postrimerías del siglo I a.C., aún no localizada.

La dispersión de hallazgos apunta hacia una extensión de la necrópolis al N.O. Así, la serie de restos localizados en el Camí Real (Chabret, 1888: 92-93), el monumento de las familias Antonia y Sergia, junto al desaparecido Convento de la Trinidad o la construc-

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología, Universitat de València.

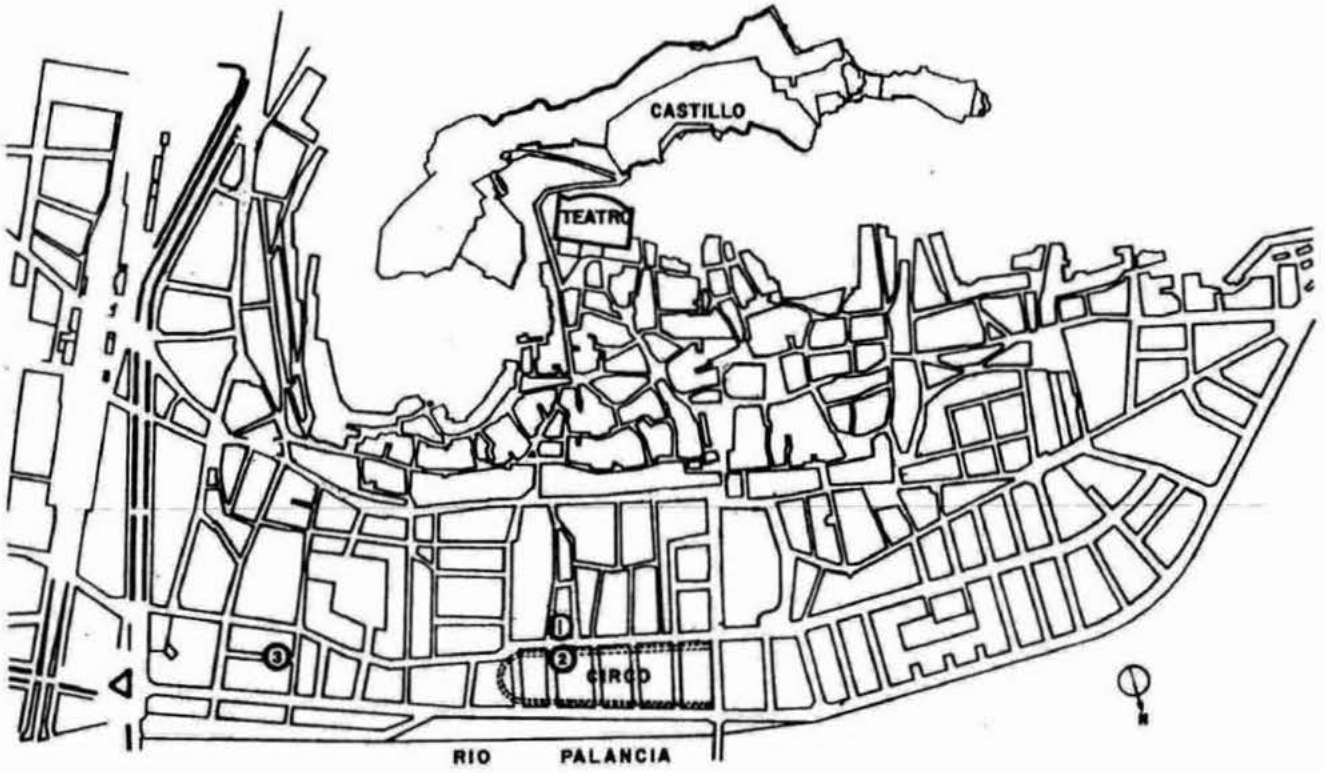


Fig. 1.— Plano de la ciudad de Sagunto con la localización de algunas construcciones de época romana. (1): mausoleo de las familias Antonia y Sergia. (2): circo. (3): posible monumento funerario situado en el patio del Grupo Escolar «José Romeu».

ción situada en el Colegio Romeu, entre las calles Alorco y La Rosa, objeto del presente estudio, avalan este hecho de gran interés para el conocimiento de la topografía de la ciudad romana, cuyo límite septentrional coincidiría con esta zona, aprovechando el borde inferior de la ladera norte y el extremo de la terraza fluvial. La duda estriba ahora en determinar si esta serie de restos funerarios localizados en el extremo norte corresponde a una ampliación de la necrópolis oriental o si por el contrario, se inscribe en un contexto de *villae* suburbanas como se ha apuntado recientemente (Aranegui, en prensa).

Entre los contados vestigios monumentales de carácter funerario descubiertos hasta el presente en *Saguntum*, se encuentra una construcción que todavía no ha recibido el análisis y la documentación que requiere. Se trata del monumento que en la actualidad se halla dentro de las instalaciones del Grupo Escolar «José Romeu», situado entre las calles Alorco y La Rosa[1] (Fig. 1), cuya existencia ya fue señalada por Chabret (Chabret, 1888: 94-95) y que fue objeto de una prospección con cata por parte de F. Roca del Centro Arqueológico Saguntino, a quien agradecemos la información proporcionada sobre el desarrollo de estos trabajos que contituye una valiosa aportación para un conocimiento más exhaustivo de este monumento (Roca, 1964: 1-5).

DESCRIPCIÓN (Fig. 2; Láms. I y II)

Los restos arquitectónicos subsistentes se encuentran en una de las esquinas del patio del colegio por debajo del nivel de pavimento del mencionado patio, donde se ha respetado un espacio muy reducido que dificulta la visión general del monumento.

Lo conservado se reduce a un macizo construído en *opus caementicium* que en planta adopta una forma aproximadamente rectangular con los lados mayores orientados E-O y de cuyo lado norte arranca una bóveda construída con la misma técnica, conservada parcialmente (Lám. III). Esta estructura apoya sobre una cimentación compuesta por bloques de caliza dolomítica gris que se disponen sobre cada uno de los lados del edificio a excepción del norte y de la que se aprecia sólamente la parte que está en contacto con la mole de *opus caementicium*. No obstante, gracias a la cata practicada en 1963 en el lado norte, se sabe que los cimientos también se extienden por este flanco, donde alcanzan una profundidad de más de 2,50 m, aunque este último detalle en la actualidad no es apreciable, debido a que tras la realización de la cata, ésta fue rellenada, sepultando la cimentación descubierta en este lado. Tampoco puede observarse hoy cómo la cimentación se extiende tanto en dirección este como oeste, circunstancia también advertida al realizarse la campaña de 1963 (Roca, 1964: 3-4).

Las dimensiones de la estructura conservada son las siguientes, teniendo en cuenta que en los lados este,

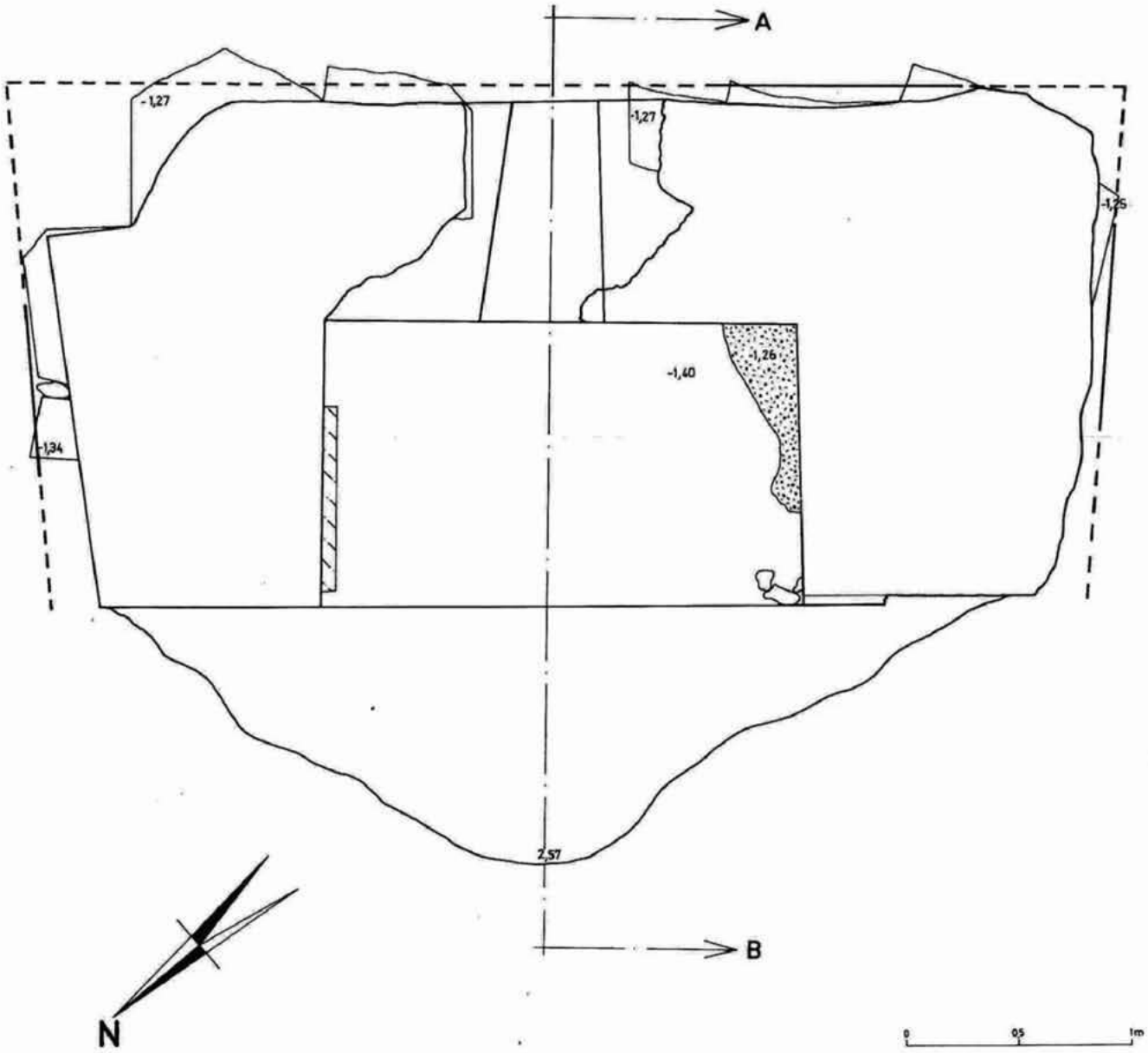


Fig. 2.— Construcción situada en el Grupo Escolar «José Romeu». Planta de los restos visibles en la actualidad.

oeste y sur han desaparecido los paramentos exteriores, constituídos por sillares paralelepipédicos de caliza dolomítica gris formando un *opus quadratum*, de los que algunos fueron hallados *in situ* en la campaña de 1963, circunstancia que en la actualidad no se aprecia (Roca, 1964: 2).

La longitud máxima es de 4,72 m, mientras que la anchura máxima es de 2;50 m incluída la cimentación, o si se prefiere, 2,28 m sin contar con los cimientos. Por lo que se refiere a la altura, ésta es de 3,20 m en el lado sur, mientras que en el lado norte alcanza los 4 m, correspondiendo a la cota máxima conservada de la bóveda dispuesta en el lado norte de la construcción. Conviene insistir en que estas medidas corresponden a la parte conservada y no al total de la construcción pues, como ya se ha indicado, en el transcurso de la campaña de 1963, pudo comprobarse cómo el monumento se extiende en dirección E-O más de 2 m por cada lado, mientras que en dirección N. se prolonga más de 3 m, por lo que la construcción llega a alcanzar 9 m de longitud por 6 m de anchura (Roca, 1964: 4).

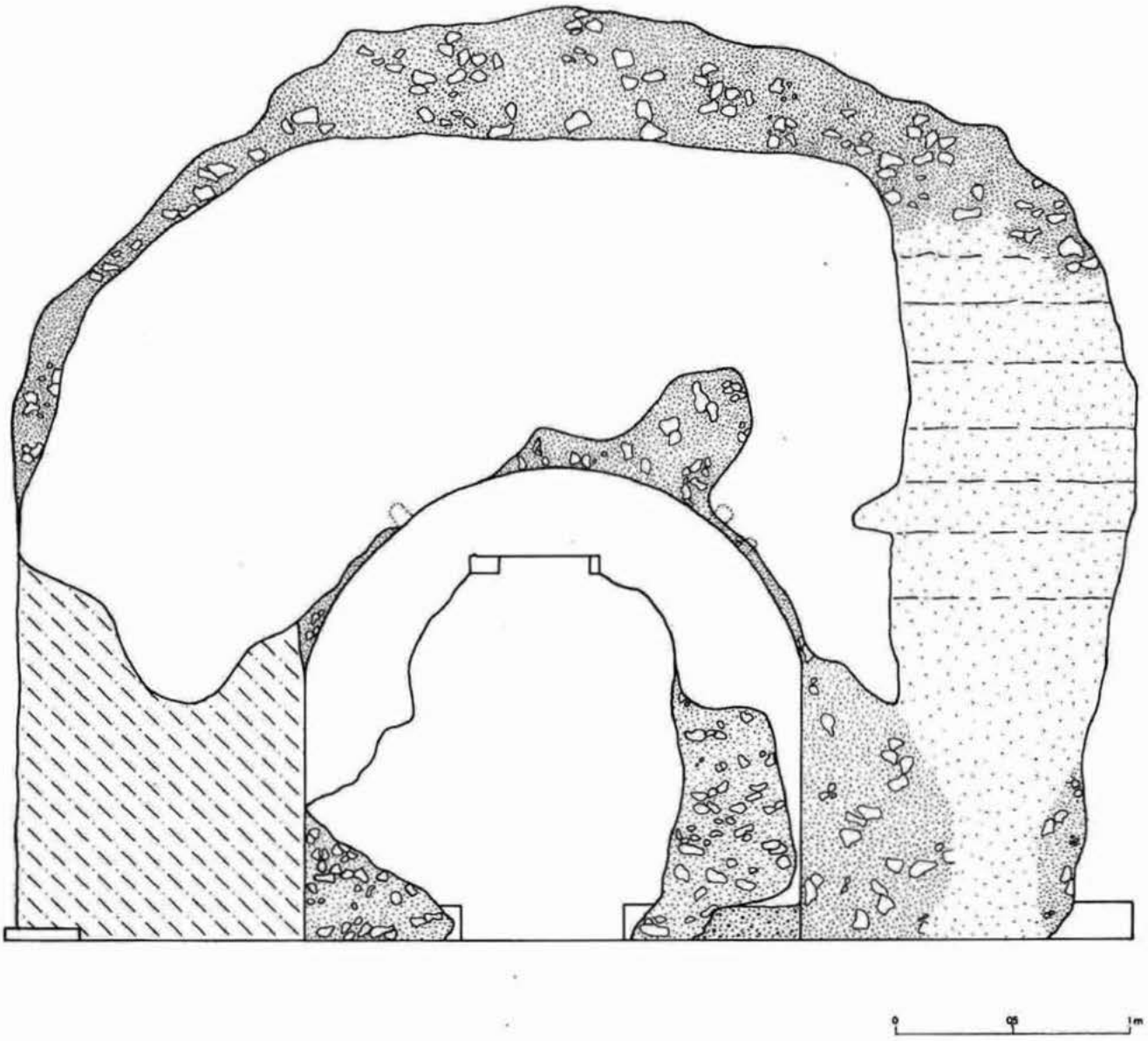


Fig. 3.— Construcción situada en el Grupo Escolar «José Romeu». Alzado del lado norte.

La parte inferior del lado sur presenta una interrupción, que puede responder a un vano de acceso, seguramente una puerta, de 0,69 m de anchura por 0,98 m de profundidad y 1,52 m de altura, de la que permanecen dos bloques de caliza dolomítica gris pertenecientes a la cimentación del edificio, sobre los que apoyaban las jambas (Láms. IV y V). La distancia entre estos dos bloques, 0,69 m, señala la anchura aproximada del vano que prácticamente, coincide con las dimensiones de un bloque, de 0,67 m de longitud por 0,50 m de anchura, recuperado fuera de su emplazamiento original en la campaña de 1963, hoy desaparecido, y que por sus características pudiera corresponder al umbral de esta puerta (Roca, 1964: 2). El descarnamiento que presenta el *opus caementicium* en esta zona hace que no se hayan conservado las jambas, aunque en el bloque sobre el que apoyaba la jamba derecha se conserva una huella en forma de línea donde se observa hasta donde llegaba el *opus caementicium*. Por lo que respecta a la zona superior del vano, se distinguen las señales del encofrado en el *opus caementicium* (Fig. 3; Lám. V), destinadas a obtener una superficie horizontal con un pequeño escalonamiento en ambos márgenes de 0,10 m de altura por 0,035 m de anchura, que se extiende a lo largo de los 0,98 m de profundidad que tiene el hueco (Fig. 4). A simple vista se advierte cómo la parte superior de este vano presenta una anchura diferente en sus dos extremos y así en el límite exterior es de 0,38 m, mientras que en el interior es de 0,57 m (Fig. 1), medidas que en ninguno de los dos casos coinciden con la anchura de la parte inferior del vano, 0,69 m, por lo que en principio, este rebaje no puede

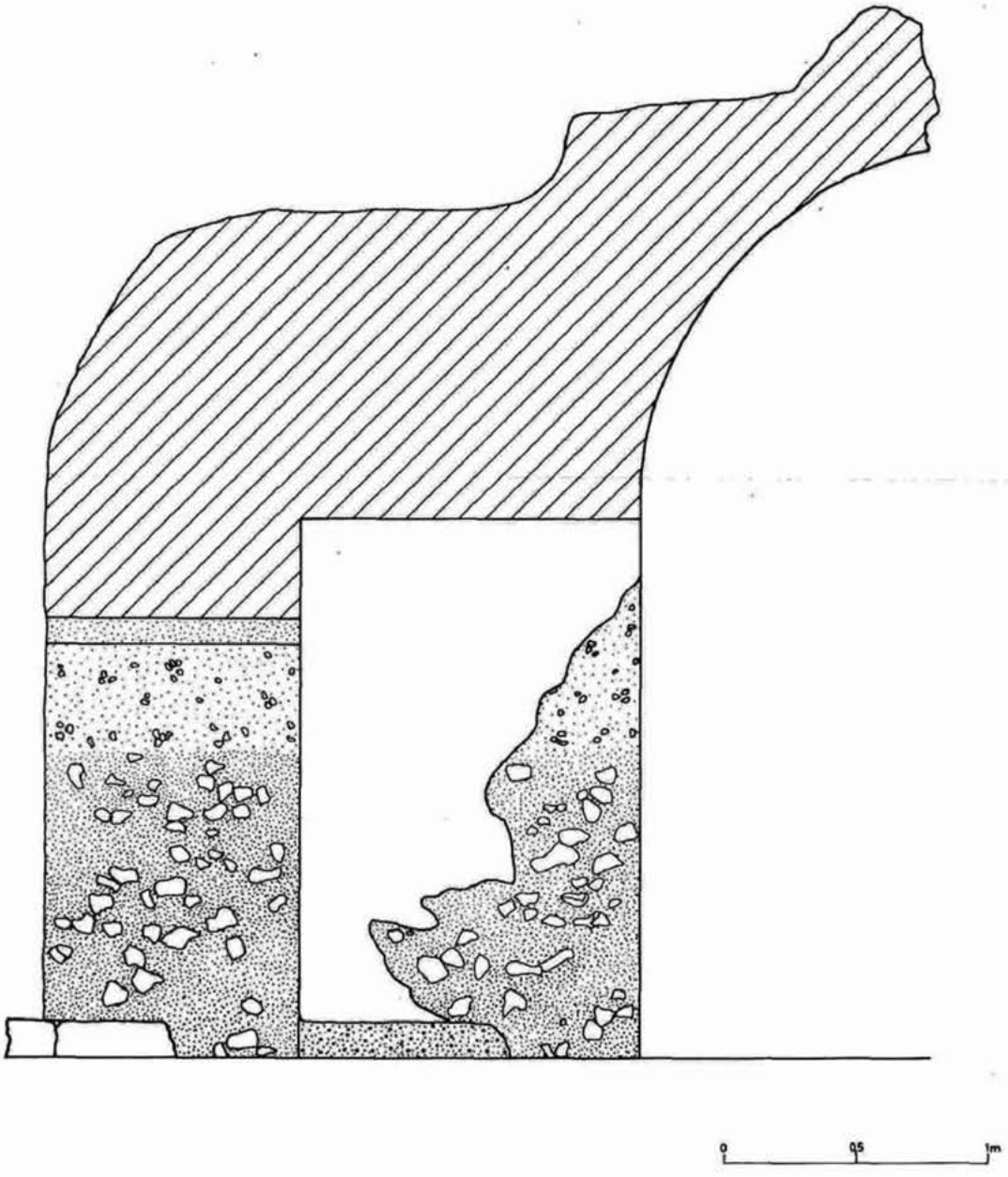


Fig. 4.— Construcción situada en el Grupo Escolar «José Romeu».

corresponder al dintel de la puerta. Por otra parte, en el extremo interior, el vano queda enmarcado dentro de un arco ciego que en la parte superior conserva dos orificios practicados en la masa de *opus caementicium*, uno a cada lado del vano y con unas dimensiones muy parecidas entre sí, ya que el orificio del lado oeste mide 10 por 8 cm por 7 cm de profundidad, mientras que el lado este mide 10 por 8 cm por 8,5 cm de profundidad.Debajo del orificio del lado oeste y a una distancia de 13 cm, se halla otra pequeña cavidad circular de 5 cm de diámetro y 6 cm de profundidad (Fig. 3). Tradicionalmente, viene admitiéndose que estos orificios pertenecerían a los goznes para el ajuste de la puerta y es difícil saber hasta qué punto podrían estar relacionados con un bloque de umbral de caliza gris, recuperado en la campaña de 1963 y en la actualidad desaparecido. Esta pieza formaba parte de una acumulación de sillares y elementos, entre ellos un capitel de base cuadrada, casi troncopiramidal, también hoy perdido, caídos dentro de una grieta producida en la cimentación y localizado a unos 0,50 m por debajo del piso firme (Roca, 1964: 2-3). La posible relación entre esta pieza y los orificios citados vendría dada por la igualdad en las medidas, 1,34 m para la distancia entre orificios, así como para la longitud del umbral. Sin embargo, el hecho de que este elemento apareciese incompleto en uno de sus extremos, hace que esta coincidencia sea fruto de la casualidad y no pueda utilizarse como argumento válido.

A través de este vano se accede a un pequeño espacio interior de dimensiones reducidas, 1,27 m de longitud por 2,10 m de anchura, cubierto por una bóveda de arco ligeramente rebajado conservada en su totalidad (Lám. VI). Las paredes de esta pequeña habitación, así como la bóveda, muestran un revoque realizado con arena sin tamizar y cal que cubre el *opus caementicium*, no existiendo restos de pintura mural. Precisamente, en ambos lados el arranque de la bóveda está señalado con una línea horizontal trazada sobre el revoque.

En el ángulo suroeste de esta habitación se conserva parte del pavimento, consistente en una capa de piedra, arena y cal con la superficie exterior alisada y que descansa directamente sobre el *opus caementicium* de la cimentación del edificio (Lám. VII). La altura total de esta dependencia tomada desde la cota de este pavimento es de 1,88 m.

Sin solución de continuidad, este habitáculo comunica con el espacio cubierto con la bóveda de mayor altura, cuyo eje longitudinal es perpendicular a la bóveda de la estancia anterior. Esta bóveda se conserva de forma parcial, alcanzando su altura máxima, 4 m en el extremo septentrional que aproximadamente, coincide con la mitad de su trazado, mientras que su longitud, 4,77 m equivale a la del lado norte de la construcción. Cabe imaginar que la bóveda continuaría tanto en dirección este como oeste, pues, de hecho, la cimentación rebasa en ambos sentidos los límites de la estructura conocida en más de dos metros por cada lado, tal y como pudo apreciarse en la campaña de 1963 (Roca, 1964: 3-4).

Así mismo, en la campaña de 1963 se descubrió la existencia de un canalillo practicado en la cimentación de *opus caementicium*, de 0,30 m de ancho y 0,30 m de profundidad, orientado E-O y situado a la entrada del espacio cubierto con la bóveda de mayores dimensiones, ignorándose su finalidad (Roca, 1964: 2-4). A continuación, pudo observarse un fallo en la cimentación, concretamente, una grieta que se extiende en dirección E-O, ocupando toda la longitud del monumento, donde se profundizó unos 2,50 m recuperándose los sillares y elementos de umbral ya citados. Por debajo de esta acumulación de bloques apareció un lecho de gravas de río mezclada con fragmentos de cerámica, algunos de sigillata, sin especificar más detalles, trozos de mármol y restos de hierros. A unos 2,50 m del lado norte volvió a aparecer la cimentación de *opus caementicium* sobre la que se apoyaba la parte desaparecida del espacio cubierto con la bóveda más alta y que según todos los indicios debe estar caída frente a la parte visible del edificio, sepultada bajo el patio del colegio. A juicio de sus descubridores, la circunstancia de que esta grieta se extienda por toda la longitud del edificio, unida a otra serie de consideraciones, permite identificarla con un fallo en la cimentación motivado, posiblemente, por una avenida del río situado en las proximidades del monumento, por lo que quedaría descartada la posibilidad de que este espacio subterráneo correspondiese al *conditorium* del monumento funerario (Roca, 1964: 4).

TÉCNICA CONSTRUCTIVA

Como ya se ha adelantado, el monumento está constituído por un núcleo fabricado en *opus caementicium* que exteriormente debía estar revestido con un paramento en *opus quadratum*, a juzgar por los sillares recuperados en las inmediaciones y que en la actualidad ha desaparecido por completo, aunque se distingue en el lado sur las improntas de alguno de los sillares, marcadas en el *opus caementicium* (Lám. VIII). De acuerdo con la información recogida tras la campaña de 1963, la cimentación también estaba realizada en *opus caementicium*, extremo que no hemos podido comprobar. En cambio, sí ha podido apreciarse la presencia de unos bloques de caliza dolomítica gris, especialmente en los lados sur y norte, sobre los que apoya el *opus caementicium* (Lám. IV).

Se advierten señales del encofrado en diferentes puntos del monumento, destacando las huellas de las tablas utilizadas para elaborar la cimbra de la bóveda mayor, donde en una de las zonas en las que ha desaparecido el revoque se distinguen varias líneas horizontales separadas entre sí unos 0,25 m (Lám. IX). También se diferencian con bastante claridad las diversas tongadas en las que fue disponiéndose el *opus caementicium*, pudiendo medirse su altura. Así, hay una primera tongada de 1,05 m de altura, mientra que las restantes se hallan entre 0,60 y 0,70 m de altura. En general, la primera tongada está más erosionada que las situadas en la parte central de la construcción, por lo que a la hora de tomar las medidas, éstas difieren, según se tomen a distintas alturas.

En la composición de los *caementa*, se aprecia cómo los integrantes de la primera tongada son de mayor tamaño que los de las siguientes. En algunas partes, se ha advertido la presencia de fragmentos de cerámica formando parte de la mezcla, tratándose siempre de cerámica común con algún fragmento que por el grosor de su galbo, 1,5 cm, debe corresponder a un ánfora.

Los dos espacios cubiertos con bóveda muestran sus paredes, incluídas las bóvedas, revestidas con un revoque bastante tosco, cuyo grosor varía según las zonas, oscilando entre 1,5 y 3,5 cm, hecho con una mezcla de cal y arena poco tamizada que deja ver piedrecillas y otras impurezas (Lám. IX).

Dentro del conjunto de las técnicas constructivas atestiguadas en *Saguntum*, los datos proporcionados por el mausoleo del Colegio Romeu suponen una confirmación más de la hegemonía detentada por el *opus cae-*

menticium, la técnica más difundida sobre todo en época imperial a juzgar por los ejemplos documentados. Así, está presente en el puente romano, situado en el cauce del río Palancia, fechado en tiempo de Augusto, donde el *opus caementicium* constituye el núcleo revestido por un paramento de sillares (Olcina, 1987: 13). En el teatro, de época tiberiana, de nuevo encontramos un núcleo de *opus caementicium* forrado por un paramento de *opus vittatum* (Hernández, 1988: 124). La composición del *opus caementicium* ofrece algunos puntos de comparación con el sepulcro del Colegio Romeu, ya que en ambos casos aparecen, de forma muy esporádica, algunos fragmentos cerámicos de dimensiones muy reducidas, la arena de grano grueso parece proceder del río Palancia, así, como seguramente, los cantos rodados presentes en ambas construcciones. Asimismo, el empleo del *opus caementicium* está documentado en algunos edificios del foro como la basílica, de fecha tardoaugústea (Aranegui et alii, 1987: 18-19) y finalmente, en el circo romano, datado en el siglo II, donde el núcleo de la construcción estaba realizado con dicha técnica, revestido con paramentos de sillares de caliza dolomítica (Olcina, 1987: 16).

PROBLEMAS DE INTERPRETACIÓN

El carácter fragmentario de los vestigios conservados de esta construcción, tradicionalmente considerada funeraria, desde la época de Chabret, dificulta sobremanera cualquier intento de clasificación tipológica, desde el momento en que alguno de sus componentes plantea problemas de lectura e interpretación, ocasionados, precisamente, por su deficiente estado de conservación.

Este es el caso del lado meridional del edificio, desprovisto de su paramento exterior y donde todo parece indicar que aquí se encontraba la entrada al sepulcro (Lám. X). Este acceso se caracteriza por su estrechez, 0,69 m y profundidad, 0,98 m, medidas que pueden ser deducidas de los restos conservados. Los problemas surgen a la hora de interpretar el remate de la parte superior del vano de la puerta, donde se observa que la anchura del hueco es diferente, según se tome en el extremo exterior, 0,38 m o en el interior, 0,59 m. Ya al realizar la descripción del monumento se ha apuntado la dificultad para relacionar este rebaje con la zona del dintel de la puerta, desde el momento en que las dimensiones de la parte inferior y superior del vano son desiguales, por lo que debe buscarse otra interpretación.

Atendiendo al detalle de la diferencia de anchura en dicho rebaje superior, esta característica desde el punto de vista formal podría corresponder a una ventana abocinada. Ventanas que presenten esta particularidad suelen aparecer en monumentos funerarios como puede apreciarse en los ejemplos de Vildé (Soria) (García Merino, 1977: 45, fig. 4), Sádaba (Zaragoza) (García y Bellido, 1963) o la llamada Cripta dels Arcs en la necrópolis paleocristiana de Tarragona (del Amo, 1981). Sin embargo, en ninguno de los tres ejemplos citados la ventana se localiza en la fachada del edificio, si bien, tampoco faltan edificios funerarios dotados de ventanas en la fachada principal como en la necrópolis situada bajo San Pedro del Vaticano en Roma (von Hesberg, 1987: 44, fig. 4) o la necrópolis de la Isola Sacra en Ostia (Baldassarre, 1987: 136, fig. 30). Ahora bien, consideramos que este último argumento no es válido para el caso que nos ocupa, ya que en el mausoleo saguntino, la posible ventana estaría situada encima de la puerta, lugar que de forma preferente, suele estar reservado para la colocación de un epígrafe funerario. Esta particularidad aparece ampliamente documentada en las dos necrópolis citadas de Roma y Ostia, donde en efecto, el espacio localizado encima de la puerta es ocupado por una inscripción, flanqueada por dos ventanas. Este detalle permitiría imaginar que el mencionado rebaje situado en la parte superior, correspondería al hueco practicado para colocar una inscripción.

Aún reconociendo que esta hipótesis resulta más verosímil por la mayor abundancia de paralelos, no deja de resultar extraño que para instalar una lápida que en el mejor de los casos, tendría unos 0,38 m de anchura, se haya practicado un hueco de 0,98 m, de igual profundidad que el correpondiente a la puerta y que además, su extremo interior presente una anchura de 0,59 m, rebasando en 0,21 m la anchura del límite exterior. En ningún caso puede esgrimirse que estas dimensiones correspondan a las peculiaridades de la inscripción. Espacio correspondiente a una ventana o hueco practicado para la colocación de un epígrafe, a la vista del estado de conservación del monumento, es muy difícil decantarse por una de las dos propuestas. En cualquier caso, queda demostrado que dicho rebaje no puede responder al dintel de la puerta y que por lo tanto ésta no alcanzaba la altura de 1,52 m de la altura total del vano habría que restar la correspondiente a la posible ventana o inscripción, más el dintel de la puerta, de lo que resultaría una entrada de escasa altura y bastante angosta, pues la anchura máxima del vano es de 0,69 m. Esta circunstancia no representa un grave problema pues, no faltan ejemplos de puertas de dimensiones especialmente reducidas como en algunos sepulcros de la necrópolis de Porta Nocera en Pompeya, donde las puertas poseen 1,03 m por 0,58 m y 1,06 m por 0,70 m por citar los casos más extremos (D'Ambrosio, de Caro, 1983).

Otro problema que plantea la puerta es el de la relación entre la anchura del vano, 0,69 m con los orificios practicados en la parte superior del arco, interpretados generalmente, como goznes para ajustar una

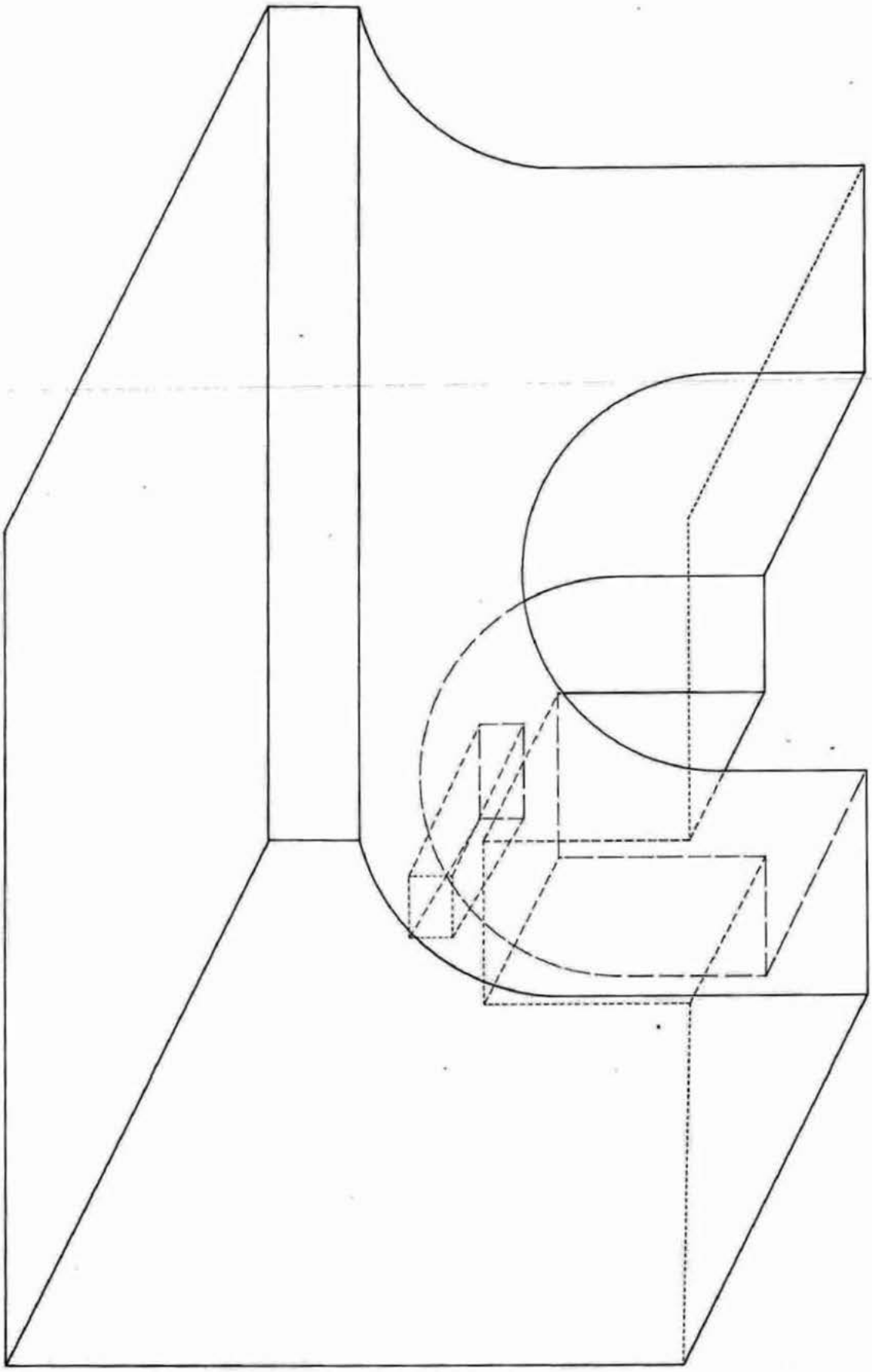


Fig. 5.— Construcción situada en el Grupo Escolar «José Romeu». Perspectiva axonométrica de los restos visibles en la actualidad.

puerta de dos hojas. Estos orificios se hallan a una distancia de 1,34 m, por lo que resulta muy difícil imaginar su relación con un vano que no llega a los 0,70 m de anchura y cuya altura, 1,52 m, queda por debajo de la altura de estos agujeros.

A la vista de estas circunstacias, presentamos una perspectiva axonométrica (Fig. 5) en la que se ha pretendido señalar el efecto producido por la presencia de un hueco practicado encima de la puerta y cuya finalidad resulta particularmente problemática.

En un intento de apurar todas las posibilidades podría pensarse que este vano no correspondiese a una puerta, de hecho, el *opus caementicium* se encuentra muy descarnado, tratándose, por tanto, de una ventana. Sin embargo, hay dos datos que invalidan esta interpretación, el primero, la huella dejada por el *opus caementicium* en el arranque de la jamba derecha, prueba evidente de que el vano existía desde la base y segundo, la aparición de un umbral de puerta cuyas dimensiones coinciden con la anchura del vano.

Otro de los problemas que plantea el precario estado de conservación que ofrece el monumento funerario situado en el Colegio Romeu es el de su encuadre dentro de un adecuado marco tipológico. Con los datos de que disponemos nos encontramos ante una construcción dotada de una nave supuestamente central, cubierta con bóveda de cañón a la que se accede por medio de una pequeña estancia, también abovedada, en la que se halla la puerta de ingreso al interior del monumento. De la dependencia menor se conservan sus dimensiones, mientras que la de la mayor se sabe que se prolongaba, tanto en su longitud como en su anchura. Según las comprobaciones efectuadas en la campaña de 1963 la parte descubierta tenía 9 m de largo por 6 m de ancho, si bien en dicha campaña no llegó a descubrirse la estructura total del edificio, por lo que dichas medidas, aun superando las de la parte visible en la actualidad, no dejan de ser parciales. A pesar de este inconveniente, es seguro que la estancia cubierta con la bóveda mayor rebasa los límites de la otra dependencia menor, determinándose, por consiguiente, la presencia de dos ejes, uno que señalaría la entrada del monumento y otro, perpendicular al anterior que discurriría paralelamente a la longitud de la habitación mayor. Este detalle es muy importante, ya que permite distanciar el edificio saguntino del grupo de los sepulcros naomorfos, en los que predomina un único eje determinado por la entrada al monumento.

En relación con los sepulcros en forma de templo, recientemente (Aranegui, en prensa), se ha querido relacionar el edificio del Colegio Romeu, con el mausoleo de Corbins, dotado de cuatro *conditoria* dispuestos en dos naves paralelas cubiertas con bóveda de cañón y separadas por un muro (Puig i Cadafalch, de Falguera, Goday, 1908: 64-6; Puig i Cadafalch, 1934: 126-7; Sanmartí, 1984: 105-6), mediante la interpretación de la estructura conservada del mausoleo saguntino con el muro de separación y el arranque de una de las dos naves abovedades, tal y como aparece en el monumento de Corbins. Sin embargo, consideramos que esta interpretación, no exenta de lógica, cuenta con el inconveniente de que en el otro extremo de ese muro central del que partiría la otra nave, a pesar de presentar signos de desgaste, se aprecia cómo a la altura a la que debía iniciarse la curva de la bóveda, la pared sigue vertical. A ello hay que añadir la serie de sillares encontrados *in situ* en este lado, el sur, en la campaña de 1963 (Roca, 1964: 2), en la actualidad desaparecidos, aunque se conservan algunas improntas de ellos y que constituían el paramento exterior del edificio por este lado.

La misma razón esgrimida para el conjunto de los naomorfos, sirve para alejar el edificio del Colegio Romeu del grupo de los sepulcros turriformes en los que predomina de forma muy acusada una tendencia hacia plantas cuadrangulares.

La presencia de una nave central flanqueada por uno o varios *arcosolia*, característica que reuniría el mausoleo saguntino, de identificarse la menor de las estancias abovedadas con un *arcosolium*, aparece presente en una serie de tumbas de la necrópolis de la Isola Sacra en Ostia (Baldasarre, 1987: 125-138) y en la Península Ibérica en varias sepulturas de *Emerita Augusta*, conocidas como los «bodegones» o las «cuevas», de las que en la actualidad se conservan dos ejemplares (Bendala, 1976: 143-4). Sin embargo, en estos ejemplos apuntados la planta adopta una forma rectangular con la entrada situada en uno de los lados cortos, extremo que no se cumple en el sepulcro saguntino y por otra parte, los *arcosolia* nunca están asociados con una entrada, aparte de ofrecer, generalmente, unas dimensiones inferiores a las que posee la citada dependencia del mausoleo del Colegio Romeu; de ahí que su interpretación como *arcosolium* resulte muy problemática.

En un intento de agotar todas las posibilidades, el croquis de la planta del edificio realizado tras la campaña de 1963 (Roca, 1964: 4), en el que se representa la prolongación de los cimientos que en la actualidad no son visibles, podría sugerir una construcción de planta cruciforme, posiblemente, de cruz griega, recordando a otros edificios como el mausoleo de El Daimun (El Ejido, Almería), (Fig. 6) (Cara, Rodríguez, 1987: Fig. 2), sin duda, con el que ofrece un mayor parecido, el mausoleo número 6 de la necrópolis paleocristiana de Tarraco (del Amo, 1979) o la denominada «Sinagoga» de Sádaba (García y Bellido, 1963), fechados en la mitad del siglo IV. En este caso, se conservaría un brazo constituído por el espacio de entrada y el arranque de otros dos, faltando el cuarto que debería localizarse en los restos caídos al otro lado de la grieta. Sin embargo, esta interpretación no deja de ser una mera hipótesis, inverificable por el momento, ya que

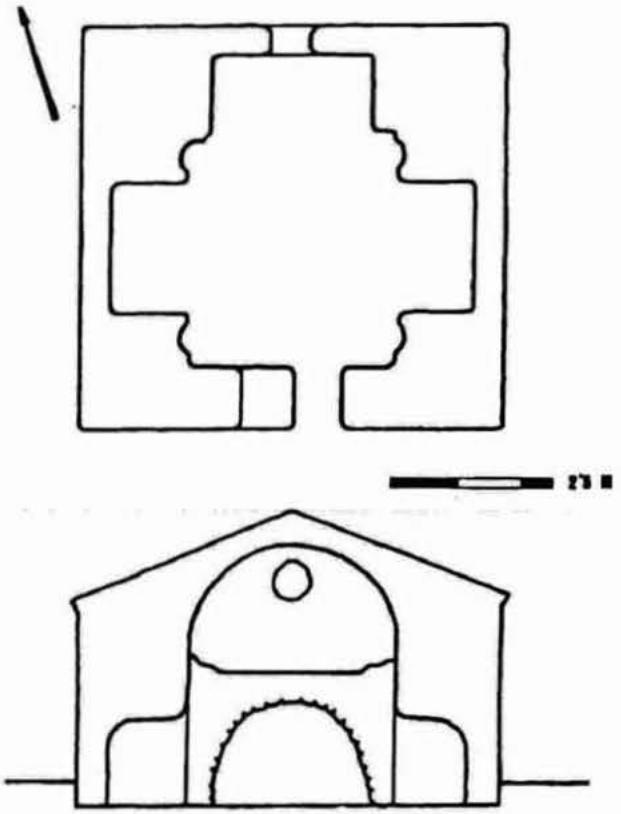


Fig. 6.— Planta y alzado del mausoleo romano de El Daimun (El Ejido, Almería) (según Cara y Rodríguez, 1987).

los vestigios citados quedaron sepultados por el relleno sobre el que se construyó el patio del colegio, perdiéndose la posibilidad de haber comprobado tal extremo. En consecuencia, deber ser manejada con la precaución que aconsejan las circunstancias apuntadas, máxime si se tiene en cuenta que se ignora la cronología del edificio, dada la ausencia de indicios; lo que constituye otro serio inconveniente al impedir su relación con otros exponentes conocidos y fechados.

Si los intentos por situar esta construcción dentro de un marco tipológico plantean los problemas ya reseñados, no menos complicado resulta el establecimiento de su cronología. Los escasos materiales recogidos en la campaña de 1963 no pertenecen a un contexto claro, ya que aparecieron revueltos por lo que pocas conclusiones pueden extraerse de ellos. Por otra parte, el análisis de la técnica constructiva tampoco aporta detalles que permitan precisar la fecha del monumento, por tratarse de un tipo de aparejo ampliamente difundido en la arquitectura de *Saguntum* a lo largo de varios siglos.

A falta de otros datos, conviene tener presente que la zona donde se emplaza este sepulcro recibió un notable impulso constructivo a partir de finales del siglo I y a lo largo del siglo II (Aranegui, en prensa), como lo prueban algunos edificios como el mausoleo de las familias Antonia y Sergia o el circo, localizados en la parte norte de la ciudad y no muy distantes de la situación del monumento del Colegio Romeu. No obstante, dada la fragilidad de los argumentos, sólo puede manejarse como hipótesis, a confirmar en futuras investigaciones, la relación entre este edificio y el fenómeno de expansión urbana sugerido en la época apuntada en este sector de la ciudad.

NOTAS

1 Agradecemos a la Dirección del Grupo Escolar «José Romeu» y en particular a su conserje D. José Garnés Zapata las facilidades y colaboración prestadas en todo momento para la elaboración de la parte gráfica de este trabajo. Las figuras han sido realizadas por Elvira González de Durana, mientras que las fotografías son del autor.

BIBLIOGRAFÍA

Almagro-Gorbea, M. (1980): «El monumento funerario romano con friso dórico de Sagunto». *Saguntum*, 15, pp. 127-135.

Amo, Mª D. del (1981): *Estudio crítico de la necrópolis paleocristiana de Tarragona*, Tarragona.

Aranegui, C. (En prensa): «Datos para el conocimiento de Sagunto en el siglo II». *La cité et la communauté civique en Hispania aux IIe et IIIe siècles ap. J.-C.*

Aranegui, C.; Hernández, E. y López, M. (1987): «El foro de Saguntum: la planta arquitectónica». *Los foros romanos de las provincias occidentales*, Valencia, pp. 73-97.

Baldassarre, I. (1987): «La necropoli dell'Isola Sacra (Porto)». En Hesberg, H. von y Zanker, P. (Eds.): *Römische Gräberstrassen. Selbstdarstellung-Status-Standard*, Munich, pp. 125-138.

Beltrán-Lloris, F. (1980): *Epigrafía latina de Saguntum y su territorium*. Trabajos Varios del S.I.P., Valencia.

Bendala, M. (1976): «Las necrópolis de Mérida». *Augusta Emerita. Actas del Bimilenario de Mérida*. Madrid, pp. 141-161.

Cara, L. y Rodríguez, J. M.ª (1987): «El mausoleo romano de El Daimun (El Ejido, Almería)». XVIII *C.N.A.*, Zaragoza, pp. 833-840.

Chabret, A. (1888): *Sagunto, su Historia y sus Monumentos*, II. Barcelona, pp. 93-5.

Chabret, A. (1897): «La necrópolis saguntina». *B.R.A.H.*, XXXI, pp. 458-466.

D'Ambrosio, A. y Caro, S. de (1983): *Fotopiano e documentazione della necropoli di Porta Nocera*, Milán.

D'Ambrosio, A. y Caro, S. de (1987): «La necropoli di Porta Nocera. Campagna di scavo 1983.» En Hesberg, H. von y Zanker, P. (Eds.): *Romische Gräberstrassen. Selbstdarstellung-Status-Standard*, Munich, pp. 199-228.

García Merino, C. (1977): «Un sepulcro turriforme en la Meseta Norte. El yacimiento arqueológico de Vildé (Soria).» *B.S.E.A.A.*, XLII, pp. 41-60.

García y Bellido, A. (1962-1963): «La villa y el mausoleo romanos de Sádaba.» *A.E.S.P.A.*, XXXV-XXXVI, pp. 166-170.

García y Bellido, A. (1963): *La villa y el mausoleo romanos de Sádaba*. E.A.E., 19.

Hernández, E. (1988): *El teatro romano de Sagunto*. Valencia.

Hesberg, H. von (1987): «Planung und Ausgestaltung der Nekropolen Roms im 2 Jh. n. Chr.» En Hesberg, H. von y Zanker, P. (Eds.): *Römische Gräberstrassen. Selbstdarstellung-Status-Standard*, Munich, pp. 43-60.

Jiménez, J.L (1989): «El monumento funerario de los Sergii en Sagunto.» *Homenatge A. Chabret 1888-1988*, Valencia, pp. 207-220.

Olcina, M. (1987): «La necrópolis romana.» En Varios: *Guía de los monumentos romanos y del Castillo de Sagunto*, Valencia, pp. 109-112.

Puig i Cadafalch, J; Falguera, A. de y Goday, J. (1908): *L'arquitectura romànica a Catalunya*. Barcelona.

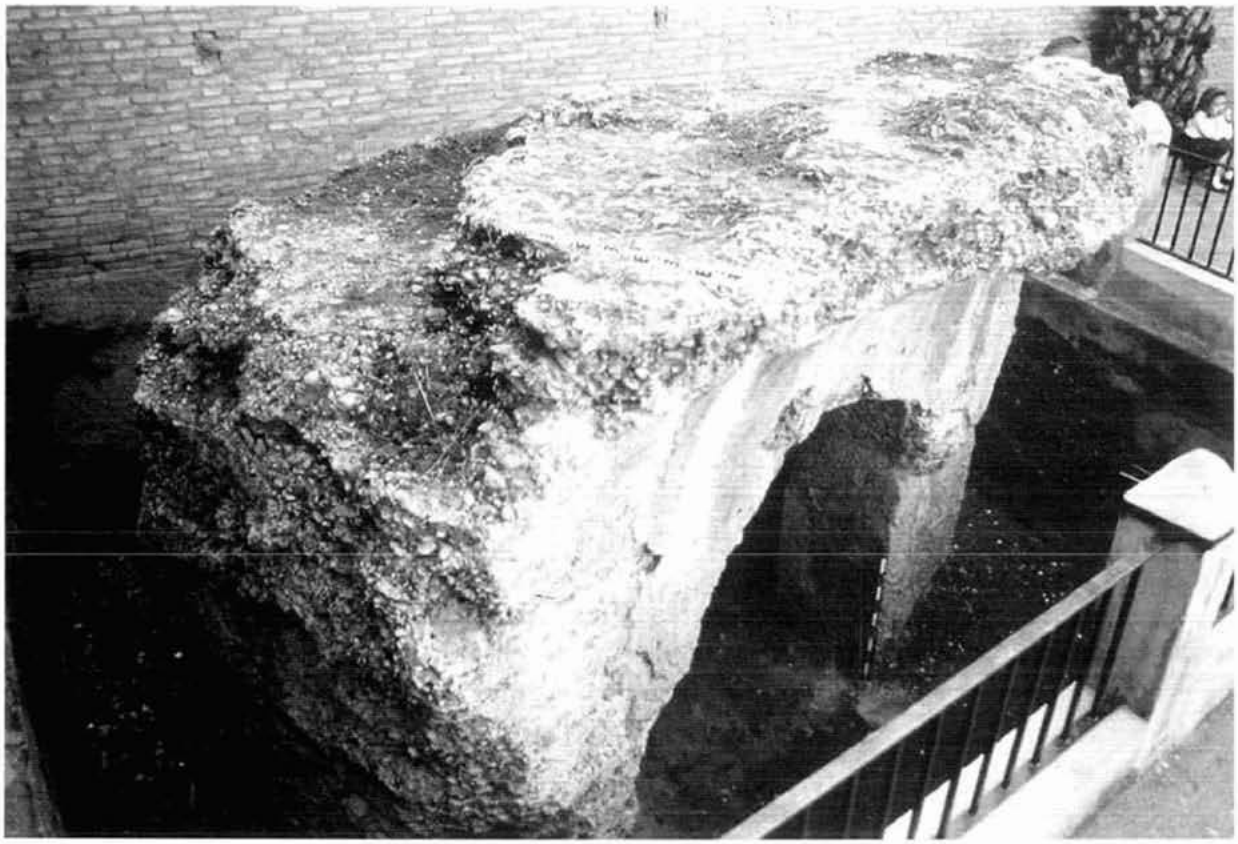
Puig i Cadafalch, J. (1934): *L'arquitectura romana a Catalunya*. Barcelona.

Roca, F. (1964): «Memoria que presenta la Junta Directiva del Centro Arqueológico Saguntino con motivo de unas prospecciones llevadas a cabo en un antiguo monumento romano de nuestra ciudad.» *Arse*, 7, pp. 1-5.

Sanmartí, J. (1984): «Els edificis sepulcrals dels Països Catalans, Aragó i Múrcia.» *Fonaments*, 4, pp. 87-165.



Lám. I.— Construcción situada en el Grupo Escolar «José Romeu». Vista general de la estructura conservada desde el lado norte



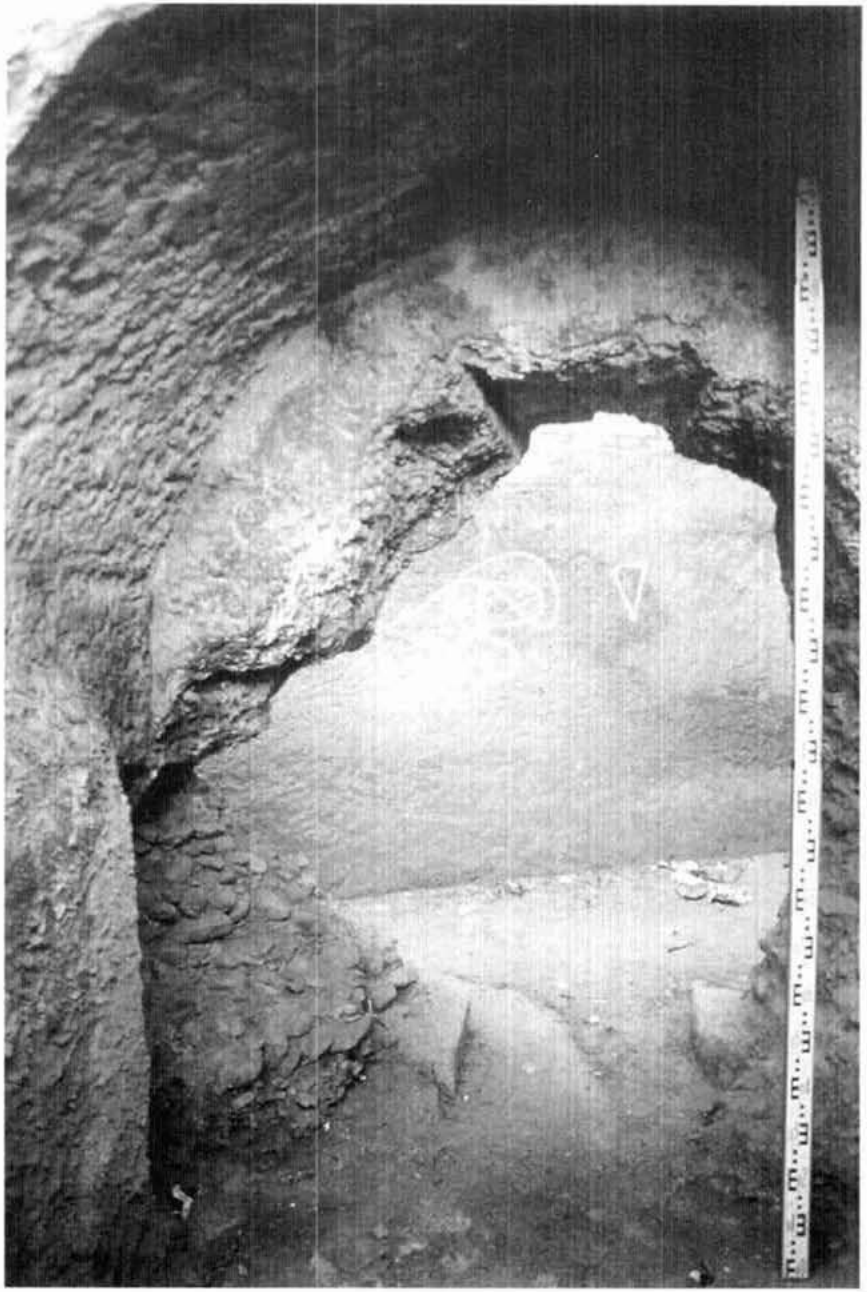
Lám. II.— Idem. Otra vista de conjunto tomada desde el ángulo noroeste



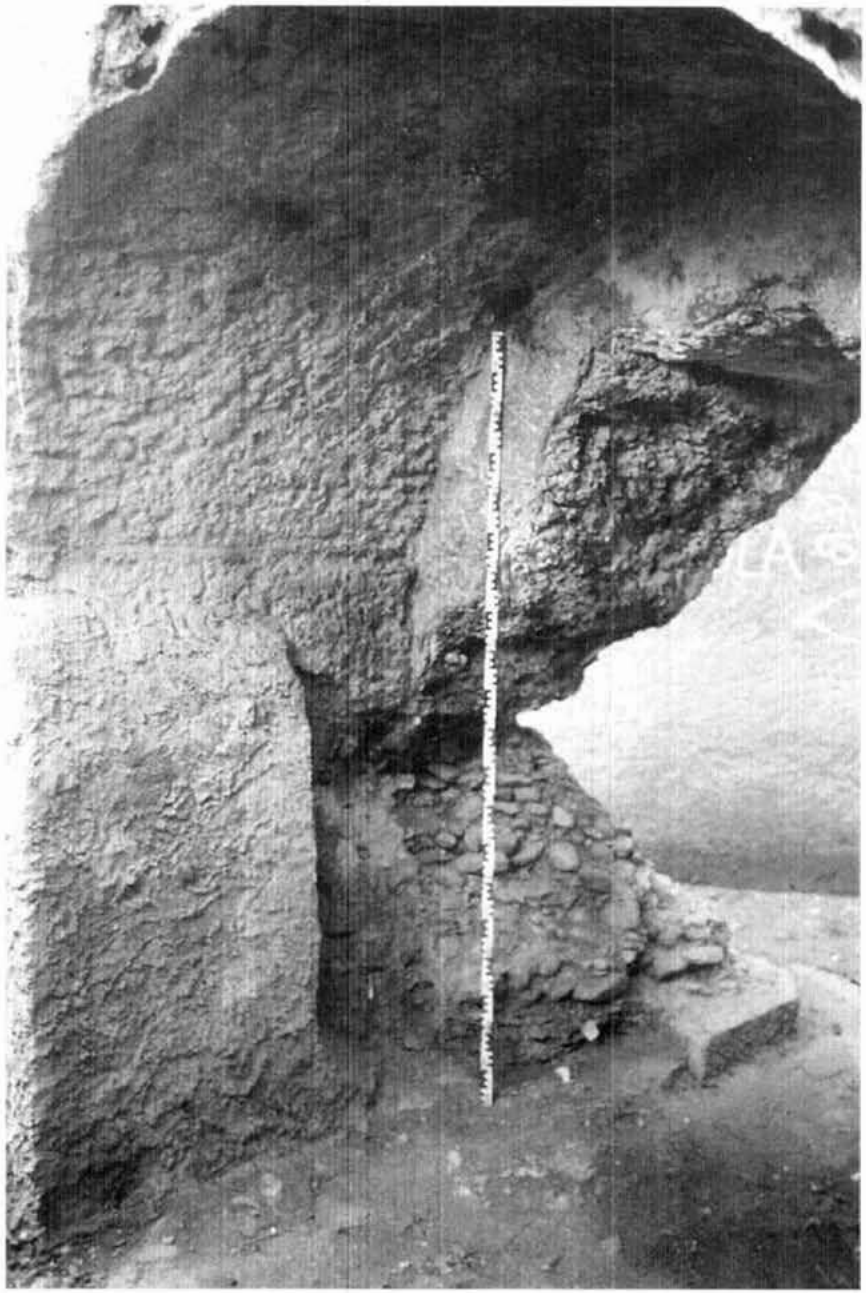
Lám. III.— Idem. Detalle del lado oriental



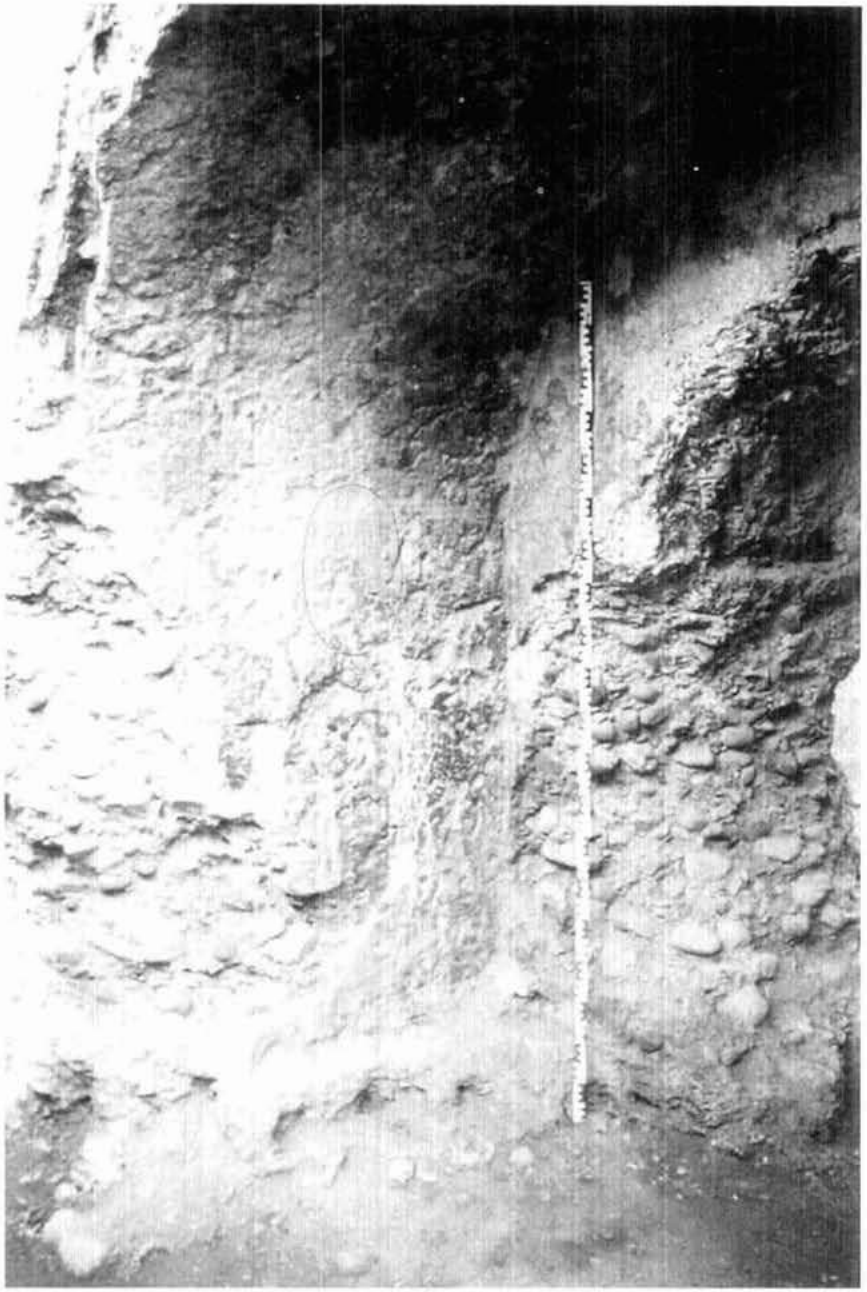
Lám. IV.— Idem. Lado sur. Detalle de la cimentación con la interrupción correspondiente al vano de acceso. Debajo se aprecia una plancha de hormigón moderno



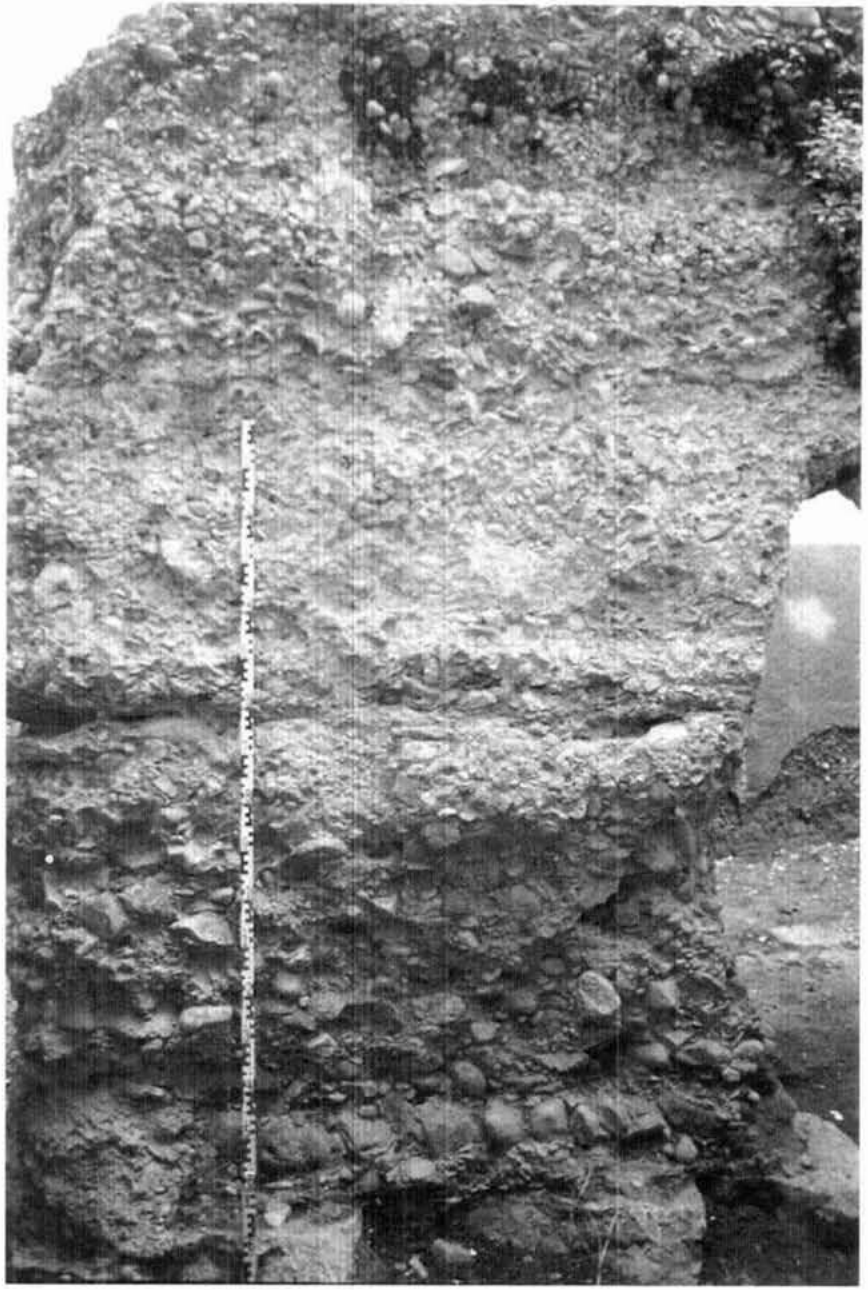
Lám. V.— Idem. Detalle del vano, tomado desde el lado norte. En la parte superior se aprecia el rebaje practicado en el opus caementicium



Lám. VI.— Idem. Detalle del vano y del espacio cubierto con una bóveda de arco ligeramente rebajado (ángulo sureste). En primer plano, a la izquierda, se observa una reconstrucción moderna



Lám. VII.— Idem. Ángulo suroeste del pequeño espacio abovedado con los únicos restos de pavimento en la parte inferior



Lám. VIII.— Idem. Lado sur. Detalle del opus caementicium *desprovisto del paramento de* opus quadratum



Lám. IX.— Idem. Detalle de la técnica constructiva, donde se distingue el revoque de la bóveda.



Lám. X.— Idem. Lado sur

J. J. Seguí Marco*

PAULLO AEMILIO REGILLO, PATRONO DE SAGUNTUM

Uno de los aspectos más relevantes en las relaciones de las comunidades urbanas provinciales con los órganos de gobierno de la administración central romana fue, sin lugar a dudas, el que se estableció a través de los patrocinios municipales (D'Ors, 1957: 367-380; Engesser, 1957, *passim*; Harmand, 1957, *passim*; Seguí, 1988, *passim*). El origen de la institución se localiza en la época republicana, cuando Roma traslada al ámbito público marcos de vinculación originariamente privados —como la *amicitia*, el *hospitium* y la *clientela*—, incorporando de este modo a los asuntos internacionales un componente característico de las relaciones personales. Asimilación inevitable, si tenemos en cuenta, tanto el carácter arcaizante del derecho internacional romano, como el papel activo que asumió la *nobilitas* durante el proceso de expansión y conquista militar mediterránea. Esta actitud aristocratizante y personalista en la orientación de los asuntos internacionales, muchas veces en conflicto con el Senado, alcanzará su punto culminante en el último siglo de la República, cuando la búsqueda de amplias clientelas provinciales sea la divisa de los líderes más ambiciosos (Hellegouarc'h, 1963: 42-170; Saller, 1982, *passim*; Harris, 1989, *passim*).

* Dpto. de Historia Antigua, Universitat de València.

Este fenómeno tendrá, a su vez, un factor de convergencia en el comportamiento que caracterizó a las comunidades de Italia y, no mucho después, a los territorios con una creciente asimilación de la cultura romana, como vendrá a ser el caso de extensas zonas de Hispania desde el siglo I a.C. Las ciudades en esta tesitura aspirarán, o bien a la modificación de unos estatutos jurídicos nada o escasamente favorables —nos referimos, naturalmente a las *civitates stipendiariae, liberae y foederatae*, como tipos más corrientes—, o bien, para el reducido grupo de las privilegiadas —*municipia y coloniae*—, se abrirá la posibilidad de conseguir funciones y honores que afiancen su posición relevante dentro del conjunto metropolitano provincial. En resumidas cuentas, para unas y para otras la obtención de un estatuto privilegiado va a ser la única vía posible capaz de facilitar al grueso de las aristocracias locales, la ansiada incorporación a los *ordines* de la sociedad romana, primero a los inferiores, pero con la vista puesta en metas más elevadas (Sherwin White, 1973: 360-444; Alföldy, 1987; 167-181).

El procedimiento de inserción de estos personajes influyentes al *album* municipal es bien conocido: aceptación del candidato, presentación ante la *curia* de la propuesta y elección (*cooptatio*). Una vez formalizada la

designación se emitía el correspondiente decreto decurional y se grababa en bronce un documento doble acreditativo de la relación patronal establecida (*tabula patronalis*), enviándose un ejemplar al nuevo patrono a través de unos embajadores nombrados al efecto por la ciudad (*legati*). Esta, por su parte, se encargaba de insertar al nuevo patrono en el lugar que le correspondiera del *album*, lo que dependía necesariamente de su categoría (Nicols, 1980: 535-561; Seguí, 1988; 80-119).

A la búsqueda de estos *patrocinia* las ciudades desplegarán una intensa actividad, conscientes de la trascendencia que los mismos iban a tener en su promoción. El objetivo más ambicionado era, como bien puede suponerse, la cooptación del mayor número de patronos posible y naturalmente, si se presentaba la oportunidad, de aquellos encuadrados dentro de las familias senatoriales. Esto llevaría inevitablemente a una disociación entre los patrocinios más corrientes —reservados a las figuras locales y orientados, de una parte, a premiar los años de servicio a la comunidad y, de otra, a estimular, aún si cabía más, la munificencia de los así alagados— y los que se conseguía recayeran sobre individuos de los *ordines* superiores, y que por su propia naturaleza tendían a satisfacer necesidades intrínsecamente diferentes orientadas, sobre todo, hacia la defensa política y jurídica de la ciudad ante las altas instancias del Estado, cuando eventualmente las circunstancias lo hicieran aconsejable[1].

Hasta el momento, el único patrocinio municipal conocido sobre *Saguntum* nos consta gracias a la epigrafía. La inscripción se encuentra en la actualidad desgraciadamente desaparecida, pero el texto no nos ofrece ninguna duda al haber sido recogido por el conde de Lumiares (1852: 59-60) y adecuadamente fijado en el *CIL* II 3837 por E. Hübner[2]:

[P]aul[l]o Aemilio/Paulli f(ilio) Pal(atina tribu)/Reg[i]llo XV vir(o)/sacris faciend[is]/praefecto urb(i)/iuri dicund[o]/quaestori/Ti/(berii) Caesaris Au[g(usti)]/patrono[3].

Como se desprende del mismo, se hace mención al *patrocinium* de *Paullus Aemilius P.f. Regillus*. En el momento de la publicación del *CIL* II el personaje no estaba identificado (Hübner, 1869: 516), pero gracias al descubrimiento de diversas inscripciones serviles pertenecientes al mausoleo de la familia Marcella (*Monumentum Marcellae*)[4] Th. Mommsen estuvo en codiciones de proponer su parentesco. Para el investigador alemán, nuestro senador sería hijo del matrimonio formado por *Claudia Marcella minor*, la hijastra de Augusto, y *L. Aemilius Paullus*, cónsul del año 34 a.C., viudo de un primer enlace con *Cornelia*, con quien había engendrado a *L. Aemilius Paullus* —que sería cónsul el 1 d.C.— y a *M. Aemilius Paullus* —el futuro cónsul del 6 d.C.—, y de los que, en consecuencia, el futuro patrono saguntino iba a ser su hermanastro (Mommsen, 1876: 909).

No obstante, esta ubicación genealógica de *Aemilius Regillus*, que había venido siendo admitida unánimemente[5], presentaba un aspecto poco convincente, a saber, la falta de adecuación entre el *cursus honorum* y su cronología. En efecto, *P. Aemilius Regillus* no podía haber nacido con posterioridad al año 12 a.C., pues sabemos que entonces moriría el segundo marido de su madre, *M. Valerius Messala Barbatus*[6]. Puesto que se conocía que fue *quaestor Ti(berii) Caesaris Aug(usti)* era de todo punto anómalo la edad —superior a los treinta años— que presentaba para el ejercicio de esa magistratura. Esto llevó a E. Bayer (1968: 118ss.) a revisar todo el *stemma* de la familia, proponiendo dejar a *L. Aemilius Paullus*, el cónsul del 34 a.C., con un sólo matrimonio, el de *Cornelia*, mientras que *marcella minor* habría sido la esposa del cónsul del 1 d.C., *L. Aemilius Paullus*, de cuya unión habría nacido nuestro *Paullus Aemilius Regillus*. Obviamente esta corrección obligaba a modificar el matrimonio de *Marcella minor* con *Valerius Messala*, que ahora pasaría a ser de primeras nupcias, y a proponer un segundo enlace de ésta a partir del 12 a.C., ahora con *L. Aemilius Paullus*. Necesariamente esta unión no podía haber perdurado más allá del 2 a.C., pues sabemos que en esta fecha éste casó con Julia, la nieta de Augusto[7].

Como cualquier joven patricio romano, *Paullus Aemilius Regillus*[8] se habría incorporado a la edad reglamentaria —entre los veinte y veinticinco años— a uno de los puestos reservados al *cursus* senatorio dentro del vigintivirato, para después ingresar en el servicio militar como tribuno laticlave, aspectos que no se reflejan en la inscripción[9]. Posteriormente ejerció como *praefectus urb(i) iure dicundo* (sic)[10], una función prestigiosa para un joven del orden senatorial, encargado como estaba de suplir a los magistrados supremos durante la celebración de las *feriae Latinae* (Cagnat, *s.v. praefectura-praefectus; in* Daremberg-Saglio, IV, 612; Ensslin, *RE* XXII 2 (1954), s.v. *praefectus*, 1304-1306). Su carrera se interrumpe a comienzos del reinado de Tiberio, tras haber sido designado *quaestor Ti(berii) Caesaris Aug(usti)*, en una de las cuesturas cuyo nombramiento se reservaba el emperador para ejercer en la capital[11], y haberse incorporado como *XVvir sacris faciendis* (sic) a uno de los colegios religiosos más importantes de Roma[12]. Las razones del radical hiato que posteriormente se produce son desconocidas y pueden ser de variada índole: la insuficiencia de nuestras fuentes, su caída en desgracia, o su muerte. Es, sin embargo, este último el motivo, hasta el momento unánimemente admitido (Bayer, 1968; 120 y 122; Cébeillac, 1972: 31; Beltrán, 1980: 364)[13].

La cronología de este patrocinio no ofrece demasiados problemas, y ha de situarse en el arco temporal que va desde los años de la legación de *M. Aemilius Lepidus*, es decir, entre el 10/12 y el 14/17[14], hasta los años inmediatamente posteriores a su nombramiento como

quaestor. Cébeillac (1972: 31) ha propuesto para este último empleo el 21 d.C., una fecha muy alta si tenemos en cuenta que este autor considera a *Aemilius Regillus* hijo del cónsul del 34 a.C. —habría ejercido la *quaestura* como muy pronto a los 33 años—, pero válida si aceptamos el *stemma* de Bayer, pues por entonces podría estar en torno a los 25 años[15].

Resta, no obstante, determinar la difícil cuestión de las razones que empujaron a los *saguntini* a ofrecer a nuestro personaje un puesto entre los *patroni* de la ciudad, así como las motivaciones que condujeron a éste a aceptarlo.

Sobre estos aspectos se han barajado dos tipos de explicaciones. E. Bayer ha sugerido que la presencia de *Aemilius Regillus* en *Saguntum* podría responder a motivos políticos. De este modo, cuando su padre fue condenado por su participación en una conjura contra Augusto[16], *Regillus* habría sido desterrado discretamente a esta ciudad[17], padeciendo un castigo similar al que sufrió su primo *L. Antonius* —hijo de *Cl. Marcella Maior* y *Iullus Antonius*— enviado a Marsella tras la condena a muerte de su padre por adulterio con Julia, la hija de Augusto, el 2 a.C.[18]. Rehabilitado posteriormente, pudo iniciar su *cursus honorum*, que se malograría por una muerte temprana (Bayer, 1968: 122 n 26).

Sin embargo, la *communis opinio* creada en torno a su presencia en la ciudad saguntina reviste tintes meramente coyunturales. Durante la estancia de su tío, *M. Aemilius Lepidus*, como gobernador de la *Hispania Citerior* entre el 14 y 17/18 d.C., *Aemilius Regillus* le habría acompañado, aunque sin ninguna función específica (Alföldy, 1969: 12 n 52; Bonneville, 1985: 272 n 56)[19] formando parte de su *cohors amicorum* (Beltrán, 1980: 364).

Así pues, *Saguntum*, que se encontraba en los comienzos de su andadura municipal, ávida de configurar su *album* patronal con figuras egregias, no habría desaprovechado la ocasión de engrosar la nómina de sus patronos ante la presencia física de *Regillus* en la *Citerior* y su paso por la ciudad. Hay que resaltar en este sentido que su condición de joven senador desprovisto de empleo administrativo, allanaba las dificultades que el poder central siempre creaba a las *cooptationes*. En efecto, la fiscalización a la que se iban a ver sometidos los individuos *cum imperio*[20] en este caso no se daba, al contrario de lo que ocurría con su hermanastro, *L. Aemilius Lepidus*, el gobernador provincial —y, por tanto, el mejor candidato—, que, por demás, iba ya a contraer el patrocinio sobre *Uxama* (*CIL* II 2820). Así las cosas, *Aemilius Regillus* se incluiría dentro del grupo de los jóvenes senadores a los que las ciudades procuraban cooptar al comienzo de su carrera, cuando los expresados inconvenientes legales aún no existían, mientras por el contrario, resultaba evidente que a plazo no muy lejano estaban predestinados a ocupar puestos muy relevantes. Para estos jóvenes candidatos la *cooptatio* les facilitaba una plataforma de relaciones y honores que contribuían, ante la opinión pública, los *patres* y el Emperador, a resaltar su importancia y prestigio personales, aún escasos lógicamente en los comienzos del *cursus*[21].

No obstante, la posible estancia personal de *Aemilius Regillus* en *Hipania* y sus ambiciones personales, así como la oportunidad que el azar brindaba a la ciudad, no bastan, en nuestra opinión, para explicar su elección por los *saguntini*. Un planteamiento tan coyuntural distorsiona las causas reales de los patrocinios y las relaciones sincrónicas y diacrónicas que generan.

Los reglamentados requisitos que envuelven la elección por la *Curia*[22], extremadamente puntillosos, como ya vimos, con los senadores, son una prueba indiscutible de la importancia que revestían estos nombramientos. Y ello era así porque en la *cooptatio* senatorial —la menos frecuente, como apuntamos anteriormente— ambos sujetos jurídicos debían sopesar muy cuidadosamente las consecuencias de sus actos, puesto que sus repercusiones no se sustanciaban sólo en los propios contrayentes —*curia* y *patronus*—, sino que trascendían temporalmente a su formalización, implicando en el mismo tanto a la comunidad como a la *gens* del patrono, como claramente se especificaba en los formularios de las *tabulae* conservadas: *in fidem clientelamque suam liberorum posterorumque suorum recepit*[23].

Al mismo tiempo, era un acto político, que situaba a quienes establecían los pactos en un horizonte en el que una decisión oportuna podía comportar grandes beneficios, pero que de ser equivocada, los arrastraría —especialmente a la ciudad— a situaciones muy delicadas.

Consecuentemente, la *cooptatio* no podía entrar jamás en contradicción ni con los intereses de la ciudad, ni con los del patrono y su *gens* —puesto que unos y otros rebasaban la actualidad del momento, condicionados como estaban por su propia tradición histórica—, ni tampoco ser ajena al contexto sociopolítico contemporáneo, donde necesariamente estaba obligada a enmarcarse.

Si analizamos la historia de *Saguntum* desde la II Guerra Púnica hasta el declinar de la República, advertimos el temprano reconocimiento que Roma le dispensa, acogiéndola bajo su protección (*fides*) ya desde los albores del conflicto (Badian, 1972: 50-51 y 293)[24], y que son el origen del ulterior disfrute de la condición de *civitas foederata* cuando la ocupación romana se haga efectiva, no más allá del 206 a.C. (Badian, 1972: 116-120; Marín, 1988: 31)[25].

En el establecimiento del *foedus* jugará un papel decisivo Escipión. Su padre y su tío, durante el curso de las operaciones, habían recuperado la ciudad a los cartagineses en el 212 a.C.[26] tras un primer intento fallido el 217 a.C.[27], creando con el restablecimiento de la

población expulsada, una situación potencial de clientela que, si bien pudo no formalizarse en aquel momento, lo haría necesariamente sobre el futuro Africano. La embajada que la ciudad envió a Roma el 205 a.C. durante el consulado de Cn. Escipión, el papel activo que éste asumió presentándola ante el Senado y el tono empleado por sus delegados, traslucen la existencia de lazos clientelares entre Escipión y los saguntinos (KNAPP, 1975: 54)[28], quienes alrededor de esas fechas ya habrían formalizado su condición federativa, ratificada cuando Roma estableció la primera división provincial el 197 a.C.[29]. El mutismo de las fuentes sobre *Saguntum* —mejor quizás para entonces, la denominación ibérica de *Arse*— a lo largo del siglo II a.C. es una prueba del discurrir tranquilo de la ciudad, segura tras los acuerdos con Roma y confiada en su correcta aplicación por la salvaguardia que le deparaba el influyente clan de los *Scipiones*, asociados desde los lejanos tiempos de la II Guerra Púnica con los *Aemilii*, con quienes formaba un poderoso grupo de presión en el Senado. Esta alianza partía de la unión matrimonial de la hija de *L. Aemilius Paullus* (*cos.* 219 a.C.), *Aemilia Tertia*, con *P. Cornelius Scipio Africanus* (*cos.* 205 a.C.), y agrupaba a otras familias —Livios, Servilios, Minucios—, hasta el punto de convertirse en una fuerza decisiva en la dirección del Estado hasta los primeros años del siglo II a.C. (SCULLARD, 1981: 39-152). La alianza política y la influencia del grupo se reforzarían a partir de Pydna, consolidándose con la *adoptio* del hijo de *L. Aemilius Paullus Macaedonicus* (*cos.* 182 y 168) por el clan de los Escipiones, en la figura de *P. Cornelius Scipio Aemilianus*, el futuro conquistador de Numancia (SCULLARD, 1981: 211-248).

Esta pacífica situación se verá alterada durante las guerras sertorianas. La ciudad, en contra de la postura mayoritaria de toda la provincia a favor de Sertorio[30], se inclinará por el partido senatorial prosilano que ahora dominaba la República[31]. Las razones no sólo hay que buscarlas en que para *Saguntum* el gobierno de la metrópoli podía ser siempre el legal, sino, lo que es aún más importante, en que los Cornelii Scipiones, de quien la ciudad era tributaria, estaban enfrentados a los populares de Mario, y ahora a sus epígonos aglutinados en torno a Sertorio[32]. *Arse* iba a sufrir, aislada en un territorio hostil, las penalidades de la guerra[33], pese a que la definitiva victoria senatorial la compensará crecidamente de todos los sinsabores padecidos. La feliz coincidencia de que por aquellos años *Q. Caecilius Metellus Pius*, quien junto a *Cn. Pompeius* había conducido la guerra contra Sertorio, asumiera directamente las clientelas de los Escipiones —había adoptado al hijo de *P. Cornelius Scipio Nasica*, desde ese instante *Q. Caecilius Metellus Pius Scipio*[34]— depararía a *Saguntum* una doble ventaja, al converger la alianza con los poderes públicos de la República, con el sometimiento a los deberes de la clientela. Su condición de federada se mantenía, en consecuencia, incólume y su prestigio —un tanto apagado en los últimos cien años— recuperaba las cotas de la II Guerra Púnica. Metelo daba un paso decisivo al conceder al saguntino *Q. Fabius* —destacado en el último conflicto— la ciudadanía romana[35], decisión que Pompeyo ampliaba a todos los *Fabii* (BADIAN, 1972: 257 y 304)[36]. Estas medidas excepcionales, aunque cautelosas, harían abrigar sin duda a la población saguntina esperanzas de que a corto plazo el *status* federado de la ciudad pudiera ser revisado, y la ciudadanía romana se acabaría generalizando a todos sus habitantes[37]. La aparición de monedas primero bilingües y después latinas, así como la progresiva eliminación del nombre íbero de *Arse* como denominación de la ciudad por el de *Saguntum*, y el fin de la cooficialidad del ibérico con el latín (BELTRÁN, 1950: 318), son pruebas evidentes de las contribuciones que la población estaba dispuesta a hacer en este proceso de «autorromanización» (SHERWIN WHITE, 1973: 223-224).

Desgraciadamente la marcha ascendente hacia la municipalización se vería truncada por su alineamiento pro pompeyano durante las guerras del 49 y 45 a.C., en las que, nuevamente, tomó un papel activo[38]. Esta actitud que estaba, por demás, en completa coherencia con su pasado y su clientela, retrasará imprevistamente su constitución como *municipium civium Romanorum*[39], a diferencia de lo que ocurra con *Gades* —con la que tantas semejanzas guarda— que verá por entonces satisfechas estas mismas aspiraciones (BRUNT, 1971: 262, 238, 587 y 602; GALSTERER, 1971: 17-19 y 76). César, autor del primer impulso amplio a las fundaciones privilegiadas, no pudo, dado el comportamiento de la ciudad durante el conflicto, autorizar la transformación de *Saguntum*, teniendo en cuenta además, el carácter sectario que el dictador dio a este tipo de concesiones[40].

La trascendental modificación de las estructuras internas de *Saguntum* ha de arrancar, en consecuencia, del 44 a.C. —año de la muerte de César— y cerrarse necesariamente antes del 4/3 a.C. —fecha atestiguada epigráficamente de la existencia ya de los *municip(es) saguntini*[41]. La historiografía a la hora de precisar cronológicamente este acontecimiento se ha inclinado por la época augústea. Aunque se aventuró la fecha del 29 a.C. y a *Calvisius Sabinus* como su *constitutor*, como consecuencia de incorporar a las series monetales de la ciudad un conjunto de piezas que se atribuían a *Carthago Nova* (GRANT, 1946: 155s.), la propuesta ha sido tan contundentemente rechaza que ya no puede ser mantenida en la actualidad (BELTRÁN, 1950, *passim*; VILLARONGA, 1967: 37-38 y 82-83 y BELTRÁN, 1980: 382 y nº 15). Mucho más recientemente, el último de los autores reseñados ha presentado como más favorable para la municipalización el decenio de los años treinta (BELTRÁN, 1980: 386). Esta deducción se ha hecho en base a la lectura de la leyenda *M.SAG.* como *m(unicipium) sag(unti-*

num), en una de las monedas que clasificara L. Villaronga con posterioridad al 85-83 a.C. (Villaronga, 1967: 112-113). La lectura rebaja inevitablemente su cronología más allá del 56 a.C. —momento en que Cicerón pronuncia su *Pro Balbo*, y en el que la ciudad aún es federada— como fecha *post quem* de la municipalización. Por otra parte —según el indicado autor—, ya que por su metrología e iconografía se adecuaría al período 29-23/20 a.C., dispondríamos por otra parte del término *ante quem* para las series inaugurales del *municipium*, lo que nos facilitaría unas fechas acotadas para la transformación municipal: los años 56-30/27 a.C. (Beltrán, 1980: 384). Teniendo en cuenta —siempre siguiendo a F. Beltrán— que Pompeyo no constituyó ninguna colonia o municipio romano, y que César o cualquiera de sus legados no podían promocionar a una ciudad simpatizante con el partido pompeyano, *Saguntum* sería una fundación augústea, que por las razones políticas y monetales indicadas, debe atribuirse a los años que median entre el 40 y el 30 a.C. (Beltrán, 1980: 385-386).

Así pues, *Saguntum* había logrado, cuanto menos desde los albores del gobierno de Octavio, la ansiada ciudadanía romana para sus habitantes, aunque su inmediato pasado comprometía ostensiblemente sus relacions con el hijo adoptivo de César. Resulta obvio que la ciudad necesitaba imperiosamente un nexo con la nueva dinastía si sus habitantes querían ocupar un puesto relevante en el nuevo orden augústeo. La oportunidad estaba en los *Aemilii Lepidi*.

La clientela saguntina con los Metelo-Escipiones habría sufrido un serio embate con la muerte el 46 a.C. de *Q. Metellus Scipio* (*cos.* 52) en *Hippo Regius* (Münzer, *RE* III 1 (1897), 1228). Sin embargo, para fortuna de *Saguntum* si la ciudad deseaba mantener —como así nos consta[42]— sus vínculos clientelares con esa familia, aún quedaba una rama de los *Cornelii Scipiones* que no se había asimilado a los *Caecilii Meteli*, y que había permanecido fiel a la causa cesariana. Era esta línea sobre la que precisamente ahora podía recaer la dependencia de la ciudad y la que posibilitaba la inserción de la clientela saguntina en el tronco imperial. El fenómeno se producía además, por partida doble. De una parte, porque *Publius Cornelius Scipio* (*cos.* 38/35 (?) a.C.), el representante de la familia desde aquel momento, casó con *Scribonia*, después de que ésta se hubiera divorciado Octavio, con quien había tenido una hija, *Iulia*[43]. Este vínculo con la familia del Emperador, liviano sin duda, se reforzaba por otra parte, y de forma extraordinaria, gracias a la clientela que la ciudad lograra de los *Aemilii Lepidi*. Y ello resultaba así porque, por un lado, la hija de Escipión y Escribonia, *Cornelia*[44], iba a casar con *Aemilius Paullus* (*cos.* 34 a.C.), padre de *L. Aemilius Paullus* (*cos.* 1 d.C.), el marido de *Claudia Marcella* y, por tanto, el progenitor de nuestro *Aemilius Regillus* (ver *infra stemma*).

El *patrocinium* de los *Aemilii Lepidi* era una jugada maestra de la curia saguntina, que con ellos conseguía enlazar su ancestral clientela bajo los Escipiones —asociada, según vimos, en el siglo II a.C. con una rama de los *Paulli Aemilii*— con la familia Julio-Claudia, pues *Aemilius Paullus* (*cos.* 34 a.C.)[45], íntimo amigo de Augusto (Syme, 1989: 529), tenía a su primogénito —*L. Aemilius Paullus* (*cos.* 1 d.C.)[46]—, casado con Julia, la nieta de Augusto[47], una vez que éste se había divorciado de *Claudia Marcella*. De otra parte, su segundo hijo, *M. Aemilius Lepidus* (*cos.* 6 d.C.), más afortunado que su hermano, era para Augusto candidato a alcanzar la dignidad imperial[48], mientras sus hijos contraerían matrimonio con dos príncipes imperiales, hijos de Germánico[49].

Establecidas pues las motivaciones que, sin duda, más debieron pesar en la *cooptatio* de *Aemilius Regillus*, queda por abordar el difícil problema de si fue el primer patrono de los *Aemilii Lepidi* con que contó la ciudad, o si por el contrario, hubo otros miembros contemporáneos o anteriores, que ya disfrutaron de esa condición. La cuestión es actualmente insoluble, al carecer de fuentes claras en tal sentido, pues los indicios, en una u otra dirección existen. Condiciones personales, según vimos, reunía suficientes para que los saguntinos hubiesen materializado en su persona los deseos de asociarse a la dinastía Julio-Claudia. Pero también es muy cierto que no puede descartarse, *a priori* y sin más, el que otros individuos de su entorno familiar fuesen el arranque de esta clientela. Una serie de aspectos meramente circunstanciales, empero que significativos, podrían avalar esta hipótesis.

Si retomamos por vía ascendente la genealogía de *Aemilius Regillus* advertimos que su tío, el *cos.* del 6 d.C. fue propretor en la *Citerior* (Alföldy, 1969: 12-13; Szramkiewicz, 1975, *passim*), y, a su vez, patrono de *Uxama*[50], mientras su abuelo, *L. Aemilius Paullus* (*cos.* 34 a.C.) había sido, quizás, legado en la misma provincia el 24 a.C.[51]. Su tío-abuelo era *M. Aemilius Lepidus*, uno de los *triumviri res publicae constituendae* a la muerte de César y con potestad sobre las dos Hispanias entre el 43-42 a.C., aunque ya había tenido competencias directas sobre la *Citerior*, en la que ejerció como legado en dos ocasiones, durante el 48 y el 44 a.C. (Rohden, *RE* I 1 (1893), nº 73, 556; Groag, *PIR* 2 A, nº 367, 59-60; Gaiva, 1974: 5-20). Cualquiera de ellos pudo, durante la segunda mitad del siglo I a.C., establecer el patronato sobre *Saguntum*, en base a sus condicones personales y a los antecedentes familiares con Hispania que también se podían haber derivado de la presencia de *M. Aemilius Lepidus Porcina* (*cos.* 137 a.C.) como procónsul de la *Citerior* el 136 a.C. (Klebs, *RE*, I 1 (1863), nº 83, 566-567).

En el caso de que la ciudad hubiese constituído la clientela con los *Aemilii Lepidi* a través del tío o del abuelo de *Regillus* no se nos ofrecen problemas ni de coyun-

tura —presencia como gobernadores— ni de cronología —24/22 a.C. ó 10/17 d.C.—, muy al contrario de lo que ocurre con el triunviro *M. Aemilius Lepidus*, cuya actuación en la *Citerior* tiene una trascendencia muy superior. Su eficacísimo gobierno de la provincia el 48 a.C. como hombre de César —que contrasta fuertemente con el desarrollado por su colega en la *Ulterior, Q. Cassius Longinus*— contribuirá a que una provincia filopompeyana se incline radicalmente —y salvo raras excepciones— por César (Gabba, 1970: 144-146; Harmand, 1970: 196-197; Galve, 1974: 17-18). La desaparición del *dictator* el 44 a.C. —precisamente cuando Lépido estaba nuevamente de gobernador en la *Citerior*— y su integración en el Triunvirato con la adscripción a su mando directo de Hispania y la Narbonense le permitirán, durante el breve tiempo en que, bien como gobernador, bien como triunviro, pudo controlar estas zonas —del 44 al 42 a.C.—, el despliegue de importantes medidas. Por una parte, negociaciones de paz con Sexto Pompeyo, que fueron coronadas por el éxito y supusieron la pacificación de la Península Ibérica (Galve, 1974: 19-20; Gabba, 1970: 154)[52], con la inevitable rentabilidad política para Lépido, que así se constituía en el arquitecto de una salida negociada a un conflicto que, reavivado peligrosamente tras el asesinato de César, él clausuraba. Por otro lado, una acción directa sobre los núcleos urbanos, favoreciendo los asentamientos de veteranos en comunidades coloniales *ex novo* —como es el caso de la *Colonia Iulia Victrix Lepida*— (Galsterer, 1971: 25; Galve, 1974: 30-48; Marín 1988: 222), y probablemente, interviniendo en la organización jurídica interna de algunas ciudades peninsulares, como pudo ser el caso de *Carthago Nova* (Beltrán, 1952, *passim*) e *Ilici* (Llorens, 1987: 8-9).

La cuestión se vuelve aún más interesante si tenemos en cuenta que los años de gobierno de Lépido coinciden precisamente con un período muy oscuro de la historia saguntina, aunque trascendental, pues la ciudad sale del mismo en puertas de ser dotada de la categoría municipal. Ciertamente no existe explicación para que Octaviano otorgara en fecha tan temprana —la que abarca los años entre 40/30 a.C., como vimos que se ha defendido— a una comunidad que había inclinado sus preferencias por el partido pompeyano, la categoría de *municipium civium Romanorum*, teniendo en cuenta que durante estos años no parece que se registrara en *Hispania* actividad colonizadora y municipalizadora significativas (García y Bellido, 1959: 470ss.; Brunt, 1971: 234-239, 584-588, 590-593, 602-604; Galsterer, 1971: 17-30 y 65-72).

Es más, las únicas modificaciones de *status* que conocemos en el período que media entre la muerte de César y el control exclusivo del poder por Octaviano (31 a.C.), se aplican sobre ciudades que ya contaban con una andadura experimental previa, que por razones diversas, no había sido posible consolidar. Esa primera fase fundacional englobará aparentemente aquellos asentamientos perfilados por César, en unos casos como colonias —así la *Colonia Norbensis Caesarina*—, en otros como municipios —como *Nassica Calagurris Iulia*—, y las creaciones de Lépido. A este último tipo correspondería la conocida *Col(onia) Vic(trix) Iul(ia) Lep(ida)*, de cuya *deductio* sería responsable el triunviro entre los años 48/47 (Galsterer, 1971: 24) ó 44/42 a.C. (Grant, 1978: 211; Galve, 1974: 45), y que pasó a configurarse definitivamente a partir de la pérdida de los poderes triunvirales por Lépido (36 a.C.), cuando ostentó la denominación final de *Col(onia) Vic(trix) Iul(ia) Celsa* (García y Bellido, 1959: 472-474; Galve, 1974: 45-46; Marín, 1988: 222).

Tampoco el panorama numismático, con el que se ha pretendido establecer orden en los orígenes municipales de *Saguntum*, clarifica la situación. Como el propio F. Beltrán ha puesto de relieve (1980: 383 n 23), su rectificación de la lectura monetaria anteriormente reseñada, altera la ordenación de las series saguntinas que estableciera L. Villaronga, pues obliga a situar acuñaciones que éste entendía como posteriores a la indicada, y que tenían caracteres ibero-latinos, por delante de otras que L. Villaronga estimaba como más antiguas (Villaronga, 1967: 112-113 y 163-164). Pero como Beltrán señala, las correcciones indicadas afectan también a las dataciones de todas las series que corresponden al mismo contexto numismático en donde se ubicaba aquella[53], lo que provoca irremediablemente una baja cronológica muy importante del numerario puramente latino del *Saguntum* republicano, que ahora debe situarse entre el 56/27 a.C. (Beltrán-Beltrán, 1980: 66).

Este hecho tiene indudable importancia para el tema que nos ocupa pues el conjunto monetario ahora coetáneo, *a grosso modo*, con el tránsito de *Saguntum* de ciudad federada a municipio romano, evidencia que los magistrados monetales de *nomen Marci Aemilii* son, pese a que alguno pueda encontrarse repetido, los mayoritarios —*M.Ae(milius)* (Villaronga, 1967: nº 93, 113 y 163), *M.Aemili(us)* (Villaronga, 1967: nº 98, 113 y 165), (*M.*) *Aem(ilius)* y (*M.*) *Aem(ilius) Ercol(anus ?)* (Villaronga, 1967: nº 110, 113 y 168), además del indicio de algún otro *Aemilius* más (Villaronga, 1967: nº 96, 113 y 164)—, seguidos a gran distancia de otros *nomina* como los *Calpurnii, Baebii* —ambas familias en esta misma época con sólo dos magistrados—, *Sempronii, Fabii, Acilii, Popilii* y *Valerii* —que no tendrán sino un único representante respectivamente (Villaronga, 1967: 80 y 113; Alföldy, 1981a, *passim* y 1984: 214).

De igual manera, la documentación epigráfica y numismática confirma la presencia de *Aemilii* en las magistraturas urbanas saguntinas durante los siglos I-II d.C.: *G. Aemilius G.f. Gal. Nepos, aed(ilis)* y *IIvir* (Hübner, *CIL* II 6025=Beltrán, 1980: nº 299, 247= Alföldy, 1984: nº 10, 236=Llorens-Ripollès, 1989: 159,

n 23); *L. Aemilius L.f. Gal. Gallus, [a]ed(ilis), flam(en) II, [sa]liorum mag(ister), quaestor, pontif(ex)* (*AE*, 1957: 314=Beltrán, 1980: nº 49, 65-66=Alföldy, 1984: nº 15, 65-66, entre los años 70-150=Llorens-Ripollès, 1989: 159, n 23); *L. Aemilius L.f. Gal. Veranus, aed(ilis), IIvir, flamen, quaestor [---]* (Beltrán, 1980: nº 50, 66 y 419=*AE*, 1955: 163=Alföldy, 1981b: 127ss.=Idem, 1984: nº 16, 65-66=Llorens-Ripollès, 1989: 159, n 23); *L. Aemilius Ga[---], omnibus h[onoribus S] aguntini fun[ctus]* (Beltrán, 1980: nº 307 bis, 254-255=Alföldy, 1981: 132=Alföldy, 1984: nº 21=Llorens-Ripollès, 1989: 159, n 23). La documentación numismática también nos aporta, para la secuencia del 14 al 20 d.C. (Villaronga, 1967: 133ss.) un *aed(ilis)* de nombre *L.Aemi(lius) Maxu(-mus)* (Villaronga, 1967: 134 y 168; Llorens-Ripollès, 1989: 159-160).

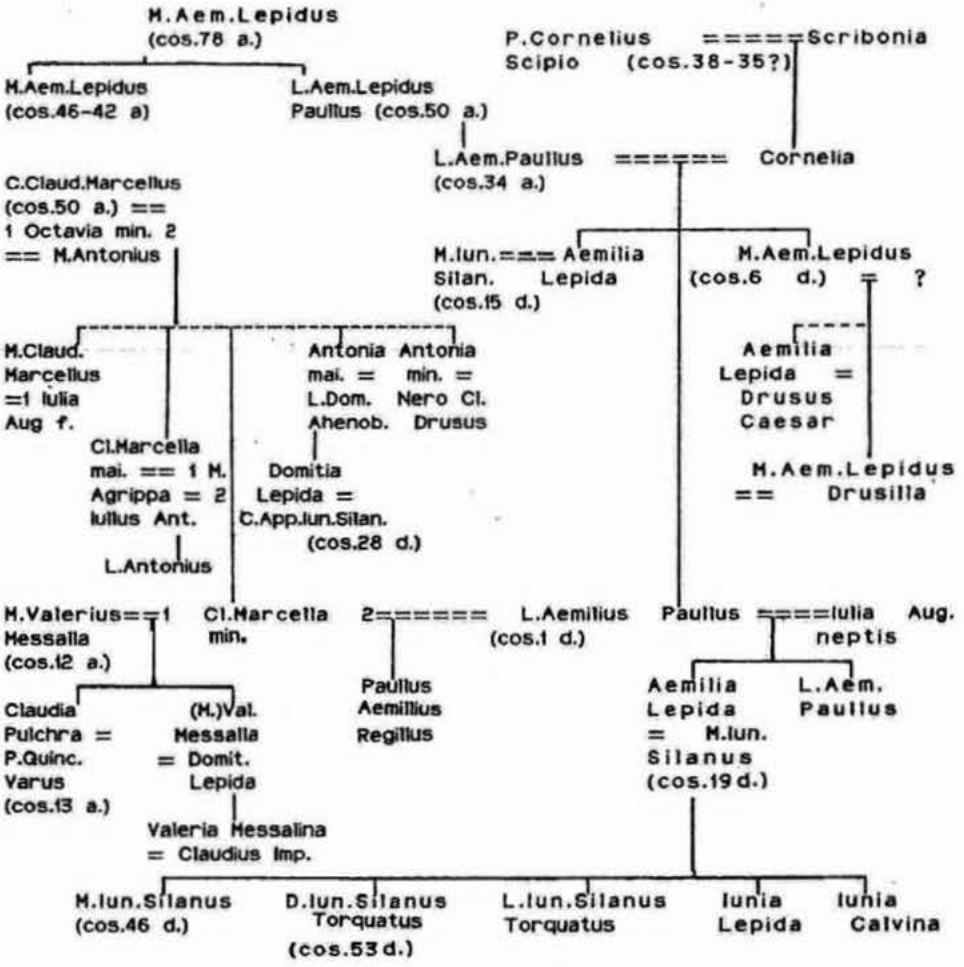
A su vez, el *nomen Aemilii* se extiende por todos los niveles urbanos de *Saguntum*, hasta el punto de constituir una de las *gentes* más numerosas después de la *Baebia* —que la duplica en número—, y con un contingente muy aproximado de representantes con la *Cornelia*, *Valeria* y *Fabia* (Beltrán, 1980: 418-427). Prueba de ello son los numerosos ejemplos con que contamos, tanto entre la población urbana libre[54], como entre la de origen servil[55].

Pero llama aún más poderosamente la atención la existencia del significativo y poco usual cognomen *Lepid-us/a* en *Saguntum* y sus alrededores. Así *[---]/a Lepid[a ?][56]*; *Baebia L.f. Lepida*, esposa de *M. Tettienus M.f. Gal. Pollio*[57]; *Antonia M.f. Lepida*[58]; y finalmente, *Silanus [---]/Iustus An[---]/C. Lepidi f. [---]*, habiéndose propuesto la reconstrucción *[Cn(aeus) Baebius? ---]/Silanus [---]/Iustus An[tonius? ---]/Cn. Lepidus f(ilius) [---]* (Alföldy, 1977: 21-23 y 86)[59]. Los tres primeros testimonios corresponderían a individuos del rango decurional (Alföldy: 1977: nº 58, 22 y 35; Pereira, 1979: 54), mientras el último pertenecería al *ordo senatorius*, siendo quizás de origen saguntino y de *nomen Baebius*. Se ha indicado (Alföldy, 1977: 22; Le Roux, 1982: 458) que el nombre de su padre habría sido *Cn. (Baebius) Lepidus* — y, por tanto relacionable con la citada *Baebia L.f. Lepida*—, mientras en su poliónimo se encontrarían gentilicios como *Silanus* o *An[tonius]* que también se hallan en el nombre de un senador, de igual modo supuestamente saguntino, y en otros *Baebii*[60]. Sorprende, no obstante —pese a las explicaciones localistas de Alföldy—, que en el poliónimo de *Cn. Lepidus* aparezcan los gentilicios *Silanus* y *An[tonius]* que atañen al tronco familiar de los *Aemilii Lepidi*. El primero de ellos se incorpora a esta *gens* con *M.Iunius Silanus* (*cos.* 19 d.C.), marido de la hermanastra de *Aemilius Regillus, Aemilia Lepida*, mientras el segundo está presente en los *cognomina* de las hermanastras de *Claudia Marcella minor* —las dos *Antoniae*— y en el segundo marido de *Claudia Marcella maior, Iullus Antonius* (ver *infra stemma*). La cuestión se torna aún más inquietante si tenemos en cuenta que entre el 40/41 d.C. ocupó en la *Citerior* el puesto de gobernador *C.Appius Iunius C.f. Silanus, cos.* 28 d.C. (Alföldy, 1969, 15-16), casado con *Domitia Lepida*, hija de *Antonia maior* y *L.Domitius Ahenobardus* (ver *infra stemma*). Esta circunstancia hace sospechar si no jugó un papel destacado en la promoción del senador de la inscripción saguntina su adopción por algún miembro tardío de los *Aemilii Lepidi* y de los *Iunii Silani*, teniendo en cuenta la numerosa descendencia del matrimonio de *M.Iunius Silanus* (*cos.* 19 d.C.) con *Aemilia Lepida* (ver *infra stemma*). Un fenómeno muy similar explicaría el ascenso de los otros dos senadores supuestamente saguntinos, puesto que también ostentan linajudos poliónimos, aunque de otras *gentes*[61].

Si tomamos en consideración todas las evidencias anteriores, y el marco cronológico en que la ciudad recibió la categoría municipal —el 44/30 a.C.—, no debe descartarse que Lépido hubiese sido el artífice de los comienzos de su municipalización. Como ocurrió con *Celsa* —más hipotéticamente con *Carthago Nova* e *Ilici*—, la ciudad mediterránea habría podido conseguir primeramente, y por obra de Lépido, la autorización para constituirse en *municipium*, dentro de una secuencia cronológica que abarcaría los años 44/42 a.C., ampliable en todo caso, hasta el 36 a.C. Lépido, ansioso de extender sus clientelas por *Hispania*, no habría puesto inconvenientes a esta concesión, a la par que *Saguntum* habría encontrado el resquicio político por donde incorporarse al orden postcesariano. Posteriormente, en una segunda y definitiva fase, entre el 36/29 a.C., Octavio, ante los hechos consumados, se habría limitado a consagrar el reciente régimen urbano, aunque capitalizándolo en su propio beneficio, lo que explicaría la asunción de la tribu *Galeria* por *Saguntum*, en correspondencia con la mayoría de las ciudades de extracción augústea (Wiegels, 1985: 130-133). Por otra parte, la concesión municipal en dos etapas asimilaría su situación, una vez más, a la de *Gades* que pudo también pasar por varios estadios jurídicos intermedios antes de consolidarse como *municipium* (González, 1984: 95).

Ni que decir tiene que el *patrocinium* de los *Aemilii Lepidi* sobre *Saguntum* actuaría en buena medida como elemento normalizador de las relaciones políticas de la ciudad con la Roma Imperial. De entre la importante concentración de inscripciones dedicadas por los saguntinos a los Julio-Claudios llaman la atención tres erigidas en honor de los príncipes Druso II, Germánico y Druso III, emparentados por línea directa con los *Aemilii Lepidi*[62], y que, a nuestro entender, no han de verse solamente como una prueba de la adhesión a Augusto y a su régimen (Bonneville, 1985: 272) —como podría ser el caso de los frecuentes testimonios que aparecen en la mayoría de ciudades del *Orbis Romanus*—, sino también como el reconocimiento comunitario a una dinastía con la que, por medio de los

STEMMA LEPIDORUM



Aemilii Lepidi, se sentía vinculada, tanto por considerarla legítima heredera de una tradición histórica colectiva —que la comunidad mimaba y actualizaba continuamente[63]—, como por la actitud respetuosa que la casa imperial mostró con la fuertemente conservadora estructura social interna de la ciudad (Alföldy, 1984: 212-228). Todo esto alentaba, sin duda, a la aristocracia urbana —en la que figurarían, según vimos, numeroso *privati clientes* de los *Aemilii Lepidi*[64]— a estas pruebas de gratitud, las cuales no debieron ser ajenas a la esperanza de los *saguntini* por conseguir el patrocinio imperial para su ciudad —alcanzado ya por ciudades de un pasado, en cierta medida, coincidente con el suyo, como sería el caso de *Gades* y *Carthago Nova* (Seguí, 1988: 50-69)—, aspiración que pese al presumible ahínco puesto en su consecución, no parece que rebasase los terrenos de la mera virtualidad.

CONCLUSIONES

Desde mediados del siglo I a.C. *Saguntum* contó con un grupo aristocrático importante, los *Aemilii*, cuyo acceso a la ciudadanía presenta evidencias de que se remonta a los tiempos de Lépido. A su vez, la ciudad pudo también experimentar por aquel entonces, su transformación hacia *municipium* apoyándose en el triunviro. En tiempos de Augusto los saguntinos verían consolidada esta condición, así como el *patrocinium civitatis* de los *Aemilii Lepidi*, entre los que *Paullus Aemilius Regillus* sería un preclaro exponente, satisfaciendo de este modo sus aspiraciones de incorporarse —aunque fuera por vía indirecta— a la red urbana de clientelas imperiales[65].

ABREVIATURAS

AE (1889 y ss.): *L'Année épigraphique. Revue des publications épigraphiques relatives a l'Antiquité romaine*. Presses Universitaires de France, París.

CIL (1869 y ss.): *Corpus Inscriptionum Latinarum*. Reed. W. de Gryter & Co., Berlín.

HAEpigr. (1950-1975): *Hispania Antiqua Epigraphica*. Suplemento anual del *Archivo Español de Arqueología*, Madrid.

ILS (1892-1916): *Inscriptiones latinae selectae*. Reed. Weidmannsche Verlagsbuchhandlung, Berlín.

PIR 1 (1897-1898): *Prosopografia Imperii Romani saeculi I, II, III*. Reed. W. de Gryter & Co., Berlín.

PIR^2 (1935 y ss.): *Prosopografia Imperiii Romani saeculi I, II, III*. Reed. W. de Gryter & Co., Berlín.

RE (1893 y ss): *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*. Alfred Druckenmüller Verlag, Stuttgart.

NOTAS

1 Al primer tipo corresponderían, p.e., las menciones *ob merita* y al *praestantissimus* o *munificentissimus civis* reflejadas en *CIL* II 1054, 1347, 1348, 1597; mientras al segundo individuos como, p.e., *M. Caecilius Novatillianus* (*CIL* II 4113), *iurid(icus) Hispan(iae) Cit(erioris)*; *abstinentissimus, iustissimus* y *disertissimus* con *Tarraco*; *C. Iulius Asper* (*CIL* XIV 2516), *legatus* (?); *orator praestantissimus* y *defensor clientium fidelissimus*, para con hispanos y mauritanos; o *[Q. Att]ius Granius Cae[les]tinus* (*CIL* II 1972), *[praeses provinciae Beaticae]*. Este sentido forense de la acción patronal se patentiza claramente en Cic., *Pro Balbo*, 41; y Plin., *Epistolae* III 4, 2-8; 9, 1-36.

2 Cf. Rohden, *RE* 1 (1893) 130, col. 582 = *ILS* 949 = Alföldy, 1979, nº 401, 266-267 = Beltrán, 1980, nº 38, 51.

3 La inscripción *CIL* II 6020 que Hübner puso en relación con la de *P. Aemilius Regillus*, no pertenece al mismo personaje, aunque hay una discrepancia en la lectura. Así Beltrán (1980: nº 75, 93-94) lee ---] *Aimil[io ---]/Fab(ia tribu ?) Pau[---*, mientras Alföldy (1981b: 128-129) reconstruye *Aimilil[ia ---] Fab(ia) Pau[---)*.

4 Cf. *CIL* VI 4422, 4447, 4450 y 4688.

5 Cf. Rohden, *RE* 1 (1893), 130, 582; Groag, *PIR* ^{2} A, nº 396, 68; Stein, *PIR* ^{2} C, nº 1103, 265-266; Syme, 1989: 674. Véase *stemma infra*.

6 Cf. Hanslik, *RE* A 1 (1955), nº 259, 129-131, con *stemma Valerii Messallae*, 143-146.

7 Véase *stemma infra*, basado en la propuesta de Bayer.

8 Su nombre completo habría sido *L. Aemilius Lepidus Paullus Regillus*. El último cognomen lo ostentaron individuos de la familia a finales del s. III y principios del s. II a.C. Cf. Klebs, *RE* I 1 (1983), nº 127, 128 y 129, 582.

9 Habría nacido entre el 12/10-2 a.C., en consecuencia, su carrera habría empezado entre el 8/13-13/18 d.C.

10 La utilización de *praefectus urbi iure dicundo* en lugar de *praefectus iure dicundo* no es normal, y ya llamó la atención de Mommsen (*CIL* II, p. 516), especialmente por el parecido que presenta con el puesto de *praefectus urbi*, y con el que, sin embargo, no guarda ninguna relación. En este sentido F. Beltrán (1980: 364) los confunde, además de equivocar el orden del *cursus*. Por su parte, y erróneamente, Bayer (1969: 120 n 12) cree que el cargo lo ejerció en Sagunto.

11 Su ejercicio eximía de la edilidad o el tribunado de la plebe. Cf. Legrivain, *in*: Daremberg-Saglio, IV, 800, *s.v. quaestor*; Kubitschek, *RE* III (1899), *s.v. quaestor*, 818; Cébeillac, 1972: 588.

12 Reservado para ex-cónsules y ex-pretores, podía no obstante admitir jóvenes senadores de la familia imperial, como era el 12.,44. caso de *Regillus*. Cf. Bloch, *in*: Daremberg-Saglio, II 1, 432 n 60 y 80, *s.v. duumviri*.

13 La tentación, en la que, sin embargo Bayer (1968: 122) no confirma, de establecer una relación entre la desaparición de *Regillus* y la condena a muerte que Tiberio decretó sobre su hermanastra *Claudia Pulcha*, tras la conjura del 26 d.C. (Tac. *Ann*. IV 52) es digna de ser tenida en cuenta.

14 Cf. Alföldy, 1969: 12-13, 201; Szramkiewicz, 1976: I 59, 83, II 372; Groag, *PIR* ^{2} A 369, 60-61; Rohden *RE* I 1 (1893), col. 563.

15 Por tanto la fecha del pedestal saguntino no puede ser muy posterior al 21 d.C., al no figurar ningún otro empleo. La datación *ante quem* que da Alföldy (1979: 267) hasta el 37 d.C. resulta, en nuestra opinión, excesiva.

16 la cronología no es clara y fluctúa desde el 1 hasta el 8 d.C. Cf. Syne, 1989: 542, n 65.

17 Bayer, 1968: 120, n 12, y 122, n 26, donde cataloga la estancia de un aparente viaje de estudios («Studienaufenthalt»).

18 Tac. *Ann*., IV 44, 3.

19 La opinión de Szramkiewicz, 1975: 373, de un papel más oficial como «légat de son frère le consul de 6 ap. J.C.», no puede ser demostrada y entra en contradicción con la propia inscripción, que no lo indica.

20 Así los caps. 130-131 de *Urso* para la designación de un senador o su hijo como *patronus* u *hospes*, con la condición expresa de que «*in italiam sine imperium privatus erit*». Desde el 11 d.C. todo gobernador debía dejar transcrurrir 60 días desde el cese de su puesto para poder aceptar el patrocinio. Dio. LVI 25, 6. Cf. Nicols, 1978: 432-479; Eck, 1979: 489-494.

21 Sobre este modelo de *patroni* cf. Espinosa, 1983, *passim*.

22 Cf. caps. 97, 130, 131 de *Urso*, y 61 de *Malaca* e *Irni*.

23 Para las diversas variantes en la fórmula transitiva de las tábulas patronales hispánicas cf.: *AE*, 1942-43: 23; 1969-70: 746; 1972: 282; 1984: 553; *CIL* II, 1343, 2958, 2960; *HAEpigr*. 4-5, 1953-54: 11-12; 12-16, 1961-1965: 1922; *ILS* 6102. Cf. Harmand, 1957: 339-344.

24 Polib. III 15, 1 ss.; Liv. XXI 2, 7; 18, 9; Apian. *Iber*. 7.

25 Vid. Cic., *Pro Balbo* 23: *quae est ista societas, quae amicitia, quod foedus, ut aut nostra civitas careat in suis periculis Massiliensi propugnatore, careat Gaditano, careat Saguntino...*

26 Liv. XXIV 42, XVIII 39; Zonar. IX 3, 8.

27 Pol. III 97, 2; Liv. XXII 22; Zonar. IX 1.

28 Liv. XXIX 38. Vid. *infra* n 62.

29 Liv. XXXII 27.

30 Salust., *Hist*., 1, 85- 2, 98; Plut., *Sert*. 16.

31 Plut., *Sert*. 21; Apian., *b.c*. 1, 110.

32 Plut., *Sert*. 7.

33 Salust., *Hist*. 2, 64; Plut., *Sert*. 21.

34 Cf. Münzer, *RE* III 1 (1897), nº 99, 1224-1228, con *stemma Caeci-lii Matelli*, 1229-1230.

35 Cic., *Pro Baldo* 50: *...civitate donavit... ...vir sanctissimus et summa religione ac modestia Q. Metellus Pius Q. Fabium saguntinum*.

36 Cic., *Pro Balbo* 51: *...et saguntinos Fabios civitate donavit*.

37 El paralelo más claro de ensanchamieto de la ciudadanía a través de figuras aisladas se establece claramente con *Gades* y los Balbos. Sobre el mismo cf. L. Rubio (1949): «Los Baldos y el Imperio Romano». *Anales de Historia Antigua y Media*, Buenos Aires, 67-119; 1950: 142-199; y J.F. Rodríguez Neila: *Los Balbos de Cádiz*. Sevilla.

38 Caes., *b.c*. X 1.

39 En Plin. *N.H*. III 4, 20, *oppidum civium Romanorum*.

40 Dio. XLIII 39.

41 *CIL* II 3827 = Beltrán, 1980: nº 10, 24-26.

42 Ver *infra* n 62.

43 Cf. para Cornelio Escipión, Groag, *RE* IV 1 (1900), nº 332, 1438; Idem, *PIR* ^{2} C, nº 1437, 354; para Escribonia, Rohden-Dessau, *PIR* 1 III, nº 220, 186-187; Groag *PIR* ^{2} C, nº 1395, 342-343, y especialmente para el problema de este matrimonio vid. Fluss, *RE* II A 1 (1921), nº 32, 891-892, y Syne, 1989: n 15, 294, y n 4, 311.

44 Cf. Groag, *RE* IV 1 (1900), nº 419, 1597.

45 Cf. Rohden, *RE* I 1 (1983), nº 82, 565-566; Groag, *PIR* ^{2} A, nº 373, 62-63.

46 Cf. Rohden, *RE* I 1 (1893), nº 115, 580; Groag, *PIR* ^{2} A, nº 391, 66-67.

47 Como ya indicamos, seguimos el *stemma* de Bayer, aunque tampoco altera estos enlaces entre Julios y Emilios la genealogía tradicional que hacía al *cos.* del 34 a.C. el marido de Claudia Marcella.

48 Cf. Rohden, *RE* I 1 (1893), nº 75, 561-563; Groag, *PIR* ² A, nº 369, 60-61; ver Syne (1955): «Marcus Lepidus, capax imperii». *Journal of Roman Studies*, 45, 22-33.

49 Se trata de *M.Aemilius Lepidus* marido de Drusila (cf. Rohden, *RE* I 1 (1893), nº 76, 563; Groag, *PIR* ² A, nº 371, 61-62) y de *Aemilia Lepida*, casada con Druso César Germánico (cf. Rohden, *RE* I 1 (1893), nº 167, 591; Groag, *PIR* ² A, nº 421, 71.

50 *CIL* II 2820.

51 La atribución depende de la valoración que se haga de dos textos contradictorios de Dión Cassio y Casiodoro. Cf. Alföldy, 1969: 5.

52 Dio. XLIII 29, 1-XLV, 10; Caes. *b.h.* 1,1; Cic. *Ad Att.* 16, 4, 2.

53 La que Villaronga (1967: 112-113 y 163-164) llama clase X, y «... de esté modo quedarían primero las series específicamente ibéricas (VIII 1-2), las bilingües a continuación (IX-XI), y por último las latinas, primero con *SAGU.* y después con *M.SAG.*», según Beltrán-Beltrán, 1980: 11-12.

54 Entre los hombres: *[--- Ae]milius [---/---]us* (Beltrán, 1980: nº 87, 102-103 y 418; Alföldy, 1981a: nº 9, 231-232); *M.Aemilius M.f. Gal. Favonius* (Beltrán, 1980: nº 72, 91 y 418; *[Ae]milius L.f. [Gal ? F]irmanus* (Beltrán, 1980: nº 73, 92 y 418; Alföldy, 1981a: nº 7, 231); *[Ae]milius [---]* (Beltrán, 1980: nº IV, 290 y 418); *L.Aemilius Macer* (Beltrán, 1980: nº 76, 94-95 y 418); *[---] Aemilius Gal. Maxum[us]* (Beltrán, 1980: nº 74, 92-93 y 418; Alföldy, 1891a: nº 8, 231); *C. Aemil[ius] Niger* (Beltrán, 1980: nº 271, 219 y 418); *[---] Aimil[ius ?] Fab. Pau[llus ?]* (Beltrán, 1980: nº 75, 93-94 y 418), vid. *supra* n 3; *[Ae]mili[us --- Pe]regrin[us]* (Beltrán, 1980: nº 87, 102-103 y 418; Alföldy, 1981a: nº 9, 232-232); *Q. Gemin[ius] Aem[i]lia[nus ?]* (Beltran, 1980: nº 161, 147-148 y 428); y entre las mujeres: *Aemilia* (Beltrán, 1980: nº 76, 94-95 y 418); *Aimil[ia ---]* (Alföldy, 1981a: nº 6, 230-231); *Aem[milia ---] N[---]* (Beltrán, 1980: nº 91, 1056 y 418; *[A]emilia Nigra* (Beltrán, 1980: nº 298, 246 y 418); *Aemilia L.f. Severa* (Beltrán, 1980: nº 49, 65-66 y 419; *Iul(ia) Aemilia* (Beltrán, 1980: nº XXI, 311 y 428).

55 *(M.Aemilius M.l.) Iucundus*, y sus hijos (*M. Aemilius M.f.) Iucundus* y *(M. Aemilius M.f.) Pudens* (Beltrán, 1980: nº 72, 91 y 418); *Aemiliu[s] Phronimus* (Beltrán, 1980 : nº V, 291 y 418); *L.Aemili[us] Tartigar[---]* (Beltrán, 1980; nº 88, 103 y 419; Alföldy, 1981a: nº 11, 233); y entre las libertas: *[A]emilia [P]ergamis* (Beltrán, 1980: nº 89, 104 y 418; Alföldy, 1981a: nº 10, 232); *Aemilia M.l. Philaenis* (Beltrán, 1980: nº 90, 104 y 418); *[A]emilia, Pusi[---]* (Beltrán, 1980: nº 134, 132 y 418; *Aemilia Sintyche* (Beltrán, 1980: nº 213, 180-181 y 419).

56 La inscripción está corrupta: *M.Valeri[us]/M.f. Vicisii[---?]/ us Seppi[---?]/a Lepid[a ?---]* (*CIL* II 3940=Beltrán, 1980: nº 209, 177-178 y 430).

57 *M.Tettienus M.f. Gal. Pollio/aed(ilis) IIvir flamen Aug(usti)/quaestor/Baebia L.f. Lepida uxor* (*CIL* II 4028=Beltrán, 1980: nº XV, 301=Ripollès, 1977: nº 94, 258-259). En Mascarell.

58 *Sertoriae/Q.f./Maximae/Antonia/M.f. Lepida/matri* (*CIL* II 3752); *Antoniae/M.f./Lepidae/Anatellon/lib.* (*CIL* II 3753). Ambas de *Valentia* (Pereira, 1979: 53-54 y 56, nº 33 y 36).

59 Sigue *seviro equit[um Romanor(um) quaestori]/urbano trib[uno pleb (is) praet(ori) proco(n)s(uli)]/sortito p(rovinciae) H[isp(aniae) ult(erioris) Baeticae]/Sagu[untini]* (*CIL* II 3839=Beltrán, 1980: nº 39, 52-53; Alföldy, 1981b: 127).

60 Se trata de *[L.Baebi ?]us L.f. Gal. Hispanus [---] Pompeius Marcell[--- A]ntonius Silo*, quizás el amigo de Plinio el Joven, y que por su nombre ha sido emparentado con el caballero tarraconense *L.Antonius T.f. Gal. Silo*, con *Baebia L.f. Marcella*, con el pro-curador ducenario y *adlectus inter praetorios, L.Baebius Avitus* —que podría haber sido su padre—, y con *[L.Baebius]* y *[B]aebia Fulvia*, acaso sus hijos (Alföldy, 1977: 18-19; Le Roux, 1982: 458).

61 Sobre el primero de ellos ver *supra* n 57. El segundo es conocido al ostentarlo su hermana: *[B]aebia L(uci) f(ilia) Fulvia Claudia Paulina Grattia Maximilla* (Alföldy, 1977: 18-21).

62 *[Druso caesari/Germanici/Caesaris fil(io)]/Tib(erii) Aug[ust(i) nepot(i)/, divi Augusti p[ron(epoti)/pontifici so[dali]/August[ali]* (Beltran, 1980; nº 12, 27-28); *Germanic[o]/Caesari Tib(erii)/Aug(usti) f(ilio)deivi Aug(usti) nepoti/deivi Iuli(i)/pronepoti/co(n)s(uli) II imp(eratori) II* (Beltrán, 1980: nº 12 bis, 28-29); *[Dr]uso Caesa[ri]/ Ti(berii) Aug(usti) f (ilio) deiv[i]/Aug(usti) nepoti/deivi Iuli(i)/pronepoti/co(n)s(uli)* (Beltrán, 1980: nº 14, 31-32; Alföldy, 1981b: 126). Las otras imperiales son: *Augusto/pontifici max(imo) imp(eratori)/XIIII co(n)s(uli) XII trib(unicia)/potestate X<X> munícip(es)/saguntini* (Beltrán, 1980: nº 10, 24-26); *C(aio) Caesari Augusti f(ilio)/pontif(ici) co(n)s(uli) design(ato)/principi iu<v>entutis* (Beltrán, 1980: nº 11, 26); *[Ti(berio)] Caesari[iA]ug[usti f(ilio)/[t]estament[to] Cn(aei)/Baebi(i) [Ge]m[in]i* (Beltrán, 1980: nº 13 , 30-31). Además existen otros fragmentos (Beltrán, 1980: 41-46).

63 Recuérdese en tal sentido las arcaizantes inscripciones dedicadas todavía en el s.II d.C. a Escipión el Africano: *P(ublio) Scipioni co(n)s(uli)/imp(eratori) ob restitu/tam Saguntum/ex s(enatus c(onsulto) bello Punico Secundo*. Cf. *CIL* II 3836; Alföldy, 1979: nº 399, 266; Beltrán, 1980: nº 36, 47-49; y Alföldy, 1979: nº 400, 266-267; Beltrán, 1980: nº 37, 49-50.

64 Alföldy (1984: 214) liga, incomprensiblemente, a los *Aemilii* y a los *Fabii* de Sagunto en una mutua clientela de Metelo.

65 Queremos agradecer al profesor M. García Quintela y J.M. Morales Blasco su amistosa ayuda en la revisión del presente trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

Alföldy, G. (1969): *Fasti Hispanienses*. Franz Steiner Verlag, Wiesbaden.

Alföldy, G. (1977): *Los Baebii de Saguntum*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 56, Valencia, 87 p.

Alföldy, G. (1979): «Bildprogramme in den römischen Städten des Conventus Tarraconensis - Das Zeugnis der Statuenpostamente». *Homenaje a García Bellido, IV, Revista de la Universidad Complutense*, XVIII-118, Madrid, pp. 177-275.

Alföldy, G. (1981a): «Epigraphica Hispanica I. Neue und revidierte inschriften aus Saguntum». *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, Colonia, pp. 219-243.

Alföldy, G. (1981b): «Ein Corpus der römischen Inschriften aus Saguntum und Umgebung». *Archivo Español de Arqueología*. Instituto Español de Arqueología (C.S.I.C.), Madrid, pp. 117-139.

Alföldy, G. (1984): «Drei Städtische Eliten im römischen Hispanien». *Gerion*, 2, Universidad Complutense de Madrid, pp. 193-238.

Alföldy, G. (1987): *Historia social de Roma*. Alianza Editorial, Madrid.

Badian, E. (1972): *Foreign Clientelae (264-70 B.C.)*. Clarendon Press, Oxford.

Bayer, E. (1968): «Die Ehen der jungueren Claudia Marcella». *Historia*, 17, Wiesbaden, pp. 118-123.

Beltrán, A. (1950a): *Curso de Numismática* I. Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Zaragoza, Cartagena.

Beltrán, A. (1950b): «Las teorías de M. Grant sobre las monedas romanas de Cartagena y otras españolas». *I Congreso Nacional de Arqueología (Almería, 1949)*, Cartagena, pp. 291-294.

Beltrán, A. (1952): «Sobre las antiguas monedas latinas de Hispania y especialmente de Carthago Nova». *Numisma*, 13 y ss.

Beltrán, F. (1980): *Epigrafía latina de Saguntum y su territorium*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 67, Valencia.

Beltrán, M. y Beltrán, F. (1980): «Numismática hispanorromana de la Tarraconense». *Numisma*, Socie-

dad Iberoamericana de Estudios Numismáticos, Madrid, Enero-Junio, pp. 9-98.

BONNEVILLE, J.N. (1985): «Cultores Dianae et Apollinis (Saguntini)». *Saguntum*, 19, Valencia, pp. 255-277.

BRUNT, P.A. (1971): *Italian Manpower. 225 B.C.-A.D. 14.* Oxford University Press.

CÉBEILLAC, M. (1972): *Les quaestores principis et candidati aux Ier et IIème siècles de l'Empire*. Centro Studi e Documentazione sull'Italia Romana, Milán.

DAREMBERG, M. y SAGLIO, E. (1877-1919): *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*. Vols. I-V, Hachette, París.

D'ORS, A. (1953): *Epigrafía jurídica de la España romana*. Instituto Nacional de Estudios Jurídicos (Ministerio de Justicia y C.S.I.C.), Madrid.

ECK, W. (1979): «Wahl von Stadtpatronen mit kaiserlicher Beteiligung ?». *Chiron*, 9, pp. 489-494.

ENGESSER, F. (1957): *Der Stadtpatronat in Italien und Westprovinzen des Römischen Reiches bis Diokletian*. Tesis doctoral mecanografiada, Friburgo.

ESPINOSA, U. (1983): «Iuridici de la Hispania Citerior y patroni en Calagurris». *Gerion*, 1, pp. 305-325.

GABBA, E. (1970): «Aspetti della lotta in Spagna di Sesto Pompeo». *Legio VII Gemina*, Cátedra de San Isidro del Instituto Leonés de Estudios Romano-Visigodos, León, pp. 133-155.

GALSTERER, H. (1971): *Untersuchungen zum römischen Städtewesen auf iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen. Deutsches Archäelogisches Institut, Abteilung Madrid, 8, Berlín, 84 p.

GALVE, M.P. (1974): *Lépido en España. Testimonios*. Monografías arqueológicas, Universidad de Zaragoza.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1959): «Las colonias romanas de Hispania». *Anuario de Historia del Derecho Español*, 29, Madrid, pp. 447-512.

GONZÁLEZ, J. (1984): «Tabula Siarensis, Fortunales Siarensis et Municipia Civium Romanorum». *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 55, Bonn, pp. 55-100.

GRANT, M. (1978): *From Imperium to Auctoritas*. Cambridge University Press.

HARMAND, L. (1957): *Le patronat sur les collectivités publiques des origines au Bas Empire: un aspect social et politique du monde romain*. Presses Universitaires de France, París.

HARMAND, J. (1970): «César et l'Espagne durant le second "Bellum Civile"». *Legio VII Gemina*. Cátedra de San Isidro del Instituto Leonés de Estudios Romano-Visigodos, León, pp. 181-203.

HARRIS, W.C. (1989): *Guerra e imperialismo en la Roma republicana. 327-70 a.C.* Siglo XXI de España Editores, Madrid.

HELLEGOUARC'H, J. (1963): *Le vocabulaire latin des relations et des partis politiques sous la République*. Les Belles Lettres, Paris.

HÜBNER, E. (1869): *Corpus Inscriptionum Latinarum II. Hispania*. Reed. W. de Gruyter & Co., Berlín.

KNAPP, R.C. (1975): *Aspects of the roman experience in Iberia, 206-100 B.C.* Anejos de Hispania Antiqua, IX. Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Valladolid.

LE ROUX, P. (1982): «Les senateurs originaires de la province d'Hispania Citerior au Haut-Empire romain». *Epigrafia e ordine senatorio*. Atti del Colloquio Internazionale dell'Associazioni internazionale di epigrafia greca e latina (Roma, 1981). Pubblicazioni dell'Istituto di epigrafia e antichitá greche e romane dell'Universitá di Roma, 5, pp. 439-464.

LUMIARES, CONDE DE (Antonio de Valcárcel Pío de Saboya) (1852): *Inscripciones y antigüedades del Reyno de Valencia*. Memorias de la Real Academia de la Historia, VIII, Madrid.

LLORENS, M.M. (1987): *La ceca de Ilici*. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, Valencia.

LLORENS, M.M. y RIPOLLÈS, P.P. (1989): «Saguntum: las acuñaciones de Tiberio». *Homenatge a A. Chabret, 1888-1988*. Generalitat Valenciana, Valencia, pp. 157-206.

MARÍN, M.A. (1988): *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*. Universidad de Granada.

MOMMSEN, TH. (1876): *Corpus Inscriptionum Latinarum VI 2. Roma*. Reed. W. de Gruyter & Co., Berlín.

NICOLS, J. (1978): «The Emperor and the Selection of the patrons civitatis. Two Exemples». *Chiron*, 8, 1978, pp. 429-432.

NICOLS, J. (1980): «Tabulae Patronatus: A study of the Agreement between Patron and Client-Community». En *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II, 13. W. de Gruyter, Berlín.

PEREIRA, G. (1979): *Las inscripciones romanas de Valentia*. Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, 64, Valencia.

RIPOLLÈS, P.P. (1977): «Sinopsis de epigrafía latina castellonense». *Monografías de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 1, Servicio de Investigaciones arqueológicas y prehistóricas, Diputación provincial de Castellón.

SALLER, R.P. (1982): *Personal patronage under the early empire*. Cambridge Univesity Press.

SCULLARD, H.H. (1973): *Roman Politics. 250-150 B.C.* Clarendon Press, Oxford.

SEGUÍ, J.J. (1988): *Patronato y patronos públicos durante el Alto Imperio*. Tesis doctoral microfilmada. Universidad de Valencia.

SHERWIN WHITE, A.N. (1973): *The Roman Citizenship*. Clarendon Press, Oxford.

SYME, R. (1989): *La revolución romana*. Taurus, Madrid.

SZRAMKIEWICZ, R. (1976): *Les gouverners de province à l'époque augusténne. Contribution a l'Histoire administrative et sociale du Principat*. Presses contemporaines Fernand Lavore, París.

VILLARONGA, L. (1967): *Las monedas de Arse-Saguntum*. Instituto Antonio Agustín, Barcelona.

WIEGELS, R. (1985): *Die Tribusinschriften des römischen Hispanien*. Madrider Forschungen, 13. Deutsches Archäologisches Institut, Abteilung Madrid, Berlín.

Ferran Arasa*

UNA *OFFICINA* LAPIDÀRIA EN LA COMARCA DE L'ALT PALÀNCIA (CASTELLÓ)

La comarca de l'Alt Palància s'articula al voltant de l'alt curs del riu epònim, a la vora del qual i prop de la seua desembocadura es troba l'antiga ciutat de *Saguntum*. L'escassa altitud i l'abundància d'aigua fan d'aquesta vall un lloc especialment apte per a l'agricultura. La capital comarcal, Sogorb (364 m. d'altitud), està situada a 26 km. en línia recta al NW de *Saguntum*. L'atenció dels cronistes i historiadors en aquesta comarca s'ha centrat tradicionalment en la polèmica sobre la reducció de l'antiga ciutat de *Segobriga* a Sogorb, població que no presenta vestigis notables d'època romana[1]. Des de principis del segle XVI es coneixen en la comarca abundants troballes epigràfiques que es concentren particularment en dues localitats, Xèrica i Viver, separades tan sols per 2 km. i situades a uns 36 km. de *Saguntum* i 32 d'*Edeta*. En l'actualitat es coneixen en la comarca un total de 61 inscripcions, de les quals es conserven 37, distribuïdes de la següent manera: Xèrica (27), Viver (13), Begís (7), Caudiel (5), Sogorb (4), Algímia d'Almonessir (2), Assuèbar (1), La Vilanova de Viver (1) i Pina de Montalgrao (1). El nucli format per les localitats de Xèrica i Viver en reuneix un total de 40, dues terceres parts del conjunt comarcal. Aquesta densitat de troballes epigràfiques no es correspon amb la presència d'un nucli municipal, puix cap de les inscripcions estudiades conté referències a càrrecs o organismes d'aquesta mena[2]. En consonància amb aquest fet, tampoc es coneix cap jaciment arqueològic de característiques urbanes, cosa que impedeix de plantejar l'existència d'un municipi en aquesta comarca. Es tracta, doncs, d'un conjunt epigràfic de caràcter rural i funerari.

L'estudi d'aquest conjunt epigràfic[3] ha permès identificar, entre les inscripcions trobades a Xèrica i Viver, alguns trets que permeten confirmar l'existència d'una *officina* lapidària de caràcter local, com són el tipus de material i la forma del suport. Altres aspectes com la motluració[4], la decoració[5] i la paleografia no aporten dades significatives en la definició de la producció epigràfica d'aquesta comarca. Es tracta, doncs, d'una primera aproximació a l'estudi del que pot caracteritzar-se com un taller lapidari de caràcter rural[6], l'únic d'aquestes característiques identificat en terres valencianes. El primer tret definidor d'aquest taller el constitueix el material[7]: bona part de les inscripcions conservades utilitzen com a suport una calcària fosca de procedència local molt característica[8]. El

* Dpt. de Prehistòria i Arqueologia. Universitat de València.

segon tret és la forma del suport[9]: algunes de les inscripcions fetes sobre aquest material corresponen a un tipus que tampoc apareix en els conjunts epigràfics dels municipi veïns. Hem seleccionat així un grup de 21 inscripcions distribuïdes entre aquestes dues localitats: 14 de Xèrica i 7 de Viver, de les quals es conserven 18, totes les de Xèrica i només 4 de Viver.

El material utilitzat com a suport de les 18 inscripcions conservades és una calcària compacta vetejada de blanc, amb tonalitats que en la majoria de casos oscil·len entre el gris fosc (núms. **4**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **15**) i el negre (núms. **13**, **14**, **16**, **17**, **18**, **19**, **20**, **21**), però que també s'utilitza en ocasions en la seua varietat més comuna de tonalitat gris-blavenca (núm. **3**). En altres dos casos l'altura a què es conserven les inscripcions, així com la pàtina que les recobreix, impedeixen una atribució més exacta (núms. **5**, **6**). La varietat negra d'aquesta calcària adopta una aparença marmòria, la qual cosa ha fet que alguns autors parlen de «marbre negre». L'existència de pedreres modernes d'aquest tipus de pedra, com ara les de Navarza a Xèrica[10], confirma el seu caràcter local. El primer autor en parlar de l'aprofitament de pedra a la comarca és F. Diago, qui en 1613 assenyala que «cerca de Segorbe se sacavan y cortaban mármoles de tanta estima, que como lo advierte Antonio Nebrissense, de allí los llevavan a Roma»[11]. Posteriorment, B. Mundina, en 1873, assenyala l'existència de pedreres de «marbre negre» en el «Monte Segarra» de Sogorb[12]. També a Caudiel aquest autor cita l'existència d'aquest tipus de pedra: «en la parte septentrional de la villa se halla una cordillera de montes, en la que se encuentran algunas canteras de mármol negruzco, y en uno de estos, inmediato al collado de las Arenillas, se halla abierta una cantera de mármoles melado claro y blanco oscuro»[13].

Pel que fa a la forma del suport, en el grup de 21 inscripcions atribuïdes inicialment al que anomenarem taller de Xèrica, per la localització majoritària de la seua producció, hi ha 9 lloses, 3 esteles, 2 blocs i altres 7 d'atribució insegura. Alguns d'aquests monuments són de gran tamany (núms. **3**, **4**, **5**, **14**, **19**), cosa que confirma la seua procedència local. Entre les esteles hi ha tres amb l'extrem superior arrodonit (núms. **9**, **11**, **15**), mentre que de la resta del conjunt comarcal només una el té en forma de timpà i *pulvinus* (ELC 70, Viver). En el conjunt epigràfic comarcal hi ha nou esteles[14], la qual cosa situa aquesta forma com la segona més característica —després de la llosa— de l'epigrafia de l'Alt Palància; quatre d'aquestes esteles tenen el camp epigràfic envoltat per una motlura i, d'aquestes, només una té l'extrem superior arrodonit (núm. **9**). D'altra banda, aquesta forma és coneguda en l'epigrafia saguntina, on trobem almenys dos exemplars (ELST 200, 293).

El segon tipus individualitzat en la producció del taller de Xèrica, i el més característic, el formen un grup de cinc inscripcions (núms. **1**, **2**, **5**, **12**, **19**) i una d'atribució insegura per la seua deficient conservació (núm. **7**), amb una representació arquitectònica figurada: la cara inscrita del monument presenta dues pilastres coronades per capitells corintis, sobre els quals figura una mena d'arquitrau coronat per timpà i acròteres en un cas (núm. **5**). El camp epigràfic està delimitat per les dues pilastres i —en els monuments millor conservats— per una línia incisa en el costat inferior, ocupant la part superior de l'intercolumni. Dels tres conservats, un és una llosa (núm. **12**) i un altre un bloc (núm. **19**), mentre que l'altre —el millor conservat— es troba encastat en una paret i resulta impossible de precisar el seu tipus (núm. **5**). Només dos d'aquests monuments tenen el camp epigràfic envoltat per una motlura (núms. **1**, **19**). Es tracta d'un tipus de monument que, tot i no ser especialment estrany, no apareix en els conjunts epigràfics de *Saguntum* i *Edeta*; només coneixem un cas dubtós a Riba-roja, entre *Edeta* i *Valentia* (IARV 100), cosa que confirma l'originalitat de la producció d'aquest taller[15]. Només en altres conjunts més allunyats com *Tarraco* trobem esteles amb una decoració semblant (RIT 335), però de característiques clarament diferenciades[16]. Les «stele a edicula», amb representació d'una estructura arquitectònica i, sovint, dels bustos dels difunts a l'interior d'un nínxol, conformen un tipus de monument prou difòs a Itàlia en època Júlio-Clàudia[17].

Pel que fa a la resta d'inscripcions, es tracta de set lloses i d'altres dues de dubtosa classificació entre bloc o llosa, dues amb el camp epigràfic llis (núms. **16**, **21**) i set amb el text envoltat per una motlura (núms. **3**, **8**, **13**, **14**, **17**, **18**, **20**). La seua tipologia no presenta cap particularitat i, com la resta d'epígrafs d'aquest grup, no tenen motius decoratius o trets paleogràfics notables que els distingeixen.

Possiblement també altres de les inscripcions d'aquestes dues localitats —i d'altres pròximes com Caudiel— degueren ser producció local. És el cas, entre les no conservades, d'almenys una estela de Xèrica (ELC 83), de semblants característiques formals a les descrites; mentre que entre les conservades, altres dues de Viver (ELC 65) i Xèrica (ELC 84), de diferent tipus de pedra, podrien tenir la mateixa procedència. Quant a la resta de les no conservades, és possible que moltes siguen també de producció local, però no hi ha trets formals o d'altre tipus que permeten la seua atribució segura.

Pel que fa a la cronologia d'aquest conjunt epigràfic, dues poden datar-se en el segle I (núms. **15**, **21**), sis entre la segona meitat del segle I i la primera del II (núms. **5**, **7**, **10**, **11**, **12**, **16**) i tretze en el segle II (núms. **1**, **2**, **3**, **4**, **6**, **8**, **9**, **13**, **14**, **17**, **18**, **19**, **20**). La majoria, doncs, es data en època flàvio-antoniniana, entre la segona meitat del segle I i el II. En conclusió, l'*officina* degué començar la seua produc-

ció possiblement en època flàvia, per a arribar al seu auge en època antoniniana, en la primera meitat del segle II, i desaparéixer en la segona meitat d'aquest segle.

Dues d'aquestes inscripcions devien formar part de sengles monuments[18], segons indiquen les referències a un arc coronat per estàtues que va costar 40.000 sestercis (núm. **13**) i a un altre monument també decorat amb estàtues (núm. **3**). Es tracta de dues referències singulars en l'epigrafia llatina valenciana, obres de notable qualitat que destaquen en el conjunt comarcal. La seua presència indica l'existència en la comarca d'almenys dues poderoses famílies: la formada per *M. Porcius Rufinus* i *Quintia Proba*, que apareixen en un total de tres inscripcions de Xèrica i Viver (núms. **6**, **13**, **14**), a més d'una altra de Viver (núm. **5**) amb familiars directes[19], i la formada per *P. Domitius Sabinus* i *Fabia Attica*, que apareix almenys en una inscripció de Viver (núm. **3**)[20]. Es tracta en tots els casos de gentilicis coneguts en la comarca: *Porcius*, que apareix en 11 ocasions, *Fabius* en 5, *Quintius* en 4 i *Domitius* en 2. Diverses inscripcions de serfs d'aquestes dues localitats deuen estar relacionades amb aquestes famílies[21] i deuen tenir, per tant, un origen local.

La individualització d'aquesta *officina* afegeix una nova particularitat de gran interés al conjunt epigràfic de l'Alt Palància, però no fa més que reforçar-ne la seua personalitat, sense afegir noves dades que permeten dilucidar la qüestió de la seua pertinença a un territori municipal determinat. Aquest aspecte ha estat abordat per F. Beltrán, qui va assenyalar alguns trets que permeten excloure la zona de Xèrica del territori de *Saguntum* i l'aproximen a *Edeta*[22]. Posteriorment, G. Alföldy, després d'acarar els llistats onomàstics de la comarca amb els d'aquestes dues ciutats, conclou que no hi ha raons suficients per plantejar la seua inclusió en el territori d'una d'elles[23]. Finalment, nosaltres hem tractat de nou el problema, arreplegant aquests arguments que no permeten, ara per ara, una solució definitiva[24]. Per les característiques del conjunt epigràfic i la inexistència d'un nucli urbà documentat arqueològicament, deu tractar-se d'un *vicus* depenent de *Saguntum*, *Edeta* o d'alguna altra ciutat encara desconeguda, amb algunes famílies d'elevada posició econòmica, cap membre de les quals, però, sembla haver seguit la carrera municipal en la seua ciutat.

En síntesi, de l'estudi de l'epigrafia d'aquesta comarca hom pot extreure algunes conclusions d'interés: 1) existència d'un important conjunt epigràfic propi d'un nucli urbà, inferior als de *Saguntum* i *Valentia* però superior als d'*Edeta*, *Saetabis* i *Dianium*[25]; 2) més d'un terç d'aquestes inscripcions són producte d'una *officina* local situada entre Xèrica i Viver, individualitzada mitjançant l'estudi del tipus de pedra utilitzat com a suport i la forma d'alguns monuments; 3) aparició de dues inscripcions amb la menció d'un arc i estàtues, tipus d'epígrafs que apareixen habitualment en nuclis urbans i que indiquen la presència de famílies d'un elevat nivell sòcio-econòmic; 4) aparició de diverses dedicatòries a serfs que adopten una fórmula desconeguda a *Saguntum* però documentada a *Edeta* (CIL II 3802); 5) finalment, en l'aspecte onomàstic, en aquesta zona apareixen alguns gentilicis desconeguts a *Saguntum* i *Edeta*, com ara *Aufidius*, *Aurelius*, *Cassius*, *Herennius*, *Petronia*, *Quintia*, *Vettia* i *Viccius*, la presència dels quals no resulta determinant per la seua escassa importància quantitativa.

RELACIÓ DE LES INSCRIPCIONS ATRIBUÏDES A L'*OFFICINA*

Per raons d'espai presentem de manera extractada la relació de les inscripcions, amb els llocs de procedència i conservació, descripció, mides, principals referències bibliogràfiques i cronologia. Una informació exhaustiva sobre aquests epígrafs pot consultar-se en el nostre corpus (ELC).

VIVER

1. Segons G. Escolano es trobava «a la puerta de la casa que llaman del Bayle de Teruel». A. Valcárcel la va veure «á la izquierda de la puerta de la casa de la señoria». Actualment desapareguda.

Segons A. Valcárcel era «de mármol negro». El seu dibuix representa una inscripció envoltada per una motlura, amb sengles pilastres als dos costats i un element motlurat en la part superior.

ESCOLANO, 1611, col. 784; VALCÁRCEL, 1852, p. 105, núm. 357, làm. 66; CIL II 4015; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 354, núm. CVIII; RIPOLLÉS, 1976, p. 267, núm. 126; ILAP 37; ELC 61.

L(icinio ?) Agricolae.
L(icinius ?) Exorienis
fratri.

Per les característiques del suport i el formulari pot datar-se en el segle II.

2. Segons F. Diago es trobava «en la puerta del Parrocho, calle del Empedrado». A. Valcárcel la va veure «á la puerta de la casa de la Abadía». E. Albertini la va veure en el «muntant esquerre de la porta del presbiteri». La Casa Abadia, on es conservava, fou destruïda durant la guerra civil. Actualment desapareguda.

Segons A. Valcárcel era «de mármol negro». F. Diago diu d'ella que era una «muy grande i labrada piedra con muchas molduras», però estava «rompida de medio abaxo». Segons E. Albertini es tractava de

pedra comuna de color fosc. Devia tractar-se d'un bloc o llosa. Segons la fotografia de E. Albertini, el camp epigràfic estava flanquejat per dues pilastres estriades figurades amb dues acanaladures, coronades per sengles capitells corintis amb tres fulles apuntades en la *ima folia* i dues més en la *secunda folia*.

Diago, 1613 a, p. 83; Diago, 1613 b, pp. 54-55, núm. 1; Valcárcel, 1852, p. 104, núm. 353, làm. 64; CIL II 4008; Albertini, 1913, p. 356, núm. 46, fig. 60; Fletcher i Alcácer, 1955, p. 353, núm. CI; Ripollés, 1976, p. 268, núm. 128; ILAP 28; ELC 63.

M(arco) Cornelio
Equali a(nnorum) XX
et Cornelio
Carpo a(nnorum) XXX.
Armonia
[———.

Per la forma del suport i el formulari pot datar-se en el segle II.

3. J.L. Villanueva la cita «en la plaza en la pared de la casa del ayuntamiento». A. Valcárcel la va veure «debajo de la reja de la cárcel». Es conserva encastada en la paret lateral de l'Ajuntament.

Sembla tractar-se d'una llosa o bloc paral·lelípede. El camp epigràfic està envoltat per una motlura. La part esquerra desapareix davall l'emblanquinat de la paret, afectant la primera lletra de r. 3. Una fractura en l'angle superior dret afecta l'última lletra de r. 1. En el gravat de A. Valcárcel es veu la S inicial de *statuas*. Per les característiques del suport i l'alçària de les lletres es tracta d'una inscripció de caràcter monumental.

Dimensions: 61×110 cm.
Alçària del camp epigràfic: 43 cm.
Alçària de les lletres: 11'5×7'7 cm.

Villanueva, 1804, pp. 136-137; Valcárcel, 1852, p. 103, làm. 63, núm. 348; CIL II 4009; Fletcher i Alcácer, 1955, p. 353, núm. CII; Ripollés, 1976, pp. 268-269, núm. 131; HE 238; ILAP 29; ELC 64.

———] P(ublio) Domitio Sabino
[——— e]t Fabiae Atticae
[——— s]tatuas posuit.

Per les característiques del suport pot datar-se en el segle II.

4. Segons M. Martínez Aloy fou trobada l'any 1911 a la vora del camí, prop del riu Palància. Es troba dipositada en l'església de Sant Francesc.

Bloc de calcària fosca trencat per la part superior dreta, afectant la segona lletra de r. 1. En la zona central hi ha una zona mig esborrada, afectant algunes lletres de r. 5-7. El camp epigràfic està envoltat per una motlura de 4 cm. d'amplària en forma de *tabula ansata*. La fórmula *DM* es troba fora del camp epigràfic.

Dimensions: 105×65×46 cm.
Camp epigràfic: 30×38 cm.
Alçària de les lletres: 8-2'5 cm.

Martínez Aloy, 1912, p. 219: Fletcher i Alcácer, 1955, p. 354, núm. CX; HAE 967; Ripollés, 1976, p. 269, núm. 133; Alföldy, 1984, pp. 235-237; AE, 1984, 603; ILAP 31; ELC 66.

D(is) [M(anibus)]
Otacil(iae) Seran<a>e
ann(orum) XVIII.
Otacil(ius) Seranus
filiae naturali
et Otac(ilia) Chryso-
polis filiae
pientissimae
h(ic) s(itae).

Per la forma i característiques del suport i el formulari pot datar-se en el segle II.

5. F. Diago la va veure «a la puerta de la casa vieja de la señoria». Posteriorment aquest la va fer col·locar «en la torre de las campanas de la iglesia mayor, a treinta palmos de altura», uns 6'50 m., on actualment es conserva.

Bloc o llosa amb el camp epigràfic situat en la meitat superior de l'espai qui hi ha entre dues pilastres estriades figurades amb dues acanaladures i contraestries (*rudenturae*) en la seua meitat inferior, amb una línia incisa en la base, coronades per sengles capitells corintis, molt erosionat el de l'esquerra, amb tres fulles en la *ima folia* i dues en la *secunda folia*. Sobre aquests hi ha una mena d'arquitrau coronat per dues acròteres i un petit timpà en el centre, tot de factura molt grollera. El camp epigràfic està allisat, mentre que la resta de l'espai que hi ha entre les dues pilastres es troba simplement desbastat, amb una línia incisa en l'estrem inferior delimitant el camp epigràfic. Una fractura irregular en sentit horitzontal talla el monument i la inscripció per la meitat. Un fort colp causat per l'impacte d'un projectil en la darrera guerra civil afecta les línies 2-5 en la zona centre-dreta. En la fotografia de E. Albertini (1913) el text es veu sencer.

Dimensions: 180×90 cm. aprox.
Alçària de les lletres: 5-4 cm. aprox.

Diago, 1613 a, p. 95; Diago, 1613 b, p. 57, núm. 8; Valcárcel, 1852, p. 104, núm. 356, làm. 65; CIL II 4010: Albertini, 1913, p. 356, núm. 47, fig. 61; Fletcher i Alcácer, 1955, p. 353, núm. CIII; Ripollés, 1976, p. 270, núm. 134; Alföldy, 1984, pp. 228-230; AE, 1984, 600; ILAP 32; ELC 67.

Lucius Porc-
ius repr[ob]u-
s an(norum) XXV h(ic) s(itus) e(st).
Lu[cius Por]-
cius [Aure]-
us an(norum) [XV] h(ic) s(itus) e(st).
Val[er]ia-
n{i}a Crass-
illa h(ic) s(ita) e(st).

Per les característiques del suport i el formulari pot datar-se en la segona meitat del segle I o la primera del II.

6. F. Diago diu que «está colocada en la torre», on actualment es conserva encastada a una altura aproximada de 5 m.

Fragment de llosa o bloc de calcària ocre-rogenca, trencada per dalt i per la dreta afectant tan sols el final de totes les línies del text.

Dimensions: 20×50 cm. aprox.

Alçària de les lletres: 5 cm. aprox.

DIAGO, 1613 a, p. 95; DIAGO, 1613 b, p. 57; VALCÁRCEL, 1852, p. 104, làm. 64, núm. 355; CIL II 4011; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 354, núm. CIV; RIPOLLÉS, 1976, p. 267, núm. 125; ALFÖLDY, 1984, pp. 225-226; HE 237; ILAP 33; ELC 68.

M(arcus) Por[cius] M(arci) [f(ilius)]
Gal(eria tribu) Rufinu[s an(norum) ———].
M(arcus) Porcius M(arci) [f(ilius) Gal(eria tribu]
Rufus an(norum) LXX. [Quin]-
tia M(arci) f(ilia) Pr[oba an(norum) ———].

La inscripció es troba massa mutilada per poder datar-la. Tanmateix, deu ser pròxima cronològicament a les altres dues d'aquesta família (núms. **13**, **14**), datades en el segle II; també el formulari permet aproximar una datació en aquest segle.

7. Segons G. Escolano estava situada «a la puerta de la casa que llaman del Bayle de Teruel». F. Diago la situa «a la puerta de la casa de su señoria». A. Valcárcel encara la va veure «a la derecha de la casa de la Señoría». Actualment desapareguda.

A. Valcárcel diu que era de «mármol negro». En el seu dibuix es veu un bloc o llosa amb la part superior motlurada i el camp epigràfic cenyit per dues franges en relleu, de les quals la de la dreta podria figurar una pilastra estriada amb capitell corinti, però tot molt erosionat. Una fractura per la part inferior afecta part de r. 4.

ESCOLANO, 1611, col. 783; DIAGO, 1613 a, p. 131; DIAGO, 1613 b, p. 55; VALCÁRCEL, 1852, p. 103, núm. 349, làm. 63; CIL II 4012; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 354, núm. CV; RIPOLLÉS, 1976, pp. 266-267, núm. 123; ILAP 34; ELC 69.

L(ucius) Terentius Iu-
venis a(nnorum) XXV
h(ic) s(itus) e(st)
pater [———.

Per les característiques del suport i el formulari pot datar-se en la segona meitat del segle I o la primera del II.

XÈRICA

8. A. Valcárcel la va veure «en la calle del Ballao, en casa de Crisóstomo Campo». N. Ferrer assenyalà la possibilitat que estigués encara en el mateix lloc, on fou descoberta de nou l'any 1983. Es conserva en un corral de la localitat.

Llosa de calcària blau fosc. El camp epigràfic està envoltat per una motlura de 3 cm. d'amplària. Tant els seus costats com la part posterior estan simplement desbastats. Presenta una fractura a l'angle superior esquerre que no afecta el camp epigràfic.

Dimensions: 52×57×15 cm.

Camp epigràfic: 35×38 cm.

Alçària de les lletres: 5'5-3'5 cm.

VALCÁRCEL, 1852, pp. 44-45, núm. 365, làm. 68; CIL II 3392; FERRER JULVE, 1899, p. 48; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 342, núm. LII; ILER 4178; RIPOLLÉS, 1976, p. 252, núm. 74; CORELL, 1989, pp. 280-281, fig. 7; ILAP 1; ELC 72.

L(ucio) Aemilio
L(uci) f(ilio) Gal(eria tribu)
Aemiliano
f(ilio) piissimo
an(norum) XXXII.

Per les característiques del suport i el formulari pot datar-se en el segle II, possiblement en la seua primera meitat.

9. Es trobava encastada a la Torre de los Hordaces. Es conserva en el Museu Municipal d'aquesta localitat.

Estela amb la part superior arrodonida i la base trencada. El camp epigràfic està envoltat per una motlura de 3'5 cm. d'amplària. La inscripció es troba en un pla rebaixat.

Dimensions: 93×45×26 cm.

Camp epigràfic: 19'5×23'5 cm.

Alçària de les lletres: 4'5-3 cm.

RIPOLLÉS, 1976, p. 253, núm. 80; HE 230; ILAP 22; ELC 73.

L(ucius) Atili-
us Phi-
leros
an(norum) LV.

Per les característiques del suport pot datar-se en el segle II.

10. Trobada a la partida del Partidor. Es conserva en el Museu Municipal.

Possiblement es tracta de la part superior d'una estela amb l'extrem arrodonit escapçat, sense afectar el text. El camp epigràfic és llis.

Dimensions: 47×44×20 cm.

Alçària de les lletres: 5'5-5 cm.

RIPOLLÉS, 1976, p. 253, núm. 81, làm. III; HE 231; ILAP 23; ELC 74.

D(is) M(anibus)
D(omitiae ?) Ter-
tullae
an(norum) LV.

Pel formulari pot datar-se en la segona meitat del segle I o primera del II.

11. Segons G. Escolano es va trobar «à un quarto de legua de Xerica, en la torre de los Hordaces (...). Que después fue traspuesta a la villa, y assentada en casa de mossén Vayo». A. Valcárcel la va veure «en el arrabal a la puerta de la casa de José Campos». N. Ferrer la dóna per desapareguda. Es conserva en el Museu Municipal.

Estela amb l'extrem superior arrodonit. Està un poc esvorellada en la vora de la seua part superior i trencada per la seua meitat, encara que reconstruïda. El camp epigràfic és llis.

Dimensions: 70×44×23 cm.

Alçària de les lletres: 5'2-4'8 cm.

ESCOLANO, 1611, col. 761; DIAGO, 1613 a, p. 111; VALCÁRCEL, 1852, p. 44, núm. 361, làm. 67; CIL II 3989; FERRER JULVE, 1899, p. 49; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 341, núm. XLIX; RIPOLLÉS, 1976, p. 255, núm. 85; ILAP 24; ELC 75.

C(aius) Fabius C(ai) f(ilius)
Celsus
Gal(eria tribu) edeta(nus)
an(norum) LXXV
h(ic) s(itus) e(st).

Per la forma del suport i el formulari pot datar-se en la segona meitat del segle I o principis del II.

12. N. Ferrer la va trobar «en la partida de la Torre, junto al camino lindante con el predio de Manuel Campos (á) *Puchero*». Es conserva en el Museu Municipal.

Fragment superior dret d'una llosa amb el camp epigràfic en un pla rebaixat. A la banda dreta es conserva part d'una pilastra estriada figurada amb dues acanaladures coronada per un capitell corinti incomplet, del qual es distingeix l'arrancament de les fulles. La inscripció devia estar flanquejada per sengles pilastres semblants, mentre que la part superior conserva part d'una motlura, pertanyent possiblement a la cornisa figurada.

Dimensions: 37×54×18 cm.

Alçària de les lletres: 4'3-4 cm.

MSAV, 1881, p. 9; FERRER JULVE, 1899, p. 51; CIL II 6066; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 344, núm. LXV; ILER 2587; RIPOLLÉS, 1976, p. 249, núm. 62; ILAP 17; ELC 76.

Herenni-
a L(uci) f(ilia) Vil-
lana an(norum) L
[h(ic) s(ita)] e(st).

Per les característiques del suport i el formulari pot datar-se en la segona meitat del segle I o la primera del II.

13. Segons G. Escolano es trobava «en casa del Mossen Vayo». A. Valcárcel la va veure «en la calle del arrabal a la puerta de la casa de José Campos». J. Ceán i B. Rull la donen com a procedent d'Onda. G. Alföldy i J. Corell[26] creuen que aquesta inscripció apareix citada en diverses publicacions amb diferents procedències: *Ilici* (CIL II 3558) i Petrer[27]. Es conserva en el Museu Municipal.

Llosa amb el camp epigràfic envoltat per una motlura de 4'5 cm. d'amplària. En l'actualitat està trencada en diversos fragments però reconstruïda.

Dimensions: 62×88×18 cm.

Camp epigràfic: 57'5×83'5 cm.

Alçària lletres: 6-4'2 cm.

ESCOLANO, 1611, col. 762; DIAGO, 1613 a, p. 284; VALCÁRCEL, 1852, p. 43, núm. 359, làm. 66; CIL II 3997; FERRER JULVE, 1899, p. 49; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, pp. 342-343, núm. LVII; ILER 2064; RIPOLLÉS, 1976, p. 254, núm. 82, làm. III; ALFÖLDY, 1984, pp. 224-225 i 227; ILAP 13; ELC 77.

Quintia Proba
sibi et Porcio
Rufo et Porcio
Rufino, arcum
fecit et statuas
superimpos(uit) s(estertium) n(ummum) XL (milibus) e(x) t(estamento) [.].

Per les característiques del suport i el formulari pot datar-se en el segle II, possiblement en la seua primera meitat.

14. Segons N. Ferrer es va trobar «en la partida del *Cascajar*, propiedad de Jaime Marqués y Angel, formando un sillar en la pared del campo». Es conserva en el Museu Municipal.

Es tracta de dos fragments corresponents a la meitat inferior d'una llosa de caràcter monumental. El camp epigràfic està envoltat per una motlura de 4'5 d'amplària. la fractura afecta algunes lletres de la zona central.

Dimensions del fragment esquerre: 44×49×30 cm.
Dimensions del fragment dret: 74×47×30 cm.
Alçària de les lletres: 6-5 cm.

FERRER JULVE, 1899, p. 51; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 345, núms. LXVI-LXVII; HAE 953-954; RIPOLLÉS, 1976, pp. 252-253, núm. 78-79; ALFÖLDY, 1984, pp. 222-223; AE, 1984, 599; ILAP 21; ELC 78.

[M(arco) Porcio] M(arci) f(ilio)
[G]al(eria tribu) [Ruf]o.
Quint[ia] M(arci) f(ilia)
Proba [m]arito
posuit.

Per les característiques del suport i el formulari pot datr-se en el segle II, possiblement en la seua primera meitat.

15. Segons G. Escolano es trobava «en la casa de Mossen Vayo». F. Diago la va veure «a la puerta del Racionero Jayme del Vayo, en la calle mayor». A. Valcárcel la va veure «en la misma casa de José Campos». Es conserva en el Museu Municipal.

Estela trencada en el seu extrem superior esquerre, afectant les primeres lletres de r. 1. L'extrem superior podria haver estat arrodonit, com apareix en el dibuix de A. Valcárcel. En l'actualitat la part superior dreta apareix repicada amb buixarda en forma d'un petit *pulvinus*. El camp epigràfic és llis.

Dimensions: 85×50×18 cm.
Alçària de les lletres: 5'8-5 cm.

ESCOLANO, 1611, col. 762; DIAGO, 1613 a, p. 83; VALCÁRCEL, 1852, p. 44, núm 362, làm. 67; CIL II 4001; FERRER JULVE, 1899, p. 46; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 344, núm. LXI; HAE 1455; RIPOLLÉS, 1976, p. 256, núm. 88; ILAP 9; ELC 81.

Val(eria) Turpia an(norum) L.
M(arcus) Cornelius
Amandus
an(norum) L h(ic) s(itus) e(st).
Cornelia
Silvana uxsor
an(norum) XXXX h(ic) s(ita) e(st).

Per la forma del suport i el formulari pot datar-se en el segle I.

16. Segons G. Escolano es trobava «en la casa de Mossen Vayo». Segons A. Valcárcel es trobava «en el arrabal á la puerta de la casa de José Campos». Es conserva en el Museu Municipal.

Llosa en forma de paral·lelípede amb el text situat en la seua meitat esquerra. El camp epigràfic és llis.

Dimensions: 32×90×25 cm.
Alçària de les lletres: 5'5 cm.

ESCOLANO, 1611, col. 762; VALCÁRCEL, 1852, pp. 43-44, núm. 360, làm. 66; CIL II 3993; FERRER JULVE, 1899, p. 46; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 342, núm. LIII; RIPOLLÉS, 1976, p. 254, núm. 83; ILAP 2; ELC 82.

Auf(idius ?)
Saturnin-
us an(norum) LXV
h(ic) s(itus) e(st).

Per la forma del suport i el formulari pot datar-se en la segona meitat del segle I o la primera del II.

17. A. Valcárcel la localitza «en la calle del Arrabal, en casa de José Marcilla». Es conserva en el Museu Municipal.

Llosa trencada en la part superior dreta, afectant només la motlura, i en l'angle inferior esquerre, afectant les línies 4-6. El camp epigràfic està envoltat per una motlura de 3'5 cm. d'amplària.

Dimensions: 52'5×41'5×10 cm.
Camp epigràfic: 32'5×30 cm.
Alçària de les lletres: 4'5-5 cm.

VALCÁRCEL, 1852, p. 45, núm. 366, làm. 68; CIL II 4000; FERRER JULVE, 1899, p. 50; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 343, núm. LX; RIPOLLÉS, 1976, p. 249, núm. 61; HE 233; ILAP 8; ELC 89.

M(arcus) Valeri-
us Martia-
lis an(norum) LX h(ic) s(itus) e(st).
[T]erentia
[———]aporin
[an(norum) ¿X]IL h(ic) s(ita) e(st).

Per les característiques del suport i el formulari pot datar-se en el segle II.

18. Un dels dos fragments conservats fou trobat per N. Ferrer Julve en la partida de Navarza; de l'altre desconeixem el lloc on es va trobar. Ambdós fragments es conserven en el Museu Municipal.

Llosa de la qual es conserven dos fragments corresponents a la meitat inferior. El camp epigràfic està envoltat per una motlura de 6 cm. d'amplària; al costat dret es conserva l'extrem inferior d'una voluta.

Dimensions del fragment esquerre: 42×36×11 cm.

Dimensions del fragment dret: 50×34×11 cm.

Alçària de les lletres: 3'8-4'2 cm.

MSAV, 1881, p. 9; FERRER JULVE, 1899, p. 52; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 345, núms. LXIX-LXXI; HAE 958; RIPOLLÉS, 1976, pp. 251 i 255, núms. 71 i 87; ALFÖLDY, 1984, pp. 232-233, làm. XI, b-c; AE, 1984, 601; ILAP 18; ELC 90.

[———]
optime [d]e se
meritis [e]t sibi
M(arcus) Clodiu[s] M(arci) f(ilius) Gal(eria tribu)
Fabian[us] v(ivus) v(ivis) f(ecit).

Per les característiques del suport i el formulari pot datar-se en el segle II.

19. Segons F. Diago es trobava «en la esquina de la casa de don Roque Valero Cerverio». A. Valcárcel la va veure «en la plaza de Jérica á raiz del piso de la casa del Conde de Cirat». Es conserva en el Museu Municipal.

Bloc amb el camp epigràfic situat en la part superior de l'espai existent entre dues pilastres estriades figurades de 23 cm. d'amplària, amb dues acanaladures i contraestries (*rudenturae*) en la seua meitat inferior, amb bases i capitells molt desgastats i trencats. La fractura superior afecta el text possiblement en les dues primeres línies. El camp epigràfic està envoltat per una motlura de 4'5 cm. d'amplària per la part inferior i 3'5 cm. pels costats. Una profunda mossa en la cara superior indica que el bloc degué ser reutilitzat. El text, tot i que està prou desgastat, pot llegir-se amb seguretat.

Dimensions: 120×74×44 cm.

Distància entre pilastres: 27 cm.

Amplària del camp epigràfic: 20 cm.

Alçària de les lletres: 4'5-4 cm.

DIAGO, 1613 a, p. 113; VALCÁRCEL, 1852, p. 45, núm. 370, làm. 69; CIL II 3996; FERRER JULVE, 1899, p. 49; ALBERTINI, 1913, p. 355, núm. 44, fig. 58; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 342, núm. LVI; RIPOLLÉS, 1976, p. 255, núm. 86; ILAP 5; ELC 93.

———]
[———]
an(norum) IXX sibi
et Postu-
miae Cu-
pitae uxo-
ri an(norum) IXV.

Per les característiques del suport i el formulari pot datar-se en el segle II.

20. Desconeixem la seua procedència. Es conserva en el Museu Municipal.

Fragment superior dret d'una llosa trencada per les parts superior, esquerra i inferior, afectant el text per tota la banda esquerra. El camp epigràfic està envoltat per una motlura de 5 cm. d'amplària. El text està molt desgastat i resulta de difícil lectura.

Dimensions: 42×24×11 cm.

Alçària de les lletres: 4 cm.

LLOPIS, 1948, pp. 196 i 198, núm. 10; FLETCHER i ALCÁCER, 1955, p. 328, núm. 4; HAE 959; RIPOLLÉS, 1976, p. 250, núm. 66; ILAP 15; ELC 95.

[——— ¿Ae] milius
[———an(norum)] LXX.
[———] lianus
[———an(norum) ———]I h(ic) s(iti) s(unt).
[——— .ate]rna
[——— an(norum) ———]V.

Per les característiques del suport i el formulari pot datar-se en el segle II.

21. Procedència desconeguda. Es conserva en el Museu Municipal.

Fragment inferior esquerre d'una llosa llisa. Només el costat esquerre és original.

Dimensions: 34×15×12'5 cm.

Alçària de les lletres: 5 cm.

RIPOLLÉS, 1976, p. 252, núm. 77; ILAP 20; ELC 98.

[———]
ve[———]
rin[———]

Per les característiques del suport pot datar-se en el segle I.

NOTES

1 Sobre aquest tema vegeu treballs esclaridors com els de P. BELTRÁN VILLAGRASA: «Segobriga». *Archivo de Prehistoria Levantina*, IV, Valencia, 1953, pp. 231-253; J. BLASCO AGUILAR: *Historia y derecho en la catedral de Segorbe*. Valencia, 1973; M. ALMAGRO BASCH: *Segobriga I. Los textos de la antigüedad sobre Segobriga y las discusiones acerca de la situación geográfica de aquella ciudad*. Excavaciones Arqueológicas en España, 123, Madrid, 1983.

2 Vegeu una referència a aquesta qüestió en F. BELTRÁN LLORIS: *Epigrafía Latina de Saguntum y su Territorium (Cronología. Territorium. Notas prosopográficass. Cuestiones municipales)*. Serie de Trabajos Varios del SIP, 67, Valencia, 1980, pp. 355-356.

3 F. ARASA: *Epigrafia llatina de Castelló*, en premsa.

4 Sobre aquesta qüestió resulta de gran utilitat el treball de J.N. BONNEVILLE: «Le monument épigraphique et ses moulurations». *Faventia*, II, 2, Barcelona, 1980, pp. 75-98.

5 La pobresa decorativa de les inscripcions de la comarca (tan sols l'epígraf ELC 80, de Xèrica, desaparegut, presenta una *laurea*), sense motius que faciliten la seua atribució a un mateix taller, impossibilita la utilització d'aquest criteri metodològic tan útil en altres casos; vegeu, per exemple: D. Manacorda: *Un'officina lapidaria sulla via Appia*. Roma, 1980.

6 L'estudi dels centres de producció epigràfica a Hispània no està molt desenvolupat, particularment pel que fa al món rural. Sobre aquesta qüestió, vegeu, en general: G. Susini: *Il lapicida romano. Introduzione all'epigrafia latina*. Bologna, 1966, pp. 18-26.

7 L'estudi dels materials resulta de gran importància per identificar centres de producció epigràfica; vegeu alguns casos en: A. Álvarez: «Estudi dels materials de les inscripcions romanes de Terrassa». *Epigrafia romana de Terrassa*, Terrassa, 1981, pp. 87-112; A. Álvarez, M. Mayer: «Aproximació a l'estudi del material de Rubí i la seva àrea». *Butlletí del Grup de Collaboradors del Museu de Rubí*, 4, Rubí, 1982, pp. 15-20.

8 La identificació del tipus de pedra s'ha realitzat de manera visual. Una anàlisi més acurada permetrà sense dubte precisar les atribucions —i potser corregir-les— amb major propietat, així com determinar el tipus i característiques de la pedra.

9 Aquesta qüestió ha estat tractada per: J.N. Bonneville: «Le support monumental des inscriptions: terminologie et analyse». *Epigraphie Hispanique*, Paris, 1984, pp. 117-152.

10 Una de les inscripciones estudiades (núm. 18) fou trobada precisament en aquesta partida, situada a vora riu, com en general totes les altres procedències concretes d'altres inscripcions de Xèrica que es coneixen: la Torre (núm. 9, 11, 12), el Partidor (núm. 10) i el Cascajar (núm. 14); com també passa amb les de Viver (núm. 4).

11 F. Diago: *Anales del Reyno de Valencia*. Valencia, 1613, p. 13. Potser és una referència al *lapis specularis* citat per Plini (XXXVI, 160) pels voltants de *Segobriga*, ja que aquest autor reduïa aquesta ciutat a l'actual Sogorb, com era prou corrent en la seua època.

12 B. Mundina Milallave: *Historia, geografía y estadística de la provincia de Castellón*. Castellón, 1873, p. 503.

13 Mundina Milallave: *Op. cit.* nota 12, p. 245.

14 Almenys dues de Begís (ELC 47, 48) devien figurar encastades en una estructura arquitectònica monumental, probablement un mausoleu funerari.

15 Sobre les esteles, vegeu l'estudi de: G.A. Mansuelli: *Le stele romane del territorio ravennate e del Basso PO. Inquadramento storico e catalogo*. Ravenne, 1967, qui distingeix entre «esteles arquitectòniques» i «esteles anarquitectòniques», corresponent aquestes segones a representacions esculpides sobre fons pla. En el grup ací estudiat, només un dels monuments —que nosaltres anomenem de manera genèrica «lloses» o «blocs»— corespondria amb seguretat a la tipologia d'aquestes esteles.

16 Un repàs no exhaustiu dels principals conjunts epigràfics de tota Hispània, en edicions modernes amb aparell gràfic, no ha permès trobar paral·lels exactes d'aquest tipus de representacions arquitectòniques.

17 V. Tocchetti Pollini: *Stele Funerarie romane con ritratti da municipia de Mediolanum e Comum*. Corpus Signorum Imperii Romani, Italia-Regio XI, Mediolanum-Comum, Fasc. II, Milano, 1990, p. 344 ss., núm.7, tav. VII.

18 En el Museu Municipal de Xèrica es conserven diversos elements arquitectònics i escultòrics, actualment en estudi, corresponents a alguns d'aquests monuments.

19 L'*stemma* d'aquesta família ha estat estudiat per G. Alföldy: «Epigraphica Hispanica V. Inschriften aus Jérica und Umgebung». *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 54, Bonn, 1984, p. 230.

20 En una inscripció de Xèrica (ELC 96) apareix una dedicatòria que podria correspondre a aquesta mateixa dona: *[c Fa] biae / [At]t[icae ? ———]*.

21 Es el cas de CIL II 4013=ELC 70 i CIL II 4014=ELC 71, de Viver, i CIL II 4003=ELC 83, de Xèrica, ja citada.

22 Beltrán Lloris: *Op. cit.* nota 2, p. 356.

23 Alföldy: *Op. cit.* nota 19, pp. 238-245.

24 Arasa: *Op. cit.* nota 3.

25 *Saguntum* té més de 300 inscripcions, *Valentia* més de 90, *Edeta* més de 50, *Saetabis* unes 50, *Dianium* 40, *Dertosa* 25 i *Lesera* 5.

26 J. Corell: «L'epigrafia romana al País Valencià (1982-86)». *Fonaments*, 7, 1988, p. 197.

27 L. Abad Casal: «Arcos romanos en el País Valenciano: Los testimonios epigráficos». *Lucentum*, III, Alicante, 1984, p. 185.

BIBLIOGRAFIA

AE: L'Année Epigraphique, París.

CIL II: *Corpus Inscriptionum Latinarum*=Hübner, 1869.

ELC: Epigrafia Llatina de Castelló=Arasa, en premsa.

ELST: Epigrafía Latina de Saguntum y su Territorium=Beltrán, 1980.

HAE: *Hispania Antiqua Epigraphica*, Madrid.

HE: *Hispania Epigraphica*, Madrid.

IARV: Inscripciones y Antigüedades del Reino de valencia=Valcárcel, 1852.

ILAP: Inscripciones Latinas del Alto Palancia=Carbonell *et alii*, 1990.

ILER: Inscripciones Latinas de la España Romana=Vives, 1971-72.

MSAV: Memorias de la Sociedad Arqueológica Valenciana, València.

RIT: Römische Inschriften von Tarraco=Alföldy, 1975.

Albertini, E. (1913): «Sculptures antiques du Conventus Tarraconensis». *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, IV, Barcelona, pp. 323-474.

Alföldy, G. (1975): *Die römischen Inschrifeten von Tarraco*. Madrider Forschungen, 16, Berlín.

Alföndy, G. (1984): «Epigraphica Hispanica V. Inschriften aus Jérica und Umgebung». *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 54, Bonn pp. 221-245.

Arasa i Gil, F. (en premsa): *Epigrafia Llatina de Castelló*. València.

Beltrán Lloris, F. (1980): *Epigrafía Latina de Saguntum y su Territorium (Cronología. Territorium. Notas Prosopográficas. Cuestiones Municipales)*. Serie de Trabajos Varios del SIP, 67, Valencia.

Carbonell, M.J.; Borja, H.J.; Pérez, J. (1990): *Inscripiciones Latinas del Alto Palancia*. Segorbe.

Diago, F. (1613a): *Anales del Reyno de València*. Valencia.

Diago, F. (1613b): «Antigüedades de Vivel de las Aguas»=F. Mateu Llopis, *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, Castellón, 1948, pp. 53-64.

Escolano, G. (1610-11): *Décadas de la Insigne y Coronada Ciudad y Reino de Valencia*, II. Valencia.

Ferrer Julve, N. (1899): *Recuerdos de Jérica. Resumen histórico e hidrográfico de esta villa*. Valencia.

Fletcher Valls, D.; Alcácer Grau, J. (1955): «Avance a una arqueología romana de la provincia de Castellón». *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, Castellón, XXXI, pp. 316-353.

Hübner, E. (1869): *Corpus Inscriptionum Latinarum. Inscriptiones Hispaniae Latinae*, II. Berlín.

Llopis y Llopis, S. (1948): «Museo de Jérica (Castellón)». *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, VIII, Madrid, pp. 195-198.

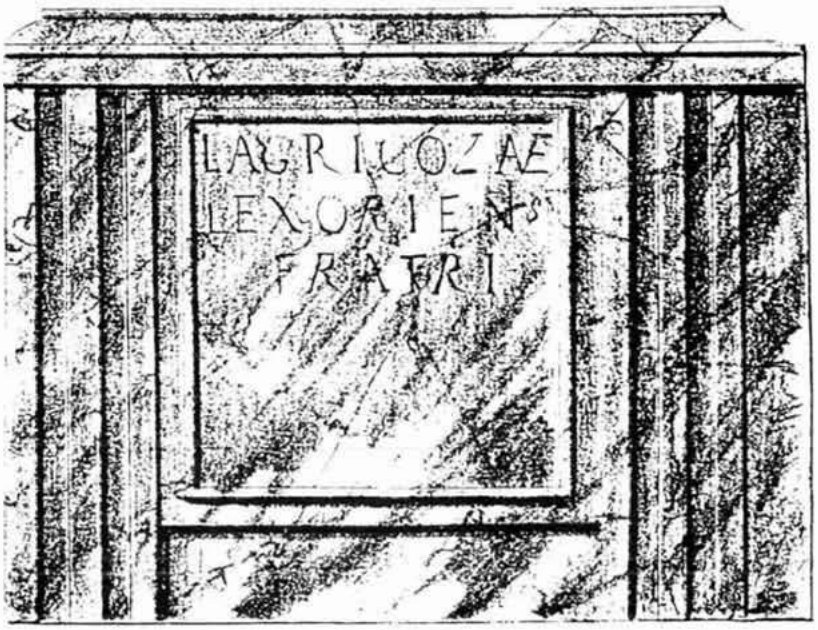
MARTÍNEZ ALOY, J. (1912): «Arqueología valenciana en 1911». *Almanaque de «Las Provincias»*, Valencia, pp. 219-223.

RIPOLLÉS ALEGRE, P.P. (1976): «Sinopsis de epigrafía latina castellonense». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 3, Castellón, pp. 229-227.

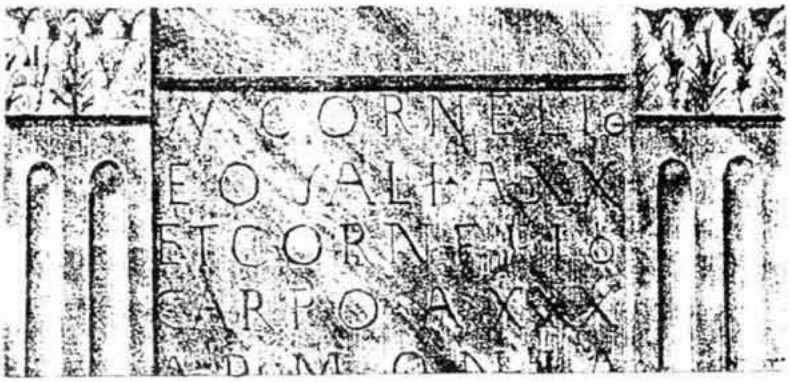
VALCÁRCEL, A. (1852): *Inscripciones y antigüedades del Reino de Valencia*. Memorias de la Real Academia de la Historia, Madrid.

VILLANUEVA, J.L. (1804): *Viage literario á las iglesias de España*, III. Madrid.

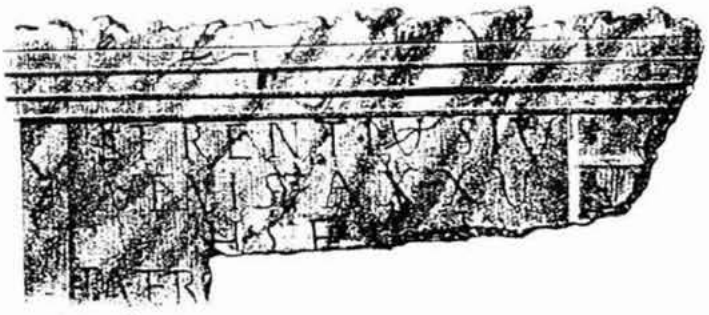
VIVES, J. (1971-72): *Inscripciones latinas de la España romana*. Barcelona.



1



2



7

Làm. I.— Inscripcions de Viver

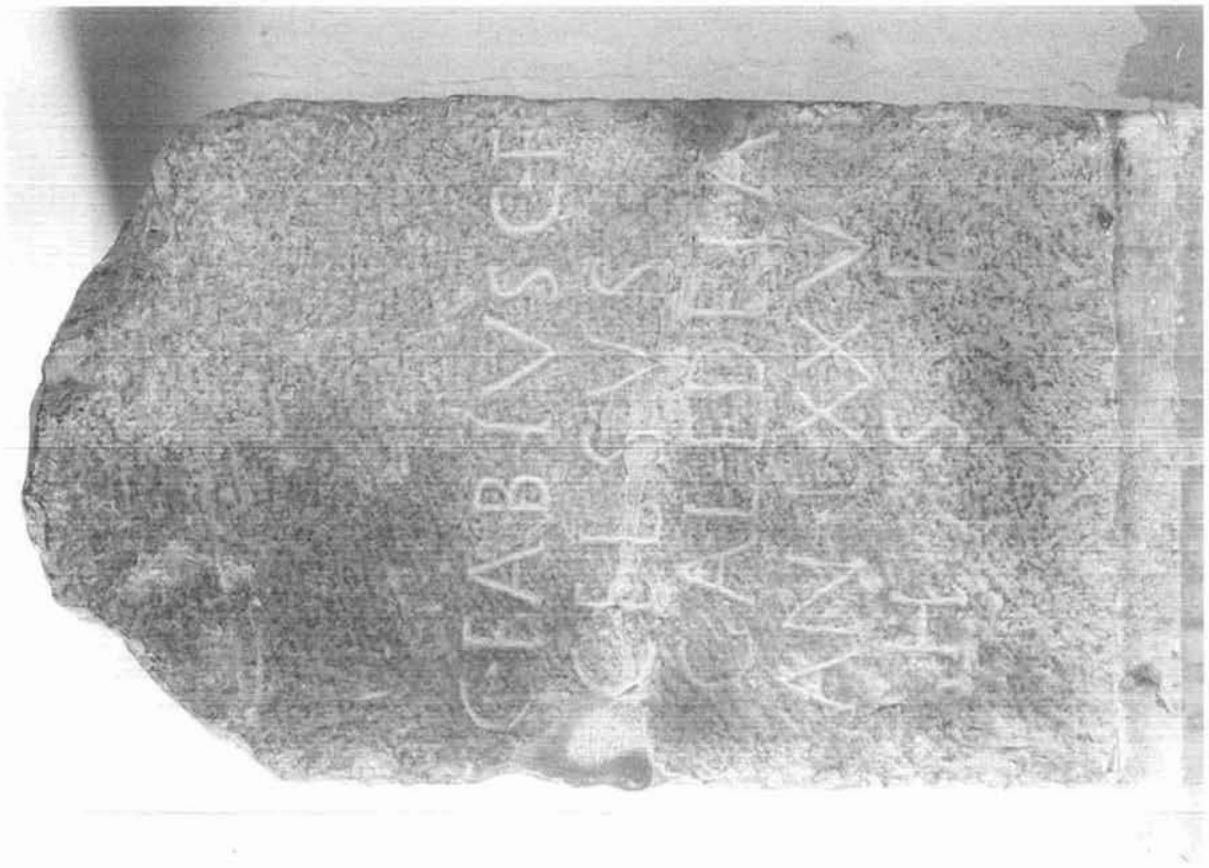


3



5

Làm. II.— Inscripcions de Viver



11



9

Làm. III.— Inscripcions de Xèrica



12



13

Làm. IV.— Inscripcions de Xèrica



15



19

Làm. V.— Inscripcions de Xèrica

J. Corell*

INSCRIPCIONES ROMANAS DE INIESTA Y SISANTE (CUENCA) Y LA IGLESUELA DEL CID (TERUEL)

En este artículo estudio una inscripción de Iniesta, dos de Sisante y cinco de la Iglesuela del Cid. El presentar conjuntamente estas inscripciones se debe a lo siguiente. La inscripción de Iniesta y las dos de Sisante, poblaciones de la provincia de Cuenca, se conservan en Valencia y son poco conocidas. En cuanto a las cinco inscripciones de la Iglesuela, aunque conocidas ya desde hace tiempo y estudiadas últimamente por varios autores, creo que vale la pena dar a conocer tres testigos hasta ahora ignorados, que he encontrado en archivos de Valencia.

El primer testigo es un autor anónimo que envió a Agustín Sales una nota juntamente con los dibujos de las lápidas[1]. En la nota se mencionan entre otros restos, una inscripción ibérica y tres romanas (núm. 4, 5, 6)[2].

El segundo testigo es un religioso que se firma Francisco Ferrer, el cual remitió, igualmente a A. Sales, la copia de una inscripción (núm. 7), acompañada de una nota sobre las circunstancias del hallazgo[3].

Finalmente, el tercer testigo es Nicolás Ferrer Julve, quien en unos papeles que se conservan en el archivo municipal de Valencia, presenta una inscripción ibérica, cuatro romanas (núm. 4, 5, 6, 7) y otros restos arqueológicos de la ermita de N.ª S.ª del Cid (lám. VIII)[4].

* Dpto. de Filología Clásica, Universitat de València.

1. INIESTA (Lám. I)[5]

Estela funeraria de caliza clara, rota por abajo. Ambos lados y la parte posterior están trabajados. La parte de arriba es cóncava y está provista de dos volutas adornadas con sendas rosetas hexapétalas. Una moldura de gola reversa en forma de *tabula ansata* enmarca el campo epigráfico, que está ligeramente rebajado (45×46). Fue hallada el año 1980 en una rambla cercana a la población juntamente con otros restos arqueológicos. La conserva en su casa Magín Ruiz Albornoz, C/ Agermanats, núm. 13, Valencia.

Dimensiones: (138)×64×38 cm.
Letras: l. 1-5: 5; l. 6: 4 cm.
Inédita?

EVODVS•MARCELLI
PARTHENIS•MARCELLI
RVSTICA•MARCELLI
H(ic)•S(iti)•S(unt)•S(it)•V(obis)•T(erra)•L(evis)

5 EVODVS•SIBI•VXORI•
SOCRAE•C(uravit).

Evodo, de Marcelo; Partenis, de Marcelo; Rústica, de Marcelo; aquí están sepultados. Que la tierra os sea leve. Evodo ha hecho (este monumento) para sí, para su mujer y para su suegra.

La interpunción consiste en puntos triangulares. La escritura es estrecha y alargada. La *ordinatio* del texto, bastante cuidada, sigue un eje de simetría.

Se trata, al parecer, de personas de condición servil. El nombre griego EVODUS era muy corriente (cf. CIL II, p. 1082; Pape-Benseler, 1884, p. 416; Solin, 1982, p. 852-854). Por el contrario, PARTHENIS, también griego, era muy raro en general (Solin, 1982, p. 274). En la Península, sólo aparece en otra inscripción de Tarragona (CIL II 4167)[6]. RVSTICA y MARCELLVS son muy corrientes en todas partes (CIL II, p. 1091 y 1086 respectivamente). La forma vulgar *socra*, en lugar de la clásica *socrus*, aparece también en otras inscripciones hispanas (CIL II, 530, 695, 2936)[7]. Las fórmulas H.S.S. y S.V.T.L. son muy frecuentes en la zona de procedencia.

Por la paleografía, el tipo de monumento y el formulario, puede datarse en el siglo II d.C.

2. SISANTE (Lám. II)

Estela de caliza gris oscura, redondeada por arriba. Todos los lados y la parte posterior están trabajados. El campo epigráfico (40×24 cm.) está rebajado y provisto de líneas auxiliares para los renglones. Fue hallada en 1941, al arrancar olivos en un bancal de la partida Cerro del Tesoro, a 1'5 Km. al NO de Sisante. Apareció a 50 cm. de profundidad juntamente con otras inscripciones y restos arqueológicos (NAH II, 1953, p. 227, núm. 713 y p. 237, núm. 752). La estela fue trasladada a Játiva y, posteriormente, a Valencia. Se conserva, partida en dos fragmentos, en el depósito del S.I.A.M. en la plaza de Maguncia (Valencia).

Dimensiones: 98×31×25 cm.
Letras: 5'5 cm.

NAH II, 1953, p. 227, núm 752; HAE 1034 y 1047; cf. Albertos, 1966, p. 166 y 168[8].

NEIVCEN
VS•TELASS
ICVS•H(ic)•S(itus)•E(st).

Neiuceno Telásico está aquí sepultado.

Variantes: N.A.V.C.E.V.S.L.A.S.S.C.V.S.H.S.E. (NAH, núm. 713; HAE 1034); NENCEN/VS (NAH, núm. 752; HAE 1047); l. 4 XXI (NAH, núm. 752; HAE 1047).

Puntos redondos. La escritura es superficial y torpe. La estela presenta un aspecto tosco. Los nombres no están documentados en ninguna otra parte (cf. Albertos, 1966, p. 166, 168, 129 y 224).

Por la paleografía y el formulario puede datarse en el siglo I d.C.

3. SISANTE (Lám. III)

Bloque de caliza gris clara, roto por abajo y por ambos lados. La parte de arriba se conserva original y está ligeramente trabajada; la posterior es tosca. Las circunstancias del hallazgo son las mismas que en la anterior. Se conserva en el depósito del S.I.A.M. en la plaza de Maguncia (Valencia).

Dimensiones: (35)×(35)×21 cm.
Letras: l. 1: 5 cm.; l. 2: 4 cm.

NAH II, p. 237, núm. 752; HAE 1046; Pereira, 1979, núm. 79, lám. XLVI.

[-V] ALERIVS
[c-3] ṖANUS

(*Praenomen*) Valerio...pano.

Variantes: l. 1: ALARIVS (NAH, HAE); l. 2: PAN... (NAH, HAE); [---] ṚANVS (Pereira).

En contra de lo que supone Pereira, no parece faltar texto ni al principio ni al final. La escritura es profunda. Las V están inclinadas hacia la izquierda. Los VALERII eran muy corrientes en toda la Península (cf. CIL II, p. 1074-1075). El *cognomen* podría ser CAMPANVS o HISPANVS, ambos bien documentados en la Península Ibérica (cf. CIL II, p. 1080 y 1084-1085, respectivamente).

Por la paleografía, el tipo de monumento y el formulario puede datarse en el siglo I d.C.

4. LA IGLESUELA (Lám. IV) (=CIL II 6068)

Bloque de caliza gris, cortado verticalmente por la izquierda y roto por la derecha, pero con el texto completo. Una moldura enmarca el campo epigráfico [36×(59) cm.]. A la derecha del campo epigráfico figuran unas volutas estilizadas y yuxtapuestas. Es conocida desde mediados del siglo XVIII. La inscripción se conserva empotrada en la pared NO de la ermita a un metro sobre el nivel del suelo.

Dimensiones: 60×(98)×42 cm.
Letras: 4-4, 5 cm.; la I *longa* 5'5 cm., la O final de la l. 5 mide 2'5 cm.

RIBELLES, ms. 17, p. 69-70 y ms. 83, p. 246; MSAV., 1973 (=1876), p. 15 y fig. 11; FERRER, 1876, núm. 5; SALVADOR, 1890, fig. núm. 3; VENTURA, 1975, p. 231-232, núm. 13 y lám. 7; FATÁS, 1977, p. 29, núm. 8; ATRIÁN, 1980, p. 168, núm. 4; ARASA, 1983, p. 74. núm. 5 y lám. V2.

(*Hedera*) Dis•M(anibus)•S(acrum) (*hedera*)
M(arcus)•D(omitius)• PROCVLVS (*hedera*)
AN(norum)•XVII (*Septemdecim*) H(ic)•S(itus)•E (st)•
M(arcus)•D(omitius)• SERANVS•PA
5 TER•FILIO•PIISSIMO
(*hedera*) FECIT•ET•SIBI (*hedera*)

Consagrado a los dioses Manes. Marco Domicio Próculo, de 17 años, aquí está sepultado. Marco Domicio Serano, su padre, ha hecho (este monumento) para su afectuosísimo hijo y para sí.

La interpunción consiste en puntos triangulares. La hoja de hiedra aparece como motivo ornamental en las l. 1, 2 y 6. El texto ha sido ordenado según un eje de simetría. Las M presentan las astas externas inclinadas hacia fuera. Las A carecen de asta horizontal. En la l. 5 la segunda I es *longa*; y la O final, más pequeña que las demás. Los DOMITII, relativamente frecuentes en Hispania (cf. CIL II, p. 1061), aparecen en cuatro de las cinco inscripciones de La Iglesuela (núm. 4, 5, 7 y 8). Están también atestiguados en Almenara (CORELL, 1989, p. 180-181, núm. 6) y Jérica (RIPOLLÈS, 1976, núm. 76 y 81). *El cognomen* PROCVLVS, bastante corriente en la Península (cf. CIL II, p. 1090), figura en otras inscripciones de La Iglesuela (núm. 5 y 7). El *cognomen* SERANVS domina en la parte oriental y en el centro de la Península (UNTERMANN, 1965, p. 161-162, mapa 69).

Por la paleografía, la tipología y el formulario, puede datarse en el siglo II d.C.

5. LA IGLESUELA (Lám. V) (=CIL II 3177 y 3178)

Bloque de caliza gris, roto en el ángulo superior izquierdo y en todo el lado derecho[9]. Una moldura enmarca el campo epigráfico [37×(25) cm.]. A la izquierda del campo epigráfico figuran dos volutas estilizadas y yuxtapuestas. A la izquierda de las volutas y en la parte superior hay una salutación al difunto (epígrafe a). Es conocida desde mediados del siglo XVII[10]. Se conserva empotrada en la pared SO de la ermita a metro y medio sobre el nivel del suelo.

Dimensiones: 51×(70) cm. (grosor desconocido).
Letras: a) 6 cm.; b) 4'5 cm.

RIBELLES, ms. 17, p. 71 y ms. 83, p. 246; FERRER, 1876, núm. 4; SALVADOR, 1890, fig. 4; ILER, 3808a y 4155; VENTURA, 1975, p. 233, núm. 14 y lám. 9; FATÁS, 1977, p. 29, núm. 9; ATRIÁN, 1980, p. 168, núm. 5; LOSTAL, 1980, p. 221; ARASA, 1983, p. 73 s., núm. 3-4 y lám. IV-V.

a) HAVE
PROCLE

b) D(is) (*hedera*) [M(anibus) (*hedera*) S(acrum)]
(*hedera*) M(arcus)•D(omitius)•PR[OCVLVS]
AN(NORUM)•XVI [I(*septendecim*)•
H(ic)•S(itus)• E(st)]
(*hedera*) M(arcus)•D(omitius)•SE[RANVS PA]
TER•FILIO [PIISSIMO] FECIT•E [T•SIBI
(*hedera*) (?)]

a) Adiós Próculo.
b) Consagrado a los dioses Manes. Marco Domicio Próculo, de 17 años, aquí está sepultado. Marco Domicio Serano, su padre, ha hecho (este monumento) para su afectuosísimo hijo y para sí.

Variantes: epígrafe a) omitido (la fuente de Ribelles); Hübner, siguiendo a Velázquez y Campillo, considera a) y b) como dos inscripciones diferentes; l. 3 XV [II] (todos, menos la fuente de Ribelles).

Como signos de interpunción se usan puntos triangulares y la hoja de hiedra, la cual figura a veces como simple ornamento. El texto del epígrafe b) está ordenado según un eje de simetría. Esta inscripción es un duplicado de la núm. 4, de la que se diferencia tan sólo por la salutación[11]. Ambas inscripciones parecen haber salido de la misma mano. La forma sincopada PROCLE, en lugar de la plena PROCVLE, fue corriente en todas las épocas (KAJANTO, 1965, p. 176).

Puede datarse como la anterior en el siglo II d.C.

6. LA IGLESUELA (Lám. VI) (=CIL II 3175)

Bloque de caliza gris roto por arriba y por el lado derecho. El lado izquierdo y la parte inferior, toscos. La superficie epigráfica se halla tan erosionada que la lectura resulta insegura. El campo epigráfico en forma de *tabula ansata* está enmarcado por unas ranuras todavía visibles en la parte izquierda y abajo [(44)×(44) cm.]. Es conocida desde mediados del siglo XVIII. Se conserva en el vestíbulo de la ermita.

Dimensiones: 54×(76)×25 cm.
Letras: 4'5 cm.

RIBELLES, ms. 17, p. 72; ms. 83, p. 246; FERRER, 1876, núm. 6; SALVADOR, 1890, p. 44 y fig. 10; VENTURA, 1975, p. 230, núm. 11; FATÁS, 1977, p. 28, núm. 6; ATRIÁN, 1980, p. 169, núm. 2; LOSTAL, 1980, p. 220; ARASA, 1983, p. 73, núm. 1.

C(aio)•CAECILIO PA[TERNO]
AN(norum) XXXXI [---?] (quadraginto
et unius?) [---]
L IA•[P]ATE[RNA] (?)
FIL(io)• PIISSIMO

A Gayo Cecilio Paterno de 41 (?) años, ...lia Paterna (?), a su hijo afectuosísimo.

Variantes: l. s IA[---] (RIBELLES); I (CAMPILLO, VENTURA, ATRIÁN, LOSTAL); omitido (ARASA); l. 2 [---] AN XXX [---] (todos); l. 3 [---] ATE [---] (todos); l. 4 [---] IENTISSI [---] (RIBELLES); PIETISSI [---] (ATRIÁN); PIENTISSI [MO---] (ARASA).

Puntos triangulares. El texto estaba ordenado, al parecer, según un eje de simetría.

Los CAECILII, frecuentes en toda Hispania (cf. CIL II, p. 1057), aparecen también en *Dertosa* (CIL II 4065 y 4067) y, sobre todo, en *Saguntum* (cf. ELST, p. 421). El *Cognomen* del difunto era, con toda probabilidad, PATERNVS, lo mismo que el de su madre[12]. La restitución de la l. 3 parece bastante probable, ya que —ATE—, para que la *ordinatio* fuese correcta, no puede corresponder a *mater*, sino a un *cognomen* como PATERNA, MATERNA, FRATERNA, tan frecuentes en Hispania (ABASCAL, 1984, p. 219-259).

El gentilicio de la madre podía ser [CAECI]/LIA o [AE]/LIA, que encontramos el primero en esta inscripción, el segundo en la núm. 7. En el primer caso, tal vez se tratase de un hijo natural.

Por el tipo de monumento, el formulario y la epigrafía, puede datarse en el siglo II d.C.

7. LA IGLESUELA (Lám. VII)

Placa de mármol rojizo veteado. Los cuadros, lados y la cara posterior están trabajados. El campo epigráfico no lleva moldura. La encontró hacia mediados del siglo XVIII un labrador trabajando el campo. Fue trasladada a la ermita y empotrada en un pilar del pórtico. Actualmente se conserva exenta en el vestíbulo de la ermita.

Dimensiones: 46×51×19 cm.
Letras: l. 1: 5; l. 2 y 4-7: 4; l. 3: 3; l. 8: 3,8 cm.

RIBELLES, ms. 17, p. 76 y ms. 83, p. 247; FERRER, 1876, núm. 3; SALVADOR, 1810, p. 44 y fig. 9; VENTURA, 1975, p. 234-236, núm. 15 y lám. 12; ALFÖLDY, 1977, p. 17, 35, nota 41; FATÁS, 1977, p. 30-32; ATRIÁN, 1980, p. 168, núm. 7; ARASA, 1983, p. 75s., núm. 6.

G(aius) DOMITIVS G(ai) F(ilius)
GAL(eria tribu)•PROCVLVS•ÂN(norum)•XX
(viginti)
H(ic)•S(itus)•EST
G(aius) DOMÎTÎVS GAL(eria tribu) PROCVLVS
5 AELIA•L(uci)•F(ilia)•SVPE<R>STA
L(ucius)• AELIVS•ASIATICUS
VALERIA•NYSA
V(ivi)•F(ecerunt)

Gayo Domicio próculo, hijo de Gayo, de la tribu Galeria, de 20 años, aquí está sepultado. Gayo Domicio Próculo, de la tribu Galeria; Elia Supersta, hija de Lucio; Lucio Elio Asiático; Valeria Nisa hicieron en vida (este monumento).

Variantes: l. 5 SVPE. STA[T] (VENTURA).

Como signos de interpunción se usan puntos lanceolados. Nexos: AN (l. 2), MI y TI (l. 4). Inclusiones: CV y LV (l. 4). Las M tienen las astas externas inclinadas hacia fuera. Las dos últimas A de la l. 4 carecen del asta transversal. La *ordinatio* del texto sigue un eje de simetría, pero con cierto desplazamiento hacia la izquierda, sobre todo en la l. 8. La escritura es un tanto torpe. El aspecto general de la inscripción es tosco. La grafía SVPESTA, por aspecto general de la inscripción es tosco. La grafía SVPESTA, por SVPERSTA, es debida a la caída de la R ante S, fenómeno bastante frecuente[13]. Lo que llama la atención es la división del *cognomen* en dos elementos entre los cuales hay un espacio en blanco.

Sobre los DOMITII y el *cognomen* PROCVLVS, véanse los comentarios a la inscripción núm. 3. Los AELII, bien representados en Hispania (CIL II, p. 1053; CAAMAÑO-GESTO, 1972, p. 133-163), tan sólo aparecen aquí en la epigrafía de Teruel y están ausentes en toda la provincia de Castellón. Pero los encontramos en *Saguntum* (ELST, 85, 86), Ribarroja (CORELL, 1985, pp. 293-295, núm. 10) y Requena (CIL II 5292). Los VALERII, muy corrientes en toda la Península (cf. CIL II, p. 1074-1075), aparecen en otras inscripciones de Teruel (CIL II 3172, 3174 y VENTURA, 1975, p. 237-238, núm. 16). ASIATICVS era un *cognomen* poco frecuente, pero conocido más o menos en todas partes (cf. CIL II, p. 1078; PAPE-BENSELER, 1884, p. 156; SOLIN, 1982, p. 600). Finalmente, NYSA, de origen griego como el anterior, tan sólo está documentado una vez más en Hispania (CIL II 596); pero era relativamente

conocido en otras partes (PAPE-BENSELER, 1884, p. 1022-1023; SOLIN, 1982, p. 629-630).

Por la paleografía, el tipo de monumento y el formulario, puede datarse entre finales del s. I y principios del II.

8. LA IGLESUELA (Sin ilustración) (CIL II 3176)

Fragmento izquierdo de una inscripción funeraria desaparecida. El único testigo es Campillo, quien la vio el año 1819 «a la puerta de la ermita de N.ª S.ª del Cid».

Dimensiones: desconocidas.

VENTURA, 1975, p. 230-231; FATÁS, 1977, p. 28-29, núm. 7; ATRIÁN, 1980, p. 168, núm. 3; LOSTAL, 1980, p. 221; ARASA, 1983, p. 73, núm. 2.

L(ucio) DOMI[TIO]
CRESCẸ [NTI]

A Lucio Domicio Crescente...

Variantes: l. 1 DOM (VENTURA, LOSTAL); l. 2 CRESC (VENTURA, LOSTAL, ARASA).

El nombre podía encontrarse también en nominativo.

Sobre los DOMITII, veáse el comentario a la inscripción núm. 4. El *cognomen* CRESCENS estaba muy extendido en todas partes (cf. CIL II, p. 1081; KAJANTO, 1965, p. 234).

Puede datarse en el siglo I ó II d.C.

ABREVIATURAS

AMV. *Archivo Municipal de Valencia.*
BPH. *Bibliotheca Praehistorica Hispana.* Madrid.
BSCC. *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura.* Castellón.
BSEAA. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología.* Valladolid.
CIL. *Corpus Inscriptionum Latinarum.* Berlín, 1863 ss.
CPAC. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses.* Castellón.
ELST. BELTRÁN LLORIS, 1980.
HAE. *Hispania Antiqua Epigraphica.* Madrid.
ILER. VIVES, 1971-72.
MF. *Madrider Forschungen.* Berlín.
MSAV. *Memorias de la Sociedad Arqueológica Valenciana.* Valencia.
NAH. *Noticiario Arqueológico Hispánico.*
STV. *Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica.* Valencia.
ThLL. *Thesaurus Linguae Latinae.* Leipzig, 1900...

NOTAS

1 La nota original se encontraba en SALES, s/a., t. I, p. 78; de aquí la copió RIBELLES, ms. 17. Dado el interés de esta nota manuscrita, la transcribo casi completa a continuación. «En el extremo del reyno de Aragón por la parte que confina con el de Valencia por Villafranca..., está situada la villa de La Iglesuela, más conocida por el santuario de N.ª S.ª de el Cid, que dista media hora de dicha villa, que por lo numerosa de vecinos. Su segunda fundación al puesto que hoy está, es del año 1200, como consta de carta de fundación, que se guarda en su archivo. Antiguamente estubo en el extremo de un montecillo, que remata en punta, circuido de peñas de forma que no puede subirse a él sino por la parte de poniente, que es su entrada llana. Esta la cortaron con una muralla fuerte, dexando dentro entre las peñas bastante capacidad para una población corta, como se ven los vestigios, y se conoce sirvió de castillo o fortaleza en lo antiguo, y que estubo habitado de romanos y aún más antiguo. Dentro de este distrito se ven dos cisternas cavadas en la peña y a ellas llevaban el agua de tres arcaduces, pero no corre el agua por ellos por la incuria de los paisanos, así presentes como pasados, habiendose perdido muchos de ellos. Dentro de el fuerte que, después de destruido, y mudada la población, sirvió de campos para la labranza, labrada un hombre, y con la reja sacó la imagen de N.ª S.ª del Cid, que estaba enterrada dentro de este fuerte. Aquí se le labró una iglesia, y tomó el nombre el lugar que allí se mantubo hasta el referido año 1200, que por haberse mudado y ser pequeño, se le dió el diminutivo de Iglesuela. Años después se le hizo iglesia fuera del recinto dicho en el llano. Con eso quedó abandonado el primitivo puesto, y hoy sirve de campo para la labranza. De aquí sacaron toda la piedra para la fábrica de la iglesia nueva de la Virgen; pero los fabricantes no cuidaron de recoger las muchas piedras escritas que se hallaron, y así unas las partieron, otras las pusieron dentro de la fábrica, y otras las dexaron descubiertas, y son las que van aquí puestas» (ms. 17, p. 69-70).

2 Véase la abundante bibliografía citada por ARASA, 1983, p. 69, nota 16, sobre la inscripción ibérica. A dicha bibliografía hay que añadir todavía la siguiente: a) La fuente anónima de la que depende RIBELLES, ms. 17, p. 74 y ms. 83, p. 246; b) DEMPERE, ms. I, p. 10; c) FERRER, 1876.

3 Esta nota se encontraba igualmente en SALES, s/a., t. I, p. 79; de aquí la copió Ribelles. La nota dice: «...territorio de la Iglesuela. Labrando uno sacó con la reja del arado una piedra con esa inscripción, la que me remiten para que la muestre a los aficionados de semejantes antiguedades, y yo paso a mano de V.m. En este mismo puesto han salido diferentes piedras semejantes a esta de las que tengo copias...

Ai vá, V.m. se divierta, pues yo nada de ella entiendo» (RIBELLES, ms. 17, p. 76; ms. 83, p. 247).

4 AMV, sig. 7291-81, núm. 1 y 2.

5 La noticia sobre la situación de esta inscripción se la debo a G. Alföldy.

6 En CIL II 4152, en vez de PARTHENIS, hay que leer PARALLIENIS, según ALFÖLDY, 1975, núm. 190.

7 Esta forma, de la que derivan la castellana «suegra» y la catalana «sogra», era frecuente en latín vulgar (cf. VÄÄNÄNEN, 1968, parágr. 229).

8 Hablan erróneamente de dos inscripciones, refiriéndose a una sola, leída de diferentes maneras.

9 El fragmento que falta en la parte derecha se encuentra empotrado cara arriba en la base del mismo ángulo; pero las piedras que descansan encima impiden su lectura.

10 Para la bibliografía anterior a Ribelles, véase el comentario a CIL II 3177 y 3178.

11 La aclamación AVE o HAVE, seguida del nombre del difunto, que aparece en algunas inscripciones, era una invitación a los transeuntes a saludar a los muertos por sus nombres; cf. CIL II, p. 1191; *ThLL* II 1301, 60ss; 1032, 53ss.

12 El *cognomen* empezaba, casi con toda seguridad, por PA-. Ahora bien, de todos los *cognomina* que empiezan así, PATERNVS es con mucho el más frecuente; cf. CIL II, p. 1088.

13 Sobre la caída de R delante de S, véase CIL II, p. 1190; Carnoy, 1906, p. 160.

BIBLIOGRAFÍA

Abascal Palazón, J.M. (1984): «Los cognomina de parentesco en la Península Ibérica. A propósito del influjo romanizador en la onomástica». *Lucentum*, 3, pp. 219-259.

Albertos firmat, M.ª L. (1966): *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*. Salamanca.

Alföldy, G. (1975): *Die römischen Inschriften von Tarraco*. Berlín (MF, 10).

Alföldy, G. (1977): *Res Publica Leserensis (Forcall, Castellón)*. Valencia (STV del SIP, núm. 55).

Arasa i Gil, F. (1983): «El Morrón del Cid (La Iglesuela del Cid)». *Teruel*, 70, pp. 61-159.

Atrián Jordán, P. y otros (1980): *Carta arqueológica de España. Teruel*. Teruel.

Beltrán Lloris, F. (1980): *Epigrafía latina de Saguntum y su territorium*. Valencia (STV del SIP, núm. 67).

Caamaño-Gesto, J.M. (1972): «Los Aelii de la Península Ibérica». *BSEAA*, 38, pp. 133-163.

Carnoy, A.J. (1906): *Le Latin d'Espagne d'après les inscriptions. Étude linguistique*. Bruselas (=Hildesheim, 1983).

Corell, J. (1985): «Nuevas inscripciones romanas del País Valenciano«. *Saguntum*, 19, pp. 279-299.

Corell, J. (1989): «Inscripciones romanas de Almenara». *BSCC*, LXVI, pp. 173-206.

Dempere, A. (s./a.): *Inscripciones, armario de las reliquias, lámparas, etc., de la iglesia del Puig*. Archivo de los PP. Mercedarios del Puig (ms. siglo XVIII en dos tomos, de los que se conserva el I).

Fatás, G. (1977): «Nota para la catalogación de la epigrafía romana de Teruel». *Teruel*, 57-58, pp. 23-34.

Ferrer Julve, N. (1876): *Inscripciones y lápidas de N.ª S.ª del Cid*. Archivo Municipal de Valencia, sig. 7291-81.

Kajanto, I. (1965): *The Latin Cognomina*. Helsinki.

Lostal Pros, J. (1980): *Arqueología de Aragón romano*. Zaragoza.

Pape, W. y Benseler, G. (1884): *Wörterbuch der griechischen Eigennamen*. Braunschweig.

Pereira Menaut, G. (1979): *Inscripciones romanas de Valentia*. Valencia (STV del SIP, núm. 64).

Ribelles, B. (s./a.): *Colección de lápidas y antigüedades de la ciudad y reyno de Valencia*. Archivo PP. Dominicos de Valencia, ms. 17 (siglo XIX).

Ribelles, B. (s./a.): *Diversos*. Archivo PP. Dominicos de Valencia, ms. 83 (siglos XVIII-XIX).

Ripollès Alegre, P.P. (1976): «Sinopsis de epigrafía latina castellonense». *CPAC*, 3, pp. 229-277.

Sales, A. (s./a.): *Fracmentos (sic) manuscritos*. Ms. siglo XVIII (desaparecido).

Salvador Benedicto, J. (1890): *Apuntes para la historia de La Iglesuela y de su ermita dedicada a Nuestra Señora del Cid*. Valencia.

Solin, H. (1982): *Die griechischen Personennamen in Rom. Ein Namenbuch*. Berlín.

Untermann, J. (1965): *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania Antigua*. Madrid (BPH VII).

Väänänen, V. (1968): *Introducción al latín vulgar*. Madrid.

Ventura Conejero, A. (1975): «Las inscripciones romanas de la provincia de Teruel». *Teruel*, 54, pp. 211-253.

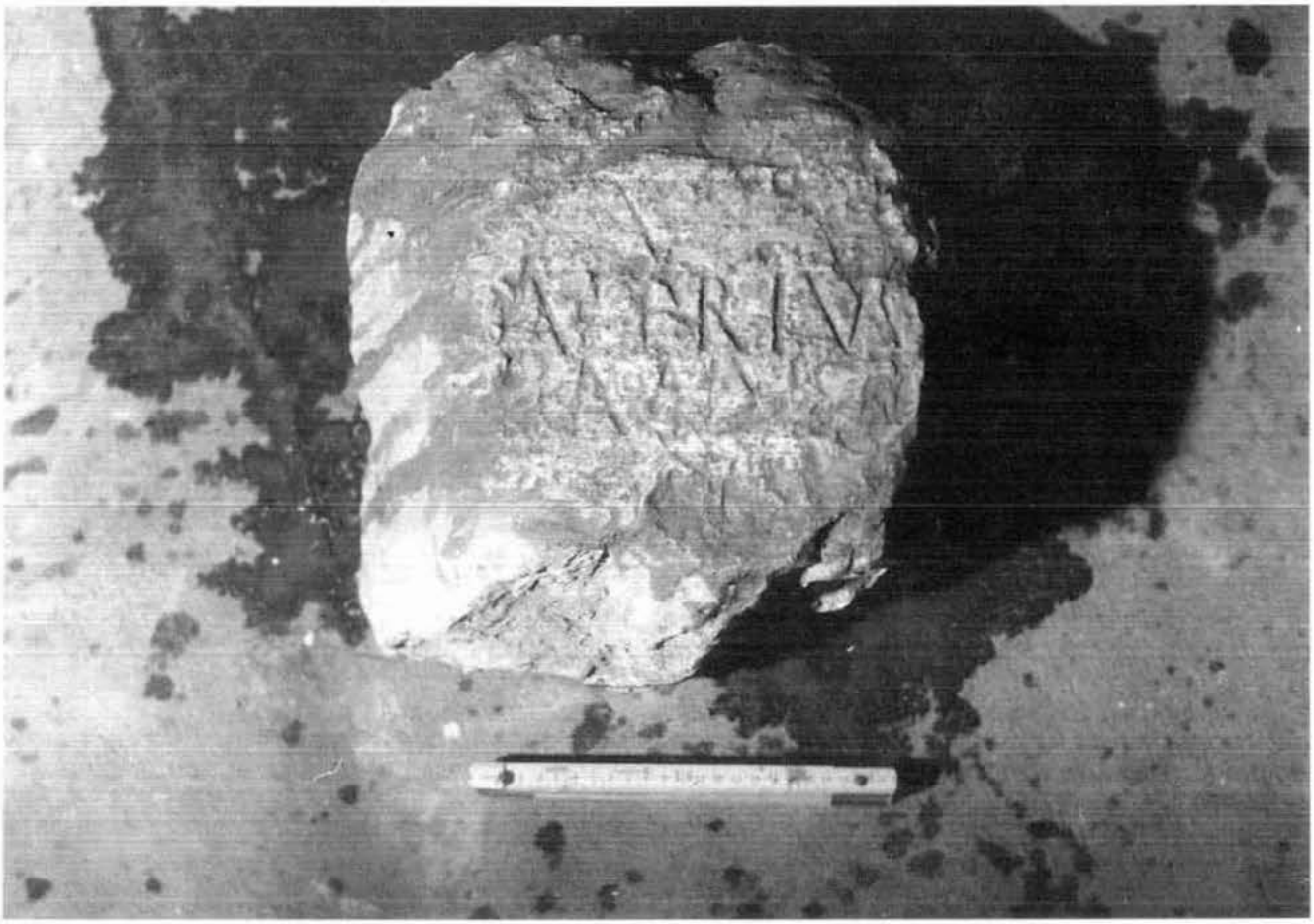
Vives, J. (1971-72): *Inscripciones latinas de la España romana*, I-II. Barcelona.



Lám. I.— Ara de Iniesta. (Foto J. Corell)



Lám. II.— Estela de Sisante. (Foto R. Schwarz)



Lám. III.— Bloque de Sisante. (Foto R. Schwarz)





Lám. IV.— Inscripción de la Iglesuela. (Foto R. Schwarz)
Ribelles, ms. 17, p. 69





Lám. V.— Inscripción de La Iglesuela. (Foto R. Schwarz). Ribelles, ms. 17, p. 71

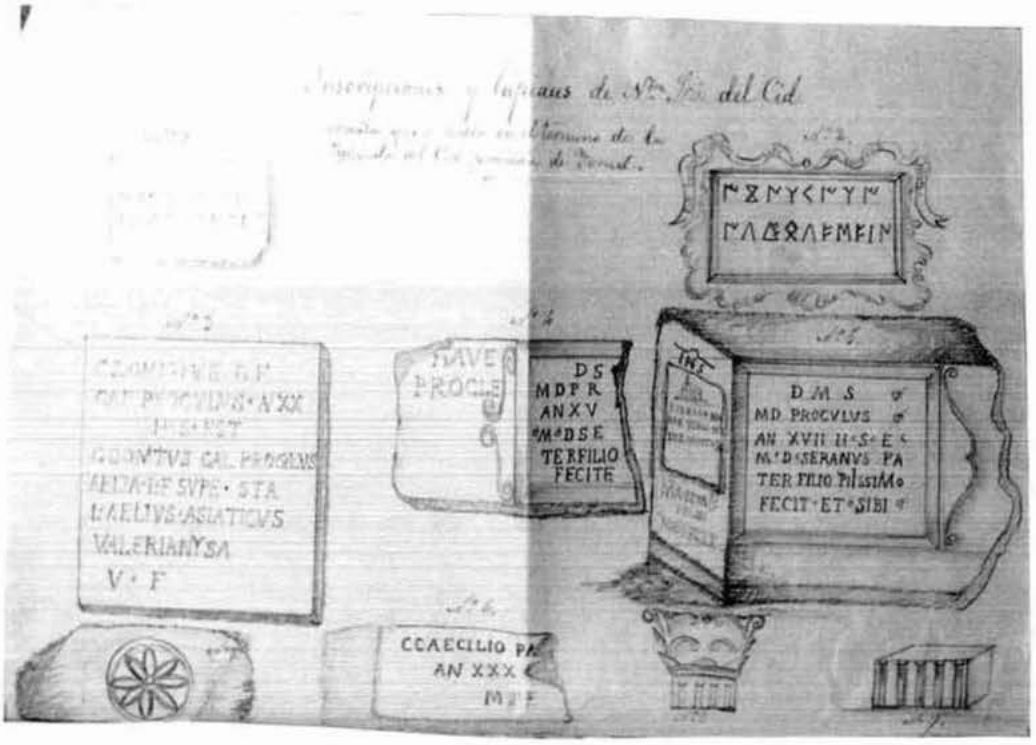


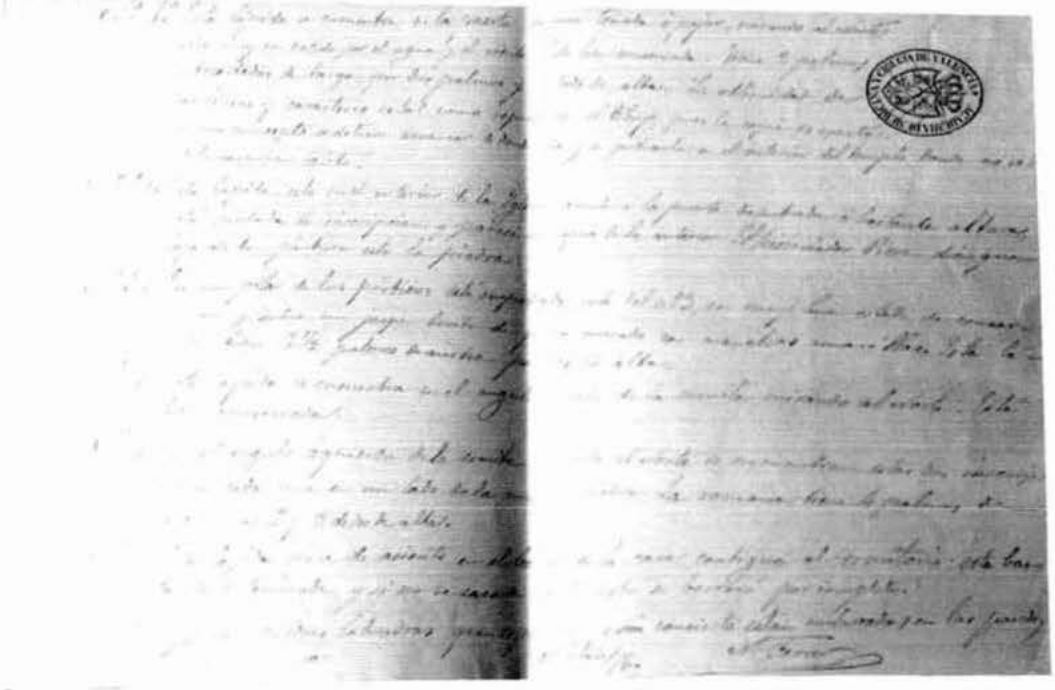


Lám. VI.— Inscripción de La Iglesuela. (Foto R. Schwarz). Ribelles, ms. 17, p. 72



Lám. VII.— Inscripción de la Iglesuela. (Foto R. Schwarz)





Lám. VIII.— Dibujos y comentarios de N. Ferrer Julve

F. Esteve Gálvez*

LA VIA ROMANA PER LES COVES DE VINROMÀ I VILANOVA D'ALCOLEA (CASTELLÓ)

A la Salzedella la Via Romana anava pel Camí Vell, seguint el marge esquerre del riu de Sant Mateu, quasi paral·lela a la carretera, i coincidia amb ella poc abans d'arribar al cap de terme.

I a l'entrar en el de les Coves passa al marge de la dreta i voreja la Venta i les cases que hi ha davant la font de la Figuera. I tot seguit l'Hostal, a la sortida del camí del Mas d'En Rieres, que té a la vora un poblat ibèric[1]. Per tant el camí ja seria d'aquell temps i enllaçaria el poblat amb la gran ruta indígena, que després Roma va calçar i amollonar. A l'altra banda, marge dret del riu, la font del Molinet d'En Rieres dóna la millor aigua que es pot trobar per aquell indret i sempre ha tingut accés des del camí.

Segueixen les revoltes d'una curta costera, amb algun tros marginat de la Via Romana, que quan arriba a dalt va seguint la vall; ruta natural, sempre transitada, que va per bona terra i té a prop l'aigua. Però el poc espai que resta entre les muntanyes escatimà el poblament i la deixà quasi òrfena de troballes arqueològiques, sense cap despulla ibèrica o romana que valga la pena esmentar. Els poblats apareixen en arribar a les Coves de Vinromà, on la vall s'eixampla i el conreu s'estén.

LES COVES, LLOC IBÈRIC

De segur que el més important estava en l'aspre roquer de la part vella del poble, que cobrirà les romanalles antigues que de segur resten en el subsòl. Ho podem afirmar perquè a l'obrir els fonaments per renovar la façana de la casa n.º 11 del carrer de l'Hospital sortiren prou testos ibèrics, alguns amb la típica decoració lineal pintada en roig.

I sabem també que la necròpolis estava al peu del penyal, ja en el pla i a l'altra banda del camí. Al fer obres en el jardí de la casa de Tomàs Folch, que és la n.º 9 de la plaça Cervantes, es trobaren sepultures, que varen malmetre, i tan sols van recollir una urna cinerària i restes dels aixovars funeraris.

El vas segueix el conegut perfil globular aplanat, i la tapadora cònica acaba en cassoleta i botó. Porta dues anses horitzontals en doble cordó i en els espais intermedis les orelletes per ajustar-li la tapadora al vas. Tota ella està decorada per línies paral·leles de diferent amplada en roig viu. És un tipus poc freqüent en les

* Avda. Vila-real, 11. 12006 Castelló de la Plana.

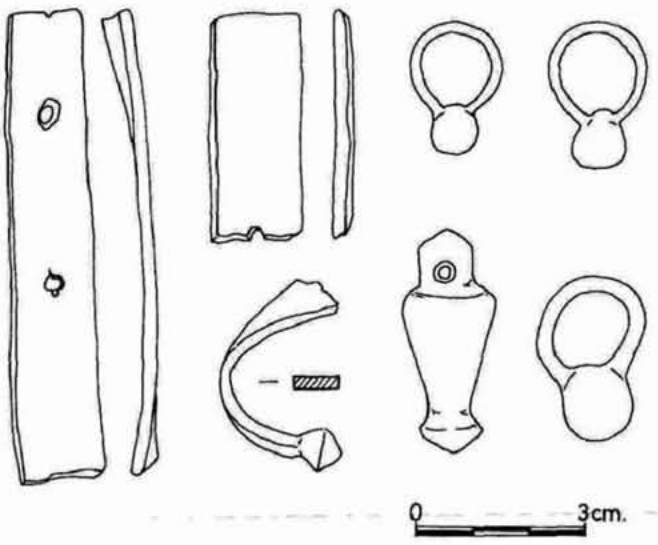


Fig. 1.— La Coma (Coves de Vinromà). Objectes de bronze

necròpolis ibèriques, que té el seu millor paral·lel en la Solivella d'Alcalà, produint la impressió que la de les Coves degué sortir del mateix obrador.

De l'aixovar funerari sols es recolliren fragments d'una fina làmina de bronze repujada i una bella tanca de cinturó de tres ganxos, que sortí sencera i inconscientment la varen malmetre (làm. I i II).

Com que les despulles ibèriques es trobaren en espai reduït, a uns 60 cm. de fondària, és de creure que encara en restaran al mateix lloc o als patis de les cases veïnes.

Però el penyal en què està la part vella de les Coves, dominant la foia, a la vora del riu i que talla el pas al camí que va resseguint la vall i al que ve de través cap a la mar, ja tindria un lloc fortificat en l'Edat del Bronze i seguiria en la del Ferro.

Llavors hi hagué sepultures a l'altra banda del riu, dalt del Molí Consell, en un espai reiteradament ocupat i remogut, aflorant encara en les llastres testos de ceràmica primitiva, ibèrica i romana.

I és ací on es trobà, al rompre terra, el conegut i discutit casc de plata, que primer es digué que era de Caudete de las Fuentes i després de les Coves de Vinromà. Sortí sota una lloseta que cobria com un menut clot reblit de cendres, potser una sepultura d'incineració sense urna.

RESTES ROMANES A LA PALOMA (Mas de les Monges)

L'ocupació del marge esquerre del riu, que són terres que poc valen, sols s'entén per estar a la vora del camí que ve de la muntanya i passant per les Coves arriba al pla d'Alcalà.

A l'enllaç dels dos camins es deuria la inflexió que feia la Via Romana a la Paloma, per baix de l'actual carretera, poc abans d'arribar al poble.

I també a la Paloma afloren molts trossos de tègules i terrissa romana, i n'hi ha de terra sigil·lata, que deu ser hispànica. Alguna vegada es trobaren menuts objectes de bronze, com un didal, l'anella d'una ansa decorada amb un rostre jovenívol i un disquet d'aplicació amb el cap molt expressiu d'un faune (làm. III A).

EL POBLAT IBÈRIC DE LA COMA

A l'altra banda de la vall, cap a ponent, en la més alta de les Comes, que s'aixeca dominant la foia de Canyemares, hi hagué un altre poblat ibèric, que per estar en lloc solitari encara es mantenia prou sencer quan el vérem per primera vegada en setembre de 1966.

Els habitatges s'estengueren pel vessant de migdia i al cim, on una vall prou ampla separava el poblat de la coma de darrere. Encara hi havia un bon espai sense rebassar i en l'espessa malesa afloraven parets de pedres prou menudes, però ben entrecallades. I al tall del caixer es veia el nivell arqueològic amb pocs testos i ossos d'animals. Pel SE el poblament va ser dens i sovint es troben en els bancals menuts fragments de ceràmica ibèrica o romana corrent, hel·lenística i terra sigil·lata.

De metall hi ha algun indici de fundició de coure i de plom, trossos d'una cinteta de bronze amb forats pel mig, fragments d'un probable braçalet que té l'extrem doble cònic, una plomada amb botó a l'àpex, tres anelles de diferent tamany amb penjoll esfèric i dues monedes de SAIGISA que repeteixen el mateix model variant l'encuny[2] (fig. 1).

Del poblat de la Coma procedeix la làpida ibèrica que ara es guarda a l'Ajuntament de les Coves de Vinromà[3].

RESTES ROMANES A LES FONTANELLES

Al peu de la Coma, contra el marge esquerre del barranquet de les Fontanelles, falta la ceràmica ibèrica i es veuen trossos d'àmfores, dòlia, tègules i ceràmica fina del temps de l'Imperi, en formes per ara indefinides, tret d'alguns testos de terra sigil·lata fina i de plats amb les vores fumades.

Quan vàrem trobar aquesta estació arqueològica en setembre de 1966, hi havia al parat del tercer bancal pujant des del barranquet, una bella pedra esculpida fent com un frontis, que porta al mig el bust d'un jove amb el cabell rebolicat en blens voltat d'una corona feta per dues branques de llorer, enllaçades per llarga cinta ondulant. A la dreta el cap d'una matrona endolada, pel vel que la cobreix i sols deixa veure el rostre.

Falta l'altre cantó, que també deuria portar una testa, potser viril, representant així els pares del jove difunt. El relleu, pel remat del frontó, deu ser d'un temps avançat, però prou correcte, sortit d'un taller indígena perquè està esculpit en la dura calcària grisenca de vora la Plana, treta probablement de l'Abeller. Després a les Coves ens digueren que no feia molts anys l'amo d'aquells bancals els rebassà de nou per plantar ceps i trobà moltes romanalles d'obra antiga; una àmfora sencera, que va rompre, i la pedra esculpida, que va escantellar per a posar-la al parat del marge de la llastra. Tenia, en efecte, al cantó perdut un altre cap. Malgrat les gestions que férem per salvar-la a poc d'haver-la vist, encara estigué uns anys abandonada en el bancal, fins que l'Ajuntament s'interessà per ella i la varen posar en la font del poble, que no és precisament el lloc més adient per conservar-la[4] (làm. IV).

La pedra era el cimaci d'un monument funerari, que degueren saquejar, portant-se'n làpida i carreus per aprofitar-los en obres, però com ací hi ha bona molla de terra, potser al fons resten romanalles dels fonaments i la sepultura.

Els objectes de metall mostren una llarga permanència, intensificant-se més cap al segle III. Són pocs: una destral de ferro, que per la forma i el treball degué ser ritual; un botó de bronze decorat amb incisions radiants; un altre més menut amb dos cercles concèntrics de punts en aresta; i un amulet amb el fal·lus i els testicles a una banda i a l'altra la maneta fent la «figa». Malgrat les seues dimensions reduïdes és d'execució acurada (làm. V, A).

Més expressives són les monedes. Sabem de grans bronzes imperials, que no hem pogut veure. Les que coneixem són menudes i tardanes, de Licinius, Claudius el Gòtic, Constantinus, Constantius i Gratianus[5].

EL POBLAT IBÈRIC DE LA CORONETA DEL MAS VELL

Més enllà de les Comes en la mateixa seguida de muntanyes que tanquen la foia per la banda de ponent, ja en la partida del Mas Vell, s'enlaira la Coroneta. Un cim redó, que estigué envoltat de murs i a dintre les ruïnes són un pedreguer que cobrcix les romanalles ibèriques.

Es veu ací ceràmica feta a mà i arcaica, però és molt més abundosa la tornejada de fang fi amb decoració geomètrica pintada en roig viu, sent de notar la tapadoreta d'una urna cinerària infantil i pondus amb senyals incises.

I és interessant constatar la presència d'un fonedor de bronze. Apart les escòries de fundició ja vistes en la Coma, Paco Caresmar, descobridor i actual propietari del poblat, ja fa molts anys trobà casualment el conegut motlle per fondre anells i disquets prou semblants als del motlle de la Balaguera, i darrerament un altre sense acabar per a fondre grans tanques de cinturó de tres ganxos, que ara veiem que es feien per parelles (làm. III, B).

Al Baix Ebre la necròpolis ibèrica de Mianes donà un parell de grans tanques de cinturó de quatre ganxos, fetes enllaçant al fondre en una sola placa, dues tanques de dos ganxos; però no creiem que el motlle de la Coroneta fóra per una sola tanca. En serien dues juxtaposades, que després es separarien per a treballar-les apart i acabar-les segons convinguera.

Al peu de la Coroneta, ja en el pla, a prop del camí del Mal Pas, afloren despulles arqueològiques que, per la poca ceràmica que es veu, deuen ser d'època romana.

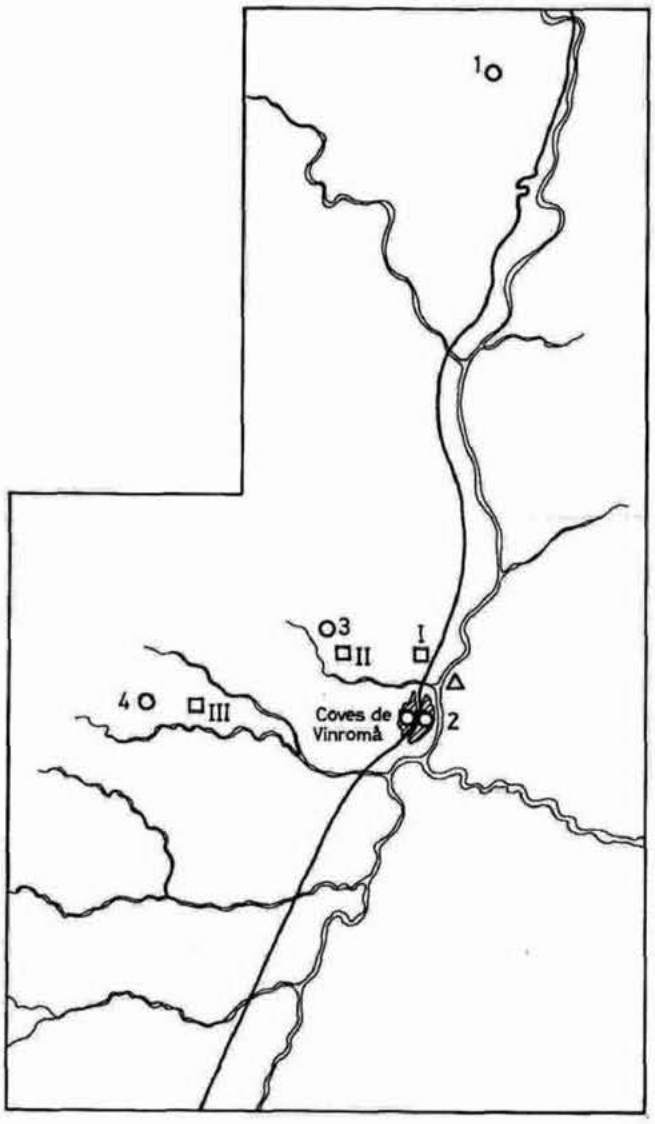
LES COVES, UN ENLLAÇ DE VELLS CAMINS SOLITARIS

Les aigües que baixen convergents des de la Salzedella pel riu de Sant Mateu i des de la Vilanova pel riu de les Roques o de l'Assut vénen a juntar-se al mig de la vall vora les Coves de Vinromà i s'obren pas cap a la mar entre els aspres penyals de la Solana i la Moreria. Un camí travesser que es creuria fàcil i no ho és. La mateixa fila d'aigua que en altre temps movia els molins de l'Om, de la Troneta, de Traver i d'En Sevic va resseguint el marge, de vegades en cornisa o foradant la roca, i també el solc del riu, pedregós com un barranc, és insegur i penós de caminar. I així, l'enllaç de la ruta interior amb la de la costa es fa pujant al coll de la Creu cap al pla d'Alcalà.

Deu ser la raó que als voltants de les Coves no trobem el dens poblament que una visió molt superficial de la seua estructura física faria suposar. Sols a les Fontanelles hi ha restes d'una bona vil·la que es beneficiaria de les millors terres de la foia, substituint els poblats indígenes, però apartada del tràfec. Com si la calçada haguera restat solitària, enlloc es veuen al seu marge romanalles d'aquell temps. I això que a les Coves s'enllacen vells camins, que s'adintren en la muntanya, tiren cap a la mar o van pel fons de la clota. A més ací l'estreta vall s'eixampla en un espai molt adient per a que els romans establiren el lloc d'atur per a les legions. Però el càlcul de distàncies el refusa: estaria massa a prop d'Intibili i molt lluny de Sebelaci.

Al sortir de les Coves, passat l'Abeurador i la Venta d'Oro, ja es pot seguir la Via Romana, que a poc es separa de la carretera, tirant al dret cap al coll de Torre En Dumenge, on tornen a coincidir.

En aquest trajecte Cavanilles veié dos miliaris. El primer no tenia inscripció i estava a prop de la baixada del camí de Serra En Garceran al Camí Reial[6]. Un enllaç que no és fàcil de localitzar, perquè a les Coves



A. **Ildvm.** *1, ciutat ibèrica. 2, Via Augusta. 3, la Mansió. 4, Parador? 5, Caupona de Valèria Marcella. 6, bassa.*

ningú el recorda i sols els masovers de per allí ens donaren el traçat i el puguérem resseguir. El camí va de Serra En Garceran al Bancal Roig i segueix per la Manselleta i la Mansella a la Creu; travessa la carretera de la Serratella i va pels Terrers Rojos al Mas Nou; d'ací al Mas de Boira i baixa a la Venta d'Oro, on enllaça amb la carretera. La posició de la venta es justifica per la confluència dels dos camins, i a prop d'ella estigué el miliari.

L'altre era la Pedra Llarga, que Cavanilles diu «de piedra de amolar», paraules que repetirà referint-se al miliari de la Pobla, i per tant seria de rodeno, duta, probablement, de la Serra de la Masmudella. I, segons diuen, com per ací sols es troba pedra calcària, algú de les Coves trossejà la columna per a fer moles per moldre y per esmolar eines.

És corrent creure que el miliari estava en el Pont de la pedra Llarga, però com està prou separat de la Via Romana, o siga l'antic Camí Reial on Cavanilles la va veure, devem pensar que la confusió vindrà de que la Pedra donava nom a un indret del terme i per açò quan feren el pont l'anomenaren de la Pedra Llarga, sense que la tinguera al seu costat.

I així resulta que havent desaparegut els dos miliaris i no sabent exactament on estaven, no podem aprofitar-los per a establir la llargada de la milla que hi havia entre ells.

Segons Cavanilles la Pedra Llarga portava inscripció prou borrosa, que va transcriure:

V.C.
M.L. XX

no estant segur que fóra L la segona lletra de la línia de baix[7].

I de Cavanilles la prengué Hubner[8]. Blázquez cregué que el segon signe de la segona línia era C, i per tant la lectura seria MCXX, o siga la distància que hi ha des de Tarragona[9].

I açò s'acorda amb la lectura que fa de les milles en la columna de Sant Vicent de Borriol, rectificant també a Hubner, que va llegir:

C X I X [10]

i segons Blázquez la tercera lletra és una X i es deu llegir CXXX; que és la distància que hi ha de Tarragona a l'ermita de Sant Vicent de Borriol.

La qüestió es resol observant detingudament el darrer miliari, que per sort subsisteix, i clar es veu en ell que les milles no poden ser CXXX i en opinió nostra en senyala CXIX (làm. V, B). Açò resta crèdit a la lectura que Blázquez proposava per a la inscripció de la Pedra Llarga.

Per a Morote la lectura del discutit miliari de les Coves seria:

[Via] [A] V [G]
[P] M (C) XX [V]

I és que ell llig en el miliari de Borriol CIIX, portant la numeració en sentit contrari i partint de la mansió ad Turres, on la calçada es bifurcava en un ramal per l'interior i l'altre cap a la costa[11].

RUÏNES ROMANES A LA VINYA DE JOSEP GARCIA

Marginada pel trànsit, enterament abandonada, la Via Romana és de mal caminar, sense que enlloc es vegen rastres d'enllosat ni d'obra antiga fins arribar a unes parcelles d'horta que rega la bassa del Parat[12], obra vella, originàriament romana, que recull l'aigua d'un ullal.

Hi ha a dalt una casa enruïnada que va ser rajolar, sense que es vegen en ella pedres antigues aprofitades.

És més avant, al començar la costera i a l'esquerra, en la vinya de Josep Garcia, on trobàrem prou trossos de dòlia, testos de vaixella fina, com la sigil·lata i la de vores fumades, alguns ferros informes i dos menuts bronzes: la cabota d'un clau i una plaqueta, que foren objectes decoratius (làm. XIII), i dos grans bronzes imperials, d'Hadrianus i Antoninus Pius[13].

Quan en 1954 rebassaren el bancal per a plantar ceps, descobriren restes de parets, pedres treballades com pilons, que serien pujadors (làm. VI A), i una làpida funerària. Els pujadors i altres pedres es posaren als marges; la làpida la varen recollir, però no cregueren que tinguera algun interés i apenes parlaren d'ella. D'ací que al poble pocs la coneixien i la troballa no va trascendir.

És de treball acurat i feta en la dura i blavosa calcària ja vista en el relleu de les Fontanelles, i podem creure que va sortir d'algun taller de vora la Plana. Diu així (lám. VII):

L VAL LVCA
NO ANXXX
VIII VALE
M A R C E L
LA MAT
FILIO PIIS
SIMO F

L (ucio) VAL (erio) LVCANO
AN (norum) XXXVIII
VALE (ria) MARCELLA MAT (er)
FILIO PIISSIMO F (ecit)

Com siga que seguint la Via Romana pel Maestrat l'epigrafia és ben curta i sols un record, aquesta senzilla inscripció funerària té el seu atractiu i mereix algunes reflexions. Per la traça de les lletres i la redacció del text cal situar-la entre mitjans dels segles II i III, i per la qualitat del treball degué ser encàrrec d'una família benestant. I d'immediat es pensa en una vil·la que aprofitara la bona terra de la clota, secans i horta de la bassa. Però la seua posició intencionada al marge mateix de la gran calçada i els pujadors per a genets, proven que el millor benefici estava de cara al trànsit i més que vil·la seria una «caupona».

Si per les romanalles arqueològiques volem reviure el passat és lícit creure que ací, on ara és la vinya de Josep Garcia, fa mil set-cents anys estigué la venta de Valèria Marcel·la.

L'HOSTALOT

Segueix la Via Romana costera amunt fins al coll, que baixa després en pendent curta i suau cap a l'entrador de la Vilanova, on tornen a florejar ruïnes romanes en un espai erm a l'esquerra.

Hi ha també restes d'obra ja tardana, que els de la Vilanova en diuen l'Hostalot i els de Torre En Dumenge l'Hostalet, i açò permet creure en un alberg a la vora del Camí Reial. I és segur que n'hi havia un altre a dalt del coll, on es veuen una sitja i parets enrunades de la que fou Venta de la Torre. Però abans els de la Vilanova tingueren el seu, perquè entre les ruïnes de l'Hostalot es troben pedres ben treballades a tres galtes i xamfranades, com carreus de pilars o dovelles d'arcs.

Les ruïnes romanes de l'Hostalot són rònegues. Sobre un menut alter hi ha trossos de gruixudes parets de formigó endurit com una roca, que s'acoblen per deixar al mig un espai quadrangular obert al nord, amb probable fornícula exterior al costat de llevant (làm. VI B); seguint cap al migdia un mur fet en el mateix estil i a la vora dues basses separades per paret mitgera, amb apedaçaments i arrebossats, senyals d'haver-se aprofitat per a fer-les com habitacions o altres dependències d'obra antiga. Pel sòl es veuen trossos de teules ja tardanes i algun test vidriat decorat en blau que sembla del segle XVI; de restes romanes pocs fragments de tègules i menuts bronzes imperials, que mantenint-se millor solen passar inadvertits. En coneixem de Galienus, Claudius II el Gòtic i Constantí[14].

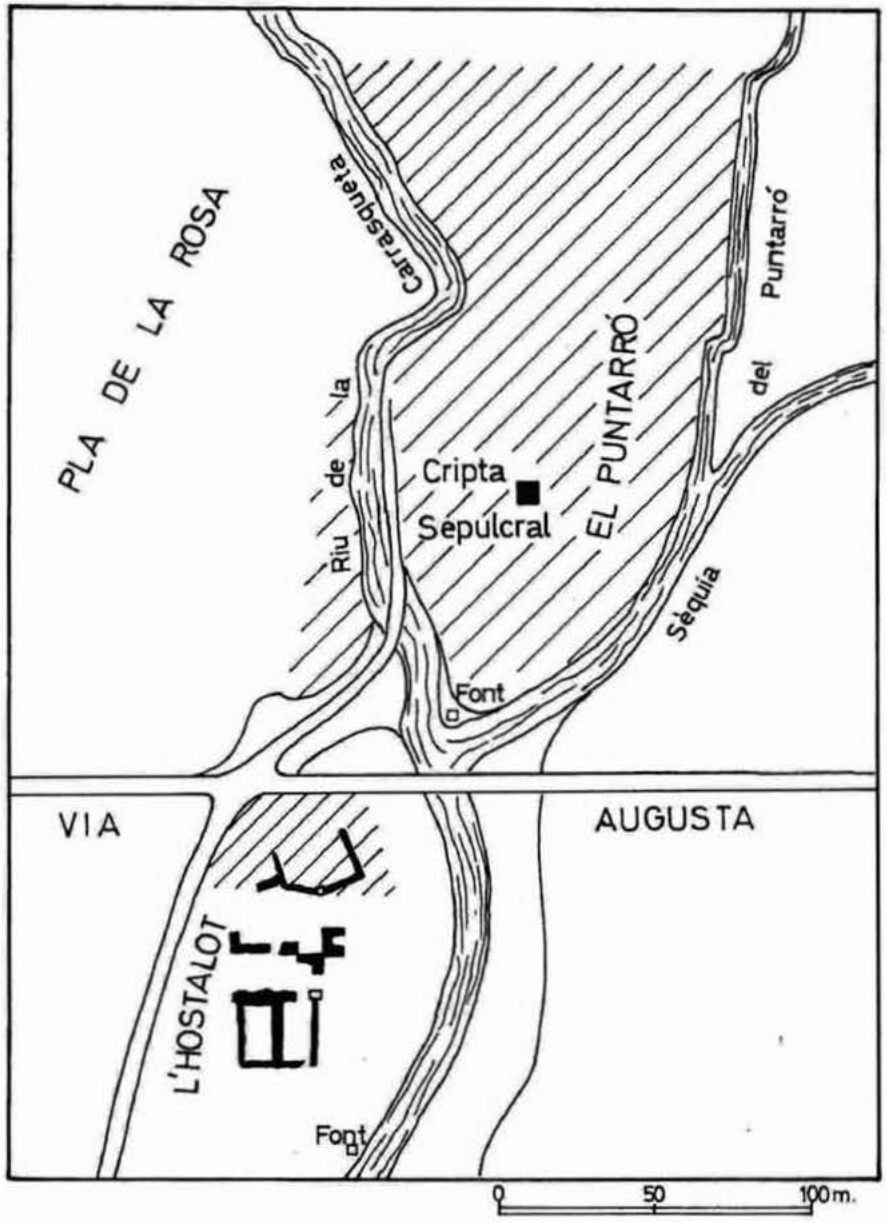
RUÏNES ROMANES A DALT DE L'HOSTALOT

En canvi poc més amunt en un espai de terra que estigué erma fins que en 1956 la rebassaren per a plantar ametllers, tot el que es veu són despulles romanes. Abans florejaven cossols de parets de pedra i morter. Després, al rebassar en sortiren altres d'argila compressa i el paviment d'una habitació fet de terra amb un llit de calç i arena. Encastats als fonaments hi havia també un parell de pilons o pujadors.

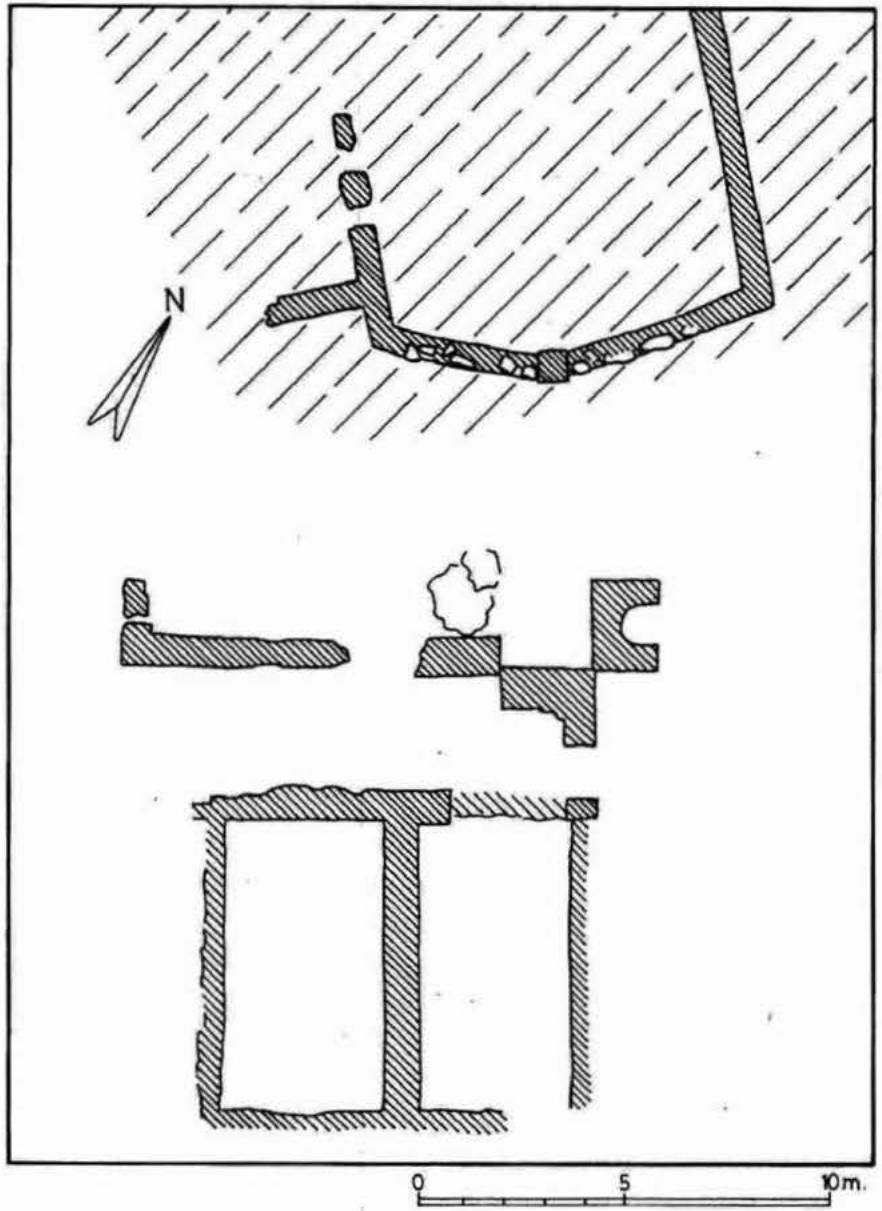
Ací la ceràmica és romana i n'hi ha molts trossos de tègules, algun tovot, testos de terrissa ordinària i de vegades espècies fines, com la sigil·lata, sovint llisa o amb cercolets i fulles de bon estil, en pocs fragments i menuts, que no permeten identificar els perfils dels vasos.

L'interés que tenen aquestes ruïnes és que estan a la vora de la Via Romana i a una distància equilibrada de Tortosa i Sagunt, que ve a coincidir amb la que l'Itinerari d'Antoninus situa Ildum. Raó de que Senent la posarà ací, «a prop dels Llavadors de la Vilanova d'Alcolea», i es refereix a les de dalt perquè parla de columnes, que sols poden ser els pilons, que fa uns anys encara es mantenien ferms al seu lloc[15].

Amb el càlcul de distàncies cal considerar també les condicions topogràfiques del lloc. Al coll de la To-



B. **Ildvm.** *El Puntarró i l'Hostalot. Als espais ratllats afloren les despulles romanes. (Croquis fet el 25 de juny de 1961)*



C. **Ildvm.** *Ruïnes visibles a l'Hostalot. (D'un croquis fet el 25 de juny de 1961)*

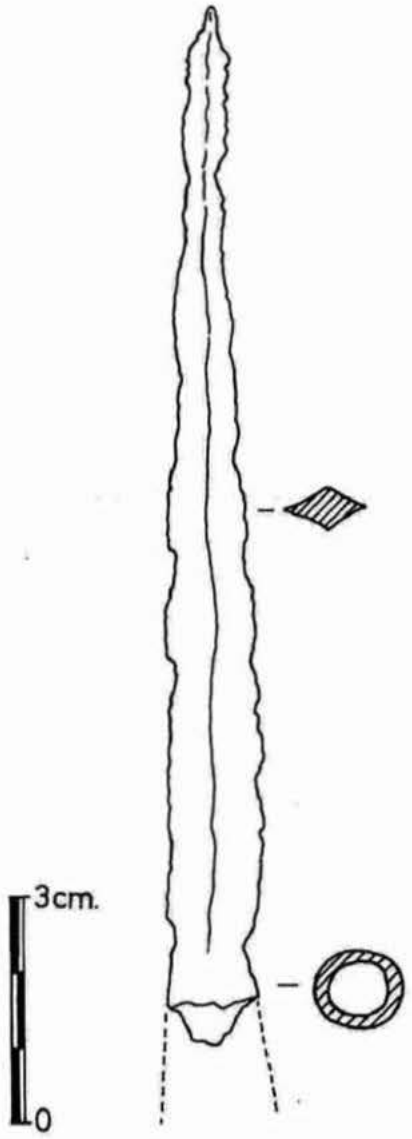


Fig. 2.— La Vila Vella (Vilanova d'Alcolea). Punta de llança de ferro

rre, com a les Coves, hi ha un enllaç de rutes ancestrals que s'orienten per la Serratella al pla d'Albocàsser i també una sortida a la mar per la Vilanova a Torreblanca.

Més interés tindria la presència permanent de l'aigua en els rius de les Roques i de la Carrasqueta, que s'uneixen baix de l'Hostalot. I no cal dir com deleraven l'aigua els romans. La parada més al S ja seria per terres sedegades on no brolla una font.

LA INFRASTRUCTURA IBÈRICA

I el que és més important: l'arqueologia revela a l'entorn de la veïna clota el poblament indígena més dens que hem vist seguint la Via Romana des que deixarem la ribera de l'Ebre.

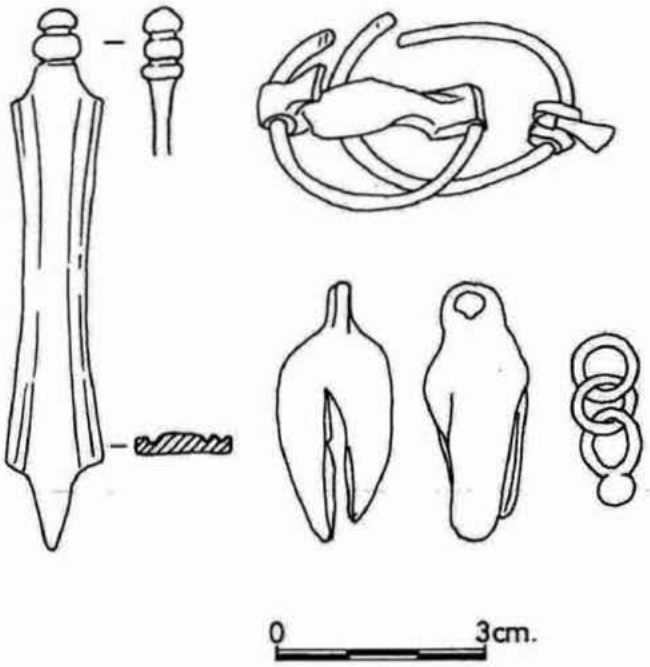


Fig. 3.— Olivar d'Olcina. Objectes de bronze

Les despulles més antigues sortiren als afores de la Vilanova per la banda NE, i es redueixen a testos de vasos fets a mà, amb la vora oberta repujada per impressions digitals, que deuen correspondre a un llogaret de la Primera Edat del Ferro, situat a la vora d'una bassa, que encara avui fa com un clot en l'argila.

Segueix a prop en el puig fronter al poble i marge dret del riu, el poblat de la Vila Vella, amb restes de vivendes que donen ceràmica, sovint feta a mà i poques vegades tornejada, d'un iberisme arcaic. Apart la ceràmica l'únic objecte que coneixem és una punta de llança de ferro (fig. 2).

Al ple de l'època ibèrica el poblat del Puig Pedró centrava un grup de llogarets estesos per la vall. Cap al N quasi a la vora del camí indígena que passarà a ser la Via Augusta, al cormet dels Torners hi ha restes d'obra ibèrica en un espai reduït. I a prop pel NO el poblat dels Racons, que senyalà Senent i encara manté el topònim. En canvi el de les Sitges s'ha perdut, i prou ens costà localitzar-lo per referències de l'actual propietari. És molt a prop de la Torre En Dumenge, dalt del pla de Clerià. Al SO, cap al mig de la vall el poblat, molt millor, de l'Olivar d'Olcina; al S la Coroneta i més a llevant el Carrascal.

Cert que solen ser llocs arqueològics probrissons i remenats pel conreu. Al turó dels Torners encara és factible fer l'excavació i l'estudi de les despulles, que resten fondes, intactes. Ací la ceràmica dóna la senzilla decoració geomètrica i amb ella hi havia una gran làmina discoidal de bronze repujada (làm. VIII). Dels Racons sols coneixem la fíbula de peu alt que publicà Senent. Ell també donà a conéixer les armes de ferro

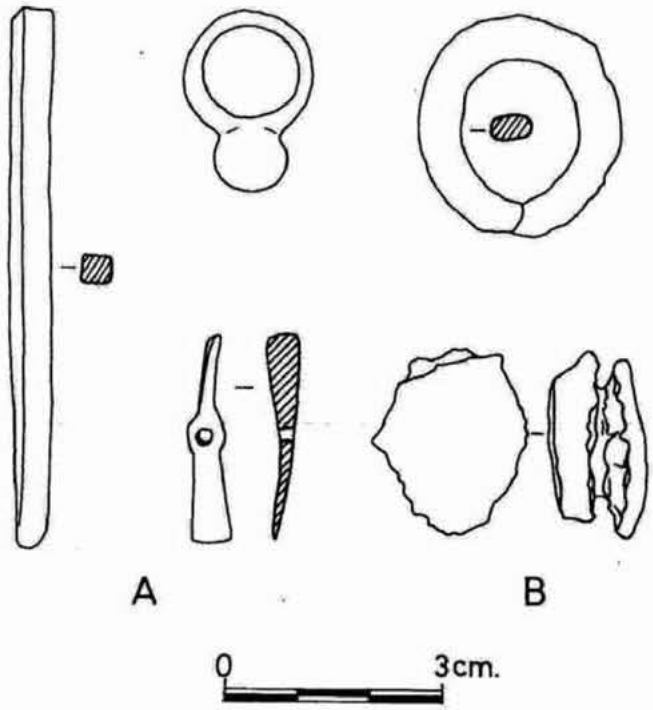


Fig. 4.— Puig Pedró. Objectes de bronze (A) i plom (B).

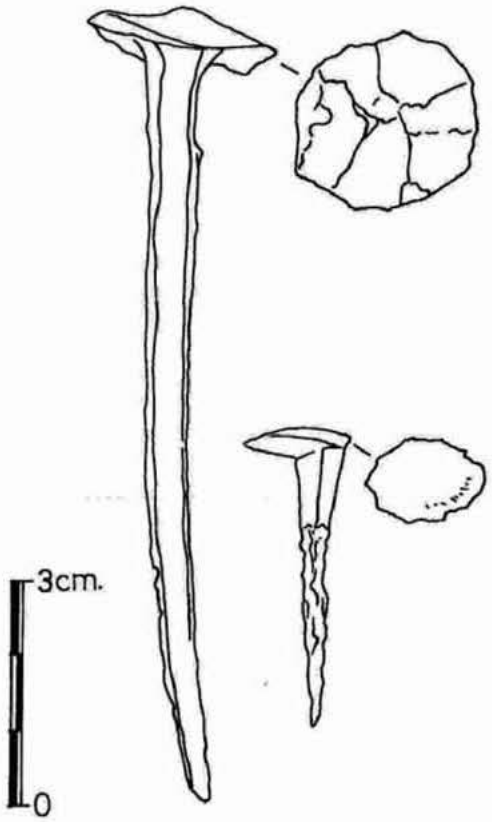


Fig. 5.— El Puntarró. Claus de ferro.

que es trobaren en la sepultura de les Sitges. Avui, en aquest lloc les despulles manifesten restes d'obra ibèrica amb un parell de molins barquiformes. El poblat de l'Olivar d'Olcina, molt millor, encara mostra íntegra la seua topografia, emplaçat al forcall de dos barrancs en un planell ovalat, tenia l'accés per un camí al NO (làm. IX), sense rastres visibles dels habitatges que foren remenats quan el varen rebassar l'any 1981. Ho va saber Carles Borràs Saura i amb uns joves vilanovans interessats pel seu poble, recolliren el que es veia i estimaren que mereixia guardar-se. I així sabem de l'Olivar d'Olcina molt més que dels altres llocs ibèrics de la vall. La ceràmica és a torn i amb poca decoració pintada; hi ha un pondus i fusaioles; molins redons i altres pedres per a moldre, ovalades amb sengles bonys als extrems per agafar-les, d'un tipus que hem vist a les Sitges de Torre En Dumenge. El metall escasseja: ferros informes i alguns menuts objectes de bronze, com dues fíbules anulars de xarnera, que sortiren enllaçades; un penjoll de tres anelletes, la de baix amb apèndix esferoidal; una plaqueta decorativa i una sonalla (fig. 3).

A la Coroneta una modesta masada acabà amb les despulles ibèriques, esbrinant-se apenes pel NE el traçat del mur i al SO encara es veu algun test amb la típica decoració geomètrica pintada en roig viu. Del Carrascal sols sabem que es trobà una urna, que contenia ossos cremats, una punta de llança de ferro i un probable torques de bronze.

Com veiem l'arqueologia és molt escanyida, però té el mèrit de donar unes localitzacions precises en poc espai i mercés a elles podem conèixer l'estructura del poblament de la vall en l'època ibèrica. Una concentració de llogarets que centrava el poblat del Puig Pedró, gran i ben situat en aspre roquer, on en cas de perill cercaria aixopluc la població dispersa. Malauradament avui apenes resten uns pocs senyals de parets per la banda N. Ja Senent el trobà rabassat de vell, sense conèixer troballes, i en les nostres prospeccions sols recollirem: de plom restes informes de fundició, una anella i un rebló; i de bronze fragments d'objectes indefinits, un penjoll globular amb anella i una curiosa miniatura de picola a dos talls, probablement un amulet, perquè en coneixem un altre igual de plom procedent del tossal de Gaidó (Cabanes) (fig. 4). Però tenim notícia que en 1935 es trobà al Puig Pedró «un cavallet de bronze», que no arribàrem a veure; i en 1963 una moneda cartaginesa de plata, que entrà en el comerç numismàtic i roda per col·leccions particulars.

Uns fets que Roma tindria present quan va establir la mansió, atenent a raons militars i polítiques.

L'ILDUM DE L'ÈPOCA ROMANA

Però per a posar Ildum a l'Hostalot, com suposava Senent, trobem una dificultat arqueològica inqüestio

nable: així les ruïnes romanes ocupen tan poc espai que no poden ser les d'una ciutat o d'un lloc d'atur per a les legions.

I és que la mansió no estigué exactament a l'Hostalot, sinó a l'altra banda de la Via Romana, en el Puntarró.

EL PUNTARRÓ

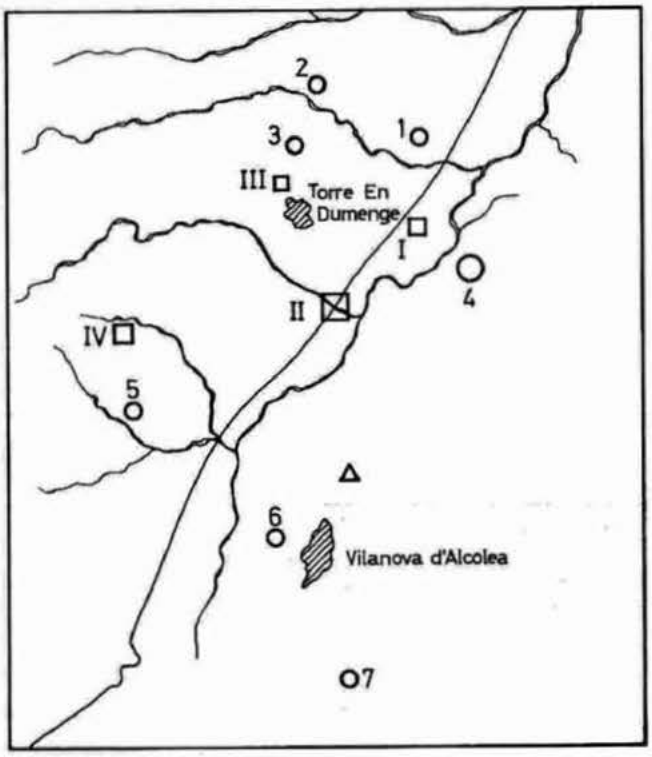
El topònim fa referència a una llarga «punta» o forcall, comprés entre el riu de la Carrasqueta i la séquia del Puntarró (làm. X A). Un espai ben conreat, en el qual ja no es veuen ruïnes, que foren saquejades, desfetes per alçar els parats dels marges i desempedregar el sòl, reduïdes ara les despulles romanes a trossos de tègules i testos de terrissa ordinària, que l'arada va rosegant i acabarà per empassar-se'ls. És tradició entre persones velles de Torre En Dumenge que «quan varen fer l'església del poble portaren moltes pedres de la Carrasqueta» (Lám. X B).

I així va ser perquè en la façana es veuen molts carreus desiguals i com repicats de nou per ajustar-los en l'obra.

La Carrasqueta és l'extrem del Puntarró, on sembla que sempre n'hi hagué alguna, i al peu d'ella brolla la font ja dintre del riu. En altre temps els bancals de dalt eren un espés olivar, que sols es llaurava aprofitant les saons, veient-se per terra molts testos i trossos de tègules, i era de creure que en el subsòl restarien ruïnes susceptibles de poder-se estudiar. Però en 1952 rabassaren el Puntarró per a plantar ceps i les varen destruir i van trobar fonaments de parets i una cripta sepulcral, «com un aljup», amb quatre esquelets, que pietosament es recolliren i portaren al cementeri de Torre En Dumenge. Entre les ruïnes hi havia moltes tègules trencades i testos de terrissa ordinària, ferros (fig. 5) i algunes monedes de bronze, que s'han seguit trobant de tard en tard. En podem esmentar dues de Claudius, una de Vitelius i una altra de Domitianus[16].

Com al rabassar i nivellar el sòl traien l'enruna i apartaren les pedres per a fer els marges, als parats encara se'n veuen moltes desbastades o picades per encastar-les millor en l'obra, alguns carreus i els mateixos pujadors que hi ha a l'Hostalot i a la vinya de Josep Garcia (làm. XI).

Les romanalles arqueològiques del Puntarró no tenen el caràcter propi d'una vil·la romana i, per la seua posició, molt adient per a establir un campament a redós dels valls del riu i la séquia, creiem que corresponen a la mansió que esmenta l'Itinerari entre Intibilis i Sebelaci.



D. **La via romana a Torre En Dumenge i Vilanova d'Alcolea.**

O Llocs ibèrics: 1, Els Torners. 2, Els Racons. 3, Les Sitges. 4, Puig Pedró. 5, Olivar d'Olcina. 6, la Vila Vella. 7, La Coroneta.

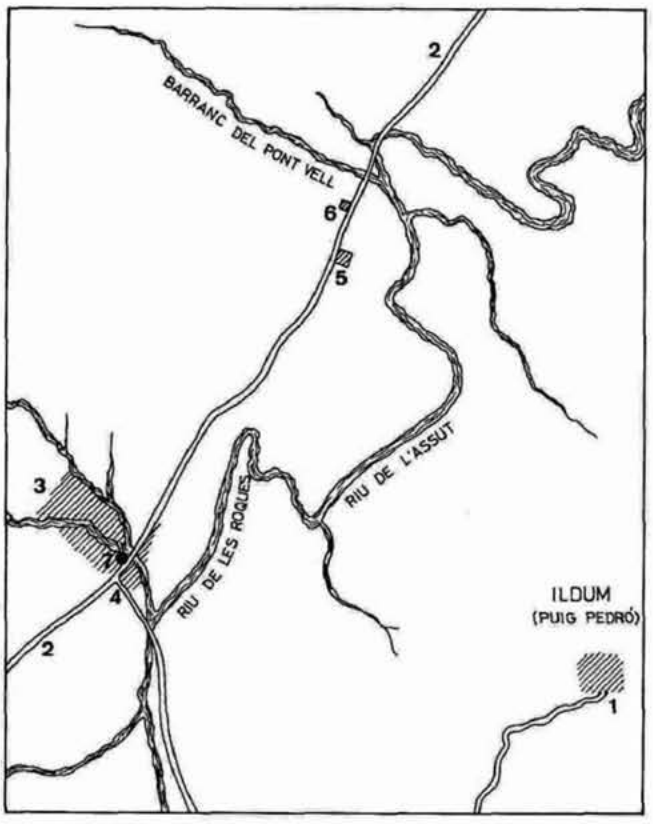
□ *Llocs romans: I, Vinya de Josep García. II, Conjunt de la Carrasqueta. III, Pla de Clerià. IV, Mas d'Ensenyor.*

Δ *Edat del Ferro.*

EL MARGE DRET DE LA CARRASQUETA

Encara hi ha un altre espai arqueològic més confús, que poc es nota. És el marge dret del riu de la Carrasqueta fronter al Puntarró, arribant per baix a la Via Romana. Ací, com per damunt hi ha terra solta i fonda, podem creure que les romanalles antigues es mantindran intactes. Clar que al seu temps ja foren espoliades, però sembla que es tractava d'un lloc lluït i encara es podrà fer alguna troballa interessant. Tenim referències prou fiables que un veí de Torre En Dumenge treient arena en el riu de la Carrasqueta, descobrí una figura de bronze, que a poc vengué a un ferraller al preu del pes del metall. No sabem què representava, però sí que tindria com uns vuitanta centímetres d'alçada. Açò degué succeir en 1965 i apenes es va saber.

Molt més tard s'han fet al marge dret de la Carrasqueta altres troballes, que també coneixem per referències, però molt segures. I així podem dir que en 1988 aparegué per ací un estranger que, provist de



E. **La via romana a Coves de Vinromà.**
O Llocs ibèrics: 1, Mas d'En Rieres. 2, Les Coves (poble). 3, La Coma. 4, La Coroneta.
□ Llocs romans: I, La Paloma. II, Les Fontanelles. III, Camí del Mal Pas.
Δ Edat del Ferro.

detector, trobà tres objectes de bronze: un fal·lus de bona mida amb anella de suspensió, un menut amulet fàl·lic i una bella fíbula, que mostrà sense cap reserva als seus coneguts del poble. Però com a lloc arqueològic el marge dret de la Carrasqueta ja el coneixíem molt abans que es trobara aquella gran figura de bronze.

Hi ha al mateix marge un camí, que des de la carretera baixa al riu i el travessa per a pujar al Puntarró; que degué ser el que accedia a la mansió des de la calçada (làm. XII A). I és ací, al camí i en els clars de l'espés brossall, on es veuen florejar testos, de vegades de terra sigil·lata, millors que els de l'Hostalot, destacant-se una vora de plàtera fonda amb rica decoració floral estilitzada entre quadres que porten en relleu dues cabretes enfrontades, de probable manufactura hispànica (làm. XII B).

Els objectes de metall són pocs, però selectes: d'or un anell o aret que seria per a mans infantívoles o femenines; i de bronze una punta de llança decorativa, potser el remat d'una insignia; un menut objecte semilunar indefinit; i un amulet fàl·lic, amb la particularitat que a baix es representa el membre viril de front i té el fal·lus a una banda i a l'altra la maneta fent «la figa» (làm. XIII).

Molt sovint es trobaren monedes. Ja les várem constatar als començos de les nostres investigacions. Aviat en veierem també, recollides per curiosos vilanovans, i més endavant per prospeccions pròpies i d'estranys que amablement les mostraren. L'encuny més antic que coneixem és un as de la República, segueix una moneda hispànica de Cèsar August i grans bronzes imperials, prou gastats, però podent-se identificar d'Antoninus Pius, Faustina i Gordianus. Molt millors les monedes tardanes, que no circularen tant, de Galienus, Gratianus, Valerianus, Valentinianus i Constantí[17].

És de creure que les romanalles arqueològiques seguiran darrere del talús per sota la terra conreada. Quan es coneguen les ruïnes, que probablement hi haurà, potser es puga identificar el lloc. Sols la seua posició permet fer algun comentari.

Estava a la vora de la Via Augusta i tenia al costat el camí que anava a la mansió. I afegim que la séquia del molí del Notari, que prenia l'aigua del riu de la Carrasqueta, es degué fer aprofitant la mateixa que els romans establiren per a dur-la a l'Hostalot i al pas trobaría l'obra del marge dret del riu. I cal notar el fet curiós que entre els pocs objectes coneguts d'ací, per tres vegades apareix l'amulet fàl·lic. Resta el camp lliure per pensar el que es vulga. De segur que no seria una «caupona» com la de Valèria Marcel·la.

Respecte a l'Hostalot i les ruïnes de dalt, pogué ser un parador per acollir vianants, que es trobarien més segurs si tenien a prop la mansió. I també gent que negociava al recer de l'exèrcit[18].

I com era normatiu en tals casos la mansió prengué el nom de la ciutat indígena immediata, que era el poblat del Puig Pedró; i ací estigué Ildum.

Aquella estructura del poblament indígena que precedí la romanització s'acorda amb el prefix «Il», que molts creuen equival a «poble encastellat».

No creiem, com suposava Schulten, que fóra l'Iliturgi de la Segona Guerra Púnica, ni tinga que veure amb l'Ilduro de les monedes[19]. I pensem que amb la romanització tots els llocs ibèrics de la vall van desaparèixer, sense que hi haguera una continuïtat en el poblament, perquè sols a la Carrasqueta es troben despulles romanes relativament denses i les estimem vinculades a la mansió. Fora d'ací hem localitzat fragments de ceràmica molt típica, com la sigil·lata a prop de Torre En Dumenge (Pla de Clerià) i a baix de l'Olivar d'Olcina (Mas d'Ensenyor), que estant a la vora de llocs ibèrics farien pensar en una mateixa gent, ara romanitzada, però es tracta de senzilles vivendes rurals.

I és que a la vall de Vilanova no hi ha espai ample i obert, com és la foia de les Coves, per a que s'establira alguna rica vil·la i també en aquell temps els marges

del riu serien un aiguamoll. Com ho eren encara quan escrivia Cavanilles[20].

I un fet arriba a manifestar-se en una arqueologia tan curta: eren gent que havien assumit de ple la romanització. En els pocs llocs que coneixem mai falta la ceràmica fina de bona manufactura i els noms que ens dóna la làpida de la vinya de Josep Garcia, sense cap record indígena, també tenen un cert aire de distinció social.

Des de l'Hostalot la Via Romana ve a coincidir amb l'actual carretera, separant-se molt poc un parell de vegades i va sempre al dret; primer pel pla de la Rosa i segueix després pels Domenyons de sòl més alterós. Deixa a baix, quasi a la vora, la font Roja i puja en curta costera el coll de Benlloc, on es separa de la carretera i baixa per l'esquerra a l'entrar en el pla de l'Arc.

NOTA FINAL

El present treball sobre la via romana a les Coves i la Vilanova va ser redactat l'hivern de 1988 i donat al S.I.P. l'estiu següent. Després es feren noves recerques a l'Hostalet i el seu entorn amb resultats que poc alteraven la nostra visió d'Ildum i no els vàrem incloure. Però la darrera troballa és importantíssima i anem a registrar-la, quan el nostre escrit ja està en la impremta.

El dia 3 de març de 1992, fent obres per eixamplar la carretera, en arribar a la Carrasqueta l'excavadora descobrí enfonsat en l'aiguamoll del marge dret un llarg pedrot, que de moment no es pogué identificar per estar cobert de fang. Per sort el veié el jutge de la Vilanova Manuel Ferreres, que digué era un miliari i passaria avís a l'Alcalde Joaquim Centelles per gestionar el dugueren al poble on estaria més segur. I així es va fer, mercés a l'eficaç col·laboració del contratista de l'obra, deixant-lo al jardí de les escoles.

Hi ha a la Vilanova un grup de gent sensible i entesa que vetlla pel seu patrimoni cultural. El que inicià l'interés per l'Arqueologia va ser Carles Borràs i Saura, i a poc se l'incorporà el jove Vicent Calduch. Ara en son més comptant-se també les autoritats locals. I l'amic Borràs ens comunicà la troballa del miliari; que per motius professionals devíem veure un dia de festa. Que va ser el diumenge següent.

La superba columna és igual a les que hi havia en 1924 a la serra de la Marmedella a prop de la Pobla Tornesa i degué sortir de la mateixa pedrera, perquè és també de rodeno dur sense arribar a ser quarsitós.

El dau, que anava enfonsat 51 cms. en el sòl, és prou irregular, i el fust que té 2'70 m. de llarg i un gruix màxim de 0'62 m. en la base i 0'51 m. a dalt, acaba pla, però amb l'aresta arredonida.

La inscripció ocupa a una galta quasi dos terços, resta encara per netejar i es veu prou gastada i malmesa. El refer-la i llegir-la serà cosa entretinguda. D'immediat el que més interessa per al nostre estudi és la milla que assenyala i la vàrem transcriure: C C L X X X I I I.

Per ella es veu que el miliari de la Carrasqueta invalida les opostes lectures que s'han fet de la Pedra Llarga.

I coneixent ara la milla d'Ildum podem seguir la via romana cap al N. con ho fan els Vasos de Vicarello, sumant milles de mansió a mansió fins atançar les 283 on trobarem l'inici de la numeració.

Així, en el Vas I en arribar a INPYRANEU hem sumat 282 milles.

En el Vas II INPYRENEO està 279 milles.

En el Vas III INPYRANEO es troba a 281 milles.

I el Vas IV situa SUMMOPYRENAE a 277 milles.

Com en els quatre vasos IUNCARIA està 16 milles abans d'arribar a INPYRANEO i RUSTICIONE, ja en la Galia a 25 milles, hem de posar el començament dels miliaris d'Hispania amb una nova numeració en SUMMOPYRENAE. I el que no coincideixca exactament amb les C C L X X X I I I milles es deu a lleugeres errades dels que gravaren els vasos, perquè ja s'ha vist com discrepen entre ells.

Per tant el començament de la numeració miliaria en la via romana que anem seguint no estava a Tarraguna con deixava entreveure Dassau i afirmava Blázquez; ni venia numerant-se en sentit contrari des de AD TURRES com creu Morote.

NOTES

1 J.J. Senent Ibáñez: «Estacions Ibèriques entre el riu Cènia i el Millars». *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans (1915-1920)*, Crònica de la Secció Arqueològica, pp. 619-621, Barcelona, 1923.

2 A/ Cap varonil rasurat i cabell en blens, a la dreta; davant dos dofins.

R/ Genet amb una palma al muscle galopant a la dreta; a baix subratllada la llegenda MEAMSP

Variant de la mateixa.

3 D. Fletcher Valls: «Nuevas inscripciones ibéricas en la región Valenciana». *Archivo de Prehistoria Levantina*, T. XIII, Valencia, 1978, pp. 103-126, en la p. 107.

A. Oliver Foix: «Epigrafía ibérica de la provincia de Castellón». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 5, Castellón, 1978, pp. 265-291, en la p. 278.

4 Així la veieren i en donaren notícia:

L. Abad Casal: «La arqueología romana en el País Valenciano: panorama y perspectivas». *I Jornadas de Arqueología de la Universidad de Alicante*, Elche, 1983, p. 39.

F. Arasa i Gil: «El relleu hispano-romà dels Tossalets». *Butlletí del Centre d'Estudis del Maestrat*, núm. 6, 1984, pp. 89-94.

E. A. Llobregat i J.F. Ivars: *Història de l'Art al País Valencià*. Vol. I, p. 65. Per confusió posa el relleu de les Coves en la font de Cabanes.

5 A/ IMP. LICINIVS AVG.

El seu bust amb casc i cuirassa, a la dreta.

R/ VIRTUS EXERCIT.

Trofeu militar i al peu, asseguts, dos captius amb les mans nugades al dors.

Seria una variant de Cohen, T. VII, p. 207, n.º 183.

Trencada, no és segura la interpretació.

A/ DIVO CLAVDIO.
La testa radiada, a la dreta.
R/ CONSAGRATIO.
altar?

A/ DIVO CLAVDIO.
La testa radiada, a la dreta.
R/ CONSAGRATIO.
Figura esvaïda, identificada.
A/ CONSTANTINVS MAX. AVG.
El seu bust amb diadema i vestit, a la dreta.
R/ Deu ser (GLORIA) EXERCITVS.
El «labarus» entre dos soldats?

A/ D.N. CONSTANTIVS F.P. AVG.
El seu bust diademat i vestit, a la dreta.
R/ FEL. TEMP. REPARATIO.
Soldat de peu a la dreta amb un escut en la mà esquerra, clava la llança en un enemic caigut del cavall, que subjecta per la crinera.
Cohen, T. VII, p. 447, núm. 45.

A/ D.N. CONSTANTIVS P.P. AVG.
El seu bust diademat i vestit, a la dreta.
R/ FEL. TEMP. REPARATIO
Soldat de peu a la dreta amb un escut en la mà esquerra, clava la llança en un enemic caigut que aguanta el cavall pres per la crinera.
Cohen, T. VII, p. 447, núm. 45.
Altres dos menuts bronzes iguals.

A/ DOMINVS AVGG. AVG.
El seu bust diademat i vestit, a la dreta.
R/ GLORIA NOVI SAECULI
Gratianus de peu a la dreta porta un «labarum» i es recolza en un escut.
Cohen, T. VIII, p. 127, núm. 13.

És menuda amb el marge retallat, havent perdut la llegenda, que seria:
A/ F.L. CONSTANS. NOB. CAES.
El seu bust llorejat i drapat, a la dreta.
R/ GLORIAE EXERCITVS.
Dos soldats amb casc, de peu, porten cadascú una llança i es recolzen en un escut; entre ells, una insígnia amb penó.
Cohen, T. VII, p. 412. núm. 46
Una altra igual, més menuda.

6 Cavanilles, p. 68.

7 Cavanilles, p. 68.

8 C.I.L. n.° 4981. Amb l'errada, comprensible, de situar la Pedra Llarga a Cabanes.

9 A. Blázquez y Delgado Aguilera I A. Blázquez Giménez: «Exploraciones en las vías romanas de Bergida a Asturias y de Cataluña, Valencia». *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, Memoria número general 69, Madrid, 1925. p. 14.

10 C.I.L. n.° 4949.

11 J.G. Morote: «El trazado de la Vía Augusta de Tarracone a Carthagine Spartaria. Una aproximación a su estudio». *Saguntum*, n.° 14, Valencia, 1979, pp. 139-150. En la pàgina 148.

12 Ara en diuen també dels Gatells, que són els nous propietaris de la finca on està la bassa.

13 A/ HADRIANVS AVG. COS. III P.P.
Bust de l'emperador llorejat, a la dreta.
R/ FORTVNA AVG. S.C.
La Fortuna dreta a l'esquerra porta un governall i el corn de l'abundància.
Cohen, T. II, p. 171, n.° 763.

A/ La llegenda, quasi perduda, degué ser ANTONINVS AVG. PIVS P.P. TR.P.
El seu bust llorejat, a la dreta.
R/ Esvaïda la llegenda.
Roma asseguda a l'esquerra porta una llança amb el colze esquerre sobre un escut, damunt la proa d'un vaixell.

14 A/ GALIENVS AVG.
El seu bust radiat a la dreta.
R/ VICTORIA AVG.
La Victòria de peu a l'esquerra porta una corona i un colom.
Cohen, T.V., p. 446, n.° 1075.

A/ DIVO CLAVDIO.
La testa radiada, a la dreta.
R/ CONSAGRATIO.
Altar encés.
Cohen, T. VI, p. 135, n.° 50.

Menut bronze molt curit de marges, sense que es puga llegir la llegenda, que degué ser:
A/ CONSTANTINVS AVG.
El seu bust diademat, a la dreta.
R/ GLORIA EXERCITVS
Dos soldats de peu amb casc i llança, recolzant-se en un escut, tenen al mig una insígnia militar amb penó.

15 J.J. Senent Ibáñez: «Estacions ibèriques entre el riu Cènia i el Millars».

16 A/ TI. CLAVDIVS CAESAR. AVG. P.M.TR.P. IMP.
La testa nua, a la dreta.
R/ CONSTANTIA AVG. S.C.
Pallas amb una llança de peu a l'esquerra.
Cohen, T. I, p. 251, n.° 14.

A/ TI. CLAVDIVS CAESAR AVG. P.M.TR.P. IMP. P.P.
La testa nua, a l'esquerra.
R/ S.C.
Pallas de peu a la dreta llançant una javelina i portant escut.
Cohen, T. I, p. 255, n° 84.

A/ VITELIVS IMP. GERMANICVS.
La testa llorejada, a l'esquerra.
R/ LIBERTAS RESTITVTA S.C.
La Llibertat de peu a la dreta, amb un bonet i un ceptre.
Cohen, T. I, p. 362, n° 75.

A/ IMP. CAES. VESPASIAN, AVG. COSIII P.P.
La testa llorejada, a la dreta.
R/ VICTORIA AVGVSTI S.C.
La Victòria caminant a la dreta porta un colom i una corona.
Cohen, T. I, p. 415, n° 610.

17 A/ Janus bifront.
R/ Proa de nau. A baix ROMA.
Prou gastada sense que es puguen llegir les llegendes. Com també el revers on s'esbrina el jou de bous i el sacerdot que els guia. Per tant serà de Cèsar August. I pel bust de l'anvers, que es manté bé i és de modelat fi, cal atribuir-la a la primera sèrie d'emissions, corresponent a M. Lutatio i M. Fabio, tal com el dóna Vives (T. IV. p. 79, n° 2, làm. CXLVI, 2) variant la llegenda de l'anvers, que en la d'ací comença CAESAR DIVI. i al centre cap llorejat d'August a la dreta.

Molt gastada, però es pot identificar.
A/ CAESAR AVG. F. DOMITI...
El seu bust llorejat, a la dreta.
R/ Perduda la llegenda. Al mig S.C.
Pallas? A l'esquerra es recolza en una llança i en l'altra mà aixeca una Victòria?

¿Antoninus Pius?
A/ GORDIANVS PIVS FEL. AVG.
El seu bust llorejat, a la dreta.
R/ LAETITIA AVG. N. S.C.
L'Alegria de peu a l'esquera porta una corona i una àncora.
Cohen, T. V. p. 33, n° 122.

A/ GALIENVS AVG.
La testa radiada, a la dreta.
R/ DIANAE CONS. AVG.
Cérvol caminant a l'esquerra. En l'exerg X.
Cohen, T. V, p. 362, n° 158.

A/ D.N. GRATIANVS P.F. AVG.
El seu bust llorejat i drapat a la dreta.
R/ REPARATIO DEIPVB.
L'emperador amb diadema i roba militar a l'esquerra aixeca una dona agenollada i amb la mà dreta porta un globus amb la Victòria.
Bronze mig.

COHEN, T. VIII, p. 120, nº 30.

A/ Falten les primeres lletres de la llegenda, que deu ser IMP. VAL. MAXIMIANVS AVG.
El seu bust radiat i drapat a la dreta.
R/ VOT XX VF dintre d'una corona de llorer.

A/ D.M. VALENTINIANVS P.F. AVG.
Bust de l'emperador amb diadema i roba imperial, a la dreta.
R/ REPARATIO REIPUB.
Valentinianus amb roba militar de peu amb la Victòria en la mà, a l'esquerra aixeca una dona postrada. B. mig. COHEN, T. VIII, p. 142, nº 26.

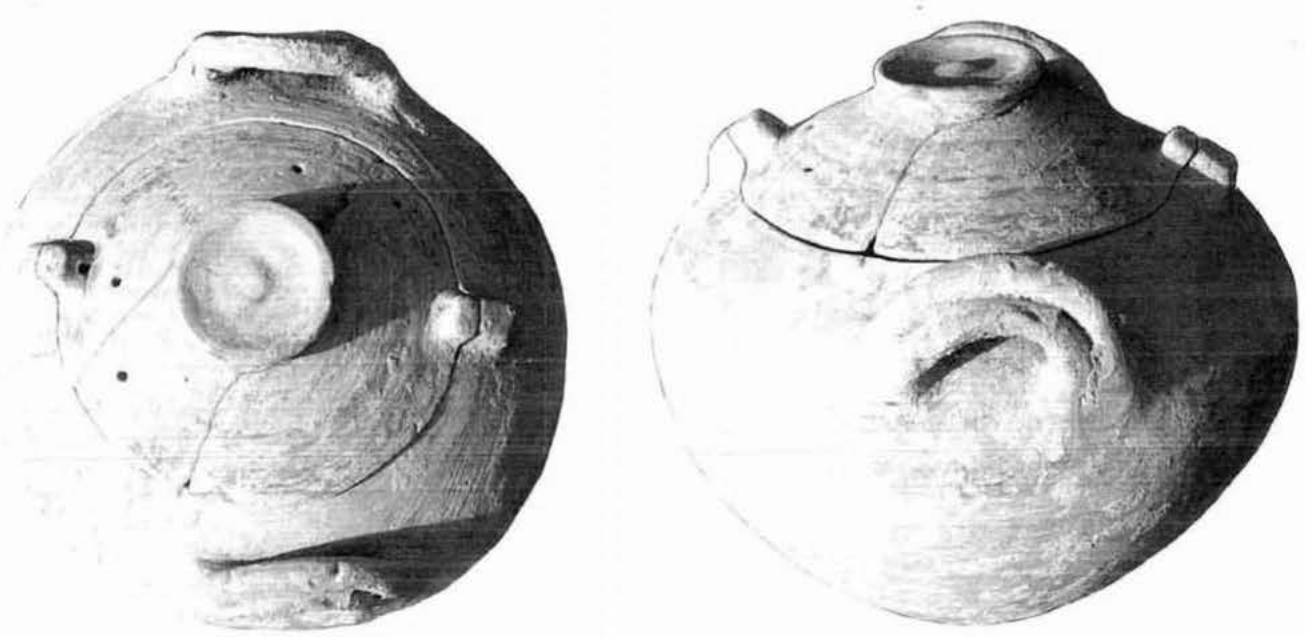
A/ CONSTANTIVS P.F. AVG.
El seu bust amb diadema i roba militar, a la dreta.

R/ FELIX TEMP. REPARATIO.
Constantius de peu a l'esquerra amb la mà alça una llança i amenaça un enemic.
Deu ser una variant de COHEN, T.V. p. 446.

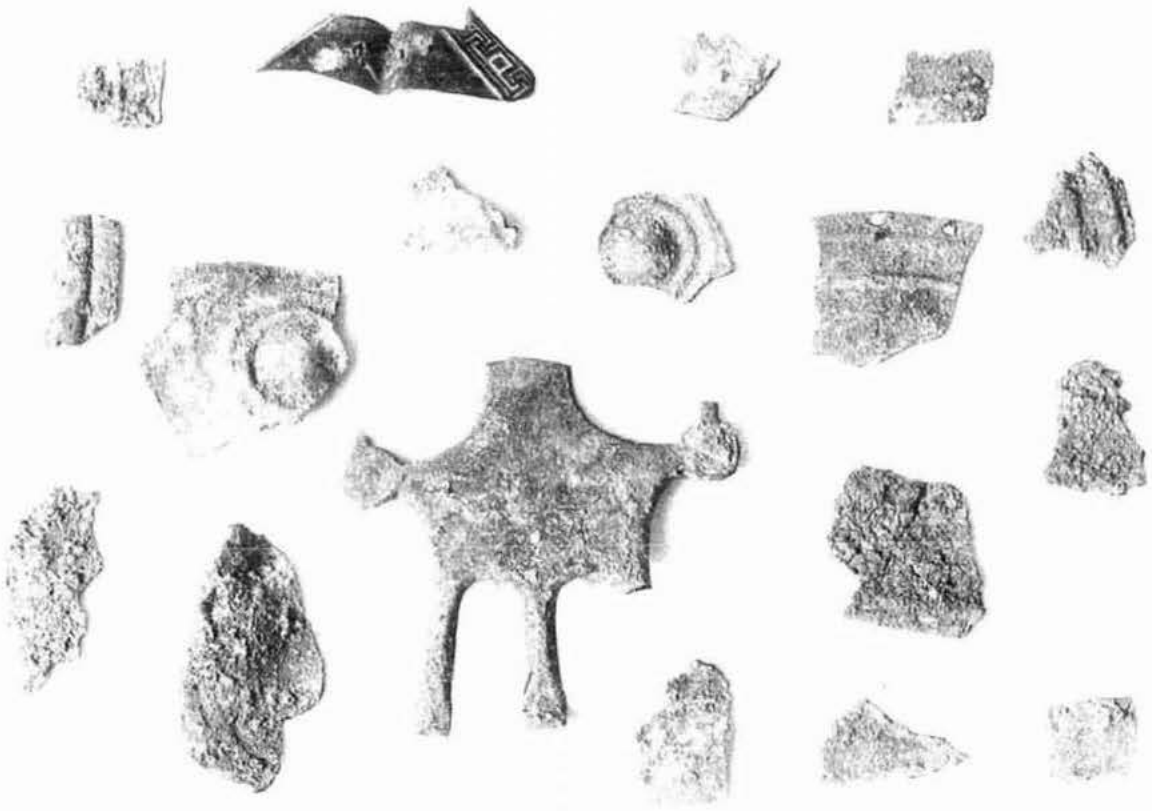
[18] Excavació d'Arasa, poc expressives ruïnes.

[19] A. SCHULTEN: *Fontes Hispaniae antiquae. II. Las Guerras de 237-154 a. de J.C.*. Edición y comentarios por Adolfo Schulten, Barcelona, 1935, pp. 80-81.

[20] «Las vertientes de los montes han depositado aquí tierra fértil, que se mantiene fresca por las muchas aguas que acuden por filtros subterráneos; son tan abundantes, que en qualquiera parte se hallan a pocos pies de excavación, y algunas veces inutilizan el suelo y la semilla. Para evitar semejantes efectos han hecho los de Villanueva profundas y angostas zanjas, que cubren con losas en arcos apuntados, sobre los quales ponen tierra que siembran de trigo».
CAVANILLES, T. I, p. 65.



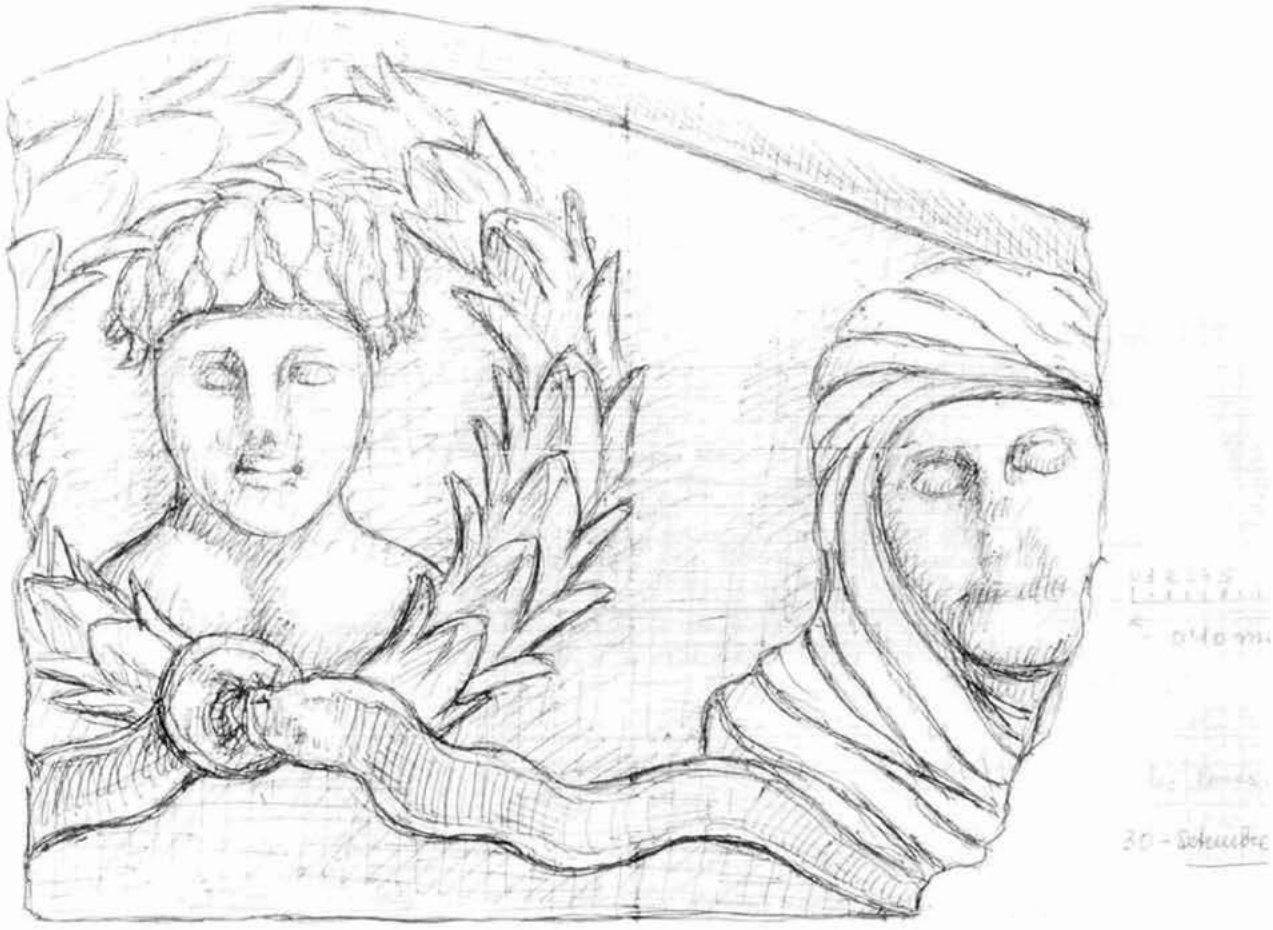
Làm. I.— Urna cinerària de la necròpolis ibèrica de Coves de Vinromà



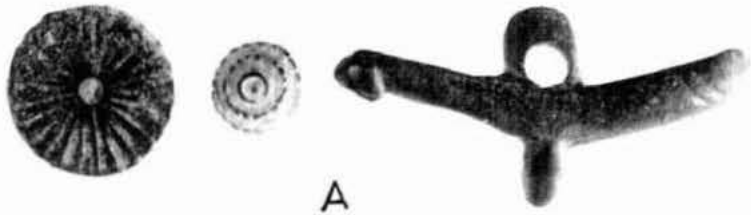
Làm. II.— Restes d'objectes de bronze de la necròpolis ibèrica de Coves de Vinromà



Làm III.— A. La Paloma (Coves de Vinromà). Objectes de bronze. B. La Coroneta del Mas Vell (Coves de Vinromà). Motlle per a fondre tanques de cinturó Alt. 193 mm.



Làm. IV.— La pedra esculpida de les Fontanelles (Coves de Vinromà). Dibuix fet a la mateixa llastra, tal com estava el dia 30 de setembre de 1966



A

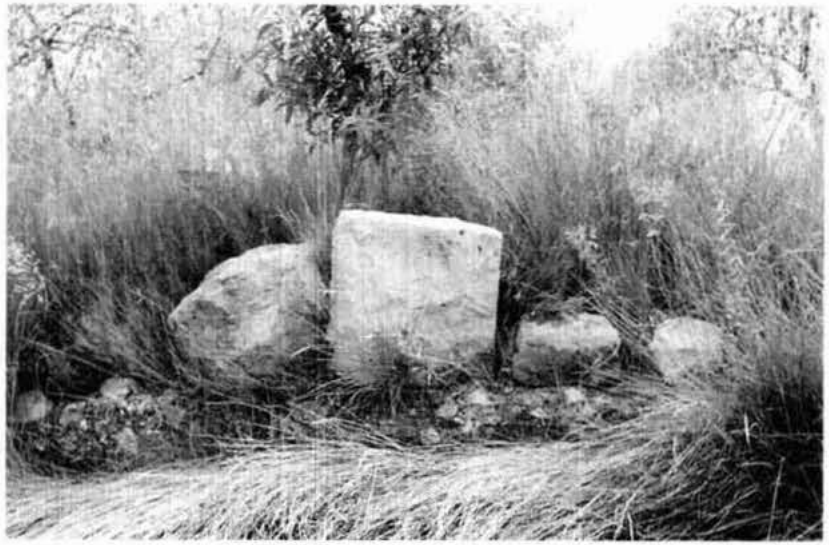


B

VIA AVG

CHIX

Làm. V.— A. Les Fontanelles (Coves de Vinromà). Objectes de bronze. B. Inscripció del milliari de Sant Vicent de Borriol, amb la transcripció exacta de les milles

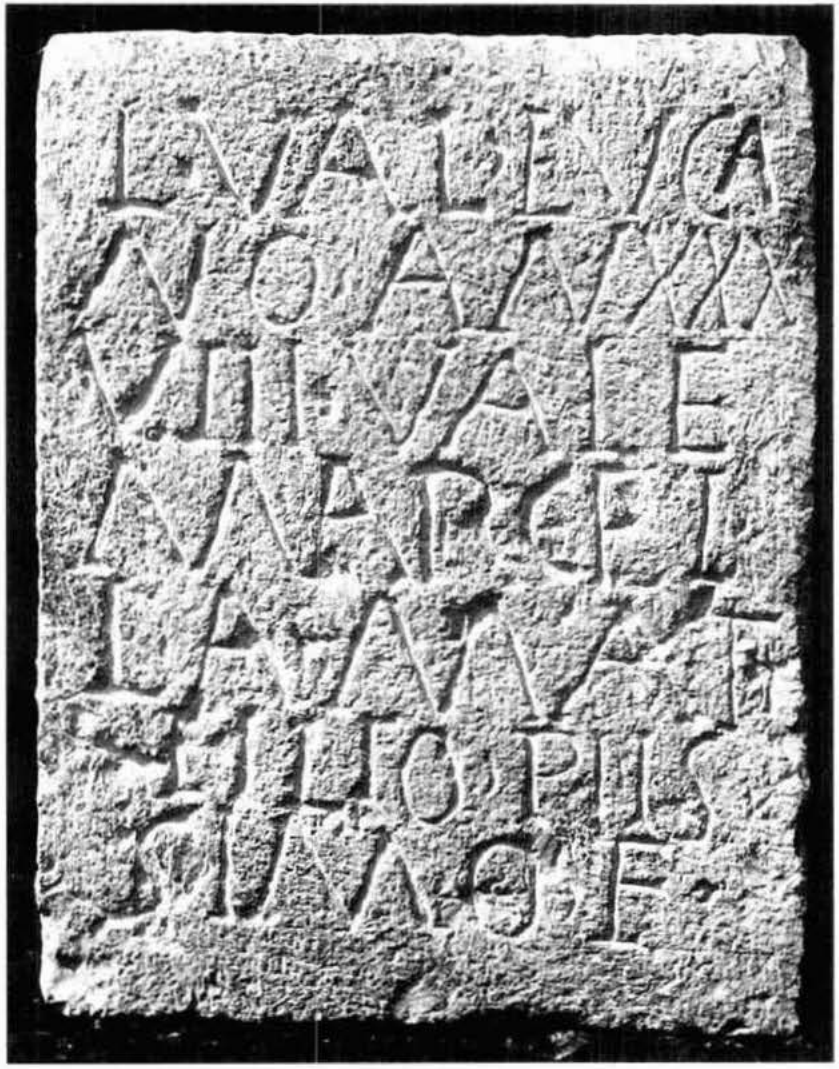


A



B

Làm. VI.— A. El Parat. Vinya de Josep Garcia (Vilanova d'Alcolea). Un pujador. B. L'Hostalot (Vilanova d'Alcolea). Restes d'obra romana, Fotos fetes en agost de 1981



Làm. VII.— Vilanova d'Alcolea. Vinya de Josep Garcia. Làpida de Lucio Valerio Lucano. El lapidari comença a separar paraules per punts i seguí per cops de cisell, que en la darrera separació acaben doblant-se i donen la imatge falsa d'una S, que no entra en la lectura de la làpida



Làm. VIII.— Cormet dels Tòrners (Coves de Vinromà). Fragments d'un disc repujat de bronze



A

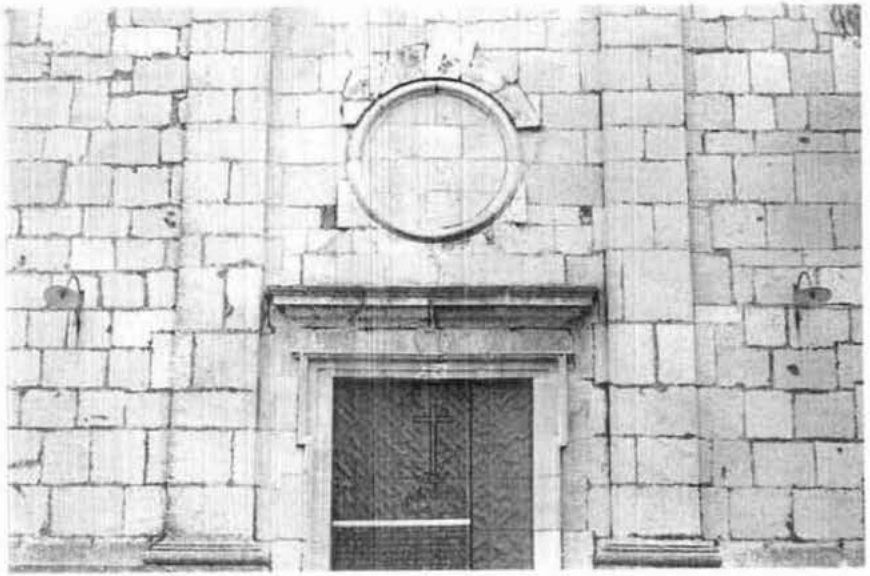


B

Làm. IX.— Les oliveres de Cellotes, a la partida de l'Olivar d'Olcina (Vilanova d'Alcolea).
A. L'extrem del forcall, amb la senda d'accés al poblat ibèric per la banda de llevant.
B. Camí d'accés al poblat per la banda de ponent.
Fotos fetes en agost de 1982

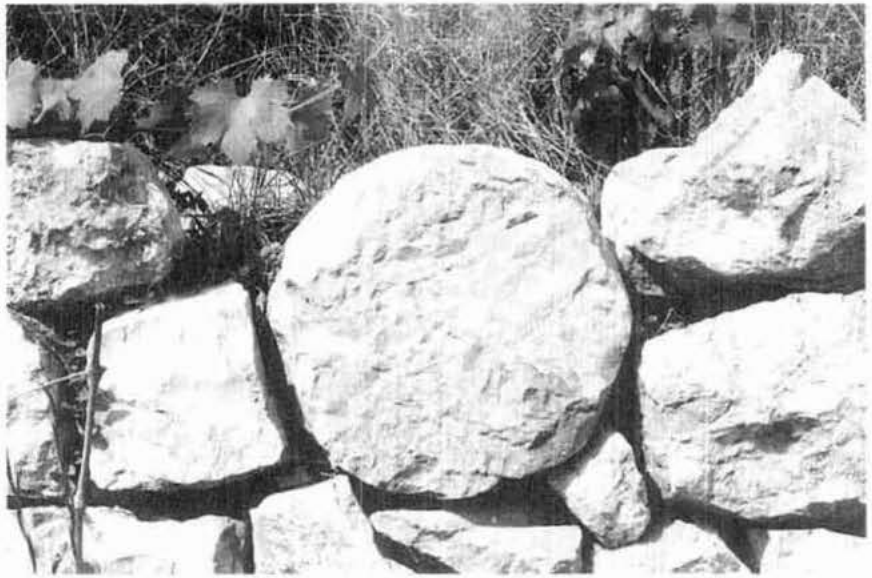


A



B

Làm. X.— A. El Puntarró (Vilanova d'Alcolea).
Camí d'accés des de la Via Romana.
B. Façana de l'església de Torre En Dumenge.
Entre els carreus es veuen moltes pedres aprofitades procedents de les ruïnes romanes de la Carrasqueta.
Fotos fetes en setembre de 1981



A

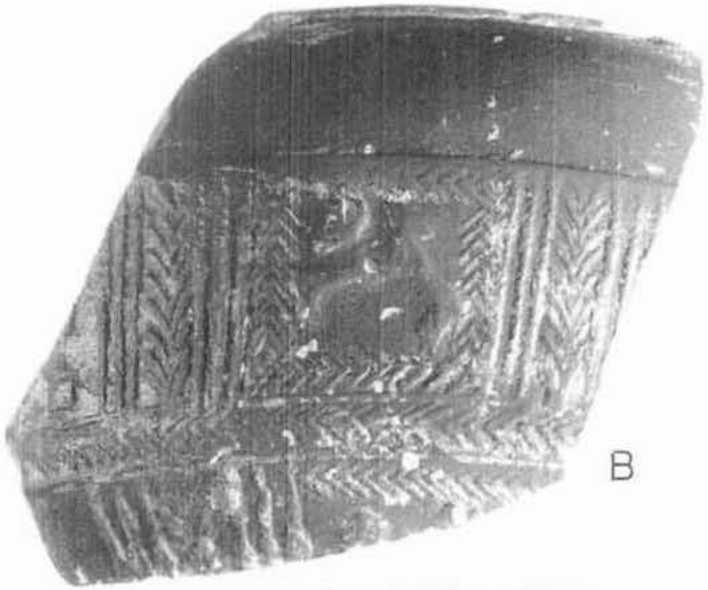


B

Làm. XI.— El Puntarró (Vilanova d'Alcolea).
Pujadors encastats en el parat del marge S. Fotos fetes en setembre de 1981

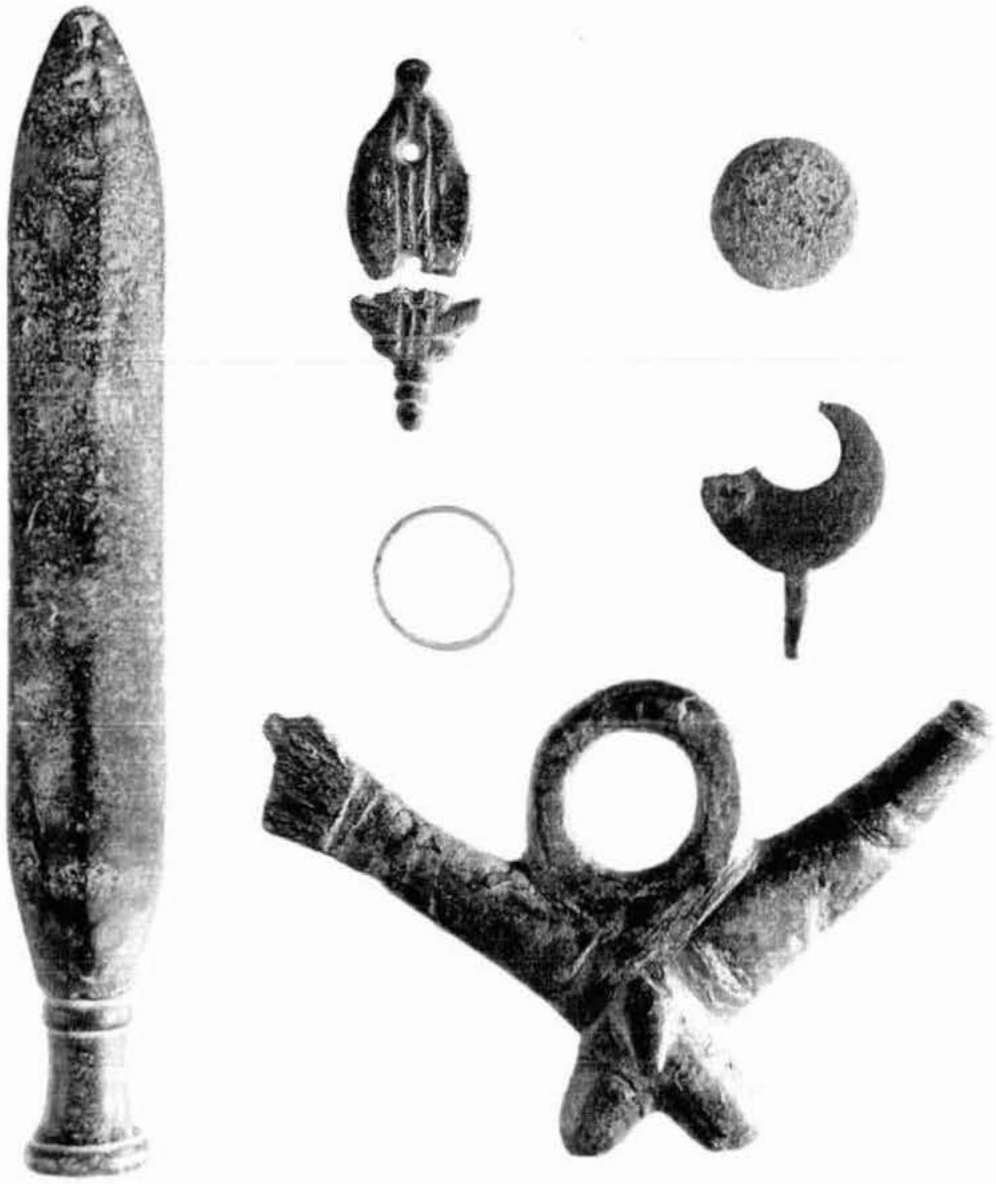


A

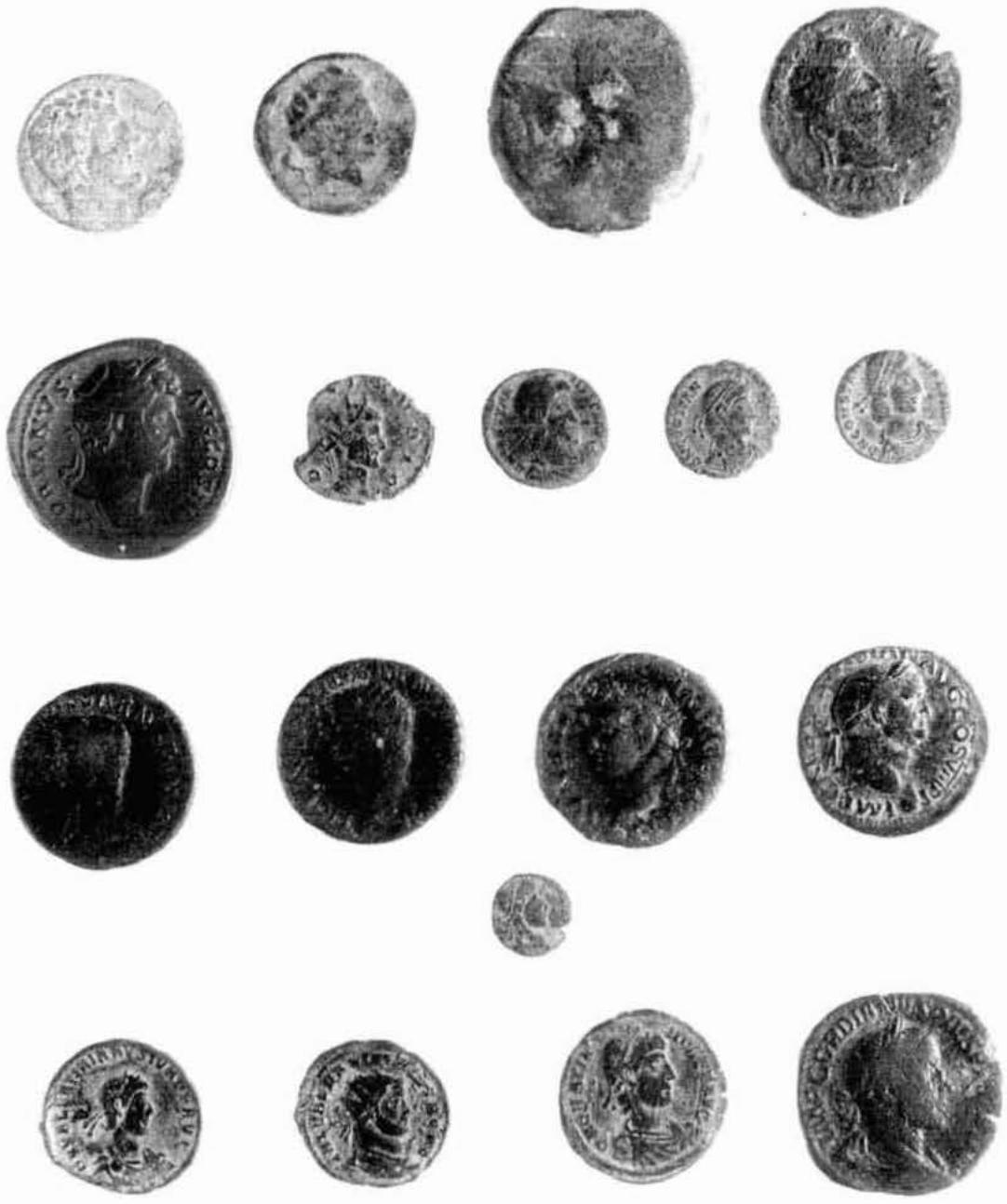


B

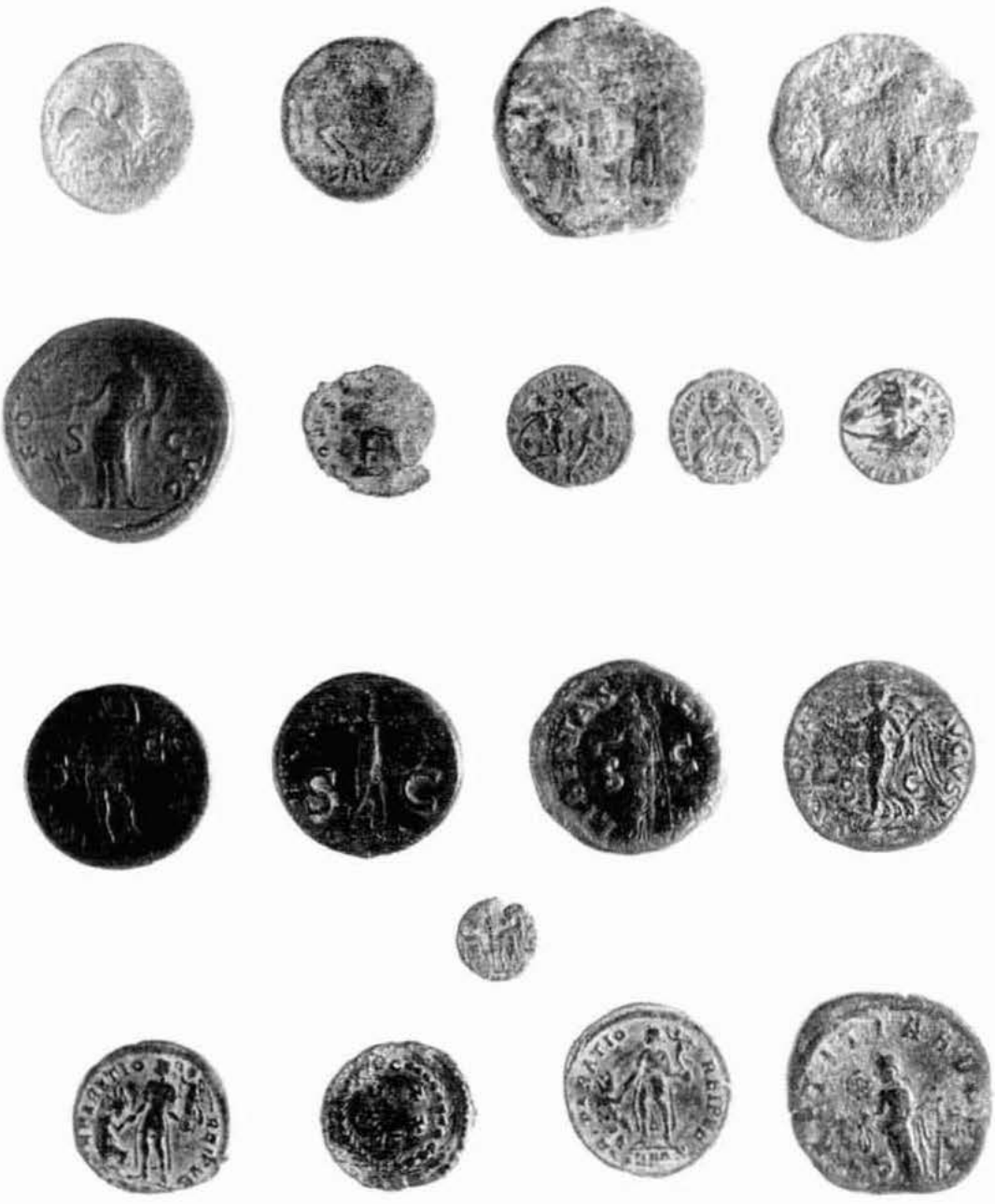
Làm. XII.— A. El Puntarró (Vilanova d'Alcolea).
Camí d'accés des de la Via Romana.
Foto feta en setembre de 1981.
B. Marge dret del riu de la Carrasqueta (Vilanova d'Alcolea).
Terra sigil·lata



Làm. XIII.— Botó i objecte d'ornament de la vinya de Josep Garcia. Anell i objectes de bronze del marge dret de la Carrasqueta



Làm. XIV.— Monedes trobades a la vora de la Via Romana per Coves de Vinromà i Vilanova d'Alcolea



Làm. XV.— Monedes trobades a la vora de la Via Romana per Coves de Vinromà i Vilanova d'Alcolea

Vicenç M. Rosselló i Verger*

LES VIES ROMANES AL PAÍS VALENCIÀ. IL·LUSIONS I CERTESES**

Els camins, lluny de ser un fet geogràfic «d'ocupació improductiva», com de vegades hom ha arribat a dir, tenen una enorme transcendència per al desenvolupament geopolític, estratègic, econòmic i cultural. I els camins romans —que més d'una vegada discutírem amicalment amb l'enyorat Enric Pla— han pesat molt a la història valenciana. L'espinada del Regne de croats, del País modern, ha estat i és un camí o millor, *el camí* més o menys litoral (Aracil, 1971). Per aquest camí —seria neci i nefast amargar-ho— ens ha vingut la llengua, l'art, la tècnica, tantes conquestes culturals, de latituds més altes.

La cintura de muntanyes que separa el País Valencià de la Meseta i la vall de l'Ebre és mala de travessar, llevat d'alguns comptats portells. Només per la costa i al llarg dels corredors pre-litorals és relativament fluïda la possibilitat de comunicació: allí hi trobarem l'empremta dels itineraris romans, no massa diversos de les «rutes naturals».

Molta gent —fins i tot il·lustre— ha jugat a l'endevinalla sobre mapes d'escala irrisòria respecte al traçat de les vies romanes. «*Se han dicho bellísimos desatinos histórico-geográficos*» en relació al tema; el mateix Chabret (1977), que a la cruïlla dels segles va formular la frase, no sé si eixí del tot immune de les altes dosis de xovinisme que foren inoculades a la geografia antiga. Abans que valer-se de la racionalitat, els vells cronistes s'afanyaren en cercar la més antiga prosàpia per a la pròpia ciutat. Així hom va identificar *Hemeroskopeion* amb Dénia (ho combaté E. Pla); hom inventà *Bigastro* i reduí, sense trellat, *Orcelis* amb Oriola; *Allone* obtingué tants de significats com escriptors en tractaren; *Segobriga* arribà a servir per a desmembrar i crear una diòcesis que res no hi tenia a veure...

De la toponímia, hom en pot pouar confirmacions, poques vegades arguments, i és un camp on «qui manco en sap, més hi diu», confirmant un vell aforisme. «L'ús de les fòrmules tradicionals de la semblança fonètica ha dut a una cadena de barbaritats interminable, les quals dissortadament, tenen una acceptació popular» (Llobregat, 1983 a: 100).

Entre les il·lusions o incerteses també cal posar la mania que tots els monuments romans o poblats ibèrics estigueren enfilats per una via romana de primer

* Departament de Geografia, Universitat de València.

** Aquest assaig de síntesi s'ha enriquit amb la generosa informació i amical crítica del professor Ferran Arasa, que vull regraciar sincerament. Ell, davant els meus dubtes sobre la utilitat de la meua contribució, m'ha empés a acabar-la i publicar-la.

ordre. O que les centuriacions hispanes —la majoria ben pobretes— hagueren de fer costat a trajectes axials. La mateixa persistència dels camins, ben mals d'esvair abans de l'arribada dels *bulldozers*, cal tractar-la amb parsimònia, si la manegem com a argument. ¿Tots els assagadors o camins ramaders són medievals o anteriors? ¿Tots els traçats medievals, dignes del nom de camí, són romans? Què de recerca faria falta per a poder contestar. Coses, totes, que cal provar, no intuir. Demanem, doncs, exigim, almenys, lògica i, si pot ser, demostració. Allò cert com a cert, els dubtes com a dubtes; ja vindrà temps que les hipòtesis esdevinguen tesis. Hipòtesi no és fantasia: no es tracta de fer volar coloms, sinó de recollir com més proves millor i contrastar-les.

1. ELS ITINERARIS COM A FONTS

Al món romà, militars i funcionaris comptaven amb els *itineraria adnotata* i *picta*. Entre els primers, el document fonamental és l'Itinerari Antoní (d'Antoni o d'Antoní), el qual es complementa amb un elenc de procedència mestallada, anomenat l'Anònim de Ravenna, i un centó, encara més modern, els *Guidonis Geographica*. Categoria intermèdia, podríem assignar als Vasos Apol·linars i a la humil *tegula* de València, mentre l'únic *itinerarium pictum* que podria haver-nos servit, el de Peutinger, perdé el fragment ibèric.

Dels primers itineraris escrits d'*Antonius* (millor que *Antoninus*), hom en coneix vint manuscrits «esmenats i ampliats» des del segle II^on^ al IV^t^. L'edició bàsica és la de P. Wesseling (*Vetera Romanorum Itineraria*, Amsterdam, 1735), tot i que hi ha una edició posterior més completa de M. Parthey-Pinter i O. Cuntz (1848: Leipzig, Teubner, 1926-27). Es tracta, més d'un elenc d'estacions i ciutats, que d'una guia pràctica, on el trajecte que més ens afecta és l'Itinerari XIII (segons la numeració de Kubitschek, 1916) «*ab Arelato Narbone, inde Tarracone, inde Carthagine Spartaria, inde Castulone*» que totalitzava 732 milles romanes (*MP*). La distància entre *mansiones* és anotada en MP (1.481 m) que, malgrat els problemes de transmissió, demostra un grau acceptable d'exactesa i ajuda a les verificiacions geogràfiques. Les estacions —hostals, llocs, viles o ciutats— hi venen expressades en ablatiu o locatiu, generalment en resposta a la qüestió *ubi?*, però de vegades compareixen en acusatiu rònec, responent a *quo?* Serien aquests casos, segons G. Arias (1963), les *mansiones* que se separen de la via. L'acusatiu amb la preposició *ad* («al costat de» noms intel·ligibles) suposaria una fita natural o antròpica que no cal que fóra una entitat de poblament.

Per al País Valencià la relació és la següent: Dertosa-XXVII-Intibili -XXIIII-Ildum-XXIIII-Sebelaci-XXII-Saguntum-XVI-Valentia-XX-Sucronem-XXXII-Ad Statuas-VIIII-Ad Turres-XXIIII-Adello-XXIIII-Aspis-XXIIII-Ilici-XXVII-Thiar, etc. (Wesseling, 1735: 399-401).

L'Anònim de Ravenna, datat pels seus analistes més sòlids en el segle VII^é^ pC, té com a edició fonamental la de M. Pidney et C. Parthey: *Anonyimi Ravennatis Cosmographia et Guidonis Geographica*. Berlin, 1860. Tal vegada traduïda del grec, la *Cosmographia* sembla confegida a partir d'un mapa germà o cosí de la *Tàbula Peutingeriana*. Nogensmenys, E. Llobregat (1983 a i b) ha gosat suggerir —amb prou versemblança— que l'itinerari pel territori valencià ha estat passat per un sedàs àrab, cosa que suposaria una data més recent. La seua argumentació la funda en la divisió «provincial» que fa de la península, tot incloent la *provincia Aurariola* o kûra de Tudmir.

El traçat axial presenta una doble versió als llibres IV i V, la segona de les quals sembla més correcta. Vetles ací:

IV	V	IV	V
304,2 Dertusa	342,9 Dertosa	Asterum	Alternum
Rubricatum	Lubricatum	Setavum	Setabi
Hildum	Ildum	Turres	Turres
	Intibili	Eloe	Edelle
Saguntum	Saguntum	Celeret	Celeri
Valentia	Valentia	Dionio	
	Sucrone	Lucentes	Lucentes
Portum-Sucrone	(Portum Sucrone)		
	Dio	Leones	Ad Leones
		Allon	
		Hilice	Ilice
		305,1 Cartago Partaria	343,8 Chartago Spartaria

L'anònim de Ravenna conté també al llibre IV (310, 3-14) itineraris que poden afectar col·lateralment el País Valencià:

«Iterum iuxta ciuitatem super scriptam Cesaraugustam ponitur ciuitas que dicitur

Contrebia
Auci
Leonica
Gergium
Articabe
Precorium

Iterum iuxta ciuitatem super scriptam Trebiam est ciuitas que dicitur

Iologum
Lintibilin»

Les *Geographica* de Guiu de Pisa són una compilació tardana que, pel que fa a les nostres terres, consisteixen en la llista plagiada l'any 1119 del llibre V^é^ de la *Cosmographia* de Ravenna. Per això no els cal més comentari.

Un espai intermedi entre els itineraris escrits i els gràfics, l'ocupen els quatre vasos auris de Vicarello, trobats a les *Aquae Apollinares* o Bagni di Vicarello, l'any

1852. Es tracta de les presentalles d'un gaditià —o diversos pelegrins procedents de Gades— al déu Apol·lo al començament de l'Era. Donem la relació de *mansiones* amb les respectives distàncies en milles i les variants que presenten (Roldán, 1975):

24			
Libisosa	Libisosam (I)	[Lezuza]	
22			
Parietinis			
16			
Saltigi	Saltigim (I)	[Chinchilla]	
32			
Ad Palem	Ad Palen (II)	Ad Pale (III)	Ad Palae (IV)
22			
Ad Aras (I i II)	At Turres (III)	Ad Turres Saetab. (IV)	
28		25	
Saetabi	Saetabim (I)	[Xàtiva]	
16	15 (II)		
Sucrone	Sucronem (I)		
20			
Valentia	Valentiam (I)	[València]	
16			
Sagunto	Sagynto (II)	Sagyntum (I)	[Sagunt]
24 (I, II i IV)	22		
Ad Noulas (I)	Ad Noua (IV)	Sebelaci (III)	
22 (I, II i IV)		24	
Ildum	Ildu (IV)		
24			
Intibili	Intibilim (II?)	Intibili (errat III)	
27			
Dertosa	Dertosam (I)	[Tortosa]	

Les poblacions recognoscibles a primera vista deixen veure el camí per on anaren vers Roma els viatgers gaditans, travessant la meitat septentrional del territori valencià per la Via Augusta.

A la mateixa agrupació que els vasos podria entrar un testimoni prou menys significant, la *tegula* de València, de la qual sabem ben poc. És una inscripció trobada el 1727 prop de la Porta de Xarea, al solar de l'actual església de Sant Tomàs, abans, de la Congregació de l'Oratori. Malgrat que fou destruïda, Hübner recull la inscripció (CIL, II, *Suppl.* 6239), basant-se en Agustí Sales (1766). És clar que es refereix al trajecte septentrional de la Via Augusta:

AB VALENTIA SAGVNT
AB SAGVNTO DERTOS
AB DERTOSA TARRACONA
AB TARRACONA...

Finalment, l'única possibilitat de disposar d'un vertader *itinerarium pictum* ens l'arrabassà l'atzar. L'anomenada *Tàbula Peutingeriana* va perdre el primer tros, el corresponent al *finis terrae* occidental, precisament per estar enrotllada en aquest sentit. Si fou una guia pràctica —una mena de Firestone o Michelin de carreteres— composta originàriament entre els segles II^{on} i IV^{t} pC, res no en sabem de l'autor, un tal Castorius. La còpia única i esmotxada que figura a l'Österreichische Nationalbibliothek deu ser del segle XII o XIII. La restitució del fragment hispànic i nord-africà que en va fer K. Miller (1916) a base de la *Cosmographia* de Ravenna (que no expressa les distàncies entre *mansiones*) és una pura curiositat erudita.

2. CADASTRES I MONUMENTS

2.1. LES CENTURIACIONS ROMANES

L'haver dirigit i «editat» un llibre sobre cadastres romans a Espanya (1974) i publicat papers sobre la qüestió (Rosselló, 1980) m'obliga a ser caute en una correlació que sovint s'insinua entre els autors: via romana/centuriació. És ver que les centuriacions itàliques de gran estil eren articulades per calçades importants, però no sempre podríem aplicar el raonament invers a les nostres centuriacions, comunament de poca volada. Maldaré per a aclarir-ho en l'estat actual de llur coneixement.

La prospecció sobre cadastres romans comença al terme de Castelló de la Plana, entre la Rambla de la Viuda i els estreps del Desert de les Palmes (López Gómez, 1974); dels *Camins de la Quadra*, documentats el segle XIV, que marquen una retícula que podria ser centurial, cap ni un coincideix de manera terminant amb un possible vial. En tot cas hom apel·laria al Camí Vell de Borriol, però no res té a veure amb les parcel·les geomètriques. A la mateixa Plana Bazzana (1978) ha reconsiderat la qüestió d'un cadastre romà d'estructura no gaire ortodoxa atribuint al Caminàs, al N i S del riu Millars, el significat d'un itinerari pre-romà, tal volta reutilitzat.

Entre Sagunt i València la geometria cadastral esdevé evident (Cano, 1974) al regadiu de la Séquia de Montcada al N del Carraixet. No és massa arriscat ací manejar l'equació *kardo* =Via Augusta=carretera nacional 340, almenys en el tram rectilini que va de Rafelbunyol a Meliana, tot i que Vicent Sales (comunicació personal), que ha investigat meticulosament la xarxa de regadiu, troba difícil fer coincidir la trama amb la carretera amb la qual forma un mòdic angle. Més al nord de Rafelbunyol la ruta es desvia lleugerament i recupera l'orientació a Puçol; serien en el millor dels casos 14 km de tirada coincident.

A migjorn de València, hom no sol discutir que l'eixida pel carrer de Sant Vicent era la mateixa Via Augusta. Per això Pingarrón (1981) l'ha poguda seguir per la carretera N-340, que és ensems el *kardo maximus*, entre Benetússer i Silla (7 o 8 km), de la centuriació de l'oest de l'Albufera. Aquest modest cadastre conté devers 75 quadrats de mitja hectàrea i mostra el tercer *kardo* de ponent molt ben conservat entre Paiporta i Alcàsser, tot passant per l'Ermita de Santa Anna.

Hem d'arribar a *Ilici* o Elx per a trobar la *centuriatio* més gran i ben conservada sobre 225 mòduls, relacionable amb l'erecció de la colònia (42 o 43 aC), màxima categoria jurídica assolida al País Valencià. El *kardo maximus* d'aquesta parcel·lació (Gozálvez, 1974) corre exactament N-S entre el Vinalopó i la lloma de l'Alcúdia pel Filet de Fora, que dóna a la carretera de Dolores pel migjorn i al Camí del Pantano per tramuntana, on foren trobades urnes cineràries. Tot i amb això, els autors tradicionals solen fer passar la via romana pel Camí de Matola i vereda d'Orihuela, «Camí dels Romans» dels erudits locals.

A banda de referències esporàdiques als cadastres possiblement romans de Sant Mateu i Dénia, sabem alguna cosa dels compresos entre Caudete i Villena, poblacions situades en un dels límits més bellugadissos del país: el primer fou valencià i ara no ho és, a l'inrevés de la segona (Rosselló, 1980). El Camino Viejo de Villena a Caudete, que és l'eix WNW-ESE de la que hem anomenat «centuriació A», podria ser via romana vers *Castulo*. Un tram de la «centuriació D» NW-SE dins el terme de Villena per El Puntal i encontorns s'arrenglera perfectament amb la probable davallada de la Via Augusta.

2.2. PONTS I ALTRES CONSTRUCCIONS

Les restes antigues poden contribuir, tant com les inscripcions, les monedes i la connexió toponímica, a reforçar determinades reduccions, però poca cosa més, com veurem. Pel que fa als ponts, manejats a tort i a dret com a prova de romanitat, hi ha ben poc. Una resta verisímil a la riba dreta de la Rambla de la Pobla Tornesa, on la travessa el «Camí o Senda dels Romans» (Morote, 1979 b). Dos pilars o estreps d'un altre pont, prop del circ al Riu de Morvedre, que coincidien amb l'estructura preservada de la via (Bru, 1958: 167); les relíquies de les Jovades, riu amunt, entre Estivella i Torres-Torres, ja són prou més ambigües. Altrament, el «pont romà» de Cantavieja és gòtic (Arasa, 1987); del de les Tres Viles sobre el Millars, disposem d'un document de 1278 que en fixa la construcció. El pont de la Rambla d'Algonder és medieval, segons Viciana, i el de Santa Quitèria, invocat per Chabret (1977), amb un tros del Camí de la Carretera pavimentat, és del segle XIII (Arasa, 1990 b). La Rambla de Cervera (entre la Jana i Sant Mateu) així com el Barranc de Tormes, els travessava la calçada romana mitjançant rampes i guals (Arasa, 1990 b).

Són molt migrades les referències a trams de via conservats, quant al paviment, de més a més dels esmentats. Morote (1979 b: làm. III, 5) en cita un a la Jana, amb dos estrats i cuneta, i un altre (làm. III, 6 i 7) a la Senda dels romans de la partió Pobla Tornesa/Vilafamés, amb tres tongades de reble. Una al·lusió més antiga (Blázquez, 1923) parla del Camí de la Filada —a l'altre cap del país— entre Santa Pola i Cartagena, on hi havia al pas de la Gola de l'Albufera d'Elx un mur o terraplé, descobert en construir la carretera que segueix una restinga fòssil.

L'Arc de Cabanes és el monument més conspicu, prop del camí de la Vall d'Alba (o d'Àlber) a Cabanes: no està a l'eix de la probable via, sinó disposat perpendicularment per a donar camí a una vil·la (Arasa i Abad, 1989). L'altre arc —conservat només un fragment— que dóna nom al Pla de l'Arc de Llíria, devia fitar el Camí d'Olocau, de poca categoria.

Diverses creus, que no són ni de molt romanes, poden ocupar l'indret de llocs sagrats romans de valor viari. Hom podria suggerir la Creu del Puig (la Pobla de Farnals) i la Creu Coberta que roman a dues milles exactes del centre de Benetússer, on comença una centuriació, i a altres dues del nucli romà de València (Pingarrón, 1981). Encara caldria fer esment d'algunes ermites (Borriol, el Lledó?) amb un significat comparable. Contràriament, adduir l'existència de *villae* rústiques no sol servir gaire per a provar altra cosa que un poblament dispers on és lògic que mai no pot arribar una xarxa viària bàsica.

2.3. ELS MIL·LIARIS

Això ja és una altra qüestió, prou més substanciosa i agudament tractada per F. Arasa, els treballs del qual (1988, 1989, 1990 i 1991 en premsa) m'alleugen d'aprofundir-hi més. Si tots els mil·liaris estiguessen o haguessen estat trobats al seu lloc i més «ben repartits», la fixació de la via romana seria més fàcil. Però, veiem què hi ha de segur d'aquestes fites numerades per milles de 1.480 o 1.481 m. El caràcter propagandístic dels mollons —com ara el dels rètols de les carreteres projectades o enllestides— així com la *damnatio memoriae* d'alguns emperadors, justifiquen la duplicitat o multiplicitat de troballes en alguns indrets. Dels 18 mollons fins ara coneguts, 15 es concentren entre Traiguera i Xilxes i sobretot al terme de la Pobla Tornesa; prop d'allí abundava la primera matèria, el gres triàsic. F. Esteve (1987) trobà a la Masmudella a peu de pedrera, devers els anys 1920, dos mil·liaris, un encara sense

acabar (Arasa, 1990 b). Comptat i debatut, la via ha estat fixada entre els rius de la Sénia i Millars.

El molló més septentrional —esmentat ja per Escolano— era al camí de Traiguera a la Galera (que travessa el Riu de la Sénia pel Pas, per dos «passos», justament), a la vora dreta del Cervol, partida del Collet Roig, on fou redescobert per J.J. Senent el 1919. Era un monolit de calcari de 0'9 m d'alt i secció el·líptica de 0'65×0'48 m, amb una inscripció il·legible del temps probable de Trajà (Senent, 1923). Amb *trop de zèle* fou traslladat a la nova escola de Traiguera, on morí de mala mort, incorporat com a pedreny en una obra moderna (Arasa, 1990 b). El següent mil·liari, sencer, torna a ser un monolit calcari de 1'8 m d'alçada i 0'8 de diàmetre en secció, amb un text mal de llegir, tal vegada del segle IV[i] pC. Es trobava a 1'5 km de la Jana (la Bassa Llaurans) i ara dins la població (Arasa, 1990 b i 1991), des de 1979, a una raconada vora l'església.

Un doble esment de Cabanilles (1975: 68-69) ens col·loca a les Coves de Vinromà i immediacions. «*En frente de las Cuevas*» situa una pedra mil·liar amb la inscripció VC/MLXX que era de gres i fou destruïda per a traure'n esmoladores. Sembla que és la mateixa que anys abans (1766) descriu Agustí Sales en un manuscrit, com una columna redona derrocada i destrossada amb la inscripció VIA AUGVSTA. CCLXXVIII i que, segons Arasa (1990 b), seria del temps de Tiberi. La ubicació vora el Pont de la Pedrallarga (o la Penyallarga), prop de 3 km al S del poble, no és gaire segura, però ens n'han msotrat el punt a 50 m a ponent de la carretera (km 43) i vora dreta del barranc, on serviria per a fitar el camí, quasi paral·lel a la carretera moderna. Arasa (1991) la diferencia de la segona cita de Cabanilles (1795: 69), a l'esquerra del Camí de Sant Mateu, prop de la travessa de la senda que davalla de la Serra d'En Garceran. Ha desaparegut. Podria haver estat a la partida dels Albellons de Vilanova d'Alcolea, prop del Camí de les Bassetes.

Arasa (1990 b: 157) ens parla d'un fragment de mil·liari trobat a la partida de Benixió del terme de Bell-lloc. Fet de gres, té unes mides de 40×20 cm, es conserva a un domicili particular i seria el cinqué dels mollons valencians. Després, a la Vall d'Alba, el mateix autor localitza al costat oest del camí, prop del Mas de les Obreres i a 1.150 m de l'Arc de Cabanes, un fragment de columna de gres, encastat al marge, *in situ*. Els llauradors locals diuen que fou destruït en l'ampliació del camí, ara carretera rural, però sembla que en resta alguna cosa al marge ponentí, sota una tongada de formigó. Segons Esteve, deu ser el molló de Galeri citat per Beuter el segle XVI, però una lectura acurada dels textos al·lusius, ens el fa situar més al sud. He vist atribuïda al mateix autor (Beuter, 1538) —però no l'he pogut verificar— una *Turris de Lubricato* amb mil·liari, que també planteja problemes de localització.

Els mil·liaris trobats dins el terme municipal de la Pobla Tornesa són sis i es distribueixen en quatre localitzacions. Aquesta superabundància de mil·liaris corrobora la idea de F. Esteve que va localitzar a la immediata Masmudella una pedrera i obrador de mollons que empraven el gres triàsic rogenc que allí aflora. El primer era prop del Mas de Sopes, al costat E de la Senda dels Romans i a 750 m al N del Riu de la Pobla; fet de gres, només guaitava 35 cm, tot i que Morote (1979 a) el va descalçar. Deu haver desaparegut amb els importants moviments d'arenes que per allí s'han provocat. Tanmateix, hem localitzat més enllà una possible base (fig. 1, a) i en un camí travesser, tot marcant un revolt, un gran fragment calcari cilíndric tombat, que hauria estat desplaçat uns 200 m de la via (fig 1, 7 bis).

Més enllà ve un molló anepígraf que Cabanilles (1795: 55) havia al·ludit «*no lejos de la Pobla, y casi a la extremidad de los cerros en que se terminan los montes hácia el norte*». Una curiosa controvèrsia el fa desaparéixer el 1867 (Balbàs, 1892) i reaparèixer el 1985, segons F. Esteve. En realitat es tracta de l'imponent *Piló dels Aiguamolls*, de gres, amb restes epigràfiques irrecognoscibles, que subsisteix encastat al cantell d'un bancal de la vora W de la Senda dels Romans. Fa parella, encara, amb un tros de la base d'un altre mil·liari, clavat a la mateixa paret.

Una troballa casual de 1985 a la Font Seca descobrí dos mil·liaris més, que eixiren trencats per la mateixa excavadora que els tragué de la vora occidental de la via, només a 25 m al N del mil·liari següent. Són fets de gres local i un dels dos conserva algunes lletres d'aire altoimperial que diuen VIA A[ugusta] (Arasa, 1990 b i 1991). El podem veure al jardinet posterior de la Casa de Cultura de la Pobla Tornesa. Finalment, a la vora oriental del camí, en el collet al N de la Pobla, vessant SW del tossal 417 n, es conserva un altre molló romà de gres, sense inscripció.

La referència de P.A. Beuter (1538: f. xxxix) que «entre Borriol i la Pobleta està una columna gran derrocada en lo camí...», sovint ha estat llegida precipitadament i atribuïda a Cabanes. Si hom la interpreta bé i no estalvia l'esment de «la vall de la Pobleta», s'adonarà que parla de les Costes, devers el km 17 de l'actual carretera. El mil·liari, perdut, és atribuït a Galeri, emperador del segle IV[i]. Una base de gres de devers 70 cm de diàmetre, que roman al límit de termes entre la Pobla i Borriol, vora el mateix terrabuit de la carretera, en podria ser un indici.

El més important dels mil·liaris, perquè esmenta la Via Augusta, és el que estigué davant l'Ermita de Sant Vicent de Borriol, i fou referit per primera vegada per A. Sales (1753). Segons A. Valcárcel (1790), els tres fragments que podrien pertànyer a diverses fites es trobaren a una llegua de Borriol, camí de la Pobla. Ara es poden veure al jardí d'un carrer de Borriol

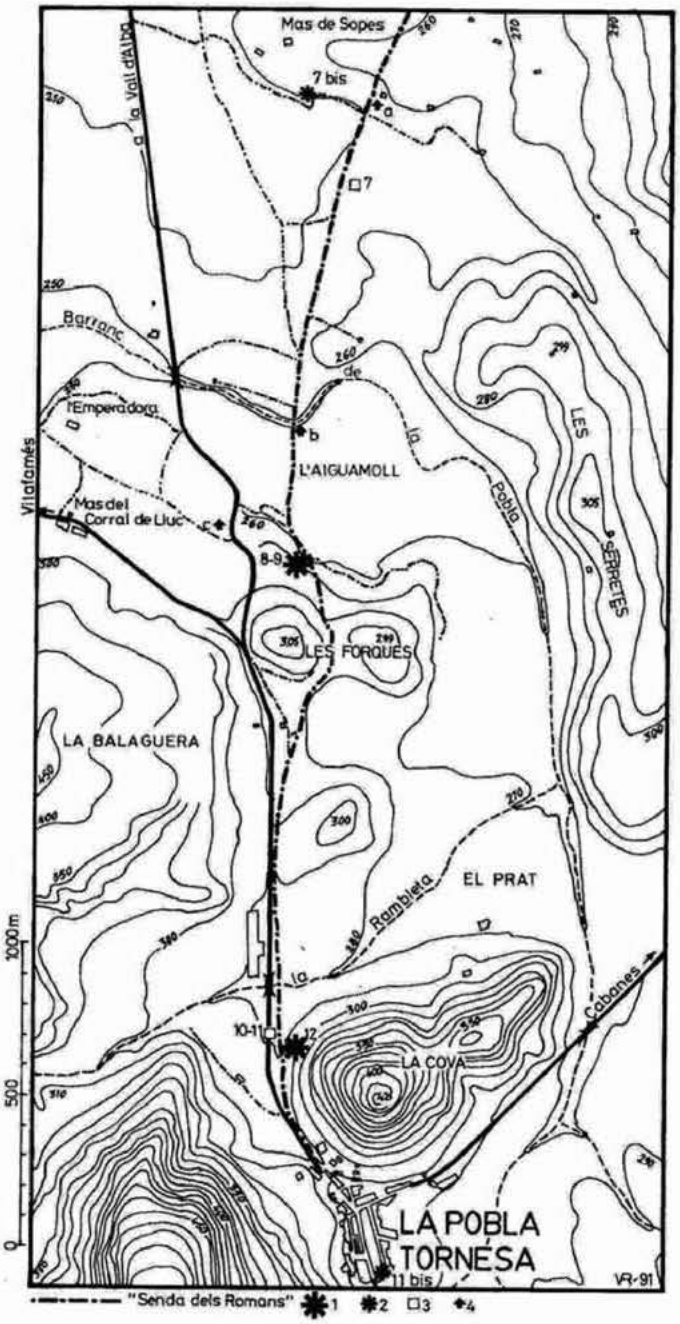


Fig. 1.— **El segment més ben fixat.**
L'itinerari valencià de la Via Augusta és recollit al croquis de la «Senda dels Romans» en eixir de les muntanyes de la Pobla, per la depressió arenosa del sud del Pla de l'Arc. S'hi conserven dos milliaris incòlumes, un d'imponent (el 8), unes restes de pont o claveguera (b) i diversos trossos de paviment al N del Barranc de la Pobla.
1. Milliari in situ*; 2. milliari remogut; 3. lloc de milliari arrancat; 4. altres restes romanes. 7. base de molló desapareguda; 7 bis. fragment de milliari trencat i tombat; 8 i 9. «Piló dels Aiguamolls» i fragment immediat; 10 i 11. troballa de mollons enderrocats de la Font Seca; 11 bis. milliari traslladat a la Casa de Cultura; 12. molló erecte conservat; a: base possible de molló; b: claveguera romana, i c: ruïnes d'una vil·la.*

(Morote, 1979 a). Chabret (1977) hi llegia VIA.AVG-CXIX, però sembla més probable la lectura CIIX o CLIX; hom l'atribueix a l'any 250, sota Deci.

La resta de mil·liaris són difícils de connectar. Devers l'any 1931 fou trobat a l'Alter de Xilxes, a les ruïnes d'una vil·la, un exemplar calcari, fragmentat i que ha desaparegut (Tarradell, 1965; 1973: 90). Hom l'ha assignat a l'any 252 pC (Arasa 1990 b) per Trebonià. De poc ens serveix l'al·lusió d'A. Sales (1766), referida per Fita (1883: 59) d'un molló descobert a l'heretat de Salvador Martí Llop i Borrull, al Camí Reial de València a Xàtiva, i després desaparegut, mentre no coneguem l'indret de la troballa. Sembla que portava una inscripció d'Hadrià (117-138) i algú el col·loca a la rodalia de València. Finalment i segons relació d'Escolano (1611, VI: 13-14), el bisbe Josep Estevan trobà al Camino de San Ginés, devers las Zahurdas (S de l'actual poble de San Miguel de Salinas), un mil·liari que seria l'únic indici meridional de via romana al País Valencià. Ningú no sap on anà a raure, a banda que l'argumentació del cronista amb la reivindicació de *Bigastrum* no n'augmenta el crèdit. Probablement pertany al domini de Maximí el Traci.

3. TOPONÍMIA I REDUCCIONS

3.1. ELS TOPÒNIMS CAMINERS, UNA BASE FEBLE, PERÒ SUGGESTIVA

Primer de tot, cal considerar els *camins* i *sendes dels Romans*, que trobem amb alguna insistència. Gosaria avançar que la majoria, si no tots, tenen un origen erudit, si més no, comparable als pseudoclàssics rètols fluvials com Palància, Túria o Serpis. El Camí Romà d'En Trilles, que travessa la marjal i segueix per la Senda de la Palla fins a l'Ermita de Borriol, el degué batejar el mateix Porcar (1931). N'hi ha d'altres que semblen més antics, però el més septentrional, el Camí dels Romans o Romà d'Albocàsser, queda fora del context. Per probable influència de l'Arc, compareix una Senda dels Romans —transversal— a Cabanes i una Senda o Camí dels Romans de Bell-lloc a Borriol per Cabanes i la Pobla Tornesa (Balbàs, 1892: 39), que coincideix amb un tram molt probable de la Via Augusta.

El Camí Romà de Llíria a Begís senyalat per Alcàcer (1946) és una carrerada ramadera i no n'he verificat el nom. Prop de la Vella *Ilici* un Camí dels Romans sembla correspondre al Camí de la Casa del Lleó, vora Algorós on hi ha un enllosat i, a part, en romandria un altre que ve a ser la carretera de Matola a la Vereda de Orihuela (Gozálvez, 1976). No seria de més esmentar la Romana Alta i la Romana Baixa, entitats de població del Vinalopó Mitjà.

La interpretació etimològica de Quart de Poblet i Quart de les Valls com a concidents amb el molló de

les quatre milles a partir de València i Sagunt, respectivament, en vies de segona categoria, no és forassenyada ja que les distàncies s'hi aproximen prou (Esteve, 1987).

Un altre topònim repetit —i sospitós— és *Calçada*. Hem sentit o llegit Camí de les Calçades a Vilafranca, la Calçada al S d'Albocàsser (Arasa i Vicent, 1981). Trobem una partida de la Calçada al S de Cogullada (Carcaixent) i una altra partida, masada, barranc i camí del mateix nom a Llaurí i immediacions, a la dreta del Xúquer. Gómez Serrano (1927) ho relaciona amb el camí romà que «de Cullera anava a L'Ello i Vilella». Resta encara el Camí de la Calçada que coincideix, prop de la Font d'En Carròs, amb el Camí Vell de Xàtiva (Morote, 1979 a). Tot plegat, poca cosa aprofitable, especialment si atenem a la significació ordinària del mot: 'marge fet de pedres compostes' (cf. *carxata*).

Hom ha lligat també amb les vies romanes, com a punts d'aturada, comerç o refrigeri, les *tabernae*. En tenim dos exemples que han assolit categoria municipal: Tavernes Blanques i Tavernes de la Valldigna, però cap dels casos figura a la documentació gaire abans del segle xiv. Ens hem d'inclinar per la prosaica significació actual, tot i que la situació del primer cas és favorable. I Puçol: la derivació romànica i el significat 'pouet' no semblen discutibles, però anar més enllà seria temerari; Meliana, amb arrel llatina, seria el mateix cas.

De la massa de topònims aràbics, els més suggeridors són els *albalat* (al-balát, 'el camí'). El més septentrional correspon al Castell d'Albalat, ruïnes que es troben al terme de Cabanes, dominant el Prat i els pas de les comunicacions: Escolano hi atribueix restes d'una calçada d'enllaç i altres autors hi han apuntat l'*Ildum* dels itineraris. Gairebé a la mateixa latitud, però més a l'interior, al terme de la Vall d'Alba i en una posició més versemblant per a la via romana axial, tenim el Mas d'Albalat (del congnom?) i la partida, 1 km a l'W de l'Arc de Cabanes; Chabret (1977) la posa a Vilafamés. El mateix autor atribueix a un Albalat de la Serra d'En Galceran un ramal de la via. Molt més a migjorn, el poble d'Albalat (doc. 1238) dels Tarongers està a la vora del Riu de Morvedre: en tot cas correspondria al camí de penetració des de Sagunt a l'interior. Albalat dels Sorells o de Codinats és documentat al Repartiment com a al-Bal āṭ al-fawq īya ('de dalt'): és el que té més probabilitats d'entroncar amb la Via Augusta. Albalat de la Ribera, documentat també el 1238, roman al sud de la marjal perifèrica de l'Albufera, a l'esquerra del Xúquer en un indret mal d'enfilar amb una trajectòria lògica, en no ser secundària. Vers el NE d'Algemesí Gómez Serrano va anotar un topònim d'Albalat de Pardines, on la segona part té ressonàncies arqueològiques, però el primer element podria venir del poble veí; un Camí Vell o Caminás no

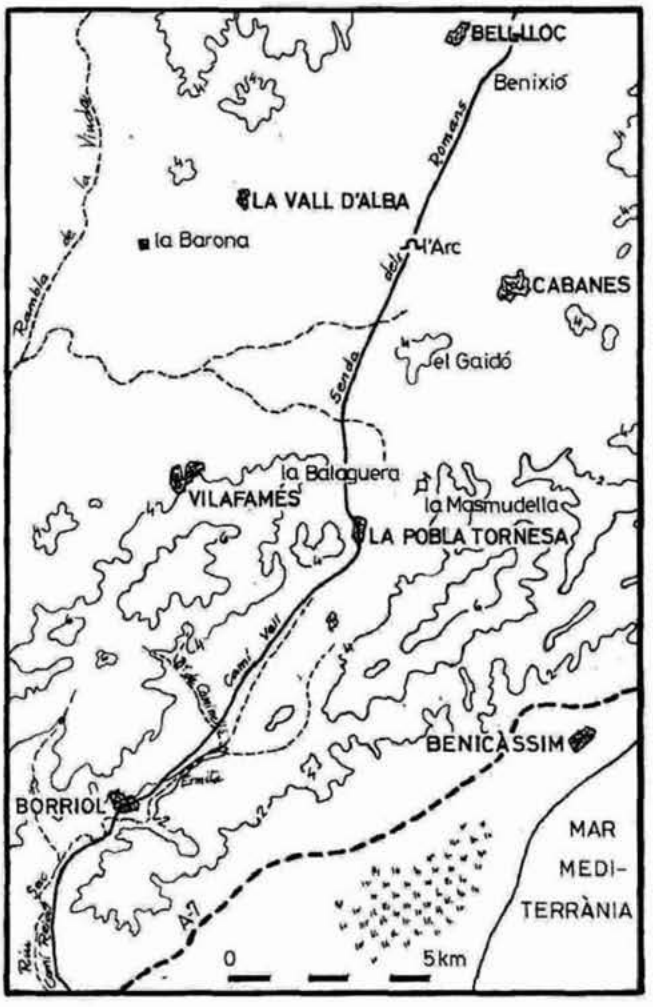


Fig. 2.— **El disseny pre-litoral de la Via Augusta.** *30 km de recorregut prou fiable gràcies a la profusió de mollons i d'altres testimonis. L'espai hostil dels arenals —dunes i tot— i aiguamolls de la conca del Barranc de la Pobla és travessat en línia recta referida al pic de la Balaguera. El tros meridional ha d'aprofitar la vallets del Riu Sec per Borriol entre serretes de més de 600 m. Subaix la Masmudella hem localitzat la pedrera de gres d'on eixiren mants mil·liaris.*

acaben de fer el pes. Morote (1979 a) esmenta una partida d'Albalat travessada pel camí d'Oliva a Ondara i finalment Rubiera (1985) unes Casas de Albalat, prop de la Venta de la Encina, que deuen aprofitar un cognom. Tot i el significat de 'calçada' o 'llosa de paviment', el mot Albalat acaba donant ben poc.

La família de *manzil* ('hostal') ha produït nombrosos topònims itineraris a la part central del país. Massamagrell, que té un segon element Magrâl o magrell, que podria ser romànic, es troba sobre la Via Augusta, mentre se n'aparta un poc Massalfassar (doc. 1238), interpretat com a 'hostal d'Hassan o Hassar'. Més lluny encara de qualsevol trajecte remarcable, resta Massarrojos (doc. 1239), que té més aparença catalana. Mas-

samardà (Alboraia) amb nom àrab de família, queda igualment a esquerra mà des del punt de vista itinerari. Mislata, documentat fins i tot com a Manzil 'Aṭā (SANCHIS, 1951), fitaria una ruta occidental que, després, passa per Quart de Poblet. Massanassa (doc. 1238), com a hostal de Na ṣr o Na ṣṣar, torna a coincidir amb el més probable curs de la via romana. Tampoc seria impossible que en fóra estació Massalavés (doc. 1237) que Ribera i Asín atribueixen a Haw āzin. Massasseli (Alzira) vindria de Salim i Massalali (doc. 1236, Tavernes de la Valldigna) de Kh ālim (BARCELÓ, 1982). Ambdós indrets són lluny del pas de la via axial. Rubiera (1985) senyala les Cases de Maçanet a Bocairent (Camí Vell de Banyeres), interpretant-ho com a 'hostal de la costera'; tanmateix, sembla més raonable pensar en un cognom català prou corrent.

Barceló i Rubiera convenen a explicar Almussafes com 'la meitat del camí' o 'mitjan camí' (*al-Manṣaf*) i efectivament hi està, com Almansa, a una via col·lateral. Hom ha assenyalat d'altres topònims àrabs caminers, però llur implicació amb el nostre afer és escassa. Per altra banda, han estat esmentats sovint Camins Vells i Caminàs (p.e. BAZZANA, 1978: des del N del Millars a Almassora), un Camí de la Filada, cap a Cartagena sobre la gola de l'Albufera de Santa Pola (BLÁZQUEZ, 1923), la Losilla (RUBIERA, 1985), entre Villena i Biar; la Llosa entre Xilxes i Almenara, el Portell, i, encara, la Jana (CHABRET, 1977) com si fóra un llatinisme (!).

3.2. LA REDUCCIÓ DE LES *MANSIONES*

Sobre la base de Roldán (1975) reportaré ací la informació disponible de les dues dotzenes de ciutats, viles o estacions documentades al territori valencià. No pot sobtar que les sis ciutats que apareixen als diversos elencs siguen justament les reduccions més segures. Vet-les ací, per ordre alfabètic.

Dionio: *Rav.* IV 42 (304, 13) i V 3 (342, 16); **Dio**: *Guidonis* 82 (515, 6). No hi ha dubte que correspon a Dénia, en llatí clàssic, *Dianium*, ciutat documentada pels historiadors arran de les guerres sertorianes. Ciceró l'esmenta (*Verrines* I 87), així com Sal·lusti (*Hist.* III 6). Encara que fou una ciutat romana d'importància certa i que ha deixat restes conspícues, era situada en una ruta secundària, no al·ludida per les fonts més antigues.

Ilici: *It. Ant.* 401, 3; *Rav.* IV 42 (304, 17); **Hilice**: *Rav.* V 3 (343, 7); *Guidonis*, 82 (515, 13). La primera font la col·loca entre Aspis (24 mp) i Thiar (27 mp) i tots els autors són d'acord en identificar-la amb l'Alcúdia d'Elx, on la via romana serveix de directriu per a una centuriació ben coneguda (GOZÁLVEZ, 1974: 101).

Lucentes: *Rav.* IV 42 (304, 14) i V 3 (343, 5). N'és segura la reducció a la ciutat de dret llatí referida per Plini (III 20) amb el nom de *Lucentum* i que els arqueòlegs han trobat i confirmat als Antigons de Benalua, a l'eixample modern d'Alacant. Només figura en una font itinerària.

Saetabi: *Apoll.* I; *Rav.* IV 42 (304, 9); **Saetabim**: *Apoll.* II, III i IV; *Guidonis*, 82 (515, 8); **Setavum**: *Rav.* V 3 (343, 1). Plini (III 25) parla de la ciutat de *Saetabis* i Estrabó (III 4, 9) hi fa passar la via «exterior». Aquesta ciutat de gran executòria ibérica, a judicar per la numismàtica, manca a l'Itinerari Antoní. El de Ravenna i Guiu interposen *Alterum* entre *Sucrone* i *Saetabi*. Segons Ventura (1975: 21) la via entrava a Xàtiva —la vella *Saitabi* indiscutida— per la Porta de l'Aljama i n'eixia per la de l'Ametla, tot seguint el Camí de la Bola.

Saguntum: *It. Ant.* 400, 2; *Rav.* IV 42 (303, 14) per errada; *Guidonis*, 82 (515, 3); **Sagyntum**: *Apoll.* I; **Sagynto**: *Apoll.*, II; **Sagunto**: *Apoll.* III i IV. Les cites històriques són molt nombroses i mai no hi ha hagut dubte quant a la localització a Morvedre, ciutat que té unes grans afinitats amb Xàtiva.

Valentia: *It. Ant.* 400, 3; *Rav.* IV 42 (304, 6), i V 3 (342, 14); *Guidonis* 82 (515, 4); *Apoll.* I; **Valentiam**: *Apoll.* II, III i IV. A part dels esments historiogràfics, tampoc no pot dubtar-se de la identificació. Tanmateix, no és tan evident el trajecte de la Via Augusta en passar per la ciutat, on tal volta arribava pel camí-carrer d'Alboraia i Pont de la Trinitat, seguint pel *kardo* del carrer del Salvador i eixint per la *Porta Sucronensis* (?) al carrer de Sant Vicent vers *Saetabis*, que estava a 36 mp.

Tota la resta de la nòmina és de reducció incerta, encara que els graus de probabilitat de les hipòtesis siguen diversos. Les revisarem també per ordre alfabètic, a manca d'altre millor.

Allon: *Rav.* IV 42 (304, 16); cf. Ptolemeu II 6, 14 ('Allonai'); és una localitat que ha tingut molts pretendents al migjorn valencià, però les autoritats més assenyades la fan caure entre Benidorm i la Vila Joiosa, sense poder concloure.

Alternum: *Rav.* V 3 (342, 17); **Asterum**: *Rav.* IV 42 (304, 8); **Alterum**: *Guidonis*, 82. La tercera grafia és la més versemblant i el seu significat més probable implica un *trivium* o camí alternatiu que se'n desprenia —amb *mansio* o sense—. Roldán (1975) diu que no l'ha localitzada, però podria ser el ramal que des del pas del Xúquer o abans es dirigia a *Portum Sucrone* i *Dianium* (LLOBREGAT, 1983 b). En canvi, no té cap fonament la suggerència d'Albalat de la Ribera o Pardines, deduïda del topònim *Alteró* de la Vint-i-huitena, tot i tenir jaciment ibero-romà (MOROTE, 1979 a).

Ad Aras: *Apoll.* I i II, entre *Ad Palem* i *Saetabi*, mentre que en els altres vasos hi figura *Ad Turres*. Saavedra (1862: 87) localitzà l'estació a la Venta de la Balsa (entre Almansa i Moixent). Les 28 milles que la separen de *Saetabis* (41'4 km) ens duen al camí de la Font de la

Figuera a Caudete (Sillières, 1977; Rosselló, 1980), però no podem precisar-ne l'indret.

Aspis: *It. Ant.* 401, 2. La semblança fonètica ha fet evocar més d'una vegada Aspe el Viejo; hi ha autors que han optat per Monastil. Tanmateix les 24 mp (35'5 km) d'*Ad Ello* no quadren a Monastil ni a Aspe i la distància idèntica d'*Ilici*, tampoc. Per això romanem en el dubte.

Celeret: *Rav.* IV 42 (304, 12) i V 3 (343, 4); **Celeri**: *Guidonis* 82 (515, 11). Entre *Eloe* (*Edelle*) i *Lucentes*, aquesta estranya *mutatio* és de les més problemàtiques i no té cap solució mínimament fonamentada.

Adello: *It. Ant.* 401, 1; **Eloe**: *Rav.* IV 42 (304, 11); **Edelle**: *Rav.* V 4 (343, 3). És versemblant que el nom genuí siga *Ad Ello*, però la transcripció de diversos fonemes [l], [ļ] i [iota] ha conduït a reduccions contradictòries. Escolano (1610) escollí Elda; Saavedra (1862: 85) propugnava Villena; Fernández Guerra (1879) Elo o Eio, prop de Yecla, seu episcopal medieval; Blázquez (1925), Santa Eulalia. Segons Llobregat (1983 a) *Edelle* i *Eloe* van millor amb Elda i més encara amb el gentilici *elotanus* dels concilis visigòtics. En el camí de Cartagena, la mansió es troba a 24 mp d'*Ad Turres*, cosa que podria fer-se caure a Monastil, prop d'Elda, poblat encara el segle v^{é} pC (Morote, 1979 a).

Ildum: *It. Ant.* 399, 6; *Apoll.* I, II i III; *Rav.* IV 42 (304, 4); **Ildu**: *Apoll.* IV; **Hildum**: *Rav.* V 3 (342, 11); *Guidonis* 82 (515, 1). Saavedra (1862, 97) situa aquesta aturada, que distava 24 mp de *Sebelaci*, a prop de Cabanes, com repeteix Blázquez (1892). El mateix autor (1898) després la trasllada a Albalat i Blázquez jr. (1925) a la Torre d'En Domènec. Poc abans J. Senent (1923) es pronunciava per l'Hostalot, jaciment romà proper a Vilanova d'Alcolea, que també defensen Arasa (1989) i Esteve (1991). Jo votaria per les Coves de Vinromà. Res de segur.

Intibili: *It. Ant.* 399, 5; *Rav.* V 3 (342, 12); *Guidonis* 515, 2; *Apoll.* I; **Intibilim**: *Apoll.* II (?). Situat al camí de *Valentia* a *Dertosa*, segons els Vasos i Antoní, romania a 27 milles de la darrera i a 24 d'*Ildum*. L'anònim de Ravenna hi insinua l'arrancada d'una via vers *Caesaraugusta*. Hom l'ha situada a la Jana (Blázquez, 1892); a Sant Mateu, entre Sant Mateu i Traiguera (Blázquez, 1925); entre Traiguera i la Jana (Senent, 1923). Tant a la Jana com a Traiguera hi ha restes romanes i ibèriques (Morote, 1979 a): inclosa la vil·la de les Carrasques, el cercle és gairebé segur, l'indret exacte, dubtós, però Traiguera té més opcions.

Ad Leones: *Rav.* V 3 (343, 6); **Leones**: *Rav.* IV 42 (304, 15); **Ad Lennes**: *Guidonis* 82 (515, 12). Tot i figurar en unes fonts entre *Lucentes* i *Ilice*, el llibre IV de Ravenna la interposa entre *Allon* i *Lucentes*. És mala de reduir.

Lubricatum: *Rav.* V 3 (342, 10); **Rubricatum**: *Rav.* IV 42 (304, 3). Les majors possibilitats ens encaminen al topònim del riu Llobregat, però el problema rau, segons Llobregat (1983 a) en l'ordre trabucat. Si estigués entre *Intibili* i *Ildum*, podria ser Torreblanca. Un document de 1225 al·ludeix la *Turris de Lupricato* al límit entre els castells de Miravet i Sufera (Cabanes). Per altra banda, A. Poveda (1980) situa un *Rahal Alubrecati* del Repartiment de Mallorca, entre Borriana i Alcalà de Xivert. Així i tot, Llobregat posa la *mansio* al S d'*Ildum*. No sempre més documents esclareixen les qüestions.

Ad Noulas: *Apoll.* I i II; **Ad Novolas** (Ad Nova?): *Apoll.* IV. No figura a altra font i d'entrada podria ser Nules. Si resta a 24 mp de *Saguntum* i 22 d'*Ildum*, s'ha de trobar 2 mp abans de *Sebelaci*, cosa que és un embolic. Roldán (1975) apunta Onda. D'altres recorden la centuriació proposada per López Gómez (1974: 129), on *novale* ('roturació') hi podria jugar com a topònim (Morote, 1979 a). Arasa (1979) proposa un indret proper a la Quadra Na Tora, dins el terme de Castelló de la Plana, tot argumentant amb les distàncies.

Ad Palem: *Apoll.* I i II; **Ad Palen**: *Apoll.* III; **Ad Palae**: *Apoll.* IV. Tot i trobar-se aquesta estació fora del País Valencià, a l'W d'Almansa (possiblement al Cerro de los Santos), ens interessa com a referència mètrica immediata d'*Ad Aras*, d'on la separaven 22 mp (32'6 km).

Pinos: *Rav.* IV 42 (303, 15); **Pinon**: *Rav.* V 3 (342, 7); **Pinum**: *Guidonis* 81 (514, 22). Algú l'ha situat prop de Sagunt, fiant-se de l'ordre trabucat de la primera aparició, però sembla un topònim de dellà de l'Ebre.

Portum Sucrone: *Rav.* V 3 (342, 15); **Portum Sucrune**: *Rav.* IV 42 (304, 7). No cal dir que, sent un port, havia d'estar a la via litoral i no lluny de la gola del *Sucro*. Estrabó (III 4, 6) parla del riu Soúkron i d'una ciutat del mateix nom, que el text de Plini (III 20) permetria situar vora mar. Llobregat (1983 a), estalonant-se a les troballes ibèriques i romanes del castell, s'inclina per Cullera. És possible i fins i tot plausible.

Sebelaci: *It. Ant.* 400, 1; *Apoll.* III. *Mansio* entre *Ildum* i *Saguntum* segons les dues fonts: la distància del primer nucli són 24 mp i 22 des de *Saguntum*. Totes les atribucions són dubtoses: Saavedra (1862: 105) parla de Betxí, al peu del Solaig; J. Senent (1923) de Santa Quitèria a l'interfluvi on hi ha rastres centurials i la vella Séquia del Diable. Blázquez (1925) pren partit per Vila-real.

Ad Statuas: *It. Ant.* 400, 5. L'estructura del topònim apunta un indret prop d'on hi hauria estàtues o quelcom de semblant (Arias, 1963: 33). Saavedra (1862, 106) ho situa a Tuy (el Toll?) «entre la Torreta i Montesa», però el càlcul de distàncies (*Saitabi* 16 mp, *Ad Turres* 9 mp) coincideixen a Moixent on no manquen restes romanes i el mateix nom municipal té ressonàncies llatines (Morote, 1979 b). Blázquez (1925) i Sillières (1977) ja s'havien pronunciat igual.

Sucronem: *It. Ant.* 400, 4; *Apoll.* I, II i III; **Sucrone**: *Apoll.* IV; *Guidonis* 82 (515, 5). Plini (III 20), ja esmentat, diu; «*Sucro fluvius et quondam oppidum Contestaniae fines*». El text, a part de recalcar la duplicitat del nom, sembla que dóna per desapareguda (el segle I^er^ aC) la població. Estrabó (III 4, 6) parla d'un riu Soúkron que desemboca a mitjan golf i d'una ciutat d'igual nom. Descartem-ne el *Portus Sucronensis* —ja vist— i ens podem preguntar si la *mansio* correspon al riu o a una ciutat; encara més, l'acusatiu suggereix una estació que es deviava del camí axial... Escolano (1610) s'inclinava per Cullera; Cortés (1836, III: 400) per Alzira, atribució que ha repetit Llobregat (1983 a). Blázquez (1925) parlava d'Algemesí, però Morote (1979 a) es decanta per Pardines, a fi de donar la possibilitat al camí litoral alternatiu: efectivament a Pardines hi ha un embrancament de rutes que duu la direcció de Cullera, passant per Albalat.

Thiar: *It. Ant.* 401, 4. Estació ubicada entre *Ilici* i *Carthago Nova*, és la més meridional del país. J. Albacete (1855: 225), citat per Hübner (1860: 67), la col·loca al castell de Tiar, cinc llegües al S d'Orihuela, a l'actual Dehesa de Campoamor, on hi ha algunes restes romanes. Les 25 mp de Cartagena s'hi avenen més o menys. L'assignació d'Escolano (1610) és a Las Zahurdas, vora San Miguel de Salinas.

Ad Turres: *It. Ant.* 400, 6; *Rav.* IV 42 (304, 10) i V 3 (343, 2); **Ad Turres**: *Apoll.* III; **Turres**: *Guidonis* 82 (515, 9); **Turres Saetab.**: *Apoll.* IV. Aquesta darrera designació ens confirma la proximitat de Xàtiva, per altra banda donada per l'última font (25 mp=37 km). Saavedra (1862: 108) va votar per Moixent; Blázquez (1923: 13), en canvi, s'inclina més raonablement per la Font de la Figuera, tot i que son pare (Blázquez, 1892) havia esmentat Venta de la Encina. Sillières (1977) coincideix amb la Font de la Figuera i jo no me'n separaria gaire (Rosselló, 1980). La identificació amb Villena ibérica d'*Iturre* (Rubiera, 1985), que també signficaria 'font' o... seria un resultat del llatí Velius o *Velianus, no ajuda gens a la solució itinerària. Hom diu que *ad Turres* —'prop de les torres'— confluïen la Via Augusta i la que venia de *Karthagine*. ¿Hi havia a la Font de la Figuera unes talaies o torres de guaita, vigilant el port? Morote (1979 a) ho dóna per segur.

3. LA RUTA MERIDIANA O VIA AUGUSTA

3.1. ELS MÈTODES

No vull caure al parany on han ensopegat la majoria: traure d'allí on no hi ha. No és possible fer un mapa en detall de la via romana meridiana —ni de la interior— amb la informació disponible. Podrem fer a escala 1/50.000 o 1/25.000 algun sector ben concret que té fonaments sòlids. Per tal d'arribar-hi caldrà descompondre la via en trams curts basats sobre l'Itinerari Antoní i les fonts complementàries. Fet i fet, els mapes que en circulen (Roldán, 1975; Llobregat, 1983 a, p.e.) són a escales inconsistents. Només en algun cas els autors (Fletcher-Algàcer, 1955-56; Bru, 1958; Sillières, 1977; Esteve, 1987; Arasa, 1991, p.e.) gosaren precisar més amb una cartografia de detall: són l'excepció.

La Via Heraklea, esmentada per Polibi (III 39), a la segona meitat del segle II^on^ aC estava senyada de milla en milla. El traçat definitiu correspon a l'emperador August —del qual prengué el nom de Via Augusta— i l'obra va culminar entre els anys 8 i 2 aC. Pensar que el procés implicava el perfeccionament o la persistència d'un camí ibèric, sobretot continu, sembla una suposició poc fundada que han manejat diversos autors (Morote, 1979 b); potser seria més realista defensar un aprofitament de trams parcials.

Estrabó (III 4, 9), el segle I pC, diu que la via mestra «De Tàrraco va al pas de l'Iber, a la ciutat de Dertosa; d'ací per la ciutat de Saguntum a la de Saitabis, es departeix poc a poc de la costa per a arribar a l'anomenat Camp Espartari (*Spartàrion Pédion*)». És probable —i en part provada— la persistència del traçat en l'època musulmana, demostrada entre altres coses pels *manzils*, posades o hostals, que han arrelat a la toponímia. Tant a la part septentrional del país, com a la meridional, hi ha hagut discussions entre els partidaris del traçat interior (Beuter, Cortés, Balbàs), fundats en els mil·liaris, en la *via maior* dels documents medievals pel que fa al sector nord, i els defensors de la ruta litoral (Escolano, Peris, Chabret, en part), que s'estalonaven en restes diverses i dubtoses com els ponts. Al sud de *Valentia* hi havia una bifurcació després de *Sucro*, des d'on un camí litoral anava a parar a Dénia i l'altre seguia a Xàtiva i en una mansió dita *Ad Turres* es tornava a subdividir en dues branques: la principal buscava la ruta de la Mancha per *Saltigi* (Chinchilla) i la secundària —més important per a nosaltres— seguia vers Cartagena per *Illici*. Cal remarcar que aquesta ruta, la més antiga per a carros i carruatges, fou oblidada en la reorganització de carreteres del segle XX, però curiosament la redescobriren els camioners dels 1960, tot obligant-ne *de facto* al replantejament, a part de categories administratives.

3.2. DE TORTOSA AL XÚQUER

a) Via principal.— Les 143 milles (212 km) que assenyala l'Itinerari Antoní, tenen un primer tram de 27 mp (40 km) entre *Dertosa* i *Intibili*. Un camí, indiscutiblemente medieval, amb una orientació claríssima i constant al llarg de més de 25 km és el de Traiguera

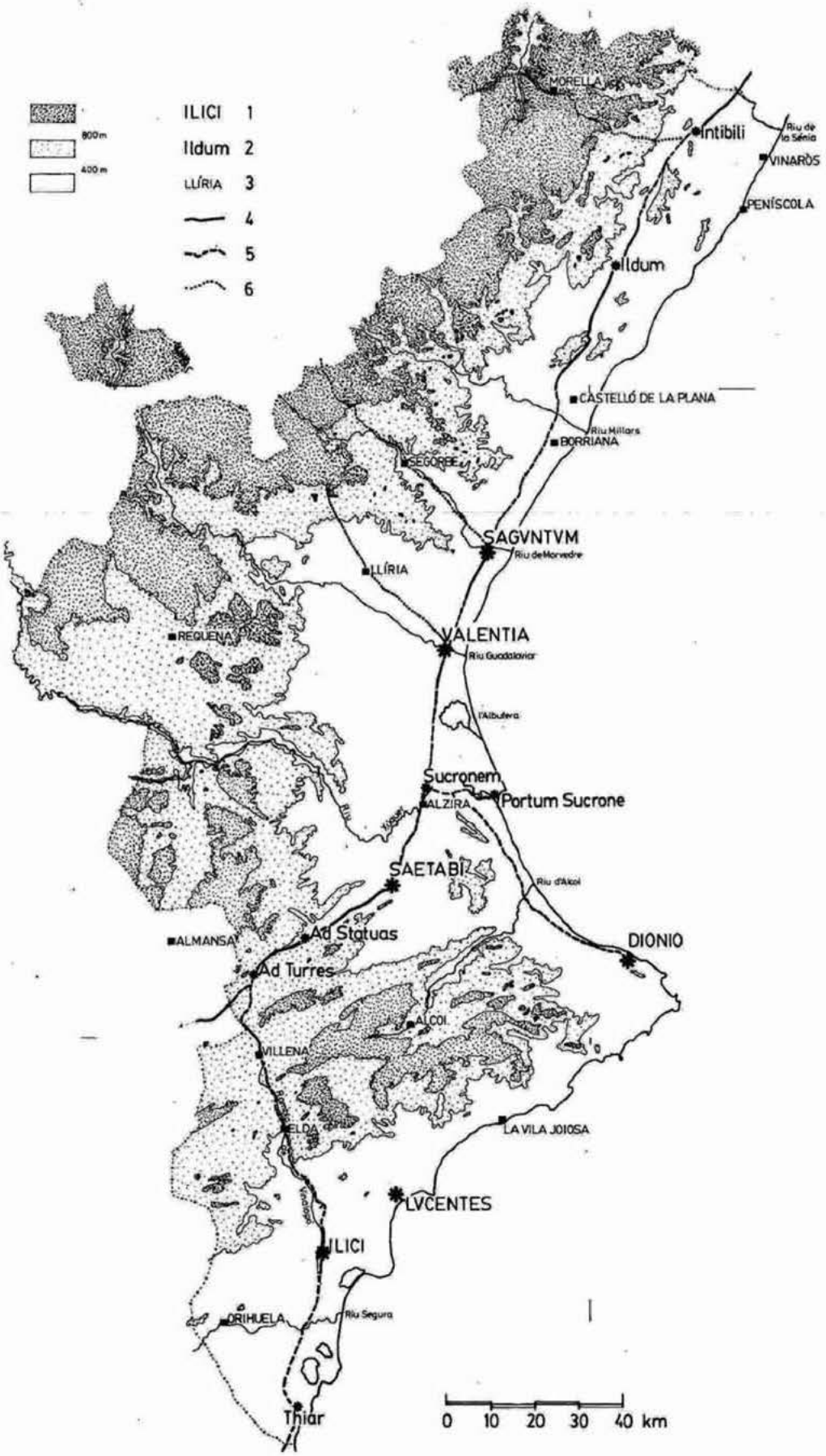


Fig. 3.— **Mapa general de les vies romanes del País Valencià.**
1. Mansions ben identificades. 2. Reducció o localització probable. 3. Ciutat important actual. 4. Trams de via probables o provats. 5. Trams de via possibles. 6. Trams de via suposada.

a la Galera pel ponent del Godall i Ulldecona, que travessava a gual el Riu de la Sénia per Sant Joan del Pas i el Cervol, altre cop a gual, vora un assut i a 600 m d'un molló mil·liari de Trajà de l'Assagador del Boveral o Collet Roig. Aquest fet augmenta molt les probabilitats que *Intibili* siga Traiguera (a 40 km de *Dertosa*) i en tot cas, seria la Jana (a 44 km). Des del Cervol fins a la primera població se'n conserva un enllosat que reforça la versemblança del recorregut. Entre Traiguera i la Jana coincidiria amb l'actual carretera, però el grau de certesa és un poc inferior.

D'*Intibili* a *Ildum* calia recórrer 24 mp (35'5 km) i aquesta distància ens porta gairebé inexcusablement a les Coves de Vinromà, però vegem-ne el trajecte més acceptable. De la Jana, deixant a mà dreta la vil·la de les Carrasques, el Camí Vell de Sant Mateu travessa a gual la Rambla de Cervera per a mantenir la direcció fins al poble on gira al sud per a enfilar la depressió longitudinal. Si hi ha centuriació (Quatremitjana, Morote, 1979 a), no sembla tenir res a veure amb el camí que correm. A partir de la Salzedella el relleu fa quasi inevitable el pas entre la Solana i la Serra d'En Canes pel «Camí de València» que juga a entravessar-se amb la carretera asfaltada o s'hi identifica. Baixa des de la Venta de la Figuera paral·lel al Barranc de Sant Mateu, deixant a la dreta la vil·la dels Tossalets (Arasa, 1990 b). El poble de les Coves roman dellà del riu de Sant Miquel.

Tot mantenint la nostra hipòtesi, continua el tram *Ildum-Sebelaci* altre cop amb un interval de 24 mp (35'5 km) que ens porta amb prou aproximació a Borriol, reducció que ningú no ha reivindicat mai. Si prenem el compte invers, des de *Saguntum*, la distància en milles ens situa a Vila-real, amb la qual cosa portem un «dèficit» d'una quinzena de quilòmetres. Com que la solució, per avui, no és possible, arribarem ara fins aquesta darrera població. No és massa arriscat emparar-se de la carretera moderna des de les Coves, fins a la Vinaixa, sobretot tenint en compte el mil·liari (esmentat per Cabanilles) del Barranc de la Pedrallarga. Després la ruta segueix recta fins a la Venta de la Torre d'En Domènec, tot coincidint amb la partió de la Vilanova d'Alcolea. La direcció és mantinguda (a l'esquerra resta la vil·la dels Gatells), en deixar a l'est la partida de Benixió (prop de Bell-lloc) on fou trobat un tros de mil·liari (Arasa, 1990 b) i enfilar un «Camí dels Romans», de nom sospitós, però de traça molt ortodoxa, que ens duu prop de l'Arc de Cabanes, fent límit entre aquest terme i el de la Vall d'Alba. Entremig hi deu haver l'Hostalot (*Ildum* per a alguns, coincidint amb una vil·la; Arasa, 1989) o al Puntarró de la Carrasqueta o al Puigpedrós (Esteve, 1991). Buscant com a fita la Balaguera (499 m) (Arasa i Abad, 1989) al peu de la qual hi ha una altre mil·liari, torna a constituir límit municipal entre Vilafamés i la Pobla Tornesa. La pedrera de la Masmudella no ens ha de fer desviar a la carretera de Cabanes. Cal seguir pel coll de trescents metres i escaig d'altitud, al S de la Pobla, que ens encarrila per la capçalera del Riu de Borriol, riba dreta (Camí Vell), amb un molló Romà prop del km 15 que fou traslladat a l'Ermita de Sant Vicent. Morote (1979 a) fa constar la presència de segments enllosats, especialment prop del Barranc de Codina. L'arribada a Borriol no té gaire alternatives: ¿tenia pont al Barranc de Cominells? N'hi ha un de molt antic, una mica amunt de la carretera.

Entre aquest punt i Vila-real Fletcher i Alcàcer (1955-56) plantegen una hipòtesi prou coherent des del punt de vista topogràfic, encara que siga mancada de proves, perquè les restes de ponts no tenen res de romà. Per ara, tanmateix, no hi ha una teoria millor. A partir de la Venta del Molló o del Pigós (límit Borriol-Castelló de la Plana) la via es desprén de la carretera, empra el Camí Reial i travessa el Riu Sec de Borriol prop de la Venta Nova. En direcció gairebé meridiana aprofita el Camí-Quadra de la Cova del Colom —antic Camí Reial— que porta directe a Vila-real travessant la Rambla de la Viuda i el Riu Millars mig quilòmetre abans de l'entreforc. Prop de l'Ermita de Santa Quitèria —al mateix pas i vora esquerra del Millars— hi ha hagut troballes romanes, com també a la partida de Ramonet (Almassora).

Tant si Vila-real és *Sebelaci* (cosa poc probable), com no, ens trobem a 22 mp de *Saguntum*. Tot i que la majoria ho afirme, no veig gens clar que la calçada romana hagués d'anar a Borriana, sinó més directa a Nules (*Ad Noulas?*), probablement per la carretera actual que s'avé més amb les centuriacions detectades per Bazzana (1978). Si la ruta fóra Borriana-Camí Vell de València-Assagador del Bellcaire, potser aniríem a parar allà mateix, prop de l'estació de Moncofa, i arribaríem a Xilxes per la carretera de Barcelona o millor pel Camí de la Punta: no oblidem el mil·liari de l'Alter. La Llosa és un topònim itinerari que tant pot al·ludir a un pontarró com un empedrat. El pas del collet d'Almenara és obligatori, tant si el trajecte era el de la carretera, com el més versemblant Camí Vell, gairebé coincident amb el ferrocarril València-Tarragona. Bru (1958) prefereix fer passar la via per l'oest del Castell d'Almenara (la Rodana), per baix del Cabeçolet (60 m) i per Oliva fins a travessar el Riu de Morvedre pel pont del Circ, les restes del qual són acceptablement romanes. De totes maneres el Camí de la Palmosa i dels Omets, també hi desemboca. Les guerres sertorianes produïren batalles remarcables al creuer de Sagunt.

De *Saguntum* a *Valentia* mediaven 16 mp (23'5 km) que, òbviament, des d'aleshores no s'han mogut. L'eixida meridional de Morvedre, l'assenyala Bru (1958) pel Camí Assagador de Llíria a Puçol on pràcticament la via es confondrà amb la carretera de Barcelona, com a *kardo maximus* de la centuriació (Cano, 1974), bé que V. Sales (inèdit) hi haja vist algunes par-

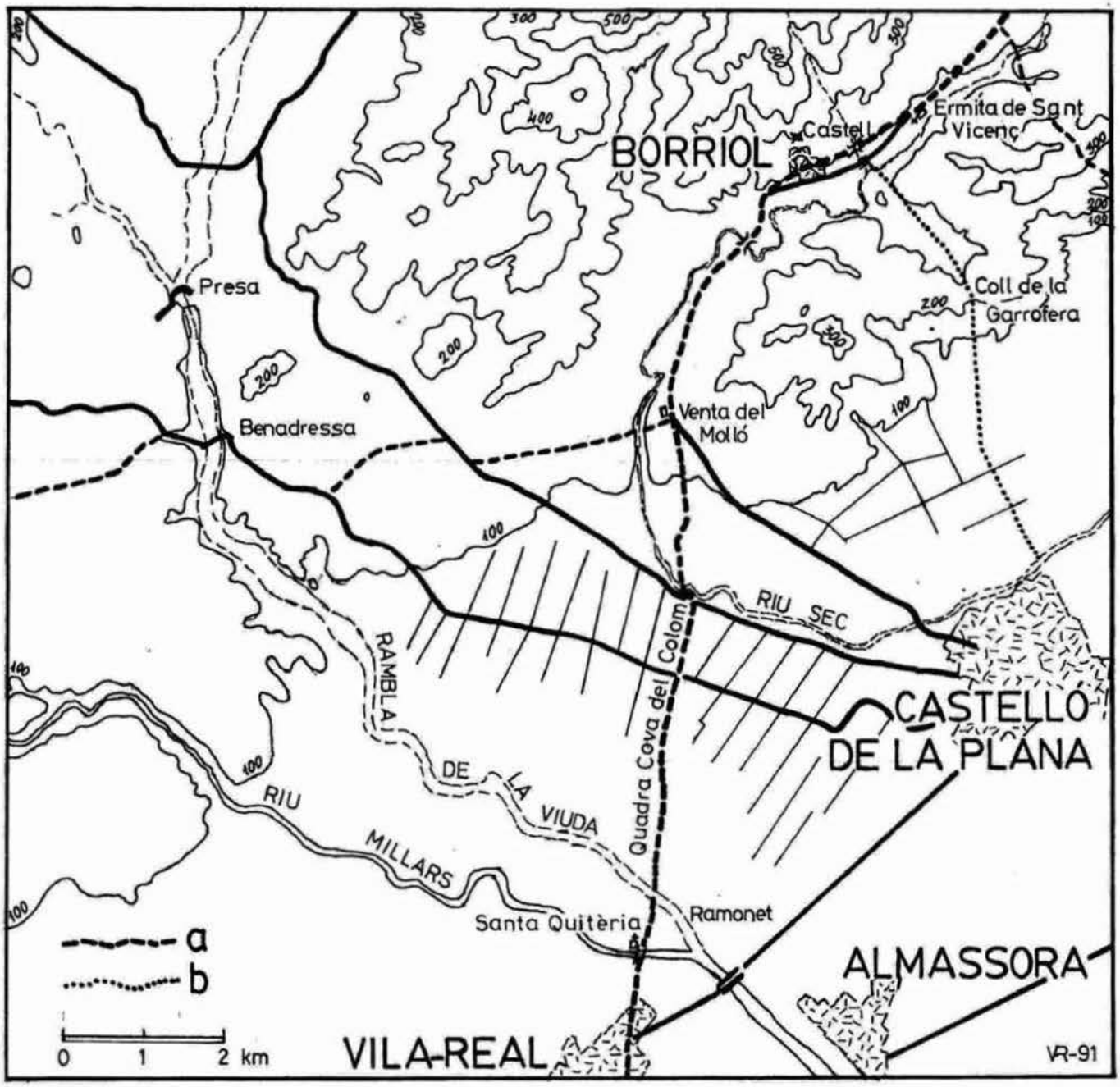


Fig. 4.— **La Via Augusta al pas del Riu Sec de Borriol i del Millars.**
Croquis basat en un de Fletcher-Alcàcer (1955-56). a: probable camí romà; b: trajecte suposat per l'autor per a un possible enllaç transversal. Els traçats rectilinis són de les quadres *o parcel·lacions antigues.*

ticulars distorsions que podrien suggerir un pas més oriental. La ruta circula dins el domini del regadiu de la Séquia de Montcada i a una respectuosa distància de l'aiguamoll; si el topònim aràbic Albalat es refereix al camí —almenys pre-musulmà—, el de Tavernes Blanques, potser seria forçar massa, retrotraure'l a un hostal romà. No estem en condicions d'assegurar quin pont i quin camí fornien l'entrada a la ciutat: el Camí de Morvedre-Pont dels Serrans o el Camí d'Alboraia-Pont de la Trinitat. Les darreres troballes romanes de *Valentia* ens fan inclinar per la segona solució. La travessa de la petita ciutat duia a la *Porta Sucronensis* o una eixida anàloga.

Valentia restava a 20 milles (30 km) de *Sucrone* que difícilment pot ser altra cosa que el pas del Xúquer —amb ciutat o sense—, però que, per ara, no identifiquem. La distància de l'Itinerari Antoní i dels Vasos Apol·linars, no arriba a la real que en línia recta excedeix els 35 km si pensem en Alzira; altra cosa seria triar entre Algemesí, Albalat i Sueca. Però, anem per parts. El carrer de Sant Vicent porta, després d'una lleu inflexió a la Creu Coberta, al Camí Reial de Ma-

drid per Benetússer i Catarroja, que manlleva un *kardo* (el màxim sembla anar de Paiporta a Alcàsser) de la centuriació estudiada per Pingarrón (1981). Als límits sudoccidentals de la marjal —cosa no estranya— ens perdem. Els arguments per a Pardines en què tant va insistir Gómez Serrano i altres no passen de plausibles. Sense allunyar-nos gaire d'Algemesí, el pas del Xúquer seria versemblant per les Cases de Montcada (Morote, 1979 a) a 500 m de l'aiguabarreig del Magre.

b) *Vies secundàries.*— Si pronunciar-se sobre el traçat axial esdevé arriscat, més encara ho és concretar itineraris secundaris o alternatius que, tanmateix, és segur que existien entre les latituds de *Dertosa* i *Sucro*. Des de Chabret, almenys, a finals del segle passat quasibé tots els autors valencians septentrionals parlen d'una «via de la costa» que, venint d'Ulldecona, podria passar entre els Puigs de Vinaròs i Benicarló, assumint el Camí de Xivert o dels Moliners (una ruta ara emprada per l'autopista), que empalmava amb la N-340 entre el Castellet i la Rambla d'Alcalà per a desembocar a Santa Magdalena de Polpís i Alcalà de Xivert. D'allí hom l'ha feta anar pel Camí de Sant Miquel, ponent del Tormassal per a entrar a Torreblanca per la Carrerassa o Senda dels Romans (Roca, 1988); més al sud aniria pel Camí de les Torres (les Torrocades o Torres Derrocades), el Brosseral, la Mollonada i Orpesa. Tant aquest trajecte, com el senyalat per Morote (1979 a) —més litoral— pel Camí de l'Atall i el Camí Vell, tenen executòria medieval, però pocs arguments per a fer-los romans; si arribava a Benicàssim, seria pel Camí de la Renegada i d'allí, eludint l'aiguamoll, desembocaria en el Lledó i pel Caminàs aniria a travessar el Millars i acabaria pel Camí de Santa Pau a Borriana. A part d'un possible eix centurial (Bazzana, 1978), poca cosa, llevat de conjectures. Si *Lubricatum* fóra Torreblanca, seria un estaló seriós.

Sovint s'ha invocat també un enllaç a Borriol per la Senda de la Palla i l'humil Coll de la Garrofera (Porcar, 1931; Fletcher-Alcàcer, 1955-56). Encara han estat evocades connexions entre Onda i Vila-real, Artana i Almenara, sense gaire fonament.

3.3. DEL XÚQUER ALS TERMES DE PONENT I MIGJORN

Encara que tot el curs no siga estrictament Via Augusta, emprendrem primer l'itinerari més o menys meridià de *Sucrone* a *Carthago Spartaria* (162 o 165 mp) i, després, els ramals documentats.

a) *Del Xúquer a Cartagena.*— «*Fluvium non oppidum* [*Sucronem*]» es pronunciava Zurita (1600: 549), tot descartant poblacions concretes i donant, a diferència dels autors moderns, 22 milles entre aquesta estació i *Ad Statuas*. De qualsevol manera, el pas per Alzira (després de la Creu Coberta) i les terres toponímicament «romanes» de Carcaixent i la Pobla Llarga coincidiria, si fa no fa, amb l'actual carretera o «camins vells» alternatius, fins a Manuel, posició forta que guarda el pas del Riu d'Albaida. La distància de 15 o 16 mp dels Vasos Apol·linars entre *Saetabis* i *Sucrone* ens porta quasi indefectiblement a Algemesí (23 km), tot refermant la ruta per la vora dreta del Riu Xúquer i esquerra del d'Albaida.

Si restem de les 32 milles que separen *Sucronem* d'*Ad Statuas*, les 15 o 16 de *Saetabis* (que no figura a l'Itinerari Antoní), ens en dóna 16 o 17 fins a *Ad Statuas*, distància que lliga perfectament amb els 26 km de trajecte de Xàtiva a Moixent, travessant el Cànyoles pel Pulido i la Volta, però mantenint-se'n, quasi sempre a la dreta, passant per Vallada i Bellús. La distància de 6 o 7 mp de la lectura esquifida de Zurita no porta a cap indret (el Toll).

Les mansions *Ad Statuas* i *Ad Turres* distaven 9 mp (13 km) una de l'altra. Donant per bona l'estació de Moixent, el trajecte —després de jugar amb les sinuositats del Cànyoles— ens deixa al Camí Vell de València entre les partides del Ramblar i el Juncar, 2 km al NNE de la Font de la Figuera, ben a la vista del molló visual que constitueix al Capurutxo (901 m). Tanmateix, les *Turres Saetabitanae* no han deixat, que sapiguem, cap testimoni arqueològic.

A partir d'ací caldria buscar l'entroncament de la Via Augusta, que pren la direcció occidental, i la «valenciana», que segueix vers migjorn. D'*Ad Turres* a *Ad Aras* —fent diferències entre els Vasos Apol·linars I i IV— només hi havia 3 milles (4'5 km) que ens col·loquen a la mateixa Casa Reial on es cobrava el portatge, prop del Caicón i els Alts de Mariaga, si no es feia a la Loma del Portazgo (des de Castella, 7 km al S).

Des d'*Ad Turres* a *Ad Ello* hi havia 24 mp, cosa que dóna 21 mp (31 km), distància que, presa des de la Casa Reial i la Venta del Gitano ens pot dur per Villena a Saj o, millor, al Restallador, un poc abans. No hi ha camí gaire més dret, però la temptació d'Elda (fonètica, toponímica, històrica, geogràfica) és massa suggerent, si no fóra que topetem amb l'interval següent de 23 o 24 milles (35 km) fins a *Aspis* que, si es tracta d'Aspe el Viejo (castell a la vora esquerra del Vinalopó), només és a 19 km d'Elda, en no ser que fem una gran marrada gratuïta (com Morote, 1979 a) per Monóver, el Camí de la Romana i el seu *Collado*, Camí d'Alcanà i Aspe: 35 km. No crec que els romans foren tan ximples, quan les «rescloses» del Vinalopó són tan clares.

El millatge d'*Aspis* a *Ilici* —altre cop 24 mp o siga 35'5 km— tampoc no ens ajuda ja que des del castell a Elx, passant fins i tot per la Cañada, Tabaià i Vall-llongues, amb prou feines es recorren 15 km fins a l'Alcúdia. El camí dret encara seria prou més curt, apropant-se al curs del Vinalopó. La gran voltera que proposa Morote (1979 a) des d'Aspe al Boquerot per a

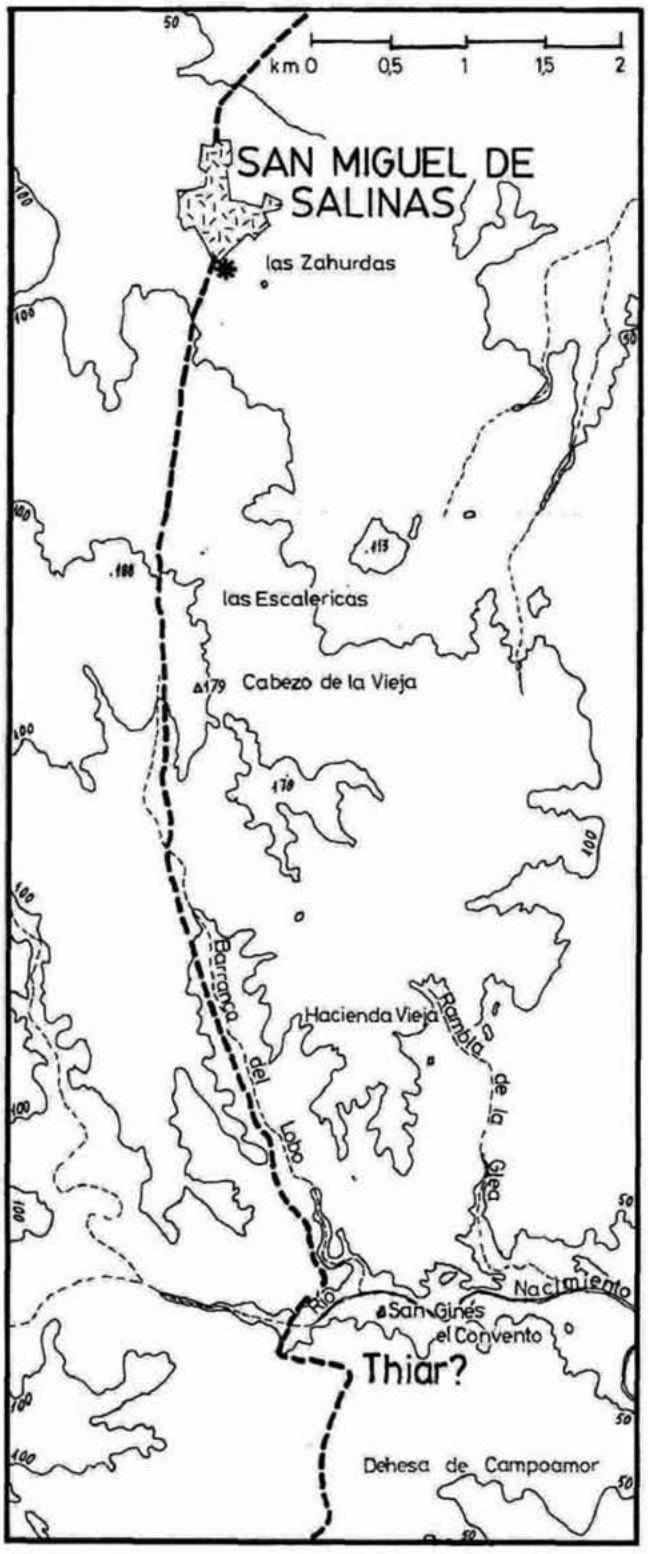


Fig. 5.— **Hipòtesi sobre l'extrem meridional de la calçada romana.**

Els elements provatius són ben migrats: un mil·liari perdut, a las Zahurdas, una tradició erudita de la localització de Thiar *i un enfilall de camins vells amb certa base topogràfica.*

girar 180° pel Portitxol i Jubalcoi fins a l'Alcúdia, si compleix el millatge, manca de suports documentals i fins i tot lògics.

Enganxant-nos a *Ilici* (l'Alcúdia), que és una de les poques fites segures que tenim, la següent etapa fins a *Thiar* era de 27 milles, és a dir 40 km. Aquesta distància pot avenir-se relativament bé amb un itinerari versemblant per Rojales que n'estaria a mitjan camí. Ara bé, el camí actual d'Elx a Rojales va dret per terrenys de saladar i mareny que en temps romans no sabem si eren practicables, i s'acosta als 20 km de cursa. L'altra meitat abasta 21 km i escaig fins al Convento de San Ginés o Campoamor —on seria *Thiar*—, deixant a llevant les salines i passant per San Miquel i, cosa més substanciosa, per Las Zahurdas on esmentàvem testimonis d'un mil·liari. El recorregut per rutes ramaderes i carreteres locals arriba al Río Nacimiento pel Barranco del Lobo, afluent. De *Thiar* a Cartagena ja no és el nostre afer.

b) *¿Una via litoral a Dénia?.*— Si no coneguéssem la topografia, la solució més lògica de l'embolic que presenten els capítols IV (304, 7-16) i V (342, 15-25) de l'Anònim de Ravenna, seria de pensar en la mescla de dues vies, una interior —ja coneguda— i una litoral que des de *Sucrone* anirien a reunir-se a *Ilici*: *Alterum* o *Alternum*, indiscutiblement ens en dóna l'opció. Gairebé és impossible una ruta per a vehicles de roda que travessàs les muntanyes pre-bètiques i subbètiques al sud de Dénia (Llobregat, 1983 b), però la intrincada solució que proposa l'autor deu ser encara més difícil, en voler coordinar *mutationes* o posades que semblen inconnexes. Per això m'inclinaria per un ramal, tal volta creat tardanament, del Xúquer a Dénia, i un altre apèndix d'*Edello* a *Celeret* (?), *Lucentes* i *Allon* i embrancament a *Ilici*, amb moltíssimes reserves.

Deixàrem *Sucronem* a les rodalies d'Algemesí; si hem d'anar a Cullera (*Portum Sucrone?*) no caldria passar el Xúquer i ens en mantindríem a la dreta —encara que Morote (1979 a) s'estima més anar des d'Alzira a Llaurí. Tavernes de la Valldigna potser que estiga massa endins per a controlar el camí litoral, malgrat les suggerències del seu nom romànic i aràbic (Alfàndec). Dins el terme de Xeraco hi ha *la Calçada* que perimetra la marjal amb un camí que podria seguir sota el Castell de Bairén i arribar a Oliva per la partida d'*Albalat* i pel Camí Vell (empedrats) fins a Dénia, *Dio* o *Dionio* de la font tardana (Morote, 1979 a). A la ciutat entraria pel *decumanus maximus* de la seua centuriació, un camí antic encara conservat a les Marines, que va d'E a W (Llobregat 1983 a). Una altra *Calçada* —si no és la Cansalada— que trobem entre Xàbia i el Poblenou de Benitatxell no és prou per a un suport mínim al seguiment de la ruta.

c) *Les estacions de l'entorn de Lucentes.*— *Eloe* (*Edelle*)-*Celeret* (*Celeri*)-*Lucentes-Ad Leones-Allone-Ilice* és l'ordre en què apareixen a l'Anònim de Ravenna aquestes

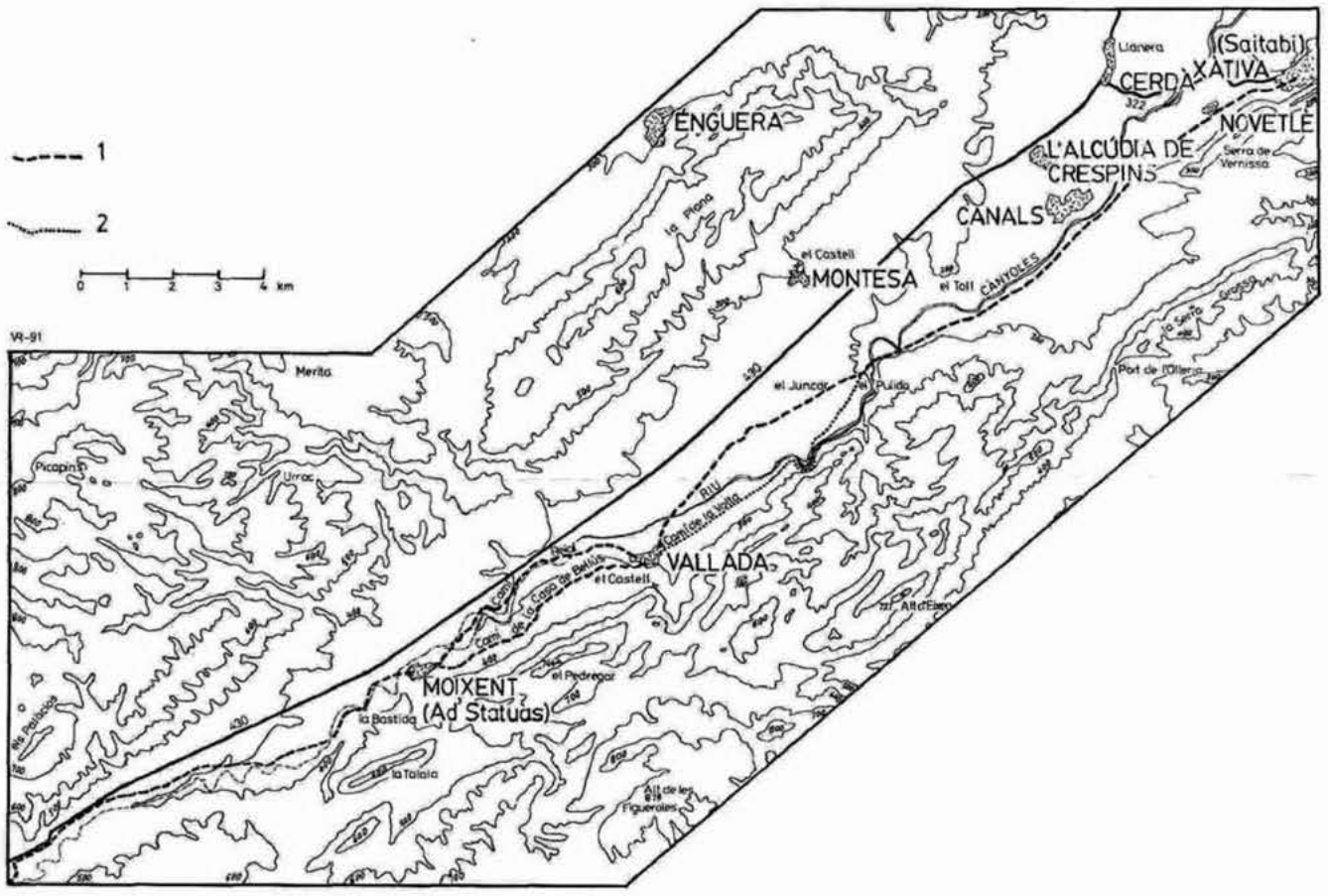


Fig. 6.— **La via romana al seu pas per la Costera.**
Les referències dels itineraris i dels Vasos Apol·linars, juntament amb unes estrictes coordenades físiques, no deixen gaire marge al traçat que hom pot rastrejar en vells camins i petites obres. 1: itineraris més probables; 2: tram possible.

mansions secundàries, intercalades entre *Ad Ello* —més o menys ben localitzada— i *Ilici* que no té volta de full. Si *Lucentes* és absolutament establert com a Alacant (Benalua), *Celeret* és un misteri (Agost?), d'*Ad Leones* no en sabem res i *Allon* ha tingut tants pretendents, de Benidorm a Guardamar, que l'assignació a Santa Pola és una rònega conjectura. El Camí de la Casa del Lleó, prop d'Algorós a l'horta d'Elx, és enllosat... Amb aquest bagatge tan esquifit, més val deixar les solucions per al dia de demà.

d) *La connexió occidental.*— Estrabó (III 4, 9) al·ludeix a una desviació de la via axial a través del *Campus Spartarius*, des de *Saetabis* a *Castulo*, que passava per *Libisosa* (Lezuza). L'englobem o no dins la Via Augusta, és més important i ben documentada de vell gràcies als Vasos Apol·linars aquesta secció del «Camí d'Hannibal» que enllaça la submeseta meridional amb la Costera o Vall de Montesa. Sillières (1977) en féu un bon seguiment que en línies generals hem confirmat (Rosselló, 1980).

Entre *Saetabis* i *Ad Statuas* (que no figura als Vasos, però si a l'Itinerari Antoní) mediaven 16 milles; entre aquesta localitat i *Ad Turres*, 9 milles. De l'esmentada estació a la d'*Ad Aras* (Vasos Apol·linars I i II) només hi havia 3 milles i la *mansio* següent era la d'*Ad Palem* que als Vasos figura a 22 milles (33 km) d'*Ad Aras*. Més enllà hi havia *Saltigi* (Chinchilla). El trajecte, per tant, d'*Ad Palem* —identificat com al Cerro de los Santos— a *Saetabis* totalitzava 50 milles. El *trivium* o connexió de l'itinerari mesetari-andalús amb el d'*Ilici-Carthago Spartaria-Basti* pot situar-se en *Ad Turres* (Rubiera, 1985) o en *Ad Aras* (fig. 7), tot en un cercle d'uns 5 km de radi on coincideix l'entroncament del ferrocarril a Venta de la Encina, les actuals cruïlles de la carretera N-330 al vèrtex de Los Mateos (693 m) i a la Venta del Gitano, ambdós immediats a la històrica Loma del Portazgo (626 m) que recorda una vella frontera. Tant si posem la connexió de les vies romanes prop de la Font de la Figuera, com a El Caicón o Los Altos de Mariaga, com a Los Mateos o al mateix Caudete —suara valencià—, roman ben provada la persistència dels fets de camí i frontera, tan transcendentals a la geopolítica.

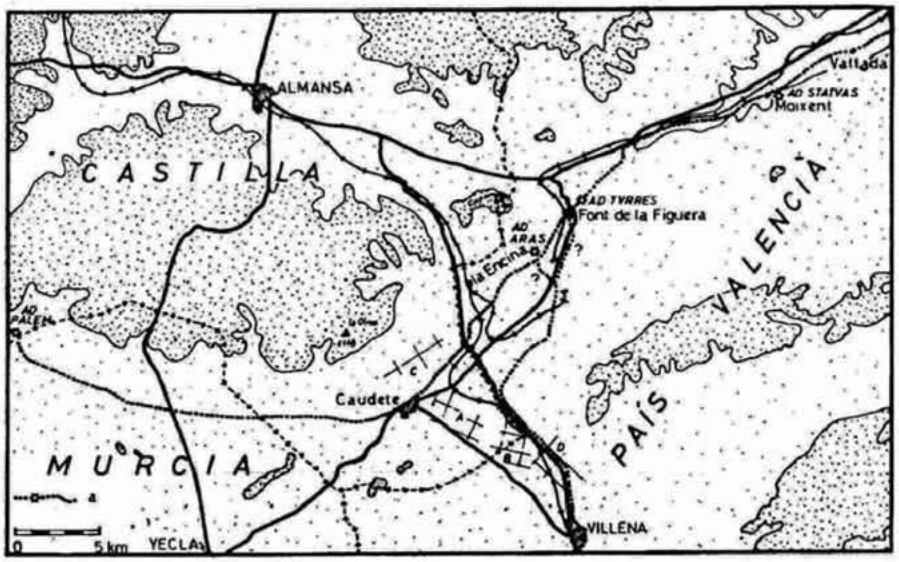


Fig. 7.— **La cruïlla itinerària de Caudete, Villena i la Font de la Figuera.** *Comparació de la xarxa actual i les hipotètiques vies romanes. a: via romana amb* mansio *o* mutatio. *(El puntejat més dens correspon a les àrees per damunt dels 800 m s.n.m.; el puntejat lax, entre 800 i 400 m; en blanc, les terres a menys de 400 m d'altitud).*

El Camí Vell de la Font de la Figuera a Caudete passa per la Casa Reial, enfila la depressió NE-SW pel Caicón i travessa la carretera Madrid-Alacant que fa ara de frontera; després voreja una àrea centuriada (Rosselló, 1980) i entra a Caudete. Les argumentacions de Rubiera (1985) per a fer caure *Ad Turres* en Villena, *Ad Aras* en Caudete i *Ad Palem* en Almansa, no semblen gaire provades. Tanmateix hi ha elements toponímics ben suggeridors.

4. NOTES SOBRE RUTES TRANSVERSALS O AFLUENTS

Les de migjorn, no les he separades perquè la documentació ens les dóna en bloc amb l'itinerari axial. Quant al nord del país, en canvi, hi ha ben pocs documents i moltes conjectures.

4.1. EL CAMÍ DE CAESARAUGUSTA A INTIBILI

El tardà Anònim de Ravenna, al llibre IV (310, 11-14) consigna una via secundària *Trebia-Iologum-Lintibilin*, que ha estat interpretada per diversos autors com una connexió valenciana a partir d'*Intibili*. Chabret, (1977) va ser el primer que s'hi fixà a final de segle, anomenant-la «via aragonesa d'Alcañiz». Miller (1916) no gosà atribuir-hi, ni reduccions, ni traçat, mentre Fletcher-Alcàcer (1955-56), Muñoz (1972) i Arasa (1987 i 1990 b) insisteixen en el curs de Chabret. Per allò dels «camins naturals» i les persistències històriques, és plausible un itinerari des de Traiguera (*Intibili*) o la Jana que emprendria més o menys pel traçat de la carretera de Morella oberta el 1860 remuntant la Rambla de Cervera; passaria per la Vallivana, (Muñoz, 1972: 155 ss), per baix de Morella, el Forcall —que algú identifica amb *Bisgargis*—, Todolella, la Mata. Abans d'eixir del País Valencià feia cap a la Moleta dels Frares, *Lesera*, població documentada epigràficament, que apareix al llibre II de la *Geographia* de Ptolemeu (Arasa, 1987). L'eixida hagués estat per la Roca Tallada.

4.2. EL CAMÍ DE CAESARAUGUSTA A SAGUNTUM

La mateixa font adduïda abans (*Rav.* IV 310, 3-10) dóna una relació de cinc estacions entre *Caesaraugusta* i *Precorium*, molt males d'indentificar en majoria. Tanmateix, els autors no tremolen i s'han llançat des de Chabret (1977) a Morote (1979 a) a la conjectura del camí que done a títol d'inventari, tot i que és clar que l'aprofitament de la vall del Riu de Morvedre, mal batejat «Palància», és indiscutible a judicar per la documentació musulmana i medieval, i les guies de Villuga i Escrivano (Arasa, 1987).

S. Bru (1958) en dóna un croquis a escala prou detallada amb eixida des de Sagunt per la Porta i Camí Vell de Terol vers Sabató, sense passar per Petrés ni Albalat, topònims que ginyen Chabret (1977) i Morote (1979 a) a fer-hi marrada. Els tres autors conflueixen al Pont de les Jovades per a travessar el riu en direcció a Torres-

Torres, Arguines, Segorbe, Jérica, Viver... Caldria remuntar El Herragudo i internar-se al *páramo*. Potser seguir no és honest, encara que siga versemblant.

4.3. EL CAMÍ VALÈNCIA-LLÍRIA-BEGÍS

No manca gent que haja postulat un enllaçament ibéric o romà entre València i Ademuz, passant per Llíria i Chelva. Morote (1979 a) dóna per descomptat que existí un camí romà que des de València per Llíria (*Edeta*), las Alcublas i Begís (Alcàcer, 1946), connectava amb la via *Saguntum-Caesaraugusta* per Barracas (o Sant Pere de Bellmunt). No veu clar per on eixia de *Valentia*; suggereix un camí assagador que es dirigeix directament a Llíria, tal vegada aprofitant un camí ibèric que connectava nombrosos nuclis d'aquell temps. L'itinerari seria València-Benimàmet-la Pobla de Vallbona-Benissanó-Llíria, on passaria entre el Tossal de Rascanya i el Cabeçol, que, tots dos, conserven restes ibèriques. Passada Llíria, segueix vers las Alcublas paral·lela a la Rambla de Montdragó i aprofita un camí ramader passant prop dels jaciments ibèrics de la Mont-rabana, el Castillico Bernabé i els Tres Pics. Prop de las Alcublas s'hi podrien atribuir roderes que probablement són medievals, si no modernes.

La confluència amb la via del Palància, també podria haver-se fet a Segorbe des de las Alcublas o a través d'Olocau i Gàtova. Massa hipòtesis per a tan poc suport. Això sí, la batalla de *Lauro*, finalment, esdevinguda durant les guerres sertorianes, posa en una categoria semblant *Valentia* i *Lauro*, el nucli precursor de Llíria. El paper caminer de la població, per tant, sembla haver estat decisiu.

BIBLIOGRAFIA

Albacete, J. (1855): *Semanario Pintoresco*, Madrid, pp. 255 ss.

Alcàcer, J. (1956): «Exploraciones arqueológicas en Begís (Castellón)». *Trabajos varios del S.I.P.*, 10: 35-46.

Aracil, Ll. V. (1980): «Un país, un camí». *Primer Congreso de Historia del País Valenciano, 1971*, II. Universitat de València. Cf. pp. 13-19.

Arasa, F. (1979): «Arqueologia del terme municipal de Castelló de la Plana». *Cuad. de Prehist. y Arqueol. Castell.*, 6. Cf. pp. 156-158.

Arasa, F. (1987): *Lesera (La Moleta dels Frares, El Forcall). Estudi sobre la romanització a la comarca dels Ports*. Diputació de Castelló.

Arasa, F. (1988): «El mil·liari de la Jana. Anotacions sobre els mil·liaris del Baix Maestrat.» *Bol. Centro Est. del Maestrazgo*, 24: 15-20.

Arasa, F. (1989): «L'Hostalot (La Vilanova d'Alcolea, Castellón). Una posible estación de la Vía Augusta». *XIX Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, I: 769-778.

Arasa, F. (1990 a): «Los miliarios de la Vía Augusta en el País Valenciano». *Actas del Simposio sobre la Red Viaria en la Hispania Romana*. Zaragoza. Cf. pp. 21-33.

Arasa, F. (1990 b): *El poblament romà a les comarques septentrionals del litoral valencià*. (Inèdit). Institució Valenciana d'Estudis i Investigació. 243 ff.

Arasa, F. (1991, en premsa): *Els mil·liaris del País Valencià*. 47 ff. figures f.t.

Arasa, F. i Abad, L. (1989): *L'Arc romà de Cabanes*. Diputació de Castelló.

Arasa, F. i Vicent, J. (1981): «Toponímia de la Via Augusta entre Saguntum i Dertosa». *Butll. Soc. Onomàstica*, V: 22-28.

Arasa, F. i Vicent, J. (1986): «Novetats d'epigrafia llatina castellonenca». *Cuad. Prehist. y Arqueol. Castell.*, 12: 251-259.

Arias, G. (1963): «El secreto de Antonino». *El Miliario Extravagante*, 2.

Balbàs, J.A. (1892): *El Libro de la Provincia de Castellón*. Castelló de la Plana.

Barceló, C. (1982): *Toponímia aràbica del País Valencià. Alqueries i castells*. Ajuntament de Xàtiva.

Bazzana, A. (1978): «Vestiges de Centuriations Romaines et d'un itineraire pre-romain dans la Plaine de Castellon». *APL*, XV: 277-292.

Beuter, P.A. (1538): *Primera Part de la Historia de Valencia*. València (Edició facsímil, 1979).

Blázquez, A. (1982): «Nuevo estudio del Itinerario de Antonino». *Bol. de la Real Academia de la Historia*, XXI, I.

Blázquez, A. (1923): «Vías romanas de Fuente la Higuera a Cartagena y de Cartagena a Castulo». *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 59.

Blázquez, A. (1925): «Exploraciones en las vías romanas de Bergido a Asturias y de Cataluña, Valencia y Jaén». *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüdades*, 69.

Bru, S. (1958): «Notas de Arqueología Saguntina». *APL*, VII: 147-171.

Bru, S. (1963): *Les terres valencianes durant l'època romana*. València, L'Estel.

Cabanilles, A.J. (1795): *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia por Antonio Josef Cavanilles*. Tomo I. Madrid, Imprenta Real.

Cano, G.M. (1974): «Sobre una posible *centuriatio* en el regadío de la acequia de Montcada (Valencia)», ap. Roselló, V.M. *et. al.*, *Estudios sobre centuriaciones romanas en España*. Universidad Autónoma de Madrid. Cf. pp. 115-127.

Chabret, A. (1977): *Vías romanas de la provincia de Castellón de la Plana*. Sagunt, Caja de Ahorros de Sagunto. [Segons un m.s. de 1900 ca.].

CORTÉS, M. (1835-36): *Diccionario geográfico-histórico de la España Antigua*. Tres volums.

ESCOLANO, G. de (1610-11): *Décadas de la Historia de Valencia*. València, P. Mey.

ESTEVE, F. (1987): «L'amollonament de la Via Augusta al Pla de l'Arc». *Estudis Castellonencs*, III: 243-274.

ESTEVE, F. (1991 en premsa): *La via romana per les Coves de Vinromà i Vilanova d'Alcolea (Castelló)*. 31 ff.+5 figs+XIV Làms. (Veure aquest mateix volum de l'Homenatge).

FERNÁNDEZ GUERRA, A. (1879): *Deitania*. Madrid.

FERNÁNDEZ GUERRA, A. (1890): «Illici». *El Archivo*, IV, pp. 36 ss.

FLETCHER, D. i ALCÀCER, J. (1955-56): «Avance a una arqueología romana de la provincia de Castellón». *Bol. de la Soc. Castellonense de Cultura*, XXXI: 316-354; XXXII: 135-164 i 183-187.

FONTAVELLA, V. (1951): «La transhumancia y la evolución ganadero-lanar en la provincia de Valencia». *Est. Geogr.*, 45: 773-802.

GÓMEZ SERRANO, N.P. (1927): «Salteri Arqueològic. De cóm se perden els camíns antics». *Diario de Valencia*, 8 de juliol i 12 d'agost.

GOZÁLVEZ, V. (1974): «La *centuriatio* de Ilici», ap. ROSSELLÓ, V.M. *et al., Estudios sobre centuriaciones romanas en España*. Universidad Autónoma de Madrid. Cf. pp. 101-113.

GOZÁLVEZ, V. (1976): *La ciudad de Elche. Estudio Geogràfico*. Universitat de València.

HÜBNER, E. (1860): *Corpus Inscriptionum Latinarum*. Berlin, G. Reimer.

LLOBREGAT, E.A. (1983 a): «La geografia antiga valenciana i "l'Anònim de Ravenna": notes de lectura». *L'Espill*, 17/18: 99-111.

LLOBREGAT, E.A. (1983 b): «Relectura del Ravennate: dos calzadas, una mansión y otros datos de la geografía antigua del País Valeniano». *Lucentum*, II: 225-242.

LÓPEZ GÓMEZ, A. (1974): «Posibles centuriaciones en Castellón de la Plana», ap. ROSSELLÓ, V.M. *et al., Estudios sobre centuriaciones romanas en España*. Universidad Autónoma de Madrid. Cf. pp. 129-136.

MOROTE, J.G. (1979 a): *Aportación al estudio de las vías romanas en el País Valenciano*. [Memòria de Llicenciatura]. Universitat de València. 497 ff.

MOROTE, J.G. (1979 b): «El trazado de la Vía Augusta desde Tarracone a Carthagine Spartaria. Una aproximación a su estudio». *Saguntum*, 14: 139-164.

MUÑOZ, A. (1972): «Algunas observaciones sobre las vías romanas en la provincia de Castellón». *APL*. 13: 149-160.

PINGARRÓN, E. (1981): «Rastreo de una «centuriatio» en la zona sur de la Huerta de Valencia». *Cuad. de Geogr.*, 29: 161-176.

PORCAR, J. (1931): «Excursions i recerques arqueològiques. El camí romà d'Antrilles». *Bol. Soc. Cast. Cult.*, XII: 207-209.

POVEDA, A. (1980): «Toponimia árabe musulmana de Mayurqa». *Awrāq*, 3: 75-101.

ROCA, F. (1988): *Noticias históricas de Torreblanca*. Torreblanca, Ayuntamiento.

ROLDÁN, J.M. (1975): *Itineraria hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la península Ibérica*. Universidad de Valladolid.

ROSSELLÓ, V.M. (1980): «Residuos de catastro romano en Caudete y Villena». *Est. Geogr.*, 158: 5-13.

ROSSELLÓ, V.M. *et al.* (1974): *Estudios sobre centuriaciones romanas en España*. Universidad Autónoma de Madrid.

RUBIERA, M.J. (1985): *Villena en las calzadas romana y árabe*. Universidad de Alicante.

SAAVEDRA, E. (1862): *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de don Eduardo Saavedra*. Madrid, 1914 (segunda edición).

SALES, A. (1766): *Declaración de una columna del Emperador Hadriano*, publicat per FITA, F. al *Bol. R. Ac. Hist.*, III (1883).

SANCHIS, M. (1961): *Els parlars romànics de València i Mallorca anteriors a la Reconquista*. València, Institució Alfons el Magnànim.

SENENT, J.J. (1923): «Del riu Cénia al Millars. La via romana». *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI (1915-20). Cf. p. 273.

SILLIÈRES, P. (1977): «Le "Camino de Anibal". Itinerarire des gobelets de Vicarello, de Catulo a Saetabis». *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XIII: 31-83.

TARRADELL, M. (1965): *Història del País Valencià. I. Prehistòria i Antiguitat*. Barcelona, Edicions 62.

TARRADELL, M. (1973): «Nuevo miliario de Chilches y notas sobre vías romanas y toponimia». *PLAV*, 9: 89 ss.

VALCÁRCEL, A. (1779): *Barros saguntinos. Disertación sobre estos monumentos antiguos, con varias inscripciones inéditas de Sagunto*. Valencia.

VALCÁRCEL, A. (1852): «Inscripciones y antigüedades del Reino de Valencia». *Mem. R. Acad. Hist.*, VIII.

VENTURA, A. (1975): *Játiva romana*. Trabajos Varios del SIP, 42.

WESSELING, P. (1735): *Vetera Romanorum Itineraria*. Amsterdam.

ZURITA, J. (1600): *Antonini Augusti Itinerarium cum Commentario*. Colònia, Mylius-Brickman.

Isabel García Villanueva* y Miquel Rosselló Mesquida*

LAS ÁNFORAS TARDORROMANAS DE PUNTA DE L'ILLA DE CULLERA[1]

INTRODUCCIÓN

En los últimos años el conocimiento de los aspectos económicos y comerciales en la Antigüedad tardía ha experimentado un gran avance gracias a las publicaciones de diferentes yacimientos del Mediterráneo Occidental (Ostia, Cartago, Porto Torres, Marsella, Tarraco, etc.), así como la esencial aportación de la tipología anfórica de S. J. Keay (1984), realizada a partir del estudio de las ánforas tardías encontradas en el nordesde de la Tarraconense, cambiando de manera significativa el panorama que se tenía de este período.

El estudio de materiales cerámicos y en especial de las ánforas, ha podido determinar la complejidad de las relaciones comerciales durante los siglos V-VII, arrinconando la tesis de la decadencia del comercio mediterráneo, sobrevenida al fin del Imperio Romano de Occidente y la instalación de los nuevos reinos bárbaros. Sin embargo, las publicaciones de materiales tardíos de yacimientos valencianos son escasos, por lo que el conocimiento que tenemos de esta época es bastante parco e incompleto.

Esperamos, con el presente trabajo dedicado al estudio de las ánforas del yacimiento de Punta de l'Illa de Cullera, aportar nuevos datos al conocimiento de la Antigüedad tardía en el País Valenciano.

ANTECEDENTES

El yacimiento costero de Punta de l'Illa de Cullera estaba situado al sur del Cap de Cullera, concretamente en la Punta de l'Illa del Portitxol, también llamada Isla de los Pensamientos. Actualmente ya no existe tal isla y el yacimiento que en ella se ubicaba se halla sepultado bajo un gran edificio, construido en décadas pasadas. El yacimiento se situaba en lo que fue un pequeño islote calizo unido a la costa por un franja de arena o tómbolo.

La existencia del yacimiento fue conocida debido a la extracción de tierras efectuadas en el año 1953 con el fin de aprovecharlas en unas edificaciones que estaban levantando en la zona. Con anterioridad a la extracción de tierras, que pusieron al descubierto parte de las estructuras del yacimiento, ya se tenían noticias sobre la presencia de restos arqueológicos en el istmo[2].

* Servicio de Investigación Arqueológica Municipal, Ayuntamiento de Valencia.

El yacimiento fue objeto de tres campañas de excavación a cargo del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, llevadas a cabo por el Dr. Don Enrique Pla en colaboración con el Dr. Don Miguel Tarradell.

En la primera campaña (junio de 1955) se documentaron diversas estructuras, concretamente cinco habitaciones y diversos muros diferenciados en tres sondeos. La segunda campaña se realizó en octubre de 1957, dando como resultado la identificación de cinco nuevos recintos. La tercera y última campaña de excavación se efectuó en mayo de 1966 y se procedió a excavar uno de los recintos ya documentados anteriormente.

En el proceso de la excavación no se diferenciaron niveles, ya que toda la tierra aparecía revuelta y no presentaba una estratigrafía clara, optándose por la excavación en capas artificiales.

Los materiales exhumados en las distintas campañas de excavación fueron depositados, en su mayor parte, en el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, quedando el resto en el Museo de Cullera.

Como hemos visto, aparece un importante conjunto de edificaciones a las que hay que añadir un volumen considerable de material arqueológico, a pesar de que se halla en un contexto mayoritariamente falto de secuencia estratigráfica. Sin embargo, y a pesar de las limitaciones apuntadas, creemos que el estudio de los materiales, de los cuales aquí presentamos una parte, puede ayudar a conocer aspectos interesantes sobre el panorama económico y comercial de la zona valenciana durante este período.

ESTUDIO DEL MATERIAL

Este trabajo debe considerarse como el avance de un estudio más amplio que sobre este yacimiento está realizando uno de los autores. Por ello, se ha optado por presentar aquellos materiales más significativos de cada tipo, agrupándolos por áreas de producción y analizando las características principales de los tipos identificados con una breve descripción general, morfológica y técnica, completando el estudio con datos sobre el origen, el contenido, la cronología y otros apuntes de interés específico (marcas, grafitos, etc.).

Para la clasificación tipológica de los ejemplares se ha seguido básicamente el trabajo de Keay (1984), por lo que nos remitimos a este autor para las descripciones más detalladas sobre aspectos morfológicos y de pastas.

Mención especial merecen una serie de ánforas de características muy similares entre sí y que tipológicamente no nos ha sido posible identificar. El interés de estas piezas viene aumentado por el hecho de que contamos con ejemplares completos, lo que nos ha llevado a realizar un estudio más detallado, no sólo en el aspecto tipológico, sino también en el técnico, ya que no presentaban las pastas típicas de las producciones africanas, a pesar del parecido formal con las series anfóricas africanas tardías. Este estudio técnico ha consistido en la observación microscópica de las pastas mediante las técnica de láminas delgadas y el análisis por difracción de rayos X.

LAS PRODUCCIONES AFRICANAS

El conjunto de las producciones africanas representa el porcentaje más elevado del total de ánforas aparecidas en el yacimiento de Punta de l'Illa de Cullera.

Son contenedores de gran tamaño y se caracterizan por tener el cuerpo cilíndrico, cuello normalmente cónico y por la gran variedad que presentan los bordes, aunque con un predominio de los exvasados.

Dentro del grupo de las ánforas africanas son mayoritarias las producciones de origen tunecino, contando tan sólo con un ejemplar de ánfora de procedencia mauritana.

En este grupo de producciones africanas han quedado incluidos los ejemplares no identificados tipológicamente y reconocidos por primera vez en el yacimiento de Punta de l'Illa (Tipos, I, II y III), ya que los análisis técnicos realizados sugieren su pertenencia a esta zona geográfica.

Tipos

—Keay I/Mauritana Dressel 30/Ostia forma V. (Fig. 1, 1)

Keay distingue dos variantes en este tipo según sus características morfológicas. Se trata de un ánfora de cuerpo piriforme rematado por un pivote hueco, cuello muy estrecho y asas que se unen al cuello y hombros. El borde es exvasado y de sección triangular.

Presenta una pasta de color rosa o anaranjada y se aprecian inclusiones de cal, cuarzo y finas partículas negras.

Los datos sobre su origen son claros, ya que se han hallado asas de la variante A con estampillas referidas a la *Mauretania Caesariensis* y más concretamente a *Tubusuctu* (Keay 1984: 96).

Aunque no disponemos de evidencias directas para el contenido, es muy posible que se tratara de aceite de oliva.

Respecto a su fechación, en la Terme del Nuotatore en Ostia, aparece en contextos del 140-180/190 d.C.; pero en los yacimientos catalanes la variante A no aparece hasta después del segundo cuarto del siglo III, mientras que la B se da en contextos del siglo IV y V, pero considerándose residual.

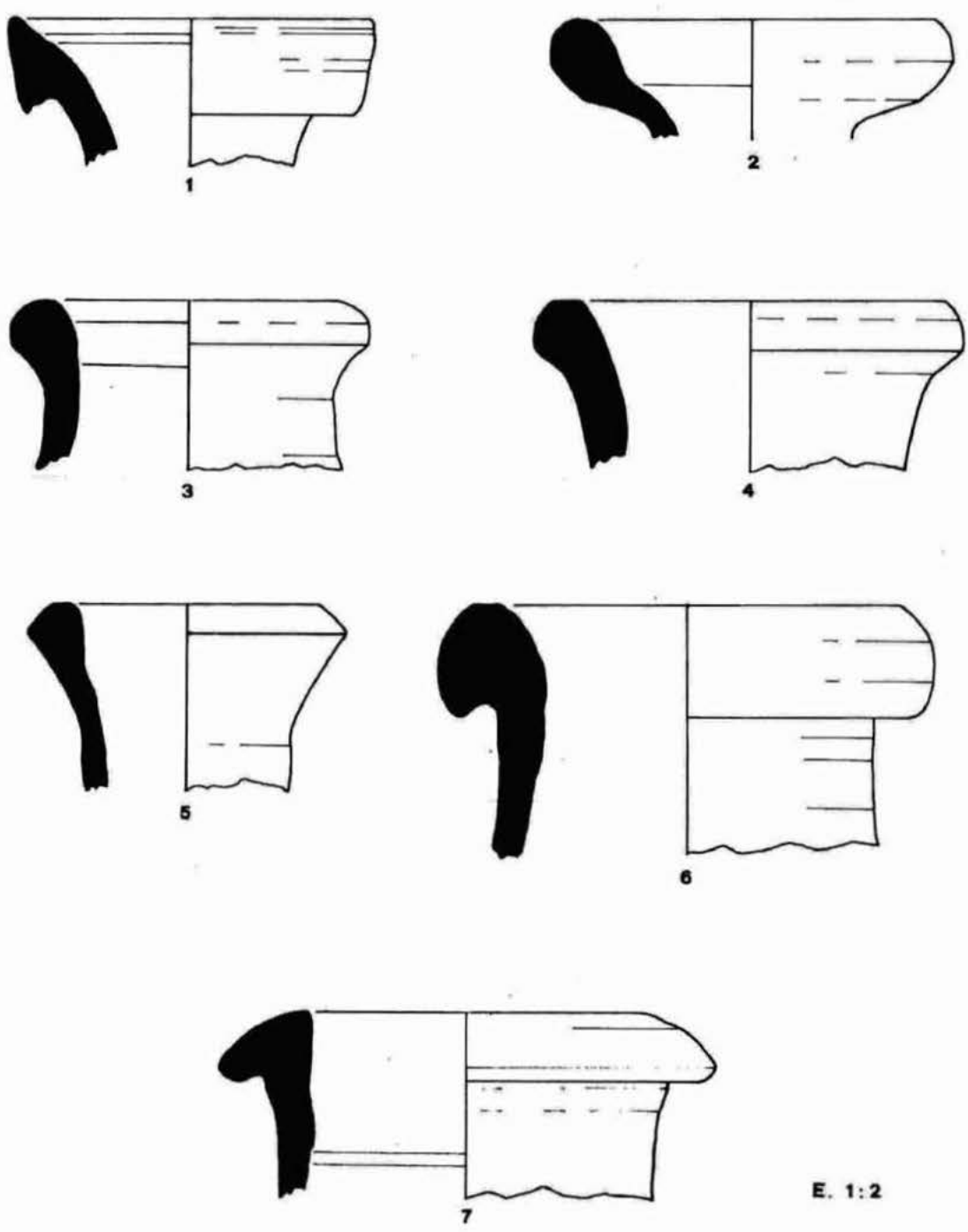


Fig. 1.— Ánforas africanas. 1: Keay I B, 2: Keay III, 3: Keay XXV K, 4: Keay XXV P, 5: Keay XXV V, 6: Keay XXXV A, 7: Keay XXXV B.

Otra fecha del siglo III la aporta el pecio de Punta Alta (Toscana), donde se data en la segunda mitad del siglo III (Tortorella, 1981: 378).

—*Keay III/Dressel 27/«Africana Piccola»/Africana I/Beltrán 57/Vegas 58.* (Fig. 1, 2)

En este tipo III, Keay agrupa las ánforas ya definidas por Zevi y Tchernia como «Africana Piccola» diferenciándola así del grupo de la «Africana Grande». Panella distingue dos variantes, Africana I A y I B que parecían producirse sucesivamente, basándose en los datos extraídos de la Terme del Nuotatore en Ostia. Según Panella (1983: 173-174, 192, fig. 3), la producción de estas ánforas acabaría en el siglo IV.

Sin embargo, Keay demuestra que ambas variantes siguen apareciendo en contextos del siglo IV y V, estableciendo dos variantes, III A y III B así como otras dos variantes más tardías (Sim. a III A y Sim. a III B).

Se trata de ánforas de cuello bajo, troncocónico, cuerpo cilíndrico de reducidas dimensiones, asas pequeñas que se aplican bajo el borde y llegan hasta el hombro que está poco marcado. El borde es exvasado y el fondo presenta un pivote corto.

La coloración de la pasta varía del rojo intenso al naranja claro, siendo común la presencia de cuarzo, mica y partículas de cal.

Las evidencias para su origen son claras, ya que se han hallado sellos referidos a ciudades costeras del *Africa Byzacena: Hadrumentum*, *Leptis Minor* y *Sellectum*. También parece que se producían en la zona septentrional de Túnez, puesto que se han hallado ejemplares de Africana I B en los hornos de Ariana, junto a Cartago (Panella, 1983: 174).

En cuanto al contenido parece que transportaba aceite de la *Byzacena*.

Los elementos para su datación son abundantes. En la Terme del Nuotatore se hallan en contextos de finales del siglo II, pero es a partir del siglo III cuando empiezan a ser relevantes y hasta el siglo IV avanzado (Panella, 1983: 174). También aparecen ejemplares en el pecio de Ognina (Siracusa), datados en el 210-215 d.C. o poco tiempo después (Tortorella, 1981: 262-363, 373-374). En la Schola Praeconum, en Roma, aparecen en contextos del segundo cuarto del siglo V (Whitehouse et alii, 1982: 76). Finalmente, en los yacimientos catalanes se datan desde principios del siglo IV hasta la primera mitad del siglo V.

En Punta de l'Illa contamos con tan sólo un fragmento de borde de este tipo, concretamente de la variante B de Keay.

—*Keay XXV*. (Fig. 1, 3-4 y 5)

En este tipo se recogen los contenedores cilíndricos de época tardo-romana definidos en las excavaciones de la Terme del Nuotatore en Ostia, donde se distinguen diecinueve variantes. Por su parte, Keay diferencia treinta variantes. Se considera que suceden al grupo de la Africana Grande y que evolucionan tipológicamente hacia el tipo Keay XXVI.

Son ánforas de cuello cilíndrico o troncocónico, y cuerpo cilíndrico de dimensiones variables. Las asas son de sección oval y se unen al cuello; los bordes, aunque generalmente son exvasados, presentan bastante diversidad, así como la forma de los pivotes.

Presentan unas arcillas de coloración rojizo-anaranjada, con partículas de cal, cuarzo y mica. En la superficie exterior es frecuente que lleven engobes de tonos amarillentos o blanquecinos.

Su origen parece que se sitúa en el *Africa Byzacena* y su contenido sería preferentemente el aceite de oliva, aunque hay evidencias de otros contenidos. En el pecio de Pointe de la Luque, B (Marsella), se hallaron restos de crustáceos en un ejemplar de la variante B (Tortorella, 1981: 363-377), así como en el pecio Dramont F donde se encontró un ejemplar con recubrimiento interior de resina, lo que invalida la posibilidad del transporte de aceite en las ánforas con este recubrimiento. También en el pecio de La Pampelonne aparece un ejemplar con restos de pescado (Panella, 1983: 177).

Los datos cronológicos recogidos en los yacimientos catalanes por Keay (1984: 193-194), apuntan a que la producción se iniciaría a finales del siglo III/principios del IV y así vemos como los ejemplares de La Luque B están datados a partir de finales del siglo III. El momento de máxima producción de este tipo se situaría hacia finales del siglo IV y acabaría a mediados del V, siendo reemplazado por otros tipos. En Ostia aparecen con cronologías de los primeros decenios del siglo IV-primeros decenios del V (Panella, 1983: 178), y en la Schola Praeconum nos encontramos con ejemplares de la variante K con una datación del 430-440.

En Punta de l'Illa contamos con cinco ejemplos de bordes, uno de ellos perteneciente a la variante K, dos a la variante P y uno a la variante V; todos ellos con pastas y tratamientos externos típicos de las producciones tunecinas.

—*Keay XXXV*. (Fig. 1, 6-7)

Están incluidos en la serie de los contenedores cilíndricos tardo-romanos de grandes dimensiones.

Keay distingue tres variantes atendiendo a las diferencias de los bordes. Son ánforas de cuello corto, cuerpo cilíndrico apuntado hacia la base y asas de sección oval. Tiene el borde exvasado, más desarrollado en la variante B, y el pivote macizo.

Por el aspecto de la pasta y sus características morfológicas parecen tener un origen tunecino y, aunque no tengamos evidencias de su contenido, parece bastante probable que fuera el aceite de oliva.

En los yacimientos catalanes queda reflejado que su producción se inicia a mediados del siglo V, llegando hasta la mitad del siglo VI. En el vertedero de Vilaroma puede observarse la llegada de grandes cantidades de esta producción en un momento algo más temprano (primera mitad del siglo V), lo que sugiere que ya era un producto consolidado en estas fechas (Ted'a, 1989: 261).

Fuera de la Península, aparecen ánforas de este tipo en Cartago en contextos del 530 y del 600 pero que son claramente residuales (Fulford/Peacock, 1984: 136/137, figs. 116/117). En la Schola Praeconum, en Ostia, están datados en el 430-440 (Whitehouse et alii, 1982: 76).

En Punta de l'Illa están representadas las variantes A y B, con cinco y once fragmentos respectivamente. Presentan pastas típicas africanas de coloración que

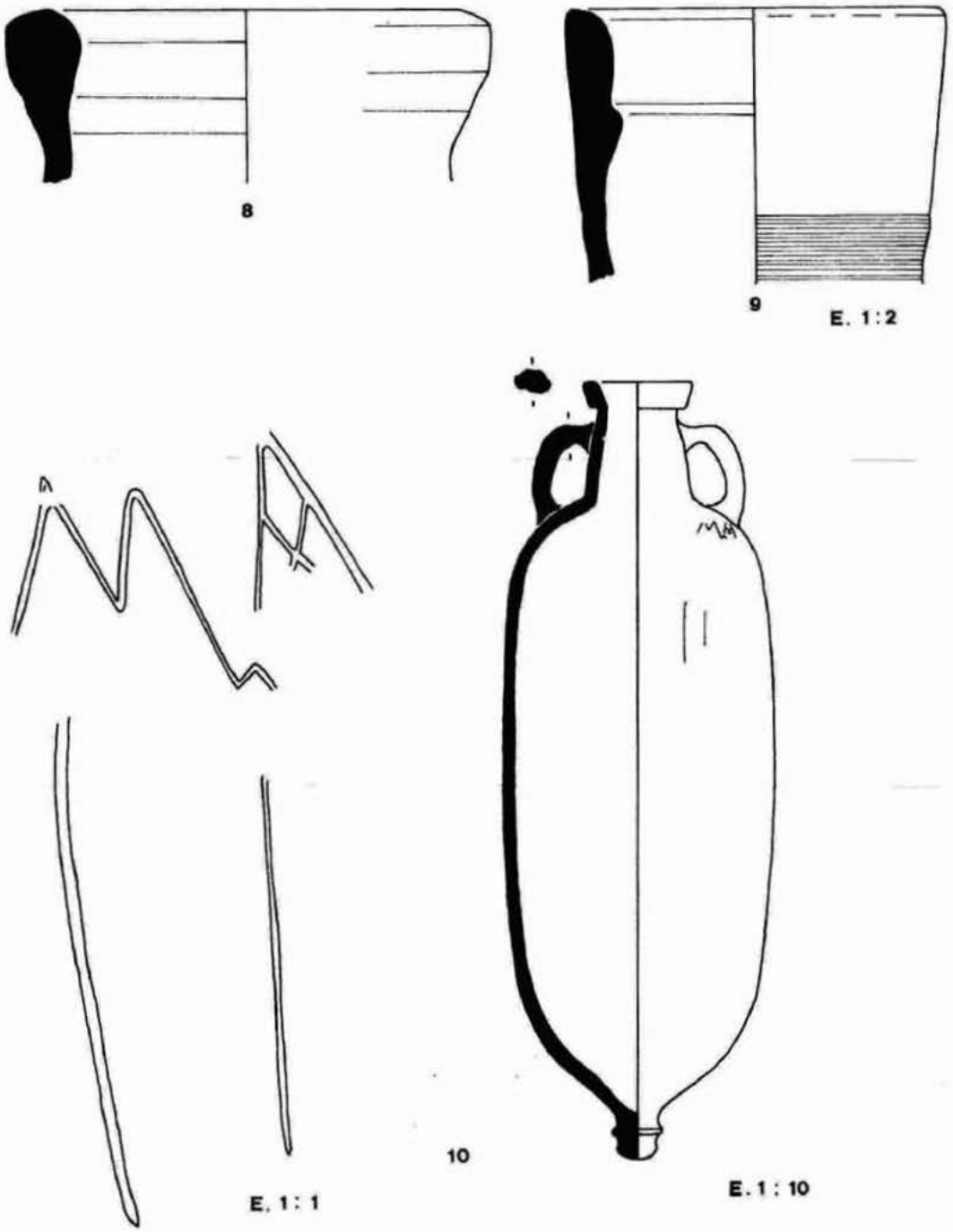


Fig. 2.— Ánforas africanas. 8: Keay XXXVI B, 9: Keay LV, 10: Keay LXI C.

oscila entre el rojizo y el naranja, siendo habituales las inclusiones de cal, mica y cuarzo y en algún caso partículas oscuras indeterminadas. En la superficie externa presentan engobes de coloración amarillenta.

—Keay XXXVI/Beltrán 63. (Fig. 2, 8)

Forman parte de la serie de los contenedores cilíndricos tardo-romanos de grandes dimensiones.

Son ánforas de cuello troncocónico y corto, cuerpo cilíndrico de dimensiones grandes acabado en pivote macizo, asas de sección oval que arrancan del borde, que está poco destacado y engrosado al exterior.

Sus características morfológicas y el tipo de pasta sugieren un origen tunecino, apuntándose el aceite de oliva como producto que transportaban.

Esta producción se inicia hacia principios o mitad del siglo V, en Cartago no aparecen antes del 450-475 (Fulford/Peacock, 1984: 131, fig. 15) y en la Schola

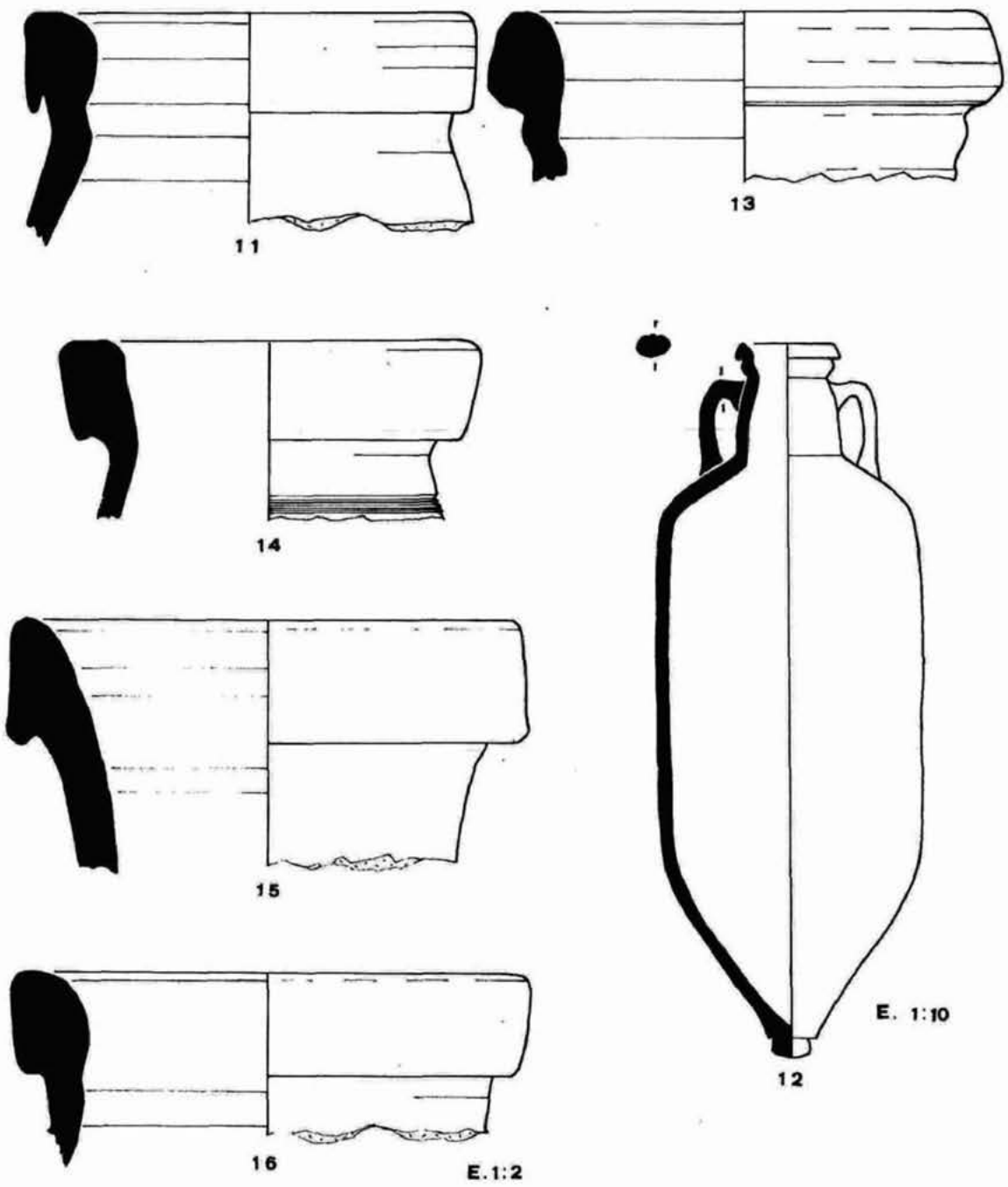


Fig. 3.— Ánforas africanas tipo Keay LXII. 11: Var. A, 12: Var. B, 13: Var. C, 14: Var. G, 15: Var. N, 16: Var. M.

Praeconum lo encontramos en contextos del 430-440 (Whitehouse et alii, 1982: fig. 10). En los yacimientos catalanes aparecen en contextos de entre principios y mediados del siglo V y mediados del VI (Keay, 1984: 245). En el vertedero de Vila-roma se datan en el segundo cuarto del siglo V (Ted'a, 1989: 263).

En Punta de l'Illa está representada la variante B con seis ejemplares. En todos ellos se reflejan las características de las pastas tunecinas, de arcillas duras y bien cocidas, coloración que varía del rojizo al anaranjado, con inclusiones de cuarzo, cal y mica y con las superficies engobadas en tonalidades ocres y grisáceas.

—*Keay LV/Almagro 52/Beltrán 53/Scorpan II.* (Fig. 2, 9)

Son ánforas de cuello y cuerpo cilíndricos, de apreciables proporciones, acabando en un pivote desta-

cado y macizo. Las asas son de sección elíptica y el borde, una continuación vertical del cuello con un característico engrosamiento en la cara interna.

Las características de la pasta hacen pensar en un origen tunecino, apuntándose la posibilidad de que transportaran aceite de oliva.

Hay pocos elementos para su fechación, en Cartago hay ejemplos de la variante A en contextos del 600 (Fulford/Peacock, 1984: 216, figs. 66-67). De esta misma variante hay una pieza datada en el siglo VI en Tomis (Scorpan, 1977: 271).

En la Península, su ausencia en el vertedero de Vila-roma, datado entre el 440-450, hace pensar en fechas más tardías. Según las observaciones de Keay (1984: 293), en Cataluña se constata que este tipo no aparece en la Península hasta finales del siglo V, perdurando hasta finales del VI.

El yacimiento de Punta de l'Illa ha proporcionado tan sólo un ejemplar de este tipo, cuyas características técnicas son las típicas de las producciones norteafricanas: arcilla dura de coloración rojiza, inclusiones de cal, cuarzo transparente y mica. En la superficie externa presenta un engobe amarillento.

—Keay LXI/Beltran 60. (Fig. 2, 10) (Lám. I, 1)

Este tipo anfórico fue individualizado por Beltrán en su tipología sobre las ánforas de la Península Ibérica. Keay establece cinco variantes según la morfología del borde.

Son ánforas de cuello ancho y cuerpo cilíndrico acabado en un pivote macizo y asas de sección elíptica unidas al cuello. Tienen el borde engrosado, de sección rectangular y con la cara externa generalmente vertical. Sus características técnicas hacen pensar en un origen tunecino y se sospecha que pudieron transportar aceite. Son piezas de cronología tardía que tienen su aparición en el Mediterráneo en la primera mitad del siglo V, perdurando hasta mediados o finales del siglo VI. En Cataluña suelen aparecer generalmente en niveles de abandono del siglo VI (Keay, 1984: 305-309), pero en el vertedero de Vila-roma ya están presentes en la primera mitad del siglo V (Ted'a, 1989: 266-267). En el pecio de Yassi Ada, datado en el siglo VII, aparece un pivote que podría corresponder a este tipo de producciones (Bass/Van Doorninck, 1982: 185, figs. 8-20 P.76).

En el yacimiento de Punta de l'Illa aparece un ejemplar completo de la variante C, así como tres fragmentos de borde de la variante A. Todos ellos presentan características técnicas homogéneas, con arcillas duras de tonalidades rojizas o anaranjadas, con inclusiones de cal, mica plateada, cuarzo transparente y blanco y partículas oscuras indeterminadas. En la superficie es habitual la presencia de engobes de tonalidades ocres o blanquecinas.

Es de destacar la presencia en el ánfora completa, variante C, de dos grafitos. Uno de ellos realizado antes de la cocción de la pieza y situado en la zona de la panza, se trata de dos líneas rectas verticales y paralelas. El otro grafito se sitúa en los hombros, a la altura de la unión de las asas con el cuerpo, apreciándose las letras



—Keay LXII/Beltrán 59/Mid Roman Amphora 17 A. (Fig. 3) (Lám. 1, 2)

Keay, partiendo de la diversidad morfológica de estos contenedores, establece veinte variantes de bordes y quince de pivotes.

Sus características formales vienen definidas por un cuello troncocónico de perfil convexo que se invierte al unirse con el borde, cuerpo cilíndrico que acaba en un pivote corto y macizo que presenta un engrosamiento en la parte inferior. Las asas, de sección oval, arrancan del cuello. Los bordes son ligeramente exvasados y de sección triangular.

Por sus características tipológias y su similitud con los tipos LX y LXI, es probable un origen tunecino, así como el que transportara aceite.

Según se desprende de los estudios realizados por Keay en yacimientos catalanes, este tipo anfórico tendría una primera fase inicial de su producción en el segundo cuarto del siglo V, introduciéndose el tipo ya clásico en el tercer cuarto del mismo siglo y perdurando su producción hasta mediados del siglo VI. Sin embargo, en el yacimiento de Vila-roma aparece este tipo totalmente desarrollado en un contexto entre el 440-450 (Ted'a, 1989: 267).

En otros sitios como Cartago dan unas fechas del 450-475 en adelante, apareciendo ejemplares de la variedad B en contextos de mediados del siglo VI (Fulford/Peacock, 1984: 131-133, figs. 68-70). Las piezas aparecidas en la Schola Praeconum se datan entre el 430-440 y en el pecio de Fos-Sur-Mer tienen cronologías de finales del siglo VI, momento en que se iniciaría el declive de este tipo (Tortorella, 1981: 375). Así pues, apareciendo a partir del segundo cuarto del siglo V, su mayor difusión se dará en la segunda mitad del mismo y en el siglo VI, en que su exportación va a ser masiva.

Las variantes aparecidas en Punta de l'Illa son la A, B (ejemplar completo), C, G, N y M. La variante B, muy similar a la A, se caracteriza por un borde en forma de copa y la variante C viene definida por bordes de perfil más exvasado.

Concretamente, se hallaron doce fragmentos de borde de la variante A, la más numerosa; y un fragmento de cada una de las variantes mencionadas.

Las características técnicas de estos ejemplares se corresponen con las típicas ánforas norte-africanas, te-

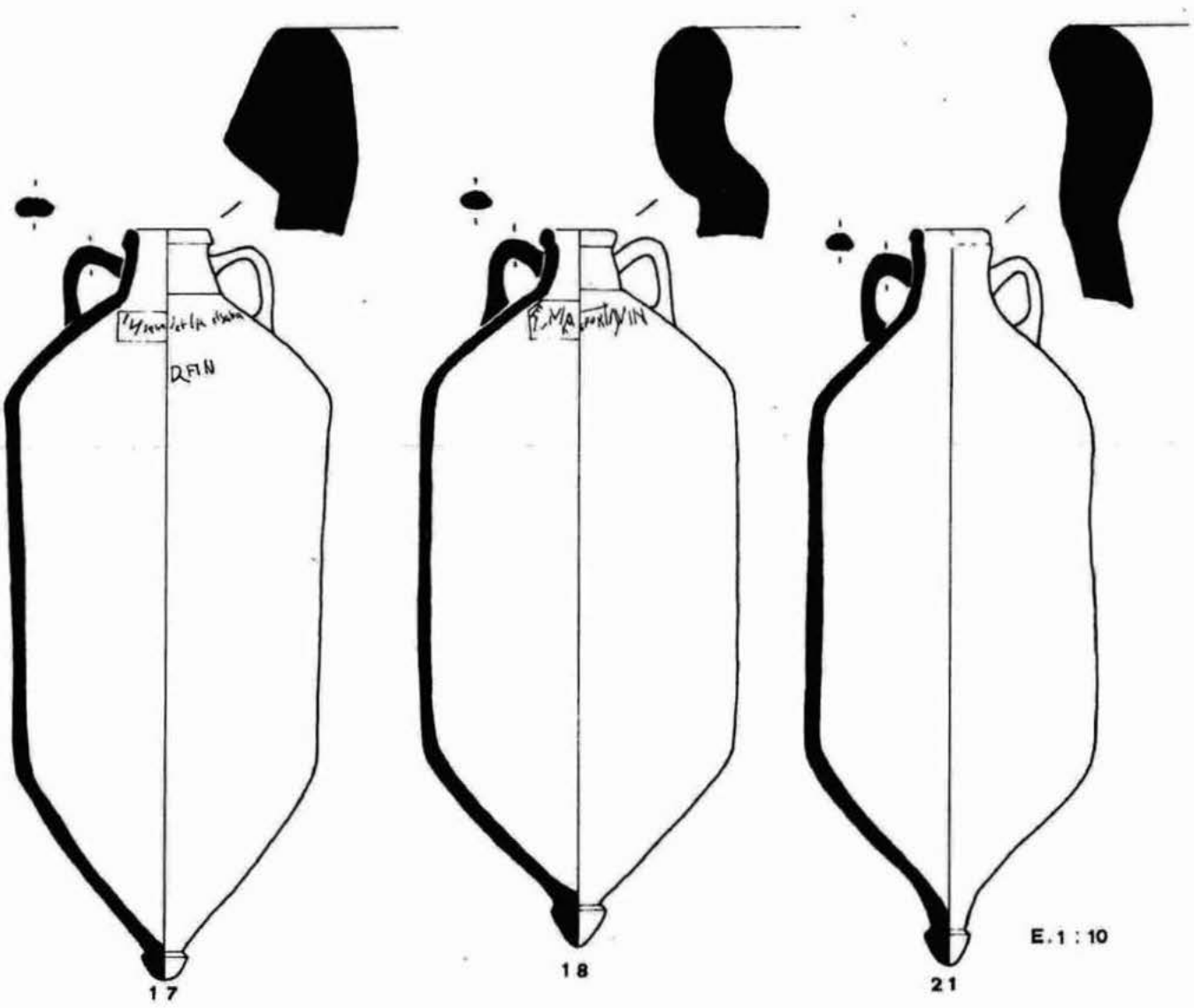


Fig. 4.— Ánforas africanas tipo Punta de l'Illa. 17: Tipo I, 18 Tipo II, 21: Tipo III.

niendo unas arcillas duras, de coloración que va del rojo intenso al anaranjado claro, con inclusiones de cal, cuarzo transparente, blanco y anaranjado, chamota y, en algunos casos, mica y partículas negras y grises. Las superficies exteriores presentan engobe de tonalidad blanquecina o amarillenta.

NUEVAS FORMAS

Bajo este epígrafe quedan recogidas una serie de ánforas que no han podido ser clasificadas siguiendo la tipología de S. J. Keay y de las cuales no hemos encontrado paralelos en la bibliografía consultada, pero que tanto por sus características morfológicas como por los análisis técnicos efectuados hacen presumir como de origen africano.

A partir de ejemplares completos restaurados nos ha sido posible diferenciar tres tipos en estas producciones, cuyas características morfológicas y técnicas son muy similares.

Se caracterizan principalmente por sus grandes dimensiones, con una altura que varía entre 102 y 113'5 cm. y una anchura máxima que oscila entre los 43 y los 50 cm. Presentan un cuerpo cilíndrico, cuello cónico y bordes variados. Tienen un pivote corto y macizo, las asas son de sección elíptica, robustas y abiertas en hombrera, muy características.

Este estudio ha quedado dividido en tres partes: A) Un análisis tipológico con la descripción morfológica de las piezas y descripción de las arcillas a nivel macroscópico. B) Un estudio técnico de las pastas mediante la técnica de lámina delgada y difracción de rayos X. C) Conclusiones.

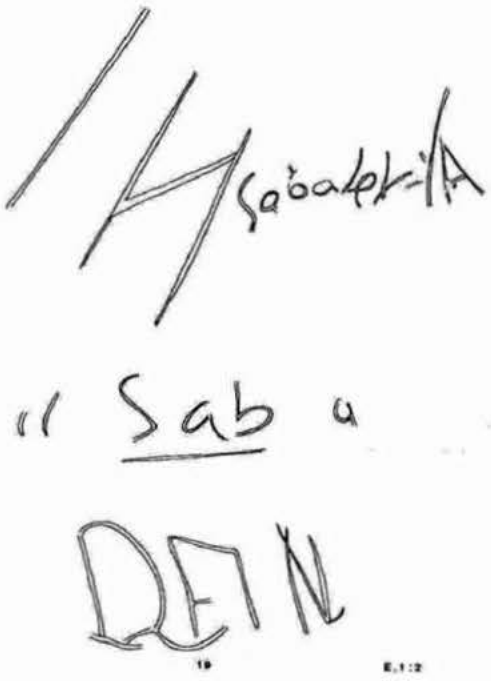


Fig. 5.— 19: Grafito en un ánfora tipo I de Punta de l'Illa.

A continuación pasamos a describir cada uno de los tipos a partir de los ejemplares completos.

A) Estudio tipológico

—*Tipo I* (Fig. 4, 17) (Lám. II, 1)

Anfora de cuerpo cilíndrico de grandes dimensiones, cuello ligeramente cónico, borde pequeño exvasado al exterior y de sección triangular, pivote corto y macizo de base plana. Las asas son robustas, abiertas en hombrera y de sección elíptica.

Sus dimensiones son:

- Altura: 113'5 cm.
- Anchura máxima: 50 cm.
- Diámetro de la boca: 13'5 cm.

La pasta varía entre una tonalidad rosa pálido y anaranjado. Otros ejemplares del mismo tipo presentan unas pastas de tono beige oscuro. Se distinguen inclusiones de cal, mica y cuarzo. De este tipo I se han contabilizado dos bordes y un ánfora completa restaurada.

El ejemplar completo presenta tres grafitos realizados después de la cocción de la pieza, dos de ellos situados en la zona de unión del cuello con el cuerpo y un tercero sobre el hombro, un poco más abajo de la unión del asa con el cuerpo (Fig. 5).

—*Tipo II* (Fig. 4, 18) (Lám. II, 2)

Muy similar al anterior. Cuerpo cilíndrico de dimensiones ligeramente más reducidas que el tipo I. Tiene el cuello cónico, borde convexo al exterior y cóncavo en el interior, pivote corto, macizo y ligeramente apuntado. Asas de sección elíptica, robustas y abiertas en hombrera.

Dimensiones:

- Altura: 102 cm.
- Anchura máxima: 43 cm.
- Diámetro de la boca: 11 cm.

El ejemplar presenta una pasta de color beige claro con zonas de tonalidad más grisácea, núcleo gris oscuro y superficie interior rosa pálido. Otros ejemplares presentan arcillas de tonalidades más oscuras dentro de la gama del beige y del gris. Se aprecian puntos de cal, mica y cuarzo.

El ejemplar completo presenta dos grafitos realizados después de la cocción. Ambos se sitúan en los hombros, en la zona donde las asas se unen con el cuerpo (Fig. 6).

Se han podido individualizar diecisiete bordes y un ánfora completa restaurada.

—*Tipo III* (Fig. 4, 21) (Lám. II, 3)

Muy similar a los tipos anteriores en su aspecto general. Sólo contamos con un ejemplar de este tipo III, completo restaurado. Tiene el cuerpo cilíndrico y de dimensiones parecidas a los tipos I y II. Fondo alargado con pivote semicircular, corto y macizo. Cuello cónico y borde poco diferenciado, ligeramente engrosado al exterior y labio moldurado. Asas robustas de sección elíptica y abiertas en hombrera.



Fig. 6.— 20: Grafito de un ánfora tipo II de Punta de l'Illa.

Dimensiones:

•Altura: 112 cm.

•Anchura máxima: 44 cm.

•Diámetro de la boca: 12 cm.

Pasta de color rosa pálido apreciándose puntos de cal, mica y puntos de color marrón indeterminados.

B) Estudio Técnico[3]

Este estudio se ha realizado mediante la observación de láminas delgadas de las muestras y difracción de rayos X, para una correcta apreciación de las inclusiones minerales características dentro de la matriz de la arcilla, esencial para la caracterización de los tipos y tratar de averiguar sus posibles áreas de producción.

Tanto en los fragmentos clasificados tipológicamente como pertenecientes al tipo I como al tipo II, se pudieron distinguir a simple vista dos coloraciones diferentes de la pasta, por lo que se analizaron dos fragmentos de distinta coloración de cada uno de los tipos:

•Tipo I: Muestras M-1 y M-4.

•Tipo II: Muestras M-2 y M-3.

No se pudieron preparar muestras de arcilla del tipo III, al contar tan sólo con un ejemplar restaurado y no disponer de fragmentos asimilables a este tipo. Sin embargo, tanto tipológicamente como por el examen macroscópico de la arcilla, puede incluirse dentro del mismo grupo de procedencia que los tipos I y II.

1. *Composición mineralógica de la pasta*

1.1. Análisis por difracción de rayos X

El material molido a tamaño pasante por tamiz de 50 micras, se ha examinado mediante un difractómetro de polvo de dos círculos (Siemens D-500), obteniéndose los siguientes difractogramas de polvo.

En los difractogramas de polvo se han identificado las fases que se señalan:

	Cuarzo	Calcita	Mica	Feldesp.	Hematites
M-1	***	**	**	*	**
M-2	***	**	**	*	**
M-3	***	**	**	*	—
M-4	***	**	**	*	—

*** Muy abundante
** Abundante
* Escaso
— Ausente

1.2. Estudio textural de las secciones de los tiestos

M-1: El color de la pasta es rojizo con la parte cóncava oxidada (rojiza) y parte convexa no oxidada (grisácea) y núcleo especialmente no oxidado (corazón negro). Porosidad macroscópica apreciable.

M-2: Similar a M-1.

M-3: Partes externas del tiesto eventualmente oxidadas y de tono rojizo, el interior del tiesto se presenta no oxidado y de tono grisáceo. Menos apreciable la porosidad macroscópica.

M-4: Tonos gris-beige, apariencia no oxidada. Existencia de zonas de tono más oscuro (grisáceo), aparentemente no oxidadas. Porosidad apreciable y fuerte laminación.

1.3. Estudio de las láminas delgadas por microscopio petrográfico

Se han reconocido las fases caracterizadas previamente por difracción de rayos X.

Los tamaños de partículas son finos y el aspecto anguloso y subredondeado (Lám. IV).

Destacar en las muestras analizadas la presencia, relativamente abundante, de mica (moscovita) de forma laminar (Lám. V, 1).

Son frecuentes asimismo las partículas de minerales opacos que deben corresponder, según los análisis de difracción, a granos de hematites o de otros minerales ferruginizados, en las muestras M-1 y M-2.

La calcita es componente abundante en todas las muestras, destacando la presencia de granos no reaccionados y de residuos de granos que han reaccionado produciendo un vacío en el centro del grano (Lám. V, 2); y en el caso de la muestra M-3, por presentarse la calcita como restos fósiles atribuibles a fragmentos de equínidos (Lám. V, 3). El tamaño de partícula en la muestra M-3 es algo mayor y se caracteriza asimismo por presentar mayor frecuencia de cristales angulosos, existiendo predominio de los subangulosos.

El feldespato está presente en todas las muestras, aunque es escaso, presentando formas angulosas (Lám. V, 4).

C) Conclusiones

El análisis de las pastas no debe plantearse como un fin en sí mismo, sino que debe considerarse como un medio complementario, junto con el análisis tipológico, para sacar la máxima información de los restos cerámicos y contribuir a un mejor conocimiento histórico.

Lo primero que se destaca es que nos encontramos ante un conjunto homogéneo tanto a nivel tipológico como a nivel técnico.

Por lo que se refiere a las pastas, la M-1 y M-4 aparecen en el tipo I de Punta de l'Illa y las pastas M-2

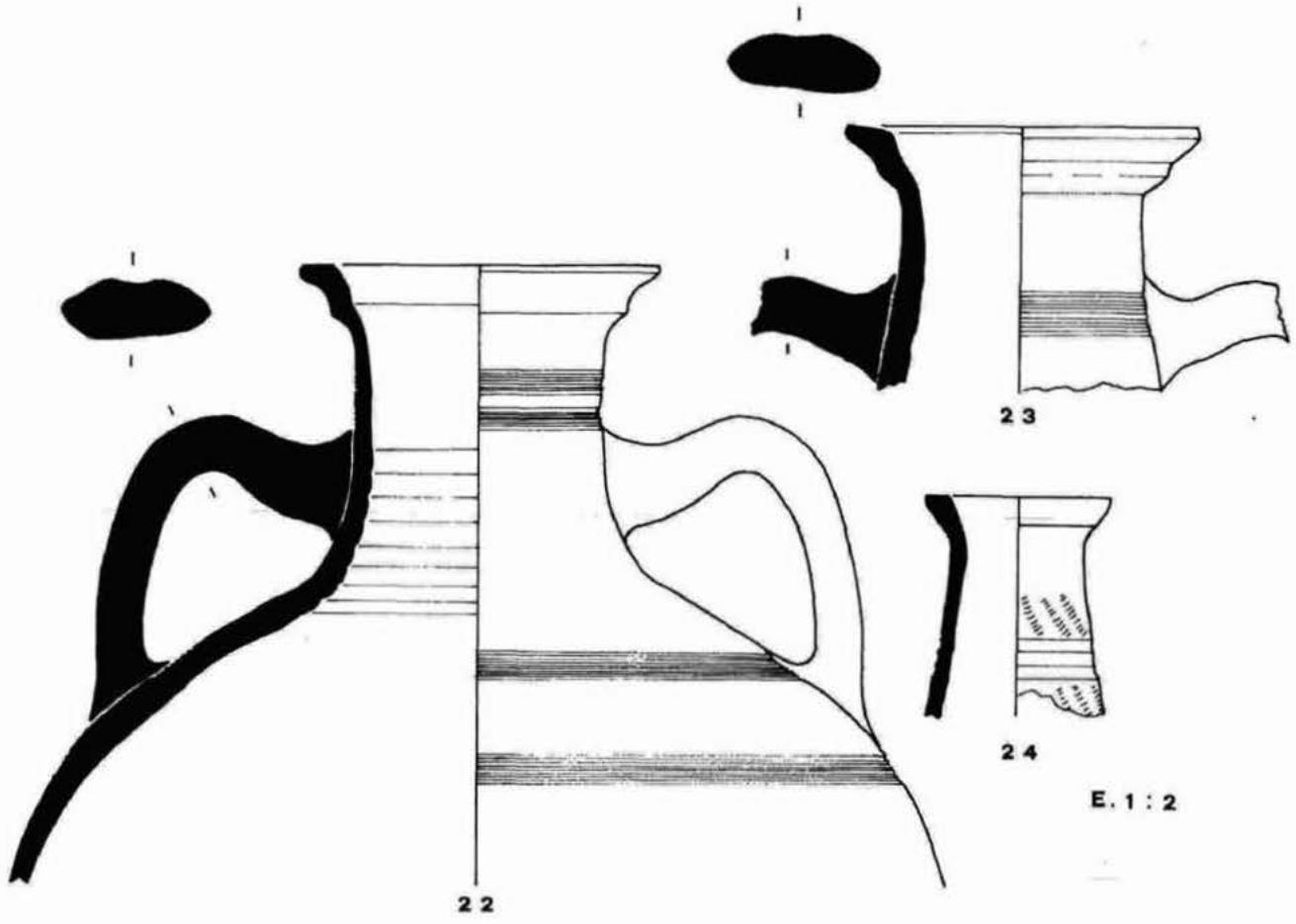


Fig. 7.— Ánforas de producción indeterminada. 22: Keay LXXII, 23: Keay LXXII, 24: Keay LXXIX.

y M-3 en el tipo II. En todos los casos analizados se puede establecer que el tiempo de cocción no ha sido superior a los 900° C. Hay una mala oxidación de la materia orgánica (corazón negro) en los tiestos, lo que indica que la cocción ha sido de corta duración.

El tamaño de las partículas es fino y los tiestos presentan una abundante porosidad.

El análisis de láminas delgadas al microscopio petrográfico ha revelado que las muestras presentan unas inclusiones minerales básicamente similares, destacando tan sólo la ausencia de hematites en las muestras M-3 y M-4. En todas las muestras están presentes el cuarzo, la calcita, la mica y el feldespato, destacando los tres primeros.

En cuanto a la posible zona de origen de estas producciones, desde un punto de vista tipológico queda patente su similitud con los contenedores cilíndricos de grandes dimensiones de época tardo-romana y de origen africano, con los que pueden incluirse.

Sin embargo, y desde un punto de vista técnico, resulta muy complejo precisar las zonas de producción de estos tipos. Las ánforas aquí analizadas no presentan las típicas pastas norteafricanas, duras, de tipo ladrillo y de coloraciones rojo púrpura o anaranjadas («African red ware»), típicas de las producciones del norte de Túnez (grupo «Carthage-Nabeul»), identificadas por D.S.P. Peacock (Fulford/Peacock, 1984: 6-28). Sin embargo, las inclusiones minerales y la fábrica de las ánforas parecen apuntar hacia un origen africano (probablemente Túnez o proximidades).

PRODUCCIONES INDETERMINADAS

En este apartado presentamos dos tipos de ánforas de reducidas dimensiones, tipos Keay LXXII y LXXIX, de las cuales se desconoce la zona de origen.

Tipos

—*Keay LXXII.* (Fig. 7, 22-23)

Ánfora de pequeñas dimensiones, de cuello cilíndrico, cuerpo globular y asas unidas a la parte inferior del cuello. El borde está moldurado y presenta un reborde pronunciado. Suelen presentar decoración incisa en el cuello y en los hombros.

Es un tipo poco conocido, del que no hay evidencias concretas en cuanto a su origen y contenido. Así

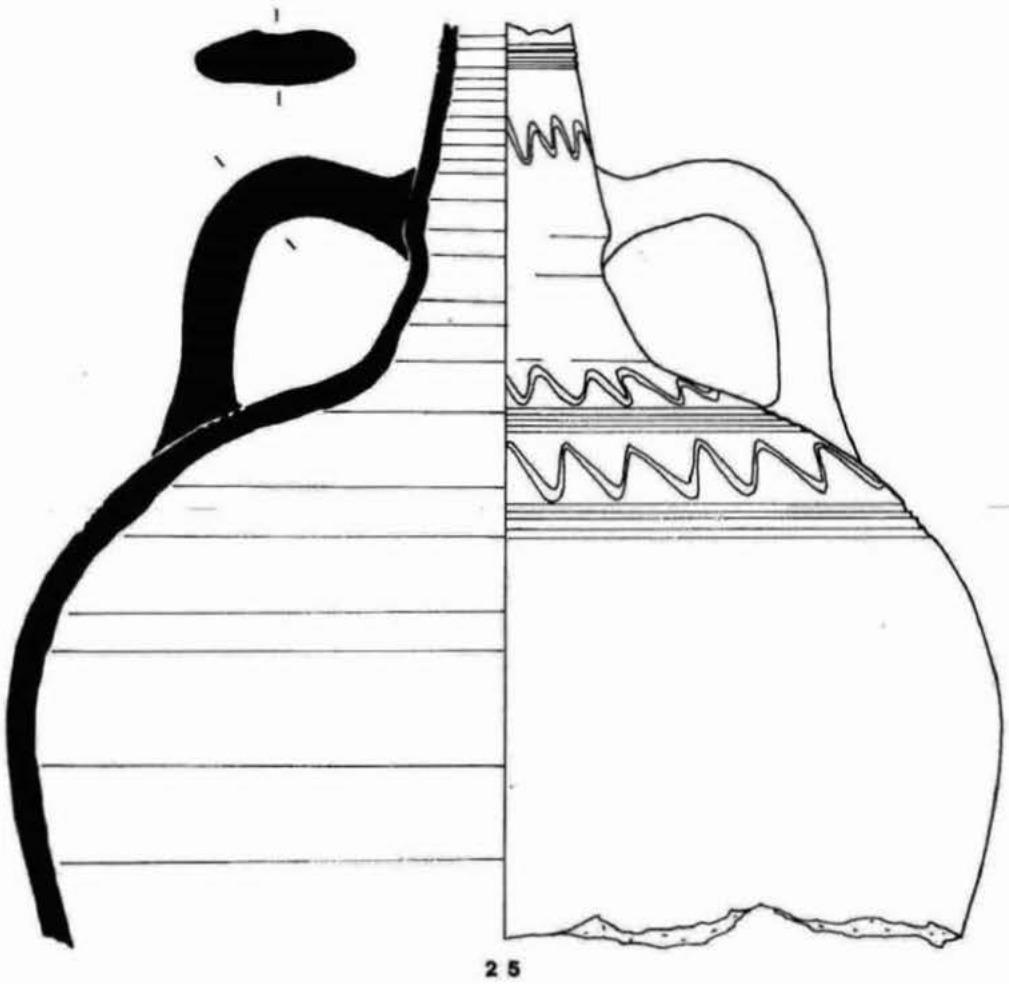


Fig. 8.— 25: Keay LXXIX B.

mismo, los elementos que disponemos para su datación son escasos. Tan sólo un ejemplo aparecido en Cartago, en un contexto del 500 d.C. (Fulford/Peacock, 1984: 221, fig. 109) y otros ejemplos en Cataluña, en la Torre de la Audiencia que proporciona un límite cronológico superior de mediados a finales del siglo VI (Keay, 1984: 374).

El yacimiento de Punta de l'Illa ha proporcionado ocho bordes y dos fragmentos de cuerpo con asas, decorados con bandas de líneas incisas en la zona de arranque de las asas y a la altura en que éstas se unen al hombro. Presentan pastas homogéneas todas ellas, duras, de coloración anaranjada, con inclusiones de cal, mica plateada y cuarzo transparente. La superficie externa presenta en casi todos los fragmentos un ligero recubrimiento blanquecino.

—*Keay LXXIX/Vegas 42*. (Fig. 7, 24; Fig. 8 y Fig. 9, 26)

Keay distingue dos variantes según lleven una o dos asas, variante A y B respectivamente.

Son recipientes de reducidas dimensiones, de cuello cilíndrico alto, cuerpo globular con hombros ligeramente carenados, base convexa o con pie en anillo y asas de sección elíptica. Suelen presentar decoración peinada en el cuello y zona de los hombros.

No hay evidencias ni para su origen ni para su contenido. Respecto a su fechación los datos son también escasos, aunque parecen tener un límite cronológico inferior de la segunda mitad del siglo V, perdurando hasta finales del siglo VI o principios del VII.

En Punta de l'Illa aparece un fragmento de borde, imposible de adscribir a alguna de las variantes de Keay, ya que no sabemos el número de asas que podría llevar. Presenta decoración peinada en dos bandas en el cuello. Por otra parte, hay dos grandes fragmentos

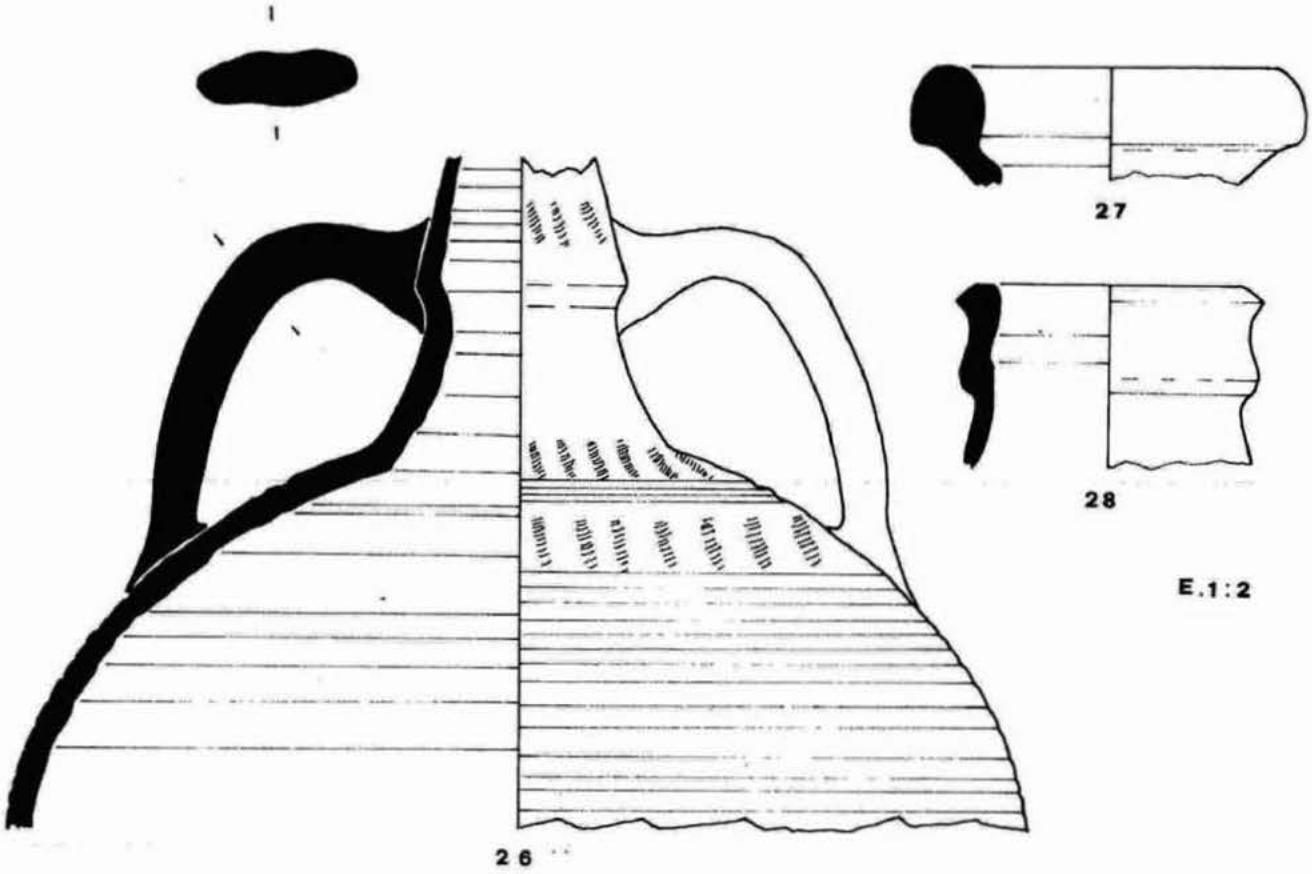


Fig. 9.— Ánforas de producción indeterminada y tipos sudhispánicos. 26: Keay LXXIX B, 27: Keay XIII, 28: Keay XIX.

de cuello y cuerpo de la variante B. Uno de ellos presenta decoración a base de bandas de líneas incisas paralelas y líneas onduladas en cuello y hombros; el otro fragmento presenta decoración impresa a modo de pétalos en el cuello, y en los hombros, de líneas incisas paralelas separando dos bandas con decoración de pétalos.

Los tres ejemplares tienen pastas de las mismas características, son duras de color rosado o anaranjado claro con inclusiones de cal, mica y cuarzo. En la superficie externa presentan restos de recubrimiento de coloración blanquecina.

LAS PRODUCCIONES HISPÁNICAS

Las producciones hispánicas en el yacimiento de Punta de l'Illa de Cullera están representados por un ejemplar de ánfora tipo Keay XIII y otro del tipo Keay XIX, ambos de la Bética.

Como vemos, su presencia es muy minoritaria con respecto a las otras dos grandes áreas de producción, Africa y el Mediterráneo oriental.

Morfológicamente presentan un cuerpo ovoide, en el caso de tipo Keay XIII, y un cuerpo piriforme en el tipo Keay XIX.

Fueron tradicionalmente empleados para la exportación de los excedentes de aceite bético (Keay XIII) y salazones (Keay XIX).

Tipos

—Keay XIII/Dressel 23. (Fig. 9, 27)

Keay establece cinco variantes para este tipo atendiendo a las características de los bordes y a las pastas.

Son ánforas de cuello corto, cuerpo ovoide sin pivote diferenciado, asas de sección circular u oval unidas al cuello bajo el borde que es de sección triangular.

Su origen se sitúa en el sur de la Península Ibérica, concretamente en la zona del valle del Guadalquivir y su contenido sería el aceite bético.

La cronología de esta producción se sitúa entre pricipios del siglo IV y mediados del siglo V, atendiendo a las cronologías obtenidas en Vila-roma (Ted'a, 1989: 291). En la Schola Praeconum estos ejemplares están datados en el 430-440 d.C. (Whitehouse et alii, 1982: 76, fig. 12).

En Punta de l'Illa tan sólo se cuenta con un fragmento de borde de la variante C. Esta variante se ca-

racteriza por presentar una acanaladura en la parte interna del borde, por tener el cuello prácticamente inexistente y asas de sección circular. Su pasta es la típica de estas producciones, con una tonalidad beige blanquecina, con cuarzo, mica plateada y partículas férricas de color negro. En superficie presenta restos de engobe beige-amarillento.

—Keay XIX/Almagro 51 A-B/Beltrán 52. (Fig. 9, 28)

Son ánforas de cuerpo piriforme y fondo apuntado que acaba en un pivote cilíndrico y macizo. Las asas son de sección ovoide, aplicadas al cuello, el borde es en forma de «S» invertida.

Keay establece tres variantes, la A, de boca estrecha; la B, de boca ancha y la C, que presenta características morfológicas diferenciadas en el borde.

Atendiendo a sus características morfológicas y técnicas se le puede atribuir un origen sud-hispánico, puesto que tiene pasta similar a la variante C del tipo XIII de Keay.

En cuanto al contenido no hay muchas evidencias, aunque en el vertedero de Vila-roma apareció un ejemplar con recubrimiento interior alquitranoso, sustancia ya detectada en ánforas de Marsella (Ted'a, 1989: 294), lo que invalida el transporte de aceite, al menos para estos ejemplares.

La cronología que proporcionan los yacimientos catalanes estudiados por Keay, así como el vertedero de Vila-roma, vienen a dar unas fechas amplias, de los siglos IV al V.

En Roma se hallan presentes en la Schola Praecon-um, datados en el 430-440 (Whitehouse et alii, 1982: fig. 166) y en Cartago en contextos de después del año 500 d.C., aunque estos últimos deben considerarse como residuales.

En Punta de l'Illa apareció un único fragmento perteneciente a la variante A. Presenta la pasta dura, de coloración beige, con inclusiones de cuarzo transparente, cuarcita, partículas negras y puntos de cal.

LAS PRODUCCIONES ORIENTALES

Están presentes los tipos más comunes de recipientes de transporte de la Antigüedad tardía producidos en el Mediterráneo oriental, aunque con unos valores minoritarios respecto a las ánforas de procedencia africana. Se han podido identificar cuatro diferentes tipos de ánforas de procedencia oriental producidas en dos principales áreas geográficas: zonas del Mar Negro y Egeo septentrional (tipo LXV) y área sirio-palestina (tipos LIII, LIV y LXVI).

Estas ánforas se caracterizan por un cuerpo generalmente ovoide o globular, con la base sin diferenciar y por presentar unas superficies acanaladas o con estrías, muy característico de estas producciones.

Tipos

—Keay LIII/British Bii/Late Roman amphora 1/Kuzmanov XIII/Scorpan VIII B/Beltrán 82/Yassi Ada 1. (Fig. 10, 29-30)

Ánfora de cuerpo ovoide, cuello cilíndrico, borde vertical o ligeramente exvasado, asas de sección circular provistas de una o dos acanaladuras más o menos profundas que recorren la cara externa de las mismas y que le dan un aspecto muy característico, fondo sin diferenciar y superficie acanalada.

Keay (1984: 268-278) distingue cuatro variantes en este tipo a partir de las diferencias que presentan los bordes. En Punta de l'Illa de Cullera están representadas las dos primeras variantes, la A y la B, con un borde respectivamente.

La pasta tiene una coloración entre beige-anaranjada y marrón anaranjada, presentando inclusiones de pequeño tamaño destacando los puntos negros de naturaleza ferro-magnésica, puntos de cal y cristales opacos de cuarzo.

Es frecuente en este tipo la presencia de *tituli picti* en la zona del cuello o de los hombros, realizados con pigmento rojo y en caracteres cursivos griegos, haciendo referencia a la capacidad, anotaciones comerciales (Lang, 1976: Pl. 14, I 14) y fórmulas religiosas (Pensabene, 1981: 189-213). Estas ánforas nunca van estampilladas ni suelen llevar grafitos, sin embargo uno de los ejemplares que aquí presentamos (variante A), lleva un grafito en la zona baja del cuello realizado después de la cocción de la pieza y donde aparecen incisas las letras F P.

La zona de origen de estas ánforas parece que se centra en la región de Antioquía (Riley, 1981: 120, fig. 14), pues a ello apuntan tanto las evidencias históricas como los análisis petrológicos.

En cuanto al contenido de estos recipientes, Keay (1984: 271) apunta la posibilidad de que transportaran aceite basándose en el área de origen, principalmente dedicada a la producción de vino y aceite durante los siglos IV-VI d.C. en un momento de gran prosperidad agrícola (Riley, 1981: 120), aunque el hecho de que en un ejemplar de la Torre de la Audiencia de Tarragona apareciera recubierto interiormente con resina hace pensar que pudieran transportar algún otro producto (Keay, 1984: 271). De esta última opinión participa Bonifay (1987: 300-301) que también hace mención de la materia resinosa que recubre el interior de los ejemplares aparecidos en La Bourse, Marsella.

Por lo que se refiere a la cronología, la exportación de este tipo hacia el Mediterráneo occidental se inicia

a principios del siglo V. Keay (1984: 271-278) propone una cronología de finales del siglo V para la llegada de estas ánforas a la Península Ibérica basándose en su ausencia en el Cementerio Paleocristiano de Tarragona, datado entre el siglo IV y mediados del siglo V y su presencia en el Claustro de la Catedral de Tarragona, en un contexto de finales del siglo V. Sin embargo, hay que tener presente la diferente naturaleza de los distintos yacimientos, ya que en las necrópolis se produce una discriminación a favor de los envases de mayor tamaño, más acordes para el fin destinado.

Las más recientes evidencias cronológicas para este tipo de ánforas, vienen proporcionadas por los datos obtenidos en el vertedero de Vila-roma, en el Foro Provincial de Tarragona, cuyo material ha sido datado por los autores entre los años 440-450 (Ted'a, 1989: 280-284).

—*Keay LIV/Almagro 54/Kuzmanov XIV/Scorpan XIV/Beltrán 54/Late Roman amphora 4/Caesarea 2.* (Fig. 10, 31-32) (Lám. III, 1)

Ánfora de perfil elíptico, sin cuello, borde reentrante poco marcado, asas pequeñas y redondeadas de sección oval o elíptica, superfice acanalada y fondo no diferenciado, redondeado o cónico. Uno de los aspectos más característicos de estas ánforas es el tratamiento que presentan, realizado mediante pegotes de arcilla alisados burdamente con los dedos y dispuestos alrededor del borde, dándoles una apariencia tosca y descuidada. Keay (1984: 278-279) subdivide el tipo en seis variantes, de las cuales están representadas en Punta de l'Illa de Cullera la variante B, con un fragmento de borde, y un ejemplar completo de la variante D.

La pasta presenta un tono entre marrón-ocre y marrón-rojizo, distinguiéndose inclusiones minerales de cuarzo, puntos de cal, mica, feldespato y finas partículas negras indeterminadas.

El origen de este tipo se ha situado en Palestina, concretamente en la región de Gaza, a partir de los estudios petrológicos efectuados por Riley (1975: 27-31).

En cuanto al producto que comercializaba este tipo de ánfora, se ha sugerido el vino como lo más probable, tanto por las evidencias literarias como por el hecho de que en muchos de los ejemplares hallados se ha podido apreciar un recubrimiento interno a base de brea (Keay, 1984: 280). Los ejemplares hallados en Punta de l'Illa de Cullera presentan un recubrimiento interno de color oscuro que asociamos con esta práctica.

La llegada de estas ánforas al Mediterráneo occidental parece que se produce en un momento temprano, que estaría situado alrededor de finales del siglo IV, siendo común durante los siglos V y VI (Keay, 1984: 280-281).

—*Keay LXV/British Bi/Agora M-272/Scorpan VII A/Kuzmanov XIX/Late Roman amphora 2/Beltrán 71/77.* (Fig. 10, 33)

Este tipo de ánfora presenta un cuerpo globular y superficie minuciosamente estriada, muy característica; cuello en forma de cono invertido, borde pronunciado, asas inclinadas de sección elíptica y base no diferenciada acabada en un pequeño resalte a modo de botón.

La coloración de la pasta presenta un tono beige-rosado y se aprecian abundantes puntos de cal, claramente visibles en la superficie de la pieza; mica, cuarzo y pequeños puntos negros.

Aunque su origen no esta muy claro, tanto el área de distribución (Scorpan, 1977: 274-277) como los análisis técnicos, permiten situar el origen en una zona en torno al Mar Negro. El origen oriental de estas ánforas viene reforzado por la presencia de *tituli picti* en caracteres griegos que hacen referencia a la capacidad del envase (Tudor, 1968: 397).

Aunque estamos lejos todavía de poder determinar con exactitud el tipo de producto envasado en estas ánforas, lo más probable es que transportaran vino (Scorpan, 1977: 276).

Su exportación hacia el Mediterráneo occidental parece que se inicia en el segundo cuarto del siglo V, pues están presentes en el vertedero de Vila-roma (Ted'a, 1989: 279), siendo su difusión bastante limitada. En Punta de l'Illa de Cullera este tipo está representado por un solo ejemplar.

—*Keay LXVI/Agora M.329-330/Kuzmanov VI/Scorpan VI/Caesarea 1 B/Late Roman amphora 5.* (Fig. 10, 34-35) (Lám. III, 2)

Ánforas en forma de saco, sin cuello, con borde vertical redondeado, no diferenciado. Tiene dos pequeñas asas en forma de orejetas sobre los hombros, de sección oval o elíptica, presentando acanaladuras finas y bien marcadas en toda su superficie a partir de los hombros.

La arcilla tiene una coloración entre rosada y anaranjada, con inclusiones de cuarzo, mica y calcita.

Parece que no hay dudas sobre el origen palestino de este tipo, muy común en aquella zona, sugiriéndose la posibilidad de los alrededores de Caesarea como lugar concreto de producción de este envase (Riley, 1975: 26).

Por lo que se refiere al contenido de estos recipientes no contamos con ninguna evidencia segura, pero muy probablemente transportaron vino o aceite, productos típicos de la zona sirio-palestina y tradicionalmente exportados hacia occidente durante la Antigüedad tardía.

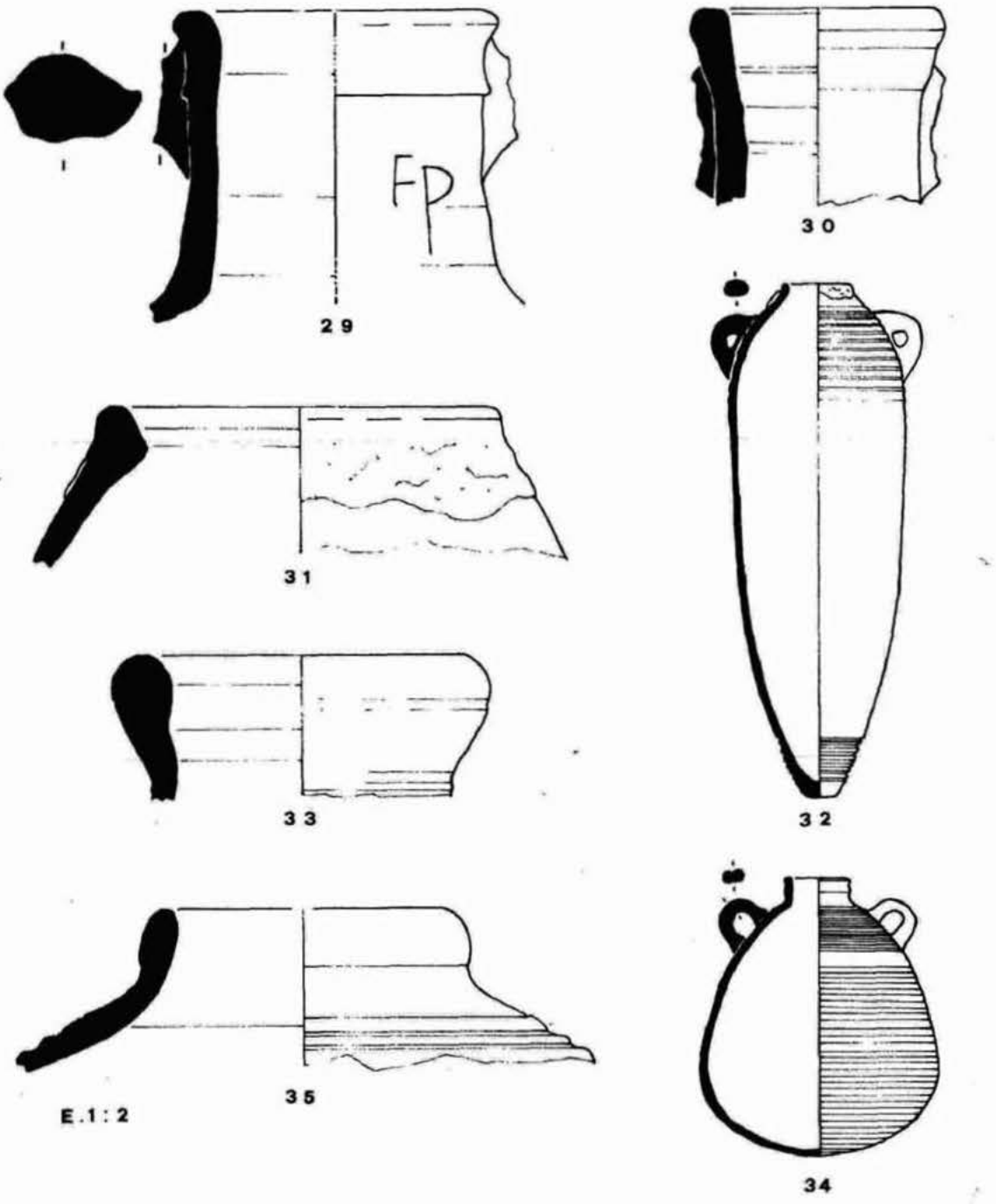


Fig. 10.— Ánforas del Mediterráneao oriental. 29: Keay LIII A, 30: Keay LIII B, 31: Keay LIV B, 32: Keay LIV D, 33: Keay LXV, 34: Keay LXVI, 35: Keay LXVI.

Las recientes investigaciones parecen apuntar que el inicio de la producción de estas ánforas puede establecerse a mediados del siglo V (Riley, 1975: 55), alcanzando su máxima producción entre principios y finales del siglo VI (Riley, 1975: 60-61). La exportación hacia occidente es temprana, apareciendo en un contexto de entre mediados y finales del siglo V en Cartago (Riley, 1981: 90), estando presente durante todo el siglo VI. En la Península Ibérica este tipo se ha documentado escasamente. No está presente en el vertedero de Vila-roma, datado entre los años 440-450, aunque sí aparece en contextos similares en Roma, Cartago y Marsella (Ted'a, 1989: 289). El único ejemplar documentado por Keay (Keay, 1984: 356, fig. 166, 14) proviene de la Torre de la Audiencia en Tarragona, con una cronología de mediados a finales del siglo VI. En Punta de l'Illa de Cullera han aparecido dos ejemplares de este tipo de ánfora, uno de ellos bastante com-

pleto, similar al publicado por Scorpan (Scorpan, 1977: 273, fig. 9.4), hallado en Histria y con una cronología del siglo VI.

CONCLUSIONES

El estudio de las ánforas no puede plantearse del mismo modo que el estudio de las cerámicas finas, de cronología mucho más afinada. La datación de las ánforas es mucho más amplia, por esta causa, querer separar el estudio del material anfórico del resto de las producciones cerámicas implica ofrecer una visión parcial de las relaciones comerciales en esta época.

Creemos que la importancia de las ánforas reside principalmente en la información que nos proporciona en cuanto al contenido y origen de los productos que transportaron y así poder ampliar el panorama de las relaciones comerciales y económicas de Valencia durante la Antigüedad tardía.

Desde un punto de vista cronológico las ánforas de Punta de l'Illa de Cullera, consideradas en su conjunto, ofrecen una datación amplia que abarca del siglo IV al VI.

El conjunto más numeroso de ánforas son las de origen africano, estando especialmente bien representados los contenedores cilíndricos de grandes dimensiones de época vándala (tipos Keay XXXV, XXXVI, LXI y LXII), así como los tipos I, II y III de Punta de l'Illa, los cuales tendrían un mismo origen y similar cronología. El hecho de que el tipo Keay LXII, considerado como el más característico de la producción de época vándala, esté bien representado en Punta de l'Illa, nos hace pensar en que nos encontramos en un momento avanzado de la segunda mitad del siglo V o principios del VI.

Hacia esta última fecha parece apuntar la presencia del tipo Keay LV, ánfora que no llega a la Península hasta finales del siglo V o principios del VI, lo mismo que la forma Keay XXXVI B. Por último, las ánforas de origen indeterminado tipo Keay LXXII, vienen a apoyar unas fechas avanzadas, pues en todos los casos documentados aparecen en contextos del siglo VI; y además está bien representado en el yacimiento de Punta de l'Illa de Cullera.

Las escasas ánforas de origen hispánico aparecidas, tipos Keay XIII y XIX, con un ejemplar de cada tipo y consideradas como residuales, refuerzan la cronología propuesta, ya que en el caso del tipo Keay XIX deja de producirse a finales del siglo V.

Las producciones orientales son el segundo grupo mejor representado en nuestro yacimiento y cronológicamente se centran en los siglos V y VI. Hay que destacar la presencia del tipo Keay LXVI, originaria de Palestina, de la que contamos con dos ejemplares, uno de ellos completo, y cuyas únicas evidencias cronológicas para la Península vienen proporcionadas por el ejemplar de la Torre de la Audiencia de Tarragona, datado entre mediados y finales del siglo VI.

Los productos transportados en las ánforas documentadas en Punta de l'Illa de Cullera son básicamente aceite y vino.

El aceite se importará principalmente del norte de Africa (tipos Keay XXXV, XXXVI, LV, LXI y LXII) aunque también está presente el aceite de Siria (tipo LIII).

El vino, por lo que hasta hoy conocemos, vendría principalmente de los mercados orientales, Palestina (tipos LIV y LXVI) y zona del Mar Negro (tipo LXV).

De todo lo expuesto podemos concluir que nos encontramos ante un conjunto anfórico cuya datación, y a falta del estudio de otros materiales, se establece en torno al siglo VI avanzado. Que se evidencian contactos comerciales muy activos con los centros productores del norte de Africa y Mediterráneo oriental, principalmente los primeros, que demuestran la continuidad de las exportaciones de los excedentes agrícolas durante el establecimiento del reino vándalo en el norte de Africa.

NOTAS

1 Queremos dedicar este trabajo a la memoria de Don Enrique Pla, antiguo director del SIP de Valencia, a cuyo cargo estuvieron las campañas de excavación realizadas en Punta de l'Illa de Cullera. En vida de D. Enrique y siendo director del SIP, siempre contamos con su apoyo y con todo tipo de atenciones hacia con nosotros en la realización de nuestro estudio.

2 Las primeras noticias de restos arqueológicos en Punta de l'Illa de Cullera se deben a Mateu y Llopis (1949). La bibliografía es escasa, véase Fletcher (1956), Pla (1957), Pla (1960), Pla (1972) y Mateu y Llopis (1972).

3 Queremos agradecer muy especialmente a Don Joaquín Bastida y a Don Javier Serrano su desinteresada colaboración en la realización de los análisis petrográficos y de difracción de rayos X.

BIBLIOGRAFÍA

Bass, G. y Van Doorninck, F. (1982): *Yassi Ada*. Volume I: A seventh century Byzantine shipwreck. Texas.

Bonifay, M. (1987): «Observations sur les amphores à Marseille d'après les fouilles de La Bourse (1980-1984)». *Revue d'Archéologie de Narbonnaise*, 19-86, Paris: 269-305.

Fletcher, D. (1956): «Noticia nº 1970». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III y IV, 1954-55. Madrid: 288.

Fulford, M.G. y Peacock, D.S.P. (1984): *Excavations at Carthage: The British Mission*. Volume II: «The Avenue du Président Habib Bourguiba, Salammbo: The pottery and other ceramic objects from the site». Sheffield.

KEAY, S.J. (1984): *Late Roman Amphorae in the Western Mediterranean. A tipology and economic study: the Catalan evidence*. British Arqueological Report, International Series, 196 (2 Vols.). Oxford.

LANG, M. (1976): *The Athenian Agora XXI: Grafitti and Dipinti*. The American School of Classical Studies at Athens. Princeton.

MATEU Y LLOPIS, F. (1949): «En el antiguo Seno Sucronense. L'Illa de Cullera». *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, t. XXV, vol. 1. Castellón: 126-129.

MATEU Y LLOPIS, F. (1972): «Bronces Romanos imperiales y Vándalos en l'Illa de Cullera». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII. Valencia: 241-256.

PANELLA, C. (1983): «Le anfore africana della prima, media e tarda Età Imperiale: tipologia e problemi». *Actes du Colloque sur la céramique antique*. CEDAC, Dossier I. Tunis: 171-196.

PENSABENE, P. (1981): «Anfore tarde con inscrizione cristiane del Palatino». Omaggio a Nino Lamboglia, V, *Rivista di Studi Liguri*, año XLVII, núms. 1-4. Bordiguera: 189-213.

PLA, E. (1957): «Actividades del SIP (1946-55)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, VI. Valencia: 207.

PLA, E. (1960): «Actividades del SIP (1956-60)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX. Valencia: 220.

PLA, E. (1972): «Actividades del SIP (1972)». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII. Valencia: 294.

RILEY, J.A. (1975): «The pottery from the first session of excavation in the Caesaraea Hippodrome». *Bulletin of the American School of Oriental Research*, nº 218: 25-63.

RILEY, J.A. (1981): «The pottery from cisterns 1977.1, 1977.2 and 1977.3». *Excavations at Carthge 1977*. VI, *University of Michigan, American School of Oriental Research*. Ann Arbor: 85-124.

SCORPAN, C. (1977): «Contribution à la connaissance de certains types céramiques romano-byzantins (IV-VII siècles) dans l'espace istro-pontique». *Dacia*, XXI. Bucarest: 269-297.

TED'A (1989): *Un abocador del segle V d.C. en el Fòrum Provincial de Tàrraco*. Memòries d'Excavació, 2. Tarragona.

TORTORELLA, S. (1981): «Ceramica di produzione africana e rinvenimenti arqueologici sottomarini della media e tarde Età Imperiale: analisi dei dati e dei contributi reciproci». *MEFRA*, t. 93, n.º 1: 355-380.

TUDOR, D. (1968): «Importul de vin si untdelemn in Provincia Dacia». *Apulum* VII: 391-399.

WHITEHOUSE, D.; BARKER, G.; REECE, R. y REESE, D. (1982): «The Schola Praeconum: the coins, pottery, lamps and fauna». *Papers of the British School at Rome*, L: 53-101.

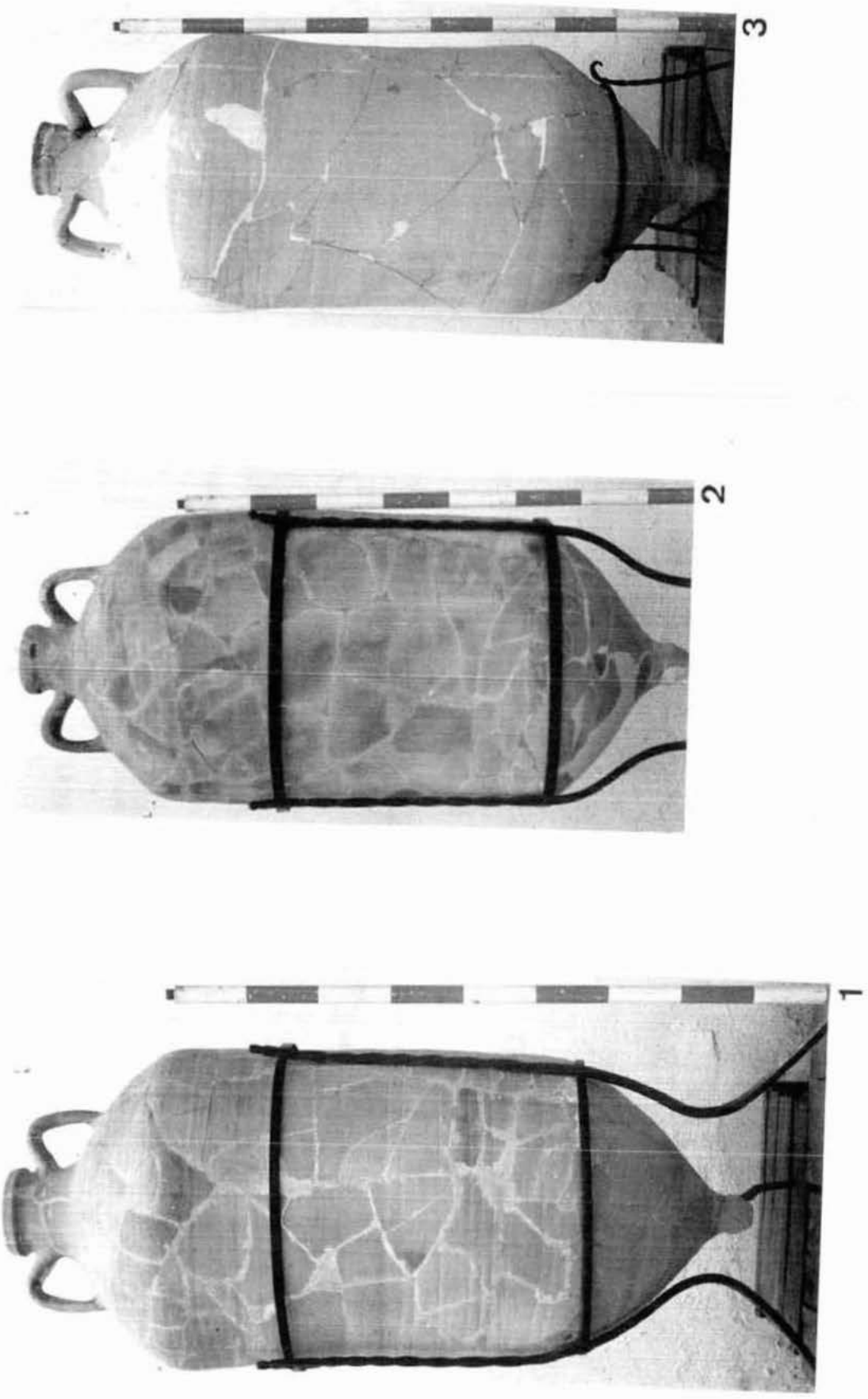


1

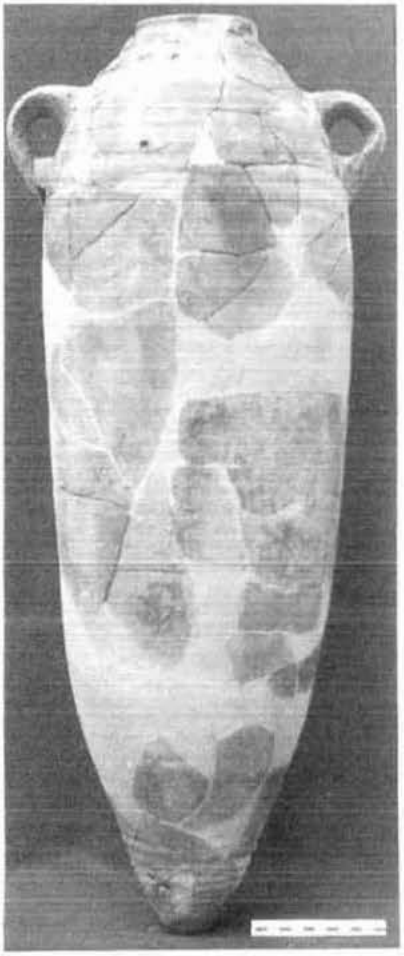


2

Lám. I.— 1: Ánfora africana tipo Keay LXI. 2: Ánfora africana tipo Keay LXII.



Lám. II.— 1: Ánfora tipo Punta de l'Illa I. 2: Ánfora tipo Punta de l'Illa II. 3: Ánfora tipo Punta de l'Illa III.

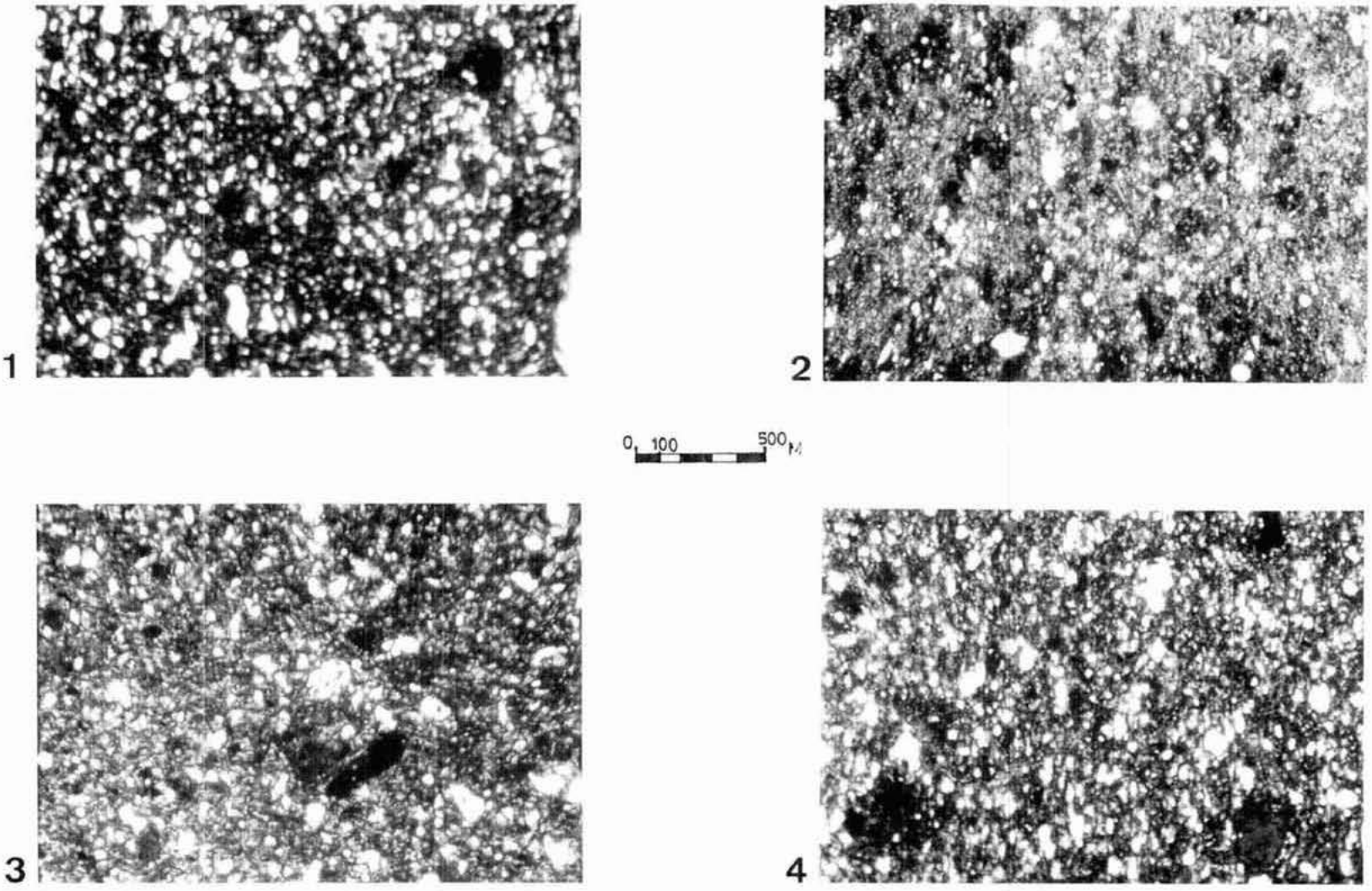


1

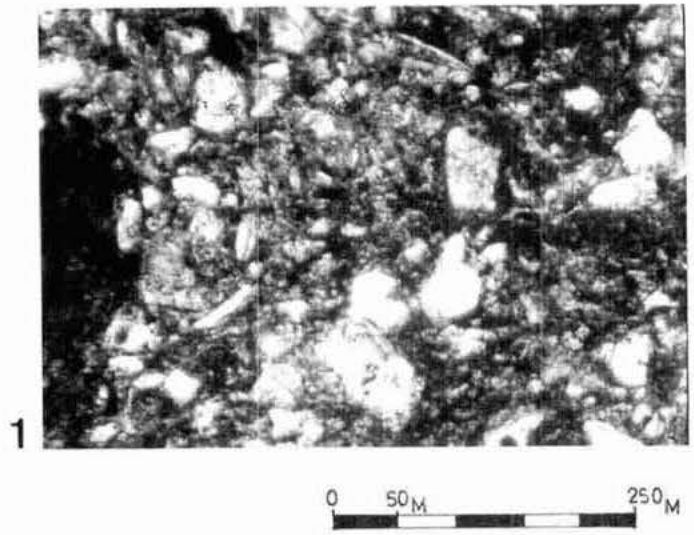


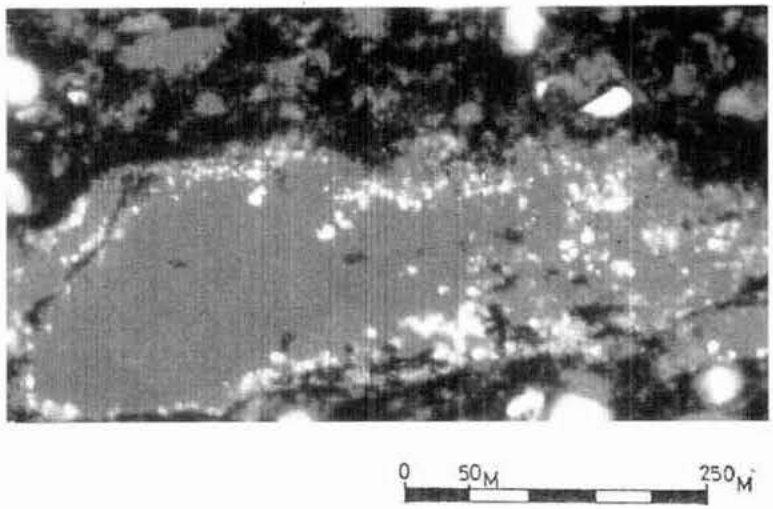
2

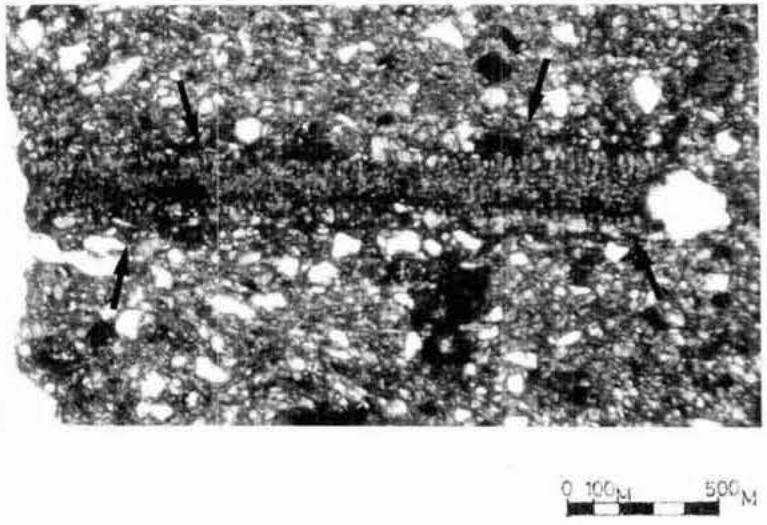
Lám. III.— 1: Anfora de Gaza tipo Keay LIV. 2: Ánfora palestina tipo Keay LXVI.

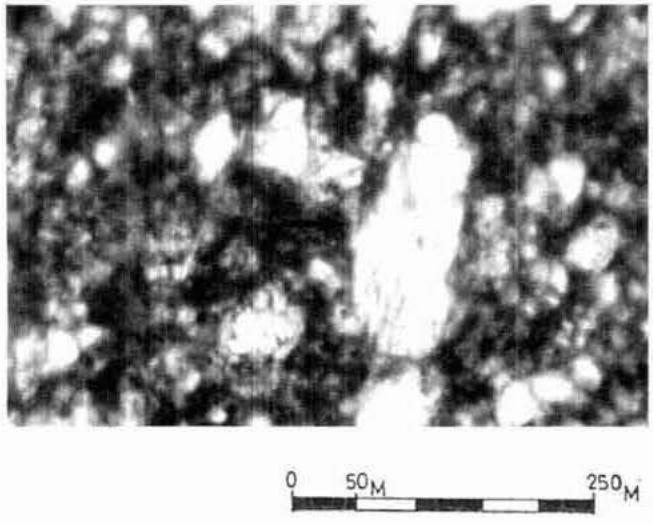


Lám. IV.— 1, 2, 3 y 4: Aspecto general de la pasta de las muestras analizadas. (L. N.)









Lám. V.— 1: Presencia de moscovita de forma laminar. (L. N.) 2: Grano de calcita reaccionada. (L. P.) 3: Fragmento fósil de equínido (L. N.) 4: Grano de feldespato. (L. N.)

Enrique A. Llobregat*

LAS CRUCES DE LA PUNTA DE L'ILLA (CULLERA)

En 1972 y de cara a un estudio que preparaba a la sazón[1] solicité de D. Domingo Fletcher examinar las piezas de carácter litúrgico halladas en las excavaciones de la Illeta de Cullera[2], a lo que accedió de muy buen grado. En esta nota pretendo enmarcar las cruces en su contexto histórico-arqueológico, dado lo infrecuente que es el hallazgo de piezas de este tipo.

NOTICIA DEL YACIMIENTO

Una prospección llevada a cabo en 1953 en la que fuera Illa de Cullera, lastimosamente arrasada por la especulación de solares, dio pie a que en el verano de 1955 se llevara a cabo una primera campaña de excavaciones, subvencionada por la Bryan Foundation, con sede en Alcúdia (Mallorca) que codirigieron el Prof. Tarradell por parte de la fundación y D. Enrique Pla, Subdirector del S.I.P. Los resultados de la excavación fueron exitosos: en la Memoria del S.I.P. de 1946-1955 se señala que «había dos grandes habitaciones rectangulares, encontrándose en ellas y en sus alrededores restos de ánforas, lucernas, tégulas, ampollas, una estatuilla de bronce, *cruces de bronce,* espátulas, monedas, etc.».

En 1957 se hizo una segunda campaña dirigida por los Sres. Fletcher, Pla y Tarradell, en la que intervino como técnico de las excavaciones el conservador del Museo de Alcoy D. Vicente Pascual. Los resultados fueron abundancia de cerámicas de época avanzada de la Baja Romanidad, varias cámaras, etc. En 1966 el Sr. Pla Ballester excavó algunos de los recintos detectados y se pudo alcanzar una datación del conjunto de cámaras entre finales del siglo III d.C. y comienzos del siglo V d.C. notándose también una reutilización de época medieval avanzada. Vale la pena citar la coda que el Sr. Pla Ballester puso a su informe de 1972: «Las gestiones encaminadas a la salvación del grupo más importante de construcciones, de alto interés por ser únicas de esta época en la costa valenciana, no dieron resultado alguno y después de ser derruídas se ocupó la zona en la que se levantaban y sus alrededores por una gran explanada de cemento.». Por mi parte he de añadir que esta salvajada contra el patrimonio arqueológico nos ha privado de un conjunto muy singular del que sólo nos quedan unos planos y los diarios de excavaciones, así como los materiales hallados. La fechación fue ayudada por la aparición de un conjunto de

* Museu Arqueològic d'Alacant.

monedas que catalogó y estudió el Dr. F. Mateu y LLopis[3]. El mismo autor, en otro trabajo[4], además de defender que la actual Cullera es la heredera de la Sucro de las Fuentes, señala que la Illa fue unida a la tierra firme en el siglo XVIII mediante un dique que levantó el Marqués de la Romana. En mi opinión habría que reservar el topónimo *Sucro* para la ciudad romana de Alzira que recientemente ha comenzado a mostrar en algunas excavaciones restos cerámicos de época imperial, en tanto que conviene a Cullera el topónimo de época romana, *Portum Sucrone*, tan importante que desde el Bajo Imperio hasta bien entrada la Edad Media fue uno de los principales fondeaderos de la costa valenciana.

LAS CRUCES

En la excavación de 1956, se dio el nombre de Zona I a un edificio rectangular con unas dimensiones en torno a 14,75 m. de longitud por 8,30 m. de anchura, acumulando medidas parciales por lo que cabe que haya algún pequeño error de medición. El edificio está orientado en sentido norte-sur por los lados cortos y tiene dos cámaras en el mismo sentido separadas por un tabique central en el que no hay ningún paso. La cámara este muestra en el ángulo S.E. una rotura, posible puerta. La cámara oeste tiene en su zona norte una alcoba rectangular de 2,25 m. de longitud por 2,35 m. de anchura (medidos en el interior). Esta alcoba tampoco muestra ningún acceso, aunque en uno y otro caso hay que señalar que los muros perimetrales se encontraron muy arrasados mientras que el muro divisorio central conservaba mayor altura. En la cámara oeste, junto a la pared oeste, se hallaron las dos cruces de que se hará mérito y un lámpara romana de barro fechable en el siglo IV d.C. Más al norte y en el centro de la cámara se halló parte de una estatuílla romana de bronce. La mezcolanza de objetos invita a suponer que el yacimiento fue removido ya en época antigua, e incluso con posterioridad. En otro lugar he supuesto que en la Illa de Cullera pudo haber una comunidad monástica, en base a la presencia de estas cruces[5] ya que los textos de época permiten suponerlo, y tenemos ejemplos de comunidades monásticas en islas cercanas a la costa.

De las dos cruces hay en primer lugar una cruz griega —de brazos de igual dimensión—, ancorada en los extremos, con una perforación de la extremidad de cada uno de ellos (lám. I). La forman dos planchas de bronce de un milímetro de grosor, superpuestas y unidas por un remache en el centro del cruce. Se conservan tres brazos completos y al restante le falta el remate y está doblado. De los brazos completos hay uno suelto que encaja en el área del remache. Las dimensiones máximas, en el momento que estaba completa son 22,5 cm. por 22,5 cm. La presencia de las perforaciones en los extremos de los brazos permite fácilmente reconstruir su aspecto pristino: una anilla la sujetaría al baldaquino sobre el altar, y una anilla colgaría del brazo inferior, mientras que en los laterales habría colgadas un *alfa* y una *omega*, de plancha metálica recortada, según un esquema que llega hasta la Alta Edad Media.

Recientemente han sido limpiadas las dos piezas, con el resultado de que la cruz griega presenta una decoración troquelada en los cuatro brazos (lám. I). El troquel es una pequeña crucecita y el motivo decorativo es el árbol de la vida, que se representa por una línea horizontal de la que nace en el centro una vertical. A medio espacio nacen hacia los lados dos ramas oblícuas, motivo que se repite en la superior, en cuyo ápice hay más crucecitas como remate. Aún siendo un motivo muy sencillo (lo más parecido al llamado «punto de cruz» de las labores de bordado) y bastante ingenuo, resulta muy decorativo, dentro de la pobreza relativa del material, una plancha de bronce, que en sus tiempos debió de brillar pulida, sin las concreciones verdosas de la oxidación.

La otra cruz corresponde a un esquema diferente y le falta el conjunto inferior, si mi hipótesis de que se trata de un incensario es válida (lám. II). Se conserva una crucecita, formada por dos planchas unidas por un remache. Del agujero inferior nacen tres planchuelas que rematan en ganchos de alambre. Falta la copa del incensario. Todo el conjunto que se conserva está fabricado con plancha de bronce de 1 mm. de espesor. Los vástagos que penden de la cruz miden 9 cm. de longitud, en su parte inferior tienen una perforación, y en la superior se ha conformado un ojete circular por el que pasan los restos de las cadenas de sustentación. Los tres vástagos quedan colgando.

La cruz tiene una perforación en cada uno de los brazos, de los que debieron colgar letras u otras simbologías, como se da en la cruz anteriormente descrita, así como la anilla que la uniría a la cadena para poder utilizar el turíbulo. Su tipo es de cruz griega con un ligero ensanchamiento en la parte externa de cada uno de los brazos. Sus dimensiones son 4 cm. en ambos brazos, vertical y horizontal.

PARALELOS Y DATACIÓN

La existencia de cruces metálicas durante las etapas bizantina y visigoda es conocida y la proliferación en épocas tardías, siglo VII fundamentalmente, y sus epigonismos en el mundo prerrománico es sobradamente conocida. En esta etapa última de la Antigüedad Tardía y en los albores del medievo la cruz se diseña ya definitivamente en forma patada. Pero en tiempos inmediatamente anteriores a la aparición del reino vi-

sigodo de Toledo, las formas de la cruces no estaban tan uniformizadas. Un primer criterio de análisis y datación de las dos piezas de que se hace mérito en este estudio es precisamente el que su forma responde a modelos anteriores a las cruces visigóticas, tomando como ejemplo las que aparecen en los tesoros de Guarrazar y de Torre Don Jimeno, todas ellas de oro y enjoyadas con cabujones, así como con pendientes que cuelgan de los brazos y de la base[6]. Según se advierte por un autor[7] la cruz con crismón o con la letra *rho*, más arcaica y cercana al modelo de lábaro constantiniano, desaparece a finales del siglo v, mientras que en el siglo vi aparece un nuevo modelo, la cruz radial de brazos sensiblemente iguales, de los que cuelgan las letras *Alpha* y *Omega*, indicadoras del principio y del fin, referido a Jesucristo. De hecho se podía ver en esta cruz de brazos iguales la letra griega *khi* inicial de *Khristós*. En el Museo lapidario de Narbona hay una placa ornamental en relieve decorada con una cruz como motivo principal. Por encima de la parte superior hay dos aves que picotean en una píxide. Sobre los brazos laterales hay dos rosetas, la cruz es de tipo patado con dos bucles en las extremidades de todos los brazos y va decorada internamente con roeles en doble fila. De los brazos penden el *alpha* y la *Omega*, de plancha recortada. En la parte inferior hay dos personajes, uno a la izquierda, en pie lleva una palma en la mano derecha. Frente a él y sentado en un trono con los laterales en forma de animales, hay un personaje que sostiene la base de la cruz, que está provista de un asidero vertical. Por encima de su cabeza y a su espalda hay rosetas y otros elementos decorativos. Este modelo de cruz va a ser el que dominará a lo largo del siglo vi a lo que parece por las muestras[8]. La lápida trilingüe de Tortosa tiene en su reverso un crismón compuesto por una cruz de brazos ligeramente más altos en el brazo vertical con los extremos ampliamente ensanchados, inscrita dentro de un círculo, con las letras de rigor bajo el brazo horizontal y además con una *rho* en la parte alta del brazo vertical, que responde a modelos más viejos, a pesar de su fechación dentro del siglo vi. La cruz de Iscar, en forma de crismón, tiene dos anillos, que forman parte del cuerpo de la cruz, en los extremos del brazo vertical. En el ápice superior hay una *rho* en tanto que en la parte inferior hay una cruceta por encima del aro que remata por abajo la pieza. Es de bronce fundido y lisa. Bajo el brazo horizontal aparecen las consabidas *alpha* y *omega*. Más cercana a nuestras piezas es la cruz de Burguillos (Badajoz)[9], que es de tipo griego —brazos iguales— con un ensanchamiento gradual en curva ligerísima hacia los extremos que se dibujan con una curva cóncava como remate. Va decorada en los tres brazos que le quedan por grupos de cuatro círculos en los que se ve un punto central rodeado por dos circunferencias. La parte central queda libre y tiene una inscripción abreviada que puede desarrollarse del siguiente modo en la lectura que da Balcells: +OFFS/TEFAN/V/SECLISIE/SE CINI/-ANISI [+OFFeret STEFANVS ECLISIE S(ancta)E C(rucis) IN INANISII(s)]. En los ápices del brazo vertical hay dos orificios por los que pasa una anilla en cada extremo. En la parte inferior de las extremidades del brazo horizontal, hay dos perforaciones, seguramente para colgar de ellas las letras de rigor. Esta cruz tiene un sensible parecido con la cruz grande de Cullera, y los brazos responden a un modelo de cruz ligeramente ancorada o en cola de golondrina.

Nos quedan por ver otros ejemplares relacionables con el mundo anterior al pleno visigotismo del siglo vii. Una se emparenta con la de Iscar de Baena. Apareció en Cehegín, donde estuvo la sede espiscopal de Begastrum, y es de una pieza, fundida. Se considera como seguro que se halló en el Cabezo de las Roenas, donde se emplaza la situación de este obispado[10]. Tiene incorporadas las letras *rho, alpha* y *omega* en sus lugares ordinarios, mide 39,5 cm. el brazo vertical y 31,8 cm. el brazo horizontal. El ancho de los brazos es de 3 cm. y el pie mide 5 cm. El grosor de la pieza es de 9 a 10 mm. En la parte superior tiene una argolla de la que nace una cadena que remata a su vez en otra argolla, y a mitad de la cadena hay una pieza circular, calada en forma de cruz. la Dra. Muñoz, que la publicó[11] señala que «el tipo de cruz monogamática, sin duda de carácter latino, lo tenemos documentado en occidente desde finales del siglo iv y, sobre todo, en el v». Supone que esta pieza puede situarse en el siglo vi, como pieza de un taller hispano-romano. Asimismo considera que puede pertenecer a una lámpara más bien que no a un incensario.

Más cercana, aunque creo que posterior en el tiempo, es la cruz encontrada en las excavaciones de la basílica de Fornells, o *d'es cap d'es Port*, en Menorca[12]. Apareció junto a la tumba del ángulo N.E. de la cámara 5. Está formada por dos placas metálicas que forman los brazos unidas en el centro por un clavo. Los brazos son de tipo patado: el brazo vertical mide 15 cm. y el horizontal 12 cm. lo que, en opinión del autor del estudio la acerca más al tipo de cruz latina que a la griega. En su parte superior hay una anilla, resto de una cadena más larga. En la parte inferior hay otro orificio semejante, y en la parte inferior del brazo horizontal hay dos orificios, seguramente para colgar de ellos las letras tantas veces mencionadas. La basílica se fecha hacia el final del siglo vi, y hay paralelos africanos que ayudan a pronunciarse por una fecha del siglo vi más que del siglo v. El autor, a la vista de la pieza, considera que se trata de un elemento de suspensión de un lampadario. La cruz va decorada por círculos concéntricos, como ya se ha visto en otros ejemplares.

Más cercana a las cruces de Cullera es la encontrada en las excavaciones de la basílica de Bobalá (*sic*

por Bovalar)[13]. La descripción de los autores es del siguiente tenor: «la cruz está formada por una plancha de bronce. Tiene los brazos ligeramente desiguales, siendo más largos los verticales. También son más anchos del extremo y sus lados un poco arqueados, terminando con dos bolas *(sic)* o círculos con agujero central los que corresponden a los brazos horizontales». Mide 26,9 cm. de altura y 23 cm. de longitud máxima. Los brazos miden 2,5 cm. en la parte central de la cruz y 6,8 cm. en los extremos. La basílica tiene tres fases: la primera en el paso del siglo IV al siglo V. La segunda es en el siglo VI, con grandes reformas y los bronces litúrgicos se datan en este mismo siglo. En la segunda mitad del siglo VII se instala un cimborrio o baldaquino sobre el baptisterio, y la destrucción del edificio es en torno a la mitad del siglo VIII, quizá por una *razzia* islámica.

Probablemente el mejor paralelo que encuentro entre los posibles es una cruz que se expone en el Museo Bizantino de Atenas, en una sala de la planta alta, dedicada a los bronces, donde hay una cruz muy semejante a la de Cullera, aunque con los brazos ligeramente patados pero con los extremos de la cruz en forma, muy liviana, de cola de golondrina apenas insinuada. Mide alrededor de 15-17 cm. en las dos dimensiones, es una cruz griega, y en la extremidad superior hay un agujero para colgarla de una anilla y lleva el n.° 79. Por desgracia los tejuelos del museo no indicaban ninguna cronología, lo que no me impide aducirla aquí ya que responde a los prototipos de las cruces que comentamos. Este tipo de cruz aparece con frecuencia en los siglos VI-VII en Hispania y se puede ciertamente sospechar que las cruces patadas o ancoradas (=cola de golondrina) respondan a prototipos traídos a la península por los bizantinos, así como la influencia de los *Patres Emeritenses*[14] entre los que se cuentan algunos obispos de nación helénica. En lo que se refiere al episcopologio arranca en el 252, con el obispo Marcial y acaba el 790 con el obispo Ariulfo, contemporáneo de Eulogio de Córdoba[15].

Esta influencia no sería extraña y un ligero rastreo de material de algunos museos del mundo oriental europeo y de Grecia ayuda sensiblemente. Dalton da una serie de muestras[16] tanto en metal como en relieve. En esta última técnica tenemos un capitel del siglo V d.C. en la basílica de San Apolinar *in classe,* con una cruz griega con brazos ligeramente patados. Otro ejemplar, del siglo VI, centrando una láurea, procede de Ravenna y hoy se encuentra en la Biblioteca Nacional de París: los brazos son algo más anchos en la extremidad que en el ejemplo anterior, más antiguo. Del siglo VI tenemos la cruz ligeramente patada con los remates de los brazos cóncavos, y decorada con esmaltes, atribuída al papa Sergio (687-701), o la cruz de Justino II, con las mismas características, que se conserva en Roma. Por otra parte en las colecciones del Museo del Ermitage encontramos piezas que vienen al pelo como garantes de las dataciones que he propuesto[17]. Un sepulcro del tipo *cuppa* tiene en las dos caras cortas y en el centro de los lados largos, sendas cruces patadas y con el remate de los brazos en ligera cola de golondrina, y está fechada la pieza en el entorno del 550 d.C. Hay una patena del siglo VI, de 18 cm. de diámetro, con una cruz flanqueada por dos ángeles, del mismo diseño, con discos en los extremos de los brazos, un disco en cada ángulo, y repujada con diseños de cabujones, acabada en la base por un orbe. En fin, un collar, fechado en el siglo VI, lleva como colgantes tres *pendentifs* con cruces semejantes a las que vengo analizando.

En épocas posteriores las cruces patadas serán legión, baste con examinar las de los tesoros de Guarrazar y Torredonjimeno, ya mencionadas. En épocas avanzadas se encuentran cruces lisas, en Córdoba o Barcelona, sin inscripción, recortadas directamente de una plancha metálica, como las que aparecieron en Villafáfila (Zamora) «de fina chapa recortada, que debieron de ir cosidas al vestido para conseguir la salud de sus propietarios»[18].

A raíz de la publicación de un incensario, procedente al parecer de la provincia de Almería[19], se planteó el uso de estas cruces ya que en la larga cadena de que colgaba el turíbulo había una cruz patada con los brazos verticales muchó más largos que los transversales. El profesor de Palol ya había puesto de relieve la influencia de paralelos africanos, sobre todo de la basílica de la Sakhira en Túnez, y también de la rica basílica de Sbeitla, que se fechan en el siglo VI mejor que en el V, siendo el incensario del tipo Lladó[20] datable en el siglo VI incluso en época tardía. Ahora con la aparición del turíbulo al que se aludía en el artículo de Almagro-Gorbea, parece que se resolvían las dudas como lo pone de manifiesto el estudio de Ana M.ª Muñoz. Creo que no hay que echar tanto las campanas al vuelo. Los paralelos africanos que propone el Prof. Palol son sólidos y no hace excesiva falta buscar en del mundo copto —bastante alejado de lo peninsular— sino más bien acudir a dos vías más sencillas, la norteafricana y la de Grecia y Constantinopla, en las que se movieron con facilidad algunos eclesiásticos hispánicos de alto rango, bien por deseo de conocimiento del mundo oriental bizantino, bien obligados por la necesidad de huir de las persecuciones que hizo Leovigildo y otros reyes antes de la palinodia de Recaredo en el sínodo III de Toledo. Valga como ejemplo Juan de Bíclaro, que se educó en Constantinopla en la erudición grecolatina y allí permaneció durante diecisiete años, y al retornar a Hispania fue perseguido por Leovigildo y padeció sus iras durante diez años. Al fin fundó el monasterio de Bíclaro, y posteriormente fue elevado a la dignidad episcopal en 590 o 591, a los cincuenta y un años de edad. Pastoreó la grey gerundense hasta el

614 en que firma las actas del concilio de Égara, y ya no hay otras noticias posteriores de él[21].

De otra parte, y aun reconociendo que las atribuciones de colocación de los diferentes elementos de un turíbulo puedan responder al esquema que figura en la lámina I del estudio de Almagro-Gorbea, también resulta un tanto difícil de aceptar la gran longitud de la cadena que habría de colgar de alguna altura ya que de otro modo difícilmente podría cumplir su función. Dado el conservadurismo de las confesiones cristianas orientales, bien sean greco-ortodoxos, armenios, coptos, etíopes, sirios, etc. siempre los he visto utilizar incensarios cortos, que se manejan con una sola mano y por cierto con mucha habilidad. No recuerdo en ninguna de las celebraciones a que pude asistir en Palestina, Siria, Jordania y Egipto incensarios colgados del techo, lo que de haberse dado me habría llamado mucho la atención, y tal caso no se dio. Sin invalidar la hipótesis del incensario colgado de una larga cadena, lo que lo hace bastante difícil de manejar y hay peligro de quemaduras, pienso que también es posible que las cruces de la Illa de Cullera, por lo menos, sirvieron en un altar, la de forma griega y brazos en cola de golondrina muy contenida, en tanto que la pequeña cruz que cuelga de tres vástagos hay que imaginarla colgante de algo, en principio circular, como puede ser una de esas coronas que posteriormente proliferaron en el siglo VII, o colgante de algún otro elemento que no encuentro cual pudiera ser, salvo que la invirtamos y entonces sería posible que rematase un incensario, que son generalmente de pequeñas dimensiones y en el final de las varillas se engancha un alambre en cada una de ellas, roto, pero que podría ser el enlace con el cuerpo del incensario. El agujero superior de la cruz daría, mediante una argolla, paso a la cadena de la que quedaría pendiente el incensario, siendo imposible de determinar si la cruz era parte de ese conjunto o un elemento independiente, a lo que yo me inclino más por las razones anteriormente expuestas. En cualquier caso se puede postular que en la Illa de Cullera hubo una instalación monástica[22] conmemorativa de la arribada del cuerpo de San Vicente Mártir al litoral cullerense, como se expresa en la *Passio* del mártir y luego se amplifica en el *Peristephanon* de Prudencio. En Cullera hay tradición vieja de ese episodio, anterior al siglo XVIII, pero, además, el epitafio del obispo Justiniano de Valencia indica que «noua templa construens, vetustate restaurans», también añade «uirgines instituens, monacosque gubernans» y finalmente indica que fortificó una isla de la costa, en la que halló un manantial y sigue «*Hic* (o sea en la isla) *Vincentium gloriosum martyrem Christi, sat pio quem coluit moderamine uiuens, hunc deuotus moriens reliquit heredem*». La basílica vicentina que construyera el obispo Justiniano, que murió hacia la mitad del siglo VI, ha sido hallada en la ciudad de Valencia y responde a los modelos de ese momento, con el ábside cuadrangular y la planta cruciforme, de cruz latina. Poco a poco los fragmentos de una historia se van apoyando unos en otros, y aún nos quedan sorpresas por descubrir.

En esa comunidad monástica, cuyas excavaciones serán publicadas en su día por quien corresponda, se puede defender que hubo un templo, seguramente dedicado al culto del santo mártir. Por lo que hace a la fechación de estos elementos, ya se ha podido ver por el análisis de las diferentes cruces analizadas, que la cruz patada abunda mucho más en el siglo VII. En cambio entre el siglo V, fuera de esta área, y el siglo VI encontramos ejemplos más arcaicos como son los que la isla de Cullera ha tributado, y que por tipología y por la cronología del episcopado de Justiniano de Valencia hay que colocarlos en el comedio del siglo VI, sin que se pueda precisar más y sin que tengamos idea de cuando se llevó a cabo la destrucción del cenobio o capilla. La cronología numismática de las monedas halladas en el yacimiento y analizadas por el Prof. Mateu y Llopis encaja bastante bien: entre 506-507 se da la batalla de Vosgladum en que Clodoveo derrota a los visigodos que han de abandonar la Septimania. Entre 527 y 565 gobierna el emperador Justiniano. En la Isla de Cullera hay dos pequeños bronces de este emperador de Oriente (acuñación de 533-34). Una moneda de Geilamir, último rey vándalo, ha aparecido también, de fecha entre 530 y 533. La siguiente moneda, cronológicamente, es ya del siglo VII, del reinado de Wamba. Todos los datos coinciden desde sus diferentes perspectivas, para encajar estas cruces dentro del siglo VI. Confiemos en que algún día se estudien las excavaciones en su totalidad, y así se pueda llegar a conclusiones más sólidas en el campo histórico, que encuadren aún mejor lo que por ahora se puede decir. Que la sombra del obispo Justiniano de Valencia se cierna sobre esos lugares y fomente un definitivo estudio del conjunto, único y casi excepcional en todo el País Valenciano.

* * *

No quisiera dejar sin mención, acabado ya el estudio de las cruces del monasterio de la que fuera Illa de Cullera, la razón de dedicar el estudio a la memoria, para mí muy dulce y muy grata, de Enrique Pla Ballester, tercer Director del S.I.P. después de su tío, D. Isidro Ballester, y de D. Domingo Fletcher. Pronto acudí al S.I.P. a instancias del Dr. D. Julio Martínez Santaolalla y de D. Antonio Ubieto. Me encontré con un lugar grato y apacible, donde el estudio se hacía inmensamente grato. Enrique Pla, entre exabruptos cariñosos y excelentes lecciones —tenía una vocación pedagógica poco común— me guió por los caminos de la prehistoria y la arqueología. El tiempo fue cimentando nuestra amistad y mutuo afecto, y su temprana muerte aún me acongoja, porque sé muy bien lo que

su pérdida representa para mí. En lugar de haber redactado un estudio del mundo ibérico, en el que coincidíamos, he preferido el análisis de estas piezas paleocristianas, que él excavó, ligando así mi gusto por esta etapa histórica con su obra arqueológica.

En la semana de Pascua de 1991.

NOTAS

1 E. A. Llobregat: *La primitiva cristiandat valenciana. Segles IV al VII.* València, L'Estel, 1977.

2 Bibliografía de las excavaciones:
E. Pla Ballester: «Actividades del S.I.P., 1946-1955». *A.P.L.*, VI, 1957, p. 267ss.
J.R. Costa Altur: «Excavaciones en la isla del Faro de Cullera». Valencia, *Las Provincias*, 7-VIII-1955.
D. Fletcher Valls: «Cullera (Valencia), Punta de l'Illa». *N.A.H.*, III-IV, 1954-55, 288, Madrid, 1956.
E. Pla Ballester: «Actividades del S.I.P., 1956-1960». *A.P.L.*, IX, 1961, p. 27.
La labor del S.I.P. y su Museo, Valencia, 1966, p. 76.
E. Pla Ballester: «Punta de l'Illa (Cullera)». *A.P.L.*, XIII, 1972.
F. Mateu y Llopis: «Bronces romanos y vándalos en l'Illa de Cullera». *A.P.L.*, XIII, 1972, pp. 241-256.
M. Monraval, G. González Villaescusa, J. Blasco: «Aportaciones al estudio arqueológico de Cullera, desde la época ibérica a la Antigüedad Tardía». *Cullaira*, 3, 1991, pp. 17-41.

3 Mateu y Llopis: *Op. cit.* nota 2.

4 F. Mateu y Llopis: «En el antiguo seno Sucronense. L'Illa de Cullera». *B.S.C.C.*, XXV, 1949, p. 126.

5 Llobregat: *Op. cit.* nota 1.

6 Ver ilustración abundante en J.M. Balcells: «El Arte Visigótico español». *Historia de España*, II, La Alta Edad Media ss. V-XIII. Barcelona, Instituto Gallach, s.a.
P. de Palol: *Arte hispánico de época visigoda*. Barcelona, 1968.
H. Schlunk & Th. Hauschild: *Hispania Antiqua*. Die Denkmäler der frühchristlichen und westgotischen Zeit, Mainz, 1978.
P. de Palol, G. Ripoll: *Los Godos en el Occidente europeo*. Madrid, 1988.

7 A. Sanz: *Historia de la Cruz y del Crucifijo*. Palencia, 1951.

8 Palol, Ripoll: *Op. cit.* nota 6, lámina 29.

9 *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal*, III, *España Visigoda*, Espasa Calpe S.A., Madrid, 1940, fig. 115.

10 Antigüedad y Cristianismo. *Begastri, imagen y problemas de su historia*, Murcia, Ayuntamiento de Cehegín, 1984.

11 A. Muñoz Amilibia: «Cruz de bronce monogramática procedente de Cehegín (Murcia)». *IX Symposium de Prehistoria y Arqueología Peninsular*, Barcelona, 1982, pp. 255-276.

12 P. de Palol: «La basílica des Cap des Port, de Fornells, Menorca». *II Reunió d'Arqueologia paleocristiana hispànica*, Barcelona, 1982, pp. 383-409.

13 R. Pita, P. de Palol: «La basílica de Bobalà y su mobiliario litúrgico». *Actas del VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana*, Barcelona, C.S.I.C., 1972, pp. 283-401.

14 *De Vita et miraculis Patrum Emeritensium, a Paulo Diacono editum*. España Sagrada XIII, Madrid, 1816, pp. 335-386.
J.N. Garvin: *The Vitas Sanctorum Patrum Emeritensium*. Washington, 1946.

15 *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, III, *s.u.* «Mérida», págs. 1476-77, Madrid, 1973.

16 O.M. Dalton: *Byzantine Art and Archaeology*. New York, Dover, 1961 (facsímil de la edición de Oxford University Press, 1911).

17 (Anónimo): *L'Art Byzantin, Icônes, tissus, ivoires, céramiques*.

18 *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal*, III, *época visigoda*, pp. 632-634.

19 M. Almagro Gorbea: «Un nuevo incensario de época visigoda hallado en España«. *Ampurias*, XXVI-XXVII, 1964-65, p. 181ss.

20 P. de Palol: «Los incensarios de Aubenya (Mallorca) y Lladó (Gerona)». *Ampurias*, XII, 1950, pp. 1-19.

21 J. Campos: *Juan de Bíclara, obispo de Gerona, su vida y su obra*. Madrid, C.S.I.C., 1960.

22 E.A. Llobregat: «San Vicente Mártir y Justiniano de Valencia». *Homenaje a Fray Justo Pérez de Urbel, OSB*. Tomo 2, 8-18, Silos, 1977.



Lám. I



Lám. II

J. F. Mateu Bellés*

MORFOGÉNESIS MEDITERRÁNEA EN TIEMPOS HISTÓRICOS: LIMITACIONES DE UN DEBATE GEOARQUEOLÓGICO

«la tierra en este país superaba en fertilidad a todas las demás, de manera que entonces la región era capaz de alimentar un gran ejército, exento de trabajos agrícolas. Y he aquí un testimonio de su bondad: aquello que aún se conserva hoy día es sin igual por la variedad y la calidad de los frutos, y por la excelencia de los pastos para todo tipo de ganado. Pero entonces, además de calidad, producía frutos en enormes cantidades. ¿Cómo creerlo y sobre qué vestigios? Separada (la región) del resto del continente, ahora se prolonga en el mar, como el extremo del mundo...

En el transcurso de los últimos nueve mil años (tal es el intervalo de tiempo que separa nuestros días de aquellos tiempos), ha habido numerosos y terribles diluvios. Durante este período tan largo y con estos accidentes, la tierra que se erosionaba desde los lugares elevados no se depositaba como en otras partes (formando) potencias notables, sino que acababa por desaparecer en el abismo.

Y así como se puede observar en las pequeñas islas, nuestro país se ha convertido, a diferencia de otros, en esqueleto de un cuerpo descarnado por la enfermedad.

Pero en aquel tiempo, (el país) aún intacto tenía como montañas altas ondulaciones de tierra; las llanuras, que ahora se llaman campos de piedra, estaban cubiertas por suelo graso; en las montañas había extensos bosques de los que ahora quedan (sólo) retazos. Pues, entre estas montañas que ahora no pueden alimentar más que abejas, hace poco aún había grandes árboles, útiles para montar las más vastas construcciones.

Había también muchos árboles cultivados, y la tierra daba a los ganados pastos inagotables. El agua fecundante de Zeus no corría en vano como ahora para ir a perderse de la tierra estéril al mar; la tierra la almacenaba en reserva en aquellas capas que la arcilla hacía impermeables... Así, en todas partes, corrían generosos raudales de fuentes y ríos. Y por todos estos hechos, los santuarios que aún subsisten en honor de las antiguas fuentes, testimonian que el presente relato es verídico...»

Platón, *Critias*

1. INTRODUCCIÓN

El análisis de los paisajes de la región mediterránea evidencia importantes cambios ambientales ocurridos durante los últimos milenios. Las sociedades humanas, directa o indirectamente, han sido destacados agentes de alteración del medio físico y de los procesos naturales. Las prácticas agrarias y la manipulación de las plantas por parte de las primitivas sociedades agrícolas marcaron su impacto sobre los ecosistemas agrícolas al incidir sobre el equilibrio de la cubierta vegetal-manto edáfico-escorrentía. Desde entonces, la erosión acelerada del suelo ha sido un problema medioambiental —no inédito, pero sí crónico— que se ha agravado con el uso de tecnologías más contundentes. En consecuencia, la región mediterránea —de marcada estacionalidad de precipitaciones y radiación solar además de gran variabilidad interanual de las lluvias— ofrece un marco idóneo para la interpretación de los impactos humanos sobre los principales controles de la erosión y de la morfogénesis histórica. «Repetir que las antiguas tierras del mundo mediterráneo han estado sometidas a una explotación milenaria no pasa de ser una obviedad si no añadimos que su equilibrio es más frágil por ser transicionales bioclimática y geomorfológicamente. Pero igualmente cabe recordar que en ninguna otra área mundial se ha luchado tanto —con éxito o sin él— contra la erosión» (Rosselló, 1987).

Parte de nuestros conocimientos sobre los mecanismos de erosión se fundamentan en la labor realizada por el Servicio de Conservación de Suelos de Estados Unidos, establecido en 1935, en el Piedemonte del SE y en las Grandes Llanuras (Kirby, 1980). El enfoque agronómico favoreció tanto el reconocimiento de los procesos como la experimentación y las recomendaciones sobre conservación. Desde 1960, el estudio de la erosión se ha erigido en tema convergente para las ciencias de la tierra al ampliarse el enfoque inicial del problema. Cada vez más, se evalúa la compleja ecología de la erosión (Thornes, 1985), esto es, la interacción de los procesos geomorfológicos, hidrológicos y biológicos y sus variaciones espacio-temporales. La instrumentación y la modelización han afianzado una línea de investigación que, en última instancia, evalúa la cantidad y la calidad del suelo que se desplaza en determinado espacio durante un tiempo específico. No obstante, el registro sincrónico-dinámico en parcelas experimentales no considera los cambios temporales

* Universitat de València.

más allá del período de observación o infiere un actualismo no demostrado.

Otra componente de nuestro conocimiento sobre la erosión deriva de la geomorfología estratigráfica y de la tradición geoarqueológica que contemplan el fenómeno con dimensiones temporales de 10^2 a 10^4 años. Se trata de una perspectiva basada en estimaciones volumétricas de depósitos correlativos (De Ploey-Gabriels, 1980), con especial atención a los fenómenos causales de la variabilidad de los procesos físicos. En este contexto, se habla de erosión acelerada del suelo (Butzer, 1974) como fenómeno cultural vinculado a la deforestación y a la destrucción de los horizontes edáficos por el cultivo o por un abuso del pastoreo intensivo e inseparablemente unido al cambio de los procesos hidrológicos (Butzer, 1982). La geomorfología estratigráfica y la geoarqueología señalan que la erosión ha podido ser en el pasado más rápida o más frecuente que en la actualidad de modo que los horizontes edáficos removidos —y ahora reconocibles en el fondo de los valles, en los llanos litorales o en los lagos— encierran una valiosa información sobre la variabilidad de la erosión del suelo durante los últimos milenios.

Durante décadas, el análisis de la erosión en registros volumétricos *post factum* o en registros sincrónico-dinámicos han sido campos científicos distantes y distintos. En efecto, los arqueólogos y geomorfólogos —que conocían los *outputs* erosivos en los registros sedimentarios— han dedicado grandes esfuerzos a inferir los *inputs* de la erosión mientras los ingenieros civiles y agrónomos intentaban estimar los *outputs* a partir de *inputs* experimentales. En consecuencia, ha habido un notorio aislamiento y retraimiento cuando cada una de ambas aproximaciones aporta un diagnóstico limitado (Thornes, 1987) dadas la amplia gama de *inputs* y *outputs* concurrentes.

En este trabajo —homenaje al arqueólogo y amigo E. Pla— trataré de reconstruir el debate que sobre la morfogénesis histórica mediterránea se ha escrito desde el campo de la geoarqueología. Quienes han participado en él han cubierto una página apasionante que merece proseguirse atendiendo a la complejidad espacio-temporal de las respuestas erosivas y deposicionales en la región mediterránea*.

2. LOS INVESTIGADORES

En las últimas décadas, la región mediterránea ha sido escenario de un apasionante conflicto científico puesto que investigadores americanos, británicos o franceses han tratado de sustanciar en ella hipótesis sobre la estabilidad o inestabilidad ambiental durante los tiempos históricos y sus causas. Han sido muchos los protagonistas y abundantes los escenarios de un debate geoarqueológico en el que han participado arqueólogos, geógrafos, geólogos, etc.

En un intento de sistematización, se distinguirán tres etapas en la investigación reciente de la morfogénesis histórica mediterránea: la correspondiente a la eclosión del ambientalismo científico, la década de los años sesenta, altamente fructífera, que centró los términos del debate y finalmente el tiempo de contraste de hipótesis y búsqueda de nueva información en el que nos encontramos.

2.1. LA ECLOSIÓN DEL AMBIENTALISMO CIENTÍFICO

Tras la II Guerra Mundial, el determinismo geográfico había entrado en aguda crisis, pero sus enunciados se mantenían en disciplinas afines y en libros de texto. Las teorías de Gordon Childe a propósito del nacimiento de la agricultura o las manidas hipótesis sobre caídas de imperios a causa del deterioro climático ejemplifican dicha persistencia.

Así Shaw (1981) ha rastreado la génesis del mito popular y académico del «granero de Roma» aplicado al norte de África y su desarticulación a causa de un cambio climático acaecido en el Magreb a fines del Imperio Romano (Murphey, 1951). En efecto, en el siglo XIX, los arqueólogos e historiadores de las metrópolis europeas al estudiar el pasado romano de sus colonias norafricanas elaboraron dos mitos etiológicos sobre la destrucción de los logros romanos: la invasión de los bárbaros y el deterioro climático. Tales argumentos gozaron de gran predicamento y alimentaron algunas investigaciones referidas al cambio climático en la región mediterránea. Shaw demuestra que el supuesto cambio climático surge de factores ajenos al análisis científico (parcialidad colonial, errores historiográficos sobre el Imperio Romano, ideas falsas sobre la productividad agrícola, etc.). La crisis climática postromana, concluye, debe ser revisada libre de estos prejuicios.

Parecidos mitos e hipótesis se esgrimían para la crisis general del Imperio Romano, de los hititas o del Valle del Indo. Dichos enfoques exigían una revisión profunda para la que se precisaba la colaboración interdisciplinar de historiadores, arqueólogos y especialistas en ciencias de la tierra provistos de técnicas adecuadas. Poco a poco comienzan a organizarse equipos amplios, plurales y con recursos suficientes en el contexto de los métodos renovados del ambientalismo científico.

El ambientalismo científico —naciente en los años cincuenta— se consolidó fuera del campo de la geografía, entonces en aguda crisis de identidad. El ambien-

* En esta colaboración —de forma consciente— apenas se citan autores españoles o investigadores extranjeros que han trabajado en España. En la actualidad estoy realizando una puesta al día sobre esta cuestión.

talismo, entre otros aspectos, trataba de evaluar el impacto humano sobre el marco físico. Por ello, el análisis de las sociedades históricas constituía una excelente referencia para el desarrollo argumental de los enfoques ambientalistas. La eclosión del ambientalismo coincidía igualmente con una crisis de la arqueología que desembocaría en un replanteamiento de la disciplina definido como la «nueva arqueología».

Durante la década de los años cincuenta, se realizaron prospecciones arqueológicas con carácter pluridisciplinar en diversos lugares del Próximo Oriente, Egipto, Grecia e Italia. Simultáneamente se revitalizaban instituciones científicas americanas, británicas, alemanas o francesas en las grandes ciudades mediterráneas (*British School at Rome, British School at Athens,* Casa de Velázquez en Madrid, etc.). Dichos centros canalizarían el apoyo a los equipos de trabajo llegados de las respectivas metrópolis y sus instalaciones se convertirían en auténticos foros pluridisciplinares capaces de alentar discusiones e hipótesis muy novedosas.

La región mediterránea se convirtió en un paraíso para los estudiosos del Cuaternario. A medida que las investigaciones cuaternarias en el Reino Unido, Francia o Estados Unidos establecían cuadros medioambientales satisfactorios, los noveles investigadores norteamericanos o del noroeste de Europa eran enviados al Mediterráneo para elaborar sus tesis doctorales y ampliar y contrastar hipótesis. Desde fines de los años cincuenta y durante la década de los años sesenta, el Mediterráneo estuvo de moda en Cambridge, en Chicago o en París.

2.2. UNA DÉCADA FRUCTÍFERA

La década de los años sesenta constituye un período extremadamente fructífero para los enunciados básicos del debate de la morfogénesis histórica mediterránea. En Roma, el veterano geógrafo Ward-Perkins era director de la *British School at Rome* y por allí pasaron en algún momento Judson (1963 a y b), Vita-Finzi, Delano Smith, etc. Por Mallorca recalaban Fairbridge, Butzer, Rohdenburg. Todavía existían restos coloniales en el norte de África en los que investigaban Vita-Finzi, Capot-Rey, Souville, Goodchild, etc. Grecia se convertía en campo de trabajo para Loy, Paepe, Wright, Harris, Vita-Finzi, Higgs, Fagg, Hutchinson (1969). En Turquía, Erinç y Eisma consolidaban su trayectoria investigadora, mientras Butzer realizaba una primera toma de contacto con Egipto. Por su parte Flemming (1968) procedía a un reconocimiento de yacimientos arqueológicos costeros para establecer los cambios eustáticos del nivel del Mediterráneo en los últimos 2.000 años. Todo este cuadro de autores pertenecían a los claustros universitarios más prestigiosos del momento.

Aún cuando podrían aportarse otros datos biográficos, sirvan éstos como reveladores de la entidad de los investigadores citados. El geólogo Claudio Vita-Finzi, de origen australiano, se había educado en Argentina y Reino Unido. Su excelente formación cuaternarista la adquirió en el St. John's College de Cambridge, alcanzando el grado de doctor en 1961 con sus tesis sobre cambios geológicos recientes en Libia. Los años siguientes amplió estudios en otras áreas mediterráneas (Jordania, Italia, Argelia, Grecia) entrando en contacto con arqueólogos, palinólogos y geógrafos. En 1969 publicaba una obra básica (*The Mediterranean Valleys. Geological Changes in Historical Times*). El libro —ahora un clásico— proponía una interpretación coherente de la información hasta entonces disponible. Además de numerosos artículos, es autor de *Recent Earth History* (1973), *Archaeological Sites in their Setting* (1978), etc.

Karl W. Butzer cursó sus estudios de licenciatura en la Mc Gill University de Montreal y presentó su tesis doctoral en la Universidad de Bonn dirigida por Carl Troll. Desde 1959 a 1966 trabajó en la Universidad de Wisconsin (USA) y luego en la de Chicago. Su participación en cuatro simposios de Burg-Wartenstein organizados por la *Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research* sería decisiva en la orientación de sus futuras investigaciones geoarqueológicas. Entre sus libros pueden señalarse *Environment and Archaeology* (1964 y 1971), *Geomorphology from the Earth* (1976) y *Archaeology as human ecology: method and theory for a contextual approach* (1982).

De alguna manera, Vita-Finzi y Butzer representaron dos posturas argumentales a la hora de valorar la morfogénesis histórica mediterránea. Como sucede a menudo, otros autores agudizaron los términos del debate.

Antes de finalizar esta presentación de los principales protagonistas de la década de los sesenta, parece oportuno referirse a un elemento que explica el trasfondo de la polémica. Creo que los investigadores extramediterráneos durante la década de los sesenta no siempre fueron capaces de acomodar la estrategia investigadora a una realidad científica diferente a la de sus lugares de origen:

a) Mientras el clima en tiempos históricos era una variable relativamente bien conocida en la Europa noroccidental gracias al impulso de Lamb (1977) y otros investigadores de Cambridge, en el Mediterráneo era todavía una incógnita. Trasladar las tendencias, oscilaciones o fluctuaciones climáticas históricas reconocidas en la Europa noroccidental a la región mediterránea era un inferencia arriesgada.

b) La morfogénesis pleistocena e histórica en la Europa noroccidental contaba con registros muy completos gracias a una prolongada tradición investigadora en ambientes de turberas, morrenas, etc. No era el caso en gran parte del Mediterráneo a comienzos de

la década de los sesenta. Las investigaciones sobre la morfogénesis histórica en la Europa noroccidental se asentaba preferentemente en la malacofauna y la palinología, mientras en la región mediterránea se optó por secuencias aluviales. La precisión de ambos tipos de registros no es comparable.

c) Durantes estos años, la Universidad de Cambridge singularmente y otras universidades angloamericanas suscitaron un debate sobre la morfogénesis histórica mediterránea que las honra por las energías y por la renovación metodológica que aportaron al reconocimiento del entorno mediterráneo en tiempos históricos.

2.3. TIEMPO DE CONTRASTES

Tras la síntesis de Vita-Finzi (1969), siguen dos décadas de estudios monográficos que vienen a suscribir o cuestionar el modelo explicativo propuesto por el autor del *The Mediterranean Valleys*. Muchos de los autores citados en la década precedente siguen investigando sobre la morfogénesis histórica mediterránea.

Al mismo tiempo proseguía la investigación desplegada por autores de procedencia y formación muy diversas. Así algunos discípulos de Pierre Birot culminan, entrados los años setenta, sus tesis doctorales sobre el sur de Italia (Neboit), Peloponeso (Dufaure) o la Grecia occidental (Bousquet). Igualmente salen a la luz las aportaciones de Van Zuidam (Valle del Ebro), Van Andel (región de Argos), Eisma (costa turca del Egeo), Botema, Raphael, Brückner, Rohdenburg y Sabelberg. A Grecia llegan el arqueólogo Bintliff, el geógrafo Davidson, el palinólogo Turner o el geógrafo Wagstaff entre otros. En Italia sigue la geógrafa Delano Smith y se incorpora el arqueólogo Potter.

Cabe destacar el creciente protagonismo de los equipos multidisciplinares. Sirva de ejemplo el proyecto de exploración de la Argólida iniciado a fines de los setenta codirigido por Van Andel y Jameson, en el que colaboran Jacobsen, profesor de Estudios Clásicos en Indiana University, Jolly, de una empresa americana de investigación oceanográfica, Lianos, del Servicio Arqueológico de Grecia y Pope, profesor del Departamento de Geología de la Standfor University.

A medida que transcurren los años setenta y ochenta, las posiciones del debate aparecen cada vez más decantadas. Mientras unos autores reconocen la sincroneidad de los sucesos de inestabilidad en todos los valles de la región mediterránea desencadenados por factores climatogenéticos, otros advierten diferencias cronológicas en los aluvionamientos de los valles de lo que infieren desencadenantes antropogenéticos. Al mismo tiempo se va abriendo paso las dificultades que encierra la rigidez de un modelo único para interpretar la complejidad morfogenética de la región mediterránea en tiempos históricos.

3. LOS DATOS

A lo largo de estas décadas, investigadores individuales y grupos pluridisciplinares han aportado gran cantidad de información sobre la morfogénesis mediterránea en los tiempos históricos que han sustentado interpretaciones contrapuestas. El enunciar todos los datos sería excesivamente prolijo y el repaso nunca sería exhaustivo, por lo cual parece aconsejable un tratamiento selectivo de algunas de las cuestiones analizadas.

3.1. PROGRADACIÓN HISTÓRICA DE LOS DELTAS MEDITERRÁNEOS

El litoral mediterráneo es especialmente favorable a la formación de deltas a causa de la carga sólida de los ríos. Cabe recordar la carga media de algunos ríos atlánticos en su desembocadura (0'07 Kg de sedimentos por m^3 en el Rhin) y de los mediterráneos (0'37 en el Po, 0'41 en el Danubio, 0'77 en el Nilo) (Bethemont, 1987: 18). También favorece el crecimiento de los deltas la escasa carrera de marea en este mar interior, el frecuente hundimiento tectónico de golfos y bahías, etc.

Un delta se forma cuando los aportes continentales superan a los redistribuidos por las corrientes litorales. La progradación de un delta evidencia un desequilibrio sedimentario favorable a la dinámica fluvial. Muchos deltas mediterráneos han registrado un rápido crecimiento de sus lóbulos durante los tiempos históricos, que ha sido interpretado como testimonio de la morfogénesis acelerada en los dominios perimediterráneos. En este sentido, hay una línea argumental que relaciona el crecimiento de los deltas con las deforestaciones y puesta en cultivo de superficies agrícolas, así como con el sobrepastoreo, los incendios, etc. Se trata de una interpretación coherente, aún cuando otros autores advierten que «una de las pocas cosas que pueden decirse con convicción acerca de los cambios costeros postneolíticos es que la suerte de un tramo de costa no significa una guía segura acerca de la suerte de otro tramo» (Delano Smith, 1979: 338).

Sensu contrario, la construcción de embalses y la regularización de los débitos ha reducido la carga sólida en las desembocaduras de los ríos y de ahí una tendencia general al retroceso de los deltas. A título de referencia, la carga sólida en suspensión cerca del Cairo antes de la construcción de la presa de Assuan era de 57 M.°/t/año y ahora sólo es de 2'1. Igualmente, la carga del Rhône era de 40 M.°/t/año en el siglo XIX y

ahora se cifra entre 4-5 M.°/t/año (Bethemont, 1987: 21). La inestabilidad actual de los deltas por causa antrópica queda demostrada, si bien parece simultánea con un ligero ascenso del nivel del mar.

Dos temas básicos son debatidos a propósito de los crecimientos históricos de los deltas mediterráneos:

i) Si la progradación deltaica fuera simultánea en todos los deltas mediterráneos, ello sería un argumento favorable a un desencadenante común en toda la región mediterránea. En este sentido se infiere una progradación climatogenética.

ii) Si cronológicamente la progradación en los deltas mediterráneos no es coincidente cabe inferir la responsabilidad de combinaciones específicas de factores en cada sistema fluvial. A menudo, las etapas de colonización humana de cada cuenca ofrecen una coherente interpretación de los hechos.

Aún cuando estos argumentos (climatogenéticos, antropogenéticos) serán los más usuales, el crecimiento de los deltas mediterráneos en tiempos históricos exigiría no olvidar otros factores concurrentes y no conocidos suficientemente.

i) Uno de los factores es el viento, por cuanto hay una clara relación entre velocidad y dirección del viento con la dirección del oleaje y las corrientes. Existen todavía pocos estudios sobre cambios históricos del régimen de los vientos en la región mediterránea.

ii) Otro factor es la posición relativa de tierra y mar. Los trabajos de Fleming (1968) señalan la dificultad de establecer tal posición relativa y, sobre todo, la escasa validez de extrapolaciones, incluso en tramos costeros cercanos. Mörner (1976) introduce mayor complejidad en dicha cuestión al considerar los desplazamientos del geoide.

iii) Los deltas mediterráneos suelen coincidir con sectores de inestabilidad tectónica. En cualquier caso, conviene evaluar tanto la influencia de efectos tectónicos de larga duración como la sismicidad catastrófica. La neotectónica mediterránea constituye uno de los procesos situado en la base de la fragilidad de la región mediterránea (Bousquet-Pechoux, 1977).

Aparte de estas consideraciones, la progradación de los deltas mediterráneos en tiempos históricos ha sido una referencia obligada en los estudios de la morfogénesis histórica. Existen muchos estudios específicos. La documentación escrita y la arqueología han evidenciado cómo antiguos puertos durante las cruzadas, o en tiempos romanos o de la Grecia clásica han quedado retranqueados incluso varios kilómetros tierra adentro. Sin ánimo de ser exhaustivo, se presentan algunas referencias y una muestra de los argumentos explicativos más repetidos.

El delta del Ebro sucede a una probable bahía de época romana: el testimonio documental aboga por un crecimiento moderado del delta hacia el siglo xii y de un crecimiento intenso a partir de los siglos xvi y xvii. La tala de los bosques para la construcción de barcos, los incendios forestales y los aprovechamientos agrícolas y ganaderos provocaron un retroceso considerable de la vegetación en la cuenca de drenaje, la desprotección de los suelos y una mayor productividad sedimentaria con el resultado final de un gradual crecimiento del delta, que se puede suponer empezó a dejarse sentir en época árabe y se ha acelerado en los últimos cuatro siglos.

Maldonado (1972) explica que la evolución y distribución de los sedimentos ha sido regida por tres lóbulos (septentrional, central y meridional). A la actividad de este último lóbulo, cuyo desarrollo duró desde hace unos 4.000 años hasta el siglo xvi, se debe la formación de la primera generación de barras de arena litorales que originaron la anexión a la llanura deltaica de aguas someras, el último vestigio de las cuales serían las lagunas de la Encanyissada y de la Tancada. El lóbulo central, iniciado en el siglo xviii, se desarrolló, en parte, simultáneamente con el septentrional (principios de siglo xvii-finales de siglo xviii), y originó unas barras septentrionales y meridionales. Estas últimas, al anexionarse a la antigua línea de costa de la llanura deltaica y formar barras alunadas, delimitaron las dos partes de la laguna de la isla de Buda, que en gran parte han debido ser formadas por el distributario de la gola de Tramuntana. La evolución reciente de la llanura deltaica está regida por la apertura de un nuevo cauce, a la altura de la isla de Buda y al norte del anterior, durante una crecida en octubre de 1937.

Arredondo (1984) desde una perspectiva oceanográfica y a partir de la cartografía histórica, establece diversas etapas en la formación del delta. En una etapa inicial, su crecimiento estaría controlado por la dinámica fluvial. El río depositaría los sedimentos en dirección SSE y las olas se encargarían de redistribuirlos, originando una especie de cono de deyección sumergido a escasa profundidad. Este proceso, junto al aumento de sedimentos y la elevación del nivel del mar, daría lugar a la isla de los Alfaques —si no existía ya anteriormente—. En la etapa siguiente se formaría una barra que convertiría esta isla en una península, y con el abrigo que proporcionaría de cara al oleaje de componente S, el delta crecería más rápidamente hacia el N sobre la plataforma formada en etapas anteriores. A medida que se destruye la vegetación, aumenta la desestabilización de los suelos y la cuenca fluvial va perdiendo su capacidad de retención de las aguas de lluvia, la erosión aumenta y las crecidas se hacen más numerosas (aunque no parece que hayan adquirido proporciones catastróficas hasta la época moderna). Con motivo de las grandes avenidas, y al ser tan reducida la pendiente topográfica, podría haberse inundado la llanura deltaica facilitando cambios de localización de la desembocadura (difluencias). Una vez los hemideltas llegaron a un cierto grado de desarrollo, el

río volvió al cauce fluvial central (siglo XVIII) y el frente deltaico avanzó con mayor rapidez a partir de ese momento. La isla de la desembocadura (Buda) dio lugar a la formación de las golas de Migjorn y de Tramuntana, ya bien desarrolladas a finales del siglo anteriormente citado. Las barras que formaban esta última gola se adentraron progresivamente en el mar hasta que, como consecuencia de la construcción de los embalses del último tramo del río hacia la mitad del siglo actual, la aportación de sedimentos se interrumpió y el delta en lugar de avanzar empezó a retroceder.

Francesc Esteve y Jesús Massip (1982) han indicado diversos detalles sobre la evolución del delta. Según Esteve, las arenas y limos aportados por la corriente del río formaron estrechas fajas de arena (*trabucadors*) que pronto rodearon extensas lagunas (*calaixos*), las cuales, se convirtieron en terrenos pantanosos. Estos avances se producirían en tiempos relativamente modernos. Así consta que en 1176 entre Amposta y Sant Carles de la Ràpita había una gran laguna. En 1344 se documenta una isla denominada lo Baladre, más allá de Amposta. No muy lejos de allí se encontraba el antiguo puerto de Tortosa, Port Fangós, que fue cegado por un brazo del Ebro que en los documentos del siglo XIV se denomina la boca de l'Alfac. En el siglo siguiente, el viejo Port Fangós fue sustituido por el nuevo puerto de los Alfaques. Aparte de estas albuferas aprovechadas como embarcaderos y puertos de refugio, en el delta había lagunas menores como ya consta en la documentación del siglo XII. De estas numerosas lagunas que se fueron formando a lo largo de la costa, quedan escasos vestigios; solamente el estanque de la Encanyissada persiste en proporciones considerables, aunque cada vez más reducidas. De las modificaciones que ha sufrido el delta también queda un recuerdo en muchos topónimos de lugares que antiguamente fueron pantanosos, como les Basses, Xiribecs, la Bassa Fonda, l'Estany, y que hoy, ganados para la agricultura, son arrozales espléndidos. Otros como els Muntells o la Muntadella se aplican a montículos y suaves ondulaciones que, antiguas dunas, señalan las sucesivas líneas de costa.

Massip ha puesto de relieve la existencia, en el siglo XIII, de tres puertos en la desembocadura: el de Mar (en la costa), el Grau (en Amposta) y el de la Riba de Rec (en Tortosa). El conjunto de leyes que regulaban la vida y funcionamiento de esta compleja realidad porturia, hace suponer que dichos puertos existían con anterioridad a la conquista cristiana (siglo XII) y prueban que el crecimiento del delta se inició en períodos anteriores.

Los textos que documentan el crecimiento del delta a partir del siglo XII son escasos, imprecisos y a menudo contradictorios. Así, si partimos del geógrafo árabe Edrisi, (1152), podemos situar el frente deltaico, poco más o menos, en la isla de Gràcia, con un curso seguramente hacia la laguna de les Olles y, al menos, otro hacia Port Fangós (aproximadamente donde hoy está la laguna de la Platjola), que correría a lo largo de la actual línea divisoria entre las comarcas del Baix Ebre y el Montsià; la distancia de Tortosa al mar, la establece Edrisi en unos 19 km. Otro geógrafo árabe, Al-Himyari, la establecerá en los siglos XIV-XV en unos 28 km. Despuig, a mediados del siglo XVI no la cifra en más de 25 km. El mencionado Port Fangós se colmatará y lo mismo sucederá con otros estanques del frente deltaico, con lo que el delta crecerá hasta un punto situado inmediatamente antes de La Cava en el siglo XV, y un poco más abajo en el siglo siguiente, según Despuig. Pero sólo con la seguridad que proporcionó la construcción, durante el siglo XVI, de numerosas torres de defensa a lo largo de la costa estas tierras pudieron ser habitadas aunque seguramente no fueron cultivadas, dado que posiblemente la sal y el pescado eran las únicas riquezas susceptibles de ser explotadas (MASSIP, 1982).

El delta del Mejerda (PASKOFF, 1987) constituye otro buen ejemplo de crecimiento histórico en el Mediterráneo, cuya evolución se ha reconstruido con bastante precisión gracias a las abundantes fuentes escritas y a una rica documentación arqueológica. Con una cuenca de drenaje de 23.700 Km^2 y un régimen hidrológico muy contrastado, el delta se instala en un dominio subsidente. La construcción deltaica se explica, ante todo, por la gran carga aluvial del río ahora disminuida por diversos embalses. En un dominio topográfico accidentado, la existencia de fuertes pendientes favorece la denudación de laderas especialmente si predominan materiales poco resistentes y con una cubierta vegetal muy degradada. El delta se sitúa al fondo del golfo de Túnez, coincidente con la antigua bahía de Utica, en una zona de abrigo del oleaje del NW, NE y SE. La plataforma continental es allí muy tendida.

La bahía de Utica se debió configurar al final de la transgresión flandriense (alrededor de 5.000-6.000 años), comenzando a actuar un activo aluvionamiento. Cuando se funda la ciudad de Utica (1101 antes de Cristo), ya se había producido la colmatación de la parte suroeste de la bahía. Durante el siglo III antes de Cristo el cauce del Mejerda había avanzado hasta una desembocadura situada al noroeste del emplazamiento actual de la Sebka Ariana. El 240 Amílcar lo atravesó con sus elefantes para conquistar un campo de mercenarios instalados en la orilla izquierda. Todavía en el siglo II a. de Cristo la Sebka Ariana estaba abierta al mar puesto que en 148-147, durante la tercera guerra púnica la utilizó la flota de Manilio —con calados de más de dos metros—. El cierre debió ser tardío, pues, en la Edad Media, los árabes la denominaron Bahr el Azrag. La antigua isla, hoy conocida como Galaat el Andless, donde se instalaron los Castra Cor-

neliana —utilizados por Escipión el Africano— se unió a tierra mediante un tómbolo.

Mientras tanto hay importantes difluencias, con una constante tendencia a desplazarse hacia el norte. Tal cambio condujo a la inutilización del puente de Utica (fechado en el siglo II después de Cristo) y amenazaba también los Castra Corneliana. Durante el siglo IV después de Cristo, los aluvionamientos afectan a los alrededores de Utica, rodeada de marjales y pantanos. La decadencia de la ciudad es patente en el siglo VI y su abandono se produce en el siglo VII.

Ningún documento conocido hasta ahora permite datar las divagaciones deltaicas del Mejerda en los tiempos medievales y modernos. Durante este largo período continuó el relleno de la parte septentrional de la antigua bahía de Utica y la laguna de Ghar el Melh habría desaparecido si, a fines del siglo XVIII o comienzos del siglo XIX, el Mejerda no hubiera regresado hacia el sur creando un nuevo canal funcional hasta la gran crecida de 1973 en que de nuevo ha mudado su curso.

«El avance rápido del delta durante la Antigüedad se relaciona sin duda con las amplias roturaciones efectuadas en el norte de Túnez en tiempo de los cartagineses y de los romanos, puesto que si los primeros fueron los iniciadores, los segundos fueron los propagadores de la agricultura en el país. Se desencadenó una erosión de los suelos que incrementó la carga aluvial del río y sus afluentes... Es lógico pensar que la progradación costera disminuyó durante la Edad Media... La situación permaneció así hasta finales del siglo XIX...» (PASKOFF, 1987: 371).

A principios del siglo XX se construyen diques. «Al mismo tiempo, el caudal sólido del Mejerda se incrementó en relación con una nueva ola erosiva de los suelos desencadenada por la introducción de una agricultura de tipo europeo...». La llegada de mayor cantidad de limos hasta la desembocadura favoreció la aparición, en los años 30, de una flecha orientada hacia el Suroeste de rápido crecimiento. En 1948, la flecha ya superaba los dos kilómetros de longitud.

En marzo de 1973 el Mejerda mudó de cauce. En la antigua desembocadura —ahora desprovista de aportes— la flecha evolucionó rápidamente por la acción de la deriva y el oleaje y posiblemente terminará por delimitar una laguna. En la nueva desembocadura ha comenzado a crecer un saliente de forma acelerada. La entrada en funcionamiento del embalse de Sidi Salem en 1982 ha disminuido la rapidez evolutiva de la desembocadura (PASKOFF, 1987).

Eisma (1978) en un modélico trabajo acerca de la erosión y deposición en la costa este del Egeo se refiere a la morfogénesis histórica en los valles principales de la Turquía occidental (coincidentes con los nombres clásicos de Maiandros, Hermos, Kaystros y Kaïkos).

Los datos arqueológicos e históricos del Kaystros (actualmente Küçük Menderes) evidencian que entre 750 y 300 a. de Cristo, la progradación avanzó lentamente alrededor de un kilómetro; entre el 300-100 a. de Cristo fue muy rápida (unos 5 km) para disminuir en tiempos romanos (en torno a 2 Km entre 100 a. de Cristo y 200 d. de Cristo) y algo más a principios de los «tiempos oscuros» (alrededor de 1'5 Km entre 200 y 700 d. de Cristo). Desde entonces la costa ha permanecido estabilizada.

Los datos para el delta de Maindros (Büjük Menderes) son menos completos, pero sugieren una historia similar. La ciudad de Priano fue fundada junto al mar a comienzos de los tiempos clásicos, pero no se conoce su localización exacta. La nueva ciudad de Priano —de la que se conocen sus ruinas— fue fundada en el siglo IV antes de Cristo, con su puerto Naulochos, distante 5 Km. Al sur de la llanura, Myus fue un puerto abierto unos 500 años antes de Cristo, la costa estaba en Sarikemer, cerca de la antigua Pyrrha; 100 años después de Cristo el nivel del pavimento en las calles de la parte baja de Mileto debió ser cubierto por los aportes fluviales. Los datos arqueológicos sugieren que el antiguo golfo de Latmia había sido cerrado definitivamente en el siglo IV de nuestra era y que durante el siglo VI el área alrededor de Mileto había sido enterrada. El curso del antiguo Meandros fue funcional hasta inicios de la Edad Media en que fue sustituido por el nuevo situado al sur. Una descripción griega de 1650 sitúa a Mileto a ocho millas de la costa que es aproximadamente la misma que en la actualidad. A partir de estos datos, se deduce que el crecimiento del delta fue muy acelerado en los tiempos clásicos y helenísticos hasta el año 100 de nuestra era y después más lento. Tras la Edad Media, el crecimiento del delta se ha restringido a la parte sur.

Menos información de los tiempos antiguos se dispone acerca de los deltas de Gediz y Bakir Cay. No obstante, la comparación de un mapa de 1887 con otro de 1944, demuestra que el delta de Gediz ha avanzado unos 5 Km. Por su parte, el delta de Kaïkos ha avanzado 5 Km desde el año 100 de nuestra era.

También Vita-Finzi (1972: 45) se refiere al crecimiento histórico de los deltas mediterráneos en un esquema que pretende combinar los movimientos eustáticos, la cronología de los rellenos en los valles mediterráneos y los aportes de carga en suspensión al mar Mediterráneo. Todo ello lo sintetiza en el siguiente cuadro que señala las alternancias en los aportes fluviales al mar:

20.000-10.000 BP: escaso aporte de sedimentos.
10.000-5.000 BP: grandes aportes de sedimentos.
5.000-2.000 BP: se incrementa la proporción de sedimentos retenidos en los deltas.
2.000-300 BP: escaso aporte de sedimentos, especialmente limos y arcillas.
300-0 BP: gran aporte de sedimentos, la mayor parte de material queda atrapado en los deltas.

Otros muchos crecimientos deltaicos podrían aducirse, pero los ejemplos comentados pueden servir de muestra. Obviamente las interpretaciones son dispares, pero antes de discutirlas será oportuno aducir otros datos referidos a los aluvionamientos de los valles.

3.2. ALUVIONAMIENTO DE LOS VALLES

Vita-Finzi (1969) estableció que el último aluvionamiento de los valles mediterráneos estaba integrado por dos formaciones: *Older Fill* (algunas veces también denominada *Red Beds*) y el *Younger Fill* (tambien conocida como *Second Deposition* o *Historical Fill*).

El *Older Fill* consiste en una amplia formación aluvial/coluvial, generalmente rojiza, integrada por limos, arcillas y gravas poco clasificados. A ambas márgenes de los ríos, forma una terraza bien definida, mientras que en los llanos costeros cubre topografías más antiguas. Varias evidencias permiten deducir su forma de deposición: las grandes masas de cantos angulosos sugieren la acción de la crioclastia y la escasa clasificación indica precipitaciones cortas e intensas. La coloración rojiza es un problema; si la textura de los depósitos es un indicio de un período cálido, la alta oxidación excluye las condiciones muy áridas. La coloración del *Older Fill* puede proceder de la erosión de paleosuelos del último interglaciar. El aluvionamiento coincidió con un nivel del mar más bajo que el actual (glaciación Würm) y contiene industrias musterienses y del Paleolítico superior. Vita-Finzi se inclina por una edad absoluta del *Older Fill* comprendida entre 50.000 y 10.000 BC.

El *Younger Fill* es una formación distinta por cuanto está reducida a las márgenes adyacentes de los ríos y sólo se amplía en las inmediaciones de la costa. Tal restricción se debe a su carácter aluvial y su textura se compone de limos y gravas. El color más frecuente es el pardo o gris y su potencia es reducida en comparación a la del *Older Fill,* a excepción de los llanos litorales. El *Younger Fill,* depositado con un nivel del mar parecido al actual, está actualmente incidido por barrancos y ríos lo cual testifica que el aluvionamiento finalizó en época reciente. La arqueología ofrece abundante material para la datación de la terraza correspondiente al *Younger Fill.* Si inicialmente expresa sus dudas acerca de la causa desencadenante de la deposición del *Younger Fill,* finalmente se inclina por un cambio climático (Vita-Finzi, 1973: 87) y en una cronología absoluta entre el 600 y el 1800 después de Cristo, tal como sugieren los datos paleoclimáticos del norte de Europa (Lamb, 1966) referidos a la pequeña Edad del Hielo.

Diversas conclusiones se extraen del trabajo de Vita-Finzi (1969):

a) Los valles mediterráneos han experimentado cambios muy notables durante los tiempos geológicos más recientes.

b) Tales cambios fueron en parte, y posiblemente en todo, desencadenados por los cambios climáticos asociados al ciclo glaciar-interglaciar-glaciar.

c) La influencia humana pudo tener alguna responsabilidad en el *Younger Fill.*

d) El *Older Fill* supone en los valles mediterráneos una amplia acumulación aprovechable para los cultivos; la erosión de esta formación es la principal fuente de suministro del *Younger Fill.*

Vita-Finzi (1972, 1975) posteriormente caracterizó ambas formaciones desde el punto de vista sedimentológico: la comparación del tamaño de grano muestra que el *Younger Fill* —procedente mayoritariamente de la erosión del *Older Fill*— está formado por tamaños de partículas más finas. Ello es así porque los ríos han transportado estas fracciones hacia las partes bajas de la cuenca. Puesto que las partículas más finas transportan también la coloración rojiza del *Older Fill,* la coloración marrón corresponde a condiciones reductoras y a la disponibilidad local de materia orgánica.

Butzer (1964, 1971, 1975 y 1978) discrepa de la generalización de Vita-Finzi acerca del *Older Fill.* En efecto, las formaciones würmienses mediterráneas difícilmente pueden interpretarse con los esquemas propios de la Europa noroccidental y registran ciclos y hemiciclos específicos.

No obstante, para no dispersar más la atención, a partir de ahora los datos se referirán exclusivamente a los aluvionamientos holocenos e históricos que, *grosso modo,* corresponden a la formación *Younger Fill* descrita por Vita-Finzi.

En 1962, se publica un trabajo del entonces director de la *British School of Archaeology at Rome,* Ward-Perkins, referente la paisaje del sur de Etruria desde la perspectiva de la geografía histórica. En él señala considerables acumulaciones de aluviones recientes en las márgenes fluviales las cuales son interpretadas como testimonio de la intensa colonización de etruscos y romanos.

El norteamericano Judson (1963) señala en el valle siciliano de Cornalunga, unos 60 Km aguas arriba de Catania, dos aluvionamientos históricos: el primero comenzó el siglo VIII antes de Cristo finalizando antes del 325 de nuestra era que se corresponde a la terraza 8-10 m, y el segundo aluvionamiento es medieval y forma la terraza 4-5 m. Este segundo aluvionamiento histórico siciliano tiene su equivalente en el sur de Etruria, inmediatamente al norte de Roma, donde depósitos fluviales de 3-8 m de potencia correspondientes al final del Imperio o a la Edad Media han enterrado estructuras de habitación romanas. Judson no llega a una conclusión excluyente acerca de las causas que provocaron los períodos de aluvionamiento y de encajamiento fluvial.

4. LA CRONOLOGÍA DEL «YOUNGER FILL»

Nadie discute la importancia de la morfogénesis ocurrida en la región mediterránea en tiempos históricos. Las discrepancias surgen a propósito de la cronología de los sucesos de inestabilidad ambiental.

Vita-Finzi (1969: 103) argumenta sobre el carácter aparentemente sincrónico y generalizado del *Younger Fill* en la cuenca mediterránea. El argumento de Vita-Finzi es impecable: si el *Younger Fill* es general y sincrónico en toda la cuenca mediterránea, la causa desencadenante ha de ser universal y sincrónica para toda la región de lo cual deduce una variación climática. El *Younger Fill* no pudo ser desencadenado por el impacto de la sociedad humana ya que la acción antrópica sobre el medio se inició antes del episodio del *Younger Fill* y ha proseguido después que finalizó dicho episodio (Vita-Finzi, 1969: 105-111).

Vita-Finzi interpretó los registros aluviales como indicativos que el *Younger Fill* fue sincrónico y que, en general, la agradación comenzó en los ámbitos perimediterráneos hacia el 400 a. de Cristo y continuó hasta el 1500, 1800 d. de Cristo o incluso más tarde (Vita-Finzi, 1969: 101). En publicaciones posteriores, Vita-Finzi (1973: 80-87) revisa en parte sus posiciones ya que las dataciones de C^{14} sugieren que no todo el *Younger Fill* tiene la misma cronología. El autor ajusta los datos mostrando que podrían indicar como un desplazamiento progresivo de la circulación general hacia el sur (1973: 87 y fig. 16 C)

Bintliff (1975, 1976, 1977, 1982) es el investigador más próximo a la propuesta de Vita-Finzi. Aunque Bintliff afirma, directa o indirectamente, que sus pruebas dan soporte a la cronología de Vita-Finzi, no siempre sus escritos son interpretados de forma coincidente (Wagstaff, 1981). En efecto, las cerámicas conservadas en una terraza aluvial cerca de Fychtia en Argolia «pueden ser de principio o mitad de los tiempos helénicos» pero pueden proceder de un yacimiento premicénico (Bintliff, 1977: 239). Un pequeño registro de sedimentos en una terraza junto a los lechos del valle de Sulima en Mesina que engloba cerámicas de difícil diagnóstico sugieren su deposición «durante o después de mitad de la Edad de Bronce» (Bintliff, 1977: 506). Según Wagstaff (1981), Bintliff no ofrece ninguna cronología para el aluvionamiento de los valles de Magula y Dalanamara en Argolia aunque la ocupación se extiende desde el Neolítico hasta el período grecoromano (Bintliff, 1977: 326). Los aluviones del bajo Tirius contienen cerámicas arcaicas y clásicas, e incluso material prehistórico y sepultan tumbas de edad geométrica y griega (Bintliff, 1977).

En todos los casos citados y en otros más de cronología problemática, el argumento de Bintliff para datar el *Younger Fill* es la analogía con otros y la continua apelación a la hipótesis de la sincroneidad (Wagstaff, 1981). Vita-Finzi y Bintliff postulan la sincronía del *Younger Fill* en toda la cuenca mediterránea como una única fase de aluvionamiento a lo largo de unos 1000 años.

Davidson (1980) señala que un intenso aluvionamiento de los canales fluviales tuvo lugar en Grecia al menos desde el inicio de los tiempos clásicos y se ha prolongado hasta casi nuestros días. En los flancos del tell de Sitagroi hay constancia de una primera acumulación aluvial hacia el 1000 a. de Cristo y suelos degradados en Santorini desde 1470 a. de Cristo. Se trata, por tanto, de una cronología más compleja de la estabilidad e inestabilidad geomorfológica.

Greig-Turner (1974) investigaron el registro palinológico del antiguo lago de Tenaghi-Philipon al NE de Grecia que comienza con el Neolítico y el Bronce inicial. Ambos autores sugieren que, entre 6500 y 2500 a. de Cristo, aquella región estaba cubierta por un bosque mixto, con robles en los suelos más profundos, olmos y tilos en los sectores más húmedos, y algunos avellanos y fresnos en los espacios más abiertos. El registro polínico correspondiente a la Edad del Bronce (1900-1360 a. de Cristo) muestra un incremento de la maquia, el bosque de robles sigue siendo dominante y el posible cultivo del olivo. En el período siguiente (1360-1000 a. de Cristo), se constata un descenso del polen de olivo, pero se incrementa seguidamente (1000-500 a. de Cristo). La vegetación entre 500-0 a. de Cristo parece muy similar a la de los períodos 2500-1900 y 1360-1000 a. de Cristo. La cronología de la desforestación establecida en Greig y Turner (1974) difiere bastante de la investigada en el lago Kopais (Grecia central) y en el Peloponeso por Wright (1968) donde la cubierta vegetal experimenta una drástica reducción durante la Edad del Bronce. Tales diferencias espaciales pueden explicarse según los autores citados por el tipo de evolución del poblamiento y la agricultura. En efecto, el poblamiento en Grecia durante la Edad del Bronce comenzó desde el sur. Las diferencias climáticas no parecen explicar las diferencias advertidas en los diversos registros polínicos.

Van Zuidam (1975) en su reconocimiento del sector central del Valle del Ebro admite como hipótesis de partida el modelo cronológico propuesto por Vita-Finzi y reconoce la existencia del *Older Fill* y del *Younger Fill*. Respecto del segundo indica que tal acumulación se produjo entre el 700 a. de Cristo y el 100 d. de Cristo con un máximo deposicional comprendiddo entre el 500 y 100 a. de Cristo «y no en tiempos medievales como sugiere el diagrama de Vita-Finzi» (p. 328).

Los discípulos de Pierre Birot (Neboit, Bousquet, Dufaure, etc.) aportan numerosos datos cronológicos sobre las formaciones aluviales en el extremo meridional de la Península Itálica y en numerosas regiones de

Grecia. Como denominador común muestran unas notables matizaciones al esquema cronológico de Vita-Finzi.

A modo de ejemplo Neboit (1977, 1980, 1983) analiza las terrazas históricas de los ríos de Lucania (Italia del SE). Una formación histórica con cerámica recubre una formación holocena datada entre 7250 y 3760 BP. A lo largo del Cavona, se reconoce un estrato, situado a 12 metros de la superficie actual, con materiales arqueológicos correspondientes al siglo IV antes de nuestra era.

Bruckner (1986), en la misma región que Neboit, ha distinguido episodios de intensa denudación y períodos de estabilidad que favorecieron la pedogénesis. Esquematizando, éste sería el cuadro cronológico:

—etapa de acumulación fluvial desde fines del Würm hasta el Holoceno medio (potencia 8 m).
—etapa de estabilidad (4150-1400 BC): formación de un suelo.
—etapa de acumulación fluvial (900 a. de Cristo-200 d. de Cristo).
—etapa de estabilidad (siglo III-IV de nuestra era): formación de un suelo.
—etapa de acumulación fluvial (siglo VII-XV) (entre 1'50-3'50 m de potencia).
—etapa de incisión fluvial.
—etapa de acumulación (siglo XIX y comienzos del XX).

En síntesis, el carácter sincrónico del *Younger Fill* postulado por Vita-Finzi no parece tan sólido ni demostrado. Las discrepancias cronológicas en la deposición del *Younger Fill* permiten constatar fases sucesivas y discontinuas cuya cronología varía de una región a otra.

5. LAS CAUSAS

El eje del debate sobre la morfogénesis histórica en la región mediterránea gira sobre las causas desencadenantes de la inestabilidad ambiental. En este sentido, introduce una perspectiva temporal a nuestros actuales problemas medioambientales. Si la degradación mediterránea está ligada a la fatalidad o al azar de *inputs* externos, resultaría desalentador para el éxito de ciertas políticas conservacionistas. Por contra, si deriva primordialmente de factores culturales, es preciso primarlas decididamente.

5.1. LA EXPLICACIÓN CLIMÁTICA DEL «YOUNGER FILL»

Cuando se afirme o se niegue la validez de la hipótesis climática en la génesis del *Younger Fill*, no se están cuestionando los cambios climáticos durante los últimos milenios en las regiones mediterráneas. Son dos cuestiones diferentes: sobre el segundo aspecto existe abundante bibliografía (Wigley-Ingram-Farmer, 1981; Lamb, 1977; Le Roy, 1967; Koeniguer, 1986). Aquí se debate si los cambios climáticos han sido la causa que ha desencadenado y paralizado el *Younger Fill*.

Una acumulación en un lugar del lecho fluvial cabe relacionarla con el régimen fluvial. Su presencia indica que el flujo fluvial fue insuficiente en un momento dado para transportarlo, aunque fue suficiente para transportarlo hasta allí. La cantidad de energía potencial disponible depende de la pendiente de las laderas y del cauce, del tamaño del lecho, del tipo de vegetación, de la capacidad de inflitración, de la masa de agua disponible y su distribución en el tiempo o de la cantidad de precipitación. El potencial máximo sólo se alcanza en raras ocasiones y niveles de energía subóptimos no se mantienen a lo largo del tiempo, sino que fluctúan entre la máxima crecida y el nivel cero. Las acumulaciones del *Younger Fill* sugieren tanto una onda de energía sostenida durante más de 1000 años como una sucesión de ondas durante el período considerado. Las fluctuaciones en la cantidad de energía de una cuenca pueden depender de sucesos locales. Si la ubicuidad del *Younger Fill* representa algo más que la suma de eventos sucesivos en lugares concretos, entonces debe invocarse un agente universal. Es así como se plantea la hipótesis climática del *Younger Fill*.

Tras examinar varias hipótesis Vita-Finzi se inclina por un desencadenante climático y ello por tres razones. En primer lugar, el carácter aparentemente sincrónico y generalizado del *Younger Fill* en la cuenca mediterránea corrobora la actuación de un agente universal. La segunda razón deriva de las variaciones climáticas simultáneas en el norte de Europa y América del Norte que hacen del cambio climático una explicación plausible. La tercera es la aparente inadecuación de las explicaciones alternativas, incluyendo las de origen antrópico (Vita-Finzi, 1969: 103-105).

Bintliff (1977: 137) afirma que la «verdadera naturaleza del *Younger Fill* en Grecia demuestra que tal aluvionamiento se produjo en unas condiciones climáticas diferentes a las que prevalecen actualmente o en cualquier momento del Holoceno anterior al 400 a. de Cristo.

Los cambios climáticos bruscos durante el Holoceno capaces de alterar el equilibrio biorexistático no parecen suficientemente atestiguados por los estudios palinológicos, esto es, las fluctuaciones de las temperaturas y precipitaciones no han alcanzado niveles críticos para que tales cambios hayan sido registrados por el análisis polínico. Ello invita a la prudencia a la hora de adoptar esquemas favorables o contrarios a los cambios climáticos con el sólo argumento de los análisis polínicos. Por esta razón, Bintliff (1977: 51) relativiza los registros polínicos porque sólo registran

fluctuaciones climáticas de gran escala y larga duración. Por contra, valora fenómenos climáticos de corta duración (Carpenter, 1966; Wright, 1968) no detectados por indicadores poco sensibles.

La línea argumental de los defensores de la explicación climática ha variado a lo largo de estas décadas: el mayor número de valles y yacimientos estudiados ha obligado a considerar mayor número de pulsaciones climáticas en tiempos históricos. En cualquier caso, el argumento sigue siendo el mismo: una vez detectada la acumulación, se invoca una fluctuación climática, a menudo referida a la Europa noroccidental.

5.2. LA HIPÓTESIS ANTROPOGENÉTICA DEL «YOUNGER FILL»

La hipótesis antropogenética ha sido alternativa a los argumentos climatogenéticos. Consiste en una línea sugerente, aunque con riesgos de simplificación y rigidez causal que puede convertirse en un argumento circular. En efecto, para probar el origen antrópico de la inestabilidad ambiental los diferentes autores invocan que la actividad humana ha sido notable durante el período en que se acumuló el *Younger Fill* o que los períodos exacerbados de actividad humana local se relacionan con cambios en las facies sedimentarias del *Younger Fill*.

Se exponen seguidamente algunos de los argumentos más frecuentes en la explicación antropogenética:

a) La remoción del bosque y ruptura de los horizontes edáficos para la puesta en cultivo han provocado, en regiones semiáridas como las tierras mediterráneas, una aceleración de los procesos de erosión y una acumulación de sedimentos en el fondo de los valles (Butzer, 1974; Schumm, 1977). Aunque sea difícil su evaluación cuantitativa, la cantidad de sedimentos disponible en la cuenca se incrementa si suponemos constantes el resto de variables relevantes (ángulo de la vertiente, cantidad de suelo, régimen de precipitaciones, etc.).

b) La eliminación del bosque a causa de la puesta en cultivo (mediante la roturación e incendios controlados) o del pastoreo ha sido detectada por numerosos diagramas polínicos analizados. Tal destrucción no fue sincrónica ni generalizada, y en ocasiones fue seguida de la regeneración de la cubierta vegetal, aunque potenciándose determinadas especies pirófitas.

c) Fuentes escritas de época clásica suelen referirse directa o tangencialmente al impacto antrópico en la degradación medioambiental.

Los análisis polínicos constituyen un argumento muy esgrimido para las interpretaciones antropogenéticas. En efecto, cada vez se dispone de mayor número de registros estudiados en la periferia mediterránea (Dupré, 1988). A menudo se detecta en ellos la impronta humana sobre la cubierta vegetal durante los tiempos históricos.

La argumentación antropogenética del *Younger Fill* —tras constatar los impactos antrópicos sobre la vegetación mediante análisis polínicos— invoca la aceleración de los procesos de erosión del suelo de modo que equipara los ciclos de agradación-incisión fluviales con las fluctuaciones de población y alternancias en las estrategias de utilización del suelo. En otras palabras, se toma en consideración la historia cultural de una región para contextualizar la historia del aluvionamiento y de la cubierta vegetal. Se supone que el incremento o retroceso del número de yacimientos arqueológicos se corresponde con la intensificación o retraimiento en la utilización del suelo y con la ampliación o reducción de la cubierta vegetal (Wagstaff, 1981; Pope-Van Andel, 1984).

Veamos la argumentación de Eisma (1978) a propósito de los deltas turcos del Egeo. En Turquía, las prácticas agrícolas y ganaderas se remontan al menos a los últimos 8.000 años. La roza de los bosques, el uso del fuego, el pastoreo y la agricultura, la utilización de la madera para el fuego y las construcciones han causado la destrucción y la alteración de la cubierta vegetal en grandes extensiones. La destrucción de la cubierta vegetal desencadenó la degradación y, a menudo, la erosión del suelo. Si el suelo era poco potente, este proceso es irreversible.

La vegetación natural del oeste de Turquía a comienzos del Neolítico consistía en un bosque subtropical en las áreas costeras (especialmente pinos y maquia) y bosque mixto de pinos, encinas y enebros en las montañas altas. Es también el tipo de vegetación actual, aparte de la interferencia antrópica. Ha habido pocos cambios climáticos a la luz de los datos palinológicos. No obstante, el bosque originario de las zonas altas sólo se conserva en los lugares más remotos y de difícil acceso. El antiguo bosque litoral ha sido sustituido por la maquia muy degradada.

La deforestación en Grecia e Italia avanzó notablemente en los tiempos clásicos y también en la Turquía del Egeo: los efectos son evidentes en la forma de las calizas denudadas, badlands reactivados y en los restos aislados del bosque original.

Es problable que la rápida aceleración de la propagación deltaica del Küçük Menderes entre el 300-100 antes de Cristo fuera debida a la erosión del suelo, como corresponde con un período de colonización y devastación de las guerras del período helenístico cuando, tras la conquista de Alejandro el Grande, los griegos penetran decisivamente en el Asia Menor. Igualmente el avance del Büjük Menderes puede relacionarse con las prácticas agrícolas intensivas en dicha cuenca, como ya señaló Pausanias. La ralentización del

crecimiento deltaico puede ser un efecto posterior de la erosión acelerada: cuando la mayor parte del suelo disponible ha sido removido, hay poco excedente para ser transportado.

El geógrafo norteamericano Raphael (1978) ha estudiado la morfogénesis holocena e histórica en el llano litoral de Elis en el Peloponeso. Los llanos litorales son los ámbitos geomórficos más atrayentes por la variedad de factores y activa dinámica de los procesos concurrentes. La llanura de Elis presenta una gran variedad de unidades geomorfológicas (campos de dunas, albufera, llanos de inundación con levées, etc.) de gran dinamismo a la que se asocia una gran densidad de yacimientos arqueológicos. El conjunto —afectado por neotectónica— registra una subsidencia detectable en tiempos históricos. En dicho contexto, analiza la asociación entre arqueología y geomorfología en la llanura, la discute en relación a tantos trabajos de áreas griegas adyacentes para concluir que «sólo en los últimos años, los geógrafos físicos han evidenciado que el hombre es un agente relevante en la modificación del modelado. Parece que, en las regiones costeras mediterráneas, la difusión humana y el tipo de poblamiento puede asociarse con cambios en el uso del suelo con la consiguiente erosión y deposición» (1978: 65).

Los geólogos Pope y Van Andel (1984) en su análisis del sur de Argólida encuentran que los ciclos aluviales refuerzan el argumento antropogenético más que el climático. Si este último ha desempeñado algún papel, fue secundario. No hay duda que la influencia del hombre es antigua y predominante en dicha región griega.

En efecto, durante el Neolítico, la acción humana fue poco relevante. Los ríos iban profundamente encajados y, en ausencia de posibilidades para la agricultura en los llanos de inundación, el poblamiento se limitó a los alrededores de fuentes para regar los campos. La situación se alteró a principios de la Edad del Bronce a causa de la intensa erosión en las montañas del interior que redujo el área de suelo cultivable. Tal pérdida de suelo pudo haber contribuido a la drástica reducción de yacimientos a comienzos del período heládico III. Es un período de declive en la mayor parte del Egeo lo cual sugiere una contribución de factores económicos o políticos.

El largo período siguiente de estabilidad del modelado, durante la época clásica, es un enigma. Algún tipo de prácticas conservacionistas, probablemente terrazas, debió de ponerse en práctica. La evidencia de un incremento de la escorrentía y de aportes sedimentarios, desde fines de la época clásica hasta los tiempos helenísticos, debe de estar en relación con el desmoronamiento de las terrazas a causa del declive económico, aunque no está probada la presencia de un amplio y extenso complejo de terrazas en esta época.

El tipo de poblamiento a fines de los tiempos romanos estuvo marcado por la expansión hacia espacios marginales muy vulnerables a la erosión. Ni la expansión ni el total abandono de comienzo de los tiempos de Bizancio desencadenó un ola erosiva lo cual puede explicarse bien por el empleo de terrazas. Alrededor del año 1000 de nuestra era se produce una nueva colonización de laderas y de instalción de nuevos asentamientos. Desde entonces, la historia del modelado ha sido muy compleja y varía de una cuenca fluvial a otra en la región griega de Argólida.

Cuanto más se aleja en el pasado, más delicada es la operación. Parece, en efecto, que los aluvionamientos del Holoceno antiguo no se explican por el solo impacto antrópico. Sin embargo, no se puede excluir que por discreto que haya sido el impacto de las sociedades humanas mediterráneas desde el Neolítico no hayan ampliado las repercusiones climáticas menores.

En el caso del geógrafo británico Davidson (1971, 1980) se puede señalar un cambio en el énfasis de sus hipótesis explicativas. En su trabajo de 1971, analiza los mantos aluviales de la llanura de Drama, situada al NE de Grecia, que le permiten reconstruir las etapas de la morfogénesis histórica. Reconoce en la llanura las dos formaciones coluviales/aluviales descritas por Vita-Finzi para la región mediterránea: el *Older Fill* en su típica disposición de conos coalescentes mientras el *Younger Fill* se ciñe a las márgenes fluviales. No obstante, señala que entre ambas formaciones hay fases intermedias de agradación/incisión, reconociendo implícitamente que la morfogénesis histórica es bastante más compleja que el modelo propuesto por Vita-Finzi (1969).

Este mismo autor (Davidson, 1980) matiza sus posiciones iniciales a propósito de las etapas erosivas en Grecia durante el segundo y primer milenio antes de Cristo. Sus datos de base — fundamentados en precisas estratigrafías de yacimientos, registros palinológicos y secuencias sedimentológicas— le permiten detenerse en una amplia discusión. En efecto, todos los trabajos de investigación disponibles a escala mediterránea evidencian la extensión y la variación espacial de la erosión. El conflicto planteado acerca de la génesis merece el siguiente posicionamiento del autor: el inicio de la agradación en Grecia no fue un episodio sincrónico. Aunque ello pudiera ser un argumento favorable a la hipótesis antropogenética del *Younger Fill*, sin embargo es necesario trabajar con hipótesis múltiples.

En general, al modelo interpretativo antropogenético del *Younger Fill* se han objetado dos cuestiones:

a) ¿Pueden extrapolarse a las grandes cuencas fluviales observaciones cercanas a los yacimientos donde la ocupación ha podido ser puntual? Nuestra ignorancia al respecto plantea un problema de cambio de escala análogo o más difícil que el que plantea el paso de una «parcela experimental» a una gran cuenca de drenaje.

b) ¿Cuál es el agente que, al término de un período de incisión y encajamiento, ha relanzado el proceso de agradación y lo ha alimentado durante algunos siglos a un ritmo sin precedente? La presión de las sociedades humanas no lo explica todo. Se le escapa en particular el cambio de tendencia entre aluvionamiento y encajamiento.

5.3. EXPLICACIONES COMPLEJAS

Ante la dificultad de interpretar los aluvionamientos históricos a la luz de una única causa (sea antrópica, sea climática) progresivamente se ha abierto camino la necesidad de romper la rigidez de los modelos empleados. Cada vez se enfatiza más la conveniencia de investigar posibles convergencias y divergencias a escala regional.

Los discípulos de Birot (Neboit; Beaudet, 1962, 1964; Dufaure, 1976, a y b; etc.) en una monografía titulada *La mobilité des paysages mediterranéens* (1984) sintetizan su posición en los siguientes términos: «Estas terrazas fluviales que se construyen y se destruyen a lo largo de los siglos y milenios no permiten considerar la morfogénesis histórica (e incluso proto y prehistórica) sin dar cabida a las sociedades humanas como agentes del sistema morfogenético, pero este reconocimiento del factor antrópico no debe encerrar las explicaciones en la argolla de un modelo mecanicista de correlación de morfogénesis —cuyas terrazas serían los archivos— al grado de desarrollo de las sociedades. La relación morfogénesis-ocupación del suelo no es una función lineal de la densidad de población y existen al menos dos tipos opuestos de crisis, unas desencadenadas por la ruptura brutal de los equilibrios naturales y otras por la ruptura —no menos brutal— de los equilibrios que las sociedades han podido o sabido engendrar.

Las formas expresan un balance, o una sucesión de balances tanto de la acumulación como del encajamiento, cuyas componentes sometidas al azar climático y a las contingencias históricas, se combinan o se oponen según los lugares o las épocas. La complejidad de esta realidad condena al fracaso las explicaciones unilaterales que olviden uno u otro de estos dos términos, pero nuestra ignorancia de las fluctuaciones climáticas y de las modalidades concretas de la utilización del espacio, no permiten desentrañar el entramado de influencias.

Si hubiera primacía, no sería inconcebible atribuírsela al clima: la concordancia de testimonios de un reinicio de erosión lineal casi generalizada hacia el siglo xvi (con ocasión de la Pequeña Edad del Hielo) aporta un argumento sólido para un cambio de tendencia debido al clima. Pero este ligero incremento de humedad ¿habría bastado para incrementar la capacidad fluvial de transporte y encajamiento, si millares de explotaciones agrarias no hubiesen favorecido la escorrentía? Se puede dudar y encontrarse embarazado para decidir qué ha pesado más. Por contra, hay regiones y cuencas de drenaje donde la erosión antrópica ha provocado una grave ruptura del equilibrio morfodinámico.

Toda la ambigüedad de estas formas deriva de que el elemento humano, en el seno del sistema morfogenético, no obedece a una misma y única lógica, según haya o no una situación de crisis. No existe una llave para todo, sino tantas combinaciones complejas como situaciones particulares. Actualmente, las evidencias son fragmentarias y es necesario aumentar el número de datos de forma extensiva y en detalle».

Por su parte Delano Smith (1982) aboga por elaborar modelos alternativos al usualmente aceptado de desforestación/erosión del suelo/escorrentía acelerada/aluvionamiento, donde no hay cabida para el factor climático. Habida cuenta que puede haber algún tipo de coincidencia entre aluvionamiento y algún tipo de fluctuación climática la autora se inclina por postular otro modelo. En ese sentido, distingue las constantes físicas (tipo de roca, características del relieve y también la vegetación que no habría cambiado significativamente desde el Neolítico a no ser por acción antrópica), las variables físicas (clima) y las variables humanas (población, poblamiento, uso del suelo, etc.). Las constantes físicas de un región pueden clasificarse en términos de alto riesgo de erosión potencial o de bajo riesgo. Las variables físicas y humanas pueden evaluarse como positivas, negativas o indiferentes desde el punto de vista de la erosión. El umbral de aceleración erosiva del suelo se alcanza cuando coincide (1) un empeoramiento del clima en (2) un área desforestada de (3) alto riesgo de erosión potencial.

Un enfoque renovador lo han aportado Cooke-Reeves (1976) cuando explican los cambios ocurridos en los arroyos americanos durante los últimos cien años. Tras proponer un modelo sobre la génesis de los arroyos, lo contrastan en dos áreas de los USA: el gran número de interrelaciones entre variables y la formación resultante del arroyo demuestra la debilidad de cualquier hipótesis que sólo invoque un factor como causante de la morfogénesis histórica en la región mediterránea.

6. CONCLUSIONES

La erosión de laderas, el aluvionamiento de los valles o la progradación deltaica en tiempos históricos han sido objeto de un debate geoarqueológico apasionante durante las últimas décadas. Vita-Finzi (1969) lo formuló a escala mediterránea y a esa escala deben ser evaluados cada uno de los datos, las cronologías y las

explicaciones. Aunque el debate no se ha cerrado, el balance es muy positivo por la calidad de las aportaciones, por los argumentos invocados y por las implicaciones teóricas y prácticas que se derivan en relación a los problemas medioambientales actuales.

La revisión bibliográfica ha puesto de manifiesto que detectar cambios morfogenéticos en tiempos históricos es relativamente fácil mientras explicarlos es significativamente más difícil. El enfoque geoarqueológico tiene limitaciones a causa de la opacidad de los registros del pasado inmediato. De otra parte es necesario precisar el valor epistemológico de la inferencia para avanzar en este debate geoarqueológico.

Finalmente, la morfogénesis histórica mediterránea sigue abierta a nuevas aportaciones que vayan matizando las explicaciones excesivamente rígidas de los años sesenta. En este sentido es necesario incorporar los ajustes dinámicos de los sistemas fluviales, las experiencias adquiridas en «parcelas experimentales» y en la dinámica de los procesos actuales.

Valencia, septiembre 1990.

AGRADECIMIENTOS: Este trabajo se ha beneficiado de horas de discusión con el profesor Butzer de la *University of Austin at Texas,* con el profesor Rosselló de la Universidad de Valencia y con el Dr. Martí, director del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia.

Para la realización de esta investigación se ha contado con una ayuda de la *Institució Valenciana d'Estudis i Investigació* (IVEI).

BIBLIOGRAFÍA

ARREDONDO, I. (1984): «El delta de l'Ebre: la gènesi», *Gran Enciclopèdia Comarcal de Catalunya,* Barcelona, Fundació Enciclopèdica Catalana, vol. 13.

BEAUDET, G. (1962): «Types d'evolution actuelle des versants dans le Rif occidental», *Revue Géogr. Maroc.*, pp. 41-47.

BEAUDET, B. et alii (1964): «Remarques sur quelques facteurs de l'érosion des sols», *Revue Géogr. Maroc.*, 6, pp. 65-72.

BELL, M. (1982): «The effects of land-use and climate on valley sedimentation», in HARDING, A. (ed.), *Climatic change in later prehistory,* Edimburg, Edimburg University Press, pp. 127-142.

BENNET, H. H. (1960): «Soil erosion in Spain», *The Geographical Review,* L, pp. 59-72.

BETHEMONT, J. (1987): «Les deltas méditerranéens: éléments pour une politique de l'espace», en BETHEMONT, J. et NILLAIN-GANDOSSI, C. (eds.), *Les deltas méditerranéens,* Vienne, Centre Européen de Coordination de Recherche, pp. 15-58.

BINTLIFF, J. L. (1975): «Mediterranean aluviation: new evidence from archaeology», *Proc. Prehistoric Society,* 41, pp. 78-84.

BINTLIFF, J. L. (1976): «Sediments and settlement in southern Greece», in DAVIDSON, D. A. and SHACKLEY, M. L. (eds.), *Geoarchaeology. Earth Science and Past,* London, Duckworth, pp. 267-275.

BINTLIFF, J. L. (1976): «The plain of western Macedonia and the neolitic site of Nea Nikomedia», *Proc. Prehist. Soc.*, 42, pp. 241-262.

BINTLIFF, J. L. (1982): «Climatic change, archaeology and quaternary science in the eastern mediterranean region», in HARDING, A. (ed.), *Climatic change in later prehistory,* Edimburg, Edimburg University Press, pp. 143-161.

BOUSQUET, B. (1984): «Les sociétés antiques et le géosystème méditerranéen», *Bull. Asoc. Géogr. Franç.*, pp. 69-72.

BOUSQUET, B. et alii (1983): «Temps historiques et évolution des paysages égéens», *Méditerranée,* 2, pp. 3-25.

BOUSQUET, B. et PECHOUX, P. Y. (1980): «Géomorphologie, archéologie, histoire dans le bassin oriental de la Méditerranée: principes, méthodes, résultats preliminaires», *Méditerranée,* 1, pp. 33-45.

BRUCKNER, H. (1986): «Man's impact on the evolution of the physical environment in the mediterranean region in historical times», *Geojournal,* 13, pp. 7-17.

BUTZER, K. W. (1961): «Remarks on soil erosion in Spain», *Ann. Ass. Amer. Geogr.*, 52, pp. 405.

BUTZER, K. W. (1971): *Environment and Archaeology. An Ecological Approach to Prehistory,* Chicago, Aldine Publishing Co., 703 pp.

BUTZER, K. W. (1974): «Accelerated soil erosion: a problem of man-land relationships», in MANNERS, I. R. and MIKESELL, M. W. (eds.), *Perspectives on Environment,* Washington, Ass. Am. Geogr., pp. 57-78.

BUTZER, K. W. (1976): *Geomorphology from the Earth,* New York, Harper International Edition, 463 pp.

BUTZER, K. W. (1978): «The late prehistoric environmental history of the Near East», in BRICE, W. C. (ed.), *The environmental history of the Near and Middle East,* London, Academic Press, pp. 5-12.

BUTZER, K.W. (1980): «Holocene alluvial sequences: problems of dating and correlation», in CULLINGFORD, R. A. et alii (eds.), *Timescales in Geomorphology,* Chichester, Wiley, pp. 131-142.

BUTZER, K. W. (1982): *Archaeology as human ecology: method and theory for a contextual approach,* Cambridge, Cambridge University Press, 344 pp.

CARPENTER, R. (1966): *Discontinuity in Greek Civilization,* Cambridge, Cambridge University Press.

COOKE, R. V. and REEVES, R. W. (1976): *Arroyos and environmental change in the American South-West,* Oxford, Clarendon Press, 213 pp.

DAVIDSON, D. A. (1971): «Geomorphology and prehistoric settlement in the Plain of Drama», *Rev. de Géomor. Dynam.*, 22, pp. 22-26.

DAVIDSON, D. A. (1980): «Erosion in Greece during the first and second millenia BC», in CULLINGFORD, R. et alii (eds.), *Timescales in Geomorphology*, Chichester, Wiley, pp. 143-152.

DELANO, C. (1976): «The Tavoliere of Foggia; an aggrading coastland and its early settlement patterns», in DAVIDSON, D. A. and SHALEY, M. L. (eds.), *Geoarchaeology*, London, Duckworth, pp. 197-212.

DELANO, C. (1979): *Western mediterranean Europe*, London, Academic Press, 453 pp.

DELANO, C. (1981): «Valleys changes: some observations from recent fields and archive work in Italy», in BARKER, G. and HODGES, R. (eds.), *Archaeology and Italian Society*, Oxford, British Archaeological Reports.

DELANO, C. (1982): «Climate or man? The evidence of sediments and early maps for the agents of enviromental change in the post-medieval period», in DELANO, C. and PARRY, M. (eds.), *Consequences of climatic change*, Nottingham, Universtity of Nottingham, pp. 88-105.

DE PLOEY, J. and GABRIELS, D. (1980): «Mesuring soil loss and experimental studies», in KIRBY, M. J. and MORGAN, R. P. C. (eds.), *Soil Erosion*, Chichester, John Wiley and Sons, pp. 63-108.

DUFAURE, J. J. (1976 a): «Contraintes naturelles et historiques dans la mise en valeur des plaines grecques», *Cahiers de Géographie de Rouen*, 6, pp. 5-27.

DUFAURE, J. J. (1976 b): «La terrasse holocène d'Olympie et ses equivalents méditerranées, *BAGF*, 433, pp. 85-94.

DUPRÉ, M. (1988): *Palinología y paleoambiente. Nuevos datos españoles, referencias*, Valencia, Trabajos Varios del S.I.P., 84, 160 pp.

EISMA, D. (1978): «Stream deposition and erosion by the eastern shore of the Aegean», in BRICE, W. C. (ed.), *The environmental history of the Near and Middle East*, London, Academic Press, pp. 67-81.

FLEMMING, N. C. (1968): «Mediterranean sea level changes», *Science Journal*, vol. 38, pp. 51-55.

GREIG, J. R. H. and TURNER, J. (1974): «Some pollen diagrams from Greece and their archaeological significance», *Journal of Archaeological Science*, 1, pp. 177-194.

HARRIS, D. R. and VITA-FINZI, C. (1968): «Kokkinopilos: a greek badland», *Geographical Journal*, 134, pp. 537-546.

HIGGS, E. (1978): «Environmental changes in northern Greece», in BRICE, W. C. (ed.), *The environmental history of the Near and Middle East*, London, Academic Press, pp. 41-49.

HUTCHINSON, J. (1969): «Erosion and land use in the Epirus region of Greece», *Agric. Hist. Review*, 17.

JORDA, M. (1980): «Morphogenèse et évolution des paysages dans les Alpes de Haute Provence depuis le Tardiglaciare. Facteurs naturels et anthropiques», *BAGF*, pp. 295-304.

JORDA, M. (1983): «La torrencialité holocène des Alpes françaises du Sud. Facteurs anthropiques et paramètres naturels de son évolution», *Colloque sur le Postglaciaire méditerranéen*, Toulouse, 18 pp.

JORDA, M. et VAUDOUR, J. (1980): «Sols, morphogenèse et actions anthropiques à l'époque historique s.l. sur les rives nord de la Méditerranée», *Naturalia Monspeliensia*, hors série, pp. 173-184.

JUDSON, S. (1963 a): «Erosion and deposition of italian stream during historic time», *Science*, 140, pp. 898-899.

JUDSON, S. (1963 b): «Stream changes during historic time in east-central Italy», *Am. Jour. Arch.*, pp. 287-289.

KIRBY, M. J. (1980): «The problem», in KIRBY, M. J. and MORGAN, R. P. C. (eds.), *Soil Erosion*, Chichester, John Wiley And Sons, pp. 1-16.

KOENIGUER, J. C. (1986): «Les changements climatiques au cours de l'histoire des derniers millénaires dans les regions de la Méditerranée Occidentale», in LÓPEZ-VERA, F. (ed.), *Quaternary Climate in Western Mediterranean*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 549-563.

LAMB, H. H. (1977): *Climate: Present, Past and Future*, vol. 2 *Climatic History and the Future*, London, Methuen.

LE ROY, E. (1967): *Histoire du climat depuis l'an mil*, Paris, Flamarion, 317 pp.

MACLEOD, D. A. and VITA-FINZI, C. (1982): «Environment and provenance in the development of recent alluvial deposits in Epirus, NW Greece», *Earth Surface Processes and Landforms*, 7, pp. 29-43.

MALDONADO, A. (1972): *El delta del Ebro. Estudio sedimentológico y estratigráfico*, Barcelona, Dep. de Estratigrafía de la Universidad de Barcelona, 474 pp.

MASSIP, J. (1982): «Els antecedents històrics», in FRAU, J. J. i SORRIBES, J. (eds.), *El Montsià: estructura i dinàmica sòcio-econòmica*, Barcelona, Caixa d'Estalvis de Catalunya, pp. 36-38.

MOORE, T. R. (1979): «Land use and erosion in the Machakos Hills», *Ann. Ass. Am. Geogr.*, 69, pp. 417-431.

MÖRNER, N. A. (1976): «Eustasy and geoid changes», *Journal of Geology*, vol. 184, pp. 123-151.

MURPHEY, R. (1951): «The decline of North Africa since Roman occupation: climatic or human?», *Annals of Association of American Geographers*, 41, pp. 116-132.

NEBOIT, R. (1977): «Un exemple de morphogenèse dans l'Antiquité. Les vallées du Basento et du Cavonne en Lucaine (Italie)», *Méditerranée*, 4, pp. 39-50.

NEBOIT, R. (1979): «Les facteurs naturels et les facteurs humaines de la morphogenèse. Essai de mise au point», *Ann. Géogr.*, pp. 649-670.

NEBOIT, R. (1980): «Morphogenèse et ocupation humaine dans l'Antiquité», *BAGF,* 466, pp. 27-31.

NEBOIT, R. (1981): «La foret méditerranéenne française depuis 10.000 ans, d'après des travaux récents», *Ann. Géogr.,* pp. 445-450.

NEBOIT, R. (1983): *L'homme et l'érosion,* Clermont-Ferrand, Publ. Fac. Letr., 183 pp.

NEBOIT, R. (1984): «Erosion des sols et colonisation grecque en Sicilie et en Grande Grèce», *BAGF,* 499, pp. 5-13.

PASKOFF, R. (1987): «Le delta de la Medjerda (Tunisie): presentation géomorphologique», en BETHEMONT, J. et VILLIAN-GANDOSSI, C. (eds.), *Les deltas méditerranéens,* Vienne, Centre Européen de Coordination de Recherche, pp. 365-379.

PINNA, M. (1984): *La storia del clima,* Roma, Società Geografica Italiana, 264 pp.

PONCET, J. (1973): «De Platon au problème de l'environment méditerranéen», *Maghreb et Sahara. Etudes géogr. offertes à Jean Despois,* París, Société de Géographie, pp. 325-330.

POPE, K. O. and VAN ANDEL, T. H. (1984): «Late quaternary alluviation and soil formation in the southern Argolid: its history, causes and archaeological implications», *Journal of Archaeological Science,* 11, pp. 281-306.

POTTER, T. W. (1976): «Valleys and settlement: some new evidence», *World Archaeology,* 8 (2), pp. 207-219.

RAPHAEL, C. N. (1978): «The erosional history of the plain of Elis in the Peloponnese», in BRICE, W. C. (ed.), *The environmental history of the Near and Middle East,* London, Academic Press, pp. 51-66.

ROSSELLÓ, V. M. (1987): «Geografia i Arqueologia», *Debats* 21, pp. 3-23.

SCHUMM, S. A. (1977): *The fluvial system,* New York, Wiley and Sons, 338 pp.

SHAW, B. D. (1981): «Climate, environment and history: the case of Roman North Africa», in WIGLEY, T. M. L. et alii (eds.), *Climate and History,* Cambridge, Cambridge University Press, pp. 379-403.

SORRIBES, J. y GRAU, J. J. (1987): «El delta del Ebro: una visión de conjunto», en BETHEMONT, J. et VILLIAN-GANDOSSI, C. (eds.), *Les deltas méditerranéens,* Vienne, Centre Européen de Coordination de Recherche, pp. 179-210.

THORNES, J. B. (1985): «The ecology or erosion», *Geography o Journal of the Geogr. Association,* 308, pp. 222-235.

THORNES, J. B. (1987): «The Paleo-ecology of Erosion», in WAGSTAFF, J. M. (ed.), *Landscape and Culture,* Oxford, Basil Blackwell, pp. 37-55.

VAN ANDEL, T. et alii (1980): «Late quaternary history of the coastal zone Franchthi Cave, Southern Argiolid, Greece», *Journal of Field Archaeology,* 7, pp. 389-402

VAN ANDEL, T. et alii (1986): «Five thousands years of the land use and abuse in the Southern Argolid, Greece», *Hesperia,* 55, pp. 103-128.

VITA-FINZI, C. (1969): *The mediterranean valleys. Geological changes in historical times,* Cambridge, Cambridge University Press, 140 pp.

VITA-FINZI, C. (1972): «Supply of fluvial sediment to the Mediterranean during the last 20.000 years», in STANLEY, D. J. (ed.), *The Mediterranean sea: a natural sedimentation laboratory,* Strousburg, Dowden, Hutchinson and Ross, pp. 43-46.

VITA-FINZI, C. (1973): *Recent earth history,* London, McMillan, 138 pp.

VITA-FINZI, C. (1975): «Related territories and alluvial sediments», in HIGGS, E. S. (ed.), *Palaeoeconomy,* Cambridge, Cambridge University Press, pp. 225-231.

VITA-FINZI, C. (1978): *Archaeological sites in their setting,* London, Thames and Hudson, 176 pp.

WAGSTAFF, J. M. (1981): «Buried assumptions: some problems in the interpretation of the 'Younger Fill' raised by recent data from Greece», *Journal of Archaelogical Science,* 8, pp. 247-264.

WARD-PERKINS, J. H. (1962): «The historical geography of South Etruria», *Geogra. Journal,* 128, pp. 389-405.

WIGLEY, T. M. L. et alii (eds.) (1981): *Climate and History. Studies in past climates and their impact on man,* Cambridge, Cambridge University Press, 530 pp.

WRIGTH, H. E. (1968): «Climatic change in Mycenaean Greece», *Antiquity,* 42, pp. 123-127.

ZUIDAM, R. A. (1975): «Geomorphology and archaeology: evidences of interelation at historical sites in the Zaragoza region, Spain», *Z. fur Geomorph.,* 19, pp. 319-328.